HISTORIA
GENERAL DEL
PERV

TRATA EL DESCVBRIMIENTO DEL, y como lo ganaron los Españoles. Las guerras ciuiles que huuo entre Piçarros, y Almagros, sobre la partija de la tierra. Castigo y leuantamiẽto de tiranos: y otros sucessos particulares que en la Historia se contienen.

ESCRITA POR EL YNCA GARCILASSO DE LA Vega, Capitan de su magestad, &c.

DIRIGIDA A LA LIMPISSIMA VIRGEN Maria Madre de Dios, y Señora nuestra.



CON PRIVILEGIO REAL.

¶ En Cordoua, *Por la Viuda de Andres Barrera, y à su costa.* Año, M.DC. XVII.

CARÁTULA: Portada de la edición princeps de la SEGUNDA PARTE DE LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS, publicada en 1617 en Córdova con el título de HISTORIA GENERAL DEL PERÚ.

CRITERIOS PARA ESTA EDICIÓN:

Esta edición digital (Lima, SCG, 2009), reproduce la edición "princeps" de Córdova, 1617, modernizándola de acuerdo con las normas usuales en la transcripción de textos literarios de la época.

Con este criterio se han resuelto abreviaturas ("que" por "q", "Santo" por "S.", etc.); se han eliminado contracciones ("de ellos", "de esto", "esta otra" y no "dellas", "desto", "estotra"); se han seguido las reglas actuales en acentuación, puntuación, empleo de mayúsculas y minúsculas, separación y unión de palabras ("en pos" y no "empos", "también" y no "tan bien", etc.). Aunque las metátesis frecuentes ("Grabiel", "catredal", "perlado" y otras), los cambios vocálicos ("cudicia", "cubijas", "mesmo", "tresquilar") y ciertas formas arcaicas ("priesa", "ternía", "ñiebla", etc.) o latinizantes ("fricto", "delicto", "proprio", "scriptura", entre otras) tienen interés para los lingüistas, se ha preferido evitarlos para comodidad de los lectores.

En la ortografía se han seguido las normas actuales; pero parece conveniente hacer algunas advertencias:

- u. v. b. El texto original usa alternativamente u y v en consonante ("auia", "huuo", etc.); pero hemos corregido y uniformado con criterio moderno: u para la vocal, v. b. según el caso para las consonantes.

- s. ss. ç. z. El texto de 1617 usa con frecuentes vacilaciones estas letras, que correspondían a sonidos diferentes pero que empezaban a confundirse a fines del siglo xvi. (Y posiblemente más en Andalucía y por un americano como el Inca Garcilaso). A falta de una precisión fonética difícil, hemos optado por las normas actuales, con excepción de los nombres geográficos nativos del Perú, que se ha mantenido como el original (p. ej. Cassamarca, Cozco).

- x, j. La “x” (en "traxeron", "dixo", "abaxo") se cambia en j.

- i, y. El Inca Garcilaso usa siempre “y” en los nombres indígenas ("Huayna", "Mayta", "ayllu"); en la presente versión hemos mantenido el original. Sin embargo, hemos preferido el criterio moderno en lo que respecta al resto de palabras. Se ha sustituido así la “y” por la “i” en “ynca”, "yndios", "yglesia" o “yr”, por ejemplo, y en diptongos como "traydor", "heroyco", etc.

- g. j. (lenguage", "linage", "trage"); q. c. ("qual", "quando", "quatro"); rr. r. ("honrra"); Seguimos siempre el criterio moderno.

El texto original no usa comillas; pero ha sido necesario ponerlas en citas, en diálogos y en algún discurso. Tampoco usa las cursivas; pero las utilizamos en títulos de obras y para señalar las palabras indígenas. En ocasiones se han efectuado cortes en párrafos muy extensos.

LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS - SEGUNDA PARTE:
LA CONQUISTA DEL PERÚ

TABLA DE CONTENIDO:

Señor Ilustrísimo: El Inca Garcilaso de la Vega ha escrito la segunda parte de los *Comentarios Reales*, y la tiene ya acabada. Y para presentarla al Consejo Real y pedir licencia para imprimirla, ha sido informado que es menester llevar la aprobación de Vuestra Señoría Ilustrísima, por mandarlo así la última premática que se ha hecho sobre la impresión de los libros; y así suplica a Vuestra Señoría Ilustrísima mande cometer el examen del dicho libro a persona que lo revea, y, siendo la obra tal que puede salir a luz, se le dé su aprobación en forma que haga fe para lo cual, etc.

El Inca Garcilaso de la Vega.

En Córdoba, a trece del mes de diciembre de mil y seiscientos y doce años.

Habiendo visto Su Señoría Don Fray Diego de Mardones, Obispo de Córdoba, mi señor, la petición en la plana antes de ésta contenida, presentada por el Inca Garcilaso de la Vega, dijo que remitía y remitió este libro que ha escrito de la segunda parte de los *Comentarios Reales* al Padre Francisco de Castro, de la Compañía de Jesús, para que le vea y dé su censura. Así lo proveyó su Señoría, y firmó de que doy fe.

Don Fray Diego de Mardones.

Por mandado del Obispo, mi señor,

Don Francisco de Salinas y Medinilla.

APROBACIÓN

Los ocho libros de esta segunda parte de los Comentarios Reales, que ha escrito el Inca Garcilaso de la Vega, he visto por orden de Vuestra Señoría, y me parece la historia muy agradable, por ser de cosas grandes, nuevas, admirables y de grande honra para nuestra nación; muy breve, porque no tiene digresiones ni superfluidad de palabras ni sobra de razones; muy clara, porque guarda el orden de los tiempos, sin confusión de personas ni equivocación de sentidos; muy verdadera, porque el autor es, en sí y parece en su estilo, digno de toda fe, ajeno de toda pasión, y que se halló en mucho de lo que escribe, y lo demás lo oyó a quien lo vió, a quien lo pasó, a quien lo hizo; y guarda también todas las circunstancias de la narración verídica, que ellas mismas publican ser verdad lo que se cuenta. Por todo lo cual me persuado que ha de ser muy acepta, por ser tan gustosa; muy sabida, por ser tan breve; muy entendida, por ser tan clara; muy creída, por ser tan verdadera; muy estimada, por ser de tanto crédito para España y de tanta honra para sus esforzados y valerosos hijos; y sobre todo muy segura, por no tener cosa contra la fe ni buenas costumbres. En fe de lo cual lo firmé de mi nombre, en este Colegio de la Compañía de Jesús, de Córdoba, a 26 de enero de 1613 años.

Francisco de Castro.

Don Fray Diego de Mardones, por la gracia de Dios y de la Santa Iglesia de Roma, Obispo de Córdoba, confesor de Su Majestad y de su Consejo, etc. Por cuanto por la censura del Padre Francisco de Castro, de la Compañía de Jesús, a quien remitimos viese los ocho libros de la segunda parte de los *Comentarios Reales* que ha escrito el Inca Garcilaso de la Vega, nos consta no tener cosa por donde se le impida la licencia que pretende para su impresión. Damos licencia para que los pueda presentar y presente ante el Consejo Supremo de Su Majestad, para que, vistos por los señores del, se provea lo que más a su real servicio conviniere. Dada en nuestro Palacio Obispal de Córdoba, a seis de marzo de mil y seiscientos y trece años.

Don Fray Diego de Mardones, Obispo de Córdoba.

Por mandado del Obispo, mi señor,
Don Francisco de Salinas y Medinilla.

APROBACIÓN

Por mandado del Real Consejo de Castilla, he visto un libro que se intitula la segunda parte de los Comentarios Reales, escrito por el Inca Garcilaso de la Vega, repartido en ocho libros, y no hallo en él cosa contra la fe ni buenas costumbres. Paréceme muy digno de que se dé licencia para que se imprima, porque la historia es muy útil y gustosa, por los ejemplos de prudencia y extrañeza y variedad de los sucesos, y está tratada con claridad y apacible estilo, y principalmente con el celo de verdad y desapasionada intención, y que muestra haberse tomado de vistas o de ciertas y diligentes relaciones. En Madrid, 6 de enero 1614.

Pedro de Valencia.

EL REY

Por cuanto por parte de vos, el Inca Garcilaso de la Vega, nos fue hecha relación que habíades compuesto un libro que se intitulaba la segunda parte de los *Comentarios Reales*, repartido en ocho libros, de que ante los del nuestro Consejo fue fecha relación, suplicándonos os mandásemos dar licencia para poder imprimir y privilegio por el tiempo que fuésemos servidos, o como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias que la premática por Nos últimamente fecha sobre la impresión de los libros dispone, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula para vos en la dicha razón, y Nos tuvímoslo por bien. Por lo cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años, primeros siguientes que corran, y se cuenten desde el día de la fecha de ella, vos, o la persona que vuestro poder hubiere, y no otro alguno, podáis imprimir y vender el dicho libro que desuso se hace mención, por el original que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricado y firmado al fin de Jerónimo Núñez de León, nuestro escribano de cámara de los que en él residen, con que antes que se venda lo traigáis ante ellas juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresión está conforme a él, o traigáis fe, en pública forma, en cómo, por corrector por Nos nombrado, se vio y corrigió la dicha impresión por su original. Y mandamos al impresor que imprimiere el dicho libro no imprima el principio y primer pliego ni entregue más de un solo libro con el original al autor o persona a cuya costa se imprimiere, y no otro alguno, para efecto de la dicha corrección y tasa, hasta que primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo, y estando así, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho libro, principio y primer pliego, en que seguidamente se ponga esta licencia y privilegio y la aprobación, tasa y erratas, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en la premática y leyes de nuestros reinos que sobre ello disponen. Y mandamos que durante el dicho tiempo de los dichos diez años, persona alguna, sin vuestra licencia, no le pueda imprimir ni vender, so pena que el que imprimiere haya perdido y pierda todos y cualesquier libros, moldes y aparejos que del dicho libro tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís. La cual dicha pena sea la tercia parte para nuestra cámara y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare y la otra tercia parte para la persona que lo denunciare. Y mandamos a los del nuestro Consejo, Presidente y oidores de las nuestras audiencias, alcaldes, alguaciles de la nuestra casa y corte y cancillerías, y a todos los corregidores, asistentes, gobernadores, alcaldes mayores y ordinarios y otros jueces y justicias, cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula, y contra su tenor y forma no vayan ni pasen en manera alguna. Fecha en Madrid, a veinte y un días del mes de enero de mil y seiscientos y catorce años.

YO, EL REY

Por mandado del Rey nuestro señor,
Jorge de Tovar

DEDICACIÓN DEL LIBRO

Y DEDICATORIA DEL AUTOR A LA GLORIOSÍSIMA VIRGEN MARÍA, Nuestra Señora, Hija, Madre, y Esposa Virginal de su Criador, suprema princesa de las criaturas. El Inca Garcilaso de la Vega su indigno siervo, adoración de Hiperdulía.

La antigüedad consagraba las armas y las letras a su diosa Palas, a quien pensaba debérselas. Yo, con sumo culto y veneración, consagro las armas españolas y mis letras miserables a la Virgen de Vírgenes, Belona de la Iglesia Militante, Minerva de la Triunfante, porque creo que le son por mil títulos debidas, pues con su celestial favor las fuertes armas de la noble España poniendo *plus ultra* en las columnas y a las fuerzas de Hércules, abrieron por mar y tierra puertas y camino a la conquista y conversión de las opulentas provincias del Perú, en que bien así los victoriosos leones de Castilla deben mucho a tan Soberana Señora, por haberlos hecho señores de la principal parte del Nuevo Mundo, la cuarta y mayor del orbe con hazañas y proezas más grandiosas, y heroicas que las de los Alejandros de Grecia, y Césares de Roma. Y no menos los peruanos vencidos, por salir, con favor del cielo, vencedores del demonio pecado e infierno, recibiendo un Dios, una Fe y un Bautismo. Pues ya mis letras históricas de estas armas, por su autor y argumento debo dedicarlas a tal Titular, que es mi dignísima Tutelar, y yo, aunque indigno, su devoto indio. A que me obligan tres causas y razones. Primeramente, la plenitud de dones y dotes de naturaleza y gracia, en que, como Madre de Dios, hace casi infinita ventaja, a todos los santos juntos, y preservada de todo pecado personal y original, excede altísimamente en mérito de gracia, y premio de gloria a los más altos querubines y serafines. El segundo lugar, el colmo de beneficios y mercedes, sobre toda estima y aprecio de su real mano recibidas, y entre ellas, la conversión a nuestra fe, de mi madre y señora, más ilustre y excelente por las aguas del Santo Bautismo, que por la sangre real de tantos Incas y Reyes peruanos. Finalmente, la devoción paterna heredada con la nobleza y nombre del famoso Garcilaso, comendador del Ave María, Marte español, a quien aquel triunfo más que romano y trofeo más glorioso que el de Rómulo, habido del moro en la vega de Toledo, dio sobrenombre de la Vega, y renombre igual a los Bernardos y Cides y a los nueve de la fama.

Así que por estos respetos y motivos, a Vuestra Sacra Majestad, ¡oh agustísima Emperatriz de Cielos y Tierra! ofrezco humildemente esta segunda parte de mis *Comentarios Reales*, ya más reales por dedicarse a la Reina de los Ángeles, y hombres que por tratar así del riquísimo Reino del Perú y sus poderosos Reyes, como de las insignes batallas y victorias de los heroicos españoles, verdaderos Alcides y Cristianos Aquiles, que con sobrehumano

esfuerzo y valor, sujetaron y sojuzgaron aquel Imperio del Nuevo Mundo a la corona de los Reyes Católicos en lo temporal, y en lo espiritual a la del Rey de Reyes, Jesucristo y su Vicario el Pontífice, y, por el consiguiente, a la vuestra de doce estrellas ¡oh Reina del cielo y suelo, calzada de Luna y de Sol vestida, a quien suplico de corazón, pecho por tierra, ante el empíreo trono del sabio y pacífico Salomón, vuestro hijo, Príncipe de paz y Rey de Gloria, a cuyo lado, como madre, en silla de majestad la vuestra sacrosanta reside y preside a nuestros ruegos y súplicas, se digne de admitir este no talento sino minuto, ofrecido con oficiosa y afectuosa voluntad, galardonando la oblación con aceptarla, muy mejor que Jerjes la del rústico persiano, que yo la hago entera de mi persona y bienes en el ara de mi alma a Vuestra Santidad. ¡Oh imagen de mi devoción y de las divinas perfecciones, tan perfecta y acabada, que el sumo artífice Dios haciendo alarde y reseña de su saber y poder desde la primer línea de vuestro ser, con las luces de su gracia os preservó de la sombra y borrón del pecado de Adán, y como vivo traslado y retrato del nuevo Adán celestial para representar más al vivo la divinal hermosura de tan bellísimo dechado y original, se dignó de preservaros de la mancha de la culpa original! Por lo tanto para siempre sin fin, a vuestra purísima y limpísima concepción sin pecado original canten la gala los hombres, y los ángeles la gloria.

PRÓLOGO

A los indios, mestizos y criollos de los reinos y provincias del grande y riquísimo Imperio del Perú.

EL INCA GARCILASO DE LA VEGA, SU HERMANO, COMPATRIOTA Y PAISANO, SALUD Y FELICIDAD.

Por tres razones, entre otras, señores y hermanos míos, escribí la primera y escribo la segunda parte de los *Comentarios Reales* de esos reinos del Perú. La primera, por dar a conocer al universo nuestra patria, gente y nación, no menos rica al presente con los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, de su fe y ley evangélica, que siempre por las perlas y piedras preciosas de sus ríos y mares, por sus montes de oro y plata, bienes muebles y raíces suyos, que tienen raíces sus riquezas, ni menos dichosa por ser sujetada de los fuertes, nobles y valerosos españoles, y sujeta a nuestros Reyes Católicos, monarcas de los más y mejor del orbe, que por haber sido poseída y gobernada de sus antiguos príncipes los Incas peruanos, Césares en felicidad y fortaleza. Y porque de virtud, armas y letras suelen preciarse las tierras en cuánto remedan al cielo, de estas tres prendas puede loarse la nuestra dando a Dios las gracias y gloria, pues sus conterráneos son de su natural dóciles, de ánimos esforzados, entendimientos prestos, y voluntades afectas a piedad y religión, desde que la cristiana posee sus corazones trocados por la diestra del muy alto, de que son testigos abonados en sus Cartas Anuas los Padres de la Compañía de Jesús, que, haciendo oficio de apóstoles entre indios, experimentan su singular devoción, reforma de costumbres, frecuencia de sacramentos, limosnas y buenas obras, argumento del aprecio y estima de su salvación. En fe de lo cual atestiguan estos varones apostólicos, que los fieles indianos sus feligreses, con las primicias del espíritu hacen a los de Europa casi la ventaja que los de la iglesia primitiva a los cristianos de nuestra era, cuando la católica fe, desterrada de Inglaterra y del septentrión, su antigua colonia, se va de un polo a otro, a residir con los antípodas, de cuyo valor y valentía hice larga mención en el primer volumen de estos Reales Comentarios, dando cuenta de las gloriosas empresas de los Incas, que pudieran competir con los Daríos de Persia, Ptolomeos de Egipto, Alejandros de Grecia y Cipiones de Roma. Y de las armas peruanas mas dignas de loar que las griegas y troyanas, haré breve relación en este tomo, cifrando las

hazañas y proezas de algunos de sus Héctores y Aquiles. Y basta por testimonio de sus fuerzas y esfuerzo lo que han dado en qué entender a los invencibles castellanos, vencedores de ambos mundos. Pues ya de sus agudos y sutiles ingenios hábiles para todo género de letras, valga el voto del doctor Juan de Cuéllar, canónigo de la santa iglesia catedral de la imperial Cozco, que, siendo maestro de los de mi edad y suerte, solía con tiernas lágrimas decirnos: "¡Oh hijos y cómo quisiera ver una docena de vosotros en la universidad de Salamanca!", pareciéndole podían florecer las nuevas plantas del Perú en aquel jardín y vergel de sabiduría. Y por cierto que tierra tan fértil de ricos minerales y metales preciosos, era razón criarse venas de sangre generosa y minas de entendimientos despiertos para todas artes y facultades. Para los cuales no falta habilidad a los indios naturales, y sobra capacidad a los mestizos, hijos de indias y españoles, o de españolas e indios, y a los criollos oriundos de acá, nacidos y connaturalizados allá. A los cuales todos, como a hermanos y amigos, parientes y señores míos, ruego y suplico se animen y adelanten en el ejercicio de virtud, estudio y milicia, volviendo por si y por su buen nombre, con que lo harán famoso en el suelo y eterno en el cielo. Y de camino es bien que entienda el mundo Viejo y político, que el Nuevo (a su parecer bárbaro) no lo es ni ha sido sino por falta de cultura. De la suerte que antiguamente los griegos y romanos, por ser la nata y flor del saber y poder, a las demás regiones en comparación suya llamaban bárbaros, entrando en esta cuenta la española, no por serlo de su natural, mas por faltarle lo artificial, pues luego, con el arte, dió naturaleza muestras heroicas de ingenio en letras, de ánimo en armas, y en ambas cosas hizo raya entonces en el Imperio romano, con los sabios Sénecas de Córdoba, flor de saber y caballería, y con los augustísimos Trajanos y Teodosios de Italia. ¡Oh Sevilla, llave de los tesoros de Occidente, ya levanta la cabeza entre sus émulas naciones y sobre ellas, que así te da la prima y palma la nuestra antes inculta, hoy por tu medio cultivada, y de bosque de gentilidad e idolatría vuelta en paraíso de Cristo, de que no resulta pequeña gloria a España en haberla el Todopoderoso escogido por medianera, para alumbrar con lumbre de fe a las regiones que yacían en la sombra de la muerte! Porque verdaderamente la gente española, como herencia propia del Hijo de Dios, heredada del Padre Eterno, que dice en su salmo de David: *Postula a me; et dabo tibi gentes hereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terræ.* Reparte con franca mano del celestial mayorazgo de la fe y Evangelio con los indios, como con hermanos menores, a los cuales alcanza la paternal bendición de Dios y aunque vienen a la viña de su iglesia a la hora undécima, por ventura les cabrá jornal y paga igual a los que *portarunt pondus diei, et æstus.*

El segundo respeto y motivo de escribir esta historia fue celebrar (si no digna, al menos debidamente) las grandezas de los heroicos españoles que con su valor y ciencia militar ganaron para Dios, para su Rey y para sí, aqueste rico Imperio cuyos nombres, dignos de cedro, viven en el libro de la vida y vivirán inmortales en la memoria de los mortales. Por tres fines se eternizan en escritos

los hechos hazañosos de hombres, en paz y letras, o en armas y guerras señalados: por premiar sus merecimientos con perpetua fama; por honrar su patria, cuya honra ilustre son ciudadanos y vecinos tan ilustres; y para ejemplo e imitación de la posteridad, que avive el paso en pos de la antigüedad siguiendo sus batallas, para conseguir sus victorias. A este fin, por leyes de Solón y Licurgo, legisladores de fama, afamaban tanto a sus héroes las repúblicas de Atenas y Lacedemonia. Todos tres fines creo y espero se conseguirán con esta historia, porque en ella serán premiados con honor y loor, premio digno de sola la virtud por la suya esclarecida, los clarísimos conquistadores del Nuevo Orbe, que son gozo y corona de España, madre de la nobleza y señora del poder y haberes del mundo; la cual, juntamente, será engrandecida y ensalzada, como madre y ama de tales, tantos y tan grandes hijos, criados a sus pechos con leche de fe y fortaleza, mejor que Rómulo y Remo. Y finalmente los hidalgos pechos de los descendientes y sucesores, nunca pecheros a cobardía, afilarán sus aceros con nuevo brío y denuedo, para imitar las pisadas de sus mayores, emprendiendo grandiosas proezas en la milicia de Palas y Marte y en la escuela de Mercurio y Apolo, no degenerando de su nobilísima prosapia *y* alcurnia, antes llevando adelante el buen nombre de su linaje, que parece traer su origen del cielo, a donde como a patria propia y verdadera deben caminar por este destierro y valle de lágrimas, y, poniendo la mira en la corona de gloria que les espera, aspirar a llevársela, entrando por picas y lanzas, sobrepujando dificultades y peligros; para que así como han con su virtud allanado el paso y abierto la puerta a la predicación y verdad evangélica en los reinos del Perú, Chile, Paraguay y Nueva España y Filipinas, hagan lo mismo en la Florida y en la tierra Magallánica, debajo del Polo Antártico y habida victoria de los infieles enemigos de Cristo, a fuer de los emperadores y cónsules romanos entren los españoles, triunfando con los trofeos de la fe, en el empíreo Capitolio.

La tercera causa de haber tomado entre manos esta obra ha sido lograr bien el tiempo con honrosa ocupación y no malograrlo en ociosidad, madre de vicios, madrastra de la virtud, raíz, fuente y origen de mil males que se evitan con el honesto trabajo del estudio, digno empleo de buenos ingenios, de nobles ánimos, de estos para entretenerse ahidalgadamente, según su calidad, y gastar los días de su vida en loables ejercicios, y de aquellos para apacentar su delicado gusto en pastos de ingenio, y adelantar el caudal en finezas de sabiduría, que remitan y montan más al alma que al cuerpo los censos, ni que los juros de las perlas del Oriente y plata de nuestro Potocsi. A esta causa escribí la Crónica de la Florida, de verdad florida, no con mi seco estilo, mas con la flor de España, que trasplantada en aquel páramo y eriazo, pudiera dar fruto de bendición desmontando a fuerza de brazos la maleza del fiero paganismo y plantando con riego del cielo el árbol de la cruz y estandarte de nuestra fe, vara florida de Aarón y Jesé. También por aprovechar los años de mi edad y servir a los estudiosos, traduje de italiano en romance castellano los diálogos de filosofía entre Filón y Sofía, libro intitulado *León Hebreo,* que anda traducido en todas

lenguas hasta en lenguaje peruano (para que se vea a do llega la curiosidad y estudiosidad de los nuestros), y en latín corre por el orbe latino, con acepción y concepto de los sabios y letrados, que lo precian y estiman por la alteza de su estilo y delicadeza de su materia. Por lo cual con justo acuerdo, la santa y general Inquisición de estos reinos, en este último expurgatorio de libros prohibidos, no vedándolo en otras lenguas, lo mandó recoger en la nuestra vulgar, porque no era para vulgo. Y pues consta de su prohibición, es bien se sepa la causa, aunque después acá he oído decir que ha habido réplica sobre ello. Y porque estaba dedicado al Rey, nuestro señor Don Felipe Segundo, que Dios haya en su gloria, será razón salga a luz la dedicatoria, que era la siguiente:

"SACRA, CATÓLICA, REAL MAJESTAD, DEFENSOR DE LA FE:

No se puede negar que no sea grandísimo mi atrevimiento en imaginar dedicar a Vuestra Católica Real Majestad esta traducción de toscano en español de los tres Diálogos de Amor del doctísimo maestro León Hebreo, por mi poco o ningún merecimiento. Pero concurren tantas causas tan justas a favorecer esta mi osadía, que me fuerzan a ponerme ante el excelso trono de Vuestra Católica Majestad y alegarlas en mi favor.

La primera y más principal es la excelencia del que los compuso; su discreción, ingenio y sabiduría, que es digno y merece que su obra se consagre a Vuestra Sacra Majestad.

La segunda es entender yo, si no me engaño, que son éstas las primicias que primero se ofrecen a Vuestra Real Majestad de lo que en este género de tributo se os debe por vuestros vasallos, los naturales del Nuevo Mundo, en especial por los del Perú y más en particular por los de la gran ciudad del Cozco, cabeza de aquellos reinos y provincias, donde yo nací. Y como tales primicias o primogenitura es justo que, aunque indignas por mi parte, se ofrezcan a Vuestra Católica Majestad, como a Rey y señor nuestro, a quien debemos ofrecer todo lo que somos.

La tercera, que pues en mi juventud gasté en la milicia parte de mi vida en servicio de Vuestra Sacra Majestad, y en la rebelión del Reino de Granada, en presencia del serenísimo Don Juan de Austria, que es en gloria, vuestro dignísimo hermano, os serví con nombre de vuestro capitán, aunque inmérito de vuestro sueldo, era justo y necesario, que lo que en edad más madura se trabajaba y adquiría en el ejercicio de la lición y traducción, no se dividiera del primer intento, para que el sacrificio que de todo el discurso de mi vida a Vuestra Real Majestad ofrezco sea entero, así del tiempo como de lo que en él se ha hecho con la espada y con la pluma.

La cuarta y última causa sea el haberme cabido en suerte ser de la familia y sangre de los Incas que reinaron en aquellos reinos antes del felicísimo Imperio de Vuestra Sacra Majestad; que mi madre, la Palla Doña Isabel, fue hija del Inga Huallpa Tópac, uno de los hijos de Tópac Inca Yupanqui y de la Palla Mama

Ocllo, su legítima mujer, padres de Huayna Cápac Inca, último Rey que fue del Perú. Digo esto, soberano monarca y señor nuestro, no por vanagloria mía, sino para mayor majestad vuestra, por que se vea que tenemos en más ser ahora vuestros vasallos que lo que entonces fuimos dominando a otros, porque aquella libertad y señorío era sin la luz de la doctrina evangélica, y esta servitud y vasallaje es con ella. Que mediante las invencibles armas de los Reyes Católicos, de gloriosa memoria, vuestros progenitores, y del Emperador nuestro señor y las vuestras, se nos comunicó, por su misericordia, el sumo y verdadero Dios, con la fe de la Santa Madre Iglesia Romana, al cabo de tantos millares de años que aquellas naciones, tantas y tan grandes, permanecían en las tristísimas tinieblas de su gentilidad. El cual beneficio tenemos en tanto más cuanto es mejor lo espiritual que lo temporal. Y a estos tales, Sacra Majestad, nos es licito (como a criados más propios que somos y más favorecidos que debemos ser) llegarnos con mayor ánimo y confianza a vuestra clemencia y piedad, a ofrecerle y presentarle nuestras poquedades y miserias, obras de nuestras manos e ingenio. También, por la parte de España, soy hijo de Garcilaso de la Vega, vuestro criado, que fue conquistador y poblador de los reinos y provincias del Perú. Pasó a ellas con el Adelantado Don Pedro de Alvarado, año de mil y quinientos y treinta y uno. Hallóse en la primera general conquista de los naturales de él, y en la segunda de la rebelión de ellos, sin otras particulares que hizo en nuevos descubrimientos, yendo a ellos por capitán y caudillo de Vuestra Católica Majestad. Vivió en vuestro servicio en aquellas partes, hasta el año de cincuenta y nueve, que falleció de esta vida, habiendo servido a vuestra real corona en todo lo que en el Perú se ofreció tocante a ella: en la paz, administrando justicia; y en la guerra contra los tiranos que en diversos tiempos se levantaron, batiendo oficio de capitán y de soldado. Soy asimismo sobrino de Don Alonso de Vargas, hermano de mi padre, que sirvió a Vuestra Sacra Majestad treinta y ocho años en la guerra, sin dejar de asistir a vuestro sueldo ni un solo día de todo este largo tiempo; acompañó Vuestra Real persona desde Génova hasta Flandes, juntamente con el capitán Aguilera, que fueron dos capitanes que para la guarda de ella en aquel viaje fueron elegidos por el Emperador nuestro señor; sirvió en Italia, Francia, Flandes, Alemania, en Corón, en África, en todo lo que de vuestro servicio se ofreció en las jornadas que en aquellos tiempos se hicieron contra herejes, moros, turcos y otras naciones, desde el año de mil y quinientos y diez y siete hasta el de cincuenta y cinco, que la Majestad Imperial le dió licencia para que se volviese a su patria a descansar de los trabajos pasados. Otro hermano de los ya nombrados, llamado Juan de Vargas, falleció en el Perú, de cuatro arcabuzazos que le dieron en la batalla de Huarina, en que entró por capitán de infantería de Vuestra Católica Majestad. Estas causas tan bastante, me dan ánimo, Rey de Reyes (pues todos los de la tierra os dan hoy la obediencia y os reconocen por tal), a que en nombre de la gran ciudad del Cozco y de todo el Perú, ose presentarme ante la Augusta Majestad Vuestra, con la pobreza de este primero, humilde y pequeño servicio,

aunque para mí muy grande, respecto el mucho tiempo y trabajo que me cuesta; porque ni la lengua italiana, en que estaba, ni la española, en que la he puesto, es la mía natural, ni de escuelas pude en la puericia adquirir más que un indio nacido en medio del fuego y furor de las cruelísimas guerras civiles de su patria, entre armas y caballos, y criado en el ejercicio de ellos, porque en ella no había entonces otra cosa, hasta que pasé del Perú a España a mejorarme en todo, sirviendo de más cerca vuestra real persona. Aquí se verá, defensor de la fe, qué sea el amor, cuán universal su Imperio, cuán alta su genealogía. Recibidla, Soberana Majestad, como de ella se espera y como quien sois, imitando al omnipotente Dios que tanto procuráis imitar, que tuvo en más las dos blancas de la vejezuela pobre, por el ánimo con que se las ofrecía, que los grandes presentes de los muy ricos; a cuya semejanza, en todo, yo ofrezco este tan pequeño a Vuestra Sacra Majestad. Y la merced que vuestra clemencia y piedad se dignare de hacerme en recibirlo con la benignidad y afabilidad que yo espero, a cierto que aquel amplísimo Imperio del Perú y aquella grande y hermosísima ciudad, su cabeza, la recibirán y tendrán por sumo y universal favor, porque le soy hijo, y de los que ella con más amor crió, por las causas arriba dichas, y aunque esta miseria de servicio a Vuestra Real Majestad le es de ningún momento, a mí me es de mucha importancia, porque es señal y muestra del afectuosísimo ánimo que yo siempre he tenido y tengo a vuestra real persona y servicio, que si en él yo pudiera la que deseo, quedara con satisfacción de mi servir. Pero con mis pocas fuerzas, si el divino favor y el de Vuestra Majestad no me faltan, espero, para mayor indicio de este afecto, ofreceros presto otro semejante, que será la jornada que el Adelantado Hernando de Soto hizo a la Florida, que hasta ahora está sepultada en las tinieblas del olvido. Y con el mismo favor pretendo pasar adelante a tratar sumariamente de la conquista de mi tierra, alargándome más en las costumbres, ritos y ceremonias de ella, y en sus antiguallas; las cuales, como propio hijo, podré decir mejor que otro que no lo sea, para gloria y honra de Dios Nuestro Señor, que por las entrañas de su misericordia y por los méritos de la sangre y pasión de su unigénito hijo, se apiadó de vernos en tanta miseria y ceguera y quiso comunicarnos la gracia de su Espíritu Santo, reduciéndonos a la luz y doctrina de su Iglesia Católica Romana, debajo del Imperio y amparo de Vuestra Católica Majestad. Que después de aquélla, tenemos ésta por primera merced de su divina mano, la cual guarde y ensalce la real persona y augusta prole de Vuestra Sacra Majestad con larga vida y aumento de reinos e imperios, como vuestros criados lo deseamos. Amén. De Montilla, 19 de enero 1586 años.

Sacra, Católica, Real Majestad, defensor de la fe.

Besa las reales manos de Vuestra Católica Majestad, vuestro criado

Garcilaso Inca de la Vega

Ultra de esta dedicatoria, hice otra, de nuevo mano escrita, la cual dió a Su Majestad un caballero, gran señor mío, con un libro de los de nuestra traducción, que es la que se sigue, que, por haber salido en aquel tiempo la premática de las cortesías, no se puso otro título:

Señor:

Por haber dicho en la dedicatoria que a Vuestra Católica Majestad hice de este libro todo lo que aquí me convenía decir, no lo repetiré en ésta. Solamente servirá de suplicar a Vuestra Majestad, como a mi Rey y señor, se digne de mandar leer y oír aquélla, que sólo este favor deseo y pretendo por gratificación, así del trabajo de mi estudio como del ánimo que a vuestro real servicio siempre he tenido. La obra, para que Vuestra Majestad la vea, es prolija, aunque la grandeza de su autor merece cualquiera merced que Vuestra Majestad le haga. De mi parte no hay en ella cosa digna de ser recibida en cuenta, si no fuese el atrevimiento de un indio en tal empresa, y el deseo que tuve de dar con ella ejemplo a los del Perú, donde yo nací, de cómo hayan de servir en todo género de oficio a Vuestra Católica Majestad. Con este mismo deseo y pretensión quedo ocupado en sacar en limpio la relación que a Vuestra Majestad se ha de hacer del descubrimiento que vuestro Gobernador y Capitán General Hernando de Soto hizo en la Florida, donde anduvo más de cuatro años. La cual será obra de importancia al aumento de la felicísima corona de España (que Dios ensalce y en suma monarquía ponga, con larga vida de Vuestra Majestad), porque con la noticia de tantas y tan buenas provincias como aquel capitán descubrió, que hasta ahora están incógnitas, y vista la fertilidad y abundancia de ellas, se esforzarán vuestros criados y vasallos a las conquistar y poblar, acrecentando su honra y provecho en vuestro servicio. Concluida esta relación, entenderé en dar otra de las costumbres, ritos y ceremonias que en la gentilidad de los Incas, señores que fueron del Perú, se guardaban en sus reinos, para que Vuestra Majestad las vea desde su origen y principio, escritas con alguna más certidumbre y propiedad de lo que hasta ahora se han escrito. A Vuestra Católica Majestad suplico que con la clemencia tan propia de vuestra real persona se humane a recibir el ánimo de este pequeño servicio que en nombre de todo el Perú he ofrecido y ofrezco. Y el favor que pretendo y espero es para que todos los de aquel Imperio, así indios como españoles, en general y particular, lo gocen juntamente conmigo, que cada uno de ellos lo ha de tomar por suyo propio, porque de ambas naciones tengo prendas que les obligan a participar de mis bienes y males, las cuales son haber sido mi padre conquistador y poblador de aquélla tierra, y mi madre natural de ella, y yo haber nacido y criádome entre ellos. Y porque mi esperanza es conforme a mi fe, ceso suplicando a Dios Nuestro Señor guarde a Vuestra Católica Majestad como vuestros criados deseamos, amén.

De las Posadas, jurisdicción de Córdova, 7 de noviembre 1589".

La Católica Majestad, habiendo leído la una y la otra, mandó llamar a su guardajoyas y le dijo: "Guardadme este libro, y cuando estuviéremos en el Escorial, acordadme que lo tenéis. Ponedlo por escrito; no se os olvide".

En llegando el guardajoyas al Escorial, acordó al Rey de cómo tenía allí el libro, y Su Majestad mandó llamar al prior de aquel real convento de San Jerónimo y le dijo: "Mirad este libro, Padre, a ver qué os parece de él. Mirad que es fruta nueva del Perú".

Es también muy de estimar la estima que de nuestro León Hebreo tuvo el ilustrísimo señor Don Maximiliano de Austria, que murió Arzobispo de Santiago de Galicia, varón no menos insigne en valor y prudencia que en sangre.

Envióme Su Señoría una carta en aprobación de mi traducción, con que me obligó a dedicarle el prólogo de ella. Y para su calificación baste la que le dió el señor Don Francisco Murillo, maese escuela y dignidad de esta Santa Iglesia Catedral de Córdova, porque ahora veinte y cinco años, recién venido yo a vivir en esta ciudad, tuve conocimiento y amistad con el Licenciado Agustín de Aranda, uno de los curas de la iglesia matriz, al cual di un libro de éstos, y él lo dió al maese escuela, cuyo confesor era. El maese escuela, que había sido veedor general de los ejércitos y armadas de Su Majestad, habiendo visto el libro, dijo a su confesor que deseaba conocerme, y el confesor me lo dijo a mi, una, dos y tres veces. Yo, como extranjero, no me atrevía a poner delante de tan gran personaje. Al fin, por importunación del Licenciado Aranda, fui a besar las manos al señor maese escuela, y le llevé un libro de éstos, bien guarnecido y muy dorado. Hízome mucha merced en todo, aunque estaba en la cama, tullido de gota. Y las primeras palabras con que me saludó fueron éstas: "Un antártico, nacido en el Nuevo Mundo, allá debajo de nuestro hemisferio, y que en la leche mamó la lengua general de los indios del Perú, ¿qué tiene que ver con hacerse intérprete entre italianos y españoles? y ya que presumió serlo, ¿por qué no tomó libro cualquiera, y no el que los italianos más estimaban y los españoles menos conocían?" Yo le respondí que había sido temeridad soldadesca, que sus mayores hazañas las acometen así, y si salen con victoria los dan por valientes, y si mueren en ella los tienen por locos. Rió mucho la respuesta, y en otras visitas me la repitió muchas veces. Ni es de menor abono de nuestro León Hebreo romanzado la calidad que le dió alabándolo Su Paternidad del muy reverendo Padre Fray Juan Ramírez, del Orden del Seráfico San Francisco, que lo calificó por mandato del Santo Oficio de Córdova. No quisiera, señores, haber cansado a vuesas mercedes, cuyo descanso quiero más que el mío, porque sólo mis deseos son de servirles, que es el fin de esta crónica y su dedicatoria, en que ella y su autor se dedican a quienes en todo y por todo desean agradar y honrar, reconocer y dar a conocer. Y así les suplico y pido por merced me la hagan tan grande de aceptar este pequeño presente, con la voluntad y ánimo con que se ofrece, que siempre ha sido de ilustrar nuestra patria y parientes, derecho natural y por mil

títulos debido a ley de hijo de madre Palla e infanta peruana (hija del último señor y príncipe gentil de aquellas opulentas provincias) y padre español, noble en sangre, condición y armas, Garcilaso de la Vega, mi señor, que sea en gloria. Y vuesas mercedes plega al Rey de gloria la alcancen eterna en el cielo, y aquí la que merecen y yo pretendo darles en ésta su historia, pues tanta les es debida a titulo de su nobleza, fundada en la virtud de sus pasados y ennoblecida con la propia, ya en armas, con las cuales, venciendo los trabajos de Hércules, han trabajado valiente y valerosamente en tantas contiendas, haciendo rostro a los golpes de fortuna, ya en artes liberales y mecánicas, en que tanto se han aventajado, principalmente en la astrológica y náutica, con que pasean los cielos y navegan por ese océano a islas y tierras nunca de antes conocidas; también en la agricultura, con que cultivan el suelo fértil del Perú, tornándolo fertilísimo de todo lo que la vida humana puede apetecer. No digo nada de las artes domésticas de comida regalada, aunque reglada, y traje de vestidos, cortados al talle, de que pudo ser muestra admirable y gustosa una librea natural peruana que dió que ver y admirar en esta ciudad de Córdova, en un torneo celebrado en la fiesta de la beatificación del bienaventurado San Ignacio, patriarca de la Sagrada Compañía de Jesús, cuya traza y forma al natural yo di al Padre Francisco de Castro, y, si la pasión no me ciega, fue la cuadrilla más lucida y celebrada, y que llevaba los ojos de todos por su novedad y curiosidad. Sea Dios bendito, el cual, por su bondad y clemencia, galardone y remunere los méritos de vuesas mercedes con su gloria, a que tienen acción y derecho por su cristiandad y virtudes celestiales de fe, amor, justicia, misericordia y religión, de que los ha dotado, en prendas de los dotes de gloria, donde vayan a gozarla por una eternidad, después de muchos y largos años de próspera salud y vida.

El Inca Garcilaso de la Vega

TASA

Yo Jerónimo Núñez de León, Escribano de Cámara de su Majestad de los que en su Consejo residen, doy fe que, habiéndose visto por los señores de él un libro intitulado *Segunda Parte de los Comentarios Reales,* compuestos por el Inca Garcilaso de la Vega, que con licencia de los dichos señores fue impreso, tasaron cada pliego de los del dicho libro a cuatro maravedís y parece tener ciento y cincuentisiete pliegos, que al dicho respecto montan seiscientos y veinte y ocho maravedís, y a este precio mandaron se vendiese y a no más, y que esta tasa la ponga al principio de cada libro de los que se imprimieren. Y para que de ello conste de pedimento de la parte del dicho el Inca Garcilaso de la Vega doy esta fe. En Madrid a diez y siete de Noviembre de mil seiscientos y diez y seis años.

Jerónimo Núñez de León.

Monta este libro, según su tasa diez y ocho reales y diez y seis maravedís.



El Marqués Don Francisco Pizarro.

LA CONQUISTA DEL PERÚ

LIBRO PRIMERO

DE LA SEGUNDA PARTE

DE LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS

Dónde se verá un triunvirato que tres españoles hicieron para ganar el Imperio del Perú; los provechos de haberse ganado; los trabajos que pasaron en su descubrimiento; cómo desampararon los suyos a Pizarro y quedaron solos trece con él; cómo llegaron a Túmpiz; un milagro que allí hizo Dios Nuestro Señor por ellos. La venida de Francisco Pizarro a España a pedir la conquista; su vuelta al Perú; los trabajos de su viaje; las embajadas que entre indios y españoles se hicieron; la prisión de Atahuallpa; el rescate que prometió; las diligencias que por él hicieron los españoles; la muerte de los dos Reyes Incas; la veneración que tuvieron a los españoles. Contiene cuarenta y un capítulos.

CAPÍTULO I: Tres españoles, hombres nobles, aspiran a la conquista del Perú.

En las cosas que hemos dicho en el libro nono de la primera parte de nuestros *Comentarios Reales*, se ocupaba el bravo Atahuallpa, tan contento y ufano de pensar que con sus crueldades y tiranías iba asegurando su Imperio, cuán ajeno y descuidado de imaginar que mediante ellas mismas se lo habían de quitar muy presto gentes extrañas, no conocidas, que en tiempo tan próspero y favorable como él se prometía, llamaron a su puerta para derribarle de su trono y quitarle la vida y el Imperio, que fueron los españoles. Cuya historia para haberla de contar cómo pasó, será necesario volvamos algunos años atrás, para tomar de sus primeras fuentes la corriente de ella. Decimos que los españoles después que descubrieron el Nuevo Mundo, andaban tan ganosos de descubrir nuevas tierras, y otras más y más nuevas, que aunque muchos de ellos estaban ricos y prósperos, no contentos con lo que poseían, ni cansados de los trabajos, hambres, peligros, heridas, enfermedades, malos días y peores noches, que por mar y por tierra habían pasado, volvían de nuevo a nuevas conquistas y mayores afanes, para salir con mayores hazañas que eternizasen sus famosos nombres. Así acaeció en la conquista del Perú, que viviendo en Panamá Francisco Pizarro, natural de Trujillo, de la muy noble sangre que de este apellido hay en aquella ciudad; y Diego de Almagro, natural de Malagón, según Agustín de Zárate, aunque Gómara dice que de Almagro, que es mas verosímil por el nombre, no se sabe de qué linaje, mas sus obras tan hazañosas y generosas dicen que fue nobilísimo, porque ése lo es que las hace tales, y por el fruto se conoce el árbol. Eran hombres ricos y famosos por las hazañas que en otras conquistas habían hecho, particularmente Francisco Pizarro, que había sido Capitán y Teniente Gobernador, año de mil quinientos doce en la ciudad de Urabá, cuando la conquistó y pobló él mismo con cargo de Teniente General, por el Gobernador Alonso de Hojeda, y fue el primer capitán español que en aquella provincia hubo, donde hizo grandes hechos y pasó muchos y muy grandes afanes, como lo dice muy breve y compendiosamente Pedro de Cieza de León, capítulo sexto, por estas palabras: "Y después de esto pasado el Gobernador Hojeda, fundó un pueblo de cristianos en la parte que llaman de Urabá, donde puso por su capitán y lugarteniente a Francisco Pizarro que después fue Gobernador y Marqués; y en esta ciudad o villa de Urabá pasó muchos trabajos este capitán Francisco Pizarro, con los indios de Urabá, y con hambres y enfermedades que para siempre quedará de el fama", etc. Hasta aquí es de Pedro de Cieza. También se halló en el descubrimiento de la Mar del Sur, con el famoso sobre los famosos Vasco Núñez de Balboa, y en la conquista de Nombre de Dios y Panamá, se halló con el Gobernador Pedro Arias de Ávila, como lo dice Gómara al fin del capítulo ciento cuarenta y cinco de la *Historia de las Indias*.

Pues no contento Francisco Pizarro ni Diego de Almagro de los trabajos pasados, se ofrecieron a otros mayores, para lo cual, movidos de la fama simple que entonces había del Perú, hicieron compañía y hermandad entre si estos dos ilustres y famosos varones, y con ellos Hernando de Luque, maestrescuela de Panamá, señor de la Taboga. Juraron todos tres en público, y otorgaron escritura de obligación de no deshacer la compañía por gastos ni desgracias que en la empresa que pretendían de la conquista del Perú le sucediesen y que partirían hermanablemente cualquiera ganancia que hubiese. Concertaron que Hernando de Luque se quedase en Panamá a beneficiar las haciendas de todos tres, y que Francisco Pizarro tomase la empresa de ir al descubrimiento y conquista de la tierra que hallase, y que Diego de Almagro fuese y viniese del uno al otro con gente, armas y caballos y bastimento para socorrer los compañeros que anduviesen en la conquista. Llamaron al maestrescuela Hernando de Luque, Hernando el Loco, por decírselo a todos tres;[1] porque siendo hombres ricos, y habiendo pasado muchos y grandes trabajos, y siendo ya hombres de mucha edad, que cualquiera de ellos pasaba de los cincuenta años, se ofreciesen de nuevo a otros mayores afanes y tan ciegas, que ni sabían a dónde, ni a qué tierra iban, ni si era rica, ni pobre, ni los que era menester para ganarla. Más la buena dicha de los que hoy la gozan les llamaba y aún forzaba, a que emprendiesen lo que no sabían. Pero lo principal era que Dios había misericordia de aquellos gentiles, y quería por este camino enviarles su Evangelio, como lo veremos en muchos milagros que en favor de ellos hizo en la conquista.

CAPÍTULO II: Excelencias y grandezas que han nacido de la compañía de los tres españoles.

El Triunvirato que hemos dicho, otorgaron aquellos tres españoles en Panamá, en cuya comparación se me ofrece el que establecieron los tres emperadores romanos en Laíno, lugar cerca de Bolonia; pero tan diferente el uno del otro, que parecerá disparate querer comparar el nuestro con el ajeno, porque aquel fue de tres emperadores y este de tres pobres particulares; aquel para repartir entre ellos todo el Mundo Viejo que los romanos ganaron, y para gozarlo ellos pacíficamente, y este para trabajar y ganar un Imperio del Nuevo Mundo, que no sabían lo que les había de costar, ni cómo lo habían de conquistar. Empero si bien se miran y consideran los fines y efectos del uno y del otro se verá que aquel Triunvirato, fue de tres tiranos que tiranizaron todo el mundo, y el nuestro de tres hombres generosos, que cualquiera de ellos merecía por sus trabajos, ser dignamente emperador; aquel fue para destruir todo el mundo, como lo hicieron, y este para enriquecerle, como se ha visto y se ve cada

[1]La participación de Luque en el contrato para la conquista del Perú fué más como de testaferro: si bien figura aportando los 20,000 pesos requeridos por los socios, sin embargo, por documentos posteriores se sabe que quien aportó esa cantidad fué el Licenciado Gaspar de Espinoza, tesorero real de Panamá.

día, como lo probaremos largamente en los primeros capítulos siguientes. Aquel Triunvirato fue para dar y entregar los valedores, amigos y parientes en trueque y cambio de los enemigos y contrarios, por vengarse de ellos; y este para morir ellos en demanda del beneficio ajeno, ganando a su costa nuevos imperios, para amigos y enemigos, sin distinción alguna, pues gozan de sus trabajos y ganancias los cristianos, gentiles, judíos, moros, turcos y herejes, que por todos ellos se derraman las riquezas que cada año vienen de los reinos que nuestro Triunvirato ganó, demás de la predicación del Santo Evangelio, que es lo mas que se debe estimar, pues fueron los primeros cristianos que lo predicaron en aquel gran Imperio del Perú, y abrieron por aquella parte las puertas de la Iglesia Católica Romana, madre nuestra, para que hayan entrado y entren en su gremio tanta multitud de fieles, cuya muchedumbre ¿quién podrá numerar? ¿Y quién podrá decir la grandeza de solo este hecho? ¡Oh nombre y genealogía de Pizarros, cuánto te deben todas las naciones del Mundo Viejo, por las grandes riquezas que del Mundo Nuevo les has dado! Y cuánto mas te deben aquellos dos imperios peruano y mejicano, por tus dos hijos Hernando Cortés Pizarro y Francisco Pizarro, y los demás sus hermanos Hernando Pizarro y Juan Pizarro, y Gonzalo Pizarro, los cuales mediante sus grandes trabajos e increíbles hazañas les quitaron las infernales tinieblas en que morían, y les dieron la luz evangélica en que hoy viven! ¡Oh descendencia de Pizarros, bendígante las gentes de siglo en siglo por padre y madre de tales hijos, y la fama engrandezca el nombre de Sancho Martínez de Añasco Pizarro, padre de Diego Hernández Pizarro, antecesor de todos estos heroicos varones, que tantos y tales beneficios han hecho a entrambos mundos, a este con riquezas temporales, y a aquel con las espirituales, por las cuales merece nuestro Triunvirato, tanto de fama, honra y gloria, cuanto aquel de infamia, abominación y vituperio, que jamás podrán los presentes ni venideros loar este como él merece, ni blasfemar de aquel a igual de su maldad y tiranía! Del cual el gran doctor en ambos derechos, y gran historiador de sus tiempos, y gran caballero de Florencia, Francisco Guichardino, hijo digno de tal madre, en el libro nono de su galana historia dice estas palabras.

"Layno, lugar famoso por la memoria de haberse juntado en el Marco Antonio, Lépido y Otaviano, los cuales, debajo del nombre Triunvirato, establecieron y firmaran allí las tiranías que en Roma ejecutaron, y aquella proscripción, y encartamiento nunca jamás bastante abominado." Esto dice aquel famoso caballero de aquel nefando Triunvirato, y del nuestro hablan en sus historias largamente los dos ministros imperiales, el capellán Francisco López de Gómara y el contador Agustín de Zárate[2], y otros más modernos, los

[2]Francisco López de Gómara fué capellán en el ejército de Hernán Cortés, testigo ocular de muchos de los sucesos acaecidos en la conquista de México, y muy amigo de algunos de los conquistadores del Perú, que le dieron valiosas informaciones; escribió, por consejo de Cortés y de otros muchos, la "*Narración de lo sucedido en México y el Perú, desde su descubrimiento hasta la definitiva implantación de la soberanía española en las nuevas tierras*". La obra de Gómara muy apreciable, no estuvo exenta de lagunas, falsos juicios y errores, y en su tiempo, y aún viviendo el clérigo cronista,

cuales citaremos siempre que se nos ofrezcan.

CAPÍTULO III: La poca moneda que había en España antes de la conquista del Perú.

Para probar cómo ha enriquecido nuestro Triunvirato a todo el mundo, me conviene hacer una larga digresión, trayendo a la memoria algunos pasos de historias de las rentas que algunos reinos tenían antes de la conquista del Perú, y de las que ahora tienen. Séame lícito discutir por ellas, que yo procuraré ser breve lo mas que pudiere. Juan Bodino, francés, en su libro de la *República*, libro sexto, capítulo segundo, habla muy largo en el propósito que tratamos: dice en común y en particular cuán poco valían las rentas de las repúblicas y de los príncipes antes que los españoles ganaran el Perú, y lo que al presente valen. Hace mención de muchos estados, que fueron empeñados o vendidos en muy poco precio. Refiere los sueldos tan pequeños que ganaban los soldados, y los salarios tan cortos que los príncipes daban a sus criados, y los precios tan bajos que todas las cosas tenían, donde remito al que lo quisiese ver más largo. En suma, dice que el que entonces tenía cien reales de renta tiene ahora mil de las mismas cosas; y que las posesiones valen ahora veinte veces más que antes valían. Trae a cuenta el rescate que el Rey de Francia Luis Noveno pagó por sí al Sultán de Egipto que dice fueron quinientos mil francos y lo coteja con el que el Rey Francisco Primero pagó al Emperador Carlos Quinto que dice fueron tres millones. También dice que en vida del Rey Carlos Sexto, el año de cuatrocientos cuarenta y nueve, valió la renta de la corona de Francia cuatrocientos mil francos; y que el año que murió el Rey Carlos Noveno, francés, que fue el año de mil quinientos sesenta y cuatro, valió catorce millones; y a este respecto dice de otros grandes potentados. Todo lo cual es bastante prueba de lo que el Perú ha enriquecido a todo el mundo. Y porque de esta materia tenemos mucha abundancia en nuestra república de España, no hay para que busquemos cosas que decir en las ajenas, sino que digamos de las nuestras y no de muchos siglos atrás, sino desde el Rey Don Fernando, llamado el Santo, que ganó a Córdoba y a Sevilla, de quien la historia general de España, escrita por el Rey Don Alonso el Sabio, de la cuarta parte de la Crónica, capítulo

---

otro soldado español, héroe en las hazañas de la conquista del Anahuac, llamado Bernal Díaz del Castillo, refutó a Gómara y señaló sus errores. El relato de la conquista del Perú de Gómara escrita con menos apasionamiento que la *Historia de México*, está menos adulterada, pero sus asertos se deben tomar con la reserva, debida al escritor que narra lo que otros vieron, y que no conoció el Perú.

Agustín de Zárate, también frecuentemente citado por Garcilaso, fué un investigador infatigable de los sucesos acaecidos en el Perú durante su conquista. Su puesto de Contador en las oficinas del Gobierno Colonial, su vecindad a los años en que se realizó el sometimiento de las nuevas tierras y sus relaciones con los españoles que actuaron en la magna empresa, le dan derecho a ser creído. Desde la aparición de su obra, la que intituló *Descubrimiento y Conquista del Perú*, ésta fué muy apreciada; muestra de este aprecio son las continuas trascripciones que de ella hacen los antiguos cronistas, entre los que figuran principalmente el Inca historiador.

décimo, dice que Don Alonso Nono, Rey de León, padre del Rey Don Fernando el Santo, le hizo guerra, y que el hijo le envió una embajada por escrito, diciendo que como hijo obediente no le había de resistir, que le dijese el enojo que contra él tenía para darle la enmienda; y que el Don Alonso respondió, que porque no le pagaba diez mil maravedís que le debía le hacía la guerra; y que sabiéndolo el Rey Don Fernando se los pagó y cesó la guerra. Por ser larga la carta del hijo al padre no la ponemos aquí, y ponemos su respuesta que lo contiene todo. La cual sacada a la letra dice así: "Entonces el Rey de León embió esta respuesta sin carta. Que fazíe guerra por diez mil maravedís quel devíe el Rey Don Enrique por el camino de Santivañez de la Mota, e si gelos él diesse non faríe guerra. E entonces el Rey Don Fernando non quiso haver guerra con su padre por diez mil maravedís, e mandógelos luego dar". Hasta aquí es de la *Crónica General*, y en particular la del mismo Rey Don Fernando, capítulo once, se lee lo que se sigue sacado a la letra:

"Poco tiempo después desto un caballero cruzado para la demanda de la Tierra Santa, que se llamava Ruy Díaz de los Cameros, comenzó a hazer muchos agravios. E como desto viniesen muchas quejas al Rey Don Fernando, mandóle llamar a Cortes para que respondiese por sí a las cosas que contra él ponían y para que satisfaciesse los agravios que él havía hecho. E Ruy Diaz vino a la Corte a Valladolid, el cual huvo grande enojo cuando supo las quexas que dél se havían dado. Y assí por este enojo, como por consejo de malos hombres, partióse luego de la corte, sin licencia del Rey. Y como el Rey Don Fernando supo que Ruy Diaz se había assí partido sin su licencia, hubo mucho enojo dél, y quitóle la tierra por Cortes, y Ruy Diaz no quería dar las fortalezas, mas al fin las huvo de dar, con condición que le diesse el Rey catorce mil maravedís en oro, y recibidos los dichos catorce mil maravedís entregó luego las fuerzas al noble Rey Don Fernando," etc. En la misma historia, capítulo diez y seis, cuando el Rey tomó la posesión del Reino de León, dice lo que se sigue: "El Rey Don Fernando aun no tenía la possessión del Reino, puesto que tuviesse la más parte, según cuenta la historia, partió de Mansilla y fue para León, que es cabeza del Reyno, adonde fue muy honradamente recebido y con mucho placer, y allí fue alzado por Rey de León por el obispo de la misma ciudad, que se llamava Don Rodrigo, e por todos los caballeros e ciudadanos, y puesto en la silla real, cantando la clerezía *Te Deum Laudamus* solemnemente. Y todos quedaron muy contentos y alegres con su Rey, y desde entonces fue llamado Rey de Castilla y de León, los cuales dos reinos legítimamente heredó de su padre y de su madre. Y assí como estos dos reinos se havían dividido después del Emperador, en Don Sancho, Rey de Castilla, y en Don Fernando, Rey de León, y assí estuvieron algunos tiempos, ansí se juntaron otra vez en este noble Rey Don Fernando el Tercero. Después desto, la reina doña Teresa, madre de Doña Sancha e Doña Dulce, hermanas del Rey Don Fernando, como viese que estaba apoderado en el reino, no pudiendo resistirle, envió al Rey Don Fernando a demandarle partido y convenencia, de lo cual pesó a algunos grandes de

Castilla, que desseavan, por su dañada voluntad, que huviesse guerra y rebuelta entre León y Castilla. Empero la noble Reyna Doña Berenguela, oída la embaxada de Doña Teresa, temiendo los daños y peligros que se recrescen de las discordias y guerras, movida con buen zelo, trabajó mucho de dar algún concierto entre su hijo el Rey y sus hermanas Doña Sancha y Doña Dulce. E hizo con su hijo que quedasse allí en León, y que ella yría a Valencia a ver con la Reyna Doña Teresa y con las infantas, lo cual concedió el Rey. Entonces doña Verenguela se partió para Valencia, y habló con doña Teresa y las infantas, e finalmente se concertaron que las infantas dexassen al Rey Don Fernando en paz el reyno, y que partiessen mano de qualquier acción y derecho que tuviessen al reyno de León, y le entregasen todo lo que tenían que perteneciesse a la corona real, sin pleyto ni contienda, y que el Rey Don Fernando diese a las infantas cada año, por su vida dellas, treinta mil maravedís de oro. Esto assí concertado y assentado, vínose el Rey para Benavente, y assimismo las infantas vinieron allí, y otorgóse de ambas partes lo que estava assentado, e hicieron sus escripturas, e firmáronlas el Rey y las infantas, y el Rey les libró los dichos treinta mil maravedís en lugar donde los tuviessen bien parados y seguros. De aquesta manera posseyó el reyno de León en paz y sosiego". En el capítulo veinte y nueve de la misma historia dice así:

"Después de casado el Rey Don Fernando con Doña Juana, andando visitando su Reyno vino a Toledo, y estando allí supo cómo la ciudad de Córdova y los otros lugares de la Frontera estavan en grande estrecho por falta de mantenimientos, de lo qual mucho le pesó, y sacó veinte y cinco mil maravedís en oro y embiólos a Córdova, y otros tantos a los lugares y fortalezas," etc. Estas partidas tan pequeñas se hallan en la crónica del Rey Don Fernando el Santo. En el capítulo siguiente diremos las que hay escritas en las de los Reyes sucesores suyos.

CAPÍTULO IV: Prosigue la prueba de la poca moneda que en aquellos tiempos había, y la mucha que hay en éstos.

La Historia del Rey Don Enrique Segundo, manuscrita, que la tenía un hermano del cronista y doctor Ambrosio de Morales, hablando de las rentas reales, decía que valían cada año treinta cuentos de maravedís de renta, que son ochenta mil ducados, y es de advertir que era Rey de Castilla y de León. Otras cosas decía a propósito de la renta, que por ser odiosas no las digo. En la crónica del Rey Don Enrique Tercero, que está al principio de la de su hijo el Rey Don Juan el Segundo, que fue el año de mil cuatrocientos y siete, se leen cosas admirables acerca de lo que vamos diciendo, del poco dinero que entonces había en España, y del sueldo tan corto que los soldados ganaban, y del precio tan bajo que todas las cosas tenían, que por ser cosas que pasaron tan cerca del tiempo que se ganó el Perú, será bien que saquemos algunas de ellas, como allí se leen,

a lo menos las que hacen a nuestro propósito. El título del capítulo segundo de aquélla historia dice: "Capítulo Segundo. De la habla que el infante hizo a los grandes del Reino." Este infante decimos que fue Don Fernando, que ganó a Antequera y después fue Rey de Aragón. La habla dice así: "Perlados, condes, ricos hombres procuradores, cavalleros y escuderos que aquí soys ayuntados: ya sabeys cómo el Rey mi señor está enfermo, de tal manera que no puede ser presente a estas Cortes, y mandó que de su parte vos dijese el propósito con que él era venido a esta ciudad. El qual es que por el Rey de Granada le haver quebrantado la tregua que con él tenía, y no haber querido restituyr el castillo de Ayamonte, ni le haver pagado en tiempo las parias que le devía, él le entendía hazer cruda guerra, y entrar en su reyno muy poderosamente por su propia persona, y quiere haver vuestro parecer y consejo. Principalmente quiere que veáis que esta guerra que su merced quiere hazer es justa; y esto visto, queráis entender en la forma que ha de tener, assí en el numero de la gente de armas y peones que le convenía llevar, para que el honor y preheminencia suya se guarde, como para las artillerías, y pertrechos, y vituallas que para esto son menester; y para hazer el armada que conviene para guardar el estrecho y para haver dinero para las cosas ya dichas, y para pagar el sueldo de seys meses a la gente que les parecerá ser necesaria para esta entrada." Todo esto contiene el capítulo segundo de aquella historia.

En los demás que se siguen se cuenta la competencia sobre cuál de las ciudades había de hablar primero, si Burgos o Toledo, si León o Sevilla, y lo que respondieron los procuradores a la demanda, y como ellos no quisieron señalar el número de la gente ni lo demás necesario para la guerra, sino que lo señalase el Rey, y así lo señaló en el capítulo décimo por estas palabras, sacadas a la letra: "Diez mil hombres de armas, y cuatro mil ginetes, y cincuenta mil peones vallesteros y lanceros, allende de la gente de Andalucía, y treinta galeras armadas, y cincuenta naos, y los peltrechos siguientes: seys gruessas lombardas y otros cien tiros de pólvora, no tan grandes, y dos ingenios, y doze trabucos, y picos, azadones y azadas, y doze pares de fuelles grandes de herrero, y seis mil pavesses y carretas; y bueyes para llevar lo susodicho, y sueldo para seys meses para la gente. Y para esto vos manda y ruega trabajéys cómo se reparta en tal manera cómo se pueda pagar lo que assí montare dentro de los seys meses, de forma que los reynos no reciban daño." Hasta aquí es del capitulo décimo, lo que se sigue es del undécimo. Sacamos los capítulos como están, porque en sus particularidades y menudencias hay mucho que notar para lo que pretendemos probar y averiguar; dice así en el capítulo once: "Visto por los procuradores lo que el Rey les embiava a mandar, parecióle grave cosa de lo poder cumplir en tan breve tiempo. Acordaron de hazer cuenta de lo que todo podía montar, y de lo embiar así al Rey para que su merced viesse lo que a su servicio y a bien de sus reynos cumplía. Y la cuenta hecha hallaron que diez mil lanzas pagadas a diez maravedís cada día, que montava el sueldo de seys meses veinte y siete cuentos. Y cuatro mil ginetes a diez maravedís cada día, siete cuentos y

dozientos mil maravedís. Y cincuenta mil hombres de a pie, a cinco maravedís cada día cuarenta y cinco cuentos. El armada de cincuenta naos y treynta galeras, que montarían quince cuentos, y los peltrechos de la tierra, de lombardas, e ingenios y carretas que podría montar seys cuentos. Assí que montaría todo esto, [cien cuentos y doscientos mil mara][3]vedís. Y vista esta cuenta, los procuradores hallaron que en ninguna manera esto se podía cumplir ni estos reynos bastarían a pagar número tan grande en tan breve tiempo. Y suplicaron al señor infante que quissiese suplicar al Rey le pluguiesse para esta guerra tomar una parte de sus alcavalas y almoxarifazgo y otros derechos, que montavan bien sesenta cuentos, y otra parte del tesoro que en Segovia tenía, y sobre esto que el reyno cumpliría lo que faltasse," etc. Hasta aquí es del capítulo alegado, y porque va largo y fuera de nuestro propósito no lo saqué todo, mas de que en el capítulo siguiente, que es el duodécimo, dice que el Rey tuvo por bien de que el reino le sirviese, y socorriese con cuarenta y cinco cuentos de maravedís para la guerra que determinaba hacer al Rey de Granada; lo cual se asentó y pagó llanamente.

En el testamento del mismo Rey don Enrique Tercero entre otras mandas que hace, hay dos: la una es que manda erigir siete capellanías en la Santa Iglesia de Toledo, y señala diez mil y quinientos maravedís de renta para ellas, y a mil y quinientos maravedís cada capellanía. Luego sucesive manda que en la dicha iglesia se le hagan cada año doce aniversarios, uno cada mes; que den por cada aniversario doscientos maravedís, los cuales quiere y manda que se repartan por los señores del cabildo que se hallaren presentes a cada aniversario. Adelante, en el capítulo ciento y ocho, dice que estando el infante don Fernando muy necesitado en el cerco de Antequera, envió a envió a pedir socorro de dineros a la Reina Doña Catalina, su cuñada, la cual sacó del tesoro del Rey, su hijo, seis cuentos de maravedís, con los cuales aquel buen infante acabó de ganar la ciudad de Antequera. Llegándonos mas a nuestros tiempos, es de saber y de advertir, que los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel tenían tasado el gasto de su mesa y plato en doce mil ducados cada año, con ser Reyes de Castilla, de León, de Aragón y de Navarra, y de Sicilia, etc. Y porque este capítulo no sea tan largo que canse, lo dividimos en dos partes, siguiendo todavía nuestra intención.

CAPÍTULO V: Lo que costó a los Reyes de Castilla el Nuevo Mundo.

Viniendo a lo último de nuestra pretensión para mayor prueba de ella, que es averiguar la poca moneda que había en España, antes que se ganara aquella mi tierra, diremos el precio tan bajo y la partida tan pequeña que costó, no solamente el grande y riquísimo Imperio del Perú, sino todo el Mundo Nuevo, hasta entonces no conocido, que lo escribe Francisco López de Gómara en el

[3]Corresponde a una línea que no aparece en el original.

capítulo quince de su *General Historia de las Indias*, donde escribe cosas notables. Y porque lo son tales, diré aquí parte de ellas, sacándolas en suma, por no ser tan largo, y lo que hace mas a nuestro propósito lo diré sacado a la letra. Habiendo dicho aquel autor lo mal que para el descubrimiento de las Indias negoció el gran Cristóbal Colón con el Rey de Inglaterra, Enrique Séptimo; y con el de Portugal, Alfonso Quinto, y con los duques de Medina Sidonia, Don Enrique de Guzmán, y el de Medinaceli, Don Luis de la Cerda, dice que Fray Juan Pérez de Marchena, fraile Francisco de la Rábida, cosmógrafo y humanista, le animó a que fuese a la corte de los Reyes Católicos (hasta aquí es dicho en suma, lo que se sigue es sacado a la letra), "que holgaban de semejantes avisos, y escribió con él a fray Fernando de Talavera, confesor de la reina doña Isabel. Entró pues Cristóbal Colon en la Corte de Castilla el año de mil cuatrocientos ochenta y seis. Dió petición de su deseo y de su negocio a los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, los cuales curaron poco de ella, como tenían los pensamientos de echar los moros del Reino de Granada. Habló con los que decían privar y valer con los Reyes en los negocios; mas como era extranjero y andaba pobremente vestido y sin otro mayor crédito que del de un fraile menor, ni le creían ni le escuchaban, de lo cual él sentía gran tormento en la imaginación. Solamente Alonso de Quintanilla, contador mayor, le daba de comer en su despensa, y le oía de buena gana las cosas que prometía de tierras nunca vistas, que le era un entretenimiento para no perder esperanza de negociar bien algún día con los Reyes Católicos. Por medio pues de Alonso de Quintanilla, tuvo Colón entrada y audiencia con el cardenal Don Pedro González de Mendoza, arzobispo de Toledo, que tenía grandísima cabida y autoridad con la reina y con el Rey. El cual lo llevó delante de ellos, después de haberle muy bien examinado y entendido. Los Reyes oyeron a Colón por ésta vía, y leyeron sus memoriales; y aunque al principio tuvieron por vano y falso cuanto prometía, le dieron esperanza de ser bien despachado en acabando la guerra de Granada que tenían entre manos. Con esta respuesta comenzó Cristóbal Colón a levantar el pensamiento mucho más que hasta entonces, y a ser estimado y graciosamente oído de los cortesanos que hasta allí burlaban de él. Y no se descuidaba punto en su negocio cuando hallaba coyuntura. Y así apretó el negocio tanto en tomándose Granada, que le dieron lo que pedía para ir a las nuevas tierras que decía a traer oro, plata, piedras, especies y otras cosas ricas. Diéronle asimismo los Reyes la docena parte de las rentas y derechos reales en todas las tierras que descubriese y ganase con perjuicio del Rey de Portugal como él certificaba. Los capítulos de este concierto se hicieron en Santa Fe, y el privilegio de la merced en Granada en treinta de abril del año que se ganó aquella ciudad. Y porque los Reyes no tenían dineros para despachar a Colón, les prestó Luis de Sant Angel, su escribano de ración, seis cuentos de maravedís, que son en cuenta más gruesa dieciséis mil ducados. Dos cosas notaremos aquí; una que con tan poco caudal se hayan acrecentado las rentas de la corona real de Castilla, en tanto como valen las Indias. Otra, que en acabándose la conquista de

los moros que había durado mas de ochocientos años, se comenzó la de las Indias para que siempre peleasen los españoles con infieles y enemigos de la Santa Fe de Jesucristo." Hasta aquí es de Gómara con que acaba el capitulo alegado.

De manera que la porfía de siete u ocho años que gastó el buen Colón en su demanda, y los diez y seis mil ducados prestados han enriquecido a España y a todo el Mundo Viejo de la manera que hoy está. Y porque de las cosas reales, para probar lo que pretendemos, bastarán las que se han dicho, será bien nos bajemos a decir algunas de las comunes y particulares, porque la prueba se haga entera por la una vía y por la otra.

CAPÍTULO VI: El valor de las cosas comunes antes de ganar el Perú.

De las cosas comunes diremos en particular solas tres, que bastarán para que sean testigos de lo que vamos probando, y no diré más, porque se escuse la prolijidad que causarían los innumerables que de este jaez pudiéramos decir. El primer testigo sea que una dehesa que hoy es mayorazgo de los buenos de Extremadura, en la ciudad de Trujillo, que vale cada año más de ocho mil ducados de renta, la compraron los antecesores de los que hoy la poseen en doscientos mil maravedíes de principal, y esto fue poco antes que se ganara el Perú. El segundo testigo sea que en esta ciudad de Córdoba, un hombre noble que falleció en ella pocos años antes que se descubrieran las Indias, en su testamento, entre otras cosas, manda que se haga cierta fiesta a Nuestra Señora, y que la misa sea cantada, que predique a ella un religioso de la orden del divino San Francisco, y que se le dé de limosna para que coma aquel día el convento, treinta maravedíes. La renta de las posesiones que para esta obra pía y para otras dejó mandadas valía entonces cuatrocientos y cincuenta maravedíes. Los cofrades de aquella fiesta, que son los escribanos reales, viendo lo mucho que la renta ha crecido, dan de limosna al convento (de más de cincuenta años a esta parte) cantidad de veinte a treinta ducados, subiendo unos años al número mayor, y otros bajando al número menor; y ha habido año de dar cuarenta escudos en oro, que son diez y seis mil maravedíes, en lugar de los treinta maravedíes que el testador mandó; porque ha crecido tanto la renta, que este año de mil y seiscientos y seis rentan las posesiones en dinero y en dádivas más de novecientos ducados. El testigo tercero sea, que en la ciudad de Badajoz, naturaleza de mi padre, hay cuatro mayorazgos entre otros muchos que allí hay, los cuales fundó después de viuda una mujer noble en cuatro hijos, la cual fue señora de una villa cercada con siete leguas de término, y de muchas dehesas muy buenas. La villa le quitó el Rey Enrique Tercero, por el buen gobierno, a título de que por ser mujer y haber guerras entonces entre Portugal y Castilla, y estar la villa cerca de la raya, no podría defenderla, diole en juro perpetuo

cuarenta y cinco mil maravedíes, que en aquel tiempo rentaba la villa. Habrá sesenta años que se vendió en ciento y veinte mil ducados, y hoy vale más de trescientos mil. Dirá el que ahora la posee con título de señor, lo que vale de renta, que yo no lo sé. Aquella señora dejó este juro al hijo mayor por mejorarle, y a los otros tres dejó a cuatro y a cinco mil maravedíes de renta en dehesas; hoy les vale a sus dueños ducados por maravedíes, y antes más que menos; y al que fue mejorado, por ser su mayorazgo en juro, no le ha crecido una blanca, que si fuera en posesiones no fuera lo mismo.

De la propia manera ha crecido el valor y precio de todas las demás cosas que se gastan en la república, así de bastimento como de vestido y calzado, que todo ha subido de precio de la manera que se ha dicho; y todavía sube, que el año de mil quinientos y sesenta, que entré en España, me costaron los dos primeros pares de zapatos de cordobán, que en Sevilla rompí, a real y medio cada par, y hoy, que es año de mil seiscientos y trece, valen en Córdoba los de aquel jaez, que eran de una suela, cinco reales, con ser Córdoba ciudad más barata que Sevilla. Y subiendo de lo más bajo, que es el calzado, a lo más alto de las cosas que se contratan, que son los censos, digo que aquel año de mil quinientos sesenta se daban los dineros a censo de diez mil maravedíes por mil de renta; y aunque cuatro años después, por buena gobernación, los mandaron subir a catorce mil el millar. Este año no los quiere tomar nadie (si son en cantidad y han de ser bien impuestos) menos de a veinte mil el millar; y muchos hombres, señores de vasallos, viéndola barata, han tomado, y toman censos a veinte mil el millar para redimir los que tenían de a catorce mil. Demás de lo que se ha dicho, es cosa cierta y notoria que dentro de pocos días que la armada del Perú entra en Sevilla, suena su voz hasta las últimas provincias del Viejo Orbe, porque como el trato y contrato de los hombres se comunique, y pase de una provincia a otra, y de un reino a otro, y todo esté colgado de la esperanza del dinero, y aquel Imperio sea un mar de oro y plata, llegan sus crecientes a bañar y llenar de contento y riquezas a todas las naciones del mundo, mercedes que nuestro Triunvirato les ha hecho.

CAPÍTULO VII: Dos opiniones de las riquezas del Perú, y el principio de su conquista.

Ya que hemos dicho lo que en tiempos pasados valía la renta de España, fuera de mucho contento decir lo que en los presentes vale, para dar entera razón de todo. Pero aunque lo hemos procurado y nos han dado noticia de muy grandes partes de ella, no me ha sido posible haberla por entero, porque no tengo trato ni comunicación con los oficiales de la hacienda real, ni me es lícito entrar a saber los secretos de ella, ni creo que los mismos ministros pudiesen decirlo aunque quisiesen, porque es una masa tan grande, que aún a ellos que las amasan y comen de ella, creo les será dificultoso el comprenderla, cuanto más a

quien no sabe de qué color es la harina. Solo podré afirmar, porque es público y notorio, que por el daño que recibió la armada que enviaron a Inglaterra, año de mil quinientos ochenta y nueve, sirvió el Reino de Castilla al Rey Don Felipe Segundo con ocho millones, que son ochenta veces cien mil ducados, pagados en seis años, demás de todas las rentas reales que cada año se pagaban. Después se dio orden que se pagasen en tres años, y así se hizo. También es público y notorio que poco después que heredó el Rey don Felipe Tercero, le ofreció el Reino otro servicio de diez y ocho millones, que son ciento y ochenta veces cien mil ducados pagados en seis años, los cuales se van pagando en estos que corren ahora, sin todas las demás rentas reales que antes se pagaban. Por estas partidas y por lo que se ha dicho que han crecido las rentas particulares, se podrá imaginar lo que habrán subido las rentas reales, y tanto más cuanto que las reales tienen más cosas en qué crecer, que las particulares que son tantas, que también llegan a ser dificultosas de contar. Por lo cual podremos concluir con decir que es de pobres poder contar su caudal, y si este dicho cabe en un rico particular, qué hará en un monarca, en cuyo Imperio (según los cosmógrafos) nunca se pone el Sol. Todas son grandezas y beneficios de nuestro triunvirato.

Aunque es verdad lo que atrás dije, que no tengo trato ni comunicación con los ministros de la hacienda de Su Majestad, todavía tengo amistad con algunas personas de su corte, entre los cuales por más inteligente elegí un hidalgo que se dice Juan de Morales, natural de Madrid, escribano de Su Majestad, y portero de su real cámara, en el Supremo Consejo de las Indias, a quien encomendé con mucho encarecimiento procurase saber lo que valían las rentas reales para ponerlo en esta historia en prueba de lo que vamos diciendo. Y porque él se detuvo muchos días en responderme, pase adelante en este mi ejercicio, y escribí lo que atrás dije de las rentas reales, cuán dificultoso me parecía caber la precisa cantidad de ellas. Al cabo de tres meses que Juan de Morales gastó en hacer las diligencias, me respondió lo que se sigue, sacado a la letra de su carta: "Mandó vuesa merced que para cierta ocasión deseaba saber lo que las rentas de Su Majestad de todos sus estados le valen. Es negocio que jamás se ha podido ajustar, ni aún a poco ni a mucho más a menos, y para saberlo el Rey, que lo ha deseado mucho en ciertas ordenanzas que ha poco que se hicieron para el consejo de Hacienda y sus contadurías, se mandó por ellas se hiciese libro particular para ello, y aún no se ha empezado, ni se entiende que se empezará, cuanto más acabarle, porque todo tiene tan grandes altos y bajos que no hay tomarle tiento. Y como corre por tan diferentes caminos parece cosa imposible juntarlo, pues decirlo a bulto no se puede sino es haciendo un muy gran borrón." Hasta aquí es de Juan de Morales, con la cual recibí muy gran contento, por ser tan conforme, con lo que yo de mi parecer y de otros había escrito. Y por serlo tanto, aunque había pasado adelante, volví atrás y lo puse aquí por autorizar mi trabajo, que cierto hago todas las diligencias que puedo por escribir con fundamento y verdad. Para mayor prueba de que es dificultosísimo decir las sumas de lo que valen las rentas del Rey de España, Emperador del Nuevo

Mundo, se me ofrece la autoridad de Juan Botero Benes, grande y universal relator de las cosas del Mundo. El cual habiendo dicho en sus *Relaciones* lo que vale la renta del Rey de la China, y las rentas que Galicia, Asturias y Portugal daban al Imperio Romano, y lo que vale la renta del Rey de Navarra, la del Rey de Francia, la del Emperador, la del Rey de Polonia, la del Rey de Inglaterra, la del duque de Lorena, la del Rey de Escocia, la de Suecia y Gothia, la de la casa de Austria, la del Rey de Narsinga, la del Tarife, y la del Gran Turco, no dice lo que valen las rentas de nuestro Rey de España. Debió ser que el autor o su traductor que no tuvo ánimo ni se atrevió a poder juntar la muchedumbre de ellas, ni a sumar tan número como yo imagino que será el tributo que tantos y tan grandes reinos, y entre ellos el Perú le pagan.

Para confirmación de esta grandeza y de lo que el Perú ha enriquecido a todo el mundo, se me ofrece un dicho que el reverendísimo Don Paulo de Laguna, que fue Presidente del Consejo de la Hacienda Real de su Majestad, y después fue Presidente del Consejo de Indias, y monarca de aquel Nuevo Mundo y fue electo obispo de Córdoba, el año de mil seiscientos tres, hablando un día de los de este año de mil y seiscientos cuatro de las riquezas del Perú, delante de su provisor y de su confesor, y de uno de sus capellanes, llamado el Licenciado Juan de Morales, y de su secretario el Licenciado Pedro Cuadrado, natural de Toledo, dijo: "De sólo un cerro de los del Perú, han traído a España hasta el año de mil seiscientos dos, doscientos millones de pesos de plata registrados, y se tiene por cierto que los que han venido por registrar, son más de otros cien millones; y en solo una armada de las de mi tiempo, trajeron del Perú veinticinco millones de pesos de plata y de oro." Los circunstantes le respondieron: "Si Vuestra Señoría no las dijera, no se podían creer cosas tan grandes." El obispo replicó: "Pues yo las digo, porque son verdades y las sé bien; y más os digo que todos los Reyes de España, desde el Rey don Pelayo acá, todos ellos juntos no han tenido tanta moneda, como sólo el Rey don Felipe Segundo." Bastará el dicho de un tan insigne varón para última prueba de lo que hemos propuesto.

Los que miran con otros ojos que los comunes las riquezas que el Perú ha enviado al Mundo Viejo y derramándolas por todo él, dicen que antes le han dañado que aprovechado, porque dicen que las riquezas comúnmente, antes son causa de vicios que de virtudes; porque a sus poseedores los inclinan a la soberbia, a la ambición, a la gula y lujuria, y que los hombres criándose con tantos regalos, como hoy tienen, salen afeminados, inútiles para el gobierno de la paz, y mucho más para el de la guerra, y que, como tales, emplean todo su cuidado en inventar comidas y bebidas, galas y arreos, y que de inventarlos cada día, tantos y tan extraños, ya no saben que inventar e inventan torpezas en lugar de galas, que más son hábito de mujeres que de hombres, como hoy se ven, y que si han crecido las rentas de los ricos para que ellos vivan en abundancias y regalos, también han crecido las miserias de los pobres para que ellos mueran de hambre y desnudez, por la carestía que el mucho dinero ha causado en los

mantenimientos y vestidos, que, aunque sea pobremente, ya los pobres, el día de hoy, no se pueden vestir ni comer por la mucha carestía, y que esta es la causa de haber tantos pobres en la república, que mejor lo pasaban cuando no había tanta moneda; que aunque entonces, por la falta de ella, eran las limosnas más cortas que las de ahora, les eran más provechosas por la mucha barata que había en todo. De manera que concluyen con decir que las riquezas del Nuevo Mundo, si bien se miran, no han aumentado las cosas necesarias para la vida humana (que son, el comer y el vestir, y por ende provechosas) sino encarecídolas, y amujerado los hombres en las fuerzas del entendimiento y en las del cuerpo, y en sus trajes y hábito y costumbres, y que con lo que antes tenían vivían más contentos y eran temidos de todo el mundo.

De estas dos opiniones podrá cada uno seguir la que mejor le pareciere, que yo como parte, no me atreveré a condenar esta última, porque es en mi favor, ni a favorecer aquella primera, aunque sea en honra y grandeza de mi patria. Y con esta perplejidad me sea lícito volverme donde dejamos el hilo de nuestra historia, para que con el favor divino demos cuenta de los principios, medios y fines de aquel famoso Triunvirato.

Decimos que aquellos tres grandes varones habiendo concertado su compañía y señalado entre sí los cargos que cada uno había de tener, lo primero que para su jornada hicieron, fue fabricar con mucho trabajo y costa, dos naos. En la una salió de Panamá Francisco Pizarro, año de mil quinientos veinte y cinco, con ciento y catorce hombres con licencia del Gobernador Pedro Arias de Ávila, y a cien leguas que navegaron saltaron en una tierra de montañas bravísimas, increíbles a quien no las ha visto, y la región tan lluviosa, que casi nunca escampa. Los naturales no se mostraran menos bravos: salieron en gran número y pelearon con los españoles y mataron algunos de ellos, y a Francisco Pizarro en cuatro refriegas le dieron siete heridas de flechas, que por ir bien armado no fueron mortales. Dejaron la tierra mal que les pesó, y no menos les pesó de haber tomado la empresa. Diego de Almagro salió de Panamá poco después y fue en rastro de ellos, y llegó a la misma tierra, donde los indios, ya cebados en españoles, salieron a ellos, y peleando, quebraron un ojo a Diego de Almagro e hirieron a otros muchos y mataron algunos, y les forzaron a que les dejasen la tierra. Estas ganancias sacaron de la primera tierra que los españoles vieron en aquella conquista. Dos historiadores españoles no dicen qué tierra era aquella. Almagro fue en busca de Pizarro, y habiéndolo hallado en Chinchama, acordaron ir ambos a la costa. No les fue mejor en la otra tierra que tomaron, no menos montuosa y lluviosa que la pasada, ni de gente menos belicosa la cual salió en gran número y con las armas los forzaron a que se embarcasen, y se fuesen de su tierra, y les dijeron palabras de mucha infamia, como largamente las escribe Francisco López de Gómara, capítulo ciento y ocho, con otras cosas que sucedieron en esta jornada, donde remito al lector si las quisiere ver a la larga.

CAPÍTULO VIII: Almagro vuelve dos veces a Panamá por socorro.

Diego de Almagro volvió por más gente a Panamá, y llevó ochenta hombres. Más con todo los que tenían, no se atrevieron los dos capitanes a conquistar tierra alguna, porque hallaron mucha resistencia en los naturales. Andando en su naval peregrinación, llegaron a una tierra que llaman Catámez, tierra limpia de montañas y de mucha comida, donde se rehicieron de bastimento, y cobraron grandes esperanzas de mucha riqueza, porque vieron aquellos indios con clavos de oro en las caras, que se las agujereaban para ponerlos, y sin los clavos traían turquesas y esmeraldas finas; con que los españoles se tuvieron por dichosos y bien andantes, imaginando ser riquísimos. Mas en breve tiempo perdieron las riquezas y las esperanzas de ellas, porque vieron salir de la tierra adentro tanto número de gente y tan bien apercibida de armas, y gana de pelear, que los españoles no osaron trabar pelea con ellos, ni se tuvieron por seguros de estar allí con ser más de doscientos y cincuenta hombres; fuéronse de común consentimiento a una isla que llaman del Gallo[4]. Así anduvieron muchos días, ya confiados, ya desconfiados de su empresa, según que las ocasiones se ofrecían prósperas o adversas, muy arrepentidos de haberlas buscado. Solamente los caudillos estaban firmes en seguir su demanda y morir en ella. Con esta determinación acordaron que Francisco Pizarro se quedase en aquella isla, y Diego de Almagro volviese a Panamá por más gente. Muchos de los suyos desfallecidos de ánimo, quisieron volverse con él, más Almagro no quiso llevar ninguno, ni aún cartas de ellos, porque no contasen los trabajos que habían pasado y difamasen su empresa, de cuyas riquezas sin haberlas visto, había dicho cosas increíbles; más su porfía las descubrió mayores y más increíbles, que las había dicho.

Por mucho que los capitanes procuraron que sus soldados no escribieran a Panamá, no pudieron estorbarles la pretensión, porque la necesidad aviva los ingenios. Un fulano de Saravia, natural de Trujillo, negó a su capitán Francisco Pizarro, siendo obligado a seguirle, más que otro, por ser de su patria. Envió a Panamá en un ovillo de hilo de algodón (en achaque de que le hiciesen unas medias de aguja) una petición a un amigo, firmada de muchos compañeros, en que daban cuenta de las muertes y trabajos pasados, y de la opresión y cautiverio presente, y que no les dejaban en su libertad para volverse a Panamá. Al pie de la petición en cuatro versos sumaron los trabajos, diciendo:

Pues, señor Gobernador,
Mírelo bien por entero,

[4]La isla del Gallo se halla en el extremo sur de la costa pacífica colombiana, a la entrada de la bahía de Tumaco. Más al norte de ella se halla la isla de la Gorgona, célebre también en los anales de la Conquista. El Cosmógrafo de Indias López Velasco la describe diciendo: "es isla pequeña de una legua de contorno, con unas barracas bermejas a la parte de Tierra Firme. No hay agua en ella y descubrióla el piloto Bartolomé Ruiz".

Que allá va el recogedor,
Y acá queda el carnicero.

Estos versos oí muchas veces en mi niñez a los españoles que contaban estos sucesos de las conquistas del Nuevo Mundo, y los traían de ordinario en la boca como refrán sentencioso, y que habían sido de tanto daño a los caudillos, porque del todo les deshicieron la empresa, perdidas sus haciendas y el fruto de tantos trabajos pasados. Después, cuando los topé en España, en la Crónica de Francisco López de Gómara, holgué mucho de verlos, por la recordación de mis tiempos pasados.[5]

CAPÍTULO IX: Desamparan a Pizarro los suyos; quedan solos trece con él.

Cuando Almagro volvió a Panamá, había más de un año que andaba en las peregrinaciones dichas. Halló nuevo Gobernador, que fue Pedro de los Ríos, caballero natural de Córdoba; el cual, vista la petición de los soldados, envió un juez, fulano Tafur, a la isla de Gallo, para que pusiese en libertad a todos los que quisiesen volverse a Panamá. Oyendo esta provisión se despidieron de Almagro los que se habían ofrecido ir con él, diciendo que pues los otros se habían de volver, no había para qué ellos fuesen allá, de lo cual Diego de Almagro quedó muy lastimado, porque vió destruidas sus esperanzas. Lo mismo sintió Francisco Pizarro, cuando vió que todos los suyos, sin respetar la buena compañía y hermandad que les había hecho, estaban perplejos y más inclinados a volverse que no a pasar adelante. Por sacarlos de confusiones, y también por verlos que se declaraban por amigos suyos, echó mano a la espada, e hizo con la punta de ella una larga raya en el suelo hacia la parte del Perú, donde le encaminaban sus deseos, y volviendo el rostro a los suyos les dijo: "Señores, esta raya significa el trabajo, hambre, sed y cansancio, heridas y enfermedades, y todos los demás peligros y afanes que en esta conquista se han de pasar hasta acabar la vida. Los que tuvieren ánimo de pasar por ellos y vencerlos en tan heroica demanda, pasen la raya en señal y muestra del valor de sus ánimos, y en testimonio y

[5]El autor de la copla, que fue entonces tan repetida, como lo dice Garcilaso, se llamaba Juan de Saravia, natural de Trujillo. Cieza de León la da en su *Crónica del Perú*, pero con el primer verso distinto, dice así:

¡Ah Señor Gobernador
Mírelo bien por entero, etc.

y Pedro Pizarro que cambió los dos primeros versos, la trae en esta forma:

Muy magnífico Señor
Sabedlo bien por entero, etc.

certificación de que me serán fieles compañeros. Y los que se sintieren indignos de tan gran hazaña, vuélvanse a Panamá, que yo no quiero hacer fuerza a nadie, que con los que me quedaren, aunque sean pocos, espero en Dios que para mayor honra y gloria suya, y perpetua fama de los que me siguieren, nos ayudará su Eterna Majestad, de manera que no nos hagan falta los que se fueren".

Los españoles, oyendo esto, se fueron a embarcar a toda prisa, antes que se ofreciese alguna novedad que les estorbase la vuelta a Panamá. Y así desamparando a su capitán, se volvieron con el juez, porque como en gente vil y baja, pudo más el temor de los trabajos que la esperanza de la honra y fama. Solos trece compañeros quedaron con él, que no bastó el mal ejemplo, ni la persuasión de los demás a que desamparasen su capitán; antes cobrando la fe y ánimo que todos ellos perdieron, pasaron la raya, y de nuevo protestaron morir con él. Francisco Pizarro les dió las gracias que tal generosidad merecía, prometiéndoles lo mejor que ganasen. Pasáronse en una barca a otra isla que llaman la Gorgona[6], donde padecieron grandísima hambre; mantuviéronse muchos días y meses solamente con el marisco que podían haber; forzados de la hambre, llegaron a comer grandes culebras y otras malas sabandijas, que las hay muchas en aquella isla, donde llueve perpetuamente con increíble multitud de truenos y rayos. Así estuvieron padeciendo lo que no se puede decir.

De estos trece heroicos varones no hace mención Gómara, más que de dos; debió de ser la causa que no le dieron relación de los otros once, o que fue la poca curiosidad y común descuido que los historiadores españoles tienen de nombrar y loar los varones famosos de su nación, debiendo nombrarlos por sus nombres, parentela y patria, pues escriben hazañas tan grandes como las que los españoles han hecho en los descubrimientos y conquistas del Nuevo Mundo, para que de ellos quedaran perpetua memoria y fama, y su patria y parentela se gozara y honrara de haber engendrado y criado tales hijos. Y aún uno de los dos que Gómara nombra, que es Pedro de Candía, no fue español, sino griego, natural de Candía; el otro se llamó Bartolomé Ruiz de Moguer, natural de aquella villa, que fue el piloto que siempre los guió en aquella navegación. El contador general Agustín de Zarate fue más curioso, que, sin los dos nombrados, nombra otros siete, diciendo así: "Nicolás de Ribera de Olvera, Juan de la Torre, Alonso Briceño, natural de Benavente, Cristóbal de Peralta, natural de Baeza, Alonso de Trujillo, natural de Trujillo, Francisco de Cuéllar, natural de Cuéllar, Alonso de Molina, natural de Ubeda". Declarando yo lo que este caballero en este paso escribe, digo que sin Nicolás de Ribera hubo otro compañero del mismo apellido Ribera, cuyo nombre se ha ido de la memoria, que no me

[6]La Isla Gorgona es una isla de origen volcánico ubicada a 35 km al occidente de la costa pacífica colombiana. Tiene una longitud de 9 km por 2,5 kilómetros de anchura, con una extensión de unos 26 km² aproximadamente de superficie terrestre o insular y con 61.687,5 hectáreas que corresponden a área marina. Descubierta por Bartolomé Ruiz y bautizada como isla de Felipe, debido a los padecimientos que pasaron allí los Trece de la fama fue rebautizada como isla de la Gorgona en alusión al monstruo infernal de la mitología griega.

acuerdo bien si se llama Jerónimo de Ribera, o Alonso de Ribera; acuérdome que por diferenciarles llamaban al uno Ribera el mozo, y al otro Ribera el viejo, no porque fuese más viejo que el otro, que antes era más mozo en edad, sino porque era más antiguo en la compañía de Francisco Pizarro, porque fue de los primeros que con él salieron de Panamá, y el otro fue de los segundos o terceros que salieron con Diego de Almagro. Estas menudencias oí en mi tierra a los que hablaban de aquellos tiempos que eran testigos de vista. Ambos Riberas tuvieron repartimientos de indios en la Ciudad de los Reyes, donde dejaron hijos e hijas de toda bondad y virtud. El que Agustín de Zárate llama Alonso de Trujillo, se decía Diego de Trujillo, natural de Trujillo: yo lo conocí, tenía indios de repartimiento en el Cozco. El año de mil y quinientos y sesenta cuando salí de aquella ciudad, era vivo. También era de los trece, Francisco Rodríguez de Villa Fuerte, vecino del Cozco, que fue el primero que pasó la raya: asimismo vivía el año sobredicho, y yo le conocí: solos dos faltan para henchir el número trece, que no se sabe quiénes fueron.[7] Hemos hecho este suplemento a lo que Agustín de Zárate escribe por declarar más su historia, para que los hijos y descendientes de tan ilustres varones se precien de tales padres. Lo mismo haré en otros pasos que los historiadores españoles dejaron no tan declarados como los hechos pasaron, para que los que leyeren los vean escritos por entero.

CAPÍTULO X: Francisco Pizarro pasa adelante en su conquista.

Francisco Pizarro y sus trece compañeros estuvieron en la isla Gorgona muchos meses padeciendo grandes trabajos, sin casa ni tienda, en tierra donde perpetuamente llueve, y que el mayor regalo que tenían y la mejor vianda que comían eran culebras grandes. Parece que vivían de milagro, y que podemos decir que Dios los sustentaba para mostrar por ellos sus grandes maravillas, y que permitió que los demás compañeros se volviesen porque el mundo viese que aquella obra tan grande era obra divina, y no humana. Porque trece hombres solos humanamente no podían tener ánimo para emprender la conquista del Perú, que aún imaginarlo era temeridad y locura, cuanto más ponerlo por obra. Pero la divina misericordia, apiadándose de la miseria de aquella gentilidad, dió a estos españoles particular ánimo y valor para aquella empresa, por mostrar su

[7]En la Tercera Parte de la Crónica de Pedro Cieza (de la cual no tuvo acceso Garcilaso, pues sería publicada siglos después) se dilucidan los nombres de los “Trece de la fama”: Cristóbal de Peralta, Nicolás de Rivera el Viejo, el griego Pedro de Candía, Domingo de Soraluce, Francisco de Cuéllar, Alonso de Molina, Pedro de Halcón, García de Jerez o Jarén, Antón de Carrión, Alonso Briceño, Martín de Páez y Juan de la Torre. El decimotercero fue Martín de Trujillo, pero Cieza lo omitió, porque él hablaba de los que habían llevado a cabo la conquista del Perú, y Trujillo vino a fallecer en la Gorgona, en donde había quedado juntamente con Peralta y Páez y los indios de servicio. El cronista Antonio de Herrera lo sustituyó con Bartolomé Ruiz, sin advertir que el piloto se volvió a Panamá en el barco de Tafur, para tornar con Almagro. No obstante, se han venido barajando otros nombres, tal como lo hace Garcilaso, y aún en tiempos más modernos. Se habla incluso de un 14º integrante, de nombre Andrés Contero.

potencia en fuerzas tan flacas como los cabellos de Sansón, para hacer merced de su Evangelio a los que tanto lo habían menester.

Al cabo de muchos meses (porque no pudo despacharse antes) arribó la nao que Diego de Almagro les envió con algún bastimento, pero sin gente. Socorro más para desmayar a que volvieran atrás que no para animarles a que pasaran adelante. Más Dios, que obra sus maravillas, ordenó que cobrasen tanto esfuerzo, como si todo el mundo fuera en favor de ellos. Porque viendo la nao, se determinaron a seguir su viaje, a ver qué tierras, qué gente, qué mundo había debajo de la equinoccial, región hasta entonces apenas vista por los españoles. Así se embarcaron, y con grandísimo trabajo salieron de aquel seno que es malísimo de navegar. Hacían oficio de marineros, y oficio de soldados, según se ofrecía la necesidad. Navegaban dando bordos a la mar y a la tierra con mucho impedimento que el viento sur y las corrientes de la mar hacían, las cuales en aquella costa por la mayor parte corren del sur al norte. Cierto es cosa de administración verlas; holgara saberlas pintar cómo son para los que no las han visto; parecen ríos furiosísimos que corren por tierra con tantos remolinos a una mano y a otra, y con tanto ruido de las olas, y tanta espuma causada del recio movimiento del agua, que pone espanto y temor a los navegantes, porque es peligroso caer en ellas, que se hunden los navíos sorbidos de los remolinos. Muchas corrientes traen el agua turbia con horrura y viscosidad, que parece creciente del río; otras la traen clara como ella es; unas corrientes son muy anchas que toman mucha mar, y otras angostas; pero lo que más me admiraba de ellas era ver tanta diferencia del agua que corría a la que no corría, como si no fuera toda una. De la que corre hemos dicho la ferocidad y braveza con que corre; la otra se está queda y mansa a un lado y a otro de la corriente, como si hubiera algún muro entre la una y la otra. De dónde empiece la corriente, ni a dónde llegue, ni cuál sea la causa de su movimiento, yo no lo alcanzo. Baste decir que con las dificultades que las corrientes y un mar tan no conocido y la ferocidad de los enemigos les causaban, navegaron muchos días y aún meses aquellos trece compañeros, nunca jamás bastantemente loados. Padecieron mucha hambre, que por ser tan pocos no osaban saltar en tierra, de temor de los indios; cuando podía haber algún bastimento, más era mendigado o hurtado que ganado por fuerza.

CAPÍTULO XI: Francisco Pizarro y sus trece compañeros llegan al Perú.

Al fin llegaron al gran valle de Túmpiz[8] al cabo de dos años que habían salido de la Gorgona, que bastaba el largo tiempo de la navegación, sin saber dónde iban, por ser trabajo incomportable, cuanto más los trabajos que en ella pasarían, que se remiten a la consideración de los que fueren leyendo este

[8]Tumbes.

descubrimiento, porque los historiadores no lo cuentan, antes pasan por este paso más brevemente que por otro alguno, habiéndolo de contar paso por paso. En Túmpiz obró el Señor una de sus maravillas en favor de su fe católica y de aquellos naturales, para que los recibiesen; y fue que habiendo surgido el navío cerca del pueblo, les nació a los españoles deseo de saber de qué tierra era aquella, porque la vieron más poblada, y con edificios más suntuosos que los que hasta allí habían visto. Pero no sabían cómo poderlo saber, porque ni osaban enviar uno de ellos, porque los indios no lo matasen, ni se atrevían a ir todos juntos, porque corrían el mismo peligro. En esta confusión salió Pedro de Candía con ánimo varonil, y con fe y confianza de cristiano, y dijo: "Yo determino ir sólo a ver lo que hay en este valle. Si me mataren, poco o nada habréis perdido en perder un compañero solo; y si saliere con nuestro deseo, habrá sido mayor nuestra victoria". Diciendo esto se puso sobre el vestido una cota de malla que le llegaba a las rodillas, y una celada de hierro de las muy bravas y galanas que llevaban, y una rodela de acero, y su espada en la cinta, y en la mano derecha una cruz de palo, de más de una vara de medir en alto, en la cual fiaba más que en sus armas, por ser insignia de nuestra redención. Era Pedro de Candía muy alto de cuerpo según decían: no lo conocí, más un hijo suyo, que fue mi condiscípulo en el beabá[9], mostraba bien la corpulencia de su padre, que con ser de once o doce años, tenía dos tantos cuerpo que su edad requería. Así salió de entre sus compañeros, rogándoles que le encomendasen a Dios; fue al pueblo paso ante paso, mostrando un semblante grave y señoril, como si fuera señor de toda aquella provincia. Los indios, que con la nueva del navío estaban alborotados, se alteraron mucho más, viendo un hombre tan grande, cubierto de hierro de pies a cabeza, con barbas en la cara, cosa nunca por ellos vista, ni aún imaginada. Los que le toparon por los campos se volvieron tocando armas. Cuando Pedro de Candía llegó al pueblo, halló la fortaleza y la plaza llena de gente apercibida con sus armas. Todos se admiraron de ver una cosa tan extraña; no sabían qué le decir, ni osaron hacerle mal, porque les parecía cosa divina. Para hacer experiencia de quién era, acordaron los principales, y el curaca con ellos, echarle el león y el tigre, que Huayna Cápac les mandó guardar (como en su vida dijimos) para que lo despedazaran, y así lo pusieron por obra.

Pedro de Cieza, capítulo cincuenta y cuatro, hablando de las conquistas y hazañas que Huayna Cápac hizo en esta gran provincia de Túmpiz, toca brevemente esta historia. Parecióme sacar su palabras a la letra, porque demos autor español de lo que vamos diciendo, las cuales también servirán para que se vean las grandezas que entonces tenía aquel hermoso valle de Túmpiz. Dice pues aquel autor: "Por estar los moradores de la isla de la Puná diferentes con los naturales de Túmbez, les fue fácil de hacer la fortaleza a los capitanes del Inca, que a no haber estas guerrillas y debates locos, pudiera ser que se vieran en trabajo. De manera que puesta en término de acabar llegó Guayna Capa, el cual

[9]Beabá: la escuela de aprendizaje de las primeras letras, por alusión al deletreo.

mandó edificar el templo del Sol junto a la fortaleza de Túmbez, y colocar en él, número de más de doscientas vírgenes, las más hermosas que se hallaron en la comarca, hijas de los principales de los pueblos. Y en esta fortaleza (que en tiempo que no estaba arruinada que fue a lo que dicen, harto de ver) tenía Guayna Capa su capitán o delegado con cantidad de mitimaes y muchos depósitos llenos de cosas preciadas, con copia de mantenimientos para sustentación de los que en ella residían, y para la gente de guerra que por allí pasase, y aún cuentan que le trajeron un león y un tigre muy fiero, y que mandó los tuviesen muy guardados, las cuales bestias deben de ser las que echaron para que despedazasen al capitán Pedro de Candía, al tiempo que el Gobernador Francisco Pizarro, con sus trece compañeros (que fueron descubridores del Perú, como se tratará en la tercera parte de nuestra Historia) llegaron a esta tierra. Y en esta fortaleza de Túmbez había gran número de plateros que hacían cántaros de oro y plata, con otras muchas maneras de joyas, así para el servicio y ornamento del templo que ellos tenían por sacrosanto, como para el servicio del mismo Inga, y para chapar las planchas de este metal por las paredes de los templos y palacios. Y las mujeres que estaban dedicadas para el servicio del templo no entendían en más que hilar y tejer ropa finísima de lana, lo cual hacían con mucho primor; y porque estas materias se escriben larga y copiosamente en la segunda parte, que es de lo que pude entender del Reino de los Incas que hubo en el Perú, desde Mangocapa, que fue el primero, hasta Guáscar que derechamente siendo señor fue el último, no trataré aquí en este capítulo más de lo que conviene para su claridad,"etc.

Hasta aquí es de Pedro de Cieza de León, donde escribe las grandes riquezas de Túmpiz, y asoma las fieras que echaron a Pedro de Candía, y no lo cuenta a la larga, por escribirlo en su lugar como él dice, que es la tercera parte de sus obras, las cuales no han salido a luz.

CAPÍTULO XII: Maravilla que Dios obró en Túmpiz

Volviendo nuestro cuento, decimos que aquellos fieros animales, viendo al cristiano y la señal de la cruz, que es lo más cierto, se fueron a él perdida la fiereza natural que tenían, y como si fueran dos perros que él hubiera criado, le halagaron y se echaron a sus pies. Pedro de Candía, considerando la maravilla de Dios Nuestro Señor, y cobrando más ánimo con ella, se bajó a traer la mano por la cabeza y lomos de los animales, y les puso la cruz encima, dando a entender a aquellos gentiles que la virtud de aquella insignia amansaba y quitaba la ferocidad de las fieras. Con lo cual acabaron de creer los indios que era hijo del Sol, venido del cielo. Con esta creencia se fueron a él, y de común consentimiento le adoraron todos por hijo de su dios el Sol, y le llevaron a su templo, que estaba aforrado todo con tablones de oro, para que viese como honraban a su padre en aquella tierra.

Habiéndole mostrado todo el templo, y la vajilla, y otros ornamentos y riquezas que había para el servicio de él, le llevaron a ver la casa real de sus hermanos los Incas, que también los tenían por hijos del Sol. Paseáronle por toda ella para que viese las salas, cuadras, cámaras y recámaras, y los tapices de oro y plata que tenían. Mostráronle la vajilla que había para el servicio del Inca, que hasta las ollas y cántaros, tinajas y tinajones de la cocina eran de oro y plata.

Entraron en los jardines, donde vió Pedro de Candía árboles, y otras plantas menores, y yerbas, animales y otras sabandijas que de los huertos y jardines reales hemos dicho que tenían, contrahechos al natural de oro y plata, de todo lo cual quedó el cristiano más admirado que los indios quedaran de haberle visto tan extraño y maravilloso para ellos.

CAPÍTULO XIII: Pedro de Candía da cuenta de lo que vio, y vuélvense todos a Panamá.

Con el contento que se puede imaginar volvió Pedro de Candía a los suyos, con pasos más largos y apresurados que los que llevó hacia el pueblo; y les contó muy extensamente todo lo que por él había pasado, y la riqueza nunca oída qué había visto: de que los compañeros quedaron admirados, y aún duros de creerla. Diéronse por satisfechos de los trabajos que por buscar tesoros y riquezas, hasta allí habían pasado, pues en tanta abundancia se las prometían su buena dicha si fuesen hombres para ganarlas. Acordaron volverse a Panamá, pues no había para qué pasar adelante, habiendo hallado lo que deseaban y más de lo que pensaban. A la partida se quedaron tres españoles, según dice Agustín de Zárate, o dos según Francisco López de Gómara, por codicia de ver las riquezas que Pedro de Candía había dicho, quizá no creyéndolas, o por haber algo de ellas, si eran tantas como habían publicado. No se sabe qué fue de ellos, aunque los historiadores españoles dicen que los indios los mataron; más ellos lo niegan, diciendo qué habiéndolos adorado por hijos del Sol, no los habían de matar sino servirles. Debieron de morir de alguna enfermedad, que aquella costa es tierra enferma para extranjeros. Estos deben de ser los que faltan del número trece, que por haberse quedado y muerto entre los indios, no quedó tanta noticia de ellos como de los compañeros. Gastaron estos trece españoles más de tres años en este descubrimiento del Perú, como lo testifican aquellos autores. Agustín de Zárate, libro primero, capítulo segundo, al fin de él dice estas palabras: “Y con esta noticia se tornó a Panamá, habiendo andado tres años en el descubrimiento, padeciendo grandes trabajos y peligros, así con la falta de comida como con las guerras y resistencia de los indios, y con los motines que entre su misma gente había, desconfiando los más de ellos de poder hallar cosa de provecho; lo cual todo apaciguaba y proveía Don Francisco con mucha prudencia y buen ánimo, confiando en la gran diligencia con que Don Diego de Almagro le iría siempre proveyendo de mantenimientos, y gente y caballos, y

armas. De manera que con ser los más ricos de la tierra, no solamente quedaron pobres, pero adeudados en mucha suma”. Hasta aquí es de Zárate. Gómara al fin del capítulo ciento y nueve de su historia dice lo que sigue: “Anduvo Francisco Pizarro más de tres años en este descubrimiento, que llamaron del Perú, pasando grandes trabajos, hambres, peligros, temores y dichos agudos”. Con esto acaba aquel capítulo este autor.

Entre los dichos agudos y sentenciosos que de este famoso caballero Francisco Pizarro se cuentan, y el que más veces repetía, cuando él y sus compañeros se veían más fatigados en los trabajos incomportables que en este descubrimiento del Perú, y después en su conquista, padecieron, era decir: “¡Cuitados de nosotros, que perecemos afanando por ganar imperios y reinos extraños, no para nosotros ni para nuestros hijos, sino para los ajenos!” A muchos de los que se lo oyeron, y le ayudaron a ganar aquel Imperio, se lo oí yo referir, y decían cuyos habían de ser los hijos, más por ser odioso, es bien que se calle. También lo repetían muchas veces los mismos conquistadores en los trabajos que pasaban en las guerras civiles, que después de la conquista tuvieron con Gonzalo Pizarro y con Francisco Hernández Girón, en las cuales murieron los más de ellos; y cada cual lo decía por dicho suyo propio, viendo cuán general y cuán verdadero les había salido el de su capitán Francisco Pizarro, de cuya verdad soy yo uno de los testigos.

CAPÍTULO XIV: Viene Pizarro a España; pide la conquista del Perú.

Con la brevedad que le fue posible volvió Francisco Pizarro a Panamá, y dió cuenta a Diego de Almagro y al maestrescuela Hernando de Luque, sus compañeros, de las riquezas increíbles que había descubierto, con que todos holgaron en extremo. Acordaron que Francisco Pizarro viniese a España a pedir a la Majestad del Emperador Carlos Quinto la conquista y gobernación de lo que habían descubierto. Diéronle para el camino mil pesos de oro, la mayor parte de ellos pedidos prestados, porque con los gastos pasados estaban tan alcanzados, que ya no podían valerse de su hacienda y pedían la ajena. Francisco Pizarro vino a España; presentó su relación en Consejo de Indias, dió noticia a Su Majestad de lo que había hecho y visto, suplicó le diesen la gobernación de aquella tierra por sus servicios presentes y pasados, que se ofrecía ganarla a costa y riesgo de su vida y hacienda, y las de sus deudos y amigos. Ofreció grandes reinos y muchos tesoros. A los que le oían les parecía que publicaba más riquezas de las que eran, porque se incitasen muchos a ir a ganar tierras de tanto oro y plata; más en pocos años después vieron que había cumplido muy mucho más, que había prometido. Su Majestad le hizo merced de la conquista con título de Adelantado Mayor del Perú, y Capitán General y Gobernador de lo que ganase del Imperio que los españoles llamaron Perú, al cual entonces llamaron la Nueva Castilla, a diferencia del otro Imperio que llamaron la Nueva

España, ganados ambos de una misma manera, como los extranjeros dicen, a costa de locos, necios y porfiados.

Francisco Pizarro, a quien de aquí adelante llamaremos Don Francisco Pizarro, porque en las provisiones de Su Majestad le añadieron el prenombre Don, no tan usado entonces por los hombres nobles como ahora, que se ha hecho común a todos, tanto que los indios de mi tierra, nobles y no nobles, entendiendo que los españoles se lo ponen por calidad, se lo ponen también ellos y se salen con ello. A Diego de Almagro llamaremos asimismo Don Diego, porque fueron compañeros y es razón que lo sean en todo pues en nada fueron desiguales. Don Francisco Pizarro, habidas las provisiones, se apercibió con toda diligencia, y acompañado de cuatro hermanos suyos y otra mucha gente noble de Extremadura, se embarcó en Sevilla, y con próspero viaje llegó a Panamá, donde halló a Don Diego de Almagro muy quejoso de que no le hubiese hecho participante de los títulos, honores y cargos que Su Majestad le había dado, habiéndolo sido de los trabajos, peligros, y gastos, que en el descubrimiento habían hecho, y aún con ventajas de parte del Don Diego, porque había gastado más cantidad de hacienda y perdido un ojo.

No dejaban de culpar a Don Francisco Pizarro, los que lo sabían, de que no hubiese hecho mención del compañero ante Su Majestad, para que le diera algún título honroso; decían que había sido descuido suyo o malicia de los consejeros. Con estas quejas anduvieron desvanecidos los compañeros hasta que entraron de por medio otros amigos que los convinieron, con lo cual pasaron adelante en su compañía. Apercibieron las cosas necesarias para su empresa, más como las amistades reconciliadas siempre tengan algún olor de mal humo pasado, Don Diego de Almagro, a cuyo cargo era la provisión del gasto, no acudía con la abundancia que en todo lo de atrás había mostrado, ni aún con lo necesario que Don Francisco y sus hermanos habían menester, de que Hernando Pizarro, como hombre bravo y áspero de condición, se indignaba más que otro alguno de ellos, y trataba mal de Don Diego de Almagro, y se enfadaba con el hermano de que sufriese aquellas miserias y poquedades. El cual le respondió que era justo sufrir a Don Diego, porque tenía mucha razón en lo que hacía porque le había sido mal compañero en no haberle traído algún cargo honroso, que aunque era verdad que habían de partir lo que ganasen como compañeros, y se lo decían a Don Diego de Almagro por consolarle, él respondía como generoso, que sus trabajos y gastos más habían sido por ganar honra que no hacienda; lo cual nació un odio perpetuo entre Hernando Pizarro y Don Diego de Almagro, que duró hasta que el uno mató al otro, haciéndose juez en su propia causa. Al fin se volvieron a concertar los compañeros por medio de personas graves cuya intercesión pidieron Don Francisco Pizarro y los otros sus hermanos, que eran más blandos y afables que Hernando Pizarro, porque vieron que sin la amistad de Don Diego de Almagro no podía pasar adelante. Entre otras personas que entendieron en esta segunda reconciliación fue el Licenciado Antonio de la Gama, que yo conocí después en el Cozco, y tuvo repartimiento de indios en aquella ciudad.

Don Francisco Pizarro hizo promesa y dió su palabra de renunciar en Don Diego el título de Adelantado, y suplicar a Su Majestad tuviese por bien de pasarlo en él. Con esto se aquietó Don Diego de Almagro, y dió a su compañero casi mil ducados en oro, y todo el bastimento, armas y caballos que había recogido, y dos navíos que tenía.

CAPÍTULO XV: Trabajos que los españoles padecieron de Panamá a Túmpiz.

Don Francisco Pizarro se hizo a la vela con sus cuatro hermanos y los más españoles y caballos que en los navíos cupieron. Navegaron con intención de no tomar tierra hasta Túmpiz, más no les fue posible por el viento sur, que es contrario en aquel viaje y corre siempre. Desembarcaron en otra tierra cien leguas antes de Túmpiz. Enviaron los navíos a Panamá: quisieron continuar por tierra, por parecerles que sería más fácil, que no sufrir al viento sur.

Pasaron mayores trabajos en el camino que no los que causaba el viento contrario, porque sufrieron mucha hambre y cansancio por la aspereza y esterilidad de la tierra; hallaron grandes ríos que entraban en la mar, y muchos esteros que salían de ella y entraban por la tierra muy adentro; pasábanlos con grandísimo trabajo haciendo balsas de lo que hallaban, unas veces de madera, otras de enea y juncia, otras de calabazas enredadas unas con otras. Para las hacer y guiar era Don Francisco el piloto y el maestro mayor, como experimentado en otros semejantes trabajos, los cuales tomaban con tanta paciencia y con tan buen ánimo, que muchas veces por acrecentar el de los compañeros, pasaba los enfermos a cuestas por los ríos y esteros. Con estas dificultades llegaron a una provincia que llaman Coaqui; hallaron mucha comida y muchas esmeraldas finas; quebraron las más de ellas como no buenos lapidarios, diciendo que si eran finas no se habían de quebrar por grandes golpes que les diesen en una bigornia donde hacían la prueba. Lo mismo hicieron en Túmpiz, donde quebraron otras muchas de grandísimo precio, que valían a dos, a tres, y a cuatro mil ducados, y a más y a menos. No fueron estos españoles solos los que cayeron en esta simplicidad, que también la tuvieron los que poco después entraron en aquella misma tierra con el Adelantado Don Pedro de Alvarado, que también quebraron, como atrás dejamos apuntado, otra muchedumbre de esmeraldas y turquesas que valían innumerable tesoro. Sobre esta pérdida se les recreció a los de Pizarro una enfermedad extraña y abominable, y fue que les nacían por la cabeza, por el rostro, y por todo el cuerpo, unas como verrugas, que lo parecían al principio cuando se les mostraba, más después, yendo creciendo, se ponían como brevas prietas y del tamaño de ellas; pendían de un pezón, destilaban de sí mucha sangre, causaban grandísimo dolor y horror; no se dejaban tocar; ponían feísimos a los que daban, porque unas verrugas colgaban de la frente, otras de las cejas, otras del pico de

la nariz, de las barbas y orejas; no sabían qué hacerles. Murieron muchos, otros muchos sanaron. No fue la enfermedad general por todos los españoles, aunque corrió por todo el Perú, que muchos años después ví en el Cozco tres o cuatro españoles con la misma enfermedad, y sanaron. Debió de ser de alguna mala influencia que pasó, porque después acá no se sabe que haya habido tan mala plaga.

Con todos estos trabajos, enfermedades y muertes de sus compañeros, no desmayó Don Francisco Pizarro, antes tenía el mismo cuidado de pasar adelante que de curar sus amigos y soldados. Envió a Panamá veinte y cuatro o veinte y cinco mil ducados en oro para abonar su conquista, y para que Don Diego de Almagro tuviese con que socorrerle; parte de aquel oro fue habido de rescates y parte de buena guerra. Pasó adelante hasta Túmpiz, adónde le alcanzaron otros españoles, que habían salido de Nicaragua, movidos por la fama de grandes riquezas del Perú: eran caudillos Sebastián de Belalcázar (que así se dice aquel hermoso castillo, y no Benalcázar, como escriben comúnmente) y Juan Fernández, que no se sabe de dónde era natural, con las cuales holgó en extremo Don Francisco Pizarro, porque tenía necesidad de gente para la conquista. Sebastián de Belalcázar, de su alcurnia se llamaba Moyano; tomó el nombre de su patria por ser más famoso; fueron tres hermanos, dos varones y una hembra, nacidos de un parto. El hermano se llamó Fabián García Moyano y la hembra Anastasia Moyana; fueron valerosos, a imitación del hermano mayor, particularmente la hermana. Ésta relación me dió un religioso de la Orden del Seráfico Padre San Francisco, morador del famoso convento de Santa María de los Ángeles, natural de Belalcázar, que conocía bien toda la parentela de Sebastián de Belalcázar; diómela porque supo qué yo tenía propósito de escribir esta historia, y yo holgué de recibirla y por decir el extraño nacimiento de este famoso varón.

CAPÍTULO XVI: Ganan los españoles la isla Puná y a Túmpiz.

Con el nuevo socorro de los españoles, se atrevió Don Francisco Pizarro ir a conquistar la isla que llama Puná, porque le dijeron que tenía mucha riqueza de oro y plata. Pasó a ella en balsas con mucho peligro, porque está doce leguas la mar adentro. Tuvo batallas con los naturales: matáronle cuatro españoles e hiriéronle otros muchos, y entre ellos a Hernando Pizarro, de una mala herida en una rodilla. Vencieron los españoles con mucha mortandad de los indios. Hubieron mucho despojo de oro y plata y mucha ropa que repartieron luego entre los que allí había, antes que llegasen los que Hernando de Soto traía consigo de Nicaragua, donde había ido con un navío, por orden de Don Diego de Almagro para llevar socorro de gente y armas a Don Francisco Pizarro, del cual Soto tenía nueva que llegaría presto donde ellos estaban, como luego llegó al alzar de los manteles.

Viéndose Don Francisco Pizarro con gente bastante, se atrevió ir a Túmpiz, y para ganar la voluntad de sus moradores, les envió delante con tres españoles que iban por embajadores, seiscientos cautivos de sus naturales que halló en la isla de Puná. Pidióles paz y amistad por intercesión de los cautivos, los cuales prometieron a la partida hacerles grandes servicios a los españoles, en recompensa de la libertad que les había dado. Más como gente ingrata y desconocida, viéndose entre los suyos, trocaron las manos; en lugar de hablar bien, dijeron mucho mal de los españoles, acusándoles de codiciosos y avarientos de oro y plata; y para indignar más los suyos, dijeron que eran fornicarios y adúlteros. Los de Túmpiz, con la mala información, se escandalizaron, que sin oír los tres españoles, los entregaron a los verdugos para que los matasen, y así los mataron y sacrificaron con gran rabia y crueldad. Esto dicen Gómara y Agustín de Zárate. Pero el Padre Blas Valera, a quien se le debe todo crédito, dice que fueron imaginaciones que los españoles tuvieron de aquellos tres soldados, porque no parecieron más. Pero después averiguó el Gobernador, que el uno se había ahogado en un río por su culpa, y los otros dos habían muerto de diversas enfermedades en breve tiempo, porque aquella región, como atrás se ha dicho, es muy enferma para los extranjeros; y no es de creer que los indios los matasen y sacrificasen, habiendo visto lo que el tigre y el león hicieron con Pedro de Candía, por lo cual los tuvieron por dioses.

Al desembarcarse en Túmpiz, pasó mucho trabajo Don Francisco Pizarro y su gente, que no sabían gobernar las balsas, y se les trastornaban con la resaca que allí y en toda aquella costa la hay muy brava. Saltaron en tierra, fueron al pueblo, tuvieron muchas peleas, más al fin los españoles quedaron con la victoria y los enemigos tan amedrentados con la mortandad que en ellos se hizo, que se rindieron del todo. Creyeron que había sido castigo del Sol; tuvieron por bien de hacerles un gran presente de muchas joyas de oro y plata, entendiendo aplacarlos, pues tan ansiosos andaban por ella, y el curaca vino a darles la obediencia.

Los españoles, viendo cuán prósperamente les había sucedido aquella jornada, acordaron poblar un pueblo en aquella comarca, que llamaron San Miguel, porque se fundó en su día: fue el primer pueblo de españoles que en el Perú hubo. Quedaron algunos en él para recibir los que de Panamá y Nicaragua viniesen. Fundóse año de mil quinientos y treinta y uno[10]. De allí envió Don

[10]No fue en el año 1531 la fundación de San Miguel de Tangarará (después llamada Piura) sino en 1532; tampoco el día 29 de setiembre (festividad de San Miguel Arcángel) es la fecha correcta. Es cierto que se solía poner a la ciudad bajo la advocación del santo cuya festividad era el día de su fundación, pero éste no fue el caso, sino que, según Montesinos, fue debido a una promesa que hizo Pizarro al santo arcángel cuando se hallaba en apuros en la isla de Puná. Durante mucho tiempo se sostuvo como fecha más probable el 15 de julio de 1532, hasta que el historiador José Antonio del Busto la calculó el 15 de agosto de dicho año. Su asentamiento original estuvo en el pueblo de Tangarará, sobre la margen derecha del río Chira; después, en busca de un sitio mejor, se trasladó a Morropón, al lugar conocido como el Monte de los Padres (1534). Debido a la insalubridad de este lugar, sus pobladores se trasladaron al puerto de Paita (1578), cuyas tierras aledañas eran muy pobres para abastecer las necesidades generales. Esto, y la incursión de los piratas hizo que los pobladores

Francisco Pizarro a Panamá los tres navíos que tenía para que le enviasen más gente. Envió con ellos más de treinta mil pesos de oro y plata, sin las esmeraldas, por muestra de la riqueza de su conquista, para que por esta señal, y la pasada viesen cuán rica era. Es de saber, y atrás lo habíamos de decir, que Don Francisco Pizarro (entre otras mercedes que la Majestad Imperial le hizo) llevaba comisión para traer dos docenas de alabarderos para guarda de su persona y autoridad de su cargo. Pues luego que ganó a Túmpiz, quiso elegirlos para entrar la tierra adentro con más solemnidad que hasta allí había traído, más no halló alguno que quisiese aceptar el oficio, aunque les hizo grandes promesas, lo cual no deja ser bizarría y braveza española, principalmente de los que entran en aquella tierra, que por humildes que sean, luego que se ven dentro, sienten nueva generosidad y nuevas grandezas de ánimo. No me atreviera a decir esto, si allá y acá no se lo hubiera oído a ellos mismos. Solos dos aceptaron las alabardas, los cuales yo conocí, y entonces en la conquista de aquel Imperio, y después en las guerras civiles se mostraron buenos soldados, y tuvieron cargos militares y grandes repartimientos de indios; murieron ambos a manos de sus enemigos; no los nombramos por buenos respectos.

El Gobernador Don Francisco Pizarro, después de haber sosegado la provincia de Túmpiz y su comarca, y gozado de sus muchas riquezas, quiso pasar adelante a Cassamarca[11] a verse con el Rey Atahuallpa, de cuyos tesoros tenía grandes nuevas; pero por muy grandes que fuesen, eran creederas, por las que hallaron y hubieron en Túmpiz. En el camino pasaron un despoblado de más de veinte leguas de arenales muertos, donde padecieron grandísima sequía por el mucho calor y falta de agua, que como bisoños y nuevos en aquella tierra, no se habían proveído para aquella necesidad. Llegaron a unos valles hermosos y muy abastecidos, donde se rehicieron de todo el mal pasado. En este camino tuvo el Gobernador un embajador del desdichado Huáscar Inca, que no se sabe cómo pudo enviarlo según estaba oprimido y guardado en poder de sus enemigos. Sospechóse que lo envió algún curaca de los suyos de lástima de ver cuál tenían los tiranos al verdadero Inca, señor legítimo de aquel Imperio. Pedía con mucha humildad la justicia, rectitud y amparo de los hijos de su dios Viracocha, pues iban publicando que iban a deshacer agravios. La embajada no contenía más, y por esto se sospechó que no era de Huáscar, sino de alguno que se apiadó de la cruel prisión y miserias del pobre Inca. El Gobernador respondió que ya iba de camino para deshacer aquellos agravios y cualesquiera otros que hallase.

---

buscaran un nuevo lugar para establecerse, y se escogió el sitio de Tacalá, en la margen derecha del río Piura, procediéndose a la fundación formal de la nueva ciudad el 20 de setiembre de 1588, donde hasta hoy permanece. Tal fueron las vicisitudes de San Miguel de Piura, que, como bien dice Garcilaso, fue la primera ciudad fundada por los españoles en el Perú.

[11]Cajamarca.

CAPÍTULO XVII: Una embajada con grandes presentes que el Inca hizo a los españoles.

Dos días después tuvo el General otra embajada más solemne del Rey Atahuallpa; envióla con un hermano suyo, llamado Titu Atauchi, hermano de padre y madre, el cual en breves palabras le dijo que el Inca enviaba a dar la bienvenida a los hijos de su dios Viracocha, y a presentarles algunas cosas de las que en su tierra había en señal del ánimo que tenía de servirles adelante con todas sus fuerzas y poder; que les pedía se regalasen por el camino y pidiesen lo que quisiesen y hubiesen menester, que todo se les proveería muy largamente, y que deseaba verlos ya y servirles como a hijos del Sol, su padre y hermanos suyos; que así lo creían él y todos sus vasallos. Esto dijo el embajador en suma de parte de su Rey. Y a lo último, hablando con el Gobernador, dijo de parte suya (porque así le fue mandado): "Inca Viracocha, hijo del Sol: Pues me cupo en suerte esta felicísima embajada, quiero con la felicidad de ella atreverme a suplicarte me hagas merced de concederme tres dones: la primera sea que tengas por amigo a mí Inca y Rey Atahuallpa, y asientes con él paz y amistad perpetua; la segunda, que perdonando cualquiera delito que los nuestros, con ignorancia y poca advertencia te hayan hecho, nos mandes todo lo que fuere de tu gusto y servicio: para que hagas experiencia de nuestra voluntad, y veas el ánimo con que de hoy más te servimos a ti y a todos los tuyos; y por última merced te suplico que el castigo de muerte que por mandado del gran dios Viracocha tu padre y nuestro, hiciste en los de la isla Puná y en los de Túmpiz y otras partes, no lo hagas con los de Cassamarca, ni con los que de aquí adelante hallares, sino que temples la ira y saña que tu padre tiene por los enojos que se le han hecho, y les perdones a todos con clemencia y mansedumbre, pues eres Inca hijo del Sol."

Dicho esto, mandó que trajesen ante el Gobernador los regalos que traían para los españoles. Luego vinieron los capitanes y ministros, a cuyo cargo venía el presente, y lo entregaron a los españoles. Traían muchos corderos y carneros, mucho tasajo del ganado bravo —huanacu, vicuña, ciervos, corzos y gamos—; y de estas mismas reses llevaron muchas vivas para que viesen de qué ganado era aquella carne hecha tasajos. Presentaron muchos conejos caseros y campestres, muchas perdices vivas y muertas, y otras aves del agua; innumerables pájaros menores; mucho maíz en grano y mucho amasado en pan; mucha fruta seca y verde; mucha miel en panales y fuera de ellos; mucha pimienta de los indios que llaman *uchu*; cantidad de su brebaje, así hecho de maíz, como del grano que llaman *mulli*. Sin esto, presentaron mucha ropa fina, de la que el Rey vestía, y mucho calzado del que ellos traen. Presentaron muchos papagayos, guacamayas, micos y monos, y otros animales y sabandijas, que hemos dicho que hay en aquella tierra. En suma, no dejaron cosa de las que pudieron traer que no la trajesen. Presentaron muchos vasos de oro y plata para beber, y platos y escudillas para el servicio de la mesa, y muchas esmeraldas y turquesas; y en

particular trajeron al Gobernador un calzado de los que el Inca traía, y dos brazaletes de oro que llaman *chipana*, que traen en la muñeca del brazo izquierdo. No traen más de un brazalete; el Inca envió dos, porque tuviese que remudar. Era insignia militar y de mucha honra; y no la podían traer sino los de la sangre real y los capitanes y soldados que en la guerra hacían cosas señaladas. Dábaselas el Rey de su mano por grandísima honra, y así se la envió a Don Francisco Pizarro, por ambas razones: la primera porque le tenía por hijo del Sol y del dios Viracocha, y la segunda, porque le confesaba y pregonaba por famosísimo capitán, según lo decían sus obras. Habiendo presentado sus dádivas cada cosa de por sí, dijo Titu Atauchi al Gobernador y a los españoles perdonasen el atrevimiento de haber traído cosas tan humildes y bajas para los hijos del Sol, que adelante se esforzarían a servirles mejor. El Gobernador y sus capitanes estimaron en mucho sus buenas palabras y mejores dádivas, rindieron las gracias primeramente al Inca, y luego a su embajador, entendiendo que no era más que embajador de los ordinarios; más cuando supieron que era hermano del Rey, le hicieron grandísima honra y cortesía; y habiendo respondido brevemente a su embajada, le enviaron muy satisfecho y contento. La respuesta, en suma, fue decirle que los españoles iban de parte del Sumo Pontífice a desengañarle de su idolatría, y enseñarles la verdadera religión de los cristianos; y de parte del Emperador y Rey de España, que era el mayor príncipe de la cristiandad, iban a hacer amistad y paz perpetua, y parentesco con el Inca y todo su Imperio, y no hacerles guerra ni otro daño alguno, y que adelante más despacio, les darían a entender otras cosas que traían que decir al Inca. De esta embajada, dádivas y presentes, con ser tan grandes y ricos, ni del embajador con ser hermano del Rey, ni de la respuesta del Gobernador, no hace relación Gómara ni Agustín de Zárate; solamente dicen del calzado y brazaletes que en particular trajeron al Gobernador, y ambos les llaman puñetes, como si fueran puñetes de camisa, no advirtiendo que los indios del Perú en su hábito natural nunca trajeron camisa.

El Rey Atahuallpa envió aquella embajada y dádivas a los españoles por aplacar al Sol, porque le pareció que los indios de la isla Puná y los de Túmpiz y otros por allí cercanos le habían enojado y ofendido, por haber resistido y peleado con ellos, y muerto algunos españoles, como se ha dicho; que como él y los suyos los tenían por hijos de su dios Viracocha, y descendientes del Sol, temieron grandes castigos por aquel desacato y muertes. A este miedo se juntó otro no menor, que fue la profecía de su padre Huayna Cápac, que después de sus días, entrarían en sus reinos gentes nunca jamás vistas ni imaginadas, que quitarían a sus hijos el Imperio, trocarían su república, destruirían su idolatría. Parecíale al Rey Atahuallpa que todo esto se iba ya cumpliendo muy aprisa, porque supo los pocos españoles que habían entrado en su tierra, y que siendo tan pocos habían muerto tantos indios en Puná, y en Túmpiz y otras partes, lo cual atribuían a ira y enojo y castigo del Sol. Temiendo otro tanto en sí y en los de su casa y corte, mandó al embajador, su hermano, que en galardón de su

embajada suplicase al Gobernador por aquellos tres dones que le pidió, y no quiso Atahuallpa que se pidiesen en su nombre, por no mostrar tan al descubierto la flaqueza de su ánimo cobarde. Estos miedos y asombros trajeron acobardado y rendido al bravo Atahuallpa hasta su muerte, por los cuales ni resistió, ni usó del poder que tenía contra los españoles. Pero, bien mirado, eran castigos de su idolatría y crueldades, y por otra parte eran obras de la misericordia divina, para traer aquellos gentiles a su Iglesia Católica Romana.

No faltaron diversos ánimos y pareceres entre los españoles, que después de ido el embajador se descubrieron. Unos que dijeron que aquellas dádivas y presentes cuanto mayores y más ricos, tanto eran más sospechosos; que eran dormideras para que el gusto y contento de ellos los adormeciesen y descuidasen de mirar por sí, para cogerlos descuidados y matarlos con facilidad. Por tanto, que anduviesen más rescatados y apercibidos, que tanto bien no era bien, sino maldad y engaño. Otros españoles (y fueron los más) hablaron en contra con el buen ánimo que tenían, y dijeron que la milicia les mandaba que siempre anduviesen apercibidos; pero que no embargante eso, era mucho de loar y estimar la magnificencia del Inca, la suavidad de sus palabras, la majestad de la embajada, y que para mayor grandeza la enviase con propio hermano, cuya discreción y cortesía vieron que era mucha, porque lo uno y lo otro notaron en sus razones y buen semblante, aunque bien sintieron que por la torpeza de su intérprete, que sabía poco del lenguaje del Cozco y menos del español, faltaban muchas palabras de las del embajador. Porque vieron que la razón que decía, con larga oración, haciendo sus pausas y cláusulas, la interpretaba el faraute en pocas palabras, y esas mal concertadas y peor entendidas, y algunas en contrario sentido, que los mismos españoles lo echaron de ver, porque no concertaban las unas con las otras, antes disonaban unas de otras, y de la misma embajada, de lo cual recibieron mucha pena; más no pudiendo remediarlo, se pasaron con lo que tenían. Gozaron aquella noche y otros muchos días del abundante don y presente que Atahuallpa les hizo; caminaron hacia Cassamarca, donde pensaban hallar al Inca; entraron dentro, fueron muy bien recibidos de los indios, que por mandado del Rey se habían juntado muchos nobles y plebeyos, para festejar a los que tenían por descendientes del Sol e hijos de su dios Viracocha, y así los alojaron y regalaron con muchas flores y yerbas olorosas, que echaron en sus aposentos, demás del mucho aparato de comida y bebida que tenían apercibida por orden del Inca, que en particular se lo mandó al curaca y señor de Cassamarca, llamado Cullqui Huaman. El cual, por mostrar la obediencia que todos tenían a su Rey, hizo extremos en servir y regalar a los españoles; y entre otros servicios que les hicieron los indios fue uno que viendo los caballos con frenos de hierro, entendiendo que era manjar de ellos, trajeron mucho oro y plata en tejos para labrar, y los pusieron en las pesebreras, diciendo a los caballos comiesen de aquello que era mejor pasto que el hierro. Los españoles, riendo la simplicidad de los indios, les decían que les diesen mucho de aquello si querían aplacar los caballos y hacerlos sus amigos.

CAPÍTULO XVIII: Envía el Gobernador una embajada al Rey Atahuallpa.

El día siguiente entró el Gobernador en consejo con sus hermanos y capitanes sobre enviar una embajada al Rey Atahuallpa y avisarle de su ida y de la embajada del Emperador, y mandato del Sumo Pontífice, porque no pareciese que se mostraban tan ingratos y desconocidos a los regalos y buen recibimiento que les habían hecho. Acordaron que pues el Inca había enviado un hermano suyo por embajador, que el Gobernador enviase otro de los suyos, porque correspondiese en la calidad del embajador, ya que no podía en los dones y dádivas. Nombraron por embajadores a Hernando Pizarro y a Hernando de Soto, que fuesen donde el Inca estaba, no lejos de Cassamarca, en unos baños y palacios reales que allí tenía, donde con gran concurso de gente noble y militar estaba celebrando ciertas fiestas de su gentilidad y trataba de reformar y poner en buen orden algunas cosas que con las guerras se habían corrompido, entre las cuales, por vía de reformación, hacía nuevas leyes y estatutos en favor de su tiranía y seguridad de su persona, diciendo que su padre el Sol se las revelaba, como todos ellos lo decían, por dar autoridad a sus hechos. Porque es verdad que aunque Atahuallpa mató todos los que de la sangre real pudo haber, no perdió el miedo de los pocos que quedaban. Temía que, el tiempo adelante, el Reino, por vía de religión había de levantar por Inca y Rey legítimo al que de ellos le perteneciese; quería atajar esto con decir que el Sol daba aquellas leyes, para que los indios de todo aquel Imperio se aquietasen con ellas. Los dos embajadores llevaron consigo al indio intérprete que tenían, llamado Felipe, natural de la isla Puná, que aunque torpe en ambas lenguas, no podían pasar sin él. Llevaron asimismo más de doscientos indios nobles, muy bien arreados, que el curaca de Cassamarca mandó que acompañasen a aquellos dos españoles, sabiendo que iban a visitar a su Rey, y que hiciesen todo lo que les mandasen, hasta morir. Los dos caballeros extremeños, luego que salieron de Cassamarca, enviaron al Rey Atahuallpa un indio principal de los que llevaban para que le avisase de la ida de ellos, y pidiese licencia para parecer delante de Su Alteza. El Inca respondió que le sería muy agradable las presencias de ellos, porque había días que deseaba verlos. Mandó luego a un maese de campo que con su tercio saliese a recibir aquellos dos hijos del Sol, y con toda veneración los trajese ante él. Los españoles, con la amorosa respuesta del Inca, y con saber que salían a recibirles, perdieron el recelo que llevaban de haber sabido que tenía en su compañía treinta mil hombres de guarda. Caminaron hacia los baños y palacios reales, y a medio camino vieron venir por un llano el tercio de soldados que salía a recibirles. Hernando de Soto, por darles a entender, que si no fueran amigos bastara él solo para todos ellos, arremetió el caballo llegando a carrera de ellos. Y así corrió y paró cerca del maese de campo.

Aquí dicen los historiadores españoles que el maese de campo (que decimos) era el Rey Atahuallpa, y que llegó Soto, según lo dice uno de ellos, haciendo corvetas con su caballo hasta junto a la silla del Rey, y que Atahuallpa no hizo mudanza, aunque le resolló en la cara el caballo, y que mandó matar a muchos de los que huyeron de la carrera y vecindad de los caballos. En lo cual fue engañado aquel autor, y el que le hizo la relación levantó testimonio al Inca y a Hernando de Soto, porque ni era el Inca ni que lo fuera, mandara matar a nadie, aunque el delito fuera grave, cuanto más que no fue delito, sino comedimiento y cortesía, que hicieron en dar lugar para que pasaran los que tenían por hijos del Sol, que hacer lo contrario fuera para ellos sacrilegio, porque demás de la descortesía, era menospreciar y desacatar los que confesaban por hombres divinos, venidos del cielo. Ni Atahuallpa era tan torpe de entendimiento que mandara matar delante de los mismos embajadores a los indios, que les habían respetado y honrado, que era romper la guerra con los españoles deseando hacer paz y amistad con ellos, por asegurarse de los medios que consigo tenía.[12] Ni Hernando de Soto (pues lo eligieron los suyos por embajador) había de ser tan inconsiderado y descortés que llegara a echar el resuello del caballo en la cara de un Rey a quien él iba a hablar de parte del Emperador y del Santo Padre. Por todo lo cual es de haber lástima que los que dan en España semejantes relaciones de cosas acaecidas tan lejos de ella, quieran inventar bravatas a costa de honras ajenas.

El Inca Atahuallpa, como adelante veremos, hizo algunas generosidades y realezas con los españoles. Séanos lícito decir sus buenas partes de que le dotó naturaleza, y sean las que al presente usó con estos españoles, y otras muchas que adelante veremos de su buen ingenio, discreción y habilidad, pues que hemos dicho ya sus tiranías y crueldades, que sería hacerle muy grande agravio callar lo bueno y decir lo malo; que la historia manda y obliga a escribir verdad, so pena de ser burladores de todo el mundo, y por ende infames. Lo que dijere

---

[12]Sin embargo la muerte de los timoratos indios, espantados por el caballo de Soto, así como la arrogancia de este caballero en presencia del Inca, están asegurados por testigos oculares del hecho. "Hernando Soto llevaba un caballejo ponedor, y preguntóle si quería que le corriese por aquel patio, y él hizo señas que sí; y así escaramuzó por allí, con buena gracia un poco. El caballejo era animoso, echaba mucha espuma de la boca, de lo cual, de ver la presteza con que revolvía, él se maravilló; aunque más admiración hacía la gente común, entre sí había gran murmullo, y un escuadrón de gente viendo venir el caballo para sí, se retrujo hacia atrás; lo cual los que la hicieron, pagaron aquella noche con las vidas". *El descubrimiento y la conquista del Perú. Relación inédita de Miguel de Estete*, publicada por primera vez por Carlos Manuel Larrea, en Quito, año de 1918, en 51 páginas y 12 láminas, en el "Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos". Dicha Relación posiblemente se terminó de escribir en el año 1542. Fue republicada en 1924 en 73 páginas dentro de la "Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú" editada en Lima por Carlos A. Romero y Horacio H. Urteaga

Pedro Pizarro, otro testigo, aunque escribe tardíamente, dice: "Pues oído esto por Hernando Soto se desvió, y en un llano que había hizo hacer una escaramuza junto a unos indios que estaban sentados, los indios se levantaron y desviaron de miedo. Pues vuelto Soto a Cajamarca, el Atabalipa mandó matar a estos indios que se levantaron y desviaron de miedo". *Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú*, escrita en la época del Virrey Toledo.

será de relaciones de muchos españoles que se hallaron en el hecho, a los cuales se lo oí en muchas conversaciones, que en casa de mi padre todo el año tenían, porque allí eran sus mayores entretenimientos y sus pláticas; las más veces eran de las conquistas pasadas. También lo oí a muchos indios, que visitando a mi madre le contaban aquellos hechos, particularmente los que pasaron por Atahuallpa hasta su fin y muerte, como diciéndole que tomase sus desdichas y fallecimiento en satisfacción de las crueldades que con los suyos había hecho. Sin esto, tengo relaciones que los condiscípulos me han enviado, sacadas de las cuentas e historias anales de las provincias de donde eran sus madres naturales, como a los principios lo dije. A estas relaciones se añade la que hallé en los papeles del muy curioso y elegante Padre Blas Valera, que fue hijo de uno de los que se hallaron en la prisión de Atahuallpa, y nació y se crió en los confines de Cassamarca, y así tuvo larga noticia de aquellos sucesos, sacados de sus originales, como él mismo lo dice. Escribía estos hechos más largamente que los demás sucesos de la historia de aquel Reino, y muy conformes a las demás relaciones que yo tengo, porque todas son de un mismo hecho. También digo que seguiré el camino que las historias de los españoles llevan, sirviéndoles, como atrás dije, de comento donde fuere menester, y de añadidura donde hubiere falta, que algunas cosas dejaron de decir; quizá fue, como es verosímil, porque no llegaron a noticia de los escritores.

CAPÍTULO XIX: El recibimiento que el Inca hizo a la embajada de los españoles.

Volviendo pues al hilo de nuestra historia, decimos, que el maese de campo que salió a recibir a Hernando Pizarro y a Hernando de Soto, habiéndolos recibido y adorado con suma veneración, dijo a sus capitanes y soldados: “Estos son hijos de nuestro dios Viracocha.” Los indios les hicieron grandísima reverencia, y los miraron con admiración de su aspecto, hábito y voz, y los acompañaron hasta ponerlos delante del Inca. Los españoles entraron admirados de ver la grandeza y riqueza de la casa real, y de la mucha gente que en ella había; de manera que fue la admiración de los unos y de los otros que no sabremos juzgar cuál fue mayor. Los embajadores hicieron al Inca, que estaba sentado en su asiento de oro, una gran reverencia a la usanza española. El Rey gustó mucho de verla, y, poniéndose en pie, los abrazó con mucha afabilidad, y les dijo: “Seáis bien venidos Cápac Viracocha a estas mis regiones”. El Padre Blas Valera escribe estas palabras en el lenguaje indio, como quien bien lo sabía; yo las dejé por no necesarias. El Inca se asentó, y luego pusieron a los españoles asiento de oro de los del Inca, que por su mandado los tenían apercibidos, que, como los tenía por descendientes de la sangre del Sol, no quiso que hubiese diferencia de él a ellos, principalmente siendo el uno de ellos hermano del Gobernador. Sentados que fueron, volvió el Inca el rostro a sus

deudos que le acompañaban, y les dijo: “Veis aquí la cara y la figura y el hábito de nuestro dios Viracocha al propio, como nos lo dejó retratado en la estatua y bulto de piedra, nuestro antecesor el Inca Viracocha, a quien se le apareció esta figura.”

Apenas hubo dicho esto el Rey, cuando entraron dos muchachas muy hermosas de la sangre real, que llamaban *ñusta*; cada una de ellas traía dos vasos pequeños de oro, en las manos, con el brebaje de lo que el Inca bebía. Acompañábanlas cuatro muchachos de la misma sangre, aunque no de la legítima, cuyas madres eran naturales del Reino de Atahuallpa. Las ñustas llegaron al Inca, y, hecha su adoración, la una de ellas le puso uno de los vasos en la mano, y el otro dió a Hernando Pizarro, porque el Inca se lo mandó. A este tiempo habló Titu Atauchi, hermano del Rey, el que fue con la embajada a los españoles, y dijo al faraute Filipillo, que les dijese, que el Inca quería beber con ellos porque era usanza de los Reyes Incas hacer aquello, en señal de paz y prenda de amor, y hermandad perpetua. Hernando Pizarro, oyendo a su intérprete, y haciendo reverencia al Inca, tomó el vaso y lo bebió. El Inca bebió dos o tres tragos del suyo, y dió el vaso a su hermano Titu Atauchi para que bebiese por él lo que quedaba. Luego tomó uno de los vasos que la otra muchacha llevaba, y mandó diese el otro a Hernando de Soto, el cual hizo lo mismo que su compañero. El Inca bebió otros dos o tres tragos, y dió lo que dejaba a otro hermano suyo de padre, llamado Choquehuaman. Hecha la bebida, quisieron los embajadores decir su embajada. El Rey dijo que descansasen, que quería gozar de mirar sus figuras, porque en ellos veía a su dios Viracocha. A este punto entraron seis pajes y seis muchachas muy bien aderezadas, con fruta verde y seca, de muchas maneras, y pan del que hacían para su regalo, y vino hecho de la semilla del árbol *mulli*, y toallas muy ricas de algodón, porque no tuvieron lino. Y una de ellas, llamada Pillcu Ciza, ñusta, habló a los nuevos huéspedes, y les dijo: “¡Oh hijos de Cápac Inca Viracocha, gustad un poco de estas cosas que os traemos, aunque no sea más de para nuestro consuelo y regalo!” Los españoles se admiraron grandemente de ver tanta urbanidad y cortesanía en gente, que según la imaginación de ellos, vivían en toda barbaridad y torpeza. Y porque no pareciese que desechaban y menospreciaban lo que con buen ánimo y tanta gentileza les ofrecían, comieron algo de lo que trajeron, y dijeron que les bastaba, con que los indios quedaron muy contentos.

CAPÍTULO XX: La oración de los embajadores, y la respuesta del Inca.

Hernando Pizarro, viendo la gente sosegada, mandó a Hernando de Soto que hablase porque no se perdiese más tiempo. Dijo que diese su embajada brevemente, que les convenía volverse a dormir con los suyos y no fiarse de infieles por más regalos que les hiciesen, que no sabían si los hacían para que se

fiasen de ellos y cogerlos más descuidados. Entonces se levantó Hernando de Soto, y haciendo cortesía a la castellana, que fue descubrir la cabeza con una gran reverencia, se volvió a sentar, y dijo lo siguiente:

"¡Serenísimo Inca! Sabrás que en el mundo hay dos potentísimos príncipes sobre todos los demás. El uno es el Sumo Pontífice, que tiene las veces de Dios; este administra y gobierna a todos los que guardan su divina ley, y enseña su divina palabra. El otro es el Emperador de los Romanos, Carlos Quinto, Rey de España. Estos dos monarcas, entendiendo la ceguera de los naturales de estos reinos, con la cual, menospreciando al Dios verdadero, Hacedor del cielo y de la tierra, adoran a sus criaturas y al mismo Demonio que los engaña, enviaron a nuestro Gobernador y Capitán General Don Francisco Pizarro y a sus compañeros, y algunos sacerdotes, ministros de Dios, para que enseñen a Vuestra Alteza y a todos sus vasallos esta divina verdad y su ley santa, para lo cual vinieron a esta tierra, y habiendo gozado en el camino de la liberalidad real de vuestra mano, entraron ayer en Cassamarca, y hoy nos envían a Vuestra Alteza para que demos principio al asiento de la concordia, parentesco y paz perpetua, que ha de haber entre nosotros, y para que, recibiéndonos debajo de su amparo, permita oírnos la ley divina, y que todos los suyos la aprendan y la reciban, porque a Vuestra Alteza y a todos ellos les será de grandísima honra, provecho y salud".

En este paso el Padre Blas Valera, como tan religioso y tan celoso de la salud de aquella gentilidad, hace una grande y lastimera exclamación, diciendo que palabras tan importantes como las que Hernando de Soto dijo, tenían necesidad de un intérprete bien enseñado en ambos lenguajes, que tuviera caridad cristiana para que las declarara como ellas eran. Pero que muchas y muchas veces lloraría la desdicha de aquel Imperio, que por la torpeza del intérprete pudiesen los primeros conquistadores y los sacerdotes, que con ellos fueron, a echar a Filipillo la culpa de tantos males como se causaron de su ignorancia, para disculparse ellos y quedar libres, y que en parte o en todo tuviesen razón de echársela, porque declaró aquellas palabras tan bárbaras y torpemente, que muchas dijo en contrario sentido, de manera que no solamente afligió al Inca, más enfadó a los oyentes, porque apocó y deshizo la majestad de la embajada, como si la enviaran unos hombres muy bárbaros, que bien entendieron los indios que muchas palabras de las que dijo el intérprete no pudo decirlas el embajador, porque no convenían a la embajada. Por lo cual el Inca, penado por su mala interpretación, dijo: "¿Qué anda este tartamudeando de una palabra en otra y de un yerro en otro, hablando como mudo?" Esto que el Inca dijo tiene mucha más significación en su lenguaje que en la castellana. Los capitanes y señores de vasallos dijeron que aquellas faltas debían atribuirse más a la ignorancia del faraute, que no a la indiscreción de los embajadores; porque no era de imaginar que ellos la tuviesen siendo escogidos para aquel oficio. Y con esto recibieron llanamente la embajada (aunque mal entendida) y a los que

la llevaron como a dioses, y así los adoraron de nuevo. El Inca respondió a los embajadores diciendo:

"Grandemente me huelgo, varones divinos, que vos y vuestros compañeros hayáis llegado en mis tiempos a estas regiones tan apartadas, y que con vuestra venida hayáis hecho verdaderas las adivinaciones y pronósticos que nuestros mayores nos dejaron de ella, aunque mi ánimo antes debía entristecerse, porque tengo por cierto que se han de cumplir todas las demás cosas que del fin de este nuestro Imperio los antiguos dejaron pronosticadas que habían de suceder en mis días, como veo cumplido lo que esos mismos dijeron de vuestra venida. Empero, también digo que tengo estos tiempos por felicísimos, por habernos enviado en ellos el dios Viracocha tales huéspedes, y que los mismos tiempos nos prometen que el estado de la república se trocará en mejor suerte, la cual mudanza y trueque certifican la tradición de nuestros mayores, y las palabras del testamento de mi padre Huayna Cápac, y tantas guerras como mi hermano y yo hemos tenido, y últimamente vuestra divina presencia. Por lo cual, aunque supimos que entrasteis en nuestra tierra, y hicisteis presidio en ella y el estrago de muertes y otras calamidades que pasaron en Puná, y en Túmpiz y en otras partes, no hemos tratado mis capitanes y yo de resistiros, ni echaros del Reino, porque tenemos y creemos que sois hijos de nuestro gran dios Viracocha, y mensajeros de Pachacámac. Y así por esto, y en confirmación de lo que mi padre nos dejó mandado que os adorásemos y sirviésemos, hemos hecho ley, y en las escuelas del Cozco se ha publicado, que nadie sea osado tomar las armas contra vosotros ni enojaros. Por tanto podréis hacer de nosotros lo que quisiéredes y fuere vuestro gusto y voluntad, que harta gloria será para nosotros morir a manos de los que tenemos por divinos y mensajeros de Dios; que él os lo debe de mandar, pues tan de hecho habéis hecho todo lo pasado. Solo deseo satisfacerme de una duda, y es que ¿cómo se compadece que digáis que venís a tratar de amistad y parentesco y paz perpetua en nombre de aquellos dos Príncipes, y que, por otra parte, sin hablar a ninguno de los nuestros, para ver nuestra voluntad si era buena o mala, se hayan hecho las muertes y estragos en las provincias que atrás dejáis? Que de haberse hecho tan sin culpa nuestra contra vosotros, entiendo que os lo mandaron aquellos dos Príncipes, y que a ellos se lo mandó el Pachacámac. Si es así, vuelvo a decir que hagáis de nosotros lo que quisiéredes; solo os suplicamos tengáis lástima de los míos, que me dolerá más la aflicción y la muerte de ellos que la mía."

Con esto acabó el Inca. Los suyos, enternecidos de sus últimas palabras y de la pérdida del Imperio, que por tan cierto tenían, derramaron muchas lágrimas con grandes suspiros y gemidos, porque es así, que sin lo que entonces dijo el Inca del fin de su Imperio, lo había repetido antes muchas veces a los suyos. Porque como su padre Huayna Cápac dejó este pronóstico tan declarado con tiempo señalado y abreviado, no trataba Atahuallpa de otra cosa, y decía que era decreto y determinación del gran Pachacámac, que no se podía vedar. Esta certificación que Atahuallpa tenía de la pérdida de su Imperio, lo trajo tan

acobardado y rendido, para no resistir a los españoles, como adelante veremos. Con la gente y cortesanos que en la sala acompañaban al Inca estaban dos contadores e historiadores, que asentaron en sus historias anales, por sus nudos, señales y cifras, como mejor pudieron, la embajada de Hernando de Soto (aunque mal declarada) y la respuesta del Inca.

Los embajadores se admiraron mucho de ver el llanto que los capitanes y curacas hicieron de lo que el Rey, con tan buen semblante, habló; y no sabiendo la causa de tantas lágrimas, más de verlas derramar a gente tan principal como allí estaba, hubieron lástima y compasión de ellos. Aquí vuelve a lamentar el buen Padre Blas Valera la desdicha de aquella gente, diciendo que si el intérprete declarara bien las razones del Inca, los moviera a misericordia y a caridad. Pero dejó tan mal satisfechos a los españoles, como había dejado a los indios, por no saber bien el lenguaje de estos ni de aquellos. Cuando los embajadores oyeron decir de las muertes y estrago que hubo en Puná y Túmpiz, sospecharon que el Inca quería vengarlas, porque el intérprete no se declaró más, y porque quedaron confusos de no haber entendido la respuesta de Atahuallpa, no supieron replicarle. Que la falta de Filipillo no solamente fue en las palabras que no supo decir en español, más también en las razones, que, por haber sido algo larga la relación del Inca no pudo tomarlas todas en la memoria, y así hizo falta en ambas cosas. Los embajadores pidieron licencia al Rey para volverse. Él les dijo que se fuesen en paz, que presto iría a Cassamarca a visitar a los hijos de su dios Viracocha y mensajeros de Pachacámac. Los españoles extremeños salieron de la casa real, admirados de nuevo de sus riquezas y de la adoración que les hicieron; pidieron sus caballos, y antes que subiesen en ellos llegaron dos curacas con muchos criados y les dijeron que les suplicaban no se desdeñasen de recibir un pequeño presente que les traían, que para hombres divinos quisieran que fueran cosas dignas de tales dioses. Dicho esto, mandaron que les pusiesen delante lo que traían, que era otro presente como el pasado, y de las mismas cosas en más abundancia, y con mucho oro y plata labrada y por labrar. Los españoles se admiraron de tanta cortesía, por la cual perdieron la sospecha que habían cobrado del Inca, y culparon de nuevo la torpeza de Filipillo en la interpretación de la respuesta del Inca, que por no entenderla bien cayeron entonces en aquellos errores y después en otros mayores, como adelante veremos.

CAPÍTULO XXI: Vuelven los dos españoles a los suyos, apercíbense todos para recibir al Inca.

Los dos embajadores volvieron a los suyos y les contaron las grandezas y riquezas que vieron en casa del Inca, y la mucha cortesía que les hicieron. Repartieron entre todos el presente que les dieron, con que se regalaron. Más con todo eso, como buenos soldados, aprestaron sus armas y caballos para lo

que el día siguiente se les ofreciese, y, aunque supieron la multitud de gente que Atahuallpa tenía, se apercibieron con su buen ánimo para pelear como españoles. Y luego que amaneció, se pusieron en orden los de a caballo en tres cuadrillas de a veinte caballeros, que por todos no eran más de sesenta. Los cuadrilleros o capitanes fueron Hernando Pizarro, Hernando de Soto y Sebastián de Belalcázar. Metiéronse detrás de unos paredones, por que los indios no los viesen, y por causar en ellos mayor temor y asombro en su repentina salida. El Gobernador hizo un escuadrón de cien infantes, que no eran más por todos; quiso ser caudillo de ellos. Pusiéronse a un cabo de la plaza del Tampu, que era como un campo, donde esperaron al Rey Atahuallpa, que venía en unas andas de oro, en hombros de los suyos, con tanta pompa y majestad, de casa y corte, como ferocidad y pujanza de armas y guerra. Venían muchos indios delante de las andas quitando las piedras y tropezones que había por el camino, hasta quitar las pajuelas; venían muchos señores de salva con él. La gente de guerra iba en cuatro escuadrones de a ocho mil hombres. El primer escuadrón, que era la vanguardia, iba delante del Rey, como van los descubridores, para asegurar el camino. Los dos que eran el cuerpo de la batalla iban a sus lados para guarda de su persona. El cuarto iba a sus espaldas. El capitán se llamaba Rumiñaui, que es ojo de piedra, por un berrueco que de una nube se le había hecho en un ojo.

Con esta orden militar caminó Atahuallpa una legua de camino, que había desde su real hasta el alojamiento de los españoles, en la cual tardó más de cuatro horas. No llevaba ánimo de pelear, como luego veremos, sino de oír la embajada que llevaban del Papa y del Emperador. Estaba informado que los españoles no podían subir una cuesta arriba, y que por esto la subían en sus caballos, y que los de a pie se asían a las colas y a los pretales para que les ayudasen a subir, y que no corrían tanto como los indios, ni eran para llevar cargas, ni para tanto trabajo como ellos. Con esta relación y con tenerlos por divinos, iba Atahuallpa sin recelo alguno de lo que le sucedió. Entró en la plaza acompañado de los tres escuadrones de guerra; el cuarto, que era la retaguardia, quedó fuera. Viendo el Rey que los españoles infantes eran tan pocos, que estaban apeñuscados como gente medrosa, dijo a los suyos: “Estos son mensajeros de Dios; no hay para que hacerles enojo, sino mucha cortesía y regalo.” Entonces llegó al Inca un religioso dominico llamado Fray Vicente de Valverde, con una cruz en la mano a hablarle de parte del Emperador.

CAPÍTULO XXII: La oración que el Padre Fray Vicente de Valverde hizo al Inca Atahuallpa.

El Padre Blas Valera, diligentísimo escudriñador de los hechos de aquellos tiempos, como hombre que pretendía escribirlos, dice largamente la oración o plática que el Padre Fray Vicente de Valverde hizo al Rey Atahuallpa, dividida en dos partes. Dice que la vió en Trujillo estudiando latinidad, escrita de mano

del mismo Fray Vicente, que la tenía uno de aquellos conquistadores que se decía Diego de Olivares; y que muerto él, vino a poder de un yerno suyo; y que la leyó muchas veces, y la tomó de memoria, por lo cual me pareció ponerla aquí como el Padre Blas Valera la escribe, porque, conforme al original que vió, la dice más larga y más copiosamente que los demás historiadores. También la pongo por mía porque en todo se conforma con las relaciones que yo tengo, y en la sustancia difiere poco o nada de como la escriben los historiadores españoles. Y decirla yo en nombre de su paternidad, será recitarla en nombre de ambos, que no quiero hurtar lo ajeno, aplicándomelo a mí sólo, aunque sea para honrarme con ello, sino que salga cada cosa por de su dueño, que harta honra es para mí arrimarme a tales varones.

Decimos que cuando el Padre Fray Vicente llegó a hablar al Inca, el Inca se admiró grandemente de ver la forma del fraile dominico, de la barba y corona raída, como la traen los religiosos, y del hábito largo, y de la cruz de palma, que en las manos llevaba, y un libro que era la Suma de Silvestre; otros dicen que era el Breviario, otros que la Biblia; tome cada uno lo que más le agradaré. El Rey, para saber cómo había de tratar aquel hombre, preguntó a uno de tres indios principales, que por su mandado, los cuatro días antes habían hecho dar todo lo necesario a los españoles; y le dijo: "¿Este español de qué calidad y condición es? ¿Por ventura es superior a los demás o inferior a ellos, o es igual con todos?" El indio respondió: "No pude saber otra cosa, Inca, más de que éste es capitán y guía de palabra (quiso decir predicador) y ministro del dios supremo Pachacámac, y mensajero suyo; los demás no son como él." Entonces llegó el Padre Fray Vicente, y habiéndole hecho reverencia y veneración conforme al uso de los religiosos, y con licencia del Rey le hizo la oración siguiente.

Primera parte de la oración de Fray Vicente de Valverde.

"Conviene que sepas famosísimo y poderosísimo Rey, como es necesario, que a Vuestra Alteza y a todos vuestros vasallos se les enseñe, no solamente la verdadera fe católica, más también que oigas y creas las que se siguen:

Primeramente que Dios Trino y Uno crió el cielo y la tierra, y todas las cosas que hay en el mundo. El cual da los premios de la vida eterna a los buenos, y castiga a los malos con pena perpetua. Este Dios al principio del mundo, crió al hombre de polvo de la tierra, y le dió espíritu de vida que nosotros llamamos ánima, la cual hizo Dios a su imagen y semejanza. Por lo cual todo hombre consta de cuerpo y ánima racional.

De este primer hombre, a quien Dios llamó Adán, descendemos todos los hombres que hay en el mundo, y de él tomamos el principio y origen de nuestra naturaleza. Este hombre Adán, pecó quebrantando el mandamiento de su Criador, y en él pecaron todos los hombres que hasta hoy han nacido, y los que nacerán hasta el fin del mundo. Ningún hombre ni mujer hay libre de esta

mancha, ni lo habrá sacando a Nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo hijo de Dios verdadero, descendió de los cielos, y nació de la Virgen María para redimir y librar de la sujeción del pecado a todo el género humano. Finalmente murió por nuestra salud en una cruz de palo, semejante a ésta que tengo en las manos; por lo cual, los que somos cristianos, la adoramos y reverenciamos.

Este Jesucristo, por su propia virtud, resucitó de entre los muertos, y a los cuarenta días subió a los cielos, y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso. Dejó en la tierra a sus Apóstoles y a los sucesores de ellos, para que con palabras y amonestaciones y otros caminos muy santos, atrajesen a los hombres al conocimiento y culto de Dios y a la guarda de su ley.

Quiso también que San Pedro su Apóstol fuese príncipe, así de los demás Apóstoles y de los sucesores de ellos, como de todos los demás cristianos y vicarios de Dios. Y que después de él todos los Pontífices romanos, sucesores de San Pedro (a los cuales los cristianos llamamos Papas) tuviesen la misma suprema autoridad que Dios le dió. Los cuales todos, entonces y ahora y siempre, tuvieron y tienen cuidado de ejercitarse con mucha santidad en predicar y enseñar a los hombres la palabra de Dios."

Segunda parte de la oración de Fray Vicente de Valverde

"Por tanto el Papa Romano Pontífice, que hoy vive en la tierra, entendiendo que todas las gentes y naciones de estos reinos, dejando a un Dios verdadero, hacedor de todos ellos, adoran torpísimamente los ídolos y semejanzas del demonio, queriendo traerlas al verdadero conocimiento de Dios, concedió la conquista de estas partes a Carlos Quinto, Emperador de los Romanos, Rey poderosísimo de las Españas, y monarca de toda la tierra, para que, habiendo sujetado estas gentes y a sus Reyes y señores, y habiendo echado de entre ellos los rebeldes y pertinaces, reine él solo y rija y gobierne estas naciones, y las traiga al conocimiento de Dios y a la obediencia de la Iglesia. Nuestro poderosísimo Rey, aunque estaba muy bien ocupado o impedido en el gobierno de sus grandes reinos y provincias, admitió la concesión del Papa, y no la rehusó por la salud de estas gentes, y envió sus capitanes y soldados a la ejecución de ella, como lo hizo para conquistar las grandes islas y las tierras de México, sus vecinas; y habiéndolas sujetado con sus armas y potencia, las han reducido a la verdadera religión de Jesucristo, porque ese mismo Dios dijo que los compeliesen a entrar.

Por lo cual el gran Emperador Carlos Quinto eligió por su lugarteniente y embajador a Don Francisco Pizarro (que está aquí), para que también estos reinos de Vuestra Alteza reciban el mismo beneficio, y para asentar confederación y alianza de perpetua amistad entre Su Majestad y Vuestra Alteza, de manera que Vuestra Alteza y todo su Reino le sea tributario, esto es, que pagando tributo al Emperador seas su súbdito y de todo punto le entregues

el Reino, y renuncies la administración y gobierno de él, así como lo han hecho otros Reyes y señores. Esto es lo primero. Lo segundo es que hecha esta paz y amistad, y habiéndote sujetado de grado o por fuerza, has de dar verdadera obediencia al Papa, Sumo Pontífice, y recibir y creer la fe de Jesucristo Nuestro Dios, y menospreciar y echar de ti totalmente la abominable superstición de los ídolos, que el mismo hecho te dirá cuán santa es nuestra ley y cuán falsa la tuya y que la inventó el diablo. Todo lo cual, ¡oh Rey!, si me crees, debes otorgar de buena gana, porque a ti y a todos los tuyos conviene muy mucho. Y si lo negares, sábete que serás apremiado con guerra a fuego y a sangre, y todos tus ídolos serán derribados por tierra, y te constreñiremos con la espada a que, dejando tu falsa religión, que quieras que no quieras, recibas nuestra fe católica y pagues tributo a nuestro Emperador, entregándole el Reino. Si procurares porfiarlo y resistir con ánimo obstinado, tendrás por muy cierto permitirá Dios, que como antiguamente Faraón y todo su ejército pereció en el Mar Bermejo, así tú y todos tus indios seáis destruidos por nuestras armas."

CAPÍTULO XXIII: Las dificultades que hubo para no interpretarse bien el razonamiento de Fray Vicente Valverde.

Habiendo dicho la oración, hace el Padre Blas Valera algunas consideraciones convenientes a la historia, y dice que los historiadores que escribieron estos sucesos, y hicieron mención de esta oración, unos quitaron muchas cosas de la primera y segunda parte, y las dejaron de decir, y, reduciéndola a compendio, la escribieron breve, y desmembrada en sus historias impresas. Pero que Juan de Oliva y Cristóbal de Medina, sacerdotes, grandes predicadores y muy sabios en la lengua de los indios, y Juan de Montalvo, sacerdote y gran intérprete, y Falconio Aragonés, doctor de ambos derechos, en el libro que escribió: *De Libertate Indorum servanda,* y fray Marcos de Jofré, franciscano, y otros muchos varones que dejaron libros escritos, dice que todos ellos refieren la oración de fray Vicente de Valverde por entero en ambas partes, como se ha dicho, y que todos ellos concuerdan que fue muy seca y áspera, sin ningún jugo de blandura, ni otro gusto alguno; y que la interpretación fue mucho peor como luego veremos. Dice también que estos mismos autores aprueban por más modesta y más templada en palabras la oración que Hernando de Soto y Hernando Pizarro hicieron a Atahuallpa, que la de Fray Vicente de Valverde.

Llegado a la interpretación que al Rey Atahuallpa le hicieron, es de advertir en las condiciones de Felipe[13], indio trujamán, y faraute de aquel auto, que era natural de la isla Puná, y de gente muy plebeya, mozo, que aún apenas tenía veinte y dos años, tan mal enseñado en la lengua general de los Incas, como en

[13]No fue Felipe o Felipillo el intérprete que acompañó a Valverde durante el encuentro con el Inca en la plaza de Cajamarca, sino un muchacho tallán llamado Martinillo, tal como lo afirman testigos del suceso: los cronistas Pedro Pizarro y Miguel Estete. Garcilaso sigue al respecto el error perpetrado por los cronistas Cieza y Herrera.

la particular de los españoles, y que la de los Incas la aprendió no en el Cozco, sino en Túmpiz, de los indios que allí hablaban como extranjeros, bárbara y corruptamente, que, como al principio dijimos, sino son los naturales del Cozco, todos los demás indios son extranjeros en aquel lenguaje, y que también aprendió la lengua española sin que nadie se la enseñase, sino de oír hablar a los españoles, y que las palabras que más de ordinario oía, eran las que usan los soldados bisoños: "voto a tal", "juro a tal", y otras semejantes y peores. Y que con estas aprendió las que había menester para saber traer y dar a la mano las cosas que le pidiesen; porque era criado siervo de los españoles, y hablaba lo que sabía muy corruptamente a semejanza de los negros bozales. Y aunque era bautizado, había sido sin ninguna enseñanza de la religión cristiana, ni noticia de Cristo Nuestro Señor con tal ignorancia del credo apostólico.

Tal y tan aventajado fue el primer intérprete que tuvo el Perú, y, llegando a su interpretación, es de saber que la hizo mala y de contrario sentido, no porque lo quisiese hacer maliciosamente, sino porque no entendía lo que interpretaba y que lo decía como un papagayo, y por decir Dios Trino y Uno, dijo "Dios tres y uno son cuatro", sumando los números por darse a entender. Consta esto por la tradición de los *quipus*, que son los nudos anales de Cassamarca, donde pasó el hecho, y no pudo decirlo de otra manera porque para declarar muchas cosas de la religión cristiana no hay vocablos ni manera de decir en aquel lenguaje del Perú, como decir *Trinidad, Trino y Uno, Persona, Espíritu Santo, Fe, Gracia, Iglesia, Sacramentos,* y otras palabras semejantes, porque totalmente las ignoran aquellos gentiles, como palabras que no tuvieron en su lenguaje, ni hoy las tienen. Por lo cual los intérpretes españoles de estos tiempos, para interpretar bien las semejantes cosas, tienen necesidad de buscar nuevas palabras y nuevas razones, o usar sabia y discretamente de las elegancias y maneras de hablar antiguas que los indios tenían, acomodarse con las muchas palabras que los mismos indios discretos y curiosos han usurpado de la lengua española e introducídolas en su lenguaje mudándolas a la manera de su hablar, que hacen esto los indios el día de hoy elegantísimamente por ayudar a los españoles con los vocablos que les faltan, para que puedan decir lo que quisieren y ellos entender mejor lo que les predicaren.

Toda esta dificultad de aquella lengua general del Perú hemos apuntado muchas veces, donde se nos ha ofrecido hablar de ella, y de nuevo decimos de la torpeza de aquel intérprete, que fue así al pie de la letra, y no fue culpa suya sino ignorancia de todos; que aún en mis tiempos, con ser veintinueve años más adelante de los que vamos hablando, y con haber tratado los indios a los españoles, y estar más acostumbrados en la lengua castellana, tenían la misma torpeza y dificultad que Felipillo, que nunca hablaba con los españoles en lengua española sino en la suya. En suma, digo que no conocí indio que hablase español, sino dos muchachos, que fueron condiscípulos míos, que desde niños anduvieron al escuela, y aprendieron a leer y escribir. El uno de ellos se llamaba Don Carlos, hijo de Paullu Inca. Fuera de estos dos, en todos los demás indios

había tan poca curiosidad en aprender la lengua española, y en los españoles tanto descuido en enseñarla, que nunca jamás se pensó enseñarla ni aprenderla, sino que cada uno de ellos, por la comunicación y por el uso, aprendiese del otro lo que le conviniese saber. Y este descuido de ambas partes era tan grande, que aún los muchachos indios que conmigo se criaron, aunque me entendían las cosas manuales que en castellano les decía, en los recaudos de alguna importancia me obligaban a que se lo dijese en indio, porque por no entenderlos en el lenguaje español, no sabían decirlos en el suyo.

Pues si había esta ignorancia veintinueve años después de aquella, con haber tanta comunicación y familiaridad entre indios y españoles, ¿qué mucho que entonces que no había otra conversación ni otro cuidado sino de armas y guerra, tuviese aquel intérprete la falta que se ha dicho? Y para que se vea más claramente que la mala interpretación que Felipillo hizo no fue por culpa suya ni del buen Fray Vicente de Valverde, ni de los españoles, sino por falta de aquel lenguaje indiano, es de saber que aún hoy, con haber más de ochenta años que se ganó aquel Imperio (cuanto más entonces) no tiene el indio las palabras que ha menester para hablar en las cosas de nuestra santa religión, como consta por un *Confisionario*, que al principio del año de mil y seiscientos y tres me envió del Perú el Padre Diego de Alcobaza, impreso en Los Reyes, año de mil y quinientos y ochenta y cinco, en tres lenguas: en la española, y en la general del Cozco, y en la particular de la provincia llamada Aymara, donde en todo lo que se dice en ambas lenguas indianas hay muchas palabras españolas indianizadas. Que al principio del confesionario en la segunda pregunta que el confesor hace, donde dice: "¿Eres cristiano baptizado?", dice la traducción del general lenguaje: "¿Cristiano batizascachucanqui?", donde no hay más de una dicción en indio que es el verbo *canqui* que corresponde al verbo *eres* de las otras dos dicciones; la primera, que es *cristiano*, es pura española, y la segunda, que es adjetivo *baptizado*, también es castellana, sino que está indianizada, y lo mismo es en la lengua aymara. En la cuarta pregunta, donde dice: "¿Sabes la doctrina cristiana?", es lo mismo, que sólo el verbo *sabes* está en indio, y los dos nombres, sustantivo y adjetivo, están en castellano en ambas lenguas indianas. Sin estos nombres, hay otros muchos castellanos indianizados, que son innumerables, de los cuales, por huir la prolijidad, saqué estos pocos. *Dios Jesucristo, Nuestra Señora, Imagen, Cruz, Sacerdote, Domingo, Fiesta, Religión, Iglesia, penitencia, comulgar, rezar, ayunar, casado, soltero, amancebado*, sin otras semejantes que tiene el confisionario. Y aunque es verdad que algunos de estos y de los otros que no saqué pudieran decirse en indio, como es el nombre *Dios, Nuestra Señora, Cruz, Imagen, Domingo, Fiesta, ayunar, casado, soltero* y otros. Es muy católicamente hecho, y consideración muy piadosa y caritativa, que hablando de la religión cristiana con los indios no les hablen por los vocablos que para decir estas cosas y otras en su gentilidad ellos tenían, porque no les acuerden las supersticiones que las

significaciones de aquellas dicciones incluyen en sí, sino que del todo se les quite la memoria de ellas.

Con lo dicho quedan todos los españoles, y el Padre Fray Vicente de Valverde, y el indio Filipillo, bien descargados de la culpa que se les podía imponer por aquella mala interpretación que hizo, que pues ahora con haber tantos sacerdotes y religiosos que estudian y trabajan en aprender la lengua para enseñar la doctrina cristiana a los indios, se entienden con ellos con tanta dificultad, como consta por el confisionario dicho, ¿qué haría entonces que no había nada de esto? Volviendo pues a su buena manera de interpretar, que más fue oscurecer que declarar la oración del buen religioso Fray Vicente de Valverde, es así que el indio Felipe dijo otras muchas cosas semejantes a la pasada; que de la generación de Adán dió a entender que hubo tiempo en que estuvieron juntos todos los hombres del mundo, nacidos y por nacer, y dijo que todos amontonaron sus pecados en Adán, por decir que todos pecaron en Adán, nacidos y por nacer; y de la divinidad de Cristo Nuestro Señor no dijo nada, más de que fue un gran varón que murió por los hombres; y de la virginidad, limpieza y santidad de Nuestra Señora la Virgen María dijo mucho menos; e interpretaba las cosas que le decían o habían dicho, sin orden ni concierto de palabras, y antes las decía en el sentido contrario que no en el católico.

Llegando a la segunda parte de la oración la declaró menos mal que la primera, porque eran cosas materiales de guerra y armas; y fue tanto lo que encareció la potencia y armas del Emperador, y la diligencia que tenía de enviar capitanes y soldados para conquistar el mundo, que los indios entendieron que era superior a todos los del cielo. Otras muchas cosas dijo tan sin entenderlas como las pasadas, que por no ser tan prolijo las dejaré. Basten las dichas, que pasaron así porque el intérprete no entendía lo que decía ni el lenguaje tenía más. De la cual dice el Padre Blas Valera una verdad muy grande y muy de notar, y es que el día de hoy los indios del Cozco, que nacen entre los españoles, y se crían con ellos, y saben muy bien la lengua española y están bastantemente instruidos en los misterios de la fe, no osan declarar en su lenguaje a los indios forasteros lo que oyen en los sermones a los predicadores españoles, por no decir algunos errores por falta y dificultad de aquel lenguaje. Pues si esto pasa hoy en los indios enseñados en la fe y diestros en lengua española, ¿qué haría en aquel que ignoraba lo uno y lo otro?

CAPÍTULO XXIV: Respuesta de Atahuallpa a la oración del religioso.

El Rey Atahuallpa habiendo oído lo último de la oración, que era renunciar sus reinos de grado o por fuerza, y quedar por tributario, y que lo mandaba el Papa y que el Emperador lo quería, y las amenazas que le hicieron con las armas a fuego y a sangre, y la destrucción que por él y por los suyos había de venir,

como la de Faraón y de todo su ejército, se entristeció, imaginando que aquellos a quien él y sus indios llamaban *viracochas*, creyendo que eran dioses se les convertían y hacían enemigos mortales, pidiéndole cosas tan ásperas; y dió un gemido con esta voz "¡*Atac*!", que quiere decir: "¡Ay dolor!" y con esta interjección dió a entender la gran pena que había sentido de haber oído la última parte del razonamiento; y templando su pasión respondió lo siguiente:

"Gran contento fuera para mí, que ya que me negábades todas las otras cosas que a vuestros mensajeros pedí, a lo menos me concediérades sola una, y era que diérades lugar a hablarme por intérprete más sabio y experimentado, y más fiel; porque la urbanidad y vida política de los hombres más aína se sabe, y aprende por la habla que no por las mismas costumbres, que, aunque seáis dotado de muy grandes virtudes, sino me las declaráis por palabras, no podré por la vista y experiencia entenderlas con facilidad. Y si esta necesidad hay entre todas las gentes y naciones, mucho mayor la debe haber entre los que son de tan alejadas regiones como nosotros; por lo cual si estos tales, se quieren tratar y hablar por mensajeros e intérpretes, ignorantes de la una lengua y de la otra, será tanto como hablarse por bestias domésticas. Digo esto, varón de Dios, porque no dejó de entender que significa otra cosa las palabras que has hablado que lo que este faraute me ha dicho, porque el mismo negocio lo requiere, porque habiendo de tratar de paz y amistad y de hermandad perpetua y aún de parentesco, como me dijeron los otros mensajeros que fueron a hablarme, suena ahora en contrario todo lo que este indio me ha dicho, que nos amenazas con guerra y muerte a fuego y sangre, y con destierro y destrucción de los Incas y de su parentela, y que por fuerza o de grado he de renunciar mi Reino, y hacerme vasallo tributario de otro. De lo cual colijo una de dos: o que vuestro Príncipe y todos vosotros sois tiranos, que andáis destruyendo el mundo, quitando reinos ajenos, matando y robando a los que no os han hecho injuria ni os deben nada; o que sois ministros de Dios, a quien nosotros llamamos Pachacámac, que os ha elegido para castigo y destrucción nuestra. Y si es así, mis vasallos y yo nos ofrecemos a la muerte y a todo lo que de nosotros quisiéredes hacer, no por temor que tengamos de vuestras armas y amenazas, sino por cumplir lo que mi padre Huayna Cápac dejó mandado a la hora de su muerte, que sirviésemos y honrásemos una gente barbuda, como vosotros, que había de venir después de sus días, de la cual tuvo noticia años antes que andaban por la costa de su Imperio. Díjonos que habían de ser hombres de mayor ley, mejores costumbres, más sabios, más valerosos que nosotros. Por lo cual cumpliendo el decreto y testamento de mi padre os habemos llamado *viracochas,* entendiendo que sois mensajeros del gran dios Viracocha, cuya voluntad y justa indignación, armas y potencia no se puede resistir, pero también tiene piedad y misericordia. Por tanto, debéis hacer como mensajeros y ministros divinos, y no permitir que pasen adelante las muertes, robos y crueldades que en Túmpiz y su comarca se han hecho.

"Demás de esto me ha dicho vuestro Faraute que me proponéis cinco varones señalados que debo conocer. El primero es el Dios Tres y Uno, que son cuatro, a quien llamáis Creador del Universo; por ventura es el mismo que nosotros llamamos Pachacámac y Viracocha. El segundo es el que decís que es padre de todos los otros hombres, en quien todos ellos amontonaron sus pecados. Al tercero llamáis Jesucristo, sólo el cual no echó sus pecados en aquel primer hombre, pero que fue muerto. Al cuarto nombráis Papa. El quinto es Carlos, a quien, sin hacer cuenta de los otros, llamáis poderosísimo, y monarca del Universo, y supremo a todos. Pues si este Carlos es Príncipe y señor de todo el mundo, ¿qué necesidad tenía de que el Papa le hiciera nueva concesión y donación para hacerme guerra y usurpar estos reinos? y si la tenía, ¿luego el Papa es mayor señor que no él, y más poderoso y Príncipe de todo el mundo? También me admiro que digáis que estoy obligado a pagar tributo a Carlos y no a los otros, porque no dais ninguna razón para el tributo, ni yo me hallo obligado a darlo por ninguna vía. Porque si de derecho hubiese de dar tributo y servicio, paréceme que se había de dar aquel Dios que dices que nos creó a todos, y a aquel primer hombre, que fue padre de todos los hombres, y a aquel Jesucristo que nunca amontonó sus pecados; finalmente, se habían de dar al Papa, que puede dar y conceder mis reinos y mi persona a otros. Pero si dice que a estos no debo nada, menos debo a Carlos, que nunca fue señor de estas regiones ni las ha visto. Y si después de aquella concesión tiene algún derecho sobre mí, fuera justo y puesto en razón me lo declarárades antes de hacerme las amenazas con guerra, fuego, sangre y muerte, para que yo obedeciera la voluntad del Papa, que no soy tan falto de juicio que no obedezca a quien puede mandar con razón, justicia y derecho.

"Demás de esto, deseo saber de aquel bonísimo varón Jesucristo que nunca echó sus pecados, que dices que murió, si murió de enfermedad o a manos de sus enemigos; si fue puesto entre los dioses antes de su muerte o después de ella. También deseo saber si tenéis por dioses a estos cinco que me habéis propuesto, pues los honráis tanto, porque si es así, tenéis más dioses que nosotros, que no adoramos más de al Pachacámac por Supremo Dios y al Sol por su inferior, y a la Luna por hermana y mujer suya. Por todo lo cual holgara en extremo que me diérades a entender estas cosas por otro mejor faraute, para que yo las supiera y obedeciera vuestra voluntad".

CAPÍTULO XXV: De un gran alboroto que hubo entre los indios y españoles.

Por la experiencia que el Inca tenía de la torpeza del intérprete, tuvo cuidado de acomodarse con ella, en su respuesta, en dos cosas. La una, en decirla a pedazos, para que el faraute la entendiera mejor, y la declarara por partes, y dicha una parte le decía otra, y así todas las demás hasta al fin. La otra

advertencia fue que habló en el lenguaje de Chinchasuyu, el cual entendía mejor el faraute, por ser más común en aquellas provincias que no el del Cozco, y por esta causa pudo Felipe entender mejor la intención y las razones del Inca y declararlas, aunque bárbaramente. Luego que las hubo dicho, mandaron a los contadores, que son los que tienen cargo de los nudos, que las asentasen y pusiesen en su tradición

A este tiempo los españoles, no pudiendo sufrir la prolijidad del razonamiento, salieron de sus puestos, y arremetieron con los indios para pelear con ellos y quitarles las muchas joyas de oro y plata y piedras preciosas que, como gente que venía a oír la embajada del monarca del universo, habían echado sobre sus personas para más solemnizar el mensaje. Y otros españoles subieron a una torrecilla a despojar un ídolo que allí había, adornado con muchas planchas de oro y plata y piedras preciosas, con lo cual se alborotaron los indios y levantaron grandísimo ruido. El Inca, viendo lo que pasaba, mandó a los suyos a grandes voces que no hiriesen ni ofendiesen a los españoles, aunque prendiesen o matasen al mismo Rey. Aquí dice el Padre Blas Valera que como Dios Nuestro Señor, con la presencia de la Reina Esther, trocó en mansedumbre el ánimo enojado del Rey Asuero, así, con la presencia de la Santa Cruz, que el buen Fray Vicente de Valverde tenía en las manos, trocó el ánimo airado y belicoso del Rey Atahuallpa, no solamente en mansedumbre y blandura, sino en grandísima sumisión y humildad, pues mandó a los suyos que no peleasen, aunque lo matasen o prendiesen. Y así es de creer que cierto fueron obras de la misericordia divina, que con estas y otras semejantes maravillas que adelante en otros muchos pasos de la historia veremos, andaba Dios disponiendo los ánimos de aquella gentilidad, para que recibieran la verdad de su doctrina y Santo Evangelio.

Al Padre Fray Vicente de Valverde levantan testimonio los que escriben que dió arma, pidiendo a los españoles justicia y venganza por haber echado el Rey por el suelo el libro, que dicen que pidió al fraile; y también levantan testimonio al Rey, como al religioso, porque ni echó el libro, ni le tomó en las manos. Lo que pasó fue que Fray Vicente de Valverde se alborotó con la repentina grita que los indios dieron, y temió no le hiciesen algún mal, y se levantó aprisa del asiento en que estaba sentado hablando con el Rey y al levantarse soltó la cruz que tenía en las manos y se le cayó el libro que había puesto en su regazo y, alzándolo del suelo, se fue a los suyos, dándoles voces que no hiciesen mal a los indios, porque se había aficionado de Atahuallpa, viendo por su respuesta y preguntas la discreción y buen ingenio que tenia, e iba a satisfacerle a sus preguntas, cuando levantaron la grita, y por ella no oyeron los españoles lo que el religioso les decía en favor de los indios. El Rey no dijo lo que escriben los historiadores, que dijo: “Vosotros creen que Cristo es Dios, y que murió. Yo adoro al Sol y a la luna que son inmortales. ¿Y quién os enseñó que vuestro Dios era el Hacedor del Universo?” Y que Fray Vicente de Valverde respondió que aquel libro; y que el Rey le tomó y le hojeó y puso al oído y como

vió que no le hablaba lo echó en tierra; y que entonces Fray Vicente de Valverde lo alzó, y se fue a los suyos diciendo: "¡Cristianos, los Evangelios hollados! ¡Justicia y venganza sobre estos! ¡Ea, ea, destruirlos, que menosprecian nuestra ley y no quieren nuestra amistad!". Asimismo es fabuloso lo que escriben que respondió el Inca, diciendo: "Soy libre, no debo tributo a nadie, ni pienso pagarlo, que no reconozco por superior a ningún Rey. Yo holgara ser amigo del Emperador, porque muestra su gran poder en enviar tantos ejércitos a tierras tan alejadas. Empero lo que decís que debo dar la obediencia al Papa no me está bien, porque el hombre que procura dar a sus amigos lo ajeno, y manda que yo dé y renuncie (a quien no conozco) el Reino que hube por herencia, no muestra ser de buen juicio. Y lo demás que es trocar mi religión, sabiendo que es santísima, sería torpeza y muy gran ignorancia poner en cuestión y duda la que tanto me agrada, y la que por antiquísima tradición y testimonio de mis mayores está aprobada."

Todo lo cual es fabuloso, y lo compuso la adulación y la mala relación que dieron a los escritores. Que Atahuallpa no negó el derecho del tributo, sino que insistió en que le diesen la causa y la razón de él, y a esta coyuntura fue la grita que los indios levantaron. El general español y sus capitanes escribieron al Emperador la relación que los historiadores escriben; y, en contrario con grandísimo recato y diligencia prohibieron entonces que nadie escribiese la verdad de lo que pasó, que es la que se ha dicho; la cual sin la tradición de los nudos historiales de aquella provincia Cassamarca, la oí a muchos conquistadores que se hallaron en aquella jornada, y el Padre Blas Valera dice que uno de ellos fue su padre Alonso Valera, a quien se la oyó contar muchas veces. En suma, decimos que pasaron de cinco mil indios los que murieron aquel día; los tres mil y quinientos fueron a hierro, y los demás fueron viejos inútiles, mujeres, muchachos y niños, porque de ambos sexos y de todas edades había venido innumerable gente a oír y solemnizar la embajada de los que tenían por dioses. De éstos perecieron más de mil y quinientos, que los ahogó la muchedumbre y tropel de su propia gente y la de los caballos; sin otra gran multitud de gente de todas edades que tomó debajo la pared que los indios con el ímpetu de la huida derribaron, que no se pudieron contar, porque quedaron enterrados en vida. Y la gente de guerra, como se ha dicho, eran más de treinta mil hombres. Dos días después de aquella rota hallaron la cruz en el mismo lugar donde la dejó el Padre Fray Vicente de Valverde, que nadie había osado llegar a ella, y, acordándose de lo de Túmpiz, la adoraron los indios, creyendo que aquel madero tenía en sí alguna gran deidad y poder de Dios, ignorantes de los misterios de Cristo Nuestro Señor, y le pedían perdón del enojo que le habían dado. Acordáronse de la antigua tradición y pronóstico que de su Inca Viracocha tenían, de que no solamente sus leyes, pueblos y república se habían de mudar y trocar, sino que también se habían de acabar y apagar con fuego sus ceremonias y religión; y no habiendo cuando había de ser esto, si entonces, o después, andaban con grandísimo miedo el Rey y sus vasallos, sin saber

determinarse a hacer cosa alguna en defensa suya ni ofensa de los españoles, antes los respetaban como a dioses, entendiendo que eran mensajeros de aquel dios Viracocha que ellos adoraban, cuyo nombre les dieron por esta creencia. Hasta aquí es sacado de nuestras relaciones y de los papeles del Padre Blas Valera, cuya historia holgara poder llevar adelante, por adornar la mía, porque la escribía como religioso y hombre curioso, buscando la verdad del suceso en cada cosa, informándose de indios y españoles para su mayor satisfacción. Lo que hallare suyo a propósito siempre lo referiré por su mucha autoridad, que cierto cada vez que veo sus papeles rotos los lloro de nuevo.[14]

CAPÍTULO XXVI: Coteja el autor lo que ha dicho con las historias de los españoles.

Cotejando ahora lo que se ha dicho con lo que los historiadores españoles escriben, decimos que el razonamiento de Fray Vicente y la respuesta de Atahuallpa están muy abreviadas en las historias impresas, y que es así que el general y sus capitanes enviaron la relación de lo que pasó, quitando lo que fue en contra, y añadiendo lo que fue a favor, por no condenarse ellos mismos, pues enviaban a pedir mercedes por aquellas hazañas que habían hecho, y es cierto que las habían de dorar y esmaltar lo mejor que supiesen y pudiesen. Lo que dijimos que mandó Atahuallpa a sus indios que no peleasen, también lo dicen los historiadores, particularmente Francisco López de Gómara, capítulo ciento y trece: "No hubo indio que pelease, aunque todos tenían sus armas, cosa bien notable contra sus fueros y costumbres de guerra; no pelearon porque no les fue mandado ni se les hizo la señal que concertaron para ello (si menester fuese), con el grandísimo rebato y sobresalto que les dieron, porque se cortaron todos de puro miedo y ruido que hicieron a un mismo tiempo las trompetas, los arcabuces y artillería y los caballos que llevaban pretales de cascabeles para espantarlos." Poco más abajo, dice: "Murieron tantos porque no pelearon, y porque andaban los nuestros a estocadas, que así se lo aconsejaba Fray Vicente, por no quebrar las espadas hiriendo de tajo y revés". Hasta aquí es de Gómara, y casi lo mismo dicen los demás autores, y que huyeron los indios viendo su Rey derribado y preso. Todo lo cual confirma lo que decimos que les mandó Atahuallpa que no

[14]La versión y juicios de Garcilaso están desmentidos por la aseveración de un testigo ocular del hecho, hombre recto, y muy serio cronista de los sucesos, que fue el soldado Miguel Estete, y dice así "....Atabalipa pidió el libro, lo abrió y ojeó, mirando el molde y la orden de él, y después de visto lo arrojó por entre la gente, con mucha ira y con el rostro muy encarnizado, diciendo: "Decidle a esos que vengan acá, que no pasaré de aquí hasta que me den cuenta y satisfagan y paguen lo que han hecho en la tierra". Visto esto, por el fraile y lo poco que aprovechaban sus palabras, tomó su libro y bajó su cabeza y fuése para donde estaba el dicho Pizarro casi corriendo, díjole —¿No véis lo que pasa? Para que estáis en comedimientos y requerimientos con este perro lleno de soberbia, que vienen los campos llenos de indios, salid a él que yo os absuelvo, etc.". *Relación de Miguel Estete.* El historiador José Antonio del Busto, califica severamente la versión de Garcilaso como de *"inverosímil por lo candorosa y bien intencionada"* (*"Pizarro",* tomo 2, pag 59).

peleasen, lo cual fue misericordia de Dios porque no pereciesen aquel día los cristianos que habían de predicar su Evangelio; que si el Inca no se lo mandara, bastara verlo caído en tierra y preso, para que todos murieran peleando en defensa de su Príncipe, pues tenían sus armas en las manos; y aunque no fuera sino a pedradas, mataran y hirieran ciento y sesenta españoles que eran, de los cuales, según los historiadores, no hubo ninguno muerto ni herido, sino Don Francisco Pizarro, que sacó una pequeña herida, que uno de los suyos le dió en la mano cuando fue a asir de Atahuallpa. Fué verdad que no pelearon, porque como otras veces hemos dicho, tenían por religión y ley divina cualquier mandato del Inca, aunque fuese contra la vida de él y de ellos, como lo fue en el caso presente.

Lo que dicen del Padre Fray Vicente de Valverde, que tocó arma pidiendo venganza contra los indios, y que aconsejaba a los españoles que no hiriesen de tajo ni revés, sino de estocada, porque no quebrasen las espadas, y que por esto fue la mortandad de los indios tan grande, ello mismo dice que fue relación falsa que hicieron a los historiadores que escriben en España lo que pasó tres mil leguas de ella. Que no es de imaginar, cuanto más de creer, que un fraile católico y teólogo dijese tales palabras, que de un Nerón se pueden creer, más no de un religioso, que por su mucha virtud y buena doctrina mereció ser obispo y murió a manos de indios por predicar la fe católica. Y con esto será bien volvamos a nuestra historia.

CAPÍTULO XXVII: Prenden los españoles al Rey Atahuallpa.

Los españoles de a caballo salieron de sus puestos, y a toda furia arremetieron con los escuadrones de los indios y alancearon todos los que pudieron sin hallar resistencia. Don Francisco Pizarro y sus infantes acometieron al Rey Atahuallpa con grandísima ansía que llevaban de prenderle, porque ganada aquella joya, pensaban tener en su poder todos los tesoros del Perú. Los indios, en gran número, rodearon y cercaron las andas del Rey, porque no le atropellasen, ni hiciesen otro mal. Los españoles los hirieron cruelmente, aunque no se defendían más de ponerse delante para que no llegasen al Inca. Al fin llegaron, con gran mortandad de los indios, y el primero que llegó fue Don Francisco Pizarro, y echándole mano de la ropa, dió con él en el suelo, aunque un historiador dice que le asió por los cabellos, que les traía muy largos; engañóse, que los Incas andaban sin cabellos.

En suma, decimos que los españoles derribaron y prendieron al Rey Atahuallpa. En este paso dice Francisco López de Gómara estas palabras: “No quedó muerto ni herido ningún español, sino Francisco Pizarro en la mano, que al tiempo de asir a Atahuallpa, tiró un soldado una cuchillada para darle y derribarle, por donde algunos dijeron que otro lo prendió”. Hasta aquí es de Gómara con que acaba el capítulo ciento y trece. Añadiendo a su historia lo que

le falta (como lo tenemos propuesto), decimos que este soldado se llamaba Miguel Astete; fue después vecino de la ciudad de Huamanca, donde tuvo indios de repartimiento. Al caer de Atahuallpa le quitó este soldado la borla colorada que en la frente traía en lugar de corona, y se quedó con ella. Por esto dijeron que lo había preso él, y no Don Francisco Pizarro. Más como quiera que haya sido, andando ambos tan juntos, se debe dar la honra al capitán. Miguel Astete guardó la borla hasta el año de mil y quinientos y cincuenta y siete que salió el Inca Sayri Tupac de las montañas donde estaba retirado, y se la restituyó, como en su lugar diremos.

Los indios, viendo preso a su Rey, y que los españoles no cesaban de herirlos y matarlos, huyeron todos y, no pudiendo salir por donde habían entrado, porque los de a caballo habían tomado aquellos puestos, fueron huyendo hacia una pared de las que cercaban aquel gran llano, que era de cantería muy pulida, y se había hecho en tiempo del gran Inca Pachacútec, que ganó a Cassamarca. Y con tanta fuerza e ímpetu cargaron sobre ella, huyendo de los caballos, que derribaron más de cien pasos de ella, por donde pudieron salir para acogerse al campo. Aquí dice un autor, que aquel muro y sus piedras se mostraron más blandas y piadosas que los corazones de los españoles, pues se dejaron caer por dar salida, y lugar a la huida de los indios, viéndolos encerrados con angustias de la muerte. Los españoles, como dicen los historiadores, no se contentaron con verlos huir, sino que los siguieron y alancearon hasta que la noche se los quitó de delante. Luego saquearon el campo, donde hubo muchas joyas de oro y plata y piedras preciosas. Francisco López de Gómara, en este paso, dice lo siguiente, capítulo ciento y catorce: "Hallaron en el baño y real de Atabáliba cinco mil mujeres que aunque tristes y desamparadas, holgaron con los cristianos; muchas y buenas tiendas, infinita ropa de vestir y de servicio de casa, y lindas piezas y vasijas de plata y oro, una de las cuales pesó (según dicen) ocho arrobas de oro. Valió en fin la vajilla sola de Atabáliba cien mil ducados. Sintió mucho las cadenas Atabáliba, y rogó a Pizarro que le tratase bien ya que su ventura así lo quería," etc. Hasta aquí es de Gómara sacado a letra, y casi lo mismo dice Agustín de Zárate. A estos historiadores remito al que lo quisiere ver a la larga.

CAPÍTULO XXVIII: Promete Atahuallpa un rescate por su libertad y las diligencias que por él se hacen.

La gente noble que había huido de la matanza de Cassamarca, sabiendo que su Rey era vivo, se volvió a servirle en la prisión. Sólo un maese de campo, llamado Rumiñaui, que fue el que quedó en el campo con su tercio en retaguardia, el cual nunca había sido de parecer que recibiesen de paz a los españoles, ni se fiasen de ellos, sintiendo lo que dentro en Cassamarca pasaba, desdeñado de que no le hubiesen creído, se fue huyendo con toda su gente al

Reino de Quitu para apercibir lo necesario contra los españoles, y lo que a él le conviniese, porque llevaba ánimo de alzarse con aquel Reino contra su Rey Atahuallpa, siguiendo el mal ejemplo que él mismo les había dado. Para lo cual, luego que llegó a Quitu, se apoderó de algunos hijos de Atahuallpa, diciendo que los quería guardar, defender y amparar de los españoles, y poco después los mató, y a Quilliscacha, que era hermano de padre y madre de Atahuallpa (a quien los historiadores españoles llaman Illescas). Mató asimismo al maese de campo Challcuchima, y a otros muchos capitanes y curacas como en su lugar diremos.[15]

El Inca Atahuallpa viéndose preso en cadenas de hierro, trató de su rescate por verse fuera de ellas; prometió porque le soltasen cubrir de vasijas de plata y oro el suelo de una gran sala donde estaba preso; "y como vió torcer el rostro a los españoles que presentes estaban, pensó que no le creían (palabras son de Francisco López de Gómara); afirmó que les daría dentro de cierto tiempo tantas vasijas, y otras piezas de oro y plata que hinchiesen la sala, hasta lo que él mismo alcanzó con la mano en la pared por donde hizo echar una raya colorada alrededor de toda la sala para señal. Pero dijo que había de ser con tal condición y promesa que ni le hundiesen ni quebrasen las tinajas, cántaros y vasos que allí metiesen, hasta llegar a la raya," etc. Hasta aquí es de Gómara, capítulo ciento y catorce. Y por no ir tan largo como estos historiadores que lo dicen cumplidamente, remitiéndome a ellos en lo demás, diremos en suma lo que toca a la vida y muerte de los Reyes Incas hasta el último de ellos y de sus descendientes que fue nuestra primera intención. Y adelante si hubiere lugar, diremos las cosas más notables que pasaron en las guerras de los españoles.

Atahuallpa mandó traer oro y plata para pagar su rescate, y, aunque traían muy mucho, parecía cosa imposible poder cumplir lo que había prometido. Y de esta causa murmuraban los españoles, diciendo que pues el prisionero no cumplía su promesa y que el término era ya pasado, era hacer dilación para juntar gente que viniese sobre ellos y los matasen y libertasen al Rey. Con estas imaginaciones andaban los españoles descontentos. Atahuallpa, que era muy agudo de ingenio, lo sintió y preguntó la causa; y habiéndola sabido de Don Francisco Pizarro, dijo que por no saber los españoles la distancia de los lugares principales donde se había de traer la mayor cantidad de rescate, que era del Cozco, de Pachacámac y de Quitu, y otras muchas provincias, sospechaba mal de la tardanza. Que les hacía saber que el lugar más cercano estaba más de ochenta leguas de allí, que era Pachacámac; y que el Cozco estaba a doscientas leguas, y Quitu trescientas. Que le diesen españoles que fuesen a ver el tesoro que en aquellas partes y en todo el Reino había, para que, satisfaciéndose de la cantidad, se pagasen de su mano.

[15] Los vuelve a mencionar en el Libro Segundo, Capítulo III, de esta Segunda Parte de los Comentarios Reales. Deja allí en claro que dicho maese de campo Challcuchima es distinto a otro capitán homónimo y de menor renombre que fuera quemado vivo por los españoles en Sacsahuana, acusado del envenenamiento de Túpac Huallpa (Toparpa). Garcilaso es el único cronista que hace tal diferenciación, por lo que su afirmación ha sido muy cuestionada.

Viendo el Inca que los españoles dudaban de la seguridad de los que se ofreciesen a ir a ver los tesoros, les dijo: "No tenéis que temer teniéndome a mí en cadenas de hierro". Entonces se determinaron Hernando de Soto y Pedro del Barco, natural de la villa de Lobón, a ir al Cozco. Atahuallpa sintió mucho que Hernando de Soto quisiese ir, que por ser uno de los dos primeros y cristianos que vió, le quería bien y le era aficionado, y sabía que en cualquier suceso le había de ser amigo; más no osó contradecir su ida, porque no dijesen los españoles que él mismo se contradecía de lo que pedía, y ellos le concedían, y tomasen mayor sospecha. Sin estos dos españoles fueron otros cuatro a diversas provincias a ver el tesoro que en ellas había. Uno fue a Quitu, otro a los Huayllas, otro a Huamachucu, y otro a Sicllapampa. Llevaron aviso para mirar con cuidado si levantaban gente de guerra por el Reino para sacar de la prisión a su Rey Atahuallpa. El cual muy ajeno de poner por obra las sospechas que los españoles contra él tenían, no imaginaba sino como asegurarles de la cantidad de oro y plata que por su libertad había prometido, por verse fuera de las cadenas de hierro en que estaba. Para lo cual mandó apregonar por todo su Reino que recibiesen y hospedasen aquellos cristianos solitarios con todo el regalo y fiesta que pudiesen hacerles. Por este mandato del Inca y por las maravillas que de los españoles habían oído decir que eran dioses y mensajeros del Sumo Dios según que ellos lo iban publicando, y porque supieron lo que en Túmpiz sucedió a Pedro de Candía con aquellos fieros animales, los recibían en cada pueblo con toda la mayor honra y acatamiento que podían hacerles. Presentábanles dones y dádivas de cuanto tenían, hasta ofrecerles sacrificios, porque con la mucha simplicidad y abundancia de supersticiones que entonces tenían, adoraban por dioses a los españoles; y aunque supieron la mortandad de indios que en Cassamarca hicieron, de los que de ella escaparon huyendo por diversas partes, no dejaron de tenerlos por dioses, empero por dioses terribles y crueles, y así les ofrecían los sacrificios para que se aplacasen y no les hiciesen mal, ya que no eran para hacerles bien.

Hernando de Soto y Pedro del Barco, y los otros cuatro españoles, iban en hombros de indios en sendas hamacas, que así lo mandó el Inca, porque fuesen más regalados y más aprisa. *Hamaca* es nombre del lenguaje de los indios de las islas de Barlovento, donde, por ser la región muy caliente, duermen los más regalados en redes que hacen de hojas de palma o de otros árboles; y los no tan regalados en mantas de algodón, atadas de una punta a otra al sesgo y colgadas una vara altas del suelo, donde lo pasan con menos calor que sobre colchones. A estas camas, que las podemos llamar de viento, llaman *hamaca*. A esta semejanza usaron los indios del Perú atar una manta a un palo largo de tres o cuatro varas, donde metían tendido a la larga al que había de correr la posta, y las otras dos puntas de la manta anudaban encima del palo porque no se cayese el que iba dentro, que parecía ir difunto. Llevábanlo dos indios, y con gran facilidad y destreza se remudaban otros y otros en poco trecho. Iban veinte y treinta indios para el remudarse, y así sentían menos el trabajo. Y éstos también

se remudaban de tantas a tantas leguas, porque no llevasen ellos solos el cansancio de todo el camino. Así corrían la posta los indios. Llamaban *huantu* a aquel instrumento, que quiere decir andas, y por otro nombre le llamaban *rampa*. Los españoles les dicen *hamaca* por la semejanza de las camas.

De esta manera caminaron aquellos dos animosos españoles, Hernando de Soto y Pedro del Barco, las doscientas leguas que hay de Cassamarca al Cozco, con más seguridad y más regalos y servicios que si fueran por su patria; lo mismo acaeció a los otros cuatro; porque la palabra y el bando del Inca les aseguró las vidas y proveyó el hospedaje que les hicieron con tanto aparato de fiestas y más fiestas que los mismos españoles, cuando las contaban, no hallaban encarecimiento con qué decirlas.

CAPÍTULO XXIX: La ida de Hernando Pizarro a Pachacámac, y los sucesos de su viaje.

Poco después de la partida de Hernando de Soto y Pedro del Barco, fue Hernando Pizarro a ver el templo de Pachacámac, movido de la gran fama de su mucha riqueza. Llevó una cuadrilla de caballos (por no ir tan solo), para lo que sucediese. Un día de los de aquel camino, yendo los españoles por lo alto de un cerro, vieron que la ladera de otro, que estaba delante de ellos en el mismo camino, era de oro, porque con el resplandor del Sol relumbraba de manera que les quitaba la vista. Caminaron con admiración, no pudiendo entender que fuese aquello. Cuando llegaron allá vieron que eran tinajas, tinajones, cántaros grandes y chicos, ollas, braseros, rodelas y paveses y otras muchas cosas labradas de oro y plata que un hermano de Atahuallpa, llamado Quilliscacha (de quien atrás hicimos mención) llevaba para ayuda a su rescate, en cantidad de dos millones, aunque los historiadores no dicen más de trescientos mil pesos, debió de ser yerro de cuenta, como adelante se verá por las partidas de ellos mismos. Los indios que lo llevaban a cuestas, se habían descargado para descansar, y así parecía de oro el cerro. Este cuento oí en mi tierra a los que lo vieron, y en España me dijo el buen caballero Don Gabriel Pizarro, inquisidor en la Santa Inquisición de Córdoba, que entre otras cosas de aquella jornada que contaba un caballero que se decía Juan Pizarro de Orellana, que se halló en ella con Hernando Pizarro, contaba también esta riqueza del cerro de oro, y que él se lo oyó.

Decimos de Quilliscacha, que luego que llegó a Cassamarca con aquel tesoro, le mandó su hermano Atahuallpa que fuese al Reino de Quitu para aquietar y remediar cualquier daño o levantamiento que el maese de campo Rumiñaui quisiese maquinar, de cuyo mal ánimo no estaba seguro Atahuallpa. Y así, rescatándose de él, envió al hermano en su seguimiento.

El Rumiñaui, como buen ministro que había sido de la tiranía y crueldades del mismo Atahuallpa, y que le conocía de muy atrás, y sabía sus cautelas y

astucias, sospechando lo que fue, recibió a Quilliscacha como a hermano de su Rey, y se informó de su prisión y del concierto del rescate; para el cual ordenaron ambos que se juntase todo el oro y plata que en aquel reino hubiese, aunque el Rumiñaui no deseaba la libertad del Inca; más como traidor, disimulando su maldad, sirvió y regaló a Quilliscacha, haciéndose muy leal ministro, hasta ver tiempo y ocasión para ejecutar su mal propósito, como lo hizo.

Hernando Pizarro, dejando pasar a Quilliscacha, siguió su camino hasta llegar al gran templo de Pachacámac, de cuyas increíbles riquezas y de la gran población y muchedumbre de indios que en aquel gran valle había, se admiraron grandemente él y los suyos Pero mucho más se admiraron los indios de ver la figura y los vestidos, armas y caballos de los nuevos huéspedes. Con lo cual, y con el mandato del Inca, los adoraron por dioses, y los hicieron los servicios y regalos, que exceden a todo encarecimiento; tanto que, viendo los caballos con frenos, entendieron (como los de Cassamarca) que era el manjar que comían, y les trajeron mucho oro y plata, y les rogaban que comiesen de aquellos metales, que eran mejores que el hierro. Los españoles, holgándose de la ignorancia de los indios, también como en Cassamarca les decían que trajesen mucho manjar de aquello, y lo pusiesen debajo de la yerba y del maíz, que los caballos se lo comerían todo, que eran grandes comedores. Los indios lo hacían así. Del oro que en el templo había tomó Hernando Pizarro lo que pudo llevar, y dejó orden que toda la demás riqueza la llevasen a Cassamarca, diciendo a los indios que era para el rescate de su Rey Atahuallpa, porque la llevasen de buena gana y no la escondiesen.

En Pachacámac supo Hernando Pizarro que cuarenta leguas más adelante estaba un maese de campo de los de Atahuallpa, llamado Challcuchima, con mucha gente de guerra, al cual envió un recaudo para que se viesen y tratasen de algunas cosas necesarias para la paz y quietud de aquellos reinos. El indio no quiso ir donde estaba el español, por lo cual fue Hernando Pizarro donde estaba el indio, con gran peligro de su persona y de todos los suyos, y con muchos trabajos que padecieron a ida y a vuelta por la aspereza del camino, y muchos ríos grandes que pasaron, que tenían puentes de crizneja, como las que atrás hemos pintado, que se les hizo extraño pasar los caballos por ellas. Pareció mal a todos los suyos la osadía de Hernando Pizarro, irse a poner debajo del señorío de un infiel, de quien decían no debían fiarse, por la mucha ventaja que con su ejército les tenía. Más el capitán español iba confiado en las promesas, señas y contraseñas que el Rey Atahuallpa (cuando se despidió de él para hacer este viaje) le dió, para que de ellas se valiese, si topase en el camino algún capitán o maese de campo de los suyos. Y así, mediante ellas, habló Hernando Pizarro a Challcuchima, y le persuadió que despidiese el ejército, y se fuese con él a ver su Rey preso. Así lo hizo el indio, y por llegar más aína fueron por unos atajos de sierras nevadas, donde hubieran de perecer de frío si los indios no los

socorrieran con llevarlos a unas cuevas grandes que de las mismas peñas se hacen, de las cuales hay muchas por las sierras de todo aquel reino.[16]

Por la aspereza del camino se desherraron los caballos, de manera que vinieron a tener extrema necesidad de herraje porque salieron mal proveídos de él, no entendiendo que eran tan ásperos los caminos. Valióles la industria de los indios, que por dos herraduras de hierro vaciaron muchas de plata y de oro, con que socorrieron su necesidad. En este paso, al fin del capítulo ciento y catorce, dice Gómara estas palabras: "Entonces herraron los caballos con plata y algunos con oro, porque se gastaba menos, y esto a falta de hierro," etc. Con los trabajos dichos llegaron a Cassamarca Hernando Pizarro y Challcuchima; el cual, para entrar donde su Inca estaba, se descalzó y tomó algo sobre sus hombros, en señal de sumisión y vasallaje; y con gran sentimiento y ternura de ver su Rey en cadena de hierro, le dijo que por su ausencia le habían preso los españoles. El Inca respondió que el Pachacámac lo había ordenado así para que se cumpliesen las profecías o pronósticos que de tantos años atrás tenían de la venida de aquellas nuevas gentes y de la destrucción de su gentilidad y enajenación de su Imperio, como su padre Huayna Cápac lo había certificado a la hora de su muerte. Sobre lo cual dijo, que después de preso había enviado al Cozco a consultarlo con su padre el Sol y con los demás oráculos que por el Reino había, particularmente con el ídolo hablador que estaba en el valle del Rímac. El cual, con ser tan parlero, había perdido la habla; y lo que más le admiraba era que el oráculo encubierto que hablaba en el templo de Pachacámac, con haber tomado a su cargo responder a las preguntas y consultas que acerca de los negocios de los Reyes y grandes señores le hiciesen, también había enmudecido. Y aunque le habían dicho que el Inca estaba preso en cadenas, que dijese el remedio que había para soltarle de ellas, se había hecho sordo y mudo, y que los sacerdotes y hechiceros que tan familiarmente solían hablar y comunicar con los demás oráculos que por todo el Imperio había, le habían avisado que ni por sacrificios ni por conjuros que les habían hecho no habían podido alcanzar respuesta alguna, ni aún sola una palabra. De lo cual dijo Atahuallpa estaba muy escandalizado y temeroso, sospechando si su padre el Sol lo había desamparado; pues sus ídolos, que tan de ordinario solían tratar y hablar con los sacerdotes y otras personas devotas, ahora tan de repente les hubiesen negado la habla y comunicación. Todo lo cual dijo que eran señales muy malas y muy ciertas de su muerte y enajenación de su Imperio.

Estos temores y otros semejantes habló Atahuallpa con mucha angustia y dolor de corazón con su maese de campo Challcuchima, en la prisión en que estaba, donde largamente experimentó en sí mismo las ansias y pasiones que con su tiranía y crueldades había causado y causaba en las entrañas y corazón del desdichado Huáscar Inca y de todos los suyos.

[16]Cuevas que cuando no eran grutas naturales, se labraban en las peñas para servir de guaridas a los chasquis o correos. Hasta hoy se ven algunas de estas garitas de piedra en las alturas de Menochuco.

CAPÍTULO XXX: Enmudecieron los demonios del Perú con los sacramentos de la Santa Madre Iglesia Romana.

Es así verdad que luego los sacramentos de nuestra Santa Madre Iglesia, una, romana, católica, apostólica, entraron en el Perú, que el primero fue la consagración del cuerpo y sangre de Cristo Nuestro Señor, en las misas que los cristianos oían los días que podían, y luego el bautismo que daban a los indios, que en servicio de los españoles entraban, y el Sacramento del matrimonio, desposando los indios por palabras de presente, y el de la penitencia que los españoles usaban, confesando sus pecados y recibiendo el santísimo Sacramento; que estos cuatro Sacramentos fueron los que primero se ejercitaron en aquella mi tierra, y los otros tres no tan presto hasta que hubo disposición para ellos. Pues luego que entraron en el Perú perdieron la habla en público los demonios que solían hablar y tratar con aquellos gentiles tan familiarmente, como atrás hemos dicho. Solamente hablaron en secreto, y muy poco, con algunos grandes hechiceros, que fueron perpetuos familiares suyos. Y aunque a los principios los del bando de Huáscar Inca (que fueron los que primero sintieron esta falta de sus oráculos) dijeron que el Sol, enojado de las tiranías y crueldades de Atahuallpa, les mandaba que no hablasen, poco después vieron que la plaga era común, por lo cual nació en los indios universalmente un miedo y asombro de no saber la causa de haber enmudecido sus oráculos, aunque no dejaron de sospechar que lo hubiese causado la venida de la nueva gente a su tierra. Por lo cual temían y respetaban a los españoles más y más de día en día, como a gente tan poderosa que quitaba la habla a sus oráculos. Y les confirmaron el nombre *Viracocha*, que era de un dios que ellos tenían en mayor veneración que a las Huacas, del cual hemos dado atrás larga cuenta.

CAPÍTULO XXXI: Huáscar Inca pide socorro a dos exploradores.

Habiendo caminado Hernando de Soto y Pedro del Barco más de cien leguas, llegaron a Sausa[17], donde los capitanes de Atahuallpa tenían preso a Huáscar Inca. Los españoles sabiendo que estaba allí, quisieron verle, y el Inca también lo procuró, con estar tan guardado como estaba. Al fin se vieron, y lo que hablaron no se entendió por entonces por falta de intérprete, sino fue lo que pudieron decir por señas. Más después se averiguó que habiendo sabido Huáscar Inca por los indios que el principal intento que los españoles llevaban era hacer justicia y deshacer agravios (como ellos siempre desde que entraron en la tierra lo habían publicado), les había dicho (como lo refieren los historiadores españoles) que pues la intención de Su Majestad y la de su Capitán General en su nombre, era tener en justicia así a los cristianos como a los indios que conquistasen, y dar a cada uno lo que era suyo, les hacía saber la tiranía de su

[17]Jauja o Xauxa.

hermano, que no solamente quería quitarle el Reino que por legítima sucesión era suyo, más también la vida, y que para esto le tenía preso con tantas guardias; que les rogaba y encargaba no pasasen adelante, sino que se volviesen con él para asegurarle la vida, porque yéndose ellos le habían de matar aquellos capitanes. Que cuando el Capitán General se hubiese informado de su justicia, le restituiría el Reino, pues publicaba que venía a deshacer agravios. Y que entonces él les daría mucho más que su hermano les había prometido; que no solamente henchiría de oro y plata hasta la raya que estaba puesta en la sala, pero que la llenaría hasta lo alto del techo, que era tres tantos más, y que él podía cumplir mejor lo que decía, que su hermano lo que había prometido, porque sabía dónde estaban todos los tesoros de su padre y de sus antepasados, que era cosa innumerable, y que su hermano había de descomponer, para cumplir su promesa, templos y altares, porque no tenía otra riqueza. Hernando de Soto y Pedro del Barco respondieron a lo que por señas entendieron, que fue decirles que no pasasen adelante, sino que se quedasen con él, que no podían quebrantar el orden de su capitán, que les había mandado llegasen al Cozco, que ellos volverían presto y harían en su favor y servicio cualquiera cosa que bien le estuviese. Con esto se despidieron del pobre Huáscar Inca, dejándole más triste y desconsolado que antes estaba, porque había esperado algún remedio en ellos, pero ahora quedaba del todo desconfiado de su vida, y certificado que, por haberlos visto y hablado, le habían de apresurar la muerte, como ello fue.

CAPÍTULO XXXII: Llegan los dos españoles al Cozco; hallan cruces en los templos y en las casas reales.

Los dos compañeros pasaron adelante hasta el Cozco, y desde lo alto de Carmenca estuvieron mirando aquella imperial ciudad, admirados de tan hermosa población. Fueron recibidos con grandísimo acompañamiento, fiesta y regocijo, con muchos bailes y danzas, con arcos triunfales puestos a trechos por las calles, hechos de muchas y diversas flores; las calles cubiertas de juncia. Aposentáronlos en una de las casas reales, que llamaban Amarucancha, que fue de Huayna Cápac; dijéronles que como a gente divina les daban por aposento la casa del mayor y más querido Rey que tuvieron. Era un hermosísimo cubo redondo, que estaba de por sí antes de entrar en la casa. Yo le alcancé; las paredes eran como de cuatro estados en alto, pero la techumbre tan alta, según la buena madera que en las casas reales gastaban, que estoy por decir, y no es encarecimiento, que igualaba en altura a cualquiera torre de las que en España he visto, sacada la de Sevilla. Estaba cubierto en redondo, como eran las paredes; encima de toda la techumbre, en lugar de mostrador del viento (porque los indios no miraban en vientos), tenía una pica muy alta y gruesa, que acrecentaba su altura y hermosura; tenía de hueco por derecho más de sesenta pies; llamábanle *Sunturhuaci*, que es: cosa o pieza aventajada. No había edificio

alguno arrimado a él. En mis tiempos se derribó por desembarazar la plaza como ahora está, porque entraba algo en ella; pero no parecía mal la plaza con tal pieza a su lado, cuanto más que no le ocupaba nada. En este tiempo está en aquel sitio el colegio de la Santa Compañía de Jesús, como ya lo dijimos en otra parte.

Otro día sacaron los indios a los españoles en sendas andas en hombros a ver la ciudad; por doquiera que pasaban los adoraban, haciendo todas las demostraciones de adoración que en su gentilidad tenían. Los dos compañeros se admiraron grandemente de ver la majestad del Cozco, la grandeza y riquezas de los templos y casas reales, aunque ya entonces con las guerras pasadas de los Incas y prisión de Huáscar estaban muy menoscabadas, porque habían escondido la mayor parte de ellas. Encarecieron mucho el artificio y excelencia de las casas reales, que tan sin ayuda de instrumentos hubiesen hecho tan grandes obras. Pero mucho más estimaron ver enlosado con grandes losas todo el suelo del arroyo que pasa por la ciudad, y las paredes de la una parte y de la otra de muy buena cantería, y que esta obra saliese más de un cuarto de legua de la ciudad. Espantáronse de la innumerable multitud de los indios, de la abundancia de los mercaderes, aunque las mercancías de muy poca cantidad y valor. Estimaron en mucho la buena crianza de los nobles, cuán blandos y amorosos los hallaban, y deseosos de agradarles, y mucho más vieran de todo esto sino hubieran sucedido las guerras de los dos hermanos. Últimamente se admiraron de ver cruces puestas en lo alto de los templos y casas reales, lo cual nació de haberse sabido en aquella ciudad lo que sucedió a Pedro de Candía en Túmpiz con los animales fieros que allí le echaron, para que lo despedazaran, y que el cristiano les había amansado con la señal de la cruz, que en las manos llevaba. Todo lo cual contaron (con grandes asombros) los indios que llevaron al Cozco las nuevas de aquellas maravillas. Y como entonces supiesen los de la ciudad cuál era la señal, se fueron al santuario, donde tenían la cruz de jaspe cristalino, que atrás hemos dicho y con grandes aclamaciones la adoraron, diciéndole que pues había tantos siglos que la tenían en veneración, aunque no en la que ella merecía porque no habían sabido sus grandes virtudes, tuviese por bien de librarles de aquellas nuevas gentes que a su tierra iban, como había librado aquel hombre de los animales fieros que le echaron. Hecha la adoración, pusieron luego cruces en los templos y casas reales, para que librase aquellos lugares y todo el Reino de los enemigos que temían.

Aquí es de notar que los propios gentiles idólatras, antes de predicárseles la fe católica, dieron a la cruz, y en ella a toda la religión cristiana, la posesión de sí mismos y de todo su Imperio, pues la pusieron en sus templos y casas reales, y la adoraron suplicándole los librase del temor que tenían. Porque es verdad que desde la muerte de Huayna Cápac, anduvieron aquellos indios con grandes miedos y asombros de que muy presto se había de acabar su idolatría, su Imperio, grandezas y señorío, porque aquel Príncipe, como al fin de su vida dijimos, les declaró muy al descubierto los anuncios y profecías que de todas

estas cosas, de muchos años atrás tenían de sus oráculos y portentos, aunque dichas con mucha oscuridad y confusión. Más Huayna Cápac les dijo en claro, profetizando a los suyos la ida de los españoles y la del santo Evangelio a su Imperio, el Perú, y les dió término, que fue el de su vida. Por lo cuál adoraban los indios a los españoles como a dioses con las sumisiones y ostentaciones que hemos dicho, sospechando que eran aquellos los que habían de cumplir la profecía de su Rey.

Hernando de Soto y Pedro del Barco escribieron entonces a su Capitán General todas estas cosas, y las riquezas increíbles que en aquella ciudad hallaron, que eran muchas más que habían imaginado, y el mucho servicio y regalo que los indios les habían hecho por el bando y pregón que Atahuallpa mandó echar por todo su Reino en favor de aquellos españoles. Lo propio escribieron los otros cuatro espías que fueron a las otras partes, porque lo mismo pasó por ellos. Más los castellanos recibieron con mucho contento la buena nueva de las riquezas; y a la adoración que les hacían, por la profecía de Huayna Cápac, dijeron que eran hechicerías de indios, que no había que hacer caso de ellas.

CAPÍTULO XXXIII: Astucia de Atahuallpa y la muerte del Rey Huáscar Inca.

Agustín de Zárate, habiendo contado la plática que Huáscar Inca tuvo con Hernando de Soto y Pedro del Barco, que fue la misma que hemos dicho, y cómo se despidieron, dejándole tan mal asegurado como quedó el pobre Inca, dice lo que se sigue, libro segundo, capítulo sexto: “Y así continuaron su camino, lo cual fue causa de la muerte de Huáscar y de perderse aquel oro que les prometía; porque los capitanes que le llevaban preso, hicieron luego saber por la posta a Atabáliba todo lo que había pasado. Y era tan sagaz Atabáliba, que consideró que si a noticia del Gobernador venía esta demanda, que así por tener su hermano justicia, como por la abundancia de oro que prometía, a la cual tenía ya entendido la afición y codicia que tenían los cristianos, le quitarían a él el Reino, y le darían a su hermano, y aún podría ser que le matasen por quitar de en medio embarazos, tomando para ello ocasión de que contra razón había prendido a su hermano y alzádose con el Reino. Por lo cual determinó de hacer matar a Guáscar, aunque le ponía temor, para no hacerlo, haber oído muchas veces a los cristianos que una de las leyes que principalmente se guardaban entre ellos era que el que mataba a otro, había de morir por ello. Y así acordó de tentar el ánimo del Gobernador para ver qué sentiría sobre el caso; lo cual hizo con mucha industria, que un día fingió estar muy triste y llorando y sollozando, sin querer comer ni hablar con nadie; y aunque el Gobernador le importunó mucho sobre la causa de su tristeza, se hizo de rogar en decirla, y en fin le vino a decir que le habían traído nueva que un capitán suyo, viéndole a él preso, había

muerto a su hermano Guáscar. Lo cual había sentido mucho, porque le tenía por hermano mayor, y aún por padre, y que si le había hecho prender, no había sido con intención de hacerle ningún daño en su persona ni reino, salvo para que le dejase en paz la provincia de Quitu que su padre le había mandado después de haberla ganado y conquistado, y siendo cosa fuera de su señorío.

"El Gobernador le consoló que no tuviese pena, que la muerte era cosa natural, y que poca ventaja se llevaban unos a otros, y que, cuando la tierra estuviese pacífica, él se informaría quiénes habían sido en la muerte y los castigaría. Y como Atabáliba vió que el Marqués tomaba tan livianamente el negocio, deliberó de ejecutar su propósito. Y así envió a mandar a los capitanes que traían preso a Guáscar, que luego le matasen; lo cual se hizo con tan gran presteza, que apenas se pudo averiguar después si cuando hizo Atabáliba aquellas apariencias de tristeza, había sido antes o después de la muerte. De todo este mal suceso comúnmente se echaba la culpa a Hernando de Soto y Pedro del Barco, por la gente de guerra, que no están informados de la obligación que tienen las personas a quien algo se manda (especialmente en la guerra), de cumplir precisamente su instrucción, sin que tengan libertad de mudar los intentos según el tiempo y negocios, si no llevan expresa comisión para ello. Dicen los indios que cuando Guáscar se vido matar, dijo:

— Yo he sido poco tiempo señor de la tierra, y menos lo será el traidor de mi hermano, por cuyo mandado muero, siendo yo su señor natural.

"Por lo cual los indios, cuando después vieron matar a Atabáliba, como se dirá en el capítulo siguiente, creyeron que Guáscar era hijo del Sol, por haber profetizado verdaderamente la muerte de su hermano.

"Y asimismo dijo, que cuando su padre sé despidió de él, le dejó mandado que cuando a aquella tierra viniese una gente blanca y barbuda, se hiciese su amigo, porque aquellos habían de ser señores del Reino," etc. Hasta aquí es de Agustín de Zárate.

Cuando los historiadores españoles van tan asidos a la verdad de la historia, huelgo más de repetir sus palabras, sacadas a la letra, que no escribir las mías, por hablar como español, y no como indio. Y así lo haremos siempre, si no fuere donde faltare algo que añadir a la relación que tuvieron.

Volviendo a lo que Agustín de Zárate ha dicho, es de notar que toca brevemente muchas cosas de las que a la larga hemos dicho en nuestra historia, como son la tiranía de Atahuallpa, su cautela, astucia y sagacidad para tentar el ánimo de Don Francisco Pizarro, para ver cómo tomaba la muerte de Huáscar. Que si en el español hubiera la misma cautela y sagacidad que en el indio para decirle: "Vos mandásteis matarlo; yo lo averiguaré y castigaré como merece vuestro delito", es cierto que no lo matara.

Más como Atahuallpa vió que el Gobernador no solamente no sospechaba mal contra él, sino que antes en lugar de indignarse le consolaba, tomó ánimo y resolución para matar al Inca, su Rey natural, que fue la mayor de sus crueldades.

Matáronle cruelísimamente haciéndole cuartos y tasajos, y no se sabe donde lo echaron; créese entre los indios que se lo comieron de rabia. El Padre Acosta dice que lo quemaron. También toca Zárate la diligencia y presteza que de los correos hemos dicho, y entonces la hubo mayor, porque mandó Atahuallpa que el aviso de la muerte de Huáscar se la diesen por las ahumadas o llamaradas que de noche o de día hacían los chasquis con semejantes avisos, para mayor presteza. Y ésta fue la causa que no se pudiese averiguar después, si el llanto de Atahuallpa y aquellas apariencias de dolor y tristeza habían sido antes o después de la muerte de Huáscar. También toca este autor el pronóstico que dijimos había dejado Huayna Cápac de la ida de los españoles, y que habían de ser señores de su Reino. Hernando de Soto y Pedro del Barco no deben ser culpados por no haberse quedado con Huáscar, que lo hicieron por no entender lo que les dijo acerca del tesoro, que les daría tres tantos más de lo que había prometido su hermano; que si lo entendieran, se quedaran con él, porque la comisión que llevaban no era de cosa que importaba a la conquista y pacificación del Reino, sino certificarse de la promesa del rescate de Atahuallpa, si la podía cumplir o no. Y prometiéndoles Huáscar tres tantos más, de creer es que no le dejaran, por no perder lo que les ofrecía. Este mismo descargo daban ellos al cargo que les hacían de la muerte de Huáscar: decir que no le habían entendido. Así acabó el desdichado Inca, último de los monarcas de aquel Imperio, habiendo visto en sus vasallos, criados, deudos, hermanos e hijos, y en su propia persona, las calamidades y desventuras que hemos dicho, causadas y ejecutadas por un hermano suyo, y con tan mal trato en su prisión, que dice Diego Fernández de Palencia en este paso lo que se sigue.

"Los dos capitanes de Atabálipa volviéronse para su señor, llevando preso a Guáscar; y tratábanle tan mal, que le daban a beber orines por el camino, y a comer cosas muy sucias y sabandijas. En este comedio entró en la tierra Don Francisco Pizarro con los demás cristianos, y prendieron a este Atabálipa en Cajamarca." Hasta aquí es de aquel autor. Poco más adelante dice: "Mataron a Guáscar en Andamarca, y Atabálipa murió en Caxamarca." Ha de decir Cassamarca, que es: tierra o provincia o barrio de hielo, porque *cassa* significa hielo, y *marca* tiene las otras tres significaciones. Y por el semejante Andamarca se ha de escribir Antamarca; quiere decir: provincia de cobre, porque *anta* es cobre[18], etc.

CAPÍTULO XXXIV: Llega Don Diego de Almagro a Cassamarca y las señales y temores que Atahuallpa tiene de su muerte.

[18]El río Andamarca, en Áncash, es el hoy llamado Yanamayo, que corre de poniente a levante y es afluente del Marañón, río éste que marca el límite con Huánuco. Está al sur de Piscobamba y al norte de Huari. La región se llama Antamarca.

Con la muerte del pobre Huáscar, que pasó como se ha dicho, no aseguró Atahuallpa su reinado, ni la libertad de su persona, ni su propia vida: antes parece que todo le sucedió en contra, porque dentro de muy pocos días se le ordenó el quitársela, de la manera que lo dicen Agustín de Zárate y Francisco López de Gómara, que ambos van conformes en este paso y en otros muchos de aquella historia. Castigo es del cielo muy ordinario contra los que fían más de sus astucias y tiranías que en la razón y justicia. Y así permite Dios que caigan en ellas mismas y en otras peores, como luego veremos. Para lo cual es de saber que Don Diego de Almagro iba de Panamá al socorro de la conquista en un hermoso navío con mucha y muy buena gente y, según decían sus enemigos, con propósito de tomar la delantera a Don Francisco Pizarro hacia mediodía, porque había sabido que la gobernación de Don Francisco y sus límites, no se alargaban a más de doscientas leguas, desde la línea equinoccial hacia el sur. Quería conquistar para sí de allí adelante. De la cual intención dicen tuvo aviso Don Francisco Pizarro por un secretario de Don Diego de Almagro, al cual ahorcó su amo por este delito. Sea como fuere, Don Diego supo en su viaje la prisión de Atahuallpa y la increíble riqueza que se juntaba para su rescate. Acordó mudar propósito e ir donde estaba el compañero victorioso, pues conforme a las capitulaciones de ellos, era suya la mitad de las ganancias de Don Francisco Pizarro. Almagro llegó con su gente a Cassamarca, los cuales se admiraron grandemente de ver mucha plata y oro que hallaron recogido. Pero en breve tiempo los de Don Francisco desengañaron a los soldados de Don Diego, diciendo, que pues no se habían hallado en la prisión de aquel Rey, no habían de haber parte alguna de lo que hasta allí se habían recogido, ni de lo que más se juntase hasta cumplir y llenar la raya que Atahuallpa había señalado y prometido henchir por su rescate. Lo cual les parecía imposible, según la grandeza de la sala, aunque trajesen cuanto oro y plata había en el mundo. Por lo cual dieron en decir que matasen al Inca, para que ellos hubiesen su parte de lo que de allí adelante se ganase. A esta demanda y a su buena razón, añadieron otras tan flacas y más. Pero con ser tales, fueron bastantes para que matasen un tan gran Príncipe como era Atahuallpa. El cual estaba con gran temor de su muerte, viendo el descontento y desabrimiento que los españoles traían unos con otros, y las muchas porfías que a gritos y voces por horas y momentos entre ellos había. Todo lo cual sospechaba el triste Inca que había de llover sobre su salud y vida. La cual sospecha aumentaba el no responder los oráculos a sus preguntas y demandas. También se añadió a esto que supo de sus indios que de noche corrían muchas estrellas grandes y chicas, en las cuales, y en otras cosas menores, aquella gentilidad en tiempos menos calamitosos que los presentes, miraba muy mucho, para decir las supersticiones y portentos que a cada uno se le antojaba agorear.

A lo último, para su total desesperación, le dijeron que entre otras señales que el cielo mostraba, era una gran cometa verdinegra, poco menos gruesa que el cuerpo de un hombre y más larga que una pica, que de noche parecía, como la

que vieron poco antes de la muerte de su padre Huayna Cápac. Atahuallpa se escandalizó mucho de oírlo, y, habiéndose certificado de los españoles (que también hablaban sobre ella), les pidió licencia para verla, y, como la hubiese visto y notado, se puso muy triste y no habló ni conversó más con nadie como solía. Don Francisco Pizarro le importunó muchas veces le dijese la causa de su tristeza. Atahuallpa, porque no le importunase más, y porque no sospechase que era otra cosa, le dijo: "Apu —que es Capitán General—, yo estoy certificado que mi muerte será muy presto, que así me lo ha dicho este cometa, porque otra como él, se vió pocos días antes que mi padre muriese. Y de ver y entender que he de morir tan presto sin haber gozado de mis reinos estoy triste, porque estas señales no se muestran sino para anunciar grandes calamidades, muertes de reyes, destrucción de imperios. Todo lo cual sospechaba yo antes, viéndome en cadenas de hierro, más ahora me lo ha certificado de veras el cometa. Habrás entendido la causa de mi tristeza y la razón que tengo para tenerla".

El Gobernador le dijo que no mirase ni creyese en agüeros, que no había para qué darles crédito; que esperase que muy presto se vería libre de prisión y restituido en su reino. Con esto le dejó tan triste como antes estaba, porque aquella gentilidad aprehendía muy de veras lo que sus agüeros les decían, y así les dió más crédito que al Gobernador Don Francisco Pizarro. Pedro de Cieza de León, capítulo sesenta y cinco, dice lo mismo que hemos dicho del cometa, y cuán agoreros eran aquellos indios en estas cosas, y otras semejantes.

Atahuallpa conforme a sus pronósticos, perdió del todo la esperanza de su libertad, y se certificó en el temor de su muerte, la cual sucedió dentro de quince días después que vió el cometa, como lo dice el mismo Cieza, capítulo sobredicho.

CAPÍTULO XXXV: Hernando Pizarro viene a España a dar cuenta de lo sucedido en el Perú.

El Gobernador Don Francisco Pizarro (en contra de los miedos y temores de Atahuallpa) tenía grandes pretensiones y mayores esperanzas, conforme a los favores que hasta entonces su buena fortuna le había dado. Deseando, pues, aumentarlas en lo porvenir, le pareció sería bien dar cuenta a Su Majestad de lo sucedido hasta allí. Y comunicándolo con el compañero Don Diego de Almagro, y con los hermanos, acordaron que Hernando Pizarro viniese a España con la embajada y relación de las hazañas de todos ellos, para que Su Majestad las gratificase como ellas merecían. Hernando Pizarro tomó del montón de oro y plata que Atahuallpa mandaba juntar para su rescate, lo que hubo menester para el gasto del camino, pues venía a negociar por todos los que tenían allí parte. Trajo para Su Majestad cien mil pesos de oro y otros cien mil en plata a buena cuenta del quinto que le había de pertenecer del rescate de aquel Rey. Esta plata y oro fueron las primicias de lo que después acá han traído y traerán para Su

Majestad de aquella mi tierra. La plata trajo en piezas labradas, como lo dice Agustín de Zárate, libro segundo, capítulo séptimo, por estas palabras: "Acordóse de enviar a Hernando Pizarro a dar noticia a Su Majestad del próspero suceso que en su buena ventura había habido; y porque entonces no se había hecho la fundición y ensaye, ni se sabía cierto lo que podría pertenecer a Su Majestad de todo el montón, trajo cien mil pesos de oro, y veinte mil marcos de plata; para los cuales escogió las piezas más abultadas y vistosas, para que fuesen tenidas en más en España. Y así trajo muchas tinajas y braseros y atambores y carneros, figuras de hombres y mujeres con que hinchió el peso y valor arriba dicho, y con ella se fue a embarcar con gran pesar y sentimiento de Atabáliba, que le era muy aficionado, y comunicaba con él todas sus cosas: y así despidiéndose de él le dijo: "¿Vaste, capitán? Pésame de ello, porque yéndote tú sé que me han de matar este gordo y este tuerto", lo cual decía por Don Diego de Almagro, que, como hemos dicho arriba, no tenía más de un ojo, y por Alonso Riquelme, tesorero de Su Majestad, a los cuales había visto murmurar contra él, por la razón que adelante se dirá. Y así fue que partido Hernando Pizarro luego se trató la muerte de Atabáliba por medio de un indio que era intérprete entre ellos, llamado Felipillo," etc. Gómara dice (como adelante veremos) que Hernando Pizarro trajo el quinto que a Su Majestad pertenecía del rescate de Atahuallpa.

Lo que pasó es que Hernando Pizarro no sacó de Cassamarca más de lo que se ha dicho. Pero como luego que él se partió sucedió la muerte de aquel Rey, y se hizo la partida de su rescate (el cual fue antes para abreviarle la muerte que no para librarle de ella), se vinieron a España sesenta conquistadores con las partes que allí les cupieron, y trajeron a treinta, cuarenta, cincuenta mil pesos, más o menos, y trajeron también el quinto de Su Majestad, y alcanzaron a Hernando Pizarro, en Nombre de Dios, que aún no se había embarcado, y se vinieron todos juntos. Y con esta relación se verifica lo que estos autores escriben, sin contradicción del uno al otro.

Poco después de la partida de Hernando Pizarro volvieron del Cozco Hernando de Soto y Pedro del Barco con las nuevas de las increíbles riquezas que en aquella ciudad vieron, así en el templo del Sol como en las casas de los Reyes pasados, y en la fortaleza y en otros santuarios y rincones donde el demonio hablaba a los hechiceros y sacerdotes, y otros devotos suyos; los cuales lugares estaban todos adornados de oro y plata, porque los tenían por lugares sagrados. Lo mismo dijeron los otros cuatro exploradores. Con esta relación se alegraron grandemente los españoles, con deseo de ver y gozar de aquellos grandes tesoros. Por esto se dieron prisa en la muerte de Atahuallpa, por desechar cuidados y quitar estorbos que pudiesen impedir o dilatar el haber y poseer la plata y oro que en aquella imperial ciudad había, y en las otras partes. Y así se determinó de matarlo por salir de pena y congoja; cuyo fin y muerte escriben ambos aquellos autores casi por unos mismos términos. Por tanto,

pondré aquí lo que dice Francisco López de Gómara, capítulo ciento y diez y nueve, que con su título al propio es el que se sigue.

CAPÍTULO XXXVI: "De la muerte de Atahuallpa por justicia y con engaño y falsa información".

"Urdióse la muerte de Atabáliba por donde menos pensaban: ca Filipillo, lengua, se enamoró y amigó de una de sus mujeres, para casarse con ella, si él moría. Dijo a Pizarro y a otros que Atabáliba juntaba de secreto gente para matar los cristianos y librarse. Como esto se comenzó a sonreír entre los españoles, comenzaron ellos a creerlo, y unos decían que lo matasen para seguridad de sus vidas y de aquellos reinos; otros, que lo enviasen al Emperador, y no matasen a tan gran príncipe aunque culpa tuviese. Esto fuera mejor, más hicieron lo otro, a instancia (según muchos cuentan) de los que Almagro llevó; los cuales pensaban, o se lo decían, que mientras Atabáliba viviese no tenía parte en oro ninguno hasta henchir la medida de su rescate. Pizarro, en fin, determinó matarlo por quitarse de cuidado, y pensando que muerto tenía menos que hacer en ganar la tierra. Hízole proceso sobre la muerte de Huáscar, Rey de aquellas tierras, y probósele también que procuraba matar los españoles, más esto fue maldad de Felipillo, que declaraba los dichos de los indios (que por testigos tomaban) como se le antojaba, no habiendo español que lo mirase ni entendiese. Atabáliba negó siempre aquello, diciendo que no cabía en razón tratar él tal cosa, pues no podría salir con ella vivo por las muchas guardias y prisiones que tenía. Amenazó a Felipillo, y rogó que no le creyesen. Cuando la sentencia oyó, se quejó mucho de Don Francisco Pizarro, que habiéndole prometido de soltarlo por rescate, lo mataba. Rogóle que lo enviase a España, y que no ensangrentase sus manos y fama en quien jamás le ofendió y lo había hecho rico. Cuando lo llevaban a justiciar pidió el bautismo por consejo de los que le iban consolando, que otramente vivo lo quemaran. Bautizáronlo y ahogáronlo a un palo atado. Enterráronle a nuestra usanza entre los cristianos con pompa; puso luto Pizarro, y hízole honradas obsequias. No hay que reprender a los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron después, ca todos ellos acabaron mal, como en el proceso de su historia veréis. Murió Atabáliba con esfuerzo y mandó llevar su cuerpo a Quito, donde los Reyes, sus antepasados por su madre, estaban. Si de corazón pidió el bautismo, dichoso él; y si no, pagó las muertes que había hecho. Era bien dispuesto, sabio, animoso, franco y muy limpio y bien traído. Tuvo muchas mujeres y dejó algunos hijos. Usurpó mucha tierra a su hermano Huáscar, más nunca se puso la borla hasta que lo tuvo preso, ni escupía en el suelo, sino en la mano de una señora muy principal, por majestad. Los indios se maravillaron de su temprana muerte, y loaban a Huáscar por hijo del Sol, acordándose cómo adivinara cuán presto había de ser muerto Atabáliba, que matar lo mandaba." Hasta aquí es de Francisco López de Gómara.

Volviendo a los que este autor ha dicho, es de notar lo que dice de la interpretación de Filipillo, que declaraba los dichos de los indios, que tomaban por testigos, como a él se le antojaba, no habiendo español que lo mirase ni entendiese. Con lo cual parece que se comprueba lo que atrás dijimos, de cuán mal declaró este faraute a Atahuallpa los misterios de nuestra fe católica, así por no entenderlo él, como por faltar vocablos al lenguaje que significasen lo que había de decir. También se prueba lo que dijimos de Hernando de Soto y Pedro del Barco, que por no entender lo que Huáscar Inca les dijo, no quedaron con él y causaron su muerte. De manera que podremos decir que la falta de buenos y fieles intérpretes fue la principal causa de la muerte de estos dos poderosos Reyes.

Atahuallpa se mandó enterrar en Quitu con sus abuelos maternos, y no en el Cozco con los paternos, porque sabía cuán aborrecido era en todo aquel Imperio, por las crueldades que en él había hecho, y temió no hiciesen en su cuerpo algunos vituperios e infamias. Quiso más fiarse de los suyos que de los ajenos, aunque los entierros de los Incas en el Cozco eran muy desiguales en calidad y ornamento a los sepulcros de los caciques de Quitu. Decir que Atahuallpa no se puso la borla hasta que tuvo preso a Huáscar, dice bien, porque era insignia del Inca, señor de todo aquel Imperio, y mientras había otro señor legítimo, que era su hermano, no podía él traerla. Más habiéndole preso, se declaró por señor universal, y así pudo tomar la borla, aunque tan tiranamente como se ha dicho.

De que un indio idólatra, que tantas crueldades había hecho, como Atahuallpa, muriese bautizado, debemos dar gracias a Dios Nuestro Señor, que no desecha de su infinita misericordia los pecadores tan grandes como él, y como yo.

Llamóse don Juan Atahuallpa[19]. El Padre Blas Valera dice que Fray Vicente de Valverde tuvo cuidado de instruirle en la fe muchos días antes que le matasen, y que en la prisión estuvo el Inca desahuciado de la vida, de una gran melancolía que le dió de verse en cadenas y solo, que no dejaban entrar indio alguno donde él estaba, sino un muchacho sobrino suyo, que le servía. Entonces los españoles le sacaron de la prisión, y llamaron los indios principales que había, los cuales trajeron grandes herbolarios que le curaron, y que para

[19]Hoy está probado que no se bautizó como Juan sino como Francisco. "En el año de 1555, por el mes de Abril (dice D. Marcos Jiménez de la Espada) D. Diego Illaquita, D. Francisco Ninancoro y D. Juan Quispe Túpac, trataron de probar que eran hijos de Atahualpa, y por orden que los enumeramos, de las concubinas Chuque Suyo, Chumbicarua y Ñusta Cuca, y el documento que para ello se instruyó y que D. Marcos. Jiménez de la Espada nos asegura haber visto original, lleva este título: Provanza hecha en los Reyes a pedimento de D. Diego Illaquita hija natural de Francisco Atabalipa, Señor que fué de estos Reynos a la entrada de los españoles, y especialmente de las provincias de Quito, por mandado y subcesión de Guaynacaba su padre". Véase TRES RELACIONES DE ANTIGÜEDADES PERUANAS, p. 326. Juan Santa Cruz Pachacuti asegura lo mismo que la Provanza, esto es, que Atahuallpa tomó en el bautismo el nombre de Francisco. Compúlsese el testimonio de este cronista, del partido de Atahuallpa y hermano de dos Capitanes que asistieron a la hecatombe de Cajamarca, y se verá que tenía motivos para saber lo que afirmaba.

certificarse de la calentura le tomaron el pulso, no en la muñeca, como los médicos de acá, sino en lo alto de la nariz, a la junta de las cejas, que le dieron a beber zumo de yerbas de gran virtud. Llaman *payco*[20] a la una de ellas, y no nombra otra.

Dice que la bebida le provocó un gran sudor y un sueño profundísimo y largo, con que se le quitó la calentura y recordó sin ella; y que no le hicieran otro medicamento, y que en pocos días volvió en sí, y que entonces le volvieron a la prisión; y que cuando le notificaron la sentencia de su muerte, le mandaron que se bautizase; si no, que lo quemarían vivo, como quemaron en México a Huahutimoc[21], Rey de aquel Imperio, y que la hoguera estuvo encendida mientras le notificaban la sentencia. Al fin dice que se bautizó, y que le ahogaron atado a un palo en la plaza, con voz de pregonero, y en todo se conforma con los historiadores españoles. Dice que estuvo en la prisión tres meses.

CAPÍTULO XXXVII: La información que se hizo contra Atahuallpa.

El proceso que contra Atahuallpa se hizo fue solemne y muy largo, aunque Gómara lo dice en suma.

Nombróse el Gobernador por juez de la causa; tomó por acompañado a su compañero Don Diego de Almagro; el escribano fue Sancho de Cuéllar; el fiscal acusador fue otro, y otro fue defensor de Atahuallpa, como abogado; otros dos fueron procuradores nombrados para cada una de las partes, y otro que buscase y trajese los testigos para presentarlos; otros dos nombraron por letrados, para que, como tales, diesen su parecer en la causa; no los nombraron por buenos respectos; yo alcancé algunos de ellos. Hicieron un interrogatorio de doce preguntas.

La primera, si conocieron a Huayna Cápac y a sus mujeres y, cuántas eran. La segunda, si Huáscar Inca era hijo legítimo y heredero del Reino, y Atahuallpa bastardo, no hijo del Rey sino de algún indio de Quitu. La tercera, si tuvo el Inca otros hijos sin los dichos. La cuarta, si Atahuallpa heredó el Imperio por testamento de su padre o por tiranía. La quinta, si Huáscar Inca fue privado del Reino por el testamento de su padre, o si fue declarado por heredero. La sexta, si Huáscar Inca era vivo o muerto, y si murió de enfermedad, o lo mataron por orden de Atahuallpa, y cuándo, si antes o después de la venida de los españoles. La séptima, si Atahuallpa era idólatra y si mandaba y forzaba a sus vasallos a que sacrificasen hombres y niños. La octava, si Atahuallpa había hecho guerras injustas y muerto en ellas mucha gente. La novena, si tenía Atahuallpa muchas concubinas. La décima, si Atahuallpa había cobrado, gastado y desperdiciado

[20] Payco: paico. Planta herbácea de la familia de las quenopodiáceas, que crece hasta los 4000 m.s.n.m., en terrenos pedregosos y de escasa agua. Tiene múltiples usos domésticos; sus hojas y flores se preparan en infusión y se lo utiliza como febrífugo y vermífugo.

[21] Huahutimoc: Guatimozín o Cuauhtemoc, último rey azteca.

los tributos del Imperio después que los españoles tomaron la posesión de él. La undécima, si sabían que Atahuallpa, después de la venida de los españoles, había dado a sus parientes y a los capitanes, y a otra mucha gente de todas suertes, muchas dádivas de la hacienda real, y que tenía gastados y disipados los pósitos públicos y comunes. La duodécima, si sabían que el Rey Atahuallpa, después de preso, había tratado con sus capitanes de rebelarse y matar los españoles, para lo cual había mandado juntar gran número de gente de guerra y mucho aparato de armas y otros pertrechos. Por estas preguntas examinaron los testigos. Diez fueron los que se presentaron y examinaron: los siete fueron de los mismos criados de los españoles, y los tres de los que no lo eran, porque no fuesen todos domésticos. Declararon lo que el intérprete Felipe quiso decir, como lo dice Gómara. Un testigo de los no domésticos, llamado Quespe, capitán de una compañía, que fue el postrero que examinaron (temiendo que el intérprete no quitase o añadiese algo a lo que él dijese) respondía con sola una palabra, diciendo: *i*, que es sí, y *manam*, que es no. Y para que los qué estaban presentes le entendiesen y el intérprete no trocase lo negativo por afirmativo, o en contra, cuando decía si abajaba la cabeza dos y tres veces, señalando el sí; y cuando decía no, señalaba con la cabeza y con la mano derecha la negativa, de lo cual se admiraron mucho los jueces y sus ministros, viendo la sagacidad del indio. Más con todo eso se determinaron a condenar a muerte un Rey tan grande y tan poderoso como Atahuallpa, y le notificaron la sentencia como se ha dicho.

Lo cual, sabido por los españoles se alborotaron muchos de ellos, así de los que fueron con Don Francisco Pizarro, como de los que fueron con Don Diego de Almagro, que eran de ánimo generoso y piadoso;[22] entre los cuales los más señalados fueron Francisco de Cháves y Diego de Cháves, hermanos, naturales de Trujillo; Francisco de Fuentes, Pedro de Ayala, Diego de Mora, Francisco Moscoso, Hernando de Haro, Pedro de Mendoza, Juan de Herrada y Alonso de Ávila, y Blas de Atienza, y otros muchos. Los cuales dijeron que no se permitía matar un Rey que tanta cortesía les había hecho y ningún agravio; que si alguna culpa le hallaban lo remitiesen al Emperador, y lo enviasen a España, y no se hiciesen jueces contra un Rey que no tenían jurisdicción sobre él. Que mirasen por la honra de la nación española, que en todo el mundo se diría la tiranía y crueldad que se hacía en matar a un Rey prisionero debajo de palabra que le habían dado de soltarle por su rescate, del cual tenían ya recibida la mayor parte. Que no manchasen sus grandes hazañas con hecho tan inhumano; temiesen a Dios, que les negaría el favor que hasta entonces les había dado, que de un hecho tan bárbaro y tan injusto no podía esperar que de allí adelante los sucediese cosa buena, antes se debían temer desastres y mal fin para todos ellos. Que no era lícito matar a nadie sin oírle y sin dar lugar a que se defendiese. Por

[22]Más que de ánimo generoso y piadoso, ha debido declarar el historiador que fueron los únicos que revelaron carácter caballeresco, recta conciencia y nobleza de alma; manifestaron ser verdaderos cristianos, y su protesta salvó el honor de España, contra la vileza de los demás ambiciosos y desalmados aventureros.

todo lo cual dijeron que apelaban de la sentencia para ante el Emperador Carlos Quinto, y desde luego se presentaban ante Su Majestad, y nombraban a Juan de Herrada por protector del Rey Atahuallpa. Estas cosas y otras muchas se dijeron, no solamente de palabra, más también por escrito, y se notificaron a los jueces, con grandes protestaciones que les hicieron de los daños e inconvenientes que la ejecución de aquella sentencia causase.

De la otra parte dijeron a los que volvían por Atahuallpa, que eran traidores a la corona real de Castilla y al Emperador su señor, pues impedían el aumento de sus reinos y señoríos. Que con la muerte de aquel tirano se aseguraba aquel Imperio y la vida de todos ellos, y con su vida se perdía lo uno y lo otro. De lo cual, y de las demás alteraciones y motines que causaban, dijeron que darían cuenta a Su Majestad para que viese y supiese quiénes eran los leales y de provecho en su servicio, y quiénes los traidores y dañosos en el aumento de su corona, para que castigase a estos y remunerase a aquellos. Por lo cual hubieran de reñir y matarse según se había encendido el fuego, si Dios no lo remediara con que otros, menos apasionados que los unos ni los otros, entraron de por medio y aplacaron a los del bando del Inca, diciéndoles que mirasen lo que convenía al servicio de su Rey y a sus propias vidas, que no era justo que hubiese bandos ni pasiones entre los fieles por los infieles; que advirtiesen que ellos a penas llegaban a cincuenta, y que los del otro bando pasaban de trescientos y cincuenta; que si llegaban a las manos no podían ganar nada sino perderse todos, y perder un Reino tan rico como el que tenían entre manos, que lo aseguraban con matar su Rey. Con estas amenazas, o buenas razones, se aplacaron los protectores de Atahuallpa, y consintieron en su muerte, y los contrarios la ejecutaron.

CAPÍTULO XXXVIII: Una agudeza del ingenio de Atahuallpa, y la cantidad de su rescate.

Atahuallpa, como se ha dicho, fue de buen ingenio, y muy agudo. Entre otras agudezas que tuvo, que le apresuró la muerte, fue que viendo leer y escribir a los españoles, entendió que era cosa que nacían con ella; y para certificarse de esto, pidió a un español de los que le entraban a visitar o de los que le guardaban, que en la uña del dedo pulgar le escribiesen el nombre de su dios. El soldado lo hizo así: luego que entró otro le preguntó: "¿Cómo dice aquí?" El español se lo dijo, y lo mismo dijeron otros tres o cuatro. Poco después entró Don Francisco Pizarro, y habiendo hablado ambos un rato, le preguntó Atahuallpa qué decían aquellas letras. Don Francisco no acertó a decirlo, porque no sabía leer. Entonces entendió el Inca que no era cosa natural, sino aprendida. Y desde allí adelante tuvo en menos al Gobernador, porque aquellos Incas (como dijimos en la aprobación que sus noveles hacían para que los armasen caballeros) tuvieron en su filosofía moral que los superiores, así en la guerra

como en la paz, debían hacer ventaja a los inferiores, a lo menos en todo lo que les era necesario aprender y saber para el oficio, porque decían que hallándose en igual fortuna, no era decente al superior que su inferior le hiciese ventaja. Y de tal manera fue el menosprecio y el desdeñar, que el Gobernador lo sintió y se ofendió de ello. Así lo oí contar a muchos de los que se hallaron presentes. De aquí podrían los padres, principalmente los nobles, advertir a no descuidarse en la enseñanza de sus hijos, siquiera que sepan leer y escribir bien y una poca de latinidad, y, cuando fuere mucha tanto mejor les será, porque no se vean en semejantes afrentas. Que en estos tiempos serán culpados los que en esto fueren negligentes que en los pasados, porque entonces no había en España tantos maestros de todas ciencias como los hay ahora. Y pues los caballeros se precian de la nobleza que heredaron, debían preciarse de lo que por sí ganasen, pues son engastes de piedras preciosas sobre oro fino.

Otra cosa contaban de Atahuallpa, encareciendo la viveza de su entendimiento, y fue que entre otras cosas que algunos españoles llevaban para rescatar con los indios, o, como los maliciosos decían, para engañarles, se halló un vaso de vidrio de los muy lindos que en Venecia se hacen. A su dueño le pareció presentarlo al Rey Atahuallpa, porque entendía le sería bien pagado, como lo fue, que, aunque estaba preso envió a mandar a un señor de vasallos diese por él al español diez vasos de los que tuviese de oro o de plata, y así se hizo. El Inca estimó en mucho la lindeza y labor del vaso, y con él en las manos, preguntando a los españoles, dijo: “De vasos tan lindos no se servirán en Castilla sino los Reyes.” Uno de ellos, entendiendo que lo decía por ser de vidrio, y no por su linda hechura, respondió que no solamente los Reyes, sino también los grandes señores, y toda la gente común que quería se servía de ellos. Oyendo esto Atahuallpa, dejó caer el vaso de las manos, diciendo: “Cosa tan común no merece que nadie la estime”, con lo cual admiró a los que le oyeron.

Atahuallpa fue muerto por justicia, como se ha visto, sin cumplir la cantidad que prometió por su rescate, porque no le dieron más lugar, aunque otros dicen que después de recibido el rescate le mataron. Eso que dió repartieron los españoles entre sí como ganancias habidas en la guerra. En la suma de este rescate andan diversos Agustín de Zárate y Francisco López de Gómara, historiadores de aquellos tiempos. Creo que son erratas de molde; pondré aquí algunas de ellas para que se vean mejor. Zárate, libro segundo, capítulo siete, sacada a la letra dice: “A Su Majestad le perteneció de su real quinto treinta mil marcos de plata blanca, fina y cendrada; y del oro cupo a Su Majestad de quinto, ciento y veinte cuentos de marcos,” etc. Gómara, capítulo ciento y diez y ocho dice: “Francisco Pizarro hizo pesar el oro y la plata después de quilatado; hallaron cincuenta y dos mil marcos de buena plata, y un millón y trescientos y veinte y seis mil y quinientos pesos de oro,” etc.

Queriendo conformar estos dos autores, decimos que a Gómara le faltan cien mil marcos de plata para ajustarse con Zárate, porque, para que haya treinta mil marcos de quinto es menester que haya ciento y cincuenta mil marcos de

principal. El mismo yerro y aun mayor, hay en el oro, porque en decir Zárate que cupo a Su Majestad de quinto del oro ciento y veinte cuentos de marcos, se ve claro el yerro de la impresión, porque si hacemos la cuenta por el valor de los marcos, dando setenta y dos ducados a cada marco de oro, hace un número de ducados que no hay para qué ponerlo en cuenta, por ser tan excesivo. Y si dijo marcos por decir maravedís, también consta claro el yerro, porque ciento y veinte cuentos de maravedís montan trescientos y veinte mil ducados, y como adelante veremos por las partidas que estos mismos autores dan en la partida de este rescate, sumó el quinto del oro, reducido con su interés a ducados de plata, setecientos y ochenta y seis mil y seiscientos ducados. Por lo cual me pareció sacar la cuenta por las partidas que ellos dan en el repartimiento, que se hizo de aquel oro y de aquella plata, sin hacer cuenta de las sumas mayores, porque en ellas está el yerro, como se ha visto. Seguiré a Zárate en lo que habla determinadamente, a quien, por haber sido Contador General de la Hacienda de Su Majestad en el Perú, y que hubo allá la relación de lo que escribió, se le debe más crédito que no al que escribió en España por relación de yentes y vinientes. Lo que Agustín de Zárate deja de decir, que es la cantidad de la plata que cupo a cada uno, lo tomé de Gómara. Y también lo que cupo a los capitanes, como se podrá ver por su historia. Sola la partida del general pusimos de relación de los que se hallaron presentes. La gente de caballo, ambos autores dicen que eran sesenta. Los infantes, dice Gómara que serían ciento y cincuenta, aunque Pedro de Cieza de León, hablando de Cassamarca, donde fue la prisión de Atahuallpa, capítulo setenta y siete, dice que los que le prendieron fueron sesenta de a caballo y cien infantes. En el número de los infantes sigo a este autor, y no a Gómara, porque demás de que estuvo en el Perú, y escribió allá, soy amigo de seguir en toda cosa la parte menor antes que la mayor, porque más aína querría dar cinco de corto que de largo.

En las particiones, como consta por los mismos autores, también hay diferencias, porque a los soldados dieron seis partes en oro, y una en plata, y al Gobernador, y a los capitanes, y a la gente que fue con Don Diego de Almagro dieron tres partes en oro, y una en plata. La causa de que en aquel tiempo había tanto oro y tan poca plata (en contra de lo que en todo el mundo se usa) era porque los Reyes Incas tuvieron más oro que plata, porque como entonces no sacaban estos metales para tesoro ni caudal de hacienda, sino para ornamento de sus templos y casas reales, no procuraban buscar mineros de plata, porque la plata se saca con mucha dificultad y trabajo, como se ve hoy que entran en las minas de Potocchí más de doscientas brazas debajo de tierra a sacar el metal, como lo dice el Padre Maestro Acosta, libro quinto, capítulo octavo, donde remito al que quisiere ver y saber el increíble trabajo con que se saca este metal. Por lo cual los Reyes Incas no procuraban buscar minas de plata, ni aún de oro, porque, como en su lugar dijimos, no lo pedían ellos de tributo, sino que se lo daban los indios presentado solo para el servicio de sus casas y templos. Y porque el oro se saca con más facilidad, porque se cría y se halla sobre la haz de

la tierra y en los arroyos donde lo llevan las avenidas de las lluvias, y se halla generalmente en todo el Perú, en unas partes más que en otras, y lo sacan lavándolo, como hacen acá los plateros sus escobillas, por esto había en aquellos tiempos mucho más oro que plata, porque los indios, mientras no tenían que hacer en sus haciendas, se ocupaban en sacar oro para tener qué presentar a sus Reyes.

Volviendo pues a nuestro intento, que es de verificar la cantidad de aquel increíble rescate, pondremos las partidas como las dicen aquellos autores. En las de oro pondremos su interés del oro a la plata, que son veinte por ciento, como allá valía en mis tiempos y hoy vale en España, y antes más que menos; y para mayor claridad, reduciremos los pesos o castellanos de oro y plata a ducados de Castilla, de a once reales y un maravedí por ducado, que, contados por maravedís, según el uso castellano, son trescientos y setenta y cinco maravedís. Entrando pues en la partición, decimos que Agustín de Zarate dice en este paso: "A cada hombre de caballo le cupieron más de doce mil pesos en oro, sin la plata, porque estos llevaron una cuarta parte más que los peones; y aún con toda esta suma, no se había concluido la quinta parte de lo que Atabáliba había prometido dar por su rescate. Y porque a la gente que vino con Don Diego de Almagro, que era mucha y muy principal, no le pertenecía cosa ninguna de aquella hacienda, pues se daba por rescate de Atabáliba, en cuya prisión ellos no se habían hallado, el Gobernador les mandó dar todavía mil pesos para ayuda de costa". Hasta aquí es de Zárate. Gómara dice que cupo a cada hombre de a caballo trescientos y sesenta marcos de plata sin el oro, y a los capitanes a treinta y a cuarenta mil pesos. Juntando ahora lo que estos autores dicen, sacaremos por estas partidas todas las de aquella partija, y de todas sacaremos el quinto, para mayor verificación de lo que fue cada parte y el todo.

Al Gobernador le dieron de su parte doscientos mil pesos, los ciento y cincuenta mil en oro y los cincuenta mil en plata. La joya que tomó del montón, como Capitán General, que fueron las andas del Inca, pesó veinte y cinco mil pesos de oro. A tres capitanes de caballo dieron noventa mil pesos en oro y treinta mil pesos en plata. A cuatro capitanes de infantería, otros noventa mil pesos en oro y otros treinta mil pesos en plata. A sesenta hombres de a caballo, setecientos y veinte mil pesos en oro y ciento y ochenta mil pesos en plata. A los cien infantes, novecientos mil pesos en oro y ciento y treinta y cinco mil pesos en plata. A doscientos y cuarenta españoles que fueron con Don Diego de Almagro, ochenta mil pesos en oro y sesenta mil en plata. A Don Diego de Almagro dieron treinta mil pesos en oro y diez mil en plata, sin lo que su compañero le dió de su parte, como adelante se dirá. El quinto del oro sacado por estas partidas, son quinientos y cuarenta y seis mil y doscientos y cincuenta pesos. El quinto de la plata son ciento y cinco mil y setecientos y cincuenta pesos, y porque, como dicen los historiadores, toda esta plata era fina, de la que llaman cendrada, la cual vale cuatro reales más por marco que la que llaman de ley, y porque la cuenta que hemos hecho es de plata de ley y no de la cendrada,

añadimos treinta y ocho mil y ciento y sesenta ducados que valió más la cendrada que la de ley, en toda la cantidad de plata que se ha puesto en esta cuenta. Y porque no cansemos a los oyentes con largas cuentas de cada una de las partidas, diré en suma la cantidad de ducados que valió cada partida de oro, con su interés de veinte por ciento del oro a la plata, y otros veinte de pesos a ducados. De manera que cien pesos en oro valen ciento y veinte pesos en plata, y ciento y veinte pesos en plata, son ciento y cuarenta y cuatro ducados. De manera que cien pesos en oro valen ciento y cuarenta y cuatro ducados. Por esta cuenta sacaremos todas las del oro. Y porque los historiadores no dijeron si el oro era oro fino, como dijeron de la plata, que era cendrada, hicimos la cuenta del oro por de veinte y dos quilates y medio como se usa en el Perú, que, si le diéramos veinte y cuatro quilates (como es la ley del oro fino) añadiéramos en toda la cantidad del oro doscientos y diez y ocho mil y quinientos ducados que vale el quilate y medio que le falta. Pero porque los autores españoles no lo dicen, no los añadiré yo, por no poner nada sin la autoridad de ellos. La plata no tiene interés más de las crezas de pesos a ducados, que son veinte por ciento. Decimos pues que valió:

El oro que cupo al Gobernador con la joya que tomó del montón.	252.000 ducados
La plata valió	60.000 ducados
A los tres capitanes de caballo en oro	129.600 ducados
Y en plata	36.000 ducados
A los cuatro capitanes de infantería en oro	129.600 ducados
Y en plata	36.000 ducados
A los sesenta de caballo en oro	1.036.800 ducados
Y en plata	129.600 ducados
A los cien infantes en oro	1.296.000 ducados
Y en plata	162.000 ducados
A los doscientos y cuarenta hombres de Almagro en oro	259.200 ducados
Y en plata	72.000 ducados
A Don Diego de Almagro en oro	43.200 ducados
Y en plata	12.000 ducados
Al quinto real, cupo en oro	786.600 ducados
Y en plata	126.900 ducados
Las crezas de la plata cendrada	38.170 ducados
De manera que sumó y montó todo este rescate de Atahuallpa	4,605,670 ducados

De los cuales los tres cuentos y novecientos y treinta y tres mil ducados, son del valor del oro, y los seiscientos y setenta y dos mil y seis cientos y setenta

ducados son del valor de la plata, con las crezas de la cendrada. Y ambos números hacen la suma de los cuatro millones y seiscientos y cinco mil y seiscientos y setenta ducados. Esta suma de ducados hubieron los españoles en Cassamarca; mucho mayor fue la que hubieron en el Cozco cuando entraron en aquella ciudad, como lo dicen los mismos autores Gómara y Zárate, que adelante, en su lugar, citaremos. El Padre Blas Valera dice que valió el rescate de Atahuallpa cuatro millones y ochocientos mil ducados. Él dijo lo que juntaron los indios, que de ellos lo averiguó, sacando de los nudos y cuentas lo que trajeron de cada provincia; nosotros lo sacamos de la cuenta y repartimiento que los historiadores dicen. El desperdicio que hubo fue de ciento y noventa y cuatro mil y trescientos y treinta ducados que faltan de nuestra cuenta para ajustarse con la del Padre Blas Valera. No causa en estos tiempos mucha admiración esta cantidad de oro y plata, pues es notorio que demás de treinta años a esta parte entran cada año diez, doce millones de oro y plata por el río Guadalquivir,[23] los cuales envía aquella mi tierra a toda España y a todo el mundo viejo, mostrándose cruel madrastra de sus propios hijos y apasionada madre de los ajenos.[24] Gómara hablando de este rescate, capítulo ciento y diez y ocho, dice lo que se sigue: "Envió Pizarro el quinto y relación de todo al Emperador, con Hernando Pizarro su hermano, con el cual se vinieron a España muchos soldados ricos, de veinte, treinta y cuarenta mil ducados. En fin, trajeron casi todo aquel oro de Atabálipa, e hincheron la Contratación de Sevilla de dinero, y todo el mundo de fama y deseo". Hasta aquí es de Gómara. Los que se vinieron fueron sesenta conquistadores; fue bien notada allá esta venida. El Gobernador dió al compañero ciento y veinte mil ducados de la parte que a él le cupo. Al maestrescuela, Hernando de Luque no cupo cosa alguna, porque se supo entonces que era ya fallecido, y por esto no hablan de él los historiadores.

CAPÍTULO XXXIX: Discurso que los españoles hacían sobre las cosas sucedidas.

Con la muerte de los dos Reyes hermanos (más antes enemigos) Huáscar y Atahuallpa, quedaron los españoles hechos absolutos señores del un Reino y del otro, porque no hubo quien les defendiese ni contradijese cosa alguna de las que de allí adelante quisieron hacer; porque los indios del un bando y del otro, muertos los Incas, quedaron como ovejas sin pastor, sin tener quien los

[23]Los Galeones españoles y después las Armadas de Registro, importaron a la Metrópoli durante los siglos XVI y XVII, diez veces más que lo declarado por los Virreyes en sus Memorias Oficiales. Consúltese las declaraciones de Mugaburu, *Diario de Lima*, Col. URTEAGA, t. VIII y IX.

[24] "El oro de las Indias llegado a la Metrópoli se escurrió, como entre los dedos, dice Malet, para ir a repletar las arcas de los franceses, ingleses, flamencos, y holandeses", hijos de las naciones industriales que surtían de productos a la Casa de Contratación de Sevilla. Los españoles apenas tenían el pueril regocijo de ver esas manufacturas bautizadas en América con el nombre de manufacturas de Castilla.

gobernase en paz ni en guerra, ni en beneficio propio, ni en daño ajeno. Antes quedaron enemistados los de Huáscar con los de Atahuallpa; y por prevalecer los unos contra los otros, procuró cada uno de los bandos servir y agradar a los españoles, por hacerlos de su parte contra la contraria. Y así los capitanes que quedaron de Atahuallpa, unos resistieron a los españoles, como adelante veremos; otros deshicieron los ejércitos que tenían a su cargo, y procuraron hacer un Inca de su mano, porque no les fuese tan contrario como si fuera por la ajena. Eligieron a Paullu, hijo de Huayna Cápac, uno de los que escaparon de la crueldad de Atahuallpa. Fué el principal autor de esta elección el maese de campo Quízquiz que estaba en Cuntisuyu, donde le tomó la nueva de la prisión de Atahuallpa, aunque hasta entonces era contrarío de Paullu.

Más la necesidad hace grandes bajezas, principalmente a los tiranos cuando van de caída, y a los de ánimo vil y bajo aunque estén constituidos en grandes señoríos, porque no miran a quién son sino a sus desdichadas pretensiones. Quízquiz era ministro de Atahuallpa, bravo soldado muy experimentado en la guerra. A Paullu dieron la borla, más él hizo poco caso de ella, porque no tenía derecho al Reino, que Manco Inca era el legítimo heredero. Pues viendo Quízquiz que Paullu no hacía diligencias para reinar, le dejó, y pretendió valerse por sus brazos y esfuerzo, y así recogió su gente y caminó hacía el Cozco, a ver lo que sucedía de su Rey Atahuallpa, donde le dejaremos hasta su tiempo.

Los españoles, viendo la honra y adoración que generalmente los indios les hacían, hablando sobre ello decían muchas cosas en sus conversaciones, principalmente cuando en ellas se hallaban los seis españoles que fueron a ver las riquezas del Reino y contaban la veneración y servicio que les habían hecho. Muchos lo atribuían a su valentía: decían que por haberles visto los indios tan fuertes y animosos, y en las armas invencibles, se habían rendido de puro miedo, y que no les convenía hacer otra cosa; preciábanse de sí mismos con jactancia y falta de buena consideración, por no tener noticia de las supersticiones de aquella gente, ni de la profecía que el gran Huayna Cápac les dijo acerca de la ida de los españoles a su tierra y de la destrucción de su idolatría y de su Imperio. Otros, más bien considerados y celosos de la honra de Dios y del alimento de la Santa Fe Católica, lo miraban de otra manera, y decían que aquellas hazañas que atribuían a sus fuerzas y valentía, eran maravillas que el Señor obraba en favor de su Evangelio, para que, mirándolas con atención fieles e infieles, los infieles se ablandasen y acudiesen a recibirlo con más amor y menos resistencia, y los fieles se animasen y esforzasen a predicarlo con más fervor y caridad del prójimo y respeto de Dios, acudiendo a las maravillas que por ellos hacía. Afirmaban con mucha verdad que caminar un español, o dos solos, doscientas y trescientas leguas por tierra de enemigos, y que ellos mismos los llevasen en hombros, haciéndoles la honra y acatamiento que hacían a sus dioses, pudiendo echarlos de una puente abajo, o despeñarlos de un risco, pues los había tantos y tan grandes, no eran hazañas de hombres sino milagros de Dios: por ende que no se los atribuyesen a sí propios, sino que hiciesen como

buenos cristianos, predicadores de Jesucristo. Otros, pasando adelante en su consideración y plática (que algunas veces fue en presencia del Gobernador), decían que ya que Atahuallpa se había bautizado, fuera mejor para la quietud del Reino y para el aumento de la fe católica no haberlo muerto, sino tenerlo vivo, haciéndole toda la honra y cortesía que se le debía, y pedirle que, pues era cristiano, hiciera otro edicto en favor de la religión, como él que había hecho en favor de los españoles, y que mandara que todos sus vasallos se bautizaran dentro de tanto tiempo. Es cierto, sin duda ninguna, que se bautizaran todos a porfía unos de otros, porque concurrían tres o cuatro cosas, que cada una de por sí les obligaba a ello, cuanto más todas juntas. La primera, el mandado del Inca, que aún en cosas de poca importancia lo tenían por ley divina, cuanto más en cosa tan grave como era tomar la religión de los que ellos tenían por dioses. La segunda, la obediencia natural que los indios tenían a sus Reyes. La tercera, que el mismo Rey les había dado ejemplo en bautizarse, para que todos hicieran lo mismo, porque el ejemplo es lo que más miran los indios. La cuarta, y para ellos más obligatoria y que más fuerza les hiciera, y que abrazaba en sí todas las otras razones, era decirles el mismo Atahuallpa que, a imitación suya, cumpliesen lo que su padre Huayna Cápac les había profetizado y mandado en su testamento: que obedecieran la nueva gente que a su tierra había de ir, cuya ley sería mejor que la de ellos, y que en todo lo demás les harían ventaja. Toda esta ayuda de costa tuvieran los predicadores del Santo Evangelio en aquella tierra si acertaran a tomar este camino. Más Dios Nuestro Señor, por sus secretos juicios, permitió, que sucediera como sucedió.

CAPÍTULO XL: Los efectos que causó la discordia de los dos hermanos Reyes Incas.

La guerra de los dos Reyes hermanos Huáscar y Atahuallpa, fue la total destrucción de aquel Imperio, que facilitó la entrada de los españoles en la tierra para que la ganasen con la facilidad que la ganaron, que de otra suerte, la tierra es de suyo tan áspera y fragosa y de tan malos pasos, que muy poca gente bastaba a defenderla. Más Dios Nuestro Señor, habiendo misericordia de aquella gentilidad, permitió la discordia de los dos hermanos, para que los predicadores de su Evangelio y Fe Católica entrasen con más facilidad y menos resistencia.

El Padre Maestro Acosta, hablando brevemente y sumariamente de estos dos Reyes, libro sexto, capítulo veinte y dos, dice lo que sigue: “A Huayna Cápac sucedió en el Cozco un hijo suyo, que se llamó Tito Cusi Gualpa (ha de decir Inti Cusi Gualpa) y después se llamó Guáscar Inga, y su cuerpo fue quemado por los capitanes de Atahuallpa, que también fue hijo de Guayna Cápac y se alzó contra su hermano en Quito y vino contra él con poderoso ejército. Entonces sucedió que los capitanes de Atahuallpa, Quízquiz y Chilicuchima, prendieron a Guáscar Inga en la ciudad del Cozco después de

admitido por señor y Rey, porque en efecto era legítimo sucesor. Fué grande el sentimiento que por ello se hizo en todo su Reino, especial en su corte. Y como siempre en sus necesidades ocurrían a sacrificios, no hallándose poderosos para poner en libertad a su señor, así por estar muy apoderados de él los capitanes que le prendieron, como por el grueso ejército con que Atahuallpa venía, acordaron, y aún dice que por orden suya, hacer un gran sacrificio al Viracocha Pachayacháchic (ha de decir Pachacámac), que es el criador universal, pidiéndole que pues no podían librar a su señor, él enviase del cielo gente que le sacase de prisión. Estando en gran confianza de este su sacrificio, vino nueva cómo cierta gente que vino por la mar había desembarcado y preso a Atahuallpa. Y así por ser tan poca la gente española que prendió a Atahuallpa en Caxamalca, como por haber esto sucedido luego que los indios habían hecho el sacrificio referido al Viracocha, los llamaron viracochas, creyendo que era gente enviada de Dios, y así se introdujo este nombre hasta el día de hoy, que llaman a los españoles viracochas. Y cierto que si hubiéramos dado el ejemplo, que era razón, aquellos indios habían acertado en decir, que era gente enviada de Dios. Y es mucho de considerar la alteza de la providencia divina, cómo dispuso la entrada de los nuestros en el Perú, la cual fuera imposible a no haber la división de los dos hermanos y sus gentes, y la estima tan grande que tuvieron de los cristianos como de gente del cielo. Obliga cierto a que, ganándose la tierra de los indios, ganaran mucho más sus almas para el cielo". Hasta aquí es del Padre Acosta, con que acaba aquel capítulo, en el cual brevemente dice la guerra de los hermanos, la tiranía del uno, la derecha sucesión del otro, la prisión de ambos; cuán pocos españoles prendieron a Atahuallpa, la providencia divina para la conversión de aquellos gentiles, el nombre que pusieron a los cristianos, y la estima que de ellos hicieron entendiendo que eran venidos del cielo. Todo lo cual hemos dicho largamente en sus lugares.

Resta decir ahora del nombre Viracocha, el cual nombre dieron a los españoles luego que los vieron en su tierra, porque en la barba y en el vestido semejaban a la fantasma que se apareció al Inca Viracocha, como en su vida dijimos. La cual fantasma adoraron desde entonces los indios por su dios, hijo del Sol, como ella dijo que lo era. Pero cuando poco después vieron que los españoles a la primera vista prendieron al Rey Atahuallpa, y que dentro en pocos días lo mataron, con muerte tan afrentosa, como fue darle garrote en pública plaza (que la daban sus leyes a los ladrones y malhechores), y que se ejecutó con voz de pregonero, que iba publicando las tiranías que había hecho y la muerte de Huáscar, entonces creyeron muy de veras que los españoles eran hijos de aquel su dios Viracocha, hijo del Sol, y que los había enviado del Cielo para que vengaran a Huáscar y a todos los suyos, y castigasen a Atahuallpa. Ayudó mucho a esta creencia la artillería y arcabuces que los españoles llevaron, porque dijeron que, como a verdaderos hijos, les había dado el Sol sus propias armas, que son el relámpago, trueno y rayo, que ellos llaman *illapa*, y así dieron

este nombre al arcabuz; y a la artillería dan el mismo nombre con este adjetivo *hatun illapa*, que quiere decir: el gran rayo o el gran trueno, etc.

Sin el nombre Viracocha, dieron también a los españoles el nombre o apellido Inca, diciendo que pues eran hijos de aquel su dios Viracocha, hijo del Sol, derechamente les pertenecerá el nombre Inca, como a hombres divinos venidos del cielo, y así llamaron Viracocha Inca a todos los conquistadores del Perú, desde los primeros, que fueron los que entraron con Don Francisco Pizarro, hasta los segundos, que fueron con Don Diego de Almagro y con el Adelantado Don Pedro Alvarado, y los adoraron por dioses. Duró esta adoración hasta que la avaricia, lujuria, crueldad y aspereza con que muchos de ellos les trataban, los desengañaron de su falsa creencia, por do les quitaron el nombre Inca, diciendo que no eran verdaderos hijos del Sol, pues en el trato que les hacían no semejaban a sus Incas, los pasados; y así les quitaron el apellido Inca, y les dejaron el nombre Viracocha, por la semejanza de la fantasma en barbas y hábito. Esto hicieron los indios con los españoles que se mostraron ásperos y crueles y de mala condición, y en lugar de los nombres augustos los llamaron *zúpay*, que es el demonio; empero, a los que reconocieron por piadosos, mansos y afables, que los hubo muchos, no solamente les confirmaron los nombres ya dichos, pero les añadieron todos los que daban a sus Reyes, que son *Intipchurin* (hijo del Sol), *Huacchacúyac* (amador de pobres); y no satisfaciéndoles estos nombres para engrandecer y ensalzar más la bondad y virtud de los españoles, que les trataban bien, les llamaban hijos de Dios, tomando de los españoles el nombre Dios, viendo la estima en que le tenían, aunque por no tener en su lenguaje letra *d* decían entonces *Tius* por decir Dios. Y así les llamaban *Tiuspachurin*, que es hijo de Dios. Ya en estos tiempos con la doctrina que se les ha dado están más despiertos en la pronunciación española.

Tanto como se ha dicho honraron y adoraron en aquellos principios a los españoles, que mostraron religión cristiana y costumbres humanas; y hoy hacen lo mismo a los que las tienen, sean eclesiásticos, sean seglares, que, conociéndolos mansos y piadosos y sin avaricia ni lujuria, los adoran interior y exteriormente con grandísimo afecto, porque cierto es gente humilde y amorosísima de sus bienhechores, y muy agradecida a los beneficios, por pequeños que sean. Quedóles este reconocimiento de la antigua costumbre de sus Reyes, que no estudiaban sino en cómo hacerles bien, por lo cual merecían los renombres que les daban.

CAPÍTULO XLI: Lealtad de los indios del Perú con los españoles que les rendían en la guerra.

Otra virtud usaron los indios del Perú con los españoles, y fue que el indio rendido y preso en la guerra, se tenía por más sujeto que un esclavo, entendiendo que aquel hombre era su dios y su ídolo, pues le había vencido, y que como a tal

le debía respetar, obedecer y servir, y serle fiel hasta la muerte, y no negarle ni por la patria, ni por los parientes ni por los propios padres, hijos y mujer. Con esta creencia, posponía a todos los suyos por la salud del español, su amo, y si era necesario (mandándolo su señor) los vendía, sirviendo a los españoles de espía, escucha y atalaya. Y mediante los avisos de estos tales, hicieron los cristianos grandes efectos en la conquista de aquella tierra. Creían de veras que estaban obligados a dar la obediencia y la obligación natural a la deidad del que en particular le había rendido y preso. Y así eran lealísimos sobre todo encarecimiento; peleaban contra los suyos mismos, como si fueran enemigos mortales, y no dudaban matar su propia parentela en servicio de su amo y de los españoles, porque ya lo habían hecho de su bando y había de morir con ellos. Cuando algunas cuadrillas de españoles, corriendo el campo, prendían indios y el capitán los repartía por los que no tenían indios de servicio, no quería el indio ir sino con el que le había preso. Decía: "Éste me prendió; a este tengo obligación de servir hasta la muerte". Y cuando el capitán le decía que era orden militar que los cautivos que prendía se repartiesen por los que no tenían servicio, y que su amo lo tenía, que era necesario que él fuese a servir a otro español, respondía el indio: "Yo te obedeceré, con condición que en prendiendo este cristiano a otro indio quede yo libre para volverme con mi señor; y si no ha de ser, así, mátame, que yo no quiero ir con otro". Prometiéndole que sería así, iba muy contento, y él mismo ayudaba al español a prender y cautivar otros indios por volverse con su amo. Lo mismo era de las indias en el servicio y regalo de sus amos.

De los indios así presos, dejé tres en casa de Garcilaso de la Vega mi señor. El uno de ellos se llamaba Alli, que quiere decir *bueno*; fue preso en una batalla de las muchas que hubo en el Collao después del levantamiento general de los indios, en el cual peleó este indio como buen soldado, y embebecido en la batalla con otros pocos, no miró por sí, hasta que vió los suyos ir huyendo y que los españoles seguían el alcance. Parecióle no poder salvar la vida, sino era haciéndose muerto, para huirse venida la noche, que estaba ya cerca: quitóse la camiseta, echóse entre los muchos muertos que halló cabe sí, revolcóse en la sangre derramada, por parecer uno de ellos. Los españoles, habiendo seguido el alcance, se volvieron a su alojamiento por diversas partes. Tres o cuatro compañeros acertaron a venir por donde estaba echado el indio y, admirados de ver los muertos que por el campo había, Garcilaso de la Vega, mi señor, que era uno de los compañeros, puso los ojos en el indio, y vió que estaba ijadeando; tocóle con el regatón de la lanza, por ver si lo sentía. El indio con gran presteza se puso en pie pidiendo misericordia, temiendo que querían matarle. Desde entonces quedó en servicio de mi padre, con la sujeción y lealtad que hemos dicho, y se preciaba de mostrarla en toda cosa. Y después se bautizó y se llamó Juan y su mujer Isabel.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO

DE LA SEGUNDA PARTE

DE LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS

Contiene la ida de Don Pedro de Alvarado al Perú. La traición y crueldades de Rumiñaui con los suyos. Dos batallas que hubo entre indios y españoles. Las capitulaciones que entre fieles e infieles se hicieron. El concierto entre Almagro y Alvarado. Otras tres batallas entre indios y españoles, y el número de los muertos. La paga que a Don Pedro de Alvarado se le hizo, y su desgraciada muerte. La fundación de la Ciudad de los Reyes y la de Trujillo. La muerte del maese de campo Quízquiz. La ida de Almagro a Chili; su vuelta al Perú. El levantamiento del Inca. Milagros de Dios en favor de los cristianos. Los sucesos del cerco del Cozco y de Los Reyes. El número de los españoles que los indios mataron. El destierro voluntario del Inca. Las diferencias de Almagros y Pizarros. Los socorros que el Marqués pide, y los que envía al Cozco. La batalla del río de Amáncay, y la prisión de Alonso de Alvarado. Nuevos conciertos y desconciertos entre Pizarros y Almagros. La cruel batalla de Las Salinas. La muerte de Almagro y de otros famosos capitanes. La venida de Diego de Alvarado a España, y la de Hernando Pizarro, y su larga prisión. — Contiene cuarenta capítulos.

CAPÍTULO I: Don Pedro de Alvarado va a la conquista del Perú.

Como la fama pregonase las grandes riquezas del Perú, acudió a él tanta gente española, como lo dice Francisco López de Gómara, capítulo ciento y veinte y seis: "Acudían al Perú con la fama del oro tantos españoles, que aína se despoblaran Panamá, Nicaragua, Quahutemallan[25], Cartagena, y otros pueblos e islas," etc. Entre estos españoles decimos que fue el Adelantado Don Pedro Alvarado, famoso entre los demás famosos, que, no contento con las hazañas que en la conquista del Imperio de Méjico, Utlatlan y Quahutemallan había hecho, quiso también emprender la del Perú, para lo cual alcanzó de Su Majestad el Emperador Carlos Quinto, licencia para que tantas leguas fuera de la jurisdicción y gobierno de Don Francisco Pizarro pudiese conquistar y poblar y ser Gobernador de lo que ganase. Hizo mucha y muy buena gente para esta jornada; fueron caballeros muy principales de todas las provincias de España, y los más fueron extremeños, porque Don Pedro era natural de Badajoz.

Este caballero, entre otros dones que tuvo naturales, fue mucha agilidad y ligereza, pues mediante ella se libró de la muerte en la retirada que el Marqués del Valle hizo de México, que en una puente que los indios quebraron, por donde salían los españoles, saltó con una lanza que llevaba en las manos más de veinte y cinco pies de hueco que tenía la puente, poniendo el regatón sobre cuerpos muertos. Quedaron los indios tan admirados de este salto, que le llamaron hijo de Dios. Francisco López de Gómara toca este paso en la conquista de México, donde, hablando de Hernando Cortés, capítulo ciento y siete, dice lo que se sigue, sacado a la letra: "Pero cuando llegó a ellos (aunque algunos peleaban reciamente), halló muchos muertos. Perdió el oro, el fardaje, los tiros, los prisioneros; y, en fin, no halló hombre con hombre, ni cosa con cosa de cómo lo dejó y sacó del real. Recogió lo que pudo, echólos delante, siguió tras ellos, y dejó a Pedro de Alvarado a esforzar y recoger los que quedaban. Más Alvarado no pudo resistir ni sufrir la carga que los enemigos daban. Y mirando la mortandad de sus compañeros, vió que no podía él escapar, si atendía, y siguió tras Cortés con la lanza en la mano, pasando sobre españoles muertos y caídos, y oyendo muchas lástimas. Llegó a la puente cabera, y saltó de la otra parte sobre la lanza. De este salto quedaron los indios espantados, y aún españoles, ca era grandísimo, y que otros no pudieron hacer, aunque lo probaron, y se ahogaron," etc. Hasta aquí es de Gómara.

En mis niñeces oí decir a los españoles, que hablaban de las proezas de este caballero, que después de ganado México segunda vez, habían puesto dos mármoles de un cabo al otro del arco, para que viesen de dónde a dónde y cuán grande había sido el salto. A estos testigos me remito, si son vivos, si la envidia no los ha destruido, que será maravilla no haberlo hecho.

[25] Guatemala.

Estando en Sevilla Don Pedro de Alvarado para pasar a Indias la primera vez que fue a ellas, subió a la torre de la iglesia mayor con otros caballeros mozos, sus compañeros, por gozar de la buena vista que se alcanza de aquella hermosísima torre. En una de las ventanas más altas hallaron una almojaya que salía diez o doce pies fuera de la torre, que había servido de sustentar un tablado para cierta obra que pocos días antes en ella se había hecho. Uno de aquellos caballeros, llamado fulano de Castillejo, natural de Córdoba, sabiendo cuánto se preciaba Don Pedro de su ligereza, y no preciándose él menos de la suya, viendo el almojaya, se quitó la capa y espada, y sin hablar palabra salió de la torre midiendo el almojaya a pies hasta el cabo de ella, y volvió para tras al mismo paso, hasta entrar en la torre.

Don Pedro de Alvarado, que lo vió, sintiendo que lo había hecho por motejarle, de que no sería para otro tanto, no quiso dejar la espada ni la capa. Echó la media de ella sobre el hombro izquierdo, y la otra media puso debajo del mismo brazo, pasándola por debajo del derecho, y tomó la espada con la mano izquierda. Y así salió por el palo adelante, midiéndolo a pies; y cuando llegó al cabo de él, dió una vuelta en redondo, y volvió con el rostro a la torre con el mismo paso y compás, hasta entrar en ella.

Por cierto fue osadía temeraria la del uno y la del otro, y no sé cuál de ellas fue la mayor. Otra vez acaeció que andando a caza Don Pedro de Alvarado y otros caballeros mozos hallaron unos gañanes que, por mostrar su ligereza, saltaban a porfía un pozo ancho que allí había, y teníase por ligero el que le saltaba a pie juntillas. Los caballeros se apearon para lo mismo: algunos saltaron el pozo, otros no osaron. Don Pedro llegó a la postre, y, puesto de pies sobre el borde del pozo, dijo: "Buen salto es a pie juntillas; no sé si me atreva a darlo". Diciendo esto, emprendió el salto e hizo que no alcanzaba bien al otro borde; dió en él con los pulpejos de los pies, y surtió para tras, con tanta ligereza, que volvió a ponerse donde estaba antes. Estas gentilezas y otras semejantes oí contar de este caballero, y de otros muchos que fueron en ganar el Nuevo Mundo, que parece que los crió Dios y la naturaleza con dotes aventajados, así del ánimo como del cuerpo, para que pudiesen llevar y vencer tantos y tan grandes trabajos como los esperaban en la conquista de aquel Mundo Nuevo, tan grande y tan áspero, que aún para andar en paz por él es dificultoso, cuanto más para haberlo de ganar a fuerza de armas. Pero al fin fue obra de Dios, que milagrosamente les ayudó y favoreció, como adelante veremos y atrás hemos visto, que de otras maneras las fuerzas humanas no eran parte para tan grande hecho. Hemos dicho la ligereza y agilidad de Don Pedro de Alvarado, o Pedro de Alvarado, como otros le llaman, que todo es uno. Sus hazañas y trabajos están escritos en la conquista de México, Nicaragua y del Perú, aunque no tan largamente como él lo merecía. Fué de lindo aire a pie y a caballo, tanto que, volviendo una vez de México a España a descargarse de ciertas cosas mal hechas que sus émulos, con falsedad le habían impuesto, tuvo necesidad de besar la mano al Emperador, y darle cuenta de sus servicios. Fué a besársela a

Aranjuez. Su Majestad estaba en una de las calles de aquellos jardines reales; viendo el buen aire que Don Pedro llevaba, preguntó a los que con él estaban quién era, y habiéndolo sabido, dijo: “No tiene este hombre talle de haber hecho lo que de él me han dicho”. Y así le dió por libre de aquellas calumnias y le hizo mucha merced.

De esta jornada volvió casado a la Nueva España; llevó muchas mujeres nobles, para casarlas con los conquistadores que habían ayudado a ganar aquel Imperio, que estaban prósperos, con grandes repartimientos. Llegado a Huahutimallan Don Pedro de Alvarado fue bien recibido; hiciéronle por el pueblo muchas fiestas y regocijos, y en su casa muchas danzas y bailes, que duraron muchos días y noches. En una de ellas acaeció, que estando todos los conquistadores sentados en una gran sala mirando un sarao que había, las damas miraban la fiesta desde una puerta que tomaba la sala a la larga. Estaban detrás de una antepuerta, por la honestidad, y por estar encubiertas. Una de ellas dijo a las otras: “Dicen que nos hemos de casar con estos conquistadores.” Dijo otra: “¿Con estos viejos podridos nos habíamos de casar? cásese quien quisiere, que yo por cierto no pienso casar con ninguno de ellos. Dolos al Diablo; parece que escaparon del infierno según están estropeados: unos cojos y otros mancos, otros sin orejas, otros con un ojo, otros con media cara, y el mejor librado la tiene cruzada una y dos y más veces.” Dijo la primera: “No hemos de casar con ellos por su gentileza, sino por heredar los indios que tienen, que, según están viejos y cansados se han de morir presto, y entonces podremos escoger el mozo que quisiéremos en lugar del viejo, como suelen trocar una caldera vieja y rota por otra sana y nueva.” Un caballero de aquellos viejos, que estaba a un lado de la puerta (en quien las damas, por mirar a lejos no habían puesto los ojos) oyó toda la plática, y, no pudiendo sufrirse a escuchar más, la atajó vituperando a las señoras, con palabras afrentosas, sus buenos deseos. Y volviéndose a los caballeros, les contó lo que había oído y les dijo: “Casaos con aquellas damas, que muy buenos propósitos tienen de pagaros la cortesía que les hiciéredes.” Dicho esto se fue a su casa y envió a llamar un cura, y se casó con una india, mujer noble, en quien tenía dos hijos naturales; quiso legitimarlos para que heredasen sus indios, y no el que escogiese la señora para que gozase de lo que él había trabajado, y tuviese a sus hijos por criados o esclavos. Algunos ha habido en el Perú que han hecho lo mismo, que han casado con indias, aunque pocos; los más han dado lugar al consejo de aquella dama. Sus hijos dirán cuán acertado haya sido, pues desde los espitales en que viven, ven gozar a los hijos ajenos de lo que sus padres ganaron y sus madres y parientes ayudaron a ganar. Que en aquellos principios, viendo los indios alguna india parida de español, toda la parentela se juntaba a respetar y servir al español como a su ídolo, porque había emparentado con ellos. Y así fueron estos tales de mucho socorro en la conquista de las Indias. Una de las ordenanzas que se hicieron para los conquistadores del Nuevo Mundo, fue que gozasen de los repartimientos de indios por dos vidas, por la suya y la de un hijo, y, no lo teniendo, heredase la

mujer, anteponiéndola a los hijos naturales, como si hubieran hecho más que las madres de ellos en ganar la tierra. Por esta herencia tenía por bien aquella dama de casar con el viejo, para trocarlo, como ella decía, por un mozo.

CAPÍTULO II: Trabajos que Don Pedro de Alvarado y los suyos pasaron en el camino.

Con el buen Adelantado Don Pedro de Alvarado pasó al Perú Garcilaso de la Vega, mi señor; fue por capitán como lo dice Pedro de Cieza de León, capítulo cuarenta y dos, por estas palabras: "El Adelantado Don Pedro de Alvarado, acompañado de Diego de Alvarado, de Gómez de Alvarado, de Alonso de Alvarado, mariscal que ahora es del Perú, y el capitán Garcilaso de la Vega, Juan de Saavedra, Gómez de Alvarado y de otros caballeros de mucha calidad, que en la parte por mí alegada tengo nombrados. Llegó cerca de donde estaba el Mariscal Don Diego de Almagro, y pasaron algunos trances, tanto que algunos creyeron que allegaran a romper unos con otros," etc. Hasta aquí es de Pedro de Cieza, donde solo a Garcilaso de la Vega nombra capitán entre todos aquellos caballeros. A todos los cuales yo alcancé a conocer, si no fue a Don Pedro de Alvarado y a Diego de Alvarado. Por la mar, desde Nicaragua hasta Puerto Viejo, pasaron mucha necesidad de comida y agua, porque con la prisa que llevaban, y por entender que no sería tan larga la navegación, no advirtieron en embarcar en los navíos toda la que habían menester. La misma hambre y sed pasaron en tierra después de desembarcados, como luego veremos por relación del contador Agustín de Zárate y del sacerdote Francisco López de Gómara, los cuales escriben casi por unas mismas palabras esta jornada que Don Pedro de Alvarado hizo de la Nueva España al Perú; solo difieren en el *Don*, y en el precio de los caballos que, con hambre mataron en el camino para comer. Por tanto, me pareció sacar aquí a la letra lo que Gómara dice en el capítulo ciento y veinte y siete, donde sumariamente toca los muchos y grandes trabajos que Don Pedro y los suyos pasaron en aquel viaje, que parte de ellos son los que se siguen:

"Publicada la riqueza del Perú, negoció Pedro de Alvarado con el Emperador una licencia para descubrir y poblar en aquella provincia donde no estuviesen españoles; y habida, envió a Garci Holguín con dos navíos a entender lo que allá pasaba, y como volvió loando la tierra, y espantado de las riquezas que con la prisión de Atabáliba todos tenían, y diciendo que también eran muy ricos Cuzco y el Quito, Reino tan cerca de Puerto Viejo, determinóse de ir allá él mismo. Armó en su gobernación el año de mil y quinientos y treinta y cinco más de cuatrocientos españoles y cinco navíos, en que metió muchos caballos. Tocó en Nicaragua una noche, y tomó por fuerza dos buenos navíos, que se aderezaban para llevar gente, armas y caballos a Pizarro. Los que habían de ir en aquellos navíos holgaron de pasar con él antes que esperar otros, y así tuvo

quinientos españoles y muchos caballos. Desembarcó en Puerto Viejo con todos ellos y caminó hacia Quito, preguntando siempre por el camino. Entró en unos llanos de muy espesos montes, donde aína perecieran sus hombres de sed, la cual remediaron acaso, ca toparon unas muy grandes cañas llenas de agua. Mataron la hambre con carne de caballos que para eso degollaban, aunque valían a mil y más ducados (Zárate dice: "con valer cada uno cuatro y cinco mil castellanos"; esto es lo más cierto, porque lo supo en el Perú). Llovióles muchos días ceniza que lanzaba el volcán de Quito a más de ochenta leguas. El cual echaba tanta llama y trae tanto ruido cuando hierve, que se ve más de cien leguas, y, según dicen, espanta más que truenos y relámpagos. Abrieron a manos buena parte del camino: tales boscajes había. Pasaron también unas muy nevadas sierras, y maravilláronse del mucho nevar que hacía tan debajo la equinoccial. Heláronse allí sesenta personas, y cuando fuera de aquellas nieves se vieron, daban gracias a Dios que de ellas los librara, y daban al Diablo la tierra y el oro tras que iban hambrientos y muriendo." Hasta aquí es de Gómara. Agustín de Zárate, al pasar la Sierra Nevada, añade lo que se sigue: "Iban corriendo, sin esperar ni socorrerse los unos a los otros, donde aconteció que llevando un español consigo a su mujer y dos hijas pequeñas, viendo que la mujer y hijas se sentaron de cansadas, y que él no podía socorrer ni llevar, se quedó con ellas, de manera que todos cuatro se helaron, y, aunque él se podía salvar, quiso más perecer allí con ellas. Y con este trabajo y peligro pasaron aquella sierra, teniendo a muy gran buena ventura haber podido verse de la otra parte". Hasta aquí es de Zárate, libro segundo, capítulo nono. Es de mucha lástima ver que la primera española que pasó al Perú pereciese tan miserablemente.

Acerca de los quinientos hombres que estos autores dicen que llevó consigo Don Pedro de Alvarado, se me ofrece decir que a muchos de los que fueron con él les oí, que fueron ochocientos españoles. Pudo ser que salieran de Nicaragua quinientos, y que, desembarcados en el Perú, se le juntaron los demás, y así llegaron ochocientos a los campos de Riuecpampa, donde se hicieron las amistades y el concierto (que luego diremos) entre Don Pedro de Alvarado y Don Diego de Almagro. Otro historiador antepone tres años de tiempo; sea lo que fuere, que poco importa. Las cañas en que hallaron el agua llaman *ipa*; son tan gruesas como la pierna y como el muslo; tienen el canto tan grueso como el dedo de la mano. Donde las hay (que no se crían sino en tierras calientes) se sirven de ellas para enmaderar las casas. Los indios le dieron el aviso del agua, que, como gente que conocía las cañas, sabía el secreto de ellas. De cada caña sacaban más de una arroba de agua, porque conforme a su grosura tenía el altura. Agustín de Zárate, libro segundo, capítulo diez, escribiendo esta jornada de Don Pedro de Alvarado, dice de las cañas lo que se sigue: "En el camino pasó su gente gran trabajo de hambre y muy mayor de sed, porque fue tanta la falta del agua, que si no toparan con unos cañaverales de tal propiedad, que, en cortando por cada nudo, se hallaba lo hueco lleno de agua dulce y muy buena;

las cuales cañas son tan gruesas ordinariamente como la pierna de un hombre; de tal suerte que en cada cañuto hallaban más de una azumbre de agua, que dicen recoger estas cañas (por particular propiedad y naturaleza que para ello tienen) del rocío que de noche cae del cielo, como quiera que la tierra sea muy seca y sin fuente ninguna. Con esta agua se reparó el ejército de Don Pedro, así hombre, como caballos, porque duran gran espacio," etc. Hasta aquí es de Agustín de Zárate, donde dejaremos al Adelantado Don Pedro de Alvarado, por volver a los de Cassamarca, así españoles como indios.

CAPÍTULO III: Llevan el cuerpo de Atahuallpa a Quito, y la traición de Rumiñaui.

Don Francisco Pizarro y Don Diego de Almagro, luego que enterraron a Atahuallpa, se fueron al Cozco, y de camino visitaron el riquísimo templo que había en el valle de Pachacámac y le quitaron el oro y plata que Hernando Pizarro no pudo llevar[26]. De allí fueron al Cozco, y, aunque el camino es asperísimo, de grandes cuestas y ríos caudalosos y quebradas muy hondas, no tuvieron contradicción, sino fue una que adelante veremos.

Dejándolos, pues, en su buen viaje, será bien volvamos al maese de campo Challcuchima y a los capitanes de Atahuallpa y señores de vasallos y gente noble de su corte que quedaron en Cassamarca, porque pongamos cada hecho en su lugar. Luego que los españoles salieron de aquella provincia para irse al Cozco, desenterraron los indios el cuerpo de su Rey, porque les pareció que a la majestad de su Inca era indecente, y contra la costumbre de sus pasados, quedar enterrado en una pobre sepultura debajo de tierra. También lo hicieron por cumplir su mandado, que, como se ha dicho, mandó enterrarse en Quitu, donde lo llevaron los suyos, con esa poca solemnidad y pompa que como gente ya rendida a otro imperio pudieron hacer.

El maese de campo Rumiñahui, que lo supo, hizo en público el mayor aparato que pudo para recibir y embalsamar el cuerpo de su Rey, aunque ya iba corrompido. Y en secreto apercibió lo que le pareció que convenía para la tiranía y el levantamiento que pensaba hacer. Mostróse muy obediente a Quilliscacha, hermano de Atahuallpa, y, para ver si tenía ánimo de reinar, le persuadió que se pusiese la borla y corona real, siquiera hasta vengar la muerte de su hermano. Todo lo cual decía Rumiñaui por quitar cualquier sospecha que Quilliscacha pudiese tener de su mal ánimo, y por asegurarle, para cogerle más descuidado y hacer más a su salvo lo que tenía imaginado. Quilliscacha respondió que era

[26]No es exacta la aseveración de Garcilaso. Pizarro salió de Cajamarca con dirección al Cuzco y no visitó Pachacámac sino después de haber tomado la Capital del Imperio y haber establecido en ella el cabildo español. El viaje del Gobernador, de Cajamarca al Cuzco se encuentra detallado en el itinerario que escribiera su secretario Pedro Sancho de la Hoz. Véase *Relación de lo sucedido en la conquista y pacificación de estas provincias de Nueva Castilla después que el capitán Hernando Pizarro se partió y llevó a S. M. la relación de la victoria de Caxamalca.*

vana pretensión la del reino, porque le parecía que los españoles no lo soltarían de las manos, y, cuando quisiesen dejarlo, no faltarían hijos de Huayna Cápac, de los que habían escapado, que lo pretendiesen, que tenían más derecho que no él, a quien acudirían todos los demás señores del Imperio, así por estar lastimados y ofendidos de las guerras pasadas, como por tenerle por legítimo heredero, y que no era parte para contradecirles.

No se apartó Rumiñaui de su mala intención, aunque oyó la buena respuesta de Quilliscacha, tan discreta y tan puesta en razón; antes como un gran tirano bárbaro, se determinó del todo en su mal propósito; y en sus consejos secretos decía a sus amigos que, según los ejemplos que había visto, le parecía que no había más derecho al reinar que tener ánimo para quitar el Reino y matar a su dueño, como quiera que pudiese, según lo había hecho Atahuallpa con su hermano Huáscar Inca y los españoles con Atahuallpa, y que él haría lo mismo con ellos, no faltándole ánimo para ello. Precipitado en esta determinación, estuvo aguardando que los capitanes y curacas llegasen a Quitu con el cuerpo de Atahuallpa. Rumiñaui les hizo un gran recibimiento, de mucha gente que había juntado para llorar a su Inca; los unos y los otros hicieron grandísimo llanto sobre su cuerpo, y abreviaron las obsequias, que, habiendo de durar un año, se concluyeron en quince días. Al fin de ellos le pareció a Rumiñaui no dejar pasar la ocasión que en las manos tenía para su pretensión, pues su buena dicha le había juntado todos los que deseaba matar (para rebelarse más seguramente), como eran los hijos y el hermano de Atahuallpa, y el maese de campo Challcuchima y tantos capitanes y señores de vasallos que tenía presentes para que adelante no hubiese quien le contradijese. Con este acuerdo apercibió a todos ellos que otro día siguiente comiesen juntos para tratar lo que les conviniese hacer contra los españoles, y para elegir y nombrar a Quilliscacha por Visorrey y Gobernador del Reino de Quitu, entre tanto que el hijo mayor de Atahuallpa era pupilo y le faltaba edad para gobernar por sí. Los capitanes y curacas se juntaron a consejo con Quilliscacha en la casa real del Inca, y propusieron algunas cosas de las que convenían, más no determinaron alguna.

En esto se llegó la hora del comer. Rumiñaui, que tenía apercibido un solemne banquete, les convidó a comer. Pasada la comida, que fue muy abundante, trajeron de beber del brebaje que llaman *sora*, y en otra lengua *uiñapu* que, como se ha dicho, los Reyes Incas tenían prohibido que no se hiciese, so pena de la vida, porque priva de sentido con grandísima violencia al que lo bebe, y lo embriaga repentinamente y lo deja como muerto, de quien el Padre Acosta dice que embriaga más presto que el vino y es así, pero no el brebaje común que beben de ordinario, porque de aqueste es menester beber mucho y en largo tiempo para emborracharse. Pues como Rumiñaui viese los capitanes y curacas caídos sin sentido alguno, los degolló todos, y entre ellos al maese de campo Challcuchima y a Quilliscacha y a los muchachos y muchachas, hijas de Atahuallpa, porque no quedase quien le fuese bando contrario. Y para que su rebelión sonase y atemorizase más, degolló a

Quilliscacha, y con el pellejo cubrió una caja de atambor de guerra, y en ella dejó colgada la cabeza que no quiso quitarla porque viesen cuyo era el pellejo, y la crueldad se viese al descubierto y su memoria se renovase cada día y cada hora, porque este buen discípulo y buen ministro de Atahuallpa pretendió hacerse temer y obedecer por miedos y horrores y no por amor, condición natural de los tiranísimos peores que tigres ni basiliscos. Agustín de Zárate dice muy en suma esta bárbara crueldad y la que se dirá. Pedro de Cieza, dice de Challcuchima, que el Marqués Don Francisco Pizarro lo quemó en Sacsahuana; fue otro capitán deudo suyo de menos cuenta y del mismo nombre, que el maese de campo Challcuchima se halló presente a la muerte de Atahuallpa y llevó su cuerpo a Quitu, como se ha dicho, y murió a manos de los suyos mismos.

CAPÍTULO IV: Rumiñaui entierra vivas todas las escogidas de un convento.

Una inhumanidad de mucha lástima que entre otras hizo entonces Rumiñaui, que fue más abominable que la pasada, tocan dos historiadores españoles. Dicen que llegando Rumiñaui a Quitu, hablando con sus mujeres les dijo: “Alegraos que ya vienen los cristianos, con quien os podéis holgar”. Y que algunas, como mujeres, se rieron, no pensando mal ninguno. Él entonces degolló las risueñas, y quemó la recámara de Atahuallpa. Palabras son de uno de ellos, y casi las mismas dice el otro. Lo que pasó, en hecho de verdad, es que aquel tirano fue un día de aquellos a visitar la casa de las vírgenes que llamaban escogidas, con intención de sacar para sí las que mejor le pareciesen, de las que estaban dedicadas para mujeres de Atahuallpa, como que tomándolas por suyas, se declaraba por Rey y tomaba posesión del Reino. Hablando con ellas los sucesos de aquella jornada, entre otras cosas contó el traje y figura de los españoles, mostrando con grandes encarecimientos la valentía y braveza de ellos, como disculpándose de haber huido de gente tan feroz y brava. Dijo que eran unos hombres tan extraños que tenían barbas en la cara y que andaban en unos animales que llamaban caballos, que eran tan fuertes y recios, que mil ni dos mil indios no eran parte para resistir un caballo, que solo con la furia del correr, les causaba tanto miedo que les hacían huir. Dijo que los españoles traían consigo unos truenos con que mataban los indios a doscientos y a trescientos pasos, y que andaban vestidos de hierro de pies a cabeza. Y para mayor admiración y encarecimiento, dijo a lo último que eran tan extraños, que traían casas hechas a manera de chozas pequeñas en que encerrar los genitales. Díjolo por las braguetas, que no se sabe con qué discreción se inventaron, ni con qué honestidad se sustentan en la república.

Las escogidas se rieron del encarecimiento desatinado de Rumiñaui, más por lisonjearle que por otra cosa. Él se enojó cruelmente, juzgando mal de la risa, atribuyéndola a deseos deshonestos. Y como su crueldad y la rabia que

contra los españoles tenía corriesen a la par (que quisiera hacer de ellos otro tanto), fue menester poca o ninguna ocasión para mostrar la una y la otra; y así con grandísima ira y furor les dijo: "¡Ah, ah, malas mujeres, traidoras, adúlteras! Si con la nueva sola os holgáis tanto, ¿qué no hará con ellos cuando lleguen acá? Pues no los habéis de ver, yo os lo prometo." Diciendo esto, luego al punto mandó que las llevasen todas, mozas y viejas, a un arroyo cerca de la ciudad, y, como si hubieran pecado en el hecho, mandó ejecutar en las pobres la pena que su ley les daba, que era enterrarlas vivas. Hizo derribar sobre ellas parte de los cerros, que a una mano y a otra del arroyo estaban, hasta que la tierra, piedras y peñascos que de lo alto caían las cubrieron, porque la manera de la muerte y del entierro descubriesen más las entrañas del tirano, y el hecho fuese más abominable y más lastimero que el pasado, porque a los varones fuertes y robustos y hechos a la guerra, mató cuando no sentían la muerte, y a las pobres mujeres, tiernas y delicadas, hechas a hilar y tejer, enterró vivas con piedras y peñascos que las tristes veían venir de lo alto sobre ellas. Hallóse presente a su crueldad aquel rabioso perro, porque el gusto mayor de los tales, es verla ejecutar por sus ojos, por el deleite que sienten de mirarla, que no hay colores tan agradables a su vista, ni salsa tan sabrosa a su gusto, como ver ejecutar sus propias maldades. ¡Oh tiranos! ¿Cómo puede sufriros la tierra ni los otros elementos? Así acabaron aquellas pobres vírgenes por culpa tan liviana como una risa fingida, que causó el disparate que el mismo tirano dijo. El cual, después de otras muchas maldades que en su rebelión hizo y después de haber tenido algunos recuentros con Sebastián de Belalcázar, que fue a castigar su levantamiento como adelante diremos, viendo que ni podía resistir a los españoles ni vivir entre los indios por las crueldades y tiranías que con ellos había usado, se metió con los pocos de su familia la tierra adentro, en las montañas de los Antis, donde pereció miserablemente, como perecen todos los tiranos.

CAPÍTULO V: Dos refriegas que hubo entre indios y españoles.

El Gobernador Don Francisco Pizarro y sus compañeros, que eran más de trescientos y cincuenta españoles con los de Almagro, se iban al Cozco descuidados como gente que tenía por suyo todo el Reino, y que no había cabeza que les contradijese. Por esta causa caminaban a la hila sin recelo de enemigos, acomodándose de pueblo en pueblo para ir más a su placer como si hubieran de caminar por su tierra. Así lo toca Agustín de Zárate, libro segundo, capítulo ocho, aunque trueca los capitanes indios que en aquel viaje hicieron un bravo hecho que luego veremos. El Inca Titu Atauchi, hermano de Atahuallpa, viendo al Rey su hermano preso, y que se trataba de su rescate, fue a diversas partes del Reino a juntar oro y plata, para sacar preso de la prisión a su hermano. Viniendo para Cassamarca con grandísima cantidad de aquellos metales, supo en el

camino que su hermano era muerto y que los españoles iban al Cozco a la hila, unos en pos de otros, lo cual sabido y considerado por el Inca Titu Atauchi, desamparó la riqueza que llevaba, y recogió la gente de guerra que pudo, y siguió a los españoles hasta la provincia de Huayllas, y en un pueblo que llaman Tocto dió de sobresalto en ellos con seis mil hombres que llevaba, y prendió ocho españoles que aún no habían partido, y entre ellos a Sancho de Cuéllar, escribano que fue de la información, sentencia y muerte de Atahuallpa. Lo cual toca Agustín de Zárate, y dice que fue Quízquiz, más no dice que prendió a nadie. Tomó al uno por el otro.

Entre tanto que esto pasó en Huayllas, hubo otra refriega en el camino entre los españoles, y el maese de campo Quízquiz, que era un capitán famoso de los ministros de Atahuallpa, de quien hemos hecho mención. El cual, sabiendo en el Cozco que su Rey estaba todavía preso, fue con once o doce mil hombres de guerra de su tercio hacia Cajamarca, a ver si por paz o por guerra pudiese sacar de la prisión a su Inca, y en el camino topó los españoles; hubo con ellos una brava batalla, la cual cuentan los historiadores breve y confusamente y muy en favor de los castellanos. Lo que pasó, en hecho de verdad, fue que el maese de campo Quízquiz, sabiendo por sus corredores que los españoles venían cerca, y a la hila, les hurtó el cuerpo, y encubriéndose con unas sierras, hizo un gran cerco para tomarles la retaguardia. Dió en ella con gran ímpetu, hirió cuatro españoles, y mató diez o doce indios de los criados de ellos. La nueva de este sobresalto llegó al Gobernador, que iba en la vanguardia; el cual con parecer de los suyos envió dos capitanes de a caballo al socorro, pareciéndoles que los indios, viendo caballos, huirían a más no poder, como hicieron en Cassamarca desamparando a su Rey. Los de a caballo llegaron donde Quízquiz estaba, el cual los recibió con gran astucia (disimulando que huía); se fue retirando con los suyos a las sierras y montes, donde los caballos no pudiesen ser señores de ellos, pero no dejaban de pelear por entretenerlos con la batalla. Así anduvieron más de trece horas hasta que sintieron los caballos desalentados. Entonces dieron los indios un gran alarido, llamando los dos tercios de los suyos que estaban emboscados por mandado de Quízquiz, porque los españoles no viesen que eran tantos los enemigos. Los indios salieron con gran ferocidad y pelearon valerosamente. Los españoles hicieron lo mismo, aunque los muchos sobrepujaron a los pocos. Mataron diez y siete españoles, aunque un historiador dice cinco o seis, e hirieron otros; otros quedaron presos y otros se escaparon a uña de caballo. De los indios murieron setenta. Los que quedaron presos fueron: Francisco de Cháves, que era uno de los caudillos, y Pedro Gonzáles, que después fue vecino de Trujillo, y Alonso de Alarcón, y Hernando de Haro; Alonso de Hojeda, que años después cayó en tanta melancolía que perdió el juicio y murió en Trujillo; Cristóbal de Orozco, natural de Sevilla; Juan Díaz, caballero portugués, y otros de menos cuenta, cuyos nombres ha borrado el olvido. A Alonso de Alarcón tomó su caballo debajo, al caer, y le quebró una

pierna por la rodilla, y, aunque los indios a él y a los demás heridos curaron con toda diligencia, quedó cojo.

El maese de campo Quízquiz, como capitán práctico, no quiso aguardar a que llegase todo el ejército de los españoles; antes, con la victoria habida, recogió su gente y caminó hacia Cassamarca, porque hubo nueva que estaba en el camino Titu Atauchi, hermano de su Rey. Fué por unos atajos, pasó un río grande, cortóle la puente, o la quemó, que era de mimbre, porque los españoles no le siguiesen. Encontróse con el Inca Atauchi que venía en seguimiento de los españoles. Acordaron volverse ambos a Cassamarca para tratar allí lo que les conviniese, y así lo pusieron por obra.

CAPÍTULO VI: Matan a Cuéllar, y hacen capitulaciones con los demás prisioneros.

Luego que el Inca Titu Atauchi y el maese de campo Quízquiz entraron en Cajamarca con los españoles, sus prisioneros, hicieron pesquisa con sus indios de la muerte de su Rey Atahuallpa; hallaron que Cuéllar había sido el escribano de la causa y notificado la sentencia de muerte a su Rey, y hallándose presente al darle garrote, para dar testimonio de la ejecución de aquella justicia. También averiguaron que Francisco de Cháves y Hernando de Haro, y otros de los que tenían presos, habían sido en favor del Inca Atahuallpa, y que desearon su vida y libertad y la procuraron y se pusieron a riesgo de perder las suyas. De todo lo cual bien informado y certificado el Inca Titu Atauchi y el maese de campo Quízquiz y los demás capitanes que entraron en consejo, acordaron que al escribano Cuellar, por el atrevimiento y desacato que tuvo de notificar sentencia de muerte a su Inca, y haberse hallado presente a ella, le diesen la misma muerte, como que en él se vengaban de todos los que habían sido la causa y dándosela a su Rey. Y que a los demás españoles prisioneros los curasen y tratasen con todo el regalo posible, por respeto de Francisco de Cháves y Hernando de Haro, que fueron del bando de su Inca; y cuando lo viesen sanos y buenos les enviasen libres y con dádivas, que, por la bondad de aquellos buenos, perdonasen a los demás. Como lo determinaron en su consejo, así lo ejecutaron luego otro día. A Cuéllar sacaron de la prisión, que fue el aposento donde estuvo preso Atahuallpa. Lleváronle a la plaza con voz de pregonero, que iba delante diciendo: "A este auca manda el Pachacámac que ahorquen, y a todos los que mataron a nuestro Inca." *Auca*, como en otra parte dijimos, significa tirano, traidor, alevoso, fementido y todos los demás adjetivos que se pueden dar a la tiranía. Sacaron un pregonero que fuese dando el pregón, no porque se usase antes en aquella república, sino porque supieron que habían llevado así a su Rey. Llegaron con Cuéllar al palo donde dieron garrote y ahogaron al Inca. No habían llegado antes los indios a aquel palo, por tenerlo por maldito; entonces llegaron y ataron a él al escribano, y lo ahogaron y le dijeron: "Así morirán todos tus

compañeros." Dejáronle así muerto todo el día; ya cerca de la noche hicieron un hoyo, donde lo enterraron. Todo esto hicieron, imitando a los españoles en la muerte y entierro de Atahuallpa.

A Francisco de Cháves y a sus compañeros curaron y trataron con mucho regalo, y, cuando los vieron sanos y que estaban para poder caminar, les dieron dádivas de oro y plata y esmeraldas, y muchos indios que los acompañasen y llevasen en hombros. Capitularon con ellos en nombre de todos los españoles, ciertas capitulaciones de paz y amistad que los indios pidieron, que las más notables fueron: Que todas las injurias, delitos y agravios hasta entonces sucedidos de una parte a otra, se borrasen y olvidasen perpetuamente. Que hubiese paz entre indios y españoles para no hacerse mal los unos a los otros. Que los españoles no contradijesen la corona del Imperio a Manco Inca, porque era el legítimo heredero. Que indios y españoles en sus tratos y contratos se hubiesen como amigos, y que quedasen confederados para socorrerse y ayudarse unos a otros. Que los españoles soltasen los indios que tenían presos en cadenas, y de allí adelante no los aherrojasen, sino que se sirviesen de ellos libremente. Que las leyes de los Incas pasados, hechas en beneficio de los vasallos, que no fuesen contra la ley cristiana, se guardasen inviolablemente. Que el Gobernador Don Francisco Pizarro, dentro de breve tiempo, enviase estas capitulaciones a España, para que la Majestad Imperial las confirmase. Todo esto dieron a entender los indios a Francisco de Cháves y a sus compañeros, parte por señas, parte por palabras de los indios criados de los españoles que con ellos aprendieron; a los cuales Titu Atauchi, antes que hablase a los españoles, instruyó palabra por palabra de todo lo que quería decirles, porque supiesen declararlo bien.

Los españoles viendo la generosidad con que Titu Atauchi y todos los suyos les habían tratado en la prisión, y el regalo con que les habían curado, y que les daban libertad, y dádivas de oro y plata, y piedras preciosas, y mucho acompañamiento que los llevasen a los suyos, pudiendo hacerlos pedazos, como gente agraviada y ofendida con la muerte de su Rey, y que a lo último les pedían partidos y condiciones tan justificadas y tan puestas en razón, se confundieron y admiraron del todo. Y como hombres que por horas habían estado esperando la muerte y estaban compungidos de los descuidos que en la doctrina de los indios y predicaciones del Santo Evangelio habían tenido, deseando enmendarlo en lo porvenir, viendo los indios tan pacíficos se atrevieron a decirles que pues ellos pedían cosas en su favor, querían los españoles pedir algunas en el suyo; que les diesen licencia para ello, que no pedirían más de dos. Los indios les dijeron que pidiesen todo lo que quisiesen, que se les daría muy largamente. Entonces dijo Francisco de Cháves, que, en nombre del Gobernador y de todos los españoles, rogaba y encargaba a los Incas y a todos sus capitanes y señores de vasallos, recibiesen la ley de los cristianos y consintiesen que la predicasen por todo el Imperio. Lo segundo era que, pues los españoles eran extranjeros, y no tenían pueblos ni tierras de que mantenerse, les diesen alimentos como a los demás

naturales de aquel Reino, y les diesen indios e indias de servicio que les sirviesen, no como esclavos, sino como criados. Respondiéronles, que lo que tocaba a recibir la ley de los cristianos, que no solamente no la repudiaban, más que les suplicaban que luego que llegasen donde el General estaba, les enviasen predicadores y sacerdotes que les enseñasen su ley, que deseaban saberla, que ellos les regalarían y servirían como a dioses. Que bien sabían que era mejor ley que la suya, que así lo había dicho su Inca Huayna Cápac a la hora de su muerte, que para ellos no era menester otra razón más del mandamiento del Inca; y que también les dejó mandado que obedeciesen y sirviesen a los que nuevamente habían de venir a su Imperio, que sería gente que les haría ventaja en todo. Que por este mandato estaban obligados a obedecer y servir a los españoles, como lo había hecho su Inca Atahuallpa, hasta dejarse matar. Por tanto, que pidiesen todo lo que bien les estuviese, que en todo les darían contento.

Asentadas estas cosas por los historiadores en sus nudos, dijeron a los españoles que podían irse cuando quisiesen. Ellos tomaron luego licencia y se fueron en busca de su Gobernador, cargados de dádivas y mucho acompañamiento. Por los caminos iban hablando Francisco de Cháves y sus compañeros en las cosas referidas, y, como hombres bien considerados decían que aquellas obras y palabras tan puestas en razón no eran de bárbaros idólatras, sino milagros e inspiraciones de Dios Nuestro Señor, que andaba disponiendo los ánimos de aquella gentilidad, para que con amor y suavidad recibiesen su doctrina y Santo Evangelio, y así iban con grandes propósitos de persuadirlo al Gobernador y a todos los demás españoles, entre los cuales había muchos que deseaban lo mismo, y el mismo Gobernador era uno de ellos. Más el demonio, enemigo del género humano, procuraba en contra con todas sus fuerzas y mañas estorbar la conversión de aquellos indios; y aunque no pudo estorbarla del todo, a lo menos la estorbó muchos años con el ayuda y buena diligencia de sus ministros, los siete pecados mortales que, en tiempo de tanta libertad y ocasiones, podía cada cual de los vicios lo que quería. Y así levantaron las guerras que poco después hubo entre indios y españoles por no cumplirse estas capitulaciones, porque la soberbia no consintió la restitución del Reino a su dueño, y causó el levantamiento general de los indios. Luego sucedieron las de los dos compañeros Pizarro y Almagro, que las levantó la ira y la envidia de gobernar y mandar el uno más que el otro; duraron hasta que ambos perecieron, Almagro degollado por un hermano de Pizarro, y Pizarro muerto por un hijo de Almagro. A estas guerras sucedieron las del buen Gobernador Vaca de Castro (que yo conocí en Madrid año de mil y quinientos y sesenta y dos) y Don Diego de Almagro el mozo, porque la soberbia y la discordia no quisieron que aquel mozo obedeciese a su Rey y señor, y así acabó, que no bastaron sus valentías para que no lo entregase la traición de un ministro suyo a quien lo degollase. Luego se siguieron las del Visorrey Blasco Núñez Vela y Gonzalo Pizarro, que las causó la avaricia y la tiranía. Pocos años después sucedieron uno en pos del otro los levantamientos de Don Sebastián de Castilla y de Francisco Hernández

Girón, que los movió la gula y la lujuria. Todas estas guerras ejercitó el demonio sucesivamente por espacio de veinte y cinco años, las cuales, con el favor divino diremos en sus tiempos. Por estos impedimentos no se predicó el Evangelio como se predicara si no las hubiera, que ni los fieles podían enseñar la fe, por los alborotos que cada día tenían, ni los fieles recibirla, porque en todo aquel tiempo no hubo sino guerra y mortandad, a fuego y a sangre, de la cual no participaban menos los indios que los españoles, antes llevaban lo peor de ella, porque los del un bando y los del otro la hacían a costa de ellos, porque les pedían los bastimentos y mandaban llevar a cuestas las cargas de los ejércitos y cualquiera otro trabajo mayor o menor, como yo vi parte de ello.

CAPÍTULO VII: Entran los españoles en el Cozco; hallan grandes tesoros.

El Inca Titu Atauchi, luego como despachó a Francisco de Cháves y a sus compañeros con las capitulaciones dichas, hizo mensajero propio a su hermano paterno Manco Inca, con las mismas capitulaciones, dándole aviso de lo que pasaba, porque estuviese apercibido en lo que con los españoles hubiese de tratar y capitular. El maese de campo Quízquiz le envió a decir que no deshiciese el ejército que tenía, antes procurase aumentarlo hasta haber dado asiento con los españoles de qué manera hubiesen de vivir los unos y los otros, y que se recatase de ellos, no hiciesen de él lo que habían hecho de su hermano Atahuallpa.

Estos avisos y otros enviaron aquellos indios a Manco Inca, y la obediencia y reconocimiento de supremo señor de todo aquel Imperio, que, aunque hasta entonces eran sus enemigos, y deseaban matarle, porque Atahuallpa quedara sin contradictor, más viéndole ya muerto, y que sus pretensiones y esperanzas se habían aniquilado, acordaron, con buen consejo militar, restituir el Imperio a quien legítimamente le pertenecía, porque todos los indios fuesen a una para resistir y echar del Reino a los españoles, o para vivir juntamente con ellos, porque así serían más estimados y más temidos que no estando divididos en bandos y parcialidades,

El príncipe Manco Inca recibió los avisos de su hermano y del maese de campo Quízquiz; holgó mucho con ellos por ver que aquellos personajes, que tan contrarios y enemigos le habían sido, se mostrasen ahora de su bando para restituirle su Imperio. Entendió que lo mismo harían los españoles, pues se publicaban por tan justicieros. Con estas esperanzas se apercibió para ir a visitar a los españoles y pedirles, por vía de paz y amistad y llaneza de justicia, el mando y señorío de su Reino, conforme a las capitulaciones que su hermano Titu Atauchi les había enviado.[27] Dejarlo hemos en sus apercibimientos hasta su

[27]Según las informaciones de Toledo, reproducidas en la *Historia Indica* de Gamboa, Tito Atauchi, fué hijo legítimo de Huayna Cápac y por consiguiente hermano de Huáscar. Nombrado general de uno de

tiempo y lugar, por volver al Gobernador Don Francisco Pizarro. El cual, después del daño pasado que Titu Atauchi y el maese de campo Quízquiz hicieron en su gente, la recogió toda, y caminó con más recato que hasta entonces. No tuvo más recuentros que fuesen de cuenta, sino algunas armas y rebatos de poco momento. Cerca de la ciudad del Cozco salieron sus moradores con armas a defenderles el paso; más con poca resistencia que hicieron, se volvieron a sus casas, y, llevando sus mujeres y hijos y lo que más pudieron de sus haciendas, se fueron a los montes, porque supieron lo que pasó en Cassamarca.[28] Hizo aquella ciudad la resistencia porque estaba sujeta al gobierno de Atahuallpa, que la tiranizó con la prisión de Huáscar; deseaban los de ella vengar su muerte, si pudieran. Gómara dice en este paso lo que se sigue: "Entraron otro día los españoles en el Cuzco sin contradicción alguna, y luego comenzaron unos a desentablar las paredes del templo, que de oro y plata eran; otros a desenterrar las joyas y vasos de oro que con los muertos estaban; otros a tomar ídolos que de lo mismo eran. Saquearon también las casas y la fortaleza, que aún tenían mucho plata y oro de lo de Guayna Cápac. En fin, hubieron allí y a la redonda más cantidad de oro y plata que con la prisión de Atabáliba habían habido en Caxamalca. Empero, como eran muchos más que no allá, no les cupo a tanto. Por lo cual, y por ser la segunda vez y sin prisión de Rey, no se sonó acá mucho. Tal español hubo que halló, andando en un espeso soto, sepulcro entero de plata que valía cincuenta mil castellanos. Otros los hallaron de menos valor, más hallaron muchos: ca usaban los ricos hombres de aquellas tierras, enterrarse así por el campo, a par de algún ídolo. Anduvieron asimismo buscando el tesoro de Guayna Cápac y Reyes antiguos del Cuzco, que tan afamado era; ni entonces ni después no se halló. Más ellos, que con lo habido no se contentaban, fatigaban los indios cavando y trastornando cuanto había, y aún hicieron hartos malos tratamientos y crueldades, porque dijesen de él y mostrasen sepulturas". Hasta aquí es de Gómara, sacado a la letra del capítulo ciento y veinte y cuatro. Y Agustín de Zárate en este paso, libro segundo, capítulo octavo, hablando de unos españoles que iban en alcance de un indio capitán, dice lo que se sigue: "Y no le pudiendo alcanzar, se volvieron al Cuzco, y allí hallaron tan gran presa como la de Caxamalca, de oro y de plata, la cual el Gobernador repartió entre la gente". Hasta aquí es de Zárate. Con estas autoridades queda bastantemente probado lo que atrás dijimos, que en el Cozco hallaron los españoles tanta y más riqueza que en Cassamarca. Huelgo mucho de sacar los semejantes pasos en

los ejércitos durante la guerra civil, luchó contra los de Quito, y al fin en la batalla del Puente del Cotabamba, cayó prisionero en poder de Quisquis, y más tarde pereció en las matanzas que el furor general de Atahualpa hizo en la familia imperial cuzqueña. Dejó Tito Atauchi un hijo del mismo nombre que su padre, que recibió el bautismo y tomó el nombre de Alonzo, el cual vivía en la época de las informaciones del Virrey citado, pero se había distinguido por su adhesión a los conquistadores.

[28]La fuerza española tuvo que vencer en el viaje de Cajamarca al Cuzco, la resistencia de Quisquis, y los Quiteños, partidarios de Huáscar; algunos de éstos encuentros fueron de consideración como la batalla de Vilcas, narrada por Pedro Sancho, las dificultades en este viaje y los incidentes ocurridos nos los ha contado detalladamente el Secretario de Pizarro en su famosa Relación.

nombre de sus autores, porque no parezca que quiero, como la graja, adornarme con plumas ajenas, y también por dar testigos españoles en lo que voy diciendo.

Volviendo a lo que Gómara dice de los tesoros que los españoles hallaron enterrados en el Cozco y sus derredores, es así que a la continua, los siete y ocho años después de lo que vamos diciendo, estando ya ellos en pacífica posesión de aquel Imperio, hallaban tesoros dentro y fuera de aquella ciudad; que en una casa de las que en la partición de ella dividieron los españoles, que era casa real, que llamaban *Amarucancha*,[29] que fue de Antonio Altamirano, acaeció que trayendo un caballero en el patio unos galopes, se le hundió al caballo un pie en un hoyo que antes de los galopes no lo había. Cuando fueron a ver de qué era el hoyo, si era alguna madre vieja que pasaba por la casa, hallaron que era la boca de un cántaro de oro de ocho o nueve arrobas, que los indios los hacen mayores y menores en lugar de tinajas, para cocer su brebaje; y con el cántaro hallaron otras muchas vasijas de oro y de plata, que valieron más de ochenta mil ducados. Y en las casas de las vírgenes escogidas, en la parte que de ellas cupo a Pedro del Barco, que después la hubo un Hernando de Segovia, boticario, que yo conocí, halló el Segovia acaso, sacando unos cimientos, un tesoro de setenta y dos mil ducados, con los cuales, y más de otros veinte mil que había ganado al oficio, se vino a España, y yo le vi en Sevilla, donde en pocos días después que llegó murió de puro pesar y tristeza de haber dejado la ciudad del Cozco. La misma tristeza y muerte ha pasado por otros que han venido, que yo conocí allá y acá. De manera que fueron muchos los tesoros que en aquella ciudad se hallaron cuando se ganó, y los que después acá se han hallado; y se cree que hay muchos más, porque con la entrada de los españoles, escondieron los indios la mayor parte de sus tesoros, como en otra parte lo hemos dicho.

CAPÍTULO VIII: Conversión de un indio que pidió la verdadera ley de los hombres.

Este día, que fue el primero que los cristianos vieron aquella imperial ciudad del Cozco, acaeció un caso maravilloso entre un español y un indio; y fue que un hidalgo natural de Trujillo, llamado Alonso Ruiz, andando saqueando la ciudad como todos los demás, acertó a entrar en una casa, y el dueño de ella salió a recibirle, y, con semblante pacífico le habló en su lengua, y dijo: "Seas muy bienvenido, que muchos días ha que te espero, que el Pachacámac me ha prometido por sueños y agüeros que yo no moriría hasta que viniese una gente nueva, la cual me enseñaría la verdadera ley que hemos de tener, porque toda mi vida he vivido con deseo de ella en mi corazón; tengo por muy cierto que debes de ser tú el que me la has de enseñar". El español, aunque por entonces no entendió lo que el indio le dijo, todavía entendió las primeras dos palabras, que

[29] *Amarucancha* significa "cerco de la serpiente", o "templo de la serpiente". En el sitio ocupado por esto santuario se elevó más tarde la Iglesia y Colegio de la Compañía de Jesús.

ya tenía alguna noticia de las más ordinarias que se hablaban. Y el lenguaje indio en solas dos comprenden las cuatro del castellano que dicen: "Seas muy bien venido." Pues como las entendiese y viese el contento y alegría que el indio mostraba de verle en tiempo y ocasión más de tristeza que de placer, sospechó que quería algo de él; y para saberlo tuvo por bien de quedarse con el indio, el cual procuró regalarle lo mejor que pudo. Al cabo de dos o tres días que la gente (así fieles como infieles) estaba más sosegada del saco pasado, salió Alonso Ruiz a buscar a Felipe, faraute, y con él volvió a hablar a su huésped, y, habiendo entendido bien lo que al principio le había dicho, le hizo preguntas y repreguntas acerca de su vida y costumbres. Por las respuestas entendió que había sido un hombre pacífico, contento con su vida natural, sin haber hecho males ni agravios a nadie, deseoso de saber la verdadera ley de los hombres, porque dijo que la suya no le daba la satisfacción que su ánimo le pedía. Con esto procuró el español lo mejor que pudo enseñarle los principios de nuestra Santa Fe Católica, que creyese en un verdadero Dios Trino y Uno; porque al lenguaje de los indios, como atrás hemos dicho, le faltaban todos esos vocablos, y aún el verbo creer, le decía que tuviese en su corazón lo que tenían los cristianos, que era lo que la Santa Madre Iglesia Romana tiene. Habiéndole dicho esto muchas veces, y respondiendo siempre el indio que sí, llamó a un sacerdote; el cual, habiendo sabido todo el suceso y que el indio quería ser cristiano, como lo decía muchas veces, lo bautizó con mucho contento de todos tres, del ministro y del bautizado y de Alonso Ruiz, que fue el padrino. El indio murió donde a pocos días muy contento de morir cristiano.

Alonso Ruiz se vino a España con más de cincuenta mil pesos que hubo de las partes de Cassamarca y del Cozco, y de otras ganancias, y como buen cristiano, siempre anduvo con escrúpulo que aquello no era bien ganado, y así se fue al Emperador y le dijo: "Sacra Majestad, yo soy conquistador del Perú, de cuyos despojos me cupieron más de cincuenta mil pesos que traje a España. Vivo con pena y cuidado de que no son bien ganados. Yo no sé a quien restituirlos sino a Vuestra Majestad, que es señor de aquel Imperio. Si Vuestra Majestad me hiciera merced de algo de ello, recibirlo he como de señor que puede dármelo; y sino quiere hacérmela, entenderé que no la merezco". El Emperador admitió la restitución, y por su buen ánimo y cristiandad le hizo merced de cuatrocientos mil maravedís de renta en cada un año de juro perpetuo, y de una aldehuela pequeña que está cerca de la ciudad de Trujillo, que ha por nombre Marta. Todo lo cual posee hoy en mayorazgo perpetuo un nieto de Alonso Ruiz. El cual fue bien aconsejado en hacer la restitución, porque, demás de aquietar su conciencia, le dieron en calidad y cantidad más que él pudiera comprar con su dinero. Y lo que es más de notar es que se lo dieron en mayorazgo perpetuo, y así lo poseen hoy sus descendientes; y los repartimientos de las Indias fueron por dos vidas, que el día de hoy son ya acabadas casi todas. Esta hacienda se gozará para siempre, y la que se ha traído de Indias (aunque no

sea de repartimientos, sino habida por otros caminos) se ha notado allá y acá, que no llega al tercer poseedor. Y con esto volvamos al hilo de nuestra historia.

CAPÍTULO IX: Don Diego de Almagro va a verse con Don Pedro de Alvarado y Belalcázar al castigo de Rumiñaui.

Ocupados andaban Don Francisco Pizarro y Don Diego de Almagro en sacar los muchos tesoros, que Gómara dice que hallaban en el Cozco y en sus derredores, cuando les llegó nueva como Don Pedro de Alvarado iba en demanda del Perú para ser gobernador de lo que conquistase, y que llevaba quinientos hombres, y que los más de ellos eran caballeros muy nobles de la flor de España, con muchas armas y caballos y grandes pertrechos de guerra. Los del Cozco se alteraron, temiendo que iba a quitarles lo que ellos poseían, porque no hay placer humano que no tenga su mezcla de pesar. Con este recelo mandó el Gobernador que su compañero Don Diego de Almagro fuese con cien españoles a remediar los inconvenientes que podían suceder. Que le defendiese la tierra de manera, que Don Pedro de Alvarado no desembarcase, y cuando no le pudiese resistir le comprase el armada, lo cual hiciese con toda la buena maña que pudiese. Don Diego fue como se le ordenó, y adelante diremos lo que le sucedió, que es forzoso decir otras cosas grandes que acaecieron en el mismo tiempo. Y así es de saber que, poco después de la partida de Don Diego de Almagro, llegaron al Cozco Francisco de Cháves y sus compañeros, y dieron cuenta al Gobernador y a los demás españoles de las generosidades que Titu Atauchi y sus capitanes habían usado con ellos, las curas y regalos que les habían hecho, las dádivas y acompañamiento que les había dado, las capitulaciones que entre indios y españoles habían asentado y, a lo último, dijeron la justicia que en el escribano Cuéllar habían ejecutado los indios con solemnidad de pregonero y verdugo.

El Gobernador y todos los suyos holgaron en extremo de ver a Francisco de Cháves y a sus compañeros, que los habían llorado por muertos, y se admiraron grandemente de que los indios los hubiesen tratado como decían. También notaron la muerte de Cuéllar, que hubiesen querido vengarse en él solo, y no en todos los que prendieron. De las capitulaciones se maravillaron más, que de otra cosa, viendo el ánimo que los indios mostraban a la paz y amistad con los españoles y a la doctrina del Santo Evangelio, y así propusieron por entonces cumplirlas todas. Más las alteraciones de la ida de Don Pedro de Alvarado no dieron lugar a que por entonces se hablase de quietud ni religión, sino de guerra y crueldades, para destrucción de indios y españoles, como se verá en el proceso de la historia.

Casi en aquellos mismos días le vinieron nuevas al Gobernador de la mortandad y tiranías que Rumiñaui había hecho y hacía en Quitu, y que juntaba gente de guerra contra los españoles. El Gobernador, para castigo de aquel tirano

y para remedio de los inconvenientes que su levantamiento pudiese causar, envió al capitán Sebastián de Belalcázar con gente bien apercibida, así de a caballo como de a pie, con orden que socorriesen a Don Diego de Almagro si lo hubiese menester. Los cuales fueron a toda diligencia y mucho recato, porque no les acaeciese lo que a Francisco de Cháves y a sus compañeros. Por los caminos hallaron algunos capitanes de Atahuallpa, fortalecidos en peñones y plazas fuertes, porque no tenían gente para esperar en campaña. Estos eran capitanes menores, los cuales luego que supieron la prisión de su Rey, levantaron gente, sin orden del Inca, en sus distritos, para lo que fuese menester. Y aunque supieron la muerte de Atahuallpa, no habían despedido los soldados, aguardando a ver si los llamaba algún pariente de su Rey para vengar su muerte, y así andaban aquellos capitanes derramados por el Reino de por sí, como gente sin caudillo ni cabeza que los gobernase, que, si se juntaran todos, pudieran hacer mucho daño a los españoles, aunque no fuera sino en los pasos dificultosos y peligrosos que hay por aquellos caminos.

Con estos capitanes tuvo Sebastián de Belalcázar algunos rencuentros de poco momento que, como no tenían gente bastante para resistir, desamparaban la pelea al mejor tiempo. Solo uno, que se decía Súpay Yupanqui, que quiere decir *Diablo Yupanqui*, peleó conforme al nombre, que mató cinco españoles e hirió catorce, y, si tuviera más gente hiciera carnicería de todos ellos. Francisco López de Gómara, capellán real de la Majestad Católica, escribiendo estos rencuentros, capítulo ciento y veinte y ocho, dice que se llamaba este capitán Zopo Zopagui. El contador imperial, Agustín de Zárate, libro segundo, capítulo décimo, le llama Zapa Zopagui, que es más semejante al nombre que él tenía. Para declarar su propio nombre es de saber que se llama Súmac Yupanqui, que quiere decir el Hermoso Yupanqui, porque este indio, cuando mozo, fue muy hermoso de rostro y gentil hombre de cuerpo; llamábase Yupanqui, diéronle por renombre el Hermoso, que eso significa el participio *Súmac*, como lo dijimos en la poesía de los Incas. Era hijo bastardo de uno de los de la sangre real; su madre era del Reino de Quitu; habíase criado con Atahuallpa y por su buena soldadesca mereció ser capitán suyo. En las muchas y diversas crueldades que aquel Rey mandó ejecutar después que venció y prendió a su hermano Huáscar Inca, éste capitán, por agradar a su príncipe, viendo que gustaba tanto de ellas, se extremó y aventajó de todos los demás ministros que las ejecutaron, e inventó otras cruelísimas que no cabían en la inventiva de los otros, ni en la de su Rey, como lo hacen muchos criados de señores y príncipes, sin temor de Dios ni vergüenza de las gentes, por ganar la voluntad de sus amos. Por lo cual los mismos capitanes y gente de Atahuallpa, viendo sus obras tan semejantes a las del demonio, le trocaron el renombre, y en lugar de Súmac le pusieron Zúpay, que quiere decir Diablo. Este indio después de haber resistido a Sebastián de Belalcázar y héchole el daño que pudo, se retiró y huyó donde no pudiesen haberle españoles ni indios, porque estos le aborrecían por sus obras y él temía a aquellos por sus armas. Entendióse que, desesperado de no poder vivir entre los

suyos por las diabluras pasadas ni atreverse a fiar de los ajenos, se hubiese metido en las bravas montañas de los Antis entre tigres y culebras, como lo hicieron otros capitanes, compañeros suyos.

Sebastián de Belalcázar pasó adelante, y llegó a Quitu a castigar y atajar las crueldades de Rumiñaui; el cual salió a recibirle, y como atrás dijimos, tuvieron algunos rencuentros de poco daño para los españoles y de mucho para los indios, porque eran pocos y mal avenidos. Que, como este maese de campo hubiese hecho la crueldad que contra los suyos mismos hizo, en matar a los capitanes, sus compañeros, y al hermano e hijos de su propio Rey, y enterrar vivas a las vírgenes escogidas, tan sin causa, razón, ni justicia, quedó tan aborrecido de los indios, que aunque hizo llamamiento de gente, diciendo que era para vengar la muerte de Atahuallpa, no le acudió nadie. Y así, no pudiendo resistir a Belalcázar, se retiró a las montañas desesperado de la vida. Este remedio para contra sus enemigos también lo tomaron algunos españoles, como adelante veremos.

CAPÍTULO X: Temores y esperanzas de Almagro, la huida de su intérprete y la concordia con Alvarado.

El buen Don Diego de Almagro, que iba en demanda de Don Pedro de Alvarado, tuvo asimismo reencuentros con los capitanes de Atahuallpa que halló por el camino que llevaba, más fueron de tan poco momento que no hay qué decir de ellos. Así caminó Don Diego poco a poco, aguardando saber de cierto dónde quedaba Don Pedro de Alvarado, por no errarle en el camino, que ya sabía que se había desembarcado y entrado la tierra dentro.

Sebastián de Belalcázar, que llevaba orden de socorrer a Don Diego de Almagro, habiendo ahuyentado de Quitu a Rumiñaui y a los demás capitanes que halló, bajó a toda diligencia hacia la costa en busca de Almagro, y, habiéndose juntado con él, se ocuparon ambos en deshacer las capitanías de indios que andaban derramadas por aquellas provincias. Esto hacían porque no osaban ir a buscar a Don Pedro de Alvarado, porque supieron que traía mucha y muy buena gente, y aún estuvieron por desamparar la empresa, si la vergüenza no lo estorbara. Así estuvieron hasta que se les acercó Don Pedro de Alvarado, y les prendió siete de a caballo que Don Diego había enviado a correr el campo; más soltólos luego que se informó de la gente que Almagro llevaba y de las demás cosas que le convenía saber, porque este caballero nunca llevó ánimo de contradecir ni estorbar la conquista del Perú a los que andaban en ella, sino de ayudarles en cuanto pudiese; y así soltó libremente aquellos prisioneros, pudiendo retenerlos consigo. Con esta generosidad de Don Pedro de Alvarado holgó el buen Don Diego de Almagro y perdió algo de sus temores, porque imaginó en su favor y provecho que eran indicios de paz y concordia. Más por

no haberle enviado a decir nada con los corredores libertados, no los perdió del todo, y así estuvo entre miedos y esperanzas, aguardando el fin de su jornada.

En tiempo y ocasión de tantas congojas para Don Diego de Almagro, sucedió una novedad que se las aumentó grandemente, y fue que Felipe, indio intérprete, que había ido con él, sabiendo que Don Pedro de Alvarado estaba cerca, se huyó una noche, y llevó consigo un cacique principal y se fue a Don Pedro, y le dió aviso de la poca gente que Don Diego tenía, y que todos los curacas que con él estaban, deseaban huirse y venirse a servirle, y que lo mismo harían los demás que había en el Reino, que él se ofrecía traerlos a su servicio y obediencia, y guiarle a donde Almagro estaba, para que, hallándose desapercibido, lo prendiesen con más facilidad. Más Don Pedro aunque holgó de saber lo que en su favor había, rehusó de hacer lo que Felipe decía, porque esperaba negociar mejor por otro camino. Este indio hizo aquella traición porque como malhechor, acusado de su conciencia, andaba temeroso que le habían de castigar por el testimonio que levantó al Rey Atahuallpa de que procuraba matar los españoles, lo cual fue causa de su muerte. Abreviando, pues, el cuento, decimos que Don Pedro Alvarado y Don Diego de Almagro se vieron en los campos de Riuecpampa, que los españoles llaman Riobamba, donde estuvieron puestos en armas, a punto de pelear unos con otros. Más llegando a romper, como todos eran españoles y los más extremeños, movidos del natural parentesco, sin licencia de los generales, se hablaron unos a otros, ofreciéndose paz y amistad de una parte a otra, como acaeció cerca de Lérida, entre los soldados del muchas veces grande Julio César, y de los capitanes pompeyanos Petreyo y Afranio. De la cual plática Don Diego de Almagro holgó mucho, porque no tenía la cuarta parte de la gente que Don Pedro de Alvarado traía, aunque él y los suyos estaban determinados de morir antes que dar la ventaja a sus contrarios. Los unos y los otros estuvieron sosegados, y de común consentimiento asentaron tregua por veinte y cuatro horas para que los generales se viesen y tratasen lo que a todos conviniese. Ellos se vieron, y por medio del Licenciado Caldera, natural de Sevilla, se concertaron que igualmente fuesen todos compañeros en lo ganado y por ganar, para lo cual Don Pedro de Alvarado fuese con su armada por la costa adelante hacia el mediodía, a descubrir los reinos y provincias que por allí hubiese, y que Don Francisco Pizarro y Don Diego de Almagro quedasen pacificando lo que tenían descubierto y casi conquistado. Y que los soldados, así del uno como del otro, libremente pudiesen ir donde quisiesen, o al nuevo descubrimiento por la mar o a la conquista de la tierra. Esto fue la que se publicó del concierto, por no indignar los de Don Pedro de Alvarado, que, como Pedro de Cieza y Gómara y Zárate dicen, había entre ellos muchos caballeros muy principales que habían de sentir de que no les hubiesen gratificado de presente, etc.

Lo que en secreto reservaron, que no osaron publicar, fue que Don Diego de Almagro prometió de dar a Don Pedro cien mil pesos de buen oro (que se entiende cuatrocientos y cincuenta maravedís cada peso) por la armada, caballos

y pertrechos que llevaba, y que él se volviese a su Gobernación de Huahutimallan, y jurase, como luego juró, de no volver más al Perú durante la vida de los dos compañeros Pizarro y Almagro. Con esto quedaron ambos muy satisfechos.

Hecho el concierto, Don Diego de Almagro, quemó vivo al curaca que se huyó con Felipe intérprete, por la traición que le hizo en huirse, y del faraute hiciera lo mismo si Don Pedro de Alvarado no intercediera por él. En este paso, capítulo ciento y veinte y nueve dice Gómara lo que se sigue.

"No tuvo Almagro de qué pagar los cien mil pesos de oro a Pedro de Alvarado con cuanto se halló en aquella conquista; aunque hubieron en Caramba[30] un templo chapado de plata; o no quiso sin Pizarro, o por llevarlo primero donde no pudiese deshacer la venta. Así que fueron ambos a San Miguel de Tangarará. Alvarado dejó ir muchos de su compañía a poblar Quito con Benalcázar, y llevó consigo los más y mejores." Hasta aquí es de Gómara. Yo lo había de decir, y, porque él lo dijo, lo pongo en su nombre. De todo lo cual dió luego aviso Don Diego de Almagro al Gobernador Don Francisco Pizarro.

CAPÍTULO XI: Almagro y Alvarado van al Cozco. El príncipe Manco Inca viene hablar al Gobernador, el cual le hace un gran recibimiento.

Habiendo celebrado los españoles su concordia con regocijo común de todos ellos, los dos Gobernadores, que son Don Diego de Almagro y Don Pedro de Alvarado (a quien por razón de la confederación llamaron Gobernador como a Don Francisco Pizarro y a su compañero Don Diego de Almagro) ordenaron, que el capitán Sebastián de Belalcázar se volviese al Reino de Quitu a ponerlo en paz y quietud, porque no faltaban capitanejos indios de poca cuenta que andaban desasosegando la tierra. Procuraban los españoles estorbar cualquier levantamiento que pudiese haber. Despachado esto, proveyeron otras cosas necesarias, como fue un presidio donde se asegurasen los españoles que de Panamá o de Nicaragua fuesen a hallarse en la conquista del Perú, porque, a fama de sus muchas y grandes riquezas, acudían de todas partes, como quiera que pudieran gozarlas. Proveyeron el presidio de armas y bastimento, y dejaron bastante gente para guardarlo. Don Pedro de Alvarado, que conforme a las capitulaciones que se publicaron, había de volverse a sus navíos e ir la costa adelante al mediodía a conquistar nuevos reinos y provincias, dijo que quería ir por tierra a verse con el Gobernador Don Francisco Pizarro, y gozar de ver aquel Reino y sus buenas partes. Esto dijo por disimular las capitulaciones que quedaron en secreto. Con esta ocasión acordaron que Don Diego enviase un ministro suyo, que se decía Diego de Mora, que yo conocí después, a que se

[30] ¿Curumba?, donde existen ruinas de pueblos y santuarios.

entregase en la armada; y Don Pedro envió a Garci Holguín para que se la entregase, y el Diego de Mora la tuviese por ambas las partes, pues, conforme a la concordia, los navíos y cuanto había en ellos eran comunes. Despachadas las provisiones, tomaron los Gobernadores su camino para ir al Cozco, donde estaba Don Francisco Pizarro. Dejarlos hemos caminar, por decir lo que sucedió a Don Francisco Pizarro en el Cozco, mientras Don Diego de Almagro anduvo en lo que hemos dicho, porque no volvamos de más lejos a contarlo, sino que se diga cada hecho en su tiempo y lugar.

Manco Inca, con los avisos que su hermano Titu Atauchi, y el maese de campo Quízquiz le enviaron, se apercibió, como atrás dijimos, para ir a visitar al Gobernador y pedirle la restitución de su Imperio y el cumplimiento de los demás capítulos que su hermano y todos los capitanes principales del Reino habían ordenado. Entró en consejo con los suyos una y dos y más veces, sobre cómo iría, si acompañado de gente de guerra o de paz. En lo cual estuvieron dudosos los consejeros, que unas veces les parecía mejor lo uno y otras veces lo otro, pero casi siempre se inclinaban a que fuese asegurado con ejército poderoso, conforme al parecer de Quízquiz, porque no le acaeciese lo que a su hermano Atahuallpa; que se debía presumir que los forasteros harían más virtud por temor de las armas que no por agradecimiento de los comedimientos, porque los de Atahuallpa antes le habían dañado que aprovechado. Estando los del consejo para resolverse en este parecer, habló el Inca diciendo:

"—¡Hijos y hermanos míos! Nosotros vamos a pedir justicia a los que tenemos por hijos de nuestro dios Viracocha, los cuales entraron en nuestra tierra publicando que el oficio principal de ellos era administrarla a todo el mundo. Creo que no me la negarán en cosa tan justificada como nuestra demanda, porque (conforme a la doctrina que nuestros mayores siempre nos dieron) les conviene cumplir con las obras lo que han prometido por sus palabras, para mostrarse que son verdaderos hijos del Sol. Poco importará que los tengamos por divinos, si ellos lo contradicen con la tiranía y maldad. Yo quiero fiar más de nuestra razón y derecho, que no de nuestras armas y potencia. Quizá, pues dicen que son mensajeros del dios Pachacámac, le temerán, pues saben (como enviados por él) que no hay cosa que tanto aborrezca, como que no hagan justicia los que están puestos por superiores para administrarla, y que, en lugar de dar a cada uno lo que es suyo se lo tomen para sí. Vamos allá armados de justa demanda; esperemos más en la rectitud de los que tenemos por dioses que no en nuestras diligencias, que si son verdaderos hijos del Sol como lo creemos, harán como Incas: darnos han nuestro Imperio, que nuestros padres, los Reyes pasados, nunca quitaron los señoríos que conquistaron, por más rebeldes que hubiesen sido sus curacas. Nosotros no lo hemos sido, antes todo el Imperio se les ha rendido llanamente. Por tanto, vamos de paz, que si vamos armados, parecerá que vamos a hacerles guerra y no a pedirles justicia, y daremos ocasión a que nos la nieguen; que a los poderosos y codiciosos cualquiera les basta para hacer lo que quieren y negar lo que les piden. En lugar

de armas llevémosles dádivas de lo que tenemos, que suelen aplacar a los hombres airados y a nuestros dioses ofendidos. Juntad todo el oro y plata, y piedras preciosas que pudiéredes; cácense las aves y animales que se pudieren haber; recójanse las frutas mejores y más delicadas que poseemos; vamos como mejor pudiéremos que, ya que nos falta nuestra antigua pujanza de Rey, no nos falta el ánimo de Inca. Y si todo no bastase para que nos restituyan nuestro Imperio, entenderemos claramente que se cumple la profecía de nuestro padre Huayna Cápac que dejó dicho: había de enajenarse nuestra monarquía, perecer nuestra república y destruirse nuestra idolatría. Ya vemos cumplirse parte de esto. Si el Pachacámac lo tiene así ordenado, ¿qué podemos hacer sino obedecerle? Hagamos nosotros lo que es razón y justicia; hagan ellos lo que quisieren."

Todo esto dijo el Inca con gran majestad. Sus capitanes y curacas se enternecieron de oír sus últimas razones, y derramaron muchas lágrimas, considerando que se acababan sus Reyes Incas.

Pasado el llanto, apercibieron los curacas y ministros lo que el Inca les mandó, y lo más, necesario, para que su Rey fuese con alguna majestad real, ya que no podía con la de sus pasados. Así fue al Cozco, acompañado de muchos señores de vasallos y mucha parentela de ellos, pero de la suya llevó muy pocos, porque la crueldad de Atahuallpa los había consumido todos. Hízosele un gran recibimiento, salieron a él todos los españoles, así los de a pie como los de a caballo, buen trecho fuera de la ciudad. El Gobernador se apeó llegando cerca del Inca, el cual hizo lo mismo, que iba en unas andas, no de oro como eran las de sus padres y abuelos, sino de madera, que, aunque los suyos le habían aconsejado que fuese como Rey, pues lo era de derecho que llevase sus andas de oro y su corona en la cabeza, que era la borla colorada. El Inca no quiso llevar ni lo uno ni lo otro, porque dijo que era desacato contra el Gobernador y sus españoles llevar puestas las insignias reales yendo a pedir la restitución del Reino, que era decirles, que aunque ellos no quisiesen había de ser Inca, pues llevaba tomada la posesión del Imperio con la borla colorada. Dijo que llevaría la amarilla, para que los viracochas (que así llaman los indios a los españoles, y así les llamaré yo también, pues soy indio) entendiesen que era el príncipe heredero legítimo.

El Gobernador hizo su cortesía al Inca a la usanza castellana, y le dijo que fuese muy bienvenido. El Inca respondió que venía a servir y adorar a los que tenía por dioses, enviados por el Sumo Pachacámac. Habláronse pocas palabras, por falta de buenos intérpretes. Luego que el Gobernador hubo hablado al Inca, se apartó, por dar lugar a que los demás españoles le hablasen. Entonces llegaron sus dos hermanos, Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro.

El Inca sabiendo que eran hermanos del *Apu*, que es Capitán General, les abrazó e hizo mucha cortesía, porque es de saber que antes que el Inca llegase a hablar a los españoles, había prevenido que un indio de los que con ellos hubiese andado, que tuviese noticia de los capitanes de guerra y de los demás ministros,

estuviesen delante al hablarles y los diese a conocer. Y así estuvo un indio, criado de los españoles, que decía, a uno de los señores de vasallos, que estaban cabe el Rey, el cargo que tenían cada uno de los que llegaban a hablarle, y el curaca lo decía al Inca para que estuviese advertido. De esta manera habló a los capitanes y oficiales de la hacienda imperial con alguna diferencia que a los demás soldados que llegaron en cuadrillas a hablar al Inca; y a todos en común les hizo mucha honra y les mostró mucho amor en el aspecto y en las palabras. Y al cabo dijo a los suyos lo mismo que Atahuallpa cuando vió a Hernando Pizarro, y a Hernando de Soto: "Verdaderos hijos son estos hombres de nuestro dios Viracocha, que así semejan a su retrato en rostro, barbas y vestido. Merecen que les sirvamos, como nos lo dejó mandado en su testamento nuestro padre Huayna Cápac."

CAPÍTULO XII: El Inca pide la restitución de su Imperio, y la respuesta que se le da.

Con lo dicho se acabó la plática. Los españoles subieron en sus caballos y el Inca en sus andas. El Gobernador se puso a la mano izquierda del Inca, y sus hermanos y los demás capitanes y soldados iban delante, cada compañía de por sí. El Gobernador mandó que una de ellas fuese en retaguardia del Inca, y que dos docenas de infantes se pusiesen en derredor de las andas del Rey, de lo cual se favorecieron los indios muy mucho, porque les pareció que en mandarles ir todos juntos en una cuadrilla los igualaban, subiéndolos a la alteza de los que tenían por divinos. Así entraron en la ciudad con gran fiesta y regocijo. Los vecinos de ella salieron con muchos bailes y cantares compuestos en loor de los viracochas, porque sintieron grandísimo contento de ver a su Inca, y por entender que había de reinar el legítimo heredero, pues las tiranías de Atahuallpa se habían acabado. Tenían la calle por donde el Inca había de pasar cubierta de juncia, y algunos arcos triunfales puestos a trechos, cubiertos de flores, como solían hacerlos en los triunfos de sus Reyes. Los españoles llevaron al Inca a una de sus casas reales, que llamaban *Cassana*, que estaba en la plaza mayor, frontero de donde está hora el colegio de la Compañía. Allí le dejaron muy contento y lleno de esperanzas, imaginando que sería la restitución de su Imperio a medida del recibimiento de su persona, y así lo dijo a los suyos, de que todos ellos quedaron muy contentos, pareciéndoles que vendría presto la paz, quietud y descanso que solían gozar con el Reino de sus Incas. Aposentado el Rey, llevaron luego sus ministros el presente que traían para el Gobernador y sus viracochas; los cuales rindieron las gracias con tan buenas palabras, que quedaron los indios tan ufanos que no cabían en sí de placer. Éste fue el día de mayor honra y contento que este pobre Inca tuvo en todo el discurso de su vida, porque los de antes de aquel día fueron de gran tormento y congoja, huyendo de las tiranías y persecuciones de su hermano Atahuallpa, y los que después

sucedieron, hasta su muerte, no fueron de menos miseria, como adelante veremos.

El Inca, luego que se vió en su casa, envió a decir a Francisco de Cháves y a sus compañeros que deseaban conocerlos y verlos aparte, por la relación que de ellos le habían dado los suyos. Venidos que fueron, los abrazó con muestras de mucho amor; y después de haber bebido con ellos, según la costumbre de los Incas, entre otras palabras de caricias les dijo que por sus obras mostraban bien ser verdaderos hijos del dios Viracocha y hermanos de los Incas, que así habían deseado librar de la muerte a su hermano Atahuallpa. Que él lo agradecía y esperaba gratificarlo largamente; que lo tuviesen por hermano, pues eran todos de un linaje, hijos y descendientes del Sol. Mandóles diesen muchos vasos de oro y plata y piedras preciosas que traían aparte para este caballero y sus compañeros; el cual dijo al Inca en nombre de todos que ellos eran muy servidores de Su Alteza y lo mostrarían en todo lo que se ofreciese, y que lo que habían hecho por el Rey su hermano, había sido por cumplir sus propias obligaciones; que les mandase lo que por bien tuviese para hacer experiencia de sus ánimos y voluntad, que los hallaría muy apercibidos en su servicio. El Inca volvió abrazarlos, y los envió muy contentos y ricos de joyas de oro y plata, esmeraldas y turquesas.

Dos días después de su venida, propuso el príncipe Manco Inca al Gobernador le restituyesen la posesión de su Imperio y el cumplimiento de las capitulaciones que entre indios y españoles se habían asentado para paz y hermandad de todos ellos. Y que les diesen sacerdotes y ministros para que predicasen y enseñasen la ley de los cristianos a los indios, como lo habían propuesto los mismos cristianos cuando hicieron capitulaciones, que el Inca los enviaría con toda veneración y regalo a los reinos y provincias más principales del Imperio para que doctrinasen a los suyos. Que bastaba haberlos dicho su padre Huayna Cápac a la hora de su muerte que era mejor ley que la suya, para que ellos la recibiesen de buena voluntad. Que mirasen cómo querían ser servidos los viracochas, y cuál parte y cuánta querían del Reino, que luego se les daría contento y les obedecerían, porque también había mandado su padre en su testamento que les obedeciesen y sirviesen con todo amor y regalo.

El Gobernador respondió que Su Alteza fuese bienvenido a su ciudad imperial; que descansase; que holgaba mucho saber su voluntad para cumplirla, que las capitulaciones eran tan justificadas que era mucha razón que se cumpliesen todas. Dicho esto hablaron en otras cosas, más la plática fue muy corta por la falta de los intérpretes.

Otro día el Gobernador, habiendo consultado con sus hermanos y los demás capitanes la demanda del Inca, sobre la cual hubo diversos pareceres, más sabiendo que la posesión del Reino era ponerse la borla colorada, fue a casa del Inca acompañado de los suyos y, sin buscar más razones, le dijo que le suplicaba tomase luego la posesión de su Imperio; que si supiera antes lo que era, no consintiera que estuviera una hora sin su corona real en la cabeza; y que en la

partición del Reino se trataría más adelante, cuando los unos y los otros hubiesen hecho asiento y tuviesen quietud, porque al presente andaban alborotados indios y españoles; y que el servicio que habían de hacer a los españoles y la paz que habían de tener, lo ordenase el Inca, porque fuese más a su gusto y voluntad, que esa obedecerían los españoles de mejor gana; y que no daban luego los ministros para enseñar la ley de Dios porque había tan pocos sacerdotes, que aún ellos no tenían los que habían menester; que venidos que fuesen, que los esperaban, les darían todo recaudo, que los cristianos no habían ido a aquellas partes sino a desengañar a los naturales de ellas de los errores y torpezas de su idolatría. Con esto quedaron los indios muy contentos y satisfechos, y el Inca se puso la borla, cuya fiesta y solemnidad fue grandísima, aunque muy desigual de las pasadas, porque faltaban todos los de la sangre real, que en todas las cortes del mundo son los que más engrandecen la majestad de ellas. También faltaban muchos señores de vasallos que las crueldades de Atahuallpa consumieron. Este menoscabo de la casa y corte de su Inca lloraron los viejos, que la vieron en tiempo del gran Huayna Cápac; los mozos, que no alcanzaron aquella majestad antigua, se regocijaron por todos.

CAPÍTULO XIII: Los dos Gobernadores van en busca del maese de Campo Quízquiz.

Don Pedro de Alvarado y Don Diego de Almagro, como atrás dijimos, caminaban con su lucida compañía hacia el Cozco, donde sabían que estaba el Gobernador Don Francisco Pizarro. En su camino supieron que el maese de campo Quízquiz estaba hacia la provincia de los Cañaris con mucha gente de guerra, mucho oro y mucha plata y gran cantidad de ropa de la muy preciada, e innumerable ganado. Todo esto decía la fama, acrecentando cada cosa mucho más de lo que era, como suele hacerlo siempre en semejantes casos. Los Gobernadores caminaron hacia allá por deshacer aquel ejército y matar aquel tirano, porque sabían de los indios que en todo aquel Imperio no había otras armas en pie sino las suyas. Quízquiz, aunque tenía su gente consigo, estaba quieto sin ánimo de pelear con los españoles, porque como él y el Inca Titu Atauchi habían enviado al Gobernador las capitulaciones que atrás se han dicho, que hicieron con Francisco de Cháves y sus compañeros, estaba esperando la confirmación de ellos y la paz universal que había de haber entre indios y españoles, y descuidado de que fuesen a matarle[31]. Acrecentábale este descuido y quietud el mandato y persuasión que el Inca Titu Atauchi le había hecho a la hora de su muerte. Porque es de saber que aquel pobre Inca murió pocos días

[31]No se concilia la amistad de Tito Atauchi con Quisquis y sus aficiones al partido de Huáscar, si hemos de creer lo que de él contaron los quipucamayos a Toledo. Por lo demás en el Perú como en México la antigua tradición de la llegada de gentes blancas que habían de ganar el reino enviadas por el dios Viracocha, favoreció mucho la sumisión de los indios al menos en los primeros momentos de la Conquista.

después de haber despachado a Francisco de Cháves y a sus compañeros. Causóle la muerte la pena, dolor y tristeza de la muerte del Rey Atahuallpa, su hermano, y saber lo que el traidor de Rumiñaui había hecho en Quitu con sus sobrinos y hermanos y con los demás capitanes y con las vírgenes escogidas. Consideró que atrevimiento y desacatos tan grandes de un vasallo, contra la sangre de su propio Inca, eran señales muy claras de la pérdida y distribución de todo el Imperio y de la majestad de los suyos. Viéndose con estas aflicciones, ya cerca de morirse, llamó al maese de campo Quízquiz y a sus capitanes, y les dijo procurasen la paz con los viracochas, que les sirviesen y respetasen, que se acordasen que su Inca Huayna Cápac lo dejó así mandado en su testamento, cuyo oráculo y pronóstico dijo se había de cumplir por entero, como se veían cumplida la mayor parte de él. Por lo tanto, procurasen agradar a los que tenían por descendientes de su padre el Sol e hijos de su dios Viracocha, y que esto les mandaba y encargaba como hijo de ese mismo Inca Huayna Cápac.

Por estas persuasiones, y con la esperanza del cumplimiento de sus capitulaciones, estaba Quízquiz descuidado de la guerra, y, aunque supo que los Gobernadores iban hacia él, no se escandalizó ni hizo alboroto de armas; solamente envió una compañía de cien soldados (que eran las menores que los Incas traían en la guerra) con un centurión que los historiadores Gómara y Zárate llaman *Sotaurco*, por decir *Zoctaorco*, que quiere decir: seis cerros; *zocta* es el número seis y *orco* quiere decir cerro, porque este capitán nació en el campo entre altísimas sierras (como las hay en aquella tierra), andando su padre en la guerra y su madre con él; debió de ser por alguna necesidad forzosa. Ahora es de saber que por guardar la memoria de su extraño nacimiento, que fue en la guerra, que nunca tal acaecía; porque las mujeres no andaban en ella con sus maridos, le dieron este nombre; porque a una mano y a otra, donde nació, había seis cerros muy altos que se aventajaban de los demás que por ahí había. De manera que sólo en el nombre encerraron toda la historia, con el tiempo y el lugar del nacimiento de aquel capitán. A esta semejanza eran las tradiciones de sus historias anales, que porque se conservase en la memoria, las cifraban en pocas palabras, que comprendiesen el suceso del hecho, o lo encerraban en versos breves y compendiosos, para que les acordasen la historia, la embajada, la respuesta del Rey o del otro ministro, la oración hecha en paz o en guerra, lo que mandaba tal o tal ley, con sus penas y castigos, y todo lo demás que tenían, y por tiempo sucedía en su república. Lo cual tomaban en la memoria los historiadores y contadores, y por tradición lo enseñaban a sus hijos y sucesores, que las cifras y los versos breves y las palabras sueltas, como el nombre de este capitán, y otros que hemos declarado y declararemos si se os ofreciese, no servían más que de traer lo que en sí contenían a la memoria del contador o historiador que ya lo sabía por tradición. El cual, tomando sus memoriales, que eran los nudos, señales y cifras, leía por ellas sus historias mejor y más aprisa que un español por su libro, como lo dice el Padre Acosta, libro sexto, capítulo

octavo, y era porque lo sabía de memoria, y no estudiaba en otra cosa de día y de noche, por dar buena cuenta de su oficio.

Todo esto hemos dicho atrás, fuenos forzoso repetirlo aquí, por el ejemplo tan apropiado, como se ofreció con el nombre de capitán Zoctaorco, al cual envió el maese de campo Quízquiz sabiendo que los españoles iban hacia a él, para que supiese el ánimo de ellos y le avisase con lo que alcanzase a saber. El capitán fue, no tan recatado como le conviniera, pues le prendieron los que él iba a espiar y lo llevaron a Don Pedro de Alvarado. El cual, habiéndose informado dónde y cómo quedaba Quízquiz, y la gente que tenía, determinó caminar a prisa y, viéndose cerca, dar una trasnochada para tomarlo desapercibido. Y así fue con una muy buena banda de caballos, que llevó consigo. Los cuales hallaron los caminos tan ásperos que, cuando llegaron una jornada de Quízquiz, llevaban desherrados casi todos los caballos. Aquella noche la pasaron sin dormir, herrando los caballos con lumbres, como lo dicen ambos autores, y que otro día caminaron a gran prisa, "porque alguna de la mucha gente que topaban no volviese a dar mandado a Quízquiz de su venida, y nunca pararon hasta que otro día, tarde, llegaron a vista del real de Quízquiz. Y como él los vió, se fue por una parte con todas las mujeres y gente servil", etc. Hasta aquí es de Agustín de Zárate, sacado a la letra, y casi lo mismo dice Gómara, lo cual es bastante prueba de que el maese de campo Quízquiz iba descuidado de dar guerra a los españoles ni recibirla de ellos, porque, si la pensara dar, no fuera rodeado de mujeres y gente servil, ni sus soldados eran tan bisoños que, si su capitán los hubiera apercibido, dejaran de avisarle sin volver atrás, que bastaba pasar la palabra de unos a otros para que el aviso llegara en un momento. Más todo este descuido de Quízquiz y de los suyos era providencia del cielo en favor de los españoles, porque habían de ser predicadores del Santo Evangelio, y ellos también iban ignorantes de la paz y amistad que Quízquiz pretendía y de las capitulaciones que Francisco de Cháves llevó, porque cuando él llegó con ellas al Cozco, donde el Gobernador estaba, ya Don Diego de Almagro, que era el que podía llevar las nuevas de ellas, había salido del Cozco en busca de Don Pedro de Alvarado. Y así iban los españoles ansiosos de destruir a Quízquiz, porque no sabían su buena intención, que, si tuvieran aviso de ella la aceptaran muy de grado, porque también deseaban ellos la paz, como los indios. Más el Demonio, con todas sus artes y mañas, andaba sembrando la discordia y estorbando la enseñanza de la fe católica, porque aquella gentilidad no se le fuese de las garras ni se librase de su cruel tiranía.

CAPÍTULO XIV: Tres batallas entre indios y españoles, y el número de los muertos.

El maese de campo Quízquiz, viendo la prisa que los españoles llevaban por llegar donde él estaba, conoció el ánimo que tenían de pelear con él. Por lo

cual, arrepentido de su mucha confianza, y enojado, corrido y afrentado de su gran descuido y bisoñería, no pudiendo hacer otra cosa porque no tenía gente de guerra sino la de servicio, que en semejantes ocasiones, antes suele estorbar y dañar que no ayudar, la recogió como mejor pudo, y se retiró a una sierra alta, por asegurar de los caballos aquella gente inútil. Mandó a un capitán (que los españoles llaman Guaypalcón, y dicen que era hermano de Atahuallpa, siendo pariente materno y llamándose Huaypallca: por ser del lenguaje de Quitu no sé qué signifique este nombre), que, recogiendo la gente de guerra entretuviese a los españoles hasta que él hubiese puesto aquella chusma en salvo. Huaypallca, con la gente que pudo recoger, no acometió a Don Pedro de Alvarado, porque llevaba muchos caballos e iba por tierra donde podía aprovecharse de ellos. Acometió a Don Diego de Almagro, que, por coger a Quízquiz en medio, entre él y Alvarado, había tomado una cuesta tan áspera, que se hubiera de perder en ella, como lo dice Zárate por estas palabras: "Huaypalcón, con la gente de guerra, con los cuales fue a topar a Don Diego de Almagro en la subida de una cuesta, llevando tan cansados los caballos, que aún de diestro no podían subir, y los indios desde lo alto echaban muchas piedras que llaman *galgas*, de tal suerte que, con echar una piedra, cuando llega a cinco o seis estados lleva tras sí más de otras treinta de las que ha removido, así cuando llega abajo, no tiene número las que lleva," etc. Hasta aquí es de Agustín Zárate, y lo mismo dice Gómara, como luego veremos.

Almagro se vió bien fatigado de las galgas, que le mataron gente y caballos, y él estuvo a peligro de muerte, por lo cual le convino retirarse aprisa, y tomar otro camino menos áspero, con que atajó a Huaypallca. El cual, viéndose entre los dos Gobernadores, se recogió a unas peñas asperísimas, donde se defendió valerosamente hasta la noche, porque los caballos no podían ofenderles ni los infantes tampoco, porque para acometer y huir en sierras tan ásperas como son aquellas, hacen los indios ventaja a los viracochas, porque no andan cargados de ropa y armas defensivas como ellos. Venida la noche, con la oscuridad de ella, se retiró Huaypallca con los suyos, y se puso en salvo. El día siguiente se vieron los españoles con la retaguardia de Quízquiz, que, como no pensaba pelear, caminaba con su ejército dividido en vanguardia y retaguardia, con mangas a los lados, quince leguas y más en medio de los unos a los otros, como lo dice Zárate, libro segundo, capítulo doce; y en el mismo capítulo poco adelante, dice lo que se sigue: "Don Diego y Don Pedro recogieron todos los españoles; y los indios con la oscuridad se salieron, y se fueron a buscar a Quízquiz, y hallaron después que los tres mil indios que iban a la parte izquierda, habían descabezado catorce españoles que tomaron por un atajo; y así procediendo por su camino, toparon con la retaguardia de Quízquiz. Y los indios se hicieron fuertes al paso de un río, y en todo aquel día no dejaron pasar a los españoles, antes ellos pasaron por la parte de arriba, adonde los españoles estaban, a tomar una alta sierra, y, por ir a pelear con ellos, hubieran de recibir mucho daño los españoles, porque aunque se querían retraer no podían, por la

maleza de la tierra, y así fueron muchos heridos, especialmente el capitán Alonso de Alvarado, a quien pasaron un muslo, y a otro comendador de San Juan; y toda aquella noche los indios tuvieron mucha guardia. Más cuando amaneció tenían desembarazado el paso del río, y ellos se habían hecho fuertes en una alta sierra, donde se quedaron en paz, porque Don Diego de Almagro no se quiso más allí detener," etc. Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Gómara dice lo mismo, capítulo ciento y treinta, que es lo que se sigue. "A pocas leguas del camino, ya que Quízquiz iba huyendo, toparon nuestros españoles en su retaguardia, que, como los vió, se puso a defender que no pasasen un río. Eran muchos, y unos guardaron el paso y otros pasaron el río por muy arriba, a pelear, pensando matar y tomar en medio los cristianos. Tomaron una serrezuela muy áspera por ampararse de los caballos, y allí pelearon con ánimo y ventaja. Mataron algunos caballos, que con la maleza de la tierra no podían revolverse, e hirieron muchos españoles, y entre ellos a Alonso de Alvarado, de Burgos, en un muslo, que se lo pasaron, y aína mataran a Don Diego de Almagro," etc. Hasta aquí es de Francisco López de Gómara.

Los españoles que murieron peleando, y los que después murieron de las heridas que sacaron de aquellos tres recuentros, fueron cincuenta y tres, con los catorce que Zarate dice; otros diez y ocho sanaron de las heridas. Los caballos que mataron fueron treinta y cuatro y uno de ellos fue el de Don Diego de Almagro, que le dió una galga en una pospierna a soslayo y se la quebró, y cayeron ambos en tierra, de que escapó Don Diego bien fatigado; fue ventura no cogerlos la galga de lleno, que al caballo y al caballero hiciera pedazos. De los indios murieron pocos más de sesenta, porque la aspereza del lugar era guarida para ellos, y muerte para los españoles y sus caballos. Por esta causa no quiso Don Diego de Almagro detenerse a combatir los indios que se habían fortificado en aquel cerro, porque el sitio era de mucha ventaja para los indios, y muy en contra de los españoles, porque no podían valerse ni de sí, ni de sus caballos. Y así no quiso Don Diego ver más daño y pérdida de sus compañeros, que fue muy grande la de aquellos dos días, y el Padre Gómara lo da bien a entender en suma en el título del capítulo donde cuenta este hecho, que dice: "Capítulo ciento y treinta. De un mal recuentro que recibieron los nuestros de la retaguardia de Quízquiz, etc." Y el Padre Blas Valera, haciendo mención de las batallas memorables y perdidosas de parte de los españoles, que en el Perú hubo, nombra ocho, las mayores y más peligrosas, sin otras de menos cuenta, y esta pone por la primera y le nombra "la batalla de Quitu", porque fue en sus confines; en las cuales dice que se perdieran los castellanos, sino peleara la Providencia Divina en favor de su Evangelio. Y así lo decían también los mismos españoles que se hallaron en ellas, y yo se lo oí a muchos de ellos, que certificaban haberse todos ellos hallado muchas veces tan perdidos peleando con los indios, que humanamente no podían escapar, y que en un punto se hallaron victoriosos, habiéndose dado por vencidos, y que aquellos no era sino particular favor del cielo. Y contando el mucho peligro que tuvieron en esta batalla, decían que si

con venir los de Quízquiz sin pensamiento de pelear, y divididos en cuatro tercios les habían hecho tanto daño, y puéstolos en tanto peligro, qué hicieran si vinieran juntos y apercibidos, y debajo del gobierno de su maese de campo Quízquiz, que fue tenido por famoso capitán, como lo dice Gómara cuando cuenta la muerte que los suyos mismos le dieron.

Don Diego de Almagro mandó recoger el despojo, que según los historiadores fueron más de quince mil cabezas de ganado y más de cuatro mil indias e indios de servicio que venían forzados, y cuando se vieron libres se fueron luego a los españoles. De la ropa fina no hubieron nada, porque, no pudiendo llevarla, o no queriendo estorbo con ella, la quemaron los indios. Lo mismo hicieron del oro y plata que llevaban, que la escondieron donde nunca más pareció. Todo lo cual escribió Don Diego por vía de los indios al Gobernador, y el suceso de aquellas batallas, y cómo Don Pedro de Alvarado iba al Cozco a verse con Su Señoría, que lo supiese y proveyese lo mejor que le pareciese.

CAPÍTULO XV: Sale el Gobernador del Cozco, vese con Don Pedro de Alvarado, págale el concierto hecho.

El Gobernador Don Francisco Pizarro sintió mucho la pérdida de los españoles y de los caballos que los soldados de Quízquiz mataron, porque parecía que perdían los suyos con los indios la reputación que hasta allí habían ganado. Más no pudiendo remediar lo pasado, determinó, y lo aconsejó, que anduviesen más recatados en lo adelante. Y sabiendo que Don Pedro de Alvarado iba al Cozco a verse con él, quiso escusarle parte del camino y del trabajo y despacharlo con brevedad, conforme al concierto que Don Diego de Almagro había hecho con él, porque deseaba verlo ya fuera de su Gobernación, porque no se causase algún alboroto habiendo tres cabezas en ella como al presente las había, que aún las dos que quedaron, viéndose ricos, no pudieron sustentar la paz y hermandad que cuando pobres tuvieron, porque el reinar no sufre igual, ni a un segundo; y así esta ambición fue causa de la total destrucción de todos ellos, como adelante veremos. Al Gobernador le pareció para abreviar el despacho y la partida de Don Pedro de Alvarado, ir hasta el valle de Pachacámac, porque Don Pedro no se alejase de la costa, ni caminase las doscientas y cuarenta leguas que de ida y vuelta hay de Pachacámac al Cozco, ni viese aquella imperial ciudad, ni las grandezas de ella, porque no le causasen alguna novedad y alteración en los conciertos hechos, que siempre después que lo supo le parecieron bien y deseó verlos cumplidos. Para su jornada tomó parecer de sus hermanos y de los demás personajes de su ejército. Encomendóles mirasen por la persona del Inca y por todo lo demás necesario para conservar la paz y quietud que con los indios tenían. Habló al Inca; díjole que por algunos días le convenía ausentarse y llegar hasta el valle de

Pachacámac, a dar asiento en ciertas cosas que se habían tratado con unos españoles que de nuevo habían entrado en la tierra que para indios y cristianos eran de mucha importancia, principalmente para el cumplimiento de las capitulaciones que tenían hechas. Las cuales se cumplirían luego que él volviese. Que le suplicaba le diese licencia para hacer aquel viaje, que él volvería presto; que, entre tanto, le servirían sus dos hermanos y los demás españoles que con Su Alteza quedaban, que los hubiese por encomendados, pues los tenía por hermanos suyos, hijos del Sol. El Inca respondió que fuese muy enhorabuena y volviese en breve, que holgaría mucho fuese próspero su viaje; y que de sus hermanos y de los demás viracochas que dejaba, no llevase cuidado, que él los regalaría, como vería cuando volviese. Dicho esto, mandó a los señores que tenían sus estados por donde el Gobernador había de ir, que enviasen a mandar a sus vasallos le sirviesen como a su propia persona y que apercibiesen doscientos hombres de guarda que acompañasen al Gobernador y se fuesen remudando a cada tres jornadas, porque fuesen más descansados y sirviesen mejor.

El Gobernador, habiendo entendido lo que el Inca mandaba, se despidió de él y eligió treinta de a caballo que fuesen en su compañía. Llegó a Sausa, donde tuvo aviso que Don Diego y Don Pedro habían de pasar por Pachacámac y ver de camino aquel gran templo que allí había. Entonces se dió más prisa en su viaje, por recibirles en aquel hermoso valle y hospedar y regalar a Don Pedro de Alvarado y hacerle la honra que un tan valeroso capitán merecía. Así lo tuvo apercibido para cuando los huéspedes llegasen, los cuales llegaron a Pachacámac veinte días después del Gobernador; fueron muy bien recibidos y regalados como convenía. A Don Pedro dio Don Francisco todo su poder, y mandó a los suyos que absolutamente le llamasen el Gobernador, y que a Don Diego de Almagro y a él los llamasen por sus nombres sin otro título. No quiso conocer de causa alguna grave ni fácil, todo el tiempo que Don Pedro estuvo en Pachacámac. Mandaba que con todas fuesen a él, y le obedeciesen y sirviesen como a superior de todos. Holgó en extremo de ver tantos caballeros tan ilustres como Don Pedro llevó consigo; hízoles la honra, caricias y regalos que le fue posible. Con este común regocijo estimaron algunos días. Al fin de ellos dió el Don Francisco Pizarro a Don Pedro de Alvarado los cien mil pesos de oro del concierto, y otros veinte mil pesos de ayuda de costa, y muchas esmeraldas y turquesas de mucho precio, y muchas vasijas de oro y plata para su servicio, porque, como hombre bien intencionado y experimentado en las cosas de la guerra, entendió y estimó como era razón el socorro y beneficio que Don Pedro le hizo con la gente tanta y tan buena que en tal ocasión le llevó, con tantas armas y caballos, que fue bastantísima causa para que los maeses de campo de Atahuallpa y todo el Imperio de los Incas se le rindiesen de veras.

Y así, estimándolo como era justo, pagó el concierto con las ventajas que hemos dicho, aunque muchos, como lo dice Gómara y Zárate, le aconsejaban que no le pagase, sino le prendiese y enviase a España por haber entrado en su

jurisdicción con mano armada, y que el concierto lo había hecho Don Diego de Almagro de temor, por la mucha ventaja que Pedro de Alvarado le tenía. Y ya que quisiese pagarle no le diese más de cincuenta mil pesos, porque los navíos no valían más, y que los dos de ellos eran suyos, y que la gente, armas y caballos no entraban en el concierto, porque fuera vender lo que era libre y lo que era ajeno. Empero, Don Francisco Pizarro, mirando los consejos (que los suyos le daban) más como caballero que no como trampista y papelista, pagó a Don Pedro de Alvarado tan magníficamente como se ha visto, porque reconoció la obligación y respeto que los caballeros en semejantes casos y en cualesquiera otros, deben tener a quien son. También miró los avisos, a la ley de buen soldado, porque no se le hiciese cargo por ninguna de las dos profesiones. Y así estimó en más cumplir la palabra que su compañero, en nombre de los dos, había dado, que no el interés del concierto, por mucho mayor que fuera. Y no quiso aceptar lo que en su favor alegaban los consejeros, como decir que Don Diego de Almagro había dado la palabra con necesidad, y que los navíos no valían la mitad de lo que por ellos había prometido; a lo cual respondió Don Francisco, que el caballero debía, antes que diese su palabra, mirar cómo la daba, porque después de haber dado la fe y hecho la promesa, estaba obligado, en ley de caballería y en rigor de soldadesca, a cumplir lo prometido, como lo había hecho Atilio Régulo en su propio daño. Y que a las alegaciones hechas en su favor, podía replicar Don Pedro que se volviesen a poner las cosas en el estado que estaban cuando se hicieron los conciertos, para que alzase la palabra que se le había dado. Que ésta era ley de la milicia, y que aún con todo eso dijo que no satisfacían los que tal consentían, porque la fe empeñada no tenía otro rescate sino el cumplimiento de la promesa. Y a lo del precio excesivo de los navíos, respondió que si consideraran el buen socorro que les habían llevado de armas, caballos y artillería, para ganar y pacificar aquel grande y riquísimo Imperio, vieran que de solo fletes merecían los cien mil ducados cuanto más comprados. Por todo lo cual dijo que era cosa muy noble y generosa cumplir la promesa, con todas las más ventajas que pudiesen, que todas eran muy bien empleadas. Y a lo último, porque los consejeros querían replicar, les dijo que no le diesen consejos en aumento y provecho de la hacienda y en perjuicio y menoscabo de la honra, que no los quería admitir. Con esto despidió los lisonjeros y convirtió el ánimo en servir y regalar al buen Don Pedro de Alvarado con toda la mayor ostentación de acatamiento, palabras y obras que pudo mostrar.

CAPÍTULO XVI: La desgraciada muerte de Don Pedro de Alvarado.

El Adelantado Don Pedro de Alvarado, muy agradecido de la cortesía que el Gobernador Don Francisco Pizarro le hizo, se despidió de él, ofreciéndose el uno al otro el ayuda y socorro que cada cual de ellos hubiese menester en las

grandes conquistas que ambos andaban engolfados, y se volvió a Huahutimallan, su Gobernación, donde no descansó como pudiera, pues estaba rico y próspero, lleno de trofeos y de hazañas, que desde muy mozo hizo por su persona. Antes parece que cuanto mayores las hacía, tanto más le crecía el ánimo para emprender otras grandísimas, hasta hallar en ellas la muerte como luego veremos. Que aunque no es de nuestra historia, será bien demos cuenta de ella, que, según fue desgraciada y no pensada, fue de mucha lástima para todos los que conocieron tan principal caballero, que tantas hazañas hizo en el descubrimiento de muchas tierras que descubrió con el famoso Juan de Grijalva, y en la conquista del Imperio de México con el grande Hernando Cortés, y en la de Guatimala o Huahutimallan que ganó por sí, y en la de otras grandes provincias de la Nueva España, sin lo que hemos dicho que hizo en favor de la conquista del Perú, que a él se le atribuye la seguridad de aquel grande Imperio. Murió como lo cuenta Francisco López de Gómara en el capítulo doscientos y diez de su *Historia de las Indias*, que, porque en aquel capítulo dice en suma muchas cosas notables, me pareció sacarlo a la letra como se sigue:

"Estando Pedro de Alvarado muy pacífico y muy próspero en su gobernación de Huahutimallan y de Chiapa, la cual hubo de Francisco Montejo por la de Honduras, procuró licencia del Emperador para ir a descubrir y poblar en Quito del Perú, a fama de sus riquezas, donde no hubiese otros españoles. Así que armó, el año de mil y quinientos y treinta y cinco, cinco naves, en las cuales y en otras dos que tomó en Nicaragua, llevó quinientos españoles y muchos caballos. Desembarcó en Puerto Viejo, fue al Quito, pasó en el camino grandísimo frío, sed y hambre. Puso en cuidado, y aún en miedo a Francisco Pizarro y a Diego de Almagro. Vendióles los navíos y artillería en cien mil castellanos, según muy largo se dijo en las cosas del Perú. Volvióse rico y ufano a Huahutimallan. Hizo después diez o doce navíos, una galera y otras fustas de remo con aquel dinero, para ir, a la Especería o descubrir por la punta de Ballenas, que otros llaman California. Entraron Fray Marcos de Niza y otros frailes franciscos por tierra de Culhuacan año de treinta y ocho, y anduvieron trescientas leguas hacia poniente, más allá de lo que ya tenían descubierto los españoles de Xalixco, y volvieron con grandes nuevas de aquellas tierras, encareciendo la riqueza y la bondad de Sibola y otras ciudades. Por relación de aquellos frailes, quisieron ir o enviar allá con armada de mar y tierra, Don Antonio de Mendoza, Visorrey de la Nueva España, y Don Fernando Cortés, Marqués del Valle, Capitán General de la misma Nueva España y descubridor de la costa del sur, más no se concertaron; antes riñeron sobre ello, y Cortés se vino a España y el virrey envió por Pedro de Alvarado, que tenía los navíos arriba dichos, para concertarse con él. Fué Alvarado con su armada al puerto (creo de Navidad), y de allí a México por tierra; concertóse con el virrey para ir a Sibola, sin respecto del perjuicio e ingratitud que usaba contra Cortés, a quien debía cuanto era. A la vuelta de Méjico fuése por Xalixco, para remediar y reducir algunos pueblos de aquel reino que andaban alzados y a las puñadas con

españoles. Llegó a Ezatlán donde estaba Diego López de Zúñiga haciendo guerra a los rebeldes; fuése con él a un peñol donde estaban fuertes muchos indios; combatieron los nuestros el peñol y rebatiéronlos a aquellos indios de tal manera, que mataron treinta, y les hicieron huir, y, como estaban en alto y agro, cayeron muchos caballos la cuesta abajo. Pedro de Alvarado se apeó, para mejor desviarse de un caballo que venía rodando derecho al suyo, y púsose en parte que le pareció estar seguro; más como el caballo venía tumbando de muy alto, traía mucha furia y presteza. Dió un gran golpe en una peña, y resurtió adonde Pedro de Alvarado estaba, y llevóle tras sí la cuesta abajo, día de San Juan del año de cuarenta y uno; y donde a pocos días murió en Ezatlán, trescientas leguas de Quauhtemallan con buen sentido y juicio de cristiano: preguntando qué le dolía, respondía siempre que el alma. Era hombre suelto y alegre," etc. Hasta aquí es de Gómara. Al fin del mismo capítulo dice: "No quedó hacienda ni memoria de él sino ésta, y una hija que hubo en una india, la cual casó con Don Francisco de la Cueva". Con esto se acaba aquel capítulo.

Decimos que la misma relación pasó al Perú con las propias circunstancias que este autor dice; solo difiere la una de la otra que la del Perú decía que había sido una gran piedra la que le había dado, que un caballo había removido por la cuesta abajo. Pudo ser que lo uno y lo otro le diese, porque el caballo, yendo rodando, llevaba muchas piedras atrás y adelante de sí. Sin la hija conocí un hijo suyo, mestizo, que se decía Don Diego de Alvarado, hijo digno de tal padre. Asemejóle en todas sus virtudes hasta en la desgracia del morir, porque a él y a otros muchos españoles muy nobles que habían escapado de la batalla de Chelqui Inca, los mataron indios por los caminos, como lo diremos en su lugar, si llegamos allá.

Así acabó el buen Don Pedro de Alvarado. Fué del hábito de Santiago, y una de las mejores lanzas que han pasado al Nuevo Mundo. En el Cozco sintieron mucho su desgraciada muerte los que fueron con él a aquel Imperio; hicieron decir muchas misas por su ánima entonces y años después, que yo soy testigo de algunas de ellas, que se dijeron en mi tiempo. Siempre que se ofrecía hablar de él, decían aquellos caballeros grandes loores de su bondad y virtud, y muchos de ellos contaban en particular las generosidades que con cada uno de ellos había hecho; que entre otras que de su agradable condición les oí en casa de mi padre, que, como se ha dicho, eran en ella sus mayores conversaciones y entretenimientos, fue que cuando fueron al Perú pasaron por la mar grandísima necesidad de agua; tanta, que, cuando llegaron a Túmpiz, muchos de ellos iban maltratados de calenturas de pura sequía, que no pudieron saltar en tierra. Don Pedro de Alvarado, habiéndose desembarcado, y habiéndose traído agua para que bebiese, no quiso gustarla, aunque corría parejas con los más sedientos, sino que la envió a los navíos para los enfermos, y no bebió él hasta que supo que estaban todos proveídos. A semejanza de esto era todo lo que contaban de las buenas partes de este caballero, bien en contra de la relación que tuvo Gómara, según lo que se escribe en aquel mismo capítulo de la condición de Don Pedro

de Alvarado. A lo cual podremos decir que se la debió dar algún envidioso, de los muchos que tuvo. El cual, no pudiendo encubrir sus hazañas, porque fueron notorias a todo el mundo, quiso destruirle con decir de su condición y virtud muy en contra de la que fue. De lo cual quiso el mismo autor disculparse, entendiendo que habían de ser falsas algunas de las relaciones que le daban, y así, en el capítulo ciento y noventa y dos, hablando en el propósito de las relaciones, dice: "Quien bien hizo y no es loado, eche la culpa a sus compañeros," etc. Dícelo porque sabía que en todos estados hay muchos compañeros envidiosos y maldicientes, indignos de la compañía de los buenos, que, en lugar de decir verdad, dicen mentira. Y con esto será bien volvamos al Perú, y digamos lo que pasó después que Don Pedro de Alvarado salió de él.

CAPÍTULO XVII: La fundación de la Ciudad de los Reyes y la de Trujillo.

Luego que el Gobernador despachó a Don Pedro de Alvarado, envió al Cozco a su compañero Don Diego de Almagro, con la mayor parte de los caballeros que fueron con Don Pedro de Alvarado, para que se entretuviese con el príncipe Manco Inca y con sus dos hermanos Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro. Encomendóles el servicio del Inca y el buen tratamiento de los indios, porque no se ensañasen, ni el Inca perdiese la afición que les tenía, pues se había venido a los españoles de su grado. El Gobernador se quedó en el valle de Pachacámac con deseo de poblar una ciudad en la costa, por gozar del trato y comercio de la mar; para lo cual, habiendo consultado con los suyos, envió hombres experimentados en la mar, que fuesen a una mano y a otra de la costa a descubrir algún buen puerto, que era lo más importante para su pretensión. Supo de ellos que cuatro leguas de Pachacámac, al norte, había un muy buen puerto, en derecho del valle de Rímac. Fué allá, y, habiendo visto el puerto y el valle y sus buenas partes, determinó pasar allí el pueblo que había comenzado a poblar en el valle de Sausa, treinta leguas de Rímac, la tierra adentro. Fundóse la ciudad día de los Reyes, año de mil y quinientos y treinta y cuatro[32].

En estos de los años de aquellos tiempos andan diversos los autores, con ser años de la edad de ellos, que unos posponen los hechos y otros los anteponen, y otros, aunque ponen los números mayores de los años, como decir mil y quinientos y treinta, dejan el número menor en blanco por no engañarse. Por lo cual, dejando opiniones aparte, iremos contando los años por los hechos más notables que acaecieron. Lo cierto es, y en esto concurren todos los autores, que Don Francisco Pizarro y Don Diego de Almagro y el maestrescuela Hernando de Luque, hicieron su triunvirato año de mil y quinientos y veinte y

[32]En realidad la Ciudad de los Reyes o Lima fue fundada el lunes 18 de enero de 1535, y se le puso bajo la advocación de los Santos Reyes Magos, en cuya festividad —6 de enero— habían salido tres jinetes exploradores a buscar el lugar adecuado para la que estaba destinada a ser la capital del Perú.

cinco; gastaron tres años en el descubrimiento hasta llegar la primera vez a Túmpiz; gastaron otros dos años en venir a España a pedir la conquista, y en volver a Panamá con los preparamientos hechos para la jornada. Entraron en la isla Puná, y en Túmpiz año de mil y quinientos y treinta y uno; el mismo año por diciembre fue la prisión de Atahuallpa, y su muerte fue por marzo del año mil y quinientos y treinta y dos. Y aquel mismo año entraron en el Cozco por octubre, donde estuvo el Gobernador hasta abril del año mil y quinientos y treinta y tres, que supo la ida de Don Pedro de Alvarado. Y por setiembre del mismo año salió del Cozco a pagar el concierto que se hizo con él, y entrando el año de mil y quinientos y treinta y cuatro, día de los Reyes, fue la fundación de aquella ciudad. Y por ser así tomó por blasón y divisa las tres coronas de aquellos Santos Reyes, y la estrella resplandeciente que se les apareció.

Trazáronla hermosamente, con una plaza muy grande, si no es tacha que lo sea tan grande; las calles muy anchas y muy derechas, que cualquiera de las encrucijadas se ven las cuatro partes del campo. Tiene un río que pasa al norte de la ciudad, del cual sacan muchas acequias de agua, que riegan los campos, y pasan por todas las casas de la ciudad. La cual mirada de lejos es fea, porque no tiene tejados de teja, que como aquella región (ni en muchas leguas a una mano y a otra) no llueve en la costa, cubren las casas con esteras de aquella buena paja que allá hay. Echan sobre ellas dos o tres dedos de barro pisado con la misma paja, que basta para sombra que les defienda del Sol. Los edificios de fuera y dentro de las casas son buenos, y cada día se van ilustrando más y más. Está dos leguas pequeñas de la mar; dícenme que lo que se va poblando de algunos años acá es acercándose a la mar. Su temple es caliente y húmedo, poco menos que el Andalucía por el estío; y si no lo es tanto, es porque allá no son los días tan largos ni las noches tan cortas como acá por julio y agosto. Y lo que el Sol allá deja de calentar, con salir más tarde y ponerse más temprano, y lo que la noche refresca con ser más temprana e irse más tarde, es lo que tiene de menos calor que el sitio del Andalucía. Pero como aquel calor es perpetuo y siempre de una manera, los moradores de aquella ciudad se habitúan a él, y se previenen de los remedios necesarios contra el calor, así en los aposentos frescos y vestidos y camas de verano, como en los reparos para que las moscas y mosquitos (que hay muchos en aquella costa) no los molesten de noche ni de día; que en aquella tierra, en los valles muy calientes, hay mosquitos diurnos y nocturnos. Los nocturnos son como los de por acá, zancudos y del mismo talle y color, sino que son muchos mayores. Los españoles por encarecer el mucho y muy bravo picar de éstos, dicen que pasaran unas botas de cordobán. Dícenlo, porque las medias de aguja, ni que sean de carisea o estameña, no defienden nada, aunque tengan otras de lienzo debajo. Y son más crueles en unas regiones que en otras.

Los mosquitos diurnos son pequeños, ni más ni menos que los que acá se crían en las bodegas de vino, salvo que son amarillos como una gualda, tan golosos de sangre que me han certificado que han visto reventar algunos chupándola, que no se contentan con hartarse. Por experimentar esto, me dejé

picar de algunos hasta que reventasen; los cuales, después de muy hartos, no podían levantarse, y se dejaban rodar para irse. Las picaduras de estos mosquitos menores son en alguna manera ponzoñosas, particularmente en los que son de mala carnadura, que se les hacen llaguillas, aunque son de poco momento. Por el temple caliente y húmedo de aquella Ciudad de los Reyes, se corrompe la carne en breve tiempo; es menester comprarla cada día para comer, bien en contra de lo que hemos dicho de las calidades del Cozco, que en todo son contrarias las de la una a las de la otra, por ser la una fría y la otra caliente. Las ciudades y los demás pueblos de españoles que hay en aquella costa del Perú, todas son del temple de la Ciudad de los Reyes, porque la región es toda una. Las ciudades que están la tierra adentro desde Quitu hasta Chuquisaca, en espacio de setecientas leguas que hay, norte-sur, de la una a la otra, todas son de muy lindo temple, que no son tan frías como el Cozco, ni tan calientes como Rímac, sino que participan de uno y otro, en mucha templanza: salvo el asiento de Potocchi, donde son las minas de plata, que es tierra muy fría y de aires frigidísimos. Los indios llaman *Puna* a aquella región, que quiere decir inhabitable por frialdad; más el amor de la plata ha llevado allí tantos españoles e indios, que es hoy uno de los mayores pueblos y más abastecido de todos los regalos que hay en el Perú. El Padre Acosta, entre otras grandezas, dice de aquel pueblo, libro cuarto, capítulo sexto, que tendrá dos leguas de contorno. Y esto baste para que quede dicho, en común, de todas las ciudades y pueblos que los españoles han fundado en el Perú, para que no sea menester repetirlo en cada uno de ellos.

Y volviendo al particular de la Ciudad de los Reyes, decimos, que habiéndola fundado el Gobernador Don Francisco Pizarro, y repartido los solares y campos, heredades e indios entre los españoles que allí habían de poblar, bajó al valle de Chimú, ochenta leguas al norte de Los Reyes, en la misma costa, y allí fundó la ciudad que hoy llaman de Trujillo[33]. Dióle el nombre de su patria, porque quedase alguna memoria de él. Dió repartimientos de indios a los primeros conquistadores, señalando por sus nombres la provincia o provincias que a cada uno se le da en pago de los trabajos que en ganar aquel Imperio pasaron. Lo mismo hizo en la Ciudad de los Reyes, con mucho aplauso, satisfacción y común regocijo de todos, porque les parecía que la tierra se iba sosegando y poblando, y que empezaban a gratificar a los primeros según los méritos de cada uno, y que así se haría con todos. En esta ocupación tan buena, como fueron todas las que este famosísimo caballero tuvo en todo el discurso de su vida, lo dejaremos por decir otras cosas que en el mismo tiempo pasaron entre los indios.

[33]La ciudad de Trujillo fue fundada el 5 de marzo de 1535. Su nombre, en homenaje a Trujillo de Extremadura, se ha dado en América a 22 ciudades. Empero, Trujillo del Perú, desde temprano cabeza de Obispado, fue la principal de todas esas urbes homónimas.

CAPÍTULO XVIII: Matan los suyos al maese de campo Quízquiz.

Porque no quede en olvido cosa alguna de las memorables que en aquellos tiempos pasaron en el Perú, será bien digamos el suceso del maese de campo Quízquiz y del capitán Huaypallca, y de todo su tercio; los cuales quedando victoriosos de los tres recuentros que con Don Pedro de Alvarado y con Don Diego de Almagro tuvieron, estaban ensoberbecidos, y presumían echar los españoles de todo aquel Imperio, particularmente el capitán Huaypallca; el cual por la ausencia del maese de campo Quízquiz, en aquellos trances de batalla, fue el principal ministro de ellos, y, como le hubiese sucedido bien, estaba ufano y muy presuntuoso de sí mismo. Así caminaron estos dos capitanes hacia Quitu, con propósito de hacer llamamiento de gente y de juntar mucho bastimento para la guerra que pensaban hacer a los españoles. Más a pocas jornadas que caminaron, se fueron desengañando de sus vanas presunciones, porque los curacas y los indios en común, escarmentados de la traición del maese de campo Rumiñaui, y temeroso de otra tal, antes les huían que seguían, ni obedecían en lo de los bastimentos, porque en todo aquel ejército no veían un caudillo Inca de la sangre real a quien obedecer, ni sabían quién había de reinar en aquel Reino de Quitu, si algún sucesor de Atahuallpa o Manco Inca, que era legítimo y universal heredero de todo aquel Imperio. Con estas dificultades y necesidades de comida caminaba Quízquiz, cuando sus corredores cayeron en manos de Sebastián de Belalcázar, porque los indios amigos le dieron aviso de ellos, que, como deseaban gozar de la paz que esperaban tener con los españoles, aborrecían a los que traían las armas. Y como ya no había otro ejército en pie sino éste, deseaban verlo deshecho, y así avisaron de él a Belalcázar. El cual desbarató con mucha facilidad los corredores de Quízquiz y prendió muchos de ellos. Los que escaparon le dieron la nueva de la rota de los suyos, y que los viracochas eran muchos, porque se desengañasen de que no iban todos los españoles con Don Pedro de Alvarado y con Don Diego de Almagro, como Quízquiz y los suyos lo habían pensado cuando vieron tantos juntos como iban en la jornada pasada.

El maese de campo Quízquiz llamó a los capitanes a consejo para determinar en aquel caso lo que conviniese. Propúsoles que sería bien se retirasen para proveerse de bastimento, que era la mayor falta que tenían, y que luego volverían sobre los viracochas y no pararían hasta acabarlos. Los capitanes, y Huaypallca entre ellos, a quien después de la victoria pasada reconocían superioridad, le dijeron que les parecía más acertado y mejor consejo irse a los españoles y rendírseles, pidiéndoles paz y amistad, porque esperar de sujetarlos por las armas era desatino, pues la experiencia les decía que eran invencibles; que mirasen el mal recaudo que había para juntar bastimentos, porque los indios huían de obedecerles; que no teniendo que comer, mal podían hacer guerra y vencer a los victoriosos; que mejor era llevarlos por bien que no por mal, y fiar de ellos y no resistirles, que como gente venida del cielo, les

harían toda buena amistad. Y no tentasen más la fortuna de la guerra, pues veían cumplirse por horas la profecía de su Inca Huayna Cápac, que aquellos hombres no conocidos habían de ser señores de su Imperio. Quízquiz, como hombre animoso y belicoso, no inclinado a rendirse, se enfadó de ver a sus capitanes acobardados, y les reprendió la pusilanimidad y cobardía que mostraban, y con altivez y soberbia, les dijo que él no tenía necesidad de consejo, que él sabía lo que le convenía en aquel caso y en cualquiera otro que le sucediese; que, como su capitán, les mandaba que le obedeciesen, y siguiesen donde él fuese, que así convenía para alcanzar la victoria de aquella empresa. Los capitanes, que desde que tuvieron los recuentros con Don Pedro de Alvarado y con Don Diego de Almagro habían ido perdiendo el respeto a Quízquiz, por parecerles que su cobardía y no haber querido pelear en aquellos trances con los españoles no habían alcanzado entera victoria de ellos, incitados de la discordia quisieron mostrar el poco respeto que le tenía. Y así, con mucha libertad, le dijeron que pues tanto aborrecía la paz y amistad de los viracochas y tanta gana tenía de sustentar la guerra y tan certificadamente se prometía la victoria, que no la dilatase, sino que fuese luego a dar la batalla a los castellanos, pues los tenía cerca; y no tratase de retirarse, que era verdadera cobardía, que habiéndola hecho él se la imputaba a ellos; que más honra era morir peleando como buenos soldados, que no perecer de hambre, buscando mantenimiento en los desiertos, como gente desdichada, y que esto decían por última resolución de aquel caso.

Quízquiz se alteró de ver hablar sus capitanes con tanta libertad, y se certificó en la sospecha, que días había traído consigo, de que en su ejército se tramaba algún motín, porque bien había sentido como aquellos capitanes de día en día le iban menoscabando el respeto que solían tenerle y lo pasaban en el capitán Huaypallca; quiso darles a entender que les entendía, para que dejasen cualquiera mal pensamiento que tuviesen y se enmendasen antes que llegase el castigo; y así los reprendió de su libertad y atrevimiento, y les dijo que olía a motín mostrar tan poca obediencia a su capitán y maese de campo; que él haría la pesquisa, y castigaría severamente a los amotinados y al amotinador. Huaypallca, que lo tomó por sí, se indignó grandemente, y, como estaba ensoberbecido de la victoria pasada y sentía la estima en que los demás capitanes le tenían, se atrevió a lo que ninguno de ellos imaginó, que fue tirarle la insignia de capitán que en las manos tenía, que era un dardo, a semejanza de las jinetas que por acá traen los capitanes: llámanles *chuquiapu*, que es lanza capitana. Dióle con ella por los pechos, y lo pasó de una parte a otra. Los demás capitanes hicieron lo mismo, que cada uno le dió con la arma que tenía en las manos. Así acabó Quízquiz, el último y más famoso de los capitanes y ministros de Atahuallpa. Murió a manos de los suyos, como todos los demás sus compañeros, porque es permisión del cielo que para tiranos nunca falten tiranos. Huaypallca y los otros capitanes despidieron los soldados y deshicieron el ejército, y cada uno de ellos, disimulado y disfrazado, se fue donde imaginó que

estaría más oculto y encubierto, para vivir con perpetuo miedo y sospecha de los más suyos.

CAPÍTULO XIX: Don Diego de Almagro se hace Gobernador sin autoridad real, y el concierto que hizo con el Marqués.

La discordia, habiendo hecho entre los indios una de sus hazañas que fue la muerte de Quízquiz, se metió entre los españoles, a hacer otras semejantes si pudiera, si la paz y amistad (sus enemigas) no se las contradijeran, y estorbaran. Porque es de saber que pocos meses después de lo que se ha dicho, tuvieron nuevas en el Perú de la llegada de Hernando Pizarro a España, y del buen recibimiento que a él y al tesoro que traía se le hizo, y de lo bien que con Su Majestad negoció que para el Gobernador su hermano alcanzó merced y título de Marqués. En este paso, libro tercero, capítulo quinto, dice Agustín de Zárate lo que se sigue:

"Entre otras cosas que el Gobernador Don Francisco Pizarro envió a suplicar a Su Majestad en remuneración de los servicios que había hecho en la conquista del Perú, fue una que le diese veinte mil indios perpetuos para él y sus descendientes en una provincia que llaman los Atabillos, con sus rentas, y tributos y jurisdicción, y con título de Marqués de ellos. Su Majestad le hizo merced de darle título de Marqués de aquella provincia; y en cuanto a los indios, que se informaría de la calidad de la tierra y del daño o perjuicio que se podía seguir de dárselos, y le haría toda la merced que buenamente hubiese lugar. Y así, desde entonces, en aquella carta le intituló Marqués y mandó que se lo llamasen de hoy en adelante como se lo llamó. Y por este dictado le intitularemos de aquí adelante en esta Historia".

Hasta aquí es de Zárate. Sin esta merced alcanzó, que los términos de su Gobernación se prorrogasen ciertas leguas; así lo dice Zárate, sin decir cuántas. Y para sí alcanzó Hernando Pizarro un hábito de Santiago y otras mercedes, entre las cuales dijeron que a Don Diego de Almagro le hacía merced de título de Mariscal del Perú, y de una Gobernación de cien leguas de largo, norte-sur, pasada la gobernación del Marqués. Llamaron a esta segunda Gobernación la Nueva Toledo, porque la primera se llamó la Nueva Castilla. Todas estas nuevas tuvo Don Diego Almagro en el Cozco, donde estaba con el príncipe Manco Inca, y con los hermanos del Marqués, Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, que se las escribieron de España. El cual, sin aguardar la provisión de Su Majestad, ni otra certificación más que la primera nueva (como el gobernar y mandar sea tan deseado de los ambiciosos) no pudo contenerse a no llamarse Gobernador desde luego. Y porque le parecía que el término de la Gobernación del Marqués era de doscientas leguas de largo, desde la equinoccial hacia el sur (como quiera que se midiese, o por la costa o por la tierra dentro o por el aire) no llegaba su jurisdicción al Cozco, y que aquella ciudad entraba en su Gobernación (en lugar

de la provisión de Su Majestad, como si ya la tuviera), dió indios de repartimiento. Y para dar a entender que los daba como Gobernador absoluto y no por autoridad ajena, renunció el poder que de su compañero el Marqués tenía para gobernar aquella ciudad. Todo lo cual hizo aconsejado e incitado de muchos españoles, ministros de la discordia, que no faltaron. Los cuales (demás de su propia ambición), le dijeron que así le convenía, y favorecieron su bando, declarándose por él. De la otra parte lo contradijeron Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro y otros muchos caballeros extremeños de los que fueron con Don Pedro de Alvarado, entre los cuales fueron Gabriel de Rojas, Garcilaso de la Vega, Antonio Altamirano, Alonso de Alvarado y la mayor parte del regimiento. Y andaban los unos y los otros tan apasionados, que muchas veces vinieron a las manos y hubo muertos y heridos de ambas partes.

De todo lo cual avisado el Marqués, tomó la posta solo desde Trujillo, donde le halló la nueva, y corrió en hombros de indios las doscientas leguas que hay hasta el Cozco. Atrevióse a fiar de los indios su persona e ir solo un viaje tan largo, porque tenía en poder de sus hermanos al príncipe Manco Inca (llamémosle príncipe, y no Rey, porque nunca llegó a reinar), por cuyo amor los indios, por obligar al Marqués y a sus españoles a que les restituyesen el Imperio, procuraban extremarse en servirles y regalarles. Así llegó el Marqués, y con su presencia se apagaron los fuegos que la discordia y ambición habían encendido, porque la hermandad y amistad antigua que siempre vivió entre estos dos insignes varones (quitados de en medio los malos consejeros), en cualquier enojo y pesadumbre los reconciliaba con facilidad. Don Diego se halló confuso de lo que hizo, sin haber visto la provisión, aunque decía que hecha la merced por Su Majestad, le parecía que no eran menester papeles. El Marqués le perdonó y restituyó en su gracia, como si no hubiera pasado cosa alguna de enojo. Y de nuevo volvieron ambos a jurar, en presencia del Santísimo Sacramento, de no quebrantar esta confederación, ni ser el uno contra el otro. Y para mayor seguridad de esta paz y concordia, acordaron, de común consentimiento de ellos y de sus parciales, que Don Diego fuese a ganar el Reino de Chile, del cual tenía nueva, por los indios del Perú, que era rico de mucho oro, y que era del Imperio de los Incas. Que siendo tal, pedirían a Su Majestad la Gobernación de él para Don Diego de Almagro, y que, si no se contentase, partirían el Perú entre ambos. De estos quedaron todos muy contentos, aunque no faltaron maliciosos que dijeron que los Pizarros echaban del Perú a Almagro, con haber sido tan buen compañero y tanta parte para lo ganar, por gozárselo ellos a solas, y que le cebaban con el gobierno de un Reino grande y entero, en lugar de cien leguas de tierra, por echarlo de entre ellos.

Proveyeron asimismo que, por cuanto a la fama de la riqueza de aquel Imperio habían acudido muchos españoles de todas partes, y que en lo ganado aun no había para los primeros conquistadores según lo que cada uno con mucha razón presumía de sus méritos, se hiciesen nuevas conquistas a semejanza de la de Don Diego de Almagro, para que hubiese tierras e indios que repartir y dar a

todos, y para que los españoles se ocupasen en ganarlas, y no estuviesen ociosos y maquinasen algún motín, incitados de la envidia de ver tan grandes repartimientos como los que se daban a los primeros conquistadores. Con este acuerdo, proveyeron que el capitán Alonso de Alvarado fuese a la provincia de los Chachapuyas, los cuales, aunque eran del Imperio de los Incas, no habían querido dar la obediencia a los castellanos, confiados en la aspereza de sus tierras, donde los caballos eran poca parte contra ellos, y atrevidos de sus fuerzas y ánimo belicoso. Al capitán Garcilaso de la Vega proveyeron para la conquista de la provincia que los españoles, por ironía, llaman la Buenaventura. Al capitán Juan Porcel enviaron a la provincia que los castellanos llaman Bracamoros y los indios Pacamuru. También ordenaron que llevasen socorro al capitán Sebastián Belalcázar, que andaba en la conquista del Reino de Quitu.

Hecho el concierto entre Don Diego de Almagro y el Marqués Don Francisco Pizarro, y publicadas las demás conquistas, cada cual de los capitanes se apercibió y hizo gente para la suya. Alonso de Alvarado hizo trescientos hombres para su conquista, y Garcilaso de la Vega doscientos y cincuenta para la suya, y el de los Pacamurus hizo otros tantos, y todos tres entraron en sus distritos, donde cada uno de por sí pasó grandes trabajos por las bravas montañas y grandes ríos que aquellas provincias tienen, de que adelante haremos mención. A Sebastián de Belalcázar enviaron ciento y cincuenta hombres de socorro. Don Diego de Almagro hizo más de quinientos y cincuenta hombres; entre ellos fueron muchos de los que ya tenían repartimientos de indios, que holgaron de dejarlos, pensando mejorarlos en Chili, según la fama que de sus riquezas tenían, que en aquellos principios a cualquier español, por pobre soldado que fuera, le parecía poco todo el Perú junto para él solo. Almagro prestó más de treinta mil pesos de oro y plata entre los suyos, para que comprasen caballos y armas y fuesen bien apercibidos, y así llevó muy lucida gente. Envió a Juan de Saavedra, natural de Sevilla, que yo conocí, con ciento y cincuenta hombres, para que fuesen delante como descubridores de la tierra, aunque toda ella estaba en paz y muy segura de andar, porque el príncipe Manco Inca estaba con los españoles, y todos los indios esperaban la restitución de su Imperio. Dejó Almagro, en el Cozco, al capitán Ruy Díaz y a su íntimo amigo Juan de Herrada, para que hiciesen más gente y se la llevasen en socorro, que le pareció sería toda menester, según la gran fama del Reino de Chile, de áspera y belicosa.

CAPÍTULO XX: Don Diego de Almagro entra en Chili con mucho daño de su ejército, y el buen recibimiento que los del Inca le hicieron.

Dejando proveído lo que atrás se ha dicho, salió Don Diego de Almagro del Cozco al principio del año de mil y quinientos y treinta y cinco; llevó consigo a

un hermano de Manco Inca, llamado Paullu, de quién atrás hemos hecho mención, y al Sumo Sacerdote que entonces tenía los indios, que llamaban *Uillac Umu*, que los españoles llaman *Villa Oma*. Llevó asimismo muchos indios nobles que les acompañaron, y otros muchos de servicio que llevaron las armas y los bastimentos, que entre los unos y los otros pasaron de quince mil indios, porque el príncipe Manco Inca, con las esperanzas de la restitución de su Imperio, pensando obligar a los españoles a que se lo diesen, hacia extremos en servicio de ellos. Y así mandó al hermano y al Sumo Sacerdote que fuesen con los viracochas, para que los indios los respetasen y sirviesen mejor, aunque los historiadores en este paso, anteponiendo los sucesos, dicen que concertó con ellos que matasen a Don Diego y a todos los suyos en los Charcas, o donde más aparejo hallasen. Lo cual les envió a decir después por mensajeros, cuando se certificó que no querían restituirle su Imperio, como adelante diremos. Juan de Saavedra, que iba delante, llegó a los Charcas, que están doscientas leguas del Cozco, sin que por el camino le acaeciese cosa que sea de contar, sino toda paz y regalo que los indios le hacían a él y a los suyos. En los Charcas halló a Gabriel de Rojas, que días antes había enviado el Marqués con sesenta soldados, para que como capitán asistiese por él en aquella provincia. Quiso Saavedra prenderle sin que hubiese causa, porque la discordia, no pudiendo con los indios hacer lo que ella quisiera, por la blanda y pacífica natural condición que ellos tienen, se metía entre los españoles a encender los fuegos que pretendía. Gabriel de Rojas, siendo avisado, se ausentó disimuladamente, y se fue a Los Reyes por diferente camino del que Don Diego de Almagro llevaba por no encontrarle; los más de sus sesenta compañeros se fueron a Chili. Don Diego llegó a las Charcas sin haberle sucedido cosa notable por el camino. Mandó apercibir lo necesario para el viaje; quiso ir por la sierra, y no por la costa, porque supo que era más breve camino; y aunque Paullu y Uillac Umu le dijeron que aquel camino no se caminaba sino a ciertos tiempos del año, cuando había menos nieve en las abras y puertos de aquella brava cordillera de Sierra Nevada, no quiso creerles, diciendo que a los descubridores y ganadores del Perú habían de obedecer la tierra y los demás elementos, y los cielos les habían de favorecer, como lo habían hecho hasta allí. Por tanto no había que temer las inclemencias del aire. Con esto siguió el camino de la sierra que los Incas (después que ganaron el Reino de Chili) descubrieron, porque el camino de la costa por donde entraron a ganarlo se les hacía largo de andar; más tampoco se andaba este camino de la Sierra sino de verano, por Navidad (cuando acá es invierno), y con mucho recato por la nieve, porque todo el año se hace temer.

Don Diego de Almagro salió de los Charcas; siguió el camino de la sierra, huyendo del consejo de Paullu, teniéndolo más por sospechoso que por fiel. Más a pocas jornadas que hubieron caminado por la sierra, se arrepintieron de no haberlo tomado, porque hallaron grandes dificultades en el camino. Lo primero, que no podían caminar por la mucha nieve, que muchas veces la apartaban a fuerza de brazos para pasar adelante, de cuya causa eran las jornadas muy

cortas. Empezaron a faltar los bastimentos, porque los llevaban tan tasados para tantos días, y fueron tres tantos más. Sintieron grandísimo frío, porque según los cosmógrafos y astrólogos, aquella gran cordillera de sierra nevada llega con su altura a la media región del aire, y, como allí sea el aire frigidísimo y el suelo cubierto de nieve, y los días los más cortos y fríos del año, que era cerca de San Juan, se helaron muchos españoles y negros e indios, y muchos caballos. Los indios llevaron la peor parte, por la poca ropa que visten. Heláronse de quince mil que iban, más de los diez mil, y aun de los españoles, con prevenirse de ropa para defenderse del frío, murieron más de ciento y cincuenta, y hubo muchos, sin los que murieron, que sin sentirlo se les helaban los dedos de los pies, y no lo sentían hasta que se les caían. Yo conocí uno de ellos, que se decía Jerónimo Costilla, natural de Zamora, de la muy noble sangre que hay en aquella ciudad. Perdieron el fardaje, no porque se lo quitasen los enemigos, que no los hubo en aquel paso, sino porque se murieron los indios que lo llevaban. Llegaron los españoles de la otra parte de la Sierra bien destrozados y fatigados de los trabajos pasados, donde en lugar de enemigos hallaron indios amigos, que los recibieron, sirvieron y regalaron con mucho amor, como propios hijos, porque estos eran del Imperio de los Incas y del pueblo Copayapu. Los cuales sabiendo que Paullu, hermano de su Inca, y el Sumo Sacerdote de ellos iban con los españoles, salieron a recibirlos, y los festejaron con todo el extremo que pudieron, que sí como hallaron amigos que los hospedaron, hallaran enemigos que les hicieran guerra, perecieran del todo, según iban mal parados.

Entretanto que los viracochas se reformaban de los trabajos pasados, que fueron mayores que ningún encarecimiento puede decir, Paullu Inca y su pariente el Uíllac Umu hicieron un parlamento a los capitanes y curacas del Imperio de los Incas, en que les dieron cuenta de lo sucedido en el Perú por Huáscar Inca y Atahuallpa, y como los españoles lo mataron en venganza de la muerte de su Rey y de toda su real sangre, y que al presente tenían en su poder al príncipe Manco Inca, legítimo heredero de aquel Imperio y que le trataban con mucho respeto y honra, y con grandes promesas de restituirle en Su Alteza y majestad. Por tanto, estaban todos los indios obligados a servir y regalar a los viracochas, de manera que con los servicios les obligasen a cumplir la promesa de la restitución del Imperio, la cual esperaba su príncipe Manco Inca con gran confianza, porque aquellos hombres eran hijos y descendientes del Sol, padre de los Incas, y que así les llamaban Incas y los reconocían por parientes, y en particular les habían dado el nombre de su dios Viracocha, y que el General que allí iba era compañero y hermano del que quedaba en el Cozco. Que los servicios que a cualquiera de ellos les hiciesen, iban a cuenta de ambos, y que el mayor regalo que les podían hacer era darles mucho oro y plata y piedras preciosas, porque eran muy amigos de estas cosas. Y ya que en aquella tierra no había sino oro, juntasen todo lo que pudiesen, para hacerles un gran presente, que su príncipe Manco Inca se daría por muy servido de ello. Los indios de Copayapu se holgaron mucho con la esperanza de la restitución del Imperio, y

aquel mismo día juntaron más de doscientos mil ducados en tejos de oro, que estaban represados de los presentes que solían hacer a sus Incas, porque es así que luego que en Chili se supo la guerra de los dos hermanos Huáscar y Atahuallpa, los capitanes Incas, que sustentaban y gobernaban aquel Reino, cesaron de los servicios y presentes que hacían a su Inca, y estuvieron a la mira, a ver cuál de los dos quedaba por señor.

No fueron a socorrer su Rey por no desamparar a Chili, y por la mucha distancia del camino; y lo principal, porque no tuvieron orden de su Inca. Paullu llevó el oro a Don Diego de Almagro, y se lo presentó en nombre de su hermano Manco Inca y de todo el Reino de Chile. Almagro y los suyos holgaron mucho de ver que en solo un pueblo y en tan breve tiempo, diesen los indios tanto oro, que era señal de la mucha riqueza de aquella tierra. Dijo a Paullu que se lo agradecía, y que en las ocasiones presentes y porvenir lo satisfaría con muchas ventajas. Paullu, viendo las buenas promesas de Don Diego, procuró de regalarle más y más con semejantes dádivas, y así envió a los demás pueblos y valles a pedir le trajesen el oro que para presentar a su Inca tuviesen recogido, porque era menester para presentarlo a los viracochas, que eran hermanos del Inca. Con este mandato trajeron los indios en pocos días más de otros trescientos mil ducados de oro, y se los dieron a Don Diego de Almagro. El cual, vista la riqueza de la tierra que le había cabido en suerte (teniéndola ya por suya), hizo una gran magnificencia, en albricias de su buena dicha, para ganar honra y fama, que era amigo de ella, y para obligar a los suyos a que le fuesen buenos compañeros. Sacó en presencia de ellos las obligaciones y conocimientos que tenía de los dineros que para esta jornada (y antes de ella) les había prestado, que pasaban de cien mil ducados, y una a una las rompió todas, diciendo a sus dueños que les hacía gracia de aquella cantidad, y que le pesaba de que no fuese mucho mayor, y a los demás dió socorros y ayudas de costa, con que todos quedaron muy contentos. Francisco López de Gómara, capítulo ciento y cuarenta y dos, habiendo contado este hecho, dice: “Fué liberalidad de un príncipe más que de soldado, pero cuando murió no tuvo quien pusiese un paño en su degolladero,” etc.

CAPÍTULO XXI: Nuevas pretensiones prohíben la conquista de Chili. Almagro trata de volverse al Perú, y por qué.

Habiendo descansado Almagro y su gente, y reformado los caballos de los trabajos pasados, trató de conquistar los demás valles y provincias de aquel Reino de Chili, que no estaban sujetas al Imperio del Inca; porque las que lo estaban, viendo que Paullu, hermano de su Rey, iba con él, todas le habían dado la obediencia. Dió cuenta de su intención a Paullu, pidiéndole su favor y ayuda para aquella conquista. El Inca Paullu, viendo que era en beneficio del Imperio de su hermano, sacó la gente que pudo de los presidios y guarniciones que en

aquel Reino había. Mandó recoger mucho bastimento, lo cual proveído, fue con Don Diego a la conquista de las provincias Purumauca, Antalli, Pincu, Cauqui y otras comarcanas, hasta la provincia de Araucu. Tuvo grandes recuentros con los naturales de ellas, que se mostraron valientes y diestros en las armas que usan, particularmente en los arcos y flechas, con los cuales hicieron bravos tiros de mucha admiración, que por volvernos a nuestro Perú, no lo contamos en singular, ni las batallas que tuvieron, más de que fueron muy reñidas. Empero, por mucho que resistían los contrarios, iban ganando los españoles felicísimamente, con la buena ayuda y servicio que Paullu y sus indios le hacían, de manera que todos esperaban que en menos de dos años ganaran aquel Reino. Esta prosperidad y buena andanza atajó la discordia, que siempre anduvo buscando ocasiones y encendiendo fuego entre estos dos famosísimos hermanos, y no paró hasta que los consumió ambos, como adelante veremos.

Andando Almagro en sus victorias, aunque las alcanzaba a mucha costa de sangre española e india, al cabo de cinco meses y más que había entrado en Chili fueron allá el capitán Ruy Díaz y Juan de Herrada con cien españoles, que, como atrás se dijo, quedaron en el Cozco haciendo gente para llevarla en socorro de Don Diego de Almagro. Fueron por el propio camino, y aunque hallaron los puertos con menos nieve, porque era ya por noviembre y allá es verano, murieron muchos indios y algunos españoles del mucho frío que pasaron, y los que de él escaparon hubieran de perecer de hambre, porque la pasaron grandísima. Socorriéronse con la carne de los caballos que hallaron muertos de los que se helaron cuando pasó Don Diego de Almagro. Estaban tan frescos con haber pasado cinco meses, que parecían muertos de aquel día.

Habiendo padecido estos trabajos, y más los que no se cuentan, llegaron ante su Capitán General. Fueron recibidos con mucho regocijo y alegría, y mucha más cuando supieron que Juan de Herrada llevaba la provisión de Su Majestad, de la gobernación de cien leguas de tierra pasada la jurisdicción del Marqués. Esta provisión llevó Hernando Pizarro cuando volvió de España al Perú, y de la Ciudad de los Reyes se la envió por la posta a Juan de Herrada, porque supo que estaba de partida para Chili. En este paso, capítulo ciento y treinta y cinco, dice Gómara, sacado a la letra, lo que se sigue: "Estando Almagro guerreando a Chile, llegó Juan de Herrada con las provisiones de su gobernación, que había traído Hernando Pizarro; con las cuales (aunque le costaron la vida) se holgó más que con cuanto oro ni plata había ganado, ca era codicioso de honra. Entró en consejo con sus capitanes sobre lo que hacer debía, y resumióse, con parecer de los más, de volverse al Cuzco a tomar en él (pues en su jurisdicción cabía) la posesión de su gobernación. Bien hubo muchos que le dijeron y rogaron poblase allí o en los Charcas, tierra riquísima, antes de ir. Y enviase a saber entre tanto la voluntad de Francisco Pizarro y del cabildo del Cuzco, porque no era justo descompadrar primero. Quienes más atizaron la vuelta fueron Gómez de Alvarado, Diego de Alvarado y Rodrigo Orgoños, su

amigo y privado; Almagro, en fin, determinó volver al Cuzco a gobernar por fuerza, si de grado los Pizarros no quisiesen". Hasta aquí es de Gómara.

La pasión que Almagro y sus capitanes tenían por volver al Perú no era por gozar de las cien leguas de jurisdicción que su Gobernación tenía, que muchas más hallaron ganadas en Chili, cuyos naturales los recibieron y sirvieron como hemos visto, y muchas más leguas que iban ganando, y las unas y las otras de tierra de mucho oro, según que al principio hallaron las muestras. Pero nada les agradaba, como no poseyesen aquella imperial ciudad del Cozco, la cual fue la manzana de la discordia que el demonio echó entre estos Gobernadores, por cuyos amores tuviesen guerras civiles con que se estorbase la predicación del Santo Evangelio, y muriesen muchos fieles e innumerables infieles sin el sacramento del bautismo; porque el enemigo del género humano y sus ministros estorbaban la administración de él y de los demás sacramentos, que son remedios de nuestras ánimas. Con esta afición o pasión que Almagro y los suyos tenían a la imperial ciudad del Cozco se resolvieron en dejar a Chili y volverse al Perú, no por el camino que a la ida llevaron, porque los escarmentó malamente, para que no volviesen por él, sino por otro tan dificultoso, porque el pasado los hubiera de ahogar con nieves y aguas, y el venidero con falta de ellas y sobra de arena, como luego veremos. Y porque los historiadores Zárate y Gómara en esta jornada que Almagro hizo a Chili andan muy confusos, porque dicen que Almagro volvió por el mismo camino que fue, y que hizo odres para llevar agua, porque, según dicen, pasaron mucha necesidad de agua. Y donde hay nieve no hay falta de agua, de donde se ve claro que el que les dió la relación dijo en confuso, juntando en uno las cosas que sucedieron a la ida y a la vuelta de este viaje, haciendo el camino uno solo siendo dos y tan diferentes como se verán. Y el oro que Paullu y los de Chili presentaron a Don Diego de Almagro dicen aquellos autores que Juan de Saavedra lo quitó en los Charcas a los indios que lo llevaban para presentarlo a su Rey, habiéndose cerrado aquel camino luego que se levantaron las guerras entre los dos hermanos, Huáscar y Atahuallpa. Por todo lo cual, aquel conquistador antiguo de quien hemos hecho mención en otra parte, que marginó la *Historia* de Gómara, viendo en este paso la confusa relación que al autor hicieron, como enojado de ella, dice sobre el capítulo ciento y treinta y cinco lo que se sigue:

"En todo lo que el autor escribió del Cuzco y de Chile hay mucho que quitar y que añadir, porque según lo que aquí dice, parece que lo escribió por relación de algunos que ignoraban el hecho tanto como él, porque así lo muestra en este paso. La verdad del hecho es que Almagro no volvió de Chile por el camino que fue a la ida, porque fueron por la sierra, con mucho trabajo de hambre y frío. Y al pasar de los puertos para entrar en Copayapu, que es el primer valle de Chile por aquel camino, cayó tanta nieve, e hizo tan grandes fríos, que se heló mucha gente, indios y españoles, y caballos, y muchos escaparon con los dedos de los pies caídos, helados de frío, así de negros como de indios y españoles. Donde a cinco meses llegaron al mismo paso Ruy Díaz y

Juan de Herrada con la gente que quedaron haciendo en el Perú por orden de Almagro. Pasaron mucho frío, hambre, y trabajo. Aquel paso, por mucha prisa que se den, se tarda en pasarlo cuatro y cinco días, donde se hallaron muy faltos de comida a causa de haberla alzado los indios. Hallaron los puertos con menos nieve; pasáronlos con mejor tiempo, aunque el frío los maltrató mucho, de manera que murieron algunos. Remediaron su hambre, que fue muy grande, con los caballos que hallaron helados y tan frescos, como lo dice la historia.

"Almagro, como está dicho, no volvió por el camino de la sierra que llevó, sino por el que ahora se anda, que es por la costa de la mar, que por otro nombre se llama los Llanos. Hay un despoblado desde Atacama, que es el postrer pueblo del Perú hasta Copayapu, que es el primero de Chile, de ochenta leguas, donde hay por el camino algunos manaderos de agua que no corre. De cuya causa y por el poco uso que hay de sacarla, siempre huele mal, y estos son a trechos a seis, siete leguas, y a más y a menos. Y por la poca agua que tenían, que no había recaudo de agua para todo el ejército, mandó Almagro que comenzasen a pasar el despoblado los de a caballo en cuadrillas de cinco en cinco, y de seis en seis. Y como los delanteros iban limpiando los pozos, acudía más agua, de manera que pudieron ir creciendo el número de los caballos y el de los infantes hasta que pasó todo el ejército. Embarcóse Almagro, pasando el despoblado en un navío que llevó Noguerol de Ulloa, capitán suyo. Este era hijo del alcalde de Simancas, que el Obispo de Zamora mató. Jerónimo de Alderete, que muchos años después fue Gobernador de Chile, estando en Copayapu, viendo los puertos con poca nieve, quiso ir, y otros muchos con él, a ver si había alguna señal o rastro de aquella mortandad tan memoranda, que sucedió cuando los pasó Almagro. Hallaron un negro arrimado a las peñas, en pie, sin haberse caído, y un caballo también en pie, como si fuera de palo, y las riendas en las manos del negro, ya podridas, y esto fue cinco o seis años después que fue Valdivia por Gobernador, a quien sucedió Alderete." Hasta aquí es del conquistador antiguo, que marginó la *Historia* de Gómara. Lo dicho se declara más en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXII: Almagro desampara a Chili, y se vuelve al Cozco. El Príncipe Manco Inca pide segunda vez la restitución de su Imperio, y lo que se le responde. La ida de Hernando Pizarro al Perú, y la prisión del mismo Inca.

Don Diego de Almagro, habiendo determinado volverse al Perú, para destrucción de todos ellos, viendo la fidelidad y el amor que Paullu Inca le tenía, le dió cuenta de su intención, y le pidió su parecer, que le dijese por donde volvería, que temió caer en otro peligro como el pasado, que, por despreciar y no admitir el aviso de este Inca, se vió en él de manera que perecería con todo su ejército, si la misericordia de Dios no los librara, como los libró de otros muchos

peligros que hemos visto, y muchos más que veremos que los guardaba, porque habían de ser predicadores de su Evangelio y Fe Católica y la habían de enseñar a aquellos gentiles. El Inca Paullu, habiendo consultado con sus indios los caminos, dió cuenta a Don Diego de Almagro del camino que había por la costa, y dijo que después de las guerras que sus hermanos los Incas Huáscar y Atahuallpa tuvieron, se había cerrado; y que los pozos o fuentes que por él había, de donde bebían los caminantes, por no haberse usado en tanto tiempo estaban ciegos, con el arena que el viento les echaba encima y no tenían agua, sino muy poca, y ésa hedionda, que no se podía beber. Empero, que él enviaría indios delante que los fuesen limpiando y sacando el agua sucia, y que con el aviso que estos le enviasen de la cantidad del agua que los manantiales tenían, así enviaría su ejército en cuadrillas, aumentando el número de la gente conforme a la cantidad del agua, porque aquellas fuentes, cuanto más las usaban, tanto más agua daban de sí, y que la gente podía ir dividida, porque no había enemigos por el camino. Y porque las fuentes algunas de ellas estaban lejos unas de otras, a seis y a siete leguas, se harían odres en que llevasen agua de unas fuentes a otras, porque la gente no padeciese trabajo con la sequía mientras llegaban a ellas, y que esta orden era de los Incas, sus padres y abuelos. A Don Diego de Almagro y a sus capitanes pareció muy acertado lo que Paullu Inca les dijo, y fiándose de él, le dijeron que lo ordenase como viese que era menester para la salud de todos ellos, conforme al consejo y prudencia de los Incas, sus pasados, pues era uno de ellos. El Inca Paullu, muy ufano de que el Gobernador y sus españoles fiasen de él la salud y vida de todos ellos, envió a toda diligencia indios que fuesen limpiando las fuentes; mandóles que avisasen de lo que fuesen haciendo. Dió orden que desollasen las ovejas que le pareció serían menester para las odres, y que sacasen los pellejos enterizos. Mandó que se juntase el bastimento necesario para las ochenta leguas de despoblado. Entre tanto que estas cosas se proveían, enviaron aviso los indios que fueron a limpiar las fuentes, de lo que iban haciendo, y que podían los españoles empezar a caminar.

A Don Diego de Almagro le pareció no hacer tan absoluta confianza de los indios en negocio de tanta importancia como la salud de todo su ejército, sino que fuesen algunos españoles que le certificasen de lo que los indios le decían del camino y de las fuentes. Para lo cual envió cuatro de a caballo, que por escrito y no de palabra, le avisasen de lo que hallasen a cada jornada del camino y de sus partes. Con el aviso de estos españoles fueron saliendo otros y otros en mayor número, hasta que no quedó ninguno en Chili. Así caminaron hasta que llegaron a Tacama, donde supo Almagro que cerca de allí estaba Noguerol de Ulloa, el cual había ido en un navío, por orden del Marqués Don Francisco Pizarro a descubrir los puertos que en aquella costa hubiese, y que llegase hasta Chili, y supiese cómo le iba a Don Diego de Almagro, y volviese con la relación que haber pudiese de las buenas partes de aquel Reino para enviar socorro a Don Diego si lo hubiese menester. Almagro escribió a Noguerol de Ulloa que se viesen, para informarse de lo que en su ausencia había pasado en el Perú. Con la

respuesta de Noguerol se vieron los dos, y hablaron largo; y por tener más lugar de hablar de los sucesos de ambos reinos, sin que su ejército perdiese de caminar, y por regalar a Noguerol de Ulloa, que era mucho su amigo, le dijo que quería entrar en su navío, y ser su soldado y marinero por tres o cuatro días mientras su gente caminaba por tierra tres o cuatro jornadas, que en breve los alcanzaría, por mucho que se alejasen. Con este común regocijo caminaron por mar y por tierra; y pasada la navegación, que fue corta, Almagro volvió a los suyos, donde lo dejaremos hasta su tiempo por dar cuenta del general levantamiento de los indios, que sucedió mientras Don Diego anduvo en Chili.

Para lo cual es de saber que luego que Almagro salió del Cozco para Chili, y los demás capitanes para sus conquistas, como atrás queda dicho, el príncipe Manco Inca, viendo al Gobernador sosegado después de la partida de Don Diego de Almagro, le propuso por segunda vez el cumplimiento de las capitulaciones que entre indios y españoles se habían hecho, diciendo que Su Señoría había prometido ponerlas en ejecución con la restitución de su Imperio, que le pedía y encargaba las cumpliese, para que los naturales tuviesen en quietud y supiesen cómo habían de acudir a servir a los españoles. El Gobernador y sus hermanos se hallaron confusos de no tener ni hallar razones competentes para entretener la demanda y esperanzas del Inca. Pero, como pudieron y supieron, le dijeron, por no desconfiarle, que ellos tenían cuidado de cumplir las capitulaciones, porque eran en favor y beneficio de todos, así de indios como de españoles, más que las alteraciones pasadas y ocasiones presentes, no habían dado ni daban lugar al cumplimiento de ellas; y que la principal causa era que por horas esperaban la respuesta del Emperador su señor, a quien habían dado larga cuenta de las capitulaciones y de la restitución de su Imperio, y que entendían la traería Hernando Pizarro, su hermano, y que sería muy a gusto de Su Alteza, porque no podía esperar menos de un tan gran Príncipe, tan justo y tan religioso, sino que ratificaría las capitulaciones. Que esperasen la llegada de Hernando Pizarro, que él les quitaría de todos aquellos cuidados con el mandato del Emperador.

Con estas esperanzas vanas entretuvieron al Inca algunos días. Entre tanto llegó la nueva de cómo Hernando Pizarro había desembarcado en Túmpiz. El Marqués, viendo la buena ocasión que se le ofrecía para salir del Cozco, que lo deseaba, así por huir de la demanda del Inca como por volver a la nueva población de la Ciudad de los Reyes, que, por haberla fundado él deseaba verla perfeccionada, habló al Inca y le dijo que para cumplir con más brevedad lo que la majestad del Emperador mandase en lo que Su Alteza pedía, era necesario ir a recibir a su hermano Hernando Pizarro; que le suplicaba le diese licencia para aquella jornada; que vuelto de ella, que sería muy breve, se daría el asiento que a todos convenía, y que en el entretanto, para más quietud de Su Alteza y más regalo y seguridad de los españoles, tuviese por bien de recogerse a su real fortaleza y estarse en ella hasta que él volviese, que sus hermanos y los demás compañeros le servirían como tenían obligación. Pidió esto el Marqués al Inca, porque a él y a sus hermanos y a todos los suyos les pareció convenirles, porque

sentían en Manco Inca un ánimo bravo y altivo, y que lo sabía templar y disimular, como hasta allí lo había hecho. Temían no hiciese alguna novedad viendo que le dilataban la restitución de su Imperio y el cumplimiento de las capitulaciones; quisieron tenerle puesto en cobro, para asegurarse de él. El Inca aunque vio que no eran buenos pronósticos aquellos para su demanda y restitución de su Reino, disimulando con su discreción lo que sentía, por no alterar al Marqués a que le hiciese mayores agravios, consintió en lo que le pedía o mandaba; y así, con muy buen semblante se fue a la fortaleza, y subió aquella larga cuesta a pie, que no quiso ir en andas por mostrar mayor llaneza. Luego que le vieron dentro, le echaron prisiones como también lo dice Gómara, capítulo ciento y treinta y cuatro, por estas palabras:

"Mango, hijo de Guayna Capa, a quien Francisco Pizarro dió la borla en Vilcas, se mostró bullicioso y hombre de valor, por lo cual fue metido en la fortaleza del Cuzco en prisiones de hierro". Hasta aquí es de Gómara. Los indios sintieron grandemente la prisión de su Inca, y que las promesas y esperanzas que les había dado se les trocasen en contra. Hicieron grandes llantos y lamentaciones. El príncipe Manco Inca les consoló diciendo que en todo quería él obedecer a los españoles con buen ánimo, y que ellos debían hacer lo mismo, pues su Inca Huayna Cápac lo había dejado así mandado en su testamento. Y que no se fatigasen hasta ver la última resolución de aquellos sucesos, que él esperaba que su prisión era para usar de mayor liberalidad con él, porque el soltarle y restituirle su Imperio se haría todo junto, para que por todo el mundo sonase más la magnificencia de los viracochas; que fiasen de ellos, pues era gente venida del cielo. El Marqués se despidió del Inca, cuya persona y guarda encomendó a sus hermanos Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, y se fue a la Ciudad de los Reyes, donde recibió con gran fiesta y regocijo a su hermano Hernando Pizarro y las nuevas mercedes que Su Majestad les hizo, que las cuenta Francisco López de Gómara, capítulo ciento y treinta y tres, por estas palabras:

"Poco después que Almagro se partió para Chile, llegó Fernando Pizarro a Lima, Ciudad de los Reyes; llevó a Francisco Pizarro título de Marqués de los Atavillos, y a Don Diego de Almagro la gobernación del Nuevo Reino de Toledo, cien leguas de tierra contadas de la raya de la Nueva Castilla, jurisdicción y distrito de Pizarro, hacia el sur y levante. Pidió servicio a los conquistadores para el Emperador, que decía pertenecerle como a Rey todo el rescate de Atabáliba, que también era Rey. Ellos respondieron que ya le habían dado su quinto que le venía de derecho, y aína hubiera motín, porque los motejaban de villanos en España y corte, y no merecedores de tanta parte y riquezas. Y no digo entonces, pero antes y después lo acostumbran decir acá los que no van a Indias, hombres que por ventura merecen menos lo que tienen, y que no se habían de escuchar. Francisco Pizarro los aplacó, diciendo que merecían aquello por su esfuerzo y virtud, y tantas franquezas y preeminencias como los que ayudaron al Rey Don Pelayo y a los otros Reyes a ganar España de los moros. Dijo a su hermano que buscase otra manera para cumplir lo que había

prometido, pues ninguno quería dar nada, ni él les tomaría lo que les dió. Fernando Pizarro entonces tomaba un tanto por ciento, de lo que hundían, por lo cual incurría en gran odio de todos; más él no alzó la mano de aquello, antes se fue al Cuzco a otro tanto, y trabajó de ganar la voluntad a Mango Inga, para sacarle alguna gran cantidad de oro para el Emperador, que muy gastado estaba con las jornadas de su coronación, del Turco, en Viena, y de Túnez". Hasta aquí de Gómara con que acaba aquel capítulo. Nosotros decimos que el Marqués envió a su hermano al Cozco con bastante poder y comisión, para que en su nombre gobernase aquella ciudad y mirase por el Inca, que él pretendía quedarse en Los Reyes para la poblar y engrandecer.

CAPÍTULO XXIII: Las prevenciones del Príncipe Manco Inca para restituirse en su Imperio.

El Príncipe Manco Inca, que estaba preso en la fortaleza (aquella que con tanta grandeza y majestad edificaron sus pasados para trofeo de sus trofeos, que no imaginaron que había de ser cárcel de sus descendientes), procuró con discreción y buena maña aligerar sus prisiones con acariciar y regalar a los españoles, no solamente a los superiores más también a los inferiores, con muchas dádivas y presentes, así de frutas, aves y carnes, y otros regalos para comer, como de oro y plata, esmeraldas y turquesas que les dió. Y el tratar con ellos era con tanta afabilidad y hermandad, y tan sin muestra de pesadumbre de la prisión, que los aseguró a todos de manera que le quitaron las prisiones y le dejaban andar libremente por la fortaleza. En este medio supo el Inca que Hernando Pizarro iba al Cozco, a ser superior en aquella ciudad. Entonces procuró con mayores diligencias que le diesen libertad para bajar a la ciudad a una de sus casas y vivir en ella. Alcanzólo con facilidad, porque estaba tan bien quisto con los españoles, que le concedían cuanto les pedía. El Inca procuró con tanta instancia salir de la fortaleza, porque Hernando Pizarro no le hallase aprisionado y sospechase mal de él y se recatase y no le diese crédito, ni fiase de él en lo que le pidiese o le prometiese. Y así le sucedió bien, como lo dicen Gómara y Zárate casi por unas mismas palabras. Las de Zárate, libro tercero, capítulo tres, son las que se siguen: "Pues llegado Hernando Pizarro al Cuzco tomó grande amistad con el Inca, y le trataba muy bien, aunque siempre le hacía guardar. Creyóse que esta amistad era a fin de pedirle algún oro para Su Majestad o para sí mismo; y donde a dos meses que llegó al Cuzco el Inca le pidió licencia para ir a la tierra de Incaya a celebrar cierta fiesta, prometiéndole traer de allá una estatua de oro macizo, que era al natural de su padre Guaynacaba. Y ido allá, dió conclusión en el camino que concertado tenía desde que Don Diego partió para Chile," etc. Hasta aquí es de Agustín de Zárate.

El Inca pidió licencia para ir a Yúcay, que, como atrás se ha dicho, era el jardín de aquellos Reyes, y una legua el río abajo estaba el entierro de ellos,

llamado Tampu, donde enterraban los intestinos que les sacaban para embalsamar los cuerpos, y era verosímil que allí estuviese la estatua de oro, como retrato de su padre. Viéndose allá el Inca, en achaque de la fiesta que se había de celebrar, hizo llamamiento de algunos capitanes viejos que de su padre habían quedado, y de algunos señores principales, a los cuales propuso la rebeldía y pertinacia que los españoles tenían en no querer cumplir las capitulaciones que su hermano Titu Atauchi había hecho con ellos, y la prisión en que al mismo Inca habían puesto con prisiones de hierro, sin haberles hecho por qué, y la ausencia que el Capitán General había hecho dos veces, por entretenerle con esperanzas falsas y no restituirle su Imperio. Dijo que aunque le había conocido este mal ánimo desde el principio, había disimulado y sufrido por justificar la causa para con Dios y con las gentes, que no dijesen que había perturbado la paz que entre los españoles y él se había capitulado. Más ya que de su parte había hecho lo que estaba obligado, no quería esperar más en promesas vanas, que bien había visto y sabía que aquellos españoles repartían la tierra entre sí mismos, así en el Cozco como en Rímac y en Túmpiz, lo cual era señal manifiesta de no restituirle su Imperio. Y que no quería poner su persona a riesgo de que se la tratasen como la vez pasada, que no habían tenido respeto a echarles grillos y cadenas sin haberlos enojado ni dado ocasión para ello. Por tanto, les encargaba y mandaba que, como leales criados y fieles vasallos, aconsejasen a su príncipe lo que en empresa tan grande y tan importante le convenía, porque él pretendía restituirse en su Imperio por las armas, confiado en que no permitiría el Pachacámac, ni su padre el Sol, que se lo quitasen tan injustamente. Los capitanes y curacas eligieron su capitán de los más ancianos, que hablase por todos. El cual habiendo hecho el acatamiento que a sus Reyes debían, dijo:

—Solo Señor, nunca a los del Consejo de Vuestra Majestad les pareció seguros ni decente que Vuestra Majestad pusiese su persona en poder de estos extranjeros, ni que fiase de ellos la restitución de su Imperio. Pero sujetáronse a vuestra voluntad por verla tan inclinada a la paz y concordia que vuestro hermano Titu Atauchi capituló con ellos, de la cual no hay que esperar, por lo que hemos visto que hicieron con vuestro hermano Atahuallpa, que, después de recibido el rescate que prometió por su libertad, le mataron. Ha sido gran merced del Pachacámac que no hayan hecho lo mismo con vuestra real persona, pues la tuvieron en su poder y en prisiones. De la restitución de vuestro Imperio tampoco hay que esperar, porque de gente que tanto amor y codicia ha mostrado a la fruta, no es de creer que les pase por la imaginación restituir el árbol a su dueño; antes se debe temer que procuren su muerte y la de todos los suyos, porque no haya quien aspire al Imperio. Por lo cual pues ellos mismos nos enseñan, debe Vuestra Majestad desconfiar de sus promesas, y mandar que luego, a toda diligencia, se levante la más gente de guerra que se pudiere levantar, y recoger el bastimento necesario; y que no perdamos la ocasión que nos han dado en haberse dividido en tantas partes, que será más fácil el

degollarlos que estando todos juntos. Acometerlos hemos a un tiempo a todos ellos, para que no puedan socorrerse unos a otros. Los caminos se atajarán y acortarán para que no sepan estos de aquellos, ni nadie de nadie, y así perecerán todos en un día, que según la muchedumbre que de vuestros soldados cargarán sobre ellos (donde quiera que estén), les echarán las sierras encima si Vuestra Majestad lo mandare; que no socorriéndoles vuestros vasallos, como no les socorrerán, sin duda morirán a nuestras manos o a manos de la hambre que padecerán en el cerco. La brevedad del acometimiento es lo que más conviene, que del buen suceso del hecho no se puede dudar, pues tenemos la justicia de nuestra parte.

Así acabó el capitán, y luego se resolvieron en su levantamiento. Enviaron con mucho secreto mensajeros a todo el Reino, que levantasen toda la gente que hubiese de guerra, y para tal día señalado acudiesen a degollar los advenedizos de Castilla. Que trajesen todo el bastimento que hubiese en los pósitos reales o comunes; y si por las guerras de Atahuallpa se hubiesen menoscabado o consumido, lo trajesen de las casas particulares, donde quiera que lo hubiese, que muertos aquellos enemigos se satisfaría cualquier daño o menoscabo que cualquiera de los vasallos hubiese recibido. Mirasen que en aquel hecho consistía la vida, salud y libertad de todos ellos, desde el mayor hasta el menor, y la de su Inca principalmente. Con este mandato del príncipe Manco Inca se levantó la gente de guerra que había desde la Ciudad de los Reyes hasta los Chichas, que son trescientas leguas y más de largo. La otra parte del Reino, que es de Los Reyes a Quitu, no pudo levantar gente por haber perecido toda la que había en aquellas provincias con las guerras de Atahuallpa y con el estrago que los españoles en ella hicieron con la prisión y muerte de aquel Rey. Asimismo envió el Inca mensajeros disimulados al Reino de Chili, que en público dijesen que iban a saber de la salud del infante Paullu, y del sumo sacerdote Uíllac Umu, y que en secreto les avisasen la determinación del Inca. Y que ellos ayudasen por su parte, y degollasen a Don Diego de Almagro y a todos los suyos, porque así convenía para restituirse en su Imperio, que de aquellos hombres no había que esperar que se lo diesen por bien. Levantada la gente, mandó el Inca que los mediterráneos desde Antahuaylla, y los de la costa desde Nanasca, que eran del partido de Chinchasuyu, acudiesen a Rímac a matar al Gobernador y a los que con él estaban, y los de Cuntisuyu, Collasuyu, y Antisuyu acudiesen al Cozco para degollar a Hernando Pizarro y a sus hermanos y a los demás españoles, que por todos eran doscientos. Nombró capitanes y ministros para el un ejército y el otro. En el capítulo siguiente diremos los sucesos que hubo en aquella ciudad, que los mayores fueron misericordias de la mano del Señor, hechas en favor de los españoles, para remedio de aquéllos gentiles idólatras.

CAPÍTULO XXIV: El levantamiento del Príncipe Manco Inca; dos milagros en favor de los cristianos.

El Inca mandó que la gente de guerra se recogiese hacia el Cozco y hacia la Ciudad de los Reyes a combatir los españoles y a destruirlos. Mandó que matasen todos los que estaban derramados por el Reino sacando oro por las minas, que, con la paz y buen servicio que los indios les hacían, se atrevían a andar sin recato, como si estuvieran en sus tierras, de los cuales mataron muchos en diversas partes. Con este principio llegaron al Cozco, con el mayor secreto que pudieron, el día que les señalaron; y luego, la noche siguiente acometieron a los españoles repentinamente, con gran alarido y estruendo, porque eran más de doscientos mil indios los que vinieron. Los más de ellos traían arcos y flechas, y fuego en ellas, con yesca encendida. Tiráronlas a todas las casas de la ciudad generalmente, sin respetar las casas reales; solamente reservaban la casa y templo del Sol con todos los aposentos que tenía dentro, y la casa de las vírgenes escogidas, con las oficinas que había de las cuatro calle adentro donde la casa estaba. En estas dos casas no tocaron, por tener respeto a cuyas eran, que, aunque estaban despojadas de sus riquezas y desamparadas de la mayor parte de sus habitadores, quisieron tenerles veneración, por no caer en el sacrilegio que ellos tanto temían de su vana religión, por ser la una casa del Sol y la otra de sus mujeres. Reservaron también del fuego tres salas grandes, de las que les servían de plazas para sus fiestas en días lluviosos: querían tener donde hacerlas, cuando hubiesen degollado a los españoles. La una de estas salas estaba en lo alto de la ciudad, en las casas que fueron del primer Inca Manco Cápac, como dijimos en la descripción de aquella ciudad. La otra sala era de las casas del Inca Pachacútec, llamada *Cassana*. La tercera sala estaba en las casas que fueron de Huayna Cápac, que llamaron *Amarucancha*, que ahora son de la Santa Compañía de Jesús. También reservaron un hermosísimo cubo redondo que estaba delante de estas casas. Todas las demás abrasaron, que no quedó ninguna en pie. Los indios más valientes, que venían escogidos para quemar la casa del Inca Viracocha, donde los españoles tenían su alojamiento, acudieron a ello con grandísimo ímpetu, y le pegaron fuego desde lejos, con flechas encendidas; quemáronla toda, y no quedó cosa de ella. La sala grande que en ella había, que ahora es Iglesia Catedral, donde los cristianos tenían una capilla para oír misa, reservó Dios Nuestro Señor del fuego, que aunque le echaron innumerables flechas y empezaba a arder por muchas partes, se volvía apagar como si anduvieran otros tantos hombres echándoles agua. Esta fue una de las maravillas que nuestro Señor obró en aquella ciudad para fundar en ella su Santo Evangelio; y así lo ha mostrado ella, que cierto es una de las más religiosas y caritativas que hoy hay en el Nuevo Mundo, así de españoles como de indios.

Hernando Pizarro y sus dos hermanos, y los doscientos compañeros que allí estaban, viendo que eran pocos, siempre se alojaban juntos, y, como hombres de guerra y buenos soldados, no dormían; antes, como gente recatada, tenían

centinelas puestas al derredor de su alojamiento y atalayas en lo alto de la casa. Luego que sintieron el ruido de los indios, se armaron y enfrenaron sus caballos, que cada noche tenían treinta de ellos ensillados para estar apercibidos cuando se ofreciese algún rebato, y así salieron los primeros a reconocer los enemigos. Más viendo la multitud de ellos, no sabiendo qué armas traían para ofender los caballos (que era lo que los indios más temían), acordaron recogerse todos a la plaza, que, por ser tan grande, eran más señores de los enemigos en ella que en las calles. Así lo hicieron y estuvieron puestos en escuadrón. Los infantes, que eran ciento y veinte, estaban en medio, y ochenta, que eran los de a caballo, se pusieron de veinte en veinte a los lados y a la frente y espaldas del escuadrón, para que pudiesen resistir a los indios por donde quiera que acometiesen. Los cuales, viendo los españoles juntos, arremetieron a ellos por todas partes con gran ferocidad, pensando llevárselos del primer encuentro. Los caballeros salieron a ellos y les resistieron valerosamente. Así pelearon unos y otros con gran porfía, hasta que amaneció. Con el día reforzaron los indios la batalla. Sobre los españoles llovían flechas y piedras tiradas con hondas que era admiración, más con los caballos y las lanzas se vengaban de ellos, que ninguna arremetida hacían que por lo menos no dejasen muertos ciento y cincuenta y doscientos indios; porque no tenían armas defensivas, ni usaron de las picas (aunque las tuvieron) contra los caballos, porque no habían tratado con caballeros, sino que sus guerras y batallas eran pie a pie unos con otros, y desarmados con desarmados. Más la pujanza de la mucha gente que tenían les hacía sufrir las ventajas que los españoles en armas y caballos les hacían, con tanta mortandad de los indios; pero ellos lo llevaban todos con la esperanza que tenían de degollarlos presto.

Con la porfía que hemos dicho, estuvieron diez y siete días los indios apretando a los españoles en aquella plaza del Cozco sin dejarles salir de ella. Todo aquel tiempo, de noche y de día, estuvieron los españoles en escuadrón formado para valerse de los enemigos y así, en escuadrón, iban a beber al arroyo que pasa por la plaza, y en escuadrón iban a buscar por las casas quemadas si había quedado algún maíz qué comer, que la necesidad de los caballos sentían más que la suya propia. Todavía hallaban bastimento, aunque maltratado del fuego; más la hambre lo hacía todo bueno. En este paso dice Agustín de Zárate lo que se sigue:

"Así vino el Inca con todo su poder sobre el Cuzco, y la tuvo cercada más de ocho meses, y cada lleno de luna la combatía por muchas partes, aunque Hernando Pizarro y sus hermanos la defendían valientemente, con otros muchos caballeros y capitanes que dentro estaban. Especialmente, Gabriel de Rojas, y Hernando Ponce de León y Don Alonso Enríquez, y el tesorero Riquelme, y otros muchos que allí había sin quitar las armas de noche ni de día, como hombres que tenían por cierto, que ya el Gobernador y todos los otros españoles eran muertos de los indios, que tenía noticia que en todas las partes de la tierra se habían alzado. Y así peleaban y se defendían como hombres que no tenían

más esperanza de socorro, sino es Dios, y en el de sus propias fuerzas, aunque cada día los disminuían los indios, hiriendo y matando en ellos".

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, el cual en pocas palabras dice el gran aprieto y peligros que aquellos conquistadores pasaron en aquel cerco, donde la mucha y muy esforzada diligencia que hacían para buscar de comer no los librara de muerte de hambre, según lo que pasaban, si los indios que tenían domésticos no los socorrieran como buenos amigos. Los cuales dando a entender que negaban a sus amos, se iban a los indios enemigos y andaban con ellos de día, y por ganar crédito hacían que peleaban contra los españoles, y a la noche volvían a ellos con toda la comida que podían traer; lo cual también lo dicen Gómara y Zárate, aunque muy brevemente, y en todo este alzamiento del Inca van cortos, principalmente en las maravillas que Jesucristo Nuestro Señor obró en el Cozco en favor de los españoles, donde fue el mayor peligro de ellos y la mayor furia de los indios. Llegó el peligro a tanto, que a los once o doce días del cerco andaban ya muy fatigados los españoles, y también sus caballos, de los muchos rebatos y peleas que cada día tenían, y de la hambre que padecían, que ya no podían llevarla. Eran ya muertos treinta cristianos y heridos casi todos, sin tener con qué curarse. Temían que a pocos días más habían de perecer todos, porque ni ellos podían valerse ni esperaban socorro de parte alguna sino del cielo, donde enviaban sus gemidos y oraciones, pidiendo a Dios misericordia y a la Virgen María su intercesión y amparo. Los indios, habiendo notado que la noche que quemaron toda la ciudad no habían podido quemar el galpón donde se habían alojado los españoles, fueron a él a quemarlo de hecho, pues no habían quien los contradijese. Pegáronle fuego muchas veces y muchos días, y a todas las horas, ya de día, ya de noche, más nunca pudieron salir con su intención; admirábanse no sabiendo qué fuese la causa. Decían que el fuego había perdido su virtud contra aquella casa porque los viracochas habían vivido en ella.

Los españoles, viéndose tan apeados determinaron morir, como esforzados, todos en un día peleando, y no aguardar a morir de hambre y de heridas, o que los enemigos los matasen cuando de flaqueza no pudiesen tomar las armas. Con este acuerdo se apercibieron para cuando los indios los acometiesen salir a ellos y hacer lo que pudiesen hasta morir. Los que pudieron (como podían y los indios les daban lugar) se confesaron con tres sacerdotes que tenían; los demás se confesaban unos a otros, y todos llamaban a Dios y a los Santos sus devotos, para morir como cristianos. Luego que amaneció el día siguiente salieron los indios, como solían, con gran ferocidad, corridos y avergonzados de que tan pocos españoles, de tanta multitud de enemigos se hubiesen defendido tantos días, que para cada español había mil indios. Propusieron de no apartarse de la pelea hasta haberlos degollado todos. Con la misma ferocidad y ánimo salieron los españoles para morir como españoles, sin mostrar flaqueza. Arremetieron a los indios, llamando a grandes voces el nombre de la Virgen, y el de su defensor Apóstol Santiago. Los unos y los otros pelearon obstinadamente, con mucha

mortandad de los indios, y muchas heridas de los españoles. Al cabo de cinco horas que así peleaban, se sintieron los fieles cansados, y sus caballos andaban ya desalentados del mucho trabajo de aquel día y de los pasados; esperaban la muerte, que la sentían muy cerca, y los indios, por el contrario, más feroces cada hora viendo la flaqueza de los caballos, y más animosos de matar los españoles por vengar la mortandad de los suyos. El príncipe Manco Inca, que miraba la batalla de un alto, esforzaba a los suyos nombrándolos por sus provincias y naciones, con gran confianza de verse aquel día señor de su Imperio.

A esta hora y en tal necesidad, fue Nuestro Señor servido favorecer a sus fieles con la presencia del bienaventurado apóstol Santiago, patrón de España, que apareció visiblemente delante los españoles, que lo vieron ellos y los indios encima de un hermoso caballo blanco, embrazada una adarga, y en ella su divisa de la orden militar, y en la mano derecha una espada que parecía relámpago, según el resplandor que echaba de sí. Los indios se espantaron de ver el nuevo caballero, y unos a otros decían: "¿Quién es aquel Viracocha que tiene la *illapa* en la mano?" (que significa relámpago, trueno y rayo). Donde quiera que el Santo acometía, huían los infieles como perdidos, y desatinados, ahogábanse unos a otros, huyendo de aquella maravilla. Tan presto como los indios acometían a los fieles por la parte donde el Santo no andaba, tan presto lo hallaban delante de sí, y huían de él desatinadamente. Con lo cual los españoles se esforzaron y pelearon de nuevo, y mataron innumerables enemigos, sin que pudiesen defenderse, y los indios acobardaron de manera que huyeron a más no poder y desampararon la pelea.

Así socorrió el apóstol aquel día a los cristianos, quitando la victoria que ya los infieles tenían en las manos, y dándosela a los suyos. Lo mismo hizo el día siguiente y todos los demás que los indios querían pelear, que luego que arremetían a los cristianos se atontaban y no sabían a qué parte echar, y se volvían a sus puestos, y allá se preguntaban unos a otros diciendo: "¿Qué es esto? ¿Cómo nos hemos hecho *útic*, *zampa*, *llaclla*?" (que quiere decir: tonto, cobarde, pusilánime). Más no por esto dejaron de porfiar en su demanda, como veremos que más de ocho meses mantuviesen el cerco.

CAPÍTULO XXV: Un milagro de Nuestra Señora en favor de los cristianos, y una batalla singular de dos indios.

Recogidos los indios a sus cuarteles, mandó el Inca llamar los capitanes, y en público los reprendió ásperamente la cobardía y flaqueza de ánimo que aquel día habían mostrado, que huyesen tantos indios de tan pocos viracochas cansados y muertos de hambre. Díjoles que mirasen otro día lo que hacían, porque si no peleaban como hombres, los enviaría a hilar con las mujeres y elegiría otros en lugar de ellos, que mereciesen los oficios de capitanes. Los indios daban por descargo que un nuevo Viracocha, que traía la *illapa* en las

manos, los atontaba y acobardaba, de manera que ni sabían si peleaban o si huían, y que harían como buenos soldados, para enmendar el yerro pasado. El Inca les dijo que apercibiesen sus soldados para de allí a dos noches, que querían que peleasen de noche porque con la oscuridad no viesen al que así los amedrentaba. Los cristianos, conociendo la merced que Nuestro Señor les había hecho, le dieron muchas gracias, y le hicieron grandes promesas y votos. Quedaron tan esforzados y animosos para adelante, como tenían la razón. Diéronse por señores del Reino, pues tales favores alcanzaban del cielo; apercibieron las armas, regalaron los caballos para lo que se ofreciese, con certificación de la victoria, en contra de lo que hasta allí habían tenido.

Venida la noche que el Inca señaló, salieron los indios percibidos de sus armas, con grandes fieros y amenazas de vengar las injurias pasadas, con degollar los españoles. Los cuales, avisados de sus criados, los indios domésticos (que les servían de espías) de la venida de los enemigos, estaban armados de sus armas, y, con gran devoción llamando a Cristo Nuestro Señor y a la Virgen María su Madre, y al apóstol Santiago, que les socorriesen en aquella necesidad y afrenta. Estando ya los indios para arremeter con los cristianos, se les apareció en el aire Nuestra Señora, con el Niño Jesús en brazos, con grandísimo resplandor y hermosura, y se puso delante de ellos. Los infieles, mirando aquella maravilla, quedaron pasmados; sentían que les caía en los ojos un polvo ya como arena, ya como rocío, con que se les quitó la vista de los ojos, que no sabían dónde estaban. Tuvieron por bien de volverse a su alojamiento, antes que los españoles saliesen a ellos. Quedaron tan amedrentados, que en muchos días no osaron salir de sus cuarteles. Esta noche fue la decimaséptima que los indios tuvieron apretados a los españoles, que no los dejaban salir de la plaza, ni ellos osaban estar sino en escuadrón, de día y de noche. De allí adelante con el asombro que Nuestra Señora les puso, les dieron más lugar y les cobraron gran miedo. Pero como la infidelidad sea tan ciega, pasados algunos días que bastaron para perder parte del miedo, volvió a iniciar a los suyos a que volviesen a guerrear a los fieles. Así lo hicieron, con el gran deseo que tenían de restituir el Imperio a su príncipe Manco Inca. Más lo que les sobraba de deseo les faltaba de ánimo para restituírselo, por las maravillas que habían visto. Y así, como gente acobardada, no hacían más que acometimientos y dar grita y arma de día y de noche, para inquietar los españoles, ya que no fuese para pelear con ellos. Los cuales viendo que los indios les daban lugar, se volvieron a su alojamiento que era el galpón ya dicho. Entraron dentro con grandísimo contento, dando gracias a Dios que les hubiese guardado aquella pieza, donde se curasen los heridos, que lo habían pasado mal hasta entonces, y donde se abrigasen los sanos, que también lo habían menester. Propusieron dedicar aquel lugar para templo y casa de oración del Señor, cuando les hubiese librado de aquel cerco.

Para curar las heridas, como para todas las demás necesidades, fueron de gran provecho los indios domésticos, que también traían yerbas para curarlas como para comer; que, según al principio dijimos, hay muchos de ellos grandes

herbolarios. Viendo esto, decían los mismos españoles que no sabían qué fuera de ellos, según estaban desamparados, sino fuera por el socorro de estos indios que les traían maíz y yerbas y de todo lo que podían haber para comer y para curarse, y lo dejaban ellos de comer porque lo comiesen sus amos, y les servían de espías y atalayas para avisarles de día y de noche con señas y contraseñas de la determinación de los enemigos. Todo lo cual atribuían también a milagro de Dios, viendo que aquellos indios, en su misma tierra y contra los suyos propios, se mostrasen tan en su favor y servicio de los españoles. Demás de la providencia divina, también es prueba del amor y lealtad que atrás dijimos que aquellos indios tienen a los que les rinden en la guerra, que, como todos éstos eran rendidos en ella, en las batallas y recuentros pasados (por su natural inclinación, y por su milicia, demás de la voluntad divina), tenían aquella fidelidad a sus amos, que murieran cien muertos por ellos. Y de aquí nació que después de apaciguado aquel levantamiento de los indios, los naturales del Cozco y las demás naciones que se hallaron en aquel cerco, viendo que la Virgen María los venció y rindió con su hermosísima vista y con el regalo del rocío que les echaba en los ojos le hayan cobrado tanto amor y afición (demás de enseñárselo la Fe Católica que después acá han recibido), que, no contentos con oír a los sacerdotes los nombres y renombres que a la Virgen la dan en la lengua latina y en la castellana, han procurado traducirlos en su lengua general, y añadir los que han podido, por hablarle y llamarle en la propia, y no en la extranjera, cuando la adorasen y pidiesen sus favores y mercedes. De los nombres pondremos algunos para que se vea la traducción y la interpretación de los indios.

Dicen *Mamánchic*, que es Señora y madre nuestra; *Coya*, Reina; Ñusta, princesa de sangre real. *Zápay*, única; *Yúrac Amáncay*, azucena blanca; *Chasca*, lucero del alba; *Citoccoyllor*, estrella resplandeciente; *Huarcarpaña*, sin mancilla. *Huc hánac*, sin pecado; *Mana chancasca*, no tocada, que es lo mismo que inviolada; *Tazque*, Virgen pura; *Diospa Maman*, madre de Dios. También dicen *Pachacamacpa Maman*, que es madre del Hacedor y sustentador del Universo. Dicen *Huacchacúyac*, que es amadora y bienhechora de pobres, por decir madre de misericordia, abogada nuestra, que, no teniendo estos vocablos en su lengua con las significaciones al propio, se valen de los asonantes y semejantes. Demás de la afición a la Virgen, pasan con la devoción y amor a la bienaventurada Señora Santa Ana, y la llaman *Mamanchicpa Manac*, madre de nuestra madre. *Coyanchicpa Maman*, madre de nuestra Reina; y por el semejante los demás nombres que arriba hemos dicho. Dicen también *Diospa Payan*, que es abuela de Dios. Este nombre *Paya*, propiamente quiere decir vieja; y porque las abuelas de fuerza han de ser viejas, y más donde se casaban tan tarde como en aquel Imperio, les daban el nombre no por afrenta, sino por mucha honra, porque significa lo mismo que abuela.

Volviendo al príncipe Manco Inca, y a sus capitanes y soldados, es de saber que quedaron tan asombrados y faltos de ánimo de las maravillas que vieron,

que aún hablar en ellas no osaban, porque sola la memoria de ellas les causaba gran miedo. Más con todo eso porfiaron en el cerco a ver si se mudaba la ventura; pero no osaban llegar a las manos, porque siempre llevaban lo peor por el socorro que el divino Santiago hacia a los suyos. Y así los indios viendo que solo aquel caballero los amedrentaba y ahuyentaba más que todos los otros juntos, decían a voces: "Haced que ese Viracocha del caballo blanco no salga a nosotros, y veréis en qué paráis todos vosotros."

Durante el cerco, pasados los cinco meses de él, sucedió que un indio capitán, que se tenía por valiente, por animar a los suyos, quiso tentar su fortuna, a ver si le iba mejor en batalla singular que no en las comunes. Con esta presunción pidió licencia a los superiores para ir a desafiar un Viracocha, y matarse con él uno a uno; y porque vió que los españoles de a caballo peleaban con lanzas, llevó él la suya, y una hacha de armas pequeña que llaman *champi*, y no quiso llevar otra arma. Así fue, y puesto delante del cuerpo de guardia que los españoles siempre tenían en la plaza, porque era junto a su alojamiento, habló a grandes voces, diciendo que si había algún Viracocha que con él osase entrar en batalla singular, saliese del escuadrón, que allí le esperaba con las armas que le veían. No hubo español que quisiese salir al desafío por parecerles poquedad y bajeza reñir y matarse con un indio solo.

Entonces un indio cañari, de los nobles de su nación, que cuando niño y muchacho había sido paje del gran Huayna Cápac y después fue criado del Marqués Don Francisco Pizarro, que lo rindió en uno de los reencuentros pasados, y por su amo se llamó Don Francisco, que yo conocí y dejé vivo en el Cozco cuando vine a España, pidió licencia a Hernando Pizarro y Juan Pizarro y a Gonzalo Pizarro, hermanos de su señor, y les dijo que pues aquel atrevido venía de parte de los indios a desafiar a los viracochas, que él quería, como criado de ellos, salir al desafío. Que les suplicaba lo permitiesen, que él esperaba en la buena dicha de ellos volver con la victoria. Hernando Pizarro y sus hermanos le agradecieron y estimaron su buen ánimo y dieron la licencia. El cañari salió con las propias armas que él otro traía, y ambos pelearon mucho espacio; llegaron tres o cuatro veces a los brazos, hasta luchar y, no pudiendo derribarse, se soltaban y tomaban las armas, volvían de nuevo a la batalla. Así anduvieron hasta que el cañari mató al otro de una lanzada que le dió por los pechos y le cortó la cabeza y, asiéndola por los cabellos, se fue a los españoles con ella, donde fue bien recibido, como su victoria lo merecía.

El Inca y los suyos quedaron extrañamente escandalizados de la victoria del cañari, que si la ganara un español no la tuvieran en tanto; y por ser de un indio vasallo de ellos, lo tomaron por malísimo agüero de su pretensión; y como ellos eran tan agoreros, desmayaron tanto con este pronóstico, que de allí adelante no hicieron en aquel cerco cosa de momento, si no fue la desgraciada muerte del buen Juan Pizarro, que luego diremos.

Siempre que me acuerdo de estas maravillas y de otras que Dios Nuestro Señor obró en favor de los españoles en aquel cerco y en el de Los Reyes, que

adelante veremos, me admiro de que los historiadores no hiciesen mención de ellas siendo cosas tan grandes y tan notorias que en mis niñeces las oí a indios y a españoles, y los unos y los otros las contaban con grande admiración; y en memoria de ellas, después del cerco, dedicaron a Nuestra Señora aquel galpón donde los españoles posaban (y hoy es Iglesia Catedral de la advocación de Santa María de la Asunción), y la ciudad dedicaron al español Santiago, y cada año en su día, le hacen grandísima fiesta en memoria de sus beneficios; por la mañana es de procesión, sermón y misa solemnísima, y a la tarde es la fiesta de toros y juego de cañas y mucho regocijo. En el hastial de aquel templo que sale a la plaza, pintaron al señor Santiago encima de un caballo blanco con su adarga embrazada, y la espada en la mano, y la espada era culebreada; tenía muchos indios derribados a sus pies, muertos y heridos. Los indios viendo la pintura, decían: "Un Viracocha como éste era el que nos destruía en esta plaza." La pintura dejé viva el año de mil y quinientos y sesenta cuando me vine a España. El levantamiento del Inca fue el año de mil y quinientos y treinta y cinco, y se acabó el de treinta y seis, y yo nací el de mil y quinientos y treinta y nueve, y así conocí muchos indios y españoles que se hallaron en aquella guerra y vieron las maravillas que hemos dicho, y a ellos se la oí, y yo jugué cañas cinco años a las fiestas del Señor Santiago. Por todo lo cual me admiro de los que enviaban relaciones, que no las hiciesen a los historiadores de cosas tan grandes, sino es que quisiesen aplicar a sí solos la victoria de ellas. Muchos días después de haber escrito este capítulo, hojeando el libro del Padre Maestro Acosta, se me ofreció al encuentro lo que Su Paternidad dice de muchos milagros que Cristo Nuestro Señor y la Virgen María, Reina de los Ángeles, su madre, han hecho en el Nuevo Mundo, en favor de su Santa Religión. Entre los cuales cuenta los que hemos dicho que pasaron en el Cozco, de que recibí el regocijo que no puedo encarecer; que, aunque es verdad que me precio de escribirla porque es la parte más principal de las historias, todavía quedó encogido, cuando en las cosas grandiosas no halló que las hayan tocado los historiadores españoles en todo o en parte, para comprobarlas con ellos, porque no se imagine que finjo fábulas, que cierto las aborrezco, y también el lisonjear. Dice, pues, el Padre Acosta lo que se sigue, libro séptimo, capítulo veinte y siete:

"En la ciudad del Cuzco, cuando estuvieron los españoles cercados y en tanto aprieto que sin ayuda del Cielo fuera imposible escapar, cuentan personas fidedignas, y yo se lo oí, que echando los indios fuego arrojadizo sobre el techo de la morada de los españoles, que era donde es ahora la iglesia mayor, siendo el techo de cierta paja que allá llaman chicho (ha de decir *ichu*), y siendo los hachos de tea muy grandes, jamás prendió ni quemó cosa, porque una señora que estaba en lo alto apagaba el fuego luego, y esto visiblemente lo vieron los indios y lo dijeron muy admirados. Por relaciones de muchos y por historias que hay, se sabe de cierto que en diversas batallas que los españoles tuvieron, así en la Nueva España como en el Pirú, vieron los indios contrarios, en el aire, un caballero con la espada en la mano, en un caballo blanco, peleando por los

españoles, de donde ha sido y es tan grande la veneración que en todas las Indias tienen al glorioso Apóstol Santiago[34]. Otras veces vieron en tales conflictos la imagen de Nuestra Señora, de quien los cristianos, en aquellas partes, han recibido incomparables beneficios. Y si estas obras del cielo se hubiesen de referir por extenso como han pasado, sería relación muy larga," etc. Hasta aquí es del Padre Maestro Acosta. El cual alcanzó (como él lo afirma) la noticia de aquellos milagros, con pasar al Perú casi cuarenta años después que sucedieron. Y con esto volveremos a nuestros españoles, que con tales favores, ¡qué mucho que ganen cien mundos nuevos!

CAPÍTULO XXVI: Ganan los españoles la fortaleza con muerte del buen Juan Pizarro.

En el capítulo quinto del libro octavo de la primera parte, prometimos decir la lealtad que los cañaris tuvieron con los Incas sus Reyes, y cómo los negaron después por la amistad que uno de ellos tuvo con los españoles. De la lealtad de ellos hablamos en el capítulo treinta y siete del libro nono de la primera parte; resta ahora decir la causa por qué los negaron. Es así que fueron tantos los favores que entonces (cuando la victoria) y después de ella hicieron los españoles a este cañari, que los de su nación se les aficionaron de manera, que no solamente negaron el amor y la obediencia que a los Incas, como vasallos naturales, les debían, sino que se trocaron en crueles enemigos, y sirvieron entonces a los españoles, y después acá les sirven de espías, malsines y verdugos contra los demás indios; y aún en las guerras civiles que los españoles tuvieron unos con otros, hasta la de Francisco Hernández Girón, los cañaris que vivían en el Cozco (debajo del mando de este Don Francisco Cañari), que eran muchos, servían de espías dobles y atalayas a los del bando del Rey y a los del tirano, dividiéndose con astucia en dos partes, los unos con los del Rey y los otros con el traidor, para que cuando la guerra se acabase, los cañaris del bando vencido se guareciesen de la muerte a la sombra del bando vencedor, diciendo que todos habían sido de él. Y podían disimularse bien, porque, como no trataban ellos con los españoles para tomar ni dar recaudos, sino los superiores, los demás no eran conocidos, y así pasaban todos por leales habiendo sido muy grandes traidores, porque los unos y los otros (como parientes) se descubrían, y avisaban de lo que

[34]El Apóstol Santiago, caballero combatiente y armado de punta en blanco, aparece siempre, de acuerdo con las tradiciones de la Conquista, para socorrer a los españoles en momentos de suprema angustia. Una tradición cuyo origen se remonta aún más atrás, en los orígenes de la Reconquista española; recordemos por ejemplo la batalla de Clavijo (siglo IX). Los soldados de Cortés contaban también muchas de éstas apariciones durante la Conquista de México, que tampoco escasearon en la Conquista del Perú según lo asegura el Inca Garcilaso sin resquicio de duda. Al respecto, no podemos caer en el error de algunos historiadores de calificar de "fantasías" tales relatos, ya que la ciencia histórica no puede pronunciarse sobre la verdad o falsedad de eventos considerados sobrenaturales o paranormales, pues escapa ya de sus alcances.

pasaba en el un ejército y en el otro. Esta astucia yo se la oí después de la guerra de Francisco Hernández a uno de los cañaris, que la dijo a otro indio que le preguntó cómo se habían escapado los que habían andado con el tirano. El Don Francisco Cañari quedó tan favorecido y tan soberbio, que se atrevió, años después, a matar con tósigo, según fama pública, a Don Felipe Inca, hijo de Huayna Cápac, de quien atrás hicimos mención. Confirmóse la fama, porque poco después casó con la mujer del Don Felipe, que era muy hermosa, y la hubo más por fuerza que de grado, con amenazas y no ruegos, que los aficionados del Cañari le hicieron con mucho agravio y queja de los Incas; más sufriéronlo, porque ya no mandaban ellos. Adelante diremos otro cuento del atrevimiento de este indio, que fue de grande escándalo para los indios moradores de aquella ciudad.

Los españoles, viéndose cada día más y más favorecidos de la divina mano, y viendo a los indios por horas más acobardados, y que ya no entendían en darles asaltos sino tenerlos sitiados, quisieron salir del cerco, y mostrar que aunque los enemigos eran tantos y ellos tan pocos, no les habían temor. Y para que lo viesen por experiencia los acometieron y llevaron retirando hasta donde quisieron, sin que hiciesen defensa alguna; y esto pasó muchas veces y muchos días, tanto que veinte y cinco o treinta españoles acometían cualquiera escuadrón de los indios, por grande que fuese, y los ahuyentaban como si fueran niños, porque si Dios peleaba por los suyos ¿quién había de ser contra ellos? Así los arredraron de todo el sitio de la ciudad y de sus campos, que no paraban sino en algunos riscos y peñascos, donde los caballos no pudiesen señorearlos. Más tampoco se podían valer en ellos, que los caballos andaban por los riscos como si fueran cabras. Esta comparación es mía, pero otra mejor oí a un conquistador que se decía Francisco Rodríguez de Villafuerte, uno de los trece que quedaron con Don Francisco Pizarro, cuando los demás compañeros le desampararon, de quien hicimos mención en aquel lugar. Este caballero, con otros muchos que iban acompañando por el camino que va a Arequepa a ciertas personas nobles, que se venían a España (yo iba con ellos, aunque muchacho, que esto era fin del año de mil y quinientos y cincuenta y dos). El Francisco de Villafuerte, todo el camino que hay del Cozco a Quespecancha, que son tres leguas, fue dando cuenta de los sucesos de aquel cerco, de los que hemos dicho y vamos diciendo, y con el dedo señalaba los lugares donde habían pasado tales y tales hazañas, que, por ser tales, las contaba él, y nombraba los que las habían hecho. Y decía: “Aquí hizo fulano esta valentía, y allí fulano esta otra, y acullá zutano la otra”, y todas eran de gran admiración. Y entre ellas dijo una de Gonzalo Pizarro, que adelante diremos, que aún no hemos llegado a su tiempo, y la contó parado en el mismo puesto donde sucedió, que fue en el camino. Y habiendo contado un gran número de ellas dijo: “No hay para qué espantarnos de estas cosas, aunque son tan grandes, que Dios nos ayudaba visiblemente y milagrosamente; y uno de los milagros que veíamos era que andaban y corrían nuestros caballos tan ligeros y con tanta facilidad por aquellas sierras, como van ahora por ellas aquella banda

de palomas.” Las sierras eran las que están al oriente del camino, que son harto ásperas. Yo holgará que no se me hubiera ido de la memoria lo que aquel día le oí, para escribir ahora aquí muchas hojas de papel de las hazañas que los españoles hicieron en aquel cerco. Pero baste decir que ciento y setenta hombres resistieron a doscientos mil hombres de guerra, sufriendo la hambre y el sueño y cansancio y las heridas, sin cirujano ni medicinas, y los demás trabajos e incomodidades que en los cercos de tantas ventajas y tan apretado se pasan. Todo lo cual queda a la imaginación del que leyere esta historia que trabajos tan grandes imposible es que se escriban por entero como pasaron. Aquellos españoles los sufrieron y vencieron con el valor de sus ánimos, porque Dios los había escogido y criádolos tales para que predicaran su Evangelio en aquel Imperio.

Habiendo apartado los indios de sí, les pareció a los españoles acometer la fortaleza, porque allí era el mayor concurso de los enemigos, y, mientras no les ganaban aquella plaza, les parecía no haber hecho nada. Con este acuerdo subieron a ella, dejando presidio en su alojamiento. Los indios se defendieron valientemente, que en seis días no pudieron sujetarlos. Una noche de aquellas, habiendo peleado todo el día los unos y los otros con mucho valor, se retiraron a sus puestos donde Juan Pizarro, hermano del Marqués Don Francisco Pizarro, que de días atrás andaba herido y podía sufrir mal la celada que traía, se la quitó antes de tiempo, que luego que se la quitó llegó una piedra tirada con honda, y le dió una mala herida en la cabeza, de que murió dentro de tres días; la cual muerte (como lo dice Agustín de Zárate por estas mismas palabras), “fue gran pérdida en toda la tierra, porque era Juan Pizarro muy valiente y experimentado en las guerras de los indios, y bien quisto y amado de todos.”

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Así acabó este buen caballero con gran lástima que entonces hizo su muerte; y después acá la ha hecho su fama de que un hombre tan generoso, tan valiente, tan afable, tan amado por todas las virtudes que en un caballero se podían desear, muriese tan desgraciadamente. Su cuerpo dejé enterrado en la capilla mayor de la Catedral de aquella ciudad, con una gran losa de piedra azul sobre la sepultura sin letra alguna, que fuera razón ponérsela cual la merecía. Debió de quedar por falta de escultores, que entonces, y muchos años después no usaron en mi tierra de cinceles, sino de lanzas, espadas y arcabuces. A tanta costa y con tanta pérdida, como la que se ha dicho, ganaron los españoles la fortaleza del Cozco, y echaron los indios de ella. Los historiadores anteponen este hecho a todos los de aquel cerco; pero los indios, en su relación, llevan la sucesión que hemos dicho, o no apartándose de la verdad historial, antes se conforman en ella con los españoles.

CAPÍTULO XXVII: Hazañas, así de indios como de españoles, que pasaron en el cerco del Cozco.

Con la muerte del buen Juan Pizarro cobraron ánimo los indios, viendo que era hermano del Gobernador y hombre por sí tan principal y tan valiente, que con los tales tenían mucha cuenta los indios. Esforzáronse de nuevo a dar batallas y recuentros, y, aunque perdían en todos ellos, no perdían el deseo de matar los españoles, por restituir el Imperio a su príncipe Manco Inca. Con esta ansía andaban fatigados, sin apartarse de su porfía. Los cristianos tenían libertad de correr una legua en derredor de la ciudad, que los indios ya no los apretaban tanto, más no dejaban de molestarles en lo que podían, principalmente en impedir que los indios criados de los españoles no les llevasen bastimentos. Por lo cual les era forzoso a los cristianos correr el campo, para traer qué comer, porque, mientras duró el cerco, siempre tuvieron necesidad de comida, y la ganaban a fuerza de brazos, porque la que sus criados los indios domésticos les traían hurtada era poca, y no bastaba a sustentarlos. Una de estas correrías cuenta Agustín de Zárate, y dice lo que se sigue.

"Durante esta guerra y cerco, Gonzalo Pizarro salió con veinte de a caballo, a correr la tierra hasta la laguna de Chinchero, que es a cinco leguas del Cozco, donde tanta gente sobre él vino que, por mucho que él peleó, ya los indios le traían casi rendido, si Hernando Pizarro y Alonso de Toro no le socorrieran con alguna gente de a caballo, porque él se había metido más adentro en los enemigos de lo que convenía, según la poca gente que llevaba, con más ánimo que prudencia". Hasta aquí es de Agustín de Zárate. La laguna Chinchiru (que así la llaman los indios) está dos leguas de la ciudad, al norte. Es un hermoso lago; tiene desaguadero, de cuyas aguas mandaron llevar los Incas una hermosa acequia de agua para ayudar a regar las sementeras del valle del Cozco, la cual se perdió con las guerras y malas venturas que entre los españoles hubo. Después el año de mil y quinientos y cincuenta y cinco quinientos y cincuenta y seis, la renovó Garcilaso de la Vega, mi señor, siendo Corregidor de aquella ciudad, y así la dejé yo cuando me vine, y así estará ahora, porque era muy necesaria.

Volviendo a lo que Agustín de Zárate dice del peligro en que Gonzalo Pizarro estaba cuando su hermano le socorrió, es de saber (como en nuestra *Historia de la Florida* dijimos) que sin contradicción alguna fue su lanza la mejor de cuantas al Nuevo Mundo han pasado. Y así él y los suyos pelearon aquel día valentísimamente, pero no dejaran de perderse sino los socorrieran, porque fueron tantos los indios que cargaron sobre ellos, que ya les traían ahogados. Túvose a providencia y misericordia divina darles el socorro, porque ni ellos lo pidieron, ni Hernando Pizarro sabía que lo habían menester. Otro día de aquellos tuvieron una gran batalla indios y españoles en el campo de las Salinas, que está una legua pequeña al mediodía de la ciudad, donde hubo hechos famosos de los unos y de los otros. Pelearon bravemente de ambas partes, y aunque los indios hicieron todo lo que pudieron y eran muchos, al fin fueron vencidos y huyeron del campo. Quedaron peleando algunos capitanes, que tuvieron por mejor morir ante su Inca, que los miraba de un otero, que huir

en su presencia. Con uno de estos indios que estaba en medio del camino que va al Collao, arremetió un caballero que yo conocí; iba encima de su caballo con una lanza en la mano. El indio le esperó con ánimo y semblante de buen soldado, con un arco y sus flechas apercibidas, y, al tiempo que el español le tiró una lanzada, el indio se la rebatió con el arco, y, soltándolo en el suelo, le asió de la lanza, y de un tirón se la llevó en las manos. Otro caballero, que también conocí yo, que había estado mirando la batalla singular, que por ser de un indio solo no había acometido juntamente con el compañero, viendo que el enemigo le había quitado la lanza arremetió con él y le tiró una lanzada. El indio se la rebatió con la que tenía en las manos, y, soltándola, asió de la del español y se quedó con ella para defenderse de los dos, cuyos nombres se callan por respeto de los descendientes, que uno de ellos fue mi condiscípulo en la gramática.

Gonzalo Pizarro, que había peleado en otra parte y había ahuyentado los enemigos, acertó hallarse entonces cerca de aquel hecho, y viendo lo que pasaba arremetió, diciendo a grandes voces: "¡Afuera, afuera!", porque vió que iban sobre el indio los dos españoles; los cuales, conociendo a Gonzalo Pizarro, se detuvieron por ver si le iba mejor o peor que a ellos. El indio, viendo venir al caballero, se puso de pies sobre la primera lanza que quitó, que lo notaron los españoles; y con la segunda en las manos recibió al tercer caballero, y, antes que llegase a herirle, dió un bote de lanza al caballo en el rostro, que le hizo enarbolarse de manera que hubiera de derribar al caballero por las ancas. El indio, viéndole así embarazado, soltó la lanza que tenía, y echó mano de la de Gonzalo Pizarro para quitársela, como había hecho con las otras. El cual, por no perder la lanza, echo mano de ella con la mano izquierda, y con la derecha sacó la espada para cortar las manos al enemigo. El indio, viendo la espada sobre sí, soltó la lanza, y se abajó por una de las que ganó, A este tiempo los dos caballeros que estaban a la mira, pareciéndoles mal el atrevimiento del indio, arremetieron ambos a matarle. Entonces Gonzalo Pizarro les dió grandes voces, diciéndoles: "No merece que le hagan mal, sino mucha merced y regalo." Con esto pararon los caballeros, y el indio, reconociendo que las voces de Gonzalo Pizarro le habían socorrido, soltó la lanza (que alzó del suelo), en señal de que se rendía, y se fue a él y le besó la pierna derecha, diciéndole: "Tú eres mi Inca, y yo soy tu criado". Y así de allí adelante le sirvió lealísimamente, y Gonzalo Pizarro le amaba como a su hijo, hasta que el indio murió en la jornada de la Canela, como adelante diremos. Este cuento oí a Francisco Rodríguez de Villafuerte, que se halló en aquella batalla, y a otros muchos, sin él. Y Gonzalo Pizarro decía que nunca en hecho de armas se había visto en tanto aprieto y peligros como el indio le había puesto.

Poco más adelante, hacia el mediodía, donde sucedió otro caso extraño (que también lo contó Francisco Rodríguez de Villafuerte) aquel mismo día, y fue que yendo poco a poco un caballero encima de su caballo por el camino adelante, porque ya no parecía indio alguno con quien pelear, cayó el caballo repentinamente, con él; y aunque el dueño salió de él aprisa, el caballo se

levantó muy mal, y quedó en tres pies, porque por los menudillos de la una mano tenía atravesada una flecha. Mirando quién pudiese haberla tirado, porque en buen espacio en derredor no parecía indio alguno, vieron al levante de camino un indio arrimado a unas barrancas muy largas y altas que allí hay, más parecía imposible que de donde estaba llegase con la flecha donde el caballo cayó. Pero por certificarse del hecho, porque la flecha, según la herida, parecía haber venido de aquella parte, fueron allá, y hallaron un indio muerto en pie arrimado a la barranca, con su arco en la mano y en la otra una flecha. Tenía una lanzada que un español le había dado, que le pasaba de un hombro a la pretina, y se había echado de la barranca abajo por huir del caballo, y, viéndose tan mal herido, por hacer algo antes que acabase de morir, tiró la flecha al caballero que pasaba por el camino. El indio había hecho buena puntería, sino que la distancia del lugar y el cuerpo tan mal herido no le ayudaron a dar con la flecha donde quisiera, que era en rostro o en el cuerpo del español, y dió al caballo en la mano. Estos dos hechos famosos, entre otros, hicieron los indios aquel día, que fue de los últimos de aquel cerco. Y dejando las cosas del Cozco en este punto, nos pasaremos a dar cuenta de las del Rímac, donde estaba el Gobernador Don Francisco Pizarro, a los principios bien descuidado de lo que sus hermanos padecían en aquella guerra; más luego que la sospechó y se certificó de ella, hizo como buen capitán lo qué pudo, según luego veremos.

CAPÍTULO XXVIII: El número de los españoles que los indios mataron por los caminos, y los sucesos del cerco de la Ciudad de los Reyes.

El Marqués Don Francisco Pizarro, luego que sus hermanos dejaron de escribirle a la continua como solían, sintió mal de ello, y, no pudiendo atinar qué fuese la causa cierta, para proveer lo que conviniese, andaba congojado. Valióse de los indios domésticos y familiares que los españoles tenían; mandóles que supiesen de sus parientes, lo que en el Cozco y en todo el Reino pasaba, porque temía que no sin causa se hubiesen cerrado los caminos. Los *yanacunas*, que así se llaman los indios criados, hicieron sus diligencias; supieron que el Inca se había alzado, y que tenía mucha gente de guerra en el Cozco, más no supieron las particularidades que pasaban allá; y así confusamente dieron la relación al Marqués. El cual, con gran diligencia, escribió a Panamá y a Nicaragua y a México y a Santo Domingo, pidiendo socorro. En este paso dice Agustín de Zárate lo que se sigue:

"Viendo el Marqués tanta multitud de indios sobre la Ciudad de los Reyes, tuvo por cierto que Hernando Pizarro y todos los del Cuzco eran muertos, y que había sido tan general este levantamiento, que habrían en Chile desbaratado a Don Diego y a los que con él iban. Y porque los indios no pensasen que por temor detenían los navíos, para huir en ellos, y también porque los españoles no

tuviesen alguna confianza en poderse salir de la tierra por la mar, y que por esto peleasen menos animosamente de lo que debían, envió a Panamá los navíos, y de camino envió al Visorrey de la Nueva España y a todos los Gobernadores de las Indias, pidiéndoles socorro y dándoles a entender el grande aprieto en que andaba". Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Sin las cuales diligencias, decimos que por medio de los yanacunas fieles escribió también a Alonso de Alvarado, que estaba en la conquista de los Chachapuyas, y a Sebastián de Belalcázar, que estaba en la de Quitu, donde al uno y al otro les iba felizmente. Escribió también a Garcilaso de la Vega, a quien, por el contrario, iba mal en la conquista de la tierra y provincia que por desprecio llamaron Buenaventura, donde corren y entran en la mar los cinco ríos, que llaman Quiximíes, cada uno muy bravo y caudaloso. Ibale mal, no por la resistencia de los naturales, que casi no los hay, sino por la aspereza de la tierra, que es inhabitable, por las bravas montañas que tiene. Adelante diremos algo de los trabajos de su jornada. Escribió también a Juan Porcel que andaba en la conquista de los Pacamurus. Mandóles que con toda brevedad se viniesen a la Ciudad de los Reyes para que, juntándose todos, resistiesen a los indios. Entre tanto que estos capitanes llegaban, procuró el Marqués enviar socorro a sus hermanos con toda brevedad, como quiera que pudiese, no entendiendo por entero la mucha necesidad que tenían, ni que hubiese tanta gente sobre ellos. Apercibió luego los que pudo, y con el capitán Diego Pizarro, deudo suyo, envió setenta de a caballo, como lo dice Agustín de Zárate, y treinta infantes.

Los indios que de diversas partes iban a matar al Marqués, y a los españoles que con él estaban, sabiendo por sus espías que enviaba socorro a sus hermanos, dejaron de ir a Los Reyes y trataron de tomar los caminos y atajar los del socorro, y matarlos en los malos pasos, que, por toda aquella tierra, desde el Cozco hasta Quitu, los hay muchos y malísimos. Con esta determinación y con mucha astucia, dejaron caminar a Diego Pizarro y a sus compañeros setenta leguas, sin hacerles enojo, porque se alejasen del Gobernador, que, aunque hay otros pasos malos en aquel camino no quisieron acometeros porque el Gobernador no tuviese tan presto la nueva de ellos sino que entendiese que habían llegado al Cozco en salvo. Viéndolos, pues, en una cuesta muy áspera que llaman la cuesta de Parcos, les echaron tantas piedras, que llaman *galgas*, que, sin llegar a golpe de espada, ni lanza, los mataron todos, que no escapó ninguno. Lo mismo hicieron al capitán Francisco Mogrovejo de Quiñones, que llevaba 60 de a caballo, y 60 infantes. Y en pos de él mataron al capitán Gonzalo de Tapia, que llevaba ochenta de caballo, y sesenta infantes; y luego al capitán Alonso de Gahete, que iba con cuarenta de caballo y otros sesenta infantes. De manera que murieron en aquel camino, en diversos pasos, cuatrocientos y setenta españoles, los doscientos y cincuenta de a caballo (aunque Zárate dice que fueron trescientos) y los doscientos y veinte de a pie. Pedro de Cieza de León acerca de los españoles que los indios mataron en este levantamiento general, capítulo ochenta y dos, dice lo que se sigue.

“Afirman que los indios de esta provincia Cunchucu fueron belicosos, y los Incas se vieron en trabajo para sojuzgarlos, puesto que algunos de los Incas siempre procuraron atraer así las gentes por buenas obras que les hacían, y palabras de amistad. Españoles han muerto algunos estos indios en diversas partes, tanto que el Marqués Don Francisco Pizarro envió al capitán Francisco de Cháves con algunos cristianos, e hicieron la guerra muy temerosa y espantable, porque algunos españoles dicen que se quemaron y empalaron número grande de indios. Y, a la verdad en aquellos tiempos o poco antes, sucedió el alzamiento general de las provincias, y mataron también los indios en el término que hay del Cozco a Quitu, más de setecientos cristianos españoles, a los cuales daban muertes muy crueles, a los que podían tomar vivos y llevar entre ellos. Dios nos libre del furor de los indios, que, cierto es de temer, cuando pueden efectuar su deseo. Aunque ellos decían que peleaban por librarse y por eximirse del tratamiento tan áspero que se les hacía, y los españoles por quedar por señores de su tierra y de ellos,” etc.

Hasta aquí es de Pedro de Cieza. Lo mismo dice el Padre Blas Valera que fueron más de setecientos españoles los que mataron en aquel levantamiento, que cerca de trescientos fueron los que degollaron en las minas y heredades donde andaban derramados buscando sus provechos, y los cuatrocientos y setenta fueron los del socorro, los cuales envió el Marqués a la hila, como se iban juntando y aprestando, y no los envió juntos porque los primeros llegasen con el socorro más presto, porque no entendió jamás que había tanto peligro en el camino, ni que los indios fueran poderosos para matar diez de a caballo, cuanto más sesenta y setenta y ochenta juntos, sin los infantes. Más aunque tenía esta presunción de los suyos, estaba congojadísimo de no saber de ellos, porque ni los primeros ni los postreros le escribían. Para salir de esta congoja y saber de sus hermanos, envió otro capitán, llamado Francisco de Godoy, natural de Cáceres, con cuarenta y cinco de a caballo muy a la ligera, no para que llegasen al Cozco, sino para que volviesen del camino con cualquiera relación que pudiesen haber de los compañeros. Gómara en este paso dice lo que se sigue, capítulo ciento y treinta y seis:

“Pizarro estaba espantado cómo no le escribían sus hermanos, ni aquellos sus capitanes, y, temiendo el mal que fue, despachó cuarenta de caballo con Francisco de Godoy, para que le trajesen nuevas de todo. El cual volvió (como dicen) rabo ante piernas, trayendo consigo dos españoles de Gahete, que se habían escapado a uña de caballo, y dieron a Pizarro las malas nuevas, las cuales le pusieron en muy gran cuita. Llegó luego a Los Reyes huyendo Diego de Agüero, que dijo como los indios andaban todos en armas, y le habían querido quemar en sus pueblos, y que venía muy cerca un gran ejército de ellos, nueva que atemorizó mucho al ciudad, y tanto más cuanto menos españoles había. Pizarro envió a Pedro de Lerma, de Burgos, con setenta de a caballo y muchos indios amigos cristianos, a estorbar que los enemigos no llegase a Los Reyes, y él salió detrás con los demás españoles que allí había. Peleó Lerma muy bien y

retrajo los enemigos a un peñol, y allí los acabaran de vencer y deshacer si Pizarro a recoger no tañera.

"Murió en aquel día y batalla un español de caballo; fueron heridos muchos otros, y a Pedro de Lerma quebraron los dientes. Los indios dieron muchas gracias al Sol, que los escapó de tanto peligro, haciéndole grandes sacrificios y ofrendas; pasaron su real a una sierra cerca de Los Reyes, el río en medio, donde estuvieron diez días haciendo arremetidas y escaramuzas con españoles, que con otros indios no querían," etc. Hasta aquí es de Gómara, y lo mismo dice Agustín de Zárate casi por las mismas palabras; las cuales si bien se notan, más dan a entender la victoria de los indios que la de los españoles. Lo que pasó en hecho de verdad, fue que los infieles habiendo muerto tantos españoles por los caminos, viéndose victoriosos, caminaron a Los Reyes con gran confianza de matar al Marqués y a todos los suyos. Yendo con esta determinación, toparon ocho o diez leguas de la ciudad a Pedro de Lerma y a sus compañeros, donde los unos y los otros pelearon valentísimamente. Y porque la batalla al principio fue en un llano, mataron los de caballo muchos indios por la ventaja que en las armas y en los caballos les tienen. Por lo cual se retiraron los indios al peñol, donde a grandes voces con muchas trompetas y tambores se apellidaron y juntaron más de cuarenta mil indios. Y como la tierra era áspera y los caballos no andaban tan alentados como al principio, se atrevieron los indios a salir a ellos, y pelearon bravamente. Quebraron los dientes a Pedro de Lerma de una pedrada con honda, que quedó muy maltratado, y hirieron otros muchos españoles, de los cuales murieron después treinta y dos con mucha lástima de todos ellos, y murieron ocho caballos que fueron estropeados, aunque en la batalla no mataron más de un español y un caballo. El Gobernador que iba en pos de los suyos, viéndolos apretados, llamó a recoger, para que entendiesen que iba en socorro de ellos y los indios temiesen y dejasen de pelear, y así cesó la batalla de aquel día, que fue muy sangrienta. Los españoles se recogieron y se fueron a la ciudad; los indios hicieron lo mismo, que apellidándose unos a otros, se juntaron más de sesenta mil indios, y con su general Titu Yupanqui (a quien Zárate llamó Tito Yopangui, y Gómara Tizoyo) fueron a poner su ejército cerca de la ciudad, el río en medio, por estar más seguros de los caballos.

Allí hicieron sacrificios, y dieron muchas gracias al Sol porque les pareció que aquel día habían hecho ventaja a los españoles, pues se habían retirado a la ciudad y dejado la pelea, aunque los historiadores dicen que porque los escapó de tanto peligro, más en el mismo paso vuelven a decir que peleaban a la continua con los españoles, y que con otros indios no querían. Esto era porque se desdeñaban de pelear con sus vasallos, habiendo peleado con los españoles, y así los combatían cada día, pero con poco daño de ellos, porque la tierra allí es llana y los caballos los arredraban de sí. Más con todo eso por ser los indios tantos, los tenían apretados por las continuas armas y rebatos que de día y de noche les daban, con que los traían muy alcanzados de sueño y cansancio y falta de bastimento. Por lo cual los indios domésticos, amigos y criados de los españoles,

se iban de día (también como lo hicieron en él cerco del Cozco) con los enemigos, y fingían enemistad con sus amos, y a la noche se volvían con ellos y les llevaban de comer y los avisos de lo que pensaban hacer los contrarios, lo cual les valía mucho para prevenir los remedios y estar apercibidos para cuando viniesen los enemigos. Diego de Agüero y otros vecinos, que a uña de caballo, como lo dice Zárate, se acogieron a la Ciudad de los Reyes, fue por aviso que sus indios domésticos les dieron del alzamiento del Inca y de los ejércitos que sobre ellos iban a matarlos. Estos españoles estaban gozando de los repartimientos de indios que el Marqués les había dado, los cuales escaparon de la muerte por la lealtad y beneficio de los indios, sus criados. Sin estos socorros humanos, también hubo maravillas de Dios en aquel cerco, como en el del Cozco, en favor de los cristianos. Que el río que los infieles tomaron por guardia y amparo de su ejército, se les trocó en ruina y destrucción de todos ellos, porque, durante el cerco, todas las veces que lo pasaban para ir a ofender a los fieles, o cuando volvían retirándose de ellos, se les hacía un gran mar, donde nunca les faltaban desgracias, que muchos se ahogaron con la prisa que sus contrarios les daban, y sin ella, con no ser el río tan caudaloso como otros que hay por aquella costa, sino es cuando en la sierra es invierno, que entonces tiene muy grandes crecientes. Los españoles lo pasaban con crecientes y sin ellas, como si fuera tierra llana. Los indios notaban lo uno y lo otro; como tan agoreros, decían que hasta los elementos se habían hecho enemigos y contrarios suyos y amigos de los Viracochas, y que el Pachacámac, que es el sustentador del mundo, los desamparaba a ellos y favorecía a sus enemigos, porque, viéndolos en el campo sin llegar a las manos ni saber de qué, decían que se acobardaban y perdían el ánimo que llevaban de pelear; y que tantos millares de hombres no pudiesen vencer ni aún resistir a tan pocos españoles era cosa manifiesta que el Hacedor lo quería, y que él los guardaba y defendía.

Con estas imaginaciones y, por mejor decir, obras de Dios, fueron los indios desmayando de día en día, que de allí adelante no hicieron cosa de momento más de asistir al sitio por cumplir con sus mayores, más que por esperar de hacer cosa que bien les estuviese. Los indios familiares daban cuenta a sus amos de todo lo que sus contrarios hablaban y temían. Los españoles, habiendo notado las maravillas que Dios Nuestro Señor hacía por ellos, y sabiendo que los indios las sentían y hablaban en ellas, le daban muchas gracias por todo, y decían que aquel río había sido para ellos y para los indios lo que el Mar Bermejo para el pueblo de Israel y para los egipcios. Y porque las mayores batallas y victorias que tuvieron fueron en las riberas de la una parte y otra de aquel río, cobraron particular devoción al bienaventurado Señor San Cristóbal, trayendo a la memoria lo que en común se dice y en las iglesias se pinta, de la merced y favor que el Señor al Santo hizo en el río. Y así, en aquellas batallas y recuentros, apellidaban su nombre, juntamente con el del Apóstol Santiago. Y después de aquel cerco, en memoria de este Santo, llamaron Cerro de San Cristóbal al cerro donde los indios tuvieron la mayor fuerza de su ejército, que

está cerca de la ciudad, río en medio, porque en él acabaron de vencer y destruir a los indios.

CAPÍTULO XXIX: La huida de Villac Umu. El castigo de Felipe, intérprete. El Príncipe Manco Inca se destierra de su Imperio.

Atrás dijimos que el príncipe Manco Inca envió mensajeros a Chili, avisando a su hermano Paullu y al sacerdote Uíllac Umu, de la determinación que tenía de matar todos los españoles que en el Perú había, para restituirse en su Imperio, y que ellos hiciesen lo mismo de Don Diego de Almagro y de los suyos. Ahora es de saber que los mensajeros llegaron a Chili antes que Don Diego saliera de aquel Reino, y dieron el aviso de su príncipe. Más Paullu y los suyos, habiendo entrado en consulta, no se atrevieron a hacer cosa alguna contra los españoles por parecerles que para acometerles al descubierto tenían pocas fuerzas, por haberles ahogado y muerto el frío y la nieve más de diez mil indios en la Sierra Nevada, como allí vimos. Tampoco se atrevieron a acometerles en secreto de noche, porque veían que los españoles andaban tan recatados y tan vigilantes en su milicia, que no les quedaba esperanza a los indios de salir con cosa alguna que contra ellos intentasen. Por lo cual acordaron disimular su intención y servir los españoles fielmente, hasta que se les ofreciese alguna ocasión en que pudiesen ejecutar su deseo. Pues como Paullu y Uíllac Umu se viesen en Tacama, tierras del Perú fuera de los despoblados de Chili, como atrás, en el capítulo veinte y uno de este libro dijimos, acordaron que el Sumo Sacerdote de los indios se huyese y que Paullu se quedase con los españoles para lo que se ofreciese, siquiera para dar avisos al Inca su hermano de lo que quisiesen hacer contra él. Y aunque Gómara dice que se huyeron ambos, Agustín de Zárate, en el capítulo primero del libro tercero, no dice más que la huída del Sacerdote. Y en el capítulo cuarto del mismo libro, dice de Paullu estas palabras: “Don Diego de Almagro hizo Inga y dió la borla del Imperio a Paulo, porque su hermano Mango Inga, visto lo que había hecho, se fue huyendo con mucha gente de guerra a unas muy ásperas montañas que llaman Andes”.

Hasta aquí es de Zárate. Y ya hemos dicho que cuando difieren estos autores, es más de seguir Zárate, porque estuvo en el Perú, que no el otro. El intérprete Felipe, que fue con Almagro, también huyó, porque después de la muerte de Atahuallpa siempre anduvo temeroso, y quisiera estar muy lejos de los españoles; y así en esta ocasión se huyó, no porque sabía la intención de los Incas, que antes se habían recatado de él que descubiértosela, sino por imitar a los otros indios que huyeron, y por verse libre de los que él aborrecía. Más fue desdichado, que, como no sabía bien la tierra, cayó en poder de los de Almagro. El cual, trayendo a la memoria la huida que hizo a Don Pedro de Alvarado, y sospechando que ahora sabía la huida del Sacerdote y que no le había querido avisar, mandó que le hiciesen cuartos. En este paso, aunque anticipado el

tiempo, dice Gómara, capítulo ciento y treinta y cinco, sacado a la letra, lo que se sigue:

"Confesó el malvado, al tiempo de su muerte haber acusado falsamente a su buen Rey Atabáliba, por yacer seguro con una de sus mujeres. Era un mal hombre Filipillo de Pohechos, liviano, inconstante, mentiroso, amigo de revueltas y sangre y poco cristiano, aunque bautizado". Hasta aquí es de Gómara, donde se debe considerar y llorar de nuevo que el primer intérprete que aquel Imperio tuvo para la predicación de la Fe Católica, hubiese sido tal. Almagro, sin hacer caso de la huida de Uíllac Umu, porque Paullu quedaba con él, pasó adelante hacia el Cozco, certificado del alzamiento del Inca, que aunque de atrás tenía las sospechas, no se certificaba en ellas, por la diligencia y buena voluntad que Paullu y los suyos mostraban en servirle. Fué por el Collao, sin que los indios le enojasen, porque, como aquella tierra sea tan llana, no tiene malos pasos donde pudiesen acometerle con ventaja, como la que hay del Cozco a Los Reyes. Cuando llegó al Cozco, el príncipe Manco Inca había aflojado del todo el cerco, sabiendo que venía cerca Don Diego de Almagro para socorrer los suyos, aunque no sabía la intención que traía contra los Pizarros. Don Diego procuró ver y hablar al Inca para traerlo a su bando, porque se conocían de atrás. El Inca consintió el verse y hablarse, con propósito de prenderle y matarle si pudiese, porque, alcanzado esto le parecía que todavía podría esperar a matar a los demás. Estos se vieron y hablaron, más ninguno salió con su intención, porque Don Diego, como buen soldado prudente, fue bien acompañado de los suyos, así de a pie como de a caballo, de manera que no se atrevieron los indios a intentar cosa alguna contra él, ni el Inca quiso inclinarse al bando de Don Diego; y así, apartado de él, dijo que deseando restituirse en su Imperio no le estaba bien favorecer y ayudar ninguna de las partes; y aunque los suyos le dijeron que aceptase la demanda y entretuviese la guerra hasta que los mismos españoles se hubiesen gastado y muerto unos a otros, y que entonces con más facilidad podrían dar sobre los que quedasen y acabarlos todos, el príncipe respondió que no era de Reyes Incas faltar la palabra a los que una vez se la hubiese dado, ni dañar a los que hubiese recibido debajo de su favor y amparo; que más quería perder su Imperio, que hacer cosa que no debiese a Inca.

Entretanto que Don Diego de Almagro fue a verse con el Inca, envió Hernando Pizarro a tentar a Juan de Saavedra, que quedaba con la gente de Almagro, que se la entregase, que le haría grandes partidos de honra y provecho. Más Juan de Saavedra, que era caballero de la muy noble sangre que de este apellido hay en Sevilla, y él por sí de gran bondad y virtud, no hizo caso de los partidos, por no hacer cosa contra su honra. Así quedaron los tres bandos a la mira unos de otros, sin quererse avenir. El Inca, viendo y considerando que Don Diego de Almagro había vuelto de Chile, y que traía más de cuatrocientos y cincuenta españoles, aunque allá había perdido casi doscientos en el paso de la Sierra Nevada y en la conquista de aquel Reino, y que pues en tantos meses no había podido sujetar ciento y setenta de ellos, menos sujetaría ahora seiscientos,

que, aunque al presente estaban divididos y enemistados, en acometiendo cualquiera de las partes se habían de juntar todos y ser contra los indios, y que llevar adelante la guerra no era sino muerte y destrucción de los suyos, como la experiencia lo mostraba, que en poco más de un año que se habían alzado faltaban más de cuarenta mil de ellos, que habían muerto a manos de sus enemigos y de la hambre y de los demás trabajos y persecuciones que la guerra trae consigo, y que no se permitía dejarlos perecer todos por alcanzar una cosa que cada día se mostraba más dificultosa. Habiendo consultado estas cosas con los pocos parientes que tenía, se resolvió dejar la guerra. Con esto mandó llamar los maeses de campo y los capitanes más principales, y en público les dijo:

—¡Hermanos y hijos míos! Bien he visto el amor que habéis mostrado en mi servicio, pues con tanto ánimo y tanta prontitud habéis ofrecido vuestras vidas y haciendas, mujeres e hijos, por verme restituido en mi Imperio. Paréceme que visiblemente lo ha contradicho el Pachacámac, y pues él no quiere que yo sea Rey, no es razón que vamos contra su voluntad. Creo que a todos es notorio que si yo deseé y procuré restituirme en mi Imperio, no fue tanto por reinar como porque mis reinos gozasen de la quietud y regalo que solían gozar con el suave gobierno de mis padres y abuelos, que el buen Rey debe estudiar y procurar la salud y prosperidad de los vasallos, como lo hacían nuestros Incas. Temo que ha de ser muy diferente el de estos hombres a quien hemos llamado dioses enviados del cielo. Pero pues no lo puedo remediar, no es bien porfiar en mi demanda tan a costa de vuestras vidas y salud, deseándoos yo lo contrario. Más quiero verme privado y desposeído de mi Imperio, que ver muertes de mis vasallos, que los amo como a hijos. Por no ser causa de que por mí os maltraten los viracochas, viéndome en alguno de mis reinos, sospechando que desearéis restituirme en mi Imperio, quiero desterrarme de él, para que perdiendo la sospecha os traten mejor, y os tengan por amigos. Ahora veo cumplida por entero la profecía de mi padre Huayna Cápac, que gentes no conocidas habían de quitarnos nuestro Imperio, destruir nuestra república y religión. Que si antes de levantar la guerra que levantamos contra los Viracochas miramos bien lo que el Rey mi padre nos mandó en su testamento, no la levantáramos, porque en él nos manda que obedezcamos y sirvamos a estos hombres, porque dice que su ley será mejor que la nuestra y sus armas más poderosas que las nuestras. Lo uno y lo otro ha salido verdad, pues que luego que ellos entraron en nuestro Imperio enmudecieron nuestros oráculos, que es señal que se rindieron a los suyos. Pues sus armas también han rendido las nuestras que, aunque al principio matamos algunos de ellos, solos ciento y setenta que quedaron nos resistieron, y aún podemos decir que nos vencieron, pues no salimos con nuestra intención, antes nos retiramos de ellos. Verdad es que podemos decir que no nos vencieron ellos, ni ellos se pueden loar de habernos vencido, sino las maravillas que vimos, porque el fuego perdió su fuerza, pues no quemó la casa donde ellos moraban, y quemó todas las nuestras. Después, cuando más apretados los teníamos, salió aquel hombre que traía el relámpago, trueno y rayo en la mano, que nos destruyó

a todos. Luego vimos de noche aquella hermosísima Princesa con su niño en brazos, que con la suavidad del rocío que nos echaba en los ojos, nos cegó y desatinó de tal manera que no acertamos a volver a nuestro alojamiento, cuanto más pelear con los viracochas. Sin esto, hemos visto que tan pocos hombres se han defendido de tanto número de los nuestros sin comer ni dormir ni descansar una hora, sino que, cuando pensábamos que estaban muertos o rendidos, se mostraban más fuertes y valerosos. Todo lo cual bien mirado, nos dice a la clara que no son obras de hombres, sino del Pachacámac; y pues él los favorece y a nosotros desampara, rindámonos de grado; no veamos más males sobre nosotros. Yo me voy a las montañas de los Antis, para que la aspereza de ellas me defiendan y asegure de estos hombres, pues toda mi potencia no ha podido. En ellas viviré quieto, sin enojar a los extranjeros, porque no os maltraten por mi causa. En mi soledad y destierro me será alivio y contento saber que os va bien con el nuevo gobierno de los españoles. En lugar de testamento, conformándome con el de mi padre, os mando y encargo les obedezcáis y sirváis lo mejor que pudiéredles, porque os traten bien y no mal. Quedaos en paz que yo holgara llevaros todos conmigo por no dejaros en poder ajeno.

Con esto acabó el Inca su plática. Los suyos derramaron tantas lágrimas, con tantos gemidos y sollozos, que se ahogaron en ellos. No le respondieron, ni osaron resistirle, porque vieron que aquella era su determinada voluntad. Luego despidieron la gente de guerra con sus caciques; mandándoles que se fuesen a sus provincias y que obedeciesen y sirviesen a los españoles. El Inca recogió de los de su sangre real todos los que pudo, así hombres como mujeres, y se fue a las bravas montañas de los Antis, a un sitio que llaman Uillcapampa[35], donde, como se puede imaginar de un príncipe desposeído y desheredado, vivió en destierro y soledad, hasta que un español (a quien él amparó y guareció de los enemigos y de la muerte que le quería dar) lo mató, como en su lugar veremos.

CAPÍTULO XXX: Lo que un autor dice de los Reyes Incas y de sus vasallos.

El Padre Blas Valera, hablando de la habilidad e ingenio, esfuerzo y valentía de los indios del Perú, dice lo que sigue, que, por ser tan a propósito de lo que en muchos pasos de nuestra historia se ha dicho, me pareció ponerlo aquí para autorizar todo lo de atrás y mucho de lo de adelante:

“La habilidad y agudo ingenio de los del Perú excede a muchas naciones del otro orbe, parte porque sin letras pudieron alcanzar muchas cosas, que con ellas no alcanzaron los egipcios, griegos y caldeos, parte porque ya que se arguye que si tuvieron letras, como tuvieron nudos, excedieran a los romanos y galos y otras naciones. Lo otro, que la rudeza que ahora muestran no es por falta de habilidad e ingenio, sino por estar desacostumbrados a las costumbre y cosas

[35]Vilcabamba.

de Europa, y porque no hallan quien les enseñe cosas de habilidad, sino cosas de granjería e intereses. Lo cuarto, porque los que alcanzan maestro o tiempo desocupado y libertad para depender, aunque no sea más de imitando lo que ven, sin que les enseñen salen oficiales en todas las artes mecánicas y hacen ventaja a muchos españoles. Y lo mismo en el leer y escribir, en la música, e instrumentos y otras facultades, y aún en el latín no fueran los peores, si quisieran los españoles enseñarles. Lo otro, que más torpes estamos nosotros en entender la manera de los libros de ellos, que no ellos en entender los nuestros, pues ha más de setenta años que tratamos entre ellos y nunca acabamos de saber la traza y reglas de sus nudos y cuentas, y ellos, en breve tiempo entienden, no solo nuestras letras, pero las cifras, que es argumento de grande habilidad. Y en la memoria y tenacidad de ella exceden general y notablemente a todos los españoles, por muy aventajados que sean en ella. Porque son artificiosos en hacer memoria local, en nudos, en las coyunturas de las manos, y en los lugares, y lo que es más, que unos mismos nudos sirven para diversos argumentos e historias, y, con apuntarles el argumento van leyendo la historia con tanta velocidad como un buen lector su libro, lo cual ningún español hasta ahora ha podido alcanzar ni saber cómo se hace aquello. Todo lo cual en los indios nace de habilidad y gran memoria.

"En lo que toca al arte militar, tanto por tanto, igualadas las armas, exceden los del Perú a los de Europa, porque dénme los capitanes más famosos, franceses y españoles sin los caballos, arneses, armas, sin lanza ni espada, sin bombardas y fuegos, sino con sola una camisa y sus pañetes, y por cíngulo una honda, y la cabeza cubierta, no de celadas y yelmos, sino de guirnaldas de plumas o flores, los pies descalzos por entre las breñas, zarzas y espinas; la comida, yerbas y raíces del campo; por broquel un pedazo de estera en la mano izquierda; y que de esta manera entrasen en campo a sufrir las hachas y los tridentes de bronce, las piedras tiradas con las hondas, las flechas enarboladas y de flecheros que tiran al corazón y a los ojos. Si de esta manera saliesen vencedores, diríamos que merecían la fama de valerosos entre los indios. Más así como no fuera posible poder ellos sufrir tal género de armas y batalla, así también, humanamente hablando, era imposible poder salir con la victoria. Y en contra, si los indios tuvieran la potencia de las armas que los de Europa tienen con industria y arte militar, así por tierra como por mar, fueran más dificultosos de vencer que el Gran Turco. De lo cual es testigo la misma experiencia, que la vez que se hallaron españoles e indios iguales en armas, murieron los españoles a manadas, como en Puno, de México. Más antes, con mucha desigualdad de armas, esto es, estando los españoles cargados de ellas, y los indios con su desnudez fueron vencidos los españoles en batalla campal muchas veces, como en Quitu, en Chachapuyas, en Chuquisaca, en Tucma y en Cunti, en Sausa, en Parcos, en Chili y en otras partes. Así que no hay que hacer comparación de los españoles para con los indios de México y del Perú para probar por aquí la fortaleza de los españoles, pues las armas son tan desiguales y la invención del

fuego hace toda la obra, más que las obras humanas. Y la victoria que ha habido en el Nuevo Orbe, y mucho más en el Perú, más fue providencia de Dios y batalla suya en favor del Evangelio, que no fortaleza de los españoles. La comparación ha de ser con los de Europa y Asia, donde son iguales las armas, y aquí cierto es que España llevan la ventaja. Más dejando esto aparte, y comparando indios con indios en igualdad de armas, no hay duda sino que los del Perú y los Incas llevan la palma, pues pudieron en breve tiempo conquistar tantas tierras como gozamos, y no de ayer acá, como algunos fingen, sino más de quinientos y seiscientos años atrás de donde estamos ahora. Entre los cuales fueron esforzadísimos muchos Reyes de ellos, como Manco Cápac, Inca Roca, Viracocha Inca, Pachacútec y los descendientes, hasta el gran Huayna Cápac que fue Emperador, y muchos capitanes de la misma sangre. De todos los cuales tratamos largo en otros lugares". Hasta aquí es del Padre Blas Valera, y con esto volveremos a los españoles.

CAPÍTULO XXXI: Diferencias de Almagros y Pizarros, y la prisión de Hernando Pizarro.

Don Diego de Almagro y Hernando Pizarro, viendo que el Inca se había ido y deshecho su ejército y dejádoles su Imperio libre, mostraron al descubierto sus pasiones, y convirtieron contra sí las armas, el uno por mandar y reinar y el otro porque no reinase ni mandase, porque este oficio no sufre que haya mayor, ni aún igual. Almagro requirió a Hernando Pizarro le desembarazase la ciudad y se la dejase libre, pues sabía que era de su Gobernación y no de la de su hermano, porque Don Diego de Almagro alegaba que la ciudad del Cozco entraba en su Gobernación. Decía que las doscientas leguas de la Gobernación del Marqués se habían de medir dentro de la equinoccial hacia el sur, por la costa de la mar, midiendo las puntas y los senos que la mar hace en la tierra; y que si quisiesen medirlas por la tierra adentro, se habían de medir por el camino real que va de Quitu al Cozco. Proponían estas medidas los de Almagro, porque si se medían por la costa, no pasaban de Túmpiz las doscientas leguas, y aunque Su Majestad le hubiese alargado el término otras cien leguas no llegaba su jurisdicción a Los Reyes. Lo mismo y aún mucho menos era midiéndolas por tierra, porque comúnmente ponen de Quitu al Cozco quinientas leguas de camino. De manera que por la una vía ni por la otra, no llegaba la jurisdicción del Marqués a la Ciudad de los Reyes, cuanto más al Cozco. Por lo cual decía Almagro que le pertenecía el dominio de aquella imperial ciudad. Estas medidas y razones impertinentes imaginaron Almagro y los de su bando para precipitarse a desamparar el Reino de Chili y volverse al Cozco y al Perú, donde tantos males se causaron con su vuelta. Hernando Pizarro, con parecer de los suyos, respondió que él no estaba en aquella ciudad por su autoridad sino por la del Gobernador, que era su Capitán General, en cuyas manos había hecho pleito

homenaje de no entregarla a otro sino a él; que no cumpliría con la ley de caballero, ni con la obligación militar si se la entregase sin orden de su capitán, y sin que le diesen por libre del juramento hecho. Que escribiesen al Marqués le enviase la contraseña, que él se la entregaría luego.

Y dejando esto aparte decía, que aquella imperial ciudad entraba en la gobernación de su hermano, porque a las razones de Don Diego de Almagro y a sus medidas alegaba otras en contra, y decía que medir las doscientas leguas por la costa, midiendo puntas, senos y ancones, era engaño y manifiesto agravio, porque un seno que la mar hacia en la tierra, o una punta que la tierra hacia en la mar, ocupaba la mitad del término, como lo mostraba la experiencia en la misma costa en los senos y puntas que había desde la isla de Palmas hasta el cabo de San Francisco. Tampoco se habían de medir por tierra, por las leguas del camino real, porque el camino, por ser aquella tierra tan áspera, iba dando vueltas, ya al poniente, ya al levante, buscando lo menos áspero; y que sin vueltas y revueltas tenía aquel camino muchas quebradas y cuestas de a dos, tres, cuatro leguas de subida y otras tantas de bajada, y que por el aire no había media legua de un cerro a otro. Por todo lo cual decían que se habían de medir por los grados del cielo, como miden los marineros el mar. Pedían esta medida los Pizarros, porque no habiendo más de once grados de la equinoccial a la Ciudad de los Reyes, y dando a cada grado diez y siete leguas y media, como las dan los marineros, yendo norte-sur o en contra había ciento y noventa y dos leguas y media hasta la Ciudad de los Reyes; y hasta el Cozco, que está en catorce grados, había doscientas y cuarenta y cinco leguas. Por lo cual pretendía que la una ciudad y la otra entraba en la gobernación del Marqués Don Francisco Pizarro, con las leguas que Su Majestad le había añadido, aunque no decían cuántas eran. Los de Almagro replicaban que ya que se midiesen por el aire, no había de ser norte-sur, sino de levante a poniente, que dan a cada grado ochenta leguas; y ya que no admitiesen por entero esta medida, decían que se habían de juntar las leguas de ambas medidas marinerescas, y partirlas por medio, y dar a cada grado cuarenta y nueve leguas, recompensando la una medida con la otra. Y que de esta manera no llegaba la Gobernación del Marqués más de hasta los seis grados de la equinoccial, dando a cada grado cuarenta y nueve leguas. Que tomasen los Pizarros de estas tres maneras de medir la que quisiesen, que por cualquiera de ellas quedaba el Cozco, y aún Los Reyes, fuera de su gobernación.

En estas demandas y respuestas anduvieron muchos días los unos y los otros, y llegaran muchas veces a las manos sino fuera por Don Diego de Alvarado, que era un caballero muy principal, muy discreto, muy cuerdo, tío del Adelantado Don Pedro de Alvarado y de Gómez de Alvarado, y había ido a Chili con Don Diego de Almagro. El cual deseando paz y concordia entre aquellos Gobernadores, porque imaginaba el mal que a todos les podía venir si llegaban a rompimiento, entró de por medio a concertarlos; y al fin de muchas voces acabó que Hernando Pizarro escribiese al Marqués su hermano lo que Don Diego de Almagro pedía, y que entre tanto que el Marqués respondía, estuviesen

en sus alojamientos y tuviesen paz, sobre lo cual se asentaron treguas de ambas partes. Así estuvieron algunos días, más la discordia, que no deseaba paz entre aquellos que tan hermanos habían sido hasta entonces, despertó a los que tenía por ministros, y les incitó a que dijesen a Don Diego de Almagro que había hecho mal en poner plazos y consentimiento ajeno en lo que por voluntad y merced del Emperador era suyo. Que Hernando Pizarro no escribiría a su hermano lo que se había concertado, por no verse desposeído del gobierno de aquella ciudad; ni su hermano, aunque se lo escribiese, respondería, por no enajenar de sí una imperial ciudad como el Cozco. Y que con la palabra y concierto que se había hecho, de que se estuviesen así mientras el Marqués respondía, lo entretendrían toda su vida. Y que pues era notorio que aquella ciudad era de su Gobernación, tomase la posesión de ella sin aguardar comedimientos de sus émulos, que sería maravilla haberlos en ellos para desposeerse de joya tan grande y tan rica. Que mirase lo que importaba e hiciese con brevedad lo que le convenía. Almagro, que había menester pocas centellas para encender la pólvora, que para este hecho en su ánimo tenía apercibida, aceptó con grande aplauso los incitativos que los malos compañeros le dieron, que semejantes consejos nunca salen de los buenos, y sin consultarlos con los amigos verdaderos se precipitó a ejecutarlos. Y una noche de aquellas, que hizo oscura, fue con gente armada a la posada de Hernando Pizarro y Gonzalo Pizarro, que con las treguas puestas estaban descuidados, aunque muy poco antes había ido a ellos uno de los de Almagro y díchole como iba Don Diego a prenderles, al cual respondió Hernando Pizarro que no era posible que, siendo Almagro caballero, quebrantase la palabra que en las treguas había dado. Estando ellos en esto oyeron el ruido de la gente. Entonces el que daba el aviso dijo: "Pues vuesa merced no me cree, vélos hay donde vienen."

Los Pizarros y sus huéspedes y criados se armaron a prisa y se pusieron a defenderse a las puertas de su posada, la cual habían reparado después que el Inca los dejó, con otras muchas que por la ciudad había donde posaban los españoles. Los de Almagro no pudiendo entrarles, pegaron fuego a la casa por todas partes. Los de dentro cedieron, por no morir quemados. Prendieron a Hernando Pizarro y a Gonzalo Pizarro y a otros muchos deudos y amigos de ellos, que eran extremeños, de su patria; pusiéronlos todos en Cassana, en un aposento muy estrecho; aherrojáronlos fuertemente por asegurarse de ellos. Los ministros de la discordia aconsejaban a Don Diego de Almagro que matase a Hernando Pizarro; decíanle que se acordase que siempre, desde la primera vez, que vino de España, se había mostrado su enemigo, y nunca había hablado bien de él, y que era hombre áspero y vengativo, de muy diferente condición de la palabra de sus hermanos, y que se había de vengar en pudiendo, y que hombre tal estaba mejor quitado de entre ellos. Almagro estuvo por hacerlo, más Diego de Alvarado y Gómez de Alvarado y Juan de Saavedra y Bartolomé de Terrazas y Vasco de Guevara y Jerónimo de Costilla y otros que eran hombres nobles amigos de paz y quietud, lo estorbaron diciéndole que no era razón quebrar tan

del todo con el Marqués, habiendo sido tan buenos compañeros en todo lo pasado; que hasta volver por su reputación y tomar la posesión de su Gobernación se podía sufrir, aunque no dejaba de parecer mal haber quebrantado las treguas puestas. Pero que matar a Hernando Pizarro sería cosa muy odiosa a todo el mundo, y de grande infamia para él. Que mirase lo que hacía, y se aconsejase con la razón y con la prudencia, y no con la ira y la venganza, que le llevarían a mayores despeñaderos. Con estas razones y otras semejantes, quietaron aquellos caballeros a Don Diego de Almagro, el cual se hizo jurar del Cabildo por Gobernador de aquella ciudad, y de cien leguas de término, conforme a la provisión de Su Majestad; donde lo dejaremos por decir de otras cosas que pasaron en el mismo tiempo.

CAPÍTULO XXXII: Trabajos que Garcilaso de la Vega y sus compañeros pasaron en el descubrimiento de la Buenaventura.

Atrás dijimos que el Marqués Don Francisco Pizarro, viéndose en el aprieto del cerco y levantamiento de los indios, temiendo que sus hermanos en el Cozco y Don Diego de Almagro en Chili eran todos degollados, pidió socorro a México y a Nicaragua y a Panamá y Santo Domingo y a las demás islas de Barlovento. Y a sus capitanes Alonso de Alvarado, Sebastián de Belalcázar, Garcilaso de la Vega y Juan Porcel, le mandó que, dejando las conquistas en que andaban, acudiesen a socorrerle, porque había necesidad de que se juntasen todos para resistir la pujanza de los indios.

A lo cual acudió Alonso de Alvarado primero que otro, porque estaba más cerca que los demás pero no tan presto que ya los indios no hubiesen aflojado el cerco de Los Reyes, y con su llegada lo dejaron del todo. El capitán Sebastián de Belalcázar, ni el capitán de los Bracamoros, Juan Porcel, no fueron al socorro, porque no llegó a ellos el mandato del Gobernador, porque mataron los indios que lo llevaban. Garcilaso de la Vega acudió poco después que Alonso de Alvarado, de la bahía que llaman de San Mateo y la Buenaventura, en la cual, como atrás apuntamos, le fue muy mal, porque la tierra es allí inhabitable, donde él y toda su gente pasaron grandes trabajos por la montañas increíbles que hay en aquella región, que son más cerradas y más fuertes de romper que un muro, porque los árboles son tan gruesos que no los abrazarán ocho ni diez hombres, y de madera tan fuerte que son muy malos de cortar, y de unos a otros hay tanta multitud de matas y otros árboles menores, que espesan y cierran la montaña de manera que ni hombres ni animales pueden andar por ella, ni el fuego tiene dominio en aquellas montañas, porque perpetuamente están lloviendo agua.

A los principios, cuando entraron en aquella conquista, entendieron hallar indios la tierra adentro, y así entraron como mejor pudieron, abriendo los caminos a fuerza de sus buenos brazos y subiendo y bajando por los arroyos que hallaban, los cuales servían de camino abierto para caminar, como se camina

hoy por muchas partes de aquellas montañas, porque la corriente del agua no deja crecer el monte en los arroyos. Con esta dificultad y trabajos caminaron muchos días, y aunque los indios del servicio que del Perú llevaban les decían muchas veces que se volviesen, que iban perdidos, que no había gente en muchas leguas de aquella región, que por inhabitable la habían dejado de poblar los Reyes Incas, nunca los españoles quisieron creerles, entendiendo que desacreditaban aquellas tierras por volverse a las suyas. Con esta porfía caminaron más de cien leguas con mucha hambre, que llegaron a sustentarse con yerbas y raíces, sapos y culebras y cualquiera otra sabandija que podían matar; decían que para aquella necesidad eran liebres y conejos. De las culebras hallaban las mayores por menos malas para comer que las pequeñas. Al cabo de aquel largo y trabajoso camino, viendo que de día en día crecían las dificultades y la hambre, que era la que aumentaba los trabajos, se fueron los oficiales del ejército y los de la hacienda real al capitán, y le dijeron que pues le constaba por larga experiencia que los afanes de aquel descubrimiento eran incomportables, y que en cinco meses que había que andaban en aquellas montañas no habían visto indio que conquistar, ni aún tierra que cultivar y poblar, sino montes y ríos, lagos y arroyos, y un perpetuo llover, sería bien que atendiese a su propia salud, y a la de su gente, que parecía, según lo había porfiado, que a sabiendas la quería matar y matarse así mismo en aquella hambre y desventura; que tratase de volverse y no porfiase más en peligro tan manifiesto. El capitán respondió que había muchos días que había visto y notado lo que al presente le decían de las dificultades de aquel descubrimiento y conquista, y que dentro de dos meses que habían entrado en aquellas montañas procurara salir de ellas, sino que el respeto de la honra de todos ellos y de la suya propia le había hecho porfiar hasta entonces y que todavía le instaba y aquejaba que pasase adelante en su porfía, porque no le dijesen sus émulos que se volvían a los corderos gordos del Perú y a sus regalos. Que les rogaba y encargaba tuviesen por bien no volver las espaldas al trabajo, pues cuanto mayor lo hubiesen pasado, tanta más honra y fama se les seguiría adelante. Que siendo ella el premio de la victoria, procurasen ganarla como buenos soldados, porfiando hasta salir con su empresa, o a lo menos hasta quitar la ocasión a los maldicientes, que la tomarían de verles volver tan presto. Que los trabajos de cualquier de ellos, le dolían tanto como los propios, y que, pues él no los huía, le hiciesen merced de seguirle como a su capitán, pues la milicia y su nobleza y ser españoles, les obligaba a ello.

Con estas palabras se rindieron aquellos buenos soldados, y pasaron adelante en su demanda, y anduvieron porfiando en su descubrimiento casi otros tres meses. Más como los trabajos fuesen tan incomportables, vencieron la salud, enfermaron muchos españoles e indios; murieron muchos de los unos y de los otros, más de hambre que de otro mal. Viendo, pues, que cada día iba creciendo el número de los enfermos y de los muertos, no pudiendo pasar adelante, de común consentimiento acordaron volverse, no por el camino que habían llevado sino dando cerco al oriente y volviendo al mediodía, que ésta fue

la guía que tomaron, por ver si topaban algunos indios en aquel cerco, y llevarlo todo andado, para mayor satisfacción de ellos. Pasaron por otras montañas, no mejores que las pasadas, antes peores, si peores podían ser. Creció la hambre, y con ella la mortandad; fueron matando los caballos menos buenos, para socorrer los hambrientos y enfermos. Lo que más se sentía era que los más de los que perecieron fue por no poder andar de flaqueza, y los dejaban desamparados en aquellas montañas, por no poderse valer unos a otros, que todos iban para lo mismo. Día hubo que dejaron once vivos, y otro día quedaron trece. Cuando los rendía el hambre y la flaqueza, se les caía la quijada baja, de manera que no podían cerrar la boca, y así, cuando los desamparaban, les decían: “Quedad con Dios”. Y los tristes respondían: “Anda con Dios”, sin poder pronunciar la palabra, más de menear la lengua. Estos pasos en particular, sin la fama común, los contaba un soldado que se decía fulano de Torralba; yo se lo oí más de una vez, y lloraba cuando los contaba, y decía que lloraba de lástima de acordarse que quedasen sus compañeros vivos, que, si quedaran muertos, no se acordara de ellos.

De esta manera perecieron de hambre más de ochenta españoles, sin los indios, que fueron mucho más. Pasaron grandísimo trabajo al pasar de aquéllos ríos que llaman Quiximís, porque la madera que cortaban para hacer balsas no les era de provecho, que se les hundía en el agua, por ser tan pesada y tan verde; y los ríos no tenían vado, que son muy raudos y caudalosos y con muchos lagartos que llaman *caimanes*, de a veinte y cinco y de a treinta pies de largo, y mucho de temer en el agua, porque son muy carniceros. Hacían las balsas de rama bien atada, y así pasaban, con el trabajo que se puede imaginar. En un río de aquellos acaeció, que habiéndolo de pasar y buscando por donde, hallaron dos árboles grandes, uno enfrente de otro, el uno en la una ribera y el otro en la otra, cuyas ramas se juntaban por lo alto unas con otras. Parecióles cortar parte del pie del que tenían a su banda, para que quedando todavía asido al tronco, cayese sobre el otro árbol y de ambos se hiciese una puente. Como lo imaginaron, así les salió el hecho; pasaron por ellos todos los españoles y los indios a la hila, de tres en tres y de cuatro en cuatro, asiéndose a las ramas como mejor podían. Para el postrer viaje quedaron seis hombres, tres indios y tres españoles, y el capitán entre ellos, el cual quiso ser el último al pasar. Echaron los indios por delante, que llevaban sus armas y las de otros dos de su camarada, y dos sillas jinetas, y así pasaron todos. Yendo en lo más alto del árbol cortado, cerca del otro sano, dió el árbol un gran crujido, desgajándose del tronco la parte que le había dejado por cortar. Los dos españoles y los tres indios se asieron fuertemente de las ramas a que iban asidos. El capitán, que advirtió mejor el peligro, dió un salto para adelante por encima de los compañeros, y acertó a asir una rama de las del árbol sano, y, llevando con el peso la rama tras sí, se hundió debajo del agua. Los que se asieron del otro árbol se fueron con él por el río abajo, que no aparecieron más. Dos o tres de la camarada del capitán, que estaban de la otra parte aguardando a que pasase, viéndole en aquel peligro

aguijaron con las lanzas a dárselas. El capitán, sintiendo el socorro, se asió a una de ellas; el que la tenía llamó a los otros dos, y así entre todos tres lo sacaron a tierra, dando gracias a Dios que lo hubiese librado de la muerte.

En aquellos caminos, dondequiera que topaban algún socorro para comer, como fruta silvestre y raíces mejores que las comunes, se detenían dos y tres días a cogerlas, para llevar que comer donde no las hubiese. A una parada de estas, al fin de un año y más que andaban en aquellas montañas, se subió el capitán un día por un cerro alto que estaba cerca del alojamiento, bien congojado de su trabajo y de los suyos, a ver si de lo alto de aquel cerro pudiese descubrir alguna salida de aquella mazmorra. Y porque el monte dondequiera era tan alto y tan cerrado, que aunque estaba en la cumbre del cerro no podía descubrir la tierra, se subió en un árbol de los mayores, que son como torres muy altas; de allí descubrió a todas partes mucha tierra de aquellas montañas, pero no parecía que hubiese salida de ella. Estando así mirando, vió pasar una gran banda de papagayos, con su mucho graznar y notó que llevaban siempre un camino derecho, y era entre el levante y el mediodía, que los marineros llaman sueste. Y al cabo de una muy grande volada se abajaron todos de golpe al suelo. El capitán tanteó lo que podía haber de donde estaba adonde las aves cayeron, y le pareció que habría de seis a siete leguas, y que, según los papagayos son amigos de maíz, podría ser que lo hubiese en aquel sitio. Con estas imaginaciones y flacas esperanzas, marcó muy bien el lugar, por no perder el tino, y volvió a los suyos, y les dijo que se esforzasen, que él traía pronósticos y señales de salir presto a tierra poblada. Todos se animaron, y otro día salieron de aquel lugar, y al golpe de hacha y de hocino abrieron la mayor parte de ocho leguas de camino que había del uno al otro, en que tardaron treinta días; y al fin de ellos salieron a un pueblo pequeño de indios, de hasta cien casas, muy abundante de maíz y otras legumbres, con muy buenas tierras de labor, para mucha más gente de la que allí había. Dieron gracias a Dios, que les hubiese sacado de aquel desesperadero.

Los indios viendo gente con barbas, y los más de ellos en cueros, que se les había podrido toda la ropa por traerla siempre mojada, y que el más bien librado llevaba en lugar de pañetes, cortezas y hojas de árboles, se espantaron de verlos, y mucho más cuando vieron caballos, que algunos habían escapado de ser comidos. Apellidáronse unos a otros para irse al monte, más luego se aplacaron por las señas que les hicieron que no hubiesen miedo. Llamaron a su cacique, que estaba en el campo, el cual los recibió con mucha afabilidad y mayor lástima de verlos desnudos, llenos de garranchos, flacos y descoloridos, que parecían difuntos. Regalóles como si fueran hermanos; dióles de vestir de las mantas de algodón que tenían para sí. Aficionóse tanto a ellos, particularmente al capitán, que le rogaba que no se fuese de su tierra, o, si se fuese, lo llevase consigo a la suya. Allí pararon treinta días, y pararan más, según lo había menester, pero por no gastarles toda la comida que aquellos pobres indios tenían (que la daban de muy buena gana) salieron de aquella tierra, habiéndose reformado tanto cuanto; y no supieron cómo se llamaba, porque el

cuidado era de salir de ella y no de buscar nombres. El cacique salió con ellos, por acompañarles y guiarles, y sacó treinta indios cargados de la comida, que pudieron juntar, que fue bien menester para lo que les quedaba de despoblado, y fue de mucho provecho la compañía de los indios para pasar uno de los ríos grandes, que les quedaba por pasar, que hicieron balsas y las supieron marear mejor que los españoles.

Así llegaron al primer valle del distrito de Puerto Viejo. El cacique y sus indios se volvieron de allí, con muchas lágrimas que derramaron de apartarse de la compañía de los españoles, en particular de la del capitán, que se le habían aficionado muy mucho, por su mucha afabilidad. Los españoles entraron en Puerto Viejo; eran pocos más de ciento y sesenta, que ochenta y tantos murieron de hambre, de doscientos y cincuenta que entraron en aquella conquista. En Puerto Viejo supieron el levantamiento del Inca, más no supieron nada de lo que había pasado. Con la nueva se dieron prisa a caminar a la Ciudad de los Reyes. En el camino les encontró el mandato del Marqués que fuesen a socorrerle, con lo cual doblaron las jornadas y llegaron a Rímac algunos días después del capitán Alonso de Alvarado; fueron recibidos con mucho consuelo del Marqués, por la necesidad tan grande en que se hallaba.

CAPÍTULO XXXIII: Alonso de Alvarado va al socorro del Cozco, y los sucesos de su viaje.

Luego que el Marqués tuvo socorro de los dos capitanes, Alonso de Alvarado y Garcilaso de la Vega, dió orden como enviar socorro a sus hermanos, bien ignorante de todo lo que en el Cozco había sucedido, así de la retirada del príncipe Manco Inca, como de la vuelta de Don Diego de Almagro de Chili y de la prisión de sus hermanos. Apercibió trescientos hombres de los más bien reparados que aquellos capitanes llevaron, y de los que él tenía consigo: los ciento y veinte fueron de a caballo y los ciento y ochenta de a pie. Nombró por general a Alonso de Alvarado, quitando el oficio a Pedro de Lerma, natural de Burgos, que hasta entonces lo había administrado en todo el levantamiento del Inca, como buen capitán y como buen soldado, peleando valientemente siempre que fue menester, y que en una batalla de indios y españoles, como atrás dijimos, le quebraron los dientes de una mala pedrada. Y no bastó quitarle el cargo y dárselo a otro, sino que le mandó que fuese con Alonso de Alvarado, aunque le nombró por capitán de caballos, de lo cual notaron al Marqués por inadvertido o mal aconsejado. Decían que ya que le quitaba el oficio, fuera menos agravio tenerlo consigo que dárselo por soldado a su émulo, lo cual sintió más Pedro de Lerma que el quitarle el oficio, porque eran ambos de una patria y ambos nobles. Y la natural arrogancia y presunción de los hombres sufre más aína a un extraño por superior (aunque sea de menos calidad), que al de su patria, siendo iguales. De este desdén nació después la

pérdida de esta jornada, como se verá adelante. Garcilaso de la Vega, viendo que se acercaba el día de la partida, suplicó al Marqués le diese licencia para ir con aquellos capitanes al socorro de sus hermanos. El Marqués le dijo que se sufriese, que pensaba enviar presto más gente, y que iría por caudillo de ella. Garcilaso replicó, diciendo que Su Señoría tuviese por bien que fuese luego, porque no se le quitaba el ánimo a ser de los segundos, estando los hermanos de Su Señoría en el peligro en que estaban, siendo todos de una patria y tan amigos, que la amistad y la naturaleza no le daban lugar a sufrir dilación alguna, que para la gente que hubiese de enviar, no le faltarían ministros." Con esto concedió el Marqués se fuese con Alonso de Alvarado.

Acordaron ir por el camino de los Llanos hasta Nanasca, por excusar los muchos malos pasos que hay por el camino de la sierra. Cuatro leguas de Los Reyes, en aquel hermoso valle de Pachacámac, tuvieron una batalla muy sangrienta con los indios que todavía andaban levantados, aunque su príncipe estaba ya retirado en las montañas. Los cuales, como vencedores que hasta allí habían sido de los socorros que al Cozco habían ido, acometieron a Alonso de Alvarado con grande ánimo, y pelearon mucho espacio con gran ferocidad, más murieron muchos indios, que no habiendo sierras o montes que les defendiesen de los caballos, siempre les iba mal, y al contrario en las tierras fragosas, aunque también mataron en esa batalla once españoles y siete caballos. De allí pasó Alonso de Alvarado adelante, y por darse prisa en su jornada caminó de día un día de aquellos, aunque los indios se lo estorbaban diciendo que no se podía caminar de día por aquellos arenales muertos, sino de noche, porque la arena era mucha, y el Sol muy recio, que peligraban los caminantes de sed, sino llevaban provisión de agua. Los españoles no quisieron creerles, antes imaginando que por ser aquella jornada contra su Inca, rehusasen el camino, les amenazaron de muerte si no caminaban muy de hecho. Los indios, como tan humildes, obedecieron, y lo último de la jornada de aquel día, que sería la una de la tarde, ellos y los españoles se hallaron en grande aprieto de sequía. Los indios, como iban cargados, la sintieron más, y, no se pudiendo valer, se ahogaron más de quinientos de ellos. Lo mismo sucediera de los españoles infantes, sino que los de a caballo, sabiendo que pasaba cerca un río, fueron a él corriendo con los caballos y trajeron socorro de agua, como lo dice Agustín de Zárate, libro tercero, capítulo sexto, por estas palabras:

"Y prosiguiendo Alonso de Alvarado su camino la vía del Cozco adelante, al pasar de un despoblado pasó gran trabajo, porque se le murieron más de quinientos indios de servicio, de sed y si los de a caballo no corrieran y con vasijas llenas de agua volvieran a socorrer los de a pie, créese que todos perecieron, según estaban fatigados," etc.

Hasta aquí de Zárate. Por la falta de los indios que se ahogaron pararon algunos días, hasta que trajeron otros, que llevaron las cargas. Y por no verse en otra necesidad como la pasada, dejaron el camino de los arenales y fueron a salir al de la sierra, donde les alcanzaron otros doscientos hombres, los setenta de a

caballo y los demás de a pie, que el Marqués envió de socorro con Gómez de Tordoya de Vargas, deudo muy cercano de Garcilaso de la Vega, para reforzar la gente que Alonso de Alvarado llevaba, que eran ya quinientos españoles. Con los cuales fue siempre ganando tierra y peleando con los enemigos, que por ser la tierra áspera, se atrevían a ponérseles adelante a cada paso. Más los españoles, escarmentando en cabeza ajena de los socorros pasados, que los indios degollaron, iban recatados, porque no les acaeciera alguna desgracia. Así fueron hasta la puente que llaman Rumichaca, que quiere decir puente de piedra, donde los indios, por ser el paso dificultoso, hicieron la última prueba de su esfuerzo; tomaron muchos pasos para atajar en ellos a los españoles; los cuales, para ganar aquellos pasos, enviaban cuarenta, cincuenta españoles arcabuceros, con una gran banda de indios, de los muchos que llevaban de servicio, que, guiando a los españoles tomasen las espaldas a los enemigos y los divirtiesen mientras pasaban el mal paso. En la puente cargaron innumerables indios, y pelearon valentísimamente; lo mismo hicieron los españoles, y al fin de muchas horas que duró la batalla, vencieron con gran mortandad de los indios por la ventaja de los arcabuces, que llevaban más de ciento, con que ojeaban a los enemigos de los pasos estrechos y peligrosos, que, si no fuera por ellos tenían ventaja los indios en el sitio, porque los españoles no podían valerse de sus caballos; más los arcabuceros hicieron la guerra, y hubieron la victoria, aunque con pérdida de veinte y ocho compañeros y nueve caballos y muchos indios de servicio, como lo dice Gómara, capítulo ciento y treinta y otro, por estas palabras.

"Alvarado caminó sin embargo hasta Lumichaca, puente de piedra, con todos quinientos españoles. Allí cargaron muchísimos indios, pensando matar los cristianos al paso, a lo menos desbaratarlos. Más Alvarado y sus compañeros, aunque rodeados por todas partes de los enemigos, pelearon de tal manera que lo vencieron, haciendo en ellos muy gran matanza. Costaron estas batallas hartos españoles, y muchos indios amigos que los servían y ayudaban," etc.

Hasta aquí es de aquel capellán imperial sacado a la letra. De Rumichaca pasó adelante Alonso de Alvarado, peleando siempre con los indios; los cuales, aunque maltratados y perdidosos, no escarmentaban, que a todos los pasos que había dificultosos y peligrosos, acometían a los españoles, ya que no fuese para vencerlos, a lo menos para inquietarlos, y, aunque los acometimientos no eran para batalla campal como las pasadas, no dejaba de haber daño de la una parte y de la otra. Así caminaron veinte leguas, hasta la puente de Amáncay, donde supo Alonso de Alvarado, de los indios, la retirada del Inca, la venida de Don Diego de Almagro de Chili y la prisión de Hernando Pizarro y la muerte de Juan Pizarro y de los demás que murieron en aquel cerco, y el demás suceso, de todo lo cual estaba bien ajeno Alonso de Alvarado. Parecióle, por el buen consejo de los suyos, no pasar adelante hasta tener nueva orden del Marqués, a quien avisó de todo lo sucedido. Y para lo que sucediese si Don Diego viniese sobre él, se fortificó y recogió el bastimento que pudo haber. Don Diego de Almagro,

sabiendo que Alonso de Alvarado estaba en la puente de Amáncay con gente de guerra, le envió un requirimiento con Diego de Alvarado y otros ocho caballeros de los más nobles que consigo tenía, por vía de paz y amistad, diciendo que, pues le era notoria la merced que Su Majestad le había hecho de aquel gobierno, se fuese con Dios y lo dejase en paz; donde no, que le protestaba las muertes y daños que de no dejarle sucediesen.

Alonso de Alvarado prendió los mensajeros en oyéndolos, y después de presos les dijo que al Marqués y no a él habían de hacer aquella notificación y requirimiento; que él no era parte para hacer lo que le pedían sin orden del Gobernador. Y aunque Garcilaso de la Vega y Perálvarez Holguín y Gómez de Tordoya y otros principales de su ejército le dijeron que los soltase, para que fuesen a hacer su requirimiento al Marqués; que mirase que los mensajeros y embajadores, en todas las naciones del mundo, por bárbaras que fuesen, aunque anduviesen en crueles guerras y discordias, eran privilegiados y libres de toda molestia, y que aquel camino más era para aumentar y encender los fuegos de las pasiones que entre los dos Gobernadores había, que no para apagarlos; que mirase que todos habían sido en ganar aquel Imperio; que no era razón que en lugar de gozar el fruto de sus trabajos en paz y quietud, se matasen sobre la partija; que advertirse que en todo el mundo serían vituperados y abominados por este hecho y por esta discordia que ellos mismos levantaban contra sí propios. Alonso de Alvarado no condescendió a estas razones; antes, con el rigor de su natural condición, perseveró en lo que había comenzado, de lo cual quedó toda su gente muy descontenta, porque todos deseaban gozar en paz y amistad las riquezas del Perú que tantos trabajos y afanes les habían costado.

CAPÍTULO XXXIV: La batalla del Río Amáncay y la prisión de Alonso de Alvarado y de los suyos.

Don Diego de Almagro, que había salido del Cozco siguiendo sus embajadores, viendo que no volvían a su tiempo, sospechó mal del caso, y se retiró a la ciudad donde estuvo con pena y cuidado de aquel suceso, que lo temía, porque Alonso de Alvarado llevaba más gente y más bien armada que la suya, y que él no podía fiar de muchos de los que consigo tenía, porque eran de los de Hernando Pizarro, que le negarían en viendo los de su bando, por lo cual no le convenía llevarlo por las armas. También le parecía que las puertas de la paz se habían cerrado con la prisión de sus mensajeros. Estando Almagro rodeado de estas congojas y temores, no sabiendo a qué parte echar, tuvo cartas del capitán Pedro de Lerma; el cual, sintiéndose agraviado del Marqués por lo que atrás dijimos, y viendo la ocasión presente para poderse vengar, escribió a Don Diego todo lo que en su pecho tenía, y le avisó del disgusto que los de Alvarado llevaban, por la aspereza de su condición, y por la prisión de sus embajadores, que todos ellos habían condenado aquel hecho; que no dudase de

volver por su reputación y honra, que él le ayudaría a cobrarle con mucha facilidad, que le certificaba que tenía de su parte cien amigos que se pasarían con él a su bando luego que le viesen cerca, y que esperaba reducir a su devoción los que quedaban, según el descontento que de su capitán tenían.

Con esta nueva se esforzó Don Diego de Almagro, y, habiéndose apercibido de bastimentos, en que se ocupó más de quince días, salió del Cozco en busca de Alonso de Alvarado, y en el camino prendió a Pedro Álvarez Holguín, que iba a descubrir la tierra y saber qué ordenaba hacer Almagro de sí. Prendiólo con mucha facilidad, porque los más de los que iban con él, iban apalabrados y sobornados de Pedro de Lerma. Lo mismo tenía concertado con los más de los que quedaban con Alonso de Alvarado. El cual, sabida la prisión de Pedro Álvarez Holguín, quiso prender a Pedro de Lerma, porque, como dice Gómara, capítulo ciento y treinta y ocho, "se desmandó de lengua y era de Burgos y conocía a Alvarado". Palabras son de aquel autor sacadas a la letra. Pedro de Lerma, que por horas tenía aviso de los consejos más secretos de Alvarado, se huyó con algunos de sus amigos casi al descubierto, porque estaba tan enseñoreado de la gente que si fuera cuatro días después se la llevara toda. A Don Diego le dijo que se diese prisa y no dudase de la victoria, qué él se la tenía ya granjeada con la gente que dejaba. Y le dió orden y aviso de lo qué había de hacer, cómo y por dónde, y a qué hora había de acometer, según lo había concertado. Dijo que había de ser de noche, porque era capa de pecadores; guióles él mismo hasta la puente donde sabía que habían de estar muchos de los conjurados; mandó que los de a caballo fuesen por el vado; díjoles que podían pasar seguramente.

Así fueron con grandes esperanzas de la victoria, y aunque Alonso de Alvarado y sus capitanes y ministros ordenaron lo que convenía para pelear y defenderse, no fueron obedecidos, porque, como era de noche y los más eran del concierto, los de a caballo, con achaque de que les habían hurtado las lanzas y echándolas por el río abajo, y los infantes, con que les habían escondido los arcabuces, ballestas y picas (no habiendo sucedido lo uno ni lo otro) no acudieron al mandato de los capitanes, antes se desordenaron y fueron donde quisieron. Y los que acudieron a defender el paso de puente y del vado, en lugar de pelear, decían a los de Almagro que pasasen sin recelo, que seguro estaba el vado y la puente, y mucho más segura la gente. Y porque los de Almagro, por ser de noche y no saber el vado, no osaban entrar en el río, los de la otra banda entraban a guiarles. Lo mismo pasó en la puente, que les convidaban y persuadían a que pasasen sin temor. De esta manera venció Don Diego de Almagro y prendió a Alonso de Alvarado y a Garcilaso de la Vega y a Gómez de Tordoya y al capitán Villalva y a los demás capitanes y ministros de aquel ejército, y otros cien soldados que no entraron en la conjuración. Y esto fue sin muerte ni herida de ninguna de las partes; sólo Rodrigo de Orgoños pagó por todos, que una piedra que vino desmandada, y sin saberse quien la tiró, le quebró los dientes. Almagro y los suyos volvieron victoriosos y ufanos al

Cozco, hablando libertades contra los Pizarros; decían que no habían de dejar en todo el Perú una pizarra en que tropezar, y que, si querían Gobernación, fuesen a gobernar los manglares y montañas bravas que hay en la costa de la mar, debajo de la equinoccial. Echaron en prisión a los sospechosos, y porque eran muchos los dividieron en dos cárceles: los unos llevaron a la fortaleza, los otros dejaron en la ciudad, en la casa llamada Cassana.

Del Marqués Don Francisco Pizarro decimos, que habiendo despachado a Alonso de Alvarado y poco después a Gómez de Tordoya, para que socorriesen a sus hermanos, se estuvo en la Ciudad de los Reyes recogiendo la gente que le venía de todas partes que la envió a pedir, como lo dice Gómara, capítulo ciento y treinta y siete: “Alonso de Fuenmayor, Presidente y Obispo de Santo Domingo, envió con Diego de Fuenmayor, su hermano, natural de Yanguas, muchos españoles arcabuceros que habían llegado entonces con Pedro de Vergara. Fernando Cortés envió con Rodrigo de Grijalva, en un propio navío suyo, desde la Nueva España, muchas armas, tiros, jaeces, aderezos, vestidos de seda y una ropa de martas. El Licenciado Gaspar de Espinosa llevó de Panamá, Nombre de Dios y Tierra Firme buena compañía de españoles. Diego de Ayala volvió con harta gente de Nicaragua y Quahutemallan. También vinieron otros de otras partes, y así tuvo Pizarro un florido ejército y más arcabuceros que nunca, y, aunque no los hubo mucho menester para contra indios, aprovecháronle infinito para contra Diego de Almagro, como después diremos,” etc.

Hasta aquí es de Gómara. Pues como el Marqués se viese con tanta y tan buena gente, que, según Zárate, tenía más de setecientos españoles de a pie y de a caballo, determinó dar el socorro por su persona a sus hermanos, por salir de la congoja que el esperar nuevas de lejos suele causar. Salió con su gente por el camino de los Llanos, y a pocas jornadas que hubo caminado tuvo el aviso que Alonso de Alvarado le envió de la retirada del Inca, de la vuelta de Almagro, de la prisión de sus dos hermanos y de la muerte del tercero, de que el Marqués recibió mucho pesar y sentimiento. Y porque lo llorase todo junto, le llegó dos días después la segunda nueva de la pérdida de los suyos y prisión de Alvarado, lo cual sintió fuera de todo encarecimiento. Y porque la gente que llevaba, iba más apercibida para pelear con indios que con españoles, le pareció volverse a la Ciudad de los Reyes, aunque estaba ya veinte y cinco leguas fuera de ella, para apercibirse de propósito de armas y pertrechos para la nueva empresa. También le pareció tentar las puertas de la paz y concordia, porque, habiendo recibido dos golpes tan contrarios de la fortuna, temía el tercero. Porque veía a su émulo con mucha gente, con muchas armas y caballos, deseaba que aquel fuego se apagase y reviviese la compañía, hermandad y amistad pasada, tantas veces ratificada y jurada por ellos. Y que pues debajo de ella habían ganado aquel grande y riquísimo Imperio, debajo de ella lo gozasen, y no que se matasen al cabo de la vejez.

Con estas consideraciones envió al Licenciado Espinosa al Cozco para que, si fuese posible, diese y tomase algún medio entre él y Don Diego de Almagro y, entre otras cosas, le advirtió que dijese a Don Diego, que mirase que si Su Majestad sabía lo que había pasado, y que sus Gobernadores no estaban conformes, sino muy discordes y apasionados el uno contra el otro, enviaría otro Gobernador en lugar de ambos, que a manos enjutas gozase de lo que ellos a costa de sus haciendas y sangre, con tanto trabajo habían ganado; que mirase que era mejor buena paz que mala guerra, aunque se solía decir en contra, pero que en ellos sonaba mejor así. Y a lo último le dijo que cuando no pudiese alcanzar otra cosa, acabase con Don Diego que soltase sus hermanos y que él se estuviese en el Cozco, sin salir hacia Los Reyes, y que la gobernase muy en hora buena, hasta que Su Majestad (sabido lo que pasaba) proveyese y mandase lo que cada uno de ellos hubiese de gobernar. Con esta comisión y embajada fue el Licenciado Espinosa, y la propuso ante Don Diego de Almagro y sus capitanes; más ellos, que estaban ensoberbecidos y pujantes con las victorias pasadas, no admitieron partido alguno. Y aunque Diego de Alvarado, con su discreción y cordura les dijo que mirasen que los partidos que les ofrecían eran los que hasta entonces habían deseado, pues les dejaba gozar y poseer libremente la ciudad del Cozco, no aceptaron su consejo y parecer, antes respondieron que no les habían de enseñar límites ni mandarles que no pasasen hacia Los Reyes. Que en su jurisdicción, y en la mayor pujanza de su prosperidad y buena fortuna, no había de obedecer leyes ajenas ni tomar partidos, sino darlos. Y aunque Diego de Alvarado replicó que los partidos, según eran aventajados en favor de ellos, antes parecía que ellos los daban y no que los recibían, no quisieron escucharle.

Es muy de notar que hasta entonces cada uno de los Gobernadores pedía al otro que le dejase la ciudad del Cozco por suya, y que tomase de las canales afuera todo el término hacia su gobernación, el uno al septentrión y el otro al mediodía. Y ahora que se lo concedían llanamente a Don Diego de Almagro, no quiso aceptarlo, porque le pareció que ya él tenía aquella ciudad en posesión, y que ofrecérsela ahora su émulo de su grado, habiéndola deseado tanto, era manifiesta señal que temía perder toda su Gobernación. Y que pues su fortuna le favorecía a banderas desplegadas, quería seguirla hasta ver en qué paraba, a ver si podía poseer todo aquel Imperio a solas. Movido Almagro de esta ambición y codicia, que son pasiones insaciables, no quiso admitir los partidos que el Gobernador les ofrecía. A lo cual ayudó también la muerte breve del Licenciado Espinosa, que falleció en el mayor hervor de estas conveniencias, sin poderlas concluir, de cuyo buen juicio, prudencia y consejo se esperaban buenos medios y fines, más la muerte no le dió lugar a que viese el fruto de sus deseos y diligencias, ni Dios lo quiso por sus secretos juicios. Murió el Licenciado Espinosa pronosticando las muertes y total destrucción de ambos dos Gobernadores, porque vió cuán mal acudían a lo que tan bien les estaba. Don Diego de Almagro, en testimonio de que no aceptaba los partidos que el Marqués le enviaba, salió del Cozco con ejército de guerra. Dejó en ella a

Gabriel de Rojas por su Teniente y por guarda y alcaide de todos los presos, que, de los primeros que prendieron con Hernando Pizarro y de los segundos con Alonso de Alvarado, pasaban de ciento y cincuenta, puestos en dos cárceles, como se ha dicho.

Llevó Don Diego a Hernando Pizarro preso, que no osó dejarlo con los demás, porque no se le fuese de la prisión. Fué por el camino de los Llanos; salió de los términos del Cozco y entró en los de la Ciudad de los Reyes, hasta llegar al valle de Chincha, poco más de veinte leguas de Los Reyes, donde, en señal de posesión, fundó un pueblo, dando indicios, y aún señales manifiestas, de que pretendía ambos gobiernos. Paró allí con su ejército a ver cómo tomaba el Marqués aquel atrevimiento, dando a entender que si le pareciese mal, le desafiaba sobre ello y le esperaba en el campo, a fuer de guerra y de buen capitán.

CAPÍTULO XXXV: El Marqués nombra capitanes para la guerra. Gonzalo Pizarro se suelta de la prisión. La sentencia de los jueces árbitros sobre el gobierno. La vista de los Gobernadores y libertad de Hernando Pizarro.

Luego que el Marqués llegó a la Ciudad de los Reyes, se apercibió para la guerra que pensaba tener con Don Diego de Almagro. Tocó atambores, y envió el aviso por la costa para que se supiese lo que pasaba. Y como con la nueva cada día le acudiese gente, engrosó el ejército, nombró capitanes y ministros. Hizo maese de campo a Pedro de Valdivia, y a Antonio de Villalba, hijo del coronel Villalba, hizo sargento mayor. Y a Peranzures y a Diego de Rojas y Alonso de Mercadillo nombró por capitanes de a caballo. Y a Diego de Urbina, natural de Orduña, sobrino del maese de campo Juan de Urbina, nombró por capitán de piqueros. Y a Nuño de Castro y a Pedro Vergara (el cual, como soldado que había sido en Flandes, había llevado a Indias una gran banda de arcabuces, con toda la munición necesaria) nombró por capitanes de arcabuceros. Estos capitanes hicieron ochocientos soldados escogidos, los seiscientos de a pie, y los doscientos de a caballo, con los cuales salió el Marqués de Los Reyes al encuentro de Almagro, publicando que iba a defender su gobernación que se lo usurpaba Don Diego de Almagro.

Entre tanto que pasaban las cosas que del Marqués y de Don Diego hemos dicho, los prisioneros que quedaron en el Cozco no dormían; antes con el deseo de la libertad, como cosa tan preciada, procuraban los medios posibles. Y como en las guerras civiles todas las cosas sean vendibles, principalmente las mayores, hallaron quien les vendiese la lealtad y fidelidad que a su capitán Don Diego de Almagro y a su teniente Gabriel de Rojas debían tener. Y no la vendieron al contado, sino al fiado, por promesas que Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado (que con otros cincuenta o sesenta estaban en la prisión de Cassana) les hicieron.

Fueron cuarenta los vendedores, que eran las guardas de aquella prisión. Los cuales entrando y saliendo de visitar los presos, les dejaban las armas que llevaban y quitaban las chavetas de los grillos y cadenas en que estaban. Demás de esto, procuraron haber las cabalgaduras que pudieron, que como los demás soldados eran amigos, fiaban de ellos cuanto les pedían. Estando ya los prisioneros y sus confederados apercibidos para irse con el silencio de la noche, acaeció que, buen rato ya de ella, Gabriel de Rojas los visitó, como solía otras muchas noches. Y abriendo la cárcel, halló que todos los prisioneros estaban sueltos y libres, y él solo preso y cautivo, porque le rodearon todos y le dijeron que se había de ir con ellos o morir allí luego. Gabriel de Rojas, no pudiendo hacer otra cosa, consintió en lo que le pedían o forzaban. Y así se fueron cerca de cien hombres en busca del Marqués Don Francisco Pizarro. Pudieron irse libremente por el camino de la Sierra, porque Don Diego de Almagro estaba en los llanos de la costa de la mar. No faltaron maliciosos que dijeron que Gabriel de Rojas había sido en la conjuración con los demás; pero ellos se engañaron en su malicia, porque si lo fuera no dejara en la prisión a los que en la fortaleza quedaron, que eran casi otros ciento, y entre ellos muchos de los primeros conquistadores, como fueron Francisco de Villafuerte, Alonso de Mazuela, Mancio Serra de Leguízamo, Diego Maldonado y Juan Julio de Hojeda, Tomás Vásquez, Diego de Trujillo, Juan de Pancorbo, los cuales yo alcancé a conocer, y todos tuvieron grandes repartimientos de indios en el Cozco. Sin estos, quedaron presos Garcilaso de la Vega y Gómez de Tordoya y Perálvarez Holguín. Fuera gran victoria de los conjurados llevárselos todos, más el hecho pasó como se ha dicho. El Marqués holgó en extremo con la presencia de su hermano y la de sus amigos, que temía los degollasen los contrarios, incitados de la ira y desdén. Holgóse también de ver el ánimo que los suyos cobraron con el buen socorro que les vino. Hizo a Gonzalo Pizarro general de la infantería, y a Alonso de Alvarado general de la caballería. Muchos de la caballería se hicieron infantes por llamarse soldados de Gonzalo Pizarro, porque fue muy amado, aún de los que le eran contrarios.

Don Diego de Almagro, sabiendo la mucha y muy buena gente que el Marqués llevaba y la libertad de sus prisioneros y la prisión de su teniente general, vió en un punto trocada la suerte que pensaba tener ganada. Y antes que la perdiese del todo, pidió partidos, arrepentido de no haber aceptado los que le habían ofrecido. Envió para ello, con bastante poder, tres caballeros, que fueron don Alonso Enríquez y el factor Diego Núñez de Mercado y el contador Juan de Guzmán, que eran ministros de la hacienda de Su Majestad. Eligiólos, porque, como criados de su Rey y señor, tratasen sin pasión lo que al servicio real conviniese. El Marqués los recibió, y entre todos se trataron muchos y grandes partidos, más no pudieron avenirse en algunos de ellos. Por lo cual dijo el Marqués lo comprometiesen en una persona de ciencia y conciencia y que pasasen por lo que él sentenciase. A esto consintió Don Diego de Almagro, y ambos se sujetaron a lo que Fray Francisco de Bobadilla, Provincial en aquellas

partes de la Orden de la Merced, sentenciase. Aquí difieren los autores, que Zárate no hace mención más que de este religioso, y Gómara nombra otro a quien dice que nombró Don Diego, y le llama Fray Francisco Husando. Que sean dos los jueces o uno solo, ambos los historiadores conforman con la sentencia por unas mismas palabras. Y las de Zárate, libro tercero, capítulo octavo, son éstas:

"Fray Francisco, usando de su poder, dió entre ellos sentencia, por la cual mandó que ante todas cosas fuese suelto Hernando Pizarro y restituida la posesión del Cuzco al Marqués como de primero la tenía, y que se deshiciesen los ejércitos, enviando las compañías, así como estaban hechas, a descubrir la tierra por diversas partes, y que diesen noticia de todo a Su Majestad, para que proveyese lo que fuese servido. Y para que en presencia se viesen y hablasen el Marqués y Don Diego, trató que con cada doce de a caballo se viesen en un pueblo que se llamaba Mala, que estaba entre los dos ejércitos. Y así se partieron a la vista, aunque Gonzalo Pizarro, no fiándose de las treguas ni palabras de Don Diego, se partió luego en pos de él con toda la gente y se fue a poner secretamente junto al pueblo de Mala. Y mandó al capitán Castro que con cuarenta arcabuceros se emboscase en un cañaveral, que estaba en el camino por donde Don Diego había de pasar, para que, si Don Diego trajese más gente de guerra de la concertada, disparase los arcabuces y él acudiese a la seña de ellos." Hasta aquí es de Agustín de Zárate, y no dice nada de Almagro, del cual dice Gómara en este paso, capítulo ciento y cuarenta, lo que se sigue:

"Almagro dijo que holgaba de verse con Pizarro, aunque tenía por muy grave la sentencia. Y cuando se partió a las vistas con doce amigos, encomendó a Rodrigo Orgoños, su general, que con el ejército estuviese a punto por si algo Pizarro hiciese, y matase a Hernando Pizarro, que le dejaba en su poder, si a él fuerza le hiciesen. Pizarro fue al puesto con otros doce, y tras él Gonzalo Pizarro con todo el campo. Si lo hizo con voluntad de su hermano o sin ella, nadie creo que lo supo. Es, empero, cierto que se puso junto a Mala, y que mandó al capitán Nuño de Castro se emboscase con sus cuarenta arcabuces en un cañaveral junto al camino por donde Almagro tenía de pasar. Llegó primero a Mala Pizarro, y en llegando Almagro se abrazaron alegremente, y hablaron en cosas de placer. Acercóse uno de Pizarro (antes que comenzasen negocio) a Diego de Almagro, y díjole al oído que se fuese luego de allí ca le iba en ello la vida. Él cabalgó presto y volvióse sin hablar palabra en aquello ni en el negocio a que viniera. Vió la emboscada de arcabuceros y creyó. Quejóse mucho de Francisco Pizarro y de los frailes, y todos los suyos decían que de Pilatos acá no se había dado sentencia tan injusta. Pizarro, aunque le aconsejaban que lo prendiese, lo dejó ir, diciendo que había venido sobre su palabra, y se disculpó mucho en que ni mandó venir a su hermano, ni sobornó los frailes". Con esto acabó Gómara aquel capítulo, y lo mismo dice Zárate de aquélla vista.

Y en el capítulo siguiente dice Francisco López de Gómara: "Aunque las vistas fueron en vano y para mayor odio e indignación de las partes, no faltó

quien tornase a entender muy de veras y sin pasión entre Pizarro y Almagro. Diego de Alvarado en fin los concertó que Almagro soltase a Hernando Pizarro, y que Francisco Pizarro diese navío y puerto seguro a Almagro, que no le tenía, para que libremente pudiese enviar a España sus despachos y mensajeros. Que no fuese ni viniese uno contra otro, hasta tener nuevo mandamiento del Emperador. Almagro soltó luego a Hernando Pizarro, sobre pleitesía que hizo, a ruego y seguro de Diego de Alvarado, aunque Orgoños lo contradijo muy mucho, sospechando mal de la condición áspera de Hernando Pizarro. Y el mismo Almagro se arrepintió presto y lo quiso detener, más acordó tarde. Y todos decían que aquel lo había de revolver todo, y no erraron, ca, suelto él, hubo grandes y nuevos movimientos, y aún Pizarro no anduvo muy llano en los conciertos, porque ya tenía una provisión real en que mandaba el Emperador que cada uno estuviese donde y como la real provisión notificada las fuese, aunque tuviese cualquiera de ellos la tierra y jurisdicción del otro. Pizarro, pues que tenía libre y por consejero a su hermano, requirió a Almagro que saliese de la tierra que había descubierto y poblado, pues era ya venido nuevo mandamiento del Emperador. Almagro respondió (leída la provisión) que la oía y cumplía estándose quedó en el Cuzco y en los otros pueblos que al presente poseía, según y como el Emperador mandaba y declaraba por aquella su real cédula y voluntad. Y que con ella misma le requería y rogaba lo dejase estar en paz y posesión como estaba. Pizarro replicó que teniendo él poblado y pacífico el Cuzco, se lo había tomado por fuerza diciendo que caía en su Gobernación del Nuevo Reino de Toledo; por tanto, que luego se lo dejase y se fuese, si no, que lo echaría sin quebrar el pleito homenaje que había hecho, pues teniendo aquella nueva provisión del Rey, era cumplido el plazo de su pleitesía y concierto. Almagro estuvo firme en su respuesta, que concluía llanamente. Y Pizarro fue con todo su ejército a Chincha, llevando por capitanes los que primero, y por consejero a Hernando Pizarro, y por color que iba a echar sus contrarios de Chincha, que manifiestamente era de su Gobernación. Almagro se fue la vía del Cuzco, por no pelear. Empero, como lo seguían, cortó muchos pasos del camino, y reparó en Guaytará, sierra alta y áspera. Pizarro fue tras él, que tenía más y mejor gente; y una noche subió Hernando Pizarro con los arcabuceros aquella sierra, que le ganaron el paso. Almagro entonces (que malo estaba) se fue a gran prisa, y dejó a Orgoños atrás, que se retirase concertadamente y sin pelear. Él lo hizo como se lo mandó, aunque, según Cristóbal de Sotelo y otros decían, hiciera mejor en dar batalla a los pizarristas, que se marearon en la sierra, ca es ordinario a los españoles que de nuevo o recién salidos de los calurosos llanos suben a las nevadas sierras marearse: tanta mudanza hace tanta distancia de tierra. Así que Almagro, recogida su gente, se fue al Cuzco, quebró las puentes, labró armas de plata y cobre y arcabuces y otros tiros de fuego, basteció de comida la ciudad y reparóla de algunos fosados.” Etc.

Hasta aquí es de Gómara, y lo mismo dice Agustín de Zárate, aunque más breve. Y porque estos autores van oscuros en algunos de estos pasos, que les

dijeron así por huir de la prolijidad, me pareció serviles de comento en el capítulo que se sigue, porque éste no sea tan largo.

CAPÍTULO XXXVI: Declaración de lo que se ha dicho, y cómo Hernando Pizarro va contra Don Diego de Almagro.

Diego de Alvarado, como atrás dijimos, fue un caballero muy caballero en todas sus cosas; fue muy cuerdo y discreto, y como tal vió en lo que estos Gobernadores habían de parar si sus pasiones pasaban adelante. Deseó atajarlas, como en los sucesos pasados se ha visto y se verá en los presentes y en los por venir.

Cuando vió que la sentencia de los religiosos había antes aumentado los fuegos que aplacádolos, entró de por medio, y con todas veras solicitó y procuró la paz y concordia entre el Marqués y Don Diego de Almagro, yendo y viniendo muchas veces del uno al otro. Y no paró hasta que con sus buenas razones persuadió a Don Diego que soltase libremente de la prisión a Hernando Pizarro, y del Marqués alcanzó que diese navío y puerto seguro a Don Diego. Y para que esta paz y conformidad permaneciese entre ellos, les hizo hacer pleito homenaje a todos tres en sus manos, y él se hizo fiador de ambas las partes, por obligarles a que cada una de ellas, como a su fiador, le tuviesen respeto y cumpliesen el juramento (que como cristianos le habían hecho) y la palabra que como caballeros le habían dado. Y por esto dice Gómara que fue a ruego y seguro de Diego de Alvarado, porque, demás de rogarles, se hizo fiador de ellos. Orgoños contradijo la libertad de Hernando Pizarro, y, cuando vió la determinación de Don Diego y que no le admitía sus razones, pronosticando su destrucción le dijo: “Vuesa Señoría suelta el toro; pues él arremeterá con Vuesa Señoría y le matará sin respeto de cumplir palabra ni juramento”.

Lo que Gómara dice que se marearon los pizarristas, es de saber que así los bisoños que nuevamente van de España (que en la lengua de los barloventanos se llaman *chapetones*) como los prácticos en la tierra, que llaman *baquianos*, si están mucho tiempo en los Llanos, que es la costa de la mar, cuando vuelven a la sierra se marean, como los que nuevamente entran en la mar, y mucho peor; porque (según la diversa complexión de cada uno) están un día y dos que no pueden comer, ni beber, ni tenerse en pie, sino vomitando, si tienen qué. También la nieve les ofende la vista, que muchos ciegan por dos o tres días, y luego vuelven en sí. Dicen que la causa de esto es la mudanza de la región tan caliente como los Llanos, a la región tan fría, como la Cordillera y Sierra Nevada, que hay entre la costa y la tierra adentro, y ser tan poca la distancia que en menos de seis horas pasan la una región a la otra, lo cual no acaece a los que van de la Sierra a los Llanos.

El Padre Acosta escribe este marearse la gente en aquella Cordillera, y como maestro dice las causas y los efectos muy copiosamente, en el libro tercero

de la *Historia natural de las Indias,* capítulo nono, donde remito al que lo quisiere ver. Siendo esto así, era buen consejo el de Cristóbal de Sotelo y de otros, que decían a Orgoños que revolviese sobre sus contrarios y les diese batalla, que con mucha facilidad los desbarataría según iban maltratados. Y así lo dice Zárate, por estas palabras, sacadas a la letra: "Lo cual Rodrigo Orgoños no quiso hacer, por no ir contra la orden de su Gobernador, aunque se cree que le sucediera bien, si lo hiciera, porque la gente del Marqués iba mareada y maltratada de las muchas nieves que había en la Sierra, y recibiera mucho daño. Y por ir tales, el Marqués se volvió con el ejército a los Llanos y Don Diego se fue al Cuzco," etc.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Don Diego de Almagro dejó mandado a su Capitán General que no pelease, porque siempre estos dos Gobernadores desearon conformarse en sus pretensiones y no llegar a rompimiento, como se podrá notar de la vista que tuvieron en el Cozco antes que Don Diego fuera a Chili, cuán fácilmente se conformaron y apagaron el fuego que entre ellos se había encendido. Lo mismo pasó en esta vista de Mala, como lo dicen ambos historiadores, que, cuando llegaron a juntarse (con haber pasado lo que había pasado) se abrazaron ambos amorosamente y alegremente, y hablaron en cosas de placer. Pero los malos consejeros, que nunca faltaron al uno ni al otro, jamás los dejaron libres para que hicieran lo que deseaban, antes les forzaron a que vinieran a lo que vinieron, que fue a matarse y destruirse. Ni los consejeros ganaron nada, sino que todos participaron del fruto de sus malos consejos, como siempre suele acaecer en los tales.

Pasando adelante en la historia dice Agustín de Zarate, libro tercero, capítulo once, lo que se sigue: "Estando el Marqués con todo su ejército en los Llanos de la vuelta de la Sierra, halló entre su gente diversos pareceres de lo que debía hacer, y al fin se resumió en que Hernando Pizarro fuese con el ejército que tenía hecho, por su teniente, a la ciudad del Cuzco, llevando por capitán general a Gonzalo Pizarro su hermano. Y que la ida fuese con título y color de cumplir de justicia a muchos vecinos del Cuzco que con él andaban, que se le habían quejado que Don Diego de Almagro les tenía por fuerza entradas y ocupadas sus casas y repartimientos de indios y otras haciendas que tenían en la ciudad del Cuzco. Y así partió la gente para allá, y el Marqués se volvió a la Ciudad de los Reyes. Y llegando Hernando Pizarro por sus jornadas a la ciudad, una tarde, todos sus capitanes quisieron bajar a dormir al llano aquella noche. Más Hernando Pizarro no quiso sino sentar real en la Sierra; y cuando otro día amaneció, ya Rodrigo Orgoños estaba en campo aguardando la batalla con toda la gente de Don Diego, por capitanes de a caballo Francisco de Cháves y Juan Tello y Vicencio de Guevara (*ha de decir Vasco de Guevara*). Francisco de Cháves era primo hermano de otro de su nombre, íntimo amigo del Marqués. Por la parte de la Sierra tenía, con algunos españoles, muchos indios de guerra, para ayudarse de ellos. Y dejó presos, en dos cubos de la fortaleza del Cuzco,

todos los amigos y servidores del Marqués y de sus hermanos que en la ciudad estaban, que eran tantos, y el lugar tan estrecho, que algunos se ahogaron.

"Y otro día de mañana, habiendo oído misa, Gonzalo Pizarro y su gente bajaron al llano, donde ordenaron sus escuadrones y caminaron hacia la ciudad, con intento de irse a poner en un alto que estaba sobre la fortaleza, porque creían que viendo Don Diego la pujanza de gente que tenían, no le osaría dar batalla, la cual ellos deseaban escusar por todas vías por el daño que de ella esperaban. Más Rodrigo Orgoños estaba en el camino real con toda su gente y artillería, aguardando, muy fuera de este pensamiento," etc.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, y lo mismo dice Francisco López de Gómara. Sobre lo cual diremos algo de lo que estos autores dejaron de decir, para que se entienda mejor la historia, que son cosas dignas de memoria. Y cuanto a lo primero (para los que no han visto el sitio do fue la batalla) decimos que fue yerro del molde decir que se iban a poner los de Pizarro en un alto que estaba sobre la fortaleza, porque la batalla se dió en un llano que los indios llaman Cachipampa, que es: campo de sal, que está más de una legua al mediodía de la fortaleza, cerca de una hermosísima fuente de agua muy salobre, de que los moradores de aquella ciudad y su comarca hacen sal en unas grandes salinas, que, siguiendo la corriente del agua, tienen hechas, que están entre la ciudad y el sitio donde fue la batalla, que por haber sido tan cerca de ellas la llamaron la batalla de las Salinas.

Orgoños se puso con su gente en escuadrón, con determinación de morir peleando y no mostrar flaqueza, aunque supo y vió la pujanza de gente y arcabuces que sus contrarios llevaban, porque este caballero había militado en Italia, y en ella vencido a caballo, que era hombre de armas, una batalla singular. Y como buen soldado estaba sentido de un recaudo que dos días antes Hernando Pizarro le envió en lugar de desafío, diciendo que él y un compañero entrarían en la batalla a caballo, armados de cota y coracinas, y que sobre las armas llevarían sendas ropillas acuchilladas de terciopelo naranjado, y que le enviaba aquel aviso para que si él o cualquiera otro le quisiese buscar, le hallase por las señas. Esto envió a decir Hernando Pizarro, como sentido de algunas cosas que en la prisión le habían hecho, indignas a su persona. Orgoños las recibió por desafío campal, y llamó al capitán Pedro de Lerma (que, como se ha dicho, estaba agraviado de los Pizarros, y él los había ofendido en la jornada de Amáncay), y le dijo: "Nuestro enemigo viene tan pujante, que viene ya cantando la victoria que ha de haber de nosotros, que eso quiere decir enviarnos las señas de su persona, porque no duda del vencimiento, ni podemos nosotros quitárselo, porque nos falta de fuerzas lo que nos sobra de ánimo. Pero podernos hacer que él no goce de la victoria ni la vea. Ellos son dos compañeros con las señas que dicen; pongámonos vos y yo al encuentro de ellos, y hagamos de manera que mueran a nuestras manos; llevaremos siquiera vengada nuestra muerte y nuestra afrenta." Con este acuerdo se apercibieron para el día de la batalla, que fue tan cruel y sangrienta, como se verá en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO XXXVII: La sangrienta batalla de las Salinas.

Rodrigo Orgoños, como bravo soldado que era, apercibió su gente bien de mañana, y puso en escuadrón los infantes, con sus mangas de arcabuceros a una mano y a otra del escuadrón, aunque sus arcabuceros eran pocos y muchos de los de su contrario, que fueron los que le destruyeron y vencieron. Los capitanes de la infantería era Cristóbal de Sotelo, Hernando de Alvarado, Juan de Moscoso, Diego de Salinas. La gente de a caballo repartió en dos cuadrillas: en la una fueron Juan Tello y Vasco de Guevara, y en la otra Francisco de Cháves y Ruy Díaz. Orgoños, como caudillo, quiso andar suelto con su compañero Pedro de Lerma, con achaque de gobernar el campo, pero su intención no era sino tener libertad para pasarse de una parte a otra buscando a Hernando Pizarro para encontrarse con él. Su artillería puso a un lado del escuadrón, donde pudiese ofender a sus enemigos. Puso por delante un arroyo que pasaba por aquel llano y una ciénaga pequeña que allí hay, entendiendo que fueran pasos dificultosos para sus contrarios.

Pedro de Valdivia, que era maese de campo, y Antonio de Villalba, sargento mayor, ordenaron su gente por los mismos términos que Rodrigo Orgoños la suya. Pusieron el escuadrón con muy hermosas mangas de arcabuceros, que fueron los que hicieron el hecho. Hicieron dos escuadrones de a cien caballos contra los de Orgoños. Hernando Pizarro, con su compañero, que se llamaba Francisco de Barahona, tomó la delantera del un escuadrón de los caballos, y Alonso de Alvarado la de los otros. Gonzalo Pizarro, como general de la infantería quiso pelear a pie. Así fueron a encontrarse con los de Almagro, y pasaron el arroyo y la ciénaga sin contradicción de los enemigos, porque antes de pasar, les echaron una rociada de pelotas que les hizo mucho daño, y aun los desordenó de manera que con facilidad pudieron romperlos, porque los infantes y caballos se retiraron del puesto donde estaban por alejarse de la arcabucería. Lo cual visto por Orgoños, desconfiando de la victoria, mandó jugar la artillería, y una pelota que entró por el escuadrón contrario llevó cinco soldados de una hilera, que los atemorizó de manera que si entraran otras cuatro o cinco, desbarataran del todo el escuadrón. Mas Gonzalo Pizarro y el maese de campo Valdivia se pusieron delante y esforzaron los soldados y les mandaron que, con la pelotas que llevaban de alambre, tirasen a las picas de los contrarios, que les hacían ventaja en ellas, porque los de Almagro, a falta de arcabuces, se habían armado de picas, y querían los de Pizarro quitárselas, porque sus caballos rompiesen el escuadrón con más facilidad. De dos rociadas quebraron más de cincuenta picas, como lo dicen Agustín de Zárate y Francisco López de Gómara.

Las pelotas de alambre (para los que no las han visto) se hacen en el mismo molde que las comunes; toman una cuarta o una tercia de hilo de hierro, y a cada

cabo del hilo hacen un garabatillo, como un anzuelo pequeño, y ponen el un cabo del hilo en el un medio molde y el otro en el otro medio; y para dividir los medios moldes, ponen en medio un pedazo de una hoja de cobre o de hierro delgado como papel, y luego echan el plomo derretido, el cual se incorpora con los garabatillos del hilo de hierro, y sale la pelota en dos medios divididos, asidos al hilo de hierro. Para echarlos en el arcabuz los juntan, como si fuera pelota entera, y al salir del arcabuz se apartan, y con el hilo de hierro que llevan en medio cortan cuanto por delante topan. Por este cortar mandaron tirar a las picas, como lo dicen los historiadores, porque con las pelotas comunes no pudieran quebrar tantas picas como quebraron. No tiraron a los piqueros, por no hacer tanto daño en ellos; quisieron mostrar a sus contrarios la ventaja que en los arcabuces les tenían.

Esta invención de pelotas llevó de Flandes al Perú el capitán Pedro de Vergara con los arcabuces que allá pasó. Yo alcancé en mi tierra algunas de ellas, y en España las he visto y las he hecho, y allá conocí un caballero que se decía Alonso de Loayza, natural de Trujillo, que salió de aquella batalla herido de una pelota de estas, que lo cortó la quijada baja con todos los dientes bajos y parte de las muelas; fue padre de Francisco de Loayza, que hoy vive en el Cozco, uno de los pocos hijos de conquistadores que gozan de los repartimientos de sus padres. La invención de las pelotas de alambre debieron de sacar de ver echar los pedazos de cadena que echan en las piezas de artillería para que hagan más daños en los enemigos. Volviendo al cuento de nuestra batalla, decimos que Rodrigo Orgoños y su compañero Pedro de Lerma, viendo el daño que la arcabucería había hecho en los suyos, arremetieron con el escuadrón de caballos en que iba Hernando Pizarro a ver si pudiesen matarle, que era lo que deseaban, porque la victoria de la batalla ya la veían declinarse al bando de sus enemigos. Pusiéronse bien enfrente de él y de su compañero, que por las señas de las ropillas de terciopelo naranjado eran bien conocidos. Arremetieron con ellos, los cuales salieron al encuentro con grande ánimo y bizarría. Rodrigo Orgoños, que llevaba lanza de ristre, encontró a Francisco de Barahona y acertó a darle en el barbote (en el Perú, a falta de celadas borgoñonas, ponían los de a caballo barbotes postizos a la celadas de infantes, con que cubrían el rostro); la lanza rompió el barbote, que era de plata y cobre, y le abrió la cabeza y dio con él en el suelo, y pasando adelante atravesó a otro la lanza por los pechos; y echando mano al estoque, fue haciendo maravillas de su persona; mas duró poco, porque de un arcabuzazo le hirieron con un perdigón en la frente, de que perdió la vista y las fuerzas.

Pedro de Lerma y Hernando Pizarro se encontraron de las lanzas y porque eran jinetas, y no de ristre, será necesario que digamos cómo usaban de ellas. Es así que entonces y después acá, en todas las guerras civiles que los españoles tuvieron, hacían unas bolsas de cuero asidas a unos correones fuertes que colgaban del arzón delantero de la silla y del pescuezo del caballo, y ponían el cuento de la lanza en la bolsa y la metían debajo del brazo, como si fuera de

ristre. De esta manera hubo bravísimos encuentros en las batallas que en el Perú se dieron entre los españoles, porque el golpe era con toda la pujanza del caballo y del caballero. Lo cual no fue menester para con los indios, que bastaba herirles con golpe del brazo y no de ristre. Después del primer encuentro, si la lanza les quedaba sana, entonces la sacaban del bolsón y usaban de ella como lanza jineta. Damos particular cuenta de las armas defensivas y ofensivas que en aquella mi tierra se usaban, para que se entienda mejor lo que fuéremos diciendo. Volviendo al encuentro de Hernando Pizarro y Pedro de Lerma, es así que por ser las lanzas largas, y blandear más de lo que sus dueños quisieran, fueron los encuentros bajos. Hernando Pizarro hirió malamente a su contrario en un muslo, rompiéndole las coracinas y la cota que llevaba puesta. Pedro de Lerma dio al caballo de Hernando Pizarro en lo alto del copete, de manera que con la cuchillada del hierro de la lanza cortó algo del pellejo y rompió las cabezadas y dio en lo alto del arzón delantero, que (con ser la silla de armas) lo desencajó y sacó de su lugar. Y pasando delante la lanza, rompió las coracinas y la cota e hirió a Hernando Pizarro en el vientre, no de herida mortal, porque el caballo, del bravo encuentro de la lanza, se deslomó a aquel tiempo y cayó en tierra, y con su caída libró de la muerte al caballero, que, a no suceder así, se tuvo por cierto que pasara la lanza de la otra parte.

En este paso, loando ambos historiadores las proezas de Orgoños, dicen casi unas mismas palabras. Las últimas de Agustín de Zárate en aquella loa, son las que siguen: "Y cuando Rodrigo Orgoños acometió, le hirieron con un perdigón de arcabuz en la frente, habiéndole pasado la celada; y él con su lanza, después de herido, mató dos hombres, y metió un estoque por la boca a un criado de Hernando Pizarro, pensando que era su amo, porque iba muy bien ataviado". Hasta aquí es de Zárate, sobre lo cual es de advertir que quien dio en España la relación de esta batalla debió de ser del bando contrario de Hernando Pizarro, porque en su particular la dio siniestra, que dijo que Hernando Pizarro vistió a un criado suyo con las vestiduras y divisas que había dicho que sacaría el día de la batalla, para que los que le buscasen (mirando por el criado ataviado), se descuidasen de él. En lo cual le motejó de cobarde y pusilánime, y esta fama se divulgó por toda España y fue al Perú, y el Consejo Real de las Indias, para certificarse de este particular, llamó a un soldado famoso que se halló en aquella batalla de Don Diego Almagro, que se decía Silvestre González, y entre otras cosas, le preguntó si en el Perú tenían a Hernando Pizarro por cobarde. El soldado, aunque de bando contrario, dijo, abonándole, todo lo que de Hernando Pizarro y de su desafío y de Orgoños y de los compañeros hemos dicho, que era la pública voz y fama de aquella batalla. Esto pasó en Madrid en los últimos años de la prisión de Hernando Pizarro, que fueron veinte y tres, y el soldado contó a mí lo que le pasó en el Consejo Real de las Indias. El que echó la mala fama, para darle dolor dijo que era criado el que decimos que era su compañero. Dijo que iba muy ataviado, y fue verdad, porque llevaba la misma divisa de Hernando Pizarro, que era la ropilla de terciopelo naranjado muy

acuchillada. Quitó de la verdad y añadió de lo falso en hacer criado al que era compañero.

Viendo los suyos a Hernando Pizarro caído, entendiendo que era muerto, arremetieron con los de Don Diego de Almagro, y los unos y los otros pelearon bravísimamente con mucha mortandad de ambas partes, porque se encendió el fuego más de lo que pensaron, y se hirieron y mataron con grandísima rabia y desesperación, como si no fueran todos de una misma nación, ni de una religión, ni acordándose que habían sido hermanos y compañeros en armas para ganar aquel Imperio con tanto trabajo como lo ganaron. Duró la pelea, sin reconocer la victoria, mucho más tiempo del que se imaginó, porque los de Almagro, aunque eran muchos menos en números, eran iguales en valor y ánimo a los de Pizarro, y así resistieron la pujanza de los enemigos y la ventaja de los arcabuces a costa de sus vidas, vendiéndolas bien, hasta que se vieron consumidos, muertos y heridos, y los que pudieron volvieron las espaldas. Entonces se mostró más cruel la rabia con que habían peleado, que, aunque los vieron vencidos y rendidos, no los perdonaron, antes mostraron mayor saña, como lo dicen casi por unas mismas palabras Agustín de Zárate, libro tercero, capítulo once, y Francisco López de Gómara, capítulo ciento y cuarenta y uno. Y las de Gómara, sacadas a la letra, son las que se siguen en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXVIII: Lamentables sucesos que hubo después de la batalla de las Salinas.

"Acudieron luego los de Almagro, y Gonzalo Pizarro por su parte, y pelearon todos como españoles bravísimamente, más vencieron los Pizarro, y usaron cruelmente de la victoria, aunque cargaron la culpa de ello a los vencidos con Alvarado en la puente de Abancay, que no eran muchos y queríanse vengar. Estando Orgoños rendido a dos caballeros, llegó uno que lo derribó y degolló. Llevando también uno rendido y a las ancas el capitán Ruy Díaz, le dió otro una lanzada que lo mató. Y así mataron otros muchos, después que sin armas los vieron; Samaniego a Pedro de Lerma, a puñaladas en la cama, de noche. Murieron peleando los capitanes Moscoso, Salinas y Hernando de Alvarado, y tantos españoles que, si los indios (como lo habían platicado) dieran sobre los pocos y heridos que quedaban, los pudieran fácilmente acabar. Más ellos se embebecieron en despojar los caídos, dejándolos en cueros, y en robar los reales, que nadie los guardaba, porque los vencidos huían, y los vencedores perseguían. Almagro no peleó por su indisposición; miró la batalla de un recuesto y metióse en la fortaleza como vió vencidos los suyos. Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado lo siguieron y prendieron, y lo echaron en las prisiones en que los había tenido."

Hasta aquí es de Gómara, con que acaba aquel capítulo. De las cosas notables que aquel día pasaron, que este autor dejó de decir, diremos algunas. La

una de ellas fue que llevando un caballero a las ancas a Hernando de Sotelo, deudo de Cristóbal de Sotelo, que iba rendido, le tiró un soldado un arcabuzazo y lo mató, e hirió al que lo llevaba a las ancas, aunque la herida no fue mortal. Hicieron esta crueldad con Hernando de Sotelo, entendiendo que era su pariente Cristóbal de Sotelo, al cual traían los de Pizarro entre ojos, por haber dado a Orgoños el consejo que atrás se dijo, que diese la batalla a Hernando Pizarro, cuando él y su gente estaban mareados, a la salida de los Llanos. Causóle la muerte otro soldado que dijo: “Aquí traen a Sotelo”, y el arcabucero no conociéndole le tiró, entendiendo que hacía servicio muy agradable a los de su bando, por el odio común que le tenían. Otras muchas crueldades hicieron los victoriosos, indignas de la nación española; tanto, que afirmaban haberse muerto, después de rendidos, más gente que no en la batalla peleando. La muerte de Pedro de Lerma fue otra crueldad barbarísima, y, porque lo fue tanto, será bien que se cuente como pasó.

Como se ha dicho, Lerma salió muy mal herido de la batalla, así de la herida que Hernando Pizarro le dió, como de otras que recibió peleando; fuese a curar a casa de un caballero amigo suyo, que yo en mis niñeces alcancé, que se decía Pedro de los Ríos, de la muy noble sangre que (entre otras muchas) hay en esta real ciudad de Córdoba. Un soldado que se decía Juan de Samaniego estaba afrentado de Pedro de Lerma, por lo cual anduvo a buscarle después de la batalla para vengarse de él. Dos días después supo que estaba herido en casa de Pedro de los Ríos; fue allá, y, como hombre victorioso, hallando la casa desamparada de gente que le contradijese, porque todo andaba como en tiempo de guerra, la anduvo toda, hasta que halló a Pedro de Lerma en una pobre cama. Y sentándose sobre ella, le dijo con mucha flema:

—Señor Pedro de Lerma, yo vengo a satisfacer mi honra y a mataros, por una bofetada que me distéis en tal parte.

Pedro de Lerma dijo:

—Señor, bien sabéis que fuistéis vos el agresor de esa pendencia, y por vuestras demasías fuí forzado a dárosla, porque no cumplía con menos. Poca o ninguna satisfacción será para vuestra honra matar ahora un hombre herido que se está muriendo en una cama. Si Dios me diera vida, os empeño la fe de daros la satisfacción que me pidiéredes, de palabra o por escrito, con todos los requisitos que en todo rigor de soldadesca fueren menester, porque quedéis satisfecho y contento.

—¡No, voto a tal —dijo Samaniego—, que no quiero aguardar tanto, sino mataros luego, porque así conviene a mi honra!

—Antes la perdéis que ganáis —dijo Pedro de Lerma—, en matar un hombre que está medio muerto. Pero si yo vivo, yo os la satisfaré por entero.

Estas propias palabras del uno y del otro las repitieron ellos mismos tres y cuatro veces, amenazando el uno con la muerte y ofreciendo el otro la satisfacción. Y al cabo de todo aquel espacio, cuando Pedro de Lerma pudo entender que su contrario se contentaba con la promesa, y con haberle puesto en

aquel trance (que en todo el rigor de soldadesca bastaba para quedar satisfecho), se levantó Samaniego, y, echando mano a la daga, le dió muchas puñaladas, hasta que lo vió muerto. Luego salió a la plaza, y se loó de haber muerto a puñaladas al capitán Pedro de Lerma, en satisfacción de su honra. Y pareciéndole que engrandecía mucho su hazaña, contaba palabra por palabra, las que cada uno de ellos había dicho y las veces que se habían repetido, con lo cual traía enfadados todos los que le oían, porque donde quiera que se hallaba no hablaba en otra cosa, hasta que su misma jactancia le causó la muerte, porque el castigo fuese de su propia mano, como lo había sido el delito. Y aunque lo anticipemos de su tiempo y lugar, será bien lo contemos aquí, porque los oyentes pierdan el enojo que las crueles entrañas de Samaniego pueden haberles causado, que cierto fueron abominadas en todo el Perú.

Es así que, cinco años después de lo que se ha dicho, estando ya el Reino quieto y pacífico de las pasiones que entre Pizarros y Almagros habían pasado, Juan de Samaniego, residiendo en Puerto Viejo, no olvidaba las suyas, antes las traía perpetuamente en la boca loando su hazaña. Y para más engrandecerla, decía a cada paso, que en satisfacción de su honra, había muerto a puñaladas un capitán que había sido teniente general del Gobernador Don Francisco Pizarro, y que no le había hablado nadie sobre ello; con esto decía otras cosas de gran soberbia. Cansado ya de oírselas, un Alcalde ordinario de aquel pueblo le envió a decir con un amigo del Samaniego que no dijese aquellas cosas, que sonaban mal, ni convenía a su honra decirlas. Que pues ya había vengado su injuria, se diese por contento y no hablase más en ello. Samaniego, en lugar de tomar y agradecer el buen consejo, se enojó malamente, y saliendo a la plaza, vió que el Alcalde y otros quince o veinte españoles (que pocos más moradores había en el pueblo) estaban hablando en buena conversación. Fuese a ellos y entrando en la rueda, con aspecto airado dijo:

—Basta, que no falta a quien le pesa de la satisfacción de mi honra y de la muerte que dí a Pedro de Lerma. Quien quiera que es, hablé claro y en público, y no con recauditos secretos, que voto a tal que soy hombre para responderle y darle otras tantas puñaladas, aunque sea quien se quisiere.

El alcalde, viendo que lo decía por él, arremetió con Samaniego y echándole mano de los cabezones, dijo en alta voz:

—¡Aquí del Rey, favor a la justicia contra un traidor homicida!

Los circunstantes asieron de Samaniego y lo metieron en una casa, que todos estaban enfadados de sus demasías. El alcalde hizo una información de cuatro testigos de las mismas cosas que habían oído decir a Samaniego, cómo había muerto a Pedro de Lerma, el cual era capitán de Su Majestad y que en la conquista había servido mucho a la corona real, haciendo oficio de teniente general del Marqués Don Francisco Pizarro, y que lo mató herido en la cama, y no en la batalla. Con esta información le condenó a muerte; y entretanto que los testigos decían sus dichos, hicieron los indios en la plaza una horca de tres palos. Sacaron a Samaniego a pie, y, haciendo los indios el oficio de pregonero en su

lengua, y el de verdugo, lo ahorcaron. Fué una justicia que agradó a cuantos la vieron y oyeron.

Volviendo al hilo de nuestra historia, decimos que los indios no ejecutaron contra los españoles, lo que habían concertado, de matarlos a todos después de la batalla, porque bien imaginaron cuáles habían de quedar los unos y los otros. Dejaron de hacerlo, porque Dios que los guardaba para la enseñanza de su Santo Evangelio, no permitió que la discordia entrase entre los indios, porque los criados familiares de los españoles, por la natural lealtad que a sus amos tenían, no consintieron en la muerte de ellos. Dijeron que antes morirían defendiéndoles, que ofenderles; que se acordasen que sus Reyes Huayna Cápac, y Manco Inca, su hijo, les habían mandado que sirviesen y agradasen a los españoles. Por esta contradicción cesó la mala intención que los indios no familiares tenían. También fue mucha parte para no ejecutar su maldad no tener los indios caudillo que los gobernara, que, si lo hubiera, no libarán bien los vencidos ni los vencedores, como lo dicen sus historias.

Dióse aquella batalla a seis de abril, año de mil y quinientos y treinta y ocho, sábado siguiente al viernes de Lázaro, por cuya devoción, por haber sido tan cerca de su día, hicieron los españoles una iglesia, que yo dejé en pie en el mismo llano donde fue la pelea, en la cual enterraron todos los que de una parte y de la otra murieron, y, aunque hay quien diga que fue a veinte y seis, decimos que fue yerro del impresor o relator, que por decir seis dijo veinte y seis. El Padre Blas Valera, escribiendo las grandezas de la ciudad del Cozco, toca esta batalla y dice: "Hay en aquel campo una iglesia de San Lázaro, donde estuvieron mucho tiempo enterrados los cuerpos de los que en ella murieron. Un español noble y piadoso, de los conquistadores, iba muchas veces a ella a rogar a Dios por aquellos difuntos. Acaeció que al cabo de muchos días que continuaba su devoción, oyó en la iglesia gemidos y voces llorosas, y se le apareció un amigo suyo de los que allá murieron; pero no le dijo nada más de visitarle muchas veces de día y de noche, a ciertas horas. A los principios hubo el español gran temor, más con la costumbre y por las amonestaciones de su confesor, que era el Padre Andrés López, de la Compañía de Jesús, lo fue perdiendo, y pasó adelante en su devoción, orando no sólo por su amigo, sino por todos aquellos difuntos, pidiendo a otros que ayudasen con sus oraciones y limosnas. Y por su consejo y solicitud, los mestizos, hijos de aquellos españoles y de indias, pasaron año de mil y quinientos y ochenta y uno los huesos de sus padres a la ciudad del Cozco, y los enterraron en un hospital, donde hicieron decir muchas misas e hicieron grandes limosnas y otras obras pías, a las cuales acudió toda la ciudad con gran caridad, y desde entonces cesó aquella visión".

Hasta aquí es del Padre Blas Valera. Resta decir la suma de las crueldades que después de aquella lamentable batalla se hicieron, que fue la muerte del buen Don Diego de Almagro, que causó la total destrucción del un Gobernador y del otro y de los más de sus valedores y la de todo el Perú en común. La cual cuentan los dos historiadores por unos mismos términos, Agustín de Zárate,

libro tercero, capítulo doce, y Francisco López de Gómara, capítulo ciento y cuarenta y dos, cuyas palabras, sacadas a la letra, son las del capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXIX: La muerte lastimera de Don Diego de Almagro.

"Con la victoria y prendimiento de Almagro enriquecieron unos y empobrecieron otros, que usanza es de guerra, y más de la que llaman civil por ser hecha entre ciudadanos, vecinos y parientes. Fernando Pizarro se apoderó del Cuzco sin contradicción, aunque no sin murmuración. Dió algo a muchos, que a todos era imposible. Más como era poco para lo que cada uno que con él se halló en la batalla pretendía, envió los más a conquistar nuevas tierras donde se aprovechasen; y por no quedar en peligro ni cuidado, enviaba los amigos de Almagro con los suyos. Envió también a Los Reyes, en son de preso, a Don Diego de Almagro el Mozo, porque los amigos de su padre no se amotinasen con él. Hizo proceso contra Almagro, publicando que era para enviarlo juntamente con él preso a Los Reyes, y de allí a España; más como le dijeron que Mesa y otros muchos habían de salir al camino y soltarlo, o porque lo tenía en voluntad, por quitarse de ruido, sentencióle a muerte. Los cargos y culpas fueron que entró en el Cuzco mano armada y causó muchas muertes de españoles; que se concertó con Manco Inga contra españoles; que dió y quitó repartimientos, sin tener facultad del Emperador; que había quebrado las treguas y juramentos; que había peleado contra la justicia del Rey en Abancay y en Las Salinas. Otros hubo también, que callo, por no ser tan acriminadas. Almagro sintió grandemente aquella sentencia; dijo muchas lástimas, que hacían llorar a muy duros ojos. Apeló para el Emperador. Más Fernando (aunque muchos se lo rogaron ahincadamente) no quiso otorgar la apelación. Rogóselo él mismo, que por amor de Dios no lo matase; díjole que mirase como no le había él muerto, pudiendo, ni derramado sangre de pariente ni amigo suyo, aunque los había tenido en su poder. Que mirase como él había sido la mayor parte para subir Francisco Pizarro, su caro hermano, a la cumbre de la honra que tenía. Díjole que mirase cuán viejo, flaco y gotoso estaba, y que revocase la sentencia por la apelación, para dejarle vivir en la cárcel siquiera los pocos y tristes días que le quedaban, para llorar en ellos y allí sus pecados. Fernando Pizarro estuvo muy duro a estas palabras, que ablandaran un corazón de acero, y dijo que se maravillaba que hombre de tal ánimo temiese tanto la muerte. Él replicó que pues Cristo la temía, no era mucho temerla él; más que se confortaría, que, según su edad, no podía vivir mucho. Estuvo Almagro recio de confesar, pensando librarse por allí, ya que por otra vía no podía. Empero confesóse, hizo testamento, y dejó por herederos al Rey y a su hijo Don Diego. No quería consentir la sentencia, de miedo de la ejecución; ni Fernando Pizarro otorgar la apelación, porque no la revocasen en Consejo de Indias y porque tenía mandamiento de Francisco Pizarro. En fin la consintió. Ahogárosle, por muchos

ruegos, en la cárcel, y después lo degollaron públicamente en la plaza del Cuzco, año de mil y quinientos y treinta y ocho. Muchos sintieron mucho la muerte de Almagro, y lo echaron de menos; y quien más lo sintió (sacando a su hijo) fue Diego de Alvarado, que se obligó al muerto por el matador y que libró de la muerte y de la cárcel al Fernando Pizarro, del cual nunca pudo sacar virtud sobre aquel caso, por más que se lo rogó. Y así vino luego a España a querellarse de Francisco Pizarro y de sus hermanos y a demandar la palabra y pleitesía a Fernando Pizarro delante del Emperador; y andando en ello murió en Valladolid, donde la Corte estaba. Y porque murió en tres o cuatro días, dijeron algunos que fue de yerbas. Era Diego de Almagro natural de Almagro; nunca se supo de cierto quien era su padre, aunque se procuró; decían que era clérigo. No sabía leer; era esforzado, diligente, amigo de honra y fama, franco, más con una vanagloria, ca quería supiesen todos lo que daba. Por las dádivas lo amaban los soldados, que de otra manera muchas veces los maltrataba de lengua y manos. Perdonó más de cien mil ducados, rompiendo las obligaciones y conocimientos a los que fueron con él a Chile: liberalidad de príncipe más que de soldado. Pero cuando murió no tuvo quien pusiese un paño en su degolladero. Tanto pareció peor su muerte, cuanto menos cruel fue, ca nunca quiso matar a hombre que tocase a Francisco Pizarro. Nunca fue casado; empero tuvo un hijo en una india de Panamá que se llamó como él y se crió y enseñó muy bien; más acabó mal, como después diremos".

Hasta aquí es de Gómara, y como arriba se dijo también lo dice Agustín de Zárate. Sobre lo cual, para mayor inteligencia, es necesario digamos algo. Pretendió Hernando Pizarro, después de la victoria, alejar de sí a los enemigos, por no quedar en peligro de que lo matasen, porque con las crueldades que después de la batalla se hicieron quedaron tan enemistados y tan odiosos los dos bandos, que aunque Hernando Pizarro hizo todo lo que pudo para hacer amigos los más principales, no le fue posible, antes de día en día mostraban más al descubierto su odio y rencor, hablando libremente de vengarse en pudiendo. Por otra parte, los amigos también se le hacían enemigos por verse engañados de sus esperanzas, porque cada uno se había prometido toda una provincia. Y aunque Hernando Pizarro, como dice Gómara, dió algo a muchos, que a todos era imposible, quedaron los más de los amigos muy descontentos, también como los enemigos. Y para librarse del cuidado de la gratificación de estos, y del temor y recato de guardarse de aquellos, dió en enviar los unos y los otros a nuevas conquistas, como se dirá en el capítulo siguiente.

Almagro fue condenado a muerte, y sus bienes confiscados para la cámara de Su Majestad. A los principios no tuvo Hernando Pizarro intención de matarle, sino de enviarle a España con la información contra él hecha. Más como vió que se tomaba mal su prisión, y que muy al descubierto decían que lo habían de soltar, porque decían que las culpas que le imponían más eran suyas que de Almagro, porque él había sido principal causa de las discordias de los dos Gobernadores; que si él no incitara al Marqués su hermano contra Almagro,

nunca llegaran sus pasiones a lo que llegaron; y que quería vengar sus enojos haciéndose justicia y despojar de su Gobernación al que había sido más parte y gastado más hacienda para ganar aquel Imperio, que todos los Pizarros, todo lo cual no era de sufrir, sino que las piedras se habían de levantar contra ellos. Oyendo estas cosas Hernando Pizarro, y sabiendo en particular que uno de sus capitanes, llamado Gonzalo de Mesa, que le había servido de capitán de su artillería (por haber quedado sin paga y agraviado, como luego diremos), trataba de salir con sus amigos al camino y soltar a Almagro cuando lo llevase preso, se precipitó y determinó de matar a Don Diego, por parecerle que quitándole de en medio se acabarían aquellas pasiones, y quedarían todos en paz y quietud, todo lo cual sucedió en contra, como se verá por la historia.

Lo que Gómara dice, que nunca se supo quien fue su padre de Don Diego aunque se procuró, es así, que lo mismo dice Agustín de Zárate, y que se decía que fue echado a la puerta de la iglesia. Todo lo cual se puede llevar bien, porque a los tales la Iglesia Católica los da por bien nacidos y los admite a todas sus dignidades y prelacías; más lo que Gómara añade, que decían que era clérigo, no se debe sufrir; debían de ser algunos envidiosos de malas entrañas y de ánimas condenadas los que lo decían, que, no pudiendo deslustrar sus grandes hazañas, le hiciesen con sus lenguas ponzoñosas mal nacido, sin averiguación ni apariencia de verdad. Los hijos de padres no conocidos deben ser juzgados por sus virtudes y hazañas, y siendo sus hechos tales como los del Adelantado y Gobernador Don Diego de Almagro se ha de decir que son muy bien nacidos, porque son hijos de su virtud y de su brazo derecho. A los hijos de los padres muy nobles ¿qué les aprovecha su nobleza si ellos las desmerecen, no confirmándola con sus virtudes? Porque la nobleza nació de ellas y con ellas se sustentan. De manera que podemos decir con mucha verdad que Don Diego de Almagro fue hijo de padres nobilísimos, que fueron sus obras, las cuales han engrandecido y enriquecido a todos los príncipes del mundo, como largamente quedó atrás probado.

Decimos pues, que este hombre tan heroico, fue ahogado en la cárcel (que bastaba) y degollado en la plaza, para mayor lástima y dolor de los que le vieron, porque su edad pasaba de los sesenta y cinco años, y su salud andaba tan quebrada, que, cuando no le apresuraran la muerte, se entendía que estaba ya muy cerca. Decían los maldicientes que, para mayor muestra del odio que le tenían, y por vengarse de él, le habían muerto dos veces. El verdugo, por gozar de su preeminencia y despojo, le desnudó y dejó en camisa, y aún esa le quitara sino se lo estorbaran. Así estuvo en la plaza mucha parte del día, sin que hubiese enemigo ni amigo que de ella lo sacase; porque los amigos vencidos y rendidos no podían, y los enemigos, aunque muchos de ellos se dolieron del muerto, no osaron en público hacer nada por él, por no enemistarse con sus amigos, porque se vea de qué manera paga el mundo a los que mayores hazañas hacen en su servicio. Ya bien cerca de la noche vino un negro, que había sido esclavo del pobre difunto, y trajo una triste sábana, cual la pudo haber, o de su pobreza o de

limosna, para enterrar a su amo; y envolviéndole en ella con ayuda de algunos indios que habían sido criados de Don Diego, lo llevaron a la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes. Y los religiosos, usando de su caridad, con muchas lágrimas lo enterraron en una capilla que está debajo del altar mayor. Así acabó el gran Don Diego de Almagro, de quien no ha quedado otra memoria que la de sus hazañas y la lástima de su muerte, la cual parece que fue dechado y ejemplar de la que en venganza de ésta dieron al Marqués Don Francisco Pizarro, porque fue muy semejante a ella, como adelante veremos, para que en todo fuesen iguales y compañeros estos dos ganadores y Gobernadores de aquel grande y riquísimo Imperio del Perú.

CAPÍTULO XL: Los capitanes que fueron a nuevas conquistas, y la venida de Hernando Pizarro a España y su larga prisión.

Habiendo preso Hernando Pizarro a Don Diego de Almagro, envió muchos capitanes a nuevas conquistas, así por librarse de la importunidad de los amigos, como de la sospecha y temor de los enemigos. Envió a su maese de campo Pedro de Valdivia, con mucha y muy buena gente a la conquista del Reino de Chili, que Don Diego de Almagro desamparó, donde tuvo Valdivia la fortuna tan próspera, cuán adversa, como se vió en la vida del Inca Yupanqui, décimo Rey que fue del Perú. Fué con él Francisco de Villagra (que yo conocí después) y Alonso de Monroy. A la bahía de San Mateo, donde anduvo Garcilaso de la Vega, envió al capitán Francisco de Olmos. Gómara, hablando de estas conquistas, capítulo ciento y cuarenta y tres, dice lo que se sigue:

"Gómez de Alvarado fue a conquistar la provincia de Guánucu. Francisco de Cháves a guerrear los Conchucos que molestaban a Trujillo y a sus vecinos, y que traían un ídolo en su ejército, a quien ofrecían el despojo de los enemigos y aún sangre de cristianos. Pedro de Vergara fue a los Bracamoros, tierra junto al Quito, por el norte; Juan Pérez de Vergara fue hacia los Chachapoyas y Alonso de Mercadillo a Mullubamba y Pedro de Candía a encima del Collao. El cual no pudo entrar donde iba, por la mucha maleza de aquella tierra, o por la de su gente, ca se le amotinó mucha de ella, que amigos eran de Almagro, con Mesa, capitán de la artillería de Pizarro. Fué allá Fernando Pizarro y degolló al Mesa por amotinador, y porque había dicho mal de Pizarro y tratado de ir a soltar a Diego de Almagro si a Los Reyes lo llevasen. Dió los trescientos hombres de Candía a Peranzures, y envióla a la misma tierra y conquista. De esta manera se esparcieron los españoles, y conquistaron más de trescientas leguas de tierra en largo, de este a casi oeste, con admirable presteza, aunque con infinitas muertes. Hernando y Gonzalo Pizarro sujetaron el Collao, tierra más rica de oro, que chapan con ello los oratorios y cámaras, y abundante de ovejas, que son algo acamelladas de la cruz adelante, aunque más parecen ciervos".

Hasta aquí es de Gómara, y poco más abajo, en el mismo capítulo dice: "Tornóse Fernando Pizarro al Cuzco, donde se vió con Francisco Pizarro, que hasta entonces no se habían visto, desde antes que Almagro fuese preso. Hablaron muchos días sobre lo hecho, y en cosas de gobernación. Determinaron que Fernando viniese a España, a dar razón de ambos al Emperador, con el proceso de Almagro y con los quintos y relaciones de cuántas entradas habían hecho. Muchos de sus amigos, que sabían las verdades, aconsejaron al Fernando Pizarro que no viniese, diciendo que no sabían cómo tomaría el Emperador la muerte de Almagro, especial estando en corte Diego de Alvarado, que los acusaba, y que muy mejor negociarían desde allí que allá. Fernando Pizarro decía que le había de hacer grandes mercedes el Emperador por sus muchos servicios y por haber allanado aquella tierra, castigando por justicia a quien la revolviera. A la partida rogó a su hermano Francisco, que no se fiase de almagrista ninguno, mayormente de los que fueron con él a Chile, porque los había hallado muy constantes en el amor del muerto. Y avisóle que no los dejase juntar, porque le matarían, ca él sabía que, en estando juntos cinco de ellos, trataban de matarlo. Despidióse con tanto, y vino a España y a la Corte con gran fausto y riqueza, más no se tardó mucho que lo llevaron de Valladolid a la Mota de Medina del Campo, de donde aún no ha salido". Con esto acaba Gómara aquel capítulo, para cuya mejor inteligencia es de saber que Gonzalo de Mesa, aunque había servido a Hernando Pizarro de capitán de artillería, quedó como otros muchos desdeñado de él, así porque no le había gratificado, como porque lo había enviado a la conquista debajo de la bandera del capitán Pedro de Candía, que quisiera le honraran con hacerle caudillo de todos. Viéndose, pues, sin honra ni provecho, se atrevió a hablar mal de Hernando Pizarro y decir que había de quitar de la prisión a Don Diego de Almagro cuando lo llevasen preso a Los Reyes. Para lo cual, muy al descubierto y sin considerar el riesgo de su vida, convocó amigos, haciéndolos del bando de Almagro, y halló muchos que le acudieron; lo cual obligó a Hernando Pizarro a que fuese a toda diligencia a donde el Mesa estaba, que era en el Collao, que se había vuelto con Pedro de Candía de la entrada do habían ido, que era la de los Mussus, que está al Oriente del Collao, tierra de grandes montañas y ríos caudalosos, como dijimos largo en la vida del Rey Inca Yupanqui. Por estas dificultades no habían podido aquellos españoles hacer la conquista, y se habían vuelto al Collao, donde Hernando Pizarro los halló, y degolló al Gonzalo de Mesa y quitó la gente a Pedro de Candía y se la dió a un caballero que se decía Peranzures de Campo Redondo, el cual fue a la entrada, y hizo más que los pasados; pero sus trabajos, por grandes que fueron, también salieron vanos y sin provecho por la maleza de la tierra.

Pedro de Candía se dió por agraviado de que le descompusiesen de la gente para componer a otro con ella, y guardando este desdén en su pecho, se pasó el tiempo adelante al bando de los Almagros, donde acabó mal, como en su lugar diremos. Hernando Pizarro, por mucho que Candía disimuló su queja, no dejó de entendérsela, porque el rostro del hombre, aunque la lengua lo calle, dice

lo que en su corazón hay de pesar o de placer; lo mismo sintió de otros muchos. Por lo cual, viendo que cuanto más procuraba menoscabar los enemigos, tanto más se multiplicaban, determinó matar a Don Diego de Almagro, como lo hizo, volviendo al Cozco del viaje del Collao, pareciéndole que, quitaba la causa de aquellos motines y discordias, se acabarían todas y quedarían en toda paz y quietud. Y sucedió en contra, porque con la muerte tan lastimera de Don Diego de Almagro se hizo tan odioso Hernando Pizarro, que tuvo por mejor y más seguro venir a pleitear a España, aunque Diego de Alvarado estaba en ella acusándole, que quedar en el Perú, donde sin duda alguna lo mataran los de Almagro. Y como Hernando Pizarro era discreto, eligió por menos mal la venida a España, contra el parecer de sus amigos, porque entendió que justificando su causa con haber allanado aquel Imperio y con los muchos servicios que en la conquista de él hizo, y por los excesivos trabajos que en el cerco del Cozco pasó, y mediante la mucha riqueza que de Su Majestad y suya traía, negociara mejor, por mal que negociase, que aguardar que le matasen sus enemigos. Los cuales viéndole fuera del Reino y que no podían vengarse de él, pasaron el odio que le tenían al Marqués, su hermano, y no pararon hasta que lo mataron como adelante se dirá.

Llegado Hernando Pizarro a España, le acusó Diego de Alvarado, rigurosísimamente, pidiendo que le hiciese justicia en una de las dos salas, o en la de la justicia civil, o en la de lo militar, donde Su Majestad más fuese servido, porque dijo que lo desafiaba a batalla singular, donde le probaría con las armas que era quebrantador de su fe y palabra y que eran suyas las culpas que imponía a Don Diego de Almagro. Acusóle otras muchas cosas, que por escusar prolijidad las dejaremos. Por las cuales llevaron a Hernando Pizarro preso a la Mota de Medina del Campo. Y siguiendo su pleito, Diego de Alvarado le acusó de algunos presentes y dádivas muy ricas que había hecho, de oro y plata y piedras preciosas, y algunas probó con la demostración de ellas mismas, que fue causa de que se descompusiesen algunas personas graves. Decimos esto en confuso, por ser materia odiosa. Y porque Diego de Alvarado falleció siguiendo con tantas veras su demanda, y porque su muerte fue muy en breve, se sospechó (como dice Gómara) que fue de yerbas; pero él dejó su queja tan bien formada, que hubo graves sentencias sobre ella. Más al cabo se moderaron y salió de la prisión Hernando Pizarro el año de mil y quinientos y sesenta y dos, habiendo estado en ella veinte y tres años, con gran valor de ánimo, que lo mostró tal en todas las adversidades que la fortuna le envió, con la muerte de sus hermanos y las de sus sobrinos, con la enajenación de sus indios, con el increíble gasto y costas de su prisión y pleitos. Todo lo cual le dió el mundo en pago de sus grandes hazañas e innumerables trabajos que pasó en ayudar al Marqués Don Francisco Pizarro, su hermano, en la conquista de aquel Imperio, haciendo oficio de capitán general, como siempre lo hizo. Y con esto será bien, demos fin al libro segundo, dando gracias a DIOS Nuestro Señor que nos dejó llegar aquí.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO

DE LA SEGUNDA PARTE

DE LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS
Reyes que fueron del Perú.

Contiene la conquista de los Charcas. La ida de Gonzalo Pizarro a la conquista de la Canela. Los muchos y grandes trabajos que pasó. La traición de Francisco de Orellana. Una conjuración contra el Marqués Don Francisco Pizarro, y cómo le mataron. Don Diego de Almagro se hace jurar por Gobernador del Perú. Las contradicciones que le hicieron. La ida del Licenciado Vaca de Castro al Perú. Los capitanes que elige para la guerra. Gonzalo Pizarro vuelve a Quitu. La cruel batalla de Chupas. La muerte de Don Diego de Almagro. Nuevas leyes y ordenanzas que en la corte de España se hicieron para los dos imperios, México y Perú. Los buenos sucesos de México por la prudencia y buen juicio de su visitador.— Contiene veinte y dos capítulos.

CAPÍTULO I: La conquista de los Charcas, y algunas batallas que indios y españoles tuvieron.

Con la muerte de Don Diego de Almagro y con la ausencia de Hernando Pizarro, quedó todo el peso de la conquista y del gobierno del Perú sobre los hombros del Marqués Don Francisco Pizarro. El cual, esforzándose a llevar lo uno y lo otro, que para todo le había dado Dios caudal si los malos consejeros no se lo disminuyeran, sosegó la tierra con enviar los capitanes a las conquistas que en el libro precedente se han dicho. Y a su hermano Gonzalo Pizarro envió a la conquista del Collao y de los Charcas, que están doscientas leguas al mediodía del Cozco. Envióla acompañado de la mayor parte de los caballeros que con Don Pedro de Alvarado fueron, para que ganasen nuevas tierras, porque las ganadas hasta entonces, que eran las que ahora son términos de la ciudad del Cozco y de la Ciudad de los Reyes y todos los valles de la costa de la mar, hasta Túmpiz, estaban repartidos en los primeros conquistadores que se hallaron en la prisión de Atahuallpa, y era menester ganar más tierra para repartir a los segundos que entraron con Don Diego de Almagro y con Don Pedro de Alvarado.

Gonzalo Pizarro fue al Collao, con mucha y muy lucida gente. A los principios hicieron los indios poca resistencia, más cuando los vieron en los términos de los Charcas, alejados ciento y cincuenta leguas del Cozco, los apretaron malamente y les dieron muchas batallas, en que hubo muchas muertes de ambas partes y los indios mataron muchos caballos; porque la pretensión de ellos, donde ponían toda su esperanza para la victoria, era en matar los caballos, porque, muertos ellos, les parecía que con facilidad matarían a sus dueños, por las ventajas que a pie les tenían. En una batalla de aquellos acaeció que habiéndose peleado de ambas partes muy bravamente y muértose mucha gente de los indios, al fin hubieron la victoria los españoles. Y siguiendo el alcance por todas partes, acertaron a ir con Gonzalo Pizarro tres compañeros.

El uno fue Garcilaso de la Vega y el otro Juan de Figueroa y el tercero Gaspar Lara, que todos tuvieron indios en la ciudad que hoy llaman ciudad de la Plata, que en lengua de indio solía llamarse Chuquisaca, y después los mejoraron en la ciudad del Cozco, donde yo los conocí.

Yendo todos cuatro por un llano, alentando los caballos del trabajo de la batalla pasada (lejos de donde se había dado), vieron asomar por un cerrillo bajo siete indios gentiles hombres, apercibidos de sus arcos y flechas, que venían a hallarse en la batalla, todos muy emplumados y arreados de sus galas. Los cuales luego que vieron los españoles, se pusieron en ala, apartándose cada cual del otro diez o doce pasos, para dividir los enemigos que fuesen a ellos apartados y no juntos. Apercibieron las armas con determinación de pelear, y, aunque los españoles hicieron señas que no temiesen, que no querían haber

batalla con ellos sino que fuesen amigos, los indios no quisieron partido alguno, y así arremetieron los unos a los otros con grande ánimo y mucha bizarría.

Los españoles, según ellos decían, iban corridos y avergonzados de ir cuatro caballeros bien armados encima de sus caballos y con sus lanzas en las manos contra siete indios a pie y desnudos, sin armas defensivas. Más ellos los recibieron con tan buen ánimo, como si llevaran petos fuertes y pelearon varonilmente ayudándose unos a otros; que el indio que quedaba libre (que no arremetía el español con él) favorecía al otro con quien peleaba el cristiano, acometiendo, ya por través, ya por las espaldas, con tanta destreza y ferocidad, que le convenía al cristiano guardarse tanto del uno como del otro, según el orden y concierto que los indios traían, que casi siempre peleaban dos indios con cada español. Al cabo de mucho rato que duró la batalla vencieron los españoles, que cada cual de ellos mató un indio. Yendo uno de ellos sobre un indio que se iba huyendo, el indio se abajó por una piedra que se vió delante de sí y se la tiró al español y le dió en el barbote que llevaba delante del rostro, y lo medio aturdió; que a no lo llevar se creyó que lo matara según la fuerza con que le tiró la piedra. El español, aunque maltratado, acabó de matar al indio.

Los tres indios se escaparon con la huída; los españoles tuvieron por bien que se fuesen, que, según quedaron mal parados de la primera y segunda batalla, no quisieron seguirles ni gozar de la victoria que pudieran alcanzar en matar tres indios: parecióles cosa indigna de ellos.

Juntáronse todos cuatro para ver cómo quedaban; halláronse que los tres estaban heridos, cada cual de dos, tres heridas, aunque pequeñas, y el cuarto sacó su caballo herido de un mal flechazo que duró muchos días en sanar. Contando este suceso, el que sacó el caballo herido decía:

"Todos cuatro salimos heridos, y yo fuí el más lastimado, porque la herida de mi caballo la tomara yo más aína en mi persona, por la falta que me hizo".

Yo se lo oí en mis niñeces al mismo que lo contaba. Era común dolor de todos los españoles que ganaron el Nuevo Mundo sentir más las heridas de sus caballos que las suyas, y así lo encareció este caballero. Volviéronse a su ejército, donde contaron a los compañeros que había sido más reñida y más peligrosa la batalla de los siete indios, que la que tuvieron antes, el mismo día, con seis o siete mil de ellos. Hubo otras muchas batallas semejantes en aquella jornada, y en una de ellas pasó lo que contamos en el último capítulo del libro primero de esta segunda parte, hablando de la lealtad y amor que los indios tenían a los españoles que les rendían en las batallas. Así caminaron, con muchas peleas que cada tercer día tenían, hasta que llegaron al pueblo llamado Chuquisaca, de gente belicosa. Allí cargaron muchos millares de indios, y tuvieron muy apretados a los españoles, con hambre y batallas continuas, y muchas heridas y muertos, como lo dicen, aunque brevemente, los historiadores. Gómara, capítulo ciento y cuarenta y tres, y Zárate, libro tercero, capítulo doce. Que Gonzalo Pizarro llegó a descubrir hasta la provincia de los Charcas, donde le cercaron muchos indios de guerra que sobre él vinieron, y le pusieron en tanto

aprieto, que fue forzado a pedir socorro, y que el Marqués se lo envió desde el Cozco, con mucha gente de a caballo. Y porque más presto les llegase el socorro, fingió el Marqués que él en persona iba a ello, y salió de la ciudad dos o tres jornadas.

El cerco que estos autores dicen fue muy riguroso; tanto que, viéndose los españoles en lo último, temiendo perecer todos, dieron aviso al Marqués por vía de los indios domésticos que tenían de servicio, que estos eran los que, como se ha visto, servían de mensajeros en los peligros semejantes. Así los enviaron entonces por muchas partes, para que si los enemigos matasen algunos, escapasen otros.

El Marqués, viendo la necesidad de su hermano Gonzalo Pizarro y la de todos los suyos, mandó a un capitán que fuese al socorro, y le hizo la demostración que Agustín de Zárate dice, porque más presto le llegase el socorro; pero no bastara la diligencia del uno y la ostentación del otro, para librar de muerte los del cerco, si Dios no peleara por ellos. Porque mientras fueron y vinieron con el socorro, estuvieron tan apretados que se daban por rendidos, hasta que el divino Santiago, Patrón de España, peleó visiblemente en favor de ellos, como lo hizo en el Cozco.

Los cristianos, viendo su favor y amparo, y que tan a la mira de ellos andaba para socorrerles en semejantes trabajos, se esforzaron de manera que cuando llegó el socorro ya andaban victoriosos. Y por este favor que allí les hizo Nuestro Señor, determinaron fundar en aquel lugar un pueblo de cristianos que hoy tiene Iglesia Catedral y Cancillería Real, y las minas del Potocchí a diez y ocho leguas de sí, que le han ennoblecido y enriquecido como se ve. El Padre Blas Valera contando en suma las batallas memorables que entre indios y españoles hubo en el Perú, cuenta la que tuvieron en esta provincia, y dice que Dios peleó con ella por su Evangelio.

CAPÍTULO II: El Marqués hace repartimiento del Reino y provincia de los Charcas, y Gonzalo Pizarro va a la conquista de la Canela.

Sosegada la guerra, y los indios puestos en paz, hizo el Marqués repartimiento de ellos en los más principales españoles que se hallaron en aquella conquista; dio un repartimiento muy bueno a su hermano Hernando Pizarro y otro a Gonzalo Pizarro, en cuyo distrito se descubrieron años después las minas de plata de Potosí, en las cuales cupo a Hernando Pizarro como a vecino de aquella ciudad (aunque él estaba ya en España), una mina que dieron a sus ministros para que le enviasen plata de ella; la cual salió tan rica, que en más de ocho meses sacaron de ella plata acendrada, finísima, de toda ley, sin hacer otro beneficio al metal más de fundirlo.

Añadimos esta riqueza aquí porque se me fue de la memoria cuando tratamos de aquel famoso cerro en la primera parte de estos *Comentarios*. A Garcilaso de la Vega, mi señor, dieron el repartimiento llamado Tápac-ri. A Gabriel de Rojas dieron otro mucho bueno, y lo mismo a otros muchos caballeros en espacio de más de cien leguas de término que aquella ciudad entonces tenía, del cual dieron después parte a la ciudad que llamaron De la Paz.

No valían aquellos repartimientos entonces, cuando se dieron, sino muy poco, aunque tenían muchos indios y eran de tierra muy fértil y abundante, hasta que se descubrieron las minas del Potosí; entonces subieron las rentas a diez por uno, que los repartimientos que rentaban a dos, tres, cuatro mil pesos, rentaron después a veinte, treinta, cuarenta mil pesos. El Marqués Don Francisco Pizarro, habiendo mandado fundar la villa que llamaron de La Plata, que hoy se llama Ciudad de La Plata, y habiendo repartido los indios de su jurisdicción en los ganadores y conquistadores de ella, que todo fue año de mil y quinientos y treinta y ocho, y treinta y nueve, no habiendo reposado aún dos años de las guerras civiles y conquistas pasadas, pretendió otras tan dificultosas y más trabajosas, como luego se dirá. Con la muerte de Don Diego de Almagro quedó el Marqués solo Gobernador de más de setecientas leguas de tierras que hay norte-sur, desde los Charcas a Quitu, donde tenía bien que hacer en apaciguar y allanar las nuevas conquistas que sus capitanes en diversas partes hacían, y en proveer de justicia y quietud para los pueblos que ya tenían pacíficos. Pero como el mandar y señorear sea insaciable, no contento con lo que tenía, procuró nuevos descubrimientos, porque su ánimo belicoso pretendía llevar y pasar adelante las buenas andanzas que hasta allí había tenido.

Tuvo nueva que fuera de los términos de Quitu y fuera de lo que los Reyes Incas señorearon, había una tierra muy larga y ancha donde se criaba canela, por lo cual llamaron la Canela. Parecióle enviar a la conquista de ella a su hermano Gonzalo Pizarro, para que tuviese otra tanta tierra que gobernar como él. Y habiéndolo consultado con los de su secreto, renunció la gobernación de Quitu en el dicho su hermano, para que los de aquella ciudad le socorriesen en lo que hubiese menester, porque de allí había de hacer su entrada, por estar la Canela al levante de Quitu. Con esta determinación envió a llamar a Gonzalo Pizarro, que estaba en los Charcas ocupado en la nueva población de la Ciudad de la Plata y en dar orden y asiento para gozar del repartimiento de indios que le había cabido. Gonzalo Pizarro vino luego al Cozco, donde su hermano estaba, y, habiendo platicado entre ambos la conquista de la Canela, se apercibió para ella, aceptando con muy buen ánimo la jornada, por mostrar en ella el valor de su persona para semejantes hazañas.

Hizo en el Cozco más de doscientos soldados, los ciento de a caballo y los demás infantes; gastó con ellos más de sesenta mil ducados. Fue a Quitu, quinientas leguas de camino, donde estaba Pedro de Puelles por Gobernador. Por el camino peleó con los indios que andaban alzados; tuvo batallas ligeras con ellos, pero los de Huánucu le apretaron malamente, tanto que, como dice

Agustín de Zárate, libro cuarto, capítulo primero, le envió el Marqués socorro con Francisco de Cháves.

Gonzalo Pizarro, libre de aquel peligro y de otros no tan grandes, llegó a Quitu. Mostró a Pedro de Puelles las provisiones del Marqués, su hermano. Fue obedecido, y, como Gobernador de aquel Reino, aderezó lo necesario para su jornada; hizo más de otros cien soldados, que por todos fueron trescientos y cuarenta: los ciento y cincuenta de a caballo y los demás infantes.

Llevó más de cuatro mil indios de paz, cargados con sus armas y bastimento y lo demás necesario para la jornada, como hierro, hachas, machetes, sogas y maromas de cáñamo y clavazón, para lo que por allá se les ofreciese.

Llevaron asimismo cerca de cuatro mil cabezas de ganado de puercos y de las ovejas mayores de aquel Imperio, que también ayudaron a llevar parte de la munición y carguío.

Dejó en Quitu por su lugarteniente a Pedro de Puelles, y, habiendo reformado y dado nueva orden en ciertas cosas que tenían necesidad de reformación, salió de Quitu por Navidad del año mil y quinientos y treinta y nueve. Anduvo en buena paz y muy regalado de los indios todo lo que duró el camino hasta salir del Imperio de los Incas. Luego entró en una provincia que los historiadores llamaban Quixos. Y porque en esta jornada de la Canela, Francisco López de Gómara y Agustín de Zárate van muy conformes, contando los sucesos de ella casi por unas mismas palabras, y porque yo las oí a muchos de los que en este descubrimiento se hallaron con Gonzalo Pizarro, diré, recogiendo de los unos y de los otros, lo que pasó.

Es así que en aquella provincia de los Quixos, que es al norte de Quitu, salieron muchos indios de guerra a Gonzalo Pizarro; mas luego que vieron los muchos españoles y caballos que llevaban, se retiraron la tierra adentro, donde nunca más parecieron. Pocos días de esto tembló la tierra bravísimamente, que se cayeron muchas casas en el pueblo donde estaba. Abrióse la tierra por muchas partes; hubo relámpagos, truenos, rayos, tantos y tan espesos, que se admiraron los españoles muy mucho. Juntamente llovió muchos días tanta agua, que parecía que la echaban a cántaros. Admiróles la novedad de la tierra, tan diferente de la que habían visto en el Perú. Pasados cuarenta o cincuenta días que tuvieron esta tormenta, procuraron pasar la Cordillera Nevada; y aunque iban bien apercibidos (como aquella Sierra sea tan extraña), les cayó tanta nieve e hizo tanto frío, que se helaron muchos indios, porque visten poca ropa, y ésa de muy poco abrigo. Los españoles, por huir del frío y de la nieve y de aquella mala región, desampararon el ganado y la comida que llevaban, entendiendo hallarla dondequiera que hubiese población de indios. Pero sucedióles en contra, porque pasada aquella Cordillera, tuvieron mucha necesidad de bastimento, porque la tierra que hallaron, por ser estéril, no tenía habitadores. Diéronse prisa a salir de ella; llegaron a una provincia y pueblo que llamaban Zumaco, puesto a las faldas de un volcán, donde hallaron comida; pero tan cara, que en dos meses

que allí estuvieron no les cesó de llover jamás, ni sólo un día, con que recibieron mucho daño, que se les pudrió mucha ropa de la que llevaban de vestir.

En aquella provincia llamada Zumaco, que está debajo de la equinoccial, o muy cerca, se crían los árboles que llaman canela, la que iban a buscar. Son muy altos, con hojas grandes como el laurel, y la fruta son unos racimos de fruta menuda, que se crían en capullos como de bellota. Y aunque el árbol y sus hojas, raíces y corteza huelen y saben a canela, la más perfecta canela son los capullos. Por los montes se crían muchos árboles de aquellos, incultos, y dan fruto, pero no es tan bueno como el que sacan los indios de los árboles que plantan y cultivan en sus tierras para sus granjerías con sus comarcanos, mas no con los del Perú. Los cuales nunca quisieron ni quieren otras especias que su *uchu*, que los españoles llaman allá *ají* y en España *pimiento*.

CAPÍTULO III: Los trabajos que Gonzalo Pizarro y los suyos pasaron, y cómo hicieron una puente de madera y un bergantín para pasar el río Grande.

En Zumaco y su comarca hallaron los españoles que los indios andaban en cueros, sin ropa ninguna; las mujeres llevaban un trapillo pequeño por delante, por la honestidad. Andan desnudos porque allí es la tierra muy caliente, y como llueve tanto se les pudre la ropa, como hemos dicho.

Decían los españoles que hacían discretamente los indios en no curar de ropa, pues no la podían gozar, ni la habían menester.

En Zumaco dejó Gonzalo Pizarro la más de su gente, y llevó consigo los más ágiles. Fué a buscar camino, a ver si lo había por alguna parte, para pasar adelante, porque todo lo que hasta allí habían andado, que eran casi cien leguas, eran montañas cerradas, donde en muchas partes tuvieron necesidad de abrir camino a fuerza de brazos y a golpe de hachas. Los indios que llevaban por guías les mentían, que muchas veces los encaminaban en contra de la verdad, que, porque no fuesen a sus tierras o a las de sus amigos y confederados, los encaminaban a la otra mano, donde hallaban desiertos inhabitables y padecían grandísima hambre, que les obligaba a sustentarse con yerbas y raíces y fruta silvestre, que, cuando la hallaban, se daban por bienandantes.

Con estos trabajos y otros que se pueden imaginar mejor que escribir, llegaron a una provincia llamada Cuca, algo más poblada que las pasadas, donde hallaron bastimento; y el señor de ella les salió de paz, y les regaló como mejor pudo, dándoles comida, que era lo que más habían menester. Por allí pasa un río muy grande, que se entiende que es el principal de los ríos que se juntan para hacer el río que llaman de Orellana, que otros llaman Marañón.

Allí paró cerca de dos meses, aguardando que llegasen los españoles que dejó en Zumaco, que les había dado orden que le siguiesen por el rastro cuando no hallasen guías. Habiendo llegado los compañeros y descansado del trabajo

del camino pasado, caminaron todos juntos por la ribera de aquel río grande, y en más de cincuenta leguas que anduvieron no hallaron vado ni puente por donde pasarlo, porque el río era tan grande que no permitía lo uno ni lo otro.

Al cabo de este largo camino, hallaron que el río hacía un salto de una peña de más de doscientas brazas de alto, que hacía tan gran ruido que lo oyeron más de seis leguas antes que llegasen a él. Admiráronse de ver cosa tan grande y tan extraña; pero mucho más se admiraron cuarenta o cincuenta leguas más abajo, cuando vieron que aquella inmensidad de aguas de aquel río se recogía y colaba por un canal de otra peña grandísima.

La canal es tan estrecha, que de la una ribera a la otra no hay más de veinte pies; es de peña tajada de la una parte y de la otra, y tan alta, que de lo alto de ella (por donde pasaron luego estos españoles) hasta el agua había otras doscientas brazas como las del saltadero. Cierto es cosa maravillosa que en aquella tierra se hallen cosas tan grandes y admirables, que exceden a todo encarecimiento que de ellas se puede hacer, como estos dos pasos y otros muchos que por esta historia se pueden notar. Gonzalo Pizarro y sus capitanes, considerando que no había otro paso más fácil para pasar de la otra parte del río y ver lo que por allá había, porque todo lo que hasta allí habían andado era tierra estéril, flaca y desventurada, acordaron hacer una puente encima de aquel canal; más los indios de la otra parte, aunque eran pocos, lo defendían varonilmente. Por lo cual fue forzoso a los españoles pelear con ellos, lo que no habían hecho hasta allí con indio alguno de aquella región. Tiráronles con los arcabuces, y a pocos indios que mataron huyeron los demás, asombrados de una cosa tan extraña para ellos, como ver que los matasen a ciento y a doscientos pasos de distancia. Fueron pregonando la braveza y ferocidad de aquella gente; decían que traían relámpagos, truenos y rayos, para matar los que no les obedecían. Los españoles viendo el paso desembarazado, hicieron una puente de madera, donde es de considerar el trabajo que pasarían para echar la primera viga de la una parte a la otra, que, en tanta altura como hay de las peñas al agua, aún el mirarla era temeridad, como le acaeció a un español que se atrevió a mirar desde el canto de la peña aquella brava corriente del agua que pasaba por la canal, que se le desvaneció la cabeza y dió consigo de allí abajo. Los demás españoles, viendo la desgracia del compañero, anduvieron más recatados, y con mucho trabajo y dificultad, echaron la primera viga, y con ayuda de ella las demás que fueron menester. Hicieron una puente, por donde seguramente pasaron hombres y caballos, y la dejaron como se estaba, para si fuese menester volver a pasar por ella. Caminaron río abajo por unas montañas tan bravas y cerradas, que en muchas partes tuvieron necesidad de abrir el camino a golpes de hacha.

Con estos trabajos llegaron a una tierra, que llaman Guema, tan pobre y hambrienta como la más estéril de las pasadas; hallaron muy pocos indios, y ésos, en viendo los españoles, se entraban por los montes, donde nunca más parecían.

Los españoles y sus indios domésticos se sustentaron con yerbas y raíces y renuevos tiernos de árboles que se dejaban comer, como por acá los pámpanos. Con la hambre y los trabajos del camino, y con la mucha agua que les llovía (que siempre traían la ropa de vestir mojada) enfermaron y murieron muchos indios y españoles. Más con todas estas dificultades caminaron muchas leguas y llegaron a otra tierra donde hallaron indios de alguna más policía que los pasados; comían pan de maíz y vestían ropa de algodón, pero era tan lluviosa como la que atrás dejaron. Enviaron corredores por todas partes a ver si hallaban algún camino abierto, más todos volvieron en breve tiempo con unas mismas nuevas: que la tierra era toda de montaña brava, llena de ciénagas, lagos y pantanos que no tenían salida a parte ninguna, ni se podían vadear. Con esto acordaron hacer un bergantín para poderse valer en el pasaje del río de una parte a otra, que ya por allí iba tan grande que tenía casi dos leguas de ancho. Asentaron fragua, para hacer la clavazón; hicieron carbón con mucho trabajo, porque el agua que llovía tan de ordinario, no les dejaba quemar la leña. Hicieron cobertizos donde quemarla; también hicieron chozas en qué defenderse del agua, que aunque la tierra por ser debajo de la línea equinoccial es muy caliente, no se podían defender del agua llovediza. Hicieron parte de la clavazón de las herraduras de los caballos que, para dar de comer alguna cosa de sustancia a los enfermos, habían muerto, y también para socorrerse los sanos, cuando no tenían otro remedio. Otra parte de la clavazón hicieron del hierro que llevaban, que lo tenían en más que el oro.

Gonzalo Pizarro, como tan gran soldado, era el primero en cortar la madera, en forjar el hierro, hacer el carbón y en cualquiera otro oficio por muy bajo que fuese, por dar ejemplo a todos los demás, para que nadie se excusase de hacer lo mismo. De brea para el bergantín sirvió mucha resina de árboles que cogieron, que la había en abundancia. La estopa fueron mantas y camisas viejas (y lo más cierto las podridas) con que cada uno acudía, a porfía de los demás, aunque quedase sin camisa, porque les parecía que la salud y el remedio de todos ellos consistía en el bergantín. Y así lo acabaron con el afán que se ha dicho, y lo echaron al agua con grandísimo regocijo, pareciéndoles que aquel día se acababan todos sus trabajos; más dentro de pocos días quisieran no haberlo hecho, como luego veremos.

CAPÍTULO IV: Francisco de Orellana se alza con el bergantín y viene a España a pedir aquella conquista, y su fin y muerte.

Echaron en el bergantín todo el oro que traían, que eran más de cien mil pesos, y muchas esmeraldas muy ricas, el hierro y el herraje y todo lo demás que llevaban de precio y estima. Metieron dentro los enfermos más debilitados que no podían caminar por tierra. Así salieron de aquel paraje, habiendo caminado hasta allí casi doscientas leguas, y fueron por el río abajo los unos por tierra y

los del bergantín por el agua, no alejándose los unos de los otros, sino que cada noche se juntaban a dormir juntos. Y todos ellos caminaban con grandísimo trabajo, porque los de tierra abrían el camino en muchas partes a golpe de hacha y hocino para pasar adelante, y los del bergantín trabajaban en resistir las corrientes del agua, por no alejarse de los compañeros. Cuando no podían hacer camino por la ribera del río, por la bravosidad de la montaña, pasaban de la una ribera a la otra en el bergantín y en cuatro canoas que llevaban, y era lo que más sentían, porque tardaban dos y tres días en pasarlo y la hambre los apretaba malamente.

Habiendo caminado más de dos meses con los afanes que hemos dicho, toparon algunos indios que les dijeron por señas, y algunas palabras que entendían los indios domésticos, que diez jornadas de allí hallarían tierra poblada, muy abundante de comida y rica de oro y de lo demás que buscaban. Dieron por señas que aquella tierra estaba en la ribera del otro gran río que se juntaban con el que llevaban. Con esta nueva se alentaron los españoles. Gonzalo Pizarro eligió para el bergantín un capitán llamado Francisco Orellana, y cincuenta soldados que fuesen con él, donde los indios decían (que sería como ochenta leguas de donde estaban), y que, llegado a la junta de los dos ríos grandes, dejasen allí todo el fardaje que llevaban y cargasen de bastimento el bergantín y volviesen el río arriba a socorrer la gente, que iba tan afligida de hambre, que cada día había muertos, así españoles como indios, los cuales llevaban la peor parte porque, de cuatro mil que entraron en esta jornada, eran ya muertos más de los mil.

Francisco de Orellana siguió su camino, y en tres días, sin remo ni vela, navegó con sola la corriente del agua, las ochenta leguas, y aún a su parecer eran más de ciento. No halló el bastimento que le habían prometido, y, pareciéndole que si procurase volver con la nueva a Gonzalo Pizarro, no navegaría en un año, según la brava corriente del río, lo que habían navegado en tres días, y que si allí le esperase, era sin provecho de los unos ni de los otros, y no sabiendo lo que Gonzalo Pizarro tardaría en llegar allí, acordó mudar propósito, sin consultarlo con nadie; y alzó velas y siguió su camino adelante, con intención de negar a Gonzalo Pizarro y venirse a España y pedir aquella conquista y gobernación para sí. Contradijéronselo muchos de los que llevaba, sospechando su mala intención; dijéronle que no excediese de la orden de su capitán general, ni le desamparase en tan gran necesidad, pues sabía cuán grande la tenía de aquel bergantín. Particularmente se lo dijo un religioso llamado fray Gaspar de Carvajal, y un caballero mozo, natural de Badajoz, llamado Hernán Sánchez de Vargas, a quien los contradictores tomaron por caudillo y hubieran de llegar a las manos, sino que Francisco de Orellana los apaciguó por entonces con buenas palabras, aunque después cuando tuvo los émulos sobornados con grandes promesas, maltrató de palabras y obra al buen religioso, y si no lo fuera, se lo dejara allí desamparado, como dejó a Hernán Sánchez de Vargas, que, por darle más cruel muerte y más duradera, no lo mató, sino que lo desamparó en aquel

desierto, rodeado por una parte de montañas bravas, y por la otra por un río tan grande, para que no pudiese salir por agua ni por tierra y pereciese de hambre.

Siguió su camino Francisco de Orellana, y luego otro día por mostrar más al descubierto su intención, renunció el poder que llevaba de Gonzalo Pizarro, por no hacer cosa como súbito suyo, y se hizo elegir por capitán de Su Majestad, sin dependencia de otro. Hazaña (que mejor se podía llamar traición) que la han hecho otros magnates en las conquistas del Nuevo Mundo, como refiere algunas de ellas el capitán Gonzalo Hernández de Oviedo y Valdés, cronista de la Católica Majestad del Emperador Carlos Quinto, en el libro diez y siete, capítulo veinte, de su *Historia General de las Indias*. Y dice que los que las hicieron fueron en la misma moneda pagados de los que les sucedieron en los cargos; en confirmación de lo cual alega el proverbio que dice: "Matarás, y matarte han, y matarán al que matare." Si fuera lícito pasar adelante en lo que este autor acerca de esto escribe, dijéramos hechos de grandes cautelas y traiciones, que pasaron después del cronista, en los mismos casos que él escribió. Más dejarlos hemos, porque son ofensivos sin respetar truenos ni relámpagos ni al mismo rayo, porque ha habido de todo, y no es bien que se diga.

Francisco de Orellana tuvo por el río abajo algunas refriegas con los indios moradores de aquella ribera, que se mostraron muy fieros, donde en algunas partes salieron las mujeres a pelear juntamente con sus maridos. Por lo cual por engrandecer Orellana su jornada, dijo que era tierra de amazonas, y así pidió a Su Majestad la conquista de ella. Adelante de estas provincias, el río abajo, halló otros indios más domésticos, que le recibieron de paz, y se admiraron de ver el bergantín y hombres tan extraños para ellos. Hiciéronles amistad, diéronles comida, cuanta quisieron. Pararon allí los españoles algunos días; hicieron otro bergantín, porque en el primero venían muy apretados. Así salieron a la mar doscientas leguas de la isla de la Trinidad, según la carta de marear, habiendo pasado los trabajos que se han dicho y muy grandes peligros por el río, que muchas veces se vieron perdidos, para anegarse. En aquella isla compró Orellana un navío, con que vino a España y pidió a Su Majestad la conquista de aquella tierra, engrandeciendo su empresa con decir que era tierra de mucho oro y plata y piedras preciosas, certificándolo con la buena muestra que de aquellas cosas llevaba. Su Majestad le hizo merced de la conquista y de la gobernación de lo que ganase. Orellana hizo más de quinientos soldados de gente muy lucida, y caballeros muy principales, con los cuales se embarcó en San Lúcar para su jornada, y murió en la mar, y los suyos se desperdigaron por diversas partes. Este fin tuvo aquella jornada conforme a sus malos principios.

De aquí volveremos a Gonzalo Pizarro que lo dejamos en grandes trabajos. El cual habiendo despachado a Francisco de Orellana con el bergantín, hizo diez o doce canoas, y otras tantas balsas para poder pasar el río de una parte a otra, cuando por tierra les atajasen las bravas montañas, como otras veces se habían visto atajados. Caminaron con esperanza de que su bergantín les socorrería presto con bastimento para defenderse de la hambre que llevaban, porque no

tuvieron otro enemigo en toda esta jornada. Llegaron al cabo de dos meses a la junta de los dos ríos grandes, donde pensaban hallar su bergantín, que les estaría esperando con bastimentos, ya que por la mucha corriente del río no habían vuelto a ellos. Halláronse engañados, perdida la esperanza de salir de aquel infierno, que este nombre se le puede dar a la tierra do pasaron tantos trabajos y miserias, sin remedio y esperanza de salir de ellas. Hallaron a la junta de los dos ríos grandes al buen Hernán Sánchez de Vargas, que con el ánimo y constancia de caballero hijodalgo, había perseverado a estarse quedo, sufriendo el hambre y las demás incomodidades que tenía, por dar a Gonzalo Pizarro entera razón de lo que Francisco de Orellana había hecho contra su capitán general y contra el mismo Hernán Sánchez, por haberle contradicho sus malos propósitos. De todo lo cual quedó Gonzalo Pizarro admirado, que hubiese hombres en el mundo tan en contra de las esperanzas que de ellos se podían tener. Los capitanes y soldados recibieron tanta pena y dolor de verse engañados de sus esperanzas, y desamparados de todo remedio, que no les faltó sino desesperar.

Su general, aunque sentía la misma pena que todos, les consoló y esforzó, diciéndoles que tuviesen ánimo para llevar como españoles aquellos trabajos y otros mayores, si mayores podían ser, que cuanto mayores hubiesen sido, tanta más honra y fama dejarían en los siglos del mundo. Que pues les había cabido en suerte ser conquistadores de aquel Imperio, hiciesen como hombres escogidos por la Providencia Divina para tal y tan gran empresa. Con esto se esforzaron todos, viendo el esfuerzo de su capitán general, que, conforme a la opinión vulgar, había de ser su sentimiento mayor que el de todos. Siguieron su viaje todavía por las riberas de aquel gran río, ya por la una banda de el, ya por la otra, como les era forzoso pasarse de la una ribera a la otra. Era increíble el trabajo que tenían para pasar los caballos en las balsas, que todavía llevaban más de ochenta de ellos, de ciento y cincuenta que sacaron de Quitu. También llevaban casi dos mil indios de los cuatro mil que sacaron del Perú; los cuales servían como hijos a sus amos en aquellos trabajos y necesidades, buscándoles yerbas y raíces y frutas silvestres, sapos y culebras, y otras malas sabandijas, si las había por aquellas montañas, que todo les hacía buen estómago a los españoles, que peor les iba con la falta de cosas tan viles.

CAPÍTULO V: Gonzalo Pizarro pretende volverse a Quitu, y los de Chili tratan de matar al Marqués.

Con estas miserias caminaron por el río abajo otras cien leguas, sin hallar mejora en la tierra, ni esperanza en lo adelante, porque antes de día en día se iba empeorando la tierra que pasaban, sin prometer alguna buena esperanza de sí. Lo cual considerado y platicado por el general y sus capitanes, acordaron volverse a Quitu (si les fuese posible volver a él), de donde se habían alejado más de cuatrocientas leguas. Y porque por el río arriba, por donde habían ido,

era imposible poder navegar por la brava corriente de él, acordaron tomar otro camino, y volvieron al septentrión del río, porque notaron a la ida que aquella parte había menos lagos, ciénegas y pantanos que por la otra parte. Entráronse por las montañas, abriendo los caminos con hachas y hocinos, que, según iban acostumbrados a ello, era lo menos trabajoso si juntamente hubiera qué comer, donde los dejaremos por decir lo que le sucedió al Marqués Don Francisco Pizarro, entre tanto que su hermano Gonzalo Pizarro andaba en los trabajos que hemos dicho. Que parece que estos caballeros, así como fueron escogidos para tan famosas hazañas, así también lo fueron para trabajos y desventuras, que no faltaron en ellos, hasta acabarles la vida, con muertes de mucha lástima y dolor para los que les conocieron.

Es así que habiendo el Marqués repartido las provincias de los Charcas en los ganadores de aquel Reino y reformado en el Cozco algunas cosas de importancia que las pasiones pasadas de los de Almagro y de los suyos habían causado, dejándolo todo en paz y quietud se fue a la Ciudad de los Reyes, por favorecer con su presencia a la población de ella. Donde, como atrás dijimos, estaba Don Diego de Almagro el Mozo, que lo envió preso Hernando Pizarro luego que degolló a su padre. Halló el Marqués que algunos del bando de Almagro, de los más señalados, estaban en compañía de Don Diego de Almagro el Mozo, y él los entretenía con darles de comer de la renta de un buen repartimiento de indios que su padre le había dado, y esto hacía porque a todos los demás de su bando les habían quitado los indios, dándolos por traidores, porque se hallaron del bando de Don Diego de Almagro. El Marqués, como era noble y generoso de condición, procuró regalar aquellos caballeros con darles grandes ayudas de costa, y proveerlos en oficios y cargos de justicia y de la Hacienda Real. Más ellos, esperando el castigo que se había de hacer en los del bando de los Pizarros, por la muerte tan injusta de Don Diego de Almagro y por las crueldades que en la batalla de las Salinas y después de ella se hicieron, no quisieron recibir merced ninguna, por no tener que agradecer ni ocasión de perder el rencor que contra el Marqués y los suyos tenían, ni que en ningún tiempo hubiese quien dijese que, habiendo recibido sus dones, trataban todavía de enemistad contra ellos.

Así estuvieron socorriéndose unos a otros, sin querer recibir cosa alguna de los del bando de Pizarro, por mucha necesidad que tuviesen. Lo cual visto y considerado por algunos familiares y consejeros del Marqués (como malos ministros), le aconsejaron que pues aquellos hombres no querían ser sus amigos por bien, les hiciese que lo fuesen por mal, o a lo menos se rindiesen por la necesidad y hambre que pasasen. El Marqués (aunque contra su voluntad), por condescender con la de los consejeros, más que por ejecutar la suya, porque nunca tuvo intención de hacer mal a nadie, por contrarios enemigos que les sintiese, quitó los indios a Don Diego de Almagro, en cuya posada se recogían los demás a comer, para que, no teniendo que comer, lo fuesen a buscar por otras tierras y se fuesen de aquella ciudad. Este hecho, en lugar de domar a los

de Almagro, los indignó a mayor ira y saña, que es oficio ordinario del rigor y de la tiranía, principalmente con los que no lo merecen. Y así, luego que vieron este mal término que con ellos se usó, en lugar de irse de aquella ciudad, escribieron los de Almagro a otras muchas partes, donde sabían que habían españoles de su bando, para que fuesen a la Ciudad de los Reyes, donde ellos estaban, y les ayudasen en sus pretensiones. Entre los que se mostraban del bando de los Almagros, había muchos que no se habían hallado con él en las guerras pasadas, sino que eran de los nuevamente entrados en la tierra, que unos sin ocasión alguna se aficionaban a la una parte y otros a la otra, como siempre suele acaecer donde quiera que hay bandos. Así se juntaron más de doscientos soldados en la Ciudad de los Reyes, que vinieron a ella de trescientas y cuatrocientas leguas de tierra.

Viéndose tantos juntos de una parcialidad, cobraron ánimo unos con otros, y con alguna libertad procuraron haber armas, que hasta allí no habían osado ni aún mentarlas, porque estaban en son de prisiones. Más por la blanda condición del Marqués, que había disimulado con ellos, se pusieron en toda libertad y trataron de vengar la muerte de Don Diego de Almagro en la persona del Marqués, ya que Hernando Pizarro (que fue el que causó todos aquellos males pasados, presentes y por venir) se había venido a España. Sus tratos y conciertos no fueron tan secretos, que no viniese parte de ellos a noticia de los consejeros del Marqués, los cuales le importunaban con gran instancia castigase aquellos motines y levantamientos, quitando la vida a los más principales, y desterrando del Reino a los demás antes que hiciesen algunos levantamientos en perjuicio suyo y de los de su bando. El Marqués (como dice Agustín de Zárate, libro cuarto, quinto y sexto, por estas palabras) "era tan confiado y de tan buena condición, que respondía que dejasen aquellos cuidados, que harta malaventura tenían, viéndose pobres y vencidos y corridos. Y así confiado Don Diego y su gente en la buena condición y paciencia del Marqués, le iban perdiendo la vergüenza; tanto, que algunas veces los más principales pasaban por delante de él sin quitarse las gorras ni hacerle otro acatamiento ninguno".

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Es así que la pobreza que pasaban era tanta, que hubo camarada de siete soldados que posaban en una posada, y entre todos ellos no había más que una capa, y ésa no nueva sino raída, y con ella salían todos a negociar, por su rueda, aguardando el que había de salir a que volviese el compañero que estaba fuera. Lo mismo era en la comida, que todos juntaban en poder de Juan de Rada los dineros que tenían, y lo que ganaban al juego, para que él fuese tesorero y despensero común de todos ellos. Conforme a la mucha pobreza era también la libertad y desvergüenza que de la mansedumbre y piedad del Marqués cobraron, que, entre otras que hicieron la más desvergonzada fue que una noche ataron tres sogas en la picota que está en la plaza de aquella ciudad, y la una tendieron hacia la casa de Antonio Picado, secretario del Marqués, y la otra a la del doctor Juan Velásquez, que era Alcalde mayor, y la tercera a la casa del mismo Marqués, que fue una soberbia y

desvergüenza, que bastaba para que con las mismas sogas los ahorcaran a todos ellos. Más la nobleza de la condición del Marqués no solamente no hizo castigo ni pesquisa, más antes los disculpaba con los que les acusaban, diciendo que, como gente vencida y aniquilada, hacían aquello a más no poder; que los dejasen, que les bastaba su desventura. Lo cual sabido por los de Chili, en lugar de aplacarse, se desvergonzaron e indignaron más y más, hasta hacer lo que hicieron, que fue matar al Marqués, como luego veremos.

CAPÍTULO VI: Un descomedimiento que precipitó a los de Chili a matar al Marqués, y cómo acometieron el hecho.

Los de Almagro, entre todos sus atrevimientos y desvergüenzas, estaban suspensos, que no sabían a qué determinarse, que, aunque habían acordado de matar al Marqués, por otra parte querían esperar lo que la Majestad Imperial mandaba en el castigo de la muerte de Don Diego de Almagro, porque supieron que Don Diego de Alvarado (que, como dijimos, vino a España a acusar a los Pizarros) había alcanzado juez para la causa; pero también supieron que el poder que el juez llevaba era muy limitado, no para castigar a nadie, ni para remover al Marqués de la Gobernación, sino para hacer información de lo pasado y traerla a España, para que Su Majestad pronunciara el castigo que se había de hacer en los culpados, de lo cual se mostraron muy sentidos los de Almagro, que quisieran un juez pesquisidor que a diestro y a siniestro cortara cabezas, todas las que ellos quisieran nombrar, y confiscara bienes, que les aplicaran a ellos. En esta confusión, acordaron esperar que el juez llegase a ver cómo procedía en su comisión, si era tan limitada como les habían dicho, o más amplia como ellos quisieran, porque como hombres mal intencionados, trataban unos con otros en secreto, diciendo que si el juez no prendía al Marqués luego que llegase, y hacía otros castigos rigurosos, los matarían a entrambos y se alzarían con la tierra, vengándose de la injuria que el Marqués les había hecho y de la omisión que el Emperador había mostrado en castigar delito tan atroz como (les parecía) la muerte de Don Diego de Almagro. Este pensamiento de alzarse con la tierra ejecutaron después, como se verá por la historia.

Por toda la Ciudad de los Reyes era tan público que los de Chili trataban de matar al Marqués, que muchos amigos suyos que lo entendieron, le avisaron de ello. A los cuales, como dice Agustín de Zárate, libro cuarto, capítulo séptimo, por estas palabras, “respondía que sus cabezas guardarían la suya, y tan descuidadamente se trataba, que muchas veces se iba con un sólo paje paseando fuera de la ciudad a unos molinos que labraba. Y a los que le decían qué por qué no traía gente de guarda, respondía que no quería que pensasen o dijesen que se guardaba del Licenciado Vaca de Castro, que venía por juez contra él. Y así los de Chile, para descuidar al Marqués echaron fama que Vaca de Castro era muerto. Y un día lo fue a ver Juan de Rada con algunos de los suyos, y le halló

en un vergel donde le dijo que qué era la causa porque su señoría lo quería matar a él y a sus compañeros. Y el Marqués le respondió con juramento que nunca tal intención había tenido, que antes le habían dicho que ellos le querían matar y que compraban armas para ello. Juan de Rada le respondió que no era mucho, que, pues Su Señoría compraba lanzas, que ellos comprasen corazas para defenderse. Y tuvo atrevimiento para decir esto, porque bien cerca de allí dejaba en retaguardia más de cuarenta hombres muy bien armados. Y también le dijo que para que Su Señoría se asegurase de aquella sospecha, diese licencia a Don Diego y a los suyos para salir de la tierra. Y el Marqués, no tomando ninguna sospecha de aquellas palabras, antes teniendo lástima de ellos, los aseguró con amorosas palabras, diciendo que no había comprado las lanzas para contra ellos. Y luego él mismo cogió unas naranjas y se las dió a Juan de Rada, que entonces por ser las primeras, se tenían en mucho, y le dijo al oído que viese de lo que tenía necesidad, que él lo proveería. Y Juan de Rada le besó por ello las manos, y, dejando tan seguro al Marqués, se despidió de él y se fue a su posada, donde con los más principales de los suyos concertó que el domingo siguiente le matasen, pues no lo habían hecho el día de San Juan, como lo tenían concertado."

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, y lo mismo dice Francisco López de Gómara. De manera que el buen Marqués andaba tan descuidado de que le matasen los de Chili, como ellos ansiosos de matarle, más, como se ha dicho, aguardaban la venida del juez, y ver como procedía en el caso. Esta remisión de los de Almagro trocó en cólera, ira y saña un mal hecho que Antonio Picado, secretario del Marqués, hizo en aquellos días; y fue que como los de Chili hubiesen puesto las sogas en la picota, como atrás se dijo, que la una de ellas le amenazaba, y anduviesen tan desvergonzados y descomedidos contra el Marqués, y que por otra parte no eran más que amenazas y blasonar del arnés sin curar de vestirlo (motejándoles de esta cobardía), sacó puesta en la gorra una medalla de oro muy rica, esmaltada en ella una higa, con una letra que decía: "Para los de Chili." De lo cual se afrentaron e indignaron tanto aquellos bravos soldados, que determinaron ejecutar la muerte del Marqués, sin aguardar la llegada del juez. Y así lo trataron más al descubierto, que hasta entonces, de tal manera que, por vía de un sacerdote que supo en secreto el cómo y cuándo acordaban de matarle, lo entendió el Marqués, y lo trató con el doctor Velásquez, su Alcalde mayor, y con su secretario Antonio Picado. Los cuales le aseguraron del temor diciendo que no había para qué hacer caso de gente tan desventurada, que decían aquellas cosas por entretener su hambre y mala ventura. Pero el Marqués (recelándose, ya fuera de su primera opinión) dejó de ir a misa a la Iglesia Mayor, día de San Juan, año de mil y quinientos y cuarenta y uno, que era el día que habían señalado para su muerte. Lo mismo hizo el domingo siguiente, que fue a veinte y seis de junio, excusándose que estaba mal dispuesto, y era con deseo de encerrarse por algunos días, para dar orden y

remedio con sus amigos y valedores cómo se atajasen las desvergüenzas y atrevimientos de sus contrarios, que eran ya demasiados.

Los vecinos de la ciudad y caballeros principales, luego que oyeron misa aquel domingo, fueron a visitar al Marqués, viendo que había faltado de ella; y como lo hubiesen visto, se volvieron a comer a sus casas. Solamente quedaron con él el doctor Velásquez y Francisco de Cháves, que era un caballero íntimo amigo del Marqués. Los de Chili sintiendo que el Marqués se recataba ya más que hasta entonces, y que los de su bando le visitaban en tanto número, sospecharon que se hacía conciertos de matarlos. Con este temor, como gente desesperada, aquel mismo domingo a la hora que todos comían, y que apenas había acabado de comer el Marqués, salieron por el rincón de la plaza que está a mano izquierda de la Iglesia Catedral, donde posaba Don Diego de Almagro el mozo y los más principales de su valía, y fueron toda la plaza al sesgo, que es bien larga, hasta la casa del Marqués, que estaba al otro rincón de la plaza. Los que fueron eran trece. Los doce de ellos nombra Francisco López de Gómara no más de los nombres, sin decir de dónde eran naturales, que son los que se siguen:

Juan de Rada, que iba por caudillo de los demás; Martín de Bilbao, Diego Méndez, Cristóbal de Sosa, Martín Carrillo, Arbolancha, Hinojeros, Narváez, San Millán, Porras, Velásquez, Francisco Núñez, y Gómez Pérez, que fue el que Gómara no nombra. Fueron por toda la plaza con las espadas desnudas diciendo a grandes voces: "¡Muera el tirano traidor, que ha hecho matar al juez que el Emperador enviaba para su castigo!" La causa que tuvieron para ir tan descubiertos, haciendo tan grande ruido, fue para que la gente de la ciudad, que estaba sosegada en sus casas (entendiendo que eran muchos los que hacían aquel hecho, pues se atrevían a cometerlo tan en público) no osasen salir de sus casas a socorrer al Marqués. Extraño atrevimiento y hecho temerario fue de la manera que lo hicieron, pero la desgracia del Marqués lo ordenó de suerte que salieron los de Don Diego de Almagro con la pretensión que tenían de vengar su muerte, como se verá.

CAPÍTULO VII: La muerte del Marqués Don Francisco Pizarro y su pobre entierro.

Sintiendo el ruido que los del Chili llevaban, algunos indios del servicio del Marqués entraron donde estaba, y le avisaron de la gente que venía y de qué manera venía. El Marqués, que estaba hablando con su alcalde mayor, el doctor Velázquez, y con el capitán Francisco de Cháves, que era como su teniente general, y con Francisco Martín de Alcántara, su hermano materno, y con otros doce o trece criados de casa, con el aviso de los indios sospechó lo que fue. Mandó a Francisco de Cháves que cerrase la puerta de la sala y de la cuadra donde estaban, mientras él y los suyos se armaban para salir a defenderse de los

que venían. Francisco de Cháves, entendiendo que era alguna pendencia particular de soldados, y que bastaría su autoridad a apaciguarla (en lugar de cerrar las puertas como le fue mandado), salió a ellos y los halló que subían ya la escalera. Y turbado de ver lo que no pensó, les preguntó diciendo: "¿Qué es lo que mandan vuesas mercedes?". Uno de ellos le dio por respuesta una estocada. Él, viéndose herido, para defenderse echó mano a su espada; luego cargaron todos sobre él, y uno de ellos le dio una cuchillada tan buena en el pescuezo, que, como dice Gómara, capítulo ciento y cuarenta y cinco, "le llevó la cabeza a cercén y rodó el cuerpo la escalera abajo".

Los que estaban en la sala, que eran criados del Marqués, salieron a ver el ruido, y, viendo muerto a Francisco de Cháves, volvieron huyendo, como mercenarios, y se echaron por las ventanas que salían a un huerto de la casa; y entre ellos fue el doctor Juan Velásquez, con la vara en la boca, porque no le estorbase las manos, como que por ella le hubiesen de respetar los contrarios. Los cuales entraron en la sala, y, no hallando gente en ella, pasaron a la cuadra. El Marqués, sintiéndolos tan cerca, salió a medio armar, que no tuvo lugar a atarse las correas de unas coracinas que se había puesto. Sacó embrazada una adarga, y una espada en la mano. Salieron con él su hermano Francisco Martín de Alcántara y dos pajes ya hombres, el uno llamado Juan de Vargas, hijo de Gómez de Tordoya, y el otro Alonso Escandón, los cuales no sacaron armas defensivas porque no tuvieron lugar de poderlas tomar. El Marqués y su hermano se pusieron a la puerta, y la defendieron valerosamente gran espacio de tiempo, sin poderles entrar los enemigos. El Marqués, con gran ánimo, decía a su hermano: "¡Mueran, que traidores son!".

Peleando valientemente los unos y los otros, mataron al hermano del Marqués, porque no llevaba armas defensivas. Uno de los pajes se puso luego en su lugar, y él y su señor defendían la puerta tan varonilmente, que los enemigos desconfiaban de poderla ganar. Y temiendo que si durara mucho la pelea vendría socorro al Marqués y los matarían a todos tomándolos en medio, Juan de Rada y otro de los compañeros arrebataron en brazos a Narváez y lo arrojaron la puerta adentro, para que el Marqués se cebase en él, y entre tanto entrasen los demás. Así sucedió, que el Marqués recibió a Narváez con una estocada y otras heridas que le dio, de que murió luego. Entre tanto entraron los demás y los unos acudieron al Marqués, y los otros a los pajes, los cuales murieron peleando como hombres y dejaron mal heridos a cuatro de los contrarios.

Viendo solo al Marqués, acudieron todos a él, y le cercaron de todas partes. Él se defendió buen espacio de tiempo, como quien era, saltando a unas partes y a otras, trayendo la espada con tanta fuerza y destreza, que hirió malamente a tres de sus contrarios. Pero como eran tantos para uno solo, y su edad pasaba ya de los sesenta y cinco años, se desalentó de manera que unos de sus enemigos se le acercó y le dio una estocada por la garganta, de que cayó en el suelo, pidiendo confesión a grandes voces. Y caído como estaba, hizo una cruz con la mano derecha, y puso la boca sobre ella, y, besándola, expiró el famoso sobre los

famosos Don Francisco Pizarro, el que tanto enriqueció y engrandeció y hoy engrandece la corona de España y a todo el mundo con las riquezas del Imperio que ganó, como se ve, y como atrás en muchas partes hemos dicho. Y con todas sus grandezas y riquezas acabó tan desamparado y pobre, que no tuvo con qué ni quien lo enterrase, donde la fortuna en menos de una hora igualó su disfavor y miseria al favor y prosperidad que en el discurso de toda su vida le había dado. En confirmación de lo cual, Agustín de Zárate, libro cuarto, capítulo octavo, dice lo que se sigue:

"Así dió el ánima a Dios, muriendo asimismo allí los dos pajes del Marqués; y de parte de los de Chile murieron cuatro y quedaron otros heridos. Y en sabiéndose la nueva en la ciudad, acudieron más de doscientos hombres en favor de Don Diego, porque, aunque estaban apercibidos, no se osaban mostrar hasta ver cómo sucedía el hecho, y luego discurrieron por la ciudad, prendiendo y quitando las armas a todos los que acudían en favor del Marqués. Y como salieron los matadores con las espadas sangrientas, Juan de Rada hizo subir a caballo a Don Diego e ir por la ciudad diciendo que en el Perú ni había otro Gobernador ni Rey sobre él. Y después de saquear la casa del Marqués y de su hermano y de Antonio Picado, hizo al Cabildo de la ciudad que recibiese por Gobernador a Don Diego, so color de la capitulación, que con Su Majestad se había hecho al tiempo del descubrimiento, para que Don Diego tuviese la Gobernación de la Nueva Toledo, y, después de él, su hijo o la persona que él nombrase; y mataron algunos vasallos que sabían que eran criados y servidores del Marqués. Y era tan grande lástima oír los llantos que las mujeres de los muertos y robados hacían.

"Al Marqués llevaron unos negros a la iglesia casi arrastrando, y nadie lo osaba enterrar hasta que Juan de Barbarán, vecino de Trujillo, que había sido criado del Marqués, y su mujer, sepultaron a él y a su hermano lo mejor que pudieron, habiendo primero licencia de Don Diego, para ello. Y fue tanta la prisa que se dieron, que apenas tuvieron lugar para vestirle el manto de la Orden de Santiago, ni ponerle las espuelas según el estilo de los Caballeros de la Orden, porque fueron avisados que los de Chile venían con prisa para cortar la cabeza del Marqués y ponerla en la picota. Y así Juan de Barbarán lo enterró, haciendo luego las honras y exequias, poniendo toda la cera y gastos de su casa. Y dejándolo en la sepultura, fueron a poner en cobro sus hijos, que andaban escondidos y descarriados, quedando los de Chile apoderados de la ciudad.

"Donde se pueden ver las cosas del mundo y variedad de la fortuna, que en tan breve tiempo un caballero que tan grandes tierras y reinos había descubierto y gobernado, y poseído tan grandes riquezas y dado tanta renta y haciendas, como se hallará haber repartido (en respeto del tiempo) el más poderoso príncipe del mundo, viniese a ser muerto sin confesión, ni dejar otra orden en su ánima ni en su descendencia por mano de doce hombres, en medio del día y estando en una ciudad donde todos los vecinos eran criados, deudos y soldados suyos, que a todos les había dado de comer muy prósperamente, sin que nadie le viniese a

socorrer, antes se le huyesen y desamparasen los criados que tenían en su casa. Y que le enterrasen tan ignominiosamente, como está dicho, y que de tanta riqueza y prosperidad como había poseído, en un momento viniese a no haber de toda su hacienda con qué comprar la cera de su enterramiento, y que todo esto le sucediese sobre estar avisado, por todas las vías que arriba hemos dicho y otras muchas, de los tratos que sobre esto había".

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, donde parece que se vuelve a representar la muerte y entierro de Don Diego de Almagro, pues tan semejante fue en todo la una a la otra, para que en todos los sucesos de la vida y muerte ambos fuesen compañeros, como lo juraron cuando hicieron la compañía para ganar aquel Imperio. Que cierto es cosa de notar cuán iguales fueron en todo, como lo dice el mismo Agustín de Zárate, según veremos en el capítulo siguiente. Muchos años después, sosegadas las guerras que en aquel Reino hubo, sacaron de la sepultura los huesos de este valeroso caballero, y, por honrarle como él merecía, los pusieron en una caja, en un hueco que hicieron en el hastial de la Iglesia Catedral de aquella ciudad, a mano derecha del altar mayor, donde yo le dejé el año de mil y quinientos y sesenta cuando vine a España. Fué la muerte del Marqués a veinte y seis de junio del año de mil y quinientos y cuarenta y uno.

Agustín de Zárate, como tan buen historiador, imitando al gran Plutarco, semeja estos dos famosos y desdichados españoles mal pagados del mundo, nunca jamás bastantemente loados. Y comparando el uno al otro, y cotejando las costumbres, vida y muerte de ambos a dos, hace capítulo de por sí, que es el noveno de su libro cuarto, y en el nuestro (que es el tercero de la segunda parte de los *Comentarios*) será el octavo, aunque ajeno. El cual, con su mismo título sacado a la letra, dice así:

CAPÍTULO VIII: "De las costumbres y calidades del Marqués don Francisco Pizarro y del Adelantado Don Diego de Almagro.

"Pues toda esta historia, y el descubrimiento de las provincias del Perú, de que trata, tiene origen de los dos capitanes de que hasta ahora hemos hablado, que son el Marqués Don Francisco Pizarro y el Adelantado Don Diego de Almagro, es justo escribir sus costumbres y calidades, comparándolos entre sí, como hace Plutarco cuando escribe los hechos de dos capitanes que tienen alguna semejanza. Y porque de su linaje está ya dicho arriba lo que se puede saber, en lo demás ambos eran personas animosas y esforzadas y grandes sufridores de trabajo y muy virtuosos, y amigos de hacer placer a todos, aunque fuese a su costa. Tuvieron gran semejanza en las inclinaciones, especialmente en el estado de la vida, porque ninguno de ellos se casó, aunque, cuando murieron, el que menos tenía era de edad de sesenta y cinco años.

“Ambos fueron inclinados a las cosas de la guerra, aunque el Adelantado todavía, faltando la ocasión de las armas, se aplicaba de muy buena gana a las granjerías.

“Ambos comenzaron la conquista del Perú de mucha edad, en la cual, trabajaron como arriba está dicho y declarado, aunque el Marqués sufrió grandes peligros y muchos más que el Adelantado.

“Porque mientras el uno andaba en la mayor parte del descubrimiento, el otro se quedó en Panamá, proveyendo lo necesario, como está contado.

“Ambos eran de grandes ánimos, y que siempre pretendieron y concibieron en ellos altos pensamientos y los pusieron en obra, con padecer muchos trabajos y con ser muy humanos y amigables a su gente. Igualmente fueron liberales en la obra, aunque en las apariencias llevaba ventaja el Adelantado, porque era muy amigo de que se sonase y se publicase lo que daba. Lo cual tenía al contrario el Marqués, porque antes se indignaba de que se supiesen sus liberalidades, y procuraba de las encubrir, teniendo más respeto a proveer la necesidad de aquel a quien daba, que a ganar honra con la dádiva.

“Y así aconteció saber que a un soldado se le había muerto un caballo, y, bajando él al juego de la pelota de su casa, donde pensó hallarle, llevaba en el seno un tejuelo de oro, que pesaba diez libras, para dársele de su mano. Y no hallándole allí, concertóse entre tanto un partido de pelota, y jugó el Marqués sin desnudarse el sayo, porque no le viesen el tejuelo, ni osó sacarle del seno por espacio de más de tres horas, hasta que vino el soldado a quien le había de dar; y secretamente lo llamó a una pieza apartada y se le dio, diciéndole que más quisiera haberle dado tres tanto que sufrir el trabajo que había padecido con su tardanza. Y otros muchos ejemplos se podrían traer de esta calidad. Y por maravilla el Marqués nada daba que no fuese por su propia mano, casi procurando que no se supiese.

“Y por esta razón fue siempre tenido por más largo el Adelantado; porque, con dar mucho, tenía formas como pareciese más. Pero en cuanto a esta virtud de magnificencia, pueden justamente ser igualadas, pues (como decía el mismo Marqués) por razón de la compañía que tenían de toda la hacienda, no daba ninguno nada en que el otro no hubiese la mitad.

“Y así tanto hacía el que lo permitía dar, sabiéndolo, como el que lo daba. Basta para comprobación de esto, que con ser ambos en sus vidas de los más ricos hombres, así de dinero como de rentas, y que más pudieron dar y retener que ningún príncipe sin corona que en muchos tiempos se haya visto, murieron tan pobres que no solamente no hay memoria de estados ni hacienda que hayan dejado, pero que apenas se hallase en sus bienes con qué enterrarlos, como se escribe de Catón y de Sila y de otros muchos capitanes romanos que fueron enterrados de público.

“Ambos fueron muy aficionados a hacer por sus criados y gente, y enriquececerlos y acrecentarlos y librarlos de peligro. Pero era tanto el exceso que en esto tenía el Marqués, que aconteció, pasando un río que llaman de la

Barranca, la gran corriente llevarle un indio de su servicio, de los que llaman *yanaconas*, y echarse el Marqués a nado tras él y sacarle asido de los cabellos, y ponerse a peligro por la gran furia del agua, que ninguno de todo su ejército, por mancebo y valiente que fuera, se osara poner. Y reprendiéndole su demasiada osadía algunos de sus capitanes, les respondió que no sabían ellos qué cosa era querer bien un criado.

"Aunque el Marqués gobernó más tiempo y más pacíficamente, Don Diego fue mucho más ambicioso y deseoso de tener mandos y gobernación. El uno y el otro conservaron la antigüedad, y fueron tan aficionados de ella, que casi nunca mudaron traje del que en su mocedad usaban, especialmente el Marqués, que nunca se vistió de ordinario, sino un sayo de paño negro, con los faldamentos hasta el tobillo y el talle a los medios pechos, y unos zapatos de venado blancos y un sombrero blanco y su espada y puñal a la antigua.

"Y cuando algunas fiestas por importunación de sus criados, se ponía una ropa de martas que le envió el Marqués del Valle de la Nueva España, en viniendo de misa la arrojaba de sí, quedándose en cuerpo, y trayendo de ordinario unas tobajas[36] al cuello, porque lo más del día, en tiempo de paz, empleaba en jugar a la bola y a la pelota, y para limpiarse el sudor de la cara.

"Entre ambos capitanes fueron pacientísimos de trabajo y de hambre, y particularmente lo mostraba el Marqués en los ejercicios de estos juegos que hemos dicho, que había pocos mancebos que pudiesen durar con él. Era mucho más inclinado a todo género de juego que el Adelantado; tanto, que algunas veces se estaba jugando a la bola todo el día, sin tener en cuenta con quien jugaba, aunque fuese un marinero o un molinero, ni permitir que le diesen la bola ni hiciesen otras ceremonias que a su dignidad se debían.

"Muy pocos negocios le hacían dejar el juego, especialmente cuando perdía, sino eran nuevos alzamientos de indios, que en esto era tan presto que a la hora se echaba las corazas, y con su lanza y adarga salía corriendo por la ciudad y se iba hacía donde había la alteración, sin esperar su gente, que después le alcanzaba corriendo a toda furia.

"Eran tan animosos y diestros en la guerra de los indios estos dos capitanes, que cualquiera de ellos sólo no dudaba romper por cien indios de guerra. Tuvieron harto buen entendimiento y juicio en todas las cosas que se habían de proveer, así de guerra como de gobernación, especialmente siendo personas no solamente no leídas, pero que de todo punto no sabían leer ni escribir ni aún firmar, que en ellos fue cosa de gran defecto, porque, demás de la falta que les hacía para tratar negocios de tanta calidad, en ninguna cosa de todas sus virtudes y inclinaciones dejaban de parecer personas nobles, sino en sólo esto, que los sabios antiguos tuvieron por argumento de bajeza de linaje.

"Fué el Marqués tan confiado de sus criados y amigos, que todos los despachos que hacía, así de gobernación como de repartimientos de indios,

[36] Toallas.

libraba haciendo él dos señales, en medio de las cuales Antonio Picado, su secretario, firmaba el nombre de Francisco Pizarro.

"Puédense excusar con lo que excusa Ovidio a Rómulo de ser mal astrólogo, de que más sabía las cosas de las armas que de las letras y tenía mayor cuidado de vencer los comarcanos. Ambos a dos eran tan afables y tan comunes a su gente y ciudad, que se andaban de casa en casa solos, visitando los vecinos y comiendo con el primero que los convidaba.

"Fueron igualmente abstinentes y templados, así en comer y beber como en refrenar su sensualidad, especialmente con mujeres de Castilla, porque les parecía que no podían tratar de esto sin perjudicar a sus vecinos, cuyas hijas o mujeres eran. Y aún en cuanto a las mujeres indias del Perú, fue mucho más templado el Adelantado, porque no se le conoció hijo ni conversación con ellas, como quiera que el Marqués tuvo amistad con una señora india, hermana de Atabáliba, de la cual dejó un hijo llamado Don Gonzalo, que murió de edad de catorce años y una hija llamada Doña Francisca. Y en otra india del Cozco tuvo un hijo, llamado Don Francisco. Y el Adelantado, aquel hijo de quien hemos dicho que mató al Marqués, le había habido en una india de Panamá.

"Recibieron entrambos mercedes de Su Majestad, porque a Don Francisco Pizarro, como está dicho, le dió título de Marqués y Gobernador de la Nueva Castilla, y le dió el hábito de Santiago. Y a Don Diego de Almagro le dió la Gobernación de la Nueva Toledo, y le hizo Adelantado.

"Particularmente el Marqués fue muy aficionado, y temeroso del nombre de Su Majestad, tanto que se abstenía de hacer muchas cosas en que tenía poder, diciendo que no quería que dijese Su Majestad que se extendía en la tierra. Y muchas veces, hallándose en las fundiciones, se levantaba de su silla a alzar los granitos de oro y plata que se caían de lo que saltaba del cincel con que cortaban los quintos reales, diciendo que con la boca, cuando no hubiese otra cosa, se había de allegar la hacienda real. Vinieron a ser semejantes hasta en las muertes, y en el género de ellas, pues al Adelantado mató el hermano del Marqués, y al Marqués mató el hijo del Adelantado.

"También fue el Marqués muy aficionado de acrecentar aquella tierra labrándola y cultivándola. Hizo unas muy buenas casas en la Ciudad de los Reyes, y en el río de ella dejó dos paradas de molinos, en cuyo edificio empleaba todos los ratos que tenía desocupados, dando industria a los maestros que los hacían.

"Puso gran diligencia en hacer la Iglesia Mayor de la Ciudad de los Reyes, y los monasterios de Santo Domingo y la Merced, dándoles indios para su sustentación y para reparo de los edificios". Hasta aquí es de Agustín de Zárate.

Declaremos en el capítulo siguiente lo que este autor dice, y diremos otras excelencias de este caballero, nunca jamás bastantemente loado.

CAPÍTULO IX: La afabilidad del Marqués, y las invenciones que hacía para socorrer a los que sentía que tenían necesidad.

El Marqués Don Francisco no tuvo más que un hijo y una hija, y Gonzalo Pizarro tuvo un hijo, como dijimos en el libro nono, capítulo treinta y ocho, y Zárate los hace todos tres hijos del Marqués. La madre del hijo del Marqués era hija y no hermana de Atahuallpa. La hija hubo en una hija de Huayna Cápac que se llamó doña Beatriz Huaylas Ñusta, como largamente lo dijimos todo en el capítulo alegado.

Y lo que este autor dice, que, habiendo sido estos dos Gobernadores tan ricos, murieron tan pobres que apenas se hallasen en sus bienes con qué enterrarlos, es cierto que no hubo bienes, muchos ni pocos, sino que los enterraron de limosna.

A Don Diego de Almagro enterró un hombre que había sido su esclavo, y al Marqués otro que había sido su criado, como lo dice el mismo autor. Y los que al uno y al otro llevaron a enterrar fueron negros e indios, como lo dicen ambos autores. Y esto baste para que se vea cómo trata y paga el mundo a los que más le sirven, cuando más lo han menester.

El Marqués fue tan afable y blando de condición, que nunca dijo mala palabra a nadie. Jugando a la bola, no consentía que nadie la alzase del suelo para dársela; y si alguno lo hacía, la tomaba y la volvía a echar lejos de sí, y él mismo iba por ella. Alzando una vez la bola, se ensució la mano con un poco de lodo que la bola tenía; alzó el pie y limpió la mano en el alpargate que tenía calzado, que entonces y aún muchos años después, como yo lo alcancé, era gala y bravosidad usar en la milicia alpargates antes que zapatos. Un criado de los favorecidos del Marqués cuando le vió limpiarse al alpargate, se llegó a él y le dijo: "Vuesa Señoría pudiera limpiarse la mano en ese paño de narices que tiene en la cinta, y no en el alpargate." El Marqués, sonriéndose, le respondió: "Dote a Dios, véolo tan blanco, que no lo oso tocar."

Jugando un día a los bolos con un buen soldado, llamado Alonso Palomares, hombre alegre y bien acondicionado (que yo alcancé), el Marqués yendo perdiendo se amohinaba demasiadamente, y reñía a cada bola con el Palomares, de tal manera que fue notado por todos, que su mohina y rencilla era más que la ordinaria; que fuese por alguna pesadumbre oculta o por la pérdida, que fueron más de ocho o nueve mil pesos, no se pudo juzgar. Pasáronse muchos días que el Marqués no los pagó, aunque el ganador los pedía a menudo.

Un día mostrándose enfadado de que se los pidiese tantas veces, le dijo: "No me los pidáis más, que no os los he de pagar." Palomares respondió: "Pues si Vuesa Señoría no me los había de pagar ¿para qué me reñía tanto cuando los perdía?" Al Marqués le cayó en gracia la respuesta, y mandó que le pagasen luego. Jugaba con muchas personas, y a todos juegos, y a muchos convidaba el mismo Marqués a que jugasen con él, cuando sabía que tenían necesidad, por socorrérsela haciéndose perdedizo en el juego, porque no se afrentase el

necesitado si se lo diese de limosna como a menesteroso, sino que antes pareciese que había ganado honra en ser mejor jugador que el Marqués, y que los dineros pareciesen ganados y quitados por fuerza, y no dados por gracia. Cuando jugaba a los bolos con estos tales, daba cinco de corto o de largo, y no derribaba los bolos que podía, porque el otro ganase. Y cuando jugaba a los naipes, que las más veces era a la primera, envidaba el resto con las peores cartas que podía, y si por dicha hacía flux o primera, barajaba sus cartas sin mostrarlas, fingiéndose mohíno de haber perdido. Con estas cosas y otras semejantes se hizo querer tanto, como sus hazañas y generosidades lo merecían.

Gómara, hablando de la muerte de este príncipe y más que príncipe, que no hay título en la tierra que signifique por entero sus grandezas y méritos, dice lo que se sigue, capítulo ciento y cuarenta y cinco: "Era hijo bastardo de Gonzalo Pizarro, capitán en Navarra. Nació en Trujillo y lo echaron a la puerta de la iglesia; mamó una puerca ciertos días, no hallándose quien le quisiese dar leche. Reconocióla después el padre, y traíalo a guardar sus puercos, y así no supo leer; dióles un día mosca a los puercos y perdiólos; no osó tornar a casa, de miedo, y fuese a Sevilla con unos caminantes, y de allí a las Indias. Estuvo en Santo Domingo, pasó a Urabá con Alonso de Ojeda, y con Vasco Núñez de Balboa a descubrir la Mar del Sur, y con Pedrarias a Panamá. Descubrió y conquistó lo que llaman Perú," etc.

Todas son palabras de aquel autor, sobre las cuales había mucho que reprender (si nos fuera lícito), así al que las escribió como al que se las dió en relación, porque no era razón decir cosas tan bajas de un caballero de quien el mismo ha escrito tantas grandezas tan hazañosas en armas, aunque fueran verdades, sino callarlas, cuanto más que no tienen verosimilitud alguna.

Quisiera preguntar al que dió la relación, que de dónde sabía cosas tan menudas del nacimiento de un niño tan pobre, que el mismo dice que lo echaron a la iglesia y que mamó la leche de la bestia, por no haber quien quisiese dársela. Que cuando semejantes cosas suceden en hijos de grandes Reyes y príncipes, aún es mucho que se tenga cuenta con ellas, cuanto más en un niño, desamparado, echado a la puerta de la iglesia. Decir que después de haberle reconocido su padre por hijo lo traía a guardar sus puercos, claramente muestra la envidia y malicia del que dió la relación, porque no se compadece que un caballero tan principal, como fue Gonzalo Pizarro, capitán de hombres de armas en Navarra, padre del Marqués, trajese a guardar puercos al hijo, habiéndolo ya reconocido.

Decir que dió mosca a los puercos, y que se le perdieron, por lo cual no osó volver a casa, de miedo, también arguye mucha malicia del que lo dijo; porque yo, con cuidado particular de este paso, me he informado de muchos labradores y criadores de este ganado, si es verdad que les da mosca, y todos generalmente me han dicho que no hay tal.

La envidia, en las tierras do hay bandos, siempre suele causar semejantes infamias en los hombres más valerosos que en los tales bandos suele haber; que

no pudiendo deslustrar ni apocar sus grandes hazañas, principalmente siendo tan grandiosas y notorias como fueron las del Marqués Don Francisco Pizarro, procuran inventar semejantes novelas en sus nacimientos y crianzas, porque no fueron tan notorias como sus grandezas y magnanimidades.

La verdad de lo que en esto hay es que el Marqués Don Francisco Pizarro, ganador y Gobernador de aquel gran Imperio llamado Perú, fue hijo natural de su padre y de su madre, reconocido por tal desde antes que naciera.

Su padre, el capitán don Gonzalo Pizarro, casó a la madre del Marqués, que era cristiana vieja, con un labrador muy honrado llamado fulano de Alcántara, cuyo hijo fue Francisco Martín de Alcántara, de quien el mismo Gómara dice medio hermano de Pizarro; murió con el Marqués como se ha dicho. Así que de un príncipe tal, que puede igualarse con todos los de la fama, no se permite decir cosas semejantes, aunque fueran verdades. Y con tanto, no pudiendo loar a este gran caballero como él merece, remitiéndome a que sus hazañas y conquistas más que humanas le loen, que la última fue la del Perú, pasaremos adelante nuestra historia.

CAPÍTULO X: Don Diego de Almagro se hace jurar por Gobernador del Perú. Envía sus provisiones a diversas partes del Reino, y la contradicción de ellas.

El Marqués falleció, como se ha dicho, por la demasiada confianza de Francisco de Cháves, que no cerró las puertas como le fue mandado; que a cerrarlas, mientras los contrarios las rompían, tuvieran lugar de armarse los que con el Marqués estaban, y quizá sobrepujaran a los de Don Diego. Pues siendo no más de cuatro, que eran el Marqués y su hermano y sus dos pajes, y mal armados, mataron cuatro como lo dicen los autores, e hirieron otros, de creer es que si estuvieran bien apercibidos bastaban los cuatro y los otros que se echaron por las ventanas a defenderse de los enemigos, y aun a vencerlos, que cuando no alcanzaran la victoria, pudiera llegar el socorro con tiempo. Mas cuando la desgracia viene, mal se remedia por consejos humanos. El negro que Gómara dice que mataron los de Almagro, fue que, sintiendo el tropel que traían peleando con el Marqués, subió por la escalera arriba a ayudar a su señor o morir con él; y cuando llegó a la puerta, sintió que ya lo habían muerto; quiso echar el cerrojo por defuera, para dejarlos encerrados y llamar la justicia. Yendo el negro juntando las puertas, acertó a salir uno de los de dentro, y sintiendo la intención del esclavo arremetió contra él y lo mató a estocadas. Fueron siete los que murieron por parte del Marqués, y entre ellos un criado de Francisco de Cháves. Luego salieron a la plaza los de Almagro con las espadas ensangrentadas, cantando la victoria. Así acabó el buen Marqués, más por negligencia y confianza de los suyos, que no por la pujanza de sus enemigos.

Con el alboroto de su muerte, se levantó un gran ruido por toda la ciudad. Unos que gritaban diciendo: "¡Aquí del Rey, que matan al Marqués!". Otros que a grandes voces decían: "¡Muerto es ya el tirano, y vengada la muerte de Don Diego de Almagro!". En esta vocería y confusión salieron muchos del un bando y del otro, cada cual a favorecer su partido, y en la plaza hubo muchas revueltas y pendencias, donde hubo muertos y heridos. Mas luego cesaron los del bando del Marqués, con la certificación de que era muerto. Los de Chili sacaron a Don Diego de Almagro el Mozo a la plaza, diciendo que no había otro Rey en el Perú sino Don Diego de Almagro. El cual, sosegaba la revuelta de aquel día, se hizo jurar del Cabildo por Gobernador de la tierra, sin que nadie osase contradecirlo, aunque todos los del Cabildo eran del bando contrario; pero no osó nadie hablar ni contradecir lo que pedían los victoriosos. Quitó los ministros que había de la justicia, y puso otros de su bando. Prendió los hombres más ricos y poderosos que en la Ciudad de los Reyes había, porque eran del bando contrario; en suma, se apoderó de toda la ciudad. Tomó los quintos del Rey, que era una grandísima suma la que estaba recogida. Lo mismo hizo de los bienes de los difuntos y de los ausentes, y bien lo hubo menester todo para socorrer a los suyos, que estaban tan pobres como se ha dicho.

Nombró a Juan de Rada por su capitán general. Hizo capitanes a Juan Tello de Guzmán, natural de Sevilla, y a Francisco de Cháves, deudo muy cercano del otro Francisco de Cháves que mataron con el Marqués; que eso tienen las guerras civiles, ser hermanos contra hermanos. Nombró también por capitán a Cristóbal Sotelo, y nombró otros ministros de guerra. A fama de estas cosas, acudieron a la Ciudad de los Reyes todos los españoles que por tierra andaban vagando y perdidos, y así hizo Don Diego más de ochocientos hombres de guerra. Envió a todas las ciudades del Perú, como fue al Cozco, Arequepa, a los Charcas, y por la costa abajo de la mar a Trujillo, y la tierra adentro a los Chachapoyas, a requerir y a mandar absolutamente que le recibiesen por Gobernador de todo aquel Imperio. En una o en dos ciudades le obedecieron, más por miedo que por amor, porque no tenían fuerzas para resistir a cincuenta hombres que Don Diego envió a ellas; las demás ciudades resistieron, como luego diremos.

En el Perú es común lenguaje decir la costa abajo y las costa arriba, no porque haya cuesta que subir y bajar en la costa, que en figura redonda no la puede haber, sino que se dice la costa abajo por la nueva navegación que el viento sur hace en aquella mar a los que vienen del Perú a Panamá, que es como decir cuesta abajo, porque corre allí siempre aquel viento. Y al contrario dicen costa arriba yendo de Panamá al Perú, por la contradicción del mismo viento, que les hace ir forcejeando, como si subiesen cuesta arriba. Juan de Rada proveía todo lo que se ha dicho en nombre de Don Diego muy absolutamente, sin dar parte a los demás capitanes y compañeros que habían sido en la muerte del Marqués, de lo cual nació envidia y rencor en todos los demás principales, y trataron de matar a Juan de Rada.

Sabido el motín, dieron garrote a Francisco de Cháves, que era el principal de la liga, y mataron a otros muchos, y entre ellos a Antonio de Orihuela, natural de Salamanca, aunque era recién llegado de España, porque supieron que por el camino había dicho que eran unos tiranos; y él fue tan mal mirado en su salud, que habiéndolo dicho, se fue a meter entre ellos.

Uno de los ministros de Don Diego envió por la costa a tomar la posesión de aquellos pueblos y hacer gente para su valía y tomar armas y caballos a los vecinos, señores de indios, que favorecían la contraria, que todos los más eran sus enemigos, fue un caballero llamado García de Alvarado, el cual fue a Trujillo, quitó el cargo de justicia a Diego de Mora, aunque era Teniente de Don Diego de Almagro, porque supo que avisaba de todo lo que pasaba a Alonso de Alvarado, que era del bando contrario. Y en la ciudad de San Miguel degolló a Francisco de Vozmediano, y a Hernando de Villegas, e hizo otros grandes desafueros; y mató en Huánucu a Alonso de Cabrera, mayordomo que había sido del Marqués Don Francisco Pizarro, porque juntaba algunos compañeros para huirse con ellos al bando del Rey.

Otro ministro de Don Diego, llamado Diego Méndez, fue a los Charcas, a la villa de la Plata, donde halló el pueblo sin gente, porque los vecinos de él se habían ido por unas partes y por otras a juntarse con los de la ciudad del Cozco para ser con ellos de la parte del Rey, como luego veremos. Diego Méndez tomó en aquella villa mucho oro que los vecinos tenían escondido en poder de sus indios, los cuales en común son tan flacos que, por cualquiera amenaza que les hagan, descubren todo lo que saben.

Tomó asimismo más de sesenta mil pesos de plata acendrada de las minas que llamaron de Porco, que entonces aún no eran descubiertas las de Potocsi. Confiscó y puso en cabeza de Don Diego de Almagro los indios y las haciendas que eran del Marqués Don Francisco Pizarro, que eran riquísimas. Lo mismo hizo de los indios del capitán Diego de Rojas y de Peranzures y de Gabriel de Rojas y de Garcilaso de la Vega, y de todos los demás vecinos de aquella villa, que todos los más eran amigos de los Pizarros. Otro mensajero envió a la provincia de Chachapuya, donde andaba Alonso de Alvarado pacificándola. El cual, luego que vio las provisiones de Diego y sus cartas, aunque en ellas le hacía grandes promesas si le obedecía, y grandes amenazas si le contradecía, dio por respuesta prender al mensajero y persuadir a cien españoles que consigo tenía que siguiesen y sirviesen a Su Majestad, y con el consentimiento de ellos alzó bandera. Y aunque Don Diego le escribió con otros mensajeros, nunca le quiso obedecer; antes respondió que no le recibiría por Gobernador hasta ver expreso mandato de Su Majestad para ello. Y que Su Majestad no lo mandaría, y que él esperaba, con ayuda de Dios y de los suyos, vengar la muerte del Marqués y castigar el desacato que a Su Majestad hasta entonces se había hecho. Todo esto hizo Alonso de Alvarado confiado en la aspereza de aquella provincia, que, como otras veces hemos dicho, es asperísima, y esperaba Alvarado, aunque tenía poca gente, defenderse hasta que se juntasen otros del

bando de Pizarro a servir al Emperador, que bien sabía que habían de acudir muchos. Y así estuvo esperando lo que sucediese, haciendo llamamiento a la gente que por la costa hubiese, donde lo dejaremos por decir de otros que hicieron lo mismo.

Los mensajeros que con las provisiones y poderes de Don Diego de Almagro fueron al Cozco no se atrevieron a hacer de hecho insolencia alguna, como habían hecho en otras partes, que aunque en aquella ciudad había muchos de su valía, había más del servicio del Rey, y eran hombres más principales, ricos y poderosos que tenían reparticiones de indios, y los de Don Diego eran pobres soldados recién entrados en la tierra, que deseaban semejantes revueltas para medrar ellos también. Eran alcaldes a la sazón en aquella ciudad, Diego de Silva, ya otra vez por mi nombrado, hijo de Feliciano de Silva, natural de Ciudad Rodrigo, y Francisco de Carvajal, que después fue maese de campo de Gonzalo Pizarro. Los cuales, habiendo visto las provisiones, por no irritar a los del bando de Don Diego a que hiciesen algún desatino, respondieron, y todo el cabildo con ellos, no contradiciendo ni obedeciendo, y dijeron que para hecho tan solemne era necesario que Don Diego enviara poder más bastante del que envió, y que luego que lo enviase lo recibirían por Gobernador. Esto dijeron con determinación de no recibirle, mas de entretenerle, para que hubiese tiempo y lugar de juntarse los que de su bando estaban ausentes, que los más estaban fuera de la ciudad, en sus repartimientos y minas de oro, que casi todos los repartimientos del Cozco las tienen.

CAPÍTULO XI: Prevenciones que los vecinos del Cozco hacen en servicio de su Rey y las que Don Diego hace en su favor, y el nombramiento de Vaca de Castro en España, por juez de lo sucedido en el Perú.

Gómez de Tordoya, que era de los principales del Cabildo del Cozco, no se halló en la ciudad cuando llegaron las provisiones y poder de Don Diego de Almagro. Era ido a caza siete u ocho días había; los suyos le hicieron mensajero, avisándole de lo que pasaba. Luego que leyó la carta, con el dolor de la muerte del Marqués, que era muy grande amigo y servidor suyo, torció la cabeza al halcón que llevaba, diciendo: “Más tiempo es de guerra a fuego y sangre, que no de caza y pasatiempos”. Porque como hombre discreto, entendió que aquellos sucesos habían de causar grandes revueltas y crueles muertes. Fuése luego a la ciudad y entró en ella de noche por no escandalizar los contrarios, y habló a los más principales de su Cabildo, y les dijo que les convenía convocar la gente de Arequepa y de los Charcas y de toda aquella tierra adelante del Cozco al mediodía, y juntar los españoles que andaban derramados; que hiciesen mensajeros con el aviso de lo que pasaba, y que él sería uno de los correos. Concluido esto, se salió de la ciudad aquella misma noche, y fue en busca del

capitán Nuño de Castro, que estaba cerca de la ciudad, quince o veinte leguas, en sus indios; y ambos despacharon mensajeros a Pedro Anzures y a Garcilaso de la Vega, con aviso de todo lo hasta allí sucedido, y que viniesen al Cozco para juntarse allí todos los servidores de Su Majestad y acudir a su servicio como leales vasallos.

Despachado este recaudo, se partió Gómez de Tordoya a toda diligencia en seguimiento del capitán Pedro Álvarez Holguín que, con más de cien españoles había ido al levante del Collao, a la conquista de unos indios que hay en aquellas partes, que aún hasta ahora no se han conquistado. Con la diligencia que hizo lo alcanzó, y dió cuenta de la muerte del Marqués y cómo Don Diego de Almagro pretendía ser Gobernador de aquel Imperio; que le suplicaba tomase la empresa y el cargo de tan justa demanda en servicio de Dios y del Rey; que hubiese por bien de ser cabeza y caudillo de la gente que se le juntase; y para más le obligar, le dijo que él se ofrecía desde luego a ser el primero y el menor de sus soldados. Pedro Álvarez, viendo la honra que se le seguía, y cuán justa era la demanda, aceptó el partido, y luego alzó bandera por Su Majestad y envió mensajeros a los Charcas y Arequepa, dándoles cuenta de su pretensión, y cómo se iba poco a poco con la gente que tenía hacia el Cozco, para que los que fuesen en pos de él le alcanzasen antes que entrasen en la ciudad. Los mensajeros encontraron muchos de los que venían de Arequepa y de los Charcas, que ya toda la tierra estaba alborotada con la nueva confusa que la fama había llevado de la muerte del Marqués. Los de Arequepa y de los Charcas se juntaron con Pedro Álvarez Holguín, y fueron al Cozco casi doscientos hombres. Lo cual sabido por los que en aquella ciudad había del bando de Don Diego, temiendo no se hiciese en ellos algún riguroso castigo, huyeron una noche más de cincuenta de ellos juntos, con intención de juntarse con Don Diego; no iba entre ellos hombre alguno de cuenta. Tras ellos salieron el capitán Nuño de Castro y el capitán Hernando Bachicao, con veinte arcabuceros a la ligera, y, dándoles una trasnochada, los prendieron, y volvieron al Cozco sin hacerles otro mal.

Entretanto llegó Pedro Álvarez Holguín a la ciudad con la buena compañía que traía, donde venían muchos caballeros muy principales. El Cabildo del Cozco los recibió con mucho contento, y luego, entre los de la ciudad y los que vinieron, se trató elegir capitán general, porque Pedro Álvarez Holguín, entrando en ella, renunció el cargo que traía de capitán. Hubo en la elección alguna tardanza y diversidad, no por pasión sino por comedimiento que entre ellos hubo, porque había muchos caballeros iguales en calidad y que merecían aquel oficio y otros mayores. Más de común consentimiento de los que vinieron, y de los que estaban en la ciudad, fue elegido y jurado Pedro Álvarez Holguín, por Capitán General y Justicia Mayor del Perú: hasta que Su Majestad mandase otra cosa. Pudieron hacer esto con buen título los de aquella ciudad, porque, a falta de Gobernador nombrado por Su Majestad, podía el Cabildo del Cozco (como cabeza de aquel Imperio) nombrar ministros para la guerra y para la justicia, entre tanto que Su Majestad no los nombraba. Eligieron a Gómez de

Tordoya por maese de campo, y a Garcilaso de la Vega y a Pedro Anzures por capitanes de caballo, y a Nuño de Castro y a Hernando Bachicao por capitanes de infantería, y a Martín de Robles por alférez del estandarte real.

Pregonaron guerra contra Don Diego de Almagro, y los vecinos del Cozco se obligaron a pagar a Su Majestad todo lo que Pedro Álvarez Holguín gastase en la guerra, de la hacienda real, con los soldados, si Su Majestad no lo hubiese por bien gastado. Demás de afianzar y obligarse en particular por la hacienda real, los del Cozco ofrecieron sus personas y haciendas; lo mismo hicieron los vecinos de los Charcas y de Arequepa. Y hubo tanta prontitud y buen ánimo en todos al servicio de Su Majestad, que en breve tiempo se juntaron más de trescientos y cincuenta hombres de guerra, capitanes y soldados escogidos: los ciento y cincuenta fueron de a caballo y los ciento arcabuceros y los otros ciento piqueros. Tuvo noticia Pedro Álvarez Holguín que Alonso de Alvarado alzó banderas en los Chachapuyas por el Emperador, de que él y toda su gente recibieron mucho contento, porque temían que toda la tierra de Rímac a Quitu, estaba por Don Diego de Almagro. Supieron asimismo que Don Diego iba al Cozco a darles batalla, y que llevaba más de ochocientos hombres de guerra, lo cual consultado entre los capitanes, les pareció que no era seguro esperarle en el Cozco sino irse a juntar con Alonso de Alvarado por el camino de la sierra, por escusar de encontrarse con Don Diego de Almagro y por ir recogiendo los amigos y servidores que habían sido del Marqués, que andaban huidos de Don Diego por las sierras y montes de aquel largo camino. Con esta determinación salieron del Cozco, dejando en ella la gente inútil, para que pareciese que quedaba por ellos aquella ciudad. Dejáronle nombrada justicia que la gobernase: caminaron bien apercibidos con sus corredores delante, que descubriesen la tierra, con determinación de pelear con Don Diego sino pudiesen hurtarle el cuerpo.

Entre tanto que estas cosas se ordenaban en el Cozco, Don Diego de Almagro y sus capitanes no estaban ociosos en la Ciudad de los Reyes; supieron, por cartas secretas de sus amigos, lo que Pedro Álvarez Holguín había hecho, y cómo determinaba irse por la Sierra a juntarse con Alonso de Alvarado, porque no tenía gente para resistirle. Entonces determinó Don Diego, con el parecer de sus capitanes, que le saliesen al encuentro, para lo cual envió a llamar a toda prisa a su capitán García de Alvarado, que andaba por la costa de Trujillo abajo, juntando gente, armas y caballos. El cual, visto el orden de Don Diego, le obedeció, aunque había determinado ir a los Chachapuyas sobre Alonso de Alvarado, que le parecía serle superior. Con la venida de García de Alvarado, salió Don Diego de la Ciudad de los Reyes para ir al Cozco contra Pedro Álvarez Holguín. Llevó trescientos de a caballo, muy bien aderezados, y ciento y veinte arcabuceros, y más de ciento y sesenta piqueros, que por todos eran casi seiscientos hombres, gente escogida. Entre ellos iban muchos caballeros muy nobles y ricos, de los que prendió Don Diego cuando mató al Marqués.

A la partida (porque no le quedasen enemigos atrás, ni los del bando del Marqués alzasen por cabeza a sus hijos, como los del bando de su padre habían hecho a él), echó de la tierra a los hijos del Marqués y de Gonzalo Pizarro; y para saber si el Marqués había dejado algún tesoro secreto, dió un gran tormento a su secretario Antonio Picado, y, no habiendo sacado nada de él, mandó ahorcarlo, con lo cual le pagaron la medalla que sacó para los de Chili. Hecho esto, caminó para el Cozco, guardando gran orden militar en su viaje.

Dejarlo hemos en su camino, y a Pedro Álvarez Holguín en el suyo, por dar cuenta de lo que Su Majestad Imperial proveyó en España cuando supo las revueltas que en el Perú pasaron, hasta la muerte de Don Diego de Almagro el viejo. Eligió Su Majestad al Licenciado Vaca de Castro, que era uno de los del Consejo Real, para que fuese a hacer información sobre la muerte de Don Diego de Almagro, no innovando cosa alguna en el gobierno del Marqués. Pero también llevaba comisión para que fuese Gobernador de la tierra si el Marqués en el entre tanto muriese. Este insigne varón (como sus obras lo dirán) fue natural de la ciudad de León, de la familia de los Vaca de Castro y Quiñones, apellidos nobilísimos, que entre otras muchas semejantes hay en aquella real ciudad.

Embarcóse en Sevilla para el Perú, y, con dificultades que en este Mar del Norte tuvo, llegó al Nombre de Dios más tarde que se imaginó; de allí pasó a Panamá, donde se embarcó para el Perú en un navío no tan bien aliñado como fuera menester para apresurar el viaje de una comisión tan grave y tan importante como la que llevaba, porque a pocas leguas de su navegación pararon en la costa por serles el viento contrario. Y tanto lo fue, que se les perdió una ancla, y, por falta de ella llevaron las corrientes al navío, y dieron con él en el seno de la Gorgona, por la isla que allí hay de este nombre, malísimo seno para salir de él cualquier navío que en el caiga, principalmente si va hacia el Perú. Por lo cual el Licenciado Vaca de Castro, habiendo esperado si aprovechaban las diligencias que sus marineros hacían para salir del seno, y viendo que todas les eran vanas, acordó irse por tierra, ya que no podía por mar. Fué un camino muy largo y muy trabajoso, donde el Licenciado se detuvo más de lo que quisiera por la aspereza de las montañas, ríos grandes y sierras ásperas, que pasó con falta de salud y de mantenimientos; cuya tardanza también fue parte para que Don Diego de Almagro apresurara la venganza de la muerte de su padre, pues se dilataba el castigo de Su Majestad. Con las dificultades dichas, llegó el Licenciado Vaca de Castro a los términos de Quitu, donde estaba Pedro de Puelles por teniente de Gonzalo Pizarro. Luego que se vió en tierra de su Gobernación, y supo lo que en todo el Perú pasaba (que los bandos habían hecho), escribió a todas partes dando cuenta de su llegada y de los poderes que de Su Majestad llevaba, para que lo recibiesen por su Gobernador. Envió comisión a todas las ciudades del Perú, nombrando por jueces de ellas a los que le informaron que eran personas libres de las pasiones de un bando y del otro.

CAPÍTULO XII: Reciben los del Rímac y otras partes a Vaca de Castro por Gobernador. Perálvarez y los suyos hacen un tratado doble a Don Diego de Almagro y se juntan con Alonso de Alvarado.

Entre las provisiones que despachó el Licenciado Vaca de Castro, la que fue a la Ciudad de los Reyes fue dirigida a Fray Tomás de San Martín, Provincial que entonces era de la orden de Santo Domingo, y a Francisco de Barrionuevo y a Jerónimo de Aliaga, para que entre tanto que él llegaba, entendiesen en la gobernación de aquella ciudad y de las demás que adelante había.

Los despachos se dieron en el Convento de Santo Domingo, pocos días después que Don Diego salió de aquella ciudad, donde (aunque el Padre Provincial estaba ausente, porque Don Diego lo había llevado consigo por autorizar su empresa con tal persona) se juntó el Cabildo de noche, y de común consentimiento obedecieron las provisiones y recibieron al Licenciado Vaca de Castro por Gobernador de aquel Imperio, y a Jerónimo de Aliaga por su teniente, porque también las provisiones venían para él. Hecho este auto, los vecinos se huyeron luego a Trujillo, porque Don Diego estaba cerca y le temían. El cual, sabida la novedad de aquella ciudad, estuvo por revolver sobre ella, y saquearla, quemarla y echarla por tierra, porque tan presto le hubiese negado. Más no se atrevió, porque Pedro Álvarez Holguín no se le pasase entre tanto, que era la presa que él más deseaba hacer y la que más le importaba. Por este miedo siguió su camino, en busca de Pedro Álvarez Holguín, más no le faltaron zozobras, porque, sabiéndose en su ejército que el Gobernador de Su Majestad estaba en la tierra, se le huyeron muchos de los más principales, y entre ellos el Padre Provincial Juan de Saavedra, el factor Illén Suárez de Carvajal, Diego de Agüero y Gómez de Alvarado.

Don Diego pasó adelante con todos estos contrastes; y para mayor pérdida y daño suyo, le adoleció su teniente general Juan de Rada, con lo cual se halló muy confuso, porque ni osaba dejarle, porque sus enemigos no le matasen, ni podía caminar con él, porque su enfermedad le era de mucho impedimento. Más, como pudo, caminó en busca de Pedro Álvarez Holguín, que era su principal demanda. Pedro Álvarez, sabiendo que el enemigo venía cerca y traía mucha más gente que él llevaba, por no poner en aventura aquel caso, porque su ejército pequeño era de mucha importancia para el servicio de Su Majestad, acordó, con el parecer de sus capitanes, que escusasen la pelea con Don Diego y pasasen haciéndole algún trato doble y ardid de guerra. Para lo cual eligieron veinte de a caballo, de los más escogidos que llevaban, y les mandaron que yendo adelante como corredores del campo, hiciesen todas sus diligencias por prender algún soldado de los de Don Diego. Los de a caballo se dieron tan buena maña, que prendieron tres espías de los enemigos. Pedro Álvarez ahorcó los dos de ellos, y al otro le hizo grandes promesas en lo por venir, y que de presente le

daría tres mil pesos en oro, por que volviese al real de Don Diego y avisase a alguno de sus amigos para que fuesen de su bando y le socorriesen en la batalla, porque tenía determinado dar la noche siguiente, de madrugada, en el ejército de Don Diego de Almagro, por la parte del Oriente, que iría por la falda de la sierra nevada (que por allí hay) por ser camino de menos sospecha para pasar por él. Y que a sus amigos hiciese las mismas promesas de dádivas y mercedes, que a todos se les cumpliría muy largamente, como lo merecía el servicio que en aquello hacían al Emperador y Rey, su señor.

Tomáronle juramento, y pleito homenaje para que no lo descubriese a nadie, diciéndole que fiaban de él sus mayores secretos, como de tan buen amigo. El soldado se fue a Don Diego. El cual, sabiendo que habían ahorcado a los otros dos y a éste dejado libre sin causa legítima, sospechó mal de ello, y lo prendió y lo hizo atormentar. El soldado confesó el secreto que le habían comunicado, y cómo pensaba Perálvarez acometerle por una atraviesa de una falda de sierra nevada, porque decía que sus enemigos, teniendo por imposible el paso, estarían descuidados de su ida. Don Diego, viendo que aquel soldado hacía el oficio de espía doble, lo mandó ahorcar; y dando crédito a sus palabras (que era lo que sus enemigos pretendían) se fue a poner con su gente al paso de la sierra nevada, donde estuvo tres días sufriendo mucho frío y entre tanto se le pasó Pedro Álvarez Holguín. Don Diego le siguió algunas leguas, más viendo que no podía alcanzarle, volvió su camino para el Cozco. Pedro Álvarez, siguiendo el suyo, se juntó con Alonso de Alvarado, donde los unos y los otros se recibieron con mucho contento y regocijo, porque los demás y casi todos eran de los que entraron en la tierra con Don Pedro de Alvarado, y había entre ellos aquella primera hermandad. Luego escribieron de común consentimiento al Licenciado Vaca de Castro, dándole cuenta de todo lo sucedido y suplicándole se diese prisa a caminar, que era necesaria su presencia. El cual, luego que despachó los recaudos que atrás dijimos, se fue a la ciudad de Quitu, por llevar por delante la gente que por allí hubiese. Salió a recibirle Lorenzo de Aldana, que era teniente de Gobernador en Quitu por el Marqués, y Pedro de Puelles, que era teniente de Gonzalo Pizarro, hizo lo mismo; y el capitán Pedro de Vergara, que andaba conquistando la provincia llamada Pacamuru, que los españoles llaman Bracamoros, salió también a recibir al Licenciado Vaca de Castro, desamparando un pueblo que había fortificado para defenderse de Don Diego de Almagro, si fuese o enviase gente contra él.

Antes que el Licenciado Vaca de Castro saliese de Quitu, envió a Pedro de Puelles delante, a Trujillo, para que en aquella ciudad y su comarca apercibiese lo necesario para la guerra. Envió asimismo a Gómez de Rojas, natural de la villa de Cuéllar, con sus poderes, para que fuese a toda diligencia al Cozco, y de allí procurase lo recibiesen por Gobernador. El cual se dió tanta prisa, que llegó al Cozco antes que Don Diego de Almagro, que se había detenido en Sausa con la enfermedad y muerte de Juan de Rada, que fue en aquella provincia. Gómez de Rojas fue bien recibido en el Cozco, y obedecidas las provisiones, y el

Gobernador admitido por tal, porque los de aquella ciudad se estaban en la obediencia y servicio de Su Majestad, como Pedro Álvarez Holguín los dejó. El Licenciado Vaca de Castro salió de Quitu y fue a Trujillo. Por el camino, muchos hombres nobles de los que andaban derramados por la tierra y muchos soldados que deseaban servir a Su Majestad salieron a recibirle. Y Pedro Álvarez y los suyos que estaban ya en Trujillo, acordaron enviar al camino dos personajes, que, en nombre de todos ellos fuesen a dar la obediencia al Gobernador de Su Majestad, que así le llamaremos de aquí adelante.

Nombraron para esta embajada a Gómez de Tordoya y a Garcilaso de la Vega. Con los cuales holgó mucho el Gobernador, por ver que de día en día se iba mejorando su partido, que con los que se le habían juntado cuando llegó a Trujillo llevaba más de doscientos soldados, y entre ellos los que se le huyeron a Don Diego de Almagro, que fueron el Padre Provincial, Illén Suárez de Carvajal, Gómez de Alvarado, Juan de Saavedra, Diego de Agüero, que eran muy principales en la tierra, sin otros muchos que con ellos se juntaron. En Trujillo fue recibido el Gobernador, con la solemnidad militar que en las guerras se usa, con músicas y ruido de trompetas, pífanos y atambores y mucha salva de arcabuces, y no con solemnidad de paz, porque no se trataba de leyes, sino de armas.

CAPÍTULO XIII: El Gobernador elige capitanes. Envía su ejército delante. Provee otras cosas necesarias en servicios de Su Majestad. Cuéntase la muerte de Cristóbal de Sotelo por García de Alvarado y la de García de Alvarado por Don Diego de Almagro

Pedro Álvarez Holguín y sus capitanes y soldados, demás de la obediencia que en ausencia dieron al Gobernador, le obedecieron de nuevo con solemne auto público por escrito, y le entregaron el ejército, deponiendo los capitanes sus oficios y banderas en sus manos. Lo mismo hicieron los regidores y la justicia de aquella ciudad de Trujillo. El Gobernador los recibió como debía, y de nuevo, en nombre de Su Majestad, les confirmó a todos en los oficios de paz y de guerra que antes tenían. Nombró seis capitanes de a caballo, que fueron Pedro Álvarez Holguín y Alonso de Alvarado, Pedro Anzúrez, Gómez de Alvarado, Garcilaso de la Vega y Pedro de Puelles. Nombró por capitanes de arcabuceros a Pedro de Vergara y a Nuño de Castro, y a Juan Vélez de Guevara, "que, con ser letrado, era muy buen soldado y hombre de tanta industria, que él mismo había entendido en hacer los arcabuces, con que se hizo la gente de su compañía, sin que por esto dejase de entender en las cosas de las letras, porque, así en este tiempo como en las revueltas de Gonzalo Pizarro (que adelante se tratará), aconteció ser nombrado por Alcalde, y hasta medio día andaba en hábito de letrado, honestamente compuesto, y hacía sus audiencias y libraba los negocios,

y de medio día abajo se vestía en hábito de soldado con calzas y jubón de colores, recamado de oro y muy lucido, y con pluma y cuera, y su arcabuz al hombro, ejercitándose él y su gente en tirar.”

Hasta aquí es de Zárate, libro cuarto, capítulo quince, donde muestra bien que se pueden ejercitar juntamente ambos oficios por los capaces de ellos. Nombró a Hernando Bachicao por capitán de piqueros, y a Francisco de Carvajal por sargento mayor, el que después fue maese de campo de Gonzalo Pizarro. Nombró por maese de campo a Gómez de Tordoya, y el estandarte real reservó para sí por hacer oficio de general. Con los capitanes y ministros nombrados, envió el Gobernador su ejército delante, en que iban por todos setecientos hombres: los trescientos y setenta arcabuceros y ciento y sesenta piqueros, y los demás de caballo. Mandó que el capitán Pedro de Puelles fuese delante con treinta de a caballo descubriendo el campo, y fuese por el camino de la sierra y no pasasen de Sausa, sino que le esperasen allí, porque él pretendía ir por la costa a la Ciudad de los Reyes. Ordenó asimismo que Diego de Mora quedase por teniente de Gobernador y por capitán para la guerra.

Proveído esto, fue a la Ciudad de los Reyes, donde recogió las armas y la gente que de todas partes le acudían. Y dejando en ella por su teniente a Francisco de Barrionuevo, y por capitán de la mar a Juan Pérez de Guevara, se partió para Sausa en seguimiento de su ejército. Dejó mandado que si Don Diego de Almagro bajase a la Ciudad de los Reyes, el capitán Juan Pérez de Guevara y el Teniente Francisco de Barrionuevo embarcasen, en los navíos que en el puerto había, las mujeres y hijos de los vecinos de aquella ciudad, y la gente inútil de ella, porque el enemigo no los maltratase, que él vendría en seguimiento de Don Diego.

Dejarlo hemos en su camino por decir lo que entre tanto sucedió en el Cozco entre los Almagros que no se contentaban la discordia de echar fuego en ambos bandos, sino que la envidia ayudaba a meter cizaña y derramar sangre en un mismo bando, y en los mayores y más principales de él, porque no se contentan estas fieras con los menores. Yendo caminando Don Diego de Almagro hacia el Cozco, como atrás dijimos, eligió por muerte de Juan de Rada, a Cristóbal de Sotelo y a García de Alvarado para consejeros y ministros más allegados a su persona y de más autoridad en su ejército. Envió delante a Cristóbal de Sotelo con gente escogida, para que fuese al Cozco y tomase la posesión de aquella ciudad, y la redujese a su devoción y servicio, para que lo recibiese cuando él fuese a ella. Sotelo cumplió su mandato, y se entró en el Cozco, porque no halló defensa que le pudiese resistir. Quitó los ministros de justicia que Pedro Álvarez dejó, y puso otros de su bando. Recogió el bastimento que pudo, que lo daban los indios al un bando y al otro, de lo que ellos habían de comer, y se quedaban a morir de hambre. Don Diego, llegado al Cozco, hizo mucha pólvora y muy fina, porque en aquel distrito hay salitre más fino que en otra parte del Perú. Fundió artillería con la industria y buena maña de ciertos levantiscos, que así llaman en Indias a los griegos, los cuales le

acudieron de muy buena voluntad, por respeto de Pedro de Candía, que, por los agravios que atrás dijimos que Hernando Pizarro le hizo, se había pasado al bando de Don Diego de Almagro. Hicieron mucha y muy buena artillería, que también hay en aquel Imperio mucho metal para ella; hizo capitán de la artillería a Pedro de Candía. Hicieron asimismo los levantiscos, con la ayuda de los indios plateros, muchos morriones y coseletes de plata y cobre mezclado, que salieron muy buenos. El príncipe Manco Inca, que estaba en las montañas desterrado por su voluntad, acordándose de la amistad que con Don Diego de Almagro el viejo tuvo, quiso favorecer a su hijo no más de con lo que tenía en su poder, que eran cotas, coracinas, celadas, lanzas y espadas, sillas jinetas, despojos de los españoles, que los indios, durante el cerco del Cozco, mataron por los caminos.

De todo lo cual envió el Inca a Don Diego mucha cantidad, que de solo cotas y coracinas le llevaron doscientas piezas. En medio de estas prosperidades que Don Diego sentía, que todo se le ordenaba mejor que él lo podía pedir, le sucedió un caso de los que la discordia en todas partes procura sembrar. Y fue que como Cristóbal de Sotelo y García de Alvarado eran las cabezas y miembros principales de aquel ejército, en lugar de unirse y confirmarse para acertar mejor las cosas que ordenaban y proveían para haber aquel Imperio, como lo pretendían, se desavenían en toda cosa por pequeña que fuese. De lo cual resultó que andaban ya poco menos que enemigos declarados, porque en sus pechos y entrañas ya lo estaban, y de tal manera que un día acertaron a reñir en pública plaza. Anduvieron en la pendencia tan ejecutivos, que, donde pensaron que no fuera nada, mató García de Alvarado a Cristóbal de Sotelo. Y como eran los dos tan principales, tenían muchos amigos que acudieron a la pendencia, donde hubo grande alboroto y se mataran muchos si Don Diego no acudiera. El cual, con palabras muy mansas y discretas, apaciguó los bandos, pero no dejó de sentir mucho la muerte de Sotelo, porque en todas ocasiones le acudía con mucho ánimo y prontitud; pero disimuló por entonces, reservando el castigo para cuando se ofreciese ocasión. Lo cual no dejó de sospechar García de Alvarado, porque Don Diego, por mucho que procuraba disimular su enojo, no podía encubrirlo tanto que García de Alvarado no lo sintiese. De donde resultó que, temiendo su mal, y viendo que no podía hallar remedio para aplacar a Don Diego, andaba muy recatado. Más viendo que su recato a la corta o a la larga no le había de aprovechar, determinó matarle, para con su muerte alcanzar del Gobernador perdón de sus delitos y de sus amigos. Y consultándolo con algunos de ellos, de los más confiados, acordaron que García de Alvarado hiciese un banquete solemne y convidase a Don Diego, que, teniéndole en su casa y entre sus amigos, le podrían matar fácilmente. Convidaron a Don Diego para tal día, y él aceptó el convite, por no dar a entender su pasión tan al descubierto; pero imaginando, como discreto que era, lo que podía ser, se fingió mal dispuesto el día del banquete, para no ir a él. En este paso dice Agustín de Zárate lo que se sigue:

“Y como esto vió García de Alvarado, que todo lo necesario tenía puesto a punto, determinó ir, bien acompañado de sus amigos, a importunar a Don Diego que fuese al convite. Y en el camino le sucedió que, diciendo él a un Martín Carrillo a lo que iba, le respondió que no fuese, de su parecer, allá, porque entendía que lo habían de matar. Y otro soldado le dijo casi lo mismo, lo cual todo no bastó para que dejase de ir. Y Don Diego estaba echado sobre la cama, y dentro del aposento tenía ciertos caballeros armados secretamente. Y como García de Alvarado entró con su gente en la recámara, le dijo: ‘Levántese Vuesa Señoría, que no será nada la mala disposición, e irse a holgar un rato; que aunque coma poco, haránnos cabeza’. Don Diego dijo que le placía, y pidiendo su capa se levantó, porque estaba recostado en cuerpo, con su cota y espada y daga. Y comenzando a salir por la puerta de la cámara toda la gente, cuando llegó García de Alvarado que iba delante de Don Diego, Juan de Rada, que tenía la puerta, la cerró, porque era de golpe, y se abrazó con García de Alvarado, y dijo: ‘¡Sed preso!’. Y Don Diego echó mano a su espada y le hirió, diciendo: ‘¡No ha de ser preso, sino muerto!’. Y luego salieron Juan Balsa y Alonso de Saavedra y Diego Méndez, hermano de Rodrigo Ordóñez, y otros de los que estaban en retaguardia, y le dieron tantas heridas que lo acabaron de matar. Y sabido por la ciudad, comenzó a haber algún alboroto. Pero como Don Diego salió a la plaza, apaciguó la gente, caso que huyeron algunos amigos de García de Alvarado,” etc.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, libro cuarto, capítulo catorce. Y lo mismo dice Francisco López de Gómara, casi por las propias palabras, capítulo ciento y cuarenta y nueve. El otro soldado que Zárate dice que avisó a García de Alvarado que no fuese, y no le nombra, se llama Agustín Salado. Y decir que Juan de Rada cerró la puerta, fue yerro de pluma, porque en otra parte ha dicho que murió en Sausa, como ello fue. El que la cerró se llamaba Pedro de Oñate, y por este servició hecho tan a tiempo, le hizo Don Diego su maese de campo.

CAPÍTULO XIV: Don Diego de Almagro sale en busca del Gobernador, y Gonzalo Pizarro, habiendo pasado increíbles trabajos, sale de la Canela.

Algunos días después de apaciguada la muerte de García de Alvarado, determinó Don Diego salir al encuentro al Gobernador Vaca de Castro, porque supo que había salido de la Ciudad de los Reyes en demanda suya. Quería darle a entender que no le temía, antes debía ser temido de él por la mucha y muy lucida gente que tenía, que eran setecientos españoles, los doscientos arcabuceros, y doscientos y cincuenta piqueros, entre los cuales muchos llevaban alabardas; tuvo doscientos cincuenta caballos armados con cotas y coracinas, y muchos de ellos con los arneses que labraron. Gente como dice Gómara, capítulo ciento y cuarenta y nueve, “tan bien armada no la tuvo su

padre ni Pizarro. Tenía también mucha artillería y buena, en que confiaba, y gran copia de indios," etc.

Hasta aquí son palabras de Gómara. Poco más abajo dice: "Llevó por su general a Juan Balsa y por maese de campo a Pedro de Oñate," etc.

Con esta gente y aparato salió Don Diego de Almagro en busca del Gobernador Vaca de Castro para darle batalla. Caminó cincuenta leguas hasta ponerse en la provincia que llaman Villca, donde supo que no estaba el ejército real treinta leguas de allí.

Dejaremos los unos y los otros para volver a Gonzalo Pizarro, que lo dejamos a él y los suyos en mayores trabajos y necesidades, pues peleaban con ríos caudalosísimos, con los cienos y pantanos que no se podía vadear, con montañas increíbles de bravas y ásperas, donde hay árboles tan grandes, como lo dice Gómara en el fin del capítulo ochenta y cinco, contando el descubrimiento que Vicente Yáñez Pinzón hizo de aquella tierra. Y habiendo contado lo que en ella sucedió al descubridor, dice, por última de las monstruosidades que en ella vieron, estas palabras:

"Trajeron los descubridores cortezas de ciertos árboles que parecía canela, y un cuero de aquel animal que mete los hijos en el pecho, y contaban por gran cosa haber visto árbol que no le abrazaran diez y seis hombres," etc.

Sin estas dificultades, peleaban los del Gonzalo Pizarro con la hambre, enemiga cruel de hombres y animales, que tantos de ellos ha consumido en aquella tierra inhabitable. Gonzalo Pizarro, como atrás dijimos, acordó volverse al Perú, apartándose del río al septentrión de él y caminó por tierras y montañas, no mejores que las pasadas, donde abrían los caminos a fuerza de brazos, comiendo yerbas y raíces y fruta silvestre; y era muy poca la que hallaban, y cuando la hallaban se tenían por bienandantes. Por lagos, ciénagas y pantanos pasaban los enfermos y desflaquecidos a cuestas; y el que más trabajaba en todo esto era Gonzalo Pizarro y sus capitanes, por dar ánimo y fuerza a los suyos a que les imitasen. Así caminaron más de trescientas leguas, sin salir de las dificultades que hemos dicho, ni menoscabárseles los trabajos que se han referido, donde podrá cada uno imaginar cuántos y cuán grandes serían los que pasaron en las cuatrocientas leguas de ida y en estas trescientas de vuelta, donde fue la hambre tanta, que, para resistirla, fueron matando los caballos, como les iba forzando la necesidad, hasta que los acabaron todos. Y antes se habían comido los lebreles y alanos que llevaban, que como en nuestra *Florida* dijimos, han sido de mucho provecho en las conquistas de las Indias: comiéronselos todos. Y como dice Gómara, capítulo ciento y cuarenta y cuatro, "estuvieron por comerse los españoles que morían, conforme al mal uso de los bárbaros de aquellas montañas," etc.

Perecieron de hambre muchos indios y españoles, que, aunque la carne de los caballos se repartía por todos, era poca; los sustentaban con la yerba que comían, pero, faltándoles aquel socorro, morían más aprisa; quedábanse por los caminos, indios y españoles de tres en tres y de cuatro en cuatro, más y menos,

metidos por aquellas montañas, vivos, que no podían caminar (como dijimos de la jornada de Garcilaso de la Vega), que los desamparaban a mas no poder.

Uno de los trabajos mayores que sintieron y pasaron fue la falta de la sal, que, en más de doscientas leguas, como dice Zárate, libro cuarto, capítulo quinto, no hallaron rastro de ella, que, como iban por tierras inhabitables, ni la hallaban, ni había quien les dijese con qué podrían socorrer la falta de la sal, que los relajaba y los descoyuntaba para no poderse valer, ni trabajar, ni caminar; y así se quedaban vivos, podridos y hediendo, como dijimos en la *Historia de la Florida*, en otra necesidad de sal que allí tuvieron. Con las muchas aguas del cielo y de la tierra, andaban siempre mojados, y se les pudrió la ropa de vestir, cuanta llevaban; vinieron a andar en cueros, del mayor al menor, sin tener con qué cubrirse. Las vergüenzas cubrían con hojas de árboles, de que hacían unos cintos que les rodeaba todo el cuerpo y les cubría atrás y adelante. Valíales mucho para poder pasar la desnudez ser aquella región muy caliente; pero zarzas, espinas y otras matas de aquellas bravas montañas (que cortaban a golpe de hacha) los maltrataron cruelmente con garranchos, que parecían ir desollados.

Fueron tantos y tan crueles los trabajos y falta de comida que Gonzalo Pizarro y los suyos pasaron, que murieron de hambre (que fue la plaga que los consumió) los cuatro mil indios que entraron en este descubrimiento, y entre ellos el indio querido de Gonzalo Pizarro, que quitó las lanzas a los dos caballeros, como atrás queda dicho; cuya muerte sintió y lloró Gonzalo Pizarro, como si fuera la de uno de sus hermanos y así lo dijo muchas veces. Murieron asimismo doscientos y diez españoles, de trescientos y cuarenta que entraron, sin los cincuenta que llevó Francisco de Orellana. Los ochenta que quedaron vivos (pasadas las trescientas leguas de montañas) llegaron a unas tierras más abiertas de monte, de menos aguas, donde hallaron alguna caza de aves y animales, entre las cuales habían venados, de los cuales mataron los que pudieron con las ballestas y con los arcabuces, con alguna pólvora que pudieron reservar; de cuyos pellejos hicieron calzoncillos cortos, siquiera para cubrir las vergüenzas, que para más no había. Las espadas llevaban sin vaina, todas hechas una herrumbre, y ellos a pie y descalzos, tan negros, secos y flacos, que unos a otros no se conocían; así llegaron a los términos de Quitu. Besaron la tierra dando gracias a Dios que les hubiese escapado de tantos y de tan grandes trabajos y peligros. Entraban en la comida con tanto deseo de hartarse, que fue necesario que ellos mismos se tasasen para no reventar de ahitos. Otros que eran de diferente complexión, no podían comer lo que quisieran, porque el estómago habituado al ayuno y abstinencia, no quería recibir lo que le daban.

Avisaron de la ciudad de Quitu de cómo iban, lo cual (con las guerras de Don Diego de Almagro, donde habían acudido los más principales de sus vecinos) estaba medio despoblada. Pero ésos que habían se esforzaron a enviar ropa de vestir a Gonzalo Pizarro y a los suyos, que era la necesidad mayor que traían; más como los de la ciudad eran pocos, y con las guerras había falta de mercaderes, no pudieron juntar toda la ropa que quisieran.

Juntaron seis vestidos, acudiendo cada uno con lo que tenía, capa o sayo, jubón o calzas, gorra o sombrero y camisas, siquiera para que se vistiera Gonzalo Pizarro, y otros cinco de los más principales; porque para todos fue imposible enviarles recaudo.

Lleváronles una docena de caballos, que no hubo más, porque todos los habían llevado cuando fueron a servir a Su Majestad contra Don Diego de Almagro. Con los caballos enviaron mucha comida; quisieran enviarles todos los regalos del mundo, porque Gonzalo Pizarro fue uno de los más bien quistos que hubo ni habrá en el Perú, que con su nobilísima condición se hacía querer de los extraños, cuanto más de los suyos.

Eligieron una docena de los más principales que en la ciudad había que llevasen aquel recaudo. Ellos fueron, y hallaron a Gonzalo Pizarro más de treinta leguas de la ciudad, donde los unos y los otros se recibieron con mucho regocijo y muchas lágrimas, que no se determinó entonces de cual de estas dos cosas hubo más abundancia. Gonzalo Pizarro y los suyos recibieron a los de Quitu con grandísima fiesta y regocijo, porque en los trabajos pasados nunca imaginaron verse en aquel punto. Los de la ciudad lloraron de lástima y de dolor de ver cuales venían y de saber que los que faltaban habían perecido de hambre, y que los más quedaron, vivos, desamparados por aquellas montañas. Consoláronse unos a otros, viendo que en lo pasado no había remedio y que las lágrimas aprovechaban poco.[37]

CAPÍTULO XV: Gonzalo Pizarro entra en Quitu. Escribe al Gobernador ofreciéndole su persona y su gente, y lo que se le responde. Y los partidos que el Gobernador ofrece a Don Diego de Almagro.

Gonzalo Pizarro y sus capitanes y soldados recibieron las dádivas y el regalo con el agradecimiento debido. Más viendo que en los vestidos y cabalgaduras no había más que para los capitanes, no quisieron (como lo dice Zárate, libro cuarto, capítulo quinto) mudar traje, ni subir a caballo, por guardar en todo igualdad, como buenos soldados, y en la forma que hemos dicho, entraron en la ciudad de Quitu una mañana, yendo derecho a la Iglesia a oír misa y dar gracias a Dios, que de tantos males los había escapado."

Hasta aquí es de Zárate, donde falta lo que se sigue, que lo oí a personas que lo vieron. Y fue que los doce personajes que llevaron el presente a Gonzalo Pizarro, viendo que ni él ni sus capitanes no habían querido vestirse, ni subir en los caballos, y que determinaban entrar en la ciudad así como iban, desnudos y descalzos, acordaron ponerse ellos también en el mismo traje, desnudos y

[37]La expedición al país de la Canela realizada por Gonzalo Pizarro, ha sido narrada extensa y minuciosamente por Pedro Cieza de León en la 5.ª parte de su *Crónica General del Perú*, que lleva el título de *Guerra de Chupas*. Véase los Capítulos XIX al XXIII, Edición de Madrid, 1881.

descalzos, por participar de tanta honra, fama y gloria como merecían los que habían pasado, sufrido y vencido tantos y tan grandes trabajos. Y así entraron todos igualmente, lo cual fue muy agradecido de la ciudad a sus embajadores. Oída la misa, recibieron a Gonzalo Pizarro con las fiestas que le pudieron hacer, mezclada de contento y regocijo de verle vivo a él y a los suyos, y de lástima y dolor de verlos tales. Fué esta entrada a los principios de junio del año de mil y quinientos y cuarenta y dos, habiendo gastado en la jornada dos años y medio de tiempo, aunque un autor, por yerro de letra, dice que tardaron en ir y volver año y medio. Pararon en la ciudad, donde cada uno remedió su necesidad como mejor pudo; y Gonzalo Pizarro, habiendo sabido la muerte del Marqués su hermano, y el levantamiento de Don Diego de Almagro y su inobediencia contra Su Majestad, y la venida del Licenciado Vaca de Castro por Gobernador de aquel Imperio, y que iba contra Don Diego con gente armada, con todos los amigos y valedores del Marqués su hermano, pareciéndole que no era razón que él faltase del servicio de Su Majestad y de la compañía de todos aquellos caballeros, que los más habían sido sus compañeros y camaradas, escribió al Gobernador, dándole cuenta de su viaje y ofreciéndole su persona y su gente para servirle como uno de sus soldados.

El Gobernador le respondió admitiendo su voluntad y buen ánimo en el servicio de Su Majestad, para remunerársele en su nombre, y agradeciendo muy mucho de su parte el socorro que con su persona y con gente tan calificada en los trabajos de la milicia le ofrecía. Pero que de su parte le rogaba, y en nombre de Su Majestad le mandaba, se estuviese en Quitu y descansase de los trabajos pasados; que a su tiempo le avisaría para que fuese a servir a Su Majestad.

No quiso el Gobernador que Gonzalo Pizarro fuese a su ejército, porque no desconfiaba de hacer algún buen partido con Don Diego de Almagro y no quería venir a rompimiento de batalla, porque temía que, según aquellos bandos estaban apasionados, la pelea había de ser destrucción de los unos y de los otros, y quería, como prudente, escusar la mortandad de tantos.

Parecíale que si Gonzalo Pizarro estuviese en su ejército, Don Diego no querría aceptar ni escuchar partido alguno de los que le ofreciesen, ni osaría meterse en poder del Gobernador, temiendo que Gonzalo Pizarro no hiciese alguna cruel venganza en él, porque sabía cuán bien quistó era de todos y que forzosamente había de ser el todo de aquel ejército.

Esta fue la intención del Gobernador. Algunos maliciosos no admitiéndola por bastante, decían que temía que si Gonzalo Pizarro viniese al real, de común consentimiento le alzarían por General, según era amado de todos, y también por su esfuerzo y valentía y su mucha soldadesca.

Gonzalo Pizarro obedeció lo que el Gobernador le envió a mandar, y se estuvo en Quitu hasta que se acabó aquella guerra. También envió a mandar el Gobernador a los que tenían cargo de los hijos del Marqués y de Gonzalo Pizarro, que se estuviesen, como se estaban en las ciudades de San Miguel y Trujillo, sin traer sus pupilos a la Ciudad de los Reyes, hasta que otra cosa se les

mandase. Decía que estaban más seguros y más pacíficas por allá lejos que no cerca. También decían a esto los murmuradores que lo hacía por alejarles de sí, aunque eran niños.

El Gobernador, habiendo dado la orden que se ha dicho, caminó hacia Huamanca, porque le dijeron que Don Diego venía ya cerca de aquella ciudad y que pretendía entrarse dentro, porque le tenían por lugar fuerte, por estar cercado de todas partes de grandes barrancas y hondas quebradas y tener malos entraderos. Envió delante al capitán Castro con sus arcabuceros, para que tomase una cuesta muy áspera que hay en aquel camino, que los indios llaman *Farcu*, y los españoles Parcos. En el camino tuvo nueva el Gobernador que Don Diego había entrado ya en la ciudad, lo cual sintió mucho porque se le aventajaba en el sitio, y su gente aún no había llegado toda, que iba caminando a la hila.

Alonso de Alvarado volvió a recogerla, y con la prisa que les dió llegaron todos a donde el Gobernador estaba. Muchos de ellos habían caminado aquel día por darse prisa, unas cuatro leguas, y otros cinco y otros seis, y llegaron muy cansados por las asperezas del camino. Estuvieron toda la noche en escuadrón, porque tuvieron nueva que el enemigo estaba dos leguas de allí. Más otro día supieron, de los corredores del campo, que la nueva pasada era falsa y que Don Diego estaba lejos de la ciudad. Con esto se sosegaron y fueron a Huamanca; allí paró poco el Gobernador, porque temiendo que si había de haber batalla, como la temía, no le estaba bien darla en aquel sitio, porque no se podía aprovechar bien de los caballos, de los cuales tenía mayor número que su contrario, y le habían de ser de mucho provecho. Por lo cual salió de la ciudad y se fue a unos campos que llaman Chupas, de donde envió dos personas a Don Diego, el uno llamado Francisco de Idiáquez, y el otro Diego Mercado, que le dijesen que el Gobernador le ofrecía en nombre de Su Majestad, perdón de todo lo pasado, si viniese a meterse debajo del estandarte real, habiendo deshecho su ejército, y que le haría mercedes. Don Diego respondió que aceptaría el partido con que el perdón fuese general para todos los suyos, y que a él se le había de dar la gobernación del Nuevo Reino de Toledo y las minas de oro y los repartimientos de indios que su padre tenía.

Esta demasía pidió Don Diego, porque un clérigo que fue de Panamá en aquellos tiempos, pocos días antes que se le ofrecieran estos partidos, le había dicho que en Panamá se hablaba públicamente, por cosa muy cierta, que Su Majestad le había perdonado y dádole la gobernación de la Nueva Toledo, que era en el Cozco; que le diese albricias, las que merecían tan buenas nuevas.

También le dijo que Vaca de Castro llevaba poca gente, mal armada y muy descontenta; nuevas que, aunque eran duras de creer, las admitió Don Diego por ser en su favor; y con el ánimo que le dieron, respondió y pidió lo que se ha dicho, entendiendo que el Gobernador con la flaqueza que llevaba según las nuevas, le otorgaría cualquier partido que le pidiese.

Habiendo enviado el Licenciado Vaca de Castro los mensajeros dichos, envió por otra parte un soldado, llamado Alonso García, con provisiones y cartas del Gobernador para muchos capitanes y caballeros principales, en que les prometía perdón de lo pasado y grandes repartimientos de indios. El mensajero iba en hábito de indio, para ir más disimulado, y por fuera de camino, porque nadie le encontrase. Fué desgraciado, que, como aquellos días hubiese nevado, los corredores de Don Diego que andaban muy advertidos, vieron el rastro que por la nieve iba haciendo Alonso García, y, siguiéndolo, dieron con él y lo llevaron a Don Diego, con todos sus despachos. El cual se indignó grandemente, como lo dice Gómara, capítulo ciento y cincuenta, y Zárate, libro cuarto, capítulo diez y seis, del trato doble, y dijo que no era de caballeros y de ministros imperiales acatar por una parte de partidos de paz y por otra enviarles a sobornar y amotinar sus capitanes y soldados. Con este desdén, mandó ahorcar al mensajero, así por haber mudado el traje, como por haber llevado el recaudo. Y delante de los mensajeros del Gobernador, apercibió su gente para la batalla venidera. Y prometió, a cualquiera que matase vecinos de repartimiento, darle sus indios, mujer y hacienda. Y al Gobernador respondió que en ninguna manera le obedecería en tanto que anduviese acompañado de sus enemigos, que eran Pedro Álvarez Holguín y Alonso de Alvarado, Gómez de Tordoya, Juan de Saavedra, Garcilaso de la Vega, Illén Suárez de Carvajal y Gómez de Alvarado, y todos los demás caballeros que eran del bando de los Pizarros.

Esto dijo Don Diego por desconfiar al Gobernador de que no tratase más de partidos, porque habiendo de apartar de sí los que eran del bando de Pizarro, como Don Diego lo pedía, había de quedar solo. Envió a decirle asimismo, que no fiase de que ninguno de los suyos se le pasase, que perdiese la esperanza de esto si la tenía, porque todos los suyos le darían la batalla muy animosamente y defenderían la tierra a todo el mundo, como lo vería por experiencia si le aguardaba, y que él se partía luego en busca suya. Así lo hizo Don Diego, y apercibió su gente y caminó hacia donde el Gobernador estaba con deseo de darle batalla, no solamente él, sino todos los suyos, porque todos generalmente quedaron indignados del trato doble. Y antes se confirmaron en el amistad y servicio de Don Diego, que le negaron; porque dijeron que el mismo trato doble que habían hecho con él, habían de hacer con todos ellos, y no habían de guardarles palabra ni cumplir promesa. Y así propusieron de morir todos peleando y no oír más partidos.

Creyóse, que si no fuera por el trato, y hubiera perdón firmado de Su Majestad, que Don Diego viniera a cualquiera buen partido.

CAPÍTULO XVI: De la manera que el Licenciado Vaca de Castro, y Don Diego de Almagro ordenaron sus escuadrones. El principio de la batalla. La muerte del capitán Pedro de Candía.

El Gobernador sintió que por la respuesta de Don Diego de Almagro muchos de los suyos habían quedado perplejos en dar la batalla, porque decían que estaban escandalizados y temerosos que Su Majestad no había tenida por buena la batalla de las Salinas, pues por haberla dado Hernando Pizarro le tenía preso en cárcel rigurosa, y que temía caer en otro delito semejante. Para remediar este inconveniente y quitar el temor y satisfacer a los suyos, mandó el Gobernador hacer información de los delitos de Don Diego de Almagro, que había muerto al Marqués y otras muchas personas, que había confiscado bienes ajenos y puéstolos en su cabeza, y repartido indios sin comisión de Su Majestad; y que al presente venía con ejército armado contra el estandarte real y desafiado al Gobernador a batalla campal. Por lo cual, para justificar su empresa, en presencia de todos los suyos, firmó el Gobernador y pronunció sentencia contra Don Diego de Almagro, dándole por traidor y rebelde. Condenóle a muerte y perdimiento de bienes a él y a todos los que con él venían. Con la sentencia requirió a los capitanes, y a todo su ejército, que para la ejecutar le diesen favor y ayuda, como a ministro de Su Majestad y a Gobernador de aquel Imperio.

Dada la sentencia, le pareció al Licenciado Vaca de Castro que, según la desesperada respuesta de Don Diego de Almagro, y su rebeldía y pertinacias, no había para qué hablar más de partidos; apercibió a su gente para la batalla, porque supo que Don Diego venía ya cerca.

Sacóla al campo, hízoles un parlamento, diciéndoles que mirasen quiénes eran, de dónde venían, y por quién peleaban, y que la posesión de aquel Imperio estaba en las fuerzas y esfuerzo de ellos; porque si eran vencidos no podían escapar de la muerte ellos ni él; y que si vencían, que demás de haber cumplido con la obligación que como leales vasallos y servidores a su Rey debían, quedarían señores de sus repartimientos y haciendas, para gozarlas en paz y quietud. Y que a los que no tenían indios, él, en nombre de Su Majestad, se los encomendaría, que para esto quería el Rey la tierra, para darla a los que lealmente le hubiesen servido. Dijo que bien veía él que no había necesidad de exhortar y dar esfuerzo a caballeros tan nobles y soldados tan valientes; que antes lo tomaría él de ellos, como lo tomaba para ir en la delantera y romper su lanza primero que otros. Todos le respondieron igualmente que morirían hechos pedazos antes que ser vencidos, que cada uno tomaba aquel hecho por suyo. Los capitanes suplicaron al Gobernador con gran instancia que no fuese en la vanguardia, donde tanto peligro había, porque en la salud del General consistía la de todo su ejército, que se pasase a la retaguardia con treinta de a caballo, y allí estuviese a la mira, y socorriese donde conviniese y fuese necesario. Por la importunación de los capitanes consintió el Gobernador ser de los postreros, que él quisiera ir con los delanteros. Con este acuerdo esperaron a Don Diego, que estaba dos leguas de allí. Otro día siguiente llegaron los corredores con una nueva de que Don Diego quedaba menos de media legua, con determinación de darles batalla.

El Gobernador puso la gente en escuadrón. A la mano derecha de la infantería puso el estandarte real, que iba a cargo de Alonso de Alvarado, y el alférez era Cristóbal de Barrientos, natural de Ciudad Rodrigo, vecino de Trujillo, donde tenía repartimiento de indios. Pedro Álvarez Holguín y Gómez de Alvarado, Garcilaso de la Vega y Pedro Ansúrez, capitanes de caballo, iban a la mano izquierda de la infantería, llevando cada uno, como dice Zárate, libro cuarto, capítulo diez y ocho, "muy en orden sus estandartes y compañías, yendo ellos en la primera hilera, y en medio de ambos escuadrones de a caballo iban los capitanes Pedro de Vergara y Juan Vélez de Guevara con la infantería. Nuño de Castro con sus arcabuceros salió delante por sobresaliente, para trabar la escaramuza y recogerse a su tiempo al escuadrón.

"Vaca de Castro quedó en la retaguardia con sus treinta de a caballo, algo desviado de la gente, de manera que podía ver dónde había más necesidad en la batalla, para socorrer, como lo hizo."

Hasta aquí es de Zárate. Pedro Álvarez Holguín sacó sobre las armas una ropilla de damasco blanco acuchillada, diciendo: "Suelen tirar al terrero, y pocos o ninguno da en el blanco." Con la orden dicha estuvo aguardando el Gobernador a Don Diego de Almagro, el cual llegó al llano, y se puso en una loma lejos del escuadrón real, que aún con la artillería no se alcanzaban de una parte a otra. Su sargento mayor llamado Pedro Suárez, que había sido soldado práctico en Italia y sabía bien de milicia; reconociendo la ventaja que en el sitio tenía a sus contrarios, formó luego su escuadrón al modo de sus enemigos. Puso los de a caballo a una mano y a otra de la infantería con su capitán general Juan Balsa y su maese de campo Pedro de Oñate, y sus capitanes Juan Tello de Guzmán y Diego Méndez y Juan de Oña y Martín de Bilbao y Diego de Ojeda y Malavez. Todos tenían sus compañías de gente lucida y deseosa de pelear por ganar la tierra y ser señores de vasallos. El sargento mayor puso su artillería (cuyo capitán era Pedro de Candía) delante de sus escuadrones, asestada hacia la parte por donde sus contrarios podían acometerle. Habiendo ordenado su escuadrón de esta manera, se fue a Don Diego, que estaba entre los de a caballo y la infantería, con otros ocho o diez que le guardaban, y le dijo:

"Vuesa señoría tiene su escuadrón puesto y ordenado con tantas ventajas de sitio de artillería, que sin encuentro de lanza ni golpe de espada tiene vencidos sus enemigos, solo con estarse quedo y no moverse de donde está. Que por cualquiera parte que sus contrarios vengan los desbarata y los hace pedazos con su artillería antes que lleguen a tiro de arcabuz". Cuando Don Diego llegó a formar su escuadrón era ya tarde, que no había dos horas de Sol.

Los de Vaca de Castro estuvieron diversos sobre si pelearían o no aquel día. Francisco de Carvajal, sargento mayor, como hombre experimentado en semejantes casos, dijo que en ninguna manera se dejase la batalla aquel día, aunque peleasen de noche, porque era dar ánimo y esfuerzo a sus contrarios y quitárselo a los suyos, de los cuales se pasarían muchos a Don Diego viendo la

flaqueza que mostraban. Con esto se determinó el Gobernador a dar batalla, y dijo que holgara tener el poder de Josué para mandar parar el Sol.

Caminaron hacia el escuadrón de Don Diego, el cual mandó jugar su artillería, para atemorizar sus contrarios. Francisco de Carvajal, viendo que si iban derechos al escuadrón del enemigo recibirían mucho daño del artillería, que era mucha y muy buena, guió por otro camino, encubriéndose de ella con una loma. Pasado de la loma, salió a campo raso, donde iban a manifiesto peligro de la artillería; más Pedro de Candía, que era capitán de ella, tiraba por alto, de manera que ningún daño les hacía. Lo cual visto por Don Diego, arremetió con él y a lanzadas lo mató sobre la misma artillería. Y saltando del caballo abajo, con el enojo y rabia de la traición que su capitán le hacía, subió de pies sobre una de las piezas hacia la boca del cañón, y con el peso del cuerpo la bajó de punto, y mandó pegarle fuego estando él encima, y metió la pelota en el escuadrón de Vaca de Castro y lo abrió desde la vanguardia hasta la retaguardia como lo dice Zárate, libro cuarto, capítulo diez y nueve, y Gómara capítulo ciento y cincuenta, más no dicen la muerte de Candía ni cuántos murieron de aquel balazo, que fueron diez y siete hombres que llevó por delante; y si metiera otras cuatro pelotas no tenía necesidad Don Diego de pelear y hubiera la victoria, como su sargento mayor Pedro Suárez se la había certificado; pero por la traición de su capitán la perdió.

Donde es de saberse que Pedro de Candía, considerando que Hernando Pizarro, que era el que le había agraviado (como en su lugar dijimos, de cuya causa se había pasado a los de Chili), estaba preso en España, y que el Marqués, con cuya mano y poder le había agraviado, era ya muerto, dándose por vengado del uno y del otro le pareció que, pues había nuevo Gobernador en la tierra, no era buen consejo perder los méritos de lo que había trabajado en ayudar a ganar aquel Imperio, sino reducirse al servicio de Su Majestad. Y así envió recaudo secreto al Gobernador de que no temiese la artillería, que él la tenía a su cargo y haría de manera que no recibiese de ella daño alguno, como lo hizo. Y esta fue la principal causa para que el Gobernador se determinara a dar la batalla, como la dio. Mas Pedro de Candía no gozó de su pretensión.

CAPÍTULO XVII: Prosigue la cruel batalla de Chupas. Un desconcierto que hizo la gente de Don Diego. La victoria del Gobernador. La huida de Don Diego.

Los capitanes de Su Majestad, y su sargento mayor Francisco de Carvajal, viendo su escuadrón abierto y sus infantes atemorizados, se pusieron a la boca de la calle que la bala había hecho y cerraron su escuadrón, esforzando los suyos, y por no dar lugar con la tardanza a que les tirasen más pelotas, mandaron arremeter a toda furia, y, para ir más a la ligera, desampararon su artillería, por no detenerse con ella.

Los capitanes de Don Diego de Almagro, como gente mal considerada en lo que a más le convenía, y como no prácticos en tales casos, viendo que sus enemigos iban a toda prisa a ellos, dieron voces diciendo: "¡Que ganan honra con nosotros, que por vernos estar quedos entienden que los tenemos, y nos acometen como a cobardes! ¡A ellos, a ellos, que no se puede sufrir tanta afrenta!" Con esto forzaron a Don Diego a que pasase adelante con su escuadrón, y lo hicieron tan inconsideradamente, que se pusieron delante de su propia artillería. Lo cual visto por el sargento mayor Pedro Suárez, se fue a Don Diego y le dijo en voz alta: "Señor, si Vuesa Señoría guardara mi orden y siguiera mi consejo, hubiera hoy la victoria de esta batalla; y por seguir el ajeno la ha de perder. Yo no he de ser hoy vencido, y pues Vuesa Señoría no quiere que yo sea vencedor en su campo, lo he de ser en el contrario". Diciendo esto, puso los pies a su caballo y se pasó a Vaca de Castro, y le dió prisa a que cerrasen con los enemigos, dándoles cuenta del desorden que contra sí mismos habían hecho.

Vaca de Castro, tomando el buen consejo de Pedro Suárez, mandó que marchase a prisa su escuadrón, y Francisco de Carvajal se dió por vencedor con la relación de Pedro Suárez. Y como triunfando de la ignorancia de los enemigos, se quitó una cota de malla, y una celada que llevaba, y la arrojó en el suelo, diciendo a los suyos que no hubiesen miedo a la artillería, pues no le daba a él, siendo tan gordo como dos de ellos

A este tiempo, un caballero, muy principal en sangre que iba en el escuadrón de los de a caballo, viendo que los unos y los otros estaban ya a tiro de arcabuz, y que él no podía dejar de pelear, se salió del escuadrón de Vaca de Castro, diciendo: "Señores, yo soy de los de Chili, y como todos saben, fui con Don Diego de Almagro el Viejo en aquella jornada; ya que no soy con ellos, no es razón que sea contra ellos". Diciendo esto, se apartó buen trecho a un lado del escuadrón donde estaba un sacerdote llamado Hernando de Luque, deudo del maestrescuela de Panamá Hernando de Luque, compañero que fue de los dos Gobernadores, Almagro y Pizarro. Con el sacerdote estaba un caballero enfermo, que, por no estar para pelear estaba a mira de la batalla. A toda la gente del escuadrón les pareció mal la cobardía de aquel caballero, que quisiese asegurar su vida con no ser de los unos ni de los otros, y aumentar su infamia, que de atrás era notado de cobarde. Los arcabuceros del escuadrón de Vaca de Castro quisieron tirarle, y no lo hicieron porque con la prisa que se dio, cuando los arcabuceros supieron lo que había hecho, va estaba metido entre los dos que hemos dicho, y por no darles a ello dejaron de tirar. Yo lo conocí y dejé vivo en una ciudad de las del Perú cuando me vine, y me acuerdo de su nombre, mas no es razón que lo pongamos aquí; basta decir su flaqueza para que la abominen los caballeros hijosdalgo y todo buen soldado.

Con la prisa que los de Vaca de Castro se dieron, llegaron a lo alto, donde estaba el escuadrón de Don Diego, casi desordenados del orden que al principio llevaban. Los arcabuceros de Don Diego los recibieron con una rociada de

pelotas que les enviaron e hicieron mucho daño en los infantes; hirieron a Gómez de Tordoya, maese de campo de aquel ejército, de tres arcabuzazos, que murió de ellos desde a dos días. Hirieron malamente al capitán Nuño de Castro y mataron otros muchos. Lo cual visto por Francisco de Carvajal, mandó que arremetiesen los de a caballo, en los cuales tenía toda su confianza, porque eran muchos más que los de Don Diego. Oyendo el mandato, arremetieron con los de Don Diego, donde se trabó una bravísima pelea, que duró mucho espacio sin reconocerse ventaja de parte alguna. Al capitán Pedro Álvarez Holguín mataron de un arcabuzazo, que como iba tan señalado, vestido de blanco, y sabían quién era, quería cada cual de los arcabuceros más señalados emplearse en él. Por otra parte arremetieron los infantes de Vaca de Castro y llegaron peleando valerosamente hasta ganar la artillería, que estaba ociosa, porque los suyos, con mal orden y poca milicia, o ninguna, se habían puesto delante de ella. Los unos y los otros pelearon tan obstinadamente que, aunque el Sol era ya puesto y la noche cerrada, no dejaron de pelear sin conocerse los unos y los otros más de por el apellido, que los unos decían "¡Chili!", y los otros "¡Pachacámac!", en lugar de Pizarros y Almagros, que también alcanzaron estos renombres aquellos bandos. Fué grande la mortandad de la gente de a caballo, que demás de los encuentros de las lanzas, hubo mucho estrago entre ellos con las espadas, porras y hachas de armas. El interés de la victoria les hacía mostrarse tan crueles unos con otros, porque sabían que los vencedores habían de gozar de aquel Imperio y de sus grandes riquezas, y los vencidos las habían de perder, y las vidas con ellas.

Era ya más de dos horas de noche, y todavía duraba la cruel pelea, habiendo cuatro horas que se había empezado. El Gobernador, con sus treinta de a caballo, arremetió al lado izquierdo del escuadrón de Don Diego, donde los enemigos estaban muy enteros, y se trabó una batalla como de nuevo; más al fin los desbarató el Gobernador, aunque le mataron diez o doce de los suyos, y entre ellos al capitán Jiménez y a Mercado de Medina y a Nuño de Montalvo. Los unos y los otros cantaban victoria, que todavía duraba la pelea, aunque ya los de Don Diego iban enflaqueciendo. Y como él lo sintiese, arremetió a sus enemigos con los pocos que consigo traía, y entró por ellos haciendo maravillas de su persona, con deseo de que le matasen; más no le mataron ni le hirieron por ir bien armado y porque no le conocieron. Peleó como dice Gómara, capítulo ciento y cincuenta, animosamente.

Ya se reconocía la victoria por el Gobernador, lo cual visto por algunos principales de Don Diego se nombraban a voces, diciendo: "Yo soy el fulano, y yo zutano que maté al Marqués". Y así murieron peleando como desesperados y quedaron hechos pedazos. Muchos de los de Don Diego se salvaron quitándose con la oscuridad de la noche las bandas blancas que traían, y poniéndose las coloradas que a los muertos de Vaca de Castro les quitaban. Don Diego de Almagro, viendo que la victoria se le había ido de las manos, y que la muerte también le huía, se salió de la batalla con seis de los suyos, que fueron Diego

Méndez y Juan Rodríguez Barragán y Juan de Guzmán, y otros tres cuyos nombres se han borrado de la memoria. Fué al Cozco, donde halló (en los que él había hecho hombres con cargo de justicia y oficios militares) la muerte que sus enemigos no habían podido darle. Que luego que le vieron ir perdidoso, le prendieron Rodrigo de Salazar, natural de Toledo, a quien él había dejado por su teniente, y Antón Ruiz de Guevara, a quien había hecho Alcalde ordinario de aquella ciudad. También prendieron a los que iban con él, porque la crueldad fuese mayor. Y Agustín de Zárate dice en este paso, libro cuarto capítulo diez y nueve, lo que se sigue:

"Y así feneció el mando, y Gobernación de Don Diego, que un día se vió señor del Perú y en otro le prendió su mismo Alcalde, de su propia autoridad. Y esta batalla se dió a diez y seis de setiembre de mil y quinientos y cuarenta y dos años".

Hasta aquí es de Zárate, con que acaba el capítulo alegado. La victoria se alcanzó por parte del Licenciado Vaca de Castro cerca de las nueve de la noche, pero tan confusamente que no la tenía por segura, porque todavía sentían pelear algunos por el campo. Y con temor de que Don Diego no se rehiciese (que no sabían si se había ido o no), mandó el Gobernador por orden de su sargento mayor, que los infantes y los de a caballo se pusiesen en sus escuadrones hasta saber si tenía cierta la victoria o la habían de ganar de nuevo. Y así volvieron a ponerse en orden y estuvieron hasta el día apercibidos para lo que sucediese.

CAPÍTULO XVIII: Nómbranse los caballeros principales que en aquella batalla se hallaron. El número de los muertos, el castigo de los culpados y la muerte de Don Diego de Almagro.

El Gobernador gastó mucha parte de la noche loando el ánimo y valentía de sus capitanes y de los demás caballeros y soldados; el esfuerzo y veracidad con que pelearon; el valor que en servicio de su Rey mostraron; los hechos particulares y señalados que algunos hicieron, nombrándolos por sus nombres, y que habían manifestado bien la fe, amor y amistad que al Marqués Don Francisco Pizarro tuvieron, pues ningún peligro habían dejado de acometer por vengar su muerte. También dijo del esfuerzo de Don Diego, cuán valerosamente se había señalado y peleado por vengar la muerte de su padre. Dijo que había hecho muy mucho más de lo que su edad requería, que apenas pasaba de los veinte años. También loó a algunos capitanes de Don Diego que lo hicieron valerosamente. En particular loó la destreza y milicia de Francisco de Carvajal, que sin ningún temor de la artillería y de la arcabucería, hubiese (andando siempre delante de los suyos) acudido con su industria a proveer y socorrer donde era menester. Que como el Gobernador estuvo mirando la batalla, pudo ver y notar bien los hechos particulares de ella, y así los refirió uno por uno.

Los principales que en esta batalla de parte de Su Majestad se señalaron, fueron el maese de campo Gómez de Tordoya y el factor Illén Suárez de Carvajal y su hermano Benito de Carvajal; Juan Julio de Hojeda, Tomás Vázquez, Lorenzo de Aldana, Juan de Saavedra, Francisco de Godoy; Diego Maldonado, que después adquirió el sobrenombre de Rico; Juan de Salas, hermano del arzobispo de Sevilla, Inquisidor general, Valdez de Salas; Alonso de Loaysa, hermano del Arzobispo de los Reyes Jerónimo de Loaysa; Juan de Pancorvo, Alonso Mazuela, Martín de Meneses, Juan de Figueroa, Pedro Alonso Carrasco, Diego de Trujillo, Alonso de Soto; Antonio de Quiñones y su hermano Suero de Quiñones y su primo Pedro de Quiñones, soldado antiguo de Italia, y todos tres, deudos cercanos del Gobernador; Gaspar Lara, Diego Ortiz de Guzmán; García de Melo, que perdió en la batalla la mano derecha; Pedro de los Ríos y su hermano Diego de los Ríos, naturales de Córdoba; Francisco de Ampuero, Don Pedro Puertocarrero, Pedro de Hinojosa, Diego Centeno, Alonso de Hinojosa, Juan Alonso Palomino; Don Gómez de Luna, primo hermano de Garcilaso de la Vega; Gómez de Alvarado, Gaspar de Rojas, Melchor Verdugo, Lope de Mendoza, Juan de Barbarán, Miguel de la Serna, Jerónimo de Aliaga; Nicolás de Ribera y Jerónimo de Ribera, que a diferencia les llamaban, como en otra parte dijimos, Ribera el mozo y Ribera el viejo.

Todos estos y otros muchos, cuyos nombres la memoria no ha podido guardar, se señalaron en aquella batalla valerosamente, yendo en las primeras hileras de los escuadrones, y casi todos salieron heridos. En suma no quedó hombre de cuenta en todo el Perú, como lo dice Gómara, que no se hallase en esta batalla de parte de Su Majestad. Los muertos fueron trescientos españoles de la parte del Rey, y muchos, aunque no tantos de la otra parte; así que fue muy carnicera esta batalla, y pocos capitanes escaparon vivos; pelearon tanto como esto. Quedaron heridos más de cuatrocientos, y aún muchos de ellos se helaron aquella noche, que les hizo grandísimo frío. Todas son palabras de Gómara, con que acaba el capítulo ciento y cincuenta de su historia. De parte de Don Diego murieron doscientos, así que con razón dice Gómara, que fue carnicera esta batalla, pues que de mil y quinientos hombres que de ambas partes se hallaron en ella, murieron los quinientos: los ciento fueron de los de Don Diego y los cuatrocientos de los del Rey.

Uno de los soldados regios se hubo tan cruelmente, que aún después de reconocida la victoria no dejó de matar almagristas, hasta haber muerto once de ellos. Y él mismo, después de la batalla, se loaba de su malhecho, diciendo que en tal parte le habían robado once mil pesos y que se daba por vengado con haber muerto once de ellos.

Otras muchas cosas semejantes pasaron aquella noche. La causa de helarse muchos heridos fue porque los indios los despojaron, quitándoles las armas y los vestidos, hasta dejarlos desnudos en cueros, no respetando ninguno de los bandos, que como era de noche no los conocían, ni que los conocieran aprovecharía nada, porque los indios hacían a toda ropa. Ni los vencedores

pudieron recoger sus heridos, porque quedaron todos tales, que aún de sí no podían curar, ni había llegado el carruaje de los toldos, que todos los pasaron al sereno, que solo dos toldos se armaron, para Gómez de Tordoya y Pedro Anzurez, Gómez de Alvarado y Garcilaso de Vega, y otros capitanes mal heridos que se estaban muriendo. Que los no tan heridos lo pasaron al aire, donde era gran lástima y compasión oír las voces que daban con el dolor de las heridas y mal remedio que para ellas tenían. Tampoco perdonaron los indios a los que huyeron de batalla, que también los persiguieron, que a los vencidos no hay quien no se les atreva. Mataron por el camino a Juan de Balsa y a diez o doce que con él iban, que no les valió el nombre de Capitán general para que le tuvieran algún respeto. Lo mismo hicieron en otras partes que mataron muchos españoles, que no les valió huir de la batalla.

El Gobernador, luego que amaneció, mandó recoger los heridos, para curarlos, y enterrar los muertos en cuatro o cinco hoyos grandes que hicieron, donde los echaron todos, sino fue a Pedro Álvarez Holguín y a Gómez de Tordoya de Vargas, y a otros hombres nobles y principales que los llevaron a Huamanca, donde los enterraron como mejor pudieron. De la batalla salieron huyendo más de ciento de a caballo, y más de cincuenta o sesenta infantes, y fueron a parar a la ciudad de Huamanca. Los pocos que en ella estaban, como gente victoriosa, salieron a ellos y los desvalijaron y quitaron las armas y caballos, que ellos los daban de muy buena gana como hombres rendidos, porque les concediesen las vidas. Con la obra pía de enterrar los difuntos del campo, hubo también castigo aquel mismo día en los culpados, porque entre los muertos hallaron el cuerpo de Martín de Bilbao y el de Arbolancha, el de Hinojeros y de Martín Carrillo. Los cuales eran los que daban voces en la batalla (como atrás dijimos) que eran los que habían muerto al Marqués, para que los matasen. Y aunque entonces los hicieron pedazos, hubo nueva justicia para ellos, que los arrastraron y descuartizaron con voz de pregonero. Lo mismo hicieron de otros que se habían mostrado muy insolentes y muy desvergonzados contra los del Rey.

Otro día fue el Gobernador a Huamanca, donde halló que el capitán Diego de Rojas había degollado al capitán Juan Tello de Guzmán y a Pedro de Oñate, maese de campo de Don Diego. El Gobernador remitió el castigo de los que quedaban al Licenciado de la Gama; el cual degolló a los más principales de Don Diego que halló presos en Huamanca, que fueron Don Diego de Hoces y Antonio de Cárdenas, y ahorcó a Juan Pérez, Francisco Peces, Juan Diente, y a Martín Cote, y otros treinta de los más culpados; los demás perdonaron y desterraron a diversas partes fuera del Reino. Entre tanto que se ejecutaba la justicia en Huamanca, supo el Gobernador la prisión de Don Diego en el Cozco. Fué luego allá, y en llegando mandó ejecutar la sentencia que contra él tenía dada, que, como se le había hecho proceso antes de la batalla, no quisieron gastar tiempo en hacer otro (aunque Zárate dice que sí). Degolláronle en la misma plaza que a su padre, y el mismo verdugo que a su padre, el cual le

despojó los vestidos, como lo hizo a su padre, aunque no todos, porque hubo quien le pagó las calzas, jubón y camisa que le dejó. Estuvo casi todo el día allí tendido, para que su castigo fuera manifiesto a todos; después lo llevaron al Convento de Nuestra Señora de las Mercedes, y al lado de la sepultura de su padre, o en ella misma, le hicieron la suya, donde lo echaron sin más mortaja que el vestido que llevaba; de limosna le hicieron decir algunas misas.

Este fin tuvo Don Diego de Almagro el Mozo, tan semejante al de su padre, que parece que en todo le quiso asemejar la fortuna, que demás de ser padre e hijo, hubieron ambos un mismo nombre, un mismo ánimo y esfuerzo en la guerra, la misma prudencia y consejo en la paz, que aunque mozo le mostró Don Diego muy grande, porque desde su niñez fue bien doctrinado, y él tenía buena habilidad y buen juicio. Pasaron una misma muerte y en un mismo lugar donde fueron degollados; la sepultura una misma. Murieron tan pobres, habiendo sido tan ricos y poderosos que los entierros fueron de limosna. Y para que en todo fuesen padre e hijo, sucedió que aún los días de la pérdida del uno y del otro fueron uno mismo, que ambas batallas se dieron en sábado.

Así acabó el pobre Don Diego de Almagro el Mozo, el mejor mestizo que ha nacido en todo el Nuevo Mundo, si obedeciera al ministro de su Rey. Fué lindo hombre de a caballo de ambas sillas. Murió como buen cristiano, con mucho arrepentimiento de sus pecados. Muerto Don Diego, ahorcaron a Juan Rodríguez Barragán y al alférez Enrique y a otros ocho que habían acertado a ir al Cozco en rastro de Don Diego. Gómez Pérez y Diego Méndez y otros compañeros de ellos se huyeron de la cárcel, y no hallando lugar seguro en todo el Perú donde poderse acoger, se fueron a las montañas donde el príncipe Manco Inca estaba retirado. Lo mismo hicieron otros cinco, que fueron a guarecerse allá. El Inca los recibió con mucha afabilidad, y los regaló como mejor pudo. Adelante diremos cómo se lo pagaron mal, pues le mató uno de ellos.

CAPÍTULO XIX: El buen gobierno del Licenciado Vaca de Castro. La paz y quietud del Perú. La causa de la perturbación de ella.

Con la muerte de Don Diego de Almagro el Mozo y de los más principales y más culpados de los suyos, y con el destierro de los no tan culpados, quedó en toda paz y quietud aquel Imperio, porque se acabó la voz y el nombre y bando de los Almagros. Y el Licenciado Vaca de Castro, como hombre tan prudente, lo gobernó con mucha rectitud y justicia, con mucho aplauso, gusto y contento de españoles e indios, porque hizo ordenanzas muy provechosas para los unos y para los otros, de que los indios en particular recibieron grandísimo favor y regocijo, diciendo que eran leyes muy conformes a las de sus Reyes Incas. Repartió el Gobernador los indios que había vacos en los más beneméritos españoles que sirvieron a Su Majestad en aquella guerra. Mejoró otros muchos de los que tenían indios, dándoles otros mejores, mudándolos de unas ciudades a

otras como ellos querían. Entonces se pasaron muchos vecinos de los Charcas al Cozco, y uno de ellos fue Garcilaso de la Vega, mi señor, que dejó la provincia Tápac-ri, como atrás queda dicho, por la provincia Quechua de la nación Cotanera y Huamampallpa. Y aunque el Gobernador en este repartimiento se hubo tan justificadamente como todos lo decían, no faltaron quejosos de que no les hubiese cabido parte de los indios, porque presumían merecer los mejores repartimientos que en el Perú había.

Uno de los quejosos fue un caballero llamado Hernando Mogollón, natural de la ciudad de Badajoz, de quien hicimos mención en nuestra *Historia de la Florida*, libro primero, capítulo tercero. El cual, viéndose benemérito por muchos servicios que en conquistas de nuevas tierras había hecho, y que en la batalla de Chupas como fue notorio y el Licenciado Vaca de Castro lo vió, había peleado como buen soldado, y que en el repartimiento no le había cabido suerte alguna de indios, se fue al Gobernador y le dijo: "Señor, en esta tierra, como Vuesa Señoría bien sabe, todos comen de Mogollón, pues se lo quitaron a su dueño, y solo Mogollón muere de hambre, habiéndose hallado en el descubrimiento de la Florida y en otras conquistas de importancia para la Corona de España, y últimamente en la batalla de Chupas, debajo del estandarte de Vuesa Señoría. Será razón que haya memoria de mí, pues yo no me he olvidado de servir a Su Majestad". El Gobernador, viendo que Hernando de Mogollón pedía justicia, le hizo merced de un repartimiento de indios aunque pequeño. Y para remedio de los demás quejosos y soldados pobres, que había muchos, porque no hiciesen algún motín, envió compañía de ellos con sus capitanes, a imitación del Marqués Don Francisco Pizarro, a que ganasen y poblasen en diversas partes de la tierra, para que hubiese heredades e indios que repartirles.

Mandó al capitán Pedro de Vergara que se volviese a la provincia Pacamuru, donde andaba conquistando cuando fue llamado y vino a servir a Su Majestad en aquella guerra; llevó mucha y muy buena gente. A Diego de Rojas, y a Nicolás de Heredia, y a Felipe Gutiérrez, natural de Madrid, envió a la provincia que llaman Mussu y los españoles los Mojos. Llevaron muy lucida banda de gente; pasaron grandísimos trabajos hasta llegar al Río de la Plata; quizá adelante haremos mención de ellos. A Gonzalo de Monroy envió al Reino de Chili en socorro del capitán y Gobernador Pedro de Valdivia, que andaba conquistando las provincias y naciones de aquel Reino. A otra provincia, llamada Mullupampa[38], envió al capitán Juan Pérez de Guevara que la conquistase, que poco antes la había descubierto él mismo, donde tuvo nuevas este capitán de otras sierras y regiones larguísimas, que van a salir al Oriente entre los ríos que llaman Orellana, Marañón y el Río de la Plata, pero tierras de grandes montañas, lagos y ciénagas y pantanos, que casi es inhabitable, y los pocos indios que por allí viven son tan bestiales y brutos, que no tienen religión

[38] Moyabamba.

ni urbanidad, y se comen unos a otros, y la región tan caliente que no les permite traer ropa y así andan en cueros.

Habiendo desembarazado el Licenciado Vaca de Castro de soldados y gente nueva toda la tierra que llaman Perú, que son más de setecientas leguas de largo desde Quitu a los Charcas, quedó libre de las importunidades y pesadumbres que le daban, y gobernó en toda paz y quietud con mucho aplauso de todos. Dió en hacer las leyes que atrás dijimos, informándose de los curacas y capitanes viejos del orden y gobierno de sus Reyes pasados, tomando de la relación lo que mejor le parecía para la conservación de los españoles y aumento de los indios. Llamó a Gonzalo Pizarro, que todavía se estaba en Quitu, y, habiéndole rendido de su parte las gracias de sus conquistas y trabajos pasados, y de parte de Su Majestad, ofreciéndole a su tiempo el galardón que merecían, lo envió a su casa y a sus indios, que eran en los Charcas, diciéndole que se fuese a descansar y mirar por su salud y por su hacienda. Los indios, viéndose libres de las vejaciones y persecuciones de las guerras pasadas, que ambos los bandos las hicieron a costa de las haciendas y vidas de ellos, en las cuales, como lo dice Gómara al fin del capítulo ciento y cincuenta y uno, perecieron millón y medio de ellos, dieron en cultivar sus tierras, de que hubo mucha abundancia de bastimento; y con la diligencia los españoles, que también gozaban de la paz y procuraban sus aprovechamientos, se descubrieron riquísimas minas de oro en muchas partes del Perú; pero las más ricas fueron al Oriente del Cozco en la provincia llamada Callahuaya, que los españoles llaman Carabaya, donde sacaron muy mucho oro finísimo de veinte y cuatro quilates, y hoy se saca todavía, aunque no en tanta abundancia.

Al poniente del Cozco en la provincia que llaman Quechua, que contiene muchas naciones del mismo nombre, en la parte que llaman Hualláripa, descubrieron otras minas de oro, no tan fino como el de Callahuaya, aunque todavía llegaba a los veinte quilates poco más o menos, pero en tanta cantidad que yo me acuerdo ver, nueve o diez años después que se descubrieron, que traían sus indios a un vecino, a quien cupo parte de aquellas minas, dos mil pesos en oro en polvo cada sábado. Llamamos oro en polvo el que sacan como lo hallan, que es como la limalla de los herreros, y otro más grueso, como el afrecho que sacan de la harina, entre lo cual también se hallan algunos granos que llaman *pepitas*, como pepitas de melón y calabaza, que tienen a tres, cuatro, seis, ocho ducados, más y menos, como aciertan hallarse. De tanto oro como se sacaba, acudía grandísima cantidad a las fundiciones para el quinto de Su Majestad, que era un tesoro innumerable, que le daban de cinco marcos uno, de cinco pesos uno, y así hasta el postrer maravedí. Los tratos y contratos de las mercaderías que iban de España eran al respecto del tesoro que allá se hallaba y sacaba. Con estas prosperidades y con un Gobernador tan cristiano, tan caballero, tan prudente, tan amigo de acertar en el servicio de Dios Nuestro Señor y en el de su Rey, florecía aquel Imperio, cada día de bien en mejor; y lo que más se debe estimar era la doctrina de Nuestra Santa Fe Católica, que por

toda la tierra la predicaban los españoles con grandísimo cuidado, y los indios la tomaban con otro tanto gusto y contento, porque veían que muchas cosas de las que les enseñaban se las habían enseñado y mandado guardar sus Reyes Incas en su ley natural.

En esta majestad de la predicación del Santo Evangelio, y en la prosperidad de paz, y quietud y bienes espirituales y temporales que los indios y españoles del Perú gozaban, ordenó el demonio, enemigo del género humano, cómo estas buenas andanzas se perturbasen y trocasen en contra. Para lo cual despertó sus ministros, que son Ambición, Envidia, Codicia, Avaricia, Ira, Soberbia, Discordia y Tiranía, que, haciendo cada una su oficio por su parte, estorbasen la predicación del Santo Evangelio, y la conversión de aquellos gentiles a la Fe Católica, que era lo que más le afligía, porque perdía la ganancia que en aquella gentilidad tenía. Y Dios Nuestro Señor lo permitió, por sus secretos juicios y para castigo de muchos, como por el hecho se verá. Y fue que algunas personas, mostrándose muy celosas del bien común de los indios, sin mirar los inconvenientes que en mal y daño de los mismos que pretendían remediar, causaban con su mal consejo y poca prudencia, propusieron en el Consejo Real de las Indias que convenía hacerse nuevas leyes y ordenanzas para el buen gobierno de los Imperios México y Perú. Y el que más insistió en esto, fue un fraile llamado Fray Bartolomé de las Casas, que, años antes, siendo clérigo secular, había andado por las islas de Barlovento y por México, y después de haber tomado hábito de religión, propuso muchas cosas, diciendo que convenían al bien de los indios y a la conversión de ellos a la fe católica y al aumento de la hacienda real.

Diremos sobre esto lo que dicen y escriben Francisco López de Gómara, capellán de Su Majestad Imperial, capítulo ciento y cincuenta y dos y los siguientes; y Agustín de Zárate, contador general de la hacienda real del Perú, libro quinto, capítulo primero y los que se siguen. Y lo que un nuevo historiador de las cosas de Indias, llamado Diego Fernández, vecino de la ciudad de Palencia, refiere de las alteraciones que en México y en el Perú causaron las nuevas leyes y ordenanzas que en la Corte hicieron. Que de ellas da principio este autor a su historia, y va conforme a los otros dos en la sustancia de los hechos, sin discrepar de la verdad de ellos. Diremos lo que todos ellos tres escribieron, alegándolos en sus pasos particulares, que, por ser yo enemigo de hacerme autor de cosas odiosas como lo son muchas de las que forzosamente para la verdad y corriente de la historia, se deben decir y porque fueron causas efectivas de las desventuras que los de aquel Imperio, así los de un bando como los del otro, padecieron, las describiré sacando a la letra lo que ellos dicen, y, aunque bastará alegar los autores en el margen, citando el libro y el capítulo (como hemos hecho en lo pasado), me pareció escribirlo palabra por palabra, porque algún maldiciente no diga que quité o añadí a lo que ellos dicen. Y esto será solamente en la materia odiosa, y en lo demás les serviré de comento, declarando lo confuso, y añadiendo lo que dejaron de escribir, que pasaron en

hecho de verdad y las oí a muchos de los que se hallaron en aquellas revueltas. Que cuando el Visorrey Blasco Núñez de Vela pasó al Perú, ya yo tenía cuatro años, y adelante en el discurso de mi vida conocí muchos de los que se nombran en la historia.

Diremos primero la alteración que las ordenanzas causaron en México, y el buen fin que tuvieron, por la prudencia y buen consejo del juez que fue a ejecutarlas. Y luego volveremos al Perú, y diremos las desventuras, muertes y daños y ruina, que en él se causaron por la aspereza, rigor e imprudencia del Visorrey que fue a las ejecutar y a gobernar aquel Imperio. Y aunque lo de México no es de nuestra historia, me pareció decirlo en ella, para que se vean los sucesos que en el un Reino y en el otro pasaron tan en contra los unos de los otros, siendo la causa una misma; para que los Príncipes, Reyes y Monarcas adviertan (pues las historias les sirven de ponerles ejemplos, cómo hayan de gobernar) y se recaten de no permitir que se hagan leyes tan rigurosas, ni elijan jueces tan severos, que obliguen y fuercen a sus vasallos y súbditos a que les pierdan el respeto y nieguen la obediencia que les deben, y a que busquen y pretendan otros príncipes que les manden y gobiernen; pues por las historias divinas y humanas, antiguas y modernas, tenemos larga experiencia que ningún Reino se rebeló contra su Rey por buen tratamiento que le hiciese, sino por su aspereza, crueldad y tiranía, y demasía de pechos y tributos que les impusiese. Que el Perú, por el rigor que en él se usó, estuvo tan en canto de perderse y enajenarse de la Corona de España, como por la historia se verá, si la benignidad y blandura del Emperador no volviera a restituirlo.

CAPÍTULO XX: Nuevas leyes y ordenanzas que en la corte de España se hizo para los dos imperios, México y Perú.

Es de saber que el año de mil y quinientos y treinta y nueve vino de la Nueva España Fray Bartolomé de las Casas y llegó a Madrid, donde entonces estaba la Corte, y en sus sermones y pláticas familiares se mostraba muy celoso del bien común de los indios y gran defensor de ellos. Proponía y sustentaba cosas que, aunque parecían santas y buenas, por otra parte se mostraban muy rigurosas y dificultosas para ponerlas en efecto. Propúsolas en el Supremo Consejo de las Indias, donde no fueron bien recibidas, porque las repudió la prudencia del buen Cardenal de Sevilla, Don García de Loaysa, que entonces residía en aquel Consejo, y había gobernado muchos años las Indias y tenía mejor noticia de ellas y de lo que les convenía que muchos de los que la conquistaron y habitaron, y con su discreción y buen consejo nunca fue de parecer que se hiciese lo que Fray Bartolomé pedía, por lo cual entretuvo su pretensión hasta el año de mil y quinientos y cuarenta y dos, que volvió a España el Emperador Carlos Quinto, de una larga jornada que por Francia, Flandes y Alemania había hecho.

Su Majestad, como tan católico, se persuadió fácilmente a lo que el fraile quería, por los cargos de conciencia que le propuso si no mandaba hacer y ejecutar nuevas leyes y ordenanzas que convenían se hiciesen para el bien de los indios. La Majestad Imperial, habiendo oído largamente al religioso, mandó juntar sus Consejos y otros letrados graves, prelados y religiosos; y consultando el caso, se confirió y trató de propósito, y al fin se proveyó lo que Fray Bartolomé pretendía, aunque contra la opinión del Cardenal y Presidente ya nombrado, y del Obispo de Lugo don Juan Suárez de Carvajal (que yo alcancé a conocer) y del Comendador mayor Francisco de los Cabos secretario de Su Majestad, de Don Sebastián Ramírez, Obispo de Cuenca y Presidente de Valladolid, que había sido Presidente en Santo Domingo y en México, y de Don García Manrique, Conde de Osorno y Presidente de Órdenes, que (como dice Gómara) había entendido mucho tiempo en negocios de Indias, en ausencia del Cardenal don García de Loayza. Todos estos, como hombres experimentados en las cosas de Indias, que las habían manejado mucho tiempo, contradijeron las Ordenanzas, que fueron cuarenta las que se hicieron. Y las firmó el Emperador en Barcelona en veinte de noviembre de mil y quinientos y cuarenta y dos años, como lo dice Gómara, capítulo ciento y cincuenta y dos; y la batalla de Chupas, entre el Licenciado y Gobernador Vaca de Castro y Don Diego de Almagro el Mozo se dió a quince de setiembre del mismo año, dos meses y cinco días antes que se firmaran las Ordenanzas. De manera que se ve claro la diligencia y solicitud que el Demonio traía en estorbar la predicación del Santo Evangelio en el Perú; pues apenas se acababa de apagar un fuego, tan grande como fue aquel, cuando tenía solicitado y procurado en encender otro mayor y peor, como se verá por los mismos hechos que las ordenanzas causaron. De las cuales daremos cuenta solamente de cuatro de que los autores hacen más mención, porque hacen al propósito de la historia, que son las que se siguen:

La primera ordenanza fue que después de la muerte de los conquistadores y pobladores vecinos de las Indias que tuviesen repartimientos de indios encomendados y puestos en sus cabezas por Su Majestad, no sucediesen en ellos sus hijos ni mujeres, sino que fuesen puestos en cabeza del Rey, dando a los hijos cierta cantidad de los frutos de ellos, de que se sustentasen.

Que ningún indio se cargase, salvo en aquellas partes que no se pudiese escusar, y se les pagase su trabajo, y que no se echasen indios a las minas ni a la pesquería de las perlas, y que se tasasen los tributos que hubiesen de dar a sus encomenderos, quitándoles juntamente el servicio personal.

Que se les quitasen las encomiendas y repartimiento de indios que tenían los Obispos, monasterios y hospitales; quitasen asimismo los indios a los que hubiesen sido o de presente lo fuesen, Gobernadores, Presidentes y Oidores, Corregidores y oficiales de justicia y sus tenientes y oficiales de la hacienda de Su Majestad, y que no pudiesen tener indios aunque dijesen que querían renunciar los oficios.

Que todos los encomenderos del Perú, que se entiende de los que tenían indios, que se hubiesen hallado en las alteraciones y pasiones de Don Francisco Pizarro y Don Diego de Almagro, perdiesen los indios, así los del un bando como los del otro; con la cual ordenanza, como dice Diego Fernández, casi ninguno podía tener indios en el Perú ni hacienda; y por el consiguiente todas las personas de calidad de Nueva España, y también del Perú, tampoco los podían tener, por la ley tercera antes de esta; porque casi todos, o todos ellos, habían sido Corregidores, Alcaldes o justicias o lugartenientes o ministros de la hacienda real. De suerte que solas estas dos leyes eran como red barredera que comprendían todas las Indias, y despojaban a los poseedores de ellas.

Para mayor inteligencia de las Ordenanzas, diremos algo acerca del motivo que tuvieron los que las consultaron y ordenaron. Y cuanto a la primera ordenanza, es de saber que los conquistadores y ganadores de las Indias se les hizo merced por sus servicios de los repartimientos, que los gozasen por dos vidas, por la suya y la del hijo mayor, o hija si no tuviese hijo. Después, porque les mandaron que se casasen, por parecerles que casándose se quietarían y cultivarían la tierra y sosegarían en ella, sin buscar ni apetecer novedades, alargaron la merced de los indios a que los heredase la mujer por sus días, a falta de hijos.

La segunda ordenanza, que manda que no se carguen los indios, se proveyó porque hicieron relación que no les pagaban su trabajo; en particular de algunos españoles de mala conciencia tuvieron razón de decirlo, pero no en general de todos, porque muchos hubo que les pagaban su trabajo y trataban como a hijos; y los indios también tenían y tienen hoy el cargarse por caudal suyo, que son como los jornaleros de España, que comen de su trabajo, alquilándose para cavar o segar; y mandar que no se cargasen los indios también era hacerles agravio a ellos, porque les quitaban su ganancia, sino que se había de mandar que fuesen castigados severísimamente los que no los pagasen.

Y a lo que la ley dice que no echasen indios a las minas, no tengo qué decir, sino remitirme a los indios que hoy (que es el año de mil seiscientos y once) trabajan por orden de los Gobernadores en las minas de plata del cerro Potocsi y en las de azogue en la provincia Huanca, que, si lo dejasen de hacer, no traerían la plata y el oro que cada año traen a España de aquel Imperio.

Y a lo que dice, se tasasen los tributos que hubiesen de dar a sus encomenderos, fue muy bien mandado, y así lo recibieron todos con mucho aplauso, cuando el Presidente Pedro de la Gasca hizo la tasación en el Perú, y yo lo ví. Y a lo de quitar el servicio personal, digo que no supieron hacer la relación que convenía en este particular, porque es así que a cada vecino le daban, en parte de tributo, algunos indios para el servicio de su casa; para lo cual les daban, fuera del repartimiento principal, algunos poblezuelos de cuarenta, cincuenta casas, o sesenta cuando más, con la obligación del servicio que llaman personal, que era proveer la casa de sus señores de leña y agua y yerba para sus cabalgaduras, que entonces no había paja y no daban otro ningún tributo. Y de

esta manera tenía mi padre tres pueblos pequeños dentro en el valle del Cozco, y uno de ellos se llamaba Cayra; y así los tenían otros muchos vecinos del Cozco, por la comarca de aquella ciudad. Y cuando no había pueblos pequeños que darles, para el servicio personal, mandaban al repartimiento principal que en parte del tributo diesen indios para el dicho servicio, lo cual ellos llevaban de muy buena gana, y lo hacían con mucha facilidad y contento. Y así, hallando el Presidente Gasca este particular tan asentado y acomodado de ambas partes, no trató de ello, sino que lo dejó como se estaba.

La tercera ley que mandaba quitar los repartimientos de indios que tenían los Obispos y los monasterios y los hospitales, a quien los Gobernadores habían hecho merced de ellos, pareció a todos que no se les hacía agravio en quitárselos, porque la intención de los Gobernadores cuando se los dieron no fue salir de la comisión, que de Su Majestad tenían para repartir los indios, que era por dos vidas y no más; que como los monasterios, prelacías y hospitales son perpetuos, no se les hacía agravio en igualarlos con los demás ganadores y conquistadores de aquellos Imperios.

Lo demás de la tercera y cuarta ordenanza, que quedan por declarar, se dirá adelante, en el discurso de las querellas, que daban los condenados por ellas.

CAPÍTULO XXI: Los ministros con las ordenanzas fueron a México y al Perú, para ejecutarlas. Y la descripción de la imperial ciudad de México.

Juntamente con las Ordenanzas, se proveyó que la Audiencia de Panamá se deshiciese, y se ordenase otra de nuevo, en los Confines de Guatemala y Nicaragua, y que la provincia de Tierra Firme fuese sujeta a esta audiencia. Proveyóse también que en el Perú hubiese otra Cancillería de cuatro Oidores y un Presidente, con título de Visorrey y Capitán general y que a la Nueva España fuese un personaje cual conviniese, para visitar al Visorrey y a la Audiencia de México y a todos los obispos, y tomase las cuentas y residencia a los oficiales de la hacienda real y a todas las justicias de aquel Reino.

Todas estas provisiones salieron juntas con las Ordenanzas, que, como se ha dicho, fueron más de cuarenta. Y como en la corte hubiese siempre indianos de todas partes, enviaron luego a México y al Perú muchos traslados de las Ordenanzas y de las demás provisiones, de que todos los vecinos y moradores de aquellos dos Imperios recibieron, como lo dicen los tres historiadores, grande escándalo, alteración y descontento, y que luego comenzaron todos a tratar de su remedio.

Pocos días después de publicadas las Ordenanzas, nombró la Majestad Imperial por Visitador a Don Francisco Tello de Sandoval, natural de Sevilla, que había sido inquisidor de Toledo y a la sazón era del Consejo Real de Indias, persona de gran rectitud y mucha prudencia, para que fuese con las nuevas leyes

y ordenanzas a la Nueva España, y las ejecutase en aquel Imperio e hiciese las visitas dichas.

Nombró asimismo por Presidente y Visorrey de los Reinos y provincias del Perú a Blasco Núñez Vela, natural de la ciudad de Ávila, que era entonces veedor general de las guardas de Castilla. Zárate añade, libro quinto, capítulo segundo, lo que se sigue:

"Porque Su Majestad tenía experiencia en lo que de él había conocido, así en este cargo como en otros corregimientos que antes de él había tenido en las ciudades de Málaga y Cuenca, y que era caballero recto, y que hacía justicia sin ningún respeto y que ejecutaba los mandamientos reales con todo rigor, sin ninguna disimulación".

Hasta aquí es de Zárate. Proveyó asimismo, por Oidores de la Audiencia del Perú, al Licenciado Diego de Cepeda, natural de Tordesillas, que era Oidor en las islas de Canaria, y al Licenciado Lisón de Tejada, natural de Logroño, que era alcalde de los hijosdalgo en la Real Audiencia de Valladolid, y al Licenciado Álvarez, que era abogado en la misma audiencia, y al Licenciado Pedro Ortiz de Zárate, natural de la ciudad de Orduña, que era Alcalde mayor en Segovia. Estos letrados fueron los Oidores nombrados.

Mandó asimismo Su Majestad que Agustín de Zárate[39], que era secretario del Consejo Real, fuese por contador de cuentas de aquellos Reinos y provincias y Tierra Firme. Y diéronsele las Ordenanzas, para que, asentada la audiencia en la Ciudad de los Reyes, a donde Su Majestad mandó que residiese, se ejecutasen como en ellas se contenía, al pie de la letra, como leyes inviolables.

Hasta aquí es de Diego Fernández, del capítulo segundo, y casi lo mismo dice Agustín de Zárate. Estas provisiones salieron por el mes de abril del año de mil y quinientos y cuarenta y tres.

Diremos ahora brevemente los sucesos felices de México acerca de las Ordenanzas, y luego nos pasaremos a contar los del Perú, que fueron de gran lástima y dolor para todos los de aquel Imperio, así españoles como indios.

Por el mes de noviembre del mismo año quinientos y cuarenta y tres, se embarcaron el Visorrey y sus Oidores y ministros y el Visitador Don Francisco Tello de Sandoval, en San Lúcar de Barrameda, en una hermosa flota de cincuenta y dos navíos, y con próspero viento llegaron en doce días a las islas de Canaria, donde, habiendo tomado refresco, volvieron a su viaje, y se dividieron los unos a mano derecha, camino de la Nueva España, y los otros a mano izquierda, camino del Perú, donde dejaremos al Visorrey, por decir lo que sucedió al Visitador en el Reino de México. Y dejando el largo discurso de su viaje, que lo refiere Diego Fernández, palentino, decimos que llegó a salvamento al puerto de San Juan de Ulúa por el mes de febrero del año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro; de allí se fue a la Veracruz, y siguió su camino a México. En los pueblos por do pasaba lo recibían con toda humildad y veneración, haciéndole toda la fiesta que podían.

[39]Es el mismo cronista tantas veces citado por Garcilaso.

Los de México, teniendo noticias de las Ordenanzas que llevaba y que estaba ya cerca de la ciudad, determinaron, como lo dice Diego Fernández, de salir a recibir al Visitador todos cubiertos de luto, por mostrar el sentimiento y tristeza que por su venida tenían.

Lo cual sabido por el Visorrey Don Antonio de Mendoza, lo reprendió y estorbó y ordenó en contra, y que lo recibiesen con ostentación de mucha fiesta y regocijo. Y así salió el mismo Visorrey con la Real Audiencia y los oficiales de ella y los Cabildos de la ciudad y de la Iglesia, con más de otros seiscientos caballeros muy ricos y galanos jaeces; salieron a recibirle a media legua de la ciudad. El Virrey y el Visitador se recibieron con mucho comedimiento y ceremonia, y lo mismo fue por todos los demás. Luego fueron al monasterio de Santo Domingo, de donde salió Don Fray Juan Zumárraga, de la orden de San Francisco, primer Obispo de México, a la puerta del convento a recibir al Visitador. Y habiéndose despedido el Visorrey y todos los demás, quedó aposentado el Visitador en aquel monasterio. Diego Fernández, habiendo referido lo de hasta aquí, prosigue pintando la ciudad de México.

Séame lícito decir lo que él dice, porque, como indio, soy aficionado a las grandezas de aquella otra Roma en sus tiempos. Dice así: "Está fundada esta gran ciudad de México en un llano sobre agua, de la suerte que Venecia; porque todo el cuerpo de la ciudad estaba sobre agua, y tiene grandísimo número de puentes. La laguna sobre que está fundada la ciudad, aunque parece toda una, son dos muy diferentes, porque la una es de agua salada y amarga, y la otra de agua dulce y buena; la salada crece y mengua; la dulce está más alta, y así cae el agua buena en la mala, y no al contrario.

"Tiene cinco leguas de ancho la laguna salada, y tendrá ocho de largo, y casi lo mismo tendrá la dulce.

"Andan en estas lagunas doscientos mil barquillas, que les naturales llaman *acales*, y los españoles *canoas*; son a manera de artesa, hechos de una pieza y son grandes y chicas, según el tronco del árbol, de que cada una se hace.

"Tenía en esta sazón y tiempo setecientas casas muy grandes y principales y bien edificadas, labradas pulidamente, y de cal y canto. Ninguna de estas casas tiene tejado, sino muy buenos terrados, que se pueden muy bien andar por encima de las casas.

"Las calles son bien trazadas, muy llanas y derechas, y tan anchas que por cada una de ellas pueden ir en ala siete de a caballo, con sus lanzas y adargas sin que el uno estorbe al otro.

"La casa donde está la Real Audiencia tenía dentro nueve patios y una muy buena huerta y plaza, do se pueden muy bien correr toros. Posaban en esta casa cómodamente el Visorrey Don Antonio de Mendoza, el Visitador Don Francisco Tello de Sandoval, tres Oidores, y el contador de cuentas.

"Estaban también en ella la cárcel real, la casa de la fundición, donde se funden campanas y artillería, y la casa de la moneda.

“Pasa por un lado de esta casa la calle (que llaman) de Tacuba, y por otro lado la calle de San Francisco; a las espaldas tiene la calle de la Carrera, que todas son calles principales, y por delante la plaza, que corren toros en ella. Es tan amplia esta casa, que en lo que responde a estas calles y plazas hay ochenta puertas de casas de vecinos.

“La población de los indios de esta ciudad está en dos grandes barrios, que llaman Santiago y México en que estarían en este tiempo doscientos mil indios. Salen y entran a esta ciudad por cuatro calzadas, que una de ellas tiene dos leguas de largo, que es por la que entró Hernando Cortés, que es la de mediodía; y otra tiene una legua, y las otras menos.”

Hasta aquí es de Diego Fernández, y lo que este autor dice que en aquella sazón y tiempo tenía México setecientas casas muy grandes, dijera mejor setecientos barrios grandísimos, como se prueba largamente de lo que él mismo dice, pintando la casa en que posaba el Visorrey y el visitador, pues sin estos posaban en ella los Oidores y los demás ministros reales, y la cárcel real estaba en ella, y la casa de la moneda y de la fundición, donde se fundían campanas y la artillería, que para cada cosa de estas era menester un barrio no pequeño, y así lo demuestra el autor, contando el circuito de la casa, pues dice: “Es tan amplia esta casa, que en lo que corresponde a estas calles y plaza, hay ochenta puertas de casas principales de vecinos,” donde se muestra bien la grandeza de sola una casa de aquellos tiempos, que, como se ha dicho pudiera mejor llamarse barrio que no casa, y al respecto eran las demás. Y en particular se puede decir de aquella imperial ciudad de México, que es una de las más principales que hay en el universo, si ya no es la primera, como me lo dijo un caballero flamenco, que por su curiosidad y gusto había visto todas las famosas del Mundo Viejo y sólo por ver a México pasó al Mundo Nuevo, que, demás de verla le valía veinte mil ducados de partidos y apuestas que en su tierra habían hecho con él, sobre si sería hombre para ir hasta allá.

Dejaré (por no hacer tan larga digresión) de decir las particularidades que acerca de esto me contó, y los largos caminos que hizo, y los muchos años que gastó en verlas todas; baste decir que fueron más de catorce. Y lo que el palentino dice, que salió el Visorrey a recibir al Visitador con la Real Audiencia y los oficiales de ella y los Cabildos de la ciudad y de la iglesia, con más de otros seiscientos caballeros, con muy ricos y galanes jaeces, no fue encarecimiento, sino mucha verdad, porque entre otras sus grandezas tuvo México ésta, que de ordinario, en aquel tiempo, los domingos y fiestas salían a pasear las calles de quinientos a seiscientos caballeros, sin rumor de juego de cañas ni de otro regocijo alguno, más del paseo ordinario de días de huelga, que para una ciudad sin Rey presente no deja de ser mucha realeza.

CAPÍTULO XXII: Eligen personas que supliquen de las ordenanzas, las cuales se pregonan públicamente. El sentimiento y alboroto que sobre ello hubo, y cómo se apaciguo, y la prosperidad que la prudencia y consejo del Visitador causó en todo el Imperio de México.

Volviendo a nuestra historia, decimos que luego, otro día después que el Visitador entró en la ciudad de México, hubo una general murmuración y escándalo por toda ella. Decían que venía por ejecutor de nuevas leyes, y cada uno discantaba lo que le parecía sobre su venida. Y públicamente se juntaron a tratar sobre el remedio, diciendo que se les hacía grandísimo agravio. Fueron todos de acuerdo y parecer que luego suplicasen de las Ordenanzas e interpusiesen su apelación ante el Visitador. Y aquella noche y otro día domingo, no trataron de otra cosa los del Cabildo y oficiales de la hacienda de Su Majestad y los vecinos. Y el lunes, en amaneciendo, se llamaron y convocaron unos a otros, y todos los regidores, con el escribano de Ayuntamiento, con gran número de gente, se fueron al monasterio de Santo Domingo, llevando ordenada en forma su apelación. Y fue tanta la gente, que, con ser el monasterio muy grande y espacioso, no cabían dentro. Y aunque el Visitador se recató, y tuvo algún miedo de su desvergüenza, salió a ellos con buen semblante, y diéronle a entender la causa de su venida. Él reprendió al Cabildo con palabras blandas, diciéndoles que pues él no había presentado sus poderes ni tampoco les constaba el efecto de su venida, que de qué querían apelar, pues no sabían de qué se agraviaban. Que les rogaba se fuesen luego, y que allá entre sí nombrasen dos o tres regidores por diputados de la ciudad, y que estos viniesen a la tarde a tratar del negocio, y que él les oiría y respondería. Con esto se despidieron todos, y entre ellos disputaron al Procurador mayor y dos regidores, y al escribano de Ayuntamiento y Cabildo Miguel López de Legaspi, los cuales fueron a las dos después de mediodía al monasterio.

El Visitador los recibió (al parecer) alegremente, y los metió en su aposento y reprendió el grande alboroto que por la mañana habían hecho; exageró su delito, representándoles lo que de ello pudiera resultar contra el servicio de Dios y de Su Majestad. Díjoles asimismo que él no venía a destruir la tierra, sino a los favorecer en todo lo que pudiese. Prometió ser buen intercesor y medianero para con Su Majestad, a quien dijo que escribiría en favor de ellos sobre la suspensión de las Ordenanzas, y que las más rigurosas él no las había de ejecutar por ninguna manera.

Finalmente les habló y persuadió de tal suerte que ellos se volvieron muy contentos, sin hacer diligencia alguna sobre la diputación que llevaban. Y ellos mismos fueron causa de sosegar al pueblo, que tan inquieto y escandalizado estaba. Con esto se entretuvieron algunos días, hasta lunes veinte y cuatro de marzo, que se pregonaron públicamente las nuevas leyes, estando presente al auto el Visorrey y el Visitador, con toda la Audiencia. Y en acabándose el

pregón, el Procurador mayor de la ciudad rompió por toda la gente, haciendo algún alboroto, para llegar al Visitador, a interponer ante él la suplicación que ya traía ordenada, y muchos de los presentes dieron clara muestra de escandalizarse y pasar adelante en su libertad. Por lo cual el Visitador, recelándose no sucediese alguna novedad y desvergüenza, allí luego en presencia de todos, dió en disculparse con muestras de gran pasión, de haber hecho pregonar las Ordenanzas, más por fuerza que de grado, y prometió con mucha certificación que todo aquello que fuese en perjuicio de los conquistadores y vecinos no se había de cumplir en manera alguna, y que no faltaría en cosa ninguna de todas las que había tratado y prometido a los diputados del Cabildo de la ciudad.

Mostró tener gran sentimiento, y aún queja, de que no le diesen entero crédito. Hizo grandes salvas, con juramentos solemnes, certificando que él deseaba y procuraba más que ellos mismos el bien público de todos los de la Nueva España.

Prometió con juramento de escribir a Su Majestad, informándole en favor de los conquistadores y pobladores, y que no solamente había de favorecer para que Su Majestad no les disminuyese las rentas y haciendas que tenían, ni quebrantasen sus fueros y capitulaciones, empero que ayudaría para que de nuevo se los confirmase e hiciese nuevas mercedes, y les repartiese todo aquello que estaba vacuo en la tierra. Asimismo el Obispo de México (que estaba presente), viendo la ciudad tan triste y descontenta, esforzó cuanto pudo el intento del Visitador; convidó toda la gente para otro día siguiente, veinte y cinco de marzo (fiesta de Nuestra Señora) fuesen todos a la Iglesia Mayor, que él les predicaría y el Visitador diría la misa.

Con esto se fueron todos harto tristes y confusos, consolándose algún tanto de su congojoso temor con la dudosa esperanza que se les prometía. Y toda aquella noche pasaron con harto poco reposo, llenos de congoja y cuidado.

Venido el día, el Visorrey, Oidores y Cabildo y todos los demás vecinos de la ciudad, se juntaron en la Iglesia Mayor, donde celebró la misa el Visitador y predicó el Obispo de México; trajo muchas autoridades de la Sagrada Escritura acerca de la presente tribulación en que toda la gente estaba, y tratólo tan bien y con tanto espíritu, que a todos dio mucho consuelo. Luego comenzaron a encontrar más contento, y trataban mejor del negocio, y de allí adelante el Procurador mayor y regidores iban a visitar a Don Francisco Tello, y trataban con él la forma y manera que tendrían con Su Majestad para el remedio. Y con su parecer y consejo nombraron dos religiosos, personas principales, y dos regidores diputados por el Cabildo de la ciudad y de todo el Reino, y que estos partiesen luego para Alemania, donde sabían que a la sazón estaba el Emperador, ocupado en las guerras que contra los luteranos hacía. Y el Visitador se ofreció escribir con ellos a Su Majestad, dándole a entender cuanto convenía al servicio de Dios y suyo, y a la paz y sosiego y perpetuidad de la tierra, la suspensión de las Ordenanzas, y que avisaría de los daños e inconvenientes que sucederían de la ejecución de ellas.

Lo cual cumplió como caballero: escribió a Su Majestad la relación de su viaje y lo sucedido con su venida en la Nueva España; advirtió muchas cosas acerca de la declaración y ejecución de las nuevas leyes, particularmente lo que en cada ley se debía restringir y ampliar. En esta carta iba un capítulo bien largo y notable en favor de los conquistadores y pobladores de la tierra, para que se les encomendasen indios y fuesen gratificados de sus servicios y trabajos, culpando mucho a los Gobernadores, porque habían dado injustamente los repartimientos pasados. Iban en esta carta veinte y cinco capítulos, que contenían las condiciones con que se debían encomendar los indios para perpetuidad de la tierra y aumento de los naturales, que casi todos eran en favor de los vecinos encomenderos.

Con la carta se embarcaron para Castilla los procuradores, y asimismo se embarcó otra mucha gente, por huir de las nuevas leyes. Algunos días después que las Ordenanzas fueron pregonadas procuró el Visitador, con mucho tiento y consejo, y poco a poco, cumplir y ejecutar algunas de ellas por los mejores medios que pudo. Y así ejecutó la tercera ley de las rigurosas en los oficiales del Rey que entonces lo eran, porque en aquellos les pareció ser cosa justa y conveniente, y no en los que antes lo habían sido, ni en los tenientes; quitóles los oficios, y dejóles los indios. Quitó los indios a los conventos, prelados, hospitales, de que dió luego cuenta a Su Majestad. Los procuradores, diputados, religiosos, y regidores que partieron de la Nueva España llegaron con próspero viaje en salvamento a Castilla y de allí se partieron luego para Alemania a negociar con el Católico Emperador, tomando los religiosos hábitos de soldados, porque en aquel tiempo y en aquellas partes era la persecución de los monasterios y religiosos que los herejes hacían. Y habiendo negociado bien a los que iban, y trayéndoles cédulas reales de su buen despacho, escribieron en la primera flota que fue a la Nueva España, el buen suceso que con Su Majestad habían tenido y la mucha merced que les habían hecho por la buena relación del Visitador.

Llegados los despachos a México, y vistas en el Cabildo, luego salieron todos juntos, como estaban, con el escribano de Ayuntamiento, y fueron a casa del Visitador, con diferente aspecto que el que llevaron cuando fueron a suplicar de las Ordenanzas. Y diéronle muchas gracias por la carta que en favor de todos ellos en general había escrito. Y mostrándole la cédula de Su Majestad, por la cual expresamente mandaba al Visitador que las nuevas leyes se suspendiesen, y no se entendiese en la ejecución de ellas hasta que otra cosa en contrario se mandase. Y decía también que Su Majestad mandaría repartir la tierra entre los conquistadores y pobladores de ella. Después de lo cual, en la primera flota Su Majestad envió poder a Don Antonio de Mendoza para repartir todo lo que estuviese vaco en la tierra. Luego dieron orden la ciudad y Cabildo que por alegría de la buena nueva hiciesen fiestas y regocijos, y así jugaron cañas y corrieron toros, lo más regocijado y más solemne que jamás hasta entonces se habían hecho.

Y de allí adelante tuvieron tanto placer y contento, que no entendían en otra cosa que en festejarse. Y para más confirmación de la buena esperanza que tenían que se había de cumplir la cédula real sobre la suspensión de estas leyes, sucedió que en este tiempo falleció un conquistador casado, que tenía indios encomendados, y no tenía hijos, y el Virrey y el Visitador pusieron los indios que tenían en la mujer del difunto, de que todos los señores de indios recibieron grandísimo contento, porque aún todavía estaban con recelo y sospecha si se habían de ejecutar o no las nuevas leyes.

Habiendo, pues, Don Francisco Tello de Sandoval hecho en la Nueva España lo que hemos referido, y todo lo demás que por Su Majestad le fue mandado, se volvió a Castilla, y fue después proveído por Su Majestad por Presidente de las Reales Audiencias de Granada y de Valladolid, y Presidente del Consejo Real de las Indias; y por el mes de diciembre de mil y quinientos y sesenta y seis años Su Majestad le dió el Obispado de Osma.

Hasta aquí es lo de México acerca de las Ordenanzas; de aquí adelante proseguiremos en las desdichas que por causa de ellas en el Perú sucedieron, que, como por la historia se verán, fueron en todo contrarias a las prosperidades de México, porque las causó la desventura de aquel Imperio y su mucha riqueza, y el rigor y aspereza que en él se usó, de que procedieron tantas muertes y daños, robos, tiranías y crueldades, que en comparación de las que indios y españoles padecieron, no se escribe la décima parte de ellas; porque las calamidades que la guerra en ambos sexos y en todas edades, en setecientas leguas de tierra, causó, no es posible que se escriban por entero.

FIN DEL LIBRO TERCERO

LIBRO CUARTO

DE LA SEGUNDA PARTE

DE LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS

———

Contiene la ida de Blasco Núñez de Vela al Perú. Su viaje hasta llegar a él. Lo que hizo antes y después de llegado al Perú. Lo que decían contra las Ordenanzas. El recibimiento del Visorrey. La prisión de Vaca de Castro. La discordia entre el Visorrey y sus Oidores. La muerte del príncipe Manco Inca. La elección de Gonzalo Pizarro para Procurador general. El Visorrey hace gente, elige capitanes, prende por segunda vez a Vaca de Castro. La rebelión de Pedro de Puelles y de otros muchos con él. La muerte del factor Illén Suárez de Carvajal. La prisión del Visorrey y su libertad. Nombran a Pizarro por Gobernador del Perú. La guerra que entre los dos hubo. Los alcances que Gonzalo Pizarro dió al Visorrey, y los que Francisco de Carvajal dió a Diego de Centeno hasta deshacerle. La batalla de Quitu. La muerte del Visorrey Blasco Núñez Vela, y su entierro.— Contiene cuarenta y dos capítulos.

CAPÍTULO I: Los sucesos del Visorrey Blasco Núñez Vela luego que entró en Tierra Firme y en los términos del Perú

Ya que la historia ha dicho en el libro precedente las prosperidades y buenas andanzas del Reino de México, causadas por la cordura, discreción y buen consejo del Visitador Don Francisco Tello de Sandoval, será razón nos esforcemos a hacer relación de las desventuras, muertes y calamidades del Imperio del Perú, nacidas del rigor, aspereza y mala condición del Visorrey Blasco Núñez Vela, que tan determinadamente, y contra el parecer de sus propios Oidores, quiso ejecutar las ordenanzas tan rigurosas, sin considerar cosa alguna de las que debían mirar en pro y servicio del Rey. Para lo cual es de saber que como atrás se dijo, las dos armadas del Perú y México se dividieron en el golfo de las Damas. El Visorrey siguió su viaje, y con próspero tiempo llegó a Nombre de Dios, a los diez de enero de quinientos y cuarenta y cuatro, y de allí se fue a Panamá, donde luego quitó muchos indios de servicio, que los españoles habían traído de las provincias del Perú, y los mandó volver a ellas.

A muchas personas les pesó, porque quitaban estos indios a sus dueños, así por tenerlos industriados como porque ya eran cristianos, y también por ser contra la voluntad de muchos de los mismos indios. Y sobre esta razón hablaron muchas veces al Visorrey para que no lo hiciese, persuadiéndole para ello y diciéndole no ser cosa que convenía al servicio de Su Majestad ni al de Dios, pues es notorio que lo que más se pretendía era que los indios fuesen cristianos, y que esto no podía haber efecto estando en poder de sus caciques. Especialmente que era muy claro que si algún indio se hacía cristiano y después volvía a poder de su cacique, hacía que le sacrificasen al Demonio. Cuanto más, que Su Majestad expresamente mandaba que los indios fuesen puestos en su libertad, y que aquéllos que allí estaban querían residir en aquella provincia, y contra su voluntad los mandaba llevar al Perú, y con tan poco recaudo, que era como imposible no morir muchos de ellos. A todo esto respondía el Visorrey que Su Majestad se los mandaba llevar expresamente, y que no podía hacer ni haría otra cosa. Y así mandó luego a los españoles que tenían los indios que los enviasen a su costa. Serían los que quitaron a particulares hasta trescientos indios; luego los hizo embarcar en su navío y llevarlos al Perú; los cuales, así por falta de comida, como por dejarlos en la costa desamparados murieron los más de ellos. Considerando las personas que persuadían al Visorrey el gran peligro que de proceder en la ejecución de las ordenanzas se temía, pretendían de se lo estorbar, alegando muchas razones por que lo entendiese, representándole las grandes guerras que en el Perú habían pasado, y que estaba la gente alterada y descontenta. El Visorrey oía todo esto de mala gana, y respondía ásperamente y decía que por estar fuera de su jurisdicción no los ahorcaba todos. De manera que con esto ponía duro freno para que nadie lo persuadiese de lo que convenía.

Estuvo Blasco Núñez veinte días en Panamá, en los cuales los Oidores se informaron de muchas cosas del Perú, y especialmente entendieron dos cosas: la una, el agravio grande que los conquistadores recibían con las Ordenanzas; la otra, el gran peligro que había de quererlas ejecutar en tiempo que poco antes el Licenciado Vaca de Castro había dado la batalla a don Diego de Almagro el Mozo, que le había vencido y ajusticiado, y habían sido muertos en la batalla más de trescientos cincuenta hombres, y los que habían quedado, por el gran servicio que habían hecho a Su Majestad, todos estaban esperando que se les habían de hacer grandes mercedes. Lo cual entendido por los Oidores, y habiendo considerado bien el negocio y la cualidad de la condición del Visorrey, no le apretaron, pareciéndoles que llegados al Perú, vista la cualidad de la tierra y gente de ella, estaría más apto para tomar su consejo. El Visorrey, desabrido con poca o ninguna ocasión por lo que los Oidores le decían, determinó partirse delante de ellos, diciendo que juraba que, para que viesen quien él era, que cuando los Oidores llegasen había de tener cumplidas y ejecutadas las Ordenanzas. Y por estar a la sazón enfermo y en la cama el Licenciado Zárate, el Virrey se fue a visitar antes de su partida; y el Licenciado le dijo pues que estaba determinado de se partir sin ellos, que le encargaba y suplicaba entrase muy blandamente en la tierra y que no tratase de ejecutar ninguna Ordenanza hasta que la Audiencia estuviese asentada en la Ciudad de los Reyes, y él estuviese apoderado de toda la tierra; y que entonces ejecutaría las leyes que conviniesen así para la conciencia de Su Majestad como para la buena gobernación y conservación de los naturales. Y que sobre las que eran muy ásperas, y otras que parecían no convenían, que se debía informar sobre ellas a Su Majestad, y que después, si Su Majestad (no obstante la información) tornase mandar que se cumpliesen y ejecutasen, que entonces se podían cumplir y ejecutar mejor, porque estaría mas apoderado en la tierra y estarían en todos los pueblos puestas las justicias de su mano.

Estas y otras cosas le dijo el Licenciado Zárate, que no fueron al gusto del Virrey, antes se enojó mucho por ello, y respondió con alguna aspereza, jurando que había de ejecutar las Ordenanzas, como en ellas se contenía, sin esperar para ello términos algunos ni dilaciones. Y cuando los Oidores llegasen al Perú, ya les habría quitado el trabajo. Y con esto luego se embarcó sólo, sin querer esperar a los Oidores ni alguno de ellos, puesto que se lo rogaron. Y a cuatro de marzo llegó al puerto de Túmbez donde desembarcó, y siguió su viaje por tierra, ejecutando y cumpliendo las Ordenanzas por los pueblos por donde pasaba, tasando los indios que algunos tenían y quitándoselos a otros y poniéndolos en cabeza de Su Majestad. Y así pasó por Piura y Trujillo, pregonando y ejecutando las nuevas leyes, no queriendo admitir suplicación alguna, aunque los vecinos alegaban que aquello no se podía hacer sin conocimiento de causa (puesto que las Ordenanzas se hubiesen de ejecutar) y sin que la Audiencia estuviese asentada, pues expresamente Su Majestad así lo mandaba por una de aquellas Ordenanzas, que decía que para ejecución de ellas enviaba un Virrey y cuatro

Oidores. Empero, el Virrey ponía temor, y amenazaba a los que en esto insistían, lo cual causaba gran confusión y tristeza en los ánimos y corazones de todos, considerando el rigor de las leyes, que a nadie perdonaban y que a todos en general comprendían. Y antes de esto, al tiempo que el Virrey tomó la costa del Perú, envió delante sus provisiones y poderes a la Ciudad de los Reyes y al Cozco, para ser recibido y obedecido, y para que el Licenciado Vaca de Castro se desistiese de la Gobernación que tenía, pues él ya estaba en la tierra por Virrey.

Días antes que estos recaudos se recibieran en la Ciudad de los Reyes, se sabía la provisión que Su Majestad había hecho en Blasco Núñez Vela, y tenían traslado de todas las Ordenanzas, con lo cual la ciudad y Cabildo despacharon con recaudo sobre este negocio a don Antonio de Ribera y a Juan Alonso Palomino, para el Licenciado Vaca de Castro, que estaba en la ciudad del Cozco. El cual también tenía cartas de España, en que le avisaban de la provisión de Blasco Núñez Vela y de las Ordenanzas, las cuales llevó Diego de Aller, su criado, que fue de España y se adelantó por llegar con la nueva.

Hasta aquí es de Diego Fernández, Palentino, y lo mismo dicen los demás historiadores.

CAPÍTULO II: El Licenciado Vaca de Castro va a Los Reyes; despide en el camino los que iban con él. El alboroto que causó la nueva de la ejecución de las Ordenanzas, y los desacatos que sobre ellas se hablaron.

El Gobernador Vaca de Castro, habiendo oído las nuevas de la ida del Visorrey Blasco Núñez Vela y las Ordenanzas que llevaba, y que las ejecutaba sin oír a nadie ni admitir suplicación alguna, le pareció asegurar su partido e irse a la Ciudad de los Reyes a recibir al Visorrey, sin admitir la embajada que Don Antonio de Ribera y Juan Alonso Palomino le llevaron del Cabildo del Rímac, ni querer escuchar lo que le decían los del Ayuntamiento del Cozco y los vecinos que de otras partes venían, que todos le decían que no recibiese al Visorrey, sino que en nombre de todos suplicase de las Ordenanzas, por el rigor de ellas, y de la provisión del Visorrey, por la aspereza de su condición, con que se había hecho incapaz del oficio, y que no lo recibiesen a la Gobernación, pues él se había hecho indigno de ella, no queriendo oír a justicia los vasallos de Su Majestad y mostrando tanto rigor en la ejecución de cualquiera cosa, por muy pequeña que fuese. También le decían que si él no aceptaba aquella empresa, no faltaría en el Reino quien la aceptase.

De la aspereza de la condición del Visorrey y del rigor que ejecutaba las Ordenanzas, estaba todo el Perú bien lleno y muy alborotado, porque los mismos mensajeros que el Visorrey a diversas partes envió para que le recibiesen por Gobernador, las habían publicado largamente, sobre lo cual también la fama

había acrecentado su parte, como suele en cosas semejantes, para indignar a los que las oyesen. El Licenciado Vaca de Castro, dando de mano a todas ellas, se apercibió para ir a Los Reyes; salió bien acompañado, de caballeros, vecinos y soldados del Cozco, que como él era tan bienquisto, si lo permitiera no quedara hombre en aquella ciudad que no se fuera con él. En el camino le notificaron las provisiones del Visorrey para que se desistiese de la gobernación de aquel Reino y le recibiese a él por tal. Vaca de Castro las obedeció llanamente, y se desistió de su oficio, aunque antes que lo pronunciase por escrito, proveyó muchos repartimientos de indios en personas que lo merecían, que habían servido a Su Majestad, como lo había visto por vista de ojos e informándose de lo que habían servido antes que él fuera a aquel Imperio.

Los que llevaron aquellas provisiones, contaron en particular lo que el Visorrey había hecho en la ejecución de las Ordenanzas, cómo quitó en Panamá los indios de servicio que los españoles tenían, y los embarcó para el Perú, contra la voluntad de los mismos indios y de sus dueños, y cómo en Túmpiz y en San Miguel y en Trujillo había tasado algunos repartimientos y quitado otros y puéstolos en cabeza de Su Majestad, conforme a las Ordenanzas, sin querer oír suplicación ni otro derecho alguno, diciendo que Su Majestad lo mandaba así. Con lo cual se alborotaron los que venían con el Licenciado Vaca de Castro, de manera que los más de ellos se volvieron al Cozco sin despedirse del Gobernador, diciendo que no osarían parecer ni ponerse delante de un hombre tan áspero, que sin causa alguna los ahorcaría a todos. Que cuando hubiesen llegado los Oidores y la Audiencia estuviese asentada, volverían a alegar de su justicia. Más con todas estas excusas se entendía bien que iban escandalizados y alterados, y lo mismo trataron al descubierto, porque llegando a Huamanca, tomaron la artillería que allí había quedado después del vencimiento de don Diego de Almagro y la llevaron al Cozco. El autor de esto fue un vecino llamado Gaspar Rodríguez, que hizo juntar mucha gente de indios, que la llevaron, con gran escándalo de los que lo vieron y oyeron. Vaca de Castro, ignorante de aquel mal hecho, pasó adelante y en el camino topó un clérigo que se decía Baltasar de Loaysa, que, con la afición que le tenía, iba a avisarle de que en la Ciudad de los Reyes se hablaba mal de que fuese acompañado de tanta gente y con armas demasiadas. El Licenciado, oyendo esto, pidió a los que habían quedado con él que se volviesen a sus casas, y así lo hicieron muchos. Y a los que no quisieron volverse les dijo que a lo menos dejasen allí las lanzas y los arcabuces que llevaban, que entonces, y aún muchos años después, se usaba caminar con aquellas armas.

Allí se las dejaron, y a pocas jornadas entraron en la Ciudad de los Reyes. Iban con el Licenciado Vaca de Castro, Lorenzo de Aldana, Pedro de los Ríos, el Licenciado Benito de Carvajal, Don Alonso de Montemayor y Hernando Bachicao. En la Ciudad de los Reyes fueron recibidos con mucho regocijo, aunque mezclado con el dolor de las Ordenanzas y de la aspereza del sucesor, tan en contra del antecesor. Vaca de Castro despachó luego su mayordomo,

llamado Jerónimo de la Serena, y a su secretario Pedro López de Cazalla, con cartas para el Visorrey, dándole la buena venida, y el ofrecimiento de su persona y hacienda, al servicio de Su Majestad y de Su Señoría. Entretanto que estas cosas sucedieron en el camino desde el Cozco hasta la Ciudad de los Reyes, hubo otros sucesos más rigurosos por el camino que el Visorrey llevaba por la costa desde Túmpiz hasta Rímac, que, donde quiera que hallaba alguna de las Ordenanzas que ejecutar, la ejecutaba con todo rigor, sin admitir razón alguna en defensa ni favor de los conquistadores y ganadores de aquel Imperio, porque decía que así se lo había mandado su Rey y que le había de obedecer; con lo cual se alteraron del todo los vecinos y moradores de aquel Reino, porque, como dice Diego Fernández, participaban todos del daño sin discrepar ninguno. Hablaban desvergonzadamente contra las Ordenanzas; decían que hombres apasionados, de envidia de lo que los conquistadores del Perú habían ganado y gozaban, no siendo ellos para otro tanto, habían aconsejado a Su Majestad las mandase hacer; y que otros, con hipocresía, para sus pretensiones, le habían forzado a que las firmase y enviase con ellas juez tan riguroso, y tan contumaz, que no quisiese oír a nadie, como lo dice Gómara en el capítulo ciento cincuenta y cinco, por estas palabras, cuyo título es el que se sigue:

"De lo que pasó Blasco Núñez con los de Trujillo, y las quejas y razones que todos daban contra las Ordenanzas.

"Entró Blasco Núñez en Trujillo con gran tristeza de los españoles; hizo pregonar públicamente las Ordenanzas, tasar los tributos, ahorrar los indios y vedar que nadie los cargase por fuerza y sin paga. Quitó los vasallos que por aquellas Ordenanzas pudo, y púsolos en cabeza del Rey. Suplicó el pueblo y Cabildo de las Ordenanzas, salvo de la que mandaba tasar los tributos y pechos y de la que vedaba cargar los indios, aprobándolas por buenas. El no les otorgó la apelación; antes puso muy graves penas a las justicias que lo contrario hiciesen, diciendo que traía expresísimo mandamiento del Emperador para las ejecutar, sin oír ni conceder apelación alguna. Díjoles, empero, que tenían razón de agraviar de las Ordenanzas; que fuesen sobre ello al Emperador, y que él le escribiría cuán mal informado había sido para ordenar aquellas leyes. Visto por los vecinos su rigor y dureza, aunque buenas palabras, comenzaron a renegar. Unos decían que dejarían las mujeres, y aunque algunos las dejaran si les valiera, que se habían casado muchos con sus amigas, mujeres de seguida, por mandamiento que les quitaran las haciendas si no lo hicieran. Otros decían que les fuera mucho mejor no tener hijos y mujer que mantener, si les habían de quitar los esclavos, que los sustentaban, trabajando en minas, labranza y otras granjerías. Otros pedían les pagasen los esclavos que les tomaban, pues los habían comprado de los quintos del Rey, y tenían su hierro y señal. Otros daban por mal empleados sus trabajos y servicios, y si al cabo de su vejez no habían de tener quien los sirviese. Estos mostraban los dientes caídos de comer maíz tostado en la conquista del Perú; aquéllos muchas heridas y pedradas; aquellos otros grandes bocados de lagartos. Los conquistadores se quejaban que habiendo

gastado sus haciendas y derramado su sangre en ganar el Perú, el Emperador les quitaba esos pocos vasallos que les había hecho merced. Los soldados decían que no irían a conquistar otras tierras, pues les quitaban la esperanza de tener vasallos, sino que robarían a diestra y siniestra cuanto pudiesen.

"Los tenientes y oficiales del Rey se agraviaban mucho que les privasen de sus repartimientos sin haber maltratado los indios, pues no los hubieron por el oficio, sino por sus trabajos y servicios. Decían también los clérigos y frailes que no podían sustentarse ni servir las iglesias si les quitaban los pueblos. Quien más se desvergonzó contra el Visorrey y aún contra el Rey, fue fray Pedro Muñoz, de la Merced, diciendo cuán mal pago daba Su Majestad a los que tan bien le habían servido, y que olían más aquellas leyes a interés que a santidad, pues quitaban los esclavos que vendió, sin volver los dineros, y porque tomaban los pueblos para el Rey, quitándolos a monasterios, iglesias, hospitales y conquistadores que los habían ganado. Y lo que peor era, que imponían doblado pecho y tributo a los indios que así quitaban y ponían en cabeza del Rey, y aún los mismos indios lloraban por esto." Hasta aquí es de Gómara.

CAPÍTULO III: Lo que decían en el Perú contra los consultores de las Ordenanzas, y en particular del Licenciado Bartolomé de las Casas.

Pasando adelante en sus desacatos y desvergüenzas, no perdonaban a los consejeros y consultores de las Ordenanzas; decían mil males de ellos, principalmente sabiendo que Fray Bartolomé de las Casas había sido el solicitador y el inventor de ellas, de quien Diego Fernández dice que era antiguo conquistador y poblador de las Indias. Decían los del Perú mil disparates, que certificaban haber hecho antes que entrara en religión; contaban particulares desórdenes suyos, y cómo había intentado hacerse conquistador y poblador de la isla Cumaná, y las desgracias y muertes de españoles que había causado con las relaciones falsas y muchas promesas que al Emperador y a sus criados, los extranjeros, les habían hecho, de acrecentar las rentas reales y enviar mucho oro y perlas a España, a los flamencos y borgoñones que en la corte residían; que como había en el Perú muchos españoles que habían sido conquistadores de muchas de las islas de Barlovento, conocían a fray Bartolomé de las Casas desde antes que fuera fraile, y sabían lo que le sucedió en la conversión que prometió hacer en los indios de la isla Cumaná, como lo escribe Francisco López de Gómara en el capítulo setenta y siete de su *Historia*, que me sospecho que alguno de aquellos conquistadores le dió la relación de lo que escribe en el capítulo, que es muy conforme a lo que decían los del Perú, que por dar autor que lo haya escrito pondré aquí el capítulo con su título, que es el que sigue:

"Capítulo setenta y siete. De la muerte de muchos españoles cruzados que llevó Bartolomé de las Casas, clérigo.

“Estaba el Licenciado Bartolomé de las Casas, clérigo en Santo Domingo al tiempo que florecían los monasterios de Cumaná y Chirivichi, y oyó loar la fertilidad de aquella tierra, la mansedumbre de la gente y abundancia de perlas. Vino a España, pidió al Emperador la gobernación de Cumaná; informole cómo los que gobernaban las Indias le engañaban, y prometióle de mejorar y acrecentar las rentas reales. Juan Rodríguez de Fonseca, el Licenciado Luis Zapata, y el secretario Lope de Conchillos, que entendían en las cosas de Indias, le contradijeron con información que hicieron sobre ello, y lo tenían por incapaz del cargo por ser clérigo y no bien acreditado ni sabedor de la tierra y cosas que trataba. Él entonces favorecióse de monsieur de Laxao, camarero del Emperador y de otros flamencos y borgoñones, y alcanzó su intento, por llevar color de buen cristiano en decir que convertiría más indios que otro ninguno, con cierta orden que pondría, y porque prometía enriquecer al Rey y enviarles muchas perlas. Venían entonces muchas perlas, y la mujer de Xevres hubo ciento y setenta marcos de ellas, que vinieron del quinto, y cada flamenco las pedía y procuraba. Pidió labradores para llevar, diciendo no harían tanta mal como soldados desuella caras, avarientos e inobedientes; pidió que los armase caballeros de espuela dorada y una cruz roja, diferente de la de Calatrava, para que fuesen francos y ennoblecidos. Diéronle a costa del Rey en Sevilla navíos y matalotaje, y lo que más quiso. Y fue a Cumaná, el año de veinte, con obra de trescientos labradores que llevaban cruces, y llegó al tiempo que Gonzalo de Ocampo hacía a Toledo. Pesóle de hallar allí tantos españoles con aquel caballero, enviados por el Almirante y Audiencia, y de ver la tierra de otra manera que pensaba, ni dijera en Corte. Presentó sus provisiones, y requirió que le dejasen la tierra libre y desembargada para poblar y gobernar. Gonzalo de Ocampo dijo que las obedecía, pero que no era bien cumplirla ni lo podía hacer sin mandamiento del Gobernador y Oidores de Santo Domingo que lo enviaban. Burlaba mucho del clérigo, que lo conocía de la Vega por ciertas cosas pasadas, y sabía quién era; burlaba eso mismo de los nuevos caballeros y de sus cruces como de San Benito. Corríase mucho de esto el Licenciado, y pesábale de las verdades que le dijo.

“No pudo entrar en Toledo, e hizo una casa de barro y palo junto a do fue el monasterio de franciscos, y metió en ella sus labradores, las armas, rescate y bastimento que llevaba, y fuese a querellar a Santo Domingo. El Gonzalo de Ocampo se fue también, no sé si por esto o por enojo que tenía de algunos de sus compañeros, y tras él se fueron todos. Y así quedó Toledo desierto, y los labradores solos. Los indios, que holgaban de aquellas pasiones y discordia de españoles, combatieron la casa y mataron casi todos los caballeros dorados. Los que huir pudieron acogiéronse a una carabela, y no quedó español vivo en toda aquella costa de perlas.

“Bartolomé de las Casas, como supo la muerte de sus amigos y pérdida de la hacienda del Rey, metióse fraile dominico en Santo Domingo. Y así no

acrecentó las rentas reales ni ennobleció los labradores ni envió perlas a los flamencos.” Hasta aquí es de Gómara.

Todo esto y mucho más contaban en ofensa del Licenciado Bartolomé de las Casas los agraviados de las Ordenanzas, que aún Gómara no se declara bien en lo que dice, que lo va cifrando. Y los del Perú pasaban mucho más adelante; decían que se había metido fraile porque Su Majestad no le castigase por la siniestra relación que le habían dado de lo que no había visto ni sabía de aquella tierra Cumaná, y que por restituir a Su Majestad los daños que en su real hacienda le había hecho, le había dado los avisos para las Ordenanzas e insistido tanto en ellas, haciéndose muy celoso del bien de los indios, que los efectos de su celo dirían y mostrarían cuán bueno había sido. Sobre esto hablaban muy largamente, que no se puede escribir todo. A Fray Bartolomé de las Casas eligió el Emperador por obispo de Chiapa (como lo dice Diego Fernández) que es en el Reino de México; más él no osó quedar allá, por lo que en Indias había causado. Yo lo alcancé en Madrid, año de quinientos y sesenta y dos, y porque supo que yo era de Indias, me dió sus manos para que se las besase; pero cuando entendió que era del Perú y no de México, tuvo poco que hablarme.

CAPÍTULO IV: Las razones que daban para sus quejas, los agraviados por las Ordenanzas, y cómo se aperciben para recibir al Visorrey.

Otras muchas cosas decían sobre las Ordenanzas, no solamente en la Ciudad de los Reyes, mas también en todo el Perú. Y para mayor declaración de sus quejas y lamentos, es de saber que así en México, como en el Perú, había costumbre entonces, y hasta el año de quinientos y sesenta que yo salí de allá, que aún no se habían perpetuado los oficios, y que era que en cada pueblo de españoles se elegían cuatro caballeros de los más principales, de más crédito y confianza que se podían hallar, para oficiales de la hacienda real y para guardar el quinto del oro y plata que en toda la tierra se sacaba, que fue el primer tributo que los Reyes Católicos impusieron a todo el Nuevo Mundo. Los oficiales de la hacienda real eran tesorero, contador, factor y veedor, los cuales tenían cargo de cobrar (sin el quinto) los tributos de los indios, que por muerte de los vecinos vacaban y se ponían en cabeza de Su Majestad.

Sin estos oficios, elegían cada año en cada pueblo de españoles, dos alcaldes ordinarios, un corregidor y teniente de corregidor, y seis, ocho o diez regidores, más o menos como era el pueblo, y con ellos los demás oficios necesarios para el buen gobierno de la república.

Con estos oficiales, como lo dice la tercera ordenanza, entraban en cuenta los Gobernadores, Presidente y Oidores y oficiales de justicia y sus tenientes. A todos los cuales que hubiesen tenido los tales oficios, o de presente los tuviesen, mandaba la dicha ordenanza se les quitasen los indios.

Decían los agraviados por ella: “Nosotros ganamos este Imperio a nuestra costa y riesgo, y aumentamos la Corona de Castilla con tan grandes reinos y señoríos como hoy tiene. En pago de estos servicios nos dieron los indios que poseemos, y nos los dieron por dos vidas, habiendo de ser perpetuos como los señoríos de España. La causa porque nos los quitan ahora es porque nos eligieron para oficiales de la hacienda real, para ministros de la justicia y regidores de los pueblos. Si los tales oficios los administramos bien y no hicimos agravio a nadie, ¿qué razón hay que por haber sido elegidos por hombres de bien nos quiten nuestros indios, y manden que nos quedemos con los oficios, que es achaque para quitarnos otro día lo que ganáremos adelante? Para venir a parar en esto, mejor nos fuera haber sido ladrones, salteadores, adúlteros, homicidas, pues las Ordenanzas no hablan con ellos, sino con los que hemos sido hombres de bien.”

Con otra tanta y mucha más libertad hablaban los que se hallaban condenados por la cuarta ley que mandaba quitar los indios a todos los que se hubiesen hallado en las dos parcialidades de los Pizarros y Almagros; por la cual ordenanza, como lo dice Diego Fernández, ninguno podía tener indios ni hacienda en todo el Perú.

Decían a esto que, qué culpa tenían los que habían obedecido a los Gobernadores de Su Majestad, pues ambos lo eran legítimamente, y les mandaban que hiciesen lo que hicieron; y que ninguno de ellos era contra la Corona Real sino que habían sido bandos y pasiones que el Demonio había inventado entre ellos sobre la partija de sus Gobernaciones; que si los unos habían delinquido para que les confiscasen los bienes, claro estaba que los otros quedaban libres por haber servido al Rey; pero que condenar igualmente a ambas partes con general confiscación de bienes, que más parecía tiranía de las de Nerón y de otros tales, que deseo del aumento de los vasallos.

Decían también maldades y blasfemias contra los que habían hecho las Ordenanzas y persuadido y forzado a Su Majestad que las firmase y mandase ejecutar con todo rigor, diciéndole que así convenía a su servicio y Corona Real.

Decían que si ellos se hubieran hallado en la conquista del Perú, y pasaran los trabajos que pasaron los ganadores, no hicieran las leyes, antes fueran contra ellos. Traían para confirmación de sus dichos y blasfemia, historias antiguas y modernas a semejanza de las guerras y pasiones de los Almagros y Pizarros.

Decían, si en las guerras que en España tuvieron los dos Reyes, Don Pedro el Cruel y Don Enrique, su hermano, a los cuales acudieron los señores de vasallos y los mayorazgos y los sirvieron hasta el fin y muerte de uno de ellos, si algún Rey sucesor, después de apaciguadas las guerras mandara que les quitaran los estados y mayorazgos a todos los que de la una parte y de la otra se habían hallado, ¿qué dijeran, qué hicieran los hombres poderosos de toda España? Lo mismo decían de las guerras que hubo entre Castilla y Portugal sobre la herencia de los que llamaron Beltraneja, dos veces jurada por princesa de Castilla, a cuyo bando decían que habían acudido muchos señores de Castilla, y que la Reina

doña Isabel hablando de ellos los llamaba traidores, y que el duque de Alba, oyéndola una vez, le dijo: "Ruegue vuestra alteza a Dios que venzamos nosotros, porque si ellos vencen nosotros hemos de ser los traidores."

Decían trayéndolo a consecuencia, si el sucesor quitara los estados a los señores que en aquella guerra se hallaron, ¿qué hicieran los unos y los otros? Otras muchas torpezas decían, que por no ofender los oyentes las dejaremos de escribir, con las cuales se indignaban unos a otros, hasta venir a los que después vinieron.

Volviendo al Visorrey, que iba camino de Los Reyes, es así que recibió con buen ánimo, y mucho agradecimiento los recaudos y mensajeros del Licenciado Vaca de Castro, y respondió a ellos y los despachó para que se volviesen a Los Reyes; los cuales, luego que llegaron a aquella ciudad, dieron larga cuenta del rigor con que se ejecutaban las Ordenanzas, y de la aspereza y mala condición del Visorrey, y cuán determinado iba de ejecutarlas en todo el Perú, sin admitir suplicación ni dilación alguna. Con lo cual se encendió nuevo fuego en Los Reyes, en el Cozco y en todo el Reino.

Trataban generalmente de no recibir al Visorrey, ni obedecer las Ordenanzas, porque decían que el día que el Visorrey entrase en Los Reyes y se pregonasen las Ordenanzas, no tenían indios ni otra hacienda alguna; porque sin la declaración de quitarse los indios, decían que las Ordenanzas llevaban tanta diversidad de cosas y mandatos, que por ninguna vía podían escusar que no les confiscasen todos los bienes, y que sus vidas también corrían riesgo, porque por el mismo caso que les quitaban sus indios por haberse hallado en la guerra de los Pizarros y Almagros, también podían quitarles las cabezas, lo cual no era de sufrir aunque fueran esclavos.

Con estos desatinos estuvieron los de la Ciudad de los Reyes casi resueltos de no recibir al Visorrey, más el factor Illén Suárez de Carvajal y Diego de Agüero, que eran de los más principales de aquel Cabildo, y muy bienquistos por sus virtudes y buena condición, los aplacaron con buenas razones que les dijeron. De manera que entre todos se determinó que lo recibiesen con toda la mayor pompa y solemnidad que pudiesen, por ver si con servicios y toda ostentación de humildad y vasallaje podían aplacarle a que les oyese de justicia, y la admitiese, y cumpliese las leyes que los Reyes Católicos y el Emperador habían hecho en favor de los conquistadores y ganadores del Nuevo Mundo, y en particular en favor de los del Perú, porque estos fueron más favorecidos y regalados en aquellas leyes, como hijos más queridos, por haber ganado aquel riquísimo Imperio.

Con esta determinación se apercibieron todos de galas y arreos y de todo buen ornato, para el día que el Visorrey entrase en aquella ciudad. El factor Illén Suárez de Carvajal, y el capitán Diego de Agüero no escaparon de las murmuraciones que sobre cada cosa había. Decían que ellos, por su interés habían solicitado y persuadido el recibimiento del Visorrey, porque e1 uno, por ser factor de la hacienda real, y el otro por haberse hallado en las guerras

pasadas, y ambos por ser regidores, tenían perdidos los indios, y que lo hacían más por su interés que por servir a su Emperador.

Entre tanto el Visorrey seguía su camino, y dondequiera que llegaba ejecutaba cualquiera cosa que hallaba que tocase a las Ordenanzas, y, aunque sentía la alteración y quejas que por ello había, no dejaba de hacerlo; antes de día en día mostraba mayor rigor, por dar a entender que no les temía, que había de ser buen ministro, como su Rey se lo había mandado, a quien (como él lo decía a cada paso) había de respetar y no a otro.

Caminando de esta manera, llegó al valle que llaman Huaura, en cuya venta y dormida no halló indio alguno de servicio, ni cosa de bastimento; y aunque este descuido era principalmente del Cabildo de Los Reyes, a quien tocaba la buena provisión de los caminos para el Visorrey, él lo tomó por particular delito de Antonio Solar, natural de Medina del Campo y vecino de Los Reyes, cuyo era aquel valle, y concibió grande enojo contra él, y mucho más cuándo en una pared blanca de la venta, que, como dice el refrán, es papel de atrevidos, vió escrito un mote que decía: “A quien viniere a echarme de mi casa y hacienda procuraré yo echarle del mundo”. Porque sospechó que Antonio Solar (como en su casa) hubiese escrito o mandado escribir aquella desvergüenza, así concibió contra él grandísimo odio, aunque por entonces lo disimuló, y delante lo mostró, como se dirá.

CAPÍTULO V: Reciben al Visorrey. La prisión de Vaca de Castro. El escándalo y alteración que en todos y en el mismo Visorrey hubo.

Con los enojos, pesadumbres y melancolías dichas, aunque procurando encubrirlas, llegó el Visorrey a tres leguas de la ciudad de Rímac, donde fueron muchos caballeros principales, y entre ellos el Licenciado Vaca de Castro y Don Jerónimo de Loaysa, obispo de ella, que después fue arzobispo, para entrar en la ciudad en su acompañamiento.

Recibiólos el Visorrey a todos con mucho gusto, particularmente al Obispo y al Licenciado Vaca de Castro; y así fueron caminando, hablando al Visorrey en las excelencias de aquel valle, su fertilidad y hermosura.

Cuando llegaron al paso del río, hallaron que los estaban esperando Garci-Díaz de Arias, electo Obispo de Quitu, con el Cabildo de aquella Santa Iglesia, con la demás clerecía, donde hubo mucho contento, fiesta y regocijo.

Poco más adelante, a la entrada de la ciudad, hallaron el cabildo de ella con todos los vecinos y caballeros principales, donde salió, según todos los tres autores lo dicen, el factor Illén Suárez de Carvajal, como persona principal del Cabildo, y tomó juramento al Visorrey en nombre de la ciudad, que guardaría los privilegios, franquezas y mercedes que los conquistadores y pobladores del

Perú tenían de Su Majestad, y se les oiría de justicia sobre la suplicación de las ordenanzas.

El Visorrey juró que haría todo aquello que conviniese al servicio del Rey y bien de la tierra, por lo cual muchos dijeron y publicaron que había jurado con cautela y engaño.

Hasta aquí es de Diego Fernández. De que el Visorrey jurase tan confuso, sin mostrar ninguna señal de hacer algo de lo que pedían, se entristecieron todos, así eclesiásticos como seglares, y perdieron el regocijo que hasta allí habían traído, trocándolo en lágrimas y dolor interior; porque de aquel juramento decían que no podían esperar ningún bien, sino temer mucho mal, y que otro día se habían de ver desposeídos de sus indios y hacienda e imposibilitados de poder ganar otra para sustentar la vida, por su larga edad, y estar ya consumidos de los trabajos pasados. Y aunque metieron al Visorrey debajo de un palio de brocado, y los regidores que llevaban las varas iban con ropas que llaman rozagantes, de raso carmesí, aforradas en damasco blanco, y aunque se repicaban las campanas de la Iglesia Catedral y de los demás conventos, y sonaban instrumentos musicales por las calles, y ellas estaban enramadas de mucha juncia, con muchos arcos triunfales, que, como hemos dicho los indios los hacen con mucha variedad de flores y hermosura, todo esto más parecía y semejaba a un entierro triste y lloroso que recibimiento de Visorrey, según el silencio y dolor interior que todos llevaban.

Así fueron hasta la Iglesia Mayor, y hecha la adoración del Santísimo Sacramento, lo llevaron a las casas del Marqués Don Francisco Pizarro, donde quedó aposentado el Visorrey con toda su familia.

Luego otro día habiendo entendido el Visorrey el alboroto con que fueron al Cozco los que de ella habían venido con el Licenciado Vaca de Castro, sospechó, como lo dice Zárate, libro quinto, capítulo tercero, y los demás autores, que Vaca de Castro había entendido en aquel motín, y había sido el origen de él, y lo mandó prender y ponerlo en la cárcel pública y secuéstrarle sus bienes.

Los de la ciudad aunque no estaban bien con Vaca de Castro, fueron a suplicar al Visorrey no permitiese que una persona como Vaca de Castro, que era del Consejo de Su Majestad y había sido su Gobernador, fuese echado en cárcel pública, pues aunque le hubiesen de cortar otro día la cabeza, se podía tener en prisión segura y honesta. Y así lo mandó poner en la casa real, con cien mil castellanos de seguridad, en que le fiaron los mismos vecinos de Lima. Y vistos estos rigores, la gente andaba desabrida y haciendo corrillos, y saliéndose pocos a pocos de la ciudad la vía del Cuzco, adonde el Visorrey no estaba recibido.

Hasta aquí es de Zárate, y lo mismo, casi por las propias palabras, dice Diego Fernández, y añade que estuvo Vaca de Castro en la cárcel pública aprisionado, y dice lo que se sigue.

“Los que en la ciudad estaban, haciendo mil juntas y corrillos, andaban platicando en el daño que en la tierra venía, y en los pobladores de ella, haciendo pausa en la riqueza y libertad y señorío que los conquistadores y señores de indios tenían, por lo cual afirmaban que la tierra se había de despoblar y venir en gran disminución, y que por ninguna vía se podía compadecer lo que Su Majestad mandaba, ni podía haber nuevos descubrimientos, y menos conservarse la población, contratación y comercio de la tierra, y otros mil inconvenientes que cada uno ponía. Y con esta confusión y temor que todos tenían, algunos de los principales acudían al Visorrey so color de visitación, creyendo que había de hallar algún remedio o limitación en su voluntad de rigor, viendo la calidad de la tierra y alteración de ella. Y algunos que más se atrevían a tocar en esta materia, le representaban algunos de estos inconvenientes con la mayor templanza que podían (porque ya sabían que se aceleraba cuando en esto le tocaban), lo cual aprovechaba poco, porque luego echaba el bastón, interrumpiendo la plática con aquel color de cumplir la voluntad de su Príncipe.

“De manera que a nadie dejaba ni consentía acabar su plática, ni respondía ni quería satisfacer a cosa que sobre este caso se le dijese, poniendo luego por delante aquella real voluntad, lo cual en el corazón de muchas causaba mayor escándalo, y aún enemistad y rencor con el Visorrey.

“De ahí algunos días que fue recibido, llegaron tres Oidores que atrás se habían quedado, porque el Licenciado Zárate quedó enfermo en Trujillo.

“Luego procuró asentar la Audiencia y los reales estrados en aquella casa donde él estaba aposentado, como lugar más conveniente, por la suntuosidad y sitio que tenía, y ordenó suntuoso recibimiento para el sello real (como de Audiencia que nuevamente entraba en la tierra), y se recibió llevándole en una caja, sobre un caballo muy bien aderezado, cubierto con un paño de tela de oro, debajo de un palio de brocado, llevando las varas del palio los regidores de la ciudad, vestidos de ropas rozagantes de terciopelo carmesí, de la forma que en Castilla se recibe a la persona real, llevando un regidor al caballo de diestro.

“Luego se asentó el Audiencia y se comenzaron a hacer y librar negocios, así de gobernación como de justicia, que parecía dar más autoridad a la tierra, y los que menos eran y más pobres, se holgaban por ello (porque a estos comúnmente, más que a los ricos, place ver muchas justicias). Y como ya el Demonio comenzase a tratar de la caída del triste Virrey, revolviendo y desasosegando la tierra, que tan poco tiempo había estado pacifica, ordenó que esta alteración creciese y se aumentase, tornando a brotar los primeros malos humores de ella, poniendo discordia y disensión entre el Virrey y los Oidores y todo el Reino, sobre querer llevar todavía adelante la ejecución de las Ordenanzas y no querer recibir la suplicación del Cabildo de la ciudad de Lima y de otros muchos pueblos que de lo de abajo habían acudido”.

Hasta aquí es de Diego Fernández, Palentino, capítulo diez. Y como este autor dice, trataba el Demonio de la caída del Visorrey con alterar la tierra; pero

el Demonio y la discordia, su principal ministro en la destrucción de los reinos e imperios, no se contentaron con encender sus fuegos contra el Visorrey y los conquistadores y ganadores de la tierra, más también procuraron encenderlos entre el Visorrey y sus cuatro Oidores (que a bien o mal habían de ser todos a una), y salió con ellos, porque, como los Oidores pretendían templar la cólera del Visorrey en la ejecución de aquellas ordenanzas, porque, como hombres desapasionados, cuerdos y prudentes, mirando a lejos, veían que, según el alteración que las Ordenanzas, con sólo el sonido habían causado, sería mucha mayor la que causaría la ejecución de ellas, y que un Reino que apenas había dejado las armas de las guerras pasadas, no podía sufrir un rigor tan grande, y que podría ser que se causase la perdición de todos ellos y la de aquel Imperio.

Con estos temores procuraban templar al Visorrey, si fuese posible; más él, tomándolo a mal, y sospechando que estaban sobornados y cohechados, se indignó contra ellos, porque decía que todo aquel que imaginase estorbarle la ejecución de lo que Su Majestad le mandaba, se tuviese por enemigo suyo; y así, por mostrar su enojo, les envió a mandar que tomasen casas de por si en que viviesen, y no estuviesen en casas de vecinos y a costa de ellos.

Sobre lo cual, y sobre los inconvenientes que los Oidores ponían en la ejecución de las Ordenanzas, habían algunas veces palabras de enojo; más la continua comunicación que les era forzoso tener para tratar los negocios del gobierno, les templaba a que no descubriesen su pasión en público; pero como cada día se descubriese más y más la intención de ejecutar las Ordenanzas, al mismo paso crecía la confusión y alteración de los condenados por ellas, porque, como dice Diego Fernández, capítulo diez, "por una parte consideraban y veían la determinada voluntad del Virrey a cumplir de hecho las Ordenanzas; por otra que la Majestad del Emperador estaba muy lejos para procurar remedio de sus agravios; y por otra parte temían que, siendo despojados de la posesión y señorío de los indios que tenían, que con dificultad después lo podrían conseguir; que cierto eran tres landres para sus entrañas, que cualquiera de ellas les causaba frenesí, y así todos andaban locos, confusos y desatinados. Y no solamente parecía haber esta enfermedad en la gente, pero aún también en el mismo Virrey, porque de ver levantado y alborotado el pueblo, y que muchos se huían de él, también se alborotaba y inquietaba, y tenía por esto mil desabrimientos, y por el consiguiente incitaba más el animo obstinado de los interesados a que se determinasen a echar, tras la hacienda, la vida y la honra, como después lo hicieron". Hasta aquí es del Palentino, sacado a la letra.

CAPÍTULO VI: La discordia secreta que había entre el Visorrey y los Oidores se muestra en público. El príncipe Manco Inca y los españoles que con él estaban escriben al Visorrey.

No se satisfizo la discordia de haber entrado en lo interior de los ánimos del Visorrey y de los Oidores, sino se mostraba al descubierto, porque su gusto era pasear las plazas y correr las calles públicas; para lo cual trajo a la memoria del Visorrey el mote que había leído en la venta de Huaura, que era de Antonio Solar, y, sospechando que él lo había escrito o mandado escribir, le envió a llamar, y tratando con él a solas sobre el mote, como lo dice Zárate y Diego Fernández, por unos mismos términos, dijo el Visorrey "que le había dicho ciertas palabras muy desacatadas. Por lo cual mandó cerrar las puertas de Palacio, y llamó un capellán suyo que le confesase, queriéndolo ahorcar de un pilar de un corredor que salía a la plaza. Antonio Solar no quiso confesar, y duró la porfía tanto, que se divulgó por la ciudad, y vino el Arzobispo de Los Reyes, y con él otras personas de calidad, y suplicaron al Visorrey suspendiese aquella justicia por entonces, lo cual no se podía acabar con él, y en fin concedió de dilatarla por aquel día y mandó llevar a Antonio Solar a la cárcel y echarle muchas prisiones. Y habiéndose pasado la alteración y cólera, le pareció no era bien ahorcarle, y así le tuvo en la cárcel por espacio de dos meses sin hacerle cargo por escrito de su culpa, ni formar otro proceso contra él, hasta que, yendo los Oidores un sábado a visitar la cárcel, y estando bien informados del hecho y rogados en favor de Antonio Solar, le visitaron, y preguntándole la causa de su prisión dijo que no la sabía, ni se halló proceso contra él entre los escribanos, ni el alcaide supo decir más de que el Visorrey se lo había enviado preso con aquellas prisiones.

"El lunes siguiente los Oidores dijeron al Visorrey, en el acuerdo, que habían hallado preso a Antonio Solar, y que no parecía proceso contra él, más de que se decía que por su mandado estaba en la cárcel, y que si no había información por donde se justificase la prisión, conforme a la justicia, no podían hacer menos de soltarle.

"El Visorrey les respondió que él lo había mandado prender, y aún lo había querido ahorcar, así por aquel mote que estaba en su tambo, como por ciertos desacatos que en su misma persona le había dicho, de lo cual no había habido testigos; y que él por vía de gobernación, como Visorrey, le podía prender y aún matar, sin que fuese obligado a darles a ellos cuenta por qué lo hacía. Los Oidores le respondieron que no había más gobernación sino hacer cuanto fuese conforme a justicia y a las leyes del Reino. Y así quedaron diferentes, de manera que el sábado siguiente, en la visita de cárcel, los Oidores mandaron soltar a Antonio Solar, dándole su casa por cárcel, y en otra visita le dieron por libre. Lo cual sintió el Visorrey demasiadamente, y halló ocasión para vengarse de los Oidores en que cada uno de todos tres se había ido a posar a casa de un vecino de los más ricos de la ciudad, que les daban de comer y todas las otras cosas necesarias a ellos y a sus criados; y aunque al principio se había hecho con permisión del Visorrey, fue por poco tiempo, y mientras buscaban casas en que posar y las aderezaban; y viendo que pasaba adelante, el Visorrey les envió a decir que buscasen casas en que posar, y no comiesen a costa de los vecinos,

pues no sonaría bien delante de Su Majestad, ni ellos lo podían hacer, y que tampoco estaba bien que anduviesen acompañados con los vecinos y negociantes.

"A todo esto respondían los Oidores que no hallaban casas en que posar hasta que saliesen los arrendamientos, y que comerían a su costa de ahí adelante; y cuanto al acompañamiento, que no era cosa prohibida, antes muy conveniente, y que lo usaban en Castilla en todos los Consejos de Su Majestad, porque los negociantes, yendo y viniendo, acordaban sus negocios a los Oidores y les informaban sobre ellos. Y así se quedaron siempre diferentes, mostrándole todas las veces que se ofrecía coyuntura; tanto, que un día el Licenciado Álvarez tomó juramento a un procurador sobre que se decía que había dado a Diego Álvarez de Cueto, cuñado del Visorrey, cierta cantidad de pesos de oro porque le hiciese nombrar al oficio por el Visorrey, la cual averiguación él sintió mucho."

Hasta aquí es de Zárate. Y Diego Fernández habiendo, dicho lo mismo, añade lo que se sigue:

"De manera que el Visorrey y Oidores parecían dos parcialidades y bandos contrarios el uno del otro. También Antonio Solar, después que fue suelto y dado por libre, anduvo secretamente convocando e indignando los vecinos y otra gente contra el Virrey, y para mayor indignación publicaba y decía cosas que el Virrey había dicho y hecho que jamás le habían pasado por pensamiento, y a todo se daba entero crédito, porque ya Blasco Núñez era tan aborrecido generalmente de todos que, por su respeto, aún el nombre del Virrey era en esta sazón tan odioso en la Ciudad de los Reyes, como lo fue el nombre del Rey en el pueblo romano después que Tarquino Superbo fue echado de Roma, aunque Blasco Núñez Vela fue el primer Virrey que el Reino del Perú había tenido". Hasta aquí es la adición de Diego Fernández, Palentino.

El doctor Gonzalo de Illescas, en su *Historia pontificial*, tratando de los sucesos del Imperio del Perú dice de la terrible condición de Blasco Núñez Vela lo que se sigue:

"Estúvose después de esto Vaca de Castro en el Perú gobernando pacíficamente por espacio de año y medio, hasta que fue allá por Virrey Blasco Núñez Vela, caballero principal de Ávila, el cual llevó ciertas ordenanzas rigurosísimas, aunque no tanto cómo el que las había de ejecutar," etc. En pocas palabras dice éste doctor lo que nuestros historiadores no pudieron ni osaron decir en todo cuanto en este particular escribieron.

Entre tanto que en la Ciudad de los Reyes pasaban estas cosas, no faltaron otras tan grandes y mayores en otras partes, donde no había la ambición, envidia, tiranía y deseo de reinar y mandar que en aquella ciudad. Más la discordia lo corrió todo, y halló como inquietar y matar al pobre príncipe Manco Inca, que estaba contento y pacífico en su destierro voluntario, privado de su Imperio, por cuyo señorío y gobierno había habido tantas muertes y tan crueles guerras como las pasadas, y se temían otras tales y peores, si peores podían ser, en lo presente.

Para lo cual es de saber que Diego Méndez y Gómez Pérez y otros seis españoles que atrás dijimos, que huyeron de la cárcel del Cozco, y escaparon de las persecuciones de los Pizarros, sus enemigos, y de la justicia del Gobernador y del Licenciado Vaca de Castro, que fue el que últimamente castigó a los más culpados en la muerte del Marqués Don Francisco Pizarro, supieron por vía del Inca de la venida del nuevo Gobernador y las disensiones y alboroto que en toda la tierra estaba puesta, porque decía que venía a hacer nuevos castigos, y trocar la tierra de como la tenían los españoles; porque es así que al Inca enviaban sus vasallos cada día relación de lo que por acá fuera pasaba, para que no lo ignorase, por estar encerrado en aquellas bravas montañas.

Diego Méndez y sus compañeros holgaron con las nuevas, y persuadieron al Inca que escribiese al Visorrey pidiéndole licencia para salir de aquella cárcel e ir a servir a Su Majestad en compañía de su Gobernador, en las ocasiones que se ofreciesen en su servicio. El Inca lo hizo, persuadido de ellos, que le decían que se abría camino para restituirle todo su Imperio o muy buena parte de él. Los españoles también escribieron por sí, pidiendo perdón de lo pasado, y salvoconducto para ir a servir a Su Señoría en lo que les mandase.

Eligieron a Gómez Pérez por embajador del Inca, el cual, acompañado de diez o doce indios que el Inca mandó que fuesen sirviéndole, llegó ante el Visorrey y presentó sus cartas y embajada, e hizo larga relación de la estada del Inca, y de la intención que tenía de servirle. El Visorrey holgó con las buenas nuevas, y concedió a los españoles largamente el perdón que pedían, y respondió al Inca con palabras de mucho regalo, caricias y amor, porque entendió que la compañía del Inca en cualquiera ocasión que se ofreciese, de paz o de guerra, le había de ser de mucho socorro y ayuda. Gómez Pérez volvió con la respuesta a los suyos, y ellos y el Inca holgaron con ella, y dieron traza para salir lo más presto que pudiesen a servir al Visorrey. Más la desgraciada fortuna de Blasco Núñez Vela, no lo consintió, que en todo le fue contraria, como se verá en el capítulo que se sigue.

CAPÍTULO VII: La muerte desgraciada del príncipe Manco Inca. Los alborotos de los españoles sobre las Ordenanzas.

Jugando un día el Inca a la bola con Gómez Pérez (como solía hacer con él y con los demás españoles), que por entretenerlos y entretenerse con ellos, había mandado hacer un juego de bolos por orden de los mismos españoles, porque los indios no los usaban jugar antes. El Gómez Pérez todas las veces que jugaba con el Inca, como hombre de poco entendimiento y nada cortesano, porfiaba con el Inca demasiadamente sobre el medir de las bolas, y sobre cualquiera ocasioncilla que en el juego se ofrecía; tanto que el Inca estaba ya enfadado de él, más por no mostrar que lo desdeñaba, jugaba con él tan bien como con los otros, que eran más comedidos y más corteses. Jugando así un día el Gómez Pérez, porfió más y

más que solía, porque con los favores que el Visorrey le había hecho y con la esperanza de salir de aquel lugar muy aína, le parecía que podía tratar al Inca como a un indio de servicio de los que el mismo Inca les había dado. A una mano de las del juego estuvo Gómez Pérez tan desacatado, y porfió con tanta libertad y menosprecio del Inca, que, no pudiéndolo ya sufrir el pobre Príncipe, le dió una puñada o rempujón en los pechos, diciéndole: "¡Quítate allá, y mira con quién hablas!"

Gómez Pérez, que era tan colérico como melancólico, sin mirar su daño ni el de sus compañeros, alzó el brazo con la bola que en la mano tenía, y con ella le dió al Inca un tan bravo golpe en la cabeza que lo derribó muerto. Los indios que se hallaron presentes, arremetieron con Gómez Pérez, el cual, juntamente con sus compañeros fueron huyendo a su aposento, y con las espadas defendieron la puerta, de manera que no les pudieron entrar. Los indios pegaron fuego a la casa. Los españoles, por no verse quemados vivos, salieron de ella a la plaza, donde los indios los flecharon como a fieras, con mayor rabia que todas las del mundo podían tener, de ver su Príncipe muerto. Cuando los tuvieron muertos, de pura rabia estuvieron por comérselos crudos por mostrar la ira que contra ellos tenían; aunque ya difuntos, también determinaron quemarlos y echar los polvos a un río abajo para que no quedase rastro ni señal de ellos. Más al fin acordaron de echarlos en el campo, para que aves y animales se los comiesen, pues no podían hacer otro mayor castigo de aquellos cuerpos.

Así acabó el pobre príncipe Manco Inca, a manos de los que él guareció de la muerte y regaló todo lo que pudo mientras vivió, que no le valió su destierro voluntario ni las bravas montañas que eligió para su defensa, que allá le fueron a hallar las manos y la furia de un loco sin juicio, sin consejo ni prudencia. Francisco López de Gómara toca esta muerte en el capítulo ciento cincuenta y seis de su libro, aunque difiere en la manera del matarle; pero yo lo supe de los Incas que se hallaron presentes a aquella nunca jamás oída locura, cuando con tiernísimas lágrimas le contaron a mi madre los parientes que salieron con el Inca Sayri Túpac, hijo de este desdichado Príncipe, cuando salió de aquellas bravas montañas por orden del Visorrey Don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, como adelante diremos, si Dios fuere servido que lleguemos allá.

El demonio, nuestro enemigo capital, viendo tantas ocasiones y tan buena disposición por su intento y pretensión, que era que cesase o a lo menos se dilatase por muchos años, la predicación del Santo Evangelio en aquel grande y rico Imperio del Perú, le pareció no perderlas. Y así envió sus ministros, que cada cual de ellos, buscando razones falsas o no falsas, dándoles el color que pudiesen, encendiesen fuego en todas las partes de aquel Reino, por alejadas que estuviesen, para que en todo él cesase la buena doctrina de la Fe Católica, la paz, concordia y amistad que en él hubo todo el tiempo que lo gobernó el Licenciado Vaca de Castro. Y pareciéndole que en la ciudad del Cozco había más lastimados de las Ordenanzas, porque habían ochenta vecinos que tenían

repartimientos de indios, encaminó allá su maldad y sus ministros, para que allí hiciesen lo que hicieron. Para lo cual es de saber que los traslados de las Ordenanzas, como al principio se dijo, corrieron todo el Perú y causaron grandísimo escándalo, porque todos los conquistadores se veían desposeídos en un día de sus indios y hacienda, sin exentarse alguno.

Este escándalo y temor acrecentaba el rigor de la condición del Visorrey, y no querer oír en particular suplicación de ciudad alguna sobre las Ordenanzas, sino que se había de llevar todo a hecho por todo rigor. Por lo cual les pareció a las cuatro ciudades, que son Huamanca, Arequepa, Chuquisaca y el Cozco, en las cuales aún no estaba recibido el Visorrey, que eligiendo ellas un Procurador general que hablase por todas cuatro y por todo el Reino, porque eligiéndolo el Cozco, que era cabeza de aquel Imperio, era visto elegirlo todo él, se remediaría el daño que temían. Trataron sobre ello, escribiéndose cartas las unas a las otras, para que se eligiese una persona en quien concurriesen los requisitos necesarios para tal empresa.

Con este acuerdo pusieron los ojos en Gonzalo Pizarro, porque no había otro en toda la tierra que con más razón pudiese aceptar el oficio; lo principal, porque era hermano del Marqués Don Francisco Pizarro, y que había ayudado a ganar aquella tierra y pasados los trabajos, tantos y tan grandes como se han dicho, aunque no bastantemente; y por su calidad era nobilísimo y virtuoso, y por su condición bienquisto y amado de todos. Y que por todas estas causas, sin que le nombrase el Reino, estaba obligado a ser protector, defensa y amparo de los indios y españoles de aquel Imperio.

Con estas consideraciones escribieron los Cabildos de aquellas cuatro ciudades a Gonzalo Pizarro que estaba en los Charcas, en su repartimiento, suplicándole se llegase al Cozco para mirar y tratar lo que en aquel caso a todos convenía, pues no interesaba a él menos, antes él era el principal de los perdidosos, porque (demás de perder los indios), según el Visorrey muchas veces había dicho, llevaba mandato de Su Majestad para cortarle la cabeza. Gonzalo Pizarro, habiendo leído las cartas, recogió los dineros que pudo de su hacienda y de la de su hermanó Hernando Pizarro, y con diez o doce amigos fue al Cozco, donde, como dice Zárate, libro quinto, capítulo cuarto, “todos le salieron a recibir y mostraron holgarse con su venida, y cada día llegaba al Cozco gente que se huía de la Ciudad de los Reyes y contaba lo que el Visorrey hacía, añadiendo siempre algo, para que más se alterasen los vecinos. En el Cabildo del Cozco se hicieron muchas juntas, así de los regidores como de todos los vecinos en general, tratando sobre lo que se debía de hacer cerca de la venida del Visorrey. Algunos decían que se recibiese, y que, en lo tocante a las Ordenanzas, se enviasen procuradores a Su Majestad, para que las remediase. Otros decían que, recibiéndole una vez, y ejecutando él las Ordenanzas, como lo hacía de hecho, les quitaría los indios, y que después de desposeídos de ellos, con gran dificultad se les tornarían. Y últimamente se determinó que Gonzalo Pizarro fuese elegido por la ciudad del Cozco, y que Diego Centeno, que estaba

allí con poder de la Villa de la Plata, le sustituyese; y que de esta manera fuese con título de Procurador general a la Ciudad de los Reyes, a suplicar de las Ordenanzas en la Audiencia Real. Y a los principios hubo diversos pareceres sobre si llevaría gente de guerra consigo, y en fin se determinó que la llevase, dando diversos colores en ello, y el primero era que ya el Visorrey había tocado atambores en Los Reyes, so color de venir a castigar la ocupación de la artillería; y también que decían que era hombre áspero y riguroso, y que ejecutaba aquellas Ordenanzas sin admitir las suplicaciones que de ellas ante él se interponían y sin esperar la Audiencia Real, a quien también venía cometida la ejecución, y que había dicho el Visorrey muchas veces que traía mandato de Su Majestad para cortar la cabeza a Gonzalo Pizarro sobre las alteraciones pasadas y muerte de don Diego. Y otros, que más honestamente trataban este negocio, daban por escusa de la junta de la gente, que, para ir Gonzalo Pizarro a la Ciudad de los Reyes, había de pasar por las tierras donde estaba el Inca alterado y de guerra, y que para defenderse de él había menester llevar gente. Otros trataban más claramente el negocio, diciendo que se hacía la gente para defenderse del Visorrey, porque era hombre de recia condición y que no guardaba los términos de justicia, ni había seguridad para seguirla ante él; y, con hacer información de testigo sobre todas estas razones, no faltaron letrados que fundaban y les hacían entender cómo en todo esto no había ningún desacato, y que lo podían hacer de derecho, y que una fuerza se puede y debe repeler con otra, y que el juez que procede de hecho puede ser resistido de hecho. Y de esta manera se resolvieron en que Gonzalo Pizarro alzase banderas e hiciese gente, y muchos de los vecinos del Cozco se le ofrecieron con sus personas y haciendas, y aún algunos hubo que decían que perderían las ánimas en esta demanda.”

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, del libro quinto de la *Historia del Perú*, capítulo cuarto. Lo que se sigue es de Francisco López de Gómara, capítulo ciento cincuenta y siete.

CAPÍTULO VIII: Prosiguen los alborotos. Escriben cuatro ciudades a Gonzalo Pizarro; elígenle por Procurador General del Perú, el cual levanta gente para ir con ella a Los Reyes.

“Tantas cosas escribieron a Gonzalo Pizarro muchos conquistadores del Perú, que lo despertaron allá en los Charcas donde estaba, y le hicieron venir al Cozco después que Vaca de Castro se fue a Los Reyes. Acudieron muchos a él como fue venido, que temían ser privados de sus vasallos y esclavos, y otros muchos que deseaban novedades por enriquecer, y todos le rogaron se opusiesen a las Ordenanzas que Blasco Núñez traía y ejecutaba sin respeto de ninguno, por vía de apelación y aún por fuerza si necesario fuese; que ellos, que por cabeza lo tornaban, lo defenderían y seguirían. Él, por los probar o justificarse, les dijo que no se lo mandasen, pues contradecir las Ordenanzas, aunque por vía de

suplicación, era contradecir al Emperador, que tan determinadamente ejecutarlas mandaba, y que mirasen bien cuán ligeramente se comenzaban las guerras, que tenían sus medios trabajosos y dudosos los fines; y que no quería complacerles en deservicio del Rey, ni aceptar cargo de procurador, ni capitán. Ellos, por persuadirlo, le dijeron muchas cosas en justificación de su empresa; unos decían que siendo justa la conquista de Indias, lícitamente podían tener por esclavos los indios tomados en guerra; otros, que no podía justamente quitarles el Emperador los pueblos y vasallos que una vez les dio, durante el tiempo de la donación, en especial que se los dió a muchos como en dote, porque se casasen; otros, que podían defender por armas sus vasallos y privilegios, como los hijodalgos de Castilla sus libertades, las cuales traían por haber ayudado a los Reyes a ganar sus reinos de poder de moros, como ellos por haber ganado el Perú de manos de idólatras; decían en fin todos que no caían en pena por suplicar de las Ordenanzas, y muchos que ni aún por las contradecir, pues no les obligaban, antes de consentirlas y recibirlas por leyes. No faltó quien dijese cuán recio y loco consejo era emprender guerra contra su Rey, so color de defender sus haciendas, y hablar aquellas cosas que no eran de su arte ni de su lealtad. Empero aprovechaba poco hablar a quien no quería escuchar. Ca no solamente decían aquello que algo en su favor era, pero desmandábanse como soldados a decir mal del Emperador y Rey, su señor, pensando torcerle el brazo y espantarlo por fieros. Decían así que Blasco Núñez era recio, ejecutivo, enemigo de ricos, almagrista, que había ahorcado en Túmbez un clérigo, y hecho cuartos un criado de Gonzalo Pizarro porque fue contra Don Diego de Almagro; que traía expreso mandato para matar a Pizarro y para castigar los que fueron con él en la batalla de las Salinas; y para conclusión de ser mal acondicionado, decían que vedaba beber vino y comer especias y azúcar y vestir seda y caminar en hamacas.

“Con estas cosas pues, parte fingidas, parte ciertas, holgó Pizarro ser Capitán general y Procurador, pensando, como lo deseaba, entrar por la manga y salir por el cabezón. Así que lo eligieron por General Procurador el Cabildo del Cozco, cabeza del Perú, y los Cabildos de Guamanga y de la Plata, y otros lugares, y los soldados por Capitán, dándole su poder cumplido y lleno. Él juró en forma lo que en tal caso se requería.

“Alzó pendón, tocó a tambores, tomó el oro del arca del Rey y, como había muchas armas de la batalla de Chupas, armó luego hasta cuatrocientos hombres a caballo y a pie, de que mucho se escandalizaron y arrepintieron los del regimiento de lo que habían hecho, pues Gonzalo Pizarro se tomaba la mano dándole solamente el dedo. Pero no le revocaron los poderes, aunque de secreto protestaron muchos del poder que le habían dado, entre los cuales fueron Altamirano, Maldonado, Garcilaso de la Vega.”

Hasta aquí es de Francisco López de Gómara sacado a la letra, para declarar estos autores, que van algo confusos en este paso, que anticipan los ánimos de aquella ciudad a la rebelión que después sucedió, es de saber que

cuando eligieron a Gonzalo Pizarro por Procurador General, no tuvieron imaginación de que fuese con armas, sino muy llanamente, como procurador de vasallos leales que habían ganado aquel Imperio para aumento de la corona de España. Y fiaban que si les oyesen de justicia, no se la habían de negar, aunque fuese en tribunal de bárbaros.

Esta fue la verdadera intención de aquellas cuatro ciudades a los principios, y enviaron sus procuradores con poderes bastantes; y así de común consentimiento eligieron a Gonzalo Pizarro. Más la aspereza y terribleza de la condición del Visorrey, y las nuevas que cada día iban al Cozco de lo que el Visorrey hacía, causaron que Gonzalo Pizarro no fiase su persona de papeles, ni de leyes escritas, aunque fuesen en su favor, sino que se previniese de armas que le asegurasen, como adelante diremos.

Gonzalo Pizarro, viéndose elegido Procurador General de aquel Imperio, considerando que para tratar del Visorrey y de la súplica de las Ordenanzas en cuya ejecución él se mostraba tan riguroso, y para asegurar su persona de que no le cortase la cabeza, como era pública voz y fama que el Visorrey lo había dicho muchas veces, determinó hacer una compañía de doscientos soldados, que fuesen como guarda de su persona. No alzó bandera, ni nombró capitán, porque no pareciese ni oliese a rebelión ni a resistencia a la justicia real, sino solamente guarda de su persona. Los regidores y toda la ciudad le hablaron sobre ello, diciendo que la intención de ellos ni de todo el Imperio no era resistir con armas lo que Su Majestad mandaba por sus Ordenanzas, sino con peticiones y toda sumisión. Porque, habiendo tanta justicia de parte de ellos, entendían que no se les negaría su Príncipe y su Rey. Por tanto, que despidiese aquella gente y tratase de ir como procurador y no como capitán, porque la intención de ellos no era sino de ser obedientes vasallos, y así lo protestaban. Gonzalo Pizarro respondió que pues sabían la condición del Visorrey y que había dicho que traía particular comisión para cortarle la cabeza, que ¿como se permitía que le enviasen con las manos en el seno al matadero, para que sin provecho de ellos lo degollasen sin oírle como a Procurador del Reino? Que para ir así a muerte tan cierta, él renunciaba el oficio de Procurador y se volvía a su casa, donde esperaría lo que el Visorrey quisiese hacer de él, que le estaba mejor hacerlo así que no ir a irritarle para que le anticipase la muerte y su destrucción.

Los de la ciudad y los demás procuradores de fuera, viendo que, conforme al rigor del Visorrey y su condición y la determinación con que ejecutaba lo que quería, Gonzalo Pizarro tenía razón, permitieron que hiciese la gente para su guarda, y entonces dieron los colores y las razones que los dos autores dicen para nombrarle por capitán que era porque había de pasar cerca de las montañas donde el príncipe Manco Inca estaba encerrado. Con la permisión de que hiciese la gente, se alargó y acrecentó el número de ella, que llegaron a los cuatrocientos que dice Gómara de a pie y de a caballo, y aún pasaron muchos más. Lo cual visto por los de la ciudad, se arrepintieron de haberlo elegido, porque ya parecía

rebelión más que no pedir justicia, y así protestaron los tres que Gómara nombra, sin otros muchos, como luego veremos.

Gonzalo Pizarro proveyó con cuidado y diligencia lo que a su pretensión convenía, porque con gran instancia escribía a todas las partes donde sabía que había españoles, no solamente a las tres ciudades dichas, más también a los repartimientos y pueblos particulares de indios, donde los hubiese, acariciándolos con las mejores razones y palabras que podía y ofreciéndoles su persona y hacienda y todo lo que valiese para lo que de presente y lo porvenir se ofreciese. Con lo cual dió a sospechar, y aún certificarse, que pretendía resucitar el derecho que a la Gobernación del Perú tenía, porque, como lo dicen todos los tres historiadores, tenía nombramiento del Marqués Don Francisco Pizarro, su hermano, para ser Gobernador después de los días del Marqués, por una cédula que el Emperador le había hecho merced de la Gobernación de aquel Imperio por dos vidas, la suya y la de otro que él nombrase, así como también habían sido los repartimientos de los indios por dos vidas.

CAPÍTULO IX: Gonzalo Pizarro nombra capitanes y sale del Cozco con ejército. El Visorrey convoca gente, elige capitanes, prende al Licenciado Vaca de Castro y a otros hombres principales.

Esta pretensión incitó a Gonzalo Pizarro a que hiciese tanto aparato de gente, que pareciese antes guerra que no procuración; y para descubrir más su intento envió a Francisco de Almendras (mi padrino de bautismo) al camino de la Ciudad de los Reyes, para que, con veinte soldados que llevaba y con los indios donde parase tuviese más cuidado de que ni los que fuesen del Cozco ni de los que viniesen del Rímac no se le pasase alguno. Tomó la plata y oro que había en la caja del Rey y de los bienes de difuntos y de otros depósitos comunes, so color de empréstito para socorrer y pagar su gente, con lo cual muy al descubierto declaró su pretensión. Aprestó la mucha y muy buena artillería que Gaspar Rodríguez y sus compañeros llevaron de Huamanca al Cozco; mandó hacer mucha y muy buena pólvora que en el distrito de aquella ciudad hay más y mejor salitre que en todo aquel Reino. Nombró oficiales para su ejército: al capitán Alonso de Toro por maese de campo, a don Pedro Portocarrero por capitán de gente de a caballo y a Pedro Cermeño por capitán de arcabuceros y a Juan Vélez de Guevara y a Diego Gumiel por capitanes de piqueros; y a Hernando Bachicao nombró por capitán de la artillería de veinte piezas de campo que había, muy buenas.

El cual como lo dice Zárate, libro quinto, capítulo noveno, “aparejó de pólvora y pelotas y toda la otra munición necesaria; y teniendo junta su gente en el Cuzco, general y particularmente justificaba o coloraba la causa de aquella tan mala empresa con que él y sus hermanos habían descubierto aquella tierra y puéstola debajo del señorío de Su Majestad a su costa y misión, y enviado de

ella tanto oro y plata a Su Majestad, como era notorio; y que después de la muerte del Marqués, no solamente no había enviado la Gobernación para su hijo ni para él, como había quedado capitulado, más aún ahora les enviaba a quitar a todos sus haciendas, pues no había ninguno que por una vía o por otra no se comprendiese debajo de las Ordenanzas, enviando para la ejecución de ellas a Blasco Núñez Vela, que tan rigurosamente las ejecutaba, no otorgándoles la suplicación, y diciéndoles palabras muy injuriosas y ásperas, como de todo esto y de otras muchas cosas ellos eran testigos. Y sobre todo era público que le enviaba a cortar la cabeza, sin haber él hecho cosa en deservicio de Su Majestad, antes servídoles tanto como era notorio. Por tanto, que él había determinado, con parecer de aquella ciudad, de ir a la Ciudad de los Reyes y suplicar en el Audiencia Real de las Ordenanzas, y enviar a Su Majestad procuradores en nombre de todo el Reino, informándole de la verdad de lo que pasaba y convenía, y que tenía esperanza de que Su Majestad lo remediaría; y donde no, que después de haber hecho sus diligencias, obedecerían pecho por tierra lo que Su Majestad mandase. Y que por no estar seguro del Visorrey por las amenazas que les había hecho y por la gente que contra ellos había juntado, acordaron que también él fuese con ejército, para sola su seguridad, sin llevar intento de hacer con él daño alguno, no siendo acometido; por tanto, que les rogaba que tuviesen por bien de ir con él y guardar orden y regla militar, que él y aquellos caballeros les gratificarían su trabajo, pues iban en justa defensa de sus haciendas. Y con estas palabras persuadía a aquella gente a que creyesen la justificación de la junta, y se ofrecieron de ir con él y defenderse hasta la muerte; y así salió de la ciudad del Cuzco acompañándole todos los vecinos."

Hasta aquí es de Zárate. Con el aparato que se ha dicho, y con más de quinientos hombres de guerra y más de veinte mil indios de servicio, que solo para llevar la artillería fueron menester doce mil indios, salió Gonzalo Pizarro del Cozco para ir a la Ciudad de los Reyes, para hacer oficio de Procurador, como él decía; y llegó a Sacsahuana, cuatro leguas de la ciudad, donde lo dejaremos por decir lo que entre tanto sucedió en Los Reyes entre el Visorrey y los suyos, y lo que pasó en otras partes.

El Visorrey Blasco Núñez Vela, aunque puesto en su trono y recibido por Gobernador de aquel Imperio, ni se aquietaba en su silla ni gozaba de su monarquía, por la alteración que sentía que todos tenían por las Ordenanzas, y que estaban indignados contra él. Para asegurarse de algún atrevimiento, y para mayor autoridad de su oficio, mandó al capitán Diego de Urbina que hiciese cincuenta arcabuceros (como lo dice Gómara, capítulo ciento cincuenta y ocho) y le acompañase con ellos. No había quien osase hablarle en la suspensión de las Ordenanzas, que aunque por el Cabildo de la ciudad, como lo dice Zárate, libro quinto, capítulo quinto, "le había sido interpuesta la suplicación de ellas, dándoles muchas razones para que se debiese suspender, no lo había querido hacer, aunque les prometía que después de ejecutarlas, él escribiría a Su Majestad informándole cuanto convenía a su servicio y a la conservación de los

naturales que las Ordenanzas fuesen revocadas, porque llanamente él confesaba que así para Su Majestad como para aquellos reinos eran perjudiciales; y que si los que las ordenaron tuvieran los negocios presentes, no aconsejaran a Su Majestad que las hiciera y que le enviase el Reino sus procuradores y juntamente con ellos él escribiría a Su Majestad lo que conviniese, y que él confiaba que los mandaría remediar, pero que él no podía tratar de suspender la ejecución, como lo había comenzado, porque no traía poder para otra cosa." Hasta aquí es de Zárate; y pasando adelante él y los demás autores dicen lo que se sigue:

"En todo este tiempo estaba tan cerrado el camino del Cuzco, que ni por vía de indios ni de españoles no se tenía nueva de lo que allá pasaba, salvo saberse que Gonzalo Pizarro había venido al Cuzco, y que toda la gente que se había huido de la Ciudad de los Reyes y de otras partes, había acudido allí a la fama de la guerra; y en esto el Visorrey y Audiencia despacharon provisiones, mandando a todos los vecinos del Cuzco y de las otras ciudades que recibiesen a Blasco Núñez por Visorrey, y acudiesen a servir a la Ciudad de los Reyes con sus armas y caballos; y aunque todas las provisiones se perdieron en el camino, aportaron a poder de algunos vecinos particulares del Cuzco las que para este efecto les había enviado, por virtud de las cuales vinieron algunos de ellos a servir al Visorrey, como adelante se dirá.

"Estando en estos términos, vinieron nuevas ciertas al Visorrey de lo que en el Cuzco pasaba, lo cual le dió ocasión a que con gran diligencia hiciese acrecentar su ejército con el buen aparejo que halló de dineros, porque el Licenciado Vaca de Castro había hecho embarcar hasta cien mil castellanos que había traído del Cuzco para enviar a Su Majestad, las cuales sacó de la mar y en breve tiempo los gastó en la paga de la gente.

"Hizo capitán de gente de a caballo a Don Alonso de Montemayor, y a Diego Álvarez de Cueto, su cuñado; y de infantería a Martín de Robles y a Pablo de Meneses; y de arcabuceros a Gonzalo Días de Piñeira; y a Vela Núñez, su hermano, capitán general, y a Diego de Urbina maestre de campo, y sargento mayor a Juan de Aguirre. Y entre todos hubo seiscientos hombres de guerra sin los vecinos: los ciento de a caballo y doscientos arcabuceros y los demás piqueros.

"Hizo hacer gran copia de arcabuces, así de hierro como de fundición, de ciertas campanas de la Iglesia Mayor que para ello quitó; y con su gente hacía muchos alardes y daba armas fingidas, para ver como acudía la gente, porque tenía creído que no andaban de buena voluntad en su servicio. Y porque tuvo sospecha que el Licenciado Vaca de Castro, a quien ya había dado la ciudad por cárcel, traía algunos tratos con criados y gente que le era aficionada, un día, a hora de comer, dió una arma fingida, diciendo que venía Gonzalo Pizarro cerca; y junta la gente en la plaza envió a Álvarez de Cueto, su cuñado, y prendió a Vaca de Castro; y otros alguaciles prendieron por diversas partes a Don Pedro de Cabrera y a Hernán Mejía de Guzmán, su yerno, y al capitán Lorenzo de

Aldana y a Melchor Ramírez y a Baltasar Ramírez, su hermano, y a todos juntos los hizo llevar a la mar, metiéndolos en un navío de armada, de que nombró por capitán a Hierónimo de Zurbano, natural de Bilbao; y dentro á pocos días soltó a Lorenzo de Aldana, y desterró a Pedro y a Hernando Mejía para Panamá, y a Melchior y a Baltazar Ramírez para Nicaragua; y a Vaca de Castro dejó todavía preso en la misma nave, sin que a los unos y a los otros jamás diese traslado, ni declarase culpa porque procediese contra ellos, ni haber recibido información de ella." Hasta aquí es de Agustín de Zárate, capítulo sexto.

CAPÍTULO X: Dos vecinos de Arequepa llevan dos navíos de Gonzalo Pizarro al Visorrey; y los vecinos del Cozco se huyen del ejército de Gonzalo Pizarro.

Estando el Visorrey Blasco Núñez Vela metido en estas congojas y cuidados, sucedió un caso muy a su gusto, y fue que de la ciudad de Arequepa vinieron dos vecinos de ella, el uno llamado Jerónimo de Serna y el otro Alonso de Cáceres, los cuales deseando servir al Rey, entraron en dos navíos que en aquel puerto tenía Gonzalo Pizarro, que los había comprado para llevar en ellos su artillería y para ser señor de la mar, que le era de mucha importancia. Los dos vecinos, sobornando los marineros, se alzaron con los navíos y se fueron a la Ciudad de los Reyes, donde el Visorrey los recibió con mucho gusto y contento, por parecerle que las fuerzas y ventajas que su contrario le tenía se pasaban a su bando, con que se aumentaron las esperanzas de buenos sucesos.

Entretanto sucedió en el ejército de Gonzalo Pizarro, que lo dejamos en Sacsahuana, que los vecinos del Cozco que salieron con él, viendo que aquel hecho iba muy en contra de lo que ellos pretendían, que nunca imaginaron pedir justicia con las armas en la mano, sino con mucha sumisión y vasallaje, acordaron entre los más principales, como de atrás lo tenían imaginado y platicado en secreto, de huirse de Gonzalo Pizarro, por no ir con él.

Los principales fueron Gabriel de Rojas y Garcilaso de la Vega, Juan de Saavedra, Gómez de Rojas, Jerónimo Costilla, Pedro del Barco, Martín de Florencia, Jerónimo de Soria, Gómez de León, Pedro Manjarrés, Luis de León, el Licenciado Carvajal, Alonso Pérez de Esquivel, Pedro Pizarro, Juan Ramírez.

Estos nombran los dos autores, Zárate y Diego Fernández, y los que ellos no nombraron, fueron Juan Julio de Hojeda, Diego de Silva, Tomás Vásquez, Pedro Alonso Carrasco, Juan de Pancorvo, Alonso de Hinojosa, Antonio de Quiñones, Alonso de Loaysa, Martín de Meneses, Mancio Serra de Leguízamo, Francisco de Villafuerte, Juan de Figueroa, Pedro de los Ríos y su hermano Diego de los Ríos, Alonso de Soto y Diego de Trujillo, Gaspar Jara, y otros cuyos nombres se me han ido de la memoria, que todos llegaban a cuarenta, y yo conocí muchos de los nombrados.

Todos éstos se huyeron de Gonzalo Pizarro y se volvieran hacia el Cozco. Llegados a sus casas, tomaron los que hubieron menester para el camino, y a toda diligencia se fueron a Arequepa, porque sabían que estaban allí los dos navíos de Gonzalo Pizarro, y pensaban irse en uno de ellos o en ambos a la Ciudad de los Reyes a servir a Su Majestad, y en su nombre al Visorrey Blasco Núñez Vela. Más todo les sucedió en contra, porque llegados que fueron a Arequepa, hallaron que la buena diligencia de los capitanes Alonso de Cáceres y Jerónimo de la Serna habían llevado los navíos a la Ciudad de los Reyes, con la misma intención que ellos llevaban de servir a Su Majestad.

Viéndose burlados de sus esperanzas, no hallando otro camino seguro, porque temían que Gonzalo Pizarro tendría tomado el camino de los llanos como el de la sierra, dieron en hacer un barco grande en que irse por la mar a la Ciudad de los Reyes. Tardaron en hacerlo cuarenta días, más como ni los oficiales eran maestros ni la madera sazonada, se iba a fondo, con la carga que había de llevar.

Por lo cual viendo que no tenían otro remedio, determinaron de ponerse al peligro de caer en poder de los enemigos, e ir por la costa hasta Los Reyes. Sucedióles bien la determinación, que el camino estaba desocupado; más cuando llegaron a Los Reyes hallaron que ya era preso el Visorrey y que lo habían embarcado para España, como adelante se dirá.

Esta mala suerte causó la desgracia del Visorrey y la de los vecinos que le iban a servir, que por detenerse los cuarenta días en hacer el barco sucedió la prisión del Visorrey, que si éstos caballeros llegaran a tiempo, pasaran las cosas muy de otra manera; porque viendo en la Ciudad de los Reyes que hombres tan principales, que era la flor del Cozco, negaban a Gonzalo Pizarro y se venían a Blasco Núñez, perdieran el miedo que a Gonzalo Pizarro tenían y no prendieran al Visorrey, y como los autores dicen, le prendieron y embarcaron de puro miedo, antes que Gonzalo Pizarro llegara a Rímac, porque no matara al Visorrey si lo hallara en ella. Más como estos vecinos le hallaron ya preso y aún embarcado, se desperdigaron, y cada uno se fue donde le pareció que aseguraba su vida; algunos quedaron en la ciudad, de los cuales diremos adelante.

Gonzalo Pizarro, viendo que le habían negado aquellos de quien él más confianza tenía, que era la autoridad y el señorío de su ejército, se vió perdido, y, como los historiadores dicen, determinó volverse a los Charcas o irse a Chile con cincuenta amigos, que no le faltarían hasta morir con él. Pusieran en ejecución esta determinación si no acertara a tener nuevas en aquella coyuntura de la ida de Pedro de Puelles en su favor y servicio. Con esta nueva se esforzó Gonzalo Pizarro, y por no mostrar flaqueza revolvió sobre el Cozco y quitó los indios de los vecinos que se huyeron y los puso en su cabeza. Y después, cuando llegó Pedro de Puelles, le dió los que eran de Garcilaso de la Vega, cuyas casas saquearon los soldados y uno de ellos quiso pegarles fuego, que ya tenía el tizón en la mano. Otro que no era de tan malas entrañas, le dijo: "¿Que os han hecho las casas? Si pudiéramos haber a su dueño nos vengáramos en él; pero las

paredes ¿qué os deben?” Por esto las dejaron de quemar; pero no dejaron en ella cosa que valiese un maravedí, ni indio ni india de servicio, que a todos les pusieron pena de muerte si entraban en la casa. Quedaron ocho personas en ella desamparadas, mi madre fue la una, y una hermana mía y una criada, que quiso más el riesgo de que la matasen que negarnos, y yo y Juan de Alcobaza, mi ayo, y su hijo Diego de Alcobaza, y un hermano suyo y una india de servicio que tampoco quiso negar a su señor.

A Juan de Alcobaza defendió de la muerte su buena vida y ejemplo, que era tenido por un hombre quitado de toda pasión e interés mundano. A mi madre, y a los demás, que también nos quisieron matar, nos defendió la amistad de algunos que entraron, que aunque andaban con Gonzalo Pizarro, eran amigos de mi padre, y volviendo por nosotros, dijeron: “¿Qué os deben los niños de lo que hacen los viejos?” Pereciéramos de hambre si no nos socorrieran los Incas y Pallas parientes, que a todas las horas del día nos enviaban por vías secretas algo de comer; pero era tan poco por el miedo a los tiranos, que no bastaba a sustentarnos.

Un cacique de los de mi padre, que se decía Don García Pauqui, señor de dos pueblos que están en la ribera del río Apurímac, siete leguas de la ciudad, que el uno de ellos se dice Huayllati, tuvo más ánimo y lealtad que los demás, y se puso a riesgo de que lo matasen, como lo habían amenazado. Vino una noche a casa, y apercibió que la noche siguiente a tal hora, estuviesen en vela, porque les enviaría veinte y cinco hanegas de maíz; siete u ocho noches después envió otras veinte y cinco, con que pudimos sustentar la vida, que duró más de ocho meses la hambre, hasta que Diego Centeno entró en el Cozco, como adelante diremos. Cuéntanse estas cosas, aunque menudas, por decir la lealtad de aquel buen curaca, para que sus hijos y descendientes se precien de ella.

Sin el socorro del buen Don García Pauqui, tuve yo otro en particular, que [debí a] un hombre noble, que se decía Juan de Escobar, que entonces no tenía indios, pero que muchos años después se los dió el Licenciado Castro, y casó con una hija de Vasco de Guevara y de doña María Enríquez, personas muy nobles y principales. Este buen caballero Juan de Escobar, que posaba entonces en las casas de Alonso de Mesa, que era calle en medio de las de mi padre, viendo nuestra hambre y doliéndose de ella, pidió a mi ayo Juan de Alcobaza que me enviase cada día a comer y a cenar con él; la comida se aceptó y la cena no, por no abrir aquellas horas la puerta de casa, que a cada momento temíamos que nos habían de degollar, porque a cada paso nos amenazaban. Y Hernando Bachicao, capitán de la artillería, que aún no había salido con ella, nos cañoneó la casa desde la suya, que, como dijimos en la descripción de la ciudad, estaba de frente de la nuestra, las dos plazas en medio. Maltratónosla mucho, y acabara de echarla por el suelo, sino que también hubo padrinos que nos valieron. En las casas de los otros vecinos huidos hicieron lo mismo que en la nuestra, más no con tanto rigor; quisieron mostrar en la de mi padre el enojo que con él tenían por haber sido uno de los dos autores de aquella huída. De Gabriel de Rojas, que

fue el otro autor, no tuvieron en que vengarse, porque tenía sus casas en Chuquisaca, Ciudad de la Plata.

Hecho este castigo en el Cozco en las casas de los vecinos huidos de Gonzalo Pizarro, él volvió a tomar el camino de Los Reyes para recibir a Pedro de Puelles, y a los que con él iban. Caminó con mucho espacio hasta Huamanca, por el estorbo de la artillería. Jerónimo de la Serna y Alonso de Cáceres, que vinieron con los dos navíos a la Ciudad de los Reyes, entre otras cosas dijeron al Visorrey cómo habían elegido por Procurador general de aquel Imperio a Gonzalo Pizarro, el cual hacía gente y se apercibía de armas y munición y artillería para venir a Los Reyes.

Sabido esto por el Visorrey y los Oidores, que hasta entonces por estar cerrados los caminos, como atrás dijimos, no sabían más de que Gonzalo Pizarro había venido de los Charcas al Cozco; pero cuando supieron que hacía gente, despacharon provisiones a aquellas cuatro ciudades, requiriéndoles y mandándoles que recibiesen por Visorrey de Su Majestad a Blasco Núñez Vela y fuesen a la Ciudad de los Reyes o enviasen sus procuradores para pedir justicia de lo que bien les estuviese. Y como dice Gómara, capítulo ciento cincuenta y ocho, el Visorrey envió a Fray Tomás de San Martín "a certificar a Gonzalo Pizarro que no traía provisión ninguna en su daño, que antes tenía voluntad el Emperador de gratificarle muy bien su servicio y trabajos, y que le rogaba se dejase de aquello, y se viniese llanamente a ver con él y hablarían del negocio."

Hasta aquí es de Gómara. Diremos ahora la rebelión de Pedro de Puelles.

CAPÍTULO XI: Cómo se rebeló Pedro de Puelles de Blasco Núñez Vela, y se pasó a Gonzalo Pizarro; y otros que el Visorrey enviaba en pos a él hicieron lo mismo.

Sin las provisiones que el Visorrey despachó a las cuatro ciudades y el mensaje a Gonzalo Pizarro, envió por otra parte a mandar a Pedro de Puelles que viniese a servir a Su Majestad, de quien dicen Diego Fernández, capítulo diez y seis, y Agustín de Zárate, libro quinto, capítulo diez, por unas mismas palabras, lo que se sigue.

"Cuando el Visorrey fue recibido en la Ciudad de los Reyes, le vino a besar las manos Pedro Puelles, natural de Sevilla, que era a la sazón teniente de gobernador en la villa de Guánuco por el Licenciado Vaca de Castro, y por ser tan antiguo en las Indias era tenido en mucho. Y así el Visorrey le dió nuevos poderes para que tornase a ser teniente en Guánuco; mandole que le tuviese presta la gente de aquella ciudad para que si creciese la necesidad, enviándole a llamar, le acudiesen todos los vecinos con sus armas y caballos.

"Pedro de Puelles lo hizo como el Visorrey se lo mandó, y no solamente tuvo aparejada la gente de la ciudad, más aún detuvo allí ciertos soldados que habían acudido de la provincia de los Chachapoyas en compañía de Gómez de

Solís y de Bonifaz, y estuvo esperando el mandato del Visorrey. El cual, cuando le pareció tiempo, envió a Jerónimo de Villegas, natural de Burgos, con una carta para Pedro de Puelles, que luego le acudiese con toda la gente. Y llegado a Guánuco, trataron todos juntos sobre él negocio, pareciéndoles que, si pasaban al Visorrey, serían parte para que tuviese buen fin su negocio, y que habiendo vencido y desbaratado a Gonzalo Pizarro, ejecutaría las Ordenanzas que tan gran daño traían a todos, pues quitándoles los indios a los que los poseían, no solamente recibían perjuicio de los vecinos cuyos eran, más también los soldados y gente de guerra, pues había de cesar el mantenimiento que les daban los que tenían los indios. Y así todos juntos acordaron de pasarse a servir a Gonzalo Pizarro, y se partieron para le alcanzar donde quiera que le topasen.

"Luego el Visorrey fue avisado de esta jornada por medio de un capitán indio, llamado Illatopa, que andaba de guerra; y sabido por el Visorrey, sintió mucho este mal suceso; y pareciéndole que había lugar para ir a atajar esta gente en el valle de Jauja, por donde necesariamente habían de pasar, despachó con gran presteza a Vela Núñez, su hermano, que con hasta cuarenta personas fuesen a la ligera a atajar el paso a Pedro Puelles y su gente, y con Vela Núñez envió a Gonzalo Díaz, capitán de arcabuceros, y llevó treinta hombres de su compañía; y porque fuesen más presto, el Visorrey les mandó comprar de la hacienda real hasta treinta y cinco machos, en que hiciesen la jornada, que costaron más de doce mil ducados; y los otros diez soldados, a cumplimiento de los cuarenta, llevó Vela Núñez de parientes y amigos suyos. Y yendo bien aderezados, se partieron de Los Reyes, y siguieron su camino hasta que de Guadachile (que es veinte leguas de la ciudad) dicen que llevaban concertado de matar a Vela Núñez y pasarse a Gonzalo Pizarro. Y yendo ciertos corredores delante, cuatro leguas de Guadachile, en la provincia de Pariacaca, toparon a Fray Tomás de San Martín, Provincial de Santo Domingo, a quien el Visorrey había enviado al Cuzco para tratar de medios con Gonzalo Pizarro. Y apartándole un soldado, natural de Ávila, le dijo los tratos que estaban hechos de aquella gente, para que él avisase de ellos a Vela Núñez y se pusiese a recaudo, porque de otra manera le matarían aquella noche.

"El Provincial se dió gran prisa a andar, tornando consigo los corredores del campo, porque les dijo que Pedro de Puelles y su gente había dos días que eran pasados por Jauja, y que en ninguna manera les podrían alcanzar. Y llegados a Guadachili, dijo lo mismo a la demás gente, y que era trabajar en vano si procedían en el camino; y secretamente apercibió a Vela Núñez del peligro en que estaba, para que se pusiese a recaudo; el cual avisó a cuatro o cinco deudos suyos que con él iban de lo que pasaba; y en anocheciendo sacaron los caballos, como que les iban a dar agua, y, guiándolos el Provincial, con la oscuridad escaparon. Y sabiendo que eran idos, un Juan de la Torre y Piedra Hita y Jorge Griego, y otros soldados del concierto, se levantaron a la guardia de la noche, y dieron sobre toda la gente uno a uno, poniéndoles los arcabuces a los pechos si no determinaban irse con ellos.

“Y casi todos lo otorgaron, especialmente el capitán Gonzalo Díaz, que aunque se le puso el mismo temor y le ataron las manos e hicieron otras apariencias de miedo, se cree que era del concierto y aún el principal de él, y así se entendió por todos los de la ciudad que lo había de hacer, porque era yerno de Pedro de Puelles, tras quien lo enviaban; y no era de creer que había de prender a su suegro estando bien con él. Y así, levantándose todos y subiendo en sus machos, que tan caro había costado, se fueron a Gonzalo Pizarro, al cual hallaron, cerca de Guamanga, y había dos días que era llegado Pedro de Puelles con su gente, y halló tan desmayado el campo con la tibieza que ya iba mostrando Gaspar Rodríguez y sus aliados que si tardara tres días en llegar se deshiciera la gente. Pero Pedro de Puelles les puso tanto ánimo con su socorro y con las palabras que les dijo, que determinaron de seguir el viaje, porque se prefirió que si Gonzalo Pizarro y su gente no querían ir, él con los suyos serían parte para prender al Visorrey, y echarle de la tierra, según estaba malquisto.

“Llevaba Pedro de Puelles poco menos de cuarenta de a caballo, y hasta veinte arcabuceros, y los unos y los otros se acabaron de confirmar en su propósito con la llegada de Gonzalo Díaz y su compañía. Vela Núñez llegó a Los Reyes e hizo saber al Visorrey lo que pasaba. Y él lo sintió, como era razón, porque veía sus negocios se iban empeorando cada día. Otro día llegó a Los Reyes Rodrigo Niño, hijo de Hernando Niño, regidor de Toledo, con otros tres o cuatro que no quisieron ir con Gonzalo Díaz. Por lo cual, demás de hacerles cuantas afrentas pudieron, les quitaron las armas y los caballos y vestidos, y así venía Rodrigo Niño con un jubón y con unos muslos viejos, sin medias calzas, con solo sus alpargates y una caña en la mano, habiendo venido a pie todo el camino. Y el Visorrey le recibió con grande amor, loando su fidelidad y constancia, y diciéndole que mejor parecía en aquel hábito que si viniera vestido de brocado, atenta la causa por donde le traía.”

Hasta aquí es de los dos autores que van muy conformes en lo que se ha dicho. Y Diego Fernández, Palentino, añade lo que se sigue.

“Sabido por el Visorrey lo que había pasado, lo sintió demasiadamente, porque veía a la clara cuán mal le sucedían los negocios, y cuán enconados iban. Y queriendo en alguna manera hacer justicia y venganza de tan gran traición, como el capitán Gonzalo Díaz había hecho (persona de quien tanto confiaba), faltando a la palabra y fe que le había dado, pues no podía hacer justicia de su persona, hizo luego traer su bandera y arrastrarla por toda la plaza, en presencia de todos los capitanes y soldados, a vista de toda la ciudad. Y mandó que todos los sargentos y alfereces, así de la compañía de Gonzalo Díaz como de todas las demás, con las puntas de las jinetas la hiciesen pedazos, en oprobio y afrenta del ausente capitán.

“De lo cual no quedó poco corrido y afrentado Gómez Estacio, alférez de su compañía, y otros compañeros de la bandera, por su capitán, y también porque al mismo Gómez Estacio hizo el Virrey que llevase la bandera arrastrando. Y así, desde este punto, fue contrario al Virrey y gran servidor y

amigo de Gonzalo Pizarro. Y puesto que a algunos pareció mal lo que Gonzalo Díaz había hecho, y que justamente pagaba su honra en lo de arrastrar la bandera, otros había que se holgaban de ello, porque el poder del Visorrey iba menguando y el de Gonzalo Pizarro creciendo, y deseaban su caída y verle destruido y echado de la tierra. Y con esto ninguna cosa hacía, por buena que fuese, que a bien se juzgase. Lo cual él sentía mucha, aunque lo disimulaba."

Hasta aquí es de Diego Fernández Palentino. Los murmuradores hablaban mal de los consejeros del Visorrey, porque le aconsejaron que enviase al capitán Gonzalo Díaz contra su suegro, no estando mal con él, como lo dicen los autores; y del Visorrey hablaban asimismo, porque recibió el consejo sin mirar los inconvenientes.

También volvían por la honra de Gómez Estacio, alférez de Gonzalo Díaz; decían que le habían afrentado sin culpa en mandarle arrastrar su propia bandera, no habiéndose hallado en la traición con su capitán. De esta manera hablaban mal del Visorrey, por el odio que le tenían, por querer ejecutar las Ordenanzas tan de hecho.

CAPÍTULO XII: Perdón y salvo conducto para Gaspar Rodríguez y sus amigos; su muerte y la de otros.

Para declarar lo que estos autores dicen de Gaspar Rodríguez, a quien Zárate algunas veces llama Gaspar de Rojas, es de saber que era hermano del buen capitán Peranzures de Campo Redondo, que murió en la batalla de Chupas, y por su muerte heredó sus indios, de los cuales le hizo merced el Licenciado Vaca de Castro. Este caballero fue el que con poca o ninguna consideración llevó al Cozco la artillería que estaba en Huamanca, y metió muchas prendas con Gonzalo Pizarro. Viendo, pues, ahora que los vecinos más amigos de Gonzalo Pizarro le habían negado y huido de él, y que su partido iba malo, acordó negarle también él; pero como había hecho un negocio tan grave como llevarse la artillería, de que el Visorrey tanto se alteró, temió irse tan de hecho a su poder sin alguna seguridad de su vida, porque decía que era el Visorrey tan áspero de condición, que aunque se fuese a su servicio, mandaría matarle por lo pasado. Trató de llevar consigo algunos amigos suyos, para que pareciese mayor el servicio de haberle quitado a Gonzalo Pizarro parte de los hombres nobles que en su bando había.

Acordaron entre todos sus amigos de pedir perdón al Visorrey de lo pasado y salvo conducto de presente para irle a servir. En estos tratos y contratos los halló Pedro de Puelles, como lo dicen los autores, que, si tardara tres días más en llegar, se deshiciera la gente de Gonzalo Pizarro. Gaspar Rodríguez y sus amigos, aunque vieron el nuevo socorro que a Gonzalo Pizarro llegó, no dejaron de llevar adelante sus deseos. Descubriéronlos a un clérigo, natural de Madrid, llamado Baltasar de Loaysa, que yo alcancé a conocer en Madrid año de sesenta

y tres, y no lo conocí en mi tierra por mi poca edad, aunque él me conoció mucho, porque era común amigo de mi padre y de toda la gente noble de aquel Imperio. Con este sacerdote (aunque él era más para maese de campo) trataron Gaspar Rodríguez de Campo Redondo y sus amigos de que fuese a Los Reyes, y pidiese al Visorrey el perdón y el salvo conducto, dándole cuenta de quiénes y cuántos eran los que vendrían a servirle, que, con la ausencia de ellos, y con los que antes se habían huido, se deshacía Gonzalo Pizarro de todo punto.

Baltasar de Loaysa salió de secreto del campo de Gonzalo Pizarro, por lo cual, sabiéndolo Pizarro, envió tras él, más no pudieron haberle porque iba fuera del camino real. Llegó a Rímac, donde fue recibido del Visorrey por las buenas nuevas que le llevó, que ya tenía noticia de la buena intención de Gaspar Rodríguez y de sus amigos, que se lo había dicho Jerónimo de la Serna, y el Visorrey lo había publicado entendiendo poner buen ánimo a los suyos; más salióle en contra, porque luego avisaron de todo ello a Gonzalo Pizarro, y fue de mucho daño para la muerte de Gaspar Rodríguez y de los que con él mataron, por haberse revelado este secreto. A Baltasar de Loaysa dieron el perdón y salvoconducto que pedía, del cual (como dice Zárate, a quien en estos pasos seguimos más que a otro, porque se halló presente a ellos) luego en toda la ciudad se tuvo noticia, y muchos vecinos y otras personas que secretamente eran aficionados a Gonzalo Pizarro y a la empresa que traía, por lo que a ellos les importaba, lo sintieron. Tenían por cierto que con la venida de aquellos caballeros se desharía el campo, y así quedaría el Visorrey sin ninguna contradicción para ejecutar las Ordenanzas. Baltasar de Loaysa salió de Los Reyes con los buenos despachos que llevaba, y luego que en el pueblo se entendió su partida y lo bien despachado que iba, temieron todos que con aquel recaudo se deshacía el campo de Gonzalo Pizarro, y ellos quedaban sujetos a recibir el daño que temían de perder sus indios y haciendas. Determinaron algunos vecinos y soldados de ir muy a la ligera en seguimiento de Loaysa, hasta alcanzarle y tomarle los despachos que llevaba. Loaysa salió solo con un compañero, llamado Hernando de Zaballos, por el mes de setiembre del año de quinientos cuarenta y cuatro.

Luego otro día siguiente en la noche, salieron en su seguimiento hasta veinticinco de a caballo, muy a la ligera; los principales que concertaron este trato fueron don Baltasar de Castilla, hijo del Conde de la Gomera, y Lorenzo Mejía y Rodrigo de Salazar, el corcovado, el que prendió en el Cozco a don Diego de Almagro el Mozo, y Diego de Carvajal, que llamaban el Galán, y Francisco de Escobedo y Francisco de Carvajal, y Pedro Martín de Sicilia, por otro nombre llamado Pedro Martín de Don Benito, y otros, hasta el número dicho; los cuales caminaron y continuaron su camino con tanta prisa, que a menos de cuarenta leguas de la Ciudad de los Reyes alcanzaron a Loaysa y le quitaron las provisiones y despachos, y a toda diligencia los enviaron a Gonzalo Pizarro con un soldado que fue por ciertos atajos. El cual, habiéndolos recibido, los comunicó muy en secreto con el capitán Francisco de Carvajal, a quien

pocos días antes había hecho su maestre de campo por enfermedad de Alonso de Toro, que fue el que salió del Cozco con aquel cargo. Asimismo dió parte del negocio a otros capitanes y personas principales de su campo, de los que no habían sido en enviar a pedir el salvoconducto; y algunos, por enemistades particulares, y otros por envidia y otros por codicia de ser mejorados en indios, aconsejaron a Gonzalo Pizarro que le convenía castigar este negocio tan ejemplarmente, que escarmentasen los demás para no inventar semejantes motines y alteraciones. Y entre todos los que por el mismo salvoconducto parecía no haber sido participante en este negocio, se resolvieron en matar al capitán Gaspar de Rojas y a Felipe Gutiérrez, hijo de Alonso Gutiérrez, tesorero de Su Majestad, vecino de la villa de Madrid, y a un caballero gallego llamado Arias Maldonado, el cual, con Felipe Gutiérrez, se había quedado una o dos jornadas atrás en la villa de Guamanga, so color de aderezar ciertas cosas para el camino. Y envió Gonzalo Pizarro al capitán Pedro de Puelles con cierta gente de a caballo, que en Guamanga los prendió y cortó las cabezas. Gaspar Rodríguez estaba en el mismo campo por capitán de casi doscientos piqueros, y por ser persona tan principal y rico y bienquisto no osaron ejecutar abiertamente en su persona lo que tenían acordado, y usaron de esta forma, que después de tener prevenidos Gonzalo Pizarro ciento cincuenta arcabuceros de la compañía de Cermeño, y dándoles una arma secreta y encabalgada y puesta a punto la artillería, envió a llamar a todos los capitanes a sueldo, diciendo que les quería comunicar ciertos despachos que había recibido de Los Reyes.

Y viniendo todos, y entre ellos Gaspar Rodríguez, cuando entendió Gonzalo Pizarro que estaba cercada la tienda, y asestada a ella toda la artillería, se salió fingiendo que iba a otro negocio. Y quedando todos los capitanes juntos, se llegó el maestre de campo Carvajal a Gaspar Rodríguez, y con disimulación le puso la mano en la guarnición de la espada y se la sacó de la vaina, y le dijo que se confesase con un clérigo, que allí llamaron, porque había de morir allí. Y aunque Gaspar Rodríguez lo rehusó cuanto pudo, y se ofreció a dar grandes disculpas de cualquiera culpa que se le imputase, ninguna cosa aprovechó, y así le cortaron la cabeza.

Estas muertes atemorizaron mucho todo el campo, especialmente a los que sabían que eran consortes suyos en la causa por que los mataban, porque fueron las primeras que Gonzalo Pizarro hizo desde que comenzó su tiranía. Pocos días después llegaron al campo Don Baltasar y sus compañeros, que traían preso a Baltasar de Loaysa y a Hernando Zaballos como está dicho. Y el día que supo Gonzalo Pizarro que habían de entrar en el real, envió al maestre de campo Carvajal, según fue fama pública, por el camino por donde entendió que venían, para que, en topándolos, hiciese dar garrote a Loaysa y a Zaballos; y quiso su fortuna que se desviaran del camino real por una senda, de manera que el maese de campo los erró. Y así, llegados a la presencia de Gonzalo Pizarro, hubo tantos intercesores en favor, que les perdonó las vidas; y a Loaysa envió a pie y sin

ningún bastimento de su real, y a Hernando de Zaballos trajo consigo en su ejército.

Hasta aquí es de Zárate, libro quinto, capítulo once. A Gaspar Rodríguez y a los que con él mataron les hizo mucho mal y les apresuró la muerte el salvoconducto que él y sus aliados pretendieron para preservarse de la muerte, porque como lo dice Gómara, capítulo ciento sesenta y cuatro, "el Visorrey dió el salvo conducto para todos, salvo para Pizarro, Francisco de Carvajal y el Licenciado Benito de Carvajal y otros así, de que mucho se enojaron Pizarro y su maestre de campo, y dieron garrote a Gaspar Rodríguez y a Felipe Gutiérrez y a los demás". Palabras son todas de Gómara. De esta manera apresuró su muerte el pobre caballero Gaspar Rodríguez de Campo Redondo, y por su inquietud ni cupo con los que llamaban tiranos ni con los que se tenían por leales.

CAPÍTULO XIII: La muerte del factor Illén Suárez de Carvajal y el escándalo y alboroto que causó en todo el Perú.

Entretanto que en el campo de Gonzalo Pizarro pasaban las muertes que hemos dicho, sucedió en la Ciudad de los Reyes un hecho de mucha lástima (como lo dice Gómara, capítulo ciento cincuenta y nueve, por estas palabras): "Luis García San Mamés, que por Corregidor estaba en Jauja, trajo unas cartas en cifras del Licenciado Benito de Carvajal al factor Illén Suárez, su hermano. El Visorrey sospechó mal de la cifra, ca no estaba bien con el factor, y mostró las cartas a los Oidores, preguntando si lo podría matar. Dijeron que no sin saber primero lo que contenían; y para saberlo enviaron por él. Vino el factor; no se demudó por lo que dijeron, aunque fueron palabras recias, y leyó las cartas, notando el Licenciado Juan Álvarez. La suma de la cifra era la gente de armas e intención que traía Pizarro, quién y cuáles estaban mal con él, y que luego se vendría él a servir al Visorrey en pudiendo descabullirse, como el mismo factor se lo mandaba. Envió luego por el abecedario, y concertó con lo que leyera, y así vino a Lima el Licenciado Carvajal dos o tres días después que Blasco Núñez fue preso, sin saber la muerte del factor."

Hasta aquí es de Gómara. La sospecha que del factor se tuvo entonces, como peste tan diabólica, con su perpetuo molestar e incitar, causó en el aposento del Visorrey un hecho terrible, no imaginado por nadie, que fue la muerte del mismo factor, que lastimó y atemorizó más que las que se hicieron en el campo de Gonzalo Pizarro, porque no faltase qué llorar en ambas partes. La cual sucedió luego la misma noche siguiente a la huida de don Baltasar de Castilla y de los demás nombrados. Los tres autores la cuentan casi de una misma manera; diremos lo que el contador Agustín de Zárate dice de aquella muerte, y añadiremos lo que los otros escriben, que el contador no escribió. Lo que él dice, libro quinto, capítulo once, es lo que se sigue.

“Pues tornando a la orden de la historia, pocas horas después que salieron de la Ciudad de los Reyes Don Baltasar de Castilla y sus compañeros, que fueron en seguimiento de Loaysa, como está dicho, no pudo ser tan oculto que no viniese a noticia del capitán Diego de Urbina, maese de campo del Visorrey, que andando rodando la ciudad, y yendo a las posadas de algunos de estos que se huyeron, ni los halló a ellos, ni sus armas, ni caballos, ni a los indios yanaconas de su servicio, lo cual le dió sospecha de lo que era, y, yendo a la posada del Visorrey, que estaba ya acostado, le certificó que los más de la ciudad se le habían huido, porque él así lo creía.

“El Visorrey se alteró, como era razón, y levantándose de la cama, mandó tocar arma y llamó a sus capitanes; y con gran diligencia les hizo ir discurriendo de casa en casa por toda la ciudad, hasta que averiguó quiénes eran los que faltaban. Y como entre los otros se hallasen ausentes Diego de Carvajal y Jerónimo de Carvajal y Francisco de Escobedo, sobrinos del factor Illén Suárez de Carvajal, de quien él tenía ya concebida sospecha que favorecía a Gonzalo Pizarro y a sus negocios, teniendo por cierto que la ida de sus sobrinos se había hecho por su mandato, o a lo menos que no había podido ser sin que él tuviese noticia de ella, porque posaban dentro en su casa, aunque se mandaban por una puerta diferente, apartada de la principal; para la averiguación de esta sospecha, envió el Visorrey a Vela Núñez, su hermano, con ciertos arcabuceros, que fuesen a traer preso al factor; y hallándole en su cama le hizo vestir y le llevó a la posada del Visorrey, que por no haber dormido casi en toda la noche estaba reposando sobre su cama vestido y armado. Y entrando el factor por la puerta de su cuadra, dicen algunos que se hallaron presentes, que se levantó en pie el Visorrey, y le dijo: ‘Así, traidor, que habéis enviado a vuestros sobrinos a servir a Gonzalo Pizarro’. El factor le respondió: ‘No me llame Vuestra Señoría traidor, que en verdad no lo soy’. El Visorrey dicen que replicó: ‘¡Juro a Dios que sois traidor al Rey!’ A lo cual el factor dijo: ‘Juro a Dios que soy tan buen servidor al Rey como Vuestra Señoría’.

“De lo cual el Visorrey se enojó tanto, que arremetió a él poniendo mano a una daga, y algunos dicen que le hirió con ella por los pechos, aunque él afirmaba no haberle herido, salvo que sus criados y alabarderos, viendo cuán desacatadamente le había hablado, con ciertas roncas y partesanas y alabardas que allí había, le dieron tantas heridas, que le mataron sin que pudiese confesarse, ni hablar palabra ninguna; y el Visorrey le mandó luego llevar a enterrar, aunque temiendo que el factor era muy bienquisto y que, si le bajaban por delante de la gente de guerra, porque cada noche le hacían guardia cien soldados en el patio de su casa, podría haber algún escándalo, mandó descolgar el cuerpo por un corredor de la casa que salía a la plaza, donde le recibieron ciertos indios y negros, y enterráronlo en la iglesia que estaba junto, sin amortajarle, salvo envuelta en una ropa larga de grana que llevaba vestida.

“Y así, desde tres días, cuando los Oidores prendieron al Visorrey, como abajo se dirá, unas de las primeras cosas que hicieron fue averiguar la muerte del

factor, comenzando el proceso de que habían sabido que a la media noche le llevaron en casa del Visorrey y que nunca más había parecido, y le desenterraron y averiguaron las heridas.

"Sabido esta muerte por el pueblo, causó muy grande escándalo, porque entendían todos cuánto el factor había favorecido las cosas del Visorrey, especialmente en la diligencia que puso para que fuese recibido en la Ciudad de los Reyes, contra el parecer de los más de los regidores. Estos sucesos acaecieron domingo en la noche, que se contaron trece días del mes de setiembre del año de mil quinientos cuarenta y cuatro."

Hasta aquí es de Zárate. Y Diego Fernández, habiendo dicho lo mismo, añade, capítulo diez y siete, lo que se sigue: "Descolgáronle por un corredor y le enterraron junto a una esquina de la Iglesia Mayor, que estaba cerca, y de ahí a pocas horas que el arrebatado ímpetu de la ira y cólera se le pasó al Visorrey y le señoreó la razón, cierto le pesó en todo extremo, y se tuvo por cierto haber llorado por ello. Sabida, pues, la muerte del factor por toda la ciudad, el Visorrey mandó llamar algunos principales vecinos, y, disculpándose, afirmó haber tenido bastante causa para haberle muerto, atribuyendo su muerte al desacato de sus palabras. Y les dijo, que nadie se escandalizase por ello, que, si bien o mal había hecho, él daría cuenta de ello a Dios y a su Rey. De lo cual todo el pueblo se alteró, y tomó más indignación contra él, de manera que de la huída de estos se causó este sangriento principio, del cual se tomó ocasión y falso color para prender al Virrey, que, cierto, fue tiranía secreta y sin fundamento alguno. Y es cierto que después de este suceso sintió el Virrey mucha pena por ello, y decía muchas veces que la muerte de Illén Suárez le traía asombrado y fuera de sí, y maldecía a su hermano Vela Núñez porque se lo había traído, llamándole de torpe y de bestia, porque conociendo su condición y viéndole tan alterado, se lo había traído, diciéndole que si fuera hombre de entendimiento disimulara en el cumplimiento de lo que le mandaba, hacienda muestra que no le hallaba, hasta que se le hubiera pasado el enojo."

Hasta aquí es de Diego Fernández. Gómara dice que replicando el factor en disculpa de los cargos que le hacía, le dió el Visorrey "dos puñaladas con una daga, voceando: '¡Mátenle, mátenle!'. Llegaron sus criados y acabárosle, aunque algunos otros le echaban ropa encima para que no le matasen."

Todas son palabras de Gómara, del capítulo ciento cincuenta y nueve, y al fin él dice: "Causó mucho bullicio la muerte del factor, que tan principal persona era en aquellas partes, y tanto miedo, que se ausentaban de noche los vecinos de Lima de sus propias casas, y aún el mismo Blasco Núñez dijo a los Oidores y a otros muchos que aquella muerte lo había de acabar, conociendo el yerro que había hecho," etc.

La muerte de este caballero causó la total caída del Visorrey, porque los suyos cobraron tanto miedo de su condición, por haber hecho aquella muerte tan no pensada, que todos le huían y se escondían, por no parecer ante él, y sus

contrarios tomaron más ánimo y atrevimiento para justificar su opinión contra él.

CAPÍTULO XIV: Las varias determinaciones del Visorrey por la ida de Gonzalo Pizarro a Los Reyes, y la manifiesta contradicción de los Oidores.

Gonzalo Pizarro, con el socorro que Pedro de Puelles le llevó, y con los que después de él se le vinieron de los del Visorrey, caminó más con ánimo y confianza que hasta entonces llevaba, aunque a paso muy corto por el estorbo y pesadumbre de la artillería, que, como iba en hombros de indios y el camino es tan áspero, con tantas cuestas que subir y bajar, hacían muy cortas las jornadas. El Visorrey, sabiendo que cada día se le iba acercando más el enemigo, y que los que él tenía consigo muchos mostraban al descubierto el descontento que tenía de la ejecución de las Ordenanzas, y que los que más pretendían disimularlo andaban tan tibios en su servicio que también se les veía a la clara el disgusto, considerando estas cosas y que por horas se iba empeorando el ánimo de la gente, le pareció mudar consejo, aunque tarde, y suspender la ejecución de las Ordenanzas, imaginando que con la suspensión y publicación de ella se apagaría aquel fuego que tan encendido iba, y que Gonzalo Pizarro, no teniendo ya para qué ser Procurador general, desharía su ejército, y cesaría todo aquel alboroto y se quietaría la tierra. Y así declaró, como lo dice Diego Fernández, la suspensión de ellas hasta en tanto que Su Majestad fuese informado y proveyese sobre ello. Gómara, capítulo ciento cincuenta y ocho, dice lo que se sigue.

"Pesóle a Blasco Núñez de que Pizarro tuviese tantas armas y artillería y la gente tan favorable. Suspendió las Ordenanzas por dos años, y hasta que otra cosa el Emperador mandase, aunque se dijo luego el protesto que hizo y asentó en el libro del acuerdo, cómo la suspensión era por fuerza, que ejecutaría las Ordenanzas en apaciguando la tierra, cosa de odio para todos. Dió mandamiento y pregonólo, para que pudiesen matar a Pizarro y a los otros que traía, y prometió al que los matase sus repartimientos y hacienda, cosa que indignó mucho a los del Cuzco y que no agradó a todos los de Lima, y aún dió luego algunos repartimientos de los que se habían pasado a Pizarro."

Hasta aquí es de Gómara. Aunque la suspensión de las Ordenanzas fue tarde, todavía aplacara mucho si se diera lugar a que se trataran algunos medios y no vinieran al rompimiento que vinieron. Pero como con la nueva de la suspensión de las Ordenanzas llegó juntamente la nueva de la protestación que el Visorrey hizo, diciendo que lo hacía por fuerza y que las ejecutaría en apaciguando la tierra, antes indignó que aplacó a toda la gente, porque vieron al descubierto el ánimo obstinado que el Visorrey tenía a la ejecución de ellas, de lo cual se seguía el daño común de todos. Por lo cual quedaron más rebeldes y más obstinados en su tiranía que antes estaban, y así caminaron con

determinación de morir todos en la demanda. El Visorrey, sabiendo esto, quedó más escandalizado, viendo que con lo que debía aplacarse aquella gente se indignaba más, y que los suyos estaban flacos de ánimo y muchos aficionados a la empresa de Gonzalo Pizarro, porque había puesto su cabeza al cuchillo por el bien común de todos; acordó encerrarse en la ciudad y no esperar al enemigo en campo abierto.

Con esta determinación fortificó la ciudad, barrió las calles, hízoles troneras, proveyose de bastimento, para si durase el cerco; pero como cada día le viniesen nuevas de la pujanza con que Gonzalo Pizarro iba, y del ánimo cruel que los suyos llevaban, le pareció no esperarle en Los Reyes, sino retirarse a Trujillo, ochenta leguas de distancia la una de la otra. Imaginó llevar en los navíos las mujeres de los vecinos, y que la gente de guerra fuese por tierra la costa abajo.

Trató de despoblar y desmantelar aquella ciudad, quebrar los molinos y llevar por delante todo lo que ser pudiere de provecho al enemigo; alzar los indios de la costa, y enviarlos a tierra adentro, porque Gonzalo Pizarro, no hallando bastimento ni indio de servicio, desharía su ejército y desampararía la empresa. Estas imaginaciones comunicó a los Oidores. Ellos viendo su determinación, se la contradijeron muy al descubierto, diciendo que la Audiencia Real no podía salir de aquella ciudad, porque Su Majestad mandaba que asistiese en ella, y que ellos no podían ir con Su Señoría, ni permitirían que nadie desamparase su casa. Con esto quedaron los Oidores y el Virrey declarados por bandos contrarios, y los vecinos más inclinados a la parte de los Oidores que a la del Virrey, porque hablaban en favor de ellos y defendían que no les llevasen sus mujeres e hijas en poder de los marineros y soldados. Apartado el Visorrey de la consulta que con los Oidores tuvo, en la cual no había determinado cosa alguna, le pareció poner en ejecución lo que había imaginado de irse por la mar, y que su hermano Vela Núñez fuese por tierra con los soldados, para lo cual mandó a Diego Álvarez Cueto (como lo dice Zárate, libro quinto, capítulo once, por estas palabras) "que con cierta gente de a caballo llevase a la mar los hijos del Marqués Don Francisco Pizarro, y los metiese en un navío, y él se quedase en guarda de ellos y del Licenciado Vaca de Castro, y por General de la armada, porque temió que Don Antonio de Ribera y su mujer, que tenían a cargo a Don Gonzalo y sus hermanos, se los escondieran.

"Lo cual causó muy gran alteración en el pueblo, y sintieron de ello muy mal los Oidores, especialmente el Licenciado Zárate, que con gran instancia, particularmente fue a suplicar al Visorrey que sacase a Doña Francisca de la mar por ser ya doncella crecida, hermosa y rica, y que no era cosa decente traerla entre los marineros y soldados. Y ninguna cosa pudo acabar con el Visorrey, antes ya claramente él les declaró su intención cerca de lo que tenía determinado en retirarse, y los halló muy lejos de su parecer."

Hasta aquí es de Zárate, y por abreviar y sumar lo que los autores en este particular dicen, es así que los Oidores dieron mandamiento a Martín de Robles,

aunque era capitán del Visorrey, para que le prendiese. Y escusándose él de hacerlo, por el perjuicio que se le seguía, le aseguraron que era servicio de Su Majestad y quietud de todo aquel Imperio, atajar los alborotos que el gobierno del Visorrey causaba. Mas con todo esto les pidió Martín de Robles mandamiento, firmado de todos los Oidores, para su descargo, y ellos se la dieron, apercibiéndole que lo tuviese secreto hasta su tiempo. Por otra parte, proveyeron una provisión en que mandaban a los vecinos y moradores de aquella ciudad no obedeciesen al Visorrey en lo que les mandaba que diesen sus mujeres para que las llevasen a embarcar, ni desamparar sus casas; y que diesen favor y ayuda a Martín de Robles para que lo prendiese, porque así convenía al servicio del Emperador y al bien de la tierra. También guardaron esta provisión en secreto, hasta que les pareció tiempo de publicarla.

Entretanto que estas cosas se ordenaban de una parte y de la otra, andaba la gente tan confusa y desatinada que no sabían a cuál parte acudir. El respeto de su Rey les inclinaba a que fuesen de la parte del Visorrey, más el interés propio, de que se veían desposeídos y privados de sus indios y hacienda si el Visorrey prevalecía, les forzaba a que acudiesen a los Oidores, porque sentían de las Ordenanzas al contrario que Blasco Núñez.

En estas confusiones gastaron todo el día, aunque el Visorrey, por asegurarse de cualquiera cosa que los Oidores ordenasen contra él, hizo llamamiento de su gente y capitanes, y así estuvieron en su guarda hasta la medianoche. Los Oidores, por otra parte, viendo que el Visorrey había tocado arma y que tenía más de cuatrocientos hombres consigo, temieron que mandase prenderlos; hicieron llamamiento de algunos amigos particulares, más acudiéronles tan pocos que desconfiaban de poder valer algo contra el Visorrey, y así estaban encerrados en la posada del Licenciado Cepeda, fortalecidos para defenderse si los quisiesen prender.

En está confusión y temor habló un hombre principal que Gómara llama Francisco de Escobar, natural de Sahagún, y dijo: “Salgamos, cuerpo de tal, señores, a la calle, y muramos peleando como hombres y no encerrados como gallinas,” etc.

Con esta desesperación salieron los Oidores a la plaza, más a entregarse a lo que quisiesen hacer de ellos, que no con esperanza de hacer cosa alguna en su favor. Y sucediles bien, porque el Visorrey, que había estado mucho espacio de la noche en la plaza, por persuasión de sus capitanes, se había retirado a su casa y entrádose en su aposento. Por lo cual sus soldados y capitanes, viéndose libres del respeto que su presencia les obligaba que le tuvieran, se fueron dos de los capitanes, Martín de Robles y Pedro de Vergara, a los Oidores con sus compañías, y en pos de ellos fueron otros y otros hasta que no quedó nadie a la puerta del Virrey para defender su casa, sino fueron cien soldados que tenía elegidos para su guardia, que estaban dentro de la casa.

CAPÍTULO XV: La prisión del Visorrey y los varios sucesos que con ella hubo en mar y tierra

Los Oidores, aunque favorecidos con la gente que se les había pasado, y con la que por horas se les juntaba, todavía temían ejecutar la prisión del Visorrey, porque les fue dicho que estaba en la plaza con mucha gente y con determinación de venir sobre ellos y prenderlos. Por salir de este miedo se fueron a la plaza, y para justificar su causa y para llamar la gente a su favor hicieron pregonar la provisión que dijimos tenían ordenada, aunque por el mucho ruido de la gente la entendieron pocos. Llegados los Oidores a la plaza (como lo dice Zárate, libro quinto, capítulo once, que se halló presente a la prisión del Visorrey), "ya que amanecía, tiraron algunos arcabuzazos desde el corredor del Visorrey, de lo cual se enojaron tanto los soldados que iban con los Oidores, que determinaron entrar en la casa por fuerza y matar a todos los que se lo resistiesen. Los Oidores los apaciguaron con buenas palabras, y enviaron a Fray Gaspar de Carvajal, Superior de Santo Domingo, y a Antonio de Robles, hermano de Martín de Robles, para que dijesen al Visorrey que no querían de él otra cosa sino que no los embarcase por fuerza, y contra lo que Su Majestad mandaba, y que, sin ponerse en resistencia, se viniese a la Iglesia Mayor, donde se entraban a esperarle, porque de otra manera ponía en riesgo a sí y a los que con él estaban. Yendo estos mensajeros al Visorrey, los cien soldados que estaban a su puerta, sin aguardar más, se pasaron a la parte de los Oidores. Los demás soldados, viendo la entrada libre, todos se entraron en la casa del Visorrey y comenzaron a robar los aposentos de sus criados, que estaban en el patio. En este tiempo el Licenciado Zárate salió de su posada por irse a juntar con el Visorrey, y, topando en el camino a los Oidores y viendo que no podía pasar, se metió en la Iglesia con ellos. Oído por el Visorrey lo que enviaban a decir, y viendo la casa llena de gente de guerra y que la suya misma, en quien él confiaba, le había dejado, se vino a la Iglesia donde los Oidores estaban y se entregó a ellos, los cuales le trajeron a casa del Licenciado Cepeda, armado como estaba con una cota y unas coracinas. Y viendo él al Licenciado Zárate con los otros Oidores le dijo: "¿También, vos, Licenciado Zárate, fuisteis en prenderme, teniendo yo de vos tanta confianza?" Y él respondió que quien quiera que se lo había dicho, que mentía, que notorio era quien le había prendido, y si él se había hallado en ello o no. Luego se proveyó que el Visorrey se embarcase y se fuese a España, porque si Gonzalo Pizarro le hallase preso le mataría, y también temían que algunos deudos del factor le habían de matar en venganza de la muerte del factor, y que de cualquiera forma se echaría a ellos la culpa del daño. Y también les parecía que si le enviaban solo, les tornaría a saltar en tierra y volverían sobre ellos. Y andaban tan confusos, que no se entendían, y mostraban pesarles de lo hecho, e hicieron Capitán general al Licenciado Cepeda, y todos llevaron a la mar al Visorrey, con determinación de ponerle en un navío, lo cual no pudieron bien hacer, porque viendo Diego

Álvarez Cueto, que a la sazón estaba por general de la armada, la mucha gente que venía, y que traían preso al Visorrey, envió a Hierónimo Zurbano, su capitán de la mar, en un batel con ciertos arcabuceros y tiros de artillería, para que con él recogiese todos los bateles de las naos a bordo de la capitana, y él fue a requerir a los Oidores que soltasen al Visorrey; lo cual no se hizo caso, que no le quisieron oír, antes le tiraron ciertos arcabuzazos de esta tierra, y él respondió con otros desde el mar, y se volvió. Los Oidores enviaron en balsas a decir a Cueto que entregase la armada y los hijos del Marqués, y que le entregarían al Visorrey en un navío, y que, si no lo hacía, correría riesgo.

"La cual embajada llevó, con consentimiento del Visorrey, Fray Gaspar de Carvajal, que fue en una balsa a ello, y llegado a la nave capitana, dijo a lo que venía; y Diego Álvarez Cueto (en presencia del Licenciado Vaca de Castro, que como tenemos dicho, estaba preso en el mismo navío), viendo el peligro en que quedaba el Visorrey, echó en tierra, en las mismas balsas, los hijos del Marqués, y a Don Antonio y a su mujer, no embargante que los Oidores por entonces no cumplieron lo que de su parte se había prometido, amenazando todavía que si no entregaba la armada cortarían la cabeza al Visorrey. Y dado el caso que el capitán Vela Núñez, hermano del Visorrey, fue y vino de su parte algunas veces, nunca los capitanes de la mar lo quisieron hacer, y con esto se tornaron los Oidores con el Visorrey a la ciudad, con mucha guarda. Y desde a dos días, porque entendieron los de la armada que los Oidores y los otros capitanes que los seguían buscaban formas para entrar con balsas, con gran copia de arcabuceros, a tomarles los navíos, y viendo que no había podido acabar con Gerónimo Zurbano que se los entregase, caso que le enviaron a hacer grandes ofertas sobre ello, porque vieron que era más parte que Cueto, por tener a su voluntad todos los soldados y marineros, que eran vizcaínos, los capitanes de los navíos determinaron en salir del puerto de los Reyes, y andarse por aquella costa entreteniéndose, hasta que viniese despacho o mandamiento de Su Majestad sobre lo que debían hacer, considerando que había en la ciudad y por todo el Reino criados y servidores del Visorrey, y otras personas que no se habían hallado en su prisión, y muchos servidores de Su Majestad que cada día se les iban recogiendo en los navíos, los cuales estaban medianamente armados y proveídos, porque tenían diez o doce versos de hierro y cuatro tiros de bronce, con más de cuarenta quintales de pólvora, y tenían demás de esto más de cuatrocientos quintales de bizcochos y quinientas hanegas de maíz y harta carne salada, que era bastimento con que por gran tiempo se pudieran sustentar, especialmente no se les pudiendo prohibir las aguas, porque en cualquier parte de la costa podían surgir (como está dicho), y no tenían más de hasta veinte y cinco soldados; y considerando que no tenía copia de marineros para poder gobernar diez navíos que estaban en su poder, y que no les era seguro dejar allí ninguno porque no los siguiesen, por lo cual otro día después de la prisión del virrey pusieron fuego a cuatro navíos, los más pequeños, porque no los podían llevar, y a dos barcos de pescadores que estaban varados en tierra, y con los seis

navíos restantes se hicieron a la vela. Los cuatro navíos se quemaron todos, porque no hubo en qué entrar a remediar; los dos barcos se salvaron, apagando el fuego de ellos, aunque quedaron con algún daño. Y los navíos se fueron a surgir al puerto Guaura, que es diez y ocho leguas más abajo del puerto de Los Reyes, para proveerse allí de agua y leña, de que tenían necesidad, y llevaron consigo al Licenciado Vaca de Castro, y allí en Guaura determinaron de esperar el suceso de la prisión del Visorrey. Y entendiendo esto los Oidores, y considerando que no se apartarían los navíos mucho de aquel puerto, por dejar preso al Visorrey y en tanta riesgo de la vida, determinaron de enviar gente por mar y por tierra para tomar los navíos por cualquier forma que pudiesen. Y para esto dieron cargo de reparar y aderezar los dos barcos que estaban en tierra a Diego, García de Alfaro, vecino de aquella ciudad, que era muy práctico en las cosas del mar. Y teniéndolos reparados y echados al agua, se metió en ellos con treinta arcabuceros, y se fue costa abajo; y por tierra enviaron a don Juan de Mendoza y a Ventura Beltrán con otra cierta gente; y habiendo reconocido los unos y los otros que los navíos estaban surtos en Guaura, Diego García se metió de noche con sus barcas tras un farallón que estaba en el puerto muy cerca de los navíos, aunque no los podían ver, y los de tierra comenzaron a disparar; y creyendo cierto que eran algunos criados del Visorrey y gente que se quería embarcar, proveyó que Vela Núñez fuese a tierra con un batel a informarse de lo que pasaba, y llegando a la costa sin saltar en tierra, dió sobre él de través Diego García con su gente y le comenzó a tirar, apretándole tanto que se hubo de rendir y entregar el batel; y desde allí enviaron a hacer saber a Cueto lo que pasaba, diciéndole que si no entregaba la armada, matarían al Visorrey y a Vela Núñez. Y temiendo Cueto que se haría así, entregó la armada contra el parecer de Gerónimo Zurbano, que, con un navío de que era capitán, se hizo a la vela y se fue a Tierra Firme, porque dos días antes que viniese Diego García le había mandado Cueto que con su navío se viniese la costa abajo a recoger todos los navíos que hallase, porque no los hallasen los Oidores. Y ellos, desde que la armada se fue de Los Reyes, temiendo que los deudos del factor matarían al Visorrey (como habían intentado de hacer) acordaron de llevarlo a una isla que está a dos leguas del puerto, metiéndole a él y a otras veinte personas que le guardasen en unas balsas de espadamientas secas, que los indios llaman *Henea*. Y sabida la entrega de la armada, determinaron de enviar a Su Majestad al Visorrey con cierta información que contra él recibieron, con el Licenciado Álvarez, Oidor, para que le llevase en forma de preso, y para su salario le dieron ocho mil castellanos, y haciendo los despachos necesarios, en los cuales no firmó el Licenciado Zárate. Álvarez fue por tierra, y al Visorrey llevaron por la mar en uno de los barcos de Diego García, y se le entregaron en Guaura al Licenciado Álvarez, con tres navíos; y con ellos, sin esperar los despachos de la Audiencia, que aún no eran llegados, se hizo a la vela. Y al Licenciado Vaca de Castro tornaron en un navío preso, como antes estaba, al puerto de Los Reyes."

Hasta aquí es de Zárate, del capítulo once, libro quinto, que por haberse hallado presente a estas cosas le seguimos singularmente; y aunque los demás autores no salen de la verdad del hecho, no diremos de ellos en particular, si no fuere cosa nueva que Agustín de Zárate dejase de decir.

CAPÍTULO XVI: Sucesos lastimeros que tuvo el Visorrey. Una conjuración que hubo en Rímac contra los Oidores, y lo que sobre ello se hizo. La libertad del Visorrey.

Gómara, habiendo dicho, aunque confusamente, todo lo de atrás, añade lo que se sigue, que, por ser de tanta lástima acerca del pobre Visorrey, puesto en tales tribulaciones, lo puse como aquel autor lo dice, capítulo ciento sesenta y uno, que es lo que se sigue:

"Viendo que no le habían querido recibir en trueque de los navíos, le maltrataron de palabra los que le llevaron, diciendo: 'Hombre que tales leyes trajo, tal galardón merece; si viniera sin ellas, adorado fuera. Ya la patria es libertada, pues está preso el tirano." Y con estos villancicos lo volvieron a Cepeda, donde le tuvieron sin armas y con guarda que le hacía el Licenciado Niño. Empero, comía con Cepeda y dormía en su misma cama. Blasco Núñez, temiéndose de yerbas, dijo a Cepeda la primera vez que comieron juntos, y estando presente Cristóbal de Barrientos, Martín de Robles, el Licenciado Niño, y otros hombres principales: '¿Puedo comer seguramente, señor Cepeda? Mirad que sois caballero'. Respondió él: '¡Cómo, señor! ¿Tan ruin soy que si os quisiese matar no lo haría sin engaño? Vuesa señoría puede comer como con mi señora Doña Brianda de Acuña, (que era su mujer). Y para que lo crea, yo haré la salva de todo'. Y así lo hizo todo el tiempo que lo tuvo en su casa.

"Entró un día Fray Gaspar de Carvajal a Blasco Núñez, y díjole que se confesase, que así lo mandaban los Oidores. Preguntóle el Visorrey si estaba allí Cepeda cuando se lo dijeron, y respondió que no, más de los otros tres señores. Hizo llamar a Cepeda y se le quejó. Cepeda lo conoció y aseguró, diciendo que ninguno tenía poder para tal cosa sino él, lo cual decía por la partición que habían hecho de los negocios. Blasco Núñez entonces lo abrazó y besó en el carrillo, delante el mismo fraile."

Hasta aquí es de Gómara, sacado a la letra, que cierto es paso de mucha lástima que a un príncipe, elegido para Gobernador de un Imperio como el Perú, le pusiesen los más suyos en tales tribulaciones y angustias. El Padre Fray Gaspar de Carvajal, de quien se hace mención en este capítulo, fue aquel religioso que contradijo a Francisco de Orellana cuando se rebeló contra Gonzalo Pizarro en la jornada de la Canela, y se quedó en la isla de la Trinidad y de allí se volvió al Perú, donde contaba largamente los trabajos que en aquel descubrimiento vió y padeció. Al caballero don Juan de Mendoza, de quien asimismo hicimos mención en aquel capítulo (que yo conocí vecino del Cozco),

le acaeció en México una cosa extraña, que, por serlo tanto (que no sé si habrá acaecido otra tal en el mundo), será bien que quede memoria de ella. Y fue que jugando cañas una fiesta solemne en la plaza de la real ciudad de México antes de pasar al Perú, que fue uno de los que pasaron con el famoso Don Pedro de Alvarado, acaeció que después de jugadas las cañas, andando sueltos los caballeros por la plaza tirando bohordos y cañuelas, como se hace de ordinario en las fiestas mayores, este caballero, por mostrar su destreza y gentileza, tiró una cañuela, y al tiempo que ponía la fuerza para arrojarla, el caballo, que iba corriendo, paró de golpe, y él que era muy alto de cuerpo y delgado de piernas y flojo de ellas y no tan buen jinete como presumía, salió por el pescuezo del caballo adelante, quedándosele los pies en los estribos, y puso las manos en el suelo por no dar en tierra con el rostro, y quedó hecha pretal del caballo. Corriera mucho riesgo su vida, si no le socorrieran muy aína, y así escapó de la muerte por la buena diligencia de las circunstancias, que de muchos de ellos oí este cuento, y uno de ellos fue Garcilaso de la Vega, mi señor, que se halló en aquella fiesta. Perdonárseme ha la digresión por el cuento tan raro, y con esto volvamos a nuestra historia.

Entretanto que el Visorrey estaba detenido y preso en la isla que estaba dos leguas del puerto, volvieron a Los Reyes (como lo dice Agustín de Zárate, libro quinto, capítulo doce). "Don Alonso de Montemayor y los demás que con él habían ido en seguimiento de los que fueron a prender al Padre Loaysa, a los cuales los Oidores prendieron, y a algunos quitaron las armas, y juntamente con algunos capitanes del Visorrey y con los que se habían venido del Cozco, los pusieron presos en casa del capitán Martín de Robles y de otros vecinos. Y viéndose tan maltratados, determinaron matar a los Oidores y soltar al Visorrey y restituirle en su libertad y cargo, lo cual concertaron de esta manera: que a la noche, en casa de Martín de Robles, se disparasen ciertos arcabuceros, y que entonces Francisco de Aguirre, sargento, que con cierta gente hacía la guardia al Licenciado Cepeda, le matase, y que se pusiesen ciertos arcabuceros a las entradas de las calles de la plaza por donde forzosamente el Doctor Tejada y el Licenciado Álvarez tenían que acudir en casa de Cepeda oyendo aquella arma, y que llegando los matasen y alzasen la ciudad por el Rey; lo cual fuera muy fácil de hacer si un vecino de Madrid, a quien se había dado parte del negocio, no lo descubriera al Licenciado Cepeda una hora antes de la noche en que se había de efectuar. Cepeda proveyó con gran presteza en prender las cabezas del motín, que fueron Don Alonso de Montemayor y Pablo de Meneses, vecino de Talavera, y el capitán Cáceres y Alonso de Barrionuevo y algunos otros criados del Visorrey. E inquiriendo sobre el negocio, condenaron a muerte a Alonso de Barrionuevo, aunque en revista le cortaron la mano derecha, porque hallaron que este había sido el inventor de la conjuración, la cual se apaciguó por esta vía." Hasta aquí es de Zárate.

Añadimos que los Oidores hallaron otros muchos culpados en aquel motín que pudieran castigar con muerte, más por no hacer tanta carnicería y por

escusar nuevos alborotos y por muchos ruegos de personas principales de la Ciudad de los Reyes, condenaron a Alonso de Barrionuevo a lo que se ha dicho, y a don Alonso de Montemayor, y a los demás consortes desterraron de aquella ciudad a diversas partes al septentrión de ella. Los cuales se juntaron después con el Visorrey, y anduvieron con él en sus trabajos, que a muchos de ellos les fue peor. Pasando adelante en su historia Agustín de Zárate dice:

"Después de la cual cada día hacían saber a Gonzalo Pizarro lo que había pasado, porque creyeron que con ello desharía su gente. De lo cual él estaba muy apartado, porque creía que todo cuanto había pasado sobre esta prisión, era ruido hechizo, a efecto de hacerle derramar su campo y después prenderle y castigarle cuando le viesen solo. Y así caminaba siempre en ordenanza, y aún más recatadamente que antes. Después de hecho a la vela el Licenciado Álvarez, con el Visorrey y sus hermanos, el mismo día subió a su cámara, y queriendo reconciliarse con el Visorrey de las cosas pasadas (porque él había sido el principal promovedor de ellas, y el que con más diligencia entendió en su prisión y en el castigo de los que les querían restituir en libertad y gobernación), y le dijo que su intención de haber aceptado aquella jornada había sido por servirle y por sacarle del poder del Licenciado Cepeda, y porque no cayese en el de Gonzalo Pizarro, que tan en breve se esperaba; y para que lo entendiese así, desde entonces le entregaba el navío y le ponía en su libertad y se metía debajo de su mano y querer, y le suplicaba que le perdonase el yerro pasado, de haber entendido en su prisión y en las otras cosas que después habían sucedido, pues también lo había enmendado con asegurarle la vida y libertad. Y mandó a diez hombres que consigo llevaba para la guarda del Visorrey que hiciesen lo que les mandase. El Visorrey le agradeció lo hecho, y lo aceptó y se apoderó del navío y armas, aunque poco después le comenzó a tratar mal de palabra, llamándole bellaco, revolvedor de pueblos y otras palabras de afrenta, y jurándole que le había de ahorcar, y que si entonces lo dejaba de hacer era por su gran necesidad que de él tenía. Y este mal tratamiento duró casi todo el tiempo que anduvieron juntos. Y así se fueron la costa abajo hasta la ciudad de Trujillo, donde les sucedió lo que adelante se dirá."

Hasta aquí es de Zárate sacado a la letra. Sucesive entra diciéndo el mismo autor en el capítulo tercero, lo que se sigue:

CAPÍTULO XVII: Un requerimiento que los Oidores hicieron a Gonzalo Pizarro. El suceso desgraciado de los vecinos que se huyeron de él.

"En haciéndose a la vela el Licenciado Álvarez, se entendió en Los Reyes que iba de concierto con el Visorrey, así por algunas muestras que de ello dió antes que se embarcase, como porque se fue sin esperar los despachos que los Oidores habían de dar, que por no venir en ellos el Licenciado Zárate se habían

dilatado, y se le habían de enviar otro día. Lo cual los Oidores sintieron mucho, sabiendo que Álvarez había sido el inventor de la prisión del Visorrey y el que más lo trató y dió la orden para ello. Y entretanto que esperaban a saber el verdadero suceso de aquel hecho, les pareció enviar a Gonzalo Pizarro a le hacer saber lo pasado y a le requerir con la provisión real, para que pues ellos estaban en nombre de Su Majestad para proveer lo que conviniese a la administración de la justicia y buena gobernación de la tierra, y habían suspendido la ejecución de las Ordenanzas, y otorgado la suplicación de ellas y enviado al Visorrey a España, que era mucho más de lo que ellos siempre dijeron que pretendían para aplacar la alteración de la tierra, le mandaban que luego deshiciese el campo y gente de guerra, y si quería venir a aquella ciudad, viniese de paz y sin forma de ejército; y que si para la seguridad de su persona quisiese traer alguna gente, podría venir hasta con quince o veinte de a caballo, para lo cual se le daba licencia. Despachada esta provisión, mandaron a algunos vecinos los Oidores que la fuesen a notificar a Gonzalo Pizarro, donde quiera que lo topasen en el camino. Y ninguna hubo que lo quisiese aceptar, así por el peligro que en ella había, como porque decían que Gonzalo Pizarro y sus capitanes les culparían respondiéndoles que viniendo ellos a defender las haciendas de todos, les eran contrarios. Y así, viendo esto los Oidores, mandaron por un acuerdo a Agustín de Zárate, contador de cuentas de aquel Reino, que juntamente con Don Antonio de Ribera, vecino de aquella ciudad, fuese a hacer esta notificación, y les dieron su carta de creencia, y con ella se partieron hasta llegar al valle de Jauja, donde a la sazón estaba alojado el campo de Gonzalo Pizarro; el cual ya había sido avisado del mensaje que se le enviaba, y, temiendo que si le llegasen a notificar se le amotinaría la gente, por el gran deseo que llevaban de llegar a Lima en forma de ejército, y aún para saquear la ciudad con cualquiera ocasión que hallasen, y queriéndolo proveer, envió al camino por donde venían estos mensajeros a Jerónimo de Villegas, su capitán, hasta con treinta arcabuceros a caballo. El cual los topó, y a Don Antonio de Ribera le dejó pasar al campo y a Agustín de Zárate le prendió y le tomó las provisiones que llevaba, y le volvió por el camino que había venido, hasta llegar a la provincia de Pariacaca, donde estuvo diez días preso; poniánle su gente todos los temores que podían, a efecto de que dejase su embajada, y así estuvo allí hasta que llegó Gonzalo Pizarro con su campo".

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Los del Cabildo de aquella Ciudad de los Reyes eligieron a Don Antonio de Ribera y al contador Agustín de Zárate, porque eran dos hombres los menos sospechosos para Gonzalo Pizarro que entonces podían escoger, porque Don Antonio era como cuñado suyo, que casó con la mujer de Francisco Martín de Alcántara, hermano del Marqués Don Francisco Pizarro, y Agustín de Zárate era de los que nuevamente habían ido a la tierra, y no habían metido prendas en ninguna de las partes. Y así el capitán Jerónimo de Villegas dejó pasar a Don Antonio de Ribera por la parentela de afinidad, y retuvo preso al contador Agustín de Zárate. Diego Fernández,

habiendo dicho lo mismo añade, capítulo veinticuatro, que "en la consulta que Gonzalo Pizarro hizo con sus capitanes para responder al recaudo de los Oidores no se habló otra palabra más de un dicho que como maese de campo y gran soldado, dijo Francisco de Carvajal; que en lo que decían los señores Oidores que fuese Gonzalo Pizarro con quince o veinte, se entendía que entrase con escuadrón de quince o veinte por hilera, y que todos los capitanes del consejo respondieron que convenía al bien común hacer Gobernador a Gonzalo Pizarro, y que con esto se haría lo que los Oidores pedían; donde no, que meterían a sangre y a fuego a la ciudad, y la saquearían," etc.

Hasta aquí es de Diego Fernández Palentino. Como atrás dejamos apuntado, Gabriel de Rojas y Garcilaso de la Vega y los demás vecinos y caballeros del Cozco que se huyeron de Gonzalo Pizarro, fueron por Arequepa; no pudiendo ir por la mar, fueron por la costa abajo. Cuando llegaron a Los Reyes, se hallaron perdidos, porque ya el Visorrey, a quien iban a servir, estaba preso y embarcado para traerlo a España; y como los Oidores habían hecho aquella prisión, no quisieron llegarse a ellos, porque habiendo preso al Visorrey parecía que se inclinaban más a favorecer a Gonzalo Pizarro que no a Blasco Núñez Vela.

Más en hecho de verdad, la intención de los Oidores no fue la que decían los maldicientes, sino escusar mayores males y escándalos, como fuera matar al Visorrey, según era aborrecido de todos los interesantes, y condenados por las Ordenanzas que él quería ejecutar. Considerando aquellos caballeros estas cosas, no se declararon por los Oidores, porque parecía volverse al bando de Gonzalo Pizarro. Y como no había quien siguiese la voz de Su Majestad, quedaron aislados en poder de sus enemigos, sin poder huir de ellos ni por mar ni por tierra, porque después de preso el Visorrey toda la tierra seguía el bando de Gonzalo Pizarro. Los más de ellos se quedaron en la Ciudad de los Reyes, por no poder ir a otra parte; estaban de secreto en casas de amigos y compañeros, que como todos lo habían sido en ganar aquel Reino, se favorecían los unos a los otros en lo que podían. Otros no quisieron parar en la ciudad; fuéronse lo más apartado que pudieron de ella y se escondieron entre los indios, y éstos libraron mejor porque escaparon del peligro que los demás pasaron de ser muertos todos, como algunos de ellos lo fueron. Lo mismo les acaeció a Luis de Ribera y a Antonio Álvarez y a otros veinticuatro y veinticinco caballeros y vecinos de la Villa de la Plata, y desde aquella villa, que está trescientas leguas de Los Reyes, venían a servir al Visorrey; y habiendo pasado muchos trabajos por los caminos, huyendo por no toparse con Gonzalo Pizarro ni con los suyos, habiendo llegado ya muy cerca de Los Reyes supieron que el Visorrey estaba preso y embarcado en el mar. Con esta nueva se hallaron todos perdidos y desamparados.

No osaron llegar a la ciudad, por parecerles que toda la tierra estaba por Gonzalo Pizarro, y que no les estaba bien entrarse de su grado en poder de sus enemigos. Cada uno de ellos se fue por su cabo a esconder donde mejor pudiese. Lo mismo hicieron otros muchos caballeros que por la tierra andaban

derramados, que venían a servir a Su Majestad debajo del gobierno de su Visorrey, y con su prisión se derramaron y escondieron en diversas partes; y algunos de ellos, no teniéndose por seguros en todo el Perú, se fueron a las montañas bravas de los Antis, donde perecieron de hambre y comidos de tigres. Y otros, que fueron a parar a tierras de indios no conquistados, fueron muertos y sacrificados a los ídolos. Tanto como esto puede el temor de morir a manos de los enemigos, que tienen por menos mal aventurarse donde esperen menos crueldad en los bárbaros y en las fieras, que no en los tiranos, porque son más crueles que los unos y los otros. Toda esta desdicha causó la del Visorrey y su arrebatada cólera, que, si procediera con más templanza, no le prendieran, porque le llegaran los socorros dichos, que eran de mucha gente, muy noble, rica y poderosa, la flor del Cozco y de los Charcas. Y así quedaron él y ellos perdidos, entregados a las crueldades de la guerra y de los enemigos, que en muchos de ellos se ejecutaron.

CAPÍTULO XVIII: Gonzalo Pizarro llega cerca de la Ciudad de los Reyes. La muerte de algunos vecinos principales porque los Oidores se detuvieron en nombrarle por Gobernador.

Gonzalo Pizarro caminaba con su ejército para Los Reyes a jornadas muy cortas, por el impedimento de la artillería, que era muy dificultosa y trabajosa de llevar. Así caminó hasta llegar a la provincia llamada Pariacaca, donde estaba Agustín de Zárate preso y detenido, al cual mandó llamar para que le dijese a lo que había venido, como él mismo lo dice, en su libro quinto, capítulo trece, por estas palabras: “Y porque ya Zárate estaba avisado del riesgo que corría en su vida si trataba de notificar la provisión, después de hablado aparte a Gonzalo Pizarro, y díchole lo que se le había mandado, le metió en un toldo donde estaban juntos todos sus capitanes, y le mandó que les dijese a ellos todo lo que a él le había dicho. Y Zárate, entendiendo su intención, le dijo de parte de los Oidores otras algunas cosas tocantes al servicio de Su Majestad y al bien de la tierra, usando la creencia que se le había dado, especialmente que, pues el Visorrey era embarcado, y otorgado la suplicación de las Ordenanzas, pagasen a Su Majestad lo que el Visorrey Blasco Núñez Vela le había gastado, como se habían ofrecido por sus cartas de lo hacer, y que perdonasen los vecinos del Cozco que se habían pasado desde su campo a servir al Visorrey, pues habían tenido tan justa causa para ello; y que enviasen mensajeros a Su Majestad para disculparse de todo lo acaecido y otras cosas de esta calidad, a las cuales todas ningún otra respuesta se le dió sino que dijese a los Oidores que convenía al bien de la tierra que hiciese Gobernador de ella a Gonzalo Pizarro, y que con hacerlo se proveería luego en todas las cosas que se le había dicho de su parte; que si no lo hacían, meterían a saco la ciudad. Y con esta respuesta volvió Zárate a los Oidores, aunque algunas veces la rehusó de llevar, y a ellos les pesó mucho de

oír tan abiertamente el intento de Pizarro, porque hasta entonces no había dicho que pretendía otra cosa sino la ida del Visorrey a España y la suspensión de las Ordenanzas. Y con todo esto, les enviaron a decir a los capitanes que ellos habían oído lo que pedían, pero que ellos por aquella vía no lo podían conceder, ni aún tratar de ello, sino parecía quien lo pidiese por escrito y en la forma ordinaria que se suelen pedir otras cosas. Y sabido esto, se adelantaron del camino todos los procuradores de las ciudades que venían en el campo, y juntando consigo los de las otras ciudades, que estaban en Los Reyes, dieron una petición en la Audiencia, pidiendo lo que habían enviado a decir de palabra. Y los Oidores, pareciéndoles que era cosa tan peligrosa, y porque ellos no tenían la comisión ni tampoco libertad para dejarlo de hacer, porque ya en aquella sazón estaba Gonzalo Pizarro muy cerca de la ciudad y les tenía tomados todos los pasos y caminos para que nadie pudiese salir de ella, determinaron dar parte del negocio a las personas de más autoridad que había en la ciudad y pedirles su parecer, y sobre ello hicieron un acuerdo mandando que se notificase a Don Fray Jerónimo de Loaysa, Arzobispo de Los Reyes, y a Don Fray Juan Solano, Arzobispo del Cuzco, y a Don García Díaz, Obispo de Quito, y a Fray Tomás de San Martín, Provincial de los Dominicos, y a Agustín de Zárate, y al tesorero y contador y veedor de Su Majestad, que viesen esto que los procuradores del Reino pedían y les diesen sobre ello su parecer, expresando muy a la larga las razones que a ello les movían, lo cual hacían, no para seguir ni dejar su parecer, porque bien entendían que en los unos ni en los otros no había libertad para dejar de hacer lo que Gonzalo Pizarro y sus capitanes querían, sino para tener testigos de la opresión en que todos estaban.

"Entretanto que se trataba de este negocio, Gonzalo Pizarro llegó a un cuarto de legua de la ciudad, y asentó sobre ella su campo y artillería, y, como vió que se dilató el despacho de la provisión, la noche siguiente envió a su maese de campo con treinta arcabuceros, el cual prendió hasta veintiocho personas de los que se habían venido del Cuzco, y otros de quien tenía queja, porque habían favorecido al Visorrey, entre los cuales eran Gabriel de Rojas y Garcilaso de la Vega y Melchor Verdugo y el Licenciado Carvajal y Pedro del Barco y Martín de Florencia y Alonso de Cáceres y Pedro de Manjarrés y Luis de León y Antonio Ruiz de Guevara y otras personas, que eran de las principales de la tierra, a las cuales puso en la cárcel pública, y apoderándose de ella y quitando el alcaide y tomando las llaves, sin ser parte para se lo defender ni contradecir los Oidores, aunque lo veían, porque en toda la ciudad no había cincuenta hombres de guerra, porque todos los soldados del Visorrey y de los Oidores se habían pasado al real de Gonzalo Pizarro, con los cuales y con los que él antes traía, tenía número de mil y doscientos hombres muy bien armados. Y otro día de mañana vinieron algunos capitanes de Gonzalo Pizarro a la ciudad, y dijeron a los Oidores que luego despachasen la provisión, sino que meterían a sangre y a fuego la ciudad, y serían ellos los primeros con quien comenzasen.

“Los Oidores se escusaron cuanto pudieron, diciendo que no tenían poder para hacerlo, por lo cual el maese de campo Carvajal en su presencia, sacó de la cárcel cuatro personas de los que tenía presos, y a los tres de ellos que fueron Pedro del Barco y Martín de Florencia y Juan de Saavedra, los ahorcó de un árbol que estaba junto a la ciudad, diciéndoles muchas cosas de burla y escarnio al tiempo de la muerte, sobre no haberles dado término de media hora a todos tres para confesarse y ordenar sus ánimas. Y especialmente a Pedro del Barco, que fue el último de los tres que ahorcó, le dijo que por haber sido capitán y conquistador y persona tan principal en la tierra, y aún casi el más rico de ella, le quería dar su muerte con una preeminencia señalada: que escogiese de cual de ramas de aquel árbol quería que le colgasen. Y a Luis de León salvó la vida un hermano suyo, que venía por soldado de Gonzalo Pizarro y se lo pidió por especial merced.

“Y viendo esto los Oidores y que les amenazaba el maese de campo que si incontinente no se le despachaba la provisión ahorcaría a los demás que estaban presos y entrarían los soldados saqueando, mandaron que las personas a quien se había comunicado el negocio trajesen sus pareceres; los cuales, sin discrepar ninguno, los dieron luego para que se le diese la provisión de Gobernación; la cual los Oidores despacharon para que Gonzalo Pizarro fuese Gobernador de aquella provincia, hasta tanto que Su Majestad otra cosa mandase, dejando la superioridad de la Audiencia y haciendo pleito homenaje de la obedecer y deponer el cargo cada y cuando que por Su Majestad y por los Oidores le fuese mandado, y dando fianza de hacer residencia y estar a justicia con los que de él hubiese querellosos.”

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, donde cortaremos el hilo de lo que de esto va diciendo porque este capítulo no sea tan largo que canse.

CAPÍTULO XIX: Nombran a Gonzalo Pizarro por Gobernador del Perú. Su entrada en la Ciudad de los Reyes. La muerte del capitán Gumiel. La libertad de los vecinos del Cozco.

La muerte de Pedro del Barco y Martín de Florencia y Juan de Saavedra causó grande alboroto en la ciudad y en el campo de Gonzalo Pizarro, porque (como lo dice Diego Fernández, Palentino, capítulo veinticinco), se entendió y temió que Francisco de Carvajal matara todos los que había preso, y muchos más que sospechaban que había de prender. Con este temor fueron muchos a Gonzalo Pizarro, así vecinos de Rímac como capitanes y soldados de su ejército, a suplicarle no permitiese que tanta gente noble, que todos habían sido en ayudarle a ganar y conquistar aquel Imperio, muriese, que por mucho que justificase su causa en los matar, quedaría odioso en todo el mundo. Gonzalo Pizarro, que era de ánimo piadoso, dió luego una medalla muy rica que traía y

un anillo muy conocido, para que Francisco de Carvajal no matase otra persona alguna.

Lo que en esto pasó acerca de estas muertes que Carvajal hizo, que lo oí a muchos de los que se hallaron presentes, fue que Gonzalo Pizarro no tuvo intención de que Francisco de Carvajal matase ningún vecino de aquellos; envióle para que apaciguase la ciudad, y le dijo: "Aquietaréis esa gente (entendiendo por los vecinos que se le habían huido) de manera que gusten de nuestra ida." Carvajal, que entendió bien por quiénes lo decía, respondió diciendo: "Yo prometo a Vuesa Señoría que yo los aquiete de manera que salgan a recibir a Vuesa Señoría." Y en cumplimiento de esta promesa, como él llevaba las cosas por el rigor de la guerra, ahorcó aquellos hombres ricos y poderosos en el camino por donde había de entrar Gonzalo Pizarro, como que los ponía allí para que le recibiesen, y también por atemorizar a los Oidores y a toda la ciudad, para que no dilatasen la provisión de Gobernador que todos los procuradores del Reino pedían. A Gonzalo Pizarro le pesó mucho de la muerte de aquellos tres caballeros cuando lo supo, y mandó que los quitasen del árbol antes que llegase a verlos, diciendo que no quería verlos ahorcados, que nunca lo había mandado ni deseado. La provisión de Gobernador para Gonzalo Pizarro fue muy agradable a los de la ciudad y a los del ejército, como lo dice Diego Fernández, capítulo veinticinco, "porque a todos les parecía que era cosa que convenía a la quietud de aquel Imperio, decían que Su Majestad la confirmaría, así por los servicios del Marqués su hermano, como por otras causas que alegaban en loor y alabanza de Gonzalo Pizarro, porque tanto en esta sazón fortuna le comenzaba a encumbrar en el ánimo y voluntad de las gentes con aquella color de libertad, que generalmente parecía ser de todos amado. Y lo que más a esto favorecía era haberles sido el Virrey tan odioso por la causa del interés".

Hasta aquí es de Diego Fernández. Recibida la provisión, como lo dice Agustín de Zárate, capítulo trece, por estas palabras: "entró Gonzalo Pizarro en la ciudad, ordenado su campo en forma de guerra de esta manera: que la vanguardia llevaba el capitán Bachicao con veinte y dos piezas de artillería de campo, con mas de seis mil indios, que traían en hombros los cañones (como está dicho) y las municiones de ellos, e íbalos disparando por las calles. Llevaban treinta arcabuceros para guarda de la artillería, y cincuenta artilleros.

"Luego iba la compañía del capitán Diego de Gumiel, en que había doscientos piqueros, y tras ella la compañía del capitán Guevara en que había ciento cincuenta arcabuceros, y tras ella la compañía del capitán Pedro Cermeño de doscientos arcabuceros; y luego se siguió el mismo Gonzalo Pizarro, trayendo delante de sí las tres compañías de infantería que están dichas, como por lacayos; él venía en un muy poderoso caballo con sola cota de malla y encima una ropeta de brocado, y tras él venían tres capitanes de caballo; en medio Don Pedro Puertocarrero, con el estandarte de su compañía en la mano, que era de las armas reales; y a la mano derecha Antonio Altamirano, con el estandarte del Cuzco, y a la mano izquierda Pedro de Puelles, con el estandarte

de las armas de Gonzalo Pizarro; tras ellos se seguía toda la gente de caballo armados a punto de guerra. Y en esta orden fue a casa del Licenciado Zárate, Oidor, donde estaban juntos los demás Oidores, porque él se había hecho malo por no ir a la audiencia a le recibir. Y dejando ordenado su escuadrón en la plaza, subió a los Oidores y le recibieron haciendo su juramento y dando sus fianzas. Y de allí se fue a las casas de Cabildo, donde estaban juntos los regidores, y le recibieron con las solemnidades acostumbradas; y de allí se fue a su posada, y su maese de campo aposentó la gente de pie y de caballo, por sus cuarteles en las casas de los vecinos, mandándoles que les diesen de comer.

"Esta entrada y recibimiento pasó en fin del mes de octubre del año de cuarenticuatro, cuarenta días después de la prisión del Visorrey; y de ahí adelante Gonzalo Pizarro se quedó ejercitando su cargo en lo que tocaba a la guerra y cosas dependientes de ella, sin entremeterse en cosa ninguna de justicia, la cual administraban los Oidores que hacían su Audiencia en las casas del tesorero Alonso Riquelme. Y luego Gonzalo Pizarro envió al Cuzco por su teniente a Alonso de Toro, y a Pedro de Fuentes a Arequipa, y a Francisco de Almendras a la Villa de Plata, y a las otras ciudades a otras personas."

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Y Diego Fernández, Palentino, capítulo diez y seis, añade que habiendo venido Diego Centeno hasta la Ciudad de los Reyes con Gonzalo Pizarro, como procurador de la Villa de Plata, viendo que proveía a Francisco de Almendras por capitán y justicia mayor de aquella villa, a quien Diego Centeno tenía por muy amigo, le rogó e importunó que alcanzase de Gonzalo Pizarro lo enviase con él a la Villa de la Plata, donde Diego Centeno tenía sus indios y casa; y que Francisco de Almendras lo alcanzó de Gonzalo Pizarro, y lo llevó consigo a los Charcas, donde Diego Centeno le mató después, cuando se hizo del bando de Su Majestad, no sin nota de ingratitud aunque en servicio de su Rey, porque en toda la conquista de aquel Imperio, en la cual Diego Centeno entró muy mozo, Francisco de Almendras, que era hombre principal y rico, siempre le había acudido en todas sus necesidades y enfermedades (que tuvo algunas muy graves), tratándole como a propio hijo, de tal manera que Diego Centeno, reconociendo los beneficios en público y en secreto, le llamaba padre, y Francisco de Almendras le llamaba hijo. Y así fue notado de ingratitud cuando después lo mató; pero como fuesen mayores las fuerzas del servicio de su Príncipe y del bien común, vencieron a las particulares de su obligación.

Gonzalo Pizarro, viéndose Gobernador de aquel Imperio, así por la cédula que del Marqués su hermano tenía, como por el nombramiento que los Oidores habían hecho de él, proveyó los capitanes y corregidores que hemos dicho y trató en despachar negocios por Audiencia, con mucha autoridad y reputación, haciendo justicia y dando todo el gusto y contento que podía a los negociantes, de que toda la ciudad estaba muy contenta y satisfecha. Pero entre estas buenas andanzas no faltaron disgustos, porque el capitán Diego Gumiel, habiendo sido hasta allí muy apasionado por Gonzalo Pizarro, le negó y dió en decir mal de él,

porque el Gobernador no le concedió un repartimiento de indios que Gumiel, para un amigo suyo, le pidió. Hablaba mal de los Oidores; decía que habían quitado la gobernación al hijo del Marqués Don Francisco Pizarro, a quien le venía de derecho por herencia de su padre y por cédula de Su Majestad, y dádosele a quien no le pertenecía, y que él había de ser parte para que se le restituyese al hijo del Marqués. Estas cosas y otras semejantes hablaba Diego Gumiel tan inconsideradamente que no miraba cómo ni a quién las decía, de manera que vinieron a oídos de Gonzalo Pizarro, el cual mandó a su maese de campo que hiciese pesquisa de ellas y pusiese en silencio y en razón aquel capitán que andaba fuera de ella. Esto le dijo, no con intención que lo matase, que fue cierto que no la tuvo; pero como Francisco de Carvajal no tenía necesidad de espuelas para semejantes cosas, habiendo hecho la averiguación y viendo el atrevimiento y desvergüenza demasiada, se fue a la posada del capitán Gumiel y dentro de su aposento le dió garrote, y, sacándolo fuera para ponerlo en plaza, salió diciendo: "¡Afuera señores, hagan lugar al señor capitán Diego Gumiel, que ha jurado de no hacer otra!" Así acabó el pobre Gumiel, por mucho hablar, que siempre suele ser dañoso.

CAPÍTULO XX: Fiestas y regocijos que los de Pizarro hicieron. Perdón general que se dio a los que se le habían huido. El lugar donde estuvo retraído Garcilaso de la Vega, y cómo alcanzó perdón de Gonzalo Pizarro.

Gonzalo Pizarro y sus capitanes, haciendo ostentación del regocijo y contento que tenían de ser señores del Perú, dieron en hacer muchas fiestas solemnes de toros y juegos de cañas y sortija, donde algunos sacaron muy buenas letras, y otros, de malas lenguas, las contrahicieron satíricamente, que, por serlo tanto, aunque algunas de ellas se me acuerdan, me pareció no ponerlas aquí.

Con el regocijo común que todos tenían, mandó soltar los caballeros vecinos del Cozco que se le habían huido cuando salió de aquella ciudad, que los prendió Carvajal, como atrás queda dicho. Hizo perdón general a todos los que no le habían acudido, si no fue al Licenciado Carvajal, porque, habiendo sido tan su amigo se le había huido, y a Garcilaso de la Vega, como lo dice Diego Fernández, Palentino, capítulo veintisiete, libro primero, que luego declararemos cómo pasó, porque estos autores no alcanzaron por entero este cuento, que aunque él y Agustín de Zárate lo tocan, no dicen cómo pasó el hecho. También mandó Gonzalo Pizarro que nadie saliese de la ciudad sin licencia suya, y porque se la pidieron Rodrigo Núñez y Pedro de Prado murieron por ello, porque dieron malos indicios de sí y sospecha de que la pedían para huirse, de manera que ni había regocijos sin muertes ni muertes sin regocijo de unos y pesar de otros, porque en las guerras civiles cabe todo.

Declarando lo que en la Ciudad de los Reyes pasó entonces, decimos que Francisco Carvajal prendió a todos los más de los vecinos que de Gonzalo Pizarro se huyeron; pero no prendió a Garcilaso de la Vega, como lo dicen los historiadores, porque, cuando aquella noche llamó Carvajal a su puerta para prenderle, salió a abrirle un soldado que se decía Hernando Pérez Tablero, natural de la villa del Almendral, del ducado de Feria, hermano de leche de Don Alonso de Vargas, mi tío, hermano de mi padre.

El cual Hernán Pérez, así por la patria, que eran todos extremeños, como porque él y sus padres y abuelos habían sido criados de los míos, estaba en compañía y servicio de Garcilaso de la Vega, mi señor. Y como conoció en la habla a Francisco de Carvajal, sin responderle volvió corriendo a mi padre y le dijo: “Señor, Carvajal está a la puerta, llamando para entrar.” Mi padre salió por los corrales como mejor pudo, y se fue al Convento de Santo Domingo donde le recibieron los religiosos y le escondieron en una bóveda y hueco de un entierro; y así estuvo escondido en aquella casa con mucho secreto mas de cuatro meses. Luego otro día, sabiendo Carvajal que se había escondido en un monasterio, porque el de Santo Domingo era el mas cercano a su posada, sospechando que estaba allí, fue al convento con mucha gente y lo miró todo hasta los desvanes y zaquizamíes, que no le faltó diligencia por hacer, si no fue derribar la casa según el deseo que tenía de hallarle para matarlo, porque de él tenía Gonzalo Pizarro la mayor queja, porque decía que habiendo sido compañeros y camaradas en la conquista del Collao y de los Charcas, y comido a una mesa y dormido en un aposento, no le había de negar por ninguna cosa, cuanto mas ser solicitador y caudillo de los que le habían huido. Sin esta vez, le buscó Carvajal otras cuatro veces, y la una de ellas alzó los manteles por un lado del altar mayor (que era hueco) donde estaba el Santísimo Sacramento, entendiendo que estaba allí el retraído, y vió un buen soldado que también andaba escondido y fugitivo; mas como no era el que Carvajal quería, hizo que no lo había visto, y soltó los manteles, diciendo en alta voz: “No está aquí el que buscamos”. En pos de él llegó un ministro de los suyos, que se decía fulano de Porras, y mostrándose muy diligente, alzó los manteles del altar, y vió al pobre que ya Carvajal había perdonado, que, porque no llegase otro a mirar debajo del altar, había dicho: “No está aquí el que buscamos.” El Porras, como lo vió, sin mirar quien era, dijo a voces: “He aquí el traidor, he aquí el traidor.” A Carvajal le pesó de que lo descubriese, y dijo: “Ya yo lo había visto”, mas porque era de los muy culpados contra Gonzalo Pizarro, no pudo dejar de ahorcarle, sacándole confesado del convento. Mas el Porras no quedó sin castigo del cielo, como luego diremos.

Otra vez acaeció que entrando Carvajal en el convento a hora no imaginada, Garcilaso de la Vega, que estaba descuidado de su venida, no pudiendo tomar otra guarida, se entró en una celda que estaba toda desembarazada, sin cama ni otro estorbo que impidiese la vista de todo el aposento, sino era una librería que estaba de frente de la puerta, algún tanto apartada de la pared; tenía un lienzo hasta el suelo como de una vara en alto,

donde se metió mi padre entre la pared y los libros. Dos o tres de los que andaban a buscar la caza entraron en la celda, y como la vieron tan escombrada, entendiendo que la librería estaba pegada con la pared, y que detrás de los libros no podía haber nada, se salieron fuera diciendo: "No está aquí". De estos sobresaltos pasó muchos mi padre todo el tiempo que Gonzalo Pizarro estuvo en Los Reyes. Sus amigos, que tuvo muchos, intercedieron por él a Gonzalo Pizarro, y, aunque él estuvo duro en perdonarle, le otorgó la vida con condición que no le viese ni se le pusiese delante, porque no quería ver a quien contra toda razón de patria, amistad y compañía le había negado. Con este perdón salió del convento, y estuvo otros muchos días retirado en su posada, sin salir de ella, hasta que la importunidad de sus amigos acabó con Gonzalo Pizarro que lo perdonase del todo, y tuviese por bien de verle; y así se lo llevaron delante, y lo perdonó y lo trajo consigo debajo de nombre de prisionero, que nunca más Gonzalo Pizarro le dejó salir de su casa, ni comer fuera de su mesa, y en el campo dormía dentro en su toldo, y así lo trajo hasta el día de la batalla de Sacsahuana. Y porque anduvo con Gonzalo Pizarro como prisionero, no hace mención de él ninguno de los tres autores que escribiesen la historia, y yo digo lo que pasó como persona a quien le cupo mucha parte de aquellos trabajos y necesidades de mi padre, que en tres años no gozó de sus indios, que estuvo desposeído de ellos; en los cuales él y los suyos, que, como atrás dije, éramos ocho, vivimos de limosna. Y traer Gonzalo Pizarro a mi padre tan cerca de sí, que no salía de su toldo, era por asegurarse de él que no se le huyese; y el darle de comer a su mesa era porque no teniéndolo mi padre de suyo, se lo había de dar otro, y pareciera mal no dárselo Gonzalo Pizarro. Fué tanta la necesidad que mi padre pasó en aquella jornada, que en la ciudad de Quitu, después de la muerte del Visorrey, compró un caballo a un soldado que se decía Salinas, por quien llamaron al caballo Salinillas. Fué de los famosos que hubo en el Perú; costóle ochocientos pesos, que son novecientos y sesenta ducados, sin tener ni uno tan solo, sino confiado en sus amigos que se los daría o prestarían para cuando los tuviese, y así un amigo le prestó trescientos pesos, que no tenía mas. Pero Gonzalo Pizarro, luego que supo la compra del caballo, lo mandó pagar de su hacienda, porque sabía que Garcilaso, mi señor, no tenía de qué.

CAPÍTULO XXI: El castigo de un desacato al Santísimo Sacramento y de algunos blasfemos. Pizarro y los suyos nombran procuradores que vengan a España.

Resta decir el castigo de Porras, y fue que desde a tres meses que pasó el desacato que hizo a Nuestro Señor, fue a hacer ciertas diligencias a Huamanca, de las que Carvajal le mandaba. Acertó a pasar un arroyo que no llevaba un brazo de agua. El caballo, que iba caluroso, cansado y sediento, se puso a beber en un charquillo pequeño, donde el mismo Porras le guió para que bebiese; y

habiendo bebido, se dejó caer en el charco y tomó una pierna a su amo debajo, y acertó el Porras a caer hacia la parte alta, de donde venía el agua; no pudo salir de debajo del caballo, que debió de maltratarle la pierna con tomársela debajo, ni tuvo maña ni esfuerzo para hacer que el caballo se levantara; y así se estuvieron quedos, hasta que, con la represa del caballo que por una parte y por otra atajó el agua, se ahogó el Porras en tan poca agua, que el caballo con tener alzada la cabeza, estuvo vivo cuando llegaron otros caminantes, y lo levantaron y enterraron al Porras a la orilla de mismo arroyo, certificando todos que había sido castigo del cielo por el desacato que hemos dicho, que fue notado en todo aquel Reino.

Otras cosas semejantes contaremos donde se ofrezcan de castigos manifiestos que Dios ha hecho, principalmente en blasfemos que tenían por costumbre blasfemar de Dios en sus juramentos, hablando en conversación, que no se contentaban con los juramentos comunes de decir: "¡Juro a tal!", o "¡Voto a tal!", sino que en lugar de ellos decían: "No creo en tal", "¡Por vida de tal!", y "¡Pese a tal!". Los que eran notados por tales blasfemos, que yo conocí algunos, todos murieron de heridas por la boca, que les dieron, así en pendencias singulares que tuvieron, riñendo uno a uno, como en las batallas que en el Perú hubo, que los hallaban muertos de arcabuzazos o de lanzada o de estocada por la boca. Lo cual fue notado en aquella tierra todo el tiempo que estuve en ella, que, particularmente un año antes que saliese del Cozco, un fulano de Aguirre, soldado mal acondicionado, riñó una pendencia ajena con un Juan de Lira, por el contrario muy afable y muy bien acondicionado; y para reñir con él, se puso una cota de malla con sus mangas y unos calzones de lo mismo y un casco de hierro; y así esperó a Juan de Lira en la plaza del monasterio de Santo Domingo un viernes de cuaresma que iba a su posada después de haber oído un sermón en la Iglesia Mayor. Riñeron casi una hora de reloj, porque no hubo quien los despartiese. Al cabo de este espacio, Juan de Lira, cerrando con Aguirre, le dió una estocada por la boca que le pasó al colodrillo más de media espada, y el Aguirre dió una cuchillada al Juan de Lira de alto abajo, sobre la capa que en la mano izquierda traía, y le cortó once dobleces de ella y le derribó el dedo que los latinos llaman *índex*. El Aguirre murió de la herida aquella noche en la cárcel, que allá lo llevó su mala ventura, y Juan de Lira se guareció en el monasterio del divino Santo Domingo, donde yo le visité y vi la mano sin el dedo, y los once dobleces de la capa cortada.

Así han muerto otros que eran notorios blasfemos, que en la batalla de las Salinas murieron dos o tres de ellos, y en la de Chupas otros tantos, y en la de Huarina murieron cuatro, y uno de ellos se llamaba fulano Mezquita; y todos como hemos dicho, de heridas por la boca, lo cual se notó largamente por españoles, y fue causa de que no solamente se acabaran los blasfemos, sino que también el común jurar se corrigiese y enmendase de manera que todos los españoles del Perú alcanzan particular don de la mano del Señor en que son muy recatados en el jurar, y lo tienen ya por afrenta y menoscabo en el que lo hace. Y

esta buena costumbre que en el Perú se usa ha salido fuera de sus términos, que en la carrera de Indias, en ambos viajes, México y Perú, se tiene por infamia el jurar, principalmente entre los soldados; que al que jura (por castigo riguroso) le hacen desdecirse del juramento, porque tenga cuidado de no jurar otra vez, que cierto es mucho de loar a los capitanes y ministros que tan buena costumbre han introducido, y que se guarde en su milicia.

No digo lo mismo de mis parientes los mestizos, porque no digan que como uno de ellos hablo en favor de los míos; que cierto, hablando sin pasión, en este particular deben ser estimados, que, como en la gentilidad de nuestros abuelos maternos no supieron jurar ni qué cosa era juramento, vánse con esta leche de las madres, de que se debe dar muchas gracias a Dios.

Aunque Gonzalo Pizarro andaba metido en fiestas y regocijos, solemnizando el título de Gobernador que había alcanzado, no se olvidaba de lo que en este particular le convenía, y así trató con sus capitanes y particulares amigos en secreto, y después en público con los vecinos de la Ciudad de los Reyes y con los procuradores de las demás ciudades que consigo tenía, que sería bien enviasen embajadores a Su Majestad dándole cuenta de lo sucedido hasta entonces y suplicándole en nombre de todo aquel Imperio, confirmase la Gobernación de Gonzalo Pizarro, porque así convenía a su servicio y al bien y paz común de indios y españoles; y que esto le pidiesen por sí los procuradores en nombre de todo el Reino, y que Gonzalo Pizarro enviase otro embajador por sí, suplicando lo mismo, alegando sus servicios y los trabajos que en el aumento de la Corona de España había pasado. De común consentimiento fue aprobada la razón propuesta, pareciéndoles que Su Majestad lo concedería, porque era en su servicio y en provecho común de todos, así de la hacienda real como de la de los vasallos. Solo Francisco de Carvajal lo contradijo, diciendo (como lo refiere Diego Fernández, Palentino, capítulo veinte y ocho) "que los verdaderos procuradores eran muchos arcabuceros y soldados, armas y caballos. Dijo que los vasallos nunca habían de tomar armas contra sus Reyes y señores, pero que, tomadas una vez, nunca las habían de dejar. Y que lo que se había de haber hecho luego, al principio, era prender los Oidores y enviarlos a Su Majestad, para que le dieran cuenta de la prisión de su Visorrey, pues ellos lo habían hecho."

Este parecer aprobó Hernando Bachicao; empero, no embargante estos dos personajes, se proveyó que en nombre de la Audiencia viniese a España el Doctor Tejada, que era uno de los de ella, y en su compañía y en nombre de todo el Reino viniese Francisco Maldonado, que era maestresala de Gonzalo Pizarro, a los cuales dos dieron poder los procuradores, y la Audiencia dió sus provisiones para todo lo que les conviniese. Acordaron enviarlos en un navío que estaba en el puerto de Los Reyes, que no había otro, en el cual estaba preso y detenido el Licenciado Vaca de Castro, el cual aguardaba a ver qué hacían de él, por no venirse a España sin orden de los superiores, ya que el Visorrey lo había mandado prender.

Acordaron que Hernando Bachicao, con la artillería y gente necesaria llevase en aquél navío a Panamá los Procuradores; de lo cual fue avisado el Licenciado Vaca de Castro por un amigo y deudo suyo, llamado García de Montalvo. Temiendo el Licenciado que si lo sacasen del navío podrían resultar algunas cosas no convenientes a su calidad y autoridad, determinó, con el favor y ayuda de su deudo Montalvo y de los criados que consigo tenía, de alzarse con el navío e irse a Panamá. Salió con su intención, porque no había gente en el navío de parte de Gonzalo Pizarro que lo defendiese, y los marineros holgaron de dar contento a Vaca de Castro, porque en aquella tierra era querido y amado de todos en extremo. Y Gonzalo Pizarro hubo grandísimo enojo porque se le atajaba el viaje de los embajadores, que le parecía muy de su provecho.

CAPÍTULO XXII: El alboroto que causó en Gonzalo Pizarro la libertad del Licenciado Vaca de Castro. Hernando Bachicao va a Panamá, y el Visorrey despacha provisiones haciendo llamamiento de gente.

También le incitó la sospecha a imaginar que algunas personas, como lo dicen todos los tres autores, hubiesen dado ayuda al Licenciado Vaca de Castro para aquel hecho. Tocaron luego arma, y prendieron cuantos caballeros sospechosos habían en el pueblo, así de los que se habían huido del Cozco como de los que habían acudido de otras partes al bando del Visorrey. Todos los echaron presos en la cárcel pública, y entre ellos llevaron al Licenciado Carvajal, al cual Francisco de Carvajal, maese de campo, mandó que se confesase e hiciese su testamento, porque ya estaba determinado que muriese. El factor, con buen ánimo, comenzó a hacer lo que le mandaban; y aunque le daban mucha prisa que acabase, él se detenía en su confesión. El verdugo estaba presente, con un cabestro y garrote en la mano para ejecutar en él la muerte. Sin duda se pensó que lo mataran, porque muchos, considerando la calidad de su persona, que no era para ponerle en aquellos términos, decían que para dejarle vivo no era bien haberle puesto en ellos. También se temía que muerto el Licenciado Carvajal, había de haber gran mortandad de los demás que estaban presos, que fuera gran pérdida por ser la gente más principal de aquel Reino y los que habían acudido al servicio de Su Majestad.

Estando en estos términos el Licenciado Carvajal, algunos iban a hablar con Gonzalo Pizarro y le decían que mirase la gran parte que el Licenciado Carvajal era en la tierra, y que habiendo muerto el Visorrey a su hermano, el factor, tan sin culpa, como era notorio, pues la mas principal culpa por donde decía haberle muerto era porque el Licenciado Carvajal andaba con Gonzalo Pizarro, no era justo matarle, sino esperar que antes le había de servir y acompañar que ser su contrario, aunque no fuese mas de por vengar la muerte de su hermano. Que lo considerase bien, y no se determinase tan a prisa en la

muerte de un hombre, que tan de provecho le podía ser. Y en cuanto a la huída de Vaca de Castro, le dijeron que ya estaban todos satisfechos que el Licenciado Carvajal ni los otros no habían entendido en ello, sino que la mal querencia tras cada ocasión, los prendía y molestaba sin tener consideración más de que era gente sospechosa en el negocio en que andaban.

Gonzalo Pizarro, con todo esto, estaba tan enojado que a ninguno quería oír, ni le podían sacar más palabras de que no le hablase nadie en ello. Visto esto, el Licenciado Carvajal y sus amigos acordaron llevar el negocio por otra vía, y dieron al maese de campo un tejuelo de oro de dos mil pesos, y prometiéronle mucho más muy secretamente; lo cual aceptó, y luego comenzó de aflojar en el negocio, y fue y vino a Gonzalo Pizarro. En fin, que el Licenciado Carvajal y los demás fueron sueltos, y luego tornaron a aderezar la partida de Hernando Bachicao porque llegó entonces al puerto un bergantín de Arequepa, y con otros que se aderezaron, metiendo en ellos cantidad de artillería de la que Gonzalo Pizarro trajo del Cozco, Bachicao se partió con el Doctor Tejada y Francisco Maldonado y sesenta arcabuceros que se pudieron haber y quisieron ir con él. Y de esta manera se fue sobre la costa, sobre aviso que el Visorrey estaba en el puerto de Túmbez. Y una mañana llegó al puerto, y luego fue visto por la gente del Visorrey y dióse arma; y pensando el Visorrey que Gonzalo Pizarro venía por la mar con mucha gente, a mas, prisa, con ciento cincuenta hombres que tenía, se fue huyendo la vía de Quito, y algunos de ellos se le quedaron, que recibió Bachicao, y tomó dos navíos que halló en el puerto, y fue a Puerto Viejo y a otras partes, y recogió ciento cincuenta hombres en sus navíos. El Visorrey se fue sin parar hasta Quito.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, declarados algunos pasos que tenía oscuros. Y volviendo al tejuelo de oro que Francisco de Carvajal recibió, es así que tomaba lo que le daban los acusados de algún delito cuando no salía verdadera la acusación, y entonces, por no matar sin culpa al acusado, daba larga y entretenía la ejecución del castigo de muerte, para que entre tanto fuesen y viniesen rogadores a Gonzalo Pizarro y alcanzasen el perdón. Y en estas ocasiones cohechaban a Carvajal porque diese lugar a que intercediesen por el acusado. Pero cuando el delito era cierto, ni aprovechaban dádivas ni ruegos, que luego ejecutaba la pena de muerte en ellos, porque él hacía de veras todo aquello que convenía al bando que seguía, así en el castigo de sus enemigos y contrarios, como en el buen trato y regalo de sus amigos y valedores. Los historiadores le hacen demasiadamente codicioso y cruel; parte tuvo de lo uno y de lo otro, pero no tanta como dicen; y lo que hacía de muertes y crueldades, era porque convenía al bando que seguía, como hemos dicho, porque presumió ser soldado, capitán y maese de campo de veras. Y adelante donde se ofreciere, diremos de su condición otras cosas notables, que yo le conocí, y a todos los capitanes de Gonzalo Pizarro, y oí muchas cosas particulares de ellos a los que le trataban muy familiarmente.

Atrás dijimos cómo el Licenciado Álvarez puso en libertad al Visorrey Blasco Núñez Vela, y que luego se le juntó el otro navío, en que iba su hermano Vela Núñez; y así fueron hasta el puerto de Túmpiz donde desembarcaron y asentaron plaza de Audiencia, porque como dicen los historiadores, llevaba cédula particular de Su Majestad para poderla hacer con solo un Oidor. Despacharon muchas provisiones a diversas partes, haciendo relación de su prisión y libertad y de la venida de Gonzalo Pizarro a Los Reyes, y de todo lo demás hasta entonces sucedido. Mandaron por ellas que todos los españoles acudiesen al servicio de Su Majestad. Envió capitanes para levantar gente a Puerto Viejo, a San Miguel, y a Trujillo; proveyó que el capitán Jerónimo de Pereira fuese hasta la provincia Pacamuru, que los españoles llamaban Bracamoros; mandó que le trajesen bastimento de todas partes, y el oro y plata que hubiese de Su Majestad en sus cajas reales, que todo lo había menester para valerse contra tantos enemigos como tenía. En las ciudades donde envió sus provisiones también había bandos y parcialidades, que muchos se fueron a Gonzalo Pizarro, y le dieron las nuevas de lo que pasaba. Otros, por huir de él y no caer en sus manos, se huyeron a los montes, y con todas estas dificultades acudieron al Visorrey mas de ciento cincuenta españoles, cada uno con las armas y caballo y bastimento, que conforme a su posibilidad podía haber, de que el Visorrey sentía mucho contento, que en tiempo tan contrario acudiesen a favorecer sus buenos deseos. Estos regocijos y placeres le duraron muy poco, porque su mala fortuna, tomando por instrumento al capitán Hernando Bachicao, se los quitó, y le hizo retirarse tierra adentro, donde pasó muchos y grandes trabajos hasta su muerte, como adelante diremos.

Gonzalo Pizarro, sabiendo que el Visorrey estaba en Túmpiz haciendo gente contra él, le pareció no descuidarse en cosa que tanto le importaba; proveyó capitanes que fuesen a inquietarle y a resistirle en todo lo que pudiesen. Y las mismas provisiones que el Visorrey despachaba le servían de aviso para proveer y ordenar lo que bien le estaba y convenía; porque las más de ellas iban a parar a sus manos, que los mismos mensajeros se las llevaban. Con lo cual proveyó que los mismos capitanes Jerónimo de Villegas y Gonzalo Díaz y Hernando de Alvarado fuesen la costa abajo, al septentrión, a recoger la gente que por aquellas partes hallasen, para que no acudiesen al Visorrey y le inquietasen todo lo que pudiesen, sin darle batalla, aunque tuviesen copia de gente para podérsela dar.

CAPÍTULO XXIII: Las cosas que Bachicao hizo en Panamá. El Licenciado Vaca de Castro vino a España, y el fin de sus negocios. El Visorrey se retira a Quitu.

Hernando Bachicao, que dijimos había tomado los navíos del Visorrey y obligádole a que se retirase tierra adentro, prosiguió su camino para el puerto de

Panamá. En su viaje topó otros dos o tres navíos, que por escusar prolijidad no decimos cuyos eran ni lo que en ellos pasaron, de que hace larga relación Diego Fernández, Palentino, capítulo veintinueve, mas de que se los llevó consigo; y como navegase sin temor de enemigos que le inquietase, se fue de puerto en puerto, que los hay muchos por aquella costa, tomando refresco en cada uno de ellos; y cuando llegó a las islas que llaman de Perlas, que estaban veinte leguas de Panamá, como lo dice Agustín de Zárate, capítulo diez y seis, fueron avisados los de aquella ciudad de su venida y le enviaron dos vecinos a saber su intento y a requerirle no entrase con gente de guerra en la jurisdicción. Bachicao respondió que en caso que él venía con gente de guerra, la traía para su defensa contra el Visorrey, y que no venía a hacer daño ninguno en aquella tierra, sino solamente a traer al Doctor Tejada, Oidor de Su Majestad, que con provisión de su Real Audiencia iba a darle cuenta de todo lo sucedido en el Perú, y que no haría mas de ponerle en tierra y proveerse de lo necesario y volverse.

Con esto los aseguró de manera que no hicieron defensa en su entrada. Cuando llegó Bachicao al puerto, dos navíos que en él estaban alzaron velas para irse. Al uno de ellos alcanzó con un bergantín y le hizo volver al puerto, trayendo ahorcados de la antena al maestre y contramaestre, lo cual causó gran escándalo en la ciudad, porque entendieron cuán diferente intento traía del que había publicado. Y porque les pareció ya muy tarde para la defensa, no se pusieron en ella, y así quedaron con mucho temor ellos y sus haciendas, sometidos a la voluntad de Bachicao, que era muy extraño. Y así entró en la ciudad sin que le osase esperar el capitán Juan de Guzmán, que estaba allí haciendo gente por el Visorrey, la cual toda se le pasó luego a Bachicao, y él se apoderó de la artillería que allí había traído Vaca de Castro, en el navío con que se huyó. Tiranizó la república, usando de las haciendas de todos a su voluntad, teniendo tan opresa la justicia, que no osaba hacer más de lo que él quería. Y a dos capitanes suyos que concertaron de matarle, los prendió y degolló públicamente, e hizo otras justicias con públicos pregones en que decían: “Manda hacer el capitán Hernando de Bachicao esto y esto”, usando llanamente de la jurisdicción.

El Licenciado Vaca de Castro, que a la sazón estaba en Panamá, en sabiendo su venida se huyó para Nombre de Dios y se embarcó en el Mar del Norte, y lo mismo hizo Diego Álvarez Cueto y Jerónimo Zurbano, que eran embajadores del Visorrey. También se fueron con ellos al Nombre de Dios el Doctor Tejada y Francisco Maldonado, y todos juntos, aunque hombres de tres parcialidades diferentes, se vinieron a España en buena compañía. El Doctor Tejada murió en el camino, en el canal de Bahama. Francisco Maldonado y Diego de Álvarez Cueto, llegando a España se fueron por la posta a Alemania, a dar cuenta a Su Majestad cada uno de su embajada. El Licenciado Vaca de Castro se quedó en la Isla Tercera de los Azores, y de allí se vino a Lisboa, y después a la Corte, diciendo que no se había atrevido a venir por Sevilla por no entrar en poder y tierra donde eran tanta parte los hermanos y deudos del capitán

Juan Tello de Guzmán, a quien arriba hemos dicho que hizo degollar al tiempo del vencimiento de Don Diego de Almagro el Mozo. Llegado a la Corte, fue detenido en su casa por mandado de los señores del Consejo de las Indias, y le pusieron cierta acusación, y después le tuvieron preso mientras se trató la causa, en la fortaleza de Arévalo, por espacio de más de cinco años. Y después señalaron una casa en Simancas y de ahí con la mudanza de la Corte le señalaron por cárcel la villa de Pinto con sus términos, hasta que se sentenció el negocio. Hasta aquí es del contador real Agustín de Zárate.

No dice cómo lo sentenciaron, porque acabó de escribir su *Historia* antes que se sentenciase el negocio del Licenciado Vaca de Castro, que, como tuvo muchos émulos y le pusieron muchas calumnias, mas con envidia que con verdad, se dilató mucho su causa, y él holgaba de ello, porque sabía que había de salir libre de todo, como salió, dado por buen ministro y buen Gobernador de aquel Imperio y restituido en su lugar en el Consejo Real de Castilla. Y como se había detenido tanto su negocio, cuando fue a sentarse en su silla, fue el mas antiguo Oidor de todo el Consejo Real, como yo lo hallé en Madrid, fin del año de quinientos sesenta y uno, que fuí a la Corte. Demás de darle por libre y restituirle en la majestad de su oficio, le hicieron mercedes por los servicios que en el Perú hizo a la Majestad Imperial, que a su hijo Don Antonio Vaca de Castro, caballero del hábito de Santiago, como también lo era su padre, le dieron veinte mil pesos de renta en el Perú, en los repartimientos que quisiese escoger, que los valiesen. A este caballero vi en el Nombre de Dios, que pasó con el Conde de Nieva, que iba por Visorrey de aquel Reino, año de quinientos y sesenta, que iba a gozar de esta merced que a su padre hicieron, que sin lisonja y sin agravio ajeno, en voz de todo el Perú, fue, el mejor Gobernador que allí ha pasado, como se podrá ver por todos los tres historiadores que de él hablan, que, ninguno de ellos dice cosa mal hecha que hubiese hecho. Y con esto volveremos al Perú a dar cuenta de lo que el Visorrey Blasco Núñez de Vela hizo en aquellos tiempos.

"Habiéndose retirado el Visorrey (como lo dice Agustín de Zárate, capítulo diez y seis) con hasta ciento y cincuenta hombres, al tiempo que Bachicao le tomó el armada en Túmbez, caminó con ellos hasta que llegó a la ciudad de Quitu, donde le recibieron de buena voluntad, y allí se rehizo de hasta doscientos hombres, con los cuales estaba en aquella tierra, por ser muy fértil y abundante de comida, donde determinó aguardar lo que Su Majestad proveería, después de sabido de Diego Álvarez de Cueto lo que en la tierra pasaba, teniendo siempre buenas guardas y espías en los caminos, para saber lo que Gonzalo Pizarro hacía, caso que desde Quitu a Los Reyes hay más de trescientas leguas, como tenemos dicho. Y en este tiempo, cuatro soldados de Gonzalo Pizarro, por cierto desabrimiento que de él tuvieron, hurtaron un barco, y con él se fueron huyendo la costa abajo, desde el puerto de Los Reyes, remando, hasta que le pusieron en un buen paraje para ir por tierra a Quito; y llegados, dijeron al Visorrey el descontento que los vecinos de Los Reyes y de las otras partes tenían

con Gonzalo Pizarro, por las grandes molestias que les hacía, trayendo a los unos fuera de sus casas y haciendas, y a los otros echándoles huéspedes e imponiéndoles otras cargas que no podían sufrir, de las cuales estaban tan cansados que, en viendo cualquiera persona que tuviese la voz de Su Majestad, holgarían de salir (juntándose con él) de tan gran tiranía y opresión. Con lo cual y con muchas otras cosas que los soldados le dijeron, le encendieron a que saliese de Quito con la gente que tenía, y se viniese a la vía de la ciudad de San Miguel, llevando por su general un vecino de Quito llamado Diego de Ocampo, que desde que el Visorrey vino a Túmbez le había acudido, y ayudádole con su persona y hacienda en todas las cosas necesarias, en que gastó más de cuarenta mil pesos que tenía suyos. En todas estas jornadas seguía al Visorrey el Licenciado Álvarez, con el cual se hacía audiencia, por virtud de una cédula de Su Majestad que el Visorrey llevaba, para que, llegado él a Los Reyes, pudiese hacer Audiencia con uno o dos Oidores, los primeros que llegasen, hasta que viniesen todos; y lo mismo en caso que los dos o tres de ellos muriesen. Y para este efecto hizo abrir un sello nuevo, el cual entregó a Juan de León, regidor de la Ciudad de los Reyes, que por nombramiento del Marqués de Camarasa, Adelantado de Cazorla, que es Canciller Mayor de las Indias, iba elegido por Canciller de aquella Audiencia, y se había venido huyendo de Gonzalo Pizarro. Y así despachaba sus provisiones para todo lo que convenía, por título de Don Carlos, y selladas con el sello real, firmándolas él y el Licenciado Álvarez, de manera que había dos audiencias en el Perú: una en la Ciudad de los Reyes y otra con el Visorrey. Y aconteció muchas veces venir dos provisiones sobre un mismo negocio, una en contrario de otra." Hasta aquí es de Zárate.

CAPÍTULO XXIV: Dos capitanes de Pizarro degüellan otros tres del Visorrey, el cual se venga de ellos por las armas. Gonzalo Pizarro se embarca para la ciudad de Trujillo.

Pasando adelante Agustín de Zárate en su *Historia*, capítulo alegado, dice: "Cuando el Visorrey quiso partir de Quito, envió a Diego Álvarez de Cueto, su cuñado, a España, a informar a Su Majestad de todo lo pasado, y a pedirle socorro para tornar a entrar en el Perú y hacer la guerra poderosamente a Gonzalo Pizarro. Cueto pasó a España en la misma armada en que vinieron el Licenciado Vaca de Castro y el Doctor Tejada, como tenemos dicho arriba. Y así llegó el Visorrey a la ciudad de San Miguel, que es ciento y cincuenta leguas de Quito, con determinación de residir allí hasta ver mandato de Su Majestad, teniendo siempre en pie su real nombre y voz, porque le pareció muy conveniente sitio para poder recoger consigo toda la gente, que así de España como de las otras partes de las Indias viniese al Perú, porque, como está dicho, es paso forzoso, y que no se pueden escusar de pasar por él viniendo por tierra, especialmente los que traen caballos y otras bestias, y que de esta manera iría

cada día engrosando su ejército y cobrando nuevas fuerzas. Allí los más de los vecinos acogieron al Visorrey de buena voluntad, y le hicieron buen hospedaje proveyéndole de todo lo necesario, según su posibilidad, y así iba cada día recogiendo gente y caballos y armas, tanto que llegó al pie de quinientos hombres medianamente aderezados, aunque algunos tenían falta de armas defensivas y hacían coseletes de hierro y de cueros de vaca secos. Al tiempo que Gonzalo Pizarro envió en los bergantines al capitán Bachicao para tomar la armada del Visorrey, despachó asimismo dos capitanes suyos llamados Gonzalo Díaz de Piñera y Jerónimo de Villegas, que fuesen por tierra a recoger la gente que hallasen en las ciudades de Trujillo y San Miguel, y se estuviesen en frontera contra el Visorrey, y ellos, hasta con ochenta hombres que pudieron juntar, se estuvieron en San Miguel hasta tanto que supieron la venida del Visorrey, y, no le osando esperar, se metieron tierra adentro hacia Trujillo, y se alojaron en una provincia que se dice Collique, que es cuarenta leguas de San Miguel, e hicieron saber a Gonzalo Pizarro la venida del Visorrey, y cómo juntaba gente cada día y engrosaba su ejército, dando a entender el gran daño que le venía en no remediarlo con tiempo. Y a esta sazón supieron estos capitanes que el Visorrey había enviado un capitán suyo llamado Juan de Pereira, a la provincia de los Chachapoyas, a convocar y juntar todas las gentes que por aquellas partes pudiesen haber, caso que en aquella tierra residen pocos españoles. Y pareciéndoles a estos capitanes de Pizarro que Pereira y los que con él viniesen estarían muy descuidados, determinaron de salirles al camino por donde venía, y una noche les prendieron los centinelas y dieron sobre ellos, y tomándolos durmiendo y sin recelo de enemigos, a Pereira y dos principales que con él venían, les cortaron las cabezas, y toda la demás gente que eran hasta sesenta hombres de caballo, la redujeron al servicio de Gonzalo Pizarro, con temor de la muerte, y así se tornaron a su aposento. Y de este acontecimiento tuvo gran pesar el Visorrey, y determinó tomar ocasión en que vengarse. Así salió muy ocultamente de San Miguel hasta con ciento y cincuenta de caballo, y se fue donde los capitanes Gonzalo Díaz y Villegas estaban, con menos cuidado y guarda de la que debían tener, como personas que pocos días antes habían hecho tal asalto en la gente de sus contrarios. Y así llegó el Visorrey a Collique una noche, y casi sin que fuese sentido; con la mucha turbación de los capitanes, no tuvieran lugar de ponerse en orden ni dar batalla, antes se huyeron cada uno como mejor pudo, tan derramados, que Gonzalo Díaz casi solo fue a dar en una provincia de indios de guerra, los cuales fueron contra él y le mataron, y lo mismo hizo Hernando de Alvarado. Y Jerónimo de Villegas juntó después consigo alguna gente, y se metió tierra adentro hacia Trujillo, y el Visorrey se fue a San Miguel.

“Gonzalo Pizarro, sabiendo el desbarato de sus capitanes y que el Visorrey iba creciendo de día en día en gente y fuerzas, armas y pertrechos de guerra, determinó con toda la destreza posible deshacer al Visorrey y su ejército, porque entendía y se certificaba que cada día se le había de llegar más gente de la que

iba de España y de las otras partes de las Indias, que casi necesariamente habían de desembarcar en el puerto de Túmpiz o cerca, en cuyos términos andaba el Visorrey; temía también no llegase entre tanto algún despacho de Su Majestad en favor del Visorrey, que fuera parte para quebrar los ánimos a la gente que con él andaba.

"Con estas imaginaciones determinó antes que su mal creciese, juntar su ejército e ir en busca de sus enemigos y poner el negocio a riesgo de batalla, si quisiesen esperarle. Y así ordenó a sus capitanes e hizo paga y envió los caballos delante a Trujillo, y los demás impedimentos, quedando él y los principales de su campo solos, para salir a la postre.

"En esta sazón llegó al puerto de Lima un bergantín de Arequepa con más de cien mil castellanos para Gonzalo Pizarro; y de Tierra Firme llegó otro navío de Gonzalo Martel de la Puente, que enviaba su mujer e hijos para que se fuesen al Cozco, donde tenía su casa. Con el buen suceso de los navíos, que los habían menester, quedaron Gonzalo Pizarro y los suyos tan ufanos y soberbios, viendo que la fortuna les favorecía en todos sus deseos, que no temían a todo el mundo."

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Y Diego Fernández añade que se atrevían a decir "locuras y desatinos, y aún blasfemias en su opinión, en tanto que algunos decían a Gonzalo Pizarro que se coronase e intitulase Rey. Argüía Cepeda que de su principio y origen todos los Reyes descendían de tiranía, y que así la nobleza tenía su principio de Caín y la gente plebeya del justo Abel, y que esto claro se veía y mostraba por los blasones e insignias que en las armas de los nobles se ponían y figuraban. Aprobaba mucho esto Francisco de Carvajal, y discantaba diciendo que se viese el testamento de Adán, para ver si mandaba el Perú al Emperador Don Carlos o a los Reyes de Castilla. Todo lo cual oía Gonzalo Pizarro de buena gana, puesto que con palabras tibias lo disimulaba," etc.

Hasta aquí es de Diego Fernández, sacado a la letra del capítulo treinticuatro, libro primero. Metieron los de Pizarro en los navíos gran número de arcabuces, picas y otras municiones, y aderezos de guerra, y se embarcaron en ellos más de ciento y cincuenta personas principales, llevando consigo, para dar más autoridad a su negocio, al Licenciado Cepeda, Oidor, y a Juan de Cáceres, contador de Su Majestad. Con la ida de Cepeda se deshizo la Audiencia, porque no quedó en la Ciudad de los Reyes otro Oidor sino el Licenciado Zárate. Y para asegurarse mas de que no hubiese provisiones reales, llevó Gonzalo Pizarro consigo el sello real. El cual, habiendo de dejar la Ciudad de los Reyes, plaza tan importante para su pretensión, le pareció dejarla debajo del poder y gobierno de un hombre tal que la sustentase por él en todas las ocasiones que se ofreciesen. Para esto eligió a Lorenzo de Aldana, que era un caballero muy prudente, muy discreto, muy bienquisto de todos y rico, que tenía un gran repartimiento en la ciudad de Arequepa; dejóle ochenta hombres de guardia que bastaban para la seguridad de la ciudad, porque todos los vecinos

señores de indios iban con Gonzalo Pizarro. El cual se embarcó por marzo, año de quinientos cuarenta y cinco; fue por la mar hasta el puerto que llaman de Santa, quince leguas de Trujillo; allí saltó en tierra y tuvo la Pascua Florida en Trujillo, donde aguardó algunos días a que se juntase la gente por quien había enviado a diversas partes. Más viendo que tardaba, por sacar su ejército de pueblo de españoles por no dar tanta pesadumbre a los huéspedes, se fue a la provincia llamada Collique, donde estuvo algunos días hasta que llegó la gente que esperaba. Hizo reseña de ella; halló que tenía más de seiscientos hombres de pie y de a caballo; y aunque el número de la gente no hacía mucha ventaja al Visorrey, pero teníasela en las armas, y, en los aparejos de guerra, y en que sus soldados eran veteranos y prácticos en las cosas de la milicia, y se habían hallado en las otras batallas, y sabían la tierra y los pasos dificultosos de ella, y estaban habituados en los trabajos militares que en todas las guerras pasadas habían tenido, desde que entraron a ganar aquel Imperio. Y al contrario, los del Visorrey, los más de ellos eran recién idos de España, no habituados en las cosas de guerra, bisoños, mal armados y con muy ruin pólvora y falta de otras cosas necesarias para la guerra.

CAPÍTULO XXV: Grandes prevenciones que Gonzalo Pizarro hace para pasar un despoblado. Da vista al Visorrey, el cual se retira a Quitu. La prudencia y buen proceder de Lorenzo Aldana.

Gonzalo Pizarro en aquella provincia Collique y en sus comarcanas, hizo gran diligencia para recoger mucho bastimento y cosas necesarias para su ejército, especialmente porque había de pasar por un despoblado de mas de veinte leguas de largo, que en todas ellas no hay agua ni otro refrigerio alguno, sino arenales y mucho calor. Por impedir el peligro tan evidente, hizo gran diligencia en que se proveyese de agua para el camino. Mandó a todos los indios comarcanos que trajesen gran cantidad de cántaros y tinajas; y dejando allí todas las cargas de la gente de guerra, de vestidos, ropas y camas que no les eran necesarias, proveyó que los indios que habían de llevar aquellas cargas fuesen cargados de agua para el bastimento de aquel despoblado, así para los caballos y otras bestias como para sus personas.

Cargaron los indios, y se pusieron todos a la ligera, sin llevar ningún servicio porque el agua no les faltase. Y puestos así a punto enviaron delante veinticinco de caballo por el camino ordinario por donde se camina aquel despoblado, con orden que si descubriesen a los del Visorrey, para que sus espías le dijesen que por allí venía Gonzalo Pizarro; y todo el demás ejército echó por otra parte, que también era despoblada. De esta manera caminaron, llevando la comida encima de los caballos. Mas el Visorrey, que tenía sus espías en el un camino y en el otro, poco antes que llegasen los enemigos supo la venida de ellos; mandó tocar arma, diciendo que quería salir al campo y darles

batalla. Mas luego que tuvo su gente recogida y fuera de la ciudad, caminó por otra parte hasta la cuesta que llaman de Cassa, por la cual fue a muy gran prisa. Cuatro horas después supo Gonzalo Pizarro la ida del Visorrey; y sin entrar en la ciudad de San Miguel ni tomar mas bastimentos, mandó que guiasen por el camino por do iba el Visorrey, y caminaron aquella noche tras de él ocho leguas, y le tomaron alguna gente, y de esta manera le fue dando muchos alcances y le prendieron mucha gente, y tomaron todo cuanto en su real llevaba. Ahorcaron algunos que les pareció convenirles, y así caminaron por lugares asperísimos sin comida, pero cada día tenían nuevas prisiones, de la gente que al Visorrey se le quedaba por no poderle seguir. Echaron cartas a la ventura, enviándolas con indios para las personas principales del real del Visorrey, con grandes promesas de perdón y mercedes a los que le matasen, las cuales causaron escándalo y sospecha para que adelante, como se dirá, hubiese muertes de gran lástima, porque no fueron justificadas, que, como eran guerras civiles, los que tenían particulares pasiones y enemistades enviaban de un bando a otro cartas echadizas en nombre ajeno, para que el Visorrey sospechase mal de los que consigo tenía, que Gonzalo Pizarro nunca escribió cartas para que matasen al Visorrey, ni los del Visorrey las escribieron a Pizarro, como dicen los autores, sino que las traiciones encubiertas causaron muchos males en aquella guerra, como lo suelen causar en todas las pasiones humanas.

Habiendo seguido Gonzalo Pizarro al Visorrey muchas leguas, con mucho trabajo por la aspereza del camino, y con mucha hambre, por la necesidad de los bastimentos, que el Visorrey se los iba alzando por doquiera que iba, llegó a una provincia llamada Ayahuaca, donde paró por reformar su gente, que iba maltratada de tanto trabajo pasado. Ydejó de seguir al Visorrey, así por la incomodidad de los suyos, como porque supo que su enemigo iba tan lejos que no le podría alcanzar. En Ayahuaca se proveyó lo mejor que pudo de lo necesario, y de allí salió con la buena orden y muy aprisa, por las mismas pisadas que el Visorrey había ido. Por el camino halló alguna gente de la del Visorrey, que se le quedaron, unos por el mucho cansancio que llevaban, y otros por el mucho descontento que en sí tenían. El Visorrey seguía su camino hacia la ciudad de Quito, por ser aquella tierra abundante de comida y de otras provisiones, para sacar a los suyos de las necesidades que llevaban.

Gonzalo Pizarro, aunque de lejos le iba siguiendo, y de los soldados que del Visorrey quedaron rezagados y vinieron a su poder no quiso (como lo dice Zárate, libro quinto, capítulo veinte) llevar consigo ninguno, "así por no fiarse de ellos, como porque le parecía que llevaba demasiada gente, según la poca que el enemigo tenía, especialmente yendo siguiendo el alcance y con falta de comida.

"A toda esta gente rezagada envió Gonzalo Pizarro la tierra adentro, a Trujillo y a Los Reyes y a otras partes, donde cada uno quiso, aunque algunos principales de quien tenía particular queja, los ahorcó. Estos comenzaron a sembrar por los lugares donde iban nuevas en favor del Visorrey y en

contradicción de la tiranía de Gonzalo Pizarro, a la cual muchas personas favorecían, así por parecerles la empresa justa, como porque la gente que reside en aquella provincia son mas amigos de novedades que de otra ninguna parte, en especial, los soldados y gente ociosa, porque los vecinos y personas principales siempre pretenden la paz, como negocio en que tanto les va, pues con la guerra son molestados y apremiados y los hacen pechar por diversas vías, y si no muestran buen rostro a ello corren mas riesgo que los otros, porque cualquiera ocasión basta para matarlos el que gobierna, por gratificar con sus haciendas a los que los siguen. Pues estas pláticas no podían ser tan secretas que no viniesen a noticia de los tenientes de Gonzalo Pizarro, los cuales, cada uno en su jurisdicción, los castigaba como les parecía que convenía para el sosiego de su opinión; y especialmente en la Ciudad de los Reyes, donde la más de esta gente se acogió, fueron ahorcados muchos por manos de un Alcalde ordinario, llamado Pedro Martín de Sicilia, gran favorecedor de Gonzalo Pizarro y de sus cosas, porque Lorenzo de Aldana, que allí era teniente, estuvo siempre muy recatado para no entremeterse en cosa sobre que pudiese haber después querella de parte contra él; antes estorbaba todo cuanto podía, que no se hiciesen muertes ni daños, y así se rigió todo el tiempo que allí estuvo, que, aunque tenía la justicia por Gonzalo Pizarro, nunca quiso hacer cosa tan señalada en su favor, que sus secuaces le tuviesen por prendado, antes acogía con buena gracia toda la gente aficionada al Visorrey. Por lo cual todos los que de esta opinión residían en las otras provincias se acogían a aquella, teniéndola por más segura, y de esto mostraban tener gran queja los apasionados por Gonzalo Pizarro, especialmente un regidor de aquella ciudad, llamado Cristóbal de Burgos, que Lorenzo de Aldana llegó a reprehenderle sobre esto tan abiertamente, que le trató mal de palabra, y aún puso las manos en él, y le tuvo preso cierto tiempo, y así siempre escribían a Gonzalo Pizarro esta sospecha, y aunque él la tuvo por cierta, nunca dejó de hacer de él toda confianza, porque estando tan lejos no le pareció que sería parte para quitarle el cargo, a causa que tenía consigo mucha gente de guerra, y ganada la voluntad a los principales de aquella ciudad." Hasta aquí es de Agustín de Zárate.

CAPÍTULO XXVI: Los alcances que Gonzalo Pizarro y sus capitanes dieron al Visorrey. La hambre y trabajos con que ambos ejércitos caminaban. La muerte violenta del maese de campo y capitanes del Visorrey.

Porfiando Gonzalo Pizarro en los alcances que al Visorrey iba dando, le pareció apretarle mas y mas en aquel camino hasta verlo acabado. Y por no seguirle con el impedimento de su ejército, envió tras él a Francisco de Carvajal con cincuenta de a caballo, escogidos, que le fuesen dando caza en la retaguardia. Por otra parte escribió a Hernando Bachicao, que estaba en la costa,

que, dejando los navíos en Túmpiz a buen recaudo, fuese hacia Quitu a juntarse con él. Proveído esto, marchó a toda furia en seguimiento del Visorrey, para ir dando calor y favor a Francisco Carvajal, su maese de campo. El Visorrey caminaba con mucho trabajo; animaba a su gente lo mejor que podía, y habiendo andado aquel día ocho leguas, descansaron la noche, creyendo haber escapado de las manos de sus enemigos. Mas Francisco de Carvajal, que no dormía, llegó cuatro horas de la noche donde estaban, y con una trompeta les dió arma.

El Visorrey se levantó, y como mejor pudo recogió su gente, y, poniéndola en orden volvió a su camino acostumbrado. Carvajal, que iba en pos de él, prendió algunos de los que se quedaban por falta de los caballos. Viniendo el día, se dieron vista los unos a los otros. El Visorrey, viendo cuán pocos eran los contrarios, hizo alto y quiso darles batalla; hizo dos escuadrones de su gente, que serían como ciento y cincuenta hombres. Carvajal no quiso poner en aventura su partido, y tocando su trompeta se retiró algún espacio. El Visorrey, viendo que le daban lugar, volvió a su camino con mucha lástima y dolor de su gente, que, de hambre y flaqueza, ellos y sus caballos no pudiesen caminar. Por lo cual les daba licencia para que se quedasen los que quisiesen, más ninguno quiso quedar, sino morir con él, y así caminaron con su trabajo ordinario de hambre, cansancio y falta de sueño, porque no les daban lugar a que descansasen. Gonzalo Pizarro supo el arma que Carvajal dió al Visorrey, que sus émulos, con la pasión que contra él tenían dijeron mal de Carvajal, certificando que según estaban descuidados los enemigos pudiera degollarlos sino les diera el arma, y en esto le culpan los historiadores. Pero yo, que le conocí, oí a muchos que sabían de milicia, hablando de Carvajal, decir que de Julio César acá no había habido otro soldado como él. No quiso Carvajal pelear por no aventurar su empresa, porque, como los mismos historiadores dicen, llevaba el Visorrey ciento y cincuenta hombres, y él no más de cincuenta. Y por esto dijo entonces Carvajal: “A los enemigos que huyen, hacerles la puente de plata.”

También se dijo que no llevaba comisión para pelear, porque no se perdiese. Para condenar los capitanes en hechos militares es menester saber de fundamento las causas; y el saberlas es dificultoso, por el mucho secreto que les conviene guardar en su milicia. Gonzalo Pizarro le envió socorro de otros doscientos hombres con el Licenciado Carvajal, los cuales fueron apretando al Visorrey hasta la provincia y pueblo llamado Ayahuaca, ganándole siempre parte de la gente, caballos y fardaje, que cuando llegó a aquel asiento, apenas llevaba ochenta hombres. De allí pasó adelante con deseo de llegar a Quitu, por socorrer a los suyos con la comida que allí hallasen, de que llevaban mucha necesidad. Obligóles el hambre a que comiesen de los caballos que se les cansaban. Lo mismo le acaeció a Gonzalo Pizarro y a los suyos, que padecieron tanta y mas hambre que los del Visorrey, porque Blasco Núñez, por donde quiera que iba, ponía mucha diligencia en no dejar cosa de que Gonzalo Pizarro pudiese aprovecharse. Carvajal mató algunos de los principales que en este alcance prendieron, que fueron Montoya, vecino de Piura; Briceño, vecino de

Puerto Viejo; Rafael Vela, y otro fulano Balcázar. Gonzalo Pizarro envió mas socorro a los suyos con el capitán Juan de Acosta, que llevó sesenta hombres con los mejores caballos que en el ejército tenían, y, como hombre que iba de refresco, apretaba al Visorrey malamente. El cual, como lo dice Diego Fernández por estas palabras, capítulo cuarenta y uno, "caminaba de día y de noche con la poca gente que le había quedado de los alcances pasados, aunque muchas veces no hallaban sino yerbas del campo; y con la desesperación y despecho que llevaba, maldecía la tierra, y el día que en ella había entrado, y las gentes que de España a ella habían venido y los navíos en que vinieron, pues tan grandes traiciones sustentaban, siguiéndole siempre Juan de Acosta reciamente hasta poco antes de llegar al asiento de Calua. Y llegando ya tarde, reposó algún tanto aquella noche, creyendo (según lo mucho que le habían seguido) que tuviera tiempo de reposar. Empero llegando Juan de Acosta al cuarto del alba, dió rebato y repentinamente sobre ellos, y, embarazándose con los primeros, tuvo el Visorrey lugar de escapar con hasta setenta hombres de los que mejores caballos tenían, con todos sus capitanes. Y tomando Juan de Acosta la demás gente y fardaje, hizo alto y reparo, pareciéndole que ya no podía hacer más efecto. Y con esto el cansado y afligido virrey tuvo mas espacio y menos peligro. El cual, llegado que fue a la provincia y asiento de Calua, porque Jerónimo de la Serna y Gaspar Gil, sus capitanes, se adelantaron de su compañía y banderas, sospechando que iban a quebrar un paso que estaba en el camino por donde habían de pasar, que, cuando vino a Piura, lo mandó hacer de madera, con mucho trabajo, que era en una peña, junto a un grande río do había un gran despeñadero, poco antes de Tambo Blanco, en la provincia que llaman Amboca, que, para le hacer, si le quebraran, fuera menester espacio de tiempo; y asimismo que había tenido otras sospechas y aún avisos de que se querían reconciliar con Gonzalo Pizarro, y que le habían escrito, por tanto se determinó quitarles las vidas, y aunque luego lo puso por obra, haciéndoles dar garrote y degollarlos en aquel poco espacio de tiempo que los enemigos le habían dado. Y caminando ya desde allí con menos trabajo y temor, llegó al asiento de Tomebamba, donde mandó hacer lo mismo de Rodrigo de Ocampo, su maese de campo (a quien hasta allí había tenido por su grande e íntimo amigo), porque del había tenido la misma sospecha y aviso que de los dos muertos capitanes, los cuales le habían servido y seguido en todos sus trabajos.

"Sobre estas muertes hubo en el Perú varios y contrarios juicios y opiniones de culpa y de su descargo. De este asiento de Tomebamba, fue caminando Blasco Núñez hasta entrar en Quito, sin tener algún revés y sin las hambres y necesidades que hasta allí habían padecido. Y porque antes de llegar a Quito tuvo noticia y sospecha que Francisco de Olmos y los que con él habían venido de Puerto Viejo, habían sembrado palabras de mala intención en deservicio del Rey, luego que fue llegado a la ciudad, procuró inquirir y saber la verdad de la manera que habían salido de Puerto Viejo, y lo que después habían dicho y tratado, de que resultó que, consultado con el Licenciado Álvarez, de

muchos de ellos se hizo justicia, a unos cortando las cabezas y a otros ahorcando, con título y renombre de traidores, siendo de los muertos Álvaro de Carvajal, el capitán Hojeda y Gómez Estacio, reservando la vida a Francisco Olmos, entendiendo no haber sido culpado."

Hasta aquí es de Diego Fernández, Palentino. Francisco López de Gómara, capítulo ciento sesenta y ocho, escribe por otros términos la muerte de aquellos capitanes, que, sacado a la letra, lo dice como sigue.

"Pizarro envió tras Blasco Núñez a Juan de Acosta con sesenta compañeros de a caballo a la ligera por que aguijasen. El Virrey anduvo lo posible hasta Tumebamba, con tanto trabajo y hambre, cuanto miedo. Alanceó a Jerónimo de la Serna y a Gaspar Gil, sus capitanes, sospechando que se carteaban con Pizarro, y dizque no hacían: a lo menos Pizarro nunca recibió cartas de ellos. Entonces hizo también matar a estocadas por la misma sospecha a Rodrigo de Ocampo, su maese de campo, que no le tenía culpa según todos decían, y que no se le merecía, habiéndole sustentado y seguido. Llegado a Quito, mandó al Licenciado Álvarez que ahorcase a Gómez Estacio y a Álvaro de Carvajal, vecinos de Guayaquil, porque conjuraron de matarle," etc.

Hasta aquí es de Gómara. Estas nuevas muertes causaron mucho escándalo en todo el Perú, porque sobre ellos decían los maldicientes cuanto se les antojaba; y dañaron mucho al partido del Visorrey, porque, como no fue manifiesta la culpa ni la averiguación de ellas, más de sospechas, muchos que pretendían ir a servir al Visorrey lo dejaron de hacer por temer no les acaeciese lo mismo.

Dejarlos hemos al Visorrey en Quitu y a Gonzalo Pizarro en el camino en pos de él, por decir lo que entretanto que estas cosas pasaban en el Reino de Quitu sucedieron en la provincia de los Charcas, que hay setecientas leguas de la una a la otra, y son los términos del Perú; cosa de admiración que la misma porfía pasase setecientas leguas de tierra en medio.

CAPÍTULO XXVII: La muerte de Francisco de Almendras. El levantamiento de Diego Centeno. La resistencia que Alonso de Toro le hizo, y alcance largo que le dió.

Ya se dijo arriba como muchos vecinos de la villa de Plata vinieron a servir al Visorrey, llamados por su provisión, aunque sabiendo en el camino su prisión se volvieron a sus casas. Gonzalo Pizarro, como está dicho, envió a aquella villa por su teniente a Francisco de Almendras, hombre que seguía de veras el bando de Gonzalo Pizarro. Y como tal, sabiendo que un caballero principal de los de aquel pueblo, llamado Don Gómez de Luna, había dicho en su casa que no era posible que algún día no reinase el Emperador, le prendió y puso en la cárcel pública con guardas; y porque los del Cabildo le rogaron que lo soltase, o a lo menos le pusiese en prisión conforme a la calidad de su persona, y no dándoles

Francisco de Almendras buena respuesta, hubo alguno de ellos que se la dió mala, y dijo que, si él no le soltaba, ellos le soltarían. El teniente se ofendió de esto, y por entonces disimuló su enojo, y a la media noche fue a la cárcel y dió garrote a Don Gómez, y, sacándole a la plaza, le hizo cortar la cabeza. Lo cual (como lo dice Zárate, libro quinto, capítulo veintiuno, por estos términos) "sintieron mucho todos los vecinos, pareciéndoles que a cada uno tocaba aquel agravio. Especialmente lo sintió un vecino de aquella ciudad llamado Diego Centeno, natural de Ciudad Rodrigo, por ser muy grande amigo de Don Gómez. Y aunque este Diego Centeno, en el primer levantamiento de Gonzalo Pizarro le siguió y vino con él desde el Cozco a Los Reyes, siendo de los principales votos del ejército, como procurador de la provincia de los Charcas, después viendo que la mala intención de Gonzalo Pizarro se extendía a mucho más de lo que a los principios había publicado, con su licencia se volvió a su casa e indios, donde residía al tiempo que acaeció esta muerte de Don Gómez, la cual determinó vengar por la mejor vía que pudiese", y sacar de la tiranía de Francisco de Almendras las personas y vidas de los que con él vivían debajo de su mando.

Comunicolo con los más principales vecinos de aquella tierra, especialmente con Lope de Mendoza, y Alonso Pérez de Esquivel, Alonso de Camargo, Hernán Núñez de Segura, Lope de Mendieta, Juan Ortiz de Zárate, su hermano, y otros de cuyas intenciones tenía confianza; y entre todos acordaron matar a Francisco de Almendras, como lo hicieron un domingo, juntándose en casa del Almendras para ir con él a misa. Diéronle de puñaladas, y, no acabado de morir de ellas, lo sacaron a la plaza y cortaron la cabeza por traidor, y alzaron banderas por Su Majestad, sin que hubiese dificultad en apaciguar el pueblo, porque Francisco de Almendras estaba malquisto. Pusiéronse en orden de guerra: nombraron a Diego Centeno por Capitán general, el cual nombró capitanes de a pie y de caballo, y comenzó a juntar gente y proveerse con gran diligencia de armas y las demás cosas necesarias; puso guardas en los caminos, porque no se supiese lo que había hecho. Envió a Lope de Mendoza a Arequepa para que si pudiese prendiese a Pedro de Fuentes, que estaba allí por teniente de Gonzalo Pizarro. El cual, luego que supo por los indios lo que en los Charcas había pasado, desamparó la ciudad, y Lope de Mendoza entró en ella; y con la gente, armas y caballos y dineros que allí pudo recoger, se volvió a juntar en la Villa de la Plata con Diego Centeno. Hallaron que tenía doscientos y cincuenta hombres bien aderezados.

Diego Centeno los juntó, y les hizo una larga plática de todo lo hasta entonces acaecido por Gonzalo Pizarro sobre las Ordenanzas; condenó la intención de Gonzalo Pizarro, trayéndoles a la memoria las muertes que había hecho en los que pretendían servir al Rey, y cómo con amenazas y fuerzas de armas se había hecho nombrar por Gobernador de aquel Imperio, y que había tomado mucha hacienda, así de la de Su Majestad, como de muchos particulares, y quitado repartimientos de indios y puéstolos en su cabeza, y consentido que

públicamente hablasen en perjuicio y deservicio de su Rey. Sin estas cosas dijo otras muchas contra Gonzalo Pizarro, y al fin de ellas trajo a la memoria la obligación que como buenos vasallos tenían de servir a su Rey, y el mal renombre que cobrarían de hacer lo contrario. Con estas razones persuadió Diego Centeno a los suyos a que se ofreciesen de obedecerle y seguirle donde quiera que fuesen.

Envió luego un capitán al camino del Cozco para que le guardase y procurase que la nueva de lo que había hecho no fuese al Cozco hasta que hubiese recogido más gente y preparádose de armas y caballos, pólvora y bastimento. Más por mucha diligencia que pusieron en guardar el secreto, no fue posible guardarlo, porque por la vía de los indios llegó la nueva al Cozco, y cien leguas adelante al septentrión, camino de Los Reyes, donde estaba Alonso de Toro, teniente de Gonzalo Pizarro, guardando aquel camino, porque temiendo Gonzalo Pizarro no se le fuese el Visorrey por la sierra al Cozco, le había enviado a mandar que guardase y defendiese con cien hombres aquel paso. Allí tuvo Alonso de Toro las nuevas, no solamente del alzamiento de Diego Centeno y muerte de Francisco de Almendras, más también muy en particular de la cantidad de gente, el número de caballos y arcabuces y todo lo demás que hasta entonces se había hecho, que los indios lo contaron largamente.

Lo cual sabido por Alonso de Toro, fue aprisa al Cozco, hizo gente, apercibió los vecinos y regidores de aquella ciudad, y persuadióles a que tomasen la defensa de Gonzalo Pizarro contra Diego Centeno. Díjoles que él pensaba ir con él, pues en la ciudad había gente armada y caballos para resistirle y aún sobrepujarle. Y para justificar su causa, dijo que Diego Centeno había hecho aquel alboroto sin título ni autoridad que para ello tuviese, sino movido de su particular interés, aplicándolo al servicio de Su Majestad, porque siendo Gonzalo Pizarro legítimo Gobernador de aquellos reinos y habido por tal, teniéndolas pacíficos y quietos, y estando esperando lo que Su Majestad sobre ello proveería para obedecerle, Diego Centeno había hecho injustamente aquel levantamiento, sin causa alguna, que era razón resistirle y castigarle como merecía un alboroto tan escandaloso. Por otra parte quiso abonar el partido de Gonzalo Pizarro; díjoles que trajesen a la memoria y considerasen lo que Gonzalo Pizarro había hecho por todos los vecinos y soldados de aquel Imperio, en haberse puesto a la defensa de todos ellos en la revocación de las Ordenanzas, en lo cual había puesto al tablero su persona y bienes, en beneficio común de todos, pues era notorio que si las Ordenanzas se cumplieran y ejecutaran, a ningún vecino le quedaba hacienda, ni soldado podía parar en la tierra, pues los vecinos los alimentaban y sustentaban. Y que por este beneficio los unos y los otros estaban obligados a favorecer su partido, y que Gonzalo Pizarro no había ido contra lo que Su Majestad había proveído, ni declarádose en cosa alguna contra su servicio, pues yendo a suplicar de las Ordenanzas, halló que la Audiencia había preso al Visorrey y desterrádole del Reino; y que Gonzalo Pizarro, como Gobernador, lo gobernaba y tenía a su cargo, y que si

había ido contra el Visorrey, había sido por requerimientos, mandato y provisión de la Audiencia Real. Y que para que viesen que era justificada su causa, les dijo que mirasen que el Licenciado Cepeda, Oidor de Su Majestad y más antiguo de su Audiencia, había ido con Gonzalo Pizarro. También le dijo que no era bien que nadie tratase si los Oidores habían podido darle la Gobernación o no, porque aquel caso era para que Su Majestad la determinase; y que hasta entonces no habían visto cosa en contrario, que ninguno merecía ni podía gobernar aquel Imperio con más méritos ni más satisfacción de todos, porque lo había ganado con sus hermanos a su costa y riesgo, y conocía a los demás conquistadores y sabía los trabajos y méritos de cada uno para gratificarlos, lo cual no podían hacer los Gobernadores nuevamente idos de España.

Con estas cosas y otras muchas semejantes que les dijo, y con su áspera y mala condición, se hizo obedecer que nadie le osó contradecir, y así trataron de seguirle contra Diego Centeno. Alonso de Toro hizo gente, llamose Capitán general, nombró capitanes, tomó todos los caballos que en la ciudad había de los hombres inhábiles e impedidos por enfermedad para la guerra, y a los vecinos hizo ir personalmente con él. Con estas diligencias juntó casi trescientos hombres medianamente armados; salió seis leguas del Cozco al mediodía, donde, por no tener nuevas de los contrarios, paró más de veinte días. Al fin de ellos siguió su camino a buscar al enemigo, pareciéndole que perdía tiempo en esperar nuevas de él. Llegó doce leguas de donde estaba Diego Centeno, el cual se retrajo por tener dividida su gente en dos partes; mas con todo eso se enviaron mensajeros y rehenes de los unos a los otros para tratar de aquel negocio, si fuese posible no llegar a rompimiento; mas luego se vió que no había medio ni término de paz.

Alonso de Toro fue a dar la batalla al enemigo. Diego Centeno y los suyos acordaron que no era bien aventurar un negocio tan grande, porque si les sucedía mal cobraban mucha pujanza los enemigos y el partido de Su Majestad lo perdía. Con esto se retrajeron, llevando gran número de carneros cargados de comida y los curacas principales de aquellas provincias; metiéronse por un despoblado de más de cuarenta leguas de travesía. Alonso de Toro les fue siguiendo hasta la Villa de Plata, que son ciento y ochenta leguas del Cozco; hallóla casi despoblada, con mal aparejo para residir en ella porque no había comida, y los indios, por la ausencia de sus curacas, andaban amontados[40], acordó no seguirles más, sino volverse al Cozco. Adelantóse con cincuenta de a caballo que llevó consigo; dejó al capitán Alonso de Mendoza con treinta hombres en muy buenos caballos escogidos, que fuesen en retaguardia y llevasen la demás gente por delante y la defendiesen de Diego Centeno, si saliesen sobre ellos, y así fuesen hasta el Cozco, donde le hallarían.

[40] Amontados: escapados, huidos.

CAPÍTULO XXVIII: Diego Centeno envía gente tras Alonso de Toro. En la Ciudad de los Reyes hay sospechas de motines; Lorenzo de Aldana las aquieta. Gonzalo Pizarro envía a los Charcas a su maese de campo Francisco de Carvajal y lo que fue haciendo por el camino

La vuelta de Alonso de Toro para la ciudad del Cozco supo Diego Centeno por aviso de los indios, de que se admiró grandemente, que, yendo con toda pujanza sobre él se retirase tan sin causa. Imaginó de la novedad que la vuelta de Alonso de Toro, tan aprisa y su gente dividida en tres partes, no podía ser sino de mucha desconfianza y mala voluntad que hubiese sentido en los suyos; parecióle gozar de la ocasión. Envió al capitán Lope de Mendoza con cincuenta hombres en buenos caballos a la jineta, que fuesen en pos de los contrarios, para recoger los que se le pasasen. Lope de Mendoza alcanzó hasta cincuenta hombres de los que iban en la segunda cuadrilla, que Alonso de Mendoza aún no había salido de la Villa de la Plata; quitoles los caballos y armas, aunque se los volvieron luego con algún socorro de dinero, porque prometieron de servir en la jornada. Algunos de ellos ahorcó, aunque los historiadores no dicen cuantos, por sospechosos y demasiadamente amigos de Alonso de Toro. Lope de Mendoza revolvió sobre Alonso de Mendoza, el cual, sabido el suceso, se fue por otro camino, de manera que no le alcanzaron.

Diego Centeno llegó luego a la Villa de Plata. Acordaron asentar allí, para recoger la gente que les viniese y pertrecharse de armas y de lo más necesario. Alonso de Toro llegó al Cozco, sin dar razón de su retirada tan repentina y desordenada, que hubiese dado ocasión a que su enemigo, yendo de caída, revolviese sobre él y le hiciese ventajas, y que las hiciera mayores si tuviera ánimo de seguirle. Todos estos sucesos se supieron en la Ciudad de los Reyes, y, como allí hubiese gente de ambos bandos, los del Visorrey, cobrando nuevo ánimo, trataban casi en público de irse a juntar con Diego Centeno; y la remisión que Lorenzo de Aldana mostraba en castigar estas cosas daba sospecha a los de Gonzalo Pizarro que, pues las consentía, pretendía ser cabeza de ellos.

Con este temor se fueron a él, y le dieron cuenta de las desvergüenzas de los que hablaban con libertad; a lo cual ayudó también la nueva que entonces llegó a Los Reyes, de las muertes que el Visorrey había dado a los suyos, y de los alcances que Gonzalo Pizarro había dado al Visorrey, y cuán apretado lo traía. Esa mala nueva de la pérdida y desgracias del Visorrey, y muertes que en los suyos hizo, quitó el ánimo a los que por él se declaraban, y se lo dió a los del bando de Pizarro, de tal manera que a los principales de él les pareció que se podían declarar con Lorenzo de Aldana, y así le dijeron que en aquella ciudad habían personas sospechosas, que inquietaban su partido con palabras escandalosas, que sería bien castigarlos con muertes y destierro, que ellos se ofrecían a dar información de quiénes y cuántos eran. Lorenzo de Aldana

respondió que no lo había sabido, que se hiciese luego diligencia, que él los castigaría severamente.

Con esta respuesta prendieron los denunciadores quince personas; y el Alcalde Pedro Martín de Sicilia o de Don Benito, que ambos apellidos le daban, quiso darles tormento, y corrieran mucho riesgo si lo ejecutara, que, por poco que confesaran, los matara Pedro Martín, según el afición que tenía al bando de Gonzalo Pizarro. Lorenzo de Aldana, que lo sintió, se los quitó de entre las manos y los llevó a su posada, diciendo que en ella estarían más guardados para que no se huyesen, y allí les daba todo lo que había menester, y, so color de castigo, los desterró de la ciudad en un navío que les dió, y debajo de secreto habló con algunos de ellos, manifestándoles su intención, que la supiesen para adelante. Los del bando de Gonzalo Pizarro quedaron muy descontentos del poco o ningún castigo que Lorenzo de Aldana en aquellos hombres hizo, y les creció la sospecha que era del bando contrario. Dieron aviso de ello a Gonzalo Pizarro, más él no hizo novedad alguna con Lorenzo de Aldana, porque lo tenía por amigo, y que estando tan lejos como en Quito, y Lorenzo de Aldana tan bienquisto como lo era, no podría salir con el hecho si quisiese descomponerle.

Supo Gonzalo Pizarro en este tiempo el levantamiento de Diego Centeno, y las cosas sucedidas en los Charcas; quiso remediarlas, pareciéndoles que eran de más importancia que las de la Ciudad de los Reyes. Y habiéndolo consultado con sus capitanes, dió sus poderes a su maese de campo Francisco Carvajal para que fuese a aquella empresa. Los capitanes aconsejaron esto a Gonzalo Pizarro con mucha instancia, unos por gobernar ellos a solas y otros por el temor que tenían a la mala condición de Francisco de Carvajal: los unos y los otros decían que para negocio tan importante convenía la experiencia y consejo de tal persona. Carvajal se partió de los términos de Quitu con solas veinte personas de confianza que le acompañaron; llegó a la ciudad de San Miguel, donde le recibieron con muestra de aplauso. Prendió seis regidores principales del pueblo; díjoles las quejas que Gonzalo Pizarro contra ellos tenía por haberles sido tan contrarios, y haber favorecido el partido del Visorrey con tantas veras, por lo cual había determinado meter a fuego y a sangre aquella ciudad, y no dejar hombre a vida en ella; pero que considerando que aquel daño no lo había hecho la gente plebeya sino la principal, se había resuelto en castigar los principales y no todos, porque no fuese tanto el daño, sino los que tenía escogidos; y así les mandó que se confesasen, e hizo dar garrote a uno de ellos, de quien tenía mayor queja, porque había ayudado y dado industria cómo se abriese el sello real con que el Visorrey despachaba, porque era práctico en aquella arte. Los demás escaparon por buena diligencia que sus mujeres y sus amigos hicieron, con junta de clérigos y frailes que rogaron a Carvajal los perdonase; el cual lo concedió condenándolos a destierro de aquella provincia y privación de sus indios, y en cada cuatro mil pesos.

De allí pasó a Trujillo recogiendo toda la gente y dineros que podía. Echó empréstitos, y, cobrándolos con toda prisa, pasó a la Ciudad de los Reyes,

donde, con los que llevaba, recogió doscientos hombres bien aderezados, y con ellos se partió la vía del Cozco por la sierra. Llegó a la villa de Huamanca, y, como dicen los autores, también echó allí tributo, y lo cobró.

Entretanto se ordenó otro motín en la Ciudad de los Reyes para matar a Lorenzo de Aldana, que la gente andaba entonces dispuesta para motines, que a cada paso los hacían, sin mirar los medios ni fines de ellos, y así perecieron los más de los autores. Y éste, que fue el tercero de los que se trataron en la Ciudad de los Reyes, se apaciguó con muerte de tres o cuatro de los autores, y causó la de otros cinco o seis que Francisco de Carvajal mató de los suyos en Huamanca, porque los de la Ciudad de los Reyes acusaron a los que iban con Francisco de Carvajal, el cual supo en Huamanca la retirada de Diego Centeno y los alcances que Alonso de Toro le dió, y cómo se había vuelto victorioso a la ciudad del Cozco. Pareciole a Francisco de Carvajal que, pues no había por qué temer a Diego Centeno, no había para qué pasar adelante, y así acordó volverse a Los Reyes; y también lo hizo por no verse con Alonso de Toro, porque era su émulo, a quien Gonzalo Pizarro, por cierta enfermedad que Alonso de Toro tuvo, le quitó el cargo de maese de campo (como atrás se dijo) y se lo dió a Carvajal, por lo cual no se llevaban bien estos dos personajes.

Carvajal se volvió a Los Reyes, mas apenas había llegado a la ciudad cuando le alcanzaron las nuevas de que Diego Centeno había salido de las montañas y seguido la gente de Alonso de Toro, y que había preso y reducido a su amistad y compañía mas de cincuenta hombres de ellos, y que Alonso de Mendoza se había retirado por otra parte, por lo cual le pareció volver contra Diego Centeno, y así lo puso por obra. Y por no verse con Alonso de Toro no quiso ir por Cozco sino por Arequepa, y así fue a aquella ciudad por la costa adelante. Lo cual sabido por Alonso de Toro y por el regimiento del Cozco, le escribieron que no saliese de Arequepa para ir contra Diego Centeno, sino del Cozco, porque no pareciese que desfavorecía aquella ciudad siendo cabeza del Imperio. Carvajal hizo lo que le pidieron, más por lo que a él le tocaba, que era llevar mas gente del Cozco, que no por acudir a ruegos ajenos; y así, con toda diligencia fue al Cozco, donde se recibieron él y Alonso de Toro con recelo, temor y sospecha el uno del otro, pero no hubo en público cosa alguna. Luego otro día prendió Carvajal cuatro vecinos del Cozco, y sin dar cuenta de ello a Alonso de Toro los ahorcó, porque no eran de su bando, de que el émulo quedó más quejoso que antes estaba. Carvajal sacó trescientos hombres bien apercibidos, los ciento de caballo y los demás infantes; fue con ellos al Collao donde estaba Diego Centeno, y llegó a menos de diez leguas de él. Diego Centeno, imaginando, como todos lo decían, que la gente de Carvajal iba muy descontenta, y que se le pasaría, dió un arma de noche a Francisco de Carvajal, con ochenta hombres, y se puso tan cerca de los enemigos que se hablaron unos a otros. Mas hallose burlado de sus imaginaciones, porque Carvajal puso tan buena orden en su gente, que no consintió que nadie saliese del orden y escuadrón en que los tenía puestos, ni su gente estaba tan descontenta como la

fama publicaba, que si lo estuviera no era posible que un hombre solo resistiera a trescientos que llevaba, que no se le fueran unos por un cabo y otros por otro.

Este nombre de malquisto dan los autores a Carvajal, diciendo que trataba muy mal a su gente, y que no les pagaba sino con malos tratamientos y peores palabras. Pero los hechos tan grandes que ellos mismos cuentan de él, y cómo los acababa tan a gusto y provecho, dicen de qué manera debía de tratar su gente, pues le ayudaban a hacer cosas tan grandes. Cruel fue, que no se puede negar; pero no con los de su bando sino con sus enemigos, y no con todos sino con los que él llamaba "pasadores" y "tejedores", que andaban pasándose de un bando a otro, como lanzaderas en un telar, por lo cual les llamaba "tejedores". Y adelante, donde se ofreciere, diremos más de Carvajal, que cierto fue bravo hombre de guerra, que mostró bien haber sido soldado del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Sesa, y de los demás capitanes de su tiempo.

Diego Centeno, viendo que nadie le acudía como lo pensó, se retiró con buen orden y concierto, que siempre lo llevó todo el tiempo que le duraron estos alcances de su enemigo, hasta que del todo le deshicieron.

CAPÍTULO XXIX: Persigue Carvajal a Don Diego Centeno. Hace una extraña crueldad con un soldado, y una burla que otro le hizo a él.

Francisco de Carvajal, luego que amaneció, siguió a su enemigo con sus infantes en escuadrón formado, y por sobresalientes los caballos, que le fuesen picando la retaguardia. Diego Centeno se retiró, y la noche siguiente y otras tres o cuatro dió arma a Francisco de Carvajal, con la esperanza que todavía llevaba de que algunos se le pasarían; más viendo que se hallaba burlado, dió en poner su gente en cobro para que el enemigo no se la maltratase. Caminó a toda furia a doce y a trece y a quince leguas por día, como los autores dicen. Echaba adelante los impedimentos de su ejército, y él iba siempre detrás con la gente más suelta y más bien armada que llevaba. El enemigo era tan diligente en seguirle, que, por mucho que Diego Centeno caminase, casi nunca le perdía de vista en su escuadrón formado, en que llevaba dos docenas de picas, y decía que aquéllas, yendo siempre arboladas, habían de destruir a su enemigo, como lo hicieron.

Diego Centeno, con los más escogidos de los suyos, hacía rostro a Francisco de Carvajal, principalmente en los pasos estrechos que por el camino hallaban. En ellos le embarazaba dos y tres días, que no le dejaban pasar adelante. Mandaba que entretanto la gente impedida y todo el bagaje caminase a toda prisa; y cuando sentía que habría caminado veinte leguas o más, dejaba a Carvajal y se daba prisa por alcanzar los suyos; y cuando llegaba a ellos, decían todos "Bendito sea Dios, que nos dejara descansar aquel tirano siquiera dos días,

mientras camina las leguas que hay en medio.” Pero a muchos de los de Diego Centeno les oí decir en este paso que apenas habían descansado cinco o seis horas, cuando veían asomar las picas en arboladas, que parecía que no las traían hombres, sino demonios. Luego volvían a su retirada a toda diligencia, y Diego Centeno se ponía en la retaguardia a defensa de los suyos.

Un día de aquellos acaeció que en un paso estrecho donde había unos peñascos y estrechura de camino, Diego Centeno y sus pocos compañeros detuvieron al enemigo más de medio día; ya cerca de la noche se retiraron. Uno de ellos, cuyo nombre se me ha ido de la memoria, que era arcabucero e iba en una yegua, quiso hacer un buen tiro con su arcabuz, no considerando bien el peligro a que se ponía. Apeóse de su yegua, púsose tras un peñasco, por tirar de mampuesto y no perder su tiro; empleólo bien, que delante de Carvajal mató un buen caballo. Cuando el pobre arcabucero fue a tomar su yegua, que en confianza de su ligereza se había atrevido a ser el postrero de los suyos, la yegua le huyó, asombrada del trueno del arcabuz de su amo e incitada de los caballos, sus compañeros que iban delante, de manera que el buen soldado quedó desamparado. Los de Carvajal le prendieron, y se lo llevaron y presentaron. El cual, enfadado de tanta y tan valerosa resistencia como sus contrarios le hacían, y enojado del atrevimiento y temeridad de aquel soldado, mandó (por darle mayor tormento que con muerte breve) que desnudo, en cueros, como nació, atado de pies y manos, lo dejasen en un lapachar que allí había, al frío de aquella tierra, que es tan grande, que los indios tienen cuidado de meter debajo de techado sus cántaros y ollas y cualquiera otra vasija de barro, porque si se descuidan y las dejan al sereno las hallan otra día reventadas del mucho frío. En aquel puesto tan riguroso y cruel pasó el pobre soldado toda la noche, dando gritos y aullidos, pidiendo misericordia, diciendo: “Cristianos, ¿no hay alguno de vosotros que de mí se duela y apiade y me mate, para librarme del tormento que aquí paso, que me haréis la mejor caridad del mundo, y Dios os lo pagará?”

Con estas lamentaciones repetidas muchas veces, pasó el pobre hombre la noche; y cuando vino el día y se entendió que Carvajal le diera lo pasado por castigo, le mandó dar garrote, que cierto tengo para mí que fue la mayor de sus crueldades. Y luego dió en seguir a sus contrarios, continuando los alcances tan rigurosamente como se ha dicho. Los de Diego Centeno, no pudiendo sufrir el continuo trabajo que de día y de noche pasaban, enflaquecieron mucho, así ellos como sus caballos, de los cuales prendía Carvajal todos los que podía alcanzar, y los enemigos más notorios mataba sin perdonar alguno; otros, que no lo eran tanto, perdonaba a ruego de los suyos.

No se permite dejar en el olvido una burla que en estos tiempos y en estos alcances hizo un soldado a Francisco de Carvajal, entre otras muchas que en el discurso de esta guerra le hicieron. Muchos soldados pobres iban a Francisco de Carvajal en toda la temporada que fue maese de campo, y se le ofrecían, diciendo cada cual: “Señor, yo vengo tantas leguas de aquí a pie y descalzo, sólo por servir al Gobernador, mi señor. Suplico a vuesa merced mande proveerme

de lo necesario para que yo le pueda servir." Francisco de Carvajal les agradecía su voluntad, y les pagaba el trabajo del camino con proveerles de armas y caballos, vestidos y dineros, lo mejor que podía. Muchos de estos soldados se quedaron en su servicio, y le sirvieron muy bien, hasta el fin de la guerra; otros muchos no iban sino a que les proveyese de armas y caballos, para huirse en pudiendo al bando del Rey.

A uno de estos soldados proveyó Carvajal en aquellos alcances de una yegua, que no tenía más. El soldado, que tenía intención de huirse, era muy tardío en los alcances, que siempre era de los postreros. Por otra parte hacía grandes bravatas, diciendo que si tuviera una buena cabalgadura, que fuera de los primeros y el que más persiguiera a los contrarios. Carvajal enfadado de oírselo tantas veces, le trocó la yegua por una muy buena mula, y le dijo: "Señor soldado, he aquí la mejor cabalgadura que hay en nuestra compañía; tómela vuesa merced porque no se queje de mí. Y por vida del Gobernador, mi señor, que si no amanece mañana doce leguas delante de nosotros, que me lo ha de pagar muy bien pagado." El soldado recibió la mula, y oyó la amenaza; y por no verla cumplida se huyó aquella noche, y tomó el camino en contra del que Carvajal llevaba en seguimiento de sus enemigos, porque no fuesen ni enviase a nadie tras él. Y dióse tan buena diligencia, que al salir del Sol había caminado once leguas. A aquella hora topó otro soldado conocido suyo que iba en busca de Francisco de Carvajal, y le dijo: "Hacedme merced, señor fulano, de decirle al maese de campo que le suplico me perdone, que no he podido cumplir lo que me mandó, que no he caminado más de once leguas, pero que de aquí a medio día caminaré las doce, y otras cuatro más." El soldado, no sabiendo que el otro se había huido, se lo dijo a Carvajal, entendiendo que lo enviaba a algún recaudo de mucha diligencia. Carvajal se enfadó más de la segunda desvergüenza que del primer atrevimiento, y dijo: "A estos tejedores (que así llamaba a los que se iban a él, y se volvían al Rey) les conviene andar confesados, porque los que yo topare me han de perdonar, que los he de ahorcar todos, porque no tengo necesidad de que vengan a engañarme, a quitarme mis armas y caballos, los que yo procuro para los míos, y que después de armados y arreados se me huyan; y de los clérigos y frailes que fueren espías he de hacer lo mismo. Los religiosos y sacerdotes esténse en sus iglesias y conventos, rogando a Dios por la paz de los cristianos, y no se atrevan, en confianza de sus hábitos y órdenes a hacer tan mal oficio como ser espías; que si ellos mismos desprecian lo que tanto se debe preciar, ¿qué mucho que los ahorque yo, como lo he visto hacer en las guerras que he andado?"

Esto dijo Carvajal con mucho enojo, y lo cumplió después en los unos y en los otros, como lo dicen los historiadores. Y con estos tejedores que le engañaban mostraba él su ira y crueldad, que a los soldados que derechamente servían al Rey, sin pasarse de una parte a otra, les hacía honra cuando les prendía, y procuraba regalarles por ver si pudiese hacerlos de su bando. Dejaremos con su enojo a Carvajal en la persecución y alcances que daba a

Diego Centeno, por volver a decir lo que Gonzalo Pizarro daba al Visorrey, porque los unos y los otros fueron en un mismo tiempo y casi en unos mismos días.

CAPÍTULO XXX: Gonzalo Pizarro da grandes alcances al Visorrey hasta echarle del Perú. Pedro de Hinojosa va a Panamá con la armada de Pizarro.

Ya dijimos atrás cómo el Visorrey entró en Quitu, y Gonzalo Pizarro iba en sus alcances, y aunque su gente no iba más descansada ni más abastecida de comida, antes en este particular iban más necesitados que sus enemigos, porque el Visorrey ponía mucho cuidado en no dejar bastimento alguno de que su contrario pudiese aprovecharse, más con todo eso eran tantas las ansias de acabarle, que no cesaban de seguirle de día y de noche, como lo dice Zárate, libro quinto, capítulo veinte y nueve, por estas palabras.

"Gonzalo Pizarro siguió al Visorrey desde la ciudad de San Miguel, de donde se retiró hasta la ciudad de Quito, que son ciento y cincuenta leguas, llevando tan a porfía el alcance que casi ningún día se pasó en que no se viesen, y hablasen los corredores y sin que en todo el camino los unos ni los otros quitasen las sillas a los caballos, aunque en este caso estaba más alerta la gente del Visorrey, porque si algún rato de la noche reposaban, era vestidos y teniendo siempre los caballos del cabestro, sin esperar a poner toldos ni aderezar las otras formas que suelen tener los caballos de noche, mayormente por los arenales donde no hay árbol ninguno, y la necesidad ha enseñado el remedio, y es que llevan unas talegas o costales pequeños, los cuales, en llegando al sitio donde han de hacer noche, los hinchen de arena, y cavando un hoyo grande los meten dentro, y, después de atado el caballo tornan a cubrir el hoyo, pisando y apretando la arena. Demás de esto, ambos ejércitos pasaron gran necesidad de comida, en especial el de Gonzalo Pizarro que iba a la postre, porque el Visorrey ponía gran diligencia en alzar los indios y caciques, para que el enemigo hallase el camino desproveído; y era tanta la prisa con que se retiraba el Visorrey, que llevaba consigo ocho o diez caballos, los mejores de la tierra que había podido recoger, llevándolos algunos indios de diestro; y cansándose el caballo lo dejaba desjarretado, porque sus contrarios no se aprovechasen de él. En este camino juntó consigo Gonzalo Pizarro al capitán Bachicao, que vino de Tierra Firme de la jornada que tenemos dicho, con trescientos y cincuenta hombres y veinte navíos y gran copia de artillería, y tomando la costa más cercana a Quito fue a salir al camino a Gonzalo Pizarro. Llegados a Quito, tuvo juntos Gonzalo Pizarro en su campo más de ochocientos hombres, entre los cuales estaban los principales de la tierra, así vecinos como soldados, con tanta prosperidad y quietud, cuanto jamás se vió tener hombre que tiránicamente gobernase, porque aquella provincia es muy abundante de comida y poco tiempo antes se habían

descubierto en ellas muy ricas minas de oro, del cual hubo gran suma de los repartimientos de los vecinos que le negaron y de los quintos de Su Majestad y de las cajas de los difuntos. Allí supo Gonzalo Pizarro que el Visorrey estaba cuarenta leguas de Quito, en la villa de Pasto, que entra en la Gobernación de Belalcázar, y determinó de irlo a buscar, aunque todo este alcance se hizo sucesivamente y casi sin que hubiese dilación entre uno y otro, porque Gonzalo Pizarro se detuvo en Quito muy poco; tanto que, saliendo contra él de Quito, hubo refriegas entre la gente de ambos campos en un sitio que se dice Río Caliente. Y sabiendo el Visorrey en Pasto la venida de Gonzalo Pizarro, a gran prisa se salió de la ciudad y se metió tierra adentro hasta llegar a la ciudad de Popayán. Y habiéndole seguido Gonzalo Pizarro veinte leguas mas adelante de Pasto, determinó volverse a Quito, porque allí adelante la tierra era muy despoblada y falta de comida. Y así se tornó a Quito, habiendo seguido el alcance del Visorrey tanto tiempo y por tanto espacio de tierra, pues se puede afirmar que le siguió desde la Villa de la Plata, de donde la primera vez salió contra él, hasta la villa de Pasto, en que hay espacio de setecientas leguas, que ocuparían mas de mil leguas de las ordinarias de Castilla," etc.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Sin lo que escriben los historiadores de esta jornada, es de saber que el Visorrey, habiendo pasado el Río Caliente, le pareció que sus contrarios se contentarían con haberle echado de los términos del Perú, fuera de toda su jurisdicción, y que no le seguirían mas, y él quedaría en paz para determinar lo que mejor le estuviese. Mas pocas horas después que tuvo estas imaginaciones y las hubo platicado con sus capitanes, vieron asomar la gente de Gonzalo Pizarro que bajaba por una larga cuesta que desciende al río, con la prisa y furia que siempre llevaban por alcanzarle. Entonces, alzando las manos al cielo, hizo una exclamación diciendo: "¿Es posible que se crea en tiempo alguno, cuando se diga que hubo españoles que persiguieron el estandarte real de su Rey cuatrocientas leguas de tierra que hay de la Ciudad de los Reyes hasta aquí, de la manera que estos lo han hecho?" Diciendo esto, levantó su gente aprisa para seguir su camino, porque el enemigo no descansaba por alcanzarle.

Gonzalo Pizarro, como se ha dicho, se volvió a Quito, donde, como lo dice Zárate, estaba tan soberbio con tantas victorias y prósperos sucesos como había tenido, que comenzaba a decir palabras desacatadas contra Su Majestad, diciendo que de fuerza o de grado le había de dar la Gobernación del Perú, dando razones por donde era obligado a ello, y cómo si hiciese lo contrario se lo pensaba resistir. Y aunque él lo disimulaba algunas veces, se lo persuadían públicamente sus capitanes, y le hacían publicar esta tan desacatada pretensión. Y así residió algún tiempo en la ciudad de Quitu, haciendo cada día grandes regocijos, fiestas y banquetes, sin saber nuevas del Visorrey, ni el designio que tomaba en sus negocios, porque unos decían que se quería ir a España por la vía de Cartagena, y otros que se iría a Tierra Firme para tener tomado el paso y juntar gente y armas para ejecutar lo que Su Majestad enviase a mandar; y otros

decían que esperaría este mandato en la misma tierra de Popayán, que nunca nadie pensó que allí tuviera aparejo de rehacerse de gente para innovar ninguna cosa en aquellos negocios.

Para cualquiera de todos estos fines, parecía a Gonzalo Pizarro y a sus capitanes cosa conveniente estar apoderado de la provincia de Tierra Firme, por tener tomado el paso para cualquier suceso que aviniese. Y así para esto como para estorbar al Visorrey que no fuese a ella, mandó volver la armada que había traído Hernando Bachicao, y que fuese por General de ella Pedro de Hinojosa, que era su camarero, hasta con doscientos y cincuenta hombres, el cual se partió luego, y de Puerto Viejo envió en un navío al capitán Rodrigo de Carvajal, que fue a Panamá con las cartas que llevaba de Gonzalo Pizarro, por las cuales rogaba a los vecinos de aquella ciudad favoreciesen sus cosas, y que enviaba aquella armada para satisfacer los robos y desafueros que Bachicao había hecho en los moradores de aquella tierra, que habían sido muy fuera de su voluntad, que ni lo había mandado ni imaginado. Rodrigo de Carvajal llegó cerca de Panamá tres leguas, y de un estanciero supo que estaban en ella dos capitanes del Visorrey, el llamado Juan de Guzmán y el otro Juan de Illanes, haciendo gente para llevársela de socorro a la provincia de Belalcázar, donde los esperaba, y que tenían juntos mas de cien soldados y buena cantidad de armas y cinco o seis piezas de artillería de campo, y que, aunque había días que lo tenían todo apercibido, no se iban al Visorrey, sino que se estaban quedos para defender aquella ciudad de la gente de Gonzalo Pizarro, que tenían por cierto que había de enviar para ocuparla. Rodrigo de Carvajal envió un soldado de secreto con las cartas a ciertos vecinos, los cuales dieron noticias de él a la justicia, y lo prendieron, y, sabida la ida de Hinojosa y su intención, se puso en arma la ciudad, y envió dos bergantines a tomar la nao de Carvajal. El cual, viendo la tardanza de su soldado, sospechó lo que fue, y se hizo a la vela, y los bergantines no la hallando, se volvieron.

CAPÍTULO XXXI: Pedro de Hinojosa prende a Vela Núñez en el camino, y el aparato de guerra que hacen en Panamá para resistirle, y cómo se apaciguó aquel fuego.

El Gobernador de Panamá, llamado Pedro de Casaos, natural de Sevilla, fue con gran diligencia al Nombre de Dios; apercibió la gente que allí había; juntó las armas defensivas y ofensivas que pudo haber, llevólo todo consigo a Panamá, y apercibiese para resistir a Pedro de Hinojosa. Lo mismo hicieron los dos capitanes del Visorrey, y, aunque antes entre ellos y Pedro de Casaos había habido alguna competencia sobre la superioridad, eligieron a Casaos por General. Pedro de Hinojosa, habiendo despachado a Rodrigo de Carvajal, siguió su viaje a Panamá, procurando por la costa saber nuevas del Visorrey. En el puerto y río de San Juan echó gente para saber lo que allí había, los cuales

trajeron presos diez españoles. De uno de ellos supo que el Visorrey, por la tardanza de sus capitanes Juan de Guzmán y Juan de Illanes, enviaba a Panamá a su hermano Vela Núñez para que llevase la gente que allí había, y para hacer mucha más le había dado mucho dinero de la hacienda real, y entregádole un hijo natural de Gonzalo Pizarro. Y que Vela Núñez había enviado a este soldado delante para que supiese lo que había en la costa, y que él quedaba una jornada de allí. Lo cual sabido por Hinojosa, envió dos capitanes con gente, los cuales se dividieron por dos caminos, conforme al aviso que les dió la espía doble. Tuvieron buena dicha, que los unos prendieron a Vela Núñez y los otros a Rodrigo Mejía, natural de Villacastín, que traía al hijo de Gonzalo Pizarro, y con ambos hubieron buen saco, de mucha ganancia. Lleváronlos a Hinojosa, que holgó mucho con ellos, porque Vela Núñez pudiera estorbarle en Panamá en sus pretensiones, y la restitución del hijo de Gonzalo Pizarro había de ser de mucho contento a su padre, por la cual todos ellos se regocijaron mucho, por haber tenido tan próspero suceso en tan breve tiempo.

Con esta fiesta y regocijo navegaba Pedro de Hinojosa hacia Panamá, cuando Rodrigo de Carvajal le salió al encuentro y le dió cuenta de lo que le había sucedido, y cómo aquella ciudad estaba puesta en arma para resistirle. Alegrose con la nueva, y púsose en orden de guerra, y así navegó hasta que un día de los del mes de octubre del año mil quinientos y cuarenta y cinco dió vista a Panamá con once navíos que llevaba, y doscientos y cincuenta hombres. La ciudad se alborotó grandemente; acudieron todos a sus banderas, y Pedro de Casaos fue por General; llevó más de quinientos hombres, aunque los mas de ellos eran mercaderes y oficiales, gente tan poco práctica en la guerra, que ni sabían tirar ni manejar los arcabuces, y lo peor que tenían era la mala gana de pelear, porque les parecía que gente que venía del Perú antes les había de ser de provecho que de daño en sus tratos y contratos y mercaderías, demás de que muchos de aquellos mercaderes, y aún los mas caudalosos, tenían sus haciendas en el Perú en poder de sus compañeros y factores. Temían que sabiendo Gonzalo Pizarro la contradicción que a los suyos le habían hecho, les había de tomar las haciendas. Mas con todo eso se pusieron a todo punto de defensa en escuadrón formado, y los principales que gobernaban el escuadrón eran el General Pedro de Casaos, y Arias de Acevedo, el cual, después de venido a España, se avecindó en Córdoba, donde hoy viven los caballeros sus nietos.

Eran también capitanes y caudillos Juan Fernández de Rebolledo y Andrés de Arayza, y los capitanes del Visorrey Juan de Guzmán y Juan de Illanes, con otra mucha gente noble que allí había; los cuales todos pretendían defender la ciudad, así por servir a Su Majestad como por haber quedado escarmentados de las demasías y sinrazones que Bachicao les había hecho; temían que haría lo mismo Pedro de Hinojosa. El cual, vista la resistencia, saltó en tierra con doscientos hombres bien apercibidos, gente veterana; los otros cincuenta dejó en guarda de los navíos. Fué marchando por la costa, llevó los bateles de los navíos con mucha artillería, con la cual, si los enemigos les acometiesen, podían

destruirlos. Dejó orden en los navíos que si llegasen a rompimiento de batalla, ahorcasen a Vela Núñez y a otros prisioneros que con él tenían.

Viendo el Gobernador Pedro de Casaos la determinación de Pedro de Hinojosa y que iba a buscarle, salió al encuentro, con ánimo de pelear con él hasta vencer o morir. Llegando los unos y los otros a poco mas de tiro de arcabuz, salieron de la ciudad todos los clérigos y frailes que en ella había, con muchas cruces y otras santas insignias cubiertas de luto, tristeza y dolor; y a grandes voces clamaron al cielo y a la gentes, pidiendo paz y concordia, y diciéndoles que pues eran cristianos y habían ido a aquellas tierras a predicar el Santo Evangelio a aquellos infieles, no convirtiesen las armas contra sí mismos, pues era en daño e infamia común de todos. Con estas voces detuvieron los dos escuadrones que no llegasen a romper, y poniéndose entre los unos y los otros, trataron de treguas, y alcanzaron que se diesen rehenes de una parte a otra. Hinojosa envió de su parte a Don Baltasar de Castilla, hijo del Conde de la Gomara, y los de Panamá enviaron a Don Pedro de Cabrera, ambos naturales de Sevilla.

De parte de Hinojosa se alegaba que no sabían la causa por qué les resistían la entrada, pues no venían a hacer daño a ninguno, sino a satisfacer los agravios, robos y tiranías que de Bachicao los de aquella ciudad habían recibido, y a comprar por sus dineros lo necesario de ropa y bastimentos para su camino, y que traían precisa orden de Gonzalo Pizarro para no hacer agravio a nadie, ni pelear si no fuesen compelidos y forzados a ello; y que habiéndose proveído y reparado sus navíos, se habían de volver luego, y que el intento de su venida había sido buscar al Visorrey y hacerle que se fuese a España, como los Oidores lo habían enviado, porque andaba inquietando y alterando la tierra; y que pues no estaba en Panamá, no tenían para qué parar allí, como ellos pensaban, y que les rogaban que no les forzasen a romper con ellos, porque hasta venir a lo que habían dicho harían todos los comedimientos posibles por cumplir con el mandato que traían de Gonzalo Pizarro; y de otra manera, siendo forzados a pelear, harían lo que pudiesen para no ser vencidos.

De parte del Gobernador Pedro de Casaos daban otras razones para fundar la sin justicia que le hacían en querer entrar en forma de guerra con escuadrón formado en jurisdicción ajena, aunque Gonzalo Pizarro gobernase jurídicamente como ellos decían, y que no tenían color ninguno para entremeterse en distrito ajeno, y que las mismas promesas había hecho Bachicao, y después de apoderádose en la tierra había hecho los robos y daños que ellos decían que venían a remediar. Los jueces comisarios que para esta diferencia se nombraron, deseando la paz y conformidad de ambas las partes, proveyeron que Hinojosa pudiese saltar en tierra y estar en la ciudad por espacio de treinta días con cincuenta soldados suyos, para la seguridad de su persona, y que la armada con las demás gente se volviese a las Islas de las Perlas, y allí llevase los maestros y materiales necesarios para el reparo de ella, y que al fin de los treinta días se

volviese al Perú. De una parte y otra se afirmaron estas paces con juramento y pleito homenaje de guardarlas, y se dieron rehenes.

Pedro de Hinojosa se fue a la ciudad con sus cincuenta soldados y tomó una casa, donde daba de comer a todos los que iban a ella y permitía que los suyos jugasen y conversasen llanamente con los de la ciudad. Con lo cual (como lo dice Agustín de Zárate, libro quinto, capítulo treinta y dos, que todo lo que vamos diciendo es suyo) dentro de tres días se le pasaron casi todos los soldados del Visorrey que los capitanes Juan de Guzmán y Juan de Illanes habían recogido. Lo mismo hizo la demás gente baldía que había en la ciudad, que no eran vecinos ni mercaderes, los cuales todas estaban aficionados al bando de Hinojosa, por irse con él al Perú, que lo deseaban. De los unos y de los otros juntó Pedro de Hinojosa gran copia de gente; y los capitanes del Visorrey Juan de Illanes y Juan de Guzmán, viéndose desamparados de los suyos, tomaron secretamente un barco y se fueron con catorce o quince personas que les habían quedado. Hinojosa quedó pacífico; entendía en sustentar su ejército, sin entremeterse en el gobierno ni administración de la justicia ni consentir que los suyos hiciesen agravio alguno. Envió a Don Pedro de Cabrera y a Hernando Mejía de Guzmán, su yerno, con gente al Nombre de Dios, para que guardasen aquel puerto y procurasen haber los avisos que les convenía haber para su seguridad, así de España como de otras partes.

CAPÍTULO XXXII: Lo que Melchior Verdugo hizo en Trujillo y en Nicaragua y en el Nombre de Dios, y cómo lo echan de aquella ciudad.

En este mismo tiempo sucedió en la ciudad de Trujillo una novedad que causó mucho escándalo, y adelante mucho odio contra el que la hizo, que fue un vecino de aquella ciudad, llamado Melchior Verdugo, a quien le cupo en suerte y repartimiento la provincia de Cassamarca, famosa por haber sido en ella la prisión del Rey Atahuallpa, y los grandes sucesos que atrás se han contado.

El cual, por ser natural de la ciudad de Ávila, de donde lo era el Visorrey, pretendió mostrarse en su servicio y hacer alguna cosa señalada; y como el Visorrey hubiese conocido esta intención antes de su prisión, le había dado comisiones para hacer cosas grandes en las pretensiones que tuvo de despoblar la Ciudad de los Reyes, por lo cual Melchior Verdugo quedó en odio y mala voluntad de Gonzalo Pizarro y de todos los suyos. Sabiendo esto, Melchior Verdugo pretendió salir del Reino antes que los de Pizarro le hubiesen a las manos. Quiso dejar una cosa señalada, hecha contra la opinión de Gonzalo Pizarro, para lo cual allegó a sí algunos soldados, compró armas de secreto, hizo algunos arcabuces, grillos y cadenas dentro en su casa, porque su intención pasaba adelante hasta ofender los propios vecinos de su ciudad, compañeros suyos.

Ayudó la ventura a sus deseos, que en aquella coyuntura entró un navío en el puerto de Trujillo que venía de Los Reyes. Envió a llamar al maestro y piloto, diciendo que quería que viesen cierta ropa y maíz que enviaba a Panamá, y que la viesen para la cargar. Cuando los tuvo en su casa los metió en un calabozo que tenía hecho; luego se fingió enfermo de las piernas, de cierto mal que solía tener en ellas, y, puesto a una ventana de su casa, vió los Alcaldes del pueblo y un escribano con ellos, y les rogó que subiesen donde él estaba para hacer ciertos autos ante ellos, pues él no podía bajar, por su indisposición. Cuando los tuvo dentro, disimuladamente los llevó donde el maestre y piloto estaban, y allí les quitó las varas y los echó en cadenas, y dejó seis arcabuceros en guarda. Vuelto a su ventana, llamaba al vecino que salía a la plaza, fingiendo que tenía algún negocio que tratar con él, y lo metía en la prisión sin que los de fuera supiesen nada de esto. Y así en poco tiempo tuvo más de veinte personas de las principales que habían quedado, que los demás habían ido con Gonzalo Pizarro. Luego salió a la plaza hasta con veinte soldados que tenía por amigos, apellidando la voz del Rey; prendió los que no le acudieron tan presto, y a todos sus prisioneros juntos les dijo que quería ir en busca del Visorrey, que para llevar la gente y armas tenía necesidad de dineros, que todos ellos se rescatasen en la cantidad que cada uno pudiese y la pagase luego, so pena que se los llevaría presos consigo. Los presos pagaran de contado lo que prometieron, y de la caja real sacó lo que había, y con lo que él tenía, que era hombre rico, juntó gran suma de oro y plata, y con todo ello se embarcó en el navío, llevando los presos consigo hasta la playa, porque no le impidiesen su camino, y allí se los dejó en las mismas prisiones. Embarcóse y fue hacia Panamá.

En su viaje topó un navío cargado de mucha mercadería, que llevaban a Bachicao, de la que en aquella ciudad había robado. Toda la saqueó Verdugo, y la repartió entre sí y los suyos; no osó llegar a Panamá, temiendo la armada de Gonzalo Pizarro que allí estaba; fuése a Nicaragua. Pedro de Hinojosa, que supo su ida, envió tras él con dos navíos al capitán Juan Alonso Palomino, con ciento y veinte arcabuceros. Halló a Verdugo desembarcando en tierra; hubo su navío; no osó saltar en tierra porque los vecinos de las ciudades de Granada y León estaban apercibidos para defenderle la salida. Palomino se volvió a Panamá con los navíos que por la costa de Nicaragua halló; llevóse consigo los que eran de provecho, y quemó los que no lo eran. Llegó a Panamá y dió cuenta a Pedro de Hinojosa de todo lo sucedido.

Melchior Verdugo quedó imposibilitado de poder hacer en la Mar del Sur cosa alguna de las que contra Gonzalo Pizarro pretendía; porque perdió el navío que llevaba, y no podía comprar otro, porque Bachicao y los suyos se los llevaron todos. Consideró que yendo por la Mar del Norte a Nombre de Dios, podía hacer algún hecho grande en aquella ciudad, porque imaginó que Pedro de Hinojosa tendría allí poca gente, y ésa estaría descuidada, porque por aquella vía no le podía venir contraste alguno. Con esta imaginación aderezó cuatro fragatas, y se embarcó en ellas en la laguna de Nicaragua, con cien soldados que

tenía, bien aderezados, y fue por el desaguadero de ella, y salió a la Mar del Norte, y navegó costa a costa hacia Nombre de Dios. En el río que llaman Chagre tomó un barco con ciertos negros ladinos, de los cuales se informó de todo lo que en Nombre de Dios pasaba, de la gente y capitanes que allí había y dónde posaban. Y guiándole los mismos negros, llegó a media noche a la ciudad; saltó en tierra, cercó la casa donde estaban los capitanes Don Pedro de Cabrera y Hernán Mejía con algunos soldados, los cuales despertaron al ruido de la gente y se pusieron en defensa de la casa. Los de Verdugo le pegaron fuego; los de dentro se vieron en mucho peligro, tanto que les fue forzoso salir por medio de los enemigos, con poca contradicción de ellos, porque llevaban mas intención de robar y de aprovecharse que de matar a nadie. Los huidos se salvaron con la oscuridad de la noche, y se escondieron en las grandes montañas que por allí hay, casi pegadas a las casas; y como pudieron fueron a Panamá, y dieron cuenta a Pedro de Hinojosa de lo sucedido. El cual lo sintió mucho; procuró vengarse con justo título, para lo cual quiso hacer ofendido al Doctor Ribera, que era Gobernador en Nombre de Dios y estaba en Panamá; querellose ante él de Melchior Verdugo, encareciéndole haber entrado en su Gobernación y jurisdicción, sin título ni provisión de otro superior para lo hacer, y que de su autoridad había preso los Alcaldes y rescatado los prisioneros y alborotado el Mar del Sur y Mar del Norte y la ciudad del Nombre de Dios. Pidieron al Doctor lo mandase castigar; dijo Pedro de Hinojosa que él se ofrecía a ir con él y darle favor y ayuda con su gente para el castigo. El Doctor Ribera admitió la querella y la oferta de su persona y gente, y para asegurarse de ellos tomó juramento y pleito homenaje a Pedro de Hinojosa y a sus capitanes que le obedecerían como a su Capitán general, y no saldrían de su mandado.

Con esto salieron de Panamá para el Nombre de Dios. Melchior Verdugo, que lo supo, puso su gente en orden, y entre ellos los vecinos de aquella ciudad. Hinojosa los acometió, y de los primeros arcabuzazos murieron algunos de una y otra parte. Los vecinos de aquella ciudad, viendo que el Gobernador iba por general de sus contrarios, se fueron retrayendo todos a un monte que estaba junto a ellos. Los de Verdugo se desbarataron por detener a los que se retraían, y, no pudiendo resistir a sus contrarios, se fueron a sus fragatas; y tomando el mejor navío de los que en el puerto había, lo armaron de artillería, de la que los otros navíos tenían; batieron el pueblo, aunque con poco o ningún daño, por estar en hondo. Melchior Verdugo, viendo que no podía hacer nada de lo que pretendía, y que mucha de su gente se le había quedado en tierra, se fue a Cartagena con el navío y con sus fragatas, para esperar oportunidad de dañar al enemigo, si pudiese. El Doctor Ribera y Pedro de Hinojosa apaciguaron el pueblo lo mejor que pudieron, y, dejando en él los mismos capitanes y alguna más gente que antes tenía, se volvieron a Panamá.

CAPÍTULO XXXIII: Blasco Núñez Vela se rehace en Popayán. Gonzalo Pizarro finge irse de Quitu, por sacarle de donde estaba. El Visorrey sale a buscar a Pedro de Puelles.

El Visorrey Blasco Núñez Vela en este tiempo estaba en Popayán, como atrás se dijo; y por no estar ocioso hizo juntar todo el hierro que en la provincia se pudo haber; mandó buscar maestros, hizo armar fraguas, y en breve tiempo le labraron y pusieron a punto doscientos arcabuces, con lo necesario para ellos; pertrechóse de armas defensivas; escribió al Gobernador Sebastián de Belalcázar y a un capitán suyo llamado Juan Cabrera, que por orden del dicho Gobernador andaba en cierta nueva conquista de indios; dióles cuenta de lo sucedido por él después que entró en el Perú y del alzamiento de Gonzalo Pizarro, y cómo le había echado de la tierra y que estaba determinado de volverle a buscar teniendo ejército competente para ello; que les rogaba viniesen a juntarse con él, que en ello harían señalado servicio a Su Majestad; que muerto el tirano, se había de repartir el Perú, que les cabría lo mas y mejor de él. Con estas promesas (para ponerles ánimo) les dió cuenta como Diego Centeno andaba en los otros confines del Perú en servicio de Su Majestad, y que cada día se le juntaba mucha gente; que perseguido y acosado el tirano por ambas partes, no podía dejar de perecer. Envióles comisión que de las cajas de Su Majestad de las ciudades y villas comarcanas tomasen treinta mil pesos de oro para socorrer los soldados. Los capitanes, vistos los despachos, obedecieron llanamente, y vinieron a Popayán con cien soldados bien aderezados, y besaron las manos al Visorrey, el cual envió asimismo despachos al Nuevo Reino de Granada, del mismo tenor que los pasados, y a Cartagena y a otras partes, pidiendo socorro; y cada día se le juntaba gente, de manera que en breve tiempo tuvo cuatrocientos hombres medianamente armados. En este mismo tiempo supo la prisión de su hermano Vela Núñez y la pérdida de sus capitanes Juan de Illanes y Juan de Guzmán; pesóle de ello, porque esperaba de allí aquel buen socorro.

Gonzalo Pizarro, por otra parte, no ocupaba su imaginación y sus trazas sino cómo haber a las manos al Visorrey, porque le parecía que no tenía hora segura mientras él vivía y traía ejército. Y porque no podía entrar donde el Visorrey estaba, por la falta de bastimentos que aquella tierra tenía, inventó un ardid, y fue que echó fama de quererse ir a los Charcas a apaciguar el alzamiento de Diego Centeno y dejar allí en Quitu al capitán Pedro de Puelles con trescientos hombres en frontera del Visorrey, para defenderle si quisiese salir. Sus imaginaciones y trazas puso por obra para que la fama las publicase; nombró los capitanes y soldados que habían de ir con él, y los que habían de quedar; dió socorro a los unos y a los otros, y así salió de Quitu, haciendo reseña de los que iban y de los que quedaban. Ordenó que todo esto viniese a noticia del Visorrey, para lo cual ayudó mucho un mal hombre que el Visorrey había enviado por espía para que le avisase de lo que el enemigo hiciese. El cual se descubrió a Gonzalo Pizarro por el interés que de él esperaba, y le descubrió la

cifra que traía para escribir al Visorrey. Gonzalo Pizarro le hizo escribir todo lo que pasaba, y dió orden que un indio llevase la carta, ignorante del trato doble. Por otra parte mandó que Pedro de Puelles escribiese a ciertos amigos suyos que residían en Popayán, cómo él quedaba allí con trescientos hombres, que si quisieren irse a holgar con él lo podían hacer, pues eran sus amigos y la tierra estaba segura, por el ausencia de Gonzalo Pizarro. Mandó que estas cartas la llevasen indios que se hubiesen hallado presentes a la partida de Gonzalo Pizarro, para que allá lo pudiesen decir así. Mandó que enviase Pedro de Puelles los indios disimuladamente al descubierto, para que las guardas del Visorrey hubiesen las cartas y se las llevasen. Dada esta orden, se partió Gonzalo Pizarro, como dicho es, de Quitu; y habiendo caminado tres o cuatro jornadas, se hizo enfermo por no pasar adelante.

El Visorrey, por otra parte, recibió las cartas de su espía doble, y las falsas de Pedro de Puelles, y, dando crédito a las unas y a las otras, imaginó que con cuatrocientos hombres que tenía era superior a Pedro de Puelles, y que fácilmente le vencería, y seguiría a Gonzalo Pizarro hasta destruirle. Y aunque no tenía nuevas de él, porque los caminos estaban cerrados, determinó ir a Quitu, confiando en que todos le acudirían. Gonzalo Pizarro, por el contrario, sabía por horas, por vía de los indios cañaris, lo que el Visorrey hacía, cómo caminaba y dónde llegaba; y cuando supo que estaba doce leguas de Quitu, volvió aprisa a aquella ciudad a juntarse con Pedro de Puelles; y ambos capitanes salieron con gran contento al encuentro del Visorrey, aunque tenían nuevas que llevaba ochocientos hombres. Pero Gonzalo Pizarro fiaba en que su gente era veterana, y la contraria bisoña; y haciendo reseña de ella, halló que tenía doscientos arcabuceros y trescientos cincuenta piqueros y ciento y cincuenta de a caballo, muy bien aderezados, y mucha pólvora muy buena, y resina. Llevó por capitanes de arcabuceros a Juan de Acosta y a Juan Vélez de Guevara, y por capitán de piqueros a Hernando de Bachicao, y por capitanes de a caballo a Pedro de Puelles y a Gómez de Alvarado, y su estandarte llevaba Francisco de Ampuero, con sesenta de a caballo. El Licenciado Benito Suárez de Carvajal, hermano del factor Illén Suárez, iba con Gonzalo Pizarro; llevaba treinta hombres entre parientes y amigos por compañía aparte, de que se nombraba capitán. De esta manera, sabiendo que su enemigo estaba dos leguas de allí, se adelantó Gonzalo Pizarro a tomar un paso de un río por donde el Visorrey venía, con intención de desbaratarle allí; y llegado al paso se fortificó muy bravamente, y esto fue, como lo dice Agustín de Zárate, libro quinto, capítulo treinticuatro, sábado a quince de enero del año de mil quinientos y cuarenta y seis.

El Visorrey Blasco Núñez Vela iba con grande ánimo sobre el capitán Pedro de Puelles, entendiendo desbaratarle e ir luego sobre Gonzalo Pizarro y hacer de él lo mismo, porque siempre imaginó que los que iban con el tirano le habían de negar y pasarse a servir a Su Majestad. Con esta confianza llegó tan cerca de Pedro de Puelles, no sabiendo que Gonzalo Pizarro estaba con él, que

los corredores se hablaron, y se llamaron de traidores los uno a los otros, porfiando que cada cual de las partes andaban en servicio del Rey. Y aunque los corredores se vieron, el Visorrey nunca supo que Gonzalo Pizarro estaba allí, sino imaginó que la batalla había de ser con Pedro de Puelles. La noche siguiente al principio de ella, como lo dice Agustín de Zárate, libro quinto, capítulo treinta y cinco, por estas palabras, tomó acuerdo con sus capitanes, y les pareció que era más conveniente y de menos riesgo irse a meter en la ciudad que no dar la batalla; y así, antes de medianoche, lo más sin ruido que pudo, hizo armar la gente; y dejando su real poblado con las tiendas e indios que traía, rodeó por la parte izquierda. Atravesó mucha sierra, donde, como lo dice Diego Fernández Palentino, capítulo cincuenta y dos, "le llovió toda la noche y pasó muchas quebradas y grandes ríos, y muchas veces iban los caballos rodando por las cuestas abajo, y arrastrando las caderas iban hasta dar en los ríos. Y de esta manera caminaron toda la noche, dejando muertos algunos caballos y perdidos algunos soldados, que después no pudieron llegar al tiempo de la batalla, y, siendo de día claro, se halló una legua de Quito."

Hasta aquí es del Palentino. El motivo que el Visorrey tuvo para hacer aquel camino tan trabajoso fue desear tomar las espaldas al enemigo y dar de madrugada sobre él, porque nunca entendió que el camino era tan áspero ni tan largo, que, como dice Zárate, no estaba tres leguas de Quito, más con el largo rodeo que hizo fue necesario andar más de ocho leguas. Atribuyóse este hecho a grande yerro de los consejeros del Virrey, que sobre determinación de dar la batalla el día siguiente fatigasen la gente y los caballos con andar la noche antes ocho leguas por sierras y caminos tan ásperos. Pero, cuando ha de venir la desgracia, principalmente en la guerra, los consejos que se toman en favor se convierten en contra.

CAPÍTULO XXXIV: El rompimiento de la batalla de Quitu, donde fue vencido y muerto el Visorrey Blasco Núñez Vela.

El Visorrey entró en la ciudad de Quitu; no halló resistencia alguna, y allí le dijo una mujer cómo Gonzalo Pizarro iba contra él, de lo cual él se maravilló mucho, y entendió el engaño que con él se había usado. Por otra parte Gonzalo Pizarro no supo la ida del Visorrey a Quitu, antes entendió que se estaba en su real, hasta que a la mañana, llegando los corredores cerca de los toldos, y viendo el poco ruido que había, entraron dentro y supieron de los indios lo que pasaba, y dieron cuenta de ello a Gonzalo Pizarro; el cual a toda diligencia envió corredores por todas partes, y de ellos supo que el Visorrey estaba en Quitu. Luego alzó a gran prisa su real, y caminó ordenadamente con determinación de dar la batalla doquiera que topase al Visorrey. El cual, sabiendo lo que pasaba y la ventaja que los enemigos le tenían, y que no esperaba otro ningún remedio, determinó poner el negocio en riesgo de batalla, en esperanza de que se les

pasarían los servidores de Su Majestad. Salió de la ciudad a recibir al enemigo, animó su gente con gran esfuerzo, y así fueron todos marchando con tanto ánimo como si tuvieran ya la victoria por suya, que, aunque Gonzalo Pizarro era superior en el número de la gente, el Visorrey llevaba muy valerosos capitanes y otros hombres señalados. Eran capitanes de infantería Sancho Sánchez de Ávila y su primo Juan Cabrera y Francisco Sánchez. Eran capitanes de a caballo el Adelantado Sebastián de Belalcázar, y Cepeda y Pedro de Bazán. Y así llegaron los escuadrones a vista uno de otro.

Luego salieron arcabuceros sobresalientes de una parte y otra a trabar la escaramuza. Los de Pizarro hacían mucha ventaja a los del Visorrey, por la mucha y muy buena pólvora que llevaban, y los arcabuceros muy diestros, por el mucho ejercicio que habían tenido, y los del Visorrey todo en contra. Los escuadrones se acercaron tanto que fue necesario recogerse los sobresalientes a sus banderas. De parte de Gonzalo Pizarro salió a recoger los suyos el capitán Juan de Acosta, y con él otro buen soldado llamado Páez de Sotomayor; entonces mandó Gonzalo Pizarro al Licenciado Carvajal que con su compañía acometiese por el lado diestro de los enemigos, y él se puso delante de su gente de a caballo; más sus capitanes no lo consintieron, y le pusieron a un lado del escuadrón de la infantería, con otros siete u ocho en su compañía, para que de allí gobernase la batalla.

La gente de a caballo del Visorrey, que serían hasta ciento y cuarenta hombres, viendo que los del Licenciado Carvajal iban a ellos, les salieron al encuentro y arremetieron todos juntos de tropel, tan sin orden y tan sin tiempo, que, como lo dice Agustín de Zárate, cuando llegaron a los enemigos iban ya casi desbaratados, porque una manga de arcabuceros que les esperaba por un lado, les hizo mucho daño, y el Licenciado Carvajal y los suyos le maltrataron mucho, que aunque eran pocos, tenían ventaja a los del Visorrey, porque ellos y sus caballos estaban descansados y fuertes para pelear, y los del Visorrey por el contrario cansados y debilitados. Y así cayeron muchos de los encuentros de las lanzas, y, juntándose todos, pelearon con las espadas y estoques, hachas y porras, y fue muy cruel la batalla. A esta sazón acometió el estandarte de Gonzalo Pizarro hasta con cien hombres de a caballo, y, hallando los enemigos tan mal parados, los acabó de desbaratar con mucha facilidad. Por otra parte era grande la pelea de la infantería, con tanta vocería y ruido que parecía de mucha más gente de la que era. A los primeros tiros fue muerto el capitán Juan Cabrera, y poco después el capitán Sancho Sánchez de Ávila, que con un montante lo había hecho valerosamente, pues rompió muchas hiladas del escuadrón contrario. Mas como la gente de Pizarro era mucho más en número, y aventajada de armas, sobrepujaron a sus enemigos, rodeándolos por todas partes, hasta que mataron los capitanes y los más de los suyos.

El Visorrey andaba peleando entre su gente de a caballo; había hecho muy buenas suertes, que del primer encuentro derribó a Alonso de Montalvo, e hizo otros lances con mucho ánimo y esfuerzo. Andaba disfrazado, que sobre las

armas traía una camiseta de indio, que fue causa de su muerte. Viendo los suyos ya perdidos quiso retirarse, más no le dejaron, porque un vecino de Arequepa, llamado Hernando de Torres, se encontró con él, y, no le conociendo, le dió a dos manos con una hacha de armas un golpe en la cabeza, de que lo aturdió y dió con él en tierra. En este paso, Agustín de Zárate, libro quinto, capítulo treinticinco, dice lo que se sigue, sacado a la letra: "El Visorrey y su caballo andaban tan cansados del trabajo de la noche pasada, en que no habían parado ni dormido ni comido, que no hubo mucha dificultad en caer; y aunque todavía la batalla andaba bien reñida entre la infantería, viendo caído al Visorrey los suyos, que lo conocían, aflojaron y fueron vencidos, y mucha parte de ellos muertos."

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Si Hernando de Torres conociera al Visorrey por el hábito de Santiago que llevara descubierta en los pechos, es cierto que no le hiriera para matarle, sino que procurara prenderle apellidando y pidiendo favor y ayuda a los suyos; pero como lo tuvo por un hombre particular, y aún pobre, por el hábito de indio que llevaba, hizo lo que hizo, y causó su muerte. Culpaban al Visorrey sobre el haberse disfrazado, pero él lo hizo con intención de no quedar preso si lo venciesen; quiso ir desconocido porque no le hiciesen honra como a Visorrey, sino que lo tratasen como a cualquier particular soldado, y así acaeció la desgracia.

El Licenciado Carvajal, viendo vencidos los del Visorrey, anduvo con gran diligencia corriendo el campo en busca del Visorrey, para satisfacer su ira y rencor sobre la muerte de su hermano. Halló que el capitán Pedro de Puelles le quería matar, aunque estaba ya casi muerto, así de la caída como de un arcabuzazo que le habían dado. A Pedro de Puelles dió a conocer al Visorrey un soldado de los suyos, que si no fuera por el aviso que éste le dió no le conociera, según iba trocado de hábito. El Licenciado Carvajal se quiso apear para acabarle de matar; estorbóselo Pedro de Puelles, diciendo que era bajeza poner las manos en un hombre ya casi muerto; entonces mandó el Licenciado a un negro suyo que le cortase la cabeza, y así se hizo, y la llevaron a Quitu y la pusieron en la picota, donde estuvo poco espacio hasta que lo supo Gonzalo Pizarro, de que se enojó mucho y la mandó quitar de allí y juntarla con el cuerpo para enterrarlo. Un autor dice en este paso lo que se sigue:

"Llevada pues la cabeza del Visorrey a la ciudad de Quito, la pusieron en el rollo de la plaza, do estuvo colgada algún poco de tiempo; y pareciendo esto alguna cosa de gran fealdad, la quitaron y juntaron con el cuerpo, y lo amortajaron y llevaron a enterrar," etc.

Sobre esto se ofrece decir que este autor, por no decir que Gonzalo Pizarro mandó quitar la cabeza de la picota dice, que pareciendo a algunos cosa de gran fealdad la quitaron, donde parece que hace culpado a Gonzalo Pizarro de que la mandase poner, o a lo menos consintiese que estuviese puesta en aquel lugar, lo cual no pasó así, sino que le pesó mucho de que la hubiesen puesto, y, como lo dice Gómara, la mandó quitar luego que supo que estaba en la picota. Pero la adulación puede mucho con los que escriben con el fin de agradar más que de

guardar justicia, quitando o añadiendo a las partes. El mismo Gómara hablando de la muerte del Visorrey, y habiendo dicho todo lo de atrás, dice: "Hernando de Torres, vecino de Arequipa, encontró y derrotó a Blasco Núñez y aún en el alcance (según algunos) sin conocerlo, ca llevaba una camisa india sobre las armas. Llególe a confesar Herrera, confesor de Pizarro; como le vió caído, preguntóle quién era, que tampoco le conocía. Dijóle Blasco Núñez: 'No os va nada en eso; haced vuestro oficio.' Temíase de alguna crueldad," etc. Hasta aquí es de Gómara.

Entonces llegaron los que le cortaron la cabeza y la llevaron a la picota. Algunos soldados hubo muy desacatados, que le pelaron parte de las barbas, diciendo: "La cólera y las asperezas de vuestra condición os ha traído a estos pasos." Y un capitán de los que yo conocí trajo algunos días por pluma parte de las barbas, hasta que también se las mandaron quitar. Así acabó este buen caballero, por querer porfiar tanto en la ejecución de lo que ni a su Rey ni a aquel Reino convenía, donde se causaron tantas muertes y daños de españoles y de indios, como por la historia se ha visto y se verá en lo que está por decir; aunque no tuvo tanta culpa como se le atribuye, porque llevó preciso mandato de lo que hizo, según veremos adelante por los historiadores, y según que él mismo lo dijo muchas veces, como atrás se ha visto.

CAPÍTULO XXXV: El entierro del Visorrey. Lo que Gonzalo Pizarro proveyó después de la batalla, y cómo perdonó a Vela Núñez. Y las buenas leyes que hizo para el buen gobierno de aquel Imperio.

Gonzalo Pizarro, viendo la victoria de su parte, mandó tocar las trompetas a recoger, porque vió que la gente andaba muy derramada siguiendo el alcance, y hacían mucho daño en los ya vencidos. Fueron muertos en la batalla y en el alcance doscientos hombres de parte del Visorrey, y de parte de Gonzalo Pizarro no más de siete, como lo testifica Zárate, porque los del Visorrey iban tan cansados del largo camino y de la mala noche pasada, que no estaban para pelear sino para dejarse matar, como lo hicieron, mostrando el ánimo que al servicio de su Rey tenían. A los unos y a los otros enterraron en aquel campo, echando a seis y siete cuerpos en cada hoyo. Al Visorrey y a Sancho Sánchez de Ávila y a Juan Cabrera y al Licenciado Gallego y al capitán Cepeda, natural de Plasencia, y a otros de los principales, llevaron a la ciudad y los enterraron en la Iglesia Mayor de ella con gran pompa y solemnidad. Gonzalo Pizarro se puso una loba de luto, y los principales de su campo hicieron lo mismo. Quedaron heridos Don Alonso de Montemayor y el Gobernador Sebastián de Belalcázar y Francisco Hernández Girón, a quien Gómara llama Francisco Hernández de Cáceres, y Zárate no hace mención de él, y Diego Fernández dice de él lo que se sigue:

“Gonzalo Pizarro quiso matar al capitán Francisco Hernández Girón, y aun túvolo así mandado (que por cierto no se perdiera nada por lo que después hizo y causó en el Perú), más por muchos ruegos que tuvo, así por ser bienquisto y haber peleado valientemente, como por ser reputado por pariente de Lorenzo de Aldana, Gonzalo Pizarro le perdonó,” etc.

Hasta aquí es de Diego Fernández. El Licenciado Álvarez, Oidor que siempre trajo consigo el Visorrey, salió mal herido de la batalla, y pocos días después de ella murió de las heridas que le dieron, aunque algunos maldicientes, como lo dicen todos los tres historiadores, dijeron que por culpa de los cirujanos había muerto, por trato que tuvieron con Gonzalo Pizarro. Pero a él y a ellos les levantaron testimonio falso, que en aquellos tiempos y siempre, donde quiere que hay bandos, con ocasión y sin ella, procuran decir todo el mal que pueden, principalmente contra los caídos. A Sebastián de Belalcázar perdonó Gonzalo Pizarro, y lo envió a su Gobernación con parte de la gente que contra él trajo, el cual le hizo pleito homenaje de ser siempre en su favor y servicio. A Don Alonso de Montemayor y a Rodrigo Núñez de Bonilla, tesorero de Quitu, y a otros hombres principales desterró a Chili, aunque por el camino se alzaron con el navío en que iban y se fueron a Nueva España. Recogió toda la gente que pudo haber de los vencidos; mandó ahorcar a Pedro Bello y a Pedro Antón, que eran los que de él se habían huido en la Ciudad de los Reyes en un barco; a los demás propuso la razón que tenía de estar quejoso de ellos, que, volviendo por el bien común de vecinos y soldados, quisiesen ser contra él o contra sí mismos, que era lo más cierto; pero que les perdonaba, teniendo atención a que unos habían venido engañados y otros forzados. Prometióles que si con él hacían el deber, los tendría en el mismo lugar y reputación que a los que le habían seguido, y les gratificaría igualmente. Y así los mandó quedar en su campo, socorriéndoles con lo que habían menester. Mandó a los suyos que nadie los maltratase de obra ni palabra, sino que los tratasen como a hermanos.

Despachó mensajeros por todo el Reino con la nueva de su victoria, por animar a los que tenían y seguían su bando, y por quebrantar a los contrarios. Envió a Panamá al capitán Alarcón en un navío con la nueva del vencimiento a Pedro de Hinojosa, y que a la vuelta trajese a Vela Núñez y a los que con él estaban presos. Tuvo algunos pareceres de los que con cuidado miraban su empresa en lo adelante, que le dijeron enviase su armada por la costa de la Nueva España y Nicaragua, a recoger y quemar todos los navíos que por allí hallasen, por quitar y prohibir cualquiera intención que contra él pudiesen tener para acometerle por el mar; y que hecho esto recogiese su armada a la Ciudad de los Reyes, para que si Su Majestad enviase algún despacho hasta Tierra Firme, no hallando allí en qué ni cómo pasar al Perú, le sería bastante torcedor para hacer los partidos muy a su ventaja, lo cual le fuera de grandísima importancia para salir con su empresa, como adelante se verá. Pero Gonzalo Pizarro, confiado en Pedro de Hinojosa y en los que con él estaban, que a los más de ellos había sacado de mucha pobreza y necesidad y los había enriquecido con

Indios y reputación, esperando que se lo agradecieran como hombres nobles, que todos ellos lo eran, no quiso seguir el consejo que sus amigos le daban, por parecerle que se lo atribuirían a cobardía y flaqueza de ánimo, porque según su esfuerzo y valentía, que muchas veces engaña a los que de ella se precian, presumía resistir y vencer abiertamente cualquiera contradicción que procurasen hacerle.

El capitán Alarcón hizo su viaje, y de vuelta trajo al hijo de Gonzalo Pizarro y a Vela Núñez y otros tres que estaban presos con él; ahorcó dos de ellos, porque supo que habían hablado palabras escandalosas. Quiso ahorcar al tercero, más el hijo de Gonzalo Pizarro le libró, diciendo que aquél le había tratado con mucho respeto y comedimiento. A Vela Núñez llevó a Quitu, y Gonzalo Pizarro le perdonó todo lo pasado, amonestándole que en lo por venir, estuviese sobre aviso de no caer en cualquier sospecha que le sería muy peligrosa. Llevóle consigo hasta la Ciudad de los Reyes, y lo traía con más libertad de la que parecía convenir que tuviese un hombre tan contrario suyo; pero Gonzalo Pizarro fiaba de los demás lo que pudieran fiar de él, que era hombre entero y sin doblez. El Licenciado Cepeda, Oidor, de quien nos hemos olvidado mucho, anduvo con Gonzalo Pizarro en toda esta jornada, y se halló en la batalla y peleó en ella como soldado, y no como Oidor. Gonzalo Pizarro estuvo en Quitu después de haber proveído las cosas que se han dicho, donde, pareciéndole que como Gobernador le convenía tratar del gobierno de aquel Imperio, porque era ya solo, y la Audiencia estaba por su industria deshecha, que al Oidor Cepeda traía consigo, el Licenciado Álvarez era ya muerto y al Doctor Tejada habían enviado a España por embajador, y el Licenciado Zárate estaba en Los Reyes solo y enfermo, y no podía despachar nada por Audiencia; por lo cual, como hombre que deseaba dar buena cuenta de sí, procuró Gonzalo Pizarro hacer leyes y ordenanzas para el buen gobierno de la tierra, para la quietud y beneficio de indios y españoles, y aumento de la religión cristiana, como lo dice Francisco López de Gómara en el capítulo ciento setenta y tres de su *Historia*, que con su título es el que se sigue :

"De lo bien que en ausencia de Francisco de Carvajal gobernó Gonzalo Pizarro, y a la postre se quiso llamar Rey, instigado de muchos."

Nunca Pizarro en ausencia de Francisco de Carvajal, su maese de campo, mató ni consintió matar español, sin que todos o los más de su Consejo lo aprobasen; y entonces, con proceso en forma de derecho, y confesados primero. Mandó con provisiones que no cargasen indios, que era una de las Ordenanzas, ni rancheasen, que es tomar a los indios su hacienda por fuerza y sin dineros, so pena de muerte. Mandó asímismo que todos los encomenderos tuviesen clérigos en sus pueblos para enseñar a los indios la doctrina cristiana, so pena de privación del repartimiento. Procuró mucho el quinto y hacienda del Rey, diciendo que así lo hacía su hermano Francisco Pizarro. Mandó que de diez se

pagase uno solamente, y que pues ya no había guerra, muerto Blasco Núñez, que sirviesen todos al Rey, porque revocase las Ordenanzas, confirmase los repartimientos y les perdonase lo pasado. Todos entonces loaban su gobernación, y aún Gasca dijo, después que vió los mandamientos, que gobernaba bien para ser tirano. Este buen gobierno duró, como al principio dije, hasta que Pedro de Hinojosa entregó la armada a Gasca."

Hasta aquí es de Gómara. Lo que dice más en aquel capítulo dejaremos para decirlo en su tiempo, que pasaron otras cosas y hazañas famosas en medio, y para contarlas nos es necesario, dejando a Gonzalo Pizarro en Quitu, hacer un salto de setecientas leguas en medio, y buscar a Francisco de Carvajal y a Diego Centeno, que los dejamos en gran contienda, siguiendo el uno al otro, y haciéndole todo el mal y daño que podía, como se verá en el capítulo siguiente.[41]

CAPÍTULO XXXVI: De un galano ardid de guerra que Diego Centeno usó contra Francisco de Carvajal. Cuéntanse los demás sucesos, hasta el fin de aquellos alcances.

Como atrás dijimos, Francisco de Carvajal iba en pos de Diego Centeno sin perder hora ni punto de lo que le convenía para deshacer y haber a las manos a sus enemigos. Iba siempre con su escuadrón de infantería formado, y cada día había a las manos parte del carruaje y de la gente de Diego Centeno.

Acaeció que un día llevándolos así por delante siempre a vista, habían de pasar una quebrada honda, que (como hemos dicho de otras muchas que en aquella tierra hay) tenía más de una legua de descendida hasta un arroyo pequeño, y otro tanto de subida, y de un cerro al otro no había un tiro de arcabuz; donde Francisco de Carvajal sabiendo bien el camino y lo que por adelante había, iba muy alegre y contento, viendo que llevaba a su contrario al matadero, porque imaginaba que mientras Diego Centeno bajaba la cuesta hasta el arroyo, él llegaría a ponerse en lo alto de ella, y que mientras que el enemigo subía la otra cuesta, sus arcabuceros, que los llevaba tales, matarían a Diego Centeno y a los suyos sin errar tiro, porque les habían de tirar de mampuesto a

[41]Asegura Gutiérrez de Santa Clara que sobre la tumba de Núñez Vela, algún tiempo después se puso este epitafio:

Aquí yace sepultado
el ínclito Visorrey
que murió descabezado
como bueno y esforzado
por la justicia del rey;
(La) su fama volará
aunque murió su persona,
(y) su virtud sonará,
por esto se le dará
de lealtad la Corona.

pie quedo. Con esta imaginación iba Carvajal muy ufano, y los suyos lo mismo, porque se certificaban haber acabado su empresa aquel día.

Diego Centeno, que también llevaba cuidado de sí y de los suyos, entendió el peligro en que iban, y previno el remedio para librarse de él; y una legua antes de llegar a la descendida del arroyo, llamó a los principales de su compañía. Díjoles: "Señores, ya vuesas mercedes ven el peligro en que vamos, que mientras que subiéremos la cuesta que está de la otra parte del arroyo que llevamos por delante, nuestro enemigo se ha de poner a nuestras espaldas y tirarnos a pie quedo de mampuesto, y matarnos a todos sin perder tiro. Conviene que seis de vuesas mercedes, de los que tienen mejores caballos, se pongan tras de este cerro, que está a mano derecha de este camino, y se estén quedos y encubiertos; y cuando Carvajal y su vanguardia hubiesen pasado de este cerro, den en la retaguardia y alanceen todos los indios y negros y españoles que pudieren, y los caballos y acémilas que alcanzaren, sin respetar nada, y hagan todo el mayor ruido que pudieren, para que el arma llegue a oídos de Francisco de Carvajal y vuelva atrás a socorrer los suyos, y nos deje pasar libres, porque de otra manera pereceremos hoy todos." Nombró los seis que habían de quedar, por quitarles de diferencias, porque querían quedar todos, que eran quince o diez y seis los que llamó a la plática.

Hecha esta prevención, Diego Centeno siguió su camino, llevando los suyos por delante, dándoles toda la prisa que podía. Los seis compañeros de a caballo dieron vuelta al cerro, y cuando Carvajal y su vanguardia (donde llevaba toda su gente útil de guerra, porque no se recataba de los enemigos por las espaldas) hubieron pasado, dieron en la retaguardia, y alancearon a toda furia los indios, negros y españoles que iban con el carruaje. Mataron las acémilas y caballos que toparon, con lo cual obligaron a los enemigos a dar armas, pidiendo socorro a los suyos. Carvajal, oyendo lo que no imaginó, hizo alto en el caminar, y no quiso volver atrás sospechando que la arma era falsa; y que siéndolo y volviendo atrás a socorrer los suyos, y no hallando enemigos, perdía el lance que llevaba entre las manos. Más los seis de a caballo, pasando adelante en su empresa, hicieron de manera que ya no daban arma los de Carvajal, sino que a gritos y voces pedían socorro. Derribaron una acémila entre las que mataron, que llevaba dos barriles quintaleños de pólvora; pegáronle fuego y dió una estampida como un trueno, que retumbó aquellos cerros y valles.

Ya con esto se certificó Francisco de Carvajal que la arma no era falsa, sino verdadera y muy dañosa. Mandó volver su gente para socorrer los suyos, que lo habían bien menester. Los seis de a caballo, viendo venir cerca la gente de guerra, volvieron las espaldas y se fueron por el camino que habían venido; y tomando rodeos y atajos guiados por los indios, se volvieron a juntar al fin de seis días o siete con su capitán Diego Centeno. El maese de campo Francisco de Carvajal, habiendo socorrido a los suyos, paró allí lo que restaba del día y la noche siguiente, que no pudo seguir a su enemigo, porque el daño que los seis de a caballo le hicieron fue mucho, que, como tuvieron tiempo, y no quien les

contradijese, alancearon a su placer cuanto por delante hallaron y dieron lugar a que Diego Centeno pasase aquel mal paso sin que su enemigo le hiciese daño, como ambos lo llevaban pensando.

De lo cual quedó Carvajal muy desdeñado, corrido y afrentado; de que un capitán que en su comparación era bisoño, y más que bisoño, le hubiese hecho un ardid de guerra tan galano y tan en su favor, que se le hubiese escapado del peligro tan notorio en que iba, y librádose de sus manos con tanto daño de su enemigo. Y así, como afrentado, no habló palabra en todo el día en aquel hecho, más de proveer el remedio del daño pasado, ni quiso cenar aquella noche, diciendo que le bastaba la burla y afrenta de aquel día para cena y comida de otros muchos. Pasado ya buen rato de la noche, perdida parte de la ira y enojo que había recibido, hablando con los suyos les dijo: "Señores, yo he visto en todo el discurso de mi soldadesca en Italia, que fueron más de cuarenta años, retirarse de sus enemigos al Rey de Francia y al Gran Capitán y a Antonio de Leyva y al Conde Pedro Navarro y a Marco Antonio Colona y a Fabricio Colona y a los demás capitanes famosos de mis tiempos, así españoles como italianos; más ninguno vi retirarse con el valor que este mozo se me ha retirado hoy". Palabras son de Francisco de Carvajal, sin quitarle ni añadirle una, y a mí me las dijo quien se las oyó a él.

Luego otro día, bien de mañana, siguió a su enemigo con más diligencia y más coraje que hasta allí había tenido; y así fue cada día ganándole gente y caballos y el fardaje que no podía huir, de manera que al cabo de más de doscientas leguas que le había dado de alcances por caminos reales y fuera de ellos, por sierras y valles, no le quedaron a Diego Centeno más de ochenta hombres. Viendo su gente tan cansada y disminuida, pareciéndole que en toda aquella tierra no había parte segura donde poder parar él y los suyos, acordó irse a la costa de la mar, a la ciudad de Arequepa, para guarecerse en el mar, ya que no podía en la tierra. Envió delante uno de sus capitanes, llamado Ribadeneyra, con aviso, si hallase algún navío por la costa, lo tomase por dinero o por engaño, y lo trajese a Arequepa, para que en él se embarcasen y escapasen de aquel peligro. Ribadeneyra, con buena dicha, halló un navío que iba a Chili, y, acometiéndole él y sus compañeros de noche en una balsa con mucho silencio, lo ganaron fácilmente y vieron que iba bien proveído de matalotaje; volvieron en él hacia Arequepa para recibir a Diego Centeno; pero Diego Centeno, con la prisa que Carvajal le daba, llegó primero al puerto que el navío, y, sintiendo al enemigo a sus espaldas y viendo que ya no había donde ir, acordó deshacer la gente que llevaba y les dijo que pues Ribadeneyra no parecía, ni en aquel puerto había navío en que poder huir del enemigo, le parecía que cada uno, en cuadrillas de cuatro en cuatro o de seis en seis o a solas, como mejor les pareciese, se derramasen por diversas partes, para que si el enemigo siguiese a unos, no siguiese a todos, y que él se iba a esconder donde pudiese. Diciendo esto se despidió de los suyos, y se metió en una quebrada de sierras y montes altos, con un compañero llamado Luis de Ribera y un criado, donde hallaron una

cueva, y en ella estuvieron escondidos casi ocho meses, hasta que el Presidente Gasca entró en el Perú, y todo este tiempo los mantuvo un curaca del repartimiento de Miguel Cornejo, en cuya tierra acertaron a caer. Dejarlos hemos así hasta su tiempo.

En todo lo que de Diego Centeno hemos dicho, desde que alzó bandera por Su Majestad, anduvo en su compañía Gonzalo Silvestre, natural de Herrera de Alcántara, de quien hicimos larga mención en nuestra *Historia de la Florida*. Francisco de Carvajal llegó a Arequepa en seguimiento de Diego Centeno, y allí perdió el rastro de él, y supo que él y sus compañeros se habían desperdigado por diversas partes; fue al puerto de aquella ciudad, y otro día amaneció en él el capitán Ribadeneyra en su navío. Francisco de Carvajal, sabiendo de uno de los que prendió quien era y a qué venía, y la contraseña que tenían, pretendió haber el navío con ella; más Ribadeneira anduvo tan recatado, que pidiéndole hablase alguna persona conocida de los suyos, y viendo que nadie salía a hablarle, alzó velas y se fue del puerto.

Carvajal supo que Lope de Mendoza iba huyendo con otros siete u ocho compañeros tierra adentro; envió tras ellos a uno de sus capitanes con veinte arcabuceros, que le siguió casi cien leguas, hasta encerrarlo en la Gobernación y conquista del capitán Diego de Rojas, de donde se volvieron a dar cuenta a Carvajal de lo que les había sucedido. El cual, después que vió que Diego Centeno se había perdido y que no parecía hombre de los suyos, se fue a la Villa de la Plata a recoger dineros de la hacienda de Gonzalo Pizarro y de los que le habían negado.

Volviendo a Lope de Mendoza, es así que entró por la Gobernación de Diego de Rojas, que fue uno de los capitanes que el Licenciado Vaca de Castro, Gobernador del Perú, proveyó a nuevas conquistas, después de haber apaciguado las revueltas del Perú con la muerte y castigo de Don Diego de Almagro el Mozo. Diremos en el capítulo siguiente lo que le sucedió.

CAPÍTULO XXXVII: Los sucesos de Lope de Mendoza y las maneras de ponzoña que los indios echan en las flechas. Y cómo Lope de Mendoza volvió al Perú.

La intención que Lope de Mendoza llevaba era esconderse él y sus compañeros en aquellas bravas montañas de los Antis, que estaban al oriente de todo el Perú, hasta que saliese la voz del Rey. Andando con esta intención, bien descuidado de topar españoles por aquella tierra, se encontró con Gabriel Bermúdez, que era uno de los que entraron con Diego de Rojas, que, habiendo él y sus compañeros hecho grandes hazañas contra los indios de aquella conquista, y sufrido increíbles trabajos y hambres, y habiendo llegado con su descubrimiento hasta el Río de la Plata y hasta la fortaleza que Sebastián Gaboto en aquella tierra hizo, entró la discordia entre ellos (por muerte de Diego de

Rojas, el Capitán general), sobre cuál de ellos había de gobernar aquel pequeño y valeroso ejército. Fué tan grande la ambición que tuvieron los que pretendían el mando y gobernación, que se mataron muchos de ellos unos a otros, y se dividieron por diversas partes; y como si no tuvieran enemigos en quien emplear las armas, las volvían contra sí mismos.

La muerte de Diego de Rojas se causó de un flechazo que le dieron los indios con yerba malísima, que hace su obra después de los tres días de la herida, y despacha al herido en otros siete días adelante; el cual muere rabiando, comiéndose las manos a bocados y dando cabezadas por las paredes, con que apresura su muerte. Los españoles, deseando saber la contrayerba, ya que de los indios, ni por promesas ni por amenazas que les hacían, no podían sacar el aviso de ella, flecharon en los muslos a uno de los que tenían presos, y lo soltaron así herido, el cual buscó por el campo dos maneras de yerbas, y majando cada una de por sí, bebió el zumo de la una y el de la otra echó en las heridas, habiéndolas primero abierto con un cuchillo y sacado las púas de la flecha, que les hacen sutiles y puestas de manera que cuando arrancan la flecha de la herida se quedan las púas dentro, y es menester sacarlas para que aproveche la contrayerba; así lo hizo el indio y sanó. Los españoles con este remedio escaparon muchos de la ponzoña de las flechas; algunos murieron, que no pudieron sacar las púas de las flechas.

En las islas de Barlovento y en toda la tierra que llaman del Brasil, en Santa Marta y en el Nuevo Reino y otras tierras de indios crueles, usaban otra manera de ponzoña (que la pasada que hemos dicho no se supo de qué era): tomaban una pierna de un indio de los que mataban y la colgaban al aire y al Sol, y en ella hincaban todas las púas de las flechas que cabían en el cuarto del indio; y pasados tantos días las sacaban, y sin limpiarlas las enjugaban al aire, donde no les diese el Sol, y después las ponían en las flechas. Fué una cruelísima yerba y muy ponzoñosa, muy dificultosa de curar y peor de sanar; en cuya comprobación contaremos adelante, en su lugar, un cuento de que yo soy testigo.

Después que los españoles entraron en aquellas tierras, y tuvieron guerra con los indios, trocaron la materia de la ponzoña, que, como hasta allí la hacían de carne de indios, de allí adelante la hicieron de carne de los españoles que mataban y podían haber; y si acertaban a matar o prender algún español bermejo, de los que llaman pelo de azafrán, hacían la ponzoña antes de él que de otro; porque el color tan encendido y extraño les parecía que sería más ponzoñoso que el común. A esto se añadió que oyeron el refrán común que entre los españoles se usa decir, que los tales bermejos son buenos para hacer de ellos rejalgar.

Volviendo a los de la entrada, decimos que, viéndose tan discordes y tan enemistados unos con otros, que no esperaban paz ni amistad, acordaron parte de ellos salirse de aquella tierra al Perú, porque andando divididos y enemistados, no podían hacer nada contra los indios, que eran belicosos y

bravos. La de la ponzoña con todo lo sucedido en esta jornada y la discordia de aquellos españoles, lo cuenta largamente Diego Fernández, Palentino, en su historia, donde se verán cosas extrañas, que yo, por abreviar con la nuestra, me remito a la suya. Movióles a aquellos españoles (demás de su discordia) a salirse al Perú, la nueva que tuvieron por un indio de las revueltas de aquel Imperio, aunque no supieron las particularidades de ellas, más de que había guerra entre los españoles.

Con esta nueva enviaron a Gabriel Bermúdez, que fuese hacia los términos del Perú a certificarse de lo que había, para seguir el bando que mejor les estuviese. El cual, andando con esta pretensión, topó con Lope de Mendoza, que le dió larga noticia de todo lo sucedido en el Perú, después que Diego de Rojas había salido de él. Y juntándose los compañeros de Gabriel Bermúdez, de común consentimiento hicieron mensajeros a Nicolás de Heredia, que era el caudillo de la otra parcialidad, el cual vino luego con sus compañeros. Lope de Mendoza los hizo amigos, y los unos y los otros de común parecer le alzaron por Capitán general y juraron de le seguir y obedecer. Eran por todos ciento y cincuenta hombres, casi todos de caballo, gente valerosa, dispuesta a sufrir y pasar cualquiera necesidad, hambre y trabajo, como hombres que en más de tres años continuos, descubriendo casi seiscientas leguas de tierra, no habían tenido un día de descanso sino de trabajos increíbles, fuera de todo encarecimiento de escritores.

Lope de Mendoza, viéndose con tanta y tan famosa gente, salió con ella de las montañas, a ver si podía resistir a Francisco de Carvajal, o si había tomado otro alguno la voz del Rey con quien se juntar. Salió hasta la provincia y pueblo llamado Pucuna, donde paró algún día por rehacer la gente y los caballos, que venían fatigados de hambre y trabajos pasados. Francisco de Carvajal, que no se descuidaba de cosa alguna de lo que al oficio de buen maese de campo convenía, supo la salida de Lope de Mendoza y de la gente de la entrada (que este apellido dieron aquellos soldados), y que habían salido mal avenidos unos con otros; determinó irlos a buscar antes que se reconciliasen, porque le parecía sujetarlos más fácilmente estando desunidos. Lope de Mendoza, que supo su venida, se fortificó en el pueblo con trincheras y troneras, para defenderse dentro; más cuando vió a Francisco de Carvajal cerca, mudó parecer; temió no le cercase y lo rindiese por hambre, porque no se había proveído de bastimento; también vió que su gente, por ser casi toda de caballo, era superior a los contrarios, y que pelearían mejor en el campo que en el cercado, y que los de Carvajal se le pasarían mejor en campo raso, donde pudiese recogerlos con facilidad, que no donde hubiese pared en medio, que este pensamiento, de que Carvajal traía su gente descontenta y que se le huiría viendo ocasión, engañó muchas veces a Diego Centeno; lo mismo hace ahora a Lope de Mendoza. El cual salió a recibir a Francisco de Carvajal, que iba con escuadrón formado a combatirle en el pueblo; pero cuando vió que Lope de Mendoza su enemigo dejaba el fuerte, hizo mayor ostentación de acometerle y darle batalla, más su

pretensión no era sino de echarle fuera del fuerte con engaño, y así hizo burla de ellos cuando los vió fuera de él, porque vió la bisoñería que había hecho, y para confirmársela, fue derecho a ellos, y Lope de Mendoza hizo lo mismo. Mas Carvajal, viéndolos a tiro de arcabuz, les dió lado, y con buena orden se entró en el pueblo, sin que sus contrarios se lo pudiesen resistir, porque, no pasándosele a Lope de Mendoza alguna de la gente de Carvajal (como lo imaginaba), no eran parte los suyos para resistirle, porque traía doblado número de gente y muchos arcabuceros muy diestros y ejercitados, de manera que trocaron los sitios, que Carvajal se quedó en el fuerte y Lope de Mendoza en el campo.

Los de Carvajal saquearon el pueblo, donde los contrarios habían dejado su hacienda; hubieron, sin la ropa, más de cincuenta mil pesos en barras de plata, que Lope de Mendoza, luego que salió de las montañas, mandó traer de ciertas partes, donde él y Diego Centeno las habían escondido cuando andaban huyendo de Francisco de Carvajal. Quería con aquella plata hacer paga y dar socorro a los que habían salido de la entrada, más ellos fueron tan generosos que muy pocos o por mejor decir casi ninguno, quiso recibir nada, porque pretendían que adelante se les hiciesen mercedes aventajadas, por haber servido al Rey a su costa y riesgo, sin paga ni socorro, porque así lo alegaban después en sus peticiones; y esta fue común costumbre, no solamente de aquellos de la entrada, más también de todos los soldados nobles del Perú, no querer recibir paga ni socorro, y desdeñarse si se lo ofrecían, porque ponían su honra en servir sin interés presente, sino por el galardón venidero; y si alguno, por mucha necesidad, recibía algún dinero, no era por vía de paga ni socorro, sino de empréstito, con obligación de volverlo a la hacienda de Su Majestad luego que tuviesen de qué. Y así lo hacían con mucha puntualidad, porque ponían su honra en el cumplimiento de la promesa soldadesca.

CAPÍTULO XXXVIII: Ardides de Francisco de Carvajal, con los cuales vence y mata a Lope de Mendoza y se va a los Charcas.

Mientras que los de Carvajal saqueaban el pueblo, parece que perdió ocasión Lope de Mendoza en no acometer a sus contrarios, porque el saco muchas veces ha sido causa de perderse los vencedores y ganarse los vencidos. Pero también temieron que Carvajal no estaría tan descuidado que pudiesen vencerle; y así fue, que sintiendo su gente derramada luego tocó arma, y la tuvo en escuadrón toda la noche, y para engañar al enemigo, porque no se le fuese aquella noche, escribió una carta falsa en nombre de uno de los suyos, y se la dió a un indio ladino, instruyéndole en lo que había de hacer y decir para que fuese creído; persuadía en la carta que acometiesen a Carvajal aquella noche por dos partes; que se le pasaría mucha gente descontenta que con él andaba, que no lo habían hecho el día antes porque no lo matasen con los arcabuces mientras se iban a ellos.

Usó Carvajal de este ardid aprovechándose de la común opinión que hemos dicho que sus contrarios tenían de que su gente andaba siempre muy descontenta y maltratada, y que se le había de huir en pudiendo. Lope de Mendoza, cuando vió la carta, aunque no supo cúya era porque iba sin firma, la creyó, por ser conforme a su opinión; apercibió su gente y a media noche acometió por las dos partes que le avisaron, más por ninguna hizo efecto, porque halló mucha resistencia y ninguno que se le pasase, con que desmayó viéndose engañado, y se retiró con muerte de siete u ocho de los suyos, y otros heridos de los arcabuces. Supo de los indios que seis o siete leguas de allí había dejado Francisco de Carvajal toda su hacienda y la de su gente; quiso vengarse y pagarse en la misma moneda, despojando a sus contrarios, pues se habían llevado la suya. Caminó luego hacia allá; hubo todo el despojo de Carvajal, con que todos quedaron muy contentos, porque demás de la ropa hallaron mucho oro, armas y pólvora.

Dicen los historiadores, todos tres, que Carvajal quedó mal herido de la pelea de la noche de un arcabuzazo que le pasó un muslo, y que anduvo toda la noche ordenando su gente, habiéndose curado en secreto, porque no sintiesen que estaba herido. Dicen que uno de los suyos le hirió, pero la herida por lo que ellos mismos dicen, debió de ser poca o nada, pues pudo andar toda lo noche y seguir otro día a sus contrarios y hallarlos la noche siguiente dormidos y descuidados, donde los venció y desbarató y prendió muchos de ellos; y los que no pudo haber, se derramaron por diversas partes con la oscuridad de la noche, y Lope de Mendoza entre ellos. Francisco de Carvajal, luego que amaneció y vió que Lope de Mendoza se había ido, le siguió por el rastro; en el camino supo que sus contrarios le habían saqueado su hacienda y la de sus compañeros.

Entonces volviéndose a los suyos, dijo: “Mal se entiende el señor Lope de Mendoza en llevar consigo el cuchillo de su muerte.” Dijo esto dando a entender que él y los suyos habían de hacer lo que pudiesen hasta morir o cobrar sus haciendas. De allí adelante se dió más prisa a caminar tras Lope de Mendoza; el cual, habiendo caminado ocho o nueve leguas, y pareciéndole que Carvajal, con su mucha ocupación, no sería para caminarlas aquel día ni otro, se quedó en la ribera de un río (habiéndolo pasado) a descansar y dormir, que iban fatigados de sueños, de las trasnochadas pasadas. Y así estaban uno durmiendo y otro comiendo a todo su placer, cuando Carvajal asomó por una cuesta que bajaba al río. Los de Lope de Mendoza se alborotaron con la venida del enemigo tan repentina, y pensando que Carvajal llevaba consigo toda su gente huyeron por diversas partes, sin aguardar a ver los que iban contra ellos, que no eran más de sesenta, que Carvajal había escogido los que tenían mejores caballos, pareciéndole bastaban aquellos para seguir gente que iba huyendo. Prendió muchos de los contrarios; detúvose en aquel puesto, recogiendo lo que le habían saqueado, halló en dos o tres cuadrillas de soldados que estaban jugando parte de los tejos de oro que le habían robado, donde dijo algunos dichos de los suyos, que Diego Hernández escribe largamente; allí se detuvo todo el día. Entretanto

tuvo lugar Lope de Mendoza de acogerse con cinco o seis de los suyos, y otros se derramaron por diversas partes, sin saber adonde iban, más de huir y apartarse del enemigo.

Francisco de Carvajal, habiendo recogido la presa, aunque no toda la que había perdido, siguió el rastro de los que huían y acertó a seguir el de Lope de Mendoza, no porque lo supiese, sino porque el rastro era de más gente; dióse tan buena prisa que, aunque sus contrarios le llevaban cinco o seis horas de ventaja, a la madrugada de la segunda noche que le siguió, llegó donde estaba Lope de Mendoza, que era un pueblo pequeño de indios; y en el espacio de poco más de treinta horas de tiempo que había escapado del último alcance que Carvajal le dió, había caminado veinte y dos leguas; y pareciéndole que Carvajal, por traer mucha gente, no caminaría tanto, había parado allí. Y también lo hizo forzado del sueño y cansancio, que él y los suyos llevaban de las trasnochadas y de las jornadas tan largas, sin descansar ni comer ellos ni sus cabalgaduras; y así estaban todos hechos pedazos, y dormidos como cuerpos muertos

Carvajal llegó al pueblezuelo; llevaba consigo otros ocho compañeros, con los cuales se había adelantado de los suyos por dar arma aquella noche a Lope de Mendoza donde quiera que lo hallase, por no darle lugar a que descansase ni parase, sino que pereciese huyendo. Supo de los indios la casa donde Lope de Mendoza y sus compañeros estaban, y cuántos eran. Entonces fue con más confianza, y tomando dos puertas que el aposento tenía, que era un galpón grande del cacique del pueblo, habló a voces llamando por sus nombres a sus capitanes, aunque no los llevaba más de por asombrar, y dar a entender a sus contrarios que llevaba mucha gente, porque no se pusiesen en defensa. Díjoles: "Señores capitanes, fulano y fulano, guarden vuesas mercedes esta puerta; y vuesas mercedes señores, fulano y fulano, guarden esa otra puerta; y vuesa merced, señor fulano, traiga fuego para quemar este galpón."

Con este ruido y vocería asombró Carvajal a los que estaban en la casa, y entró con tres de los que llevaba, y los desarmó y ató a todos, sino fue a Lope de Mendoza, que le respetó por el oficio que tenía de Capitán general; y así los sacó fuera de la casa, para que viesen los pocos que eran. De esta manera fue la prisión de Lope de Mendoza, aunque los historiadores la cuentan en suma, por no hablar en particular de los ardides de Carvajal. El cual luego hizo dar garrote a Lope de Mendoza y cortarle la cabeza, y a Nicolás de Heredia y a otros tres; y a los demás perdonó. Lo mismo hizo a todos los de la entrada que prendió y les restituyó los caballos y armas y otras cosas que les habían quitado, y les dió socorro de dineros y cabalgaduras a los que no las tenían, procurando hacerles amigos para que siguieran su bando. Asimismo perdonó a Luis Pardomo y a Alonso Camargo, que huyeron con Lope de Mendoza desde que se apartaron de Diego Centeno, porque le descubrieron dónde tenía Diego Centeno enterrados más de cincuenta mil pesos de plata. Con la victoria alcanzada, viendo que no había en toda aquella tierra quien le contradijese, se fue a los Charcas a residir algunos días en la Villa de Plata, y recoger toda la que pudiese de las minas de

Potocsi, que se descubrieron en aquel año, y de los indios de los vecinos muertos y de los que se le habían huido, cuyos repartimientos ponían en cabeza de Gonzalo Pizarro para los gastos de la guerra.

El día que entró en la Villa de Plata salieron a recibirle los que había dentro, por aplacarle; salió entre ellos un Alonso Ramírez, con la vara en la mano, a quien Diego Centeno había hecho Alcalde ordinario de la Villa. Carvajal le dijo: "Señor Ramírez, quitadle la cruz a esa vara y hacedle una punta y tirádsela a un perro, y voto a tal que si no le acertáis por el ojo principal, que os he de ahorcar." Díjole esto por darle a entender su torpeza y rusticidad, que viniese con la vara en la mano a recibirle, no habiéndosela dado él ni hombre de su parcialidad, sino su enemigo. Ramírez la dejó entendiendo tarde, lo que fuera bien que mirara con tiempo.

CAPÍTULO XXXIX: Francisco de Carvajal envía la cabeza de Lope de Mendoza a Arequepa, y lo que sobre ella dijo una mujer. Un motín que contra Carvajal se hacía, y el castigo que sobre él hizo.

Otro día después que Francisco de Carvajal entró en aquella Ciudad de la Plata, envió la cabeza de Lope de Mendoza a la ciudad de Arequepa con Dionisio de Bobadilla, que fue después sargento mayor de Gonzalo Pizarro, y yo le conocí. Envióla para que la pusiesen en la picota de aquella ciudad en castigo y memoria de que en ella habían alzado bandera él y Diego Centeno. Bobadilla la llevó, y será bien que contemos un caso particular que allí le pasó con una honrada mujer, que por ser caso tan notable será justo que no quede en olvido. Vivía en Arequepa una mujer virtuosa y muy caritativa llamada Juana de Leyton; había sido criada de Doña Catalina Leyton, mujer noble, de la familia que de este apellido hay en el Reino de Portugal, que fue mujer de Francisco de Carvajal, aunque no falta quien diga, por hacerle odioso, que era su amiga; no era sino mujer y muy estimada de su marido y de todos los caballeros del Perú, que lo merecía por su persona y nobleza.

Esta señora crió mucho tiempo a Juana de Leyton, y por ella tomó su apellido; casóla con un hombre honrado que se decía Francisco Voso; fue tan mujer de bien que Francisco de Carvajal la respetaba como si fuera su hija.

En las alteraciones de Gonzalo Pizarro siempre favoreció a los del bando del Rey; a unos rogando por ellos a su señor Francisco de Carvajal y a otros ayudándoles con su hacienda, y a otros escondiéndolos en su propia casa, de manera que cuando Gonzalo Pizarro entró en Rímac la primera vez, y hubo aquellas prisiones y muertes que entonces contamos, tuvo Juana de Leyton tres vecinos escondidos en su casa. Francisco de Carvajal, que no se le escondía nada, fue a ella, y a solas le dijo: "¿Qué es de los tres hombres que tenéis aquí escondidos?" Ella lo negó; y replicando Carvajal que sí tenía, y nombrando uno

de ellos por sospecha o por cierta ciencia, la confundió. Viendo ella que no lo podía negar (con ánimo varonil), le dijo: "Ahí están dentro en tal aposento; yo os los traeré, y un cuchillo con que los degolléis y bebáis la sangre y comáis sus carnes, si bastaren a hartaros. Hartaos ya, hartaos de sangre humana, que andáis muy sediento de ella." Diciendo esto acometió a ir por los escondidos. Carvajal viendo su determinación, le dijo: "Déjalos, déjalos, y déjame a mí también, y quédate con el diablo". Con esto se fue y dejó a Juana de Leyton muy victoriosa. Este cuento supe de uno de los mayores enemigos de Carvajal, y hombre de mucha verdad, que fue Gonzalo Silvestre, de quien atrás hicimos mención.

Poco después se fue a vivir Juana de Leyton a Arequepa, como está dicho, donde Dionisio de Bobadilla llevó la cabeza de Lope de Mendoza y la de Nicolás de Heredia y de otros tres o cuatro; y antes que fuese a ver a Pedro de Fuentes, que era teniente de Gonzalo Pizarro en aquella ciudad, fue a ver a Juana de Leyton, porque sabía que había de dar gusto con su vista a Francisco de Carvajal, su señor. Ella le recibió con mucha cortesía; y habiéndole preguntado por su salud y por la de su señor, y sabiendo que llevaba aquellas cabezas para ponerlas en el rollo, le dijo: "Señor Dionisio de Bobadilla, suplícoos que me hagáis merced de la cabeza de Lope de Mendoza, para que ya la entierre lo mejor que pudiere, aunque no será como ella lo merece, porque era de un caballero muy principal y muy servidor del Rey." Bobadilla se excusó diciendo que no podía, que bien conocía ella la condición de Francisco de Carvajal, su señor, que si tal hiciese, le mandaría hacer cuartos. Ella replicó diciendo: "Dádmela, por amor de Dios, y yo os daré doscientos pesos con que socorráis uno de vuestros soldados; mirad que no os sirve de nada esa cabeza puesta en la picota; baste haberla cortado, sin que la traigáis ahora arrastrando por el suelo." Bobadilla volvió con las mismas palabras a excusarse tres y cuatro veces que ella, muy encarecidamente, y con mucho afecto repitió su demanda. La Juana de Leyton, viendo que no le aprovechaban ruegos ni promesas, casi movida en ira le dijo: "Pues ponla muy enhorabuena, que mala será para ti. Los doscientos pesos que te ofrecía por la cabeza yo se los diré de misas por su ánima, y a ti te digo que vivirá poco quien no la viere quitar para enterrarla con mucha honra y poner la tuya en su lugar."

El dicho pasó así, y después el hecho, sin faltar nada, como lo dirá la historia. Bobadilla salió muerto de risa, y por otra parte admirado del coloquio que tuvo con Juana de Leyton, y presentó las cabezas ante Pedro de Fuentes; y no acertando los indios que las llevaban a desenvolverlas de las mantas en que iban envueltas, llegó él mismo y las desenvolvió con mejor maña; y diciendo los españoles que allí estaban que hedían las cabezas, dijo el Bobadilla: "No, señores, no, que cabezas de enemigos cortadas por nuestras manos, huelen y no hieden". Dijo este dicho por preciarse de ministro y discípulo de Francisco de Carvajal, que los tuvo tales.

El maese de campo Francisco de Carvajal, después de haber deshecho al capitán Diego Centeno, y muerto a Lope de Mendoza y a Nicolás de Heredia y a

otros, y recogido y regalado a los soldados de la entrada del río de la Plata, con armas, caballos y dineros, por hacerlos de su bando, estuvo de asiento en la Villa de la Plata, recogiendo toda la que podía para enviársela a Gonzalo Pizarro. En este tiempo los soldados, hombres nobles que salieron de la entrada, como avergonzados y afrentados de que Carvajal con tanta facilidad los hubiese vencido y desperdigado, y muerto a Nicolás de Heredia, su capitán principal y otros sus compañeros, trataron de matar a Francisco de Carvajal, por vía de venganza y no por codicia (como alguno lo dice habiendo dicho de ellos mismos poco antes que eran tan ajenos de codicia, que no quisieron recibir pagas de Lope de Mendoza, aunque se las daba muy largas). Los principales de la conjuración fueron Luis Pardomo, Alonso Camargo y otros que otras veces habían sido perdonados de Francisco de Carvajal, como atrás se ha dicho. Y sin estos hubo otros treinta de los no tan nombrados. Y hecha la conjura para matarle tal día, hicieron juramento sobre un crucifijo de guardar todos el secreto con mucha recato; más Francisco de Carvajal, que velaba sobre sí con mucho cuidado, y también tenía amigos muy aficionados, supo la trama de los conjurados, prendió a algunos de ellos, y los hizo cuartos con gran enojo y rabia, diciendo estas palabras, que Diego Fernández escribe en este paso: “El señor Balmaceda y otros muchos caballeros de la entrada del río de la Plata, me querían matar sobre haberles yo tratado bien y haberles hecho más honra que a los servidores del Gobernador Gonzalo Pizarro, mi señor,” etc.

Habiendo ajusticiado seis o siete de los más principales, perdonó a los demás por no degollar tantos; y para asegurarse de ellos, que los sintió hombres muy ásperos, los envió por diversas partes (por vía de destierro) a Gonzalo Pizarro, a quien poco antes de esto había escrito una larga relación de todo lo por él sucedido, y cómo sus enemigos estaban ya desbaratados y deshechos.

En este mismo tiempo recibió Francisco de Carvajal de Gonzalo Pizarro, en trueque y cambio de su relación las nuevas de la batalla de Quitu, la muerte del Visorrey y lo que después de ella había proveído, y cómo pretendía irse a la Ciudad de los Reyes, y Carvajal hiciese lo mismo, para que de allí se viesen, y tratasen lo que les convenía hacer para lo de adelante.

CAPÍTULO XL: Lo que Francisco de Carvajal escribió y dijo de palabra a Gonzalo Pizarro sobre que se hiciese Rey del Perú, y la persuasión de otros en lo mismo

Con estas nuevas anduvo Carvajal muy imaginativo sobre las cosas de Gonzalo Pizarro, trazando cómo se perpetuase en el señorío de aquel Imperio, no solamente como Gobernador del Emperador, sino como señor absoluto, pues lo había ganado juntamente con sus hermanos. Escribióle una carta larga que Diego Fernández, capítulo cuarenta y nueve refiere, pidiéndole que se llamase Rey. Más cuando se vió con Gonzalo Pizarro en Rímac, entre otras cosas

(aunque adelantemos este paso de su lugar) le dijo: "Señor, muerto un Visorrey en batalla campal, y cortada su cabeza y puesta en la picota, y que la batalla fue contra el estandarte real de Su Majestad, y que antes y después ha habido tantas muertes, robos, y daños como se han hecho, no hay para qué ya esperar perdón del Rey ni otro concierto alguno, aunque Vuesa Señoría dé sus disculpas bastantísimas, y quede más inocente que un niño de teta; ni hay para qué fiar de promesas ni de palabras por certificadas que vengan, sino que Vuesa Señoría se alce y se llame Rey, y la Gobernación y el mando que espera de mano ajena se lo tome de la suya, y ponga corona sobre su cabeza y reparta lo que hay bajo en la tierra, por sus amigos y valedores; y lo que el Rey les da temporal por dos vidas, se lo dé Vuesa Señoría en mayorazgo perpetuo, con título de Duques, Marqueses y Condes, como los hay en todos los Reinos del mundo, que, por sustentar y defender ellos sus estados, defenderían el de Vuesa Señoría.

"Levante Órdenes militares con nombre y apellido de los de España, o de otros Santos, sus devotos, con las insignias que por bien tuviere; y para los caballeros de los tales hábitos señale rentas y pensiones de que puedan comer y gozar por sus días, como lo hacen en todas partes los Caballeros militares. Con esto que he dicho en suma, atraerá Vuesa Señoría a su servicio toda la caballería y nobleza de los españoles que en este Imperio están, y pagará por entero a los que lo ganaron y sirvieron a Vuesa Señoría, que ahora no lo están. Y para atraer a los indios a su servicio y devoción, para que mueran por Vuesa Señoría con el amor que a sus Reyes Incas tenían, tome Vuesa Señoría por mujer y esposa la infanta que entre ellos se hallare más propincua al árbol real, y envíe sus embajadores a las montañas, donde está encerrado el Inca heredero de este Imperio, pidiéndole le salga a restituirse en su majestad y grandeza, y que de su mano dé a Vuesa Señoría por mujer la hija o hermana que tuviere, que bien sabe Vuesa Señoría cuánto estimará aquel príncipe su parentesco y amistad; y demás de ganar el amor universal de todos los indios con la restitución de su Inca, ganará Vuesa Señoría que harán muy de veras lo que su Rey les mandare en vuestro servicio, como alzar los bastimentos, despoblar los pueblos, cortar los caminos por dondequiera que sus enemigos quisiesen acometer a Vuesa Señoría; en fin, serán todos los indios de vuestro bando, que, no ayudando ellos a los contrarios de Vuesa Señoría con bastimentos ni con llevar las cargas, no pueden prevalecer ni ser parte en esta tierra; y el príncipe se contentará con el nombre de Rey, y que sus vasallos le obedezcan como antes, y gobierne en la paz a sus indios como hicieron sus pasados, y Vuesa Señoría y sus ministros y capitanes gobernarán a los españoles, y administrarán lo que tocare a la guerra, pidiendo al Inca que mande a los indios, hagan y cumplan lo que Vuesa Señoría ordenare y mandare; y entonces tendrá seguridad de que los indios no le engañen, ni sean espías dobles, como ahora lo son, sirviendo al un bando y al otro.

"Demás de esto, tendrá Vuesa Señoría del Inca, no solamente todo el oro y plata que los indios sacaren en este Imperio, pues ellos no lo tenían por riqueza ni tesoro, sino también todo el tesoro que tienen escondido (como es notorio) de

los Reyes sus antecesores, que todo se lo dará y entregará a Vuesa Señoría, así por el parentesco como por verse restituido en su majestad y grandeza; y con tanto oro y plata como la fama dice, podrá Vuesa Señoría comprar a todo el mundo, si quisiere ser señor de él; y no repare Vuesa Señoría en que le digan que hace tiranía al Rey de España; que no se la hace, porque, como el refrán lo dice, no hay Rey traidor. Esta tierra era de los Incas, señores naturales de ella, y, no habiendo de restituírsela a ellos, más derecho tiene Vuesa Señoría a ella que el Rey de Castilla, porque la ganó por su persona, a su costa y riesgo, juntamente con sus hermanos; y ahora en restituírsela al Inca, hace lo que debe en ley natural, y en quererla, gobernar y mandar por sí, como ganador de ella y no como súbdito y vasallo de otro, también hace lo que debe a su reputación, que, quien puede ser Rey por el valor de su brazo, no es razón que sea siervo por flaqueza de ánimo: todo está en dar el primer paso y la primera voz. Suplico a Vuesa Señoría considere despacio lo que importa esto que le he dicho para perpetuarse en el señorío de este Imperio y para que le sigan todos los que en él viven, y vivieren; y por conclusión digo que como quiera que el hecho salga, Vuesa Señoría se corone y se llame Rey, que a quien lo ha ganado por sus brazos y valor no le está bien otro nombre, y muera Vuesa Señoría Rey; y muchas veces vuelvo a decir que muera Rey y no súbdito, que quien consiente estarse mal merece estar peor."

Algunas cosas he dejado de referir en esta plática de Carvajal, aún más descompuestas, porque no ofendiesen los oídos de los fieles y leales, ni agradasen a los mal intencionados. Gonzalo Pizarro oyó de buena gana a su maese de campo, y, viendo que con tanto afecto miraba y le decía lo que le convenía en aquel caso, que no dejó de entenderlo todo muy bien, le llamó de allí adelante "padre", porque como tal le miraba y procuraba el aumento de su grandeza y la perpetuidad de ella. También le dijeron casi lo mismo Pedro de Puelles y el Licenciado Cepeda y Hernando Bachicao y sus más íntimos amigos que eran muchos, como lo dice Gómara, capítulo ciento setenta y tres, por estas palabras:

"Escribieron a Pizarro, Francisco de Carvajal y Pedro de Puelles que se llamase Rey, pues lo era, y no curase de enviar procuradores al Emperador, sino tener muchos caballos, coseletes, tiros, arcabuces, que eran los verdaderos procuradores; y que se aplicase así los quintos, pueblos y rentas reales, y los derechos que Cobos, sin merecerlos, llevaba. Unos decían que no darían al Rey la tierra sino les daba repartimientos perpetuos; otros, que harían Rey a quien les pareciese, que así habían hecho en España a Pelayo y a Garci Jiménez; otros, que llamarían turcos sino daban a Pizarro la Gobernación del Perú y soltaban a su hermano Hernando Pizarro; y todos en fin, decían, cómo aquella tierra era suya y la podían repartir entre sí, pues la habían ganado a su costa, derramando en la conquista su propia sangre."

Hasta aquí es de Gómara, con que acaba aquel capítulo. Y Diego Fernández, Palentino, libro segundo, capítulo décimo tercio, dice en este paso lo

que se sigue, sacado a la letra. "Y hecho esto, prosiguió su camino para la Ciudad de los Reyes, tratando y platicando su gente de continuo entre sí, unos, que Su Majestad no trataría de cosas pasadas, y que sin falta confirmaría la Gobernación a Gonzalo Pizarro; otros había que hablaban más desenvuelta y desvergonzadamente, y decían que aunque Su Majestad quisiese hacer otra cosa no habría efecto. Y aún el Licenciado Cepeda (como en todo quería aplacar y lisonjear a Pizarro) pasaba más adelante, aprobando con él Hernando Bachicao y otros tales, y decían que los reinos del Perú le competían por justos y derechos títulos, trayendo y alegando a su propósito ejemplos de reinos, tierras y provincias, que después de su origen y principio habían sido tiranizadas, y por discurso del tiempo el título se había hecho bueno y habían quedado por señores y Reyes los que lo habían tiranizado. Traía a consecuencia la diferencia sobre el Reino de Navarra, y la razón y forma y manera como los Reyes se ungían, y otras cosas semejantes, atrayendo e inclinando a Gonzalo Pizarro a que pretendiese y pasase más adelante por ser Gobernador, afirmando que jamás hombre que al principio hubiese pretendido ser Rey había tenido tanto derecho como él a la tierra que gobernaba. Todo esto oía Gonzalo Pizarro de buena gana, por razón que todos los hombres generalmente desean mandar y señorear, y se arrojan a la ambición; cuanto más que Gonzalo Pizarro era de entendimiento algo grosero, y no sabía aún leer, y era hombre que miraba poco los inconvenientes. Y como dice el Licenciado Cepeda era tenido por letrado y muy leído, de buen juicio y entendimiento, todos aprobaban lo que él decía, y les parecía bien y nadie le contradecía; y todas las veces que estaban de espacio y en conversación, no se trataba de otra materia."

Hasta aquí es del Palentino. Declarando nosotros lo que Gómara dice de los derechos que Cobos llevaba sin merecerlos, es de saber que la Majestad Imperial hizo merced a su secretario Francisco de Cobos de uno y medio por ciento de todo el oro y plata que llevaba a quintar a la casa de la fundición y tesoro de Su Majestad, pero era con cargo y obligación que había de poner a su costa fundidores y carbón para fundir el metal, y ensayadores para ensayar la plata y quilatar el oro; y habiendo de cumplir el secretario estas obligaciones, antes quedaba perdidoso que ganancioso. Pero como cada uno de los que iban a pagar el quinto quería saber cuánto llevaba y cuánto había de pagar de quinto y derechos, y cuánto le había de quedar a él, llevaba fundido, quilatado y ensayado por el ensayador del Rey su oro y su plata a su costa, y por esta causa el secretario Cobos no cumplía ninguna de sus obligaciones. Por esto dice Gómara que llevaba los derechos sin merecerlos; quiso decir sin poner de su parte lo que estaba obligado.

CAPÍTULO XLI: Buenos respetos de Gonzalo Pizarro en servicio de su Rey. El cual, saliendo de Quitu, va a Trujillo y a Los Reyes, y la fiesta de su entrada.

Gonzalo Pizarro no quiso determinarse en el hecho de llamarse Rey, porque el respeto natural que a su Príncipe tenía pudo en él más que la persuasión de sus amigos; y también porque nunca perdió la esperanza de que la Majestad Imperial le haría merced de confirmarle la Gobernación del Perú, por haberlo ganado con sus hermanos y por sus particulares servicios, y porque conocía los que habían servido a Su Majestad en la conquista de aquel Imperio para gratificarles sus servicios; y que todas estas cosas eran partes para que Su Majestad le hiciera merced de la Gobernación, demás de que había dado cédula a su hermano el Marqués para que después de sus días fuese Gobernador el que él nombrase, y que su hermano había hecho nombramiento en él; y que en las cosas pasadas y sucesos contra el Visorrey, le parecía tener excusa bastante, por el rigor con que el Visorrey había querido ejecutar las Ordenanzas, sin oír al Reino ni a sus procuradores, de cuya causa todo aquel Imperio le había elegido por Procurador general; y que los Oidores habían preso al Visorrey y enviádolo a España, y no él. Por todo lo cual le parecía a Gonzalo Pizarro que no solamente merecía perdón de lo pasado, sino nueva merced de la Gobernación presente, porque es natural costumbre de los hombres belicosos, favorecer y estimar sus hechos, aunque sean culpables.

Por no haberse atrevido Gonzalo Pizarro a emprender un hecho que tan bien le estaba, según sus amigos decían, entendiendo la gente común que era por falta de discreción y no por sobra de buen respeto a su Rey, le notaron de falta de ánimo, y motejaron de cortedad de entendimiento, por donde los historiadores lo dijeron en sus historias, más por siniestra relación que les dieron que por decir lo que en esto había, porque Gonzalo Pizarro, en la común opinión de los que le trataban de cerca y le conocían, era hombre de bastante entendimiento, no caviloso ni engañador ni de palabras dobladas, sino sencillo, hombre de verdad, de bondad y nobleza, confiado de sus amigos, que le destruyeron, como los mismos historiadores lo dicen. Y no hay que culpar a los que escribieron en este particular, porque los que daban las relaciones procuraban adular por sus pretensiones, y el Palentino fue mandado que escribiese, como él mismo lo dice en su dedicatoria por estas palabras: "Más queriendo proceder se me acobardó la pluma, y rehusé la carrera por algunos inconvenientes que se me oponían. Estando así confuso, yo vine en esta sazón a la corte de Vuestra Majestad, donde hice demostración ante los de vuestro Real Consejo de las Indias de aquella primera historia que antes yo había escrito (que ahora en orden es segunda), y pareciéndoles bien el verdadero discurso de su narración, entendieron que sería útil y provechoso y aún necesario que yo acabase la historia comenzada, y así lo mandaron, dándome esperanza de gratificación y premio, con que tomé nuevo aliento y ánimo para cumplir

mandado de tan alto tribunal, lanzando de mí el temor y recelo que ya tenía para no acabar la empresa comenzada", etc. Siendo esto así, ¿qué mucho que dijesen de los enemigos, principalmente de las cabezas, lo que los apasionados les relataban? Antes se hubieron cortamente, según lo que hoy se usa.

Gonzalo Pizarro determinó salir de Quitu e ir a la Ciudad de los Reyes, y residir allí, por estar en medio de aquel Imperio para acudir a una mano y a otra, a lo que de paz o de guerra se ofreciese. Dejó en Quitu por su lugarteniente y Capitán general, a Pedro de Puelles con trescientos hombres de guerra, por la mucha confianza que de él tenía, por haberle servido con tanta lealtad y acudídole cuando estuvo para perderse si él no le socorriera. Llegando a la ciudad de San Miguel, supo que en los términos de ella había muchos indios de guerra; envió a la conquista de ellos al capitán Mercadillo, con ciento y treinta hombres, el cual pobló la ciudad que hoy llaman Loja. Al capitán Porcel envió con sesenta hombres a su antigua conquista de la provincia Pacamuru; también mandó que el Licenciado Carvajal fuese por la mar con una banda de soldados en los navíos que Juan Alonso Palomino había traído de Nicaragua, y que por la costa arriba proveyese en cada puerto conforme a la instrucción que para ello llevaba. El Licenciado Carvajal cumplió el mandato bastantemente, y fue por la costa hasta la ciudad de Trujillo, y Gonzalo Pizarro fue por tierra hasta ella, donde se juntaron y dieron orden de caminar para la Ciudad de los Reyes. Gonzalo Pizarro salió de Trujillo acompañado de doscientos hombres de guerra escogidos, entre ellos el Licenciado Carvajal, Juan de Acosta, Juan de la Torre, el Licenciado Cepeda, Hernando Bachicao, Diego Guillén y otras personas nobles; caminó hacia Los Reyes.

A la entrada de aquella ciudad hubo diversos pareceres entre los suyos sobre cómo entraría en ella. Unos decían que entrase debajo de palio como Rey, pues lo era, y se había de coronar presto; los que decían esto eran los que le aconsejaban que se declarase y llamase Rey. Otros hubo que hablaron más templadamente, y decían que se abriese puerta y calle nueva por uno de los barrios de la ciudad, para memoria de aquella entrada, como se hacía en Roma cuando los Emperadores entraban en ella, triunfando de grandes victorias. Porfióse muy obstinadamente de una parte y otra, sobre estos dos pareceres, por salir cada bando con el suyo; más Gonzalo Pizarro no quiso seguir ninguno de ellos, sino que se remitió a lo que el Licenciado Carvajal ordenase en aquel caso. El cual dió orden que entrase a caballo, llevando sus capitanes delante de sí y a pie, y sus caballos delante de ellos de diestro, y la infantería en pos de sus capitanes, en forma de escuadrón, por sus hileras. La gente de a caballo también entró a pie, metidos entre los infantes, pareciéndoles que, pues los capitanes iban a pie, no era razón que ellos fuesen a caballo.

Gonzalo Pizarro fue en pos de los suyos encima de un hermoso caballo. Llevaba cuatro Obispos a su lado: a la mano derecha iba el arzobispo de Los Reyes, a cuyo lado iba el obispo de Quitu; a la mano izquierda de Gonzalo Pizarro iba el obispo del Cozco, y a su lado el obispo de Bogotá, el cual había

ido al Perú a consagrarse por mano de aquellos tres prelados. En pos de ellos iba otra banda de soldados a pie, como en retaguardia de Gonzalo Pizarro; pero éstos ni los que iban delante no llevaban armas de guerra, como picas ni arcabuces ni armas defensivas, por no parecer que iban de guerra, sino con sus espadas y dagas, con toda señal de paz. En pos de ellos iba Lorenzo de Aldana, como teniente de Gonzalo Pizarro, con todo el Cabildo, vecinos y moradores de aquella ciudad, que habían salido a recibir al Gobernador y dádole el parabien de su venida con grandes aclamaciones y bendiciones en común y en particular de que hubiese vuelto por todos ellos y restituídoles sus haciendas, con tantos trabajos y peligros como había pasado, ofreciéndose a la muerte por todos ellos. Así entró Gonzalo Pizarro, y fue a la Iglesia Catedral a adorar el Santísimo Sacramento; por las calles había mucha música de voces, de trompetas y ministriles, que los tuvo mucho buenos en extremo. Las campanas de la iglesia y de los conventos se repicaban con gran fiesta de toda la ciudad.

Gonzalo Pizarro, habiendo adorado al Señor, se fue a su casa que era la del Marqués su hermano, donde dicen los historiadores que vivió de allí adelante con mucha más pompa y soberbia que solía. Uno de ellos dice que traía ochenta alabarderos de guardia, y que ya en su presencia ninguno se sentaba; otro dice que daba la mano a todos, para que se la besasen. Dicen todo esto, parte por adular con decir mal del enemigo, como lo hemos dicho, y parte por indignar a los que lo leyeren; y así es lo más de lo que escriben de este caballero y de sus ministros, diciendo mal de ellos, que cierto, como cristiano, digo verdad, que ni ví alabardero de su guardia ni oí hablar que los hubiese tenido. Y atrás dijimos que cuando el Marqués su hermano entró en la tierra, y llevó orden de Su Majestad que pudiese traer veinte y cuatro alabarderos para guardia de su persona, que no fue posible que nadie quisiese tomar alabarda para ser alabardero, porque lo tenían por oficio bajo, si no fueron dos que yo conocí. No sé cómo después, en tiempo de más soberbia y presunción, se hallasen ochenta, habiendo dicho ellos mismos que los españoles en aquella tierra presumen de tan generosos que aún del Rey no quieren recibir paga en la guerra, si no es que el impresor se engañó, que diciendo el autor arcabuceros (como lo dice otro de ellos), él dijo alabarderos, no sabiendo la presunción de los españoles del Perú, ni entendiendo que para guarda de la persona pudiesen ser sino alabarderos y no arcabuceros.

También le notan de que usaba de ponzoña para matar los que quería. Cierto es testimonió falso, porque nunca tal pasó ni se imaginó, que si algo de esto hubiera, también lo oyera yo entonces o después, como lo oyeron ellos; y bastara esta maldad para que todo el mundo le aborreciera, y los mismos autores dicen en muchas partes que era muy bienquisto. Séame lícito decir con verdad y sin ofensa de nadie, lo que yo ví, que mi intención nunca es otra sino contar llanamente lo que pasó, sin lisonja, ni odio, que no tengo para qué tener ni lo uno ni lo otro.

CAPÍTULO XLII: El autor dice cómo se había Gonzalo Pizarro con los suyos. Cuenta la muerte de Vela Núñez, la llegada de Francisco Carvajal a Los Reyes, el recibimiento que se le hizo.

Yo conocí a Gonzalo Pizarro de vista en la ciudad del Cozco, luego que fue a ella después de la batalla de Huarina hasta la de Sacsahuana, que fueron casi seis meses, y los más de aquellos días estuve en su casa, y vi el trato de su persona, en casa y fuera de ella. Todos le hacían honra como a superior, acompañándole doquiera que iba a pie o a caballo, y él se había con todos, así vecinos como soldados, tan afablemente y tan como hermano, que ninguno se quejaba de él. Nunca vi que nadie le besase la mano, ni él la daba aunque se la pidiese, por comedimiento. A todos quitaba la gorra llanamente, y nadie que lo mereciese dejó de hablarle de "vuesa merced". A Carvajal, como lo hemos dicho, llamaba "padre"; yo se lo oí una vez, que, estando yo con el Gobernador, que como a niño y muchacho me tenía consigo, llegó a hablarle Francisco de Carvajal, y aunque en el aposento no había quien pudiese oírle sino yo, se recató de mí y le habló al oído de manera que aun la voz no le oí. Gonzalo Pizarro le respondió pocas palabras, y una de ellas fue decirle: "Mirad, padre".

Vile comer algunas veces: comía siempre en público; poníanle una mesa larga, que por lo menos hacía cien hombres; sentábase a la cabecera de ella, y a una mano y otra, en espacio de dos asientos, no se asentaba nadie. De allí adelante se sentaban a comer con él todos los soldados que querían, que los capitanes y los vecinos nunca comían con él, sino en sus casas. Yo comí dos veces a su mesa, porque me lo mandó, y uno de los días fue el día de la fiesta de la Purificación de Nuestra Señora; su hijo Don Fernando, y Don Francisco su sobrino, hijo del Marqués, y yo con ellos, comimos en pie todos tres en aquel espacio que quedaba de la mesa sin asientos, y él nos daba de su plato lo que habíamos de comer, y vi todo lo que he dicho, y andaba yo en edad de nueve años, que por el mes de abril siguiente los cumplí, a doce de él, y vi lo que he dicho, y como testigo de vista lo certifico. Los historiadores debieron de tener relatores apasionados de odio y rencor, para informarles lo que escribieron.

También le notan que llevando todos los quintos, y rentas reales, y los tributos de los indios vacos, y de los que andaban contra él, que todo venía a ser más que las dos tercias partes de la renta del Perú, no pagaba la gente de guerra, y que la traía muy descontenta; y cuando le mataron, no dicen que le hallaron tesoros escondidos, donde se ve claro la intención de los relatores. Asimismo le hacen adúltero, con gran encarecimiento de su delito, como es razón que se acriminen casos semejantes, principalmente en los que mandan y gobiernan.

Volviendo a nuestra historia, es de saber que en el tiempo que Gonzalo Pizarro estuvo de esta vez en la Ciudad de los Reyes, acaeció la desgraciada muerte de Vela Núñez, hermano del Visorrey Blasco Núñez de Vela, que la causó el capitán Juan de la Torre, el cual se había casado años antes con una india, hija de un curaca de los de la provincia de Puerto Viejo. Los indios,

viéndose favorecidos con el parentesco de aquel español, estimándolo más que a sus tesoros, le descubrieron una sepultura de los señores sus antepasados, donde había más de ciento y cincuenta mil ducados en oro y esmeraldas finas. Juan de la Torre, viéndose tan rico, deseó huirse de Gonzalo Pizarro, y venirse a España a gozar de sus riquezas; mas pareciéndole que según los delitos que contra el servicio de Su Majestad había hecho, porque fue uno de los que pelaron las barbas del Visorrey y se las puso por medalla, no venía seguro, tentó a Vela Núñez para que se huyese con él en un navío de los que en el puerto había, para que en España él y sus deudos le apadrinasen y favoreciesen, por haberle sacado de poder del tirano. Y teniendo ya el consentimiento de Vela Núñez, por hablillas y novelas que se inventaron, de que Su Majestad confirmaba la Gobernación a Gonzalo Pizarro, mudó parecer, porque siendo así no quería perder la gracia y amistad de Gonzalo Pizarro, de quien esperaba grandes mercedes. Y porque Vela Núñez o otro por él no descubriese a Pizarro el trato que con él había hecho, que fuera causa de su muerte, quiso ganar por la mano al que lo hubiese de descubrir; y así dio cuenta de ello a Gonzalo Pizarro, por lo cual cortaron la cabeza a Vela Núñez e hicieron cuartos a otro sobre ello, aunque se murmuró que Gonzalo Pizarro lo había hecho más por persuasión del Licenciado Carvajal que no por gana que tuviese de matarle, porque siempre Pizarro sospechó de la blanda condición de Vela Núñez, que antes había sido incitado que incitador. Así acabó este buen caballero, por culpa de un traidor, que lo fue de todas maneras.

Francisco de Carvajal, teniendo días antes nuevas de la ida de Gonzalo Pizarro a Los Reyes, y mandato suyo, vino de los Charcas a juntarse con él a la misma ciudad. Salió Gonzalo Pizarro buen rato fuera de ella a recibirle; hízole un solemne y triunfal recibimiento como a capitán que tantas victorias había ganado y tantos enemigos había desperdigado. Dejó Carvajal en la Villa de la Plata a Alonso de Mendoza por Capitán y teniente de Gonzalo Pizarro; trajo consigo cerca de un millón de pesos de plata, de lo que había sacado de las minas de Potocsi y de los indios vacos, de que tuvo bien que gastar Gonzalo Pizarro, donde le repitió Carvajal lo que en la carta le había escrito acerca de hacerse Rey. Dejarlos hemos a ellos y todos sus ministros y amigos, particularmente los vecinos de las ciudades de aquel Imperio, ocupados en la paz y quietud de los indios y españoles que en él había y en el aumento de la Santa Fe Católica, en la doctrina y enseñanza de los naturales y en el aprovechamiento de sus haciendas y del común de los mercaderes y tratantes, que con las guerras y revueltas pasadas no osaba nadie granjear ni mercadear, porque todo andaba a peligro de que se lo quitasen a sus dueños, como lo hacían, los unos con color descubierto de tiranos, robándolo, y los otros con decir que lo habían menester para servicio del Rey; que río revuelto (como lo dice el refrán) ganancia es de pescadores. Pasarnos hemos a España a decir lo que Su Majestad Imperial proveyó, sabida la revuelta y alteración del Perú y la prisión del Visorrey Blasco Núñez Vela.

FIN DEL LIBRO IV

LIBRO QUINTO

DE LA SEGUNDA PARTE

DE LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS

———

Contiene la elección del Licenciado Pedro de la Gasca para la reducción del Perú. Los poderes que llevó. La llegada a Tierra Firme. Cómo entregaron al Presidente la armada de Gonzalo Pizarro sus propios amigos y capitanes. La navegación del Licenciado Gasca hasta el Perú. La muerte de Alonso de Toro. La salida de Diego Centeno de la cueva, y cómo tomó la ciudad del Cozco. El Presidente envía a Lorenzo de Aldana con cuatro navíos a la Ciudad de los Reyes. Niegan a Gonzalo Pizarro los suyos y se huyen al de la Gasca. Gonzalo Pizarro se retira a Arequepa; Diego Centeno le sale al encuentro. Dase la cruel batalla de Huarina; la victoria de Pizarro; su ida al Cozco. Los sucesos del Presidente Gasca y su buen gobierno en la milicia. La batalla de Sacsahuana; la victoria del Presidente. La muerte de Gonzalo Pizarro y la de sus capitanes. Contiene cuarenta y tres capítulos.

CAPÍTULO I: La elección del Licenciado Pedro de la Gasca por el Emperador Carlos Quinto para la reducción del Perú.

Entretanto que en el Perú pasaron las cosas que hemos dicho, llegaron a España Diego Álvarez Cueto y Francisco Maldonado, embajadores, éste de Gonzalo Pizarro y aquél del Visorrey Blasco Núñez Vela. Fueron a Valladolid donde residía la Corte y gobernaba el Príncipe Don Felipe por ausencia del Emperador, su padre, que residía en Alemania, asistiendo a la guerra que por su propia persona, como católico Príncipe, hacía a los luteranos para reducirlos a la obediencia de la Santa Madre Iglesia Romana. Cada uno de los embajadores informó, cómo mejor pudo y supo, a Su Alteza y al Consejo Real de las Indias, los sucesos del Perú hasta que salieron de él, que aún no había sucedido la muerte del Visorrey. Dió mucha pena la mala nueva de la alteración de aquella tierra y para tratar de mejor del remedio de ella, mandó llamar el Príncipe las personas más graves y más prudentes y de más experiencia que en la Corte había, que fueron el Cardenal Don Juan Talavera Arzobispo de Toledo, y el Cardenal Don Fray García de Loayza Arzobispo de Sevilla, y Don Francisco de Valdés Presidente del Consejo Real y Obispo de Sigüenza, el Duque de Alba, el Conde de Osorno, el comendador mayor de León Francisco de los Cobos, y el comendador mayor de Castilla Don Juan de Zúñiga, y el Licenciado Ramírez obispo de Cuenca, y Presidente de la Real Audiencia de Valladolid, y los Oidores del Consejo Real de las Indias, y otras personas de autoridad. Todos los cuales y en común toda la Corte se admiró que las leyes y ordenanzas que se habían hecho a título del bien universal de los indios y de los españoles del Perú, se hubiesen trocado tan en contra que hubiesen sido causa de la destrucción de los unos y de los otros, y de haber puesto el Reino en contingencia de que el Emperador lo perdiese.

Con este sentimiento entraron muchas veces en consulta para acordar cómo se remediaría el peligro tan manifiesto de la pérdida de aquel Imperio, que era lo que más se sentía. Hubo diversos pareceres. Unos proponían que se ganase por fuerza de armas, enviando gente de guerra con capitanes experimentados en ella; pero la dificultad de tanto aparato como era menester de gente, armas y caballos, munición y bastimento, y la navegación tan larga y haber de pasar dos mares, les forzaba a no tomar este consejo. Otros pareceres hubo de gente menos belicosa y hombres más acertados, que dijeron que pues el mal había nacido del rigor de las leyes y de la aspereza de la condición del Visorrey, era bien curarle con cosas contrarias, haciendo nuevas leyes en contra de aquéllas, derogándolas y dándolas por ningunas, y enviando con ellas un hombre blando, afable, suave, de prudencia, experiencia y consejo, sagaz, astuto y mañoso, que supiese manejar las cosas de la paz y las de la guerra cuando se ofreciesen. Eligieron al

Licenciado Pedro de la Gasca, clérigo presbítero del Consejo de la General Inquisición, de quien tenían satisfacción que concurrían en él todas las partes dichas; y así lo escribieron a Su Majestad, para que aprobase la elección. Recibidas las cartas, ordenó lo que Francisco López de Gómara en este paso dice, que por decirlo más breve y compendioso que los demás autores que van muy largo en esto aunque no dicen más que él, me pareció sacar a la letra lo que aquel historiador dice en el capítulo ciento sesenta y cinco, que es lo que se sigue:

"Como el Emperador entendió las revueltas del Perú sobre las nuevas Ordenanzas, y la prisión del Visorrey Blasco Núñez, tuvo a mal el desacato y atrevimiento de los Oidores que le prendieron, y a deservicio la empresa de Gonzalo Pizarro. Mas templó la saña por ser con apelación de las Ordenanzas, y por ver que las cartas y Francisco Maldonado (que Tejada muriera en la mar) echaban la culpa al Visorrey, que rigurosamente ejecutaba las nuevas leyes sin admitir suplicación; y también porque le había él mismo mandado ejecutar, sin embargo de apelación, informado o engañado que así cumplía al servicio de Dios, al bien y conservación de los indios, al saneamiento de su conciencia y aumento de sus rentas. Sintió esa misma pena con tales nuevas y negocios, por estar metido y engolfado en la guerra de Alemania y cosas de luteranos, que mucho le congojaban. Más conociendo cuánto le iba en remediar sus vasallos y reinos del Perú, que tan ricos y provechosos eran, pensó de enviar allá hombre manso, callado y negociador, que remediase los males sucedidos, por ser Blasco Núñez bravo, sin secreto y de pocos negocios. Finalmente quiso enviar una oveja, pues un león no aprovechó. Y así escogió al Licenciado Pedro Gasca, clérigo del Consejo de la Inquisición, hombre de muy mejor entendimiento que disposición, y que se había mostrado prudente en las alteraciones y negocios de los moriscos de Valencia. Dióle los poderes que pidió, y las cartas y firmas en blanco que quiso; revocó las Ordenanzas, y escribió a Gonzalo Pizarro desde Veleno, en Alemania, por febrero de mil y quinientos y cuarenta y seis años. Partió, pues, Gasca con poca gente y fausto, aunque con título de Presidente, más con mucha esperanza y reputación. Gastó poco en su flete y matalotaje, por no echar en costa al Emperador y por mostrar llaneza a los del Perú. Llevó consigo por Oidores a los licenciados Andrés de Cianca y Rentería, hombres de quien se confiaba. Llegó al Nombre de Dios, y, sin decir a lo que iba, respondía, a quien en su ida le hablaba, conforme a lo que de él sentía, y con esta sagacidad los engañaba, y con decir que si no le recibiese Pizarro, se volvería al Emperador, ca él no iba a guerrear, que no era de su hábito, sino a poner paz revocando las Ordenanzas y presidiendo en la Audiencia. Envió a decir a Melchior Verdugo, que venía con ciertos compañeros a servirle, no viniese, sino que estuviese a la mira. Ordenó algunas otras cosas y fuese a Panamá, dejando allí por capitán a García de Paredes, con la gente que le dieron Hernando Mejía y Don Pedro de Cabrera, capitanes de Pizarro, porque sonaba cómo franceses andaban robando aquella costa y querían dar sobre aquel pueblo, más no

vinieron, ca los mató el Gobernador de Santa Marta en un banquete.” Hasta aquí es de Gómara.

CAPÍTULO II: Los poderes que el Licenciado Gasca llevó; su llegada a Santa Marta y al Nombre de Dios; el recibimiento que se le hizo, y los sucesos y tratos que allí pasaron.

Añadiendo lo que este autor dejó de decir acerca de los poderes que el Licenciado Gasca llevó, que aunque dice que el Emperador le dió los que pidió no declara cuáles fueron, decimos que pidió le diesen absoluto poder en todo y por todo, tan cumplido y bastante como en Su Majestad lo tenía en las Indias, para que en todas ellas le acudiesen con la gente, armas y caballos, dineros y navíos, y bastimentos que pidiese; pidió revocación de las Ordenanzas que el Visorrey llevó, y perdón de todos los delitos pasados criminales, que no se pudiese proceder contra ellos de oficio ni a instancia de parte, quedando a salvo a cada uno el derecho de su hacienda, y que pudiese mandar volver a España al Visorrey, si le pareciese que convenía a la quietud del Reino, y para poder gastar de la hacienda real todo lo que conviniese para su reducción y quietud, y la administración de la justicia y gobierno de él, y para poder proveer todos los repartimientos de los indios vacos y los que vacasen mientras él estuviese allá, y los oficios de todo aquel Imperio y para dar las gobernaciones de lo que estaba ganado y descubierto, y conquistas de lo por ganar, y que a él no le habían de dar salario sino una persona, como contador y ministro de Su Majestad que gastase lo que él le mandase y conviniese, y después diese cuenta de ello a los ministros de la hacienda real. Todo esto pidió el Licenciado Gasca, previniendo, como hombre sabio y prudente, a lo pasado y por venir, y a que no se dijese que el interés del salario le llevaba a trabajos y peligros tan grandes eminentes, como por delante a cada paso se le habían de ofrecer, sino que le llevaba el celo de servir a su Rey, por quien posponía los descansos, la quietud y la propia vida, etc.

Y declarando lo que dice Gómara, que el Licenciado Gasca era hombre de muy mejor entendimiento que disposición, es así que era muy pequeño de cuerpo, con extraña hechura, que de la cintura abajo tenía tanto cuerpo como cualquiera hombre alto y de la cintura al hombro no tenía una tercia. Andando a caballo parecía aún más pequeño de lo que era porque todo era piernas; de rostro era muy feo. Pero lo que la naturaleza le negó de los dotes del cuerpo se los dobló en los del ánimo, porque tuvo todos los que aquel autor dice de él y muchos más, pues redujo un Imperio, tan perdido como estaba el Perú, al servicio de su Rey. Yo le conocí, y particularmente le ví toda una tarde, que estuvo en el corredorcillo de la casa de mi padre, que sale a la plaza de las fiestas, donde le hicieron unas muy solemnes de toros y juego de caña, y el Presidente las miró desde allí, y posaba en las casas que fueron de Tomás

Vásquez y ahora son de su hijo Pedro Vásquez, donde también posó Gonzalo Pizarro, que están al poniente, calle en medio, de la casa y convento de Nuestra Señora de las Mercedes, y aunque aquellas casas tienen a la esquina que sale a la plaza una ventana grande, de donde pudiera el Licenciado Gasca ver las fiestas, quiso verlas desde el corredorcillo de mi padre, porque cae en medio de aquella plaza. Y con esto pasaremos a contar sus hazañas, que aunque no fueron de lanza y espada, fueron de prudencia y consejo que tuvo para proveer y gobernar lo que convenía en la guerra, para alcanzar el fin de su pretensión, y para, después de alcanzado, salir de aquella tierra, libre, sin opresión. Fueron hazañas de paciencia y sufrimiento para llevar y pasar los trabajos que se le ofrecieron y sufrir los desacatos y desvergüenzas de la gente militar; también fueron de astucia, discreción y maña para penetrar, atajar y vencer los ardides y tratos de sus contrarios, que de todo tuvo mucho; de lo cual es bastante prueba el haber salido con hazaña increíble a quien bien considerare de qué manera estaba aquel Imperio cuando este varón aceptó la empresa de él.

Dejando aparte la navegación que el Presidente (a quien de aquí adelante llamaremos así) hizo hasta Nombre de Dios, que la escribe Diego Fernández, diremos lo que pasó de allí adelante. En Santa Marta supo el Presidente la muerte del Visorrey Blasco Núñez Vela, que le dió cuenta de ella el Licenciado Almendárez, que era entonces Gobernador de aquella provincia y del Nuevo Reino. El Licenciado Gasca y todos los suyos recibieron grande alteración y turbación, pareciéndoles que sería imposible reducirse gente que había llegado a hacer tan gran delito y maldad contra su Rey, que hubiesen muerto en batalla campal a un Visorrey. Más el Presidente disimuló su pena por no causar mayor alteración con ella, y, procurando el remedio, habló muy al descubierto, diciendo que todo aquello y mucho más, si más podía ser, perdonaban los poderes que llevaba, y que se habían firmado después de hecho aquel delito, y así no había que dudar en el perdón general. También por otra parte consideraba que era de mucha ayuda la falta del Visorrey para reducir al servicio de Su Majestad aquel Imperio, por estar quitado el odio general que todos le tenían por la aspereza de su condición. Asimismo se le puso delante haberse quitado el inconveniente que hubiera si fuera necesario echar al Visorrey de la tierra para pacificarla, porque pudiera contradecirlo, diciendo que le afrentaban, por haber servido con gran celo a su Rey contra los tiranos inobedientes a sus mandamientos.

Con estas consideraciones se consoló el Presidente Gasca, y pasó en su navegación hasta el Nombre de Dios, donde fue recibido con muchas armas, y arcabuces de Hernán Mejía y sus soldados, y de los del pueblo, que le acompañaron con su Gobernador, y todos les mostraron poco respeto y ningún amor, especialmente que muchos soldados se desvergonzaban a decir palabras feas y desacatadas, motejándole la pequeñez de su persona y la fealdad de su rostro; a todo lo cual el Presidente, viendo que le convenía, hacía (como lo dice Diego Fernández) las orejas sordas, mostrando buen semblante a todos. Los

clérigos de aquella ciudad lo hicieron como ministros de Dios, que salieron en procesión con la cruz y recibieron al Presidente y lo llevaron a la Iglesia, cantando el *Te Deum Laudamus*, de que él recibió mucho contento y alegría, viendo que también había en aquella tierra gente de buenos respetos, en contra de los pasados. Luego la noche siguiente se le aumentó el contento y alegría, porque Hernán Mejía, que era capitán de Gonzalo Pizarro y muy obligado por sus beneficios, le fue a hablar de secreto y se le ofreció al servicio de Su Majestad y a ser ayudante y buen ministro, para atraer a los demás capitanes y soldados de Gonzalo Pizarro al servicio del Rey. Dióle cuenta larga del estado de aquella tierra y de la armada que había en Panamá y de los capitanes y soldados que en ella había, y cómo Pedro de Hinojosa era el General de ellos. El Presidente le rindió las gracias con promesas del galardón en nombre de Su Majestad, y le encomendó el secreto, y así quedó confederada la paz y amistad entre ellos, y cada noche se hablaban en mucho secreto, dándole aviso Hernán Mejía de todo lo que le escribían de Panamá.

El Presidente de día en día iba ganando la voluntad, así de los soldados como de los moradores de aquel pueblo, que algunos se iban a comer y a conversar con él; y el Presidente se mostraba tan llano y afable, que se hacía querer de todos, y en su conversación no trataba sino de que iba a reducirlos al servicio de Su Majestad por paz y amor, con beneficios y mercedes que el Rey les hacía, con perdón general de todo lo pasado; y que si no quisiesen reducirse por bien, que él se volvería muy aína a España y los dejaría en paz; que no quería pasión con nadie, que su hábito y profesión de sacerdote no se lo permitía, ni él lo pretendía. Esto decía muchas veces en público con pretensión o deseo de que la fama lo pregonase por todo aquel Imperio.

Pocos días después que el Presidente entró en Nombre de Dios, asomó Melchior Verdugo, de quien atrás hicimos mención, con dos navíos para entrar en el puerto; los de la ciudad se alborotaron grandemente por el odio que le tenían, y aún sospecharon que era orden del Presidente. Lo cual sabido por él, le escribió una carta con un clérigo muy amigo de Verdugo, en que le decía que en ninguna manera fuese al Nombre de Dios, sino que fuese donde mejor le estuviese y restituyese los navíos a sus dueños y todo lo que había robado.

Esto contenía en suma la carta, mas de palabra le envió a decir que se volviese a Nicaragua y esperase allí, que él tendría cuidado de avisarle de lo que sucediese, en que sirviese a Su Majestad. Pero Melchior Verdugo se vino a España, porque le pareció que no estaba seguro en toda aquella tierra, porque en toda ella se había hecho aborrecer. Su Majestad Imperial le hizo merced del hábito de Santiago. Yo le ví en la antecámara de el muy católico Rey Don Felipe Segundo, el año de mil y quinientos y sesenta y tres, bien fatigado y lastimado de que émulos y enemigos suyos resucitaran los agravios que en el Perú y en Nicaragua y en el Nombre de Dios hizo, por los cuales, según los acriminaban, temió que le quitaran el hábito y así era lástima verle el rostro según el

sentimiento que mostraba; más el Rey le hizo merced de absolverle de todo, con que se volvió en paz al Perú.

CAPÍTULO III: El Presidente envía a Hernán Mejía a Panamá a sosegar a Pedro de Hinojosa, y despacha un embajador a Gonzalo Pizarro; el cual, sabiendo la ida del Presidente, envía embajadores al Emperador.

El Presidente hizo diligencia para ir a Panamá, donde con su buena maña e industria pensaba de reducir al servicio de Su Majestad a Pedro de Hinojosa y a los demás capitanes que con él estaban, que por la relación que Hernando Mejía de Guzmán le había dado de los ánimos de todos ellos, que eran semejantes al suyo, tenía esperanza de salir con su empresa, y así, con la mayor brevedad que pudo, se fue a Panamá, llevando en su compañía al Mariscal Alonso de Alvarado, a quien (como dice Diego Fernández Palentino, capítulo treinta y ocho) "había pedido y sacado de la carcelería que el Consejo de Indias le tenía puesta, y había hecho dar licencia para volver al Perú, para que le ayudase y acompañase," etc.

Este caballero, habiéndose hallado en la batalla de Chupas contra Don Diego de Almagro el mozo, se vino a España, y por las cosas sucedidas entre aquellos bandos de Pizarros y Almagros le había detenido el Consejo de Indias. Dejarlos hemos a él y al Presidente en el camino, por decir lo que Pedro de Hinojosa hizo entretanto en Panamá, que sintió mucho cuando supo que Hernán Mejía había recibido al Presidente con aparato y demostración más de amistad y de obediencia que no de contradicción. Sintiólo porque no sabía los poderes que el Presidente traía, y por haberse hecho sin darle parte. Escribióle sobre ello ásperamente, y algunos amigos de Hernán Mejía le avisaron que no viniese a Panamá, porque Hinojosa estaba muy desabrido con él, más no embargante todo esto (como lo dice Agustín de Zárate), "habiéndolo comunicado con el Presidente, se acordó que Hernán Mejía se partiese luego a Panamá a comunicar con Hinojosa, el negocio (pospuestos los temores de que le certificaban) y confiando en la gran amistad que con Hinojosa tenía y en que conocía su condición. Y así fue, y trató con él la causa del recibimiento, disculpándose con que para cualquiera camino que se hubiese de seguir perjudicaba poco lo que había hecho. Y así Hinojosa quedó satisfecho, y Hernán Mejía se tornó al Nombre de Dios y el Presidente se fue a Panamá, donde trató el negocio de su venida con Hinojosa y con todos sus capitanes, con tanta prudencia y secreto, que, sin que supiese uno de otro, les tuvo ganadas las voluntades de tal suerte que ya se atrevía a hablar públicamente a todos, persuadiéndoles su opinión e intento, y proveyendo a muchos soldados de lo que habían menester, teniendo por principal medio para su buen suceso, el gran comedimiento y crianza con

que hablaba y trataba a todos, que es la cosa de que más se ceban los soldados de aquella tierra," etc.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, capítulo séptimo. Pedro de Hinojosa, luego que supo la llegada del Presidente a Nombre de Dios, escribió a Gonzalo Pizarro de su venida, y sus capitanes hicieron lo mismo, con grandes bravatas, que no convenía que le dejasen llegar al Perú. Con la comunicación que con el Presidente tuvieron en Panamá mudaron de parecer, y escribieron en contra, porque el Presidente les visitaba a menudo y granjeaba las voluntades. Por lo cual le permitieron que enviase una persona, de las que traía de Castilla, con cartas a Gonzalo Pizarro, en que le diese noticia de su venida y del intento y poderes que traía. Y así determinó el Presidente de enviar un caballero llamado Pedro Hernández Paniagua, vecino y regidor de la ciudad de Plasencia, persona cual convenía para tal embajada, que demás de ser caballero hijodalgo dejaba hijos y mujer y un buen mayorazgo en España, a quien Gonzalo Pizarro debía respetar por ser de su tierra y del bando de sus deudos. El cual se partió en una fragata para el Perú, llevando una carta de Su Majestad para Gonzalo Pizarro y otra del Presidente, sin otras secretas para algunas personas principales, y una de ellas era del Obispo de Lugo para el Licenciado Benito de Carvajal, que, como a pariente suyo, le escribía lo que le convenía hacer en servicio de Su Majestad. Dejaremos a Paniagua en su navegación, por decir lo que Gonzalo Pizarro hizo entretanto.

Estando Gonzalo Pizarro en el mayor colmo de sus esperanzas que había de ser Gobernador perpetuo de aquel Imperio, recibió las cartas de Pedro Hinojosa, su General, con la nueva de la ida del Presidente a aquella tierra, de que él y todos los suyos recibieron grande alteración; y juntándose en consejo, comunicaron entre todos, así capitanes como vecinos, entre los cuales hubo muchos diversos y contrarios pareceres. Al cabo quedaron en dos; unos decían que pública o secretamente enviasen a matar al Presidente; otros decían que lo trajesen al Perú, que, venido, sería fácil cosa, visto los poderes que traía, hacerle conceder todo lo que ellos quisiesen, y, cuando esto no hubiese lugar, le podrían entretener muy largo tiempo con decir que querían juntar todas las ciudades de aquel Reino en la de Los Reyes, y que allí los procuradores tratarían de recibirle o no, y que por haber tanta distancia de unos lugares a otros se podía dilatar la junta más de dos años, y que entretanto podrían tener al Presidente en la isla llamada Puná, con buena guarda de soldados de confianza, para que él no pudiese escribir a Su Majestad cosa alguna de la que por allá pasaba, para que no se tuviese a inobediencia.

Otros decían que era mejor y más breve que lo volviesen a España, con buena provisión de dineros y regalos para el camino, porque se viese que le habían tratado como a ministro de Su Majestad. En esta variedad y confusión de pareceres gastaron muchos días; al fin de ellos, de común consentimiento, determinaron que se enviasen procuradores a Su Majestad que negociasen las cosas convenientes a aquel Imperio, y diesen cuenta de los casos nuevamente

sucedidos, especialmente para que justificasen el rompimiento de la batalla de Quitu y la muerte del Visorrey, cargándole siempre la culpa por haber sido agresor y haberles forzado a que se la diesen yéndolos a buscar, y a que le matasen en la batalla por defenderse de él. Juntamente suplicasen a Su Majestad proveyese la Gobernación de aquel Imperio en Gonzalo Pizarro, por haberlo ganado y merecerlo por muchas vías, y tener prendas de Su Majestad con la cédula del Marqués su hermano, que Su Majestad le había dado para que después de sus días pudiese nombrar otro en su lugar, y que los procuradores requiriesen al Presidente, en Panamá, que no pase al Perú hasta que Su Majestad, informado por ellos, enviase nuevo mandato de lo que se hubiese de hacer.

Determinado esto, trataron de elegir los embajadores que hubiesen de venir a España, y, para dar más autoridad a su embajada, pidieron muy encarecidamente a Don Fray Jerónimo de Loayza, Arzobispo de Los Reyes, que como prelado, padre y pastor de aquella ciudad, aceptase el encargo de aquella embajada, para que en España fuese mejor oída. Pidieron lo mismo al Obispo de Santa Marta y a Fray Tomás de San Martín, Provincial de la Orden de Santo Domingo; y mandaron a Lorenzo de Aldana, y a Gómez de Solís que viniesen en compañía del Arzobispo y del Obispo y del Provincial. Diéronles dineros para el camino, que pudiesen gastar bastantemente, y a Gómez de Solís, que era maestresala de Gonzalo Pizarro, le dió aparte treinta mil pesos que diese a Pedro de Hinojosa en Panamá para lo que se ofreciese gastar; y a Lorenzo de Aldana pidió muy encarecidamente que, pues le obligaba la patria y la amistad que entre ambos había, le avisase con toda brevedad y fidelidad el suceso de su viaje, y de lo que en Panamá supiese acerca de los poderes que el Presidente llevaba. Con esto se embarcaron por el mes de octubre del año quinientos y cuarenta y seis, con nombres de embajadores del Imperio del Perú para Su Majestad y navegaron sin ofrecerles en el viaje cosa de momento que poder contar.

CAPÍTULO IV: Los embajadores llegan a Panamá, y ellos y los que allí estaban niegan a Gonzalo Pizarro y entregan su arma al Presidente. La llegada de Paniagua a Los Reyes.

Luego que llegaron a Panamá los embajadores, Lorenzo de Aldana se fue a posar con Pedro de Hinojosa, y, habiendo quemado la instrucción que llevaba de Gonzalo Pizarro de lo que en Panamá y en España había de hacer, fue a besar las manos al Presidente, y a pocas razones se entendieron las intenciones; y pasando adelante la conversación y la familiaridad, trataron entre Lorenzo de Aldana, Hernán Mejía y Pedro de Hinojosa de reducirse al servicio del Presidente; y aunque lo dificultaron los primeros tres días hasta declarar todos llanamente el ánimo que tenían. Viéndose todos de una voluntad, hablaron al descubierto, no solamente ellos, pero también los demás capitanes, y al cuarto día se fueron al

Presidente, y todos a una le dieron la obediencia y le entregaron la armada de Gonzalo Pizarro, con todo lo contenido en ella de armas, bastimento y municiones, e hicieron pleito homenaje de servir y obedecer en todo lo que les mandase. Encargaron que se guardase el secreto entre todos, hasta saber como tomaba Gonzalo Pizarro el recaudo que Pedro Hernández Paniagua le llevó.

Movióles a negar a Gonzalo Pizarro y pasarse al servicio de Su Majestad, el celo que mostraron al servicio de su Rey; digámoslo así, por no parecer en todo maldiciente; pero fue debajo de concierto secreto, que cada uno puso por delante la paga que, apaciguada la tierra, se le había de hacer; y así se les cumplió, aún más largamente que ellos la supieron pedir y proponer, como diremos algo de esto adelante, en su lugar. Lo principal y lo más importante para este hecho fue la revocación de las Ordenanzas y el perdón y absolución de todo lo pasado, que, como se venían asegurados en sus indios y libres de la muerte, que por las alteraciones, daños y muertes pasadas temían, no quisieron perder la ocasión, sino gozarla, aunque fuese con daño y destrucción de quien les había honrado y dádoles nombres de capitanes y embajadores de aquel Imperio, para que tuvieran méritos en lo de adelante, que, aunque eran personas de calidad, no habían sido conquistadores, sino fue solo Juan Alonso Palomino. Guardaron el secreto pocos días, porque al Presidente le pareció no perder tiempo, pues había salido con tan gran hecho en tan breve tiempo. Hicieron reseña general de la gente, entregaron al Presidente las banderas y los capitanes se sometieron en público al Presidente, el cual los admitió en nombre de Su Majestad, y les volvió sus banderas y les dió las capitanías por el Emperador, como lo dice Gómara en el capítulo ciento y setenta y nueve, por estas palabras:

"Hinojosa entonces dióle las naos de su voluntad, que fuerza nadie se la podía hacer, y por grandísima negociación de Gasca y promesas. Por aquí comenzó la destrucción de Gonzalo Pizarro. Gasca tomó la flota, e hizo General de ella al mismo Pedro de Hinojosa, y volvió las naos y banderas a los capitanes que las tenían por Pizarro, que fue hacer fieles de traidores. No cabía de gozo en verse con la armada, creyendo ya haber negociado muy bien, y, a la verdad, sin ella nunca o tarde saliera con la empresa, ca no pudiera ir por mar al Perú; y yendo por tierra, como al principio pensaba, pasara muchos trabajos, hambre y frío y otros peligros antes de llegar allá."

Hasta aquí es de Gómara, donde toca las diligencias que el Presidente hizo y las promesas que de ambas partes hubo. Asentada la amistad y certificada la paga de ella, el de la Gasca muy al descubierto, eligió por Capitán General de todo el ejército de mar y tierra a Pedro de Hinojosa. Mandó apercibir cuatro navíos en que fuesen Lorenzo de Aldana y Juan Alonso Palomino y Hernán Mejía y Juan de Illanes por capitanes de ellos, y Lorenzo de Aldana por cabo de todos cuatro; llevasen trescientos hombres de los mejores que tenían, que fuesen bien armados y pertrechados de todo lo necesario; que llevasen muchos traslados de la revocación de las Ordenanzas que Su Majestad hacía, y del perdón general que a todos daba, para que, como mejor pudiesen los fuesen

enviando y sembrando la tierra adentro. Así fueron aquellos cuatro capitanes en su viaje, en cumplimiento de lo que se les mandó. Escribió el Presidente a Don Antonio de Mendoza, Visorrey que era entonces del Imperio de México, dándole cuenta de lo hasta allí sucedido y pidiéndole socorro de gente y armas para aquel hecho. Envió a don Baltasar de Castilla a Guatemala y Nicaragua, y otras personas fueron a Santo Domingo y a Popayán y a otras partes, a lo mismo, porque se entendió que fuera todo necesario; pero la revocación y el perdón general fueron dos que hicieron la guerra a don Gonzalo Pizarro y dieron aquel Imperio al Licenciado Gasca.

Volviendo a Pedro Hernández Paniagua, que lo dejamos en el mar navegando para Los Reyes, y dejando los sucesos de su viaje, que los escritores dicen, diremos lo más sustancial de la historia. Él llegó a la Ciudad de los Reyes, y dió a Gonzalo Pizarro la carta de Su Majestad y la del Presidente, y la que llevaba de creencia para todo el Reino en general, de que iba por orden del Presidente, para que se le diese crédito a lo que de parte de Su Majestad y del Presidente dijese, demás de lo que las cartas decían. Gonzalo Pizarro le recibió con buen semblante, y, oído su recaudo, le mandó salir fuera, apercibiéndole no tratase con nadie cosas del Presidente, porque le iría mal de ello. Mandó llamar al Licenciado Cepeda y a Francisco de Carvajal, y entre todos los tres solo leyeron las cartas.

La de Su Majestad como la escribe Agustín de Zárate, decía así:

Lo que contenía la carta de Su Majestad

“EL REY.

“Gonzalo Pizarro: Por vuestras letras y por otras relaciones he entendido las alteraciones y cosas acaecidas en esas provincias del Perú, después que a ellas llegó Blasco Núñez Vela, nuestro Visorrey de ellas, y los Oidores de la Audiencia Real que con él fueron, a causa de haber querido poner en ejecución las nuevas leyes y Ordenanzas por Nos hechas para que el buen gobierno de esas partes y el buen tratamiento de los naturales de ellas. Y bien tengo por cierto que en ello vos, ni los que os han seguido no habéis tenido intención a Nos deservir, sino a escusar la aspereza y rigor que el dicho Visorrey quería usar sin admitir suplicación alguna. Y así, estando bien informado de todo y habiendo oído a Francisco Maldonado lo que de vuestra parte y de los vecinos de esas provincias nos quiso decir, habemos acordado de enviar a ellas por nuestro Presidente al Licenciado de la Gasca, de nuestro Consejo de la Santa y General Inquisición, al cual habemos dado comisión y poderes para que ponga sosiego y quietud en esa tierra, y que provea y ordene en ella lo que viere que conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y ennoblecimiento de esas provincias, y al beneficio de los pobladores, vasallos nuestros, que las han ido a poblar, y de los naturales de ellas. Por ende, yo os encargo y mando que de todo lo que de nuestra parte el

dicho Licenciado os mandare lo hagáis y cumpláis como si por Nos os fuese mandado, y le dad todo el favor y ayuda que os pidiere y menester hubiere para hacer y cumplir lo que por Nos le ha sido sometido, según y por la orden y de la manera que él de nuestra parte os lo mandare, y de vos confiamos, que Yo tengo y tendré memoria de vuestros servicios y de lo que el Marqués Don Francisco Pizarro, vuestro hermano, nos sirvió, para que sus hijos y hermanos reciban merced.

De Venelo, a diez y seis días del mes de febrero de mil y quinientos y cuarenta y seis años."

Yo EL REY
Por mandado de Su Majestad
Francisco de Eraso."

La carta que el Presidente escribió a Gonzalo Pizarro decía de esta manera:

"Ilustre Señor:

"Creyendo que mi partida a esa tierra hubiera sido más breve, no he enviado a vuesa merced la carta del Emperador nuestro señor, que con esta va, ni he escrito yo de mi llegada a esta tierra, pareciendo que no cumplía con el acato que a la de Su Majestad se debe sino dándola por mi mano, y que no se sufría que carta mía fuese antes de la de Su Majestad; pero viendo que había dilación en mi ida, y porque me dicen que vuesa merced junta los pueblos en esa ciudad de Lima para hablar en los negocios pasados, me pareció que con mensajero propio la debía de enviar, y así envió solo a llevar la de Su Majestad, y esta a Pedro Hernández Paniagua, que por ser persona de la calidad que requiere la carta de Su Majestad, y tan principal en aquella tierra de vuesa merced, y uno de los que muchos son entre sus amigos y servidores. Y lo demás que yo en ésta puedo decir es que España se alteró sobre cómo se deberían tomar las alteraciones que en esas partes ha habido después que el Visorrey Blasco Núñez (que Dios perdone) entró en ellas; y después de bien mirados y entendidos por Su Majestad los pareceres que en esto hubo, le pareció que en las alteraciones no había habido hasta ahora cosa porque se debiese pensar que se habían causado por deservirle ni desobedecerle, sino por defenderse los de esa provincia del rigor y aspereza contra el derecho, que estaba debajo de la suplicación, y que para Su Majestad tenían de ellas interpuesta, y para poder tener tiempo en que su Rey les oyese sobre su suplicación antes de la ejecución; y así parecía por la carta que vuesa merced a Su Majestad escribió, haciéndole relación de cómo había aceptado el cargo de Gobernador, por habérselo encargado la Audiencia en nombre y debajo del sello de Su Majestad, y diciendo que en aquello se serviría, y que de no aceptar sería deservido y que por esto lo

había aceptado hasta tanto que Su Majestad otra cosa mandase, lo cual vuesa merced, como bueno y leal vasallo, obedecería y cumpliría. Y así entendido esto por Su Majestad, me mandó venir a pacificar esta tierra, con la revocación de las Ordenanzas, de que para ante él se había suplicado, y con poder de perdonar en lo sucedido y de ordenar y tomar el parecer de las pueblos en lo que más conviniese al servicio de Dios y bien de la tierra y beneficio de los pobladores y vecinos de ella, y para remediar y emplear los españoles a quien no se pudiesen dar repartimientos, enviándolos a nuevos descubrimientos, que es el verdadero remedio con que los que no tuvieron de comer en lo descubierto, lo tengan en lo que se descubriere y ganen honra y riqueza, como lo hicieron los conquistadores de lo descubierto y conquistado. A vuesa merced suplico mande mirar esta cosa con ánimo de cristiano y caballero hijodalgo, y de prudente, y con el amor y voluntad que debe y siempre ha demostrado tener al bien de esa tierra y de los que en ella viven, con ánimo de cristiano, dando gracias a Dios y a Nuestra Señora, de quien es devoto, que una negociación tan grande y pesada, como es en la que vuesa merced se metió y hasta ahora ha tratado, se haya entendido por Su Majestad y por los demás de España, no por género de rebelión ni infidelidad contra su Rey, sino por defensa de su justicia derecha, que debajo de tal suplicación que para su Príncipe se había interpuesto tenían; y que pues su Rey, como católico y justo, ha dado a vuesa merced y los de esa tierra lo que suyo era y pretendían en su suplicación, deshaciéndoles el agravio que por ella decían habérseles hecho con las Ordenanzas, vuesa merced dé llanamente a su Rey lo suyo, que es la obediencia, cumpliendo en todo lo que por él se le manda, pues no sólo en esto cumplirá con la natural obligación de fidelidad que como vasallo a su Rey tiene, pero aún también con lo que debe a Dios, que en ley de natura y de escritura y de gracia siempre mandó que se le diese a cada uno lo suyo, especial a los Reyes la obediencia so pena de no se poder salvar el que con este mandamiento no cumpliera; y lo considere asimismo con ánimo de caballero hijodalgo, pues sabe que este ilustre nombre lo dejaron y ganaron sus antepasados con ser buenos a la Corona Real, adelantándose más en servirla que otros que no merecieron quedar con nombre de hijodalgo, y que sería cosa grave que le perdiese vuesa merced, por no ser cuales fueron los suyos, y pusiese nota y oscuridad en lo bueno de su linaje, degenerando de él. Y pues después de el alma, ninguna cosa es entre los hombres más preciosa (especialmente entre los buenos) que la honra, hace de estimar la pérdida de ella por mayor que de otra cosa ninguna, fuera la del alma, por una persona como vuesa merced que tan obligado es a mirar por ella, y le dejaron sus mayores y obligan sus deudos, cuya honra, juntamente con la de vuesa merced, recibirá quiebra no haciendo lo que con su Rey debe, porque el que a Dios en la fe o al Rey en la fidelidad no corresponde como es justo, no solo pierde su fama, más aún oscurece y deshace la de su linaje y deudos. Y asímismo lo considere con ánimo y consideración de prudente, conociendo la grandeza de su Rey y la poca posibilidad suya para poder conservarse contra la voluntad de su Príncipe; y que ya que por no haber

andado en su Corte ni en sus ejércitos no haya visto su poder y determinación que suele mostrar contra los que le enojan, vuelva sobre lo que de él ha oído, y considere quien es el Gran Turco, y cómo vino en persona con trescientos y tantos mil hombres de guerra y otra gran muchedumbre de gastadores a dar la batalla, y que cuando se halló cerca de Su Majestad, junto a Viena, entendió que no era parte para darla, y que se perdería si la diese, y se vió en tan gran necesidad, que, olvidada su autoridad, le fue forzado retirarse, y para poderlo hacer tuvo necesidad de perder tantos mil hombres de caballo que adelante echó, para que, ocupado en ellos Su Majestad, no viese ni supiese cómo se retraía él con la otra parte de su ejército," etc.

Esta carta del Presidente la escribieron los autores mucho más larga; a mí me pareció cortarla aquí porque todo lo de adelante es referir victorias que el Emperador hubo de sus enemigos, como la que ha dicho que tuvo del Turco, para persuadir a Gonzalo Pizarro que se rindiese y sometiese a su Príncipe, contra quien no podía tener fuerzas para resistirle. Diremos en el capítulo siguiente lo que sobre las cartas hubo de consultas y pareceres.

CAPÍTULO V: Las consultas que se hicieron sobre la revocación de las Ordenanzas y sobre el perdón en los delitos pasados. Los recaudos que en secreto daban a Paniagua, y la respuesta de Gonzalo Pizarro

Habiéndose leído una, dos y más veces las cartas entre los tres que en la primera consulta se hallaron, que fueron Gonzalo Pizarro y el Licenciado Cepeda y Francisco de Carvajal, pidió Gonzalo Pizarro el parecer de ellos. Cepeda dijo a Carvajal que como más viejo hablase primero, y, aunque hubo réplica de comedimiento de una parte a otra, al fin habló Carvajal primero y dijo: "Señor, muy buenas bulas son éstas; paréceme que no es razón que Vuesa Señoría las deje de tomar, y todos nosotros hagamos lo mismo, porque traen grandes indulgencias." El Licenciado Cepeda replicó diciendo: "¿Qué bondad es la que tienen?" Carvajal respondió: "Señor, que son muy buenas y muy baratas, pues nos ofrecen revocación de las Ordenanzas y perdón de todo lo pasado, y que en lo porvenir se tome orden y parecer de los regimientos de las ciudades, para ordenar lo que al servicio de Dios y al bien de la tierra y beneficio de los pobladores y vecinos de ella convenga, que es todo lo que hemos deseado y podemos desear, porque con la revocación de las Ordenanzas nos aseguran nuestros indios, que es lo que nos hizo tomar las armas y ponernos en contingencia de perder las vidas, y con el perdón de lo pasado nos las aseguran, y con el orden que se ha de tener de aquí en adelante en que se gobierne lo que convenga con el parecer y consejo de los regimientos de las ciudades, nos hacen señores de la tierra pues la hemos de gobernar nosotros. Por todo esto, soy de

parecer que se tomen las bulas y que se elijan nuevos embajadores que vayan al Presidente con la respuesta, y lo traigan en hombros a esta ciudad y le enladrillen los caminos por do viniere con barras de plata y tejos de oro, y se le haga todo el mayor regalo que fuere posible, en agradecimiento de que nos trajo tan buen despacho, y para obligarle a que adelante nos trate como a amigos, y nos descubra si trae otra mayor facultad y poder para dar a Vuesa Señoría la Gobernación de este Imperio, que yo no dudo de que la traiga, que, pues del primer lance nos envía lo que nos ha enviado, señal es que le queda más resto que revidarnos. Tráiganle como he dicho, que, si no nos estuviese bien su venida, después podremos hacer de él lo que quisiéremos."

Cepeda dijo que no convenía nada de lo que había dicho Francisco de Carvajal, porque las promesas eran de palabra, sin alguna seguridad, y que de los poderosos era no cumplirlas cuando se les antojaba, y que metido una vez el Presidente en tierra, atraería así todos los de ella y haría todo lo que quisiese, que no lo enviaban por hombre sencillo y llano, sino de grandes cautelas, astucias, falsedades y engaños, y que en resolución su parecer era que en ninguna manera recibiesen al Presidente, porque sería la total destrucción de ellos. Eso fue en suma lo que estos dos consejeros dijeron, aunque las razones de una y otra fueron muchas más. Gonzalo Pizarro, aunque no se declaró por ninguno de ellos, se inclinó más al voto del Licenciado Cepeda que no al de Carvajal, porque le pareció que ya le desposeían de la Gobernación y mando de aquella tierra. Y el Licenciado Cepeda también dió aquel parecer apasionado de su ambición e interés, porque le pareció que recibido una vez el Presidente, él caía de su autoridad, y quizá perdería la silla de Oidor y aún la vida, porque habiendo sido ministro de Su Majestad hubiese contradicho sus Ordenanzas y ido contra su Visorrey hasta matarle en batalla campal.

No salió Gonzalo Pizarro resuelto de esta consulta en cosa alguna; ordenó que se hiciese una gran junta de los vecinos, señores de indios y de los capitanes y de la demás gente noble y letrados que en la ciudad hubiese, para que por todos se acordase lo que se hubiese de hacer y responder a las cartas de Su Majestad y del Presidente, porque fuesen con la autoridad y consejo de toda la tierra. Juntáronse en aquel Cabildo abierto más de ochenta personas, donde hubo diversos y extraños pareceres, unos de mucha gravedad, prudencia y consejo, en favor y beneficio común de indios y españoles y en el servicio divino; otros pareceres hubo no tales, que cada uno hablaba conforme a su talento; otros hubo muy ridículo, que en tanta variedad y multitud de gente es fuerza que haya de todo. Los pareceres más acertados se confirmaban con el de Francisco de Carvajal, pero porque la ambición y deseo de mandar los contradecía, no fueron admitidos. Carvajal volvió a decir en aquella publicidad que las bulas eran buenas, y que era bien que las tomasen. Cepeda dijo: "Ya tiene miedo el maese de campo". Lo mismo dijeron algunos de los más disparados, y sintiéndolo Carvajal, dijo en su alta voz: "Yo, señores, como aficionado servidor del Gobernador mi señor, y como quien tanto desea su prosperidad, aumento y

descanso, doy el parecer que entiendo que más conviene para que consiga lo que le deseo, conforme al amor que le tengo; que por lo demás, cuando acaezca otra cosa ya yo he vivido muchos años, y tengo tan buen palmo de pescuezo para la soga, como cada uno de vuesas mercedes.” Diego Fernández Palentino refiere parte de este parecer que Francisco de Carvajal dió, y lo dice en un paso de su *Historia* más adelante de donde vamos; debió de llegar tarde a su noticia y quien le dió la relación se la dió menoscabada; ello pasó en este lugar y mucho más largo que se ha dicho. Francisco López de Gómara, ni Agustín de Zárate, no hacen mención de ello, y no sé por qué, que acabada esta guerra, públicamente loaban todos, cuando referían estos sucesos la prudencia de Carvajal y su buen consejo, cuán acertado era si Gonzalo Pizarro acertara a tomarlo.

Las consultas que hemos dicho pasaron en público; otras hubo secretas contra Gonzalo Pizarro en la posada de Pedro Fernández Paniagua, que, sin procurarlo él, fueron muchos aquella primera noche y las demás que estuvo en la Ciudad de los Reyes, a abonarse con él, diciéndole que ellos eran servidores de Su Majestad y que estaban contra su voluntad en poder de Gonzalo Pizarro, que luego que el Presidente entrase en la tierra, todos se irían a él y desampararían a Pizarro; que por amor de Dios tomase bien en la memoria sus nombres para decir al Presidente quiénes eran, porque desde luego se ofrecían por suyos para servirle a su tiempo. Esto decían a Paniagua a solas los vecinos más principales y los que más prendados andaban en el servicio de Gonzalo Pizarro y los que peores votos habían dado contra el Presidente en las consultas pasadas, diciendo que lo matasen a puñaladas o con tósigo o con desfondarle el navío en que fuese al Perú, como lo dicen los historiadores.

Estos avisos secretos que a Paniagua daban de noche, fueron parte para que él no se declarase con Gonzalo Pizarro, porque es de saber que llevaba orden y comisión del Presidente, que le dió en secreto a su partida y le dijo: “Viviréis con mucho recato, cuidado y aviso de mirar y penetrar la intención de los que están con Gonzalo Pizarro; y si viéredes y sintiéredes que son todos con él a una, le diréis de mi parte que se sosiegue y quiete, que yo llevo orden de Su Majestad para confirmarle la Gobernación que tiene del Perú, porque es verdad que a mi partida de España me dijeron los del consejo de Su Majestad, que, si toda la tierra fuese a una con Gonzalo Pizarro, que lo dejase por Gobernador, y las postreras palabras fueron decirme: “Quede la tierra por el Emperador nuestro señor, y gobiérnela el Diablo.” Este secreto fío de vos, dijo el Presidente a Paniagua, como lo fiaron de mí, y haced en todo como tenéis la obligación a caballero hijodalgo y al servicio de vuestro Rey.”

Todo esto contaba el mismo Paniagua después de apaciguada la tierra y venido el Presidente a España, porque él quedó allá con un buen repartimiento de indios, y decía que con ver la variedad de los que le hablaban, estuvo muchas veces por descubrir el secreto a Gonzalo Pizarro, y que muchas veces le había pesado después acá de no haberlo hecho. Pedro Hernández Paniagua procuró la respuesta de su mensaje, y la alcanzó por favor del Licenciado Carvajal, y lo

tuvo en mucho, porque estaba temeroso no supiese Gonzalo Pizarro que los suyos le iban a hablar de noche, y la matase, como lo había amenazado al principio. Salió de Los Reyes por enero de quinientos cuarenta y siete años. Gonzalo Pizarro le dió dineros para el camino, y una carta para el Presidente, que le escribe Diego Fernández Palentino, y Agustín de Zárate la calla, la cual dice así:

"Muy magnífico y muy reverendo señor:

"Una de vuesa merced recibí, hecha en esa ciudad de Panamá, a veinte y seis de septiembre del año pasado, y por los avisos que vuesa merced en ella me da, beso las manos a vuesa merced muchas veces, porque bien entiendo que salen de un ánimo tan sincero como es razón le tenga una persona de tanta calidad y tan estrenado en conciencia y letras como vuesa merced es. Y en lo que a mí toca, vuesa merced crea que mi voluntad siempre ha sido y es de servir a Su Majestad; y sin que yo lo diga, ello mismo se dice de suyo, pues mis obras y las de mis hermanos han dado y dan testimonio claro de ello, porque a mi parecer no se dice servir a su Príncipe el que le sirve con solo palabras; y aunque los que ponen obras a costa de Su Majestad sirven, pero no que tengan tanta razón de encarecer lo que sirven como yo, que no con palabras, sino con mi persona y las de mis hermanos y parientes, he servido a Su Majestad diez y seis años que ha que pasé a estas partes, habiendo acrecentado en la Corona Real de España mayores y mejores tierras y más cantidad de oro y plata que haya hecho ninguno de los que en España han nacido jamás, y esto a mi costa, sin que Su Majestad en ello gastase un peso. Y lo que de todo ello ha quedado a mis hermanos y a mí es sólo el nombre de haber servido a Su Majestad, porque todo lo que en la tierra habemos ganado se ha gastado en servicio de Su Majestad, y al tiempo de la venida de Blasco Núñez se hallaban los hijos del Marqués y Hernando Pizarro y yo sin tener oro ni plata (aunque tanto habíamos enviado a Su Majestad), y sin tener un palmo de tierra de tanta como habíamos acrecentado a su Real Corona; pero con todo esto, tan entero en su servicio como el primer día. Así que de quien tanto ha servido a Su Majestad no se debe presumir haya necesidad de saber el poder de su Príncipe más de para alabar a Nuestro Señor, que tanta merced nos hace de darnos un tal señor, que en él (como en su morada propia concurren) le hizo tan poderoso y de tantas victorias que todos los príncipes cristianos e infieles le teman y recelen. Y aunque yo no haya gastado tanto tiempo en la Corte de Su Majestad como he gastado en la guerra, en su servicio, vuesa merced crea soy tan aficionado a saber las cosas de Su Majestad (especialmente las que ha hecho en las guerras) que muy pocos hay de los que en ella se hallan que me hagan ventaja en saber el verdadero punto de todo lo que en ellas ha sucedido, porque con el afición que a mí conocen los que de allá vienen (que se me podría notar la curiosidad, por ser tan amigo de verdad como en todas las cosas suelo ser), siempre procuran escribirme lo que

realmente pasa, y yo, como cosa que tanto me deleita y satisface, siempre procuro tenerlo en la memoria," etc.

Lo que más contenía esta carta lo dejamos por impertinente, porque no sirve más de culpar al Visorrey Blasco Núñez Vela de todo lo pasado, y disculparse así diciendo que todas las ciudades de aquel Imperio le eligieron por Procurador general de él, y que los Oidores con provisión de sello real, le mandaron que echase del Reino a Blasco Núñez Vela, y que él no hizo nada por su parecer, sino obedecer lo que se le mandó.

Con esta carta se fue Paniagua por la mar, donde lo dejaremos hasta su tiempo. Lo que en la carta dice: "sin tener un palmo de tierra de tanta como habemos acrecentado a su Corona Real", quiso decir en mayorazgo perpetuo como la tienen los señores de España, que se la dieron los Reyes pasados por haberles ayudado a conquistarla y echado los moros fuera de ella. Que aunque Gonzalo Pizarro y Hernando Pizarro tenían repartimientos de indios, no eran perpetuos sino de por vida; y aunque el Marqués Don Francisco Pizarro también los tuvo, se habían acabado ya con su muerte y sus hijos no los heredaron.

CAPÍTULO VI: La muerte de Alonso de Toro. La salida de Diego Centeno de su cueva, y la de otros capitanes al servicio de Su Majestad. La quema que Gonzalo Pizarro hizo de sus navíos, y lo que sobre ello Carvajal le dijo.

Habiendo despachado Gonzalo Pizarro a Pedro Hernández Paniagua, y viendo que Lorenzo de Aldana no le enviaba aviso alguno de su viaje ni de la armada que estaba en Panamá, ni otra cosa alguna del Licenciado Pedro de la Gasca, pudiéndolo haber enviado según el tiempo que había pasado en medio, sospechando mal de ello, escribió a Quitu a su teniente y capitán Pedro de Puelles, y a la ciudad de San Miguel al capitán Mercadillo, y al capitán Porcel a los Pacamurus, y a Trujillo al capitán Diego de Mora, avisándoles que estuviesen apercibidos para cuando les enviasen a llamar, que sería presto. Pero cuando los mensajeros llegaron, ya todos estos capitanes tenían aviso de la revocación de las Ordenanzas y del perdón general de todo lo pasado, que las cartas y traslados de los poderes que el Presidente llevaba (que, como atrás dijimos, con secreto y buena maña las había hecho derramar por todo el Reino) habían llegado a noticia de ellos, y estaban todos determinados de negar a Gonzalo Pizarro, como lo hicieron poco después. Envió asimismo Gonzalo Pizarro a Antonio de Robles por capitán a la ciudad del Cozco para que recogiese la gente que en ella y en su comarca hubiese, y la tuviese apercibida para lo que adelante conviniese. Envió a este capitán al Cozco porque supo Gonzalo Pizarro que Diego González de Vargas (que yo alcancé a conocer) había muerto a su teniente y capitán Alonso de Toro, que residía por él en aquella ciudad.

Fué una muerte no pensada por el matador ni por el muerto, porque Alonso de Toro era yerno de Diego González, el cual entró descuidadamente en casa de Alonso de Toro, que estaban juntos y le halló riñendo a grandes voces con su mujer, que era virtuosísima, y Alonso de Toro era soberbio, colérico y vocinglero; y al tiempo que el viejo entraba por una sala, y que estaba antes del aposento de la hija, acertó a salir Alonso de Toro, y, como le viese en aquella coyuntura, entendiendo que iba a volver por la hija, arremetió con el viejo, que pasaba de sesenta y cinco años, y a grandes voces le dijo palabras feas y torpes. Diego González, más por defenderse que no llegase a él, que no por ofenderle, echó mano a su puñal viejo de dos orejas, que traía colgado de la cinta (que también se lo conocí), y lo puso delante de sí como por defensa. Alonso de Toro, viendo el atrevimiento, arremetió con más furia al buen viejo, y llegó hasta herirse él mismo con el puñal. Diego González, viendo que ya no podía librar bien de aquel hecho, le dió otras tres o cuatro heridas por la barriga, y volvió las espaldas huyendo, porque no le quitase Alonso de Toro el puñal y le matase con él. El herido le siguió más de cincuenta pasos, hasta la escalera de la casa, donde cayó y falleció. Así acabó el pobre Alonso de Toro, que lo mató su braveza y áspera y terrible condición, que la tuvo tal, pues forzó a su suegro que le matase de puro miedo.

Diego González se libró por la Corona, y yo le conocí años después; y un hijo suyo criollo, llamado Diego de Vargas, fue mi condiscípulo de escuela de leer y escribir, y después en la latinidad que nos enseñaron. Y este hecho pasó en una casa en medio de la de mi padre, donde yo estaba cuando sucedió. Por la muerte de Alonso de Toro eligieron los de la ciudad a Alonso de Hinojosa por Alcalde y capitán de aquella ciudad por Gonzalo Pizarro; poco después entró Antonio de Robles en ella con su provisión, donde lo recibieron por tal capitán, de que Alonso de Hinojosa se dió por ofendido como lo mostró adelante según diremos, aunque por entonces lo disimuló.

Las cartas y avisos de la ida del Presidente también llegaron a la ciudad de Arequepa y a la Villa de Plata, y corrieron todo el Collao, donde había mucha gente derramada y escondida de la que Francisco de Carvajal ahuyentó y desperdigó en los alcances que dió a Diego Centeno. Con las nuevas se alborotaron todos, y un vecino de Arequepa llamado Diego Álvarez que se hallaba entonces en la costa de la mar con otros nueve o diez compañeros, alzó una toalla de lienzo por bandera, y se hizo capitán. Fué a buscar a Diego Centeno, el cual salió también de su cueva, y en breve tiempo se juntaron con él casi cincuenta hombres, los cuales de común consentimiento alzaron a Diego Centeno por Capitán general de su nueva empresa, y platicaron dónde sería bien ir, si a la ciudad de Arequepa o a la del Cozco, donde sabían que estaba Antonio de Robles con trescientos soldados bien apercibidos. Estuvieron confusos en determinarse, porque les parecía peligrosa ir a acometer a un capitán como Antonio de Robles que tanta ventaja les tenía en la gente; pero confiados que llevaban la voz del Rey, determinaron ir allá.

Dejarlos hemos en su viaje, por decir otros hechos y cosas que en diversas partes sucedieron en el mismo tiempo, que son tantas que temo no poder salir de este laberinto; pero como mejor pudiéremos procuraremos dar cuenta de ellas. Si no fuere tan bastante como era menester, se me perdone y se reciba mi ánimo y deseo.

Lorenzo de Aldana y Hernán Mejía de Guzmán y Juan Alonso Palomino y Juan de Illanes, que como atrás dijimos, iban navegando hacia el Perú por orden del Presidente, llegaron a Túmpiz, donde estaba un capitán llamado Bartolomé de Villalobos, por teniente de Gonzalo Pizarro. El cual, viendo que los cuatro navíos habían estado cuatro días cerca del puerto sin quererle tomar, sospechó que no eran de su bando, y con sola la sospecha sin más certificación escribió a Gonzalo Pizarro lo que en la mar había y lo mal que de ello sospechaba. Encaminó el mensajero al capitán Diego de Mora, que estaba en Trujillo, ciento y tantas leguas de Túmpiz, con aviso de lo que pasaba, y que con brevedad diese noticia de ello a Gonzalo Pizarro. Diego de Mora despachó el mensajero a Los Reyes, y quedó confuso de lo que haría, si seguiría el bando de Gonzalo Pizarro o le negaría. En esta confusión se certificó de la revocación de las Ordenanzas y perdón que Su Majestad había hecho de todo lo pasado. Entonces, recogiendo todo el oro y plata que pudo hacer de su hacienda y muebles, lo embarcó en un navío que en el puerto había y se fue a Panamá, llevando su mujer consigo y otros cuarenta soldados y entre ellos algunos vecinos de Trujillo.

La nueva de los cuatro navíos llegó a la Ciudad de los Reyes; aunque no supieron decir quien iba en ellos, causó gran confusión en Gonzalo Pizarro y los suyos, y, sin saber más, se apercibieron luego para la guerra que temían. Nombraron capitanes de caballo y de infantería. Luego, tras esto, llegó la nueva de lo que Diego de Mora había hecho; proveyeron que un Licenciado León fuese a Trujillo en un navío a hacer el oficio que el capitán Diego de Mora allí hacía, el cual también negó a Gonzalo Pizarro, porque a pocos días de su navegación topó con Lorenzo de Aldana y los suyos, y se hizo del bando de ellos. Diego de Mora también se encontró con Lorenzo de Aldana, y se volvió con él hacia el Perú, y todos llegaron al puerto de Trujillo, donde se desembarcó Diego de Mora con cuarenta hombres que en los navíos iban enfermos, para que se curasen en tierra, y él entró tierra adentro hasta Cassamarca, con certificación de las Ordenanzas revocadas y perdón de lo pasado, para convocar la gente que por aquellas provincias había, con las cuales nuevas acudió al servicio de Su Majestad mucha gente, y entre ellos Juan de Saavedra, natural de Sevilla, y Gómez de Alvarado y Juan Porcel, a quien Gonzalo Pizarro había escrito que estuviese apercibido para cuando le llamase.

En suma, decimos que de todas aquellas regiones y provincias se juntaron más de trescientos hombres con Diego de Mora para servir al Emperador, lo cual sabido por Bartolomé de Villalobos, que estaba en Túmpiz, recogió toda la gente que pudo, y se metió tierra adentro para irse por la Sierra a Gonzalo Pizarro; pero en el camino le prendieron los suyos mismos, y le persuadieron a que

trocase las manos y el ánimo, y se volviese a Piura y tuviese aquel lugar por Su Majestad, como lo tenía por Gonzalo Pizarro. Él, viendo que no le estaba mal, lo aceptó aunque contra su voluntad si se puede decir así. Lo mismo acaeció en Puerto Viejo donde estaba Francisco de Olmos por teniente de Gonzalo Pizarro, que, sabiendo los que se habían reducido al servicio de Su Majestad, se fue a Huayaquil con algunas personas de confianza, y, disimulando a lo que iba, ganó por la mano a Manuel Estacio, que estaba allí por teniente de Gonzalo Pizarro, y le dió puñaladas antes que el otro se las diese á él, y alzó bandera por Su Majestad. Y de esta manera se redujeron todas aquellas gentes, tenientes y capitanes de Gonzalo Pizarro, con la nueva sola de las Ordenanzas revocadas, y del perdón general, que no fueron menester otras persuasiones.

Todo lo cual supieron Gonzalo Pizarro y los suyos, que, así como iban sucediendo las cosas y estas desgracias en su disfavor, así le daban las nuevas por días y horas; con lo cual estaban tan escandalizados como tenían la razón, porque veían que toda la tierra les negaba, y de los que consigo tenían sospechaban lo mismo, que habían de hacer lo que los otros. Consultaron algunas cosas que les convenía, pero en tanta confusión y alboroto antes erraban que acertaban en su provecho, que una de las cosas que hicieron fue quemar cinco navíos muy buenos que en el puerto tenían y los demás bajeles menores que había, lo cual mandó Gonzalo Pizarro por persuasión del Licenciado Cepeda y del Licenciado Benito de Carvajal, que eran los que más con él podían; y como más letrados en leyes que en la milicia, le persuadieron a que se quemasen, diciéndole que era bien quitar las ocasiones a los que quisiesen negarle, que hallando navío y bajeles en el puerto se le huirían muchos, y no teniendo en qué irse, le seguirían, mal de su grado.

Esta quema de los navíos fue en ausencia de Carvajal, que faltó siete u ocho días de la compañía de Gonzalo Pizarro, que había ido a proveer otras cosas de importancia veinte leguas de Los Reyes. Cuando volvió y supo lo que se había hecho, lloró tiernamente la pérdida de los navíos, y entre otras cosas dijo a Gonzalo Pizarro: “Vuesa Señoría mandó quemar cinco ángeles que tenía en su puerto para guarda y defensa de la costa del Perú, y para ofensa y destrucción de sus enemigos; fuera bien que siquiera reservaran uno para mí, que con él me atreviera a servir a Vuesa Señoría de manera que se diese por satisfecho de mi servicio, y todo el mundo me tuviera envidia porque yo entrara con él con buena copia de arcabuceros y saliera a recibir a los contrarios, que, según es de creer, han de traer la gente fatigada y enferma, según lo certifica la experiencia, que tenemos de Panamá y de toda la costa que hay de allá acá, según es achacosa y enferma, y los arcabuces de ellos han de venir mal aderezados por el poco uso, y han de traer la pólvora humedecida, flaca y de poco efecto, por lo cual valía más un navío de Vuesa Señoría que cuatro de los contrarios.” Los émulos de Carvajal, que eran los dos licenciados, decían en secreto a Gonzalo Pizarro que se podía sospechar que Carvajal dijese aquello, y le pesase de la quema de los navíos por habérsele quitado el instrumento en que

poderse huir; pero adelante veremos cuán mejor consejo era el de Carvajal que el de los letrados, y cómo lo vió Gonzalo Pizarro por clara experiencia de lo que sucedió, como se dirá.

CAPÍTULO VII: El Presidente sale de Panamá y llega a Túmpiz. Lorenzo de Aldana llega al valle de Santa; envía asechadores contra Gonzalo Pizarro, el cual nombra capitanes y les hace pagas; y un proceso que contra el Presidente se hizo.

El Licenciado Pedro de la Gasca, Presidente de Su Majestad, habiendo despachado a Lorenzo de Aldana y a sus compañeros en los cuatro navíos que fueron al Perú, recogió toda la gente, armas, caballos y bastimento que pudo haber de toda la comarca para ir en pos de los suyos. Entre los que le acudieron fue un famoso soldado llamado Pedro Bernardo de Quirós, natural de Andújar, que años antes había pasada a las Indias y había servido a Su Majestad en las Islas de Barlovento, Cartagena y Tierra Firme, y había sido alférez; dieronle entonces el mismo oficio, que no hubo plaza de capitán; sirvió en él muy principalmente en todo lo que se ofrecía en las guerras con Gonzalo Pizarro, y después sirvió con nombre de capitán en las de Don Sebastián de Castilla y en las de Francisco Hernández Girón, que mereció le hiciesen merced de un repartimiento de indios llamados Cacha, en la ciudad del Cozco, con cierta pensión para las lanzas que entonces se inventaron para guarnición del Reino. Con este caballero acudieron otros muchos caballeros y soldados nobles y más nobles de todas aquellas regiones marítimas a servir a Su Majestad, en tanto número que pasaron de quinientas personas. Lo cual visto por el Presidente, le pareció no haber menester el socorro que había pedido a México y a otras partes, y así volvió a escribir al Visorrey Don Antonio de Mendoza y a los demás Gobernadores, dándoles cuenta de todo lo hasta allí sucedido, y que no le enviasen la gente que había pedido, que le parecía no sería menester.

Habiendo despachado esto y dejado proveído lo necesario para el gobierno de Panamá y el Nombre de Dios, y escrito a Su Majestad con larga relación de todo lo hasta entonces sucedido en su servicio, se partió con toda la armada para el Perú y, aunque en aquellos primeros senos de aquel mar tuvo algunas tormentas, no le estorbaron su viaje. Siguiendo su navegación, encontró a Pedro Hernández Paniagua, que le llevaba la respuesta de Gonzalo Pizarro. Holgó mucho con él, y mucho más de saber la intención que los que estaban con Gonzalo Pizarro tenían de servir a Su Majestad y pasarse a su bando luego que viesen tiempo y lugar. Con el regocijo de esta nueva, no quiso leer la carta de Gonzalo Pizarro, por no oír alguna libertad si se la escribía, y así la mandó quemar, y siguió su navegación con toda prosperidad, hasta que llegó a Túmpiz, donde lo dejaremos, por decir de Lorenzo de Aldana, que iba con sus cuatro

navíos a la Ciudad de los Reyes, y de la alteración que a Gonzalo Pizarro causó saber que le había negado.

Lorenzo de Aldana, siguiendo su navegación, salió de Trujillo la costa arriba; llevaba en sus navíos alguna gente enferma, y pasando adelante llegó al río que llaman de Santa; hizo aguaje; de allí envió por tierra a un fraile mercenario llamado Fray Pedro de Ulloa, a hacer saber a Gonzalo Pizarro la nueva de su venida, y que debajo de este color hablase a las personas en quien conociese buena intención y les avisasen que saliesen al puerto de Los Reyes como mejor pudiesen, que por la costa andarían los bateles de los navíos a recoger la gente que así huyese. Todo lo cual supo Gonzalo Pizarro; mandó recoger aparte al religioso, y que no tratase ni hablase con persona alguna en público ni en secreto. Quejóse gravemente de Lorenzo de Aldana, de la traición que le había hecho, negando la patria y la amistad que siempre Gonzalo Pizarro le había mostrado, y que si siguiera el parecer de los principales de su campo le hubiera muerto mucho tiempo antes. Sobre esto le culpaban todos los suyos públicamente, diciendo que él tenía la culpa de no haberles creído.

Publicada al descubierto la ida de Lorenzo de Aldana a Los Reyes y la entrega de la armada de Gonzalo Pizarro al de la Gasca, mandó Gonzalo Pizarro pregonar guerra, tocar atambores y alistar la gente y nombrar capitanes y darles pagas y socorros en común a todos; y en particular aventajó a muchos soldados nobles y famosos, a mil y a dos mil pesos de ventaja según los méritos de cada uno. Hizo reseña general: salió el mismo a pie por General de la infantería, en la cual iban, como lo dice Zárate, libro sexto, capítulo once, mil hombres todos tan bien armados y aderezados como se han visto en Italia en la mayor prosperidad de ella, porque ninguno había, demás de las armas, que no llevase calzas y jubón de seda y muchos de tela de oro y de brocado, y otros bordados y recamados de oro y plata, con mucha chapería de oro por los sombreros, especialmente por los frascos y cajas de los arcabuces.

Los capitanes de la gente de a caballo que Gonzalo Pizarro nombró fueron el Licenciado Cepeda y el Licenciado Carvajal, porque los tenía por más prendados en su favor y amistad. Los capitanes de arcabuceros fueron Juan de Acosta, Juan Vélez de Guevara y Juan de la Torre. Capitanes de piqueros fueron Hernando Bachicao y Martín de Almendras y Martín de Robles. Maese de campo sobre todos Francisco de Carvajal, como antes lo era, y que tuviese una compañía de arcabuceros de los que siempre le habían seguido. El estandarte entregó a Antonio Altamirano, con ochenta de a caballo que lo guardasen. Algunos capitanes sacaron cifras en sus banderas con el nombre de Gonzalo Pizarro, y encima del nombre una corona de Rey; una de las cifras era una *G* y una *P* enlazada una con otra; otro capitán sacó un corazón con el nombre Pizarro. Las banderas las hicieron todas de nuevo, de diversos colores; usaron por orden de Francisco de Carvajal en aquella milicia (lo que no he visto por acá en la guerra) que todos los soldados de cada compañía traían en el sombrero, entre las plumas, por divisa, una banderilla de los colores de su bandera, por la

cual cada uno era conocido de qué compañía era, y, aunque no trajesen plumas, traían la banderilla por pluma. Solo Carvajal no quiso hacer bandera nueva; sacó la vieja de sus victorias pasadas, porque se las representase a sus soldados para que se esforzasen a ganar otras mayores.

Dió Gonzalo Pizarro grandes pagas y socorros a los capitanes: dió a cuarenta y a cincuenta y a sesenta mil pesos para que socorriesen a sus compañías, como ellas eran, de infantería o de caballería. Compró todos los caballos y yeguas, machos y mulas que pudo haber, para encabalgar su gente, y los pagó; y otras cabalgaduras que no pagó (como lo dice uno de los autores) fue la causa que muchos mercaderes de aquella Ciudad de los Reyes se alistaron por soldados, por no mostrar flaqueza manifiesta; y pasados algunos días, se rescataron por las armas y caballos que tenían, y el que no los tenía daba el dinero que podían valer, y Gonzalo Pizarro y sus ministros lo habían por bien, por no llevar a nadie contra su voluntad, porque ningún soldado forzado hace buena guerra. En este aparato de guerra salió el Licenciado Cepeda con una máquina de leyes, por hacer lisonja a Gonzalo Pizarro, y fue a juntar todos los letrados que allí había y proponerles, que se hiciese un proceso criminal contra el Licenciado de la Gasca y contra Pedro de Hinojosa y los demás sus capitanes, por haber entregado la armada de Gonzalo Pizarro al Presidente, y a él por haberla recibido.

Sobre esto se tomaron testigos de que había sido traición y latrocinio de los capitanes haber dado la armada de Gonzalo Pizarro que le había costado más de cien mil pesos, y haberla recibido el Presidente siendo ajena. Fulminado el proceso, sentenciaron a muerte y a ser arrastrados y hechos cuartos todos los culpados; firmó Cepeda la sentencia; pidieron a Gonzalo Pizarro que, como Gobernador de aquel Imperio, también la firmase él y todos sus ministros. Llegando al maese de campo Francisco de Carvajal a que firmase, y diciéndole el Licenciado Cepeda que convenía mucho su firma, Carvajal se sonrió, como haciendo mofa de la instancia con que Cepeda lo pedía, y dijo: “Sin duda ninguna debe de importar alguna cosa muy grande, que no la alcanzamos nosotros, en que se firme esta sentencia”. Y volviéndose a él, le dijo: “Señor, firmando estos señores letrados y yo la sentencia, ¿ejecutarse ha luego como en ella se contiene y morirán luego aquellos caballeros malhechores?” Respondió Cepeda: “No, señor, pero es bien que esté firmada y pronunciada la sentencia para ejecutarla cuando los prendamos.” Carvajal se rió entonces muy al descubierto, dando grandes carcajadas de risa, y dijo: “A fe de buen soldado, que, según la instancia que se ha hecho, yo entendía que firmando yo la sentencia había de caer un rayo al mismo punto y matarlos todos juntos allá donde están. Que si yo los tuviese presos no me diera un clavo por la sentencia ni por las firmas, que sin ellas los pondría yo como vuesa merced quiere.” Con esto dijo otras muchas cosas de burla y donaire, como él las sabía decir.

El Licenciado Polo, de quien atrás hemos hecho mención que se halló en esta congregación, dijo aparte a Gonzalo Pizarro que no le convenía que aquella

sentencia se firmase ni se publicase; lo uno, porque el Licenciado Gasca era sacerdote de misa, y quedaban descomulgados todos los que firmasen la sentencia de su muerte; y lo otro, porque se había de esperar que muchos capitanes de los que se entregaron a Gasca se habían de volver a él, porque habían sido forzados por Pedro de Hinojosa, los cuales, sabiendo que estaban sentenciados a muerte y pronunciada la sentencia, le negarían de veras y serían enemigos mortales.

Con esto se suspendió aquel auto, y quedó la sentencia firmada de sólo el Licenciado Cepeda.

CAPÍTULO VIII: Gonzalo Pizarro envía a Juan de Acosta contra Lorenzo de Aldana; las asechanzas que entre ellos pasaron. La muerte de Pedro de Puelles.

En la furia de las consultas, procesos y sentencias tan impertinentes y ridículas que los letrados procuraban fulminar y pronunciar, tuvo noticia Gonzalo Pizarro de los cuatro navíos en que Lorenzo de Aldana y los demás capitanes iban hacia la Ciudad de los Reyes, que subían la costa arriba, y que habían salido ya de Trujillo; mandó que el capitán Juan de Acosta, con otros cincuenta de a caballo, arcabuceros escogidos, fuesen la costa abajo a impedir que los navíos de Lorenzo de Aldana tomasen agua ni leña, ni desembarcasen en puerto alguno. Juan de Acosta llegó hasta Trujillo, donde no osó parar más de un día, temiendo no viniese Diego de Mora que estaba en Cassamarca y le hiciese algún daño; volvióse por la costa arriba, deseando y procurando prender alguna gente que de los navíos de Lorenzo de Aldana saltase en tierra. Lorenzo de Aldana, por otra parte, teniendo por sus espías noticias de Juan de Acosta, le armó una emboscada de más de cien arcabuceros, metidos en un cañaveral por donde Acosta había de pasar, para que le matasen o prendiesen e hiciesen todo el daño que pudiesen. Juan de Acosta, andando en sus asechanzas, dió con una cuadrilla de gente de los navíos que salía a hacer agua; mató tres o cuatro de ellos, prendió otros tantos, y otros catorce o quince se le pasaron de su grado y se fueron con él, de los cuales supo la emboscada que le tenían armada, y se apartó de ella, y los de Lorenzo de Aldana no osaron salir a él a quitarle la presa, aunque eran más en número, porque no llevaban tan buena provisión de pólvora y lo demás necesario para los arcabuces, y también porque ellos iban a pie y los enemigos a caballo y la tierra era un arenal muerto.

Juan de Acosta envió a Gonzalo Pizarro los que se le pasaron, él cual los trató con mucho amor y regalo, proveyéndoles de armas, caballos y dineros, de lo cuales supo la mucha falta de mantenimientos que los cuatro navíos llevaban y la poca gente que en ellos había quedado, porque toda la demás la habían echado en tierra por enferma e inútil, y otros muchos habían muerto y echádolos a la mar, y los que iban, iban dolientes y mal parados, sin armas ni munición, y

que no tenían nueva del Presidente ni sabían de él, ni cuando vendría y que les parecía que no vendría en todo aquel año. Con estas nuevas tan certificadas, holgaron mucho Gonzalo Pizarro y los suyos; pero por otra parte, considerando las faltas y menoscabos que llevaba la gente de los cuatro navíos, entendió Gonzalo Pizarro muy al descubierto, cuán mal consejo había sido el de los suyos en persuadirle que quemase los cinco navíos que tenía, y la mucha razón que Francisco de Carvajal tuvo de reprenderlo, diciendo que valía más un navío de los que él llevara contra Lorenzo de Aldana, que los cuatro que él traía contra ellos. Juan de Acosta llegó al puerto de Huaura, donde dice el Palentino que hay tanta abundancia de sal que podría proveer a toda Italia, Francia y España, y por cosa admirable lo escribe, y dice que es muy buena sal.

Sabiendo Gonzalo Pizarro cómo iba Juan de Acosta a Los Reyes, y lo que Diego de Mora había hecho en Trujillo, le pareció enviar al Licenciado Carvajal con trescientos hombres a prevenir que Lorenzo de Aldana no saltase en tierra, ni tomase agua, ni otro bastimento, y que por otra parte castigase a Diego de Mora e hiciese todo lo que les conviniese para su empresa. Proveído todo lo necesario para la jornada, y apercibido el Licenciado Carvajal para irse, lo estorbó el maese de campo Francisco de Carvajal, diciendo que no era buen consejo, porque el Licenciado se le había de huir y llevarse toda aquella gente, que si había perseverado con él hasta entonces, había sido por vengar la muerte de su hermano el factor, y que ahora viéndose perdonado de los delitos pasados, y que las Ordenanzas estaban revocadas y que todos sus parientes eran criados del Rey en oficios calificados y preeminentes, no había duda sino que se le había de huir, trayendo a la memoria cuán sin culpa suya lo habían tenido con la soga en la garganta para darle garrote. A estas persuasiones de Francisco de Carvajal ayudó mucho Juan de Acosta, porque luego que supo la nueva provisión que se hacía vino a toda diligencia a contradecirla y a querellarse de su agravio; por lo cual Gonzalo Pizarro mudó parecer y envió a Juan de Acosta que hiciese lo que el Licenciado Carvajal había de hacer.

Juan de Acosta fue su viaje y llevó trescientos hombres, como le fue mandado; sintió en muchos de ellos flaqueza y ánimo de huírsele; certificóle esto la huida de doce soldados de los más nombrados que llevaba; y sus amigos, con mentiras o verdad, le avisaron que había otros que pretendían lo mismo, y que era caudillo de ellos Lorenzo Mejía de Figueroa, yerno del Conde de la Gomera, al cual degolló no más que con este indicio. Este caballero casó con Doña Leonor de Bobadilla, mujer que fue de Nuño Tovar, teniente general del Gobernador Hernando de Soto, en la jornada que hizo para la conquista de la Florida, como largamente lo dijimos en la *Historia de la Florida*. Tuvo un hijo y una hija, la cual se llamó Doña María Sarmiento; casó en el Cozco con Alonso de Loayza, vecino de aquella ciudad; la noche de sus bodas fue el levantamiento de Francisco Hernández Girón, como en su lugar diremos, con el favor divino. El hijo se llamó Gonzalo Mejía de Figueroa, caballero que, aunque mozo, fue de toda buena enseñanza; fue condiscípulo mío en la gramática; murió muy

temprano, dejando mucha lástima a los que le conocían, por la buena esperanza que de él tenían.

A Juan de Acosta dejaremos en su viaje, y a todos los demás de la costa, por decir lo que sucedió en Quitu a Pedro de Puelles; el cual, teniendo noticia de la revocación de las Ordenanzas y perdón de todos los delitos pasados, por graves que fuesen, le pareció gozar de las bulas reales y reducirse al servicio del Rey, negando a Gonzalo Pizarro, por quien tanto había hecho en las ocasiones pasadas.

Pedro de Puelles imaginaba hacer un convite solemne a toda su gente y capitanes, y proponerles lo que le convenía en reducirse al servicio de Su Majestad, pues estaban perdonados de sus delitos pasados y revocados de las Ordenanzas. Esto supo Rodrigo de Salazar el Corcovado, de un soldado famoso llamado Diego de Urbina, a quien Pedro de Puelles en secreto, como a su amigo, había dado cuenta. Rodrigo de Salazar, viendo que aquel negocio estaba hecho, quiso para sí la honra de aquella hazaña, y que Pedro de Puelles no la ganase con el Presidente ni con Su Majestad, haciéndole servicio tan calificado como era reducirle trescientos soldados escogidos que consigo tenía. Quiso ganarle por la mano, y tomar para si la honra y fama que el otro pretendía. Dió cuenta de su propósito a cuatro amigos particulares que tenía, cuyos sobrenombres sin nombres propios, eran Bastida, Tirado, Hermosilla, Morillo, y por estos apellidos eran conocidos. Díjoles lo que Pedro de Puelles pensaba hacer, y que era bien que ellos gozasen el premio de reducir aquella gente al servicio de Su Majestad, para lo cual convenía que matasen a Pedro de Puelles, y así lo acordaron entre todos. Y otro día, que era domingo, fueron todos cinco, bien de mañana, a casa de Pedro de Puelles, diciendo que el capitán Salazar iba a visitarle y a acompañarle hasta la iglesia para oír misa. Pedro de Puelles, con mucho agradecimiento, pidió que entrasen en su aposento, que aún no se había levantado. Los cuatro entraron, y Rodrigo de Salazar se quedó a la puerta, que no quiso entrar hasta ver cómo salía el hecho, aún que hay quien diga que sí entró; pero yo oí muchas veces este cuento a los que hablaban de él y de otros semejantes, y lo referían como decimos. A Pedro de Puelles mataron los cuatro a estocadas y puñaladas, y con ellos salió a la plaza el capitán Rodrigo de Salazar, apellidando la voz del Rey y su servicio, a que todos los de la ciudad acudieron con mucha voluntad y ánimo.

CAPÍTULO IX: Un desafío singular sobre la muerte de Pedro de Puelles. La entrada de Diego Centeno en el Cozco, y su pelea con Pedro Maldonado.

Rodrigo de Salazar y sus compañeros trataron luego de ir todos con brevedad a buscar al Presidente Gasca, y así fueron en pos de él y le alcanzaron en el valle de Sausa, donde (aunque anticipemos este paso de su lugar) Rodrigo

de Salazar y sus compañeros y amigos fueron recibidos del Presidente con mucho aplauso y mucha loa y agradecimiento del servicio que a Su Majestad habían hecho, prometiéndole la gratificación el tiempo adelante. Diego de Urbina, que era amigo de Pedro de Puelles, viendo que por haber descubierto a Rodrigo de Salazar el secreto de su amigo gozaba de aquellos favores que eran derechamente del difunto, acusado de su conciencia y lastimado de la muerte de su amigo, mostró al descubierto su pasión y el enojo que contra Rodrigo de Salazar tenía, y dijo en público que todo lo que atrás se ha dicho de la intención de Pedro de Puelles en servicio de Su Majestad, y que él había dado noticia de ella a Rodrigo de Salazar, el cual como hombre cauteloso y astuto, aunque había negado al Visorrey Blasco Núñez Vela y huídose a Gonzalo Pizarro y seguídole hasta entonces en todo lo pasado, viendo que si Pedro de Puelles reducía aquella gente al servicio de Su Majestad, a él no se lo habían de agradecer ni se habían de acordar de él, determinó hacer lo que hizo por llevarse la gloria ajena, como lo había hecho en prender a Don Diego de Almagro el Mozo siendo su ministro, por verle perdidoso; porque siempre (como en el caso presente), con mañas, cautelas y traiciones, habían seguido el refrán que dice: "¡Viva quien vence!" Sobre la cual dijo Diego de Urbina que le desafiaba a batalla singular, donde le haría confesar por la boca ser verdad lo que decía.

Rodrigo de Salazar, que no fiaba tanto de sus armas y esfuerzo que osase salir a campo con un hombre tan principal y valiente como Diego de Urbina, y que era verdad que él le había descubierta el secreto de Pedro de Puelles que fue causa de su muerte, fiando más de su habilidad y astucia que de su espada y lanza, respondió que era verdad todo lo que Diego Urbina decía de Pedro de Puelles, pero que con todo eso se había anticipado a matarle por sospechas que tuvo, que pues Pedro de Puelles dilataba el hecho, que podría arrepentirse entre tanto que llegaba el día señalado. Con lo cual y con que el Presidente lo aprobó, quedaron satisfechos Diego de Urbina y otros soldados principales que eran de su bando, y dijeron que la causa era bastante para haberle muerto. Otros dijeron que se había satisfecho con muy flacas razones para desafío de batalla singular, y que a muertos y a idos hay muy pocos amigos.

El capitán Diego Centeno, que dejamos en el camino con determinación de ir sobre el capitán Antonio de Robles, que con mucha gente estaba en el Cozco por Gonzalo Pizarro, y aunque el atrevimiento de acometer a un hombre que tenía trescientos soldados bien armados parecía antes temeridad que esfuerzo, porque no llevaba más de cuarenta y ocho hombres, y esos mal armados y los más a pie, como gente que había salido de cuevas y cavernas donde se habían metido huyendo de Carvajal, todavía se atrevió a seguir su viaje, porque Alonso de Hinojosa, ofendido, como atrás dijimos, de que Gonzalo Pizarro enviase a Antonio de Robles en su lugar, solicitó a los hombres principales que en el Cozco había, y todos escribieron a Diego Centeno prometiéndole serían en su favor y ayuda si fuese a aquella ciudad contra Antonio de Robles. Con esto se esforzaron mucho los de Diego Centeno y siguieron su viaje a toda diligencia.

Antonio de Robles, sabiendo que el enemigo iba cerca, trató de resistirle. Consultó con sus capitanes el cómo, y envió a correr el campo a un hombre de quien él mucho fiaba, llamado Francisco de Aguirre, el cual se alargó todo lo que pudo, hasta toparse con Diego Centeno seis leguas de la ciudad, y le dió aviso de la determinación y orden de Antonio de Robles, dónde y cómo pensaba armar su escuadrón para resistirle la entrada. El capitán Diego Centeno y los que con él iban, que los más principales eran Pedro Ortiz de Zárate, Francisco Negral, Luis de Ribera, Diego Álvarez, Alonso Pérez de Esquivel, acordaron que la entrada y el acometimiento fuese de noche para asombrar con el ruido a los enemigos y para que los amigos que eran casi todos los de Antonio Robles, con la oscuridad de la noche no peleasen y se pasasen a su bando.

Usaron de un ardid de guerra muy galano y fue que quitaron los frenos a las cabalgaduras que llevaban y de las jáquimas y arzones de las sillas les colgaron mechas encendidas y mandaron a los indios de su servicio que las llevasen por delante, y, en llegando a tal puesto, las apretasen malamente, para que entrasen corriendo. La entrada por donde habían de entrar era la calle que en la descripción de la ciudad llamamos del Sol, que sale al medio de la Plaza Mayor. Dada esta orden a los indios, Diego Centeno y los suyos fueron por otra calle, que está al poniente de la que hemos dicho, que sale al rincón de la plaza. Antonio de Robles, sabiendo el asalto que su enemigo le hacía de noche, formó un escuadrón de trescientos hombres en medio de la plaza; puso la frente de él a la boca de la calle del Sol, porque no había otra por donde los enemigos pudiesen entrar, si no era rodeando mucha tierra. Los indios criados de Diego Centeno entraron con las cabalgaduras haciendo grandísima ruido, que parecía de mucha más gente que la que iba. Entraron en la plaza y rompieron el escuadrón de Antonio de Robles sin que ellos pudiesen advertir con quien peleaban, porque cuando salieron a recibir los caballos los hallaron sin dueños, y se vieron confusos. A este punto asomó por la otra calle Diego Centeno con su gente, y acometió al escuadrón contrario por el lado derecho, con ruido de voces y grita, y con disparar los pocos arcabuces que llevaban.

A este tiempo estaba en las casas que eran de Hernando Pizarro, que ahora son de la Santa Compañía de Jesús, un hombre llamado Pedro Maldonado, hombre pacífico y quieto, que no profesaba la soldadesca ni presumía de ella. Estaba rezando las Horas de Nuestra Señora, cuyo devoto era. Oyendo el arma, metió las Horas en el seno, y con su espada ceñida y una pica que acertó a hallar a mano, salió a la plaza, y el primero con quien topó fue Diego de Centeno, y, sin saber quién era, le dió un picazo y le atravesó la mano izquierda, y el segundo golpe le tiró a los muslos y le hirió en el muslo izquierdo, y no se le pasó, porque el hierro de la pica era un hierro antiguo, de los que llamaban de orejas, que además de la punta con que hería tenía a los lados dos vueltas, a semejanza de la pintura que llaman Flor de Lis, y por tener aquellos cornezuelos a los lados no pasó el hierro el muslo; pero al tirar que Pedro Maldonado hizo de la pica para dar otro golpe, asieron los cornezuelos de las cuchilladas de las

calzas, que eran de terciopelo, y dió con Diego Centeno en tierra. A este tiempo un paje suyo, ya hombre, cuyo nombre se me ha ido de la memoria, que iba en su guardia, viendo a su señor caído, dió a Pedro Maldonado un arcabuzazo, de que cayó tendido en el suelo, más luego se levantó para pelear con Diego Centeno. Entretanto llegaron otros al socorro de Diego Centeno, y rindieron a Pedro Maldonado y le desarmaron, y siguieron su victoria, que ya de la gente de Antonio de Robles unos se habían huido de su escuadrón y los más se habían pasado al Rey. Y así no acaeció en aquel trance otro hecho notable que contar, sino el de Pedro Maldonado y del capitán Diego Centeno, a los cuales yo conocí y no se derramó aquella noche otra gota de sangre, sino la de aquel famoso varón.

CAPÍTULO X: Un caso maravilloso sobre la pelea de Pedro Maldonado. La muerte de Antonio Robles. La elección de Diego Centeno por Capitán general. La reducción de Lucas Martín al servicio del Rey. La concordia de Alonso de Mendoza con Diego Centeno.

Pedro Maldonado era el hombre más alto y más corpulento que yo he visto allá ni acá; no murió del pelotazo, ni salió herido de él, aunque cayó en el suelo, porque, según después pareció, la Virgen María Nuestra Señora, cuyo devoto él era, quiso librarle de aquella muerte, porque la pelota dió en las Horas que llevaba en el seno, en las cuales (como dijimos) estaba rezando cuando se tocó el arma y él salió a la pelea, y el grandísimo golpe de la pelota le derribó como si fuera un niño. Yo ví las Horas años después, que, hallándome cerca de Pedro Maldonado a una misa de las que cada sábado se cantan a la Madre de Dios en aquella su casa de las Mercedes, se las pedí, diciendo que tenía deseos de ver las Horas del milagro, que así las llamaron comúnmente desde aquel día; él me las dio, y yo las abrí; y la pelota entró por el principio de las Horas, y horadó y rompió del todo las primeras treinta u cuarenta hojas, y otras tantas adelante remolió en redondo, y otras doce o quince más adelante rompió a la larga, en el tamaño de la pelota, y la postrera hoja de estas así rotas era la que estaba antes de la misa de Nuestra Señora, que en aquellos tiempos imprimían en las Horas que llamaban de Nuestra Señora no solamente el oficio de la Virgen y la misa, sino otras muchas devociones, cuantas querían los impresores; porque entonces no había la calificación de los libros que ahora hay desde el Santo Concilio de Trento acá. Las Horas eran del tamaño de un diurnal ordinario, de los que ahora se usan.

No hubo más pelea aquella noche que la de Pedro de Maldonado y del capitán Diego Centeno, aunque los autores dicen que la hubo, con muertos y heridos; pero fueron engañados por los relatores, y yo lo vi casi por vista de ojos, porque dentro de seis días vine a la ciudad con mi tío Juan de Vargas y con

el capitán Rodrigo de Pantoja y otros nueve españoles que estaban treinta leguas del Cozco en un repartimiento de indios y toda la familia de mi padre, esos pocos que éramos, estábamos con ellos ahuyentados de los de Pizarro, que no osábamos parar en la ciudad. Mi tío y los demás españoles fueron luego al Cozco a servir a Su Majestad; mi madre y yo y los demás fuimos en pos de ellos, y luego otro día que llegamos fuí a besar las manos al capitán Diego Centeno de parte de mi madre, y me acuerdo que le ví la mano izquierda envuelta en una banda de tafetán negro, sobre la venda blanca de la herida, y le hallé en pie porque la herida del muslo tampoco fue peligrosa; posaba en las casas que eran de Hernando Bachicao, que ahora son de Don Luis Palomino. Y esto pasó pocos días después de la fiesta del Santísimo Sacramento, año de mil y quinientos y cuarenta y siete, y lo escribimos originalmente cerca de los mismos días del año de seiscientos y cinco, y por tanto digo que casi lo vi por vista de ojos.

Toda la pelea fue como entre amigos, porque, si hubieran de pelear como los historiadores dicen que pelearon, mal pudieran resistir cuarenta y ocho hombres tan mal armados como iban (pues ellos mismos dicen que muchos de ellos llevaban las dagas atadas en puntas de varas largas en lugar de picas o lanzas) a trescientos hombres bien armados que Antonio de Robles tenía.

El capitán Antonio de Robles, viéndose perdido y desamparado, se entró huyendo en el Convento del Divino San Francisco, no el que ahora es, que está al poniente de la ciudad, sino el que entonces había al oriente de ella, de donde otro día lo mandó sacar Diego Centeno, no con intento de matarle porque era hombre blando y nada cruel, sino reducirle al servicio de Su Majestad.

Pero Antonio de Robles, que (como dice Zárate) era mozo de poca edad y de bajo entendimiento, viendo que no le ahorcaban luego, le pareció que todavía se era caudillo y cabeza de la ciudad; dijo muchos atrevimientos favoreciendo el partido de Gonzalo Pizarro y muchas desvergüenzas contra el servicio de Su Majestad; por lo cual enfadado Diego Centeno mandó que le cortasen la cabeza, en lo cual quiso honrarle contra la opinión de muchos que entendían que la mandara ahorcar aunque él era hijodalgo.

Algunos que eran muy devotos de Gonzalo Pizarro se huyeron aquella noche del Cozco y a toda diligencia vinieron a Rímac, y le dieron la nueva de la pérdida de su capitán y de su gente, de que Gonzalo Pizarro sintió mucha pena y dolor, aunque lo disimuló por entonces y proveyó lo que adelante diremos. Sabida la victoria del capitán Diego Centeno, acudió toda la gente que había escondida y retraída en la comarca del Cozco, en más de cuarenta y cincuenta leguas al rededor de ella: vinieron muchos vecinos principales y muchos soldados nobles y famosos, que, con los que había en el Cozco, se juntaron más de quinientos hombres; los cuales de común consentimiento eligieron a Diego Centeno por Capitán general de todos ellos; el cual nombró capitanes de infantería y caballería, de lo cual haremos mención cuando hablemos de la batalla de Huarina.

Habiendo reformado el Capitán general Diego Centeno su gente, se volvió al Collao con determinación de ir sobre Alonso de Mendoza (que estaba en la Villa de Plata por Gonzalo Pizarro) con propósito de reducirle al servicio de Su Majestad por bien o por mal cuando no pudiese de otra manera.

La victoria de Diego Centeno se supo en la ciudad de Arequepa en muy breve tiempo, donde estaba un capitán llamado Lucas Martín Vegaso, vecino de aquella ciudad, al cual envió Gonzalo Pizarro después de la batalla de Quitu por su teniente, que residiese en ella. Este capitán, sin saber lo que había pasado en el Cozco, determinó llevar a Gonzalo Pizarro ciento y treinta hombres que tenía consigo, para servirle con ellos. A pocas leguas de la ciudad le prendieron los suyos mismos, que deseaban reducirse al servicio del Rey e iban de mala gana con el capitán; echáronle prisiones, porque no se les huyese.

Luego que llegaron a Arequepa de vuelta, supieron el buen suceso de Diego Centeno, y, como todos eran amigos, se fueron a Lucas Martín y le persuadieron que trocase el ánimo y hiciese de grado lo que había de hacer por fuerza, y se redujese al servicio del Rey, que ellos le restituirían en su primer lugar y le llevarían por capitán, y dirían a Diego Centeno que todos iban a servir a Su Majestad. Lucas Martín vino en ello, aunque por fuerza, según él mismo lo publicaba después.

En Arequepa hallaron aquellos soldados treinta o cuarenta mil pesos que Lucas Martín enviaba a Gonzalo Pizarro; todos los tomaron y repartieron entre sí y se fueron a Diego Centeno; el cual los recibió con mucho agradecimiento del servicio que a Su Majestad hacían, y todos juntos fueron a los Charcas en busca de Alonso de Mendoza, el cual salió de aquella provincia con trescientos hombres, para venirse a juntar con Gonzalo Pizarro.

Hallándose cerca los unos de los otros, el Capitán general Diego Centeno, deseando excusar todo rompimiento de batalla, le escribió una carta pidiéndole, olvidadas todas las pasiones y enemistades pasadas que en tiempo de los alcances de Alonso de Toro y de Francisco de Carvajal tuvieron, se pasase al servicio del Rey y dejase a Gonzalo Pizarro, porque se había declarado contra Su Majestad, y que lo hiciese siquiera por no ganar nombre de traidor a su Rey natural.

Con esta carta y embajada envió una dignidad de la iglesia del Cozco, que fue el maestrescuela Pedro González de Zárate, que lo había sacado de su iglesia para medianero de esta paz y concordia y de cualquiera otra que se ofreciese, porque era persona de autoridad, prudencia y consejo para todo.

Entre tanto que el maestrescuela estaba detenido dando trazas con Alonso de Mendoza sobre la concordia y reducción al servicio de Su Majestad, que no se acababa de determinar porque se le hacía de mal negar a Gonzalo Pizarro, recibió el general Diego Centeno los despachos que el Presidente le envió, con el poder que de Su Majestad llevaba para gobernar aquel Imperio, y con la revocación de las Ordenanzas y el perdón de todos los delitos pasados, todo lo cual envió Diego Centeno a toda diligencia al maestrescuela, su embajador, para

que lo mostrase a Alonso de Mendoza, porque vió cuán eficaz había de ser aquello para reducirlo, aunque estuviera mucho más prendado. No le salió vano el pensamiento a Diego Centeno, porque luego que Alonso de Mendoza vió los despachos, mudó propósito y determinó pasarse al servicio del Rey, y capituló con el maestrescuela que él se reducía al bando de Diego Centeno, y se juntaría con él, pero que había de ser con condición que quedase por Capitán general de la gente que tenía para mandar y gobernar como hasta allí lo había hecho, y sus soldados eran trescientos de los escogidos muy bien armados y encabalgados. Diego Centeno aceptó el partido que no quiso reparar en el inconveniente que era ver dos generales en ejército de una misma nación, y así se juntaron los unos y los otros, con gran fiesta y regocijo que de ambas partes hubo. Viéndose (como dice Agustín de Zárate) con tanta pujanza, que tenía más de mil hombres, acordaron de ir a buscar a Gonzalo Pizarro y tomarle cierto paso para que no fuese por él, y esperarle allí, porque no les convenía pasar adelante, porque llevaban falta de comida.

Dejarlos hemos en su paso, que era cerca de Huarina, donde se dió después aquella sangrienta batalla, y pasarnos hemos a hablar del Presidente Pedro Gasca que le dejamos navegando en el Mar del Sur.

CAPÍTULO XI: El Presidente llega a Túmpiz; las provisiones que allí hizo. Gonzalo Pizarro envía a Juan de Acosta contra Diego Centeno. Lorenzo de Aldana llega cerca de Los Reyes, y Gonzalo Pizarro toma juramento a los suyos.

Con las dificultades de su navegación, llevó el Presidente a salvamento al puerto Túmpiz, con toda su armada, que solo un navío se le quedó, por no ser tan buen velero de la bolina como los otros, cuyo capitán era Don Pedro Cabrera; el cual, viendo que no podía arribar ni pasar adelante por falta de su navío, tomó el puerto de Buenaventura, y por tierra caminó aprisa con los pocos que llevaba y alcanzó al Presidente en Túmpiz, ocupado en la provisión de los bastimentos y lo demás necesario para su ejército, porque tenía cerca de quinientos hombres. Allí recibió muchas cartas de personas graves, así como vecinos como capitanes y soldados, a los cuales respondió con mucho agradecimiento y promesas de gratificación de parte de Su Majestad. Proveyó que Pedro de Hinojosa, su Capitán general, fuese adelante con la gente de guerra hasta Cassamarca, a juntarse con los capitanes y gente que allí había. Mandó que Pablo de Meneses fuese con la armada costeando la costa arriba, y él, con la gente que le pareció necesaria para la seguridad de su persona, caminó por los llanos hasta llegar a Trujillo, donde tuvo nuevas de capitanes y personajes que habían acudido al servicio de Su Majestad, y de los puestos y lugares, dónde y cómo le estaban esperando. Envió mensajeros a todas partes, mandándoles que se recogiesen y caminasen por la sierra hasta llegar al valle de Cassamarca, y allí

esperasen lo que se les ordenase. Proveído todo esto, caminó por los llanos enviando sus corredores delante, para que avisasen de la que hubiese y le asegurasen el camino.

Entretanto que pasaban estas cosas por el Presidente y su ejército, supo Gonzalo Pizarro el suceso del Cozco, la victoria de Diego Centeno, y la muerte de Antonio de Robles y la prisión de Lucas Martín Vegaso, de que recibió grandísima pena, porque veía que de todas partes se iba cayendo el edificio que pensaba tener fabricado para ser Gobernador de aquel Imperio. Envió a llamar a toda prisa a su capitán Juan de Acosta, que, como dijimos, había ido hacia Trujillo con gente para remediar los daños que por aquella parte asomaban. Francisco de Carvajal, en esta coyuntura, cortó la cabeza a Antonio Altamirano, alférez general de Gonzalo Pizarro, porque con las nuevas del buen suceso de Diego Centeno, se había trocado mostrando mucha tibieza en el servicio de Gonzalo Pizarro en todo lo que se le mandaba, y esto bastó para quitarle la vida. El estandarte que él tenía se lo dieron a Don Antonio de Ribera.

Llegado que fue Juan de Acosta, mandó apercibir trescientos hombres que fuesen con él sobre Diego Centeno; nombró por capitán de caballos a Martín de Olmos, y por capitán de arcabuceros a Diego Gumiel, los cuales yo conocí, y por capitán de piqueros nombró a Martín de Almendras, y el estandarte mandó dar a Martín de Alarcón, y por maese de campo a Páez de Sotomayor, y a Juan de Acosta (que yo también conocí) eligió por general de todos ellos. Enviólos al Cozco por el camino de la sierra, con propósito de salir pocos días después por el camino de los llanos a hacer guerra por todas partes a Diego Centeno, de quien mostraba tener mayor queja, porque decía que él había sido uno de los primeros y de los que más le solicitaron e importunaron a que aceptase el oficio de Procurador general de todo aquel Reino, y que ahora, con solo las nuevas falsas o verdaderas de que eran perdonadas y revocadas las Ordenanzas, le había negado con la misma diligencia y presteza que había puesto en elegirle y seguirle hasta verle nombrado por Procurador y Gobernador del Perú; y que lo mismo habían hecho todos los que habían sido en levantarle, pero que él esperaba en Dios que los castigaría con su propio hecho, y le vengaría de ellos.

Estas quejas y otras semejantes hablaba Gonzalo Pizarro con sus íntimos amigos, más en lo público mostraba todo buen ánimo como siempre lo tuvo en sus mayores trabajos, y así lo dicen los historiadores en su favor cuando llegan a este paso.

A estas quejas y malos sucesos añadió la fortuna otros peores, porque cuando ella empieza a mostrar su disfavores no se contenta con dar pocos. Ordenó que en aquella coyuntura y sazón llegase Lorenzo de Aldana con sus cuatro navíos a quince leguas de la Ciudad de los Reyes, donde, aunque iba bien desproveído de gente y bastimento, estuvo con mucha seguridad y contento, porque supo que Gonzalo Pizarro había quemado los navíos que tenía en el puerto, con lo cual quedó en toda paz y quietud, y cobró ánimo para llegar hasta el puerto de los Reyes, porque su intención no era de pelear, sino de recoger en

sus bateles la gente que de Gonzalo Pizarro se huyese. La nueva de su llegada a Huaura se supo en Los Reyes, y causó gran escándalo en toda ella. Gonzalo Pizarro, viendo que todos le habían negado, temiendo que los que tenía consigo también le habían de negar, quiso asegurarse de ellos con la fuerza de la religión; y así, por orden del Licenciado Cepeda, de quien salió esta prevención y consejo, hizo llamamiento de todos los vecinos señores de indios, que había muchos y muy principales, de todas las ciudades que todavía permanecían con él. Llamó asimismo a los capitanes y caballeros y soldados principales, que había muchos, y les hizo una plática, diciendo el cargo y la obligación que todos ellos y todos los de aquel Imperio le tenían, por haberse puesto y pasado tantos peligros, guerra, hambre y trabajos por defenderles sus vidas, y los indios que por gracia y merced del Marqués Don Francisco Pizarro, su hermano, poseían. Mirasen cuán justificada tenían su causa con haber enviado mensajeros a dar cuenta a Su Majestad de todo lo sucedido en la tierra, y que el Presidente los había detenido y engañado a sus capitanes, y concertádose con ellos y tomádole su armada, que le había costado un gran tesoro, y últimamente había entrado en su jurisdicción, y echaba por el Reino cartas de mucho perjuicio contra todos los de aquel Imperio, y que traía intención de hacerles guerra, por todo lo cual él pretendía resistirle la entrada, porque así convenía a todos; que después de entrado el Presidente en la tierra y tomado posesión de ella, haría lo mismo que Blasco Núñez Vela: ejecutaría las Ordenanzas, castigaría a los delincuentes que se hubiesen hallado en todo lo de atrás. Por tanto, quería saber de todos y de cada uno de ellos su intención, porque no quería hacer fuerza a nadie en lo que no quisiesen seguir; que les encargaba y rogaba cada uno dijese al descubierto si querían seguirle o no, que al que no quisiese ir con él, desde luego le daba licencia para que se fuese a sus indios, o al Presidente, si quisiese; y los que quisiesen quedar con él y seguir tan justa demanda, le habían de dar su fe y palabra, en ley de hijosdalgo, y debajo de juramento, en ley de cristianos, de guardar y cumplir las promesas como se la hacían.

A esto respondieron todos que morirían con él y por él cien muertes, y lo juraron y firmaron en un cartulario largo, que de todo esto sacó escrito el Licenciado Cepeda, que fue el primero que firmó. Francisco de Carvajal, como hombre tan discreto y de tanta experiencia de semejantes cosas, reía, burlaba, y mofaba en secreto con sus amigos, y les decía: “Vosotros veréis cómo se cumplen las promesas y cómo se respeta la majestad del juramento”. Decía otras muchas cosas que si las tuviéramos escogidas, pudiéramos hacer un galano discurso, como los fueron los de aquel hombre en todos propósitos, que cierto fue rarísimo en el mundo.

CAPÍTULO XII: Envíanse rehenes de una parte a otra, con astucias de ambas partes. Húyense de Gonzalo Pizarro muchos hombres principales.

Dos días después de este auto llegaron al puerto de Los Reyes los cuatro navíos de Lorenzo de Aldana, que causaron grandísimo alboroto en la ciudad. Gonzalo Pizarro mandó tocar arma y recogió la gente en la plaza, que eran más de seiscientos hombres. Parecióle que era más seguro salir al campo, porque la gente que no le era aficionada, viéndose a vista de todos, no se le huiría. Asentó su real una legua de la ciudad y otra del puerto; puso corredores de a caballo para que no se le huyesen; y por salir de confusión y saber lo que pretendía Lorenzo de Aldana le envió un vecino de Los Reyes, llamado Juan Fernández, con orden que se quedase con él por rehenes de otro caballero que Lorenzo de Aldana le enviase, para tratar con él la razón de su venida y saber su intención. De los navíos enviaron al capitán Peña, el cual llevó a Gonzalo Pizarro el poder que el Presidente llevaba y el perdón general que Su Majestad a todos los culpados hacía y la revocación de las Ordenanzas, y que de palabra le persuadiese lo que importaba obedecer a Su Majestad y sujetarse a su voluntad, pues no gustaba que él gobernase aquel Imperio. En este paso dice el Palentino que pasó lo que atrás dijimos de las bulas. Engañáronle en la relación, porque ya en este tiempo era pasada la ocasión y sazón de consultar en poderes ni bulas, como ellos las llamaron, que ya entonces no había sino escándalo, alboroto y confusión, y ánimo de huirse todos, como se verá en el discurso de la historia.

Gonzalo Pizarro respondió con palabras de enojo al recaudo que el capitán Peña le dió, y dijo que Lorenzo de Aldana y Pedro de Hinojosa, y todos los demás que se le habían dado por muy amigos, éstos le habían hecho traición y dado causa que a él le llamasen traidor, habiendo justificado su causa con enviar embajadores a Su Majestad y darle cuenta de todo lo sucedido, y que nunca su intención fue de ofender a su Rey, sino de aplacar la tierra y quitar los inconvenientes de ella, para su mayor servicio. Con esto dijo otras muchas cosas, como hombre lastimado, quejándose de que los que le daban por más amigo y los que él había hecho hombres con cargos y oficios le hubiesen vendido tan injustamente. Mandó que el capitán Peña no hablase con nadie, y que estuviese recogido en el toldo de Don Antonio de Ribera, porque no diese noticia a nadie de los despachos que había traído, que no quiso que se publicasen. Dicen los autores que aquella noche le tentó Gonzalo Pizarro sobre que diesen orden cómo pudiese haber el navío de Lorenzo Aldana, porque, ganado aquél, los demás eran suyos, y que les prometió cien mil pesos por el hecho, y que el capitán Peña respondió que no era él persona que por ningún interés había de hacer traición semejante, ni se le debía proponer. Gonzalo Pizarro lo envió otro día salvo y seguro a los navíos, donde con Juan Fernández se trataron otras cautelas y engaños que tuvieron más efecto que el que se propuso el capitán Peña; y fue que Lorenzo de Aldana, sabiendo del capitán

Peña que Gonzalo Pizarro no había querido publicar los despachos que le envió, pareciéndole que todo el buen suceso de su jornada consistía en que se publicase entre los vecinos y soldados el perdón de Su Majestad y la revocación de las Ordenanzas, autorizado por instrumento público de escribano, porque hasta entonces no se sabía en Los Reyes más de por la carta que el Presidente, dijimos, había escrito a Gonzalo Pizarro. Para lo cual hizo sacar a toda diligencia dos traslados del perdón y de la revocación; y con otras muchas cartas que a personas particulares tenía escritas, se las entregó todas a Juan Fernández, con aviso e instrucción de lo que había de decir a Gonzalo Pizarro y hacer con los papeles.

Llegado ante él, le apartó aparte, y en secreto le dijo que Lorenzo de Aldana le había hecho grandes promesas porque trajese el perdón y la revocación, y que en secreto lo publicase entre los vecinos, capitanes y soldados, para que negándole a él se pasasen al bando del Presidente: "Y yo, dijo Juan Fernández, por entretener a Lorenzo de Aldana con vanas esperanzas, le dí palabra de hacerlo, y recibí estos papeles para entregárselos a Vuesa Señoría, porque no le había de hacer traición, fiando de mí su persona, salud y estado, como lo fio enviándome a sus enemigos por rehenes de otro, la cual confianza yo he tenido en mucho para dejarla por calidad y cantidad a mis herederos." Con esto dijo otras lisonjas para descuidar a Gonzalo Pizarro de cualquiera sospecha o malicia que de él pudiese tener. Gonzalo Pizarro, como hombre noble, ajeno de cautelas y maldades, porque no cabían en su pecho, se las creyó todas e hizo de él toda confianza, y le agradeció el haberle entregado los papeles, y concibió de él mucho crédito para lo de adelante; con lo cual Juan Fernández publicó sus papeles entre los que le pareció, y dió las cartas que quiso a los que le eran amigos, y las que eran de personas no seguras las hizo perdedizas y las echó por entre puertas y ventanas. De manera que como todos andaban ya conjurados contra Gonzalo Pizarro, no se perdió ninguna, y todas hicieron su efecto como luego veremos.

La publicidad de las cartas y las muchas promesas que en ellas se hacían, y un aviso que Lorenzo de Aldana dió en ellas, que todos los que pudiesen huirse a el mar, donde él estaba, hallarían los barcos en la ribera para recibirlos, alborotó la gente de Gonzalo Pizarro de manera que todos eran sospechosos, que casi no había entre ellos de quién poderse fiar nada, porque los primeros que se le huyeron fueron los que más prendas habían metido con Gonzalo Pizarro; y como él tenía su real en el campo y había publicado que quería caminar por los llanos, muchos hombres principales, que habían salido desapercibidos para caminar, tuvieron ocasión de pedirle licencia para volver a la ciudad a proveerse de lo necesario para seguirle en su viaje. Los más principales de estos fueron Vasco de Guevara, Martín de Meneses, Nicolás de Ribera, Hernán Bravo de Laguna, Diego Tinoco, Francisco de Ampuero, Alonso de Barrionuevo, Diego de Escobar, Francisco de Barrionuevo, Alonso Ramírez de Sosa, que todos tenían indios en la Ciudad de los Reyes o en el Cozco, y sin éstos otros muchos

soldados de cuenta. Gonzalo Pizarro les dió la licencia y ellos fueron a sus casas, y tomando lo que habían menester, en lugar de volver a Gonzalo Pizarro, como se lo habían prometido, le negaron y caminaron hacia Trujillo. De lo cual avisado Pizarro por las guardas, mandó al capitán Juan de la Torre que con veinte arcabuceros de confianza fuese en pos de ellos, para volverlos, o matarlos si no quisiesen volver. El cual los siguió, y caminó más de ocho leguas, y no pudiendo alcanzarlos se volvió, y en el camino topó a Hernán Bravo de Laguna, que se había detenido con intención de esconderse en la ciudad en casa de un pariente suyo; pero viendo él y el pariente el riesgo que ellos y todos los de su casa corrían si los enemigos volviesen y le hallasen en ella, acordaron que fuese en pos de sus compañeros, y ésta fue la causa de salir tarde y toparlo Juan de la Torre en el camino. Trájolo ante Gonzalo Pizarro, el cual lo remitió a Francisco de Carvajal para que lo ahorcase. Una señora muy principal, mujer de Nicolás de Ribera, uno de los huidos, llamada Doña Inés Bravo, mujer de gran valor y de toda bondad, sabiendo que traían preso a Hernán Bravo, que era su primo hermano, y que sin duda lo habían de matar, fue a toda diligencia al real de Gonzalo Pizarro, acompañada de su propio padre, y aunque se veía participante de la culpa del marido y del primo, que le habían negado, no dudó de ponerse a los ojos de Gonzalo Pizarro, confiando en el ánimo piadoso que este caballero tenía para los que le pedían misericordia; y así, puesta de rodillas, se la pidió, derramando muchas lágrimas. Gonzalo Pizarro, a toda prisa, la levantó del suelo, y aunque al principio se mostró duro en la concesión del perdón, al fin, acudiendo los circunstantes con la misma súplica, la concedió y dió la seña ordinaria que en semejantes casos solía dar, que era la gorra con la medalla que en ella traía. Lleváronsela a toda prisa a Francisco Carvajal, y llegaron a tan buen tiempo, que ya tenía Hernán Bravo puesta la soga a la garganta al pie de un árbol, de donde lo habían de ahorcar. Carvajal admitió el perdón de Gonzalo Pizarro a fuerza de los ruegos que le hicieron los que con él estaban, porque todos se hallaban obligados a favorecer el partido de aquella señora, y así escapó Hernán Bravo de Laguna, que yo conocí largamente, y le dejé vivo en la ciudad del Cozco, con un repartimiento de indios, aunque no de los grandes.

En este paso el contador Agustín de Zárate, habiendo dicho lo mismo, libro sexto, capítulo diez y seis, añade lo que se sigue. “Y aconteció sobre el perdón otro paso digno de notar, que un capitán del mismo Gonzalo Pizarro, llamado Alonso de Cáceres, que se halló junto a él al tiempo que concedió la vida a Hernán Bravo, le besó en el carrillo, diciendo a grandes voces: ‘¡Oh príncipe del mundo! malhaya quien te negare, hasta la muerte’, como quiera que dentro de tres horas él y el mismo Hernán Bravo y algunos otros se huyeron, lo cual se tuvo por cosa maravillosa, porque parecía que aún no había tenido tiempo para respirar del trance en que se había visto, teniendo la soga a la garganta,” etc.

CAPÍTULO XIII: Martín de Robles usa de un engaño con que se huye.

La huída de tanta gente noble y principal, y que eran los primeros que habían forzado a Gonzalo Pizarro a que volviese por sus vidas y haciendas, causó gran alboroto en su real, porque, como el mismo Zárate dice, había entre ellos personas que habían seguido a Gonzalo Pizarro desde el principio, y metido con él grandes prendas, y en quien nunca se pudo sospechar que le habían de negar ni faltar, con lo cual estaba Gonzalo Pizarro tan alterado y enojado, que nadie osaba parecer ante él. Mandó a los guardas que alcanzasen a los que hallasen fuera del real; ahorcaron a un pobre soldado porque le hallaron dos camisas vestidas, porque era indicio de huirse, y, aunque tan pobre, no faltó quien le denunciase. Y para mayor escándalo de Gonzalo Pizarro y de sus aficionados, sucedió que la noche siguiente a lo que se ha dicho, el capitán Martín de Robles, con astucia, para tener achaque de ir a la ciudad con buena apariencia, envió a avisar de secreto a Diego Maldonado el Rico, vecino y regidor del Cozco, que Gonzalo Pizarro quería matarle, que así lo había consultado con sus capitanes; por tanto, que se pusiese en cobro que no podía hacerle más servicio, por la amistad que había entre ambos. Diego Maldonado lo creyó, por haber sido uno de los vecinos del Cozco que se huyeron de Gonzalo Pizarro para venir a servir al Visorrey, como atrás queda dicho. Después de lo cual le habían dado un riguroso tormento sobre ciertas cartas echadizas que en el toldo de Gonzalo Pizarro se hallaron cuando iba a dar la batalla de Quitu, de lo cual él no había tenido culpa, porque después se halló quién lo había hecho. Sin esto, ahora últimamente Gonzalo Pizarro había muerto por sospechas a Antonio Altamirano, íntimo amigo suyo.

Por estas causas, y por temor de la muerte tan cruel que entre ellos andaba aquellos días, creyó Diego Maldonado el aviso de Martín Robles, y sin esperar que le ensillasen un caballo, aunque los tenía muy buenos, y sin descubrirse a ningún criado suyo, solo con su espada y capa, salió de su toldo y del real; con ser hombre de más de sesenta y ocho años, caminó a pie toda la noche hasta llegar a unos cañaverales que estaban tres leguas de la mar donde estaban los navíos y en ellos se escondió. Pero temiendo que otro día habían de ir a buscarle y le habían de matar hallándole, y que, cuando esto no acaeciese, había de perecer allí dentro de hambre y sed, se salió del cañaveral y acertó a ver un indio que pasaba cerca; llamóle y dióle cuenta de su necesidad. El indio, doliéndose de él, con la natural piedad que todos tienen, lo llevó a la mar, y a la orilla hizo una balsa de enea, de las que atrás contamos que los indios hacen para pasar los ríos y navegar lo poco que navegan por la mar; y en ella se pusieron ambos como en un caballo, y, remando el indio, fueron a los navíos con gran peligro de ser ahogados, a lo menos Diego Maldonado, porque cuando llegaron a ellos ya la balsa iba casi deshecha, por el mal recaudo que habían tenido de cordeles para

atar la enea. Así escapó el buen Diego Maldonado, que fue de los primeros conquistadores, y yo le dejé vivo en el Cozco.

Luego otro día, bien de mañana, fue Martín de Robles al toldo de Diego Maldonado, a ver cómo había tomado su recaudo falso; y hallando que se había huido aquella noche, fue a Gonzalo Pizarro, mostrándose muy de su bando y muy leal en su servicio, y le dijo: "Señor, Diego Maldonado se ha huido; paréceme que pues Vuesa Señoría ve por horas la disminución de su ejército y los que a cada paso se le huyen, debía alzar de aquí su real y caminar hacia donde tiene determinado, que es a Arequepa, y que no dé Vuesa Señoría licencia a persona alguna para que vaya a la ciudad a proveerse de lo necesario, porque con este achaque se le huirán todos, y será bien evitarlo. Y porque los de mi compañía no la pidan, sino que den ejemplo a los demás, quiero ir a la ciudad, permitiéndolo Vuesa Señoría, con alguno de los míos de los más de confianza, que están desproveídos, para que en mi presencia se provean de lo necesario sin que ya lo pierda de vista; y de camino pienso ir al Convento de Santo Domingo, donde me dicen que está Diego Maldonado, y sacarle de él y traerlo a Vuestra Señoría, para que mandándole castigar públicamente no se atreva nadie a huirse de hoy más." A Gonzalo Pizarro le parecieron bien aquellas palabras porque eran en su favor; y confiando en las muchas prendas que Martín de Robles había metido en aquellos negocios, pues había preso al Visorrey y perseguídole hasta la muerte, le dijo que fuese a la ciudad y que hiciese en todo como se lo había dicho. Martín de Robles, ante todas las cosas, tomó los caballos de Diego Maldonado, como bienes confiscados de traidor, y los suyos propios, y llamando de su compañía los que tenía por más amigos, que eran más de treinta, se fue a la Ciudad de los Reyes, y sin hacer pausa en ella, se fueron todos la vía de Trujillo, diciendo públicamente, que iban a buscar al Presidente, y que Gonzalo Pizarro era un tirano.

Estas nuevas llegaron al real de Gonzalo Pizarro, y admiraron de manera que muchos no las quisieron creer, porque les parecía imposible que Martín de Robles negase a Gonzalo Pizarro habiéndose mostrado tan de su bando en todas las ocasiones hasta allí sucedidas. Pero certificados del hecho, temían que aquel día se habían de huir todos los que quedaban, o que matarían a Gonzalo Pizarro por acabar el hecho de golpe, que ya no les faltaba otra cosa por hacer. Más nadie imaginó matarle, porque la bondad de aquel caballero no daba lugar a que nadie lo pensase; contentábanse con negarle y huírsele, y ninguno pretendió más. Gonzalo Pizarro, lo mejor que pudo, apaciguó el escándalo, mostrando tener en poco todos los que se le habían huido, y afirmando que, con solo diez buenos amigos que le quedasen, tenía ánimo de conservarse y de conquistar de nuevo todo el Perú: palabras son del Palentino, del capítulo sesenta y cuatro.

CAPÍTULO XIV: La huida del Licenciado Carvajal y la de Gabriel de Rojas, y de otros muchos vecinos y soldados famosos.

No cesó la huida de los de Gonzalo Pizarro con la de Martín Robles, antes apresuró la que otros deseaban hacer, porque luego, la noche siguiente, se huyó Lope Martín Pereira, de nación lusitana, que yo conocí: era de los primeros conquistadores. Lo cual sabido por Gonzalo Pizarro, quiso asegurar su real, a lo menos por la parte de la ciudad; y así mandó al Licenciado Carvajal, de quien con tanta razón, por las prendas metidas, debía confiar, que con su compañía, que era de gente de a caballo, guardase aquel cuartel, porque nadie se fuese por él. Lo cual le salió en contra de lo que pretendía, porque antes fue a abrir las puertas de su campo y dar lugar a que todos los de su real se le fuesen que no excusar el daño que temía porque el Licenciado Carvajal, haciéndose mucho del bando de Gonzalo Pizarro, como siempre lo había hecho hasta aquella hora, viendo entonces la gente sosegada, trocó las manos, y con todos los de su compañía y con Pedro Suárez de Escobedo y Francisco de Escobedo y Jerónimo de Escobedo, sus sobrinos, aquéllos que con su huída causaron (como atrás se dijo) la muerte del factor Illén Suárez de Carvajal, tío de ellos, se fue del real, camino de Trujillo. En compañía de ellos fueron el Licenciado Polo y Marcos de Retamoso, un famoso alférez, y Francisco de Miranda y Hernando de Vargas, y otros muchos soldados de gran nombradía. La huída de estos no fue tan secreta que no se rugiese por los más cercanos de aquel cuartel, a cuyo ejemplo se fue Gabriel de Rojas, a quien poco antes había dado Gonzalo Pizarro su estandarte, quitándoselo a Don Antonio de Ribera, por dejarlo por su teniente en la Ciudad de los Reyes, como lo dejó, por la mucha confianza que de él tenía por el parentesco y por las prendas metidas en esta trapaza y quimera.

Con Gabriel de Rojas se huyeron otros muchos, y entre ellos sus dos sobrinos Gabriel Bermúdez y Gómez de Rojas, que eran personas de calidad, y esto fue sin que nadie lo sintiese, porque el cuartel por do salieron era el que guardaba el Licenciado Carvajal, y pensaba Gonzalo Pizarro y todos los suyos que estaba muy seguro en su poder. Pero sabida por la mañana su huida y la de Gabriel de Rojas y los demás, lo sintió como tenía razón, especialmente por haberle negado el Licenciado Carvajal, sobre la cual hacía grandes imaginaciones, buscando cuál hubiese sido la causa de su disgusto y desabrimiento; pesábale de no haberle casado con Doña Francisca Pizarro, su sobrina, como alguna vez se había tratado, que le parecía le hubiera prendado con el parentesco para siempre. También imaginaba si se había agraviado porque envió en su lugar al capitán Juan de Acosta, habiéndole nombrado a él para aquella jornada; y de esto se quejó a Carvajal[42], culpándole que por su consejo y persuasión había hecho aquel trueque y mala provisión. Carvajal

[42]Es decir, a Francisco de Carvajal, el maese de campo de Gonzalo Pizarro. Dicho episodio del desplazamiento del licenciado Carvajal por Juan de Acosta, a instancias de Francisco de Carvajal, se relata en el capitulo VIII de este libro quinto.

respondió que “pues el Licenciado había tenido atrevimiento a huirse en su presencia, donde si lo sintieran corría peligro su vida, que mucho mejor se fuera estando lejos de él, y le hiciera mayor daño llevándose trescientos hombres que le encomendaba. De la misma manera que se vinieron a Vuesa Señoría cuando tuvieron necesidad de él, para que volviera por sus haciendas, vidas y honras, y como negaron a su Emperador y persiguieron a su Visorrey hasta matarle, de esa misma manera, y los mismos que hicieron aquello, niegan y venden ahora a Vuesa Señoría y se huyen de él porque no le han menester, que les han asegurado ya lo que tenían perdido, que estos tales ni allá ni acá no adoran otro ídolo ni tienen otro Rey sino al interés. A Vuestra Señoría han pagado como quien son, y a ellos les pagarán sus mismos hechos como lo merecen.”

Esto dijo aquel maese de campo y yo vi el tiempo adelante cumplido su pronóstico en los más de ellos y en casi todos, que muy pocos de los principales murieron de muerte natural, sino violenta, en los levantamientos que después hubo. La ida del Licenciado Carvajal acabó de quitar el ánimo del todo a los de Gonzalo Pizarro, porque imaginaron que pues le negaba aquel caballero, que tantas prendas había metido en aquella máquina hasta cortar la cabeza del Visorrey Blasco Núñez Vela, debía de estar muy de quiebra el partido de Gonzalo Pizarro, y así determinaron irse muchos, como lo hicieron. Otro día, caminando el ejército, se huyeron a escondidas todos los que pudieron, y llegó a tanto la rotura y el atrevimiento, que, a vista de todo el campo y del mismo Gonzalo Pizarro, pusieron los pies a sus caballos dos soldados famosos, el uno llamado Pedro Villadan y el otro Juan López; iban dando voces apellidando la voz de Su Majestad, y que Gonzalo Pizarro muriese como tirano. Poco después hicieron lo mismo otros dos, uno de ellos llamado Francisco Guillada y el otro Juan Páez de Soria. No quiso Gonzalo Pizarro enviar tras ellos, porque no habían de ir para volverlos, aunque los alcanzasen, sino para irse con ellos.

Temiendo esto, se dió prisa Gonzalo Pizarro a caminar por los llanos la vía de Arequepa, y por el camino se le huían muchos infantes arcabuceros, dejando su arcabuces, porque los de Pizarro se contentasen con las armas y no fuesen en pos de ellos. Huyéronsele tantos que, como dice Agustín de Zárate, libro sexto, capítulo diez y siete, “no llevaba más de doscientos hombres cuando llegó a la provincia de Nanasca, que está sesenta leguas de Los Reyes.” Francisco de Carvajal, como tan práctico capitán, recogía los arcabuces y cualesquiera otras armas que los huidos dejaban, para armar otros soldados, si se le viniesen.

CAPÍTULO XV: La Ciudad de los Reyes alza bandera por Su Majestad. Lorenzo de Aldana sale a tierra, y un gran alboroto que hubo en Los Reyes.

No se contentó la mala fortuna con perseguir a Gonzalo Pizarro con tantos como se le huyeron de su ejército, que, habiendo tenido pocos días antes mil

hombres de guerra en la Ciudad de los Reyes, no tuviera ahora más de doscientos, si no que ordenó que los que él había dejado en aquella ciudad por más amigos, y de quien más confianza tenia, así por las prendas que le habían dado como por el parentesco que con él tenían, le negasen y se pasasen al bando del Rey, que dos días después que Gonzalo Pizarro caminó hacia Arequepa, Don Antonio de Ribera, que había quedado en Los Reyes por su teniente, y los alcaldes Martín Pizarro y Antonio de León y otros vecinos, que unos con achaque de vejez, y otros con achaque de enfermedad, fingiendo más de la que tenían, habían alcanzado licencia de Gonzalo Pizarro para quedarse, dando en precio y trueque de sus personas sus armas y caballos; éstos tan viejos y enfermos, viendo que ya el enemigo estaría doce o quince leguas de ellos, sacaron el estandarte de la ciudad en plaza pública, y, recogiendo la gente que pudieron, alzaron la ciudad por Su Majestad y pregonaron la provisión del Presidente y el perdón general de todos.

En este paso dice el Palentino que se hizo este auto por orden de Gonzalo Pizarro, que así lo dejó mandado, porque no ganasen honra en haberse ido al Rey los que a él se le habían huido, aunque él mismo lo contradice diciendo que no es de creer sino que fue invención de alguna gente maliciosa, pero el hecho pasó así, que Gonzalo Pizarro lo mandó, y por eso dejó por su teniente a Don Antonio de Ribera, a quien tanto amaba, así por el parentesco como por los servicios que al Marqués Don Francisco Pizarro, su hermano, y a él les había hecho; porque con alzar la ciudad por Su Majestad (después de él ido) ganase honra y crédito con el Presidente Gasca, porque bien sabía Gonzalo Pizarro que perdiéndolos él de vista, le habían de negar y hacer lo que hicieron, como los demás sus capitanes y tenientes habían hecho en diversas partes del Reino, y quiso que esto fuese por su orden, aunque secreto, porque importaba a Don Antonio de Ribera y porque quedaba en su poder su sobrina doña Francisca Pizarro, hija del Marqués Don Francisco Pizarro.

Hecho este levantamiento de la ciudad, avisaron de ello a Lorenzo de Aldana, el cual lo estimó y solemnizó con alegría increíble, porque no esperaba que los de aquella ciudad se redujeran tan presto, y así estaba metido buen trecho en la mar, con todo buen recato, recogiendo todos los que se le iban, para lo cual tenía en la costa al capitán Juan Alonso Palomino, con cincuenta soldados en tierra, y los bateles a punto para que él y ellos se recogiesen si lo hubiesen menester, porque temía que Gonzalo Pizarro había de revolver aquella ciudad, sabiendo lo que en ella pasaba; y para saber con brevedad la venida de Pizarro, si volviese, puso en el camino doce de a caballo, de los que se le habían huido, que según andaba la sospecha, eran tenidos por más fieles los que se le habían pasado, por haber negado a Gonzalo Pizarro, que los que tenía consigo. Proveyó que el capitán Juan de Illanes fuese en una fragata la costa adelante al sur, y donde pudiese echase en tierra un religioso y un soldado que consigo llevase, para que diesen al capitán Diego Centeno los despachos del Presidente y la relación de todo lo que en aquel Imperio pasaba, y muchas cartas para

personas particulares del bando de Diego Centeno, y otras para los hombres señalados que andaban en compañía de Juan de Acosta, para que los indios la sembrasen por la tierra y llegasen a manos de aquellos a quien iban. Estas cartas hicieron mucho daño a Juan de Acosta, como adelante veremos.

El capitán Lorenzo de Aldana (que yo conocí, de quien adelante diremos algunas cosas suyas en particular) proveía desde la mar lo que se ha dicho, sin osar saltar en tierra, porque, según andaban turbados estos dos elementos, temía no hubiese alguno que se atreviese a matarle e irse a Gonzalo Pizarro, porque entre los muchos que hemos dicho que se fueron al Rey, hubo algunos que del bando del Rey se fueron a Gonzalo Pizarro, que los historiadores nombran. Temía Lorenzo de Aldana que alguno de éstos no presumiese acometer un hecho tan hazañoso como fuera matarle. Con este recelo, se estuvo quedo en la mar hasta que supo que Gonzalo Pizarro estaba ochenta leguas de la Ciudad de los Reyes, que, cuando él lo supo, estaba ya más de ciento y diez. Entonces saltó en tierra con todos los suyos; los de la ciudad, capitanes y soldados, aunque había pocos, hasta los niños salieron a recibirle con gran solemnidad. Dejó la armada a cargo del alcalde ordinario Juan Fernández, hechas las solemnidades que se requerían para entregársela. Entró en la ciudad donde procuró haber las armas y munición que pudiese para la guerra.

En este tiempo le dieron nueva que Gonzalo Pizarro volvía sobre aquella ciudad, y aunque el hecho, si lo miraran bien, era imposible para no hacer caso de la nueva, pero el miedo no les dió lugar a hacer conjeturas en su favor, sino que la creyeron, y aún entendieron que estaba el enemigo cuatro leguas de allí; y viendo que no eran poderosos para resistirle, los que no tenían caballos para huir por tierra se fueron a la mar, a guarecerse en los navíos, y los que tenían cabalgaduras se fueron a Trujillo por el camino real. Otros, a quienes no dió el miedo tanto lugar, se dividieron y escondieron en lugares secretos, como en cañaverales y estancias, cada uno donde mejor le parecía; y de esta suerte anduvieron perdidos una noche y un día, hasta que tuvieron nueva cierta de que la pasada era falsa. Recogiéronse a la ciudad los que no se habían alejado tanto de ella. Agustín de Zárate dice cómo salió Lorenzo de Aldana a tierra, a nueve de septiembre del año quinientos y cuarenta y siete, donde lo dejaremos por hablar de Juan de Acosta, que seguía su camino por la sierra hacia el Cozco con los trescientos soldados que llevaba, con maese de campo nombrado y con alférez general y con capitanes de arcabuceros y piqueros, como si fuera un ejército de treinta mil hombres.

CAPÍTULO XVI: Al capitán Juan de Acosta se le huyen sus capitanes y soldados. Gonzalo Pizarro llega a Huarina, envía un recaudo a Diego Centeno y su respuesta.

Yendo cerca del Cozco Juan de Acosta y los suyos, tuvieron las nuevas de los malos sucesos de Gonzalo Pizarro y de la mucha gente que se le había huido, y, aunque Juan de Acosta procuró encubrir las nuevas, no pudo, porque algunos de sus soldados habían recibido las cartas que por la tierra se habían sembrado y sabían lo que pasaba, más no osaban comunicarla unos con otros, por no dar sospechas de sí. Más cuando ya se declaró la mala nueva por todos, el maese de campo Páez de Sotomayor y el capitán Martín de Olmos, que yo conocí, determinaron cada uno de por sí matar a Juan de Acosta, sin osarse declarar el uno al otro hasta que por conjeturas vinieron a entenderse, y lo trataron y dieron parte a algunos de sus soldados de confianza; más no fue tan secreto que no lo sintiese Juan de Acosta y se recatase de ellos, poniendo doblada guarda de sus amigos para su persona.

De lo cual sospecharon mal los dos capitanes, y sabiendo que un día de aquellos estaba Juan de Acosta muy encerrado en su toldo, hablando en secreto con el capitán Martín de Almendras y otro grande amigo suyo llamado Diego Gumiel, y temiendo que tratasen de matarlos acordaron huirse ellos, ya que no podían matar a Juan de Acosta; y así luego al punto, pasando la palabra en secreto de unos a otros, se apercibieron treinta hombres, y, puestos a caballo con sus armas, salieron del real a vista de todos, y caminaron hacia Los Reyes.

Los principales de estos fueron Páez de Sotomayor y Martín de Olmos y el alférez general Martín de Alarcón, Garci Gutiérrez de Escobar, Alonso Rengel, Hernando de Alvarado y Martín Monge y Antonio de Ávila y Gaspar de Toledo. Juan de Acosta los siguió, y alcanzó tres o cuatro de ellos y los mató; y viendo que era trabajo perdido el seguirles, volvió su camino y llegó al Cozco, donde quitó las varas a los Alcaldes ordinarios que Diego Centeno había dejado, y puso otros de su mano.

Allí tuvo aviso de Gonzalo Pizarro que, como mejor pudiese, fuese hacia Arequepa a juntarse con él. Juan de Acosta salió del Cozco, y a doce leguas que había andado se le huyó una noche su capitán Martín de Almendras, de quien él hacía mucha confianza, y llevó consigo treinta hombres de los mejores que tenía; el cual volvió al Cozco y quitó las varas de alcaldes ordinarios a los que Juan de Acosta dejó, como si importara aquello la victoria de toda aquella guerra. Con esto se vino hacia Los Reyes, dejando bien admirado a Juan de Acosta de que un hombre como aquel negase a Gonzalo Pizarro, que le había tratado como a hijo por respeto de Francisco de Almendras, su tío, que mató Diego Centeno. Juan de Acosta no osó seguir a Martín de Almendras porque no se fuesen todos los suyos tras él; antes siguió su camino a mayores jornadas que hasta allí llevado, donde también se le huyeron muchos de dos y de tres en tres, de manera que cuando llegó a juntarse con Gonzalo Pizarro en Arequepa, no llevaba más de cien hombres, como lo dice el Palentino, libro segundo, capítulo sesenta y ocho, y Zárate, libro sexto, capítulo diez y ocho. Allí consultaron lo que harían en defensa de sus vidas, que ya no les quedaba otra cosa que perder,

porque la honra ya la daban por perdida pues los llamaban traidores contra su Rey, y sus haciendas estaban en poder de sus enemigos.

Acordaron Pizarro y sus capitanes seguir su camino por donde estaba el General Diego Centeno, porque no había otro para pasar donde pretendían ir, que era alguna entrada de las muchas que hay al oriente del Perú en aquellas bravas montañas que los indios llaman *Anti*. Querían, si pudiesen, ganar alguna provincia, donde acabar la vida, si los dejasen; y cuando no pudiesen haber esto, pretendían pasar al Reino de Chili, y ayudar a conquistar a aquellas naciones belicosas, imaginando que podría ser que por aquel servicio, viéndoles ya fuera del Perú, les perdonasen los delitos pasados. Y cuando Diego Centeno no les dejase pasar, pretendían aventurarse a darle batalla a vencer o morir, aunque sabía que le hacía ventaja en la gente de guerra que consigo tenía. Con esta determinación salió de Arequepa, y por sus jornadas llegó cerca de Huarina por do pasaba el camino para el viaje de las montañas.

El capitán Diego Centeno, que supo la ida de Gonzalo Pizarro, dejó el sitio que tenía fortificado y quemó la puente del Desaguadero de la laguna Titicaca, porque el enemigo no se le fuese por ella; y por atajarle todos los pasos le salió al encuentro con determinación de darle batalla, porque fiaba según la mucha y buena gente que llevaba, de haber con facilidad la victoria.

Gonzalo Pizarro, que temía venir a las manos por la ventaja que en su enemigo sentía, le envió un mensajero con una carta en que le traía a la memoria la compañía y amistad antigua en la conquista del Collao y los Charcas, y los muchos beneficios que entonces y después le había hecho; particularmente en perdonarle la vida cuando mató a Gaspar Rodríguez y Felipe Gutiérrez, sabiendo por la lista de los confederados que era él uno de los principales, y que con todo eso le había perdonado, contra el parecer de todos sus amigos; que se acordase que había sido uno de los primeros y principales procuradores de aquel Reino; que le había nombrado por General Procurador cuando lo hubieron menester, y después por Gobernador, y que le había seguido hasta la Ciudad de los Reyes y no lo había dejado hasta verlo nombrado Gobernador del Perú. Que olvidado todo lo pasado, se juntasen ambos y tratasen con maduro consejo de lo que les convenía, pues era en beneficio común de todos ellos y de toda la tierra; que le haría todo el partido que quisiese como a propio hermano. Con esta carta envió un soldado llamado Francisco Voso, marido de Juana Leyton, de quien atrás hicimos mención, que por ser persona muy allegada a Francisco de Carvajal lo eligieron por más confidente.

El cual, como dice Agustín de Zárate, libro séptimo, capítulo segundo, dió la carta a Diego Centeno, "y se ofreció a servirle, y le avisó cómo Diego Álvarez su alférez se carteaba con Gonzalo Pizarro, al cual Diego Centeno dejó de castigar porque ya en aquella sazón el mismo Diego Álvarez lo había descubierto a Diego Centeno, diciendo que lo había hecho por otros fines, en provecho de ellos. Y Diego Centeno respondió a las cartas de Gonzalo Pizarro con gran comedimiento, agradeciéndole los ofrecimientos y reconociendo las

buenas obras que de él había recibido, y diciendo que pensaba satisfacerle de todas con aconsejarle y pedirle por merced considerase el estado de los negocios y la gran merced que Su Majestad les hacía a él y a todos en perdonar lo pasado, y que si quisiese venir a juntarse con él y reducirse al servicio de Su Majestad le sería buen intercesor con el Presidente para que le hiciese los mejores y más honrados partidos que hubiese lugar, sin que peligrase su persona ni hacienda, certificándole que si el negocio tocara a otro cualquiera que no fuera Su Majestad, ningún mejor amigo ni ayudador hallara que en él. Otras cosas y cumplimientos de esta calidad dijo en su carta." Hasta aquí es de Agustín de Zárate.

CAPÍTULO XVII: Diego Centeno escribe al Presidente con el propio mensajero de Pizarro. La desesperación que en el causó. El Presidente llega a Sausa, donde le halló Francisco Voso.

Diego Centeno viendo el buen ánimo que Francisco Voso tenía de servir a Su Majestad, pues se le había ofrecido sin pedírselo y le había descubierto un tan gran secreto como el de su alférez, le pareció fiar de él un mensaje que deseaba hacer al Presidente, y así escribió luego una carta larga, dándole cuenta de todo lo hasta allí sucedido, y cómo tenía atajado a Gonzalo Pizarro para que no se pudiese ir por parte alguna. Dijo la gente que tenía de pie y de caballo, y la poca que Gonzalo Pizarro traía, y que esperaba no se le iría de las manos. Así mismo le dió cuenta del recaudo que Francisco Voso llevó, y le envió la propia carta de Gonzalo Pizarro, para que fuese testigo abonado de todo lo que le decía. Dió cuenta Diego Centeno a Francisco Voso de lo que respondía a Gonzalo Pizarro, y le dijo que fiaba de él aquel recaudo para que lo llevase al Presidente. Y porque no le faltase en qué ir, le dió mil pesos en oro, y le dijo que llegando al real de Gonzalo Pizarro, y habiéndole dado su respuesta la relación de todo lo que Gonzalo Pizarro le pidiese, comprase luego de secreto la mejor mula o macho que en todo el real se hallase, y a toda diligencia fuese en busca del Presidente, donde quiera que estuviese, y le diese despacho y la razón de todo lo que en el ejército y en el otro había, pues lo sabía bien; y para que lo pudiese certificar Diego Centeno le dió cuenta de la gente y armas que consigo tenía; y porque no faltase el premio al oficio de espía doble, le dió una cédula firmada de su nombre, por la cual, en nombre de Su Majestad, le hacía merced de un repartimiento, aunque pequeño, de indios que en el distrito de Arequepa había vacos, sobre lo cual también escribió al Presidente suplicándole confirmase la cédula, porque el ánimo y servicio de Francisco Voso lo merecía.

Francisco Voso volvió a Gonzalo Pizarro, el cual, sabiendo que iba cerca, envió a Francisco de Carvajal, su maese de campo, para que le examinase y sacase de raíz todo lo que Diego Centeno y él habían hablado y tratado, confiando que Francisco Voso, como a su patrón, no negaría nada a Francisco

de Carvajal; el cual le preguntó y repreguntó todo lo que le convenía saber, y Francisco Voso le respondió muy cumplidamente, y dió cuenta muy por menudo de los capitanes de pie y de caballo y del número de soldados, y le dijo que Diego Centeno le había dicho todo aquello, hasta decir lo que en su carta le respondía a Gonzalo Pizarro, y cómo le sería muy buen padrino con el Presidente, para que le perdonase la vida y la hacienda y le hiciese toda buena comodidad si se redujese al Rey.

Francisco de Carvajal, habiendo oído esto, llevó a Francisco Voso ante Gonzalo Pizarro, y le refirió todo lo que le había dicho; el cual, oyendo que Diego Centeno le ofrecía su padrinazgo y mercedes, dijo que no las quería recibir de quien las había recibido de mano de sus hermanos y de la suya; y por no ver en la carta alguna otra razón semejante, no quiso leerla; antes, como hombre desesperado de todo partido, la mandó quemar en público, porque no se tratase de concierto alguno, y apercibió a Francisco Voso que dijese que Diego Centeno traía no más de setecientos hombres, porque los suyos no se desanimasen sabiendo tenía mil y doscientos.

Francisco Voso, habiendo cumplido con su buen despacho y mensajería, aquel mismo día compró por medio de un amigo suyo, sin descubrirle el secreto para qué era, una mula por ochocientos pesos, y la noche siguiente se fue en ella y amaneció doce leguas del real en busca del Presidente, sin ir a Arequepa donde tenía su mujer e hijos. Gonzalo Pizarro se admiró grandemente cuando supo su huida, y dijo a Francisco de Carvajal aparte, que no sabía qué era la causa de que más aína le negasen aquellos de quien él más confiaba por las prendas que con él habían metido en aquel hecho, pues Francisco Voso, siendo su criado, le negaba. Carvajal le dijo que no se admirase, que de los flacos de ánimo era, viéndose culpados, desear con mayores ansias el perdón de sus delitos; que así lo habían hecho hasta entonces los que más de veras le habían seguido, y, por el contrario, le habían quedado los que menos prendas habían puesto, y que eso tenía este miserable mundo, que ninguno hacía honra a otro por méritos suyos sino por su necesidad, y viéndose fuera de ella negaba todos los beneficios recibidos.

Gonzalo Pizarro, viendo por la huida de Francisco Voso el trato doble que Diego Centeno le había hecho, se desdeñó del todo, quejándose de su ventura, que los que más beneficios habían recibido de él le fuesen más ingratos; y así se apercibió para caminar y dar batalla a morir o vencer, porque ya no había para qué tratar más de partidos.

El Presidente, que lo dejamos caminando de Trujillo para Los Reyes, tenía nuevas por horas de lo que Gonzalo Pizarro hacía en aquella ciudad, y cómo se le habían ido muchos de su compañía; pues como estos mismos fuesen a parar donde él estaba, y le diesen cuenta muy particular de todo, y supiese que Gonzalo Pizarro se había ido por la costa hacia Arequepa, envió a mandar a los capitanes que estaban en Cassamarca caminasen con la gente que tenían, con buen orden y concierto, hasta el valle de Sausa, porque fue informado que aquel

sitio estaba en buen paraje, así para proveerse de bastimentos como para que acudiese la gente que hubiese por la comarca y la que de Gonzalo Pizarro se le huyese. Proveído esto, pasó adelante en su camino, y a pocas jornadas supo cuán perdido iba Gonzalo Pizarro, y que no llevaba más de doscientos hombres, que eran los que no se le habían podido huir, y que Juan de Acosta iba asimismo roto y perdido, porque de trescientos soldados que sacó de Los Reyes, se le habían huido los doscientos con sus capitanes, y que la Ciudad de los Reyes había tomado a voz del Rey, y que Lorenzo de Aldana la tenía a buen recaudo con lo de la mar y sus navíos. Alentado y esforzado el Presidente con estas nuevas, envió nuevos mensajeros a su Capitán general Pedro de Hinojosa con la relación de ellas, mandándole que se diese prisa a llegar a Sausa, y él, por no perder tiempo en su viaje, no quiso entrar en la Ciudad de los Reyes.

Tomó el camino de la sierra y fue a Sausa, donde halló sus capitanes, que le recibieron con gran fiesta y regocijo de verlo entre ellos. Allí paró el Presidente muchos días haciendo provisión de bastimentos y de armas de todas suertes, y para forjarlas armó fraguas, buscó oficiales; en suma, hizo todas las diligencias que en tal caso pertenecen a un buen capitán, y sus ministros le ayudaban con toda prontitud y ánimo, porque el enemigo se destruyese del todo, porque no volviesen a caer en su poder los que le habían negado.

Estas buenas andanzas y prosperidades acrecentó Francisco Voso con las buenas nuevas que del ejército de Diego Centeno y con las malas que del de Gonzalo Pizarro significó al Presidente, como testigo de vista del uno y del otro, con que echó el colmo al contento que todos tenían. Dióle las cartas de Diego Centeno y la cédula de su repartimiento de indios, la cual confirmó luego el Presidente, y fue desgraciado Francisco Voso en que el repartimiento no fuese el mejor del Perú, que también se lo dieran en albricias de las buenas nuevas que les llevó, con las cuales trataban los capitanes y ministros del ejército de que no se juntase más gente ni que hubiese ejército, sino que se deshiciese, pues bastaba el de Diego Centeno para destruir y acabar a Gonzalo Pizarro. Dejarlos hemos en sus consultas y regocijos para contar la batalla cruel de Huarina, que pasó en aquellos mismos días.

CAPÍTULO XVIII: Determina Pizarro dar batalla. Envía a Juan de Acosta a dar una arma de noche. Diego Centeno arma su escuadrón, y Pizarro hace lo mismo.

La ira y el desdén combatieron grandemente a Gonzalo Pizarro y a sus capitanes, de ver que tratándose de paces y amistades engañasen a su mensajero para que fuese espía doble contra su propio señor. De lo cual ciegos de enojo, propusieron seguir su camino en demanda de una entrada; y si Diego Centeno se le pusiese delante para atajarle su viaje, pelear con él hasta morir o vencer.

Esta determinación salió de la consulta que Pizarro tuvo con sus capitanes y maese de campo sobre la huída de Francisco Voso. Apercibieron sus armas, aunque no habían llevado descuido en ellas, y así caminaron hacia Huarina, y primero echaron fama que iban por otro camino por divertir a Diego Centeno; y para que lo creyese enviaron a Francisco de Espinosa para que apercibiese indios y bastimentos por aquella vía; más Diego Centeno tuvo noticia, por vía de los indios, del camino de Espinosa y del viaje de Gonzalo Pizarro, porque los indios andaban muy solícitos en traerle nuevas de todo lo que Pizarro hacía, y esto era por orden y mandado de Don Cristóbal Paullu Inca, de quien atrás hemos hecho larga mención.

Sabiendo Diego Centeno el camino que Gonzalo Pizarro llevaba, le salió al encuentro por atajarle, y llegaron tan cerca los unos con los otros, que los corredores se hablaron, y se volvieron a los suyos a dar noticia de los contrarios. Diego Centeno, que lo supo, mandó apercibir su gente, y que velase toda la noche siguiente en escuadrón, porque temió no le diese Francisco de Carvajal alguna trasnochada semejante a las muchas que en los alcances pasados le había dado. Pero no se excusó de una arma que Juan de Acosta le dió a medianoche con veinte arcabuceros, que puso en tan gran alboroto su real, que dice Agustín de Zárate, libro séptimo, capítulo segundo, “que muchos del escuadrón acudieron a los toldos, y otros de la gente de Valdivia huyeron dejando las picas, y que Juan de Acosta se volvió sin perder alguno de los suyos y se entró en su real.”

Hasta aquí es de Zárate. Lo que dice de gente de Valdivia es que el capitán Pedro de Valdivia tuvo noticia en Chili de las alteraciones que en el Perú había; vino por el mar a verlas, con algunos de los suyos; y llegando a la costa del Perú supo la caída de Gonzalo Pizarro, y que el Presidente Gasca estaba en Sausa para ir contra Pizarro. Determinó de ir allá a servir a Su Majestad y, por ir más a la ligera echó su gente a tierra con orden de que se fuesen a juntar con Diego Centeno; y éstos son las que Zárate nombra.

Otro día siguiente a lo que se ha dicho, caminaron los de Diego Centeno y los de Gonzalo Pizarro hasta ponerse a vista unos de otros donde formaron sus escuadrones. Diego Centeno, que llevaba mil y doscientos y doce hombres, según Francisco López de Gómara, capítulo ciento y ochenta y dos (aunque Zárate dice que pocos menos de mil y el Palentino dice que más de novecientos; yo siempre oí decir que eran mil y doscientos, los doscientos y sesenta de caballo y ciento y cincuenta arcabuceros y casi ochocientos piqueros), toda la infantería de piqueros y arcabuceros puso en un escuadrón, con sus mangas de arcabuceros a los lados, aunque por ser ellos tan pocos eran las mangas flacas.

Iban por capitanes de infantería Juan de Vargas, hermano de Garcilaso de la Vega, mi señor, y Francisco de Retamoso y el capitán Negral y el capitán Pantoja y Diego López de Zúñiga. Estos cinco capitanes y sus alfereces a sus lados siniestros, iban en la primera fila, delante del escuadrón más de veinte pasos. Luego se seguían otras once hileras, de la gente más lucida que había, que

iban por vanguardia del escuadrón. En pos de éstos iban los abanderados, con sus banderas en las manos; luego se seguía la demás gente, por su orden, arcabuceros entre piqueros.

A la mano derecha de su escuadrón de infantería puso Diego Centeno tres compañías de caballos, cuyos capitanes fueron Pedro de los Ríos, natural de Córdova, de la muy noble sangre que de este apellido hay en esta ciudad, y Antonio de Ulloa, natural de Cáceres, caballero nobilísimo; con ellos iba Diego Álvarez, natural de Almendral, alférez general del estandarte real. Diego Centeno, por estar enfermo, no entró en el escuadrón ni se halló en la batalla; estaba en unas andas a la mira. En este escuadrón iban ciento y sesenta de caballo, con orden de chocar con el escuadrón de infantería de Gonzalo Pizarro por el lado izquierdo. A la mano izquierda del escuadrón de la infantería formó Diego Centeno otro escuadrón de noventa y siete caballos, de la gente de Arequepa y de la gente de la Villa de la Plata, cuyos capitanes eran Alonso de Mendoza y Jerónimo de Villegas; con ellos iba el maese de campo Luis de Ribera, y por sargento mayor de este ejército iba un caballero llamado Luis García de San Mamés.

De la otra parte formó su escuadrón el maese de campo Francisco de Carvajal, flor de la milicia del Perú si se empleara en el servicio de su Rey, que esto solo le desdoró y fue causa de que los historiadores escribiesen tanto mal de él; hombre tan experimentado en la guerra y tan diestro en ella, que sabía a cuántos lances había de dar mate a su contrario, como lo sabe un gran jugador de ajedrez que juega con un principiante. Con su experiencia formó su escuadrón en un llano muy llano; llevaba cuatrocientos hombres, antes menos que más, aunque los historiadores dicen que cerca de quinientos, habiendo dicho poco antes que cuando Gonzalo Pizarro llegó a Arequepa no llevaba más de doscientos hombres, y que Juan de Acosta no llevó más de ciento cuando se juntó con él.

Lo cierto es que metió en esta batalla cerca de cuatrocientos hombres, los ochenta y cinco de caballo y los sesenta piqueros y los doscientos y cincuenta arcabuceros; pero los autores aumentan la gente de Pizarro y disminuyen la contraria por no dar tanta gloria a Francisco de Carvajal, que con tan pocos venciese a tantos, ni tanta ignominia a Diego Centeno, que fuese vencido de tan pocos; pero no alcanzaron el secreto ni la causa de la victoria del uno ni del daño del otro, que luego diremos.

Formó un escuadrón pequeño, de sus pocos infantes en un llano limpio y raso de todo impedimento que estorbase sus arcabuces; iban por capitanes de ellos el capitán Diego Guillén y Juan de la Torre y el mismo Francisco de Carvajal, que tenía una muy lucida compañía de arcabuceros; y Juan de Acosta, aunque era capitán de caballos, aquel día trocó los suyos por los del capitán Bachiller Guevara, que, por estar cojo, no pudo pelear a pie sino a caballo. Estos cuatro eran capitanes de arcabuceros, y Hernando Bachicao era capitán de los

sesenta piqueros. Formó sus mangas de arcabuceros a un lado y a otro del escuadrón.

Por capitanes de caballo iban el mismo Gonzalo Pizarro, armado de una muy buena cota, y sobre ella unas coracinas de terciopelo verde que yo le conocí; y sobre las armas llevaba una ropilla de terciopelo carmesí acuchillada. Iban a sus lados el Licenciado Cepeda, que era capitán de caballos, y el Bachiller Guevara.

Este escuadrón de caballos mandó el maese de campo Francisco de Carvajal que se pusiese al lado derecho de su escuadrón de infantería, no por derecho, sino atrás del escuadrón más de cincuenta pasos, porque quería tener desembarazado el sitio de los lados y delantera de su escuadrón para jugar libremente de su arcabucería, porque en ella tenía la confianza de su victoria.

Iba armado Carvajal como hombre de caballo con cota y coracinas y una celada que llaman borgoñona, con visera calada, barnizada con el barniz negro que solían dar a las guarniciones de las espadas. Sobre las armas llevaba una ropilla de paño verde muy astrosa; iba en un rocín común, de los caballos desechados; parecía un soldado muy pobre; quiso ir desconocido. De esta manera andaba ordenando su escuadrón, acudiendo a los lados y a la frente muy a menudo, para ponerle en orden y mandar lo que conviniese.

Así estuvieron formados ambos escuadrones, más de seiscientos pasos en medio el uno del otro. Los de Diego Centeno imaginaban por tan suya la victoria, que muchos de ellos, cuando salieron del real para ponerse en escuadrón, mandaron a sus indios de servicio que tuviesen aderezada la comida con doblada ración que la ordinaria, porque decían que habían de traer a sus amigos, los vencidos, a comer con ellos.

Los indios en contra de esta vana esperanza les decían a sus amos: "Señor, mira dónde quieres que llevemos este hato antes que se lo lleven los enemigos, porque aquellos pocos te han de vencer". Y decíanlo con tanto ahínco y tan certificado, que algunos españoles, con el enojo de oírselo, estuvieron por poner las manos en ellos; y así, renegando con ellos, se fueron a poner en su escuadrón. Uno de ellos fue Martín de Arbieto, que, yendo hablando con un amigo suyo sobre este mal prodigio, llegó a ellos Gonzalo Silvestre, que le certificó le habían dicho lo mismo sus indios. Y habiendo dado pocos pasos adelante, vieron venir a Juan Julio de Hojeda, vecino del Cozco y de los primeros conquistadores del Perú, que venía dando voces diciendo: "¡Voto a tal, que he estado por matar mis indios, porque me han dicha que hemos de ser hoy vencidos! Estos perros no sé cómo lo pueden saber, sino es que como hechiceros hablan con los diablos." A este punto llegó otro vecino de Cozco que se llamaba fulano Carrera, diciendo lo mismo. Por otro cabo venía otro soldado principal con lo propio; de manera que fueron seis o siete los que trajeron el mal pronóstico de sus indios, y, renegando de ellos, se pusieron en el escuadrón de caballos que iba a mano izquierda de su escuadrón de infantería.

CAPÍTULO XIX: La batalla de Huarina y el ardid de guerra del maese de campo Carvajal, y los sucesos particulares de Gonzalo Pizarro y de otros famosos caballeros.

Los dos escuadrones estuvieron buen espacio de tiempo mirándose el uno al otro sin hacer movimiento alguno. Entonces envió Gonzalo Pizarro un capellán suyo, llamado el Padre Herrera, a requerir a Diego Centeno que le dejase pasar y no le necesitase a darle batalla; y cuando no le concediese esto, le protestase todo el daño y muertes que de ella sucediesen. El capellán fue con un crucifijo en la mano; pero no le dejaron llegar, sospechando que iba a reconocer el orden que Diego Centeno tenía en su escuadrón. El Obispo del Cozco y Diego Centeno, que estaban juntos, enviaron por él, y, habiéndole oído, le mandaron prender y llevar a la tienda del obispo.

El escuadrón de Diego Centeno, sabiendo los requerimientos del clérigo, teniendo la victoria por suya, quiso ganar honra en ser el primero en acometer al contrario, y así salió de su puesto marchando para el enemigo; y habiendo andado más de cien pasos, hicieron alto. Francisco de Carvajal, que le convenía estarse quedo y deseaba que llegasen los enemigos a él, por incitarlos a que le acometiesen envió a Juan de Acosta con treinta arcabuceros a que trabase escaramuza con ellos, y que siempre fingiese retraerse porque los enemigos viniesen en pos de él. De la otra parte salieron otros tantos arcabuceros, y escaramuzaron unos contra otros, aunque sin daño alguno, porque no alcanzaban las pelotas por la mucha distancia que había en medio.

Francisco de Carvajal (como lo dicen los historiadores, particularmente Agustín de Zárate, libro séptimo, capítulo tercero, por estas palabras), “viendo que el campo de Diego Centeno estaba parado, pretendió sacarle de paso; mandó que su gente marchase diez pasos adelante, con gran espacio. Lo cual viendo los de Diego Centeno, hubo alguno de ellos que dijeron que ganaban con ellos honra sus enemigos, y comenzaron todos a marchar, y el campo de Gonzalo Pizarro se paró; y viendo venir los contrarios, el capitán Carvajal mandó disparar algunos pocos arcabuces para provocar al enemigo que disparase de golpe, como lo hizo; y la infantería de Centeno comenzó a marchar a paso largo, caladas las picas, y a disparar segunda vez los arcabuceros, sin hacer ningún daño, porque había trescientos pasos de distancia. Carvajal no permitió que ningún arcabuz suyo disparase hasta que tuvo los contrarios poco más de cien pasos de sí, que mandó disparar la arcabucería; y los arcabuceros, que eran muchos y muy diestros, de la primera rociada mataron más de ciento y cincuenta hombres, y entre ellos dos capitanes, de suerte que se comenzó a abrir el escuadrón; y de la segunda vez se desbarató de todo punto, y comenzaron a huir sin orden.”

Hasta aquí es de Zárate, escrito en suma el principio y el medio y casi el fin de aquella batalla; y lo mismo sin discrepar nada en el hecho, dicen Gómara y el Palentino. Yo pasaré adelante con lo propio que ellos escriben, y diré

particularidades que en aquella batalla pasaron, que las oí a los de un bando y del otro. La instancia que Carvajal hizo para que sus enemigos le acometiesen, estándose él a pie quedo, y la razón que para ello tuvo, fue porque sus arcabuceros, aunque no eran más de doscientos y cincuenta, tenían consigo más de seiscientos y casi setecientos hombres. Que Carvajal, como tan diestro y prudente en la guerra, prevenía lo que había menester para sus necesidades mucho antes que le sucediesen, porque, como atrás apuntamos, recogió y guardó con mucho cuidado las armas de los que se le huían, principalmente los arcabuces, y siete u ocho días antes de la batalla los mandó aderezar con todo cuidado y los repartió por sus soldados, que casi todos llevaron a tres arcabuces, y algunas hubo que llevaron cuatro; y porque no podían caminar yendo cargados con tres, cuatro arcabuces, ni usar de ellos llevándolos a cuestas, hizo los ardides que supo para que el enemigo viniese a él y no él al enemigo. Y porque se vea la destreza de este hombre, mezclada con gracia y donaire en todo cuanto hacía y decía, diremos en particular dos dichos que dijo aquellos mismos días.

El una fue, que dos días antes de la batalla fue a él un famoso soldado de los suyos y le dijo: "Mande vuesa merced darme un poco de plomo para hacer pelotas, que no las tengo para el día de la batalla." "No puedo creer, dijo Carvajal, que un soldado tan principal como vuesa merced esté sin pelotas viendo los enemigos tan cerca." El soldado replicó: "Cierto, señor, que no las tengo." Carvajal respondió: "Vuesa merced me ha de perdonar y dar licencia para que no lo crea, porque para mí es imposible que vuesa merced esté sin ellas." El soldado viéndose tan apretado dijo: "A fe de buen soldado, señor, que no tengo más de tres." Carvajal dijo: "Bien decía yo, que siendo vuesa merced quien es, no había de estar sin pelotas. Suplico a vuesa merced que de esas tres me preste la una que le sobra, para dársela a otro que no tenga ninguna, y con la una de las dos que le quedan mate hoy un pájaro, y el día de la batalla mate con la otra un hombre, y no tire más tiro." Dijo esto Francisco de Carvajal dando a entender que si cada uno de sus arcabuceros matase un hombre, tendría cierta la victoria. Más no por eso dejó de proveer muy largamente a aquel soldado y a todos los demás de lo que hubiesen menester de pólvora y pelotas, y otras armas; y con estos donaires trataba con sus más familiares, y para sus enemigos tenía otras gracias muy pesadas.

El segundo dicho fue una plática breve que hizo a sus arcabuceros; cuando vió cerca sus enemigos, persuadiéndoles que tirasen de la cinta abajo y no a la cabeza ni a los pechos. Díjoles: "Mirad, señores, que la pelota que pasa por alto, aunque no sea sino dos dedos por encima del enemigo, va perdida y no es de provecho, y la que va por bajo, aunque de diez pasos antes del contrario, le ofende, no solamente la pelota, pero todo cuanto consigo lleva por delante. Demás de esto hacéis otra ganancia en herir a vuestro enemigo en los muslos y piernas, porque por maravilla hombre herido de arcabuz en ellas no puede tenerse en pie, sino que se cae luego, que es lo que nos conviene; y el que acierta a herirse en los brazos o en el cuerpo, si no es la herida mortal, todavía se tiene

en pie.” Con este documento mandó disparar sus arcabuces cuando vió los enemigos a cien pasos, como dice Zárate, y fue tan grande, tan cruel y terrible la rociada de pelotas que les echaron, que en la primera hilera de los capitanes y alfereces, y en las once hileras que antes de las banderas iban, de la gente escogida del ejército, no quedaron diez hombres en pie, que todos cayeron muertos o heridos, que fue una gran lástima.

También hicieron daño en el escuadrón de caballos en que iban por capitanes Alonso de Mendoza y Jerónimo de Villegas, que derribaron diez o doce caballeros, y uno de ellos fue fulano Carrera, que atrás nombramos. El maese de campo Luis de Ribera, viendo que si los caballeros iban poco a poco los matarían todos antes que llegasen a los enemigos, mandó que aquel escuadrón de caballos arremetiese y chocase con los caballos de Gonzalo Pizarro; el cual, aunque vió venir sus contrarios, se estuvo quedo, que no salió a ellos, porque tenía orden de su maese de campo que así lo hiciese, porque diese lugar a que sus arcabuces ofendiesen a sus enemigos antes que llegasen a encontrarle. Pero cuando vió que los caballos de Diego Centeno habían pasado del derecho de su escuadrón de infantería, salió como treinta pasos a recibirles el encuentro. Los de Diego Centeno, como iban con la pujanza de una carrera larga llevaron a los de Gonzalo Pizarro de encuentro, y los atropellaron como si fueran ovejas, y cayeron caballos y caballeros, que (como lo dicen los historiadores, y yo con ellos) no quedaron diez hombres en los caballos; uno de ellos fue Gonzalo Pizarro, el cual, viéndose solo, se fue a guarecer a su escuadrón de infantería.

Tres caballeros famosos que le conocieron fueron sobre él para matarle o rendirle: el uno se llamaba Francisco de Ulloa y el otro Miguel de Vergara y el otro Gonzalo Silvestre; éste cayó al lado derecho de Gonzalo Pizarro, y Miguel de Vergara al lado izquierdo, y Francisco de Ulloa iba al lado de Miguel de Vergara. Los dos que iban más cerca de Gonzalo Pizarro le iban dando grandes estocadas por los costados; más como iba bien armado no le ofendieron. El Miguel de Vergara iba dando grandes voces diciendo: “¡Mío es el traidor de Pizarro! ¡Mío es el traidor de Pizarro!” De esta manera iban todos los cuatro corriendo al escuadrón de infantería. El caballo de Gonzalo Silvestre era el que más ofendía a Gonzalo Pizarro, porque, con la prisa que su dueño le daba, llevaba la barba puesta sobre la cadera del caballo de Gonzalo Pizarro y no le dejaba correr; y como él lo sintiese, volvió el cuerpo con una hacha de armas de asta corta, que llevaba colgada de la muñeca de la mano derecha, y con ella dió tres golpes al caballo: los dos fueron en los hocicos, que se los cortó hasta los dientes por el un lado y el otro de las ventanas, y el tercero fue encima de la cuenca del ojo derecho, y le rompió el casco, aunque no le quebró el ojo; y esto iba haciendo Gonzalo Pizarro con un desenfado y una desenvoltura como si fuese en un juego de cañas. Así se lo oí al mismo Gonzalo Silvestre, que contaba muchas veces este paso de aquella batalla, y sin el a otros muchos de los que se

hallaron en ella. De esta manera llegaron todos los cuatro al escuadrón de la infantería.

CAPÍTULO XX: Prosigue la cruel batalla de Huarina. Hechos particulares que sucedieron en ella, y la victoria por Gonzalo Pizarro.

Los de Pizarro, conociéndole, alzaron las picas para recibirle; a este punto, viendo Gonzalo Silvestre que no le había ofendido con las muchas estocadas que en el costado le había dado, bajó la mano y dió de punta una herida al caballo en el cuadril derecho, más fue tan pequeña que no fue nada, tanto que después ya, en sana paz, hablándose de aquella herida, no osaba el mismo que la dió decir que él la había dado, porque no dijesen que había sido tan ruin el brazo como la herida. Los de Gonzalo Pizarro, habiéndole recibido en su escuadrón, salieron a matar a los que le seguían; dieron dos picazos en el rostro al caballo de Gonzalo Silvestre, que le hicieron enarbolarse; a este punto le dieron otro picazo, que le atravesaron ambos brazos por los molledos. El caballo, por huir de sus enemigos, revolvió sobre los pies, y con la fuerza del revolver quebró la pica que tenía atravesada en los brazos, y salieron él y su dueño de aquel peligro no con más daño del que se ha dicho. A Miguel de Vergara le fue peor, porque con el cebo que llevaba de pensar que era suyo el traidor de Pizarro, como él lo decía, se entró con él tres o cuatro hileras dentro en el escuadrón, donde lo hicieron pedazos a él y a su caballo.

Francisco de Ulloa no libró mejor, porque, al tiempo que revolvía su caballo para irse, salió del escuadrón un arcabucero que puso la boca del arcabuz en el riñón izquierdo de Ulloa, y allí lo disparó, y lo pasó de una parte a otra; a este punto o todo junto, sucedió que otro soldado dió una cuchillada al caballo de Francisco de Ulloa y lo desjarretó de ambas piernas por encima de los corvejones, y era tan bueno el caballo, de color rucio (todas estas particularidades oí, hasta los colores de los caballos), que así como estaba, herido, salió con su dueño encima más de cincuenta pasos de donde lo hirieron, y allá fuera cayeron ambos muertos. Esto fue el encuentro de los caballos de Diego Centeno y Gonzalo Pizarro, que fue tan cruel que otro día después de la batalla se contaron ciento y siete caballos muertos en el espacio donde fue el encuentro, que de ciento y ochenta y dos que eran de una parte y otra quedaron muertos los ciento y siete en poco más espacio que dos hanegas de tierra, sin los que fueron a caer más lejos, y fue mi padre el que los contó; y por ser el caso tan bravo y cruel, cuando la primera vez se habló dé él no lo querían creer los circunstantes, hasta que dijo el que lo contaba que Garcilaso de la Vega era el que había contado los caballos muertos; entonces lo creyeron con gran admiración de caso tan extraño.

Los caballeros de Diego Centeno, viendo encerrado a Gonzalo Pizarro en su escuadrón de infantería, revolvieron sobre los pocos caballos que habían quedado suyos, y los mataron casi todos, y cantaron victoria por sí. Uno de los muertos fue el capitán Pedro de Fuentes, que fue Teniente de Gonzalo Pizarro en Arequepa; dióle otro caballero con una porra de las que los indios tenían en su milicia, a dos manos, un golpe encima de la celada, tan bravo, que el pobre Pedro de Fuentes resurtió de la silla más de media vara de medir en alto, y cayó muerto en el suelo con la cabeza hecha pedazos dentro en la celada, que el golpe se la abolló toda. También maltrataron al capitán Licenciado Cepeda, que lo tuvieron rendido y lo hirieron malamente en el rostro, que le dieron una cuchillada que le cruzó toda la cara por medio de las narices; yo le ví después en el Cozco con la herida ya sana, pero traía sobre la señal un parche de tafetán negro de un dedo en ancho, de una parte a otra del rostro.

A este tiempo Hernando Bachicao, que era capitán de piqueros de Gonzalo Pizarro, oyendo cantar victoria a los de Centeno, disimuladamente, con la revuelta grande que había, se pasó a los de Diego Centeno, e hizo testigos de cómo se pasaba al servicio del Rey. El otro escuadrón de caballos de Diego Centeno, que estaba a la mano derecha de su escuadrón de infantería, cuyos capitanes eran Pedro de los Ríos y Antonio de Ulloa, arremetió al escuadrón de la infantería de Gonzalo Pizarro, para chocar con él por el lado izquierdo, como le fue mandado desde el principio de la batalla; pero los enemigos le enviaron tan buena rociada de pelotas, que mataron al capitán Pedro de los Ríos y a otros muchos antes que llegasen a ellos; los que quedaron, torcieron su viaje, y no quisieron cerrar con el escuadrón, por verlo tan fortalecido de picas y arcabuces, que, como no había recibido daño de los enemigos, se estaba entero. Pasaron por todo el lado izquierdo y por la retaguardia del escuadrón de Gonzalo Pizarro, donde recibieron mucho daño, porque por todas partes estaba aquel escuadroncillo guarnecido de *illapas*, que, como está dicho en lengua de indios significa relámpagos, truenos y rayos, que tales fueron aquellos arcabuceros para el nobilísimo y hermoso ejército del General Diego Centeno, que cierto iba en él la mayor parte de los caballeros y de los caballos buenos que en aquel tiempo había en el Perú, y casi todos perecieron en aquella desdichada y cruel batalla.

Gonzalo Pizarro quiso salir de su escuadrón a pelear con los de a caballo y hacer lo que pudiese hasta morir. Carvajal que lo entendió, le dijo: "Estése Vuesa Señoría quedo, que no le conviene hacer eso; déjeme a mí solo, que yo le daré sus enemigos vencidos, huidos y muertos, que ya falta poco." Los caballeros de Diego Centeno se juntaron todos habiendo pasado los unos por el un lado del escuadrón de Gonzalo Pizarro y los otros por el otro, más no por eso se libraron, que Carvajal mandó a los de la retaguardia que les tirasen a toda prisa, y así lo hicieron, y mataron muchos de ellos, y les obligaron a que desamparasen el puesto y huyesen por los campos; y fue tan breve este recuentro, que apenas acabaron de cantar la victoria los de Diego Centeno, cuando la cantaron los de Gonzalo Pizarro. Lo cual viendo Hernando Bachicao,

se volvió a su escuadrón, haciendo muy del victorioso. Uno de los caballeros que iban huyendo, natural de Herrera de Alcántara, cuyo nombre ha borrado de la memoria el olvido, pasó por delante del escuadrón de Gonzalo Pizarro, donde acertó a estar Francisco de Carvajal encima de su cuartago, como lo habemos dicho, y, sin conocerle, más de por hacer algo, le tiró una cuchillada yendo corriendo, y le dió en la visera de la celada; y como el brazo fuese bueno y la espada también, entró buena pieza por ella, pero no alcanzó a herirle. El golpe y la señal que hizo fue tan notable, que se admiraron los que la vieron. Y después de la batalla, ya en sana paz, mostró Carvajal a Gonzalo Pizarro la celada y le dijo: "¿Qué le parece a Vuesa Señoría cuál me parara aquel caballero, si no yo tuviera esta defensa?"

De la infantería de Diego Centeno murió la tercia parte, como atrás se ha dicho; otra tercia parte se desmandó oyendo cantar victoria a los suyos, a ver si podría saquear el real de Gonzalo Pizarro, y saquearon mucha parte de él, y fue causa de que con más facilidad se perdiese aquella batalla, porque, olvidado el pelear, se ocupaban en tomar lo que hallaban. Otros pocos infantes que quedaron, que no pasaban de sesenta, llegaron a terciar las picas con los de Gonzalo Pizarro; entonces salió a pelear con ellos Juan de Acosta. Un soldado de Diego Centeno, que se decía fulano Guadramiros, que yo conocí, alto de cuerpo y bien dispuesto, aunque hombre pacífico, que no presumía de la soldadesca sino de la urbanidad, le dió un picazo en la gola, y, cebando la pica en ella, dió con él de espaldas tan gran golpe, que Juan de Acosta, al dar en el suelo, levantó ambas piernas en alto. A este tiempo llegó un negro, que también conocí, que se decía fulano Guadalupe y le dió una cuchillada en ambas piernas por las pantorrillas, que, por ser el negro pequeño y ruinejo y la espada de negro tan ruin como su amo, no se las cortó ambas, pero todavía le hirió en ellas, aunque poco. Los de Pizarro arremetieron con los pocos de Centeno, y los mataron casi todos. A Guadramiros y a Guadalupe guareció Juan de Acosta que no los matasen, poniéndose delante de ellos, dando voces a los suyos diciendo que aquellos merecían mucha honra y merced. Como he dicho, los conocí yo, y después en el Cozco vi a Guadalupe por soldado arcabucero en una de las compañías de Gonzalo Pizarro, lleno de plumas y galas, más ufano que un pavo real, porque todos le hacían honra por su buen ánimo. Perdónenseme estas particularidades, que parecen niñerías; pero pasaron así, y por ser yo testigo de vista de ellas, las cuento.

CAPÍTULO XXI: Los muertos y heridos que de ambas partes hubo, y otros sucesos particulares, y de lo que Carvajal proveyó después de la batalla.

El lance de Guadramiros fue el postrero de aquella batalla, con que se acabó de reconocer la victoria por parte de Gonzalo Pizarro. Murieron de su

bando menos de cien hombres: los setenta y tantos fueron los de caballo, que de los infantes no murieron quince. Quedaron heridos, como se ha dicho, el capitán Cepeda y Juan de Acosta y el capitán Diego Guillén. De parte de Diego Centeno murieron en la batalla más de trescientos y cincuenta, y entre ellos el maese de campo y todos los capitanes de infantería y sus alfereces y la gente más lucida que en ella iba, y Pedro de los Ríos, capitán de caballos, y el alférez general Diego Álvarez; todos éstos quedaron muertos en el campo. Salieron otros trescientos y cincuenta, de los cuales murieron más de ciento y cincuenta por el mal recaudo que había de cirujanos, medicinas y regalos, y por ser la tierra tan fría, como lo es siempre en aquella región con ser la Tórrida Zona. Gonzalo Pizarro salió a seguir el alcance con otros siete u ocho que iban con él en caballos estropeados; fueron a los toldos de Diego Centeno, más por mostrar que habían vencido, que por no seguir el alcance, ni ofender a los huidos que, como dice Gómara, capítulo ciento y ochenta y dos, quedaron tan deshechos que no siguieron el alcance los vencedores. A un lado de la batalla, en aquel gran llano, había una cenegueta larga y angosta, de treinta o cuarenta pasos de ancho, y baja que apenas hundían los caballos los cascos. Antes que llegasen a la ciénaga, uno de los de Pizarro dijo a otro de los de Centeno (que iba entre ellos todo cubierto de sangre, él y su caballo): “Caballero, ése caballo caerá prestó”, de que pesó mucho al de Centeno, porque deseaba salir de entre sus enemigos y tenía la esperanza en su caballo que era muy bueno.

Este era Gonzalo Silvestre de quien otras veces hemos hecho mención, y me contó este paso sin otros de esta batalla. Díjome que en aquel paso volvió el rostro a mano izquierda, y que vió a Gonzalo Pizarro y a los suyos que iban en ala poco a poco hacia los toldos de Centeno; y que Gonzalo Pizarro iba santiguándose y diciendo a voz alta: “¡Jesús, qué victoria! ¡Jesús, qué victoria!”, repitiéndolo muchas veces. Poco antes que entrasen en la ciénaga, se llegó a Gonzalo Silvestre un soldado de Pizarro que se decía Gonzalo de los Nidos, a quien el Silvestre, en la batalla, había rendido, y porque le pidió misericordia no le había hecho mal ninguno, sino dejádole ir libre. Conociendo ahora que Gonzalo Silvestre era de sus contrarios, a grandes voces dijo: “¡Muera este traidor, muera este traidor, que es de los traidores!”. El Silvestre volvió a él, y le dijo: “Caballero, dejadme por amor de Dios, que, según vamos heridos mi caballo y yo, presto moriremos sin que vos nos matéis.” “No, voto a tal—dijo el otro—, sino que habéis de morir a mis manos.” Gonzalo Silvestre le miró, y reconociendo que era el que había rendido en la batalla, le dijo: “Cortesía, caballero, que poco ha que la usé con vos.” Entonces, alzando más la voz, dijo el Nidos: “¿Vos sois el bellaco? Voto a tal que por el mismo caso os he de matar y sacaros el corazón y echárselo a los perros.” Gonzalo Silvestre me decía en este paso, que, si como aquel soldado le hablaba tan mal le hablara por otro término, se le rindiera, por lo que el otro le había dicho, que caería presto su caballo; pero que de verle tan descortés, tan ingrato y desconocido, se había indignado a no rendirse si su caballo le ayudase.

Las razones dichas pasaron entre ellos mientras pasaban la ciénaga, que por el atollar de los caballos no llegaron a las manos. Salidos de ella, Gonzalo Silvestre tentó su caballo con las espuelas, para ver como estaba. El caballo dió un brinco para adelante como si no tuviera mal ninguno, y juntamente dió un bufido y una cabezada por alto y echó sobre su amo mucha sangre de las heridas que en el rostro llevaba; lo cual visto por Gonzalo Silvestre, hizo que huía corriendo al galope, por sacar al otro de entre los suyos. El Nidos iba tras él, dando voces: "¡Muera el traidor que huye!" Cuando estuvieron buen trecho apartados de Gonzalo Pizarro, revolvió el Silvestre sobre él, y le dió un cintarazo con un mal verdugo que llevaba, que había quitado a un negro en la batalla, por haber quebrado en ella dos espadas que llevaba, una ceñida y otra colgada al arzón, que de esta manera entraban los buenos soldados en las batallas en aquellos tiempos, con armas dobladas. No hirió al Gonzalo de los Nidos, pero envióle bien asombrado, que iba huyendo a los suyos pidiendo socorro y diciendo: "¡Que me matan!, ¡que me matan!", porque el cobarde nunca tiene manos sino lengua.

Gonzalo Pizarro, viendo un hecho tan animoso, envió uno de los suyos que se decía Alonso de Herrera, a que por buenas palabras y buen comedimiento le trajese aquel soldado que deseaba hacerle honra por su buen esfuerzo. Alonso de Herrera fue a él, y por mucha prisa que daba a su caballo nunca lo pudo sacar del trote, porque iba tal de heridas que poco después se cayó muerto. Iba dando voces y diciendo: "Caballero, volved acá, volved acá, que voto a tal, que os haga mas merced el Gobernador, mi señor, en un día, que el Rey en toda su vida." Gonzalo Silvestre aguijó su caballo sin cuidar de responderle. Este cuento oí a los que iban con Gonzalo Pizarro, y también se lo oí a Gonzalo Silvestre, y de relación de todos ellos lo escribo aquí.

Gonzalo Pizarro, siguiendo el alcance de su victoria, no quiso llegar al real de Diego Centeno, porque sintió que sus soldados lo andaban saqueando a toda furia; volvióse al suyo que también lo habían saqueado los de Centeno cuando pensaron tener la victoria por suya, que entonces tomaron muchos caballos, mulas y machos, en que pudieron huirse. Francisco de Carvajal siguió por otra parte el alcance; no para matar españoles rendidos con porras que dos negros suyos llevaban, con que dice el Palentino, capítulo ochenta, que mató más de ciento, que cierto es cosa rigurosa que quiera nadie adular y lisonjear con decir tanto mal de otro no lo habiendo hecho, pues le basta al lisonjero decir bien del lisonjeado, aunque en él no lo haya. Carvajal no mató a nadie después de la batalla; contentóse con solo la victoria, que, por haberla alcanzado él por su buena maña e industria (como fue notorio), quedó satisfecho por entonces y tan ufano de su hazaña que se loaba de haber muerto él solo día de la batalla más de cien hombres, y pudiera decir que a todos los que murieron en ella, pues los mató su buen arte militar. Francisco López de Gómara, capítulo ciento y ochenta y tres, glosa este dicho de aquel maese de campo diciendo: "Francisco de Carvajal se alabó de haber muerto por su contentamiento, el día de la batalla,

cien hombres, y entre ellos un fraile de misa. Crueldad suya propia, si ya no lo decía por gloria de la victoria, que se atribuía el vencimiento a sí," etc. Hasta aquí es de Gómara.

Francisco de Carvajal, quedando con tanta honra, fama y gloria, dió antes en regalar y cariciar a sus enemigos, que en perseguirlos; porque luego otro día después de la batalla, sabiendo que habían quedado heridos algunos hombres principales de Diego Centeno, muy declarados servidores de Su Majestad, y que los suyos mismos, por amistad, los tenían escondidos en sus toldos, curándolos, dió en buscarlos con toda diligencia, y todos entendían que era para matarlos.

Halló ocho de ellos: el uno fue Martín de Arbieto, natural de Viscaya, hombre noble y valiente, que atrás hemos hecho mención de él y la haremos adelante; el otro fue un caballero natural de Salamanca, llamado Juan de San Miguel; el otro fue otro caballero natural de Zafra que había por nombre Francisco Maraver; yo los conocí todos los tres, y los otros cinco de cuyos nombres no me acuerdo. A todos los halló muy mal heridos; y a cada uno habló en particular, y entre otras caricias les dijo que le pesaba mucho de verlos tan maltratados; que les suplicaba mirasen por su salud y le pidiesen lo que para ellos hubiesen menester, que les prometía de acudirles como a propios hermanos; y que cuando hubiesen cobrado la salud, si quisiesen irse, les empeñaba su fe y palabra, de darles licencia muy sin pesadumbre; y si quisiesen quedar con él, tendría cuenta con servirles toda su vida.

Sin esto que pasó en particular, mandó echar bando por todo el ejército que todos los soldados de Diego Centeno que hubiesen quedado heridos, pidiesen lo que hubiesen menester, de medicinas y dineros, que se les proveería como a los mismos del Gobernador su señor. Hizo esto Francisco de Carvajal por traer los soldados a su devoción; que bien sabía que tenían más fuerza los beneficios que el castigo y crueldades, las cuales usaba con sus enemigos declarados y con los que él llamaba tejedores.

CAPÍTULO XXII: Gonzalo Pizarro manda enterrar los muertos, envía ministros a diversas partes. La huida de Diego Centeno, y sucesos particulares de los vencidos.

Luego que Gonzalo Pizarro volvió a su real, halló en él a mi padre y le pidió el caballo Salinillas, para que curasen el suyo de la pequeña herida que Gonzalo Silvestre le dió, porque lo tenía en mucho; y en el de mi padre dió vuelta al campo, y mandó recoger los muertos y heridos que en él había, que los más estaban despojados de los vestidos que tenían, que los indios, haciendo a toda ropa sin tener respeto a enemigos ni amigos, les habían despojado. Los muertos mandó enterrar en aquel llano en diez o doce hoyos que hicieron en el campo. A los capitanes y hombres nobles (que de la una parte y de la otra murieron) enterraron en el pueblo llamada Huarina, que estaba cerca de allí, por

quien a esta batalla dijeron la de Huarina. Allí los enterraron en una iglesia que los indios tenían hecha, donde les enseñaban la doctrina cristiana cuando había lugar de oírla. Cuatro años después, estando ya aquel Imperio en paz, y habiéndose fundado el pueblo de españoles que llaman la Ciudad de la Paz, los llevaron a ella y los enterraron en la Iglesia Mayor, con mucha solemnidad de misas y sacrificios, que duraron muchos días, a cuyos gastos acudieron todos los caballeros del Perú, porque a todos les tocaban los difuntos o por parentesco o por amistad. Habiendo cumplido Gonzalo Pizarro con los muertos y heridos, proveyó luego otro día ministros que fuesen a diversas partes a lo que les convenía para su empresa. Envió a Dionisio de Bobadilla a la Villa de la Plata, a recoger la que hallase y la trajese para socorrer su gente. Diego de Carvajal, llamado el Galán, fue a la ciudad de Arequepa a lo mismo; y el capitán Juan de la Torre fue al Cozco. Todos tres llevaron cada treinta arcabuceros, y comisión para recoger la gente que hallasen y volver con ella donde Gonzalo Pizarro estuviese.

Diego Centeno, que ha mucho que no hablamos de él, no estuvo para entrar en la batalla por su enfermedad, que, como lo dicen los autores, estaba seis veces sangrado de dolor de costado. Viendo ahora que los suyos iban de caída, se apeó de las andas en que estaba y subió en un caballo que cerca de sí que tenía, y, con el temor de la muerte y amor de la vida que es natural a todos, se puso en huída sin esperar al Obispo; y por desmentir a Carvajal y a sus mañas y ardides de que tenía larga experiencia, no quiso ir por camino real, que ni fue por el del Cozco ni por el de Arequepa, sino por esos desiertos, solo con un sacerdote que llamaban el Padre Vizcaíno, y salió a la Ciudad de los Reyes sin que Carvajal ni alguno de los suyos supiese por dónde fue, sino que pareció encantamiento. Y aunque en el camino supo que el Presidente Gasca estaba en el valle de Sausa, no quiso ir allá (contentóse con escribirle con el Padre Vizcaíno) porque le era forzoso llegar a la Ciudad de los Reyes, para adornarse de lo necesario conforme a la calidad de su persona y del ministerio que había ejercitado. Así lo dejaremos en Los Reyes, por volver a Francisco de Carvajal, que fue corriendo el alcance, como dicen los autores, con deseo de toparse con Don Fray Juan Solano, Obispo del Cozco, de quien andaba muy indignado porque, como él decía, habiendo de estarse en su iglesia rogando a Dios por la paz de los cristianos, anduviese en el ejército de Diego Centeno, hecho maese de campo. Más no pudiendo haberle, que no se sabe cómo le fuera con él, ahorcó a un hermano suyo, llamado fulano Jiménez, y a un fraile, compañero del Obispo, y pasó adelante, camino de Arequepa, donde lo dejaremos por decir algo de los que huyeron de la batalla, para que por esto poco que dijéremos se vea lo que en otras partes pasaría de duelos y mala ventura de los que iban huyendo, heridos y maltratados, sin regalo, ni médico, ni medicinas, ni aún una choza en que abrigarse aquella noche del excesivo frío que en aquellos desiertos perpetuamente hace, que cierto sólo imaginarlo causa horror.

Gonzalo Silvestre, habiendo escapado de los de Gonzalo Pizarro, fue a su toldo, y lo primero que pidió a sus indios fue el herramental del caballo, que entonces y muchos años después se usaba caminar los españoles con aderezo de herrar sus caballos (si por los caminos se les desherrasen); llevaban unas talegas de cuero con doscientos clavos y cuatro herraduras aderezadas, y su martillo y tenazas y pujavante, porque, como los pueblos de los españoles están tan lejos unos de otros, que el más cercano está sesenta leguas del otro, y los caminos sean tan ásperos, conveníanles andar prevenidos para aquel menester (ahora me dicen que en cada venta hay recaudo, que los venteros españoles lo tienen); y que de aquel uso antiguo también se me pegó a mí algo, que yo sabía herrar y sangrar los caballos de casa de mi padre cuando se ofrecía caminar. Pidió Gonzalo Silvestre este recaudo porque para caminar era el más necesario. Luego pidió una capa de grana, que entonces se usaba mucho vestir la gente noble de grana.

Con esto se fue, dejando sus indios de servicio muy llorosos y quejosos de que no les hubiese querido creer cuando le decían que habían de ser vencidos, para haber puesto en cobro la ropa. El los dejó sin hacer cuenta de nada, y por aquellos campos vió gente sin número, así españoles como indios, que iban huyendo sin saber dónde poder escapar, más de como la ventura los llevaba. Entre los cuales, a poco más de un cuarto de legua del real, alcanzó un español herido que iba sobre un rocinejo de poca cuenta; y entre otras heridas, llevaba una encima del riñón derecho; iba caballero, echado sobre el pescuezo del rocín, porque no podía ir enhiesto. Una india de su servicio iba con él a pie; llevaba la mano izquierda en la herida de su señor, y en la derecha un palillo, con que iba aguijando al rocín, y decía a su amo: “Esfuérzate, señor, a huir de estos traidores, y no temas que yo te deje hasta verte sano.” Gonzalo Silvestre pasó adelante, y alcanzó otros muchos con hartos duelos, que por ser este paso el más notable lo contamos.

A poco más de tres leguas, le anocheció, y él se apartó del camino o senda que llevaba y se fue a una hoya grande, donde había algunas matas y yerba verde que su caballo pudiese comer, porque no llevaba cosa de comida ni para sí ni para su caballo. Allí se apeó y quitó el freno al caballo, el cual iba tan muerto de hambre que ni dejaba yerba ni mata que no royese, de que su dueño holgaba mucho, y se daba por contento de su ayuno con la cena del caballo. Dentro de dos horas habían llegado donde él estaba más de veinte españoles, de ellos heridos y de ellos bien sanos; con ellos vinieron más de otros veinte indios, que le fueron de mucho provecho, porque luego hicieron candela y partieron con los españoles de algún maíz que para sí traían.

Los heridos no sabían qué hacer para curarse, sino dar gemidos de dolor de las llagas, que hombre hubo entre ellos, que entre él y su caballo tenían veinte y tres heridas, de ellas grandes y de ellas chicas. Proveyóles Dios en esta necesidad, que entre otros indios vieron venir uno cargado con una petaca que allá hacen de paja, de forma de arca, que podemos llamarle baúl. Fueron a él,

entendiendo que traía algún regalo de comida u otra cosa de estima; y cuando abrieron la petaca la vieron llena de velas de sebo, que el indio debió de tomar del saco del real aquel baúl, entendiendo que tenía alguna riqueza dentro; porque en aquellas petacas solían los españoles traer de camino y en las guerras todo lo que tenían, porque son maneruelas para la carga que un indio suele llevar. Los indios de servicio que los españoles tenían consigo dijeron a sus amos que se podían curar con aquel sebo, y ellos mismos lo derritieron en dos cascos de hierro que sus amos acertaron a llevar, y trajeron del estiércol del ganado de aquella tierra, que por aquellos campos había mucho, y hecho polvo lo mezclaban con el sebo, y así, caliente, cuanto se podía sufrir, lo echaban en las heridas y las llenaban, por hondas que estuviesen; y con lo mismo curaron sus caballos, y se consolaron con la merced que Dios les hizo de aquel remedio, que fue tal, que, sin más cura ni otra medicina alguna, sanaron los de aquella cuadrilla, y así lo contaban después por gran maravilla del Señor de las Misericordias. Pasada la medíanoche, se pusieron en camino y se dividieron unos de otros, porque el enemigo no los siguiese sabiendo que iba cuadrilla de gente.

Desde a quince días topó Gonzalo Silvestre el español que iba herido, y a su india con él. Estaba sano y bueno en un poblezuelo de indios de quince o veinte casas, donde la india lo había llevado por ser de su parentela; y así le curaron todos y le regalaron, como pareció. Estos sucesos pasaron en aquellos desiertos, de que tuve particular relación; otros semejantes y mayores, como cada uno puede imaginar, pasarían en otras partes, de lo que no tuve noticia y por tanto no las escribo. Y con esto me conviene volver al sitio de la batalla, a decir algo sobre lo que los tres autores describen de Garcilaso de la Vega, mi señor, que hizo en aquella batalla.

CAPÍTULO XXIII: El autor da satisfacción de lo que ha dicho, y, en recompensa de que no le crean, se jacta de lo que los historiadores dicen de su padre.

Francisco López de Gómara, capítulo ciento y ochenta y dos, contando la batalla de Huarina, y habiendo dicho los muertos y heridos que hubo, dice: “Pizarro corriera peligro si Garcilaso no le diera un caballo,” etc.

Agustín de Zárate, libro séptimo, capítulo tercero, contando la misma batalla, dice: “Viendo la gente de caballo el desbarate de la infantería, arremetieron con sus contrarios, en los cuales hicieron mucho daño, y mataron el caballo a Gonzalo Pizarro, y a él derribaron en el suelo sin hacerle otro daño,” etc.

Diego Fernández, vecino de Palencia, libro segundo, capítulo setenta y nueve, hablando de la misma batalla, dice lo que se sigue: “Pedro de los Ríos y Antonio de Ulloa dieron por el otro lado en los de caballo, sin dar en la gente de

pie como se les había mandado; y fue de tal manera, que casi derribaron toda la gente de Pizarro, que no quedaron diez en la silla; y como hombres que tenían por cierta la victoria, comenzaron a desvalijar los contrarios y rendirlos y quitarles las armas. Fué en este encuentro derribado Gonzalo Pizarro, y Garcilaso (que había quedado en la silla) se apeó y le dió su caballo y le ayudó a subir; y el Licenciado Cepeda estuvo rendido Hernando Bachicao, creyendo estar por Diego Centeno la victoria, se huyó y pasó a la parte de Centeno," etc.

Todo esto dicen aquellos autores de mi padre. Yo he escrito de aquella batalla lo que realmente pasó, que tomar Gonzalo Pizarro el caballo de mi padre no fue en el trance de la batalla, sino después de ella; pero no me espanto que los historiadores tuviesen otra relación, porque yo me acuerdo que algunos mestizos, condiscípulos míos de la escuela, me decían que habían oído decir de mi padre lo que Diego Fernández dice, que se apeó y le dió el caballo y le ayudó a subir. Sobre lo cual, para desengañar al vulgo, hizo mi padre (después de la batalla de Sacsahuana) información ante la justicia, con fiscal creado, y presentó veinte y dos testigos, todos de los de Diego Centeno y ninguno de Pizarro, que dijeron que cuando Gonzalo Pizarro pidió el caballo a mi padre, en media legua a la redonda ya no había hombre de los de Centeno con quien pelear; y que la herida del caballo de Pizarro era tan pequeña, que no dejara de pelear todo el día si fuera menester.

También oí decir entonces que le pasó a Gonzalo Pizarro y a su caballo lo que dijimos que sucedió al caballo de Francisco de Ulloa, que lo desjarretaron por encima de los corvejones, lo cual asimismo fue conseja, que aquel caballo de Gonzalo Pizarro murió veinte y dos leguas de donde se dió la batalla, que venía ya sano de la herida, pero flaco y debilitado por la mucha dieta que le habían dado; y aunque el albéitar había apercibido al caballerizo de Gonzalo Pizarro, (que se decía fulano Mescua, natural de Guadalajara, que yo conocí), que no dejasen hartar al caballo de agua simple, porque se la daban con brebaje de harina de maíz, y ésta tasada, el caballerizo se descuidó de mandárselo al indio que lo llevaba de diestro, enmantado y muy arropado, por el mucho frío que en aquella tierra perpetuamente hace. Y el indio no sabiendo el aviso del albéitar, al pasar de un arroyo dejó al caballo hartarse de agua cuanta quiso, de suerte que un cuarto de legua de allí se cayó muerto, pasmado, y todo esto se averiguó con la información dicha.

De manera que no sin causa escribieron los historiadores lo que dicen, y yo escribo lo que fue, no por abonar a mi padre, ni por esperar mercedes, ni con pretensión de pedirlas, sino por decir verdad de lo que pasó, porque de este delito, que aplican a Garcilaso, mi señor, yo tengo hecha la penitencia sin haber precedido culpa, porque, pidiendo yo mercedes a Su Majestad por los servicios de mi padre y por la restitución patrimonial de mi madre, que por haber muerto en breve tiempo la segunda vida de mi padre quedamos los demás hermanos desamparados, y viéndose en el Consejo Real de las Indias las probanzas que de lo uno y de lo otro presenté, hallándose convencidos aquellos señores con mis

probanzas, el Licenciado Lope García de Castro (que después fue por Presidente al Perú), estando en su tribunal me dijo: "¿Qué merced queréis que os haga Su Majestad, habiendo hecho vuestro padre con Gonzalo Pizarro, lo que hizo en la batalla de Huarina, y dádole aquella tan gran victoria?" Y aunque yo repliqué que había sido testimonio falso que le habían levantado, me dijo: "Tiénenlo escrito los historiadores, y ¿queréislo vos negar?"

Con esto me despidieron de aquellas pretensiones, y cerraron las puertas a otras que después acá pudiera haber tenido por mis particulares servicios, que por la misericordia de Dios y por el favor de los señores y caballeros que he tenido, particularmente por el de Don Alonso Fernández de Córdova y Figueroa, Marqués de Priego, señor de la casa de Aguilar, y por el de Don Francisco de Córdova (que Dios tiene en su gloria), hijo segundo del gran Don Martín de Córdova, Conde de Alcaudete, Señor de Montemayor, Capitán General de Orán, he servido a la Real Majestad con cuatro conductas de capitán, las dos del Rey Don Felipe Segundo, de gloriosa memoria, y las otras dos del Serenísimo Príncipe Don Juan de Austria, su hermano, que es en gloria, que me hicieron merced de ellas, mejorándome la una de la otra, como a porfía el uno del otro, no por hazañas que en su servicio hice, sino porque el Príncipe reconoció en mí un ánimo y prontitud de darle contento con mi servir, de que dió cuenta a su hermano. Y con todo esto, pudieron los disfavores pasados tanto, que no osé resucitar las pretensiones y esperanzas antiguas ni las modernas. También lo causó escapar yo de la guerra tan desvalijado y adeudado que no me fue posible volver a la Corte, sino acogerme a los rincones de la soledad y pobreza, donde (como lo dije en el proemio de nuestra *Historia de la Florida*) paso una vida quieta y pacífica, como hombre desengañado y despedido de este mundo y de sus mudanzas, sin pretender cosa de él, porque ya no hay para qué, que lo más de la vida es pasado, y para lo que queda proveerá el Señor del Universo, como lo ha hecho hasta aquí. Perdónenseme estas impertinencias, que las he dicho por queja y agravio que mi mala fortuna en este particular me ha hecho, y quien ha escrito vidas de tantos no es mucho que diga algo de la suya.

Volviendo, pues, a lo que los autores escriben de mi padre, digo que no es razón que yo contradiga a tres testigos tan graves como ellos son, que ni me creerán ni es justo que nadie lo haga siendo yo parte. Yo me satisfago con haber dicho verdad; tomen lo que quisieren, que, si no me creyeren, yo paso por ello dando por verdadero lo que dijeron de mi padre para honrarme y preciarme de ello, con decir que soy hijo de un hombre tan esforzado y animoso y de tanto valor, que en un rompimiento de batalla tan rigurosa y cruel como aquella fue, y como los mismos historiadores lo cuentan, fuese mi padre de tanto ánimo, esfuerzo y valentía, que se apease de su caballo y lo diese a su amigo, y le ayudase a subir en él; y que juntamente le diese la victoria de una batalla tan importante como aquélla, que pocas hazañas ha habido en el mundo semejantes.

Este blasón y trofeo tomaré para mí, por ser la honra y fama cosa tan deseada y apetecida de los hombres, que muchas veces se precian de lo que le

imputan por infamia; que no faltará quien diga que fue contra el servicio del Rey, a lo cual diré yo que un hecho tal, en cualquier parte que se haga, por sí solo, sin favor ajeno, merece honra y fama. Y con tanto volvamos a los que huyeron de ella, que uno de ellos fue el Obispo del Cozco, que se apartó de Diego Centeno sin aguardar el uno al otro, y vino a su Iglesia Catedral, aunque no la vió por la prisa que llevaba. En su compañía venía Alonso de Hinojosa y Juan Julio de Hojeda y otras cuarenta personas principales, entre vecinos y soldados, que, aunque los ví en aquella ciudad, no me acuerdo de sus nombres; los tres ya nombrados conocí. El Obispo, como en otra parte dije, se aposentó con otros catorce o quince en casa de mi padre, y luego otra día, bien de mañana se juntaron en la plaza menor de aquella ciudad, junto al convento de Nuestra Señora de las Mercedes, y se fueron a toda diligencia camino de los Reyes, porque el capitán Juan de la Torre iba en seguimiento de ellos; de quien hablaremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIV: Lo que Juan de la Torre hizo en el Cozco, y lo que otros malos ministros en otras diversas partes hicieron.

El capitán Juan de la Torre, yendo en seguimiento de los que huyeron de la batalla, llegó a la ciudad del Cozco, donde hizo justicia de Juan Vásquez de Tapia que había sido alcalde ordinario por el Rey en aquella ciudad; también ahorcó a un asesor suyo que llamaban el Licenciado Martel. Murieron por inadvertencia propia, porque teniendo a Diego Centeno por victorioso, por la ventaja que tenía a Gonzalo Pizarro, habían hecho muchas demostraciones en servicio del Rey contra los tiranos. Y fueron tan mal considerados, que con ver al Obispo ir huyendo, se quedaron en la ciudad y esperaron a Juan de la Torre que les castigó su ignorancia. Sin lo cual, echó bando que perdonaba a todos los soldados de Diego Centeno que quisiesen asentarse en la lista de su compañía. Recogió las armas que pudo, apercibió grande aparato de arcos triunfales y otras ostentaciones magníficas para recibir a Gonzalo Pizarro en aquella ciudad, donde pretendía ir a gozar de su victoria. Procuró Juan de la Torre, para el gasto del ejército, recoger todo el bastimento que pudiese, para lo cual envió ministros a diversas partes. Entre ellos fue Pedro de Bustincia (que era un hombre noble, casado con Doña Beatriz Coya, hija legítima de Huayna Cápac) a la provincia de Antahuaylla, porque ella y sus comarcanas son abundantes de comida. Enviaron a este caballero a aquel ministerio porque entendían que los caciques y sus vasallos por el respeto y amor a la Princesa, su mujer, le servirían mejor y acudirían con más voluntad a darle el bastimento que les pidiese. Pero él fue desgraciado, y en su propia vida mal considerado, pues causó su muerte pudiéndola excusar, como adelante diremos.

Dionisio de Bobadilla, que fue por orden de Gonzalo Pizarro a la Villa de la Plata, habiendo recogido la que pudo haber de la hacienda de Gonzalo Pizarro

y de la de su hermano Hernando Pizarro, y del tributo de los repartimientos de indios que estaban confiscados porque sus dueños andaban en servicio del Rey, que era una gran suma de oro y plata, volvió con ella a toda diligencia y halló a Gonzalo Pizarro en el Cozco, donde fue bien recibido por el socorro que llevaba para los soldados.

Diego de Carvajal, llamado el Galán, que fue a Arequepa con la misma comisión que Bobadilla, maltrató en aquella ciudad muchas mujeres (como lo dice el Palentino, capítulo ochenta y uno) porque sus maridos se habían señalado en el servicio de Su Majestad y en la amistad de Diego Centeno, y dice que las saqueó hasta despojarlas de sus vestidos; y que él y uno de sus compañeros, llamado Antonio de Viezma, forzaron dos de ellas, las cuales tomaron solimán en venganza de la afrenta que les habían hecho, a imitación de la buena Lucrecia que se mató por otro tanto.

Todo lo cual no es gala sino maldad y tiranía y hechos, tan abominables, que no se hallan nombres que les competan. Que el que alcanza renombre de galán lo ha de ser en todo, no solo en galas y arreos, sino en obras y palabras tales que fuercen a todos a amarle. Más ellos pagaron poco después su maldad como lo merecían. No anduvo mejor sino peor, si peor puede ser, un Francisco de Espinosa, que hizo el mismo viaje y pasó a los Charcas. Por los caminos fue robando cuanto halló, que según aquel autor fueron más de sesenta mil ducados; y en Arequepa mató dos españoles, y uno de ellos tenía indios; y en la Villa de la Plata ahorcó un regidor y un alguacil, todos cuatro a título de que habían servido al Rey; y en el camino, volviéndose al Cozco, quemó vivos siete indios, con achaque de que habían avisado de su ida a ciertos españoles que se huyeron.

Todo lo cual hizo sin comisión alguna de Gonzalo Pizarro que para ello llevase, ni de su maese de campo, ni de otro ministro suyo, sino solo por ganar gracias y hacer ostentaciones para mostrarse muy aficionado servidor de quien no se lo agradeció; antes cuando lo supo lo aborreció, porque Gonzalo Pizarro no gustaba de semejantes crueldades, como no gustó de muchas de las de Francisco de Carvajal. Pero este Francisco de Espinosa lo pagó, como los otros dos, según diremos en su lugar.

Y para que se pierda el enfado y mal gusto que tantas maldades habrán causado a los oyentes, será bien digamos una obra generosa (porque haya de todo) que un hombre mal infamado hizo en aquellos mismos días, para que se vea que no fue tan malo como los historiadores le pintan.

CAPÍTULO XXV: Lo que Francisco de Carvajal hizo en Arequepa en agradecimiento de los beneficios que en años pasados recibió de Miguel Cornejo.

El maese de campo Francisco de Carvajal se nos ofrece para que digamos de él alguna cosa buena, de cuantas otras escriben y dicen que hizo malas. Atrás

le dejamos, que iba camino de Arequepa en seguimiento de los que había vencido. Los de aquella ciudad, así de los que escaparon de la batalla de Huarina como de los pocos que en ella vivían, que por todos serían hasta cuarenta hombres, sabiendo que Carvajal iba hacia ellos, huyeron de la ciudad y tomaron el camino de Los Reyes por la costa del mar. Francisco de Carvajal, que supo la huida de ellos, luego que entró en la ciudad, sin descansar una hora, envió tras ellos un famoso soldado suyo con veinte y cinco arcabuceros de los que tenían por discípulos de tal maestro, y él por excelencia los llamaba hijos. Los cuales se dieron tan buena diligencia, que a dos jornadas alcanzaron a los que iban huyendo y, sin que alguno de ellos se les escapase, los volvieron todos a Arequepa.

Entre ellos venía un hombre noble, conquistador de los primeros y vecino de aquella ciudad, llamado Miguel Cornejo, el cual en años pasados había hecho un regalo y beneficio a Francisco de Carvajal luego que entró en el Perú, antes de que tuviera indios ni fama en la tierra. Y fue que caminando Francisco de Carvajal con su mujer, Doña Catalina Leyton, y una criada y dos criados que iban a los Charcas, llegaron a Arequepa; y como en aquellos tiempos, ni muchos años después, no hubiese mesones de hospedería en todo el Perú, que aún cuando yo salí de él, año de mil quinientos y sesenta, no los había, sino que los caminantes se iban a posar a casa de los vecinos naturales de su tierra o de su provincia, que en aquellos tiempos había tanta generosidad en los señores de vasallos de aquella tierra que bastaba este título para recibirlos en sus casas y hacerles todo buen hospedaje, no solamente días y semanas, sino también meses y años, dándoles de comer y de vestir hasta que se habilitaban a ganar de comer por sus personas, ejercitándose en granjerías, como todos hacían. Pues como Francisco de Carvajal no tuviese en aquella ciudad pariente ni amigo ni conocido donde ir a recogerse, se estuvo mucho espacio, que pasó de tres horas, en un rincón de aquella plaza, a caballo, con toda su familia. Lo cual notado por Miguel Cornejo (que miró en ello yendo a la iglesia, y volviendo segunda vez a la plaza) se fue a él y le dijo: “¿Qué hace vuesa merced aquí, que ha más de tres horas que le ví como ahora está?” Carvajal dijo: “Señor, como no usan mesones en esta tierra, ni yo tengo pariente ni hombre conocido en esta ciudad, no sé dónde irme a posar, y así me estoy aquí.” Miguel Cornejo replicó: “Teniendo yo casa, no hay necesidad de mesón para vuesa merced, que mi posada será casa suya donde le serviremos con todas nuestras fuerzas, como lo verá.” Diciendo esto lo llevó a su casa, y le hizo todo buen hospedaje, y los tuvo en ella hasta que el Marqués Don Francisco Pizarro dió un repartimiento de indios a Francisco de Carvajal en aquella ciudad, porque fue uno de los hombres señalados que Don Antonio de Mendoza, Visorrey de Méjico, envió en socorro del Marqués Don Francisco Pizarro cuando lo pidió en la aflicción que estuvo en el levantamiento del príncipe Manco Inca, como en su lugar dijimos.

Sabiendo Francisco de Carvajal que entre los que traían presos venía Miguel Cornejo, mandó que se los llevasen todos donde él estaba, y habiéndolos

reconocido, se apartó con Miguel Cornejo en un aposento a solas, y se le querelló tiernamente diciendo: "Señor Miguel Cornejo ¿por tan ingrato y desconocido me tiene vuesa merced, que, habiéndome hecho la merced y beneficios que en años pasados en esta misma ciudad me hizo, no esperase de mí que se los había de agradecer y servir en cualquiera ocasión que me hubiese menester? ¿Tan olvidadizo soy, que no me había de acordar de que me ví en esa plaza con mi mujer y familia sin saber dónde ir a posar, y que vuesa merced en aquella necesidad tan grande, me llevó a su casa y me hospedó en ella muchos días y meses, hasta que el Marqués Don Francisco Pizarro, de gloriosa memoria, me la dió propia? ¿Tan de poco momento fueron los regalos que vuesa merced nos hizo en su casa, que los había de olvidar en ningún tiempo? Pues para que vuesa merced sepa cuán en la memoria los he traído y traigo siempre, le hago saber que tuve muy larga y cierta noticia de dónde y cómo se escondió Diego Centeno en el repartimiento de vuesa merced, y la quebrada y cueva donde estuvo encerrado, y que los indios de vuesa merced le alimentaban. Todo lo cual disimulé y di a entender que no había llegado a mi noticia, por no dar pena a vuesa merced y por no enemistarle con el Gobernador, mi señor, que lo tenía consigo, que bien pudiera yo entonces enviar dos docenas de soldados que fueran divididos por tres o cuatro partes y me trajeran a Diego Centeno. Y por vuesa merced le hice aquel beneficio, con ser tan mi enemigo; y no hice cuenta de él por entonces, porque de un hombre que había elegido una cueva por guarida no había para qué hacer caso, que cuando él saliera de ella, como salió y presumió ser contra el Gobernador mi señor, presumía yo de volverlo a encerrar en otra cueva más estrecha, como últimamente lo hice en la batalla de Huarina con el ayuda de Dios y el de mis señores y amigos. Pues habiendo respetado por vuesa merced a un enemigo tan grande como Diego Centeno, ¿cuánto más respetara su persona y la de sus amigos y conocidos, y a toda esta ciudad por vivir vuesa merced en ella? Cierto no perderé esta queja de vuesa merced mientras viviere, y para que se certifique en lo que he dicho le doy licencia para que se vaya a su casa y mire por su salud con toda quietud y contento, y asegure esa ciudad y a todos los que trajo consigo, que por vuesa merced quedan libres y exentos de todo el castigo y pesadumbre que les pudiera hacer."

Con esto despidió Francisco de Carvajal a Miguel Cornejo y apaciguó la ciudad, que estaba muy temerosa de algún cruel castigo por mucho que en las ocasiones pasadas sus vecinos y moradores se habían mostrado y señalado en el servicio del Rey y en favor de Diego Centeno. Este cuento de Carvajal y Miguel Cornejo oí en particular, sin la pública voz y fama, a Gonzalo Silvestre, que era el mayor enemigo que Carvajal tuvo y por el contrario amicísimo de Diego Centeno y compañero suyo en todas sus adversidades y desdichas, hasta el fin y muerte de Diego Centeno, que adelante diremos. Doy testigo tan fidedigno, porque ni en abono ni en mal suceso de nadie pretendo adular a quienquiera que sea, añadiendo o quitando de lo que fue y pasó en hecho de verdad.

Francisco de Carvajal, habiendo recogido lo que en Arequepa halló de provecho, de armas y caballos y gente, se volvió donde Gonzalo Pizarro estaba, que iba ya camino del Cozco, que por la mucha dificultad de heridos y enfermos que quedaron de la batalla no había podido salir tan presto de Huarina. Y porque es cosa que debe quedar en memoria, es de saber que los hombres ricos y principales que estaban con Gonzalo Pizarro, viendo los muchos heridos que de los de Diego Centeno quedaron, repartieron entre sí los mas lastimados y los curaron llevándolos a sus toldos y por los caminos. Mi padre tomó a su cargo doce de ellos: murieron los seis en el camino y los otros escaparon con vida. Dos de ellos conocí yo. El uno se decía Diego de Tapia, un hidalgo muy honrado y virtuoso, que se mostró muy agradecido de lo que por él se hizo; cuando me vine a España lo dejé en casa de Diego de Silva, mi padrino de confirmación. El otro se decía Francisco de la Peña, en quien mostró su complexión habérsele puesto el nombre de peña por naturaleza de peña y no por apellido, porque, entre otras heridas que en la batalla le dieron, sacó tres cuchilladas en la mollera, todas juntas; había de la primera a la postrera tres dedos de casco, el cual quedó quebrado y malparado de manera que fuese menester quitárselo. El ministro que hacía oficio de cirujano, aunque no lo era, no teniendo mejor recaudo para quitar el casco, se lo arrancó con unas tenazas de albéitar, y así lo curó; y con ser la cura tan extraña él se mostró mucho más feroz y extraño en su complexión, porque sanó de aquellas heridas y de las demás, sin calentura ni otro accidente que tuviese ni dejase de comer de todo cuanto a las manos podía haber, lo cual se contaba después por cosa monstruosa, quizá nunca jamás vista ni oída, y le llamaban Francisco Peña, y no de la Peña. Y con tanto será bien nos volvamos al Presidente.

CAPÍTULO XXVI: La alteración que el Presidente y su ejército recibió con la victoria de Gonzalo Pizarro, y las nuevas prevenciones que hizo.

Que las prosperidades y buenas andanzas de la vida presente y sus esperanzas sean breves y caducas, se mostró bien en el valle de Sausa, donde dejamos al Presidente y a todo su ejército en grandes fiestas y regocijos, con mucho contento y placer, por las buenas nuevas que Francisco Voso les llevó de la pujanza y ventaja que el ejército de Diego Centeno hacía al de Gonzalo Pizarro, en gente, armas, y caballos. Por las cuales nuevas el Presidente y los de su Consejo trataban, no solo de no juntar más gente, sino deshacer el ejército y despedir los soldados que de tan lejas tierras y provincias habían venido, porque les parecía que era superfluo y demasiado el gasto que con ellos se hacía, pues el enemigo estaría ya vencido, muerto y deshecho.

Estas consultas pasaron tan adelante, que estuvo determinado que el ejército se deshiciese, como lo dice el contador Agustín de Zárate, libro séptimo,

capítulo cuarto, por estas palabras: "Y en este tiempo le vinieron nuevas al Presidente del desbarato de Diego Centeno, lo cual sintió mucho, aunque en lo público mostraba no tenerlo en nada, con grande ánimo. Y todos los de su campo esperaban lo contrario de lo que sucedió; tanto que muchas veces habían sido de parecer que el Presidente no juntase ejército, porque solo el de Diego Centeno bastaba a desbaratar a Gonzalo Pizarro," etc.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. La buena fortuna del Presidente y mala de su adversario, causaron que no se publicase la consulta, ni saliese en público el mandato, porque si se ejecutara fuera muy dificultoso y trabajoso rehacer una máquina tan grande de gente y bastimentos como la que se deshacía. A esta sazón y coyuntura llegó el Obispo del Cozco a Sausa con la mala nueva del desbarate y pérdida de Diego Centeno, de que dió larga relación, como quien la vió por vista de ojos. El Presidente y todos los vecinos que tenían indios lo sintieron gravísimamente, porque la guerra que tenían ya por acabada se les encendía de nuevo, con tanta pujanza, valor y reputación del enemigo, que lo imaginaban y tenían por invencible, y ellos también se daban ya por vencidos de él.

A los capitanes y soldados no les dió pena alguna la mala nueva, antes se holgaron con ella, porque el común caudal de los soldados es la guerra, que, cuanto más ella dura, tanto más honra y premio esperan sacar de ella, principalmente en aquel Imperio del Perú, que los capitanes y soldados no pretendían menos galardón que repartimientos de indios y ser señores de vasallos. El Presidente, por no desanimar los suyos (más de lo que lo estaban), disimuló su pena lo mejor que pudo y les hizo una breve plática diciendo que no se admirasen de semejantes sucesos y desgracias, que eran cosas muy propias de la guerra, sino que diesen muchos loores a Dios, porque él entendía que la Divina Majestad había permitido que Gonzalo Pizarro hubiese aquella victoria, para dársela a ellos mayor contra el mismo Pizarro; y que para alcanzar esta merced, todos hiciesen en sus oficios y cargos lo que les convenía, acudiendo con cuidado a ordenar y prevenir lo necesario para contrastar un enemigo tal. Díjoles que a caballeros tan valerosos y tan experimentados en guerras no tenía él necesidad de exhortar, sino seguir el ejemplo y tomar el consejo que en caso tan grave le diesen; que bien satisfecho estaba, que todo iría encaminado al servicio de su Rey y señor, el cual les gratificaría conforme a sus grandes servicios haciéndoles señores de todo aquel Imperio.

Acabada la plática, ordenó que el mariscal Alonso de Alvarado fuese a Rímac a recoger la gente que allí había quedado y traer la artillería de los navíos y ropa de España, dineros, armas y caballos, y todo la que pudiesen haber para la guerra. Mandó que con más diligencia (aunque hasta allí no había habido descuido) acudiesen los ministros a sus ministerios a hacer los arcabuces y la pólvora y juntar plomo y hacer picas, celadas, barbotes y coseletes de cobre, que los hacían los indios plateros con mucha facilidad. Los ministros de estas cosas acudían con gran prontitud a sus cargos, porque eran hombres escogidos para

ellos. Asimismo, envió el Presidente al capitán Alonso Mercadillo, y en pos de él a Lope Martín, lusitano, con cincuenta hombres, para que fuesen a Huamanca y pasasen adelante hacia el Cozco todo lo que pudiesen, para recoger y amparar los que viniesen huyendo de los de Diego Centeno.

Dejaremos al Presidente en sus provisiones, por decir de Gonzalo Pizarro, que lo dejamos en el campo de Huarina, donde hubo aquella famosa victoria.

CAPÍTULO XXVII: El Licenciado Cepeda y otros con él persuaden a Gonzalo Pizarro a pedir paz y concierto al Presidente, y su respuesta. La muerte de Hernando Bachicao; la entrada de Gonzalo Pizarro en el Cozco.

Gonzalo Pizarro, habiendo cumplido con los difuntos como se ha dicho, pretendió ir al Cozco, más no pudo cumplir el deseo en muchos días por el impedimento de los muchos heridos que llevaba. Pasaron mucho trabajo con ellos él y sus ministros, porque no podían caminar sino a jornadas muy cortas. En aquel camino trajo a la memoria el Licenciado Cepeda a Gonzalo Pizarro una promesa que en días pasados le había hecho, acerca de tratar de paz y concierto con el Presidente Gasca, cuando se ofreciese razón y oportunidad, y le dijo que entonces lo era muy acomodada para alcanzar cualquiera buen partido. De este parecer fueron otros muchos con Cepeda, porque el negocio se trató en junta de mucha gente principal, y los más de ellos deseaban paz y quietud y le apretaron mucho en ello; tanto que Gonzalo Pizarro se indignó, como lo dice Gómara, capítulo ciento y ochenta y tres, por estas palabras.

“En Pucarán hubieron enojo Pizarro y Cepeda sobre tratar del concierto con Gasca, diciendo Cepeda ser entonces tiempo, y trayéndole a la memoria que se lo había prometido en Arequepa. Pizarro, siguiendo el parecer de otros y su fortuna, dijo que no convenía, porque tratando en ello se lo tendrían a flaqueza, y se le irían los que allí tenía, y les faltarían los muchos amigos que con Gasca estaban. Garcilaso de la Vega con algunos fueron del parecer de Cepeda.”

Hasta aquí es de Gómara. Gonzalo Pizarro desechó el parecer de Cepeda, que le fuera saludable, y tomó el que después le dieron sus capitanes Juan de Acosta, Diego Guillén, Hernando Bachicao y Juan de la Torre, que eran mozos y valientes, y con la victoria tan hazañosa de la batalla de Huarina se tenían por invencibles y no querían tratar de concierto, porque no se contentaban con menos que con todo el Imperio del Perú. Dos días después de esta consulta llegó el maese de campo Francisco de Carvajal de la jornada que hizo a Arequepa, y otros dos días después dió garrote al capitán Hernando Bachicao, por haberse pasado en la batalla de Huarina al bando de Diego Centeno; que, aunque Carvajal supo aquel mismo día el hecho, dilató el castigo por no enturbiar una victoria tan hazañosa (como la que alcanzó) con muerte de un capitán suyo tan antiguo y de tan de su bando como lo fue Hernando Bachicao. Con estos sucesos

y el trabajo que daban los heridos, llegaron al Cozco Gonzalo Pizarro y los suyos.

El capitán Juan de la Torre le tenía hecho un solemne recibimiento, con muchos arcos triunfales puestos por las calles por do había de pasar, hechos de muchas y diversas flores de varias y lindas colores, que los indios solían hacer en tiempo de sus Reyes Incas. Entró primero la infantería, cada compañía de por sí, las banderas tendidas y ellos puestos por su orden de tres en tres cada fila, los capitanes delante de sus soldados. Luego entró la caballería, por la misma orden; mucho después de alojada la gente de guerra, entró Gonzalo Pizarro, acompañado solamente de sus criados y de los vecinos que andaban con él. No quiso entrar con sus soldados, porque no dijesen que triunfaba de sus enemigos. A su entrada repicaron las campanas de la Catedral y de los conventos, aunque entonces había pocas. Los indios de la ciudad, por el orden de sus barrios y naciones, estaban en la plaza, aclamando a grandes voces, llamándole Inca y otros renombres de majestad que a sus Reyes naturales solían decir en sus triunfos, porque fue orden del capitán Juan de la Torre que así lo hiciesen como en tiempo de sus Incas. Hubo música de trompetas y ministriles, que los tuvo Gonzalo Pizarro en extremo buenos. Entró en la Iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, a adorar el Santísimo Sacramento y a la imagen de la Virgen, su Madre, Nuestra Señora. De allí fue a pie hasta su posada, a las casas que fueron de su teniente y maese de campo Alonso de Toro, calle en medio del convento mercenario. Yo entré en la ciudad con ellos, que el día antes había salido a recibir a mi padre hasta Quespicancha, tres leguas del Cozco. Parte del camino fuí a pie, y parte me llevaron dos indios a cuestas, remudándose a veces. Para la vuelta me dieron un caballo y quien lo llevase de diestro, y ví todo lo que le he dicho, y pudiera asimismo decir en cuáles casas se aposentaron los capitanes, cada uno de por sí, que los conocí todos, y me acuerdo de las casas, con haber casi sesenta años que pasó lo que vamos escribiendo, porque la memoria guarda mejor lo que vió en su niñez que lo que pasa en la edad mayor.

Luego que Gonzalo Pizarro y los suyos entraron en el Cozco, el maese de campo Francisco de Carvajal entendió en despachar y proveer lo que convenía para llevar la guerra adelante. Procuró rehacer las armas que se gastaron en la batalla de Huarina; hizo mucha pólvora, juntó mucho plomo, aderezó los arcabuces que tenía sobrados, que eran muchos, porque recogió todos los que dejaron en la batalla los de Diego Centeno, así los que murieron como los que huyeron. Puso gran diligencia en que se aderezasen con todo cuidado y curiosidad, porque entre todo género de armas ofensivas estimaba los arcabuces, y decía que no en balde se lo habían dado los gentiles a su Dios Júpiter por armas, que hieren y matan así del lejos como de cerca. Hizo labrar picas, aunque no de fresno que no lo hay por allá, pero de otras maderas, tan buenas y más fuertes. Hizo traer mucho algodón para hacer mechas; en suma, no dejó cosa alguna, por menuda que fuese, que no previniese para su tiempo y sazón, y él solo andaba en todo ello, que no quería fiar nada de ministros por temer

descuido en ellos. Acudía a estos ministerios con tanta solicitud y diligencia, que nunca le hallaban ocioso, y parecía que no comía ni dormía.

Andaba siempre en una mula crecida, de color entre pardo y bermejo: yo no le ví en otra cabalgadura en todo el tiempo que estuvo en el Cozco antes de la batalla de Sacsahuana. Era tan continuo y diligente en solicitar lo que a su ejército convenía, que a todas horas del día y de la noche le topaban sus soldados haciendo su oficio y los ajenos. E imaginando Carvajal que habían de murmurar de su mucha diligencia, al pasar por ellos, con el sombrero en la mano (en lugar de "beso las manos"), les decía: "Lo que hoy pudieres hacer no lo dejes para mañana", y esto traía casi siempre en la boca. Y si le preguntaban cuándo comía y cuándo dormía, respondía: "A los que quieren trabajar, para todo les sobra tiempo."

Entre estos ejercicios, porque no faltase ninguno de los suyos, hizo Francisco de Carvajal una de las suyas, y fue que en el Cozco dió garrote a una mujer noble de las de Arequepa, que como mujer, después de la batalla de Huarina, hablaba desatinos contra Gonzalo Pizarro, diciendo que se habían de acabar sus tiranías, como las de otros mas poderosos, que, habiendo alcanzado mayores victorias que la suya, se habían perdido, sobre lo cual daba por ejemplo los griegos y romanos antiguos, y esto decía en público, tan de ordinario y tan sin temor ni recato, que fue causa que Carvajal le ahorcase de una ventana de su posada después de haberla dado garrote.

CAPÍTULO XXVIII: La prisión y muerte de Pedro de Bustincia. Los capitanes que el Presidente eligió. Cómo salió de Sausa y llego a Antahuaylla.

En castigo y venganza de la muerte que se ha referido, parece que permitió Dios que en aquellos mismos días se ejecutase otra semejante en el ejército real, porque Francisco de Carvajal no se loase de haber hecho una hazaña tan triste y tan fea como fue matar una mujer, de lo cual pesó mucho a Gonzalo Pizarro y así lo dijo en secreto a sus amigos, aunque no lo dió a entender a su maese de campo. El cual, porque Gonzalo Pizarro no le estorbase el matarla (si lo supiese), quitándosela de las manos como lo había hecho con otros, la ahogó dentro en su aposento, sin ruido alguno, y después mandó que la colgasen de la ventana. La muerte que sucedió a ésta es la de Pedro de Bustincia; y fue que andando recogiendo los bastimentos en Antahuaylla y su comarca, como atrás se dijo, supieron los capitanes Alonso Mercadillo y Lope Martín, que iban a lo mismo, que Pedro de Bustincia estaba en Antahuaylla. Acordaron que Lope Martín se adelantase y diese una trasnochada y prendiese a Bustincia, si se pudiese, que les importaba mucho para saber del estado del enemigo y de sus pretensiones. Lope Martín se dió tan buena maña que, aunque llevaba menos gente que Pedro de Bustincia tenía, con la trasnochada lo prendió, a que ayudó

no poco ser de los de Diego Centeno los doce de sus compañeros, los cuales, como gente vencida por Gonzalo Pizarro, holgaban de cualquiera pérdida suya y así no pelearon ni hicieron resistencia alguna.

Lope Martín los prendió todos, y mató tres de ellos; el uno, que era de los de Pizarro, por mostrarse más atrevido que los demás murió en la pelea, aunque hubo poca; los otros dos, que eran levantiscos, porque los tuviesen por bravos soldados, sin mirar por su salud, se loaron haber muerto diez hombres en la batalla de Huarina, con que causaron su muerte. Sospechóse que serían de los heridos y rendidos los que mataron, porque ellos no tenían talle de otra hazaña. Los doce soldados que eran de Diego Centeno, soltó Lope Martín, y los de Pizarro llevó presos, y a Pedro de Bustincia con ellos; iba muy ufano por haber hecho tan buena presa. El Presidente la tuvo en mucho, y se informó de los de Diego Centeno del estado de Gonzalo Pizarro y de las particularidades que de su ejército deseaba saber. Pedro de Bustincia no se contentó con verse preso en poder del Presidente, sino que le pareció que en aquella su prisión, en medio de sus enemigos era gran hazaña, hablar mucho en loor de la empresa de Gonzalo Pizarro, y tanto habló que causó su muerte, y fue la misma que Carvajal dió a Doña María Calderón, como atrás se dijo, que fue darle garrote, porque no hubiese desigualdad de una parte a otra, ni en la manera de las muertes, ni en la causa de ellas.

El Licenciado Pedro de la Gasca, Presidente de la Majestad Imperial, que había hecho llamamiento de los capitanes y soldados que había en Quitu, Cassamarca, Rímac y otras partes, habiéndolos recibido todos, y habiendo proveído que el Mariscal Alonso de Alvarado (como atrás se apuntó) fuese a la Ciudad de los Reyes a recoger toda la gente, armas y caballos y dineros y ropa de España que pudiese haber, la trajese para socorrer el ejército y que juntamente trajese la artillería de los navíos, y últimamente habiendo recogido todo el bastimento que pudo, determinó salir de Sausa en busca de Gonzalo Pizarro; y para que su gente fuese bien ordenada, nombró capitanes y ministros para el buen gobierno del ejército; como lo dicen todos los tres historiadores. Y en particular lo que dice Agustín de Zárate, libro séptimo, capítulo cuarto, es lo que se sigue:

"Fué ordenado el campo en esta forma: Pedro Alonso de Hinojosa quedó por General, según y de la manera que lo era al tiempo que entregó la armada en Panamá. El Mariscal Alonso de Alvarado fue nombrado por maese de campo; y el Licenciado Benito de Carvajal por alférez general, y a Pedro de Villavicencio por sargento mayor. Y por capitanes de gente de caballo, Don Pedro Cabrera y Gómez de Alvarado y Juan de Saavedra y Diego de Mora y Francisco Hernández y Rodrigo de Salazar y Alonso de Mendoza. Por capitanes de infantería Don Baltasar de Castilla, Pablo de Meneses, Hernando Mejía de Guzmán, Juan Alonso Palomino, Gómez de Solís, Francisco Mosquera, Don Hernando de Cárdenas, el Adelantado Andagoya, Francisco de Olmos, Gómez Darias, el capitán Porcel, el capitán Pardavel y el capitán Serna. Nombró por

capitán de artillería a Gabriel de Rojas. Tenía consigo al Arzobispo de Los Reyes y a los obispos de Cuzco y Quito y al Provincial de Santo Domingo Fray Tomás de San Martín, y al Provincial de la Orden de la Merced, y a otros muchos religiosos, clérigos y frailes. En la última reseña que mandó hacer, halló que tenía setecientos arcabuceros y quinientos piqueros, y cuatrocientos de caballo, caso que desde entonces hasta que llegó a Saquisahuana, se recogieron hasta llegar a número de mil y novecientos hombres; y así salió el campo de Xauxa a veinte y nueve de diciembre del año de mil y quinientos y cuarenta y siete, caminando en buena orden la vía del Cuzco, para tentar por donde había menos peligro de pasar el río de Abancay."

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. De manera que sin las cuatro cabezas principales, que son el General y el maese de campo, el alférez general y el sargento mayor, fueron siete los nombrados para capitanes de la caballería y trece para los de infantería, sin el capitán de la artillería, todos muy nobles y principales (los más de ellos conocí yo), con los cuales salió el Presidente de Sausa, y siguió su camino en demanda del enemigo. Llegó a la ciudad de Huamanca; hallóla muy desproveída de bastimento, por lo cual le fue necesario pasar adelante aprisa, hasta la provincia de Antahuaylla, con intención de invernar allí porque, como se ha dicho, ella y todas las de su comarca son abundantes de comida. En aquel lugar paró el Presidente con todo su ejército a esperar al Mariscal Alonso de Alvarado, que le llevaba el socorro, y a otros muchos capitanes y soldados que sabía que iban en demanda del ejército real, que eran tantos que, como atrás lo ha dicho Agustín de Zárate, llegaban al número de trescientos hombres, de los cuales diremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIX: Los hombres principales, capitanes y soldados, que fueron a Antahuaylla a servir a Su Majestad, y los regocijos que allí hicieron.

El Presidente estuvo alojado en Antahuaylla más de tres meses. En todo este tiempo recogió mucha gente que de todas partes le acudían; entre ellos fue uno Alonso de Mendoza, que escapó de la batalla de Huarina. Su llegada al ejército fue en Sausa (que se nos olvidó de decirlo en su lugar) y así fue uno de los nombrados, como atrás se dijo, para capitán de caballos. Mes y medio después que el Presidente entró en Antahuaylla llegó el Mariscal Alonso de Alvarado con cien soldados y la artillería y parte del socorro de dineros, arma y ropa de Castilla que llevaba. Otra parte del mismo socorro, que dejó atrás, llevó el contador Juan de Cáceres, con que socorrió la necesidad de los soldados, que era mucha. Asimismo llegó el Licenciado Pedro Ramírez, Oidor de la Audiencia de Nicaragua, con doce de a caballo que iban con él, y dejaban ciento y veinte infantes que en pos de ellos caminaban a pie y entraron ocho días después del Oidor. Asimismo llegó el Adelantado Belalcázar con otros veinte de a caballo,

que habían caminado más de cuatrocientas leguas. También llegó el capitán Diego Centeno, con treinta caballeros de los suyos, que escaparon de la de Huarina y se juntaron con él por los caminos. Uno de ellos fue Gonzalo Silvestre, su grande amigo y compañero en sus trabajos. Sin los nombrados fueron otros muchos soldados de menos cuenta, que por todos llegaron a número de trescientos hombres. El Presidente holgó mucho con ellos por ver su ejército tan florido y aumentado, y que de tan lejas tierras viniesen a servir a Su Majestad. Particularmente holgó de ver y conocer al capitán Diego Centeno, por su mucha lealtad y buenas artes de ánimo y cuerpo, que era gentilhombre y de buen rostro.

De los últimos que llegaron al ejército fue Pedro de Valdivia, Gobernador de Chile, con otros ocho de a caballo, en cuyo loor el Palentino y Agustín de Zárate dicen por unas mismas palabras lo que se sigue, y las de Zárate, libro séptimo, capítulo quinto, son éstas.

"Habiendo salido el Presidente del valle de Xauxa, llegó a su campo el capitán Pedro de Valdivia que, como arriba está dicho, era Gobernador en la provincia de Chile y había venido de allá por mar para desembarcar en la Ciudad de los Reyes, para llevar gente y munición y ropa con que se acabase de hacer la conquista de aquella tierra. Y como desembarcando supo el estado de los negocios, se aderezó él y los que con él venían, porque traían muy grande abundancia de dineros, y se fue en rastro del Presidente hasta se juntar con él, lo cual se tuvo a buena dicha, porque aunque con el Presidente estaba gente y capitanes muy principales y ricos, ninguno había en la tierra que fuese tan práctico y diestro en las cosas de la guerra como Valdivia, ni que así se pudiese igualar con la destreza y ardides del capitán Francisco de Carvajal, por cuyo gobierno e industria se habían vencido tantas batallas por Gonzalo Pizarro, especialmente la que dió en Huarina contra Diego Centeno, cuya victoria se atribuyó por todos al conocimiento de la guerra que Francisco de Carvajal tenía, por lo cual todo el campo del Presidente estaba atemorizado, y cobraron grande ánimo con la venida de Valdivia."

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, el cual loando a Pedro de Valdivia, loa mucho más a Francisco de Carvajal y con mucha razón, porque en la milicia fue eminentísimo sobre todos y cuantos han pasado al Nuevo Mundo. El historiador Diego Fernández, vecino de Palencia, habiendo dicho lo que de Pedro de Valdivia se ha referido, dice lo que se sigue, sacado a la letra, libro segundo, capítulo ochenta y cinco: "Y porque cualquiera discreto curioso lector deseara saber la causa de la venida de Pedro de Valdivia, y que conviene para mejor entendimiento de la narración de la historia, la quiero aquí poner, que fue de esta manera:

"Estando el Gobernador Pedro de Valdivia en las provincias de Chile, tuvo nueva cómo Gonzalo Pizarro estaba alzado contra el servicio de Su Majestad, y aun quieren decir (así es) que había recibido cartas de Gonzalo Pizarro, lo cual disimuló Pedro de Valdivia como si nada supiera. Y pidió prestado oro a las

personas que entendió que lo tenían, diciendo que quería este empréstito para enviar a Francisco de Villagra al Perú, para hacer gente y para acabar de hacer aquella conquista; y aunque lo procuró mucho, ninguno le quiso prestar cosa alguna. Por lo cual Pedro de Valdivia, disimuladamente, juntó a todos, y díjoles que pues de su voluntad no le querían prestar oro que les había pedido, que se fuesen al Perú todos los que quisiesen, que él les daba licencia para ello, por razón que, visto allá que llevaban oro, se acreditase la tierra y viniese gente a ella. Y de esta suerte muchos se dispusieron a venir al Perú, y se fueron a embarcar al puerto de Valparaíso (que es diez leguas de la ciudad de Santiago) y con ellos Francisco de Villagra, que era la persona que del Perú había de volver con gente. Y Valdivia quedóse en la ciudad de Santiago; y ya que todos fueron partidos y que entendió que estarían aprestados para hacer su viaje, salió de noche secretamente, y llegó a tiempo que todos estaban embarcados y que habían hecho una ramada a la legua del agua. Y allí Pedro de Valdivia hizo guisar muy bien de comer, y enviólos a convidar, que serían hasta veinte personas, los cuales vinieron todos; y acabada la comida hablólos, encomendándoles mucho a Francisco de Villagra (que tenía en lugar de hijo), diciendo que pues él iba con ellos a traer gente para la defensa de la tierra, les rogaba que si Villagra tuviese allá necesidad de algún oro, se lo prestasen; todos prometieron de hacerlo con gran voluntad. Lo cual hecho, Valdivia salió de la ramada disimulado hacia la mar, donde estaba un barco en el cual se entró, y se fue al navío y tomó todo el oro que llevaban, que sería más de ochenta mil castellanos, e hizo asentar lo que a cada uno tomaba. Y metió luego consigo en el navío a Jerónimo de Alderete, Gaspar de Villaroel, Juan de Cepeda y al capitán Jofré, Luis de Toledo, Don Antonio Beltrán, Diego García de Cáceres, Vicencio de Monte, Diego Oro y a su secretario, ante quien hizo cierta protestación de cómo iba a servir a Su Majestad contra la rebelión de Pizarro. Y dejando en tierra a aquellos que tomó el oro, luego con estos se hizo a la vela, dejando por su teniente general a Francisco de Villagra. Y llegados al Perú, tuvo nueva como el Presidente iba camino del Cozco, y viniéronse derechos a Lima, donde se proveyeron de todo lo necesario, y de allí se fueron a Andaguaylas, donde sabían que todo el ejército estaba esperando a que aflojasen las lluvias y entrase la punta del verano, para de allí caminar y dar fin a las cosas de la guerra."

Hasta aquí es de Diego Fernández Palentino, que escribió esta particular hazaña, semejante a otras que hoy se usan en el mundo, a que los ministros del Demonio dan color con la nueva enseñanza que han inventado, llamada razón de estado.

Por la venida de Pedro de Valdivia y de tanta gente noble, de capitanes y soldados, y particularmente por alentar al capitán Diego Centeno y a los suyos, que con la memoria de la pérdida pasada andaban melancólicos, hicieron grandes regocijos y fiestas muy solemnes. Jugaron cañas, corrieron sortija, aunque con falta de lanzas de ristre. Los regocijos hicieron el efecto que dicen

de la música, que alegra a los que estaban alegres y entristece a los tristes. El Presidente, con todo su ejército invernó en Antahuaylla; fue muy riguroso el invierno de muchas aguas, que por el continuo llover se pudrieron los toldos que por acá llaman tiendas; y por el alojamiento poco y malo que había para la gente común, y por ser ellos bisoños y nuevos en la tierra, enfermaron muchos; empero, por la buena provisión de un hospital que el Presidente había prevenido, cuyo ministro principal era un religioso trinitario llamado Fray Francisco de la Rocha, natural de Badajoz, murieron pocos.

CAPÍTULO XXX: Sale el ejército de Antahuaylla, pasa el río Amáncay. Las dificultades que se hallan para pasar el río de Apurímac; pretenden hacer cuatro puentes. Un consejo de Carvajal no admitido por Gonzalo Pizarro.

Pasada la furia del invierno determinó el Presidente salir de Antahuaylla e ir en demanda de Gonzalo Pizarro, que estaba en el Cozco. Caminó con su ejército hasta el río de Amáncay, que los españoles llaman Abancay, que está veinte leguas de aquella ciudad. Hallaron la puente quemada, que entonces como hemos dicho, todas las de aquel Imperio eran hechos de criznejas de mimbres. Trataron de hacerla, y con facilidad la acabaron, por ser el río estrecho, particularmente por donde eran los estribos del puente. Pasando aquel río, entraron en consulta por dónde pasarían el de Apurímac, que era el dificultoso. Desconfiaron de pasarlo por el camino real, porque por allí viene ya el río muy ancho, que, con ser lo más estrecho el sitio donde están los estribos, hay del uno al otro más de doscientos pasos. Hallaron asimismo otro inconveniente mayor, y fue que aquel camino, por tener pocos pueblos de indios y esos pobres, era falto de comida.

Con esto acordaron que pasase el ejército por una de tres puentes que hiciesen el río arriba, que por las sierras tan bravas por donde pasa, viene por allí el río muy acanalado y estrecho, donde se pueden hacer las puentes con más facilidad. El un puesto de aquellos se llama Cotapampa, y el otro más arriba se dice Huacachaca, y el último Accha. Para ir a cualquiera de estos tres sitios era el camino muy dificultoso, casi imposible de poderse andar con ejército formado, por la mucha aspereza de aquellas sierras, increíble a quien no las ha visto; más con todo esto determinaron pasar por ellas, porque no había otro camino. Acordaron, para divertir al enemigo, que fingiesen hacer puentes en todas las cuatro partes, porque Gonzalo Pizarro no supiese de cierto por dónde había de pasar el ejército. Y así mandaron a los indios que llevasen los materiales a aquellos cuatro sitios, como si bastaran quince o veinte cargas de mimbre para cada puente, siendo necesarias para cualquiera de ellas tres y cuatro mil cargas de mimbre, de rama y de otra muchedumbre de sogas y maromas, que toda esta máquina y mucho más se hace para cada puente a costa

de los pobres indios. Los sitios de las puentes encomendaron a personas particulares, para que allí hiciesen juntar los materiales; y como lo dice el Palentino, capítulo ochenta y seis, Pedro Alonso Carrasco fue con gente a la del camino real, y Lope Martín a Cotapampa, y Don Pedro Puertocarrero y Tomás Vásquez fueron a Accha, y Antonio de Quiñones y Juan Julio de Ojeda a Huacachaca. A todos estos caballeros conocí, que eran vecinos del Cozco, y los cuatro de ellos de los primeros conquistadores. Y aunque proveyeron estas cosas, determinaron que el pasar el río fuese por Cotapampa, porque por allí había menos inconvenientes que por otras partes, y que esto se guardase con mucho secreto, porque el enemigo no lo supiese.

Aquellos personajes fueron a sus puestos, y pusieron por obra lo que se les ordenó, y el Presidente caminó con su ejército, con increíble trabajo por la aspereza de la sierra y por la mucha nieve que aquellas sierras tienen, que, según los autores muchos españoles perdieron con ella la vista. Ya en otra parte hemos dicho que no la pierden para siempre, sino que es un accidente como mal de ojos, que dura tres, cuatro días. Dejarlos hemos en su camino y en sus diligencias, por decir algo de las que Francisco de Carvajal en estos mismos días maquinaba y trazaba para el sustento y aumento del estado de Gonzalo Pizarro.

Luego que el Presidente salió de Antahuaylla con el ejército para ir al Cozco, lo supo Gonzalo Pizarro, que por horas sabía dónde llegaba y lo que hacía; porque en tiempo de guerra no hay que fiar secreto de los indios en común, porque hacen oficio de espía doble, que como no saben cual parte ha de vencer, quieren agradarlas ambas dándoles cuenta y aviso de lo que en la una y en la otra pasa, porque después la parte victoriosa no les haga mal por no haberlo hecho. Y esto creo que lo hemos dicho ya en otra parte, y lo repetimos aquí, por el mucho encarecimiento que uno de los historiadores hace del secreto que el Presidente en este paso encomendaba a indios y a españoles. Gonzalo Pizarro, aunque supo que el Presidente iba a buscarle, no hizo diligencia alguna para cortarle los caminos ni defenderle los pasos dificultosos, habiéndolos tantos y tan ásperos, sino que se estaba quedo, descuidado de todo, cuidando solamente de dar batalla al de la Gasca, en la cual fiaba por las muchas victorias que él y los suyos en el discurso de aquella guerra habían alcanzado.

Por otra parte, Francisco de Carvajal, su maese de campo, que de día y de noche velaba y estudiaba en su milicia cómo Gonzalo Pizarro quedase por señor de aquel Imperio, ya que habían pasado cosas tan grandes en aquella pretensión, viendo al presente que no tenía cuidado o de cosa alguna sino de la batalla venidera, se fue a él y pidiéndole atención y consideración a lo que quería proponer, le dijo: “Señor: Mirando los sucesos pasados y presentes en el estado en que están, y el riesgo, y peligro que en las batallas hay de ganar o perder, me parece que Vuesa Señoría no la diese, sino que procurase dilatar y entretener la guerra, hasta ver claramente asegurado su partido. Para lo cual haré ahora el discurso que podrá haber en él un ejército y en el otro, para que no se me niegue

cuán en servicio de Vuesa Señoría es lo que le dijere, y cuánto asegura su pretensión y lo que todos deseamos.

"A Vuesa Señoría le conviene para alcanzar victoria de sus enemigos, salir de esta ciudad dejándola despoblada, quebrados los molinos, alzada la comida, desterrados los moradores de ella, alzadas las mercaderías y quemado todo lo que no pudiere llevar consigo, de manera que no quede cosa alguna de provecho para sus contrarios. Dos mil hombres son los que vienen contra Vuesa Señoría; los mil de ellos son marineros, grumetes, y otra gente tal que todos vienen desnudos, descalzos y muertos de hambre; traen su esperanza puesta en llegar a esta ciudad para remediar su hambre, y desnudez; y hallándola tal como he dicho, desmayarán del todo; y el Presidente no los pudiendo sustentar, los despedirá por fuerza como a gente inútil.

"Vuesa señoría también despedirá a los de Diego Centeno que, como gente vencida, nunca le han de ser buenos amigos. Puede llevar consigo más de quinientos hombres, que después de la batalla de Huarina se han venido muchos soldados a nuestro ejército por gozar de las victorias de Vuesa Señoría. Será toda gente escogida, que ninguno de ellos le faltará ni le negará en cualquiera ocasión que se ofrezca. Echará a una mano y a otra del camino dos mangas de a cincuenta arcabuceros cada una, que vayan veinte y treinta leguas apartados de vuestro ejército, recogiendo cuanto ganado toparen, y cuanto bastimento hallaren, y lo que no pudiesen llevar lo dejarán quemado y destruido de manera que no sea de provecho para sus enemigos. La gente de Vuesa Señoría irá comiendo cabritos, terneras y corderos del ganado de la tierra, y todos los demás regalos que hay en las provincias que tenemos por delante. Sus enemigos no pueden seguirle con el ejército que ahora traen de dos mil hombres, por el mucho estorbo que causan y por ser la mitad de ellos gente inútil; y los otros mil con que le pueden seguir irán muertos de hambre, por no hallar comida por los caminos; y la que les pueden traer será de cien leguas y más lejos, porque también ellos dejaron consumidos los bastimentos de las provincias donde estuvieron y por donde pasaron, y cada día se han de alejar más de ellas.

"No pueden seguir a Vuesa Señoría con mil hombres juntos, por el estorbo de tanta gente. Si quisieren alcanzarle, han de dividirse en dos partes; a cualquiera de ellas que Vuesa Señoría quiera acometer, le tiene ventaja; y cuando no quiera pelear con ellos, puede andarse holgando de provincia en provincia, entreteniendo la guerra, haciéndola muy galana, hasta cansar a sus enemigos y forzarles a que se rindan, o le ofrezcan buenos y aventajados partidos."

Gonzalo Pizarro desechó este consejo tan saludable, diciendo que era cobardía retirarse del enemigo, no conociéndole ventaja señalada, y que era deslustrar y desdorar las victorias pasadas y aniquilar la honra y fama que por ellas se había ganado. Carvajal respondió: "No es perder honra, sino aumentar la que se ha adquirido, que los grandes capitanes diestros en la guerra deben entretenerla con arte y maña militar, hasta menoscabar y quebrantar al enemigo

sin ponerse a riesgo de batalla, en la cual no hay certidumbre alguna de victoria como se podrá ver por muchas que en el mundo se han dado; particularmente nos lo muestra la batalla de Huarina, que Vuesa Señoría venció tan en contra de la esperanza de sus enemigos, pues habían mandado a sus criados que doblasen la ración de aquel día, para los que pensaban llevar rendidos de los nuestros. Mire Vuestra Señoría que aquella victoria más se ganó por merced particular que Dios le hizo, que no por fuerza ni industria humana, y no es lícito tentar a Dios que haga semejantes milagros a cada paso."

Gonzalo Pizarro dijo que todavía se le hacía de mal volver las espaldas a sus enemigos; que quería probar y esperar su buena ventura; que la que le había dado tantas victorias, sin consentir jamás que fuese vencido, no le negaría la última. Con esto acabaron su plática, con mucho sentimiento de Francisco de Carvajal de que no aceptase tan buen consejo. El Palentino, capítulo ochenta y ocho, refiriendo parte de este coloquio, dice que entre otras cosas le dijo Carvajal: "Haga Vuesa Señoría lo que digo, y a éstos de Diego Centeno, démosles sendas lanzas de Centeno y váyanse, porque estos son rendidos y nunca serán buenos amigos, y sin ellos no estará bien el retraernos."

Todas son palabras de Diego Fernández, y ellas muestran bien haberlas dicho Francisco de Carvajal, que para todos propósitos las tenía tales aquel varón, nunca jamás bien conocido, ni de los suyos ni de los ajenos. La causa porque Gonzalo Pizarro no creyó ni tomó este consejo tan bueno de Francisco de Carvajal ni otros semejantes, como adelante veremos, fue porque este maese de campo perdió el crédito con su general el día que en la Ciudad de los Reyes, como atrás se dijo, entraron en consulta Gonzalo Pizarro y sus capitanes sobre si recibirían o no al Presidente Gasca. Y Carvajal dijo entonces que eran muy buenas bulas aquéllas, que le parecía que las tomasen y gozasen de ellas, hasta ver por entero los poderes que el Presidente llevaba. Por estas palabras se apoderó de Gonzalo Pizarro la sospecha, y le hizo creer que Carvajal hacía a dos manos y tenía dos caras, porque aquel parecer era contra todo el gusto y pretensión de Gonzalo Pizarro, que no quería que nadie le aconsejase que hubiese otro Gobernador donde él pensaba que lo era y se tenía por tal. Y como sea cosa natural aborrecer la compañía en el mandar y reinar, bastó una imaginación tan sin fundamento para que Carvajal perdiese su crédito y se imaginase de él cosa tan ajena de su condición y obras. Y fue de tal manera que ni las maravillas que en su servicio después hizo, ni la victoria de la batalla de Huarina, no fueron parte para restituirle en el lugar que antes tenía. Y fue tan cruel esta sospecha, que también dañó al mismo Pizarro, que por no creer Carvajal ni tomar sus consejos se perdió más aína; que si los admitiera, pudiera ser (como lo decían los que sabían estos secretos) que tuviera mejor suceso.

CAPÍTULO XXXI: Lope Martín echa las tres criznejas de la puente. Las espías de Gonzalo Pizarro cortan las dos. El alboroto que causó en el ejército real. Carvajal da un aviso a Juan de Acosta para defender el paso del río.

Los caballeros nombrados para hacer las puentes fueron a sus puestos y recogieron los materiales necesarios. Lope Martín, lusitano, que le cupo la suerte de Cotapampa, habiendo hecho las criznejas necesarias, sabiendo que el ejército estaba una jornada de allí, echó las tres criznejas que sirven de suelo, aunque tenía orden que no echase ninguna hasta que llegase el Presidente.

Más él, por mostrar su buena diligencia, se anticipó un día, de lo cual se causó mucha pesadumbre a todo el ejército, y en particular al Presidente y a sus ministros principales, porque las espías de Gonzalo Pizarro, que andaban por aquel río mirando lo que en él se hacía, viendo echadas las criznejas y el poco cuidado que había en guardarlas, se atrevieron la noche siguiente tres españoles, y ocho indios de los domésticos, que llaman *yanacuna*, a cortar las criznejas, y se pusieron a ello, con machetes que llevaban para lo que se les ofreciese, y con fuego que les ayudase a cumplir su deseo. Cortaron las dos de ellas antes que llegara el socorro de la otra banda. Con esto se fueron las espías al Cozco, a dar cuenta a Gonzalo Pizarro de lo que pasaba y ellos habían hecho, que fue mucho más de lo que de ellos se esperaba. En este paso, capítulo ochenta y siete, dice el Palentino lo que se signe, sacado a la letra.

"Yendo caminando el Presidente, llegó Fray Martín (lego de la orden de Santo Domingo) y díjoles cómo el día antes Lope Martín había echado tres criznejas, y que la noche pasada habían llegado tres soldados de Pizarro con indios y habían echado fuego y quemado las dos, y que luego habían huido. Recibió grandísima pena el Presidente de esto, así porque se había perdido autoridad de haber tenido tan poco tiento y prudencia en echar criznejas tan antes de tiempo, como de haber habido tanto descuido en guardarlas. Y lo que mayor pena le dio, fue creer que ya tenían aviso los contrarios, y que, en tanto que el campo llegaba a la puente y se ponía en estado de pasar por ella, tenían tiempo los enemigos de venir a estorbar que se hiciese, o a lo menos que no pasasen. Y que de esta manera, o pasarían a gran riesgo, o serían forzados a pasar por Accha, de que se resultaría grandes inconvenientes y mucho trabajo, y se perdería ánimo y reputación de su parte, y lo ganarían sus contrarios. Y que también podrían tener noticia del camino que habían de llevar, y les podrían estorbar el camino por Accha. Consideradas, pues, estas cosas, parecía que el remedio de todo estaba en la brevedad, y así acordó que tras Valdivia y el capitán Palomino partiese luego el General con las compañías de Pablo de Meneses y Hernán Mejía (que eran de arcabuceros) y que procurasen (si fuese posible) llegar a la puente aquella noche, así para procurar de pasar en balsas de la otra parte, para defender que no se quemase la crizneja que quedaba, como también para ayudar a extender las criznejas y hacer el puente. Y que asimismo

fuese Gabriel de Rojas con la artillería, para que con los indios de ella y su industria ayudase a las cosas de la puente. Y dió orden que otras compañías fuesen siguiendo al General; y disimulando el Presidente que salía platicando cosas con el General, se fue con él; y echándole luego menos los Obispos y otras muchas personas, se partieron tras él, quedando el Mariscal con el campo," etc.

Hasta aquí es del Palentino. Dejaremos al Presidente y a sus capitanes en el camino, y en las diligencias que hacían para reparar la puente, por decir lo que en aquellos mismos días y horas Gonzalo Pizarro y los suyos hacían, y lo que su maese de campo Francisco de Carvajal maquinaba y trazaba en su imaginación para los casos que según su milicia entendía que habían de suceder, para tenerlos prevenidos. Es así que luego que las espías de Gonzalo Pizarro le dieron cuenta de lo que en el río Apurímac pasaba, mandó llamar a consejo a su maese de campo y capitanes, y les dió cuenta de lo que las espías decían, pidiéndoles parecer de lo que en aquel caso harían contra el enemigo, y a quién enviarían que defendiese el paso del río e hiciese lo demás, según que las ocasiones y lances de la guerra se le ofreciesen. Francisco de Carvajal habló primero que otro alguno, y dijo: "Señor, esta jornada es mía y no hay para qué tratar de quien haya de ir, porque de derecho es mía." Gonzalo Pizarro dijo: "Mira padre, que os he menester cerca de mí para lo que adelante se ofreciese; tenemos capitanes mozos y valientes, que cualquiera de ellos podrá hacer ésta jornada." Carvajal replicó diciendo: "Señor, esta empresa es mía, suplico a Vuesa Señoría no me la quite, que mi buena fortuna me la ha ofrecido para honrarme con ella en los postreros días de mi vida, y para dar fin a nuestra pretensión con la ruina y destrucción de nuestros enemigos. Que yo prometo a Vuesa Señoría, a fe de buen soldado, que si me concede esta petición, de traerle dentro de cuatro días la corona de este Imperio y ponérsela en la cabeza y pues Vuesa Señoría tiene larga experiencia del grande ánimo y deseo que tengo en verlo levantado en esta majestad (de lo cual mis pequeños servicios le han dado largo testimonio), le suplico muchas y muchas veces no me niegue esta merced, pues la pido para grandeza de Vuesa Señoría y gloria mía y de todos los vuestros."

Gonzalo Pizarro volvió a decir lo mismo que había dicho, y que muy conocida tenía su voluntad y muy en la memoria sus hazañas, y que mediante ellas tenía el puesto en que estaba; pero que no quería verlo alejado de sí, por tenerle en lugar de tan buen padre. Y con esto mandó que se votase sobre quien iría aquella jornada. De común parecer fue elegido el capitán Juan de Acosta, porque sintieron que Gonzalo Pizarro gustaría de ello, que ya otras veces, como la historia lo dice, lo había enviado a semejantes empresas y lo tenía elegido para las mayores y demás importancia que se ofreciesen, porque lo tenía por valiente, y la era cierto. Pero al capitán y caudillo le conviene, con la valentía, ser diestro, prudente y sabio en la guerra, de lo cual faltaba a este capitán lo que le sobraba a su maese de campo. Los consejeros de los poderosos, por la mayor parte, son aduladores que dan el consejo conforme al gusto y voluntad que el Príncipe tiene, y no conforme a su necesidad.

El maese de campo Francisco de Carvajal, viendo la elección de Juan de Acosta, se volvió a él y le dijo: “Señor capitán, vuesa merced es tan dichoso como yo desdichado, pues me quitan la gloria, honra y fama que había de ganar en esta jornada, y se la dan a vuesa merced. Y pues que así lo manda mi fortuna, quiero decirle lo que yo había de hacer, para que vuelva con victoria y traiga la corona de este Imperio que prometí al Gobernador mi señor. Vuesa merced sale de esta ciudad a las nueve del día; la puente está a nueve leguas de aquí; han de andar poco más de siete caminando a paso moderado, ni largo, ni corto. Llega a dos de la tarde a tal parte, que son cuatro leguas de aquí donde puede parar una hora a merendar y dar de comer a las cabalgaduras. De allí sale a las tres de la tarde, y yendo a paso corto, porque le conviene llegar tarde, llegará a las nueve de la noche a lo alto de la cuesta que está de esta parte del río. Poco más abajo de la cumbre, legua y media de la puente, pegada al camino, está una hermosa fuente de muy linda agua. Llegando allí, pare vuesa merced, y cene toda su gente, y mande que le hagan una cama de cuatro colchones, con sábanas de Holanda, y acuéstese en ella, y ponga alrededor de sí media docena de arcabuces cargados y sin pelotas, que no las ha de haber menester. El Presidente y los suyos, con toda la diligencia que hiciesen, no pueden llegar a la puente hasta tal hora del día; y aunque todos los diablos del infierno salgan a ayudarles a hacer la puente, no pueden echar la primera crizneja hasta tal hora de la tarde, y la segunda echarán ya de noche.

“Empezarán a pasar a las nueve de la noche; subirán la cuesta arriba sin orden ni concierto, porque no temen que hayan enemigos cerca, porque no se han de persuadir que hayamos hecho la diligencia que hemos dicho.

“Llegarán los delanteros cerca de la cama de vuesa merced a las doce de la noche, muertos de sed, con ansia de llegar a beber de la fuente. A aquella hora mandará vuesa merced disparar los arcabuces que tuviere alrededor de su cama; hecho esto, sin hacer otra cosa más, ni ver enemigo alguno, se vuelva a esta ciudad y pondremos la corona al Gobernador mi señor.” Este fue el orden y aviso que el maese de campo Francisco de Carvajal, como hombre tan práctico y experimentado en la guerra, dió al capitán Juan de Acosta, el cual lo hizo tan en contra que se perdió la corona y la vida de todos ellos, como adelante se verá.

Ordenaron que llevase doscientos soldados, los más escogidos que tenía, y fuesen a caballo, y treinta lanzas con ellos, sin impedimento alguno más de la comida necesaria para la gente y las cabalgaduras. Que aunque dijo Carvajal que hiciese cama de cuatro colchones con sábanas de Holanda, y los arcabuces sin pelotas, fue por facilitar la jornada, por dar a entender que sin tomar trabajo extraordinario y sin matar enemigos, sólo con darles una arma verdadera, los había de desbaratar y vencer. Y decir que aunque todos los diablos del infierno saliesen a ayudarles, fue por encarecer la diligencia y solicitud que sus contrarios podían tener en hacer la puente; que estas maneras de hablar tenía en todas ocasiones aquel bravo soldado y gran capitán.

CAPÍTULO XXXII: El Presidente llega al río Apurímac. Las dificultades y peligros con que lo pasaron. Juan de Acosta sale a defender el paso. La negligencia y descuido que tuvo en toda su jornada.

Por mucha prisa que el Presidente y sus capitanes se dieron en su camino, no pudieron llegar aquel día a la puente; pararon dos leguas de ella, donde les anocheció. Más luego que salió la luna volvieron a su camino, y mucha parte de él caminaron a pie, por la aspereza de la tierra. Llegaron a la puente a las ocho del día, y con toda la diligencia que hicieron no pudieron echar la primera crizneja hasta las doce, y la segunda echaron a la siete de la tarde. Luego dieron en hacer el suelo de la puente con mucha rama, y sobre ella madera menuda, tejida una con otra, como un zarzo de cañas. Y a las diez de la noche empezaron a pasar los primeros, y también pasaron unos pocos soldados en una balsa que hicieron de la madera que llaman *maguey*, que es muy liviana, a semejanza de la cañaheja que por acá se cría, aunque aquélla, escogida para balsas, es más gruesa que la pierna de un hombre. Pasan la balsa con sendas sogas largas asidas de ella, tirando a una parte y a otra del río. Los caballos pasaron a nado con grandísimo trabajo y peligro de ahogarse, porque por aquel paraje no tenía el río entrada llana para que las bestias entren a él, y por tanto apretaron los caballos malamente y les forzaron a que se echasen al río como despeñados. El río con su mucha furia los arrebataba y daba con ellos en otras peñas, donde hacía codo y daba vuelta.

En esta tormenta se ahogaron, como lo dice Agustín de Zárate, libro séptimo, capítulo quinto, más de sesenta caballos, y otros muchos salieron estropeados. Y aunque en aquel sitio no podían pelear a caballo, por la aspereza de él, hicieron aquella cruel diligencia de pasarlos, recelando y temiendo no viniese el enemigo antes que todos hubiesen pasado el río, que cierto tenían mucha razón de temerlo, porque el paso es peligrosísimo para haberlo de pasar en tiempo de guerra y los enemigos cerca, porque para defenderlo y ganar honra en él, como Francisco de Carvajal lo pretendía y se le aseguraba, es muy favorable al defensor del paso y muy al contrario al que lo ha de pasar, por las dificultades que el río y todo aquel sitio tiene, y las cuestas tan largas y ásperas que a una banda y a otra están, que son de dos leguas de subida y bajada, casi perpendicular, que yo las he visto. Y no en balde se quejó Carvajal cuando pidió esta jornada y se la negaron, que entre otras palabras dijo que su buena fortuna se la había ofrecido para honrarle con ella en los postreros días de su vida, y para dar fin a su pretensión con la ruina y destrucción de sus enemigos. Que Carvajal, como tan experimentado en la guerra, y que había visto todos los pasos por donde el enemigo podía entrarle, se prometía con certidumbre la victoria en cualquiera de los pasos, principalmente en el de Cotapampa, por ser más áspero y dificultoso que los otros.

Con las diligencias y trabajos referidos, pasó la mitad del ejército hasta la medianoche. Y los primeros, puestos por su orden, como mejor pudieron, subieron cuesta arriba, con deseo de llegar a lo alto de ella, antes que los enemigos lo tomasen, que era lo que más temían; y ganado aquel puesto, facilitaban y aún aseguraban la subida de todo el ejército. Yendo los primeros a media cuesta, se tocó una arma falsa que se supo quien la dió; causó tanto escándalo, turbación y alboroto que, aún los que no habían pasado el río, muchos de ellos a pie y a caballo, huyeron sin ver de quien, como si los fueran alanceando; y de tal manera se alteraron todos, que los capitanes Porcel y Pardavé y el capitán de la artillería Gabriel de Rojas y otros muchos soldados de cuenta, que eran de retaguardia y estaban en el cuerpo de guardia de la otra parte del río, viendo huir los que huían tan desatinadamente, dijeron todos a una: "Si esta arma es verdadera todos somos perdidos esta noche." Quiso la fortuna que como era falsa se aplacó en breve, y los huidos volvieran a su lugar, y todos se dieron más prisa a seguir su camino. Los delanteros que subían la cuesta también se alborotaron y huyeron con el arma; pero asegaráronse presto sabiendo que era falsa, y, caminando a prisa, llegaron antes que amaneciese a la fuente donde los había de esperar Juan de Acosta si guardara el orden de Francisco de Carvajal; que según el parecer de aquel varón, consistía la victoria de aquella jornada en aquel paso.

Los que llegaron pasaron adelante, habiendo bebido con gran ansia del agua de la fuente, y, llegando a lo alto de la cuesta, se pusieron luego en escuadrón. Mas eran tan pocos y sin capitán, que cincuenta enemigos que los acometieran los desbarataran. En breve tiempo llegaron más y más soldados, porque el General Pedro de Hinojosa y el Gobernador Pedro de Valdivia, que habían pasado la puente y estaban en lo bajo de la cuesta, les daban prisa y les animaban a que subiesen a lo alto. La otra mitad del ejército, que estaba en la otra parte del río, por el alboroto recibido no pudo pasar el puente hasta las nueve del día con la artillería, que la pasaron con mucho trabajo. Luego caminaron a toda diligencia en pos de los suyos, donde los dejaremos por decir de Juan de Acosta, que salía del Cozco para defender el paso del río.

Aquel capitán, despachado por su maese de campo, salió de la ciudad con doscientos arcabuceros a caballo y treinta lanzas, toda gente escogida. Caminó las cuatro leguas primeras, y allí paró sin pretender pasar adelante, bien olvidado de la orden que se le dio; y en aquel puesto hizo noche, donde estuvo tan descuidado y negligente que dió ánimo y lugar a que se le huyesen dos soldados, que dieron aviso de su ida. Otro día, a más de las siete de la mañana, siguió su camino muy en contra del orden que Carvajal le dió cuando lo eligieron por capitán de esta jornada. Aquel día se le huyó otro soldado que se decía Juan Núñez de Prado, natural de Badajoz, que dijo cuán cerca quedaba el enemigo y el orden que Carvajal le había dado de lo que debía hacer, midiendo el camino y el tiempo por horas y leguas, de lo cual se espantaron mucho los del Presidente, y mucho más cuando oyeron decir que había de dar el arma a tal hora de la

noche, porque les parecía que no había faltado cosa alguna de las que Carvajal había dicho que sucederían en el campo del Presidente. Decían, que pues con una arma falsa habían sentido tanto alboroto, ¿qué fuera de ellos si fuera verdadera? Por esta negligencia de Juan de Acosta culparon a Gonzalo Pizarro de mal considerado, por no haber defendido aquellos pasos, como lo escribe Agustín de Zárate, libro séptimo, capítulo cuarto, que, habiendo dicho el escuadrón que los del Presidente hicieron de indios y negros, dice lo que se sigue:

"Y así cuando Juan de Acosta envió a reconocer la gente, creyó que había número tan desigual que no los osó acometer, y se volvió por más gente; y entretanto el Presidente hizo pasar todo el campo por la puente, que ya estaba acabada de aderezar, en lo cual se entendió el gran descuido que Gonzalo Pizarro tuvo en no ponerse tan cerca que pudiese estorbar la pasada, porque solo cien hombres que pusiera en cada paso fueran parte para defenderlo."

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, con que acaba aquel capítulo. Y tiene razón en lo que dice, que cierto los pasos son tan dificultosos que no hay encarecimiento que baste a pintarlos como ellos son. Viéndose Juan de Acosta no lejos de la descendida de aquel mal paso, según la relación de los corredores, se adelantó con seis de a caballo a correr el campo y descubrir los enemigos. Hallóles que estaban ya en lo alto de la cuesta, pero tan temerosos que, para que el enemigo pensase que era mucho más gente, como lo dicen los historiadores, hicieron subir en las cabalgaduras a sus indios y negros, y les dieron lanzas y partesanas y los pusieron en escuadrón formado. Y para que el enemigo no conociese la canalla, pusieron en la vanguardia tres o cuatro filas de españoles, los más bien armados, que encubriesen los negros e indios. Y de los infantes hicieron otro escuadrón, cerca el uno del otro. Juan de Acosta, engañado de su vista, no quiso tentar la pelea; y aunque los autores dicen que envió a pedir socorro de trescientos arcabuceros, fue por entretener a Gonzalo Pizarro, porque imaginase que podía hacer algo; pero él no hizo cosa alguna de cuantas hiciera Carvajal si lo dejaran ir aquella empresa, que era de las suyas. Y aunque le enviaron el socorro, cuando se juntó con Juan de Acosta, viendo que no podía ofender a los del Presidente, se retiró sin hacer cosa alguna y sin disparar siquiera un arcabuz, y fue a prisa al Cozco y dió cuenta a Gonzalo Pizarro de todo lo que había sucedido, y que el Presidente estaba ya cerca de ellos.

CAPÍTULO XXXIII: Gonzalo Pizarro manda echar bando para salir del Cozco. Carvajal procura estorbárselo con recordarle un pronóstico echado sobre su vida. El Presidente camina hacia el Cozco. El enemigo le sale al encuentro.

Gonzalo Pizarro, viendo el poco o ningún fruto que Juan de Acosta había hecho en su empresa, determinó salir a recibir al Presidente y darle batalla,

porque en ella tenía puesta toda su esperanza, por las victorias que siempre habían alcanzado así de indios como de españoles, Mandó echar bando que para el día cuatro estuviesen todos apercibidos para ir a Sacsahuana, cuatro leguas de la ciudad, lo cual se mandó sin orden de Francisco de Carvajal. El cual, habiéndolo sabido, fue muy alterado a Gonzalo Pizarro y le dijo: "En ninguna manera conviene que Vuesa Señoría salga a recibir a su enemigo, que es aliviarle el trabajo que trae y quitarle mucha parte de él y tomarlo para sí y para los suyos, en lugar de aumentárselo al contrario. Suplico a Vuesa Señoría me crea y fíe algo de mí."

Pizarro le respondió que tenía elegido en Sacsahuana un sitio tal y tan bueno para dar batalla, donde sus enemigos no podían acometerle sino por delante, y que con su artillería, sin llegar a las manos, esperaba desbaratarlos. Carvajal replicó: "Señor, de esos lugares fuertes hay muchos a cada paso en esta tierra, y yo sabré, cuando Vuesa Señoría me lo mande, escogerlo tal que nos asegure la victoria. Lo que yo pretendo es que estas cuatro leguas que Vuesa Señoría sale a recibir á su enemigo, las ande hacia atrás, y le espere en el sitio llamado Orcos, que está cinco leguas de aquí, y ande el enemigo las unas y las otras, que en la retirada de estas cinco leguas verá Vuesa Señoría la confusión, pesadumbre y trabajos que a sus contrarios les causa, y la dificultad que tendrán para seguirle. Y cuando Vuesa Señoría lo haya visto, podrá elegir lo que mejor le estuviere, o darles batalla como lo desea, o llevar adelante su retirada, como yo lo tengo suplicado; y de nuevo lo suplico que Vuesa Señoría se retire en lugar de salir a recibirles, aunque no sea más de por no menospreciar lo que dice en su favor ni favorecer lo que dice en su daño un pronóstico que los astrólogos judiciarios (como es notorio) han hecho en los sucesos de Vuesa Señoría y en su vida, que han dicho que tal año de ella corre Vuesa Señoría grandísimo riesgo de perderla; pero que si sale de él vivirá otros muchos en gran felicidad. El año de los de la vida de Vuesa Señoría con el cual nos amenazan, es el que tenemos presente, y tan cerca de cumplirse que no le falten muchos meses ni aún semanas; y pues el pronóstico es tan en contra como el favor de Vuesa Señoría, siga y favorezca lo que es en beneficio de su vida, y huya y abomine lo que le es en daño siquiera hasta ver cumplido el plazo, porque no se queje de si mismo, ni dé ocasión a que sus aficionados presentes y venideros lo lloren de lástima, de que no mirase estas cosas como se debe mirar, que, aunque las astrologías no tienen bastante certificación de lo que dicen para que las crean, todavía me parece que es bien dejar pasar los términos (si se puede hacer), para ver si se mienten o dicen verdad. A Vuesa Señoría no le fuerza necesidad alguna a dar batalla, antes por muchas causas y razones está obligado a dilatarla para cobrar más ventajas sobre las que hoy tiene. ¿Quién nos hace fuerza a aventurar lo que podemos asegurar con andarnos holgando de tierra en tierra, con mucho gusto y regalo nuestro y a mucha costa y pesar de nuestros enemigos, siquiera hasta ver pasado este año astrológico que tanto nos amenaza y tanto nos promete?"

Gonzalo Pizarro habló pocas palabras, y en suma dijo que en ninguna manera le aconsejase retirarse poco ni mucho, ni lejos ni cerca, porque no convenía a su reputación y honra, sino seguir su ventura y dar fin a lo que tenía determinado, que era esperar a su enemigo en Sacsahuana, y dar la batalla sin mirar en luna ni en estrellas. Con esto acabaron su plática, y Carvajal salió muy afligido de ella, diciendo entre sí y entre sus amigos que era fatal determinación que el Gobernador su señor tenía en el término de su vida, y así lo entendían todos de ver que tan precipitadamente, sin mirar por su salud y estado, se fuese a entregar a sus enemigos. Decían que no era falta de entendimiento, pues lo tenía bastante, sino que debía de ser obra de influencia de signos y planetas que le cegaban y forzaban a que pusiese la garganta al cuchillo, pues no admitía consejo tan saludable como el de su maese de campo.

Volviendo al Presidente, que nos conviene trocar muchas veces las manos de una parte a otra, como tejedor, para que de ambas se haga la tela, decimos que con la retirada del capitán Juan de Acosta quedó el campo libre para que el ejército real pudiese caminar sin recelo de enemigos. Más por el mucho estorbo que llevaba con la artillería, munición y bastimento, no pudo salir de aquel puesto hasta el cuarto día, que los tres fueron menester para que todo aquel carruaje subiese la cuesta del río y llegase donde el ejército estaba. El Presidente mandó luego que caminasen y pasasen adelante con mucho orden y diligencia. Más por mucho que los ministros ponían, por el grande estorbo que llevaban no podían caminar todo lo que quisieran, que la mayor jornada fue de dos leguas y las más fueron de una, y a cada jornada paraban un día y dos, hasta que llegaba la retaguardia.

Entretanto Gonzalo Pizarro daba prisa a los suyos para salir del Cozco e ir a Sacsahuana a esperar a su enemigo y darle batalla. Sus capitanes, que todos eran mozos y valientes, no teniendo más atención que a su valentía y confiados en ella, daban prisa a la salida por ver el fin de aquella jornada, que con ella se imaginaban ya ser señores del Perú. Empero a Francisco de Carvajal y a los de su bando y opinión, que era la gente más considerada y más allegada a razón de guerra, se le hacía muy de mal salir a recibir al enemigo, principalmente no llevando gente de quien fiar tan confiadamente la vida y todo el resto, como Gonzalo Pizarro lo fiaba de los que tenía consigo, siendo más de los trescientos de ellos de los de Diego Centeno, gente rendida de tan poco tiempo atrás, que muchos de ellos todavía traían parches en las heridas. Los cuales, como enemigos, antes habían de procurar su destrucción que desear su aumento, para lo cual el día de la batalla, en lugar de pelear, habían de huir y quitar el ánimo y esfuerzo a los fieles amigos de Gonzalo Pizarro.

Con estas consideraciones andaban muy descontentos, y el maese de campo Francisco de Carvajal, siempre que se ofrecía, volvía a disuadir a Gonzalo Pizarro a ver si pudiese retraerle de su intención, a que no se pusiese en tan clara y manifiesta destrucción de su vida, hazañas y honra y todo su ser. Más como Dios lo ordenase, según los contrarios decían, que las culpas de Gonzalo Pizarro

los llevasen al castigo merecido, no quiso seguir otro parecer sino el suyo. Lo cual dió tanto disgusto a sus aficionados, que propusieron en su ánimo de negarle, en pudiendo. Acerca de esto doy fe que después de la batalla de Sacsahuana, ya en sana paz, hablándose de estos sucesos, oí a algunos hombres principales, de los que entonces andaban con Gonzalo Pizarro, que si se retirara como se lo aconsejaba su maese de campo no le negaran hasta morir, porque tenían por oráculo a aquel hombre, y de sus consejos militares, por su mucho saber y larga experiencia, esperaban todo buen suceso y prosperidad.

Gonzalo Pizarro, obstinado en su mal y daño, salió de la ciudad del Cozco a los últimos días de marzo de mil y quinientos y cuarenta y ocho años, y en dos días fue a Sacsahuana (aunque no hay más de cuatro leguas) por el mucho estorbo que llevaba con el bastimento, artillería y carruaje, que quiso ir bien proveído de todo lo necesario, porque si el enemigo se detuviese en su camino no padeciese hambre o necesidad de alguna cosa de las forzosas que en un ejército ha menester. Y aunque, como se ha dicho, hizo esta jornada contra la voluntad de los más de sus amigos, no osaron contradecírsela, porque vieron que estaba resuelto y determinado de hacerla. Y así casi todos se confirmaron con el propósito de mirar cada uno lo que en su particular le conviniese, que era negar a Gonzalo Pizarro, porque veían bien que él iba a entregarse a la muerte, que le estaba llamando muy aprisa en lo mejor y más feliz de su vida, pues andaba en los cuarenta años y dos de su edad y había vencido cuantas batallas indios y españoles le habían dado, y últimamente, seis meses antes (aún no cumplidos), había alcanzado la victoria de Huarina, con la cual estaba encumbrado sobre todo los famosos del Nuevo Mundo. Estas prosperidades y las que pudiera esperar, y su vida con ellas, llevó a enterrar al valle de Sacsahuana.

CAPÍTULO XXXIV: Llegan a Sacsahuana los dos ejércitos; la desconfianza de Gonzalo Pizarro de los que llevaba de Diego Centeno, y la confianza del Presidente de los que se le habían de pasar. Requerimientos y protestaciones de Pizarro, y la respuesta de Gasca. Determinan dar batalla, y el orden del escuadrón real.

Asentó Gonzalo Pizarro su ejército en una rinconada que en aquel valle se hace, de un río (aunque pequeño) que pasa por él y de una sierra áspera, que ambos vienen a juntarse en punta y queda allí el sitio de tal manera fuerte que ni por un lado ni por el otro ni por las espaldas le podían acometer. El río tenía por la banda de la sierra unas muy altas barrancas. Entre ellas y el mismo río mandó Gonzalo Pizarro asentar los toldos, porque el llano que estaba entre la barranca y la sierra quedase desembarazado para formar allí su escuadrón. El Presidente, que, como dijimos, iba a paso muy corto, llegó tres días después de Gonzalo Pizarro, y otros tres gastaron en algunas escaramuzas que hubo entre la gente

suelta de una parte y de la otra; pero no hubo cosa de momento de poderse contar. Entretanto acabó de llegar al llano todo el ejército imperial, que por la aspereza de la sierra por donde iban y por el mucho estorbo que llevaban no pudieron llegar antes. Otros dos días estuvieron a la mira los unos y los otros sin acometerse, mas de estar muy recatados Gonzalo Pizarro y sus capitanes de que no se le huyese alguna gente y se pasase al Presidente, que para salir a recibir a sus contrarios con determinación de darle batalla, parece que no convenía tener tan poca confianza de los que llevaban consigo. Pero Gonzalo Pizarro (aunque tarde) tuvo esta desconfianza por los que de Diego Centeno iban en su ejército, que eran más de trescientos, por los cuales dijo Francisco de Carvajal que les diese sendas lanzas de Centeno y que los enviase con Dios, porque de enemigos rendidos no se podía asegurar jamás que fuesen buenos amigos para fiar de ellos la hacienda, la vida y la honra, todo junto. Esta desconfianza de Gonzalo Pizarro también la dice Francisco López de Gómara, capítulo ciento y ochenta y seis, por estos términos:

"Salió, pues, Pizarro con mil españoles y más, de los cuales los doscientos llevaban caballos y los quinientos y cincuenta arcabuces; más no tenía confianza de todos, por ser los cuatrocientos de aquellos de Centeno; y así tuvo mucha guarda en que no se le fuesen, y alanceaba a los que se le iban", etc.

Hasta aquí es de aquel autor. Por el contrario, el Presidente estaba con grandísima confianza de los que se le habían de venir de sus enemigos, particularmente del Licenciado Cepeda, del cual, como lo dice el mismo autor en el mismo capítulo, que es bien largo, tenía promesa, que se la envió con Fray Antonio de Castro, de la Orden de los Predicadores, que en aquellos tiempos fue Prior en Arequepa, diciendo que si Gonzalo Pizarro no viniese en concierto alguno, que él se pasaría al servicio del Emperador a tiempo que deshiciese a Pizarro, etc.

Con esta confianza entró el Presidente en consulta con sus capitanes si sería bien dar batalla o excusarla, por vedar las muertes que de ambas partes podía haber; y aunque todos quisieran que no hubiera batalla, les pareció por otra parte que no era bien dilatarla, por la necesidad que tenían de bastimento y de leña, y aun de agua, que la traían de muy lejos. De todo lo cual estaban los enemigos muy abundantes, y temían el Presidente y sus capitanes no se fuesen los suyos a los contrarios forzados de hambre, y por tanto acordaron que otro día se diese la batalla. Gonzalo Pizarro envió aquel mismo día requerimientos y protestaciones al Presidente, como lo dice el mismo autor, en el capítulo alegado, por estas palabras:

"Envió Pizarro dos clérigos, unos tras otro, a requerir a Gasca por escrito que le mostrase si tenía provisión del Emperador en que le mandase dejar la Gobernación, porque, mostrándosela originalmente, él estaba presto de obedecer y dejar el cargo y aún la tierra. Pero si no se la mostrase, que protestaba darle batalla, y que fuese a su culpa y no a la suya. Gasca prendió a los clérigos, avisado que sobornaban a Hinojosa y a otros, y respondió que se diese,

enviándole perdón para él y para todos sus secuaces y diciéndole cuánta honra habría ganado en hacer al Emperador revocar las Ordenanzas si quedaba por servidor y en gracia de Su Majestad, como solía, y cuánta obligación le tendrían todos dándose sin batalla, unos por quedar perdonados, otros por quedar ricos, otros por quedar vivos, ca peleando suelen morir. Mas era predicar en el desierto por su gran obstinación y de los que le aconsejaban, ca estaban como desesperados o se tenían por invencibles; y a la verdad ellos estaban en muy fuerte sitio y tenían gran servicio de indios y comida."

Hasta aquí es de Gómara, sacado a la letra, donde dice en suma lo que hemos dicho a la larga, y lo que dice que tenía gran servicio de indios es así, que todos los indios generalmente servían a Gonzalo Pizarro con grandísima afición, por la que atrás dijimos, que tuvieron por hijos del Sol y hermanos de su Reyes Incas a los primeros españoles que allá fueron, y así les llamaron Incas; y como Gonzalo Pizarro fue uno de ellos y hermano del Marqués Don Francisco Pizarro, nunca le perdieron el amor y respeto que como a Inca le tenían, y a su muerte le lloraron tiernamente.

La noche antes de la batalla determinó Juan de Acosta de ir con cuatrocientos arcabuceros y acometer el ejército imperial, a ver si podía soldar algo de la quiebra y negligencia que en la jornada pasada tuvo, porque entre los soldados que a ella fueron se murmuraba largamente su descuido y poca o ninguna milicia. Y Francisco de Carvajal, cuando supo los sucesos que hubo de una parte y de la otra, lloró su desventura, que le hubiesen quitado la mayor hazaña que su fortuna, al cabo de su vejez, le había ofrecido para colmo de sus hazañas. Estando Juan de Acosta apercibido para dar la encamisada, supieron que se había huido un soldado de Diego Centeno; y sospechando que habría dado aviso de la ida de Acosta, dejaron de ir, y a Gonzalo Pizarro no le pesó de ello, por parecerle que lo más seguro para alcanzar la victoria, era dar batalla campal, y no armas y rebatos nocturnos. Y así lo dice Gómara, en este paso, que dijo a Juan de Acosta: "Juan, pues lo tenemos ganado, no la queráis aventurar, que fue soberbia y ceguera para perderse."

Hasta aquí es de Gómara. La soberbia y ceguera de Pizarro y de sus capitanes fue imaginar que todos habían de pelear como ellos, y que haciéndolo así todos, no podían perder la victoria. Pero sucedióles en contra, que ni pelearon los que se tenían por valientes, ni los reputados por cobardes.

El soldado que se huyó de Gonzalo Pizarro dió aviso al ejército real que Juan de Acosta y los suyos quedaban apercibidos para venir encamisados a darle arma y batalla. Obligó al Presidente y a todo su ejército a estar puestos en escuadrón toda la noche, donde pasaron tanto frío, que, como lo dicen los autores Gómara y Zárate, se les caían las lanzas de las manos, que no las podían tener de frío. Luego que amaneció, que fue el día noveno de abril de mil y quinientos y cuarenta y ocho años, se pusieron en escuadrón los del Rey, mejorados de como habían estado la noche antes. Pusieron toda la infantería junta con sus capitanes ya nombrados, con dos mangas de arcabuceros a una

mano y a otra. Al lado izquierdo de la infantería pusieron doscientos caballos, con los capitanes Diego de Mora, Juan de Saavedra, Rodrigo de Salazar y Francisco Hernández Girón, a quien Zárate llama Aldana. Y al lado derecho iban los capitanes Gómez de Alvarado y Don Pedro Cabrera y Alonso Mercadillo, con otros doscientos de a caballo para guardar del estandarte real que el Licenciado Carvajal, alférez general, llevaba, e iba con estos capitanes. A la mano derecha de ellos (buen espacio en medio) iba el capitán Alonso de Mendoza; con él iba Diego Centeno; tenían en su compañía sesenta caballeros, que los más de ellos o casi todos eran de los que escaparon de la batalla de Huarina, que, como compañeros en los trabajos y adversidades pasadas, no quisieron otro capitán sino a Alonso de Mendoza. Estos se pusieron cerca del río, para socorrer a los que por aquella banda viniesen huyendo, que bien sabían que por todas partes había de haber gente que se pasase al ejército real, y por aquella banda corrían más peligro los huidos. El capitán Gabriel de Rojas trabajaba en bajar la artillería al llano, que se hacía con mucha dificultad por la aspereza de la sierra. El General Pedro de Hinojosa y el maese de campo Alonso de Alvarado y el sargento mayor Pedro de Villavicencio y el Gobernador Pedro de Valdivia con ellos, andaban ordenando los escuadrones. A las espaldas de todos ellos, estaba el Presidente con los tres Obispos, el de Los Reyes y el del Cozco y el de Quitu, y los principales de la Orden de los Predicadores y el de Nuestra Señora de las Mercedes, sin otro mucho número de clérigos y frailes que andaban en el ejército. En resguardo de todos ellos estaban cincuenta de a caballo, porque si viniese a ellos algún desmandado hubiese quién los defendiese.

CAPÍTULO XXXV: Sucesos de la batalla de Sacsahuana hasta la pérdida de Gonzalo Pizarro.

De la otra parte Gonzalo Pizarro, luego que esclareció el día, mandó tocar arma y que subiese la gente al llano que está entre la barranca del río y la sierra, para formar allí su escuadrón. Mandó subir la artillería y plantarla en un puesto eminente. Mandó al Licenciado Cepeda, como lo dice Gómara, que ordenase la batalla, porque el maese de campo Francisco de Carvajal, como hombre desdeñado de que Gonzalo Pizarro no hubiese querido seguir su parecer y consejo (dándose ya por vencido), no quiso aquel día hacer oficio de maese de campo como solía, y así fue a ponerse en el escuadrón con su compañía, como uno de los capitanes de la infantería. Y así los historiadores no hacen mención de él en lo que fue ordenar la gente.

Andando todos muy diligentes para ponerse cada uno en su puesto, Garcilaso, mi señor, salió de entre ellos y, con achaque de que el indio que había de llevar la lanza no se la hubiese llevado, bajó hacia el río dando voces al indio; y luego que se encubrió con la barranca del río, fue hacia el escuadrón real y,

habiendo pasado una ciénaga pequeña que estaba entre los dos escuadrones y bajaba al río, subió la barranca y fue al descubierto de ambos ejércitos a presentarse al Presidente. El cual lo recibió y lo abrazó con mucha alegría y contento, y le dijo: “Señor Garcilaso, siempre esperé que vuesa merced había de hacer semejante servicio a Su Majestad”. Y en tal ocasión, Garcilaso, mi señor, respondió: “Señor, como prisionero sin libertad no he podido servir a Su Majestad ni a Vuesa Señoría antes de ahora, que nunca me faltó el ánimo de hacerlo.” Gonzalo Pizarro, cuando supo que se había ido Garcilaso le pesó mucho, pero mostró no sentirlo por no desmayar los suyos. Y topándose con un primo hermano de mi padre, que se decía Gómez Suárez de Figueroa, le dijo: “Garcilaso se nos ha ido, ¿paréceos que queda bien librado si vencemos?” Díjolo así, porque todavía estaba engañado de su falsa esperanza que había de alcanzar victoria; más no tardó nada en venir el desengaño.

La ida de mi padre fue como se ha dicho, aunque dos de los historiadores nombran primero al Licenciado Cepeda y luego a mi padre y a otros, como que fueron juntos, pero no tuvieron la relación por su discurso cómo pasó el hecho. El otro historiador lo cuenta como lo hemos dicho, y nombra primero a Garcilaso, mi señor, y a un primo suyo y a otros con ellos y dice que fue mucho desmán para Gonzalo Pizarro. Y prosiguiendo dice: “Y luego tras éstos, vino también huyendo el Licenciado Cepeda.” Garcilaso de la Vega, mi señor, se fue solo, sin compañía alguna; y para irse así lo previno antes, que luego que Gonzalo Pizarro asentó su real en aquel sitio, que fue tres días antes que el Presidente llegase, salió mi padre a reconocer el campo y ver por dónde pudiese irse más a su salvo, porque bien sabía que Gonzalo Pizarro y sus capitanes andaban muy a la mira de los que pudiesen huírseles. Y mi padre, para tener achaques de apartarse de ellos, mandó al indio que le había de llevar la lanza que no la llevase, sino que se estuviese en la tienda para venirle a buscar, como lo hizo. Y fue encubierto con la barranca, porque no le viesen los del escuadrón que estaban en lo alto. Todo esto le oí yo a él mismo, cuando después, ya en toda paz, se hablaba de los trances y sucesos que en aquellos tiempos pasaron.

También oí a Garcilaso, mi señor, que después que Gonzalo Pizarro le tomó su caballo Salinillas en la batalla de Huarina, como atrás se dijo, que de industria se había estado sin comprar caballo de estima, porque Gonzalo Pizarro, viéndole a pie, le volviese su caballo o le diese otro de los suyos, que los tenía tales. Y así sucedió el hecho, que cuatro días antes que Gonzalo Pizarro saliese del Cozco para la batalla de Sacsahuana, le envió el caballo Salinillas, y que cuando lo vió en su casa, le pareció que se lo había traído un ángel del cielo. Hemos dicho estas particularidades, no por abonar a mi padre, que ya eso está pasado en cuenta, como en otra parte dijimos, sino por decir verdad en todo suceso, contándolo por sus días, horas y momentos, que no pretendo agraviar a nadie quitándole su lugar y poniendo otros en él, que no hay para qué hacerlo, que no es de historiadores sino decir verdad llanamente. Y con esto volveremos al discurso de aquella batalla.

El escuadrón de Gonzalo Pizarro se ordenó como mejor le pareció al Licenciado Cepeda. Por la banda de la sierra salió una manga de sus arcabuceros a escaramuzar con los contrarios. Los capitanes Hernán Mejía de Guzmán y Juan Alonso Palomino, salieron a ellos con sus compañías de arcabuceros, y les hicieron retirar, aunque sin daño alguno de las partes. Entretanto jugaba la artillería de ambos ejércitos; la de Gonzalo Pizarro no hacía efecto porque el escuadrón del Presidente estaba puesto en un bajo como hoya: la artillería pasaba por alto; la del Presidente estaba en muy buen puesto, que señoreaba todo el campo del contrario, donde dicen los historiadores que metieron muchas balas y que mataron dos hombres, y es así, y uno de ellos era paje de Gonzalo Pizarro. El Licenciado Cepeda, que andaba ordenando el escuadrón, y deseaba pasarse al Presidente, fingió que iba a reconocer otro mejor sitio que el que tenía el escuadrón y, viéndose algún tanto apartado, dió de espuelas al caballo, que era muy hermoso, de color castaño oscuro e iba encubertado todo el cuello y pechos y caderas de cuero de vaca, galanamente aderezado, teñido de negro, que parecía muy bien así por la novedad del ornato como por la singularidad de él, que fue tan solo, que en aquellos tiempos ni después acá, hasta que salí de aquella tierra, no ví otro caballo encubertado. Y aún a aquel y a su dueño hizo daño la honra de la cubierta, porque yendo corriendo (ya buen espacio de los de Pizarro) salió en su seguimiento Pedro Martín de Don Benito, en un caballazo largo y seco como un palo, que también se lo conocí; era zaino, y en un tranco alcanzaba más tierra que otros en tres o cuatro; y así alcanzó al Licenciado Cepeda a la entrada del atolladero que estaba cerca del escuadrón real, y dió una lanzada al caballo en las caderas, de que cayó en el cieno, y otra al caballero en el muslo derecho, y lo acabara de matar sino vinieran al socorro cuatro caballeros de los de Alonso de Mendoza que, como dijimos, se habían puesto en aquel sitio para semejantes lances. La cubierta dañó al caballo, que si no fuera por ella, corriera más y se librara de Pedro Martín de Don Benito, que era un vejazo seco, duro y avellanado. El cual, habiendo hecho aquel lance, se volvió a prisa a los suyos, y el Licenciado Cepeda, mediante el socorro que llegó a tan buen tiempo, salió de la ciénaga y fue a besar las manos al Presidente. El cual lo recibió con grandísima alegría, como lo muestra Gómara, capítulo ciento y ochenta y seis, por estas palabras.

"Gasca abrazó y besó en el carrillo a Cepeda, aunque lo llevaba encenagado, teniendo por vencido a Pizarro con su falta."

Hasta aquí es de Gómara. Entretanto se pasaron otros muchos soldados, unos por una banda y otros por otra como se hallaban, así los de a caballo como los de a pie. Entre ellos acertó a ir Martín de Arbieto, de quien hicimos mención en la batalla de Huarina y prometimos decir en particular algunas cosas suyas. Sea una de ellas ésta: Iba en un buen caballo a la brida con una lanza de ristre, que pocas se usaron en aquella tierra entonces ni después. Junto a Martín Arbieto iba un soldado llamado Pedro de Arenas, natural del Colmenar de Arenas, hombre de pequeña estatura, muy pulido, hombre de bien, y por ende

buen soldado (que yo conocí después); iba en una yegua muy galana, remendada de blanco y alazano, pequeña de cuerpo también como su amo, la cual era más para pasear las calles de la Corte que para entrar en batalla. Martín de Arbieto iba deteniendo su caballo para no desamparar al que se había puesto debajo de su amparo. Pedro Martín de Don Benito, que había alanceado cuatro o cinco peones, viendo que se iban los dos de a caballo, salió tras ellos para lancearlos. Martín de Arbieto, que iba delante de su compañero, pasó la ciénaga fácilmente; la yegua de Pedro de Arenas se entrampó en ella, y para salir a prisa dió dos o tres vaivenes, de manera que dió con su amo en el lodo, porque la silla iba floja, mal cinchada, y era de la brida. Arbieto, que lo vió, volvió a pasar la ciénaga, y se puso en derecho de Pedro Martín de Don Benito, porque no matase al enemigo. Pedro Martín, viendo que Arbieto iba a pelear con él, paró su caballo y se detuvo quedo. Martín de Arbieto le dijo entonces: "Pasa adelante, villano ruin, veremos quien mamó la mejor leche". Pero Martín no aceptó el desafío, y sin hablar palabra se volvió a los suyos.

En una de las salidas semejantes que Pedro Martín hizo, le alcanzó una pelota desmandada, y le pasó la mano derecha y se le cayó la lanza, y sin ella se fue a Gonzalo Pizarro, y le dijo: "Yo estoy ya de ningún provecho para el servicio de Vuesa Señoría". Diciendo esto, se fue a poner con los últimos de a caballo. Entretanto que pasaban estas cosas, no cesaban de pasarse al escuadrón real los soldados que podían, así infantes como caballos. Francisco de Carvajal, viendo que por no haberle creído Gonzalo Pizarro se iba perdiendo a toda prisa, empezó a cantar en voz alta:

"Estos mis cabellicos madre,
dos a dos me los lleva el aire."

Y no cesó de cantar haciendo burla de los que no habían admitido su consejo, hasta que no quedó soldado alguno de los suyos.

De la manga de arcabuceros que estaban a la mano derecha del escuadrón de Gonzalo Pizarro, salieron treinta y tantos arcabuceros, mostrándose muy fieles, dando a entender que iban a trabar escaramuza con los contrarios. Más viéndose algo apartado de los suyos, corrieron a toda furia a meterse en el escuadrón real. Y éstos y los que antes se habían huido, todos decían al General y a sus ministros que no saliesen a pelear, sino que se estuviesen quedos, que muy presto se pasarían todos los de Pizarro y lo dejarían solo. Y así salió el hecho, porque Gonzalo Pizarro mandó a treinta de a caballo que fuesen en pos de los peones y los detuviesen; más ellos lo hicieron tan esforzadamente, que se fueron a entregar a los del Presidente así como los infantes. De los arcabuceros que estaban a la siniestra del escuadrón de Pizarro, se huyeron otros cuarenta, y ninguno de los de Pizarro se atrevió a seguirles, porque los arcabuceros iban a buen paso concertado, volviendo atrás el rostro con ánimo de defenderse y ofender a los que se atreviesen a contradecirles. También dejaron de seguirlos

porque Alonso de Mendoza y Diego Centeno, con los sesenta caballos que allí tenían, pasando la ciénaga se habían puesto más cerca para socorrer los que por aquella parte se fuesen a ellos. Carvajal no cesaba de su canto, que a cada cuadrilla que se les iba lo entonaba de nuevo. Los piqueros que estaban en el escuadrón viendo los arcabuceros que de un lado y del otro del escuadrón se habían huido, y que ellos no podían fingir que iban a escaramuzar con los contrarios, soltaron las picas todos a una y echaron a huir por diversas partes, con que se acabó de deshacer el escuadrón de Gonzalo Pizarro.

Esta fue la batalla de Sacsahuana (si se puede llamar batalla), en la que no hubo golpe de espada ni encuentro de lanza, ni tiro de arcabuz de enemigo a enemigo, ni otra pelea más que la que se ha referido. Y fue tan breve la ruina de Gonzalo Pizarro, que se gastará más tiempo en leer este capítulo, que se gastó en pasar los trances que en él se cuentan. De la parte de Pizarro, como lo dice Gómara, murieron diez o doce. Estos murieron a manos de Pedro Martín de Don Benito y de otros ministros semejantes, que atajaban los que se huían, que los del Presidente no mataron ninguno de los enemigos. Que aunque los historiadores dicen que estaban los escuadrones a tiro de arcabuz, era a tira más tira, que habían más de quinientos pasos en medio. De la parte contraria murió solo uno, por descuido de otro de los suyos, que le dió un pelotazo.

CAPÍTULO XXXVI: Gonzalo Pizarro se rinde, por parecerle menos afrentoso que el huir. Las razones que entre él y el Presidente pasaron. La prisión de Francisco de Carvajal.

El postrer lance de la pérdida de Gonzalo Pizarro fue el que hicieron los piqueros en derribar las picas en el suelo y huir por todas partes, con lo cual sus capitanes y él quedaron pasmados, porque no imaginaban tal. Gonzalo Pizarro, volviendo el rostro a Juan de Acosta que estaba cerca de él, le dijo: "¿Qué haremos hermano Juan?" Acosta, presumiendo más de valiente que de discreto, respondió: "Señor, arremetamos y muramos como los antiguos romanos." Gonzalo Pizarro dijo: "Mejor es morir como cristianos." Gómara dice en este paso, capítulo ciento y ochenta y seis: "Fue palabra de cristiano y ánimo de esforzado; quiso rendirse antes que huir, ca nunca sus enemigos le vieron las espaldas," etc. Poco más abajo dice: "Iba muy galán y gentil hombre, sobre un poderoso caballo castaño, armado de cota y coracinas ricas, con una sobrerropa de raso bien golpeada y un capacete de oro en la cabeza y un barbote de lo mismo," etc.

Hasta aquí es de Gómara. Agustín de Zárate añade que la ropa que llevaba sobre las armas era de terciopelo amarillo, casi toda cubierta de chapas de oro, y que dijo a Juan de Acosta: "Pues todos se van al Rey, yo también," etc. Diciendo esto caminó hacia el escuadrón real con los capitanes que quisieron seguirle, que fueron Juan de Acosta y Maldonado y Juan Vélez de Guevara, que Diego

Guillén se había pasado al Presidente. Yendo así, se encontró con Pedro de Villavicencio, y viéndole ir bien acompañado, le preguntó quién era. Y sabiendo que era el sargento mayor, le dijo: “Yo soy Gonzalo Pizarro, y me rindo al Emperador.” Diciendo esto, le entregó un estoque que llevaba en la mano, que la lanza, como lo dice Zárate, la había quebrado en su misma gente que se le huía. Villavicencio estimó en mucho la buena suerte que le cupo; y así, con muy buenas palabras, le rindió las gracias de la merced que le hacía en entregársele. Y en reconocimiento de ella no quiso pedirle la espada y daga que llevaba ceñida, que era de mucho valor, porque toda la guarnición era de oro. Poco más adelante encontraron a Diego Centeno, el cual se vino a Gonzalo Pizarro y le dijo: “Mucho me pesa de ver a Vuesa Señoría en este trance.”

Gonzalo Pizarro se sonrió tanto cuanto, y dijo: “No hay que hablar en eso, señor capitán Diego Centeno. Yo he acabado hoy, mañana me llorarán vuesas mercedes.” Sin hablar más palabra, se fueron hasta donde estaba el Presidente; el cual lo recibió como lo dicen los tres autores, cuyas palabras pondremos aquí, las de cada uno de por sí, sacadas a la letra. Zárate, libro séptimo, capítulo séptimo, dice: “Y así fue llevado al Presidente, y pasó con él ciertas razones; y pareciéndole aquellas desacatadas, le entregó a Diego Centeno, que le guardase,” etc.

Las de Gómara, capítulo ciento y ochenta y seis son éstas: “Villavicencio, alegre con tal prisionero, lo llevó luego, así como estaba, a Gasca. El cual, entre otras cosas, le dijo si le parecía bien haberse alzado con la tierra contra el Emperador. Pizarro dijo: ‘Señor, yo y mis hermanos la ganamos a nuestra costa, y en quererla gobernar como Su Majestad la había dicho, no pensé que erraba.’ Gasca entonces dijo dos veces que le quitasen de allí, con enojo. Dióle en guarda a Diego Centeno que se lo suplicó,” etc.

Las razones del Palentino, capítulo noventa, son las que se siguen: “Gonzalo Pizarro fue llevado al Presidente, a quien (siendo apeado) hizo su mesura. El Presidente le quiso consolar, juntamente con representarle su yerro, a lo cual Pizarro se mostró obstinado y duro. Respondió que él había ganado aquella tierra, y, coloreando en alguna manera lo que había hecho, daba sus disculpas, y hablando de tal suerte que forzó al Presidente a responderle áspero, porque le pareció que convenía satisfacer a tantos como le oían. Y le dijo que no le bastaba andar fuera de la fidelidad que debía a su príncipe, sino que aún en aquel tiempo se le quisiese mostrar ingrato y obstinado. Y que habiendo Su Majestad hecho merced a su hermano, el Marqués, de lo que le dió, con que a él y a sus hermanos había hecho ricos de muy pobres, y levantándolos del polvo de la tierra, también lo desconociese, especialmente que en el descubrimiento de la tierra él no había hecho nada, y que su hermano, que lo había hecho todo, había siempre mostrado bien cuán entendida tenía la merced que Su Majestad le había hecho, no solo mostrándosele fiel, empero muy acatado. Y sin aguardar el Presidente que a esto le diese respuesta alguna, dijo al Mariscal que se lo quitase de delante y le entregase a Diego Centeno.”

Hasta aquí es del Palentino. Y porque estos tres autores, cada uno de por sí, se muestran escasos en este paso, que no quieren decir por entero lo que pasó, lo diremos historialmente cómo sucedió.

Llegando Gonzalo Pizarro donde el Presidente estaba, que lo halló sólo con el Mariscal, que los demás magnates se habían retirado lejos por no ver al que habían negado y vendido, le hizo su acatamiento a caballo, como iba, que no se apeó, porque todos estaban en sus caballos; y el Presidente hizo lo mismo, y le dijo si le parecía bien haberse alzado con la tierra del Emperador y héchose Gobernador de ella contra la voluntad de Su Majestad, y muerto en batalla campal a su Visorrey. Respondióle que él no se había hecho Gobernador, sino que los Oidores, a pedimento de todas las ciudades, de aquel Reino, se lo habían mandado y dádole provisión para ello en confirmación de la cédula que Su Majestad había dado al Marqués su hermano, para que nombrase Gobernador que lo fuese después de sus días. Y que su hermano le había nombrado a él, como era público y notorio, y que no era mucho que fuera Gobernador de la tierra que ganó. Y que lo del Visorrey también se lo mandaron los Oidores que lo echase del Reino, diciendo que así convenía a la paz y quietud de todo aquel Imperio y al servicio de Su Majestad. Y que él no lo había muerto, sino que los agravios y muertes que hizo, tan aceleradas y tan sin razón y causa, habían forzado a que los parientes de los muertos las vengasen. Y que si dejaran pasar los mensajeros que él enviaba a Su Majestad a darle cuenta de los sucesos pasados (que fueron los que le vendieron y causaron que le llamasen traidor), Su Majestad se diera por muy servido y proveyera de otra manera, porque todo lo que entonces hizo y ordenó había sido por persuasión y requerimientos de los vecinos y procuradores de las ciudades de todo aquel Reino, y con parecer y consejo de los letrados que en él había.

Entonces le dijo el Presidente que se había mostrado muy ingrato y desconocido a las mercedes que Su Majestad había hecho al Marqués su hermano, con los cuales los había enriquecido a todos ellos, siendo pobres como lo eran antes, y levantándolos del polvo de la tierra, y que en el descubrimiento de la tierra él no había hecho nada. Gonzalo Pizarro dijo: “Para descubrir la tierra bastó mi hermano solo, más para ganarla como la ganamos, a nuestra costa y riesgo, fuimos menester todos los cuatro hermanos, y los demás nuestros parientes y amigos. La merced que Su Majestad hizo a mi hermano fue solamente el nombre y título de Marqués, sin darle estado alguno, si no, dígame cuál es. Y no nos levantó del polvo de la tierra, porque desde que los godos entraron en España, somos caballeros hijosdalgo, de solar conocido. A los que no son, podrá Su Majestad, con cargos y oficios, levantar del polvo en que están. Y si éramos pobres, por eso salimos por el mundo y ganamos este Imperio y se lo dimos a Su Majestad, pudiéndonos quedar con él, como lo han hecho otros muchos que han ganado nuevas tierras.”

Entonces ya enojado el Presidente, dijo dos veces en alta voz: “Quítenmelo de aquí, quítenmelo de aquí, que tan tirano está hoy como ayer.” Entonces se lo

llevó consigo Diego Centeno, que, como se ha dicho, se lo había pedido al Presidente. Los demás capitanes enviaron a otras partes donde los guardasen y tuviesen a recaudo. Francisco de Carvajal, aunque ya viejo de ochenta y cuatro años, por el natural odio que a la muerte se tiene, se puso en huída, con deseo (si pudiese) de alargar algunos días más los de su vida. Iba en un caballo mediano, castaño y algo vejezuelo, que yo conocí, y le llamaban Boscanillo; había sido muy lindo caballo de obra. Al pasar de un arroyo pequeño, de los muchos que hay en aquella campaña, que tenía siete u ocho pasos de bajada y otros tantos de subida algo áspera, el caballo descendió con alguna prisa, porque el huir se lo mandaba así; y pasando el arroyo tomó mas furia para subir por la cuesta arriba. Carvajal, por su mucha edad y por sus muchas carnes, que era muy grueso de cuerpo, no pudo ayudar al caballo, que con asirse a las crines bastaba; antes se ladeó a un lado y llevó al caballo tras sí, hasta que cayeron ambos en el arroyo y el caballo le tomó una pierna debajo, que no pudo levantarse. Y así le hallaron los suyos mismos, que iban huyendo, los cuales holgaron mucho con su prisión, y entre todos acordaron de llevarlo preso al Presidente, para que por tal presente les perdonasen sus delitos.

CAPÍTULO XXXVII: Lo que pasó a Francisco de Carvajal con Diego Centeno y con el Presidente, y la prisión de los demás capitanes.

A la grita de los que llevaban preso a Carvajal, se juntaron otros muchos de los del Presidente, por ver y conocer un hombre tan famoso como Francisco de Carvajal; y en lugar de consolarle en su aflicción, le pegaban las mechas encendidas en el pescuezo, y procuraban meterlas entre la camisa y las carnes. Yendo así, vió al capitán Diego Centeno, que, habiendo puesto a buen recaudo en su tienda a Gonzalo Pizarro, que le dejó encomendado a media docena de amigos suyos, soldados principales, que mirasen por él, se volvía al campo. Y viendo Carvajal que pasaba Diego Centeno sin mirar en él, le llamó en voz alta y le dijo: "Señor capitán Diego Centeno, no tenga vuesa merced a pequeño servicio éste que le hago en presentarme a vuesa merced." Quiso decir, según buena malicia, que entre capitanes y soldados se debía estimar mucho que un maese de campo que tantas veces le había vencido hasta la batalla de Huarina, ahora se le presentase prisionero para que se satisfaciese de las pérdidas pasadas y triunfase del enemigo. Diego Centeno, volviendo el rostro a él, le dijo que le pesaba mucho de verle en aquel trabajo. Carvajal respondió: "Yo creo a vuesa merced que, siendo tan caballero y tan cristiano hará como quien es; y no hablemos más en ello, sino que vuesa merced mande que estos gentileshombres no hagan lo que vienen haciendo," que era lo de las mechas. Viendo algo de ello Diego Centeno, que aún en su presencia se desvergonzaban hacerlo, porque les parecía que siendo Carvajal tan su enemigo holgaría Diego Centeno de cualquier

mal que le hiciesen, arremetió a ellos y dióles muchos cintarazos, porque toda era gente vil y baja, de los marineros y grumetes que iban en aquel ejército, pues hacían obras y cosas tan viles a quien las merecía muy en contra.

Diego Centeno, habiendo apartado de Carvajal aquella picardía, mandó a dos soldados de los que iban con él que le acompañasen y no consintiesen que se le hiciese maltrato alguno. Yendo todos así, toparon con el Gobernador Pedro de Valdivia, el cual, sabiendo que traían a Francisco de Carvajal, quiso llevárselo a presentar al Presidente, para ir ante él con tal prisionero, y se lo pidió a Diego Centeno. El cual se lo dio, y dijo que, habiéndolo presentado, se le enviase a su tienda porque quería ser alcaide de Francisco de Carvajal. Dijo esto Diego Centeno por parecerle que en cualquiera otra parte que estuviese no faltarían desvergonzados y descomedidos que le maltratasen, por vengarse de algunos agravios recibidos. Pedro de Valdivia lo puso ante el Presidente, el cual le reprehendió sus tiranías y crueldades y que las hubiese hecho en deservicio de su Rey. A todo lo cual Francisco de Carvajal no respondió palabra ni hizo semblante de humillarse ni muestra de escuchar lo que le decían, como que no hablasen con él; antes estuvo mirando a una parte y a otra, con un mirado tan grave y señoril, como que fuera señor de cuantos tenía delante. Lo cual visto por el Presidente, mandó que lo llevasen de allí, y lo llevaron a la tienda de Diego Centeno y lo pusieron en un toldo de por sí, aparte, donde no se vieron más él y Gonzalo Pizarro.

A los demás capitanes y oficiales prendieron todos, de ellos aquel día y de ellos otros adelante, que no se escapó ninguno. Sólo el capitán Juan de la Torre estuvo escondido en el Cozco cuatro meses, en una choza pajiza de un indio criado suyo, de tal manera, que en todo este tiempo no se supo cosa alguna de él, como si se le hubiera tragado la tierra, hasta que un español lo descubrió por desgracia, no sabiendo que era él, y lo ahorcaron como a los demás, aunque tarde.

CAPÍTULO XXXVIII: Las visitas que Francisco de Carvajal tuvo en su prisión, y los coloquios que pasaron entre él y los que iban a triunfar de él.

Todo lo que se ha dicho de los sucesos de la batalla de Sacsahuana pasó hasta las diez del día nueve de abril de mil y quinientos y cuarenta y ocho años, que, como se empezó tan de mañana, a esta hora estaba ya todo sosegado. Luego el Presidente proveyó dos capitanes que fuesen al Cozco, así a prender a los que hubiesen huido de la batalla, como a mirar y estorbar que no hubiese algunos atrevidos que quisiesen saquear la ciudad. Aquella misma tarde fueron muchas personas principales, así capitanes como soldados, a visitar los presos, de ellos por amistad que habían tenido, de ellos por parentesco y de ellos por ser de una patria. Unos iban a consolarles, otros por su interés, a saber si dejaban algo

escondido que pudiesen heredar. Solamente en los que visitaron a Francisco de Carvajal faltaron esos respetos, que ni tuvo amigo, pariente ni patriota, que entonces sus más amigos huían de él. Mas no por eso dejaron de visitarle muchos caballeros muy principales, particularmente algunos de ellos que eran mozos libres y traviesos, los cuales iban más a burlar y a triunfar de él, que no a consolarle. Más como Francisco de Carvajal era tan discreto y malicioso, conociéndoles la intención, triunfó e hizo escarnio de ellos, como luego diremos, refiriendo algunos cuentos que se me acuerdan de los que pasaron aquel día, que de algunos de ellos hacen mención los historiadores, aunque no como pasaron sino muy de otra manera. Yo añadiré otros que ellos callan.

Estando Carvajal en su prisión llegó a él un mercader, y mostrando mucho sentimiento le dijo: "Los soldados de vuesa merced me robaron en tal parte tantos mil ducados de mercadería. Vuesa merced, como capitán de ellos, está obligado a restituírmelos. Yo le encargo la conciencia, que, pues ha de morir presto, me pague esta deuda." Carvajal, mirándose a sí, vió en los tiros del talabarte la vaina que le dejaron cuando le quitaron la espada, y sacándola de su lugar, se la dió al mercader, diciéndole: "Toma esto, hermano, para principio de paga, que no me han dejado otra cosa." Díjole esto para darle a entender su simplicidad de pedirle restitución de millares de ducados a quien no poseía más que una vaina de espada. Poco después que aquel se fue, entró otro con la misma demanda. Carvajal, no teniendo con qué pagar respondió que no se acordaba deber otra deuda sino medio real a una bodegonera de la Puerta del Arenal de Sevilla. Dijo esto por responder con un disparate a otro tal como era pedirle restitución a quien, como ellos lo habían visto, no le habían dejado ni capa, ni sombrero con que cubrir la cabeza, que todo se lo habían saqueado los vencedores. Que, bien mirado, lo más rico del despojo de aquel día fue lo que Carvajal perdió; porque siempre traía su hacienda consigo, y esa en oro y no en plata, porque hiciese menos bulto.

Por estas dos demandas y respuestas se podrán sacar otras que hubo aquel día, que las dejaremos por decir otras de gente más calificada. Es así que entre otros entró un caballero muy principal, y capitán de Su Majestad. Era muy alegre y regocijado, gran cortesano; presumía burlarse con todos porque tenía caudal para cada uno. Y entre otras sus hazañas era muy apasionado de Venus y Ceres, y esto muy al descubierto. Habiendo hablado algún espacio con Francisco de Carvajal, al fin de la plática le dijo: "Vuesa merced ha manejado cosas muy graves para la conciencia. Mire que le han de quitar presto la vida. Conviénele hacer examen de ella y arrepentirse de sus pecados y confesarlos y pedir a Dios perdón, para morir como cristiano y que Dios le perdone." Carvajal respondió: "Vuesa merced lo ha dicho como muy buen cristiano y como muy caballero que es. Suplico a vuesa merced tome el mismo consejo para sí, que le conviene tan bien como a mí, y hágame merced de traerme un vaso de aquel brebaje que aquellos indios están bebiendo." El caballero, oyendo tal respuesta, se levantó de su asiento para no oír más y fue donde los indios estaban, y, tomando un vaso

del brebaje, se lo llevó a Carvajal; el cual lo recibió, y por cumplir con el caballero bebió un trago y luego echó el vaso lejos de sí. Con esto se fue el caballero, bien pagado de sus buenos consejos y tan corrido, que después, cuando se burlaba con algunos de sus amigos y le apretaba mucho, le decía el amigo: "¡Alto, alto! Vamos a Carvajal, que él nos pondrá en paz." Con esto le hacían callar, que no acertaba a hablar.

Otro caballero muy calificado y más mozo que el pasado, y más libre y exento en sus mocedades y travesuras, que se preciaba de la publicidad de ellas, dijo a Carvajal casi lo mismo que el pasado, mostrándose muy celoso de su enmienda para haber de morir. Carvajal le respondió: "Vuesa merced lo ha dicho como un santo que es, y por esto dicen comúnmente que cuando los mozos son muy grandes bellacos, que después, cuando hombres, son muy hombres de bien." Con esto le hizo callar, que no se atrevió a decirle más, porque le hablaba muy al descubierto.

A otro caballero le sucedió peor, que había ido más por vengarse de cierta pesadumbre que en tiempos pasados le habían dado, que no a consolarle, lo cual entendió Carvajal por el término con que le habló, que le dijo: "Beso las manos de vuesa merced, señor maese de campo. Aunque vuesa merced me quiso ahorcar en tal parte (no haciendo yo caso de ello), vengo a que me mande en qué le sirva, que lo que yo pudiere lo haré de muy buena voluntad, sin mirar en mi agravio." Carvajal le dijo: "¿Qué puede vuesa merced hacer por mí, que se me ofrece con tanto fausto y magnificencia? ¿Puede darme la vida ni hacer otra cosa alguna en mi favor? Cuando le quise ahorcar podíalo hacer; pero no le ahorqué porque nunca maté hombre tan ruin como vuesa merced. ¿No sé yo lo que puede? ¿Para que me quiere vender lo que no tiene? Váyase con Dios, antes que le diga más." De esta manera atropellaba y triunfaba de los que pensaban triunfar de él, que nunca, en todo su mayor poder, mostró tanta autoridad, gravedad y señorío como aquel día de su prisión.

Lo que hemos dicho pasó con aquellos caballeros, que yo los conocí todos los tres y me acuerdo de sus nombres; pero no es razón que los nombremos aquí, sino cuando hubieren hecho grandes hazañas. Fueron después vecinos del Cozco, señores de vasallos de los mejores repartimientos que en aquella ciudad hubo.

CAPÍTULO XXXIX: Los capitanes que ajusticiaron, y cómo llevaron sus cabezas a diferentes partes del Reino.

Pasados los coloquios referidos, sucedió otro muy diferente con un soldado que se decía Diego de Tapia, que yo conocí, de quien hicimos mención en nuestra *Historia de la Florida,* libro sexto, capítulo diez y ocho, el cual había sido soldado de Carvajal, de su propia compañía y muy querido suyo, porque era buen soldado y muy ágil para cualquier cosa. Era pequeño de cuerpo y muy

pulido en todo, y se le había huido a Carvajal antes de la batalla Huarina. Puesto delante de él, lloró a lágrima viva con mucha ternura y pasión, y entre otras cosas de mucho sentimiento le dijo: “Señor mío, padre mío, mucho me pesa de ver a vuesa merced en el punto en que está. Pluguiera a Dios, señor mío, que se contentaran con matarme a mí y dejaran a vuesa merced con la vida, que yo diera la mía por muy bien empleada. ¡Oh, señor mío, cuánto me duele verlo así! Si vuesa merced se huyera cuando yo me huí, no se viera como se ve.” Carvajal le dijo que creía muy bien su dolor y sentimiento, y le agradecía mucho su voluntad y el deseo de trocar su vida por la ajena, que bien mostraba la amistad que le había tenido. Y a lo de la huída, le dijo: “Hermano Diego de Tapia, pues que éramos tan grandes amigos, ¿por qué cuando os huisteis no me lo dijisteis, y fuéramonos ambos?” Dio bien que reír su respuesta a los que le conocían, y les causó admiración ver cuán en sí estaba para responder a todo lo que se le ofrecía. Todo esto y mucho más pasó, el día de la batalla, con Francisco de Carvajal. Gonzalo Pizarro estuvo solo, que no le vio nadie porque él lo mandó así, si no fue Diego Centeno y otros seis o siete soldados principales que estaban con él guardándole.

El día siguiente se hizo justicia de Gonzalo Pizarro y de su maese de campo y capitanes, los que prendieron el día de la batalla, que, como dice Gómara, capítulo ciento y ochenta y siete, fueron Juan de Acosta, Francisco Maldonado, Juan Vélez de Guevara, Dionisio de Bobadilla, Gonzalo de los Nidos, a quien dice que le sacaron la lengua por el colodrillo y no dice por qué; y fue por grandes blasfemias que dijo contra la Majestad Imperial. A todos éstos y a otros muchos ahorcaron, que aunque eran hijosdalgo no quisieron guardarles su preeminencia, porque fueron traidores a su Rey. Después de ahorcados les cortaron las cabezas para enviarlas a diversas ciudades del Reino. Las de Juan de Acosta y Francisco Maldonado se pusieron en el rollo de la plaza del Cozco, en sendas jaulas de hierro; yo las vi allí, aunque uno de los autores, que es el Palentino, capítulo noventa y uno, diga que la de Acosta llevaron a la Ciudad de los Reyes. La de Dionisio de Bobadilla, y otra con ella, llevaron a Arequepa, donde se cumplió muy por entero el pronóstico que la buena Juana de Leyton echó al mismo Bobadilla cuando llevó a aquella ciudad la cabeza de Lope de Mendoza, que le dijo que muy presto la quitarían de allí y pondrían la suya en el mismo lugar. Así se cumplió, muy a la letra. Diéronse prisa a ejecutar la justicia en Gonzalo Pizarro y sus ministros, porque temían, como dicen los autores, que mientras él vivía no estaba segura la tierra. A Pizarro condenaron a cortar la cabeza por traidor y que le derribasen las casas que tenían en el Cozco y sembrasen de sal y pusiesen un pilar de piedra con un letrero que dijese: “Estas son las casas del traidor de Gonzalo Pizarro”, etc.

Todo lo cual vi yo cumplido, y las casas eran las que le cupieron en el repartimiento de aquella ciudad se hizo, cuando la ganaron él y sus hermanos. Y el sitio en lengua de indio se llamaba Coracora, que quiere decir: herbazal. Gonzalo Pizarro, el día de su prisión, como se ha dicho, estuvo en la tienda del

capitán Diego Centeno, donde le trataron con el mismo respeto que en su mayor prosperidad y señorío. No quiso comer aquel día, aunque se lo pidieron. Casi todo él lo gastó en pasearse a solas, muy imaginativo. Ya buen rato de la noche dijo a Diego Centeno: "Señor, ¿estamos seguros esta noche?" Quiso decir si le matarían aquella noche o aguardarían al día venidero, porque bien entendía Gonzalo Pizarro que las horas eran años para sus contrarios hasta haberle muerto. Diego Centeno, que lo entendió, dijo: "Vuesa señoría puede dormir seguro, que no hay que imaginar en eso." Ya pasada la medianoche, se recostó un poco sobre la cama y durmió como una hora. Luego volvió a pasearse hasta el día, y con la luz de él pidió confesor, y se detuvo con él hasta el mediodía; donde lo dejaremos por pasarnos a Francisco de Carvajal, para decir lo que hizo aquel día, que no anduvo tan desatinado como uno de los autores le hace, sino muy en contra, como yo lo diré, no por obligación de beneficios que cosa mía hubiese recibido de Francisco de Carvajal, antes deseó matar a mi padre después de la batalla de Huarina y procuró hallar causas para ello sacadas de sus imaginaciones y sospechas, y conforme a esto antes había de decir yo mal de él que volver por su honra. Pero la obligación del que escribe los sucesos de sus tiempos, para dar cuenta de ellos a todo el mundo, me obliga, y aun fuerza si así se puede decir, a que sin pasión, ni afición diga la verdad de los que pasó. Y juro, como cristiano, que muchos pasos de los que hemos escrito los he acortado y cercenado por no mostrarme aficionado o apasionado en escribir tan en contra de lo que los autores dicen, particularmente el Palentino, que debió de ir tarde a aquella tierra, y oyó al vulgo muchas fábulas compuestas a gusto de los que las quisieron inventar, siguiendo sus bandos y pasiones.

Estas cosas que he dicho y otras que diré tan menudas que pasaron en aquellos días, las oí en mis niñeces a los que hablaban en ellas, que en aquel tiempo, y años después, no había conversación de gente noble en que poco o mucho no se hablase de estos sucesos. Después, en edad madura, las oí a persona y personas que fueron guardas de Francisco de Carvajal y de Gonzalo Pizarro, que las tiendas donde estuvieron presos estaban muy cerca la una de la otra, y aquellos soldados que los guardaban, que eran de los principales, se pasaban de la una a la otra remudándose; y así lo vieron todo, y lo contaban en particular, como testigos de vista.

Y para que se vea la diferencia que hay de lo que este autor dice de aquellas particularidades de Carvajal y Gonzalo Pizarro que les sucedieron después de presos, a las que hemos dicho y adelante diremos, me pareció sacar aquí algunas de las que él dice, que ellas mismas dicen, que son pláticas de la hez del vulgo, no hechos ni dichos de gente tan principal y discreta como la que de la una parte y de la otra se nombra. Lo que se sigue, sacado a la letra, es del capítulo noventa: "Luego trajeron al Presidente a Francisco de Carvajal (que en el alcance habían tomado, y caído en una ciénaga debajo de su caballo), al cual traía Pedro de Valdivia, y venía tan cercado de gentes ofendidas que le querían matar, que apenas el Presidente le podía defender; y daba Carvajal a entender

que quisiera que allí le mataran, y así rogaba afectuosamente que no les impidiesen para que le dejasen de matar. Llegó a este tiempo el obispo del Cozco, y le dijo: ‘Carvajal ¿por qué matasteis mi hermano?’ (Lo cual decía por Jiménez, su hermano, que después de la de Guarina le había ahorcado). Carvajal respondió: ‘No le maté yo.’ Y tornándole a preguntar el Obispo: ‘¿Pues quién le mató?’, dijo Carvajal: ‘Su ventura’. De lo cual enojado el Obispo (y representándosele entonces la muerte de su hermano), arremetió a él, y dióle tres o cuatro puñadas en el rostro. Asimismo llegaba mucha gente, y le decían injurias y oprobios, representándole cosas que había hecho. A lo cual todo, Carvajal callaba, y Diego Centeno reprendía, por lo cual Carvajal le miró y le dijo: ‘Señor, ¿quién es vuesa merced que tanta merced me hace?’. A lo cual Centeno respondió: ‘¿Qué no conoce vuesa merced a Diego Centeno?’ Dijo entonces Carvajal; ‘Por Dios, señor, que como siempre ví a vuesa merced de espaldas, que ahora, teniéndole de cara, no le conocía’ (dando a entender que siempre había de él huido). Lleváronle luego preso, y todavía Centeno (aún con lo que Carvajal le había dicho) se le iba ofreciendo mucho, y le decía que si había en qué hacer alguna cosa por él, que se lo dijese, porque haría con toda voluntad, aunque él no lo hiciera estando en el estado que él estaba. A lo cual Carvajal, llevándole entonces al toldo do había de estar preso, reparó un poco y dijo: ‘Señor Diego Centeno, no soy tan niño o muchacho para que con temor de la muerte cometa tan gran poquedad y liviandad como sería rogar a vuesa merced hiciese algo por mí. Y no me acuerdo, buenos días ha, tener tanta ocasión de reírme, como del ofrecimiento que vuesa merced me hace’. Y con esto lo metieron preso en un toldo.

“De todo el ejército real no murió sino tan solamente un hombre en la batalla, y de Gonzalo Pizarro murieron quince, porque así como Dios puso los medios (por quien Él es y por los méritos y santo celo que Su Majestad tuvo para usar de benignidad con Gonzalo Pizarro y los suyos) así de su bendita y poderosa mano dió el fin con tan poco derramamiento de sangre, habiendo de entrambas partes mil y cuatrocientos arcabuceros y diez y siete tiros de campo y más de seis cientos de a caballo y mucho número de piqueros. Porque como los del campo real vieron luego tan deshechos y perdidos sus contrarios, y sin resistencia alguna, no hicieron más que prenderlos,” etc.

En el capítulo siguiente, que es el noventa y uno, habiendo dicho la sentencia que dieron a Gonzalo Pizarro, dice lo que se sigue: “Y aunque algunos dieron parecer e insistieron que se debían hacer cuartos y ponerlos por los caminos del Cozco, el Presidente no lo consintió, por el respeto que al Marqués, su hermano, se le debía. Murió bien, mostrando arrepentimiento de los yerros que contra Dios y su Rey y prójimos había cometido.

“Este mismo día se hizo justicia de Francisco de Carvajal. Fué arrastrado y hecho cuartos, que se pusieron alrededor del Cuzco, y se mandó poner su cabeza en Lima con la de Gonzalo Pizarro, y que se derribase la casa que en Lima tenía y se sembrase de sal y pusiese letrero. Este Francisco de Carvajal, allende de lo

que de él hemos referido, estuvo, desde que le prendieron hasta que de él se hizo justicia, tan sin turbación como lo estaba en tiempo de toda su prosperidad. Habiéndole notificado la sentencia y todo lo que en ella se contenía, dijo sin alteración alguna: 'Basta matar'. Preguntó Carvajal aquel día por la mañana que de cuántos habían hecho justicia, y como le dijeron que de ninguno, dijo con mucho sosiego: 'Muy piadoso es el Señor Presidente, porque si por nosotros hubiera caído la suerte, ya tuviera yo derramados por este asiento los cuartos de novecientos hombres.' Acabóse con gran dificultad que se confesase, y, persuadiéndole, decía que él se entendía, y que había poco que se había confesado. Y tratando con él de restitución, se reía de ello, diciendo: 'En eso no tengo que confesar, porque juro a tal que no tengo otro cargo, sino medio real que debo en Sevilla a una bodegonera de la Puerta del Arenal, del tiempo que pasé a Indias.' Al tiempo que le metían en una petaca en lugar de serón, dijo con mucho descuido: 'Niño en cuna y viejo en cuna.' Llegado ya al lugar que de él se había de hacer justicia, como iban tantos a verle y embarazaban al verdugo, les dijo: 'Señores, dejen vuesas mercedes hacer justicia.' En todo mostró morir, más como gentil, que como cristiano."

Hasta aquí es del Palentino. Debió de oírlo a algunas personas que querían mal a Carvajal, agraviados de él; que no pudiendo vengarse en su persona, quisieron vengarse en su fama.

CAPÍTULO XL: Lo que hizo y dijo Francisco de Carvajal el día de su muerte, y lo que los autores dicen de su condición y milicia.

Volviendo a lo que este autor dice, no es de creer que un Obispo tan religioso como el del Cozco, diese de puñadas con tanta publicidad, ni en secreto, a un viejo de ochenta y cuatro años, ni que el capitán Diego Centeno, siendo discreto, de buen juicio y entendimiento, se ofreciese con tanto ahínco a un hombre que sabía que lo habían de ajusticiar dentro de pocas horas. Ni Francisco de Carvajal, de quien todos tres los historiadores escriben tantas hazañas, tantos dichos sentenciosos, tan discretos como en todas ocasiones los decía, en tiempo que pretendía mostrar más su ser y valor dijese cosas tan torpes como las referidas, que cierto el autor las debió de oír a algunos que componían lo que en esta ciudad (que no lo he oído en otra parte) llaman *trónicas*, que son mentiras compuestas para hacerlas creer por verdades, que toda esta significación dan al nombre *trónica*. Francisco de Carvajal no fingió desconocer a Diego Centeno, sino que le habló como hemos dicho, que yo lo oí a los que aquel día iban con el uno y con el otro, y no de los viles. Y aunque Gómara dice casi lo mismo, capítulo ciento y ochenta y siete, aunque por otros términos, de quien el Palentino lo pudo tomar, es así que un soldado de los más principales y famosos del Perú, que vino a España poco después que salió la *Historia* de Gómara, topándose con él en Valladolid, entre otras palabras que hablaron sobre

este caso le dijo que por qué había escrito y hecho imprimir una mentira tan manifiesta no habiendo pasado tal. Con éstas le dijo otras palabras que no se sufre ponerlas aquí. A las cuales respondió Gómara que no era suya la culpa, sino de los que daban las relaciones nacidas de sus pasiones. El soldado le dijo que para eso era la discreción del historiador, para no tomar relación de los tales ni escribir mucho sin mirar mucho, para no difamar con sus escritos a los que merecen toda honra y loor. Con esto se apartó Gómara muy confuso y pesante de haber escrito lo que levantaron a Carvajal, en decir que no conocía a Diego Centeno. Ni Carvajal dijo la bravata de derramar los cuartos de novecientos hombres por aquellos campos, que no era tan loco ni tan vano como eso. Yo diré lo que oí a los que se hallaron con él aquel mismo día, entre los cuales me crié desde los nueve años (que los cumplí un día después del que hablamos) hasta los veinte cumplidos que salí de mi tierra.

Volviendo, pues, a nuestra historia, es así que luego que fue de día, Francisco de Carvajal envió a llamar a Pedro López de Cazalla, secretario del Presidente Gasca y con él habló muy despacio a solas, y al fin de la plática sacó tres esmeraldas finísimas, que estaban horadadas como cuentas: las dos mayores eran de forma de huevo y la otra era redonda; teníalas atadas en el brazo izquierdo. Con ellas en la mano, tomando la mayor de ellas aparte, dijo: "Señor secretario, ésta es de los herederos de Antonio Altamirano; está apreciada en cinco mil pesos, que son seis mil ducados. Suplico a vuesa merced mande que se vuelva a su dueño. Esta otra es de fulano (el nombre se me ha ido de la memoria); está apreciada en cuatro mil pesos; también mandará vuesa merced que se le vuelva. Esta otra, que es la menor, es mía, que me costó antes de la guerra dos mil pesos; suplico a vuesa merced mande que se venda, y lo que dieren por ella se dé de limosna por las misas que pudieran decirse por mi ánima para que Nuestro Señor se duela de ella y me perdone." El secretario, doliéndose de él, le dijo: "Señor Francisco de Carvajal, si vuesa merced quiere hacer alguna más restitución, yo le ofrezco diez mil pesos de mi hacienda, y los daré a quién y como vuesa merced lo ordenare." Carvajal dijo: "Señor, yo no levanté esta guerra, ni fuí causa de ella; antes, por no hallarme en ella (que estaba de camino para irme a España) huí muchas leguas; no pude escaparme; seguí la parte que me cupo, como lo pudiera hacer cualquier buen soldado, y como lo hice en servicio del Emperador, cuando fuí sargento mayor del Licenciado Vaca de Castro, Gobernador que fue de Su Majestad en este Imperio. Si ha habido robos de una parte a otra, forzoso es haberlos en la guerra. Yo no robé a nadie; tomaba lo que me daban de su voluntad, y al cabo de la jornada también me quitaron a mí eso y eso otro, quiero decir lo que me dieron y lo que antes de la guerra yo tenía. Todo lo cual remito a la infinita misericordia de Dios Nuestro Señor, a quien suplico, por quien es, perdone mis pecados y a vuesa merced guarde y prospere y le pague la limosna que me hacía, que yo estimo la voluntad en todo lo que tal obra se debe estimar." Con esto acabaron su plática, y el secretario se fue.

Después del mediodía el secretario le envió un confesor, que se lo había pedido Carvajal, con el cual estuvo confesándose toda la tarde, que aunque los ministros de la justicia fueron dos y tres veces a dar prisa para ejecutar la sentencia, Carvajal se detuvo confesando todo lo que pudo, por no salir del día, sino de noche. Más no pudo alcanzar su deseo, porque al Oidor Cianca y al maese de campo Alonso de Alvarado, que eran los jueces, se les hacían días y semanas los momentos. Al fin salió, y a la puerta de la tienda lo metieron en una petaca (que ya en otra parte dijimos cómo son), en lugar de serón, y lo cosieron, que no le quedó fuera más de la cabeza, y ataron el serón a dos acémilas para que lo llevasen arrastrando. A dos o tres pasos, los primeros que las acémilas dieron, dió Carvajal con el rostro en el suelo, y, alzando la cabeza como pudo, dijo a los que estaban en derredor: "Señores, miren vuesas mercedes que soy cristiano." Aún no lo había acabado de decir, cuando lo tenían en brazos, levantado del suelo más de treinta soldados principales de los de Diego Centeno.

A uno de ellos en particular le oí decir en este paso que cuando arremetió a tomar el serón pensaba que era de los primeros, y que cuando llegó a meter el brazo debajo de él lo halló todo ocupado, y asió de uno de los brazos que habían llegada antes; y que así lo llevaron en peso hasta el pie de la horca que le tenían hecha. Y que por el camino iba rezando en latín, y por no entender este soldado latín, no sabía lo que rezaba; y que dos clérigos sacerdotes que iban con él le decían de cuando en cuando: "Encomiéndese vuesa merced a Dios." Carvajal respondía: "Así lo hago, señor", y no decía otra palabra. De esta manera llegaron al lugar donde lo ahorcaron, y él recibió la muerte con toda humildad, sin hablar palabra ni hacer ademán alguno. Así acabó el bravo Francisco de Carvajal, de quien a su muerte Francisco López de Gómara, capítulo ciento y ochenta y siete, dice estas palabras.

"Había ochenta y cuatro años, fue alférez en la batalla de Ravena y soldado del Gran Capitán, y era el más famoso guerrero de cuantos españoles han a Indias pasado, aunque no muy valiente ni diestro."

Hasta aquí es de Gómara. No sé qué más destreza ni valentía ha de tener un maese de campo que saber vencer batallas y alcanzar victorias de sus enemigos. Dicen los historiadores que era natural de una aldea de Arévalo, llamada Rágama, no se sabe de qué linaje; fue soldado toda su vida, y alférez en la de Ravena, como se ha dicho. Hallóse en la prisión del Rey de Francia en Pavia, y en el saco de Roma, donde por haber peleado como buen soldado no hubo nada del saco, porque es ordinario que mientras pelean los buenos soldados saquean y gozan de la presa los no tales. Así le acaeció a Carvajal. Viéndose desamparado del provecho, tres o cuatro días después del saco acertó a entrar en casa de un notario de los principales, donde halló mucha cantidad de procesos; e imaginando que podría ser que le valiesen algo, llevó cinco o seis cargas de acémilas de los procesos a su posada. Pasada la furia del saco acudió el notario a su casa; hallóla saqueada de lo que pensó que estaba seguro que nadie se acodiciaría a ello. Hizo diligencia por sus papeles, y, habiéndolos hallado, los

concertó en más de mil ducados que dió a Francisco de Carvajal, con los cuales él se fue a México, y llevó a Doña Catalina Leyton, su mujer, aunque, como atrás se dijo, no falta quien diga que no lo era; pero fue su mujer, y por tal fue respetada en general de todos los del Perú, y ella era mujer honrada y noble, que este apellido Leyton es muy noble en el Reino de Portugal. De México pasó Carvajal al Perú, como atrás se ha dicho. En el discurso de su vida tuvo su milicia por ídolo, que adoraba en ella, preciándose más de soldado que de cristiano; y así todos los tres autores lo condenan, pero no fue tan malo como ellos dicen, porque como buen soldado presumía de hombre de su palabra, y era muy agradecido de cualquier beneficio, dádiva o regalo que le hiciesen, por pequeño que fuese. Agustín de Zárate, entre otras cosas dice de Carvajal, libro quinto, capítulo catorce, lo que se sigue:

"Era hombre de mediana estatura, muy grueso y colorado, diestro en las cosas de la guerra, por el gran uso que de ella tenía. Fué mayor sufridor de trabajo que requería su edad, porque a maravilla no se quitaba las armas de día y de noche, y cuando era necesario tampoco se acostaba ni dormía más de cuanto, recostado en una silla, se le cansaba la mano en que arrimaba la cabeza. Fué muy amigo de vino; tanto que cuando no hallaba de lo de Castilla, bebía de aquel brebaje de los indios más que ningún otro español que se haya visto. Fué muy cruel de condición; mató mucha gente por causas muy livianas, y algunos sin ninguna culpa, salvo por parecerle que convenía así para conservación de la disciplina militar, y a los que mataba eran sin tener de ellos ninguna piedad, antes diciéndoles donaires y cosas de burla, y mostrándose con ellos muy bien criado y comedido. Fué muy mal cristiano, y así lo mostraba de obra y de palabra." Hasta aquí es de Agustín de Zárate.

CAPÍTULO XLI: El vestido que Francisco de Carvajal traía, y algunos de sus cuentos y dichos graciosos.

El maese de campo Francisco de Carvajal, preciándose de su soldadesca, traía casi de ordinario, en lugar de capa, un albornoz morisco de color morado, con un rapacejo y capilla, que yo se la ví muchas veces. En la cabeza traía un sombrero aforrado de tafetán negro y un cordoncillo de seda muy llano, y en él puestas muchas plumas blancas y negras de las alas y colas de las gallinas comunes, cruzadas unas con otras en derredor de todo el sombrero, puestas en forma de *X*. Traía de ordinario esta gala por dar ejemplo con ella a sus soldados, que una de las cosas que con más efectos le persuadía era que trajesen plumas, cualesquiera que fuesen; porque según decía era gala y divisa propia de los soldados y no de los ciudadanos, porque en estos era argumento de liviandad y en aquellos de bizarría. Y que el soldado que las traía prometía de su ánimo y valentía que se mataría con uno y que esperaría a dos y no huiría de tres. Y que esto no era dicho suyo, sino refrán muy antiguo de la soldadesca en favor de las

plumas. Tuvo Francisco de Carvajal cuentos y dichos graciosos, que en todas ocasiones y propósitos los dijo tales. Holgara yo tenerlos todos en la memoria para escribirlos aquí, porque fuera un rato de entretenimiento. Diremos los que se acordaren y los más honestos, porque no enfade la indecencia de su libertad, que la tuvo muy grande.

Topándose Carvajal nuevamente con un soldado muy pequeño de cuerpo, de mal talle y peor gesto, le dijo: "¿Cómo se llama vuesa merced?" El soldado respondió: "Fulano Hurtado." Carvajal dijo: "Aún para hallado no eres bueno, cuanto más para hurtado."

Andando Francisco de Carvajal en una de sus jornadas de guerra, topó un fraile lego, y como entonces no los había legos en aquella mi tierra, ni sé que ahora los haya, sospechando que era espía quiso ahorcarle, y por hacerlo con alguna más certificación, le convidó a comer; y para experimentar si era fraile o no, mandó que le diesen de beber en un vaso mayor que los ordinarios, para ver si lo tomaba con ambas manos o con una; y viéndole beber a dos manos se certificó que era fraile, y le dijo: "Beba, padre, beba, que la vida le da; beba, que la vida le da"; díjole esto, porque si no bebiera así se certificaba en su sospecha, y le ahorcaba luego.

Teniendo Francisco de Carvajal preso a uno de sus grandes contrarios, y queriéndole ahorcar, el preso, como que amenazándole con la causa de su muerte, le dijo: "Mande vuesa merced decirme al descubierto por qué me mata." Carvajal, entendiendo su intención, respondió: "Muy bien entiendo a vuesa merced que quiere calificar su muerte, para alegarla y dejarla en herencia. Sepa que le ahorco porque es muy leal servidor de Su Majestad. Vaya en buena hora, que él lo recibirá en servicio y lo gratificará muy bien". Diciendo esto, lo mandó ahorcar luego.

Andando Carvajal por el Collao, topó con un mercader que llevaba catorce o quince mil pesos de mercadería de España, empleados en Panamá. Carvajal le dijo: "Hermano, según usanza de buena guerra, toda esa hacienda es mía." El mercader, que era diestro e iba apercibido para los peligros que se le ofreciesen, le dijo: "Señor, en guerra y en paz es de vuesa merced esta mercadería, porque en nombre de ambos hice el empleo en Panamá, para que la ganancia la partamos entre los dos. Y en señal de esto le traigo a vuesa merced desde Panamá dos botijas de vino tinto y dos docenas de herraje con su clavo, para sus acémilas" (que en aquellos tiempos, como en otra parte dijimos, valía cada herradura un marco de plata). Diciendo esto, envió por el vino y por el herraje, y entretanto mostró a Carvajal una escritura de la compañía de ambos.

Carvajal recibió el vino y el herraje y lo estimó en mucho; y mostrándose agradecido, quiso honrar al compañero. Dióle conducta de capitán y mandamiento para que por los caminos le sirviesen los indios y diesen lo necesario para su viaje; y que en Potocsi ningún mercader abriese su tienda ni vendiese cosa alguna hasta que su compañero hubiese despachado toda su hacienda. Con estos favores fue el mercader muy ufano y vendió como quiso, e

hizo una ganancia muy grande de más de treinta mil pesos. Y para asegurarse de Carvajal, volvió en su busca, y habiéndole hallado le dijo en suma: "Señor, ocho mil pesos se ganaron en la compañía, traigo aquí los cuatro de vuesa merced." Carvajal, haciendo muy del mercader, por dar que reír a sus soldados, dijo: "No quiero pasar por esa cuenta hasta ver el libro del empleo." El mercader lo sacó y leyó las partidas, en las cuales hubo piezas de brocado y de terciopelo, raso y damasco, paños finos de Segovia, Holanda y Ruán, y todo lo demás que llevaban de España, con sus precios. A las últimas partidas decía una de ellas: "Tres docenas de peines, en tanto." Carvajal habiendo callado hasta allí, dijo: "Tené, tené, volvé a leer esa partida". Y habiéndola oído, volvió el rostro a los suyos y les dijo: "¿No les parece a vuesas mercedes que este compañero me carga mucho estos peines?" Los soldados rieron mucho, porque no habiendo reparado en los otros precios, tantos y tan grandes, reparase en el de los peines, y vieron que lo había hecho por darles que reír. Con esto se acabó la compañía, y Carvajal recibió su parte de ganancia, y envió al compañero muy regalado y favorecido. Y así lo hacía siempre que le daban algo. Este cuento u otro semejante cuenta un autor muy de otra manera.

Persiguiendo Francisco de Carvajal al capitán Diego Centeno, en los alcances tan largos que le dió, prendió un día tres soldados de sus contrarios, ahorcó los dos, que eran de más cuenta, y llegando al tercero, que era extranjero, natural de Grecia, y se decía maese Francisco y hacía oficio de cirujano, aunque no lo era, dijo: "A este que es más ruin, ahórquenmelo de aquel palo más alto." Maese Francisco le dijo: "Señor, yo no he hecho enojo alguno a vuesa merced para que quiera matar a un hombre tan ruin como yo, que le puede servir de curar sus heridos, que soy gran maestro de cirugía." Carvajal, viéndole tan cuitado, le dijo: "Anda, vete, que yo te perdono lo hecho y por hacer; y vé luego a curar mis acémilas, que ese es el oficio que tú sabes". Con esto se escapó maese Francisco; y pasados algunos meses se huyó y sirvió a Diego Centeno. Carvajal, después de la batalla de Huarina, volvió a prenderle, y mandó que lo ahorcasen luego. Maese Francisco le dijo: "Vuesa merced no me ha de matar, que en tal parte me perdonó lo hecho y por hacer, y hame de cumplir su palabra como buen soldado, pues se precia tanto de serlo." Carvajal le dijo: "Válgate el diablo, ¿y de eso te acuerdas ahora? Yo te la cumplo; vé luego a curar las acémilas y húyete cuantas veces quisieres, que si todos los enemigos del Gobernador, mi señor, fueran como tú, no los tuviéramos por tales." Este cuento de maese Francisco quiere un autor que fuese con un fraile de misa; en la relación le trocaron los sujetos.

En los alcances que dió a Diego Centeno, prendió un día tres soldados de los que él llamaba tejedores, que a sus necesidades para socorrerlas se pasaban de una parte a la otra, y éstos eran los que él no perdonaba si los cogía; mandó que los ahorcasen. Ahorcados los dos, el tercero, por obligarle con algo a que le perdonase, haciéndose su criado le dijo: "Perdóneme vuesa merced siquiera, porque he comido su pan". Y era que muchas veces como su soldado, había

comido con Carvajal a su mesa. El cual dijo: “Maldito sea pan tan mal empleado”. Y volviéndose al verdugo, le dijo: “A este caballero, porque ha comido mi pan, ahórcamelo de aquella más alta rama.” Y porque no sea el capítulo tan largo lo dividiremos en dos partes.

CAPÍTULO XLII: Otros cuentos semejantes, y el último trata de lo que le pasó a un muchacho con un cuarto de los de Francisco de Carvajal.

Otro día, saliendo del Cozco, yendo hacia el Collao, llevaba trescientos hombres en escuadrón formado, que muchos días, por su pasatiempo y por ejercitar sus soldados en la milicia, llevaba su gente así puesta en orden. A poco más de una legua de la ciudad se apartó un soldado del escuadrón, y se fue detrás de unas peñas que están cerca del camino, a las necesidades naturales. Carvajal, que iba el último del escuadrón para ver cómo caminaba la gente, fue en pos del soldado y le riñó que por qué había salido de la orden. El soldado se disculpó con su necesidad. Carvajal le respondió diciendo: “Pesar de tal; el buen soldado del Perú, que, por ser del Perú, tiene obligación a ser mejor que todos los del mundo, ha de comer un pan en el Cozco y echarlo en Chuquisaca.” Dijo esto por encarecer la soldadesca, que por lo menos hay del un término al otro doscientas leguas en medio.

Otra vez, caminando Carvajal con seis o siete compañeros, le trajeron una mañana una pierna de carnero asada, del ganado mayor de aquella tierra, que tiene mas carne en un cuarto que medio carnero de los de España. Un compañero de los que iban con él, que se decía Hernán Pérez Tablero, grande amigo de Carvajal, se puso a hacer el oficio de trinchante, y, como mal oficial, cortó unas tajadas muy grandes. Carvajal, que las vió, le dijo: “¿Qué cortáis, Hernán Pérez?”. Respondió: “Para cada compañero su tajada.” Carvajal le dijo: “Bien decís, que harto ruin será el que volviere por más.”

Francisco de Carvajal, volviendo victorioso de los alcances que dió al capitán Diego Centeno, en regocijo de su victoria hizo un banquete en el Cozco a sus más principales soldados; y como entonces valía el vino a más de trescientos pesos el arroba, los convidados se desmandaron, y, como en gente no acostumbrada a beberlo, hubo algo de sus efectos, de manera que algunos quedaron dormidos en sus asientos y otros fuera de ellos, como acertaron a caer, y otros donde pudieron acomodarse. Doña Catalina Leyton, que saliendo de su aposento los vió así, haciendo escarnio de ellos dijo: “¡Guay del Perú, y cuál están los que le gobiernan!”. Francisco de Carvajal, que lo oyó, dijo: “Calla, vieja ruin, dejadlos dormir dos horas, que cualquiera de ellos puede gobernar medio mundo.”

Otra vez tenía preso un hombre rico por ciertas cosas que le habían dicho de él; más no hallando bastante averiguación, aunque él no lo había menester

para despachar los enemigos, le entretuvo en la prisión. El preso, viendo que se dilataba la ejecución de su muerte, imaginó que podría rescatar su vida por algún dinero, porque era notorio que en semejantes ocasiones Carvajal tomaba lo que le daban y hacía amistad. Con este pensamiento envió el preso a llamar un amigo suyo, y le encomendó que le trajese dos tejos de oro que tenía en tal parte; y habiéndolo recibido, envió a suplicar con el amigo a Carvajal, y a requerirle que le oyese los descargos que tenía contra los que le acusaban. Carvajal fue a verle, porque la prisión era dentro en su casa. El preso le dijo: "Señor, yo no tengo culpa en lo que me acusan. Suplico a vuesa merced se sirva de esta miseria y me perdone por amor de Dios, que ye le prometo serle desde hoy su más leal servidor, como vuesa merced lo verá." Carvajal, tomando los tejos, dijo en alta voz, para que le oyesen los soldados que estaban en el patio: "¡Oh, señor!, teniendo vuesa merced su carta de corona tan calificada y auténtica, ¿por qué no me la mostró antes? Váyase vuesa merced en paz y viva seguro, que ya que seamos contra el Rey no es razón que lo seamos contra la Iglesia de Dios."

Atrás, en su lugar dijimos brevemente como Francisco de Carvajal dió garrote a Doña María Calderón y la colgó de una ventana de su posada. No dijimos entonces las palabras y razones que de una parte a otra se dijeron, por ir con la corriente de la historia y no ser aquél lugar de gracias. Ahora se pondrán las que allí faltaron. Doña María Calderón, aunque estaba en poder de sus enemigos, hablaba muy al descubierto contra Gonzalo Pizarro y sus tiranías, y no era otra su plática ordinaria sino decir mal de él. Carvajal, que lo supo, la envió amonestar una y dos y más veces que se dejase de aquellas gracias, que ni eran discretas ni provechosas para su salud. Lo mismo le dijeron otras personas, que temían su mal y daño. Doña María Calderón, en lugar de refrenarse y corregirse, habló de allí en adelante con más libertad y desacato, de manera que obligó a Carvajal a ir a su posada para remediarlo, y le dijo: "¿Sabe vuesa merced, señora comadre (que cierto lo era), como vengo a darle garrote?" Ella, usando de sus donaires, y pensando que Carvajal se burlaba con ella, respondió: "Vete con el diablo, loco borracho, que aunque sea burlando no lo quiero oír." Carvajal dijo: "No burlo, cierto, que para que vuesa merced no hable tanto y tan mal, vengo a que le aprieten la garganta; y para que vuesa merced lo crea, mando y requiero a estos soldados etíopes que le den garrote", que eran tres o cuatro negros que siempre traía consigo para semejantes hazañas. Los cuales la ahogaron luego y la colgaron de una ventana que salía a la calle. Carvajal, pasando por delante de ella, alzó los ojos y dijo: "Por vida de tal, señora comadre, que si vuesa merced no escarmienta de esta, que no sé qué me haga."

Estuvo Carvajal una temporada alojado en una ciudad de aquéllas; tenía sus soldados aposentados entre los moradores de ella. Ofrecióse salir de allí con su gente a cierta jornada, y al cabo de dos meses volvió a la ciudad. Un oficial celoso, que en el alojamiento pasado había tenido un soldado por huésped, salió a hablar a Carvajal y le dijo: "Señor, suplico a vuesa merced que el huésped que

me hubiere de echar no sea fulano." Carvajal, que lo entendió, inclinó la cabeza en lugar de respuesta.

Llegando a la plaza, aposentó sus soldados, diciéndoles a cada uno: "Vuesa merced vaya a casa de fulano, y vuesa merced a la de zutano", que con esta facilidad los alojaba dondequiera que iba, como si tuviera la lista de los moradores por escrito. Llegando al soldado señalado, le dijo: "Vuesa merced irá a casa de fulano" (que era lejos de la casa del primer huésped). El soldado respondió: "Señor, yo tengo huésped conocido donde ir." Carvajal replicó: "Vaya vuesa merced donde le digo, y no a otra parte." Volvió a porfiar el soldado y dijo: "Yo no tengo necesidad de nueva posada; iré donde me conocen." Carvajal, inclinando la cabeza con mucha mesura, le dijo: "Vaya vuesa merced donde le envío, que allí le servirán muy bien; y si más quiere, ahí está Doña Catalina Leyton." El soldado, viendo que le alcanzaba los pensamientos y proveía a sus deseos, sin hablar más palabra fue donde le mandaron.

A Francisco de Carvajal le cortaron la cabeza para mandarla a la Ciudad de los Reyes y ponerla en el rollo de aquella plaza con la de Gonzalo Pizarro. Su cuerpo hicieron cuartos, y los pusieron (con los de los otros capitanes que pasaron por la misma pena) en los cuatro caminos reales que salen de la ciudad del Cozco. Y porque en el capítulo treinta y siete del libro cuarto prometimos un cuento en comprobación de la ponzoña que los indios de las Islas de Barlovento usaban en sus flechas, hincándolas en cuartos de hombres muertos, diremos lo que ví en uno de los cuartos de Francisco de Carvajal, que estaba puesto en el camino de Collasuyu, que es al mediodía del Cozco.

Es así que saliéndonos un domingo diez o doce muchachos del escuela, que todos éramos mestizos, hijos de español y de india, que ninguna llegaba a los doce años, viendo el cuarto de Carvajal en el campo dijimos todos a una: "¡Vamos a ver a Carvajal!" Hallamos el cuarto, que era uno de sus muslos; tenía buen pedazo del suelo lleno de grasa, y estaba ya corrompida la carne, de color verde. Estando todos en derredor mirándole, dijo uno de los muchachos: "¿Más que no le osa tocar nadie?" Salió otro diciendo: "Más que sí"; "más que no", y esta porfía duró algún tanto, dividiéndose los muchachos en dos bandos, unos al sí y otros al no. En esto salió un muchacho, que se decía Bartolomé Monedero, que era más atrevido y más travieso que los demás. Y diciendo: "¿No le he de osar yo tocar?", le dió con el dedo pulgar de la mano derecha un golpe, de manera que entró todo el dedo en el cuarto. Los muchachos nos apartamos de él, diciéndoles cada uno: "Bellaco, sucio, que te ha de matar Carvajal; Carvajal te ha de matar por ese atrevimiento." El muchacho se fue a una acequia de agua que pasaba allí cerca, y lavó muy bien el dedo y la mano, fregándola con el lodo, y así se fue a su casa. Otro día lunes nos mostró en la escuela el dedo hinchado, todo lo que entró en el cuarto de Carvajal, que parecía traía un dedil de guante puesto en él. A la tarde trajo toda la mano hinchada, con mucha alteración, hasta la muñeca; otro día martes amaneció el brazo hinchado hasta el codo, de manera

que tuvo necesidad de dar cuenta a su padre de lo que había pasado con Carvajal. Acudieron luego a los médicos, ataron el brazo fortísimamente por encima de lo hinchado, fajáronle la mano y el brazo, y hicieron otros grandes medicamentos contra ponzoña, mas con todo eso estuvo muy cerca de morirse. Al cabo escapó y sanó, pero en cuatro meses no pudo tomar la pluma en la mano para escribir. Todo esto causó Carvajal después de muerto, que semeja a lo que hacía en vida, y es prueba de la ponzoña que usaban los indios en sus flechas.

CAPÍTULO XLIII: Cómo degollaron a Gonzalo Pizarro. La limosna que pidió a la hora de la muerte, y algo de su condición y buenas partes.

Resta decir la muerte lastimera de Gonzalo Pizarro. El cual gastó todo aquel día en confesar, como atrás queda apuntado, que lo dejamos confesando hasta el mediodía. Lo mismo hizo después que comieron los ministros, más él no quiso comer, que se estuvo a solas hasta que volvió el confesor, y se detuvo en la confesión hasta muy tarde. Los ministros de la justicia yendo y viendo, daban mucha prisa a la ejecución de su muerte. Uno de los más graves, enfadado de la dilación que había, dijo en alta voz: "¡Ea! ¿No acaban ya de sacar ese hombre?" Todos los soldados que lo oyeron se ofendieron de su desacato, de tal manera que le dijeron mil vituperios y afrentas, que, aunque me acuerdo de muchas de ellas y yo le conocí, no será razón que las pongamos aquí ni digamos su nombre. Él se fue sin hablar palabra, antes que hubiese algo de obra, que se temió lo hubiera según la indignación y enojo que aquellos soldados mostraron de su descomedimiento.

Poco después salió Gonzalo Pizarro. Subió en una mula ensillada que le tenían apercibida; iba cubierto con una capa, y aunque un autor dice con las manos atadas, no se las ataron. Un cabo de una soga echaron sobre el pescuezo de la mula por cumplimiento de la ley. Llevaba en las manos una imagen de Nuestra Señora, cuyo devotísimo fue. Iba suplicándole por la intercesión de su alma. A medio camino pidió un crucifijo. Un sacerdote, de diez o doce que le iban acompañando, que acertó a llevarlo, se lo dió. Gonzalo Pizarro lo tomó y dió al sacerdote la imagen de Nuestra Señora, besando con gran afecto lo último de la ropa de la imagen. Con el crucifijo en las manos, sin quitar los ojos de él, fue hasta el tablado que le tenían hecho para degollarle, do subió y, poniéndose a un canto de él, habló con los que le miraban, que eran todos los del Perú, soldados y vecinos, que no faltaron sino los magnates que le negaron, y aún de ellos había algunos disfrazados y rebozados. Díjoles en alta voz: "Señores, bien saben vuesas mercedes que mis hermanos y yo ganamos este Imperio. Muchos de vuesas mercedes tienen repartimientos de indios, que se los dió el Marqués, mi hermano; otros muchos los tienen que se los di yo. Sin esto, muchos de vuesas mercedes me deben dineros, que se los presté; otros muchos los han

recibido de mí, no prestados sino de gracia. Yo muero tan pobre, que aún el vestido que tengo puesto es del verdugo que me ha de cortar la cabeza. No tengo con qué hacer bien por mi ánima. Por tanto suplico a vuesas mercedes que los que me deben dineros, de los que me deben, y los que no me los deben, de los suyos, me hagan limosna y caridad de todas las misas que pudieren, que se digan por mi ánima, que espero en Dios que por la sangre y pasión de Nuestro Señor JESUCRISTO su Hijo, y mediante la limosna que vuesas mercedes me hicieren, se dolerá de mí y me perdonará mis pecados. Quédense vuesas mercedes con Dios."

No había acabado de pedir su limosna, cuando se sintió un llanto general con grandes gemidos y sollozos y muchas lágrimas que derramaron los que oyeron palabras tan lastimeras. Gonzalo Pizarro se hincó de rodillas delante del crucifijo que llevó, que lo pusieron sobre una mesa que había en el tablado. El verdugo, que se decía Juan Enríquez, llegó a ponerle una venda sobre los ojos. Gonzalo Pizarro le dijo: "No es menester, déjala." Y cuando vió que sacaba el alfanje para cortarle la cabeza, le dijo: "Haz bien tu oficio, hermano Juan." Quiso decirle que lo hiciese liberalmente, y no estuviere martirizándole, como acaece muchas veces. El verdugo respondió: "Yo se lo prometo a Vuesa Señoría." Diciendo esto, con la mano izquierda le alzó la barba, que la tenía larga, cerca de un palmo, y redonda, que se usaba entonces traerlas sin quitarles nada. Y de un revés le cortó la cabeza con tanta facilidad como si fuera una hoja de lechuga, y se quedó con ella en la mano, y tardó el cuerpo algún espacio en caer en el suelo. Así acabó este buen caballero.

El verdugo, como tal, quiso desnudarle, por gozar de su despojo. Mas Diego Centeno, que había ido a poner en cobro el cuerpo de Gonzalo Pizarro, mandó que no llegase a él, y le prometió una buena suma de dinero por el vestido. Y así lo llevaron al Cozco y la enterraron con el vestido, porque no hubo quien se ofreciese a darle una mortaja. Enterráronlo en el Convento de Nuestra Señora de las Mercedes, en la misma capilla donde estaban los dos Don Diegos de Almagro, padre e hijo, porque en todo fuesen iguales y compañeros, así en haber ganado la tierra igualmente, como en haber muerto degollados todos los tres y ser los entierros de limosna y las sepulturas una sola, habiendo de ser tres, que aún la tierra parece que les faltó para haberlos de cubrir. Fueron igualados en todo por la fortuna, porque no presumiese alguno de ellos más que el otro ni todos tres más que el Marqués Don Francisco Pizarro, que fue hermano del uno y compañero del otro, que lo mataron como atrás se dijo y le enterraron asimismo de limosna, y así todos cuatro fueron hermanos y compañeros en todo y por todo. Paga general del mundo (como lo decían los que miraban estas cosas desapasionadamente) a los que más y mejor le sirven, pues así fenecieron los que ganaron aquel Imperio llamado Perú.

De esta limosna que Gonzalo Pizarro pidió a la hora de su muerte (con ser el caso tan público como se ha referido) no hace mención de ella ninguno de los

tres autores; debió ser por no lastimar tanto a los oyentes. Yo propuse escribir llanamente lo que pasó, y así lo hago.

Pasada la tormenta de esta guerra, todos los vecinos de aquel Imperio, cada cual en la ciudad do vivía, hicieron decir muchas misas por el ánima de Gonzalo Pizarro, así por haberlas él pedido en limosna, como por cumplir algo de la general obligación y deuda que cada uno y todos en común le debían, por haber muerto por ellos. Su cabeza y la de Francisco de Carvajal llevaron a la Ciudad de los Reyes, que su hermano el Marqués Don Francisco Pizarro fundó y pobló; y en sendas jaulas de hierro las pusieron en el rollo que está en la plaza de ella.

Gonzalo Pizarro y sus cuatro hermanos, de los cuales la historia ha hecho larga mención, fueron naturales de la ciudad de Trujillo, en la provincia llamada Extremadura, madre extremada que ha producido y criado hijos tan heroicos, que han ganado los dos imperios del Nuevo Mundo, México y Perú, que Don Hernando Cortés, Marqués del Valle, que ganó a México, también fue extremeño, natural de Medellín. Y Vasco Núñez de Balboa, que fue el primer español que vió el Mar del Sur, fue natural de Jerez de Badajoz; y Don Pedro de Alvarado, que después de la conquista de México pasó al Perú con ochocientos hombres, y Garcilaso de la Vega, que fue por capitán de ellos, y Gómez de Tordoya, fueron naturales de Badajoz. Y Pedro Álvarez Holguín y Hernando de Soto y Pedro del Barco, su compañero, y otros muchos caballeros de los apellidos Alvarados y Chávez, sin otra mucha gente noble que ayudaron a ganar aquellos reinos, los más de ellos fueron extremeños, que, como las principales cabezas fueron de Extremadura llevaron consigo los más de sus naturales. Y para loa y grandeza de tal patria, bastará mostrar con el dedo sus famosos hijos, y las heroicas hazañas de ellos loarán y engrandecerán la madre que tales hijos ha dado al mundo.

Fué Gonzalo Pizarro del apellido y genealogía de los Pizarros, sangre muy noble e ilustre en toda España; y el Marqués del Valle, Don Hernando Cortés, fue de la misma sangre y parentela, que su madre se llamó Doña Catalina Pizarro, de manera que a esta genealogía se le debe dar la gloria y honra de haber ganado aquellos dos Imperios.

Gonzalo Pizarro y sus hermanos, demás de ser hombres de tan principal linaje, fueron hijos de Gonzalo Pizarro, capitán de hombres de armas en el Reino de Navarra, oficio tan preeminente, que todos los soldados de la tal compañía han de ser hijosdalgo notorios o de ejecutoria. En testimonio de lo cual digo que yo conocí un señor, de los Grandes de España, que fue Don Alonso Fernández de Córdova y Figueroa, Marqués de Priego, señor de la casa de Aguilar, con el mismo oficio de capitán de caballos del Reino de Navarra, y lo tuvo hasta su fin y muerte, y se honraba mucho con la soldadesca de tal plaza.

Fué Gonzalo Pizarro gentil hombre de cuerpo, de muy buen rostro, de próspera salud, gran sufridor de trabajos, como por la historia se habrá visto. Lindo hombre de a caballo, de ambas sillas; diestro arcabucero y ballestero, con un arco de bodoques pintaba lo que quería en la pared. Fué la mejor lanza que ha

pasado al Nuevo Mundo, según conclusión de todos los que hablaban de los hombres famosos que a él han ido.

Preciose de buenos caballos, y los tuvo bonísimos. Al principio de la conquista del Perú tuvo dos castaños: el uno llamaron el Villano, porque no era de tan buen talle, pero bonísimo de obra; al otro llamaron el Zainillo; hablando de él un día en conversación los caballeros de aquel tiempo, a uno de ellos, que había sido camarada de Gonzalo Pizarro le oí estas palabras: “Cuando Gonzalo Pizarro, que haya gloria, se veía en su Zainillo, no hacía más caso de escuadrones de indios que si fueran de moscas.” Fué de ánimo noble y claro y limpio, ajeno de malicias, sin cautelas ni dobleces; hombre de verdad, muy confiado de sus amigos o de los que pensaba que lo eran, que fue lo que lo destruyó. Y por ser ajeno de astucias, maldades y engaños, dicen los autores que fue de corto entendimiento. No lo tuvo sino muy bueno y muy inclinado a la virtud y honra. Afable de condición, universalmente bien quisto de amigos y enemigos; en suma, tuvo todas las buenas partes que un hombre noble debe tener. De riquezas ganadas por su persona, podemos decir que fue señor de todo el Perú, pues lo poseyó y gobernó algún espacio de tiempo con tanta justicia y rectitud, que el Presidente lo alabó, como atrás se ha dicho. Dió muchos repartimientos de indios, que valían a diez y a veinte y a treinta mil pesos de renta, y murió tan pobre como se ha referido.

Fué Gonzalo Pizarro buen cristiano, devotísimo de Nuestra Señora la Virgen María, Madre de Dios, y el Presidente lo dijo en la carta que le escribió. Jamás le pidieron cosa diciendo “por amor de Nuestra Señora”, que la negase, por muy grave que fuese. Teniendo experiencia de esto, Francisco de Carvajal y sus ministros, cuando habían de matar a alguno de sus contrarios que lo mereciese, apercibían y proveían con tiempo que no llegase nadie a pedir a Gonzalo Pizarro la vida de aquel tal, porque sabían que pidiéndosela por Nuestra Señora, no se la había de negar, aunque fuesen quien quisiese. Por sus virtudes morales y hazañas militares, fue muy amado de todos, y aunque convino quitarle la vida (dejando aparte el servicio de Su Majestad), a todos en general les pesó de su muerte, por sus muchas y buenas partes. Y así después jamás oí que nadie hablase mal de él, sino todos bien y con mucho respeto, como a superior. Y decir el Palentino que hubo algunos que dieron parecer e insistieron en que se debía hacer cuartos y ponerlos por los caminos del Cozco, y que el Presidente no lo consintió, fue relación falsísima que dieron al autor, porque nunca tal se imaginó; que si hubiera pasado tal, después, en sana paz, se hablara en ello, como se hablaba en otras cosas de más secreto, y yo lo oyera. Pero nunca tal se imaginó, porque todos los de aquel Consejo (si no fue el Presidente) debían muy mucho a Gonzalo Pizarro, porque habían recibido grandes honras y muchos beneficios de su mano, y no habían de dar parecer en infamia suya. Bastóles consentir en su muerte, por el servicio de Su Majestad y quietud en aquel Imperio.

FIN DEL LIBRO QUINTO

LIBRO SEXTO

DE LA SEGUNDA PARTE

DE LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS

———

Contiene el castigo de los de Gonzalo Pizarro. El repartimiento que el Presidente Gasca hizo de los indios. Las mercedes grandes que cupo a unos, y las quejas de otros. La muerte desgraciada de Diego Centeno. La paciencia del Presidente Gasca con soldados insolentes. Los galeotes que trajeron a España. El segundo repartimiento que el Presidente hizo. La muerte del Licenciado Cepeda. La entrada del Presidente en Panamá. El robo que los Contreras le hicieron del oro y plata de Su Majestad. La buena fortuna del Presidente para restituirse en todo lo perdido. Su llegada a España, y su buen fin y buena muerte. Un alboroto de los soldados de Francisco Hernández Girón en el Cozco. La ida del Visorrey Don Antonio de Mendoza al Perú; lo poco que vivió. La rebelión de Don Sebastián de Castilla. La muerte del General Pedro de Hinojosa, y la del dicho Don Sebastián. El castigo que de los suyos hicieron. Contiene veinte y nueve capítulos.

———

CAPÍTULO I: Nuevas provisiones que el Presidente hizo para castigar los tiranos. El escándalo que los indios sintieron de ver a españoles azotados. La aflicción del Presidente con los pretendientes, y su ausencia de la ciudad para hacer el repartimiento.

Con la muerte y destrucción de Gonzalo Pizarro y de sus capitanes y maese de campo, no quedó seguro de levantamientos y alborotos aquel Imperio llamado Perú, antes con mayores escándalos, como lo dirá la historia. Para lo cual es de saber que habida la victoria de la batalla de Sacsahuana, el Presidente despachó aquel mismo día dos capitanes, Hernando Mejía de Guzmán y Martín de Robles, que fuesen al Cozco con soldados seguros, para prender los que de Gonzalo Pizarro se hubiesen huido y para estorbar que muchos soldados que de los del Rey se habían adelantado no saqueasen aquella ciudad, ni matasen a nadie en venganza de sus injurias y particulares enemistades, porque con la victoria alcanzada decían los apasionados que tenían libertad para hacer de los enemigos lo que quisiesen.

El día siguiente al castigo y muerte de Gonzalo Pizarro y de los suyos, salió el Presidente de aquel sitio, famoso por la batalla que en él hubo, y, aunque no hay más de cuatro leguas de camino hasta la ciudad, tardaron dos días en llegar a ella, donde luego despachó el Presidente al capitán Alonso de Mendoza con una buena cuadrilla de gente fiel, para que en los Charcas y en Potocsi y por el camino prendiesen los capitanes que Gonzalo Pizarro había enviado a aquellas partes, que eran Francisco de Espinoza y Diego de Carvajal el Galán, de los cuales atrás hicimos mención. Asimismo envió al Licenciado Polo de Ondegardo por Gobernador y Capitán General de aquellas provincias ya dichas, para que castigase a los que hubiesen favorecido a Gonzalo Pizarro y a los que no hubiesen acudido al servicio de Su Majestad, a los cuales llamaban “los de la mira”, porque en guerras pasadas habían estado a la mira, que ni habían sido traidores ni leales, por lo cual fueron rigurosamente castigados en las bolsas por haber sido cobardes. Envió juntamente con el Licenciado Polo al Capitán Gabriel de Rojas, para que en aquellas provincias hiciese oficio de tesorero de Su Majestad, y recogiese los quintos y tributos de sus rentas reales y las condenaciones que el Gobernador hiciese en los traidores y mirones. De todo lo cual, como lo dice Agustín de Zarate, libro séptimo, capítulo octavo, envió en breve tiempo el Licenciado Polo más de un millón y doscientos mil pesos, tomando a su cargo el oficio de tesorero, porque Gabriel de Rojas apenas había llegado a los Charcas cuando falleció de esta vida.

Entretanto que estas cosas pasaban en aquellas grandes provincias de los Charcas, el Presidente estaba en el Cozco, donde le hicieron unas reales fiestas de toros y juegos de cañas muy costosas, porque las libreas fueron todas de

terciopelo, de diversos colores. Estuvo a ver la fiesta en el corredorcillo de las casas de mi padre, donde yo miré su persona como atrás dije. Al Oidor Andrés de Cianca y al maese de campo Alonso de Alvarado se les dió la comisión del castigo de los tiranos. Ahorcaron muchos soldados famosos de los de Pizarro, descuartizaron otros muchos, y azotaron en veces de cuatro en cuatro y de seis en seis, más de cien soldados españoles. Yo los ví todos, que salíamos los muchachos de mi tiempo a ver aquel castigo, que se hacía con grandísimo escándalo de los indios, de ver que con tanta infamia y vituperio tratasen los españoles a los de su misma nación, porque hasta entonces aunque había habido muchos ahorcados, no se había visto español alguno azotado. Y para mayor infamia los llevaban caballeros en los carneros de carga de aquel ganado de los indios, que aunque había mulas, machos y rocines en que pudieran los azotados pasar su carrera, no quisieron los ministros de la justicia sino que la corriesen en carneros, por mayor afrenta y castigo. Condenáronlos a todos a galeras.

El Presidente hizo en aquel tiempo pregonar el perdón general a culpa y a pena a todos los que se hallaron y acompañaron el estandarte real en la batalla de Sacsahuana, de todo lo que pudiesen haber delinquido de la rebelión de Gonzalo Pizarro, aunque hubiesen muerto al Visorrey Blasco Núñez Vela y a otros ministros de Su Majestad; y esto fue en cuanto a lo criminal, reservando el derecho a las partes en cuanto a los bienes y causas civiles, según se contenía en su comisión, como lo dice Agustín de Zárate, libro séptimo, capítulo octavo, porque de lo criminal decían todos que Gonzalo Pizarro había pagado por ellos. El Presidente, en esta sana paz, aunque había alcanzado victoria y degollado sus enemigos, andaba más acongojado, penado y afligido que en la guerra, porque en ella tuvo muchos que le ayudaron a llevar los cuidados de la milicia, pero en la paz era sólo a sufrir las importunidades, demandas y pesadumbres de dos mil y quinientos hombres que pretendían paga y remuneración de los servicios hechos; y ninguno de todos ellos, por inútil que hubiese sido, dejaba de imaginar que merecía el mejor repartimiento de indios que había en todo el Perú. Y los personajes que más habían ayudado al Presidente en la guerra, esos eran los que ahora, en la paz, le fatigaban con sus peticiones y demandas, con tanta instancia y molestia que, por excusarse de alguna parte de estas pesadumbres, acordó irse doce leguas de la ciudad, al valle que llaman Apurímac, para hacer allí el repartimiento de indios con más quietud.

Llevó consigo al Arzobispo de Los Reyes, Don Jerónimo de Loayza, y a su secretario Pedro López de Cazalla. Dejó mandado que ningún vecino ni soldado, ni otra persona alguna fuese donde él estaba, porque no le estorbasen lo que pretendía hacer. También mandó que ningún vecino de todo el Perú se fuese a su casa hasta que hubiese hecho el repartimiento de los indios, porque con la presencia de ellos imaginaba asegurarse de cualquier botín que la gente común pretendiese hacer. Tuvo cuidado y deseo de derramar los soldados por diversas partes del Reino, que fuesen a nuevas conquistas, a ganar nuevas tierras, como lo habían hecho los que ganaron aquel Imperio. Pero derramó pocos, por la

mucha prisa que traía de salir de aquellos Reinos antes que se levantase algún motín de tanta gente descontenta como imaginaba que había de quedar quejosa, de ellos con razón y de ellos sin ella.

CAPÍTULO II: El Presidente, hecho el repartimiento, se va de callada a la Ciudad de los Reyes. Escribe una carta a los que quedaron sin suerte; causa en ellos grandes desesperaciones.

El Presidente se ocupó en el repartimiento de la tierra en el valle de Apurímac más de tres meses, donde tuvo muchas peticiones y memoriales de pretensores que alegaban y daban cuenta de sus servicios, de los cuales se hacía poca o ninguna cuenta, porque ya en su imaginación y determinación estaban señalados y nombrados los que habían de gozar de aquella gran paga, que eran todos los hombres principales que se hallaron con el General Pedro de Hinojosa en Panamá y en Nombre de Dios, cuando entregaron al Presidente la armada de Gonzalo Pizarro, porque entonces se capitularon los repartimientos que habían de dar a cada uno, lo cual se cumplió a hora, como lo dicen los historiadores de aquel tiempo. El Presidente, habiendo repartido la tierra, con no más consulta ni parecer que el suyo y del Arzobispo Don Jerónimo de Loaysa, que ambos sabían poco de los trabajos y méritos de los soldados pretendientes (como ellos mismos lo decían, quejándose cuando se hallaron en blanco), se fue a la Ciudad de los Reyes, dejando orden que el Arzobispo y el secretario Pedro López, pasados doce o quince días de su partida, volviesen al Cozco y publicasen el repartimiento a los que se había hecho merced; y a los desdichados que no les cupo suerte alguna, escribió una carta muy solemne, significándoles sus buenos deseos y el propósito que le quedaba para gratificarles en lo que adelante vacase. La carta es la que sigue, sacada a la letra, del libro segundo, de la primera parte de la *Historia* del Palentino, capítulo noventa y dos, que con su sobreescrito dice:

"A los muy magníficos y muy nobles señores, los señores caballeros e hijosdalgo servidores de Su Majestad en el Cuzco".

"Muy magníficos y muy nobles señores: Porque muchas veces la afición que los hombres a sus cosas propias tienen no les deja tan libremente usar de la razón como convendría para dar gracias a quien se deben y tenerle amor y gratitud, acordé escribir ésta, suplicando a vuestras mercedes las tengan y conserven a mi persona, no sólo por el crédito que yo a cada una de vuestras mercedes tengo y he de tener, pero aún por lo que en su servicio he hecho, hago, y haré cuanto viviere, en el Perú y fuera de él. Y que dejado aparte la consideración y memoria que se debe a particulares servicios que de algunos de vuestras mercedes he hecho, consideren cómo, aún en lo general, ninguna cosa de las que he podido he dejado de hacer en su servicio. Pues, como saben, que en el gasto de la guerra que se ha hecho en el Perú (ni aún fuera de él) creo se ha

visto ni se sabe que en tan poco tiempo y con tan poca gente tanto haya gastado. Y todo lo que estaba vaco en la tierra he proveído a vuestras mercedes con la mayor igualdad y justicia que he podido, desvelándome de noche y de día en pensar los méritos de cada uno, para a la medida de ellos repartir a cada uno lo que mereciese no por afición sido por méritos, de tal manera que ni al que mucho, fuese por contentarle, ni se le diese tanto que se defraudase al que menos méritos tuviese, de lo que mereciese. Y lo mismo se hará en todo lo que en tanto que estuviere en el Perú, vacare; que será repartido sólo en vuestras mercedes, lo que como buenos vasallos e hijosdalgo, sirviendo a su Rey, lo han merecido. Y porque más a solas vuestras mercedes gocen de esta tan rica tierra, no sólo procuro echar de ella los que han sido malos y aún los que han estado a la mira, dejando de hacer lo que vuestras mercedes han hecho, más he procurado que hasta que vuestras mercedes estén remediados y ricos ni de España, ni de Tierra Firme, ni de Nicaragua, ni de Guatemala, ni Nueva España, entren de nuevo en ella otros que puedan estorbar a vuestras mercedes el aprovechamiento de la tierra. Y pues todo que digo es verdad, y que todo lo que he podido y puedo hacer en servicio y aprovechamiento de vuestras mercedes, suplícoles que siguiendo a Dios, se contenten y satisfagan con lo que él se satisface, que es hacer los hombres lo que en su servicio pueden. Y que conociendo esto el que lleva suerte (aunque no sea tan gruesa como él lo deseaba) se contente, considerando que no se pudo hacer más; y que el que aquello le dió deseó que hubiera para dársela muy mayor, y que así lo hará cuando hubiere oportunidad para ellos; y que a quien no le cupiere, crea que fue por haber menos paño de lo que yo quisiera para podérselo dar. Y que tenga cierto que todas las veces que vacare cosa alguna de provecho (en tanto que yo estuviere en el Perú) no se proveerá sino entre vuestras mercedes. Y así al que ahora no le cupo, le cabrá, placiendo al inmenso Dios. Y pues de todos mis trabajos que por mar y tierra en esta jornada (en el postrer tercio de mis días) he pasado, ninguna otra cosa pretendo ni quiero, sino haber hecho en ella, conforme a la poquedad de mi talento, lo que debo como cristiano a Dios, y a mi Rey como vasallo y a vuestras mercedes como a prójimo y verdadero servidor, grande agravio me harían si no entendiesen y fuesen gratos al amor y deseo que al crecimiento de cada uno de vuestras mercedes tengo, y a lo que he hecho y haré en su servicio. Pues como he dicho, en nada de lo que he podido ni podré, habrá en mi falta. Y porque a causa de ir yo a asentar la Audiencia y cosas de la ciudad de Lima, y todo lo demás que aquí podría decir podrá mejor representar Su Señoría Reverendísima del señor Arzobispo, supliqué a Su Señoría me hiciese merced y favor de ir a esa ciudad y dar a cada uno de vuestras mercedes lo que le ha cabido, y ofrecerles en mi nombre lo que he dicho que se hará en lo porvenir. Y por esto no torné más que decir, de que ruego a Nuestro Señor me deje ver a todos vuesas mercedes con tan gran prosperidad y crecimiento en su santo servicio cuanto desean y yo deseo, que pueden tener por ciento es todo uno. De este asiento de

Guaynarima, a diez y ocho de agosto de mil y quinientos y cuarenta y ocho. Servidor de vuestras mercedes. El Licenciado Gasca."

Demás de la carta, envió a encargar al Padre Provincial Fray Tomás de San Martín, predicase el día de la publicación, y hablando con los pretensores procurase persuadirles que tuviese por bueno el repartimiento hecho. Todo lo cual escribe largamente Diego Fernández Palentino, y yo lo he abreviado, por huir prolijidades.

Cuando supieron en el Cozco que el Presidente se había ido sólo y a la sorda, entre muchos capitanes que estaban hablando en conversación dijo el capitán Pardavé: "¡Voto a tal, que pues Madalena de la Cruz se fue en secreto, que nos deja hecha alguna jarana!" Llamaban *harana* en el Perú a la trampa o engaño que cualquiera hacía para no pagar lo que había perdido al juego. Al Presidente, entre otros nombres postizos le llamaban Madalena de la Cruz, por decirle que era embaidor[43] y encantador, como lo fue aquella buena mujer que castigó el Santo Oficio, aquí en Córdoba. Y por no oír estas desvergüenzas y otras que se decían, se salió del Cozco a hacer el repartimiento, y se alejó más lejos al tiempo de la publicación, como lo dice el Palentino en el capítulo primero de la segunda parte de su *Historia*, por estas palabras: "Túvose entendido que se ausentó del Cuzco por no se hallar presente a la publicación del repartimiento, que, como era sagaz y prudente y tenía ya experiencia de los de la tierra, temió la desvergüenza de los soldados y de oír sus quejas, blasfemias y reniegos. En lo cual cierto no se engañó, porque siendo llegado el Arzobispo al Cuzco do se habían juntado casi todos los vecinos y soldados, que en el allanamiento se habían hallado, en comenzándose a publicar el repartimiento, día del señor San Bartolomé veinte y cuatro de agosto, luego muchos de los vecinos y soldados comenzaron a blasfemar y decir denuestos contra el Presidente y públicamente decían desvergüenzas que asestaban a tiranía y nuevo alzamiento. Entraban en sus consultas y trataban de matar al Oidor Andrés de Cianca y también al Arzobispo, que le juzgaban autor de aquel repartimiento. La causa de su ira y escándalo era decir que los principales repartimientos y encomiendas de indios se habían dado a los que habían sido secuaces y principales valedores de Gonzalo Pizarro, y a los que habían deservido al Rey." Lo mismo y más encarecido lo dice Francisco López de Gomara, en el capítulo ciento y ochenta y ocho por estas palabras:

"Salióse pues a Apurímac, doce leguas del Cuzco, y allí consultó el repartimiento con el Arzobispo de Los Reyes, Loayza, y con el secretario Pedro López, y dió millón y medio de renta y aún más a diversas personas, y ciento y cincuenta mil castellanos en oro que sacó a los encomenderos. Casó muchas viudas ricas con hombres que habían servido al Rey; mejoró a muchos que ya tenían repartimientos, y tal hubo, que llevó cien mil ducados por año, renta de un príncipe sino se acabara con la vida; más el Emperador no lo da por herencia. Quien más llevó fue Hinojosa.

[43]Embaidor: embaucador, charlatán.

"Fuése Gasca a Los Reyes por no oír quejas, reniegos y maldiciones de soldados, aún de temor enviando al Cuzco al Arzobispo a publicar el repartimiento y a cumplir de palabras con lo que sin dineros y vasallos quedaban, prometiéndoles grandes mercedes para después. No pudo el Arzobispo, por bien que les habló, aplacar la saña de los soldados a quien no les cupo parte del repartimiento, ni la de muchos que poco. Unos se quejaban de Gasca porque no les dió nada, otros porque poco, y otros porque lo había dado a quien deserviera al Rey y a confesos, jurando que lo tenían que acusar en Consejo de Indias. Y así hubo alguno, como el Mariscal Alonso de Alvarado y Melchor Verdugo, que después escribieron mal de él al fiscal, por vía de acusación.

"Finalmente platicaron de amotinarse, prendiendo al Arzobispo, al Oidor Cianca, a Hinojosa, a Centeno y Alvarado, y rogar al Presidente Gasca reconociese los repartimientos y diese aparte a todos, dividiendo aquellos grandes repartimientos o echándoles pensiones; y si no, que se los tomarían ellos. Descubrióse luego esto, y Cianca prendió y castigó las cabezas del motín, con que todo se apaciguó." Hasta aquí es de Gomara.

CAPÍTULO III: Casamientos de viudas con pretendientes. Los repartimientos que se dieron a Pedro de Hinojosa y a sus consortes. La novedad que en ellos mismo causó.

Declarando lo que este autor dice acerca de las viudas, es de saber que, como en las guerras pasadas hubiesen muerto muchos vecinos que tenían indios y sus mujeres los heredasen, porque ellas no casasen con personas que no hubiesen servido a Su Majestad trataron los Gobernadores de casarlas de su mano, y así lo hicieron en todo el Perú. Muchas viudas pasaron por ello; a otras muchas se les hizo de mal: porque le cupieron maridos más viejos que los que perdieron. A la mujer que fue de Alonso de Toro, maese de campo de Gonzalo Pizarro, que tenía un gran repartimiento de indios, casaron con Pedro López Cazalla, secretario del Presidente Gasca. A la mujer de Martín de Bustincia, que era hija de Huayna Cápac, y los indios eran suyos y no de su marido, casaron con un buen soldado muy hombre de bien, que se llamaba Diego Hernández, de quien se decía (más con mentira que con verdad) que en sus mocedades había sido sastre. Lo cual sabido por la infanta rehusó el casamiento diciendo que no era justo casar la hija de Huayna Cápac Inca, con un *ciracamayo*, que quiere decir *sastre*; y aunque se lo rogó e importunó el Obispo del Cozco y el capitán Diego Centeno, con otras personas graves que fueron hallarse en el desposorio, no aprovechó cosa alguna. Entonces enviaron a llamar a Don Cristóbal Paullu, su hermano, de quien atrás hemos hecho mención; el cual, venido que fue, apartó la hermana a un rincón de la sala, y a solas le dijo que no le convenía rehusar aquel casamiento, que era hacer odiosos a todos los de su linaje real,

para que los españoles los tuviesen por enemigos mortales y nunca les hiciesen amistad. Ella consintió en lo que le mandaba el hermano, aunque de muy mala gana, y así se pusieron delante del Obispo, que quiso hacer su oficio de cura por honrar los desposados. Y preguntando, con un indio intérprete a la novia si se otorgaba por mujer y esposa del susodicho, el intérprete dijo si quería ser mujer de aquel hombre, porque en aquella lengua no hay verbo para decir otorgar, ni nombre de esposa, y así no pudo decir más de lo dicho. La desposada respondió en su lenguaje diciendo: "*Íchach munami, íchach manamunani",* que quiere decir: "Quizá quiero, quizá no quiero". Con esto pasó el desposorio adelante, y se celebró en casa de Diego de los Ríos vecino del Cozco, y yo los dejé vivos que hacían su vida maridable cuando salí del Cozco.

Otros casamientos semejantes pasaron en todo aquel Imperio, que se hicieron por dar repartimientos de indios a los pretendientes y pagarles con hacienda ajena, aunque entre ellos también hubo muchos descontentos, unos porque les cupo poca renta, otros por la fealdad de las mujeres, porque en este mundo no se halla contento que sea entero. El repartimiento de la tierra, como dicen los autores, causó los motines dichos, porque dieron al General Pedro de Hinojosa los indios que Gonzalo Pizarro tenía en los Charcas, los cuales daban cien mil pesos de renta cada año, y con ellos le dieron una mina de plata riquísima, que dentro de pocos meses valió la renta de este caballero más de doscientos mil pesos. Que no se puede creer la plata que sacaban de aquellas minas de Potocsi, que, como atrás hemos dicho, valía más el hierro que la plata. A Gómez de Solís le cupo el repartimiento llamado Tápac-ri, que valía más de cuarenta mil pesos de renta. A Martín Robles dieron otro de la misma calidad, y a Diego Centeno, aunque sirvió y pasó los trabajos que se han referido, por no haberse hallado en Panamá a la entrega de la armada, no le dieron cosa alguna más del repartimiento que se tenía, que se decía Pucuna, ni a otros que sirvieron con él les cupo nada. Estos repartimientos, sin otros de menos cuenta, fueron en la provincia y reino de los Charcas.

A Lorenzo de Aldana dieron un repartimiento, sobre el que tenía, en la ciudad de Arequepa, que ambos valían cincuenta mil pesos. En la ciudad del Cozco le cupo a Pedro de Cabrera un repartimiento llamado Cotapampa, que valía más de cincuenta mil pesos de renta; y a su yerno Hernán Mejía de Guzmán le cupo otro en Cuntusuyu, que valía más de treinta mil pesos de renta. A Don Baltasar de Castilla otro repartimiento en Parihuanacocha, que le daba cuarenta mil pesos de renta, todos en oro, porque aquella provincia se coge mucho oro. A Juan Alonso Palomino mejoraron con otro repartimiento sobre el que tenía, que ambos valían cuarenta mil pesos; y al Licenciado Carvajal dieron otro de otra tanta renta aunque lo gozó poco porque siendo Corregidor del Cozco, murió desgraciadamente de una caída que dió de una ventana, por el servicio y amores de una dama, y yo le ví enterrar, y me acuerdo que era día de San Juan Bautista. A Hernán Bravo de Laguna le cupo otro repartimiento de

menor cuantía, que no pasaba de ocho mil pesos, porque no fue de los que entregaron la armada.

A los precios que hemos dicho y a otros semejantes, fue todo lo que se dió a los que entregaron la armada en Panamá al Presidente. Y él hizo muy bien en pagar tan aventajadamente el servicio que aquellos caballeros hicieron a Su Majestad y a él, porque aquel hecho le dió ganado el Imperio del Perú, estando tan perdido como lo estaba cuando el Presidente fue a él, todo lo cual habrá notado por la historia quien la hubiere leído con atención. A los demás que dieron indios en todas las otras ciudades del Perú, no fueron con tantas ventajas como las dichas, porque no fue más que mejorar algunos repartimientos pobres con otros más ricos, y dar de nuevo otros a los que no los tenían; pero por pobres que eran los repartimientos, valían a ocho y a nueve y a diez mil pesos de renta. De manera que de diez repartimientos que hemos nombrado, que dieron en los Charcas, en Arequepa y en el Cozco, valieron cerca de quinientos y cuarenta mil pesos ensayados, que en ducados de Castilla son muy cerca de seiscientos y cincuenta mil ducados.

Luego que llegaron al Cozco el Arzobispo Loayza y el secretario Pedro López de Cazalla, publicaron el repartimiento hecho y leyeron la carta del Presidente a los desdichados que no les cupo nada. Y el Padre Provincial les predicó persuadiéndoles a tener paciencia; pero la que ellos mostraron fueron reniegos y blasfemias, como los autores lo dicen, particularmente con la carta del Presidente. Por otra parte se enfadaron y se admiraron de la abundancia y prodigalidad del repartimiento y la sobra de la paga a los que no la esperaban ninguna, porque es verdad que entre los nombrados que les cupo a cuarenta y cincuenta mil pesos de renta había muchos que, acordándose de las muchas hazañas que habían hecho en favor y servicio de Gonzalo Pizarro, negando al Visorrey Blasco Núñez Vela, prendiéndole y persiguiéndole hasta matarle y cortarle la cabeza y ponerla en la picota, trayendo a la memoria estas cosas y otras que habían hecho tan desacatadamente, contra el Visorrey y contra la Majestad Imperial, los más de los nombrados, y sin ellos otros muchos de los que la historia en otras partes ha nombrado, no solamente no esperaban mercedes, antes temían castigo de muerte o por lo menos de destierro de todos el Imperio, y se contentaban con que no lo echaron del Reino. Y aunque se había pregonado el perdón general a culpa y a pena, sospechaban que había sido para asegurarles y castigarles cuando la tierra estuviese asentada en paz. Y así, uno de ellos, que fue Martín de Robles, cuando le dieron la provisión de su repartimiento, y le hicieron relación de los demás repartimientos que se daban, admirado de tanta demasía de mercedes donde no las esperaban, dijo (con algún desdén) a los circunstantes: "¡Ea, ea, que tanto bien no es bien!" Quiso decir que no era bien hacer tan grandes mercedes a los que no solamente no las merecían ni esperaban ninguna, sino que antes merecían mucho castigo. Pocos meses después de esto, notificándole una sentencia de la Audiencia Real, en que le condenaban en mil pesos, que son mil y doscientos ducados, por haberse hallado

en la prisión de Blasco Núñez Vela y haber sido en favor de Gonzalo Pizarro, la cual pena y condenación se adjudicaba a Diego Álvarez Cueto, cuñado del dicho Visorrey, que puso la demanda y acusación a algunos secuaces de Gonzalo Pizarro, oyendo la sentencia dijo: "¿No me condenan en más porque prendí al virrey?" Y respondiéndole el escribano que no era más la pena, dijo: "Pues a ese precio échenme otros diez." Quedaron tan ufanos y presuntuosos de aquellas hazañas los que las hicieron, que se preciaban de ellas y se atrevían a decir cosas semejantes, y se las dijeron al mismo Presidente en su presencia, como adelante diremos algunas, mas no todas, porque no son para que queden escritas.

CAPÍTULO IV: Francisco Hernández Girón, sin razón alguna, se muestra muy agraviado del repartimiento que se hizo. Dánle comisión para que haga entrada y nueva conquista. El castigo de Francisco de Espinoza y Diego de Carvajal.

De este repartimiento tan rico y abundante de oro y plata, que fue de más de dos millones y medio, aunque uno de los autores diga que un millón y otro que un millón y cuarenta y tantos mil pesos, se ofendieron y se quejaron malamente los pretendientes, tanto porque no les hubiese cabido parte alguna, como porque se hubiese dado con tanto exceso a los que no habían conquistado la tierra ni hecho otro algún servicio en ella a Su Majestad, sino levantado al tirano y seguídole, hasta matar al Visorrey, y habérselo vendido después al Presidente. El que se mostró más quejoso, más en público y con menos razón, fue el capitán Francisco Hernández Girón, que no habiendo servido en el Perú, sino en Pasto, donde (como lo dice el Palentino en el capítulo último de la primera parte de su *Historia*) aún no tenía seiscientos pesos de renta, y habiéndole cabido en el Cozco un repartimiento llamado Sacsahuana, que había sido de Gonzalo Pizarro, que valía más de diez mil pesos de renta, se quejaba muy a descubierto de que no le hubiesen aventajado sobre todos los demás, porque le parecía merecerlo mejor que otro alguno. Con esta pasión andaba quejándose tan al descubierto y con palabras tan escandalosas, que todos las notaban por tiránicas, que olían a rebelión. Habló al Arzobispo pidiendo licencia para irse donde estaba el Presidente a quejarse de su agravio, que habiendo servido más que todos, y mereciendo el mejor repartimiento, le hubiesen dado el más ruin. El Arzobispo le reprendió las palabras escandalosas, y le negó la licencia. Entonces Francisco Hernández, con mucha libertad, tomó el camino, publicando que se iba a la Ciudad de los Reyes, a pesar de quien le pesase. Lo cual sabido por el Licenciado Cianca, que juntamente con el Arzobispo era Gobernador y justicia mayor del Cozco, le escribió una carta, aconsejándole que se volviese y no aumentase el escándalo y alboroto tan grande que en todo el Reino había, y en tantas personas tan quejosas, y con tanta y más razón que no

él. Que mirase que era perder los servicios pasados y quedar para adelante odioso con los ministros reales.

El mensajero que llevó la carta le alcanzó en Sacsahuana, cuatro leguas de la ciudad; y habiéndola leído Francisco Hernández, respondió con otra, diciendo que se iba de aquella ciudad por no hallarse en algún motín de los que temía, porque no le hiciesen los soldados cabeza y caudillo de ellos; que iba a dar aviso al Presidente de ciertas cosas que convenían al servicio de Su Majestad; y con esto dijo otras libertades que enfadaron al Oidor Cianca. El cual mandó al capitán Lope Martín (aunque el Palentino diga al capitán Alonso de Mendoza, el cual estaba entonces en los Charcas, que, como atrás se dijo, había ido al castigo de los tiranos y de los de la Mira) que con media docena de soldados, hombres de bien, fuesen en pos de Francisco Hernández, y dondequiera que lo alcanzase lo prendiese y lo volviese al Cozco. Lope Martín salió otro día con los seis compañeros, y caminando las jornadas ordinarias de aquel camino, que son a cuatro y a cinco leguas, alcanzó a Francisco Hernández en Curampa, veinte leguas de la ciudad, con astucia y cautela de hacer a dos manos: que por una parte quería dar a entender a los ministros de Su Majestad que servía a su Rey, por otra parte pretendía que los soldados quejosos del repartimiento pasado entendiesen que también lo estaba él, y que acudiría a los que ellos quisiesen hacer y ordenar de él, como lo mostró luego en la respuesta que dió al Oidor Cianca cuando se vió ante él, que, disculpándose, dijo que se había ausentado de la ciudad porque los soldados que trataban de amotinarse no le hiciesen General de ellos. El Oidor mandó encarcelarle en casa de Juan de Saavedra, que era un vecino de los principales del Cozco y, habiéndole hecho su proceso, le remitió al Presidente y le dejó ir sobre su palabra, habiéndole tomado juramento que iría a presentarse ante los superiores.

Francisco Hernández fue a la Ciudad de los Reyes. Entretúvose en el camino más de tres meses, porque el Presidente no le concedió que entrase en ella, y al cabo de este largo tiempo alcanzó la licencia para besar las manos al Presidente. El cual le recibió con aplauso, y pasados algunos días, por acudir a la inquietud de su ánimo belicoso y por echar del Reino alguna banda de los muchos soldados baldíos que en él había, le hizo merced de la conquista que llaman Chunchus, con nombre de Gobernador y Capitán General de lo que ganase y conquistase a su costa y riesgo, con condición que guardase los términos de las ciudades que confinaban con su conquista, que eran el Cozco, la Ciudad de la Paz y la de la Plata. Francisco Hernández recibió la provisión con grandísimo contento, porque se le daba ocasión de ejercitar su intención, que siempre fue de rebelarse contra él Rey, como adelante veremos. Quedóse en Rímac hasta que el Presidente se embarcó para venirse a España, como a su tiempo se dirá.

Entre tanto que el Presidente estaba haciendo el repartimiento de los indios en el valle de Apurímac, tuvo nueva el Oidor Cianca cómo el Licenciado Polo, que había ido por juez a los Charcas, enviaba presos a Francisco de Espinoza y a

Diego de Carvajal el Galán, aquellos dos personajes que después de la batalla de Huarina envió Gonzalo Pizarro a la ciudad de Arequepa y a los Charcas a lo que le convenía, y ellos hicieron las insolencias que entonces contamos; los cuales, antes de llegar al Cozco, escribieron a Diego Centeno suplicándole intercediese por ellos y le alcanzase perdón de sus culpas, que no los matasen, que se contentasen con echarlos de todo el Reino. Diego Centeno respondió que holgara mucho hacer lo que le pedían si los delitos pasados dieran lugar y entrada a su petición ante los señores jueces de la causa. Pero que habiendo sido tan atroces, particularmente la quema de los siete indios que quemaron vivos tan sin causa ni culpa de ellos, tenían cerrada la puerta de la misericordia de los superiores, y aniquilado y quitado a todos el ánimo y atrevimiento a interceder por cosas tan insolentes. Pocos días después de esta respuesta llegaron los presos al Cozco, donde los ahorcaron, y hechos cuartos los pusieron por los caminos con aplauso de indios y españoles, porque la crueldad justamente merece y pide tal paga.

CAPÍTULO V: A Pedro de Valdivia dan la Gobernación de Chile. Los capítulos que los suyos le ponen, la maña con que el Presidente le libra.

Entre los grandes repartimientos y famosas mercedes que el Presidente Gasca hizo en el valle de Apurímac, fue una la Gobernación del Reino de Chile, que la dió a Pedro de Valdivia, con título de Gobernador y Capitán General de todo aquel gran Reino, que tiene más de quinientas leguas de largo. Diole comisión para que pudiese repartir la tierra en los ganadores y beneméritos de ella, de la cual comisión usó Pedro de Valdivia larga y prósperamente, tanto que la misma prosperidad y abundancia de las riquezas causaron su muerte y la de otros ciento y cincuenta caballeros españoles que con él murieron, como lo dijimos en la primera parte, en la vida del gran Inca Yupanqui, donde adelantamos la muerte de Pedro de Valdivia, por haber sido cosa tan digna de memoria, y porque no habíamos de escribir los sucesos de aquel Reino.

Los casos presentes se cuentan porque pasaron en el Perú, como lo escribe Diego Fernández, vecino de Palencia, que es lo que se sigue, sacado a la letra con el título de su capítulo; donde se verá que las leyes humanas, unas mismas, pueden condenar y matar a unos, y salvar y dar la vida a otros, en un mismo delito. El título del capítulo, y todo él es el que se sigue:

"Capítulo noventa y cuatro. Cómo el Presidente envió a prender a Pedro de Valdivia, y de los capítulos que los de Chile le pusieron, y la forma que el Presidente tuvo para salvarle.

"Ya hizo mención la historia de la forma que Pedro de Valdivia tuvo para salir de Chile, y cómo después le dió el Presidente la conquista de aquellas provincias; pues queriéndose aprestar para la jornada, Valdivia se fue del Cuzco

para la Ciudad de los Reyes, donde se aprestó de todo lo que le era menester, y juntó lo que pudo para acabar la conquista. Y entre la gente que llevaba había algunos que habían sido desterrados del Perú, y otros a galeras por culpados en la rebelión. Y como hubo aparejado las gentes y cosas necesarias, todo lo embarcó en navíos que se hicieron a la vela desde el puerto del Callao de Lima, y Pedro de Valdivia fuese a Arequepa por tierra. Y como en este tiempo hubiesen dado noticias al Presidente de los culpados que llevaba y de algunas otras cosas que iban haciendo por el camino, y desacatos que habían tenido a ciertos mandamientos suyos, envió a Pedro de Hinojosa para que por buenas mañas le trajese preso, y díjole la manera que para hacerlo había de tener. Pedro de Hinojosa alcanzó a Valdivia en el camino, y rogóle se volviese a satisfacer al Presidente; y como no lo quisiese hacer, fuese una jornada en buena conversación con Pedro de Valdivia. El cual, yendo descuidado, así por la gente que llevaba consigo como confiado en la amistad que con Hinojosa tenía, tuvo Pedro de Hinojosa manera como lo prendió, con sólo seis arcabuceros que había llevado, y vinieron juntos al Presidente. Asimismo habían ya llegado en esta sazón algunos de Chile, de aquéllos a quien Valdivia había tomado el oro al tiempo de su venida (como tenemos contado). Estos, pues, pusieron ciertos capítulos por escrito y querellas contra Pedro de Valdivia, luego que llegó con Pedro de Hinojosa, en que le acusaban del oro que había tomado y de personas que había muerto, y de la vida que hacía con una cierta mujer, y aún de que había sido confederado con Gonzalo Pizarro y que su salida de Chile había sido para le servir en su rebelión, y de otras cosas que le achacaban, y finalmente pedían que luego les pagase el oro que les había tomado. Vióse confuso con esto el Presidente, considerando que, si condenaba a Valdivia, desviábale su viaje, que para los negocios del Perú le parecía grande inconveniente por la gente baldía que con él iba; pues probándose haber tomado el oro a aquéllos, y no se lo hacen volver y restituir, parecíale cosa injusta, contra todo derecho, y que por ello sería muy notado. Estando, pues, en esta perplejidad, inventó y halló una cierta manera de salvarle por entonces de esta restitución. Y fue que antes de dar traslado a Pedro de Valdivia de la acusación y capítulos, ni tomar sumaria información de ellos, tomó información de oficio sobre quiénes y cuántas personas habían hecho y sido en hacer y ordenar aquellos capítulos, lo cual hizo muy descuidadamente, sin que nadie advirtiese ni entendiese para qué lo hacía. Y a este efecto tomó por testigos de esta información todos los de Chile interesados, de que resultó que todos ellos habían sido en los hacer y ordenar, de manera que ninguno podía ser legítimamente testigo en su causa propia. Tomada, pues, esta información, mandó el Presidente dar traslado a Valdivia de aquellos capítulos, el cual presentó un bien largo escrito, disculpándose de todo lo que se le imponía. Y como ya en este negocio no se podía proceder a pedimento de las partes, por la falta de legítimos testigos (que ninguno había), procedió el Presidente de oficio; y no hallando, por la información de las otras cosas, ninguna averiguada ni cierta por qué debiese estorbar a Valdivia su

jornada, aunque hubo algunos indicios de lo de Gonzalo Pizarro y otras cosas, le mandó ir a hacer su viaje y proseguir su conquista, con que prometiese no llevar los culpados, reservando que se enviaría juez para satisfacer los querellosos sobre el oro que había tomado, encargando mucho a Valdivia que luego, en llegando, se lo pagase. El cual así lo prometió de hacer, y con esto Valdivia se partió luego para Chile." Hasta aquí es del Palentino, con que acaba aquel capítulo.

CAPÍTULO VI: La muerte desgraciada de Diego Centeno en los Charcas, y la del Licenciado Carvajal en el Cozco. La fundación de la Ciudad de la Paz. El asiento de la Audiencia en Los Reyes.

Después que el Presidente Gasca hizo su repartimiento de indios en el valle de Apurímac y se fue a la Ciudad de los Reyes, tomaron licencia todos los vecinos, que son los señores de vasallos del Perú, para irse a sus casas y ciudades de su morada y habitación, unos a tomar posesión de los nuevos repartimientos que les dieron, y otros a mirar por sus casas y haciendas, que con las guerras pasadas estaban todas destruidas; y aunque el Presidente no dejó dada licencia, por la prisa con que se fue de aquel valle Apurímac, se la tomaron ellos. Diego Centeno, como los demás vecinos, se fue a su casa, que la tenía en la Villa de la Plata, que hoy llaman Ciudad de la Plata, por la mucha que se ha sacado y saca de aquel cerro, su vecino, llamado Potocchí. Fué con intención de aprestarse y recoger la plata y oro que pudiese juntar de su hacienda para venirse a España y representar sus muchos servicios ante la Majestad Imperial, para que se le hiciese gratificación de ellos, porque quedó sentido y afrentado de que el Presidente no se hubiese acordado de él, habiendo tanta razón para ello. Esta determinación descubrió a algunos amigos, aconsejándose con ellos acerca de la jornada, la cual intención se supo luego por todo el Reino, por cartas que se escribieron de unas partes a otras, que escandalizaron mucho a algunos magnates, por saber que Diego Centeno venía a quejarse a España.

Algunos de ellos se le hicieron émulos, y con fingida amistad pretendieron estorbarle el camino; más viendo que no tenían razón alguna para convencerle, determinaron atajarle por otra vía más cierta y segura. Y fue que, juntándose algunos vecinos (de ellos con malicia y de ellos con ignorancia), escribieron a Diego Centeno que se viniese a la Ciudad de la Plata, donde ellos estaban, para consultar entre todos su venida a España y encomendarle algunos negocios de ellos que tratase personalmente con la Majestad Imperial. Diego Centeno se apercibió para ir a la ciudad, lo cual sabido por sus indios, que le tenían consigo en sus pueblos, le importunaron y rogaron muy encarecidamente que no fuese a la ciudad, porque le habían de matar. Diego Centeno dió entonces más prisa a su jornada por no acudir a las supersticiones y hechicerías de los indios.

En la ciudad lo recibieron con mucho regocijo y alegría los que pretendían verle en ella, y aunque algunos soldados principales de los que se hallaron con él y fueron compañeros en los alcances que Francisco de Carvajal les dió, y en las batallas de Huarina y Sacsahuana, visitándole a parte, mostraron pena y dolor de su venida, porque los indios criados de ellos, sabiendo la venida de Diego Centeno, habían dado a sus amos el mismo pronóstico que a Diego Centeno dieron sus indios, de que le habían de matar. Lo cual tomaron sus amigos por mal agüero, no sabiendo ni hallando razón ni causa porque pudiesen matarle, y lo trataron con Diego Centeno. Más él lo echó por alto, diciendo que no se debía hacer caso ni hablar en pronósticos de indios, porque eran conversaciones de demonios y mentiras suyas; más el hecho declaró presto lo que era, porque pasados cuatro días después de su llegada a la ciudad, le convidaron a un banquete solemne que hubo en casa de un hombre principal, que no hay para qué decir su nombre sino contar el hecho historialmente, sin más infamia ajena, que ya están todos allá donde cada uno habrá dado su cuenta. En el banquete dieron a Diego Centeno un bocado de ponzoña tan cubierta y disimulada, que, sin muestra de los accidentes, bascas y tormentos crueles que el tósigo suele causar, lo despachó en tres días. Lo cual se sintió y lloró en todo el Reino, por la bondad y afabilidad de Diego Centeno, que fue un caballero de los más bienquistos que hubo en aquella tierra, y compañero general de todos, porque fue uno de los que entraron con Don Pedro de Alvarado a la conquista de aquel Imperio.

Sabida en España la muerte de Diego Centeno, un hermano suyo fue a dar cuenta a Su Majestad, el Emperador Carlos Quinto de cómo era muerto, y que dejaba dos hijos naturales, un varón y una hembra, hijos de indias, que quedaban pobres y desamparados porque la merced de los indios fenecía con la muerte del padre. Su majestad mandó dar a la hija doce mil ducados castellanos de principal para su dote, y al hijo que se decía Gaspar Centeno y fue condiscípulo mío en la escuela, dieron cuatro mil pesos de renta, situados en la caja real de Su Majestad de la Ciudad de la Plata. Oí decir que eran perpetuos, aunque yo no lo afirmo, porque en aquella mi tierra nunca se ha hecho jamás merced perpetua, sino por una vida, o por dos cuando mucho.

Pocos meses después de la muerte del capitán Diego Centeno sucedió en el Cozco la del Licenciado Carvajal, que, como apuntamos atrás, falleció de una caída que dió de una ventana alta, donde le cortaron los cordeles de la escala, con que subía o bajaba; no le respetando el oficio de Corregidor que entonces tenía en aquella ciudad. Otras muertes de vecinos de menos cuenta sucedieron en otras ciudades del Perú, cuyos indios vacaron para que el Presidente tuviera más que repartir y desagraviar a los agraviados en el primer repartimiento; más ellos quedaron tan quejosos así como así, como adelante veremos, porque cada uno de ellos se imaginaba que merecía todo el Perú.

Entre tanto que en la Ciudad de la Plata y en el Cozco, y en otras partes, sucedieron las muertes y desgracias que se han referido, el Presidente Gasca

entendía en la Ciudad de los Reyes en rehacer y fundar de nuevo la Real Cancillería que en ella hoy reside. Asimismo mandó poblar la Ciudad de la Paz, como refiere lo uno y lo otro Diego Fernández Palentino, en el libro segundo de la primera parte de su *Historia*, capítulo noventa y tres, que es el que se sigue.

"Partióse Don Gerónimo de Loayza con esta carta (la carta fue la que el Presidente escribió a los soldados pretendientes que en el repartimiento de los indios quedaron sin suerte, que atrás se ha referido); fue a la ciudad del Cozco, y sobre este repartimiento sucedieron las cosas referidas en la historia de la tiranía de Francisco Hernández, cuya rebelión y desvergüenza quieren decir que tuvo origen y principio de este repartimiento. El Presidente Gasca se partió de Guaynarima para la Ciudad de los Reyes, y en el camino despachó a Alonso de Mendoza con poder de Corregidor del Pueblo Nuevo, que en Chuquiabo (en el repartimiento general) mandó fundar e intitular la ciudad de Nuestra Señora de la Paz.

"Nombróle así el Presidente por haberle fundado en tiempo de paz después de tantas guerras, y en aquel sitio porque era en medio del camino que va a Arequipa a los Charcas, que es ciento setenta leguas. Y asimismo está en el medio del camino que va del Cozco a los Charcas: que es de ciento y sesenta leguas. Y por haber tan gran distancia entre estos pueblos, tan gruesa y tanta la contratación, convino mucho en hacer allí pueblo, para escusar robos y malos casos que por aquella comarca se hacían. Habiendo, pues, hecho esta provisión, fue prosiguiendo su camino, y en diez y siete de setiembre entró en la Ciudad de los Reyes, donde fue recibido con mucho regocijo de juegos y danzas, y le recibieron de esta manera.

"Entró con el sello real, que para asentar la Audiencia en aquella ciudad el Presidente llevaba. Metieron al sello y al Presidente debajo de un rico palio, llevándole a su mano derecha. Iba metido el sello en un cofre muy bien aderezado y adornado, puesto encima de un caballo blanco, cubierto con un paño de brocado hasta el suelo, y llevaba de rienda el caballo Lorenzo de Aldana, Corregidor de la ciudad. Y a la mula del Presidente llevaba de rienda Gerónimo de Silva, Alcalde ordinario. Iba Lorenzo de Aldana y los Alcaldes, y los otros que llevaban las varas del palio, con ropas rozagantes de carmesí raso, y descubiertas las cabezas. Diéronse libreas a los de guarda (que para meter el sello y al Presidente la ciudad sacó), y para otros personajes de juegos y danzas, de seda de diversos colores. Salieron en una hermosa danza tanto danzantes como pueblos principales había en el Perú; y cada uno dijo una copla en nombre de su pueblo, representando lo que en demostración de su fidelidad había hecho, que fueron éstas:

LIMA

Yo soy la ciudad de Lima,
que siempre tuve más ley,

pues fue causa de dar cima
a cosa de tanta estima,
y contino por el Rey.

TRUJILLO

Yo también soy la ciudad,
muy nombrada de Trujillo,
que salí con gran lealtad
con gente a Su Majestad
al camino a recebillo.

PIURA

Yo soy Piura, deseosa
de servirte con pie llano,
que, como leona rabiosa,
me mostré muy animosa
para dar fin al tirano.

QUITO

Yo, Quito, con gran lealtad
aunque fuí tan fatigada,
seguí con fidelidad
la voz de Su Majestad
en viéndome libertada.

GUÁNUCO Y CHACHAPOYAS

Guánuco y la Chachapoya
te besamos pies y manos,
que por dar al Rey la joya
despoblamos nuestra Troya
trayendo los comarcanos.

GUAMANGA

Guamanga soy, que troqué
un trueque que no se hizo
en el mundo tal, ni fue
trocando la P por G:

fue Dios Aquél que lo quiso.

AREQUIPA

Yo, la villa más hermosa
de Arequipa la excelente,
lamenté solo una cosa,
que en Guarina la rabiosa
pereció toda la gente.

EL CUZCO

Ilustrísimo señor:
yo el gran Cuzco muy nombrado,
te fuí leal servidor,
aunque el tirano traidor
me tuvo siempre forzado.

LOS CHARCAS

Preclarísimo varón,
luz de nuestra oscuridad,
parnaso de perfición
desta cristiana región,
por la divina bondad.

En los Charcas floreció
Centeno, discretamente,
y puesto que no venció
fue que Dios lo permitió
por guardarlo al Presidente."

Éstas son las coplas que Diego Fernández Palentino escribe que dijeron los danzantes en nombre de cada pueblo principal de los de aquel Imperio; y según ellas son de tanta rusticidad, frialdad y torpeza, parece que las compusieron indios naturales de cada ciudad de aquéllas, y no españoles.

Volviendo a lo que este autor dice de la fundación de la Ciudad de la Paz, "que se mandó fundar en aquel sitio por la mucha distancia que había de unos pueblos de españoles, a otros, porque se excusaran los robos y malos casos que en aquella comarca se hacían," etc, decimos que fue muy acertado poblar aquella ciudad en aquel paraje, porque hubiese más pueblos de españoles, y no por escusar robos y malos casos, que por aquella comarca se hubiesen hecho,

porque la generosidad de aquel Imperio llamado Perú no se halla que la haya tenido otro Reino alguno en todo el mundo, porque desde que se ganó, que fue el año de mil y quinientos y treinta y uno, hasta hoy, que es ya fin del año de mil y seiscientos y diez cuando esto se escribe, no se sabe que en público ni en secreto se haya dicho que haya habido robo alguno, ni salteado a los mercaderes, y tratantes, con haber tantos de tan gruesas partidas de oro y plata, como cada día llevan y traen por aquellos caminos, que son de trescientas y cuatrocientas leguas de largo, y las andan con no más seguridad que la común generosidad y excelencia de todo aquel Imperio, durmiendo en los campos donde les toma la noche, sin más guarda ni defensa que la de los toldos que llevan para encerrar en ellos sus mercaderías, que cierto ha sido un caso que en las Indias y en España se ha hablado de él con mucha honra y loa de todo aquel Imperio.

Lo dicho se entiende que pasó y pasa en tiempo de paz, que en tiempo de guerra (como se ha visto en lo pasado y se verá en lo porvenir) había de todo, porque la tiranía lo manda así.

CAPÍTULO VII: Los cuidados y ejercicios del Presidente Gasca; el castigo de un motín. Su paciencia en dichos insolentes que le dijeron. Su buena maña y aviso para entretener los pretendientes.

Asentada la Audiencia en la Ciudad de los Reyes, el Presidente se ocupaba en la quietud y sosiego de aquel Imperio y en la predicación y doctrina de los naturales de él. Mandó hacer visita general de ellos, y que tasasen y diesen por escrito a cada repartimiento el tributo que habían de dar a sus amos, porque no les pidiesen más de lo que la justicia mandase. Para lo cual el Licenciado Cianca, como Oidor de Su Majestad, fue a la Ciudad de los Reyes, habiendo hecho en el Cozco un pequeño castigo de cierto motín que en él se trataba sobre el repartimiento pasado.

Ahorcó a un soldado y desterró a otros tres; y por no causar más escándalo y alteración no pasó adelante en el castigo ni en la averiguación del motín, y por la misma causa el Presidente alzó el destierro a los desterrados antes que nadie se lo pidiese, porque vió que era mejor aplacar con suavidad y blandura que irritar con aspereza y rigor a gente quejosa, mucha parte de ella con razón. El Licenciado Cianca, por provisión del Presidente Gasca, dejó en la ciudad del Cozco, por Corregidor de ella, a Juan Saavedra, un caballero muy noble, natural de Sevilla, que tenía indios en la dicha ciudad. Al Mariscal Alonso de Alvarado envió el Presidente otra provisión de Corregidor en el Pueblo Nuevo, para que tuviese particular cuidado de la población de la Ciudad de la Paz, que estos dos nombres tuvo a su principio aquella ciudad, y el Mariscal tenía cerca de ella su repartimiento de indios.

En este tiempo acudieron muchos vecinos de todas partes del Imperio a la Ciudad de los Reyes a besar las manos al Presidente, a rendirle las gracias de tantos y tan grandes repartimientos como les había dado. También acudieron muchos soldados principales que habían servido a Su Majestad, a pedir remuneración de sus servicios y satisfacción del agravio pasado, que, debiéndosele a ellos la paga, se la hubiesen dado a los que merecían pena y castigo de muerte, por haber ofendido a la Majestad Imperial. Trajeron la nueva de la muerte de Diego Centeno, Gabriel de Rojas y del Licenciado Carvajal, y de otros vecinos que habían fallecido, que, aunque el Presidente las sabía, se las pusieron delante pidiendo con gran instancia y mucha pasión que su señoría reformase los repartimientos pasados y los moderase para que todos comiesen, y no que muriesen de hambre y que los que más habían servido al tirano muriesen de ahíto y apoplejía. Lo mismo dice Gomara, en el capítulo ciento y ochenta y ocho (ya otra vez por mí alegado) por estas palabras:

"Finalmente platicaron de rogar al Presidente Gasca reconociese los repartimientos y diese parte a todos, dividiéndole aquellos grandes repartimientos o echándoles pensiones, y si no que se los tomarían ellos," etc.

Hasta aquí es de Gomara. El Presidente andaba muy congojado y fatigado de no poder cumplir ni satisfacer a tantos pretendientes con tan poco como había que proveer y repartir entre tantos y tan presuntuosos de sus méritos y servicios, que, aunque vacara en un día todo el Perú, se les hiciere poco, según la arrogancia y altivez donde encumbraban sus méritos. Más el Presidente, con su discreción, prudencia y consejo, astucia y buena maña, los entretuvo año y medio que estuvo en aquella ciudad. En este tiempo sucedieron algunos cuentos desvergonzados y descomedidos, como lo dicen los historiadores, que el buen Presidente sufrió y pasó con su prudencia y discreción, en lo cual hizo más que vencer y ganar todo aquel Imperio, porque fue vencerse a sí propio, como se verá por algunos que entonces y después acá yo oí, y los ponemos por los más decentes, que otros hubo más y más insolentes.

En aquellas aflicciones que los pretendientes con sus importunidades le causaban, queriendo el Presidente valerse de uno de sus capitanes, que yo conocí, le dijo: "Señor capitán fulano, hágame placer de desengañar esa gente y decirles que me dejen, que no tiene Su Majestad qué dárles ni yo qué proveer." El capitán respondió con mucha libertad: "Desengáñelos Vuesa Señoría que los engañó, que yo no tengo por qué desengañarlos." A esto calló el Presidente como que no le hubiese oído. Lo mismo le pasó con un soldado de menos cuenta, que le pidió con mucha instancia le gratificase sus servicios. El Presidente le dijo que no tenía qué darle, que ya estaba del todo repartido. El soldado replicó como desesperado, diciendo: "Déme Vuesa Señoría ese bonete con que ha engañado a tantos, que con él me daré por pagado y contento." El Presidente le miró y le dijo que se fuese con Dios.

Otro personaje que presumía del nombre y título de capitán, aunque no lo había sido, que yo conocí y tenía un repartimiento de indios de los comunes, que

no pasaban de siete a ocho mil pesos de renta, le dijo: “Mande Vuesa Señoría mejorarme los indios como ha hecho a otros muchos que no lo merecen como yo, que soy de los primeros conquistadores y descubridores de Chile, y que no ha sucedido cosa grande y señalada en todo este Imperio que yo no me haya hallado en servicio de Su Majestad, por donde merezco muy grandes mercedes.” Con esto dijo otras arrogancias y bravatas con mucha soberbia y presunción. El Presidente, algún tanto enfadado de su vanidad, le dijo:

“Andá, señor, que harto tenéis para quien sois, que me dicen que sois hijo de un tal de vuestra tierra,” y nombró el oficio del padre. El capitán, usando del título que no era suyo, dijo: “Miente quien se lo dijo a Vuesa Señoría y quien lo cree también.” Con esto se salió aprisa de la sala, temiendo no pusiese alguno de los presentes la mano en él por su libertad y atrevimiento. El Presidente lo sufrió todo, diciendo que mucho más debía sufrir y pasar, por agradar y servir a su Rey y señor. Demás de su paciencia, usaba con los soldados dándoles a todos esperanzas, y aún certificación de lo que les dejaba proveído, como lo dice Diego Hernández, vecino de Palencia, en el libro primero de la segunda parte de su *Historia*, capítulo tercero, por estas palabras:

“Es de saber que en todo el tiempo que el Presidente estuvo en Lima, que serían diez y siete meses, siempre acudieron muchas personas a pedir remedio de sus necesidades y gratificación de sus servicios, porque, según está dicho, eran muchos los quejosos del primer repartimiento, de los que habían sido servidores del Rey. Y en este tiempo habían vacado muchos y grandes repartimientos de indios por muerte de Diego Centeno, Gabriel de Rojas y el Licenciado Carvajal y otros vecinos que habían fallecido. Y por el consiguiente había también que proveer otras cosas y aprovechamientos, por lo cual era el Presidente de todos muy importunado y combatido, y dábase con ellos tan buena maña, que a cada uno daba contento en su respuesta. Y como estaba de camino, les decía apretadamente que rogasen a Dios le diese buen viaje, porque les dejaba puestos en buen lugar. Tenían gran cuenta los pretensores con sus criados, para tener aviso de lo que les daba. Y algunos de ellos hacían entender a capitanes y soldados con quien tenían más amistad, o que estaban de ellos prendados, que habían visto el libro del repartimiento; y a uno decían que le dejaba tal encomienda y a otro otra cosa semejante. Y hoy día creen algunos que lo hacían por sacar intereses, y que fingidamente lo componían. Otros tienen por sí que, como el Presidente era sagaz y prudente, lo escribía para aquel efecto, y que después usaba de alguna maña de descuido, para que algún criado suyo lo pudiese ver y lo tuviese por cierto, y así en secreto lo manifestase, por causa que todos quedasen contentos en su partida. Y es cierto que hoy día hay hombres que creen que a ellos se les quitó lo que el Presidente les dejó señalado, y aún se puede escribir con verdad, que alguno perdió el seso con este pensamiento. Tuvo el Presidente Gasca grande inteligencia y cuidado por llevar al Emperador mucha suma de oro y plata, y juntó un millón y medio de castellanos, que reducidos a coronas de España es más de dos millones y cien mil coronas de a

trescientos y cincuenta maravedís la corona, habiendo ya pagado grande suma que había gastado en la guerra.

"Llegado, pues, el tiempo de su partida (cosa para él muy deseada), dábase demasiada prisa, con temor no le viniese algún despacho que le detuviese, o a lo menos para que lo tomase fuera del Reino. Y acabado su repartimiento, hízole cerrar y sellar, y mandó que no se abriese ni publicase hasta que fuesen pasados ocho días que él fuese hecho a la vela. Y que de los repartimientos que dejaba proveídos, diese el Arzobispo cédula de la encomienda. Partióse de Lima para el Callao (puerto que está dos leguas de la ciudad), a veinte y cinco de enero, y el domingo siguiente, antes que se hiciese a la vela, recibió un pliego de Su Majestad, que le llegó a la sazón de España, y en él una cédula en que el Rey mandaba quitar el servicio personal.

"Vista la cédula, como sintió que la tierra estaba tan vidriosa y descontenta y llena de malas intenciones, por causa del repartimiento de Guaynarima, así por haber dejado sin suerte a muchos servidores del Rey y dado grandes repartimientos a muchos que habían sido primero del bando de Gonzalo Pizarro, como por otras causas que le movían, determinado ya en su partida, proveyó por auto que por cuanto él iba a dar relación a Su Majestad del estado de la tierra y de lo que tocaba a su servicio, que suspendía la ejecución de la cédula real, y que el servicio personal no se quitase hasta tanto que de boca fuese Su Majestad por él informado y otra cosa mandase. Y con esto, el lunes siguiente se hizo a la vela, llevando consigo todo el oro y plata que había juntado." Hasta aquí es del Palentino, con que acaba aquel capítulo.

CAPÍTULO VIII: La causa de los levantamientos del Perú. La entrega de los galeotes a Rodrigo Niño para que los traiga a España. Su mucha discreción y astucia para librarse de un corsario.

Por lo que este autor dice de la provisión que el Presidente hizo acerca de la cédula de Su Majestad del servicio personal, se ve claro y manifiesto, que las Ordenanzas pasadas y el rigor y la áspera condición del Visorrey Blasco Núñez Vela causaron el levantamiento de todo aquel Imperio y la muerte del mismo Visorrey, y tantas otras de españoles e indios como se han referido en la historia, que son innumerables. Y que habiendo llevado el Presidente la revocación de las Ordenanzas, y mediante ella y su buena maña y diligencia, haber ganado aquel Imperio y restituídosele al Emperador, no era justo ni decente a la Majestad Imperial, ni a la honra particular del Presidente innovar cosa alguna de las Ordenanzas, principalmente esta del servicio personal, que fue una de las más escandalosas y aborrecidas, y así lo dijo él mismo a algunos de sus amigos, que no la ejecutaba ni quería que se ejecutase hasta que Su Majestad lo hubiese oído viva voz porque habría visto por experiencia cuán escandalosa era aquella ordenanza, y lo había de ser siempre que se tratase de ella. Más el Demonio,

como otras veces lo hemos dicho, por estorbar la paz de aquella tierra, de la cual se causaba el aumento de la cristiandad y predicación del Santo Evangelio, procuraba de cualquier manera que pudiese que no se asentase la tierra, para lo cual impedía y anublaba la prudencia y discreción de los consejeros reales, para que no aconsejasen a su Príncipe lo que convenía a la seguridad de su Imperio, sino lo contrario, como se verá en las guerras de Don Sebastián de Castilla y de Francisco Hernández Girón, que sucedieron a las pasadas, que las levantaron, no con otro achaque sino con el de las Ordenanzas pasadas y otras semejantes, como en su lugar lo dice el mismo Diego Fernández, que lo citaremos en muchas partes.

Por cortar el hilo a un discurso tan melancólico como el de los capítulos referidos, será bien que digamos alguna cosa en particular, que sea más alentada, para que pasemos adelante no con tanta pesadumbre. Es de saber que en medio de estos sucesos llegó una carta a la Ciudad de los Reyes de Hernando Niño, regidor de la ciudad de Toledo, para su hijo Rodrigo Niño, de quien hicimos mención en el libro cuarto de la segunda parte de estos *Comentarios*, capítulo once, cuando hablamos de los sucesos desgraciados del Visorrey Blasco Núñez Vela. En la cual le mandaba su padre que, estando desocupado de las guerras contra Gonzalo Pizarro, que se partiese luego para España a tomar posesión, y gozar de su mayorazgo que un pariente suyo le dejaba en herencia.

Al Presidente y a sus ministros les pareció que este caballero, que tan leal se había mostrado en servicio de Su Majestad contra los tiranos en la guerra pasada, haría buen oficio en traer a España ochenta y seis galeotes que de los soldados de Gonzalo Pizarro habían condenado a galeras, y así se lo mandaron, poniéndole por delante que haría mucho servicio a Su Majestad y que se le gratificaría en España con lo demás que había servido en el Perú. Rodrigo Niño lo aceptó, aunque contra su voluntad, porque no quisiera venir ocupado con gente condenada a galeras. Mas como la esperanza del premio venza cualquiera dificultad, apercibió sus armas para venir como capitán de aquella gente, y así salió de la Ciudad de los Reyes con los ochenta y seis españoles condenados, y entre ellos venían seis ministriles de Gonzalo Pizarro que yo conocí, y el uno de ellos me acuerdo que se llamaba Agustín Ramírez, mestizo natural de la Imperial Ciudad de México. Todos seis eran lindos oficiales: traían sus instrumentos consigo, que así se lo mandaron, para que hiciesen salva donde quiera que llegasen y ellos se valiesen de algunos socorros que algunos caballeros principales y ricos les hiciesen por haber oído su buena música.

Con buen suceso y próspero tiempo llegó Rodrigo Niño a Panamá, que por todo aquel viaje, por ser distrito del Perú, las justicias de cada pueblo le ayudaban a guardar y mirar por los galeotes, y ellos venían pacíficos y humildes porque en aquella jurisdicción habían ofendido a la Majestad Real. Pero pasando de Panamá y Nombre de Dios dieron en huirse algunos de ellos, por no remar en galeras, y la causa fue la poca o ninguna guarda que traían, que no se la dieron a Rodrigo Niño, por parecerles a los ministros imperiales que bastaba la autoridad

de Rodrigo Niño, y también porque era dificultoso hallar quien quisiese dejar al Perú y venir por guarda de galeotes.

Con estas dificultades y pesadumbres llegó Rodrigo Niño cerca de las islas de Santo Domingo y Cuba, donde salió al encuentro un navío de un corsario francés, que entonces no los había de otras naciones, como al presente los hay. El capitán español, viendo que no llevaba armas ni gente para defenderse, y que los suyos antes les serían contrarios que amigos, acordó usar de una maña soldadesca discreta y graciosa. Armóse de punta en blanco de su coselete y celada, con muchas plumas y una partesana en la mano; y así se arrimó al árbol mayor del navío, y mandó que los marineros y la demás gente se encubriese y no pareciesen, y que solo los ministriles se pusiesen sobre la popa del navío y tocasen los instrumentos cuando viesen al enemigo cerca. Así se hizo todo como Rodrigo Niño lo ordenó, y que no perdiesen el tino de su viaje ni hiciesen caso del enemigo, el cual iba muy confiado de haber la victoria de aquel navío. Mas cuando oyeron la música real, y que no parecía gente en el navío, trocaron las imaginaciones y entre otras que tuvieron fue un pensar que aquel navío era de algún gran señor desterrado por algún grave delito que contra su Rey hubiese cometido, o que fuese desposeído de su estado por algún pleito o trampa de las que hay en el mundo, por lo cual se hubiese hecho corsario, haciendo a toda ropa. Con esta imaginación se detuvieron y no osaron acometer a Rodrigo Niño, antes se apartaron de él y le dejaron seguir su viaje. Todo esto se supo después, cuando el Presidente pasó por aquellas islas viniendo a España, que el mismo corsario lo había dicho en los puertos que tomó debajo de amistad para proveerse de lo necesario por su dinero, de que el Presidente holgó muy mucho por haber elegido tal personaje para traer los galeotes a España.

CAPÍTULO IX: A Rodrigo Niño se le huyen todos los galeotes, y a uno solo que le quedó, lo echó de sí a puñadas. La sentencia que sobre ello le dieron. La merced que el Príncipe Maximiliano le hizo.

Rodrigo Niño, habiéndose escapado del corsario con su buen ardid de música siguió su viaje, y llegó a La Habana, donde se le huyó buena parte de sus galeotes por el poco recaudo de ministros que le dieron cuando se los entregaron para que los guardase. Otros pocos se habían huido en Cartagena; lo mismo hicieron en las Islas de la Tercera, y de tal manera fue la huida de ellos, que cuando entraron por la barra de San Lúcar, ya no venían más de diez y ocho forzados, y de allí al arenal de Sevilla se huyeron los diez y siete. Con solo uno que le quedó, de ochenta y seis que le entregaron, se desembarcó Rodrigo Niño para llevarlo a la casa de la Contratación, donde los había de entregar todos, como se lo mandó el Presidente en la Ciudad de los Reyes. Rodrigo Niño entró

en Sevilla con su galeote, por el Postigo del Carbón, puerta por do siempre entra y sale poca gente.

Estando ya Rodrigo Niño en medio de la calle, viendo que no parecía gente, echó mano del galeote por los cabezones, y con la daga en la mano, le dijo: "Por vida del Emperador, que estoy por daros veinte puñaladas; y no lo hago por no ensuciar las manos en matar un hombre tan vil y bajo como vos, que, habiendo sido soldado en el Perú, no os desdeñéis de remar en una galera. ¡Hi de tal!, ¿no pudiérades vos haberos huido como lo han hecho otros ochenta y cinco que venían con vos? Andad con todos los diablos donde nunca más os vea yo, que más quiero ir solo que tan mal acompañado". Diciendo esto, le soltó con tres o cuatro puñadas que le dió, y se fue a la Contratación a dar cuenta de la buena guarda que había hecho de sus galeotes, dando por descargo que por no haberle dado ministros que guardasen los galeotes, se le habían huido, porque él solo no los podía guardar ni poner en cobro tantos forzados, los cuales antes le habían hecho merced en no haberle muerto, como pudieran haberlo hecho, para irse más a su salvo.

Los jueces de la Contratación quedaron confusos por entonces, hasta averiguar la verdad de aquel hecho. El postrer galeote, usando de su vileza, en el primer bodegón que entró descubrió a otros tan ruines como él lo que Rodrigo Niño le había dicho y hecho con él, los cuales lo descubrieron a otros y a otros, y de mano en mano llegó el cuento a los jueces de la contratación, los cuales se indignaron gravemente y prendieron a Rodrigo Niño, y el fiscal de Su Majestad le acusó rigurosamente, diciendo que había suelto y dado libertad a ochenta y seis esclavos de Su Majestad, que los pagase dando por cada uno tanta cantidad de dinero. El pleito se siguió largamente; y no valiéndole a Rodrigo Niño sus descargos, fue condenado que sirviese seis años en Orán de jinete, con otros dos compañeros a su costa, y que no pudiese volver a Indias.

Apeló de la sentencia para el príncipe Maximiliano de Austria, que asistía entonces en el gobierno de España, por la ausencia de la Majestad Imperial de su tío. Su Alteza oyó largamente a los padrinos de Rodrigo Niño, los cuales le contaron lo que le sucedió en el Perú con los tiranos que pasaron al bando de Gonzalo Pizarro, enviándolos el Visorrey Blasco Núñez Vela a prender a otros, y cuán mal lo trataron porque no quiso ir con ellos, como largamente lo cuentan los historiadores, y nosotros lo repetimos en el capítulo once del libro cuarto de esta segunda parte. Asimismo le contaron el buen ardid que usó en el mar con el corsario, y todo lo que le sucedió con los galeotes, hasta el postrero que el echó de sí y las palabras que le dijo, todo lo cual oyó el Príncipe con buen semblante, pareciéndole que la culpa más había sido de los que no proveyeron las guardas necesarias para los galeotes, y que ellos también habían sido comedidos en no haber muerto a Rodrigo Niño para huirse más a su salvo.

Los intercesores de Rodrigo Niño, viendo el buen semblante con que el Príncipe les había oído, le suplicaron tuviese por bien de favorecer al delincuente con su vista. Su Alteza lo permitió, y cuando lo vió delante de sí, le

hizo las preguntas como un gran letrado, y le dijo: "¿Sois vos el que se encargó de traer ochenta y seis galeotes y se os huyeron todos, y uno solo que os quedó, lo echasteis de vos con muy buenas puñadas que le disteis?" Rodrigo Niño respondió: "Serenísimo Príncipe, yo no pude hacer más porque no me dieron guardas que me ayudaran a guardar los galeotes, que mi ánimo, cuál haya sido en el servicio de Su Majestad, es notorio a todo el mundo. Y el galeote que eché de mí fue de lástima, por parecerme que aquel solo había de servir y trabajar por todos los que se me habían huido. Y no quería yo sus maldiciones por haberlos traído a galeras, ni pagarle tan mal por haberme sido más leal que todos sus compañeros. Suplico a Vuesa Alteza mande, como quien es, que me castiguen estos delitos, si lo son." El Príncipe le dijo: "Yo los castigaré como ellos merecen. Vos los hicisteis como caballero; yo os absuelvo de la sentencia y os doy por libre de ella, y que podáis volver al Perú cuando quisiéredes."

Rodrigo Niño le besó las manos, y años después se volvió al Perú, donde largamente contaba todo lo que en breve se ha dicho, y entre sus cuentos decía: "En toda España no hallé hombre que me hablase una buena palabra, ni de favor, sino fue el buen Príncipe Maximiliano de Austria, que Dios guarde, y aumente con grandes reinos y señoríos, amén que me trató como príncipe."

CAPÍTULO X: El segundo repartimiento se publica. El Presidente se parte para España. La muerte del Licenciado Cepeda. La llegada del Presidente a Panamá.

El Presidente Gasca, con la ansia que tenía de salir de aquel Imperio, que las horas se le hacían años, hizo todas sus diligencias para despacharse con brevedad; y por no detenerse tiempo alguno, dejó orden, como atrás lo ha dicho el Palentino, que el Arzobispo de Los Reyes diese las cédulas que dejaba hechas y firmadas de su nombre de los repartimientos que de la segunda vez dejaba proveídos. Y pareciéndole que bastaba esto, se embarcó a toda diligencia y se salió de aquel puerto, llamado el Callao, echando la bendición al Perú, que tan sobresaltado y temeroso le había tenido. Y pasados los ocho días que dejó de plazo para la publicación del repartimiento, se divulgó, como lo dice el Palentino por estas palabras, que son del capítulo cuarto del libro primero de su segunda parte. "Pasado, pues, el término que el Presidente Gasca puso para que el repartimiento se publicase, y venido el día tan deseado de los pretensores, como sazón y tiempo en que pensaban tener su remedio, todos acudieron a la sala del Audiencia, y, estando los Oidores en los estrados, se abrió el repartimiento que el Presidente había dejado cerrado y sellado, y allí fue públicamente leído. Y muchos de los que más confiados estaban salieron sin suerte, y otros que no tenían tan entera confianza, salieron con buenos repartimientos. Fué cosa de ver los que unos decían, y las malas voluntades que

otros mostraban, y la desesperación que algunos tenían, y que del Presidente blasfemaban, porque ya no les restaba esperanza de cosa alguna," etc.

Hasta aquí es del Palentino. El Presidente, que por no oír las blasfemias y vituperios había huido de aquella tierra, se dió toda la prisa que pudo por la mar para llegar a Panamá, que aún para tomar refresco no quiso tomar puerto alguno, según aborrecía la gente que dejaba. Trajo consigo preso al Licenciado Cepeda, Oidor que fue de Su Majestad en aquellos reinos y provincias; no quiso conocer de su causa, aunque pudiera, por no hacerse juez de los delitos que había dado por absueltos; remitiólo al Supremo Real Consejo de las Indias. Llegados a España se siguió su causa en Valladolid, donde entonces estaba la Corte, y el fiscal real le acusó gravemente, y, aunque Cepeda hizo su descargo disculpándose y diciendo que los demás Oidores y él habían hecho lo pasado con intención de servir a Su Majestad, porque los agraviados por las Ordenanzas no se desvergonzaran ni atrevieran, según se atrevieron por la áspera condición y demasiado rigor que en todo mostró y ejecutó el Visorrey Blasco Núñez Vela, como se había visto y notado por los sucesos pasados; sobre lo cual trajo a cuenta muchas cosas de las que la historia ha contado que el Visorrey hizo, pareciéndole que podían ser en su favor; más no le aprovecharon cosa alguna para no perder el temor, y aún la certidumbre de ser condenado a muerte con renombre de traidor. Sus deudos y amigos, viendo que no podían librarle de la muerte corporal, acordaron librarle del nombre de traidor; para lo cual dieron orden cómo en la prisión se le diese algún jarabe con que caminase más aprisa a la otra vida, y así se hizo, y la sentencia no se ejecutó en público, que aún no estaba publicada aunque ya notificada.

Todo esto se dijo en el Perú muy al descubierto, y yo lo oí allá, y después lo he oído en España a algunos indianos que hablaban en la muerte del Licenciado Cepeda; el cual, después de la muerte de Gonzalo Pizarro, hablándose una y más veces de los sucesos pasados y de su sentencia y muerte, y cómo lo habían condenado por traidor y mandado derribar sus casas, y sembrarlas de sal y poner su cabeza en la picota en una jaula de hierro, decía que él defendería el partido de Gonzalo Pizarro, que no había sido traidor contra Su Majestad, sino servídole con lealtad, deseando la conservación de aquel Imperio, y que, si le condenasen en esta defensa, que él no tenía otra cosa que perder sino la vida, que desde luego ofrecía la cabeza al cuchillo con tal que se conociese y sentenciase la causa en el Parlamento de París o en la Universidad de Bolonia o en cualquier otra que no estuviese sujeta a la jurisdicción imperial. Sospechábase que ofreciese estas defensas por defender juntamente su partido con ellas. El Doctor Gonzalo de Illescas en su *Historia Pontifical,* dice del Licenciado Cepeda casi lo mismo que hemos dicho, que es lo que se sigue:

"Entre las personas notables y señaladas para estas alteraciones del Perú tuvieron mano, y gran parte, fue uno el Licenciado Cepeda, natural de Tordesillas, uno de los Oidores que pasaron con el Virrey Blasco Núñez Vela, y no es razón callar su nombre por lo mucho que allá valió y tuvo, así en servicio

de Su Majestad, mientras estuvo en su libertad, como en compañía de Pizarro después que se apoderó tiránicamente de él y de toda la tierra. Pasóse Cepeda al campo imperial en el último artículo, cuando estaban los campos para darse la postrera batalla, y corrió peligro de muerte porque Pizarro envió tras él, y le dejaron por muerto los suyos en un pantano. Recibióle Gasca con grande amor, aunque después le puso acá en España en la cárcel real, y fue acusado ante los Alcaldes del crimen. Defendíase Cepeda por muchas y muy vivas razones; y según él se sabía bien disculpar, túvose creído que saliera de la prisión con su honor; pero por haberse muerto de su enfermedad en Valladolid en la cárcel, se quedó indecisa su causa. Yo hube en mi poder una elegantísima información de derecho que tenía hecha en su defensa, que cierto quien la viere no podrá dejar de descargarle y tenerle por leal servidor de su Rey. Fue más feliz de ingenio que dichoso en el suceso de su fortuna, porque, habiendo tenido inestimable riqueza y honor grandísimo, lo ví yo harto afligido y con necesidad en la cárcel."

Hasta aquí es de aquel Doctor, el cual, hablando de la muerte del Conde Pedro Navarro, famosísimo capitán de sus tiempos, dice lo mismo que hemos dicho de la muerte del Licenciado Cepeda, que el alcaide que lo tenía preso, que era grande amigo suyo, le ahogó en la cárcel "porque no le degollasen con renombre de traidor, habiendo ganado todo el Reino de Nápoles", etc. Permite la fortuna que en diversas partes del mundo sucedan unos casos semejantes a otros, porque no falte quien ayude a llorar a los desdichados.

El Presidente Gasca llegó a salvamento a la ciudad de Panamá con más de un millón y medio de oro y plata que traía a España para Su Majestad, sin otro tanto, y mucho más, que traían los particulares pasajeros que con él venían. Sucedióle en aquel puerto un caso extraño, que los historiadores cuentan; y porque Agustín de Zárate lo dice más claro y pone las causas de aquel malhechor, que fue una de las Ordenanzas de las cuales la historia ha dado cuenta, que parece que en todas partes causaron escándalo, motín y levantamiento, diremos lo que él dice del principio de esta rebelión, y luego sacaremos de todos los tres autores la sustancia y la verdad del hecho y la cantidad del robo y saco de oro, plata y otras cosas que en aquella ciudad saquearon los Contreras, que, si se contentaran con la presa, y supieran ponerla en cobro para gozarla, ellos habían vengado su injuria con muchas ventajas. Más la mocedad y poca práctica en la milicia causó que lo perdiesen todo, y la vida con ello, como lo dirá la historia. Agustín de Zárate dice lo que se sigue, sacado a la letra de su libro séptimo de la *Historia del Perú*, capítulo doce, el cual con su título es el que se sigue; y en nuestros *Comentarios* será el onceno.

CAPÍTULO XI: De lo que sucedió a Hernando y a Pedro de Contreras, que se hallaron en Nicaragua y vinieron en seguimiento del Presidente.

"En el tiempo que Pedro Arias Dávila gobernó y descubrió la provincia de Nicaragua, casó una de sus hijas, llamada doña María Peñalosa, con Rodrigo de Contreras, natural de la ciudad de Segovia, persona principal y hacendado en ella; y por muerte de Pedro Arias quedó la gobernación de la provincia a Rodrigo de Contreras, a quien Su Majestad proveyó de ella por nombramiento de Pedro Arias, su suegro, atento sus servicios y méritos; el cual gobernó algunos años, hasta tanto que fue proveída nueva Audiencia que residiese en la Ciudad de Gracias a Dios, que se llama, de los Confines de Guatimala. Y los Oidores no solamente quitaron el cargo a Rodrigo de Contreras, pero ejecutando una de las Ordenanzas de que arriba está tratado, por haber sido Gobernador, le privaron de los indios que él y su mujer tenían, y de todos los que había encomendado a sus hijos en el tiempo que le duró el oficio, sobre lo cual vino a estos Reinos, pidiendo remedio del agravio que pretendía habérsele hecho, representando para ello los servicios de su suegro y los suyos propios. Y Su Majestad y los señores del Consejo de las Indias determinaron que se guardase la ordenanza, confirmando lo que estaba hecho por los Oidores. Sabido esto por Hernando de Contreras y Pedro de Contreras, hijos de Rodrigo de Contreras, sintiéndose mucho del mal despacho que su padre traía en lo que había venido a negociar, como mancebos livianos determinaron de alzarse en la tierra, confiados en el aparejo que hallaron en un Juan Bermejo y en otros soldados sus compañeros, que habían venido del Perú, parte de ellos descontentos porque el Presidente no les había dado de comer remunerándoles lo que le habían servido en la guerra de Gonzalo Pizarro, y otros que habían seguido al mismo Pizarro y por el Presidente habían sido desterrados del Perú. Y éstos animaron los dos hermanos para que emprendiesen este negocio, certificándoles que si con doscientos o trescientos hombres de guerra que allí le podían juntar aportasen al Perú, pues tenían navíos y buen aparejo para la navegación, se les juntaría la mayor parte de la gente que allá estaba descontenta por no haberles gratificado el Licenciado de la Gasca sus servicios. Y con esta determinación comenzaron a juntar gente y armas secretamente y cuando se sintieron poderosos para resistir la justicia comenzaron a ejecutar su propósito y pareciéndoles que el Obispo de aquella provincia había sido muy contrario a su padre en todos los negocios que se habían ofrecido, comenzaron de la venganza de su persona, y un día entraron ciertos soldados de su compañía a donde estaba el Obispo jugando el ajedrez, y le mataron, y luego alzaron bandera, intitulándose el Ejército de la libertad; y tomando los navíos que hubieron menester, se embarcaron en el Mar del Sur, con determinación de esperar la venida del Presidente y prenderle y robarle en el camino, porque ya sabían que se aparejaba para venirse a Tierra Firme con toda la hacienda de Su Majestad, aunque primero les pareció que debían ir a Panamá, así para certificarse del estado de los negocios, como porque desde allí estarían en tan buen paraje, y aunque mejor, para navegar la vuelta del Perú, que desde Nicaragua. Y habiéndose embarcado cerca de trescientos hombres, se vinieron al puerto de Panamá; y antes que surgiesen en él, se certificaron de ciertos

estancieros que prendieron, de todo lo que pasaba, y cómo el Presidente era ya llegado con toda la hacienda real y con otros particulares que traía, pareciéndoles que su buena dicha les había traído la presa a las manos. Esperaron que anocheciese, y surgieron en el puerto muy secretamente, y sin ningún ruido, creyendo que el Presidente estaba en la ciudad y que sin ningún riesgo ni defensa podrían efectuar su intento," etc.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Gomara, habiendo dicho casi lo mismo, dice lo que se sigue, capítulo ciento y noventa y tres: "Los Contreras recogieron los pizarristas que iban huyendo de Gasca y otros perdidos y acordaron hacer aquel asalto por enriquecer, diciendo que aquel tesoro y todo el Perú era suyo, y les pertenecía como a nietos de Pedrarias de Ávila, que tuvo compañía con Pizarro, Almagro y Luque, y los envió y se alzaron. Color malo, empero bastante para traer ruines a su propósito. En fin ellos hicieron un salto y hurto calificado, si con él se contentaran," etc.

Hasta aquí es de Gomara. Los Contreras entraron en Panamá de noche, y dentro en la ciudad, en casa del doctor Robles, y en cuatro navíos que estaban en el puerto, tomaron ochocientos mil castellanos, de los del Rey, y de los de particulares, como lo dice el Palentino, capítulo octavo, y en casa del tesorero hallaron otros seiscientos mil pesos que se habían de llevar al Nombre de Dios, como lo dice Gomara, capítulo ciento y noventa y tres; sin esta cantidad de oro y plata robaron en Panamá muchas tiendas de mercaderes ricos, donde hallaron mercaderías de España en tanta abundancia, que ya les daba hastío por no poderlas llevar todas. Enviaron un compañero, llamado Salguero, con una escuadra de arcabuceros, que fuese por el camino de las Cruces al río de Chagre; porque supieron que por aquel camino habían llevado mucho oro y plata al Nombre de Dios. Salguero halló setenta cargas de plata, que aún no la habían embarcado. Envióla toda a Panamá, que valía más de quinientos y sesenta mil ducados, de manera que sin las mercaderías y perlas, joyas de oro y otros ornamentos que en aquella ciudad saquearon, hubieron casi dos millones de pesos en oro y plata que el Presidente y los demás pasajeros llevaban, que, como iban sin sospecha de corsarios, ni de ladrones, llevaron consigo parte de su oro y plata y otra gran parte dejaron en Panamá para que la llevasen poco a poco al Nombre de Dios, porque de un camino ni de cuatro ni de ocho no se podía llevar, porque como dice Gomara en el capítulo alegado, pasaban de tres millones de pesos en oro y plata que llevaban el Presidente y los que con él iban.

Toda esta suma de riqueza y prosperidad que la fortuna les dió en tanta abundancia, y en tan breve tiempo perdieron aquellos caballeros mozos por dar en disparates y locuras que la mocedad suelen causar. Y también ayudó a los desatinos que después de esta presa hicieron la ansia tan vana que Juan Bermejo y sus compañeros los pizarristas tenían de ver a sus manos al Presidente Gasca, para vengarse en su persona de los agravios que les había hecho, según ellos se quejaban, los unos de mala paga y los otros de demasiado castigo. Y por grande encarecimiento decían, que habían de hacer pólvora de él, porque la habían

menester y porque había de ser muy fina, según la astucia, rigor y engaño de tal hombre. Y cierto ellos se engañaron en estas locas imaginaciones, porque mayor castigo y tormento fuera para el Presidente, y para ellos mayor venganza, que lo enviaran vivo y sin el oro y plata que traía, que fue la mayor de las victorias que en el Perú alcanzó.

CAPÍTULO XII: Las torpezas y bisoñerías de los Contreras, con las cuales perdieron el tesoro ganado y sus vidas. Las diligencias y buena maña de sus contrarios para el castigo y muerte de ellos.

La buena fortuna del Licenciado Gasca, viéndole en el estado que se ha referido, ofendida de que el atrevimiento de unos mozos bisoños y la desesperación de unos tiranos perdidos tuviesen en tal estado y miseria a quien ella tanto había favorecido en la ganancia y restitución de un Imperio tal y tan grande como el Perú, queriendo volver por su propia honra y continuar el favor y amparo que al Presidente había hecho, dió en valerse de la soberbia e ignorancia que estos caballeros cobraron con la buena suerte que hasta allí habían tenido, y la trocaron en ceguera y torpeza de su entendimiento, de manera que, aunque muchos de aquellos soldados habían conocido en el Perú a Francisco de Carvajal, y seguido su soldadesca, en esta jornada y ocasión se mostraron tan bisoños y torpes, que ellos mismos causaron su destrucción y muerte. Y la primera torpeza que hicieron fue que habiendo ganado a Panamá y todo el saco que en ella hubieron, prendieron muchos hombres principales, y entre ellos al Obispo y al tesorero de Su Majestad y a Martín Ruíz de Marchena y a otros regidores, y los llevaron a la picota para ahorcarlos, y lo hiciera con mucho gusto al maese de campo Juan Bermejo sino se lo estorbara Hernando de Contreras, de lo cual se enojó muy mucho Juan Bermejo, y le dijo que pues era en favor de sus enemigos y en disfavor de sí propio y de sus amigos, pues no consentía que matasen a sus contrarios, no se espantase que otro día ellos lo ahorcasen a él y a todos los suyos.

Estas palabras fueron un pronóstico que se cumplió en breve tiempo. Contentóse Hernando de Contreras con tomarles juramento que no les serían contrarios en aquel hecho, sino favorables, como si el hecho fuera en servicio de Dios y del Rey y en beneficio de los mismos ciudadanos, lo cuál fue otro buen desatino. Asimismo se dividieron en cuatro cuadrillas los soldados, que eran tan pocos que apenas pasaban de doscientos y cincuenta. Los cuarenta de ellos se quedaron con Pedro de Contreras, para guardar los cuatro navíos que trajeron y otros cuatro que ganaron en el puerto. Hernando de Contreras, como se ha dicho, envió a Salguero con otros treinta soldados al Río de Chagre, a tomar la plata que allí robaron, y él se fue con otros cuarenta soldados por el camino de Capira

a prender al Presidente y saquear a Nombre de Dios, que le parecía hacer lo uno y lo otro con facilidad, por hallarlos descuidados.

Juan Bermejo se quedó en guarda de Panamá con otros ciento y cincuenta soldados, y entre otras prevenciones que hizo, tan torpes y necias como las referidas fue, como lo dice el Palentino, dar en depósito todo el saco que habían hecho a los mercaderes y a otras personas graves que tenían presos, mandándoles que se obligasen por escrito a que se lo volverían a él o a Hernando de Contreras cuando volviese de Nombre de Dios. Proveyeron estos disparates imaginándose que sin tener contraste alguno, eran ya señores de todo el Nuevo Mundo. Mandó tomar todas las cabalgaduras que en la ciudad hubiese, para ir con toda su gente en pos de Hernando de Contreras, para socorrerle si le hubiese menester. Y así salió de la ciudad con toda brevedad, dejándola sola, pensando que quedaba tan segura como si fuera su casa, que fuera mejor embarcar en sus navíos la presa y saco que de oro y plata, joyas y mercaderías y otros ornamentos habían hecho, y se fueran con ello donde quisieran, y dejaran al Presidente y a los suyos totalmente destruidos y aniquilados. Más ni ellos merecieron gozar el bien que tenían, ni el Presidente pasar el mal y daño que se le ofrecía. Y así volvió por él su buena fortuna, como presto veremos.

Luego que amaneció, los que escaparon del saco y de la presa de la noche pasada, que uno de ellos fue Arias de Acevedo, de quien la historia ha hecho mención, despachó a toda diligencia un criado suyo a Nombre de Dios, a dar aviso al Presidente Gasca de lo que los tiranos habían hecho en Panamá, que aunque la relación no fue de todo lo sucedido, porque no se la pudo dar, a lo menos fue parte para que el Presidente y todos los suyos se apercibiesen y no estuviesen descuidados. Por otra parte los de la ciudad, así los que huyeron de ella como los que Juan Bermejo dejó en su buena confianza y amistad, pues quedaron por depositarios de todo lo que saquearon, viendo que con todos sus soldados se había ido de ella cobraron ánimo de verlos divididos, y se convocaron unos a otros; repicaron las campanas, y a toda diligencia fortificaron la ciudad, así por la parte del mar, porque Pedro de Contreras no los acometiese, como por la parte del camino de Capira, para que si los enemigos volviesen no pudiesen entrar en ella con facilidad.

Al ruido de las campanas acudieron de las heredades que llaman estancias muchos estancieros españoles con las armas que tenían, y muchos negros al socorro de sus amos, y en breve tiempo se hallaron más de quinientos soldados, entre blancos y prietos, con determinación de morir en defensa de su ciudad. Dos soldados de los de Juan Bermejo, que por falta de cabalgaduras no habían ido con su capitán, viendo el ruido de la gente se huyeron, y fueron a dar aviso a su maese de campo de cómo la ciudad se había rebelado y reducídose al servicio de Su Majestad, de lo cual avisó luego Juan Bermejo a Hernando de Contreras, diciéndole que él se volvía a Panamá a hacer cuartos a aquellos traidores, que no habían guardado la fidelidad de su juramento. Parecíale que le sería tan fácil el ganar la segunda vez, como lo fue la primera. Más sucedióle en contra, porque

los de la ciudad (porque no se la quemasen, que lo más de ella es de madera) salieron a recibirle al camino y, hallando a Juan Bermejo fortalecido en un recuesto alto, le acometieron con grande ánimo y valor, corridos y afrentados de los vituperios que en ellos había hecho hallándolos dormidos. Y queriéndose vengar, pelearon varonilmente y, aunque del primer acometimiento no se reconoció ventaja de ninguna de las partes, pelearon segunda vez, y los de la ciudad, como gente afrentada, deseosos de vengar sus injurias, acometieron como desesperados; y aunque los enemigos pelearon con mucho ánimo, al cabo fueron vencidos y muertos la mayor parte de ellos, por la multitud de blancos y negros que sobre ellos cargaron, entre los cuales murió Juan Bermejo, y Salguero, y más de otros ochenta. Prendieron casi otros tantos, y los llevaron a la ciudad, y teniéndolos atados en un patio, entró el alguacil mayor de ella (cuyo nombre es bien que se calle), y con dos negros que llevaba los mató a puñaladas, dando los tristes grandes voces y gritos pidiendo confesión. Un autor, que es el Palentino, capítulo décimo, dice que por haber muerto sin ella los enterraron a la orilla del mar.

La nueva de este mal suceso corrió luego por la tierra, y llegó a oídos de Hernando de Contreras; el cual, con el aviso que Juan Bermejo le había enviado, se volvía a Panamá. Viéndose ahora perdido y desamparado de todas partes (como desesperado), despidió los suyos, diciéndoles que cada uno procurase salir a la ribera del mar, que su hermano Pedro de Contreras los acogería en sus navíos, y que él pensaba tomar el mismo viaje, y así se apartaron unos de otros. Pocos días después, andando los del Rey a caza de ellos, por aquellas montañas, pantanos y ciénagas, en una de ellas hallaron ahogado a Hernando de Contreras. Cortáronle la cabeza, y la llevaron a Panamá. Los suyos, aunque estaba desfigurada, la conocieron, porque con ella llevaron el sombrero que solía traer, que era particular, y un agnusdéi[44] de oro que traía al cuello.

Pedro de Contreras, su hermano, viendo el mal suceso de Juan Bermejo y su muerte y la de todos los suyos, no sabiendo qué hacer, procuró escaparse por el mar. Más los vientos, ni las aguas, ni la tierra quisieron favorecerle, que todos los tres elementos se mostraron enemigos. Procuró huirse en sus bateles, desamparando sus navíos, y así fue en ellos sin saber a dónde, porque todo el mundo le era enemigo. Los de la ciudad armaron otras barcas y cobraron sus navíos y los ajenos, y fueron en pos de Pedro de Contreras, aunque a tiento, porque no sabían a dónde iban. Andando en rastro de ellos, hallaron por las montañas algunos de los huidos, que también se habían dividido y derramado por diversas partes, como hicieron los de Hernando de Contreras. De Pedro de Contreras no se supo qué hubiese sido de él; sospechóse que indios de guerra o tigres y otras salvajinas, que las hay muy fieras por aquella tierra, le hubiesen muerto y comídoselo, porque nunca más hubo nueva de él.

Este fin tan malo y desesperado tuvo aquel hecho, y no se podía esperar de él otro suceso porque su principio fue con muerte de un Obispo, cosa tan

[44] Relicario.

horrenda y abominable. Y aunque algunos después quisieron disculpar a los matadores, dando por causas la mala condición y peor lengua del Obispo que forzasen a quitarles la vida, no basta disculpa ninguna para hacer un hecho tan malo. Y así lo pagaron ellos como se ha visto.

CAPÍTULO XIII: El Presidente cobra su tesoro perdido, castiga a los delincuentes, llega a España, donde acaba felizmente.

El Licenciado Gasca, que tuvo en la Ciudad de Nombre de Dios la nueva de la venida de los Contreras y el robo y saco que en Panamá habían hecho, de que se afligió grandemente, considerando que para el fin de su jornada se le hubiese guardado un caso tan extraño y un peligro como lo dice un autor, tan no pensado y que no se había podido prevenir por diligencias ni otro medio alguno, procuró poner en cobro lo mejor que pudo el tesoro que consigo llevaba. Apercibió la gente que con él había ido y la que había en aquella ciudad, para volver a Panamá y cobrar lo perdido y castigar los salteadores, aunque, mirándolo como tan discreto y experimentado en toda cosa, le parecía que ya se habrían ido y puesto en cobro el saco. Más con todo eso, por hacer de su parte lo que convenía, pues en todo lo pasado no había perdido ocasión ni lance, salió de Nombre de Dios a toda diligencia, con la gente y armas que pudo sacar, y a la primera jornada de su camino tuvo nueva del buen suceso de Panamá y de la muerte de Juan Bermejo, y Salguero, y de la huída de Hernando de Contreras por las montañas, y la de su hermano por el mar, con lo cual se consoló el buen Presidente y siguió su camino con todo aliento y regocijo, dando gracias a Nuestro Señor (como lo dice Gomara) por "cosas tan señaladas como dichosas para su honra y memoria", etc.

Llegó el Presidente a Panamá con más victoria que tuvieron todos los grandes del mundo, porque sin armas, ni otra milicia, consejo ni aviso, sólo con el favor de su buena dicha, venció, mató, y destruyó a sus enemigos, que tan crueles le fueran, si no hubieran sido tan locos y necios. Cobró el tesoro perdido, pidiéndolo a los depositarios que lo tenían en guarda; quedó con mucha ganancia de oro y plata, porque como los corsarios habían hecho a toda ropa, así a la del Rey como a la de los pasajeros y ciudadanos, el Presidente la mandó secuestrar toda por de Su Majestad y que los particulares que pretendiesen tener allí su hacienda, lo probasen, o diesen las señas que sus barras de plata y tejos de oro traían, porque ha sido costumbre muy antigua en aquel viaje del Perú, poner los pasajeros, con un cincel, cifras u otras señales en las barras de plata y oro que traen, porque sucede dar un navío al través en la costa, y por estas señales cada uno saca lo que es suyo, que yo hice lo mismo en esta miseria que traje, y por eso lo certifico así. Los que mostraron las señas y probaron por ellas lo que era suyo, lo cobraron, y los que no tuvieron señas lo perdieron, y todo se aplicó para el Rey; de manera que el Presidente antes ganó que perdió en la revuelta,

que así suele acaecer a los favorecidos de la fortuna. El Presidente, habiendo recogido el tesoro, mandó castigar los delincuentes que se atrevieron a tomar de las barras que trajo Salguero, que aunque no eran de los que vinieron con los Contreras, la revuelta de la ciudad les dió atrevimiento a que tomasen de la presa lo que pudiesen hurtar. A unos azotaron y a otros sacaron a la vergüenza, de manera que todos los tiranos y parte de los no tiranos fueron castigados, porque a río revuelto quisieron ser pescadores.

La cabeza de Hernando de Contreras mandó el Presidente poner en la picota en una jaula de hierro, con su nombre escrito en ella, que de los enemigos no castigó ninguno el Presidente, que cuando él volvió a Panamá los halló a todos muertos. Hecho el castigo, con toda brevedad se embarcó para venirse a España, como lo dice el Palentino por estas palabras, capítulo diez de su segunda parte:

"Así que el Presidente Gasca, con las demás sus buenas fortunas que en España y Perú le habían sucedido, terció con este próspero suceso, donde cobró el robo tan calificado que se le había hecho, con otra infinita suma de particulares; el cual, con todo aquel tesoro, se embarcó para España, y llegado en salvamento, fue a informar a Su Majestad (que estaba en Alemania) habiéndole dado ya el Obispado de Palencia, que había vacado por muerte de Don Luis Cabeza de Vaca, de buena memoria, en el cual residió hasta el año de sesenta y uno, que el católico Rey Don FELIPE nuestro señor le dió el Obispado de Sigüenza, y le tuvo hasta el mes de noviembre de sesenta y siete, que, estando en Sigüenza, fue Dios servido llevarle de esta presente vida."

Hasta aquí es del Palentino. Francisco López de Gomara dice lo que se sigue, capítulo ciento noventa y tres: "Embarcóse Gasca, con tanto, en el Nombre de Dios, y llegó a España por julio del año de mil y quinientos cincuenta, con grandísima riqueza para otros, y reputación para sí. Tardó en ir y venir y hacer lo que habéis oído poco más de cuatro años. Hízolo el Emperador Obispo de Palencia, y llamólo a Augusta, de Alemania, para que le informase a boca, y entera y ciertamente de aquella tierra y gente del Perú."

Hasta aquí es de Gomara con que acaba aquel capítulo. Y aunque en él dice este autor que el Presidente Gasca peleó con los tiranos y los venció, lo dice porque su buena fortuna los rindió y le dió la victoria ganada y cobrado el tesoro que tenía perdido, que el Presidente nunca los vió ni vivos ni muertos. Como se ha dicho acabó aquel insigne varón, digno de eterna memoria, que con su buena fortuna, maña, prudencia y consejo, y las demás sus buenas partes, conquistó y ganó de nuevo un Imperio de mil y trescientas leguas de largo, y lo restituyó al Emperador Carlos Quinto con todo el tesoro que de él traía.

CAPÍTULO XIV: Francisco Hernández Girón publica su conquista, acuden muchos soldados a ella, causan en el Cozco un gran alboroto y motín, apacíguase por la prudencia y consejo de algunos vecinos.

Dejando al buen Presidente Gasca, Obispo de Sigüenza, sepultado en sus trofeos y hazañas, nos conviene dar un salto largo y ligero desde Sigüenza hasta el Cozco, donde sucedieron cosas que contar; para lo cual es de saber, que con la partida del Presidente Gasca para España se fueron todos los vecinos a sus ciudades y casas, a mirar por sus haciendas, y el General Pedro de Hinojosa fue uno de ellos, y el capitán Francisco Hernández Girón fue al Cozco con la provisión que le dieron para hacer su entrada. Por el camino la fue publicando, y envió capitanes, que nombró, para hacer gente en Huamanca y en Arequepa y en el Pueblo Nuevo. Y él apregonó en el Cozco su conducta y provisión con gran solemnidad de trompetas y atabales, a cuyo ruido y fama acudieron más de doscientos soldados de todas partes, porque el capitán era bienquisto de ellos. Viéndose tantos juntos, dieron en desvergonzarse y hablar con libertad sobre todo lo pasado, vituperando al Presidente y a los demás Gobernadores que en todo aquel Imperio dejó, y fue esta desvergüenza de manera que, sabiendo los vecinos muchas cosas de ella, platicaron con Juan de Saavedra, Corregidor que entonces era de aquella ciudad, que tratase con Francisco Hernández que apresurase su viaje, por verse libre de soldados, que aunque el capitán tenía en su casa algunos de ellos, los demás se derramaron por casas de los demás vecinos y moradores, aunque el Palentino, hablando en este particular, capítulo cuarto, dice que "los vecinos mostraban pesar, así por sus intereses, como porque sacaban los soldados de la tierra, considerando que si Su Majestad alguna cosa proveyese en su perjuicio le podrían responder con soldados, como otras veces lo habían hecho, y que sin ellos estaban acorralados," etc.

Cierto yo no sé quién pudo darle esta relación, ni quien pudo imaginar tal cosa; porque a los vecinos mucho mejor les estaba que echaran todos los soldados de la tierra a semejantes conquistas que tenerlos consigo, porque no tuvieran a quién mantener y sustentar a su costa, que muchos vecinos tenían cuatro y cinco y seis y siete soldados en sus casas, y los mantenían a sus mesa a comer y a cenar, y les daban de vestir y posada y todo lo necesario. Otros vecinos había que no tenían ni un soldado, que de los unos y de los otros pudiéramos nombrar algunos, pero no es razón hablar en perjuicio ajeno. Y decir aquel autor que a los vecinos les pesaba de que echasen los soldados de la tierra, no sé cómo se pueda creer, siendo público y notorio lo que hemos dicho, que los vecinos gastaban con ellos sus haciendas. Aquel historiador no debió de hallarse personalmente en muchas cosas de las que escribe, sino que las escribió y compuso de relación ajena, porque en algunas cosas se las daban equivocadas y contradictorias, y con tanta plática de motines en cada cosa, que hay más motines en su historia que columnas de ella, que todo es hacer traidores a todos

los moradores de aquel Imperio, así vecinos como soldados, todo lo cual dejaremos aparte como cosa no necesaria para la historia, y diremos la sustancia de todo lo que pasó, porque yo me hallé en aquella ciudad cuando Francisco Hernández y sus soldados hicieron este primer alboroto, de que luego daremos cuenta. Y también me hallé al segundo motín que pasó tres años después, y estuve tan cerca de todos ellos que lo ví todo, y ellos no hacían caso de mí, porque era de tan poca edad que no había salido, ni aún llegado, al término de la edad de muchacho. Y así diré llanamente lo que ví y oí a mi padre y a otros muchos que en nuestra casa platicaban estas cosas y todas las que sucedieron en aquel Imperio.

Los soldados, como decíamos, se mostraron tan insolentes y soberbios, que se ordenó que en público se tratase del remedio. Y como ellos lo sintieron, platicaron con su capitán, y entre todos trataron que no se dejasen hollar, pues la provisión que tenían era del Presidente Gasca para hacer aquella conquista, que estaban libres y exentos de cualquier otra jurisdicción, y que el Corregidor no la tenía sobre ellos, ni podía mandarles nada, ni ellos tenían obligación a obedecerle.

Este alboroto pasó tan adelante, que los soldados se juntaron todos con sus armas en casa de Francisco Hernández. Y la ciudad y el Corregidor mandaron tocar armas, y los vecinos y muchos parientes de ellos, y otros soldados que no eran de la entrada, y muchos mercaderes ricos y honrados, se juntaron en la plaza con sus armas y formaron un escuadrón en ella; y los contrarios formaron otro en la calle de su capitán, bien cerca de la plaza, y así estuvieron dos días y dos noches con mucho riesgo de romper unos con otros, y sucediera el hecho, si no es que los hombres prudentes y experimentados, que estaban lastimados de las miserias pasadas, trataron de concertarlos, y así acudieron unos al Corregidor y otros a Francisco Hernández Girón, para que se viesen y tratasen del negocio. Los principales fueron Diego de Silva, Diego Maldonado el Rico, Garcilaso de la Vega, Vasco de Guevara, Antonio de Quiñones, Juan de Berrio, Jerónimo de Loayza, Martín de Meneses, Francisco Rodríguez de Villafuerte (el primero de los trece que pasó la raya que el Marqués Don Francisco Pizarro hizo con la espada). Con ellos fueron otros muchos vecinos, y persuadieron al Corregidor que aquella revuelta no pasase adelante, porque sería destrucción de toda la ciudad y aún de todo el Reino. Lo mismo dijeron a Francisco Hernández, y que mirase que perdía todos sus servicios y que dejaba de hacer su conquista, que era a lo que a su honra y estado más le convenía. En fin, concertaron que él y el Corregidor se viesen en la Iglesia Mayor; más los soldados de Francisco Hernández no consintieron que fuese sin que les dejasen rehenes de que se lo volverían libre. Quedaron cuatro de los vecinos por rehenes, que fueron Garcilaso, mi señor, y Diego Maldonado y Antonio de Quiñones y Diego de Silva.

Las dos cabezas se vieron en la iglesia, y Francisco Hernández se mostró tan libre y desvergonzado que el Corregidor estuvo por prenderle, si no temiera

que los soldados habían de matar a los que tenían por rehenes, y así templó su enojo, porque Francisco Hernández no fuese escandalizado, y le dejó ir a su casa; y aquella tarde se volvieron a ver debajo de los mismos rehenes, donde Francisco Hernández, habiendo considerado los malos sucesos que aquel motín podía causar, y habiéndolos consultado en particular con algunos amigos suyos, estuvo más blando y cometido y más puesto en razón, y concertaron que otro día siguiente se viesen más despacio para concluir lo que en aquel negocio se debía hacer; y así se volvieron a juntar, y habiendo pasado muchos requerimientos, protestaciones y otros autos y ceremonias judiciales, se concertó que por bien de paz Francisco Hernández despidiese los soldados, y entregase al Corregidor ocho de ellos, que habían sido más insolentes, más desvergonzados, y que habían tirado con sus arcabuces al escuadrón del Rey, aunque no habían hecho daño; y que él, por el motín y escándalo que su gente había dado, fuese a dar cuenta a la Audiencia Real.

Esto se concertó y prometió con juramento solemne de ambas partes, y se asentó por escrito que el Corregidor le dejaría ir libre debajo de su palabra y pleito homenaje. Con esto se volvió Francisco Hernández a su casa, y dió cuenta a sus soldados del concierto, los cuales se alteraron de manera que si él mismo no lo estorbara, con promesas y palabras que les dió, cerraran con el escuadrón de Su Majestad, que fuera de grandísimo mal y daño para los del Reino, porque los soldados eran doscientos y no tenían qué perder, y los de la ciudad casi ochenta de ellos eran señores de vasallos y los que no lo eran, eran mercaderes, y hombres ricos y hacendados. Fué Dios servido estorbarlo por las oraciones, rogativas y promesas que los religiosos y sacerdotes seglares y las mujeres y personas devotas hicieron, aunque el alboroto de ambas partes fue mayor, porque aquella noche estuvieron todos en armas con centinelas. Más luego otro día, viendo el Corregidor que no había despedido Francisco Hernández la gente, le envió a mandar con protestaciones y requerimientos que pareciese ante él. Francisco Hernández, viendo que si sus soldados supiesen que iba ante el Corregidor no le habían de dejar salir de su casa, y que se habían de desvergonzar del todo, salió disimuladamente con una ropa de levantar, para dar a entender que iba a hablar con alguno de sus vecinos, y así fue hasta la casa del Corregidor, el cual le prendió luego y mandó echarle prisiones. Su gente, luego que lo supo, se derramó y huyó por diversas partes, y los más culpados, que fueron ocho, se retiraron al Convento de Santo Domingo, y en la torre del campanario se hicieron fuertes, y aunque los cercaron y combatieron muchos días no quisieron rendirse, porque el combate no llegaba a dañarles, por ser la torre angosta y fuerte, hecha del tiempo de los Incas; y por estos atrevidos, aunque la torre no lo merecía, la desmocharon y dejaron rasa, porque otros no se atreviesen a desvergonzarse en ella como los pasados, los cuales se rindieron y fueron castigados, no con el rigor que sus desvergüenzas merecían.

CAPÍTULO XV: Húyense del Cozco Juan Alonso Palomino y Jerónimo Costilla. Francisco Hernández Girón se presenta ante la Audiencia Real; vuelve al Cozco libre y casado; cuéntase otro motín que en ella hubo.

Ahuyentados los soldados, y Francisco Hernández Girón preso, y apaciguado todo el motín, no se sabe la causa que les movió a Juan Alonso Palomino y a Jerónimo Costilla, que eran cuñados y señores de vasallos en aquella ciudad, para huirse la segunda noche después del concierto hecho. De esta huída diré como testigo de vista, porque me hallé en el Cozco cuando sucedió, aunque el Palentino, por relación de alguno que lo soñó, la pone dos años después en otros motines que cuenta que se trataban en aquella ciudad, que todos se dieron después por niñerías. Estos caballeros se fueron a media noche sin causa alguna, como se ha dicho, que si fuera dos o tres noches antes tenían mucha razón, porque, como se ha referido, estuvo toda la ciudad en grandísimo peligro de perderse. Y así dieron a todos mucho que mofar y murmurar de su ida tan sin propósito, y mucho más cuando se supo que habían quemado la puente de Apurímac y la de Amáncay, que se hacen a costa y trabajo de los pobres indios. Fueron alborotando la tierra, diciendo que Francisco Hernández Girón quedaba alzado en el Cozco, hecha un gran tirano. Pero después se lo pagó muy bien Juan Alonso Palomino en el segundo levantamiento que Francisco Hernández hizo, que lo mató en la cena, como adelante diremos, y Jerónimo Costilla se le escapó, porque no se halló en el banquete. Volviendo, pues, a los hechos de Girón, decimos que desperdigados sus soldados y castigados los más culpados, se ratificó el concierto que con él se había hecho, y se asentó de nuevo, que debajo de su palabra y juramento solemne fuese a la Ciudad de los Reyes a presentarse a la Audiencia Real y dar cuenta de la causa por que iba. Diego Maldonado el Rico, por hacerle amistad, porque era vecino suyo, calle en medio y las casas de frente la una de la otra, se fue con él hasta Antahuaylla, que está cuarenta leguas del Cozco, que eran indios y repartimiento de Diego Maldonado, y también lo hizo porque a él le convenía ir a visitar sus vasallos, y quiso cumplir dos jornadas de un viaje. En este paso dice el Palentino que se lo entregaron al Alcalde Diego Maldonado y al capitán Juan Alonso Palomino, para que a su costa le llevasen a Lima con veinte arcabuceros, y que para más seguridad el Corregidor le tomó pleito homenaje, etc.

Cierto no sé quien pudo darle relación tan en contra de lo que pasó, si no fue alguno que presumiese de poeta comediante. Francisco Hernández Girón llegó a la Ciudad de los Reyes y se presentó ante la Audiencia Real. Los Oidores mandaron encarcelarle, y pasados algunos días le dieron la ciudad por cárcel, y a poco más, haciendo poco caudal de su culpa, le dieron en fiado, recibiendo sus disculpas como él las quiso dar. Contentáronse con que se casó en aquellos días con una mujer noble, moza, hermosa y virtuosa, indigna de tantos trabajos como su marido la hizo pasar con su segundo levantamiento, como la historia lo dirá.

Volvió con ella al Cozco, y por algunos días y meses, aunque no años, estuvo sosegado conversando siempre con soldados y huyendo del trato y comunicación de los vecinos, tanto que llegó a poner pleito y demanda a uno de los principales de la ciudad sobre un buen caballo que dijo que era suyo no lo siendo, y que en las guerras pasadas de Quito lo había perdido, y es verdad que el vecino lo había comprado en aquellos tiempos, por una gran suma de dineros, de un muy buen soldado que lo había ganado en buena guerra, todo lo cual sabía muy bien otro buen soldado que conocía las partes. Mas por haber seguido a Gonzalo Pizarro estaba escondido, y no lo sabía nadie sino el vecino dueño del caballo; el cual, por no descubrir al soldado, que lo mataran o echaran a galeras, holgó de perder su joya, la cual vendió Francisco Hernández por mucho menos de lo que valía, de manera que no sirvió el pleito del caballo más que de mostrar la buena voluntad que tenía a sus iguales y compañeros, que eran los señores de vasallos. La cual era tal, que ni en común ni en particular nunca le ví tratar con los vecinos, sino con los soldados, y con ellos era su amistad y conversación, según la mostró pocas jornadas adelante.

Viendo el poco caudal y menos castigo que los Oidores habían hecho del atrevimiento y desvergüenza de Francisco Hernández Girón y de sus soldados, tomaron atrevimiento otros, que no se tenían por menos valientes, ni menos atrevidos que los pasados, pero eran pocos y sin caudillo, porque no había entre ellos vecino (que es señor de vasallos). Mas ellos procuraban inventarlo como quiera que fuese, y lo trataban tan al descubierto, que llegó a publicarse en la Ciudad de los Reyes. Y aunque en el Cozco avisaron al Corregidor de lo que pasaba y le pedían que hiciese la información y castigase a los amotinadores porque así convenía a la quietud de aquella ciudad, respondió que no quería criar más enemigos de los pasados, que eran Francisco Hernández y los suyos, que, pues la Audiencia había hecho tan poco caso del atrevimiento de los pasados, menos lo haría de los presentes, y que él quedaba escusado con que los superiores no castigaban semejantes delitos. Publicándose estas cosas por la tierra, vino al Cozco un vecino de ella, que se decía Don Juan de Mendoza, hombre bullicioso y amigo de soldados, más para provocar e incitar a otros que para hacer él cosa de momento, ni en mal ni en bien. Y así, luego que entró en la ciudad, trató con los principales de aquellas trampas, que se decían Francisco de Miranda y Alonso de Barrionuevo, que entonces era alguacil mayor de la ciudad, y Alonso Hernández Melgarejo. El Miranda le dijo que los soldados en común querían elegirle por General, y a Barrionuevo por maese de campo, lo cual descubrió el Mendoza a algunos vecinos amigos suyos, aconsejándoles que se huyesen de la ciudad porque sus personas corrían mucho riesgo entre aquellos soldados; y cuando vió que no hacían caso de sus consejos, se huyó a la Ciudad de los Reyes, publicando por el camino que el Cozco quedaba alzado, no habiendo hecho caudal aquella ciudad de su venida ni de su huída.

El Palentino dijo que en esta ocasión fue la huída de Juan Alonso Palomino y de Jerónimo Costilla, y así la escribe, habiendo sido dos años antes, donde nosotros la pusimos.

CAPÍTULO XVI: Envían los Oidores Corregidor nuevo al Cozco, el cual hace justicia de los amotinados. Dase cuenta de la causa de estos motines.

Con el alboroto que Don Juan de Mendoza causó en la Ciudad de los Reyes, proveyeron los Oidores al Mariscal Alonso de Alvarado por Corregidor del Cozco y le mandaron que castigase aquellos motines con rigor, porque no pasase tan adelante el atrevimiento y libertad de los soldados. El cual, luego que llegó al Cozco, prendió a algunos de los soldados, y entre ellos a un vecino llamado Don Pedro Portocarrero, que los soldados, por disculparse con el juez, habían culpado en sus dichos. Y averiguada bien la causa, ahorcó a los principales, que eran Francisco de Miranda y Alonso Hernández Melgarejo, no guardándoseles su nobleza, que eran hijosdalgo. Lo cual sabido por Alonso de Barrionuevo, que era uno de los presos, envió rogadores al Corregidor que no lo ahorcase sino que lo degollase como a hijodalgo, pues lo era, so pena de que si lo ahorcaba desesperaría de su salvación, y se condenaría para el infierno. Los rogadores se lo pidieron al Corregidor lo concediese, pues de una manera o de la otra lo castigaban con muerte, y que no permitiese que se condenase aquel hombre. El Corregidor lo concedió, aunque contra su voluntad, y mandó lo degollasen. Yo los ví todos los tres muertos, que como era muchacho acudía a ver estas cosas de cerca.

Desterró del Reino otros seis o siete; otros huyeron que no pudieron ser habidos. A Don Pedro Portocarrero remitió a los Oidores, los cuales le dieron luego por libre. El Palentino, nombrando a Francisco de Miranda, le llama vecino del Cozco. Debió de decirlo conforme al lenguaje castellano, que a cualquiera morador de cualquier pueblo dice vecino de él, y nosotros, conforme al lenguaje del Perú y de Méjico, diciendo *vecino* entendemos por hombre que tiene repartimiento de indios, que es señor de vasallos. El cual, como en otra parte dijimos (que fue en las Advertencias de la primera parte de estos *Comentarios*), era obligado a mantener vecindad en el pueblo donde tenía los indios, y Francisco de Miranda nunca los tuvo. Conocíle bien, porque en casa de mi padre se crió una sobrina suya, mestiza que fue muy mujer de bien.

Pocos meses después del castigo pasado, hubo pesquisa de otro motín que el Palentino refiere muy largamente, pero en hecho de verdad más fue buscar achaque para matar y vengarse de un pobre caballero que sin malicia había hablado y dado cuenta de ciertas bastardías que en el linaje de algunas personas graves y antiguas de aquel Reino había, y no solamente en el linaje del varón, más también el de su mujer, que no es razón ni se permite que se diga quiénes

eran, con lo cual juntaron otras murmuraciones que en aquellos días pasaron; y haciéndolo todo motín, salió el castigo en uno solo que degollaron, llamado Don Diego Enrique, natural de Sevilla, mozo que no pasaba de los veinte y cuatro años, cuya muerte dió mucha lástima a toda aquella ciudad, que habiendo sido en el motín más de doscientas personas, como lo refiere el Palentino en un capítulo de ocho columnas, lo pagase un pobre caballero tan sin culpa del motín. Con esta justicia se ejecutaron otras en indios principales, vasallos y criados de algunos vecinos, de los más nobles y ricos de aquella ciudad, que más fue quererse vengar de sus amos, que castigar delitos que hubiesen ellos hecho.

Para estos motines que el Palentino escribe, tantos y tan largos, siempre da por ocasión cédulas y provisiones que los Oidores daban, quitando el servicio personal de sus indios a los vecinos, mandando que los agraviados no respondiesen por procurador en común, sino cada uno de por sí, pareciendo personalmente ante la Audiencia. Todo lo cual, como ya otras veces lo hemos dicho, eran artificios que el Demonio procuraba e inventaba para estorbar con las discordias de los españoles la doctrina y conversión de los indios a la Fe Católica; que el Presidente Gasca, como hombre tan prudente, habiendo visto que las Ordenanzas que el Visorrey Blasco Núñez Vela llevó y ejecutó en el Perú, causaron el levantamiento de aquel Imperio, de manera que se perdiera si él no llevara la revocación de ellas, viendo que en todo tiempo causarían la misma alteración no quiso ejecutar lo que Su Majestad mandaba por cédula particular, de que se quitase el servicio personal de los indios. Lo cual no guardaron los Oidores, antes enviaron por todo el Reino la provisión que se ha referido, con la cual tuvieron ocasión los soldados de hablar en motines y rebelión, viendo que agradaban a los vecinos, como lo escribe largamente el Palentino en su segunda parte, libro segundo, capítulo primero y segundo, y en los que se siguen.

CAPÍTULO XVII: La ida del Visorrey Don Antonio de Mendoza al Perú, el cual envía a su hijo Don Francisco a visitar la tierra hasta los Charcas, y con la relación de ella lo envía a España. Un hecho riguroso de un juez.

En este tiempo entró en el Perú por Visorrey, Gobernador y Capitán General de todo aquel Imperio Don Antonio de Mendoza, hijo segundo de la casa del Marqués de Mondéjar y Conde de Tendilla, que, como en *La Florida del Inca* dijimos, era Visorrey en el Imperio de México, varón santo y religioso, de toda bondad de cristiano y caballero. La Ciudad de los Reyes le recibió con toda solemnidad y fiesta. Sacáronle un palio, para que entrase debajo de él; mas por mucho que el Arzobispo y toda la ciudad se lo suplicaron, no pudieron acabar con aquel príncipe que entrase debajo de él. Rehusólo como si fuera una gran traición, bien contra de lo que hoy se usa, que precian más aquella hora,

aunque sea de representante, que toda su vida natural. Llevó consigo a su hijo Don Francisco de Mendoza, que después fue Generalísimo de las galeras de España, y yo lo ví allá y acá, hijo digno de tal padre, que en todo el tiempo de su vida, así mozo como viejo, imitó siempre la virtud y bondad de su padre.

El Visorrey llegó al Perú muy alcanzado de salud, según decían, por la mucha penitencia y abstinencia que tenía y hacía; tanto, que vino a faltarle el calor natural, de manera que así por alentarse y recrearse, como por hacer ejercicio violento en que pudiese cobrar algún calor, con ser aquella región tan caliente, como lo hemos dicho, se salía después del mediodía al campo a matar por aquellos arenales algún mochuelo o cualquiera otra ave que los halconcillos de aquella tierra pudiesen matar. En esto se ocupaba el buen Visorrey los días que le vacaban del gobierno y trabajo ordinario de los negocios de aquel Imperio. Por la falta de su salud envió a su hijo Don Francisco a que visitase las ciudades que hay de Los Reyes adelante hasta los Charcas y Potocsi, y trajese larga relación de todo lo que en ella hubiese, para dársela a Su Majestad.

Don Francisco fue a su visita, y yo le ví en el Cozco donde se le hizo un solemne recibimiento con muchos arcos triunfales y muchas danzas a pie y gran fiesta de caballeros, que por sus cuadrillas iban corriendo delante de él por las calles hasta la Iglesia Mayor, y de allí hasta su posada. Pasados ocho días, le hicieron una fiesta de toros y juego de cañas, la más solemne que antes ni después en aquella ciudad se han hecho, porque las libreas todas fueron de terciopelo de diversas colores, y muchas de ellas bordadas. Acuérdome de la de mi padre y sus compañeros, que fue de terciopelo negro, y por toda la marlota y capellar llevaban a trechos dos columnas bordadas de terciopelo amarillo, junta la una de la otra espacio de un palmo, y un lazo que lo asía a ambas, con un letrero que decía: "*Plus Ultra*". Y encima de las columnas iba una corona imperial del mismo terciopelo amarillo, y lo uno y lo otro perfilado con un cordón hecho de oro hilado y seda azul, que parecía muy bien. Otras libreas hubo muy ricas y costosas, que no me acuerdo bien de ellas para pintarlas; y de ésta sí, porque se hizo en casa. La cuadrilla de Juan Julio de Ojeda y Tomás Vásquez y Juan de Pancorvo y Francisco Rodríguez de Villafuerte, todos cuatro conquistadores de los primeros, sacaron la librea de terciopelo negro y las bordaduras de diversos follajes de terciopelo carmesí y de terciopelo blanco. En los turbantes sacaron tanta pedrería de esmeraldas y otras piedras finas que se apreciaron en más de trescientos mil pesos, que son más de trescientos y sesenta mil ducados castellanos; y todas las demás libreas fueron a semejanza de las que hemos dicho. Don Francisco las vió del corredorcillo de la casa de mi padre, donde yo ví su persona. De allí pasó a la Ciudad de la Paz, y a la de la Plata, y a Potocsi, donde tuvo larga relación de aquellas minas de plata y de todo lo que convenía saber para traerla a Su Majestad. Volvió por la ciudad de Arequepa y por la costa del mar hasta la Ciudad de los Reyes, en todo lo cual caminó más de seiscientas y cincuenta leguas. Llevó por escrito y pintado el cerro de Potocsi, de

las minas de plata, y otros cerros, volcanes, valles y honduras que en aquella tierra hay, de todo esto en extraña forma y figura.

Llegado a la Ciudad de los Reyes, el Visorrey su padre lo despachó a España con sus pinturas y relaciones. Salió de Los Reyes, según el Palentino, por mayo de quinientos y cincuenta y dos, donde lo dejaremos por decir un caso particular que en aquel mismo tiempo sucedió en el Cozco, siendo Corregidor Alonso de Alvarado, Mariscal, que por ser tan vigilante y riguroso se tuvo el hecho por más belicoso y atrevido. Y fue que cuatro años antes, saliendo de Potocsi una gran banda de más de doscientos soldados para el Reino de Tucma, que los españoles llaman Tucumán, habiendo salido de la villa los más de ellos con indios cargados, aunque las provisiones de los Oidores lo prohibían, un Alcalde mayor de la justicia que gobernaba aquella villa, que se decía el Licenciado Esquivel, que yo conocí, salía a ver los soldados cómo iban por sus cuadrillas; y habiéndoles dejado pasar todos con indios cargados, echó mano y prendió al último de ellos, que se decía fulano de Aguirre, porque llevaba dos indios cargados, y pocos días después lo sentenció a doscientos azotes, porque no tenía oro ni plata para pagar la pena de la provisión a los que cargaban indios. El soldado Aguirre, habiéndosele notificado la sentencia, buscó padrinos para que no se ejecutase, más no aprovechó nada con el Alcalde. Viendo esto Aguirre, le envió a suplicar que en lugar de los azotes lo ahorcase, que aunque él era hijodalgo no quería gozar de su privilegio, que le hacía saber que era hermano de un hombre que en su tierra era señor de vasallos.

Con el Licenciado no aprovechó nada, con ser un hombre manso y apacible y de buena condición fuera del oficio, pero por muchos acaece que los cargos y dignidades les truecan la natural condición, como le acaeció a este letrado, que en lugar de aplacarse mandó que fuese luego el verdugo con una bestia y los ministros para ejecutar la sentencia, los cuales fueron a la cárcel y subieron a Aguirre en la bestia. Los hombres principales y honrados de la villa, viendo la sinrazón, acudieron todos al juez y le suplicaron que no pasase adelante aquella sentencia, porque era muy rigurosa. El Alcalde, más por fuerza que de grado, les concedió que se suspendiese por ocho días. Cuando llegaron con este mandato a la cárcel, hallaron que ya Aguirre estaba desnudo y puesto en la cabalgadura. El cual, oyendo que no se le hacía más merced que detener la ejecución por ocho días, dijo: "Yo andaba por no subir en esa bestia, ni verme desnudo como estoy; más ya que habemos llegado a esto, ejecútese la sentencia, que yo lo consiento, y ahorraremos la pesadumbre y el cuidado que estos ocho días había de tener buscando rogadores y padrinos que me aprovechen tanto como los pasados." Diciendo esto, él mismo aguijó la cabalgadura; corrió su carrera con mucha lástima de indios y españoles de ver una crueldad y afrenta ejecutada tan sin causa en un hijodalgo. Pero él se vengó como tal, conforme a la ley del mundo.

CAPÍTULO XVIII: La venganza que Aguirre hizo de su afrenta, y las diligencias del Corregidor por haberle a las manos, y cómo Aguirre se escapó.

Aguirre no fue a su conquista, aunque los de la villa de Potocsi le ayudaban con todo lo que hubiese menester; más él se excusó diciendo que lo que le había menester para su consuelo era buscar la muerte y darle prisa para que llegase aína, y con esto se quedó en el Perú, y, cumplido el término del oficio del Licenciado Esquivel, dio en andarse tras él como hombre desesperado, para matarle como quiera que pudiese, para vengar su afrenta. El Licenciado, certificado por sus amigos de esta determinación, dio en ausentarse y apartarse del ofendido, y no como quiera, sino trescientas y cuatrocientas leguas en medio, pareciéndole que viéndole ausente y tan lejos le olvidaría Aguirre. Mas él cobraba tanto más ánimo cuanto más el Licenciado le huía, y le seguía por el rastro dondequiera que iba.

La primera jornada del Licenciado fue hasta la Ciudad de los Reyes, que hay trescientas y veinte leguas de camino; mas dentro de quince días estaba Aguirre con él. De allí dio el Licenciado otro vuelo hasta la ciudad de Quito, que hay cuatrocientas leguas de camino, pero a poco más de veinte días estaba Aguirre en ella; lo cual sabido por el Licenciado volvió, y dio otro salto hasta el Cozco, que son quinientas leguas de camino; pero a pocos días después vino Aguirre, que caminaba a pie y descalzo y decía que un azotado no había de andar a caballo ni parecer donde gentes lo viesen. De esta manera anduvo Aguirre tras su Licenciado tres años y cuatro meses. El cual, viéndose cansado de andar tan largos caminos y que no le aprovechaban, determinó hacer asiento en el Cozco, por parecerle que habiendo en aquella ciudad un juez tan riguroso y justiciero, no se le atrevería Aguirre a hacer cosa alguna contra él. Y así tomó para su morada una casa, calle en medio de la iglesia Mayor, donde vivió con mucho recato. Traía de ordinario una cota vestida debajo del sayo, y su espada y daga ceñida, aunque era contra su profesión.

En aquel tiempo un sobrino de mi padre, hijo de Gómez de Tordoya, y de su mismo nombre, habló al Licenciado Esquivel, porque era de la patria, extremeño y amigo, y le dijo: “Muy notorio es a todo el Perú cuán canino y diligente anda Aguirre por matar a vuesa merced. Yo quiero venirme a su posada, siquiera a dormir de noche en ella, que, sabiendo Aguirre que estoy con vuesa merced, no se atreverá a entrar en su casa.” El Licenciado lo agradeció y dijo que él andaba recatado y su persona segura, que no se quitaba una cota ni sus armas ofensivas, que esto bastaba; que lo demás era escandalizar la ciudad y mostrar mucho temor a un hombrecillo como Aguirre. Dijo esto porque era pequeño de cuerpo y de ruin talla. Mas el deseo de la venganza le hizo tal de persona y ánimo, que pudiera igualarse con Diego García de Paredes y Juan de Urbina, los famosos de aquel tiempo, pues se atrevió a entrar un lunes a mediodía en casa del Licenciado, y habiendo andado por ella muchos pasos, y

pasado por un corredor bajo y alto, y por una sala alta, y una cuadra, cámara y recámara, donde tenía sus libros, le halló durmiendo sobre uno de ellos y le dio una puñalada en la sien derecha, de que lo mató; y después le dio otras dos o tres por el cuerpo, mas no le hirió por la cota que tenía vestida, pero los golpes se mostraron por la roturas del sayo.

Aguirre volvió a desandar lo andado; y cuando se vio a la puerta de la calle, halló que se le había caído el sombrero, y tuvo ánimo de volver por él, y lo cobró y salió a la calle. Mas ya cuando llegó a este paso, iba todo cortado, sin tiento ni juicio, pues no entró en la iglesia a guarecerse en ella, teniéndola calle en medio. Fuese hacia San Francisco, que entonces estaba el convento al oriente de la iglesia; y habiendo andado buen trecho de la calle, tampoco acertó a ir al monasterio. Tomó a mano izquierda por una calle que iba a parar donde fundaron el Convento de Santa Clara. En aquella plazuela halló dos caballeros mozos, cuñados de Rodrigo de Pineda, y llegándose a ellos, les dijo: "¡Escóndanme, escóndanme"!, sin saber decir otra palabra, que tan tonto y perdido iba como esta. Los caballeros, que le conocían y sabían su pretensión, le dijeron: "¿Habéis muerto al Licenciado Esquivel?". Aguirre dijo "Sí, señor; escóndanme, escóndanme." Entonces le metieron los caballeros en la casa del cuñado, donde a lo último de ella había tres corrales grandes, y en el uno de ellos había una zahurda donde encerraban los cebones a sus tiempos.

Allí lo metieron y le mandaron que en ninguna manera saliese de aquel lugar, ni asomase la cabeza, porque no acertase a verle algún indio que entrase en el corral, aunque el corral era excusado, que no habiendo ganado dentro, no tenían a qué entrar en él. Dijéronle que ellos le proveerían de comer sin que nadie lo supiese; y así lo hicieron, que comiendo y cenando a la mesa del cuñado, cada uno de ellos disimuladamente metía en las faltriqueras todo el pan y carne y cualquiera otra cosa que buenamente podía, y después de comer, fingiendo cada uno de por sí que iba a la provisión natural, se ponía a la puerta de la zahurda y proveía al pobre Aguirre, y así lo tuvieron cuarenta días naturales.

El Corregidor, luego que supo la muerte del Licenciado Esquivel, mandó repicar las campanas y poner indios cañaris por guardas a las puertas de los conventos y centinelas alrededor de toda la ciudad, y mandó a pregonar que nadie saliese de la ciudad sin licencia suya. Entró en los conventos, católos todos, que no le faltó sino derribarlos. Así estuvo la ciudad en esta vela y cuidado más de treinta días, sin que hubiese nueva alguna de Aguirre, como si se le hubiera tragado la tierra. Al cabo de este tiempo aflojaron las diligencias, quitaron las centinelas, pero no las guardas de los caminos reales que todavía se guardaban con rigor.

Pasados cuarenta días del hecho, les pareció a aquellos caballeros (que el uno de ellos se decía fulano Santillán y el otro fulano Cataño, caballeros muy nobles, que los conocí bien, y el uno de ellos hallé en Sevilla cuando vine a España) que sería bien poner en más cobro a Aguirre y librarse ellos del peligro

que corrían de tenerle en su poder, porque el juez era riguroso y temían no les sucediese alguna desgracia. Acordaron sacarle fuera de la ciudad, en público y no a escondidas, y que saliese en hábito de negro, para lo cual le raparon el cabello y la barba y le lavaron la cabeza, el rostro y el pescuezo y las mano y brazos hasta los codos, con agua en la cual habían echado una fruta silvestre, que ni es de comer ni de otro provecho alguno: los indios le llaman *uítoc*. Es de color, forma y tamaño de una berenjena de las grandes, la cual partida en pedazos y echada en agua, y dejándola estar así tres o cuatro días, y lavándose después con ella el rostro y las manos, y dejándola enjugar al aire, a tres o cuatro veces que se laven pone la tez más negra que de un etíope, y, aunque después se laven con otra agua limpia, no se pierde ni quita el color negro hasta que han pasado diez días; y entonces se quita con el hollejo de la misma tez, dejando otro como el que antes estaba.

Así pusieron al buen Aguirre, y lo vistieron como a negro del campo con vestidos bajos y viles. Y un día de aquéllos, a mediodía, salieron con él por las calles y plaza hasta el cerro que llaman Carmenca, por donde va el camino para ir a Los Reyes, y hay muy buen trecho de calle y plaza desde la casa de Rodrigo de Pineda hasta el cerro Carmenca. El negro Aguirre iba a pie delante de sus amos. Llevaba un arcabuz al hombro, y uno de sus amos llevaba otro en el arzón, y el otro llevaba en la mano un halconcillo de los de aquella tierra, fingiendo que iban a caza. Así llegaron a lo último del pueblo donde estaban las guardas; las cuales les preguntaron si llevaban licencia del Corregidor para salir de la ciudad. El que llevaba el halcón, como enfadado de su propio descuido, dijo al hermano: "Vuesa merced me espera aquí o se vaya poco a poco, que yo vuelvo por la licencia y le alcanzaré muy aína". Diciendo esto volvió a la ciudad, y no curó de la licencia. El hermano se fue con su negro a toda buena diligencia hasta salir de la jurisdicción del Cozco, que por aquella parte son más de cuarenta leguas de camino. Y habiéndole comprado un rocín y dádole una poca de plata, le dijo: "Hermano, ya estáis en tierra libre que podéis iros donde bien os estuviere, que yo no puedo hacer más por vos." Diciendo esto se volvió al Cozco, y Aguirre llegó a Huamanca, donde tenía un deudo muy cercano, hombre noble y rico, de los principales vecinos de aquella ciudad; el cual lo recibió como a propio hijo y le dijo e hizo mil regalos y caricias, y después de muchos días lo envió bien proveído de lo necesario. No ponemos aquí su nombre por haber recibido en su casa y hecho mucho bien a un delincuente, contra la justicia real.

Así escapó Aguirre, que fue una cosa de las maravillosas que en aquel tiempo acaecieron en el Perú, así por el rigor del juez y las muchas diligencias que hizo, como porque las tonterías que Aguirre hizo el día de su hecho parece que le fueron antes favorables que dañosas, porque, si entrara en algún convento, en ninguna manera escapara, según las diligencias que en todos ellos se hicieron, aunque entonces no había más de tres, que era el de Nuestra Señora de la Mercedes y del seráfico San Francisco y del divino Santo Domingo. El

Corregidor quedó como corrido y afrentado de que no le hubiesen aprovechado sus muchas diligencias para castigar a Aguirre como lo deseaba. Los soldados bravos y facinerosos decían que si hubiera muchos Aguirres por el mundo, tan deseosos de vengar sus afrentas, que los pesquisidores no fueran tan libres e insolentes.

CAPÍTULO XIX: La ida de muchos vecinos a besar las manos al Visorrey; un cuento particular que le pasó con un chismoso. Un motín que hubo en Los Reyes, y el castigo que se le hizo. La muerte del Visorrey, y escándalos que sucedieron en pos de ella.

Ya dijimos algo de la entrada del buen Visorrey Don Antonio de Mendoza en la Ciudad de los Reyes, donde vivió poco tiempo, y ese poco con tanta enfermedad y tantos dolores de cuerpo, que más era morir que vivir, y así nos dejó muy poco que decir. Luego que entró en aquella ciudad, acudieron muchos vecinos de todas las partes del Imperio, desde Quitu hasta los Charcas, a besarle las manos y darle el parabién de su venida. Uno de ellos llegó a besárselas con muchas caricias, afición y requiebros, y por último y el mayor de ellos le dijo: "Plega a Dios quitara Vuesa Señoría de sus días y ponerlos en los míos." El Visorrey dijo: "Ellos serán pocos y malos." El vecino, habiendo entendido su disparate, le dijo: "Señor, no quise decir lo que dije, sino en contra, que Dios quitase de mis días y los pusiese en los de Vuesa Señoría". El Visorrey dijo: "Así lo entendí yo, y no hay para qué tener pena de eso." Con esto lo despidió y el vecino se fue dejando bien que reír a los que quedaban en la sala.

Pocos días después entró en ella un capitán de los nombrados en la historia, con deseo de dar ciertos avisos al Visorrey, que le parecían necesarios para la seguridad y buen gobierno de aquel Imperio. Y entre otras cosas, por la más importante le dijo: "Señor, conviene que Vuesa Señoría remedie un escándalo que causan dos soldados que viven en tal repartimiento y siempre andan entre los indios con sus arcabuces en las manos, y comen de lo que matan con ellos, destruyen la tierra cazando y hacen pólvora y pelotas, que es mucho escándalo para este Reino, que de los tales se han levantado grandes motines; merecen ser castigados, y por lo menos ser desterrados del Perú." El Visorrey le preguntó si maltrataban a los indios, si vendían pólvora y pelotas, si hacían otros delitos más graves, y habiéndole respondido el capitán que no más de lo que había dicho, le dijo el Visorrey: "Esos delitos más son para gratificar que para castigar, porque vivir dos españoles entre indios, y comer de lo que con sus arcabuces matan, y hacer pólvora para sí y no para vender, no sé qué delito sea sino mucha virtud y muy buen ejemplo para que todos les imitasen. Idos con Dios, y vos ni otro no me venga otro día con semejantes chismes, que no gusto de oírlos, que esos hombres deben de ser santos, pues hacen tal vida como la que me habéis

contado, en lugar de graves delitos.” El capitán fue muy bien pagado de su buena intención.

Con esa suavidad y blandura gobernó este príncipe aquel Imperio eso poco que vivió, que por no merecer mi tierra su bondad, se le fue tan presto al cielo. Durante su enfermedad mandaron los Oidores que se quitase el servicio personal, y se apregonó en la Ciudad de los Reyes y en el Cozco y en otras partes con un mismo rigor y cláusulas, de que resultó otro motín. Por principal del cual degollaron un caballero que se decía Luis de Vargas; no pasaron adelante en el castigo por no alterar y escandalizar a otros muchos; porque en la averiguación salió el General Pedro de Hinojosa con sospecha de culpa, porque tres testigos le condenaron en sus dichos, aunque no por entero. Los Oidores, por hacer (como lo dice el Palentino, libro segundo, capítulo tercero) del ladrón fiel, lo eligieron por Corregidor y justicia mayor de los Charcas, porque tuvieron nueva que muchos soldados andaban muy exentos y desvergonzados. Y aunque el General rehusó de aceptar el oficio, el doctor Saravia, que era el más antiguo de los Oidores, le habló y persuadió que lo aceptase, y así lo hizo el General. La culpa que entonces se le halló más fueron sospechas que certidumbre de delito. Y lo que los mismos soldados decían era que les daba esperanzas ya ciertas, ya dudosas, de que viéndose en los Charcas haría lo que le pidiesen, y que se fuesen hacia allá, que él los acomodaría como mejor pudiese. Los soldados, deseosos de cualquier rebelión, aunque las palabras eran confusas las tomaban y declaraban conforme al gusto y deseo de ellos. Mas la intención del General, si era de rebelarse o no, no se declaró por entonces, aunque no faltaron indicios que descubrirían antes la mala voluntad que la buena. Los soldados que había en la Ciudad de los Reyes se fueron a los Charcas todos los que pudieron, y escribieron a sus amigos a diversas partes del Reino, para que se fuesen donde ellos iban.

Con estas nuevas acudieron muchos soldados a los Charcas, y entre ellos fue un caballero que se decía Don Sebastián de Castilla, hijo del Conde de la Gomera y hermano de Don Baltasar de Castilla, de quien la historia ha hecho larga mención. Salió del Cozco este caballero con otros seis soldados famosos y nobles, porque Vasco Godínez, que era el mayor solicitador de la rebelión que deseaban hacer, le escribió una carta en cifra dándole brevemente cuenta de lo que trataban hacer y cómo Pedro de Hinojosa había prometido de ser el General de ellos. Don Sebastián y sus compañeros salieron de noche del Cozco sin decir a dónde iban, porque el Corregidor no enviase gente en pos de ellos. Fueron desmintiendo los espías y torciendo los caminos, sendas y veredas por pueblos, desiertos y despoblados, hasta llegar a Potocsi, donde fueron muy bien recibidos. Y aunque el Corregidor del Cozco, sabiendo que se habían ido, envió gente tras ellos y avisos a los pueblos de españoles para que los prendiesen, donde quiera que los hallasen, no le aprovecharon nada; porque los soldados que iban con Don Sebastián eran prácticos en paz y en guerra. Y Don Sebastián era más para galán de una corte real que para general de una tiranía como la que

hicieron, y así feneció presto el pobre caballero, más por la traición de los mismos que le levantaron y porque no quiso hacer las crueldades y muertes que le pedían, que no por sus maldades, que no las tuvo, como la historia lo dirá presto.

En estas revoluciones sucedió la muerte del buen Visorrey Don Antonio de Mendoza, que fue grandísima pérdida para todo aquel Imperio. Celebraron sus exequias con mucho sentimiento y con toda la solemnidad que les fue posible. Pusieron su cuerpo en la Iglesia Catedral de Los Reyes, a mano derecha del altar mayor, encajado en un hueco de la misma pared, y a su lado derecho estaba el cuerpo del Marqués Don Francisco Pizarro. No faltaron murmuradores que decían que por ser el Marqués don Francisco Pizarro ganador de aquel Imperio y fundador de aquella ciudad, fuera razón que pusieran su cuerpo más cerca del altar mayor que el del Visorrey. Los Oidores proveyeron entonces por Corregidor del Cozco a un caballero que se decía Gil Ramírez de Ávalos, criado del Visorrey; y el Mariscal se fue a la Ciudad de la Paz, por otro nombre llamado Pueblo Nuevo, donde tenía su repartimiento de indios.

CAPÍTULO XX: Alboroto que hubo en la provincia de los Charcas, y muchos desafíos singulares, y en particular se da cuenta de uno de ellos.

En aquellos tiempos andaban los soldados tan belicosos en el Perú, particularmente en los Charcas y en Potocsi y sus términos, que cada día había muchas pendencias singulares, no solamente de soldados principales y famosos, sino también de mercaderes y otros tratantes, hasta los que llaman *pulperos*, nombre impuesto a los más pobres vendedores, porque en la tienda de uno de ellos hallaron vendiéndose un pulpo. Y fueron estas pendencias tantas y tan continuas que no podía la justicia resistirlas, y, pareciéndole que sería alguna manera de remedio, mandó echar bando que ninguno se atreviese a meter paz entre los que riñesen, so pena de incurrir en el mismo delito. Mas no aprovechó nada esto, ni otras diligencias eclesiásticas que los predicadores hacían y decían en sus sermones, que parece que la Discordia y todos sus ministros maquinaban, trazaban y amenazaban con lo que pocos meses después sucedió en aquella provincia, de motín y guerra al descubierto. Entre los muchos desafíos singulares que entonces hubo, pasaron algunos dignos de memoria que pudiéramos contar, que unos fueron en calzas y camisas, otros en cueros de la cinta arriba, otros con calzones y camisas de tafetán carmesí porque la sangre que saliese de las heridas no los desmayase. Otras invenciones sacaron muy ridículas. En fin, cada desafiado sacaba la invención y armas que mejor le parecían. Reñían con padrinos, que cada uno llevaba el suyo. Salíanse a matar al campo porque en los poblados no los estorbasen.

Uno de los desafíos más famosos que entonces pasaron cuenta el Palentino en el capítulo cuarto de su libro segundo. Y porque lo dice breve y confuso, lo diremos más largo, como ello pasó, porque conocí a uno de ellos, que lo ví en Madrid año de mil y quinientos y sesenta y tres, con las señales y buenas ganancias que sacó del desafío, que fue escapar manco de ambos brazos, que apenas podía comer con sus manos. El desafío fue entre dos soldados famosos: el uno de ellos se decía Pedro Núñez, que fue el que yo conocí, aunque el Palentino le llama Diego Núñez, y el otro Baltasar Pérez, ambos hijosdalgo y de mucha presunción. Fue sobre ciertos puntos de satisfacción de honra, que dijeron habían faltado o sobrado entre otros dos desafiados que pocos días antes habían combatido, cuyos padrinos habían sido los susodichos. El uno de ellos que fue Baltasar Pérez, eligió por padrino a un caballero natural de Sevilla que se decía Egas de Guzmán, uno de los más famosos que en aquella tierra había entre los demás valentones de aquel tiempo. Otro, que se decía Hernán Mejía, natural de Sevilla, de quien Egas de Guzmán hablaba mal por la mucha presunción que tenía de su valentía, sabiendo el desafío de los dos nombrados y que Egas de Guzmán era padrino de Baltasar Pérez, alcanzó, por pura importunidad, que Pero Núñez le llevase por su padrino, por reñir con Egas de Guzmán, que lo deseaba en extremo.

Cuando Egas de Guzmán lo supo, envió a decir a Pedro Núñez, que pues los desafiados y él eran caballeros hijosdalgo, no permitiese llevar por su padrino a un hombre tan vil y bajo, hijo de una mulata vendedora que actualmente estaba vendiendo sardinas fritas en la plaza de San Salvador, en Sevilla. Que llevase cualquiera otro padrino, aunque no fuese hijodalgo, como no fuese tan vil como aquél. Pedro Núñez, viendo que Egas de Guzmán tenía razón, procuró con el Mejía que le soltase la palabra que le había dado de llevarlo por su padrino, mas no pudo alcanzar nada del Mejía, porque entre otras cosas le dijo que Egas de Guzmán pretendía que no se hallase en el desafío porque sabía que le hacía mucha ventaja en la destreza de las armas. Cuando Egas de Guzmán supo que no había querido soltar la palabra, envió a decir al Mejía que fuese bien armado al padrinazgo, que le hacía saber que él había de llevar vestida una cota y un casco, aunque los ahijados habían de ir en cueros de la pretina arriba.

Como se ha dicho, salieron a reñir los ahijados en cueros, y los padrinos bien armados salieron al campo, lejos de Potocsi. A los primeros lances el Pedro Núñez, que era el hombre de mayores fuerzas que se conocía, rebatió la espada de su contrario, y cerrando con él lo derribó en el suelo, y, puesto caballero sobre él, le echaba puñados de tierra sobre los ojos y le daba muchas puñadas en el rostro y en los pechos, por no matarle con la daga. En otra parte del campo, lejos de los ahijados, peleaban los padrinos. Pero Hernán Mejía temía de llegarse a Egas de Guzmán, porque era de más fuerzas y más corpulencia que no él; mas entreteníalo con la destreza de la espada y la ligereza del cuerpo (en que hacía ventaja a Egas de Guzmán), saltando de una parte a otra sin llegar a herirse.

Egas de Guzmán, viendo a su ahijado tan mal parado, y que no podía haber a las manos a su enemigo porque se le apartaba (no hallando otro remedio), tomó la espada por la guarnición, y de punta se la tiró a Mejía a la cara. El cual, por repararse de la espada, no miró por su contrario. Egas de Guzmán, tan presto como le tiró la espada, cerró con él llevando la daga en la mano, y con ella le dió una puñalada en la frente que le metió de más de dos dedos de la daga y se la quebró dentro. El Mejía, desatinado de la herida, huyó por el campo y fue donde los ahijados estaban como hemos dicho; y sin mirar a quien tiraba el golpe, dió una cuchillada a su propio ahijado y pasó huyendo sin saber adónde.

Egas de Guzmán fue a prisa a socorrer a su ahijado, y oyó que Pedro Núñez le decía: "Esta herida que tengo no me la distes vos, sino mi padrino," y con estas palabras le daba muchas puñadas, echándole tierra en los ojos. Egas de Guzmán llegó a ellos, y diciendo: "Pese a tal, señor Pedro Núñez, ¿no os rogaba yo que no trajeran tan ruin padrino?", le tiró una cuchillada. Pedro Núñez reparó con el brazo, donde recibió una mala herida, y lo mismo hizo con el otro a otras muchas que Egas de Guzmán le tiró e hirió por todo el cuerpo, de manera que quedó hecho un andrajo tendido en el campo. Egas de Guzmán levantó a su ahijado del suelo, y, habiendo recogido las espadas de todos cuatro, que, como Mejía iba desatinado dejó la suya en el llano, las puso debajo del brazo izquierdo, y, tomando a su ahijado a cuestas, que no estaba para ir por sus pies, lo llevó a una casa, lo más cerca del pueblo, que era hospedería, donde recibían indios enfermos. Allí lo dejó y avisó que quedaba un hombre muerto en el campo, que fuesen por él para enterrarlo, y él se fue a retraer a una iglesia. A Pedro Núñez llevaron al hospital y lo curaron, y él sanó de sus heridas, aunque quedó tan lisiado como hemos dicho. El Hernán Mejía murió de la herida de la cabeza, porque no pudieron sacarle la punta de la daga que en ella tenía metida.

Otros muchos desafíos hubo en aquella tierra en aquel tiempo, no solamente de los moradores de los pueblos, sino de los caminantes que se topaban por los caminos, que yo conocí algunos de ellos, cuyas pendencias pudiéramos contar. Pero baste por todas ellas la que se ha referido.

CAPÍTULO XXI: Un desafío singular entre Martín de Robles y Pablo de Meneses. La satisfacción que en él se dió. La ida de Pedro de Hinojosa a los Charcas; los muchos soldados que halló para el levantamiento. Los avisos que al Corregidor Hinojosa dieron del motín. Sus vanas esperanzas, con que entretenía a los soldados.

Otros desafíos y pendencias particulares cuenta el Palentino que pasaron entre Martín de Robles y Pablo de Meneses y otras personas graves, sobre que pudiéramos decir muchas cosas que aquellos tiempos oí a los que hablaban en ellas; pero lo que decían era más haciendo burla de ellas, que no porque fuesen

de momento. Los soldados, por incitar pasiones y provocar escándalos para conseguir lo que deseaban y pretendían, dieron en levantar testimonios y mentiras en perjuicio y ofensa de hombres particulares y ricos, inventando pendencias acerca de la honra, porque ofendiesen más, y se procurase la venganza con más furia y cólera. Y así levantaron que Pablo de Meneses, que entonces era Corregidor de los Charcas, adulteraba con la mujer de Martín de Robles, sobre lo cual escribe el Palentino largos capítulos; más nosotros, por huir prolijidades, diremos la sustancia del hecho.

Es así que habiéndose intimado el delito muy mucho, así por los soldados que acudieron a un bando como por los que acudieron al otro, cuando se esperaba que habían de combatirse concertaron las partes que Pablo de Meneses, dando satisfacción de que era testimonio falso el que le habían levantado, dijo que, para que se viese la mentira clara y notoria, él casaría con una hija de Martín de Robles, niña de siete años, que aún no los había cumplido, y él pasaba de los setenta. Con lo cual quedaron las partes muy conformes y los soldados del un bando y del otro muy burlados y agraviados, y mucho más cuando supieron que Martín de Robles, que era hombre que se preciaba decir dichos y donaires, los decía contra los de su propio bando, sin perdonar al ajeno. Entre otras gracias decía: "¿Qué os parece de estos mis amigos y enemigos como han quedado hechos matachines?" El Palentino, hablando de este concierto, dice en el libro segundo de la segunda parte lo que se sigue: "De manera que al cabo de muchas alteraciones y réplicas que pasaron de una parte a la otra, se concluyó en que Pablo de Meneses casase con Doña María, hija de Martín de Robles, que a la sazón sería de siete años, ofreciéndose el padre de dar a Pablo de Meneses treinta y cuatro mil castellanos con ella, los cuales se obligó de dar luego que Doña María, su hija, cumpliese doce años. Con lo cual Pablo de Meneses y Martín de Robles quedaron con toda conformidad, y por el consiguiente muy desesperados y tristes infinidad de soldados que a estos bandos habían acudido, por entender que de cualquiera vía que sucediera se rebelaría toda la tierra, con que todos figuraban tener remedio gozando del dulce robo de lo ajeno, teniendo ya cada uno en su imaginación que sería señor de un gran repartimiento."

Con esto acaba aquel autor cinco capítulos largos que escribe sobre las pendencias que los maldicientes llamaron con una de las cinco palabras. Este matrimonio, por la desigualdad de las edades, duró poco, porque Pablo de Meneses falleció pocos años después sin consumarlo. Y la dama, que aún no había llegado a los doce años, heredó los indios del marido, y trocó la caldera vieja por otra nueva (como lo decían las damas de Don Pedro de Alvarado), porque casó con un mozo de veinte años, deudo del mismo Pablo de Meneses, que parece fue manera de restitución. Este paso adelantamos de su lugar, porque cae aquí más a propósito.

Poco antes del concierto que se ha referido, llegó el General Pedro de Hinojosa a los Charcas con el oficio de Corregidor y justicia mayor de la Ciudad de la Plata y sus provincias, donde halló muchos soldados de los que él

imaginaba hallar, porque, con las esperanzas que él les había dado, o ellos se las habían tomado de sus palabras confusas, se habían recogido llamándose unos a otros, por lo cual se vió el General muy confuso y fatigado, de no poderlos acomodar con alojamiento ni bastimento como lo habían menester, sobre lo cual tuvo pasión y pesadumbre con Martín de Robles y Pablo de Meneses, porque se les hacía de mal recibir huéspedes. Y el General les dijo que pues ellos habían llamado los soldados para valerse de ellos en sus pendencias tan famosas, les proveyesen de lo necesario y no los dejasen morir de hambre. Martín de Robles respondió que muchos habían sido en llamarlos, que la culpa general no se la atribuyesen a ellos solos. Habló por el término general, por decir que él los había llamado, porque Martín de Robles, en todos propósitos, se preciaba de hablar maliciosamente, como adelante veremos en algunos dichos suyos.

Así andaban estos personajes y otros con ellos echando sus culpas en hombros ajenos, con lo cual andaba la Ciudad de la Plata y sus términos tan alborotados que algunos vecinos se ausentaron de ella, que unos se fueron a otras ciudades y otros a sus indios, por no ver la libertad y desvergüenza de los soldados, que andaban ya tan al descubierto en los tratos y contratos de su rebelión que muchas veces hablaron al General pidiéndole la palabra que una y más veces les había dado, que viéndose en los Charcas sería caudillo y cabeza de todos ellos. Que pues se había cumplido el término, se efectuase el levantamiento, que ya ellos no podían esperar más. El General los entretenía con nuevas esperanzas, diciéndoles que él esperaba provisión de la Audiencia Real, para ser General en cualquier guerra que se ofreciese, que entonces tendría mejor color y más autoridad para lo que pensaban hacer.

Con estos disparates y otros semejantes entretenía los soldados, muy ajeno de hacer lo que ellos esperaban. Que aunque es verdad que en la Ciudad de los Reyes les había hecho promesas con palabras equívocas y confusas, como se ha referido, viéndose al presente señor de doscientos mil pesos de renta, quería gozarlos en paz, y no perder en segundo levantamiento lo que con tanta facilidad y tan a costa ajena había ganado en el primero. Los soldados viendo su tibieza, trataron de llevar por otro camino su tiranía. Ordenaron de matar al General, y alzar por cabeza a Don Sebastián de Castilla, porque era el más bienquisto de todos ellos; lo cual se hablaba tan al descubierto, que nadie lo ignoraba, de manera que muchos vecinos y otras personas que deseaban la quietud de la tierra avisaron al Corregidor Pedro de Hinojosa que mirase por sí y echase aquella gente de su jurisdicción, antes que le quitasen la vida y destruyesen el Reino. Y en particular le habló el Licenciado Polo Ondegardo, y entre otras cosas le dijo: "Señor Corregidor, hágame vuesa merced su teniente no más por un mes, y asegurarle he su vida, que está en mucho peligro, y libraré esta ciudad del temor que tiene del levantamiento que estos señores soldados tratan de hacer." Más el Corregidor estaba tan confiado en su mucha hacienda y en el oficio que tenía y en sus valentías, como si las tuviera, que no hacía caso de cuanto le decían ni de cuanto él veía por sus propios ojos.

CAPÍTULO XXII: Otros muchos avisos que por diversas vías y modos dieron al General. Sus bravezas y mucha tibieza. El concierto que los soldados hicieron para matarle.

Las diligencias de los soldados pasaron adelante de lo que se ha dicho, que echaron muchas cartas echadizas, unas a Don Sebastián de Castilla y otras a soldados de fama, avisándoles que se recatasen del Corregidor, que los quería matar. Otras echaron al Corregidor, amenazándole que le habían de quitar la vida. Y estas cartas luego se publicaban de unos a otros para indignarse con las novelas de ellas, como largamente y muchas veces repetido lo escribe Diego Hernández Palentino. Y para que concluyamos con estas cautelas y astucias, diremos aquí parte del capítulo once, que aquel autor escribe en su libro segundo, que es lo que se sigue:

"En este mismo tiempo el Licenciado Polo había muchas veces dado aviso de estas cosas a Pedro de Hinojosa, insistiéndole que hiciese información y castigo sobre este negocio. Y como vió que nada aprovechaba, sábado cuatro de marzo, después de la misa de Nuestra Señora, habló al guardián de San Francisco para que se lo dijese, y le persuadiese que en todo caso lo remediase, y le dijese que en confesión se lo habían manifestado. El cual luego lo hizo. Empero halló mal aparejo en Pedro de Hinojosa. También este mismo día, después de comer, se lo dijo Martín de Robles delante de algunos vecinos, diciéndole claramente que los soldados le querían matar. Más como Pedro de Hinojosa estaba de él resabiado y habían pasado ya las razones dichas sobre echarles huéspedes, le dijo que lo decía por hacer testigos. El Licenciado Polo, que estaba presente, le dijo con alguna cólera que mirase por sí, y que si Martín de Robles le diese información de lo que decía la tomase luego y lo remediase, y que si así no fuese, que muy bien pudiese castigar a Robles. Empero, que él estaba cierto que todo el pueblo, hasta las piedras, dirían lo mismo. Por tanto, que luego comenzase a hacer información y diligencias sobre caso tan arduo y dificultoso, y, si así no fuese como lo decían, que a él mismo le cortase la cabeza. Finalmente, que Pedro de Hinojosa jamás quiso reportarse, mas antes, con una soberbia y jactanciosa insolencia, dijo que todos los soldados no bastarían para ofender si él para ellos echaba mano. Y luego barajó la plática diciendo que nadie le hablase más en aquel caso. Otro domingo, después de comer, Pedro de Hinojosa estuvo en buena conversación con Martín de Robles y Pedro Hernández Paniagua y otras personas, y aquella tarde le fueron a ver Juan de Huarte y otros algunos soldados con cautela, para considerar qué rostro les hacía, para que de su aspecto y semblante juzgasen (como buenos astrólogos) la voluntad que dentro de su pecho tenía, porque cierto le hacían hombre llano y de muy poca simulación. Los cuales, habiendo con él estado y platicado, entendieron de su conversación que los había recibido alegremente y muy

regocijado. Y tratándose de los soldados que allí había, dijo que se holgaba de ver tan buenos y valientes soldados como tenía en su jurisdicción, afirmando que estaba en la villa toda la flor del Perú. De lo cual no recibieron poco contento, y con esto se despidieron de Pedro de Hinojosa, llevando aquellas nuevas a Don Sebastián y a los demás confederados; y luego dieron orden de acortar los envites en aquel juego, conjurándose todos para juntarse aquella noche y salir por la mañana a dar principio a la tiranía, abortando la preñez que tanta pesadumbre les daba."

Con esto acaba el Palentino el capítulo alegado. Los soldados, no pudiendo ya sufrir tanta dilación en lo que tanto deseaban, acordaron de común consentimiento matar al General y alzarse con la tierra. Los principales en esta consulta fueron Don Sebastián de Castilla, Egas de Guzmán, Vasco Godínez, Baltasar Velásquez, el Licenciado Gómez Hernández y otros soldados principales, que los más y mejores de ellos estaban entonces en la Ciudad de la Plata, que, como se ha dicho, se convocaron unos a otros para este efecto. Egas de Guzmán había venido a la Ciudad de la Plata a esta consulta, con achaque de pedir al General permitiese que él se librase por la corona de la muerte de Hernán de Mejía; y el bueno del General, tan descuidado de lo que a su vida y salud convenía, lo tuvo por bien, y le dió cartas de favor para que la justicia seglar y eclesiástica de Potocsi, porque Egas dijo que allí le convenía librarse. Con las cartas de favor enviaron los soldados (ya determinados a rebelarse) aviso a Egas de Guzmán al asiento de Potocsi para que se alzase con los compañeros que allí tenía, luego que supiese la muerte del General.

Hechas las prevenciones que les pareció convenirles, se juntaron en la posada de uno de ellos, llamado Hernando Guillada, donde trataron que la ejecución de aquel hecho fuese al amanecer del día siguiente. Y así eligió Don Sebastián de Castilla siete compañeros que fuesen con él a matar al General. Acordaron entre todos no ir muchos juntos, porque no sospechasen el hecho y cerrasen las puertas del General y tocasen arma, y se estorbase la maldad. Quedó en la posada Garci Tello de Guzmán con otros catorce o quince caballeros famosos, para ir divididos por otras calles a la casa del General, para socorrer a Don Sebastián si lo hubiese menester. En casa de Hernando Pizarro, que por no tener dueño estaba desierta y desamparada, se encerraron otros nueve o diez soldados, tomando por caudillo a uno de ellos, que se decía Gómez Mogollón, para el mismo efecto. En esto gastaron toda la noche. Venida el alba, pusieron espías por las encrucijadas a escuchar si había algún rumor en la ciudad o en la casa del General, y que, viéndola abierta, avisasen luego para acometerla y matar al General en la cama antes que se levantase.

CAPÍTULO XXIII: Don Sebastián de Castilla y sus compañeros matan al Corregidor Pedro de Hinojosa y a su teniente Alonso de Castro. Los vecinos de la ciudad unos huyen y otros quedan presos. Los oficios que los rebelados proveyeron.

Teniendo aviso por sus espías de que la casa del General estaba abierta, salió Don Sebastián de donde estaba con sus siete compañeros, y, aunque todos eran escogidos, iban tan amedrentados, que unos se mostraban desmayados y otros esforzados, según que lo escribe Diego Fernández, como si hubieran de acometer algún escuadrón formado. E iban a matar un caballero que vivía tan descuidado de sí mismo como ellos lo sabían. En fin entraron en su casa, y el primero con quien toparon fue con Alonso de Castro, teniente de Corregidor. El cual, viéndolos alborotados, presumiendo amedrentarlos con el oficio, les dijo: "¿Qué alboroto es éste, caballeros? ¡Viva el Rey!" Don Sebastián, echando mano a la espada, dijo: "Ya no es tiempo de eso." El teniente, viendo la espada desnuda, volvió las espaldas huyendo, y uno de los soldados, llamado Anselmo de Hervias, corrió tras él, y, alcanzándole, le dió una estocada que lo pasó de una parte a otra y lo cosió con la pared, de manera que la punta de la espada se le dobló algún tanto, de tal suerte que, cuando le tiró otras dos o tres estocadas, no podía entrar la espada. Y decía el Hervias, "¡Oh perro traidor, qué duro tienes el pellejo!". Y con otros que le ayudaron le acabaron de matar. Luego fueron al aposento del General Pedro de Hinojosa, y, no hallando en él ni en los demás aposentos de la casa, se turbaron malamente los traidores, entendiendo o sospechando que se les había huido.

Dos de ellos se asomaron a las ventanas de la calle, dando voces: "¡Muerto es el tirano, muerto es el tirano!", sin haberlo hallado. Dijéronlo por llamar a los suyos que los socorriesen antes que viniese gente de la ciudad a librar al General. Los que quedaron en el patio dieron en buscarle por toda la casa, hasta los corrales, y en uno de ellos (que había ido a la necesidad natural) le halló un soldado, y le dijo: "Salga vuesa merced que están aquí fuera el señor Don Sebastián de Castilla y otros caballeros que vienen a hablarle y besarle las manos". Díjolo como haciendo burla y mofa de él.

El General salió con una ropa de levantar que llevaba puesta, y a la salida del patio uno de los soldados, que se decía Gonzalo de Mata, se le puso delante, y como lo dice el Palentino, capítulo doce, por estas palabras, le dijo: "Señor, estos caballeros quieren a vuesa merced por señor y por General y por padre."

"El General alzando la voz, les dijo sonriéndose: "¿A mí? Héme aquí señores; vean vuestras mercedes lo que mandan." A lo cual replicó Garci Tello de Vega: "¡Oh, pese a tal, que ya no es tiempo, que buen General tenemos en Don Sebastián!". Y diciendo estas palabras, le dió una estocada que le metió la espada por el cuerpo poco menos de hasta la cruz, de que luego cayó en el suelo. Y queriendo forcejear para levantarse, le acudieron Antonio de Sepúlveda y Anselmo de Hervías, y le dieron otras dos estocadas que le volvieron a derribar.

Y comenzó a dar voces: "¡Confesión, caballeros!". Y así lo dejaron por muerto. En esto bajaba Don Garci Tello, y como le dijeron que el General era muerto, dijo que volviese a mirarlo bien, no se hubiesen engañado, pues veían lo que iba en ello. Por lo cual Anselmo de Hervías tornó donde estaba el General tendido en el suelo, y allí le dió una grandísima cuchillada por la cara, de que luego acabó de expirar; y salieron a la plaza dando voces diciendo: "¡Viva el Rey, que muerto es el tirano!" (que es en el Perú común apellido de traidores), y en un punto robaron y saquearon toda la casa, que en toda ella no quedó cosa alguna", etc.

Hasta aquí es de Diego Fernández, y la cuchillada grandísima que dice que le dió por la cara Hervías, no fue con la espada sino con una barra de plata que sacó de uno de aquellos aposentos, donde halló un rimero de ellas como ladrillos de un tejar. Y al darle con ella le dijo: "Hártate de tu riqueza, pues por tener tanta no quisiste cumplir lo que nos habías prometido, de ser nuestra cabeza y caudillo."

Muerto el General, salieron dando voces diciendo: "¡Viva el Rey, viva el Rey, que ya es muerto el avaro traidor, quebrantador de su palabra!". A este punto salió Garci Tello de Guzmán con sus quince compañeros, y, dividiéndose en dos partes fueron los unos a matar a Pablo de Meneses y los otros a Martín de Robles, de los cuales estaban muy quejosos todos aquellos soldados, por la mucha mofa y burla que de ellos hacían, habiéndolos ellos juntado para valerse de ellos en sus pendencias pasadas, como ya lo ha dicho la historia.

Martín de Robles fue avisado por un indio criado suyo de lo que pasaba, y, no pudiendo hacer otra cosa, saltó en camisa por los corrales de su casa y se escapó de la muerte que deseaban darle. Pablo de Meneses había salido aquella misma noche de la ciudad enfadado y temeroso de la desvergüenza que los soldados por horas mostraban en su tiranía, e ídose a una heredad que cerca de ella tenía, donde fue luego avisado de los suyos, y huyó a toda diligencia donde no pudo ser habido.

Los soldados, no hallándolos en sus casas, robaron cuanto hallaron en ellas, y salieron a la plaza a juntarse con Don Sebastián. Acudieron a casa de otros vecinos, que con todos ellos tenían odio y enemistad. Prendieron a Pedro Hernández Paniagua, aquel caballero que fue mensajero del Presidente Gasca, que llevó las cartas a Gonzalo Pizarro. El cual, por aquel viaje quedó con un buen repartimiento de indios en la Villa de la Plata. Prendieron asimismo a Juan Ortiz de Zárate y a Antonio Álvarez y otros vecinos que pudieron haber. Los cuales, aunque sentían cuán alborotados andaban los soldados, vivían tan descuidados que fueron presos.

El Licenciado Polo se escapó en un buen caballo, porque fue avisado por un indio suyo, criado de su casa, que llaman *yanacuna*. Los demás soldados que había derramados por la ciudad acudieron luego todos a la plaza. Uno de ellos llamado Tello de Vega, y por sobre nombre el Bobo, sacó una bandera de indios y la campeó en la plaza, como lo dice el Palentino por estas palabras, capítulo

catorce: "Y dióse bando con atambores para que, so pena de la vida todos los estantes y habitantes acudiesen a la plaza a ponerse en escuadrón y debajo de bandera. Luego vino Rodrigo de Orellana, dejando la vara en su casa, aunque era Alcalde ordinario. Acudieron asimismo Juan Ramón y el Licenciado Gómez Hernández. Hízose lista de gente, entrando por una puerta de la iglesia y saliendo por la otra, en que hubo ciento y cincuenta y dos hombres. Nombróse Don Sebastián Capitán general y justicia mayor, y de ahí y a dos días hizo que los presos lo eligiesen por Cabildo, nombrando por su teniente al Licenciado Gómez Hernández. Dió cargo de sargento mayor a Juan de Huarte. Hizo capitanes a Hernando Guillada y a Garci Tello de Vega; capitán de artillería a Pedro del Castillo; veedor y proveedor general a Alvar Pérez Payán, y alguacil mayor a Diego Pérez de la Entrada, y menor a Bartolomé de Santa Ana."

Hasta aquí es del Palentino, sacado a la letra. Rodrigo de Orellana era vecino de aquella ciudad; salió al bando de los tiranos más de miedo que por ser con ellos. Lo mismo hicieron otros vecinos y muchos soldados famosos, que eran muy servidores de Su Majestad, pero todos lo hicieron por no poder más, porque era mayor el número de los rebelados y estaban apercibidos de toda arma para matar a los que les contradijesen.

CAPÍTULO XXIV: Prevenciones y provisiones que Don Sebastián hizo y proveyó para que Egas de Guzmán se alzase en Potocsi, y los sucesos extraños que en aquella villa pasaron.

Asimismo nombró Don Sebastián uno de los soldados, que era su amigo más íntimo, llamado Diego Méndez, por capitán de su guarda. Y para esta compañía nombraron luego otros trece soldados, de los más valientes y más amigos de Don Sebastián, porque la guarda de su persona fuese más segura. Mas cuando el pobre caballero lo hubo menester no halló ninguna.

Envió luego otro soldado, llamado García de Bazán, con una cuadrilla de ellos al repartimiento de Pedro de Hinojosa, para que recogiesen los esclavos y caballos y cualquier otra hacienda que el pobre difunto tuviese, y que trajese en su compañía los soldados que por toda aquella comarca hubiese, que muchos de ellos vivían entre los indios por no tener caudal con que vestirse, por valer muy cara la ropa de España, y entre los indios se pasaban como podían. Mandóles Don Sebastián que trajesen preso a Diego de Almendras, que estaba en el dicho repartimiento. Despachó otros soldados en alcance del Licenciado Polo, mas ninguna de estas cuadrillas hizo nada de lo que se les mandó, porque el Licenciado Polo, pasando por donde estaba Diego de Almendras, le dió aviso de la muerte del General Hinojosa. Diego de Almendras recogió los esclavos que pudo de los muchos que Hinojosa tenía, y con siete caballos, que también eran suyos, se fue con el Licenciado Polo, alejándose de los soldados rebelados por no caer en poder de ellos. Asímismo envió Don Sebastián dos soldados al

asiento de Potocsi, a que diesen aviso a Egas de Guzmán de lo sucedido, para que él se alzase en aquella villa.

Todas estas provisiones, y las del capítulo pasado y otras que se dirán en adelante, hizo Don Sebastián el mismo día de la muerte de Pedro de Hinojosa, dándose prisa a que la suya llegase más aína. Hicieron tan buena diligencia los mensajeros que fueron a Potocsi, que, con haber diez y ocho leguas de camino áspero y un buen río que pasar, llegaron al día siguiente al amanecer a aquella villa. Egas de Guzmán, en sabiendo la nueva, llamó otros soldados que tenía apercibidos para el hecho y con los mismos mensajeros que llevaron la nueva, sin tomar otras armas más que sus espadas y dagas y cubiertas sus capas, se fueron a las casas de Gómez de Solís y de Martín de Almendras, hermano de Diego de Almendras, y los prendieron con toda facilidad y los llevaron a las casas del Cabildo, donde les echaron grillos y cadenas y los metieron en un aposento, con guardas que mirasen por ellos. A la fama de este buen hecho acudieron otros soldados, y se juntaron con Egas de Guzmán y fueron a la fundición de Su Majestad; prendieron su tesorero, Francisco de Isásiga y al contador Hernando de Alvarado; rompieron las cajas del tesoro real, y lo robaron todo, que era una cantidad de plata de más de millón y medio. Echaron bando que, so pena de la vida, todos se juntasen a hacer escuadrón en la plaza. Eligió Egas de Guzmán por Alcalde mayor a un soldado llamado Antonio de Luján; el cual, por tomar posesión del oficio, mató luego al contador Hernando de Alvarado, haciéndole cargo, como lo dice el Palentino, que había sido confederado con el General Pedro de Hinojosa para alzarse con el Reino, y con tal pregón le mataron. Despachó con diligencia Egas de Guzmán a otros seis o siete soldados al asiento que llaman Porcu, a recoger la gente, armas y caballos que en él y en su comarca hallasen.

En aquella coyuntura estaba un caballero del hábito de San Juan en sus indios, que tenía un buen repartimiento de ellos. El cual, sabiendo la muerte de Hinojosa, escribió a Don Sebastián una carta con él, para bien de su buen hecho, pidiéndole que enviase veinte arcabuceros para que le prendiesen, y que él se iría con ellos a prender a Gómez de Alvarado y a Lorenzo de Aldana, que estaban cerca de allí, y que no fuesen los soldados por el camino ordinario sino por sendas y atajos, porque no fuesen sentidos y sospechasen a lo que iban. Todo esto pagó después el buen Comendador, como adelante diremos.

Otro día después de la muerte del General Hinojosa llegaron a aquella ciudad Baltasar Vásquez y Vasco Godínez, que fue el todo de aquel motín, el que más lo procuró y solicitó, como luego veremos; los cuales venían a lo mismo que Don Sebastián hizo, y llegaron a la Villa de la Plata el día siguiente a la muerte de Pedro de Hinojosa, como lo dice el Palentino, capítulo quince, por estas palabras: "Estando ya Don Sebastián aparejándose para salir a recibirlos, asomaron por la plaza de la villa. Don Sebastián se fue alegremente para ellos, y Godínez se le hizo al encuentro, y, apeándose, entrambos se recibieron alegremente y se abrazaron con toda ceremonia de buena confianza. Vasco

Godínez dijo a Don Sebastián: 'Señor, cinco leguas de aquí supe de esta gloria, tanto de mí deseada.' Don Sebastián respondió (la cabeza descubierta): 'Estos caballeros me han nombrado por General y dado este cargo, yo le acepté hasta que vuesa merced viniese. Mas ahora yo lo renuncio y dejo en vuesa merced.' A lo cual replicó Vasco Godínez: 'Por cierto el cargo está bien empleado, y yo no le he trabajado por otra cosa que por ver a vuesa merced en él'. Y habiendo entre ellos pasado estos comedimientos, luego se apartaron los dos y platicaron aparte y en secreto. Después de lo cual mandó Don Sebastián dar pregones, que, so pena de muerte, todos obedeciesen a Vasco Godínez por maestre de campo, y nombró a Baltasar Velásquez por capitán de a caballo. Lo cual hecho, dijo Don Sebastián a Vasco Godínez: 'Señor, no fue posible aguardar a vuesa merced, porque se nos pasaba el tiempo; pero hasta ahora ello ha sido todo acertado. De aquí adelante vuesa merced guíe como mejor le pareciere.' Vasco Godínez replicó diciendo, que entonces ni en algún tiempo no se podía errar por tal consejo, y que esperaba en Dios que los pasos que aquel negocio le costaban habían de ser para descanso de todos. Y luego dijo a todos en general que bien parecía que había él estado ausente, pues no habían ido a matar al Mariscal Alonso de Alvarado, y que si la nueva le tomara más atrás, él y sus compañeros volvieran a ello. Y tratando sobre este negocio, mandó Don Sebastián llamar a consulta, para lo cual se juntaron Vasco Godínez, Baltasar Velásquez y Juan Ramón, el Licenciado Gómez Hernández, Hernando Guillada, Diego de Ávalos, Pedro del Castillo y Don Garci Tello, con otros algunos, y Vasco Godínez se ofreció de tomar la mano para ser caudillo en aquella jornada. Empero, Don Sebastián dijo que lo había ya prometido a Juan Ramón, y así salió acordado que se hiciese lista de veinte y cinco soldados, y que fuesen caudillos Juan Ramón y Don García, y tomasen la Ciudad de la Paz. Vasco Godínez dijo que había poco que hacer escribiendo por tal efecto a Juan de Vargas y a Martín de Olmos, y se ofreció de escribirles, y así lo hizo." Hasta aquí es de Diego Fernández.

CAPÍTULO XXV: Don Sebastián y sus ministros envían capitanes y soldados a matar al Mariscal. Juan Ramón, que era caudillo de ellos, desarma a Don García y a los de su bando; con la nueva de lo cual matan a Don Sebastián los mismos que le alzaron.

Prosiguiendo el mismo autor en su historia, capítulo quince, dice lo que se sigue: "Luego hicieron lista de los que habían de ir, y los apercibieron para otro día, miércoles, dándoles armas y cabalgaduras para hacer la jornada. Y así salieron, miércoles antes de medio día, Juan Ramón, Don Garci Tello, Gómez Mogollón, Gonzalo de Mata, Francisco de Añasco, Almansa (Hernando de Soria), Pedro de Castro, Mateo de Castañeda, Campofrío de Carbajal, Juan Nieto, Pedro Franco de Solís, Baltasar de Escobedo, Diego Maldonado, Pedro de Murguía, Rodrigo de Arévalo, Antonio Altamirano, Lucena, Hermosilla; los

cuales como fueron partidos de la Villa, luego Vasco Godínez dió de ello aviso a Egas de Guzmán, para que del asiento enviase socorro de gente a Juan Ramón y a Don García; y la carta que le escribió es ésta: 'Hermano mío de mis entrañas: A Don García, nuestro hermano, y Juan Ramón, despachó el señor General al Pueblo Nuevo a prender al bueno del Mariscal. El cual preso y muerto, no tenemos defensa ni contraste para seguir nuestra victoria. Van veinte y cinco caballeros, tales que osaría yo acometer con ellos a todo el género humano, y así tengo por cierto no habrá contraste alguno. Por eso, hermano mío, aderezaos y recoged las armas, porque el señor General me dice (y a mí me parece muy bien), que salga gente de ese asiento bien aderezada en favor de nuestros amigos. Acá nos ha parecido, y a todos, que vuesa merced ha usado de gran misericordia en dar la vida a Gómez de Solís; y misericordia, más no tanta.'

"Recibida esta carta por Egas de Guzmán, luego mandó apercibir cincuenta y cinco hombres para que fuesen en favor de Juan Ramón, y por capitán Gabriel de Pernia, y alférez Alonso de Arriaza, a los cuales mandó que fuesen hasta el Pueblo Nuevo en seguimiento de Juan Ramón. Luego se aprestaron y salieron del asiento con bandera tendida, y entre ellos iba Ordoño de Valencia, Diego de Tapia el Tuerto, Francisco de Cháves, mulato, Juan de Cepeda, Francisco Pacheco, Pedro Hernández de la Entrada, Alonso Marquina, Pedro de Benavides, Juan Márquez, Luis de Estrada, Melchor Pacho, Antonio de Ávila, y otros, en que iban cincuenta y cinco soldados."

Hasta aquí es de Diego Hernández. Los soldados que trazaron y trataron esta rebelión que Don Sebastián de Castilla hizo, luego que la vieron efectuada, trataron de matar y consumir al caudillo principal que ellos mismos levantaron, porque en aquel Imperio, desde las guerras de Gonzalo Pizarro, siempre se usó levantar un tirano y procurar de negarle luego, y matarle y alegarlo por servicio muy grande, para pedir mercedes de repartimientos grandes. Juan Ramón, que fue elegido caudillo con Don García para que fuesen a la Ciudad de la Paz a matar al Mariscal Alonso de Alvarado, como está dicho, antes que saliese de la Ciudad de la Plata trató con algunos amigos suyos que sería bien negar a Don García y a Don Sebastián y pasarse al servicio de Su Majestad. Y como todos ellos tenían la intención que hemos dicho, acudieron con facilidad a lo que Juan Ramón les propuso, y así salieron con esta buena intención. Por el camino tuvo aviso Don García de lo que Juan Ramón trataba, porque ellos mismos se vendían unos a otros; mas no trató del remedio ni hizo caso de ello, porque como mozo de poca experiencia y de menos milicia, haciendo vanas consideraciones, más en su daño que en su provecho, siguió su camino sin dar aviso a sus amigos para que siquiera fueran recatados.

Al segundo día de su camino tuvo noticia Juan Ramón que Don García la tenía de sus pensamientos y buen propósito, porque todos ellos hacían oficio de espías dobles, comunicando lo que se trataba aquí y allí y acullá, por lo cual Juan Ramón determinó abreviar su hecho, y apercibiendo los suyos, desarmó y quitó las cabalgaduras a cinco soldados principales de los de Don García que se

habían quedado atrás, y luego fueron en pos de Don García, que se había adelantado; y de él y de los suyos, que eran cuatro que estaban con él, hizo Juan Ramón lo mismo, que les quitó las armas enastadas y los arcabuces y las cabalgaduras, y, por no afrentarlos tanto, les dejó las espadas ceñidas. Don García, arrepentido de no haber hecho con Juan Ramón lo que Juan Ramón hizo con él, se ofreció de ir en su compañía a servir a Su Majestad, mas su contrario no lo aceptó por no partir con él los méritos de aquel servicio.

Don García y los suyos, viéndose cuales quedaban, acordaron volverse donde quedaba Don Sebastián de Castilla, y del camino le enviaron aviso de lo que pasaba, con un soldado llamado Rodrigo de Arévalo. El cual llegó a la ciudad, como lo dice el Palentino, a las nueve de la noche, once de marzo; y como los de la ciudad estaban siempre en la plaza en escuadrón formado, viendo entrar al Arévalo a pie y con semblante de perdidoso y afrentado, cual se puede imaginar que lo llevaría, se alborotaron todos los que le vieron; y Don Sebastián sabida la nueva, hizo lo mismo. Llamó a consulta los que él tenía por amigos, que eran Vasco Godínez y Baltasar Velásquez y Tello de Vega; pidióles parecer sobre el caso. Estuvieron diversos, que no se resumieron en cosa alguna. Entonces Vasco Godínez, que fue el más diligente en levantar aquella tiranía y traición, como él mismo lo dijo atrás, apartó a Don Sebastián de los otros, y a solas le dijo: “Señor, conviene que vuesa merced mande, para asegurar su partido, matar luego dieciocho o veinte hombres, soldados famosos, que estén en ese escuadrón de la plaza, que son notorios servidores del Rey; que quitados éstos de entre nosotros, todos los demás son amigos nuestros y podemos fiarnos de ellos y pasar adelante con nuestra pretensión y salir con ella.” Don Sebastián, que como hemos dicho era nobilísimo de condición, y de diferente ánimo que el de Vasco Godínez, habiendo oído le dijo: “Señor ¿qué me han hecho esos caballeros, para que yo los mate y haga una crueldad tan grande y extraña? Si eso es forzoso que yo los mate, más querría que me matasen a mí.”

Apenas lo hubo oído Vasco Godínez, cuando trocó el ánimo, y en aquel punto determinó matar a Don Sebastián, pues él no quería matar a los que le daba por enemigos, y le dijo: “Espéreme aquí vuesa merced, que luego vuelvo”. Diciendo esto salió a la plaza, donde estaba el escuadrón, y uno a uno buscó los que él había nombrado para que los matasen, y hallándolos divididos (por no poderles hablar, por la mucha gente que había) les tomaba una mano y se la apretaba dos, tres veces, muy recio, que era señal de apercibirles para que fuesen en su favor en la traición que pensaba hacer luego. Hecho esto, volvió a casa, y topándose con el Licenciado Gómez Hernández, le dijo en breves palabras lo que pensaba hacer y que a todos le convenía y que Su Majestad pagaría aquel servicio como era razón por ser tan calificado. Que llamase los amigos que conocía, para que les favoreciesen en su hazaña. Gómez Hernández, saliendo a la plaza, llamó a algunos por sus nombres; más como todos estaban temerosos de malos sucesos, no osó nadie acudir al llamado.

Gómez Hernández se volvió adentro, y se fue con Vasco Godínez donde estaba Don Sebastián, y ambos se abrazaron con él y le dieron muchas puñaladas, que, aunque tenía una cota vestida, le maltrataron con ellas. Baltasar Velásquez, que al principio de este buen hecho estaba cerca de Don Sebastián, cuando vió que lo maltrataban dió un grito, retirándose de ellos; pero reconociendo que le mataban, fue a les ayudar por alcanzar parte de aquella victoria, y le dió de puñaladas. Y otro acudió con una partesana, y tiró muchos golpes, no respetando a los amigos que estaban en el hecho y así llevaron algunos de ellos su parte, como lo dice el Palentino, capítulo diez y seis. "Don Sebastián salió de entre ellos con muchas heridas, y se entró en un aposento oscuro; y así como acertó a entrar en aquel aposento acertara a salir por la puerta de la calle a la plaza donde estaba el escuadrón armado, hubiera más sangre y mortandad. Baltasar Velásquez y otros cuatro o cinco entraron donde estaba Don Sebastián; y porque estaban a oscuras, no osaron buscarle con las armas, por no herirse unos a otros. Empero, Velásquez les dijo que saliesen a la plaza y certificasen que ya era muerto, porque sus amigos no entrasen a socorrerle, y dijo que él se quedaría para acabarle de matar. Y así hicieron él y ellos sus oficios, que Baltasar Velásquez, hallando a Don Sebastián, le dió muchas puñaladas por la cabeza y por el pescuezo. El pobre caballero pedía confesión, dando gritos y voces hasta que perdió el habla; y así lo dejó Baltasar Velásquez y salió a buscar quien le ayudase a sacarlo al escuadrón. Llamó a Diego de Ávalos y al Licenciado Hernández; y cuando llegaron donde habían dejado a Don Sebastián, hallaron que a gatas había salido hasta la puerta del aposento, donde estaba tendido y boqueando y allí le dieron mucho más heridas, hasta que vieron que acabó de espirar, que serían las diez de la noche. Y quedó Vasco Godínez de la revuelta herido de la mano derecha. Luego sacaron a Don Sebastián así muerto al escuadrón, apellidando: '¡Viva el Rey, que el tirano es muerto!'. Y Vasco Godínez salió también dando voces: '¡Viva el Rey, que el tirano es muerto, y yo lo maté!' Aunque es cierto (a mi juicio) que no erraría quien juzgase a los matadores por tanto y más tiranos que al muerto, porque tanto y más que no él lo habían sido, y después siendo ministros de justicia, se mostraron mayores," etc. Hasta aquí es de Diego Hernández, del capítulo alegado.

CAPÍTULO XXVI: Las elecciones de los oficios militares y civiles que se proveyeron, y Vasco Godínez por General de todos. La muerte de Don García y otros muchos sin tomarles confesión.

Como se ha dicho mataron al pobre caballero Don Sebastián de Castilla los mismos que le persuadieron y forzaron a que matase al Corregidor; y ahora se hacen jueces de los que mataron al General Pedro de Hinojosa, que era el Corregidor, para ganar crédito y méritos en el servicio de Su Majestad, por

haber sido traidores, una, y dos y más veces a su Rey y a sus propios amigos, como lo dirá la sentencia que pocos meses después dieron a Vasco Godínez, que fue el maestro mayor de esta gran maldad. Es de saber, que de la muerte del General Pedro de Hinojosa a la muerte del General Don Sebastián de Castilla (según el Palentino) no pasaron más de cinco días, que la de Hinojosa dice que fue a seis de marzo y la de Don Sebastián a once del mismo del año de mil y quinientos y cincuenta y tres. Vasco Godínez y los demás sus compañeros, habiendo muerto a Don Sebastián, sacaron de la prisión y cadenas en que tenían a Juan de Ortiz de Zárate y a Pedro Hernández Paniagua, y le dieron libertad, encareciéndole mucho que lo que habían hecho había sido tanto por librarles a ellos y a toda aquella ciudad de la muerte y destrucción que los tiranos habían de hacer en ella y en ellos, como por el servicio de Su Majestad. Y en particular les dijo Vasco Godínez estas palabras: (como lo refiere el Palentino, capítulo diez y siete): "Señores, por el amor de Dios, que pues yo no tengo mano, vuesas mercedes estén en este escuadrón y animen los que en él están, y los exhorten sirvan a Su Majestad." Empero, como Juan Ortiz de Zárate viese que todos los delincuentes y matadores del General estaban en el escuadrón, y por capitán uno de los principales agresores, que era Hernando Guillada, de temor no le matasen (y por parecerle también que así convenía), dijo públicamente a voces que todos tuviesen por capitán a Hernando Guillada."

Hasta aquí es del Palentino. Aquellas palabras que Juan Ortiz de Zárate dijo se tuvieron por muy acertadas, porque los aseguraban de los enemigos. Vasco Godínez se entró a curar de la herida de su mano, la cual encarecía más que la muerte de Don Sebastián. Despachó aquella misma noche seis arcabuceros para que atajasen el camino de Potocsi, porque no pasase la nueva de lo sucedido a Egas de Guzmán. Mandó prender tres soldados de sus más amigos, y que luego le diesen garrote antes que amaneciese, porque eran sabedores de sus traiciones, trampas y marañas. Y amaneciendo envió a llamar a Juan Ortiz de Zárate y a Pedro Hernández Paniagua y a Antonio Álvarez y a Martín Monge, que eran vecinos de aquella ciudad y no había otros entonces, y con mucho encarecimiento les dijo el peligro en que se había puesto por matar al tirano, y el servicio que había hecho a Su Majestad, y el beneficio en particular a ellos y a toda aquella ciudad en general. Que les pedía, en agradecimiento de todos sus servicios, lo eligiesen por justicia mayor de toda aquella ciudad y sus términos, y le nombrasen por capitán general para la guerra, pues Egas de Guzmán estaba fuerte y poderoso y con mucha gente en Potocsi, y le depositasen los indios del General, pues habían quedado vacos.

A lo cual respondieron los vecinos que ellos no eran parte para hacer aquellas elecciones, que temían ser castigados si las hiciesen. Mas Juan de Ortiz, viendo que las habían de hacer mal que les pesase, dijo (más de miedo que de agradecimiento) que como el Licenciado Gómez Hernández, que era letrado, diese su parecer en ello, que ellos lo harían de muy buena gana. El letrado dijo que lo podían hacer, y mucho más que el señor Vasco Godínez pidiese, porque

sus servicios lo merecían todo. Luego llamaron un escribano, y ante él nombraron por justicia mayor y capitán general a Vasco Godínez, en quien depositaron los indios del General Pedro de Hinojosa, que, como atrás se ha dicho, rentaban con las minas doscientos mil pesos en plata. Digno galardón de dos traiciones tan famosas como las que este hombre urdió, tejió y ejecutó, que su intención siempre fue de haber y poseer aquel repartimiento por cualquier vía y manera que fuese. También negoció el buen letrado que depositasen en él otro gran repartimiento llamado Puna. En este paso dice Diego Fernández lo que se sigue:

"Cierto parece que de su propia mano se quisieron pagar y vender bien la opinión en que con los soldados estaban y el miedo también que de ello los vecinos tenían, y el temor de que no fuesen más crueles con ellos que Don Sebastián lo había sido." Hasta aquí es de Diego Fernández. Luego nombraron al Licenciado Gómez Hernández por teniente general del ejército, y a Juan Ortiz de Zárate y a Pedro del Castillo por capitanes de infantería. Hicieron esta elección por dar a entender que no querían tiranizar los oficios militares, sino partir de ellos con los vecinos; los cuales los aceptaron más de miedo que por honrarse con ellos. Apregonóse que todos obedeciesen a Vasco Godínez por general, y a Baltasar Velásquez por maese de campo. Proveyóse que seis soldados fuesen a prender a Don García y a los demás que con él venían, de la buena jornada que hicieron para matar al Mariscal Alonso de Alvarado. Baltasar Velásquez, por tomar posesión de su oficio de maese de campo, hizo arrestar y hacer cuartos a dos soldados famosos que venían de Potocsi con avisos y despachos de Egas de Guzmán para Don Sebastián de Castilla. Mandó dar garrote a otro soldado que se decía Francisco de Villalobos, y que cortasen las manos a dos soldados que eran de sus más parciales; y por intercesión de los demás soldados, les concedió que no les cortasen más de una mano a cada uno de ellos. Todo esto hizo el buen maese de campo dentro de cuatro horas después de su elección.

Otro día siguiente entraron en aquella ciudad Martín de Robles, Pablo de Meneses, Diego de Almendras y Diego Velásquez, que andaban huidos de los soldados por no caer en poder de ellos. Con ellos vinieron otros de menos cuenta. Lo cual sabido por Vasco Godínez, que estaba en cama haciendo muy del herido, envió a llamar a Juan Ortiz de Zárate, y le pidió que persuadiese a Pablo de Meneses y a Martín de Robles, y a los demás que habían venido, hiciesen Cabildo y aprobasen y confirmasen la elección de justicia mayor y capitán general que en él se habían hecho, y el depósito de los indios de Pedro de Hinojosa. Respondieron a la demanda que ellos no tenían autoridad para aprobar nada de aquello, y que, como amigos suyos, le aconsejaban que se desistiese de aquellas pretensiones porque no pareciese que por pagarse de su mano y no por servir a Su Majestad había muerto a Don Sebastián de Castilla. Con la respuesta se indignó grandemente Vasco Godínez, y a voces dijo que votaba a tal que a los que pretendiesen menoscabar su honra, pretendía él

consumirles la vida. Mandó que entrasen todos en Cabildo, y que setenta u ochenta soldados estuviesen a la puerta del Ayuntamiento y matasen a cualquiera que contradijese cosa alguna de las que él pedía. Lo cual sabido por Pablo de Meneses y sus consortes, aprobaron, mal que les pesó, las elecciones, y mucho más que les pidieran, porque el Licenciado Gómez Hernández les persuadió y certificó que si no lo hacían los había de matar a todos.

Vasco Godínez quedó contento con verse aprobado por dos Cabildos para su mayor condenación. Riba Martín, que fue por cabo de otros cinco arcabuceros para prender a Don García Tello de Guzmán, lo prendió cinco leguas de la ciudad. El cual venía confiado en el favor y amparo que pensaba hallar en Don Sebastián de Castilla y los suyos; pero cuando supo que Vasco Godínez y Baltasar Velásquez y Gómez Hernández, que eran sus más íntimos amigos, y los que más habían fabricado en la muerte de Pedro de Hinojosa y en aquella tiranía, le habían muerto, se admiró grandemente y quedó como pasmado, pareciéndole imposible que los que tanto habían hecho con Don Sebastián para matar a Pedro de Hinojosa, matasen a Don Sebastián, siendo cualquiera de ellos sin comparación alguna más culpado en aquella traición y tiranía que el mismo Don Sebastián. Y como hombre que sabía largamente las trampas y marañas de todos ellos, dijo a Riba Martín que no dudaba de que le habían de matar arrebatadamente, porque no tuviese lugar ni tiempo de decir lo que sabía de aquellas maldades. Y así fue, que luego que entró en la ciudad Vasco Godínez, como lo dice el Palentino, capítulo diez y nueve, "encargó a Baltasar Velásquez lo despachase de presto, porque no descubriese las marañas de entrambos." Palabras son de aquel autor, y poco más adelante dice lo que se sigue.

"Apercibióle que luego había de morir; por tanto, que brevemente se confesase. Habíase entrado con él Juan Ortiz de Zárate, a quien Don García dijo que le suplicaba que si había de morir negociase que le diesen término por aquel día para recorrer en la memoria sus pecados y pedir a Dios perdón de ellos, porque era mozo y había sido muy pecador. Luego Baltasar Velásquez entró dentro, y, sin admitir los ruegos de Juan Ortiz, le hizo salir afuera, y dijo a Don García que antes de una hora había de morir. Por tanto, que brevemente ordenase su ánima; y estándose confesando, le dió mucha prisa para que muy presto acabase, y aún casi no bien acabado de confesar le hizo dar garrote; y se quebró el cordel y, poniéndole otro cordel a la garganta, pareciéndole a Baltasar Velásquez que había mucha dilación, sacó su espada de la cinta y le hizo degollar y cortar la cabeza con ella. Y Juan Ortiz de Zárate hizo amortajar y enterrar su cuerpo. Luego hicieron también justicia de otros algunos, guardando la orden de no tomar confesión, ni hacer figura de juicio, con quien pudiese manifestar ser ellos los fundadores e inventores de la tiranía."

Hasta aquí es de Diego Fernández, capítulo diez y nueve. Y poco antes de él, hablando en el mismo propósito, dice lo que sigue: "Y era la flor de su juego matar a muchos sin tomarles confesión, porque no descubriesen sus tratos y

conciertos; y a los que eran muy culpados en la conjuración pasada, si de ellos tenían entera confianza que guardarían secreto de aquella preñez que tanto tiempo habían traído, con estos tales disimulaban con penas livianas, y con darles de mano y ayudándolos para su viaje. Lo cual hacían torciendo la justicia hacia la parte que sus intereses más los guiaban."

Hasta aquí es de Diego Fernández, con que acaba el capítulo diez y ocho; y tiene mucha razón aquel autor de decirlo así, y aún mucho más se deben abominar las crueldades y maldades que aquellos hombres en sus más amigos hicieron, habiéndolas ellos mismos inventado, trazado y ejecutado con la muerte de Pedro de Hinojosa, que más de tres años antes la tenían pensada hacer, si él no se hacía caudillo de ellos. Que cierto no sé cómo se pueda intimar, ni decir bastantemente que para encubrir sus propias bellaquerías y para matar a los que la sabían, se hiciesen elegir por superiores y ministros mayores en paz y en guerra para poder castigar y quitar la vida a los que ellos mismos con sus traiciones y maldades habían hecho culpados. Pero no les faltó el castigo del cielo, como adelante veremos.

CAPÍTULO XXVII: Los sucesos que hubo en Potocsi. Egas de Guzmán arrastrado y hecho cuartos, y otras locuras de soldados; con la muerte de otros muchos de los famosos. El apercibimiento del Cozco contra los tiranos.

Todo lo que se ha referido y mucho más (que no se pueden contar por entero cosas tan extrañas y abominables) pasó en la Ciudad de la Plata. Diremos ahora lo que hubo en Potocsi donde saquearon el tesoro de Su Majestad, que con ser una suma tan grande que valía más de millón y medio de pesos de plata se convirtió en un poco de aire, porque no se cobró blanca de todo ello, y sucedió, como atrás se dijo, la muerte de Hernando de Alvarado, contador de Su Majestad, que Antonio de Luján, haciéndose justicia mayor de aquella villa y su distrito, lo mató con pregón de que había sido con el General Pedro de Hinojosa para alzarse con el Reino. Ahora es de saber que a este Antonio de Luján le escribió un amigo suyo, que se decía Juan González, una carta en que le avisaba la muerte de Don Sebastián y la prisión de Don García y la ida de Juan Ramón y otros con él a juntarse con el Mariscal Alonso de Alvarado. Envióle la carta con un *yanacuna* (que es indio criado en casa), que son los mejores espías dobles que en aquella tierra ha habido, el cual la llevó metida en una suela del calzado que ellos traen, de manera que pudo pasar por las guardas que por el camino había. Decíale en la carta que diese luego de puñaladas a Egas de Guzmán, porque la pretensión de todos ellos se había atajado con la muerte de Don Sebastián.

Antonio de Luján, como justicia mayor que se había hecho de aquella villa, mandó tocar arma y formar escuadrón en la plaza, a lo cual acudió Egas de

Guzmán y le preguntó que qué era aquello. Antonio de Luján, para hacer experiencia si la carta era cierta o echadiza, y también porque Egas de Guzmán se fiase de él, teniéndolo por amigo, le mostró en presencia de los que allí estaban la carta que le escribieron. Dudóse si la firma era de Juan González o falsa, pero al cabo se tuvo antes por de Juan González que no ajena. Con lo cual Egas de Guzmán se mostró turbado porque le vieron en su rostro la aflicción de su corazón. Por lo cual los que pretendían mostrarse servidores de Su Majestad trocaron el ánimo para volverse de su bando, que era lo que Antonio de Luján procuraba saber cuando mostró la carta, que era que todos supiesen la muerte de Don Sebastián, para que trocasen las manos y los pensamientos e hiciesen lo que la carta les mandaba, que matasen a Egas de Guzmán. Y así en aquella junta, con mirarse unos a otros, se entendieron sin hablar palabra; y aunque hubo algunos del bando de Egas de Guzmán (por ser los más en contra) se atrevió Antonio de Luján, y otros con él a echar mano de Egas de Guzmán, y prenderle y soltar a Gómez de Solís y a Martín de Almendras. Y los grillos y prisiones que ellos tenían se los echaron a Egas de Guzmán, y una cota que tenían puesta se la quitó Gómez de Solís y se la puso él. Y dentro de seis horas arrastraron e hicieron cuartos a Egas de Guzmán (que no le valió nada toda su valentía), y a otro con él, que se decía Diego de Vergara.

Esto sucedió en Potocsi por la carta que escribió Juan González. Los de la Ciudad de la Plata, que los principales eran Vasco Godínez, Baltasar Velásquez y el Licenciado Gómez Hernández, habiéndolo consultado con los demás vecinos y soldados de aquella ciudad, acordaron ir todos ellos en forma de guerra a la villa de Potocsi contra Egas de Guzmán, no sabiendo lo que del pobre caballero se había hecho. Vasco Godínez iba por justicia general y justicia mayor de aquel ejército, que así le llamaron aunque no iban cien soldados en él, que parece juego de muchachos. Fueron dos capitanes de infantería y otro de la caballería, con teniente que llamaban del campo, y a dos leguas que habían caminado, les llegó nueva que Egas de Guzmán era muerto, y la villa reducida al servicio de Su Majestad. Con lo cual acordaron que Vasco Godínez se volviese a la Ciudad de la Plata, y que Baltasar Velásquez y el Licenciado Gómez Hernández, con cincuenta soldados escogidos, fuesen a Potocsi y pasasen adelante en busca de Gabriel de Pernia, que, como se ha dicho, Egas de Guzmán lo había enviado con cincuenta y cinco soldados a la Ciudad de la Paz, a matar al Mariscal Alonso de Alvarado. Gabriel de Pernia, habiendo caminado con su gente muchas leguas, supo que Juan Ramón había desarmado a Don García, por lo cual la bandera que llevaba contra el Mariscal la alzó en su servicio, y le avisó con Ordoño de Valencia cómo iba a servirle. Pocas leguas más adelante sus propios soldados prendieron a Gabriel de Pernia y alzaron la bandera por Don Sebastián, y se volvían con ella, dejando a Pernia y a otros tres con él, para que se fuesen donde quisiesen; los cuales fueron a juntarse con el Mariscal, y lo acertaron.

Aquellos soldados de Pernia, caminando sin capitán ni consejo propio ni ajeno, tuvieron nueva que Don Sebastián era muerto, con lo cual, como lo escribe el Palentino por estas palabras, capítulo veinte y uno, “volvieron a decir que aquella bandera alzaban en nombre de Su Majestad. De manera que la bandera hacía el oficio de veleta que se muda siempre con el viento que corre más fresco hacia la parte donde viene. Y, en fin, podemos decir que hacía lo que la gente poco leal, que es andar a viva quien vence. Venidos, pues, éstos a encontrarse con Baltasar Velásquez, Alonso de Arriaza, que traía la bandera, con Pedro Juárez y otros dos soldados, se hicieron adelante con ella, y obra de treinta pasos de la bandera de Baltasar Velásquez la batieron tres veces y se la entregaron luego, Baltasar Velásquez envió de allí a Riba Martín y a Martín Monge a la Ciudad de la Paz, haciendo saber al Mariscal cómo el asiento y Villa de la Plata estaba todo pacífico y reducido al servicio de Su Majestad, y él se volvió para el asiento, llevando presos a Alonso de Arriaza, Francisco Arnao, Pero Juarez, Alonso de Marquina, Francisco Cháves, mulato, y Juan Juárez. Y llegando legua y media del asiento, mandó hacer cuartos a Francisco de Arnao, y, entrado que fue, hizo arrastrar y hacer cuartos a Alonso de Marquina. Y aquella misma noche entró en el monasterio de la Merced y sacó a Pedro del Corro, que se había metido fraile (por haberse hallado en la muerte del General), y fue ahorcado.”

Hasta aquí es de Diego Fernández. Y por abreviar, que va muy largo, decimos que Baltasar Velásquez entregó los demás presos que llevaba a Vasco Godínez (que se había hecho justicia mayor) para que hiciese de ellos lo que quisiese, que era matar todos los que eran sabedores de sus tramas. Y así desterró a muchos a diversas partes lejos de la Ciudad de la Plata cuatrocientas, quinientas y setecientas leguas. Hizo cuartos a Garci Tello de Vega, que fue capitán de Don Sebastián, y el mismo Vasco Godínez lo había elegido por tal. A otro soldado, llamado Diego Pérez, mandó deszocar de ambos pies y condenarlo a que sirviese en galeras. Muy bien sirviera el pobre galeote sin pies. Parecen desatinos estudiados. Despachó a Baltasar Velásquez y a otro soldado famoso, que se decía Pedro del Castillo, que “viniesen a Lima a encarecer y exagerar el servicio que Vasco Godínez y ellos habían hecho.” Palabras son del Palentino, con que acaba el capítulo alegado.

Esta ausencia que Baltasar Velásquez hizo de los Charcas le escapó de la muerte que Alonso de Alvarado le diera. Pero no le escapó de otra muerte más rigurosa que vino por sentencia del cielo. La nueva del levantamiento de Don Sebastián de Castilla corrió por todo aquel Imperio con mucho escándalo de todos los vecinos que lo oyeron, porque éstos eran los que lastaban en las guerras que en aquella tierra se ofrecía; que por una parte, como señores de vasallos, gastaban sus haciendas en ellas, y por otra traían sus vidas colgadas de un cabello, que los enemigos hacían todas sus diligencias por matarlos para heredar los indios. Luego que llegó esta nueva a la ciudad del Cozco, se apercibió para resistir al enemigo. Entraron en Cabildo y eligieron a Diego

Maldonado, que llamaron el Rico, por General, por ser el regidor más antiguo que había; y a Garcilaso de la Vega y a Juan de Saavedra por capitanes de gente de caballo; y a Juan Julio de Hojeda y a Tomás Vásquez y a Antonio de Quiñones y a otro vecino cuyo nombre se me ha ido de la memoria, eligieron por capitanes de infantería. Los cuales todos, a toda diligencia, hicieron gente, y Juan Julio de Hojeda fue tan solícito, que dentro de cinco días salió a la plaza acompañado de trescientos soldados muy bien armados y aderezados, que causó admiración la brevedad del tiempo. Pasados otros tres días, que por todos fueron ocho, llegó la nueva de la muerte de Don Sebastián, con que se acabó la guerra por entonces. Lo mismo sucedió en la Ciudad de los Reyes, como lo dice Diego Hernández, capítulo veinte y dos, por estas palabras:

"Tenía relación el Audiencia de estas revoluciones y tormenta que había corrido, porque en fin de marzo había venido la nueva de la muerte del General y tiranía de Don Sebastián de Castilla, y de allí a seis días, del suceso y rebelión de Egas de Guzmán en el asiento de Potocsi; y dentro de otros cuatro vino la nueva de las muertes de los tiranos, por lo cual se hicieron en Lima grandes fiestas y regocijos." Hasta aquí es de Diego Fernández. En el capítulo siguiente diremos la provisión que se hizo para el castigo de lo que se ha referido.

CAPÍTULO XXVIII: La Audiencia Real provee al Mariscal Alonso de Alvarado por juez para el castigo de los tiranos. Las prevenciones del juez, y otras de los soldados. La prisión de Vasco Godínez y de otros soldados y vecinos.

Pasadas las fiestas y los regocijos que en la Ciudad de los Reyes se hicieron por la muerte de Don Sebastián de Castilla y destrucción de aquella tiranía, de la cual el mejor librado fue Ordoño de Valencia, que aunque se halló en el un bando y en el otro, como muchas veces los nombra en su *Historia* Diego Fernández, su buena fortuna ordenó que llevase las nuevas de la muerte de Don Sebastián, en albricias de las cuales le dieron los Oidores un repartimiento de indios en la ciudad del Cozco, de cinco o seis mil pesos de renta, donde yo le dejé gozando de ellos cuando me vine a España. Otros libraron y adquirieron en contra, para castigo y muerte de los cuales proveyeron los Oidores de aquella Cancillería Real una provisión en que remitieron la comisión del castigo de aquella tiranía al Mariscal Alonso de Alvarado, por conocerle por juez severo y riguroso, como convenía que lo fuese el que hubiese de castigar tantas y tan grandes maldades como se había hecho en deservicio de Dios Nuestro Señor y el Emperador Carlos Quinto, Rey de España. Mandaron asimismo los Oidores que el Licenciado Juan Fernández, que era fiscal en aquella Cancillería, fuese a los Charcas a hacer sus oficios con aquellos delincuentes. Libraron otra provisión en secreto, en que hacían Corregidor y justicia mayor de todas aquellas provincias

al dicho Alonso de Alvarado, y Capitán General para que hiciese gente y gastase la hacienda real de lo necesario, si la tiranía no estaba acabada.

Dieron estas provisiones a Alonso de Alvarado en la Ciudad de la Paz, donde luego entendió en el castigo de los rebelados. Envió personas de confianza a diversas partes, a prender los culpados que se habían huido y escondido en los pueblos de los indios. Uno de estos comisarios, que se decía Juan de Henao, los persiguió hasta entrar con balsas en la laguna grande del Titicaca, y los buscó por las isletas, y entre las eneas, espadañas y juncales que en aquella laguna se crían, donde prendió más de veinte de ellos, de los más culpados, y los entregó a Pedro Enciso que era Corregidor de Chucuitu. El cual, habiéndoles tomado sus confesiones, los remitió al Mariscal, enviándoselos muy bien aprisionados y con buena guarda.

Sabiéndose en los Charcas y en Potocsi que el Mariscal iba por juez de Comisión de lo pasado en aquellas provincias, muchos soldados que se hallaban culpados aconsejaran a Vasco Godínez (cuyos delitos le parecían que no eran de perdonar) que se recatase y mirase por sí, y que se rehiciese de gente para resistir al Mariscal (como lo dice Diego Fernández, capítulo veinte y dos, por estas palabras) "pues sería parte para poderlo bien hacer, y aún le persuadieron que publicase que el Mariscal y Lorenzo de Aldana y Gómez de Alvarado se querían alzar y tiranizar la tierra, y que con este color y fingimiento los matase, que para ello le darían favor bastante, porque de esta suerte no le podía después recrecer contraste alguno. Empero Vasco Godínez, confiado en el gran servicio que a Su Majestad habían hecho, y aún también porque entendiendo esto Juan Ramón dió algunas reprensiones, así a Vasco Godínez como a los autores, no se trató de ponerlo en efecto. Teniendo, pues, el Mariscal algunas noticias de estas cosas, acordó guiar el negocio por maña, y fue publicar que juntamente con su comisión habían también venido algunas provisiones para gratificación de algunos que habían servido en la muerte de Don Sebastián en deshacer la tiranía, y que en una provisión venía la encomienda de los indios de Alonso de Mendoza para Vasco Godínez y Juan Ramón. Publicada esta nueva, despachó a Alonso Velásquez, con algunos recaudos para Potocsi, y con mandamiento para prender a Vasco Godínez, y echó fama que llevaba la provisión de la encomienda, en que le daban los indios a Vasco Godínez."

Hasta aquí es de Diego Fernández, sacado a la letra del capítulo alegado. Vasco Godínez estaba entonces en la Ciudad de la Plata, donde tuvo nueva, por carta de un pariente suyo, que Alonso Velásquez le llevaba la provisión de los indios que los Oidores le habían proveído, que eran los de Alonso de Mendoza, de lo cual Vasco Godínez se mostró muy enfadado y aún ofendido porque no eran los del General Pedro de Hinojosa, que él se había aplicado por sus tiranías y maldades. Y así se quejó a los que estaban presentes cuando le dieron la carta, y aunque ellos le consolaban diciendo que traían buenos principios para mejorarle adelante, él blasfemaba como un hereje, y lo mismo hacían otros soldados con él, que también pretendían repartimiento de indios de los mejores

del Perú, porque cada uno tenía los méritos que él se imaginaba. Poco después que Vasco Godínez tuvo la carta con la nueva falsa de los indios (que no imaginaban darle), entró Alonso Velásquez en la Ciudad de la Plata, y, acompañado de algunos amigos suyos, fue a la posada de Vasco Godínez, y entre ellos pasaron algunas palabras y razones de buenos comedimientos. A los cuales respondió Vasco Godínez, por una parte muy entonado y por otra muy melancólico y triste, porque no le daban todo el Perú por suyo. Alonso Velásquez, porque no pasasen adelante razones tan impertinentes, le dió una carta del Mariscal con otras más negras, porque eran fingidas, para asegurarle. Y estándolas leyendo, se llegó a él Alonso Velásquez, y echándole mano del brazo, le dijo: "Sed preso, señor Godínez." El cual, con mucha turbación, dijo que le mostrase por dónde.

Alonso de Velásquez, como lo refiere Diego Hernández, capítulo veintidós, por estas palabras, "le respondió se fuese con él, que allá le mostraría a quien era obligado. Vasco Godínez dijo que entrase en Cabildo con los que allí estaban, y se viesen los despachos que traía y lo que en tal caso se debía hacer. Entonces, ya con más cólera, le dijo Alonso Velásquez que no curase de réplicas, sino que se fuese con él. Y le comenzó a llevar con más violencia camino de la cárcel. Y llevándole así, mostrando Godínez gran desesperación, se asió de la barba con la mano derecha, alzando los ojos al cielo. Por lo cual algunos le consolaban diciendo que tuviese paciencia en aquella prisión, pues sería para que más se aclarase su justicia y el servicio señalado que a Su Majestad había hecho. A lo cual replicó Vasco Godínez dando pesares, y diciendo que ya le llevasen los diablos, pues a tal tiempo lo habían traído. Finalmente Alonso Velásquez le metió en la cárcel y le echó cadena y grillos, y, poniendo buen recaudo en su guarda, escribió luego al Mariscal lo que pasaba; el cual se vino a la hora a Potocsi y comenzó a entender en el castigo, prendiendo mucho número de soldados y vecinos, y procedió en la causa contra Martín de Robles, Gómez de Solís y Martín de Almendras y otros guardando a todos sus términos y admitiéndoles sus descargos y probanzas, principalmente a los vecinos. Los cuales y otros muchos, por justificar tanto sus causas y darles largos términos, ganaron las vidas, más que por disculpas y descargos que diesen, como adelante diremos."

Hasta aquí es de Diego Fernández, sacado a la letra, con que acaba el capítulo veintidós. En cuyas últimas razones muestra haber recibido la relación de algún apasionado contra los vecinos señores de vasallos del Perú, o que él lo era, porque no habiendo escrito delito alguno contra los que el Mariscal prendió, antes habiendo dicho que los tiranos prendieron a Gómez de Solís y a Martín de Almendras, y que Martín de Robles se escapó huyendo en camisa, dice ahora que por los muchos y largos términos que le dieron ganaron las vidas, más que por disculpas y descargos que diesen. Lo cual, cierto parece notoria pasión, como también adelante la muestra en otros pasos que notaremos.

CAPÍTULO XXIX: El juez castiga muchos tiranos de la Ciudad de la Paz y en el asiento de Potocsi, con muertes, azotes y galeras, y en la Ciudad de la Plata hace lo mismo. La sentencia y muerte de Vasco Godínez.

El Mariscal dió principio al castigo de aquella tiranía en la Ciudad de la Paz, donde él estaba de asiento. Condenó todos los presos que Pedro de Enciso le envió, que sacaron de la laguna grande, y a otros que prendieron en otras partes. A muchos de ellos ahorcaron y a otros degollaron y a otros condenaron a azotes y a galeras, de manera que todos quedaron bien pagados. De la Ciudad de la Paz, se fue el Mariscal a Potocsi, donde halló muchos presos, de los valientes y famosos amigos de Egas de Guzmán y de Don Sebastián de Castilla, a los cuales semejantemente dió el mismo castigo que a los pasados, condenando parte de ellos a degollar y otra gran parte a ahorcar, y los menos fueron azotados y condenados a galeras. Prendió al Comendador Hernán Pérez de Párraga, que era del hábito de San Juan y en pago de la carta que atrás dijimos que escribió a Don Sebastián pidiéndole que enviase veinte arcabuceros a prenderle, porque no pareciese que él de su grado se le iba a entregar, le quitaron los indios que tenía en la Ciudad de la Plata y su persona remitieron al Gran Maestre de Malta, y se lo enviaron a buen recaudo, con prisiones y guarda.

Hecho el castigo en Potocsi, se fue el Mariscal a la Ciudad de la Plata, donde Vasco Godínez estaba preso, y otros muchos con él, de los más famosos y belicosos soldados que hubo en aquellas provincias; los cuales padecieron las mismas penas y castigos que los de Potocsí y los de la Ciudad de la Paz, que fueron degollados y los más ahorcados, y los menos azotados y condenados a galeras. Condenaban los menos a galeras, porque les parecía que era cosa muy prolija traerlos a España y entregarlos a los ministros de galeras, que hasta entonces no se cumplía el tenor de la sentencia, y los más de los condenados se huían en el camino tan largo, como lo hicieron los que entregaron a Rodrigo Niño, que de ochenta y seis no llegó más de uno a Sevilla. No se pone el número de los castigados, muertos y azotados porque fueron tantos que no se tuvo cuenta con ellos, a lo menos para que se pudiese escribir, porque fueron muchos. Que desde los últimos de junio de mil y quinientos y cincuenta y tres años, hasta los postreros de noviembre del dicho año, que llegó allá la nueva del levantamiento de Francisco Hernández Girón, todos los días feriales salían condenados cuatro y cinco y seis soldados, y luego el día siguiente se ejecutaban las sentencias. Y era así menester para desembarazar las cárceles y asegurar la tierra, que estaba muy escandalizada de tanto alboroto y ruina como aquella tiranía había causado, que nadie se tenía por seguro, aunque los maldicientes lo aplicaban a crueldad y llamaban al juez Nerón, por ver que tan sin duelo se ejecutasen tantas suertes en personas y soldados tan principales, que los más de ellos fueron engañados y forzados. Decían que dejando cada día condenados a muerte cinco o seis soldados se iba el juez desde la cárcel hasta su casa riendo y

chuflando con su teniente fiscal, como si los condenados fueran pavos y capones para algún banquete. Otras muchas libertades y desvergüenzas decían contra la justicia, que fuera razón que hubiera otro castigo, como el de la tiranía.

Por el mes de octubre del dicho año, como lo dice Diego Fernández, capítulo veinte y tres por estas palabras, "mandó arrastrar y hacer cuartos a Vasco Godínez, haciéndole cargo y culpa de muchos y grandes y calificados delitos, los cuales están expresados en la sentencia. Y es cierto que el Mariscal le pesó mucho de no hallar a Baltasar Velázquez (que era ido a Lima), que, si allí estuviera, sin falta hiciera de él lo mismo que de Vasco Godínez," etc. Los delitos y traiciones de Vasco Godínez se calificaron en breves palabras en el pregón con que lo llevaron arrastrando a hacer cuartos, que decía: "A este hombre por traidor a Dios y al Rey y a sus amigos, mandan arrastrar y hacer cuartos." Fué una sentencia la más agradable que hasta hoy se ha dado en aquel Imperio, porque contenía en las tres palabras la suma de lo que no se podía decir ni escribir en muchos capítulos. Paso adelante la ejecución de la justicia en otros culpados, que fueron muchos los muertos y más muertos, hasta los últimos de noviembre, que (como dijimos) llegó la nueva del levantamiento de Francisco Hernández Girón, con que cesó la peste y mortandad de aquellos soldados. Que fue menester que hubiese otra rebelión y motín en otra parte, para que el temor del segundo aplacase el castigo del primero.

Del cual motín dieron pronóstico a voces los indios del Cozco, como yo lo ví, y fue la noche antes de la fiesta del Santísimo Sacramento; que yo como muchacho salí aquella noche a ver adornar las dos plazas principales de aquella ciudad, que entonces no andaba la procesión por otras calles como me dicen que las anda ahora, que es al doble de lo que solía. Estando yo junto a la esquina de la capilla mayor de la Iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, que sería la una o las dos de la madrugada, cayó una cometa al oriente de la ciudad, hacia el camino real de los Antis, tan grande y tan clara que alumbró toda la ciudad con más claridad y resplandor que si fuera la luna llena a media noche. Todos los tejados hicieron sombra más que con la luna. Cayó derecha de alto abajo; era redonda como una bola, y tan gruesa como una gran torre. Llegando cerca del suelo como dos torres en alto, se desmenuzó en centellas y chispas de fuego, sin hacer daño en las casas de los indios en cuyo derecho cayó. Al mismo punto se oyó un trueno bajo y sordo que atravesó toda la región del aire, de oriente a poniente. Lo cual visto y oído, los indios que estaban en las dos plazas, a voces altas y claras, todos a una, dijeron: "¡Auca, auca!", repitiendo estas palabras muchas veces, que en su lengua significa tirano, traidor, fementido, cruel, alevoso y todo lo que se puede decir a un traidor, como en otras partes hemos dicho. Esto pasó a los diez y nueve de junio del año de mil y quinientos y cincuenta y tres, que se celebró la fiesta del Señor; y el pronóstico de los indios se cumplió a los trece de noviembre del mismo año, que fue el levantamiento de Francisco Hernández Girón, que luego diremos en el libro siguiente.

FIN DEL LIBRO SEXTO

LIBRO SÉTIMO

DE LA SEGUNDA PARTE

DE LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS.

Contiene la rebelión de Francisco Hernández Girón. Las prevenciones que hizo para llevar su tiranía adelante. Su ida en busca de los Oidores. La elección que ellos hacen de capitanes contra el tirano. Sucesos desgraciados de la una parte y de la otra. El alcance y victoria de Francisco Hernández Girón en Villacori. La venida del Mariscal Alonso de Alvarado con ejército en busca del enemigo. Los sucesos de aquella jornada hasta la batalla de Chuquinca, que el Mariscal perdió. Los ministros que Francisco Hernández envió a diversas partes del Reino. Los robos que los ministros hicieron. La ida de los Oidores en seguimiento del tirano. Los sucesos que de ambas partes hubo en aquel viaje hasta la batalla de Pucará. La huida de Francisco Hernández y de los suyos, por haber errado el tiro de la batalla. La prisión y muerte de todos ellos. Contiene treinta capítulos.

CAPÍTULO I: Con la nueva del riguroso castigo que en los Charcas se hacía, se conjura Francisco Hernández Girón con ciertos vecinos y soldados para rebelarse en aquel Reino.

La fama publicó por todo aquel Imperio el castigo severo y riguroso que en los Charcas se hacía de la tiranía de Vasco Godínez y Don Sebastián de Castilla y de sus consortes, juntamente publicaba con verdad o con mentira (que ambos oficios sabe hacer esta gran Reina), que el Mariscal hacía información contra otros delincuentes, de los que vivían fuera de su jurisdicción, y que decía, como lo refiere el Palentino por estas palabras, capítulo veinte y cuatro, "que en Potocsi se cortaban las ramas, empero que en el Cuzco se destroncarían las raíces, y de ello había venido carta al Cuzco, la cual dijeron haber escrito sin malicia alguna Juan de la Reinaga. Venidas estas nuevas, Francisco Hernández Girón vivía muy recatado y velábase, poniendo espías por él camino del Potocsi para tener aviso de quien venía, por tener temor que el Mariscal enviaría gente para prenderle. Y tenía prevenido sus amigos para que asimismo tuviesen cuenta si al Corregidor Gil Ramírez, que a la sazón era, le venían algunos despachos del Mariscal." Hasta aquí es de aquel autor, sacado a la letra. Y poco más adelante dice que se alborotaron todos los vecinos del Cozco por un pregón que en él se dió acerca de quitar el servicio personal de los indios, y que el Corregidor les rompió una petición firmada de todos ellos que acerca de esto le dieron, etc.

Cierto me espanto de quien pudiese darle relaciones tan ajenas de toda verosimilitud, que ningún vecino de toda aquella ciudad se escandalizó por el castigo ajeno, sino Francisco Hernández Girón, por los dos indicios, de tiranía y rebelión que había dado de que la historia ha hecho mención. Ni el Corregidor, que era un caballero muy principal y se había criado con un príncipe tan santo y tan bueno como el Visorrey Don Antonio de Mendoza, había de hacer una cosa tan odiosa y abominable como era romper la petición de una ciudad que tenía entonces ochenta señores de vasallos y era la cabeza de aquel Imperio. Que si tal pasara no fuera mucho que (salva la Majestad Real) le dieran cincuenta puñaladas, como el mismo autor y en el mismo capítulo alegado, una columna más adelante, dice que Francisco Hernández Girón y sus conjurados tenían concertado de dárselas dentro en el Cabildo o en el oficio de un escribano, do solía el Corregidor hacer Audiencia.

Hasta aquí es del Palentino. Y porque no es razón que contradigamos tan al descubierto lo que este autor escribe, que en muchas partes debió de ser de

relación vulgar y no auténtica, será bien lo dejemos y digamos lo que conviene a la historia y lo que sucedió en el Cozco, que lo ví yo todo personalmente. El escándalo de la justicia que se hacía de la tiranía que hubo en los Charcas, no tocó a otro vecino del Cozco sino a Francisco Hernández Girón, por lo dicho, y por la mucha comunicación y amistad que tenía con soldados, y ninguna con los vecinos, que era bastante indicio para sospechar mal de su intención y ánimo. Por lo cual se recató con las nuevas que le dieron de que el Mariscal hacía pesquisa contra él. Y así, acusado de sus mismos hechos, procuró ejecutar en breve su tiranía. Para lo cual habló a algunos soldados amigos suyos, que no pasaron de doce a trece, que fueron Juan Cobo, Antonio Carrillo (de quien hicimos mención en nuestra *Florida*), Diego Gavilán y Juan Gavilán su hermano, y Nuño Mendiola y el Licenciado Diego de Alvarado, que presumía más de soldado valentón que de jurista, y tenía razón, que no había que hacer caso de sus letras porque nunca en paz ni en guerra se mostraron. Estos eran soldados y pobres, aunque nobles y honrados.

Sin éstos habló Francisco Hernández a Tomás Vásquez, que era un vecino rico y de los principales de aquella ciudad, de los primeros conquistadores que se hallaron en la prisión de Atahualpa. Tuvo ocasión de hablarle para su tiranía, por cierta pasión que Tomás Vásquez y el Corregidor Gil Ramírez de Ávalos tuvieron pocos meses antes. En la cual el Corregidor se hubo apasionadamente, que con poca o ninguna razón prendió a Tomás Vásquez y lo puso en la cárcel pública, y procedió más como parte que como juez, de lo cual Tomás Vásquez se dió por agraviado, porque a los vecinos de su calidad y antigüedad se les hacía mucha honra y estima. Por esta vía le entró Francisco Hernández, incitándole con la venganza de sus agravios; y Tomás Vásquez, ciego de su pasión, aceptó ser de su bando. También habló Francisco Hernández otro vecino llamado Juan de Piedrahita, que era de los menores de la ciudad, de poca renta, y así lo más del año vivía fuera de ella allá con sus indios. Era hombre fácil, con más presunción de soldado belicoso que de vecino pacífico. Alióse con Francisco Hernández con mucha facilidad, porque su ánimo inquieto no pretendía otra cosa.

Estos dos vecinos y otro, que se decía Alonso Díaz, fueron con Francisco Hernández en su levantamiento, aunque el Palentino nombra a otro que se decía Rodrigo de Pineda. Pero éste y otros que fueron con él a la Ciudad de los Reyes, no se hallaron con Francisco Hernández en su conjuración y levantamiento, sino que después le siguieron (como la historia lo dirá), más de miedo que por otro respeto ni interés alguno, y así lo negaron todos en pudiendo, y se pasaron al bando de Su Majestad, y fueron causa de la destrucción de Francisco Hernández Girón.

El Palentino, habiendo nombrado sin distinción de vecinos a soldados, todos los que en la conjuración de Francisco Hernández hemos nombrado, dice que se conjuró con otros vecinos y soldados de matar al Corregidor y alzarse con la ciudad y el Reino, lo cual cierto debió de escribir la relación da algún mal

intencionado, u ofendido de algún vecino o vecinos del Perú, que siempre que habla de ellos procura hacerlos traidores, o a lo menos que queden indiciados o sospechosos por tales.

Yo soy hijo de aquella ciudad, y asimismo lo soy de todo aquel Imperio, y me pesa mucho de que sin culpa de ellos ni ofensa de la Majestad Real condenen por traidores, o a lo menos hagan sospechosos de ella, a los que ganaron un Imperio tan grande y tan rico que ha enriquecido a todo el mundo, como atrás queda largamente probado. Yo protesto, como cristiano, de decir verdad sin pasión ni afición alguna; y en lo que Diego Fernández anduviere en la verdad del hecho le alegaré; y en lo que anduviere oscuro y confuso y equívoco, le declararé, y no seré tan largo como él, por huir de impertinencias.

Francisco Hernández Girón se conjuró con los que hemos nombrado y con otro soldado, llamado Bernardino de Robles, y otro que se decía Alonso González, un hombre vil y bajo, así de su calidad como de su persona, rostro y talle. Salió después, andando la tiranía, el mayor verdugo del mundo, que con su espada mataba a los que Francisco Hernández perdonaba, y los degollaba antes que llegase a él la nueva del perdón, por decir que ya lo había muerto cuando llegó el mandato. Vivía, antes de la tiranía, de criar puercos en el valle de Sacsahuana, repartimiento de indios del mismo Francisco Hernández Girón, y de aquí se conocieron para ser después tan grandes amigos como lo fueron.

Hecha la conjuración, aguardaron a ejecutarla el día de una boda solemne, que se celebraba a los trece de noviembre del año de mil y quinientos y cincuenta y tres. Eran los velados Alonso de Loayza, sobrino del Arzobispo de Los Reyes, que era de los principales y ricos vecinos de aquella ciudad, y Doña María de Castilla, sobrina de don Baltasar de Castilla, hija de su hermana, Doña Leonor de Bobadilla, y de Nuño Tovar, caballero de Badajoz, de los cuales hicimos larga mención en nuestra *Historia de la Florida*. Y en el capítulo siguiente diremos el principio de aquella tiranía tan costosa, trabajosa y lamentable para todo aquel Imperio.

CAPÍTULO II: Francisco Hernández se rebela en el Cozco. Los sucesos de la noche de su rebelión. La huida de muchos vecinos de aquella ciudad.

Llegado el día de la boda, salieron a ella todos los vecinos y sus mujeres lo más bien aderezados que pudieron para acompañar los novios, porque en todas las ocasiones que se le ofrecían, de contento y placer o de pesar y tristeza, se acudían todos, honrándose unos a otros como si fueran hermanos, sin que entre ellos se sintiese bando ni parcialidad ni enemistad pública ni secreta. Muchos de los vecinos y sus mujeres comieron y cenaron en la boda, porque hubo banquete solemne. Después de comer hubo en la calle un juego de alcancías de pocos caballeros, porque la calle es angosta. Yo miré la fiesta de encima de una pared

de cantería de piedra, que está de frente de las casas de Alonso de Loayza. Vi a Francisco Hernández en la sala que sale a la calle, sentado en una silla, los brazos cruzados sobre el pecho, y la cabeza baja, más suspenso e imaginativo que la misma melancolía. Debía de estar imaginando en lo que había de hacer aquella noche, aunque aquel autor diga que Francisco Hernández se había regocijado aquel día en la boda, etc. Quizá lo dijo porque se halló en ella, mas no porque mostrase regocijo alguno.

Pasadas las alcancías y llegada la hora de la cena, se pusieron a cenar en una sala baja, donde hubo más de sesenta de mesa, y la sala era muy larga y ancha. Las damas cenaban más adentro en otra sala grande, y de una cuadra que había entre las dos salas servían con la vianda las dos mesas. Don Baltasar de Castilla, que era tío de la novia y de suyo muy galán, hacía oficio de maestresala. Yo fuí a la boda casi al fin de la cena, para volverme con mi padre y con mi madrastra, que estaban en ella. Y entrando por la sala, fuí hasta la cabecera de la mesa, donde estaba el Corregidor sentado. El cual, por ser caballero tan principal y tan cortesano (aunque yo era muchacho que andaba en los catorce años), echó de ver en mí, y me llamó que me acercase a él y me dijo: "No hay silla en que os sentéis; arrimaos a esta donde yo estoy; alcanzad de estas suplicaciones y clarea, que es fruta de muchachos." A este punto llamaron a la puerta de la sala, diciendo que era Francisco Hernández Girón el que venía. Don Baltasar de Castilla, que se halló cerca, dijo: "¿Tan tarde aguardó vuesa merced a hacernos merced?" Y mandó abrir la puerta. Francisco Hernández entró con su espada desnuda en la mano y una rodela en la otra, y dos compañeros de los suyos entraron con él a sus lados, con partesanas en las manos.

Los que cenaban, como vieron cosa tan no imaginada, se alborotaron todos y se levantaron de sus asientos. Francisco Hernández dijo entonces: "Esténse vuesas mercedes quedos, que estos por todos va." El Corregidor, sin oír más, se entró por una puerta que estaba a su lado izquierdo, y se fue donde estaban las mujeres. Al otro rincón de la sala había otra puerta, por donde entraban a la cocina y a todo lo interior de la casa. Por estas dos puertas se entraron todos los que estaban en la acera de ellas.

Los que estaban a la otra acera, hacia la puerta principal de la sala, corrieron mucho peligro porque no tuvieron por dónde irse. Juan Alonso Palomino estaba sentado de frente a la puerta de la sala, las espaldas a ella; y como el Licenciado Diego de Alvarado y los que con él iban le conocieron, le dieron cinco heridas, porque todos ellos iban avisados que le matasen y a Jerónimo Costilla, su cuñado, por el alboroto que causaron en el otro motín que Francisco Hernández hizo, como atrás se ha referido. De las heridas murió Juan Alonso Palomino otro día siguiente en las casas de Loayza, que no pudo ir a las suyas a curarse.

Mataron asimismo a un mercader rico, muy hombre de bien, que se decía Juan de Morales, que cenaba en la boda y cabía por su bondad entre aquellos

vecinos. El cual, sin saber lo que se hacía, quiso apagar las velas que había en la mesa, por parecerle que a oscuras podría escaparse mejor. Tiró de los manteles, y de once velas cayeron las diez y se apagaron todas. Solo una quedó encendida. Uno de los de Francisco Hernández que llevaba una partesana, le dió por la boca, diciendo: "¡Oh traidor! ¿Quieres que nos matemos aquí todos?", y le abrió la boca por un lado y por otro hasta las orejas. Y otro soldado de los tiranos le dió una estocada por la tetilla izquierda, de que cayó luego muerto. Y así no tuvo el triste tiempo ni lugar de atarse a la cinta el jarro de oro que los maldicientes dieron en relación a quien lo escribió como ellos dijeron. Yo le ví otro día las heridas como se ha dicho. Y después, los mismos que hicieron estas cosas las hablaban muy largamente, como loándose de haberlas hecho.

Mi padre y Diego de los Ríos y Vasco de Guevara y dos caballeros hermanos, cuñados suyos, que se decían los Escamantes, y Rodrigo de León, hermano de Pedro López de Cazalla, y otros vecinos y soldados, que por todos llegaban al número de treinta y seis, entraron por la puerta que el Corregidor entró, y yo con ellos; mas no fueron donde estaban las mujeres, sino que echaron a mano derecha a buscar salida por los corrales de la casa. Hallaron una escalera de mano para poder subir a los tejados. Supieron que la casa pared en medio era la de Juan de Figueroa, otro vecino principal cuya puerta salía a otra calle, diferente de la de Alonso de Loaysa. Mi padre, viendo que había buena salida, dijo a los demás compañeros: "Vuesas mercedes me esperen, que yo voy a llamar al Corregidor para que remedie este malhecho." Diciendo esto fue donde estaba el Corregidor, y le dijo que tenía salida de la casa y gente que le sirviese y socorriese; que se remediaría aquel alboroto en llegando su merced a la plaza y repicando las campanas y tocando arma, porque los rebelados habían de huir luego. El Corregidor no admitió el consejo ni dió otra respuesta, sino que le dejasen estar allí. Mi padre volvió a sus compañeros, y hallólos subidos todos en un tejado que salía a la casa de Juan de Figueroa. Volvió a rogarles que le esperasen, que quería volver a importunar al Corregidor. Y así entró segunda vez, pero no alcanzó más que la primera, por mucho que se lo porfió e importunó, dándole razones bastantes para salir de donde estaba. Más el Corregidor cerró los oídos a todo, temiendo que le querían matar y que eran todos en la trampa, como lo dijo Francisco Hernández a la puerta de la sala.

Garcilaso, mi señor, salió perdida toda su esperanza, y al pie de la escalera se quitó los pantuflos que llevaba calzados, y quedó en plantillas de borceguíes, como había jugado las alcancías. Subió al tejado, y yo en pos de él. Subieron luego la escalera, y la llevaron por el tejado adelante y la echaron en la casa de Juan de Figueroa, y a ella bajaron todos, y yo con ellos. Y abriendo la puerta de la calle, me mandaron que yo fuese adelante haciendo oficio de centinela, que por ser muchacho no echarían de ver en mí, y que avisase con un silbo a cada encrucijada de calle, para que ellos me siguiesen.

Así fuimos de calle en calle, hasta llegar a las casas de Antonio de Quiñones, que era cuñado de Garcilaso mi señor, casados con dos hermanas.

Hallámosle dentro, de que mi padre recibió grandísimo contento, porque tenía mucha pena de no saber qué se hubiese hecho de él. A Antonio de Quiñones le valió uno de los conjurados, que se decía Juan Gavilán, a quien el Quiñones había hecho amistades en ocasiones pasadas. El cual, hallándole junto a la puerta principal de la sala, lo sacó fuera a la calle, y a Juan de Saavedra con él, que estaban juntos. Y hablando con Antonio de Quiñones le dijo: "Váyase vuesa merced a su casa, y llévese consigo al señor Juan de Saavedra, y no salgan de ella hasta que yo vaya allá mañana". Y así los halló mi padre en ella, de que todos recibieron contento. Apenas había entrado en la casa de Antonio de Quiñones cuando acordaron todos de irse aquella misma noche a la Ciudad de los Reyes.

A Juan de Saavedra convidaron con lo necesario para la jornada, ofreciéndole cabalgadura, sombrero, capa de grana y botas de camino, porque al principio se excusaba con decir que le faltaban aquellas cosas para caminar. Más cuando se las trajeron delante, se excusó con achaques de poca salud e imposibilitó el viaje, de manera que no le porfiaron más en la jornada, y así se quedó en la ciudad. Adelante diremos la causa principal de su excusa, por la cual perdió su hacienda y su vida. Los demás vecinos y soldados que iban con mi padre se fueron a sus casas para apercibirse y hacer su jornada a la Ciudad de los Reyes. Garcilaso, mi señor, me envió a su casa, que estaba cerca de esta otra, a que le llevasen un caballo, el mejor de los suyos, el cual todavía estaba ensillado de las alcancías pasadas.

A la ida a pedir el caballo pasé por la puerta de Tomás Vásquez, y ví en la calle dos caballos ensillados y tres o cuatro negros con ellos que estaban hablando unos con otros. Y a la vuelta de haber pedido el caballo los hallé como los dejé, de lo cual dí cuenta a mi padre y a los demás, y todos se escandalizaron, sospechando si los caballos y esclavos eran de los conjurados. A este punto me llamó Rodrigo de León, hermano de Pedro López de Cazalla, y me dijo que fuese a casa de su hermano, que era en la misma calle, aunque lejos de donde estábamos, y que al indio portero le dijese que la cota y la celada que tenía en su aposento la escondiese, temiendo que los tiranos habían de saquear la ciudad aquella noche. Yo fuí aprisa al mandado, y, cuando volví, hallé que mi padre y sus dos parientes, Diego de los Ríos y Antonio Quiñones, se habían ido y rodeado mucha tierra y malos pasos por no pasar por la puerta de Tomás Vásquez. Y yo me volví a casa de mi padre, que está en frente de las dos plazas, y entonces no estaban labradas las casas que hoy están el arroyo abajo, en la una plaza y en la otra. Allí estuve mirando y esperando el suceso de aquella terrible y desventurada noche.

CAPÍTULO III: Francisco Hernández prende al Corregidor, sale a la plaza, suelta los presos de la cárcel, hace matar a Don Baltasar de Castilla y al contador Juan de Cáceres.

Francisco Hernández Girón y los suyos, que quedaron en casa de Alonso de Loayza con deseo de prender al Corregidor, pareciéndoles que teniéndoles preso toda la ciudad se les rendiría, hicieron gran instancia por saber de él. Y siendo avisados que estaba en la sala de las mujeres, rompieron las primeras puertas con un banco; y llegando a las segundas, les pidieron de dentro que les diesen la palabra que no matarían al Corregidor ni le harían otro daño. Y habiéndosela dado Francisco Hernández, le abrieron las puertas, y él prendió al Corregidor y lo llevó a su casa donde le dejó debajo de buenas guardas y prisiones, y salió a la plaza con todos sus compañeros, que no pasaban de doce o trece.

La prisión del Corregidor y llevarlo Francisco Hernández a su casa y dejarlo a recaudo y salir a la plaza no se hizo tan en breve que no pasaron más de tres horas en medio, de donde se ve claro que si el Corregidor saliera cuando se lo pidieron mi padre y sus compañeros, y tomara la plaza y tocara alarma llamando a los del Rey, huyeran los tiranos y se escondieran donde pudieran. Así lo decían después todos los que supieron todo el hecho. A este tiempo fuí yo a la plaza, a ver lo que en ella pasaba. Hallé aquellos pocos hombres bien desamparados si hubiera quien los contradijera; pero la oscuridad de la noche y la osadía que tuvieron de entrar en una casa tan llena de gente como estaba la de Alonso de Loayza, acobardó al Corregidor y ahuyentó de la ciudad a los vecinos y soldados que pudieron acudir a servir a Su Majestad y favorecer a su Corregidor.

Más de media hora después que yo estuve en la plaza vino Tomás Vásquez a caballo, y otro con él, con sus lanzas en las manos, y Tomás Vásquez dijo a Francisco Hernández: "¿Qué manda vuesa merced que hagamos?" Francisco Hernández les dijo: "Ronden vuesas mercedes esas plazas, y a las gentes que saliere a ella les digan que no hayan miedo; que se vengan a la Plaza Mayor, que yo estoy en ella para servir a todos mis señores y amigos." Poco después vino Alonso Díaz, otro vecino de la ciudad, encima de su caballo y su lanza en la mano, al cual le dijo Francisco Hernández lo mismo que a Tomás Vásquez. Solo estos tres vecinos, que fueron Tomás Vásquez, Juan de Piedrahita y Alonso Díaz, acudieron aquella noche a Francisco Hernández, y el otro que vino con Tomás Vásquez no era vecino sino uno de sus huéspedes, de donde se ve claro que no fueron más los conjurados con él, y aunque después le siguieron otros vecinos, más fue (como lo hemos dicho) de temor que de amistad, y así le negaron en pudiendo.

Los pobres rebelados, viéndose tan pocos y que no les acudía nadie, fueron a la cárcel y soltaron todos los presos, y los trajeron consigo a la plaza por hacer mayor número y más bulto de gente, y en ella estuvieron hasta el día, y entre todos no pasaban de cuarenta hombres. Y aunque el Palentino, capítulo veinte y

cuatro, diga que salieron a la plaza apellidando libertad, y que trajeron número de picas y arcabuces y que arbolaron bandera, y que Francisco Hernández mandó dar bando que, so pena de la vida, todos acudiesen a la plaza, y que aquella noche acudió alguna gente, y que pusieron velas y guardas por la ciudad porque nadie se huyese, digo que aquella noche no hubo más de lo que hemos dicho; que yo, como muchacho, anduve toda la noche con ellos; que ni aún para guardarse ellos no tenían gente, cuanto más para poner velas y guardas por la ciudad, la cual tenía entonces más de una legua de circuito. Otro día fueron a la posada del Corregidor y le tomaron su escritorio, donde dijeron que hallaron diez y siete provisiones de los Oidores, en las cuales mandaban cosas contra los vecinos y soldados, en perjuicio de ellos, acerca del servicio personal y que no echasen indios a las minas ni tuviesen soldados por huéspedes, ni los mantuviesen en público ni en secreto. Todo lo cual fue inventado por los amotinados para indignar los soldados y provocarlos a su opinión.

El día tercero de su levantamiento, dió Francisco Hernández en visitar los vecinos más principales en sus mismas casas, y entre otras fue a la de mi padre, y, yo presente, habló a mi madrastra, y entre otras cosas le dijo que él había hecho aquel hecho, que era en beneficio de todos los soldados y vecinos de aquel Imperio, pero que el cargo principal pensaba darlo a quien tuviese más derecho y lo mereciese mejor que no él, y que le rogaba hiciese con mi padre que saliese a la plaza y no estuviese retirado en su casa en tiempo que tanta necesidad tenían de él.

Estas mismas razones dijo en otras casas que visitó, sospechando que estaban escondidos los que decían haberse huido a la Ciudad de los Reyes, porque no creyó que tal hubiese sido. Y así, cuando mi madrastra le certificó que desde la noche de la boda no le había visto ni él había entrado en su casa, se admiró Francisco Hernández, y para que lo creyese se lo dijo mi madrastra cuatro veces y la postrera con grandes juramentos, pidiéndole que mandase buscar la casa y cualquier otro lugar que sospechase que podía estar mi padre. Entonces lo creyó y se mostró muy sentido de ello y, acortando razones se fue a hacer las demás visitas y en todas halló lo mismo. Verdad es que no todos los que faltaban se fueron aquella noche, sino tres y cuatro y cinco noches después, que, como no había quien guardase la ciudad, tuvieron lugar de irse cuando pudieron.

Pasados ocho días de la rebelión de Francisco Hernández Girón, le dió aviso uno de los suyos, que se decía Bernardino de Robles, hombre bullicioso y escandaloso, que Don Baltasar de Castilla y el contador Juan de Cáceres trataban de huirse y de llevar consigo alguna gente de la que tenían, de la cual tenían hecha copia, y que tenían su plata labrada y la demás hacienda de sus muebles puesta en un monasterio. Francisco Hernández, habiéndolo oído, envió a llamar a su Licenciado Diego de Alvarado; y consultándolo con él, le remitió la causa para que castigase los culpados. El Licenciado no tuvo necesidad de mucha averiguación, porque dos meses antes había reñido en la plaza principal

de aquella ciudad él y Don Baltasar de Castilla, y salieron ambos heridos de la pendencia, y aunque no hubo ofensa de parte alguna el Licenciado quedó enojado de no haberlo muerto, porque, como hemos dicho, presumía más de valiente que de letrado. Y usando de la comisión, ejecutó su enojo aunque sin culpa de los pobres acusados porque fue general fama que no la tuvieron.

El mismo Licenciado fue por ellos aquella noche y los llevó a su casa, y le mandó confesar brevemente; y no dándoles todo el término que había menester para la confesión, mandó darles garrote, y se lo dió Juan Enríquez, pregonero, el verdugo que degolló a Gonzalo Pizarro, y ahorcó y hizo cuartos a sus capitanes y maese de campo. El cual, luego que Francisco Hernández se rebeló, salió otro día (presumiendo de su buen oficio) cargado de cordeles y garrotes para ahogar y dar tormento a los que los tiranos quisiesen matar y atormentar. También sacó un alfanje para cortar las cabezas que le mandasen cortar, pero él lo pagó después, como adelante diremos. El cual ahogó brevemente a aquellos pobres caballeros, y por gozar de su despojo los desnudó: a Don Baltasar hasta dejarlo como nació, y a Juan de Cáceres le dejó solo la camisa, porque no era tan galana como la de su compañero. Y así lo llevaron a la plaza y los pusieron al pie del rollo, donde yo los vi, y sería esto a las nueve de la noche.

Otro día, según se dijo, reprendió Francisco Hernández a su letrado por haber muerto a aquellos caballeros sin comunicarlo con él. Pero más fue por acreditarse con la gente que porque le pesase de que los hubiese muerto, que en su secreto antes se holgó de ver el temor y asombro que causó aquel buen hecho, porque el uno de ellos era contador de Su Majestad y el otro había sido su capitán en las guerras pasadas y tenía cincuenta mil ducados de renta en un repartimiento de indios. Por este hecho tan cruel se rindieron todos los vecinos de la ciudad, y juzgaron que los mejores librados eran los que se habían huido de ella, pues los mataban tan sin culpa y que los matadores se quedaban más ufanos y más soberbios que antes estaban.

CAPÍTULO IV: Francisco Hernández nombra maese de campo y capitanes para su ejército. Dos ciudades le envían embajadores. El número de los vecinos que se huyeron a Rímac.

Francisco Hernández Girón, habiéndosele juntado alguna gente de los soldados de la comarca de la ciudad, viéndose ya poderoso porque tenía más de ciento y cincuenta compañeros, acordó nombrar maese de campo y elegir capitanes, ministros y oficiales para su ejército. Nombró por maese de campo al Licenciado Diego de Alvarado, y por capitanes de caballo a Tomás Vásquez y a Francisco Núñez y a Rodrigo de Pineda. A estos dos últimos, que eran vecinos de la ciudad, acarició Francisco Hernández después de su levantamiento, y por obligarles les convidó con los oficios de capitán, y ellos lo aceptaron más por

temor de la tiranía que por la honra ni provecho de las conductas. Eligió por capitán de infantería a Juan de Piedrahita y a Nuño Mendiola y a Diego Gavilán, y por alférez general a Alberto de Orduña, y por sargento mayor a Antonio Carrillo; los cuales, con toda diligencia, acudieron a sus oficios, llamando y acariciando gente y soldados para sus compañías.

Hicieron banderas muy galanas, con blasones y apellidos muy bravatos, que todos atinaban a libertad, y así llamaron a su ejército, "de la Libertad." Estos mismos días, habiéndose publicado por las ciudades comarcanas que el Cozco se había alzado, no diciendo cómo ni quién, entendiendo que toda la ciudad era a una, la de Huamanga y la de Arequepa enviaron sus embajadores pidiendo al Cozco las admitiese debajo de su hermandad y protección, pues era madre y cabeza de ellas y de todo aquel Imperio. Que juntamente con ella querían hacer a Su Majestad la súplica de tantas provisiones tan perjudiciales como los Oidores les enviaban a notificar cada día. El embajador de Arequepa se decía fulano de Valdecabras, que yo conocí, aunque el Palentino dice que un fraile llamado Fray Andrés de Talavera; pudo ser que viniesen ambos. El de Huamanga se decía Hernando del Tiemblo. Los cuales embajadores fueron muy bien recibidos y acariciados por Francisco Hernández Girón, que se ufanaba y jactaba de haber tomado una empresa tal y tan importante que acudía todo el Reino con tanta brevedad y prontitud a favorecerla. Y para más engrandecer su hecho, publicó y echó fama que en los Charcas habían muerto al Mariscal Alonso de Alvarado por acudir los matadores al hecho de Francisco Hernández.

Las ciudades de Huamanga y Arequepa, certificadas de que el levantamiento del Cozco no había sido general en toda la ciudad, sino particular de un hombre temeroso de sus delitos pasados, y que los más de los vecinos se habían huido de ella, y sabiendo quiénes y cuántos eran, mudaron parecer, y de común consentimiento los de una ciudad y de la otra se fueron todos los que pudieron a servir a Su Majestad, como lo habían hecho los del Cozco. Los cuales fueron Garcilaso de la Vega, mi señor, Antonio de Quiñones, Diego de los Ríos, Jerónimo Costilla, Garci Sánchez de Figueroa, primo hermano de mi padre, que no era vecino sino soldado antiguo y benemérito de la tierra. Estos cinco caballeros salieron de la ciudad del Cozco para la de Los Reyes la misma noche del levantamiento de Francisco Hernández Girón. Los demás que nombraremos salieron dos, tres, cuatro, cinco noches después, como se les aliñaba la jornada. Vasco de Guevara, vecino, y los dos Escalantes, sus cuñados, que no eran vecinos, salieron dos noches después; Alonso de Hinojosa y Juan de Pancorvo, que eran vecinos, salieron a la cuarta noche, y Alonso de Mesa, vecino, a la quinta, porque se detuvo poniendo en cobro una poca de plata que después gozaron los enemigos, como diremos a un tiempo.

Garcilaso, mi señor, y sus compañeros, siguiendo su camino, a nueve leguas de la ciudad, hallaron a Pero López de Cazalla en una heredad suya que allí tenía, de la cual hicimos mención en el Libro nono de la primera parte de nuestra historia, capítulo veinte y seis. Estaba con él Sebastián de Cazalla, su

hermano y ambos eran vecinos. Los cuales, sabiendo lo que pasaban en el Cozco, determinaron irse en compañía de aquellos caballeros a servir a Su Majestad. La mujer de Pedro López, que se decía Doña Francisca de Zúñiga, mujer noble y hermosa, de toda bondad y discreción, quiso hacer la misma jornada, por servir no a su Majestad, sino a su marido, y, aunque era mujer delicada y de poca salud, se esforzó en ir en una mula ensillada con un sillón, y pasó toda la aspereza y malos pasos de aquellos caminos con tanta facilidad y buen suceso, como cualquiera de los de la compañía. Y a las dormidas los regalaba a todos con proveerles la cena y el almuerzo de otro día, pidiendo recaudo a los indios y dando traza y orden a las indias cómo lo habían de aderezar.

Todo esto y mucho más oí contar de aquella famosa señora a sus propios compañeros. Siguiendo estos caballeros su viaje, hallaron en Curampa, veinte leguas de la ciudad, a Hernán Bravo de Laguna y a Gaspar de Sotelo, vecinos de ella, que tenían sus indios en aquel paraje, y los llevaron consigo. Y así hicieron a los demás vecinos y soldados que toparon por el camino hasta llegar a Huamanca. Los de aquella ciudad se esforzaron muy mucho de ver hombres tan principales en ella, y se ratificaron en su primera determinación de ir a servir a Su Majestad en compañía de tales varones. Y así fueron con ellos todos los que pudieron, y los que entonces no pudieron fueron después como se les iba aliñando la jornada.

Volviendo algo atrás decimos que cuando Garcilaso, mi señor, y sus compañeros pasaron el puente del río Apurímac, considerando que había de salir gente de la ciudad del Cozco y de otras partes e ir en pos de ellos a servir a Su Majestad, y que no era bien cortarles el camino con quemar la puente, porque quedaban atajados y en poder de los tiranos, acordaron que quedasen dos compañeros en guarda de ella, para recibir los que viniesen aquellos cinco o seis días primeros, y después la quemasen porque caminasen seguros de que los tiranos no pudiesen seguirlos. Así se hizo como se ordenó, de manera que los que salieron tarde de la ciudad del Cozco pudieron pasar la puente, aunque llevaban mucho temor de hallarla quemada. Otros vecinos principales del Cozco fueron a Los Reyes por otros caminos, porque se hallaron en aquella coyuntura en sus repartimientos de indios, hacia el poniente de la ciudad. Los cuales fueron Juan Julio de Hojeda, Pedro de Orué, Martín de Arbieto y Rodrigo de Esquivel; los cuales, pasando por el repartimiento de Don Pedro de Cabrera, se juntaron con él, para irse todos juntos.

CAPÍTULO V: Cartas que se escriben al tirano, y él destierra al Corregidor del Cozco.

El Palentino en este paso, capítulo veinte y cinco, dice lo que sigue: "Llegó en esta sazón al Cuzco Miguel de Villafuerte, con una carta de creencia para

Francisco Hernández, de Don Pedro Luis de Cabrera, que estaba en Cotabamba al tiempo del alzamiento, con algunos soldados amigos suyos. Entre los cuales estaban Hernando Guillada y Diego Méndez y otros algunos de los culpados en la rebelión de Don Sebastián de Castilla. La creencia era en efecto: que pues Don Pedro no había podido ser el primero, y le había ganado por cuatro días y la mano, que Francisco Hernández prosiguiese a tomar la empresa por todo el Reino, para la suplicación general; y que él había alzado bandera en su nombre, y se iba camino de la Ciudad de los Reyes y procuraría el nombramiento del capitán general por el Audiencia. Y que luego, como estuviese en el cargo, prendería los Oidores y los embarcaría para España. Después de recibida esta carta, le envió otra Don Pedro con un hijo de Gómez de Tordoya, la cual asimismo era de creencia. Y envió a decir a Francisco Hernández que tuviese por cierto que si Garcilaso de la Vega y Antonio Quiñones y otros se habían ido a la Ciudad de los Reyes, no era por favorecer este negocio, sino porque no pudieron ellos y Don Pedro efectuar lo que tenían pensado, por haberse él anticipado. Y asimismo decía que al tiempo que salió de sus pueblos había hecho decir misa, y que después de haberla oído había hecho Sacramento sobre una ara consagrada, diciendo a los que con él estaban se sosegasen con él, porque él no iba a Lima para otro efecto que para prender los Oidores y enviarlos a España. Empero, Francisco Hernández, teniendo a Don Pedro por hombre sagaz y doblado, consideró en sí ser estos recaudos para asegurarle y poder mejor a su salvo (y sin contraste) irse con los soldados que allí consigo tenía. Por lo cual despachó a Juan de Piedrahita con algunos arcabuceros, para que sacase de la ciudad a Gil Ramírez, quitada la vara de justicia, y llevase a buen recaudo hasta ponerle más de veinte leguas del Cuzco, para que libremente se fuese a la Ciudad de Los Reyes, sin haberle tomado Francisco Hernández cosa alguna. Y dióle a Piedrahita instrucción que procurase alcanzar a Don Pedro, y le dijese que no curase de tomar el camino de Lima, y que le hiciese merced de volverse al Cuzco; y que si Don Pedro esto rehusase y no lo quisiese hacer, le trajese preso consigo y a buen recaudo. Empero, ya Don Pedro era partido, y dificultosamente lo podía alcanzar. Por lo cual Piedrahita se volvió con la gente al Cuzco," etc.

Hasta aquí es de aquel autor, sacado a la letra. Y porque unas cosas están anticipadas y otras pospuestas, declarando al autor de ellas diremos cómo sucedieron aquellos hechos, y por qué camino llevó Piedrahita preso al Corregidor. Es así que Don Pedro de Cabrera no tenía necesidad de enviar recaudos a Francisco Hernández para ser con él, porque nunca tal pensó ni imaginó, por la contradicción que en su persona y en su trato, conversación y manera de vivir, tenía para no conseguir la guerra, porque de su persona era el más grueso hombre que allá ni acá he visto, particularmente del vientre. En cuya prueba digo que dos años, poco más o menos, después de la batalla de Sacsahuana, un negro esclavo de mi padre, lindo oficial sastre, hacía un coleto de cordobán para Don Pedro de Cabrera, guarnecido con muchas franjas de oro.

Teniéndolo ya a punto para guarnecerlo, entramos tres muchachos, y yo con ellos, casi todos de una edad, de diez a once años, en el aposento del maestro, y hallamos el coleto sobre una mesa, cerrado por delante con un cordón de seda. Y viéndolo tan ancho (como muchachos traviesos), entramos en él todos cuatro, y nos arrimamos a las paredes del coleto, y en medio de él quedaba campo y lugar para otro muchacho de nuestro tamaño. Sin lo dicho, por el mucho vientre no podía andar a caballo en silla jineta, porque el arzón delantero no lo consentía. Andaba siempre a la brida o en mula. Nunca jugó cañas ni corrió a caballo a la jineta ni a la brida. Y aunque en la guerra de Gonzalo Pizarro fue capitán de caballos, fue porque se halló en la entrega de la armada de Gonzalo Pizarro al Presidente y le cupo en suerte la compañía de caballos, y después de la guerra el repartimiento de indios tan aventajado de que atrás dimos cuenta. Y en lo que toca al regalo y manera de vivir, y su trato y conversación, era el hombre más regalado en su comida y de mayores donaires y mejor entretenimiento que se puede imaginar, con cuentos y entremeses graciosísimos, que los inventaba él mismo, burlándose con sus pajes, lacayos y esclavos, que pudiéramos contar algunos de muchos donaires y de mucha risa que se me acuerdan, pero no es bien que digamos ni contemos niñerías; baste la del coleto. Su casa era cerca de la de mi padre, y entre ellos había deudo, porque mi señora Doña Elena de Figueroa, su madre, era de la casa de Feria, por lo cual había mucha comunicación entre los dos, y a mi me llamaba sobrino, y no sabía darme otro nombre. Adelante, cuando tratemos de su fallecimiento, que fue en Madrid, año de mil y quinientos y sesenta y dos, repetiremos algo de esto que hemos dicho.

Por todo lo cual afirmo que estaba muy lejos de seguir a Francisco Hernández Girón ni de ser tirano, que no tenía para qué pretenderlo, porque tenía todo el regalo contento y descanso que se podía desear; y no tuvo trato ni conversación con Francisco Hernández Girón, porque mucha parte del año se estaba en sus indios con media docena de amigos. Los mensajeros que envió fue para que supiesen certificadamente cómo había sido el levantamiento de Francisco Hernández Girón y lo que después de él había sucedido, y qué vecinos habían huido y quiénes eran con el tirano, porque, como él y sus compañeros deseaban ir a Los Reyes, querían saber lo que había pasado en el Cozco, para dar cuenta de ello por los caminos y no ir tan a ciegas. Y para que Francisco Hernández no sospechase de los mensajeros, los envió con cartas de creencia, y también para que con la respuesta se los volviese a enviar. El camino para ir a Los Reyes lo tenía Don Pedro muy seguro, porque sus indios, donde él estaba, están más de quince leguas del Cozco hacia Los Reyes, y el río Apurímac está en medio de aquel camino, y, teniendo quemadas las puentes como los tenía, aseguraba que no pasasen los enemigos. Y así Don Pedro y los suyos, con la nueva de lo que deseaban saber, se fueron a Los Reyes, haciendo burla de los tiranos.

A Juan de Piedrahita dió orden Francisco Hernández que con una docena de arcabuceros llevase al Corregidor Gil Ramírez de Ávalos, no por el camino

de Lima, que es hacia el norte, sino por el de Arequepa, que es al mediodía; mandóle que habiéndole sacado cuarenta leguas de la ciudad lo dejase ir libre donde quisiese. Y este viaje de Piedrahita no fue en aquellos primeros días del levantamiento, cuando vinieron los mensajeros de Don Pedro de Cabrera, que vinieron y se fueron dentro de los ocho o diez días después del levantamiento, y el viaje de Piedrahita fue más de cuarenta días después. Y enviar al Corregidor por Arequepa y no por el camino derecho, fue porque no llegase tan presto a Los Reyes, ni fuese tan a su placer como fuera ir en compañía de los vecinos que iban a Rímac. Por todo lo cual se ve claro que la relación que dieron a Diego Hernández fue la del vulgo, que por la mayor parte habla cada uno de lo que se le antoja y lo que se oye a otros que ni lo vieron, y no lo que pasa en hecho de verdad.

CAPÍTULO VI: Francisco Hernández se hace elegir Procurador y Capitán general de aquel Imperio. Los Oidores eligen ministros para la guerra. El Mariscal hace lo mismo.

Pasados los quince días del levantamiento de Francisco Hernández Girón, viéndose él ya con pujanza de gente y temido de todos por la crueldad que en Don Baltasar de Castilla ejecutó, le pareció sería bien más autoridad a su tiranía para proceder en ella (según su poco juicio) con mejor título y mejor nombre, para que las gentes, viéndole elegido y abonado por aquella ciudad, cabeza del Imperio, siguiesen su profesión, que él mismo no sabía cuál era. Para lo cual mandó que hubiese Cabildo abierto de toda la ciudad, en el cual se hallaron veinte y cinco vecinos, señores de indios, que nombra Diego Hernández y yo los conocí todos. Entre ellos no hubo más de un Alcalde ordinario y dos regidores, que todos los demás no eran ministros del Cabildo. Pidióles que para librarse de las molestias que cada día los Oidores les hacían con sus provisiones, le nombrasen y eligiesen por Procurador general de todo el Imperio, para que ante Su Majestad suplicase y pidiese lo que bien les estuviese. Asimismo pidió que le nombrasen por Capitán general y justicia mayor de aquella ciudad y de todo el Reino, para que los gobernase y mantuviese en paz y justicia. Todo lo cual se le concedió muy cumplidamente (como dicen los niños) más de miedo que de vergüenza, porque tenía en la plaza, delante de la puerta del Cabildo, un escuadrón de más de ciento y cincuenta arcabuceros con dos capitanes: el uno era Diego Gavilán y el otro Nuño Mendiola. Apregonóse luego en la plaza (pasado el cabildo) el poder que se le había dado a Francisco Hernández Girón, el cual no solamente pretendió ser nombrado por cabildo para tener más autoridad y mando, pero su principal intención fue que todos los vecinos y moradores de aquella ciudad metiesen prendas, fiasen y abonasen su buen hecho, como si ellos de su libre voluntad se hubieran convidado con lo que él les pidió y forzó que hiciesen.

Entretanto que en la ciudad del Cozco pasaban estas cosas, llegó a la Ciudad de los Reyes la nueva de ellas. Los Oidores al principio la tuvieron por falsa, entendiendo que era algún trato doble, porque el que la llevó era grandísimo amigo, y, según decían, hermano de leche de Francisco Hernández Girón. Imaginaron que iba a tentar la ciudad, a ver cómo tomaban los vecinos aquel hecho, y cuáles se mostraban del bando de Francisco Hernández y cuales eran en contra. Y con esta sospecha prendieron a Hernando Chacón, que fue el que llevó la buena nueva; mas luego lo soltaron, porque por otras muchas partes vino la certificación de ella, con la cual los Oidores nombraron capitanes y proveyeron ministros para la guerra que se temía; no decimos quiénes fueron los nombrados, porque algunos de ellos no quisieron aceptar los oficios y cargos, porque les parecía que merecían ser generales, y aún más y más. Dejarlos hemos así, porque adelante diremos los que se eligieron y sirvieron en toda la guerra, aunque las elecciones fueron con muchas pasiones, bandos y molestias, como los suele haber donde no hay cabeza y pretenden mandar muchos que no lo son.

También llegaron las nuevas del levantamiento de Francisco Hernández a Potocsi, donde el Mariscal Alonso de Alvarado estaba ejecutando el castigo en los delincuentes de la muerte del General Pedro de Hinojosa y secuaces de Don Sebastián de Castilla, la cual ejecución paró luego, aunque habían muchos culpados que merecían pena de muerte como la habían llevado los pasados que hasta entonces habían sido castigados. Pero con el nuevo levantamiento convenía perdonar a los culpados y aplacar a los leales, que los unos y los otros estaban escandalizados de tanto rigor y muerte como se habían hecho. A los que estaban condenados a muerte les conmutaron la pena en que sirviesen a Su Majestad a su costa. Entre estos condenados a muerte estaba un soldado que se decía fulano de Bilbao, al cual visitó un amigo suyo, y le dio el parabién de su vida y libertad, y le dijo que diese muchas gracias a Dios Nuestro Señor que tanta merced le había hecho. El soldado dijo: “Yo se las doy a su Divina Majestad y a San Pedro y a San Pablo y a San Francisco Hernández Girón, por cuyos méritos se me hizo la merced”, y propuso de irse a servirle donde quiera que la viese, y así lo hizo como adelante veremos.

Sin este soldado, salieron libres de la cárcel otros cuarenta y tantos, de los cuales se temía que los más de ellos habían de llevar pena de muerte y los mejor librados habían de remar en galeras. A los vecinos y a otros muchos soldados que no merecían tanta pena quiso soltar libres, sin sentenciarlos, mas no lo consintieron los presos, como lo dice el Palentino, capítulo cuarenta, por estas palabras:

“Entendiendo esto, algunos de los presos sospecharon que los querían soltar sin sentencia, a fin de poder después (en cualquier tiempo) volver al castigo. Y así algunos de los principales no quisieron que así se hiciese sin tener primero sentencia en su causa. Visto esto, comenzó a despachar los presos, y condenó a Gómez de Solís en quinientos pesos para las guardas que habían tenido. Martín de Almendras fue condenado en otro tanto, y lo mismo Martín de

Robles. Otros fueron condenados a doscientos, otros a ciento, otros a cincuenta, y veinte, según se juzgaba la posibilidad de cada uno; y no según la pena que merecían."

Hasta aquí es de Diego Fernández. Sin esto, se apercibió el Mariscal de armas; mandó que en las provincias comarcanas donde había madera se labrasen picas y se hiciese pólvora para lo que sucediese. Pocos días después le llegaron dos provisiones de los Oidores; la una en que mandaban suspender por dos años el servicio personal de los indios y las demás cosas que habían proveído en daño y perjuicio de los vecinos y soldados de aquel Imperio, que bien veían los mismos Gobernadores que estas cosas eran las que alteraban la tierra, y no los ánimos de los moradores de ella. La otra provisión era que nombraban al Mariscal por Capitán general de aquella guerra contra Francisco Hernández, con poder y general administración para gastar de la hacienda de Su Majestad lo que fuese menester, y pedir prestado cuando faltase la del Rey. El Mariscal eligió capitanes de infantería y caballería, y los demás ministros que adelante nombraremos. Convidó a Gómez de Alvarado con la plaza de maese de campo, más él no la aceptó porque la pretendía un caballero cuñado del mismo Mariscal, hermano de su mujer, que se decía Don Martín de Avendaño, por quien la mujer hacía grande instancia, de manera que el marido le concedió la plaza aunque contra su voluntad, porque era muy mozo y con poca o ninguna expariencia de milicia. Más él la proveyó así por no meter la guerra dentro en su casa. Mandó a los curacas que apercibiesen mucho bastimento para la gente y previniesen ocho o nueve mil indios para llevar cargas cuando caminase el ejército. Envió ministros a diversas partes, a recoger la gente, armas y caballos y esclavos que hallasen. Dejarlos hemos en sus prevenciones, por decir de Francisco Hernández Girón, que nos conviene acudir aquí, allí y acullá, por ir con la sucesión de la historia.

Entretanto que en la Ciudad de los Reyes y en Potosí pasaban las cosas referidas, Francisco Hernández Girón no se descuidaba de lo que convenía a su empresa. Envió a Tomás Vásquez con cincuenta soldados bien armados a la ciudad de Arequepa, para que en su nombre tomase la posesión de ella y tratase con los vecinos que el Cabildo lo eligiese por Capitán general y justicia mayor del Reino, como lo había hecho el Cozco. Asimismo envió a Francisco Núñez, vecino del Cuzco, a quien con caricias y aplauso, y con una compañía de hombres de a caballo que dio, lo hizo de su bando. Empero, para hacer estas amistades más podía el miedo que los beneficios. Envió con él a Juan Gavilán y otros cuarenta soldados que fuesen a la ciudad de Huamanca a que procurase e hiciese lo propio que Tomás Vásquez, y que dijese a aquella ciudad que pues la una y la otra se habían conformado con su intención y le habían enviado embajadores acerca de ello, le concediesen por Cabildo lo que ahora les pedían, porque era autorizar y calificar más su hecho.

Envió Francisco Hernández estos sus capitanes a lo que hemos dicho, más por dar nombre y fama por todo el Imperio de que aquellas ciudades eran con él

y de su bando que por esperar ni imaginar que le habían de conceder lo que les pedía, porque bien sabía que aquellas dos ciudades se habían apartado y revocado todo lo que al principio de su levantamiento le habían enviado a decir y ofrecer. Sin la comisión que dió a estos capitanes, les dió muchas cartas para personas particulares, vecinos de aquellas ciudades, y él escribió a los Cabildos en su nombre, aparte, y mandó que la ciudad del Cozco también les escribiese que favoreciesen aquel bando; pues era tan en provecho de todos ellos y de todo el Imperio. Hizo asimismo que también escribiese a la Ciudad de La Plata lo que a las otras; y Francisco Hernández, en particular, escribió a muchos vecinos de los Charcas y al Mariscal Alonso de Alvarado y a su mujer Doña Ana de Velasco cosas que son más para reír que para hacer caso de ellas, y así ninguno le respondió. Quien las quisiere ver estas cartas las hallará en la historia de Diego Fernández, pasado el capítulo veinte y siete.

CAPÍTULO VII: Los capitanes y ministros que los Oidores nombraron para la guerra. Los pretensores para el oficio de Capitán general. Francisco Hernández sale del Cozco para ir contra los Oidores.

Los Oidores determinaron elegir capitanes, oficiales y ministros para el ejército, porque supieron que Francisco Hernández iba creciendo de día en día de gente, reputación y autoridad. Nombraron a Pablo de Meneses por maese de campo, y por capitanes de caballos a Don Antonio de Rivera y a Diego de Mora y a Melchior Verdugo, del hábito de Santiago, y a Don Pedro Luis de Cabrera. Estos dos últimos repudiaron las conductas por parecerles que merecían ser Generales de otros mayores ejércitos. Por capitanes de infantería fueron nombrados Rodrigo Niño, el de los galeotes, Luis de Ávalos, Diego López de Zúñiga, Lope Martín Lusitano, Antonio de Luján y Baltasar Velásquez, el que en la rebelión pasada de Don Sebastián de Castilla se escapó de la justicia del Mariscal Alonso de Alvarado, como atrás quedó apuntado. Salió por alférez general López de Zuazo. Melchior Verdugo, que repudió su conducta, alcanzó que en su lugar entrase Pedro de Zarate. Y un vecino de Arequepa, llamado Alonso de Zárate, también fue nombrado por capitán de caballos. Eligieron por sargento mayor a Francisco de Piña, y por capitán de la guardia de los Oidores a Nicolás de Rivera el Mozo, aunque, por que no pareciese la presunción tan al descubierto, dice el Palentino que fue “con cubierta y nombre de capitán de la guardia del sello real.” Todas son palabras suyas, del capítulo veinte y ocho.

A la elección de Capitán general hubo mucha confusión, escándalo y alboroto, porque se declararon tres graves pretendientes, que cada uno de por sí escandalizó su parte. El uno fue el Licenciado Santillán, Oidor de Su Majestad. Este lo pretendía porque era el más bienquisto de todos los Oidores, y emparentado con muchos caballeros nobles que ganaron aquel Imperio, que

deseaban su elección. El segundo pretensor fue el Arzobispo de Los Reyes, Don Jerónimo de Loayza. La causa que iniciase a un religioso de la Orden de los Predicadores y Arzobispo de la Iglesia de Dios a pretender ser Capitán general de un ejército de cristianos, para hacer guerra a otros cristianos, no se supo. Los soldados más atrevidos, y con ellos casi todos, decían que no había sido otra la causa sino ambición y vanidad que a un Arzobispo y religioso mejor le estaba estarse en su iglesia orando por la paz de aquellos cristianos y por la conversión y predicación del Evangelio a los naturales de aquel Imperio, que tan atajado lo tenía el Demonio con aquellas guerras civiles. El tercer pretendiente fue el Doctor Saravia, Oidor de Su Majestad, de la misma Audiencia. El cual, aunque estaba desengañado de que no le habían de elegir, hizo mucha instancia en su pretensión, así por favorecer con los de su bando al Arzobispo Loayza, como porque hubiese más pretensores contra el Licenciado Santillán, para que no fuese elegido; porque entre estos dos Oidores había emulación y pasión secreta en su tribunal, y quisiera que, ya que él no había de salir elegido, saliera el Arzobispo y no el Licenciado Santillán.

En esta confusión estuvieron algunos días, sin determinarse a ninguna de las partes. Mas viendo los electores (que eran dos Oidores y algunos vecinos graves de los Reyes) que se perdía tiempo y se menoscababa la autoridad del ejército, acordaron, por bien de paz, elegir dos Generales, porque se aplacasen los pretensores y sus bandos. El uno fue el Licenciado Santillán y el otro el Arzobispo de los Reyes, que en elegirlo a él les pareció que satisfacían al Doctor Saravia, pues era de su bando.

En esta coyuntura les llegó nueva a los Oidores y aún cartas de los vecinos del Cozco, de quiénes y cuántos iban a servir a Su Majestad. Mas los Oidores estaban tan temerosos y tan sospechosos en aquella rebelión, que unos de otros no se fiaban, cuanto más de los que venían de fuera y de la parte rebelada, que era el Cozco, y así les enviaron a mandar que hiciesen alto y no pasasen adelante hasta que otra cosa se proveyese. Apenas habían despachado el mensajero con este recaudo, cuando cayeron en el yerro que hacían en repudiar y despedir de sí y del servicio de Su Majestad hombres tan principales como los que venían, que habían dejado desamparadas sus casas, mujeres e hijos por no ser con el tirano. Temieron que el desdén y el menosprecio que ellos hacían los volviese al tirano, a mirar por sus casas y haciendas, mujeres e hijos que tan sin respeto del oficio paternal los habían dejado y desamparado en poder de sus enemigos. Y así luego, a la misma hora, despacharon un mensajero con un recaudo muy amigable, agradeciéndoles mucho su venida con las mejores palabras que se sufrió decir. Mandaron al mensajero que se diese prisa en su camino, y, alcanzando al primero, le pidiese los recaudos que llevaba y los consumiese, que nadie supiese de ellos, y así se hizo con todo como se ordenó, y los vecinos del Cozco llegaron a Los Reyes, donde fueron muy bien recibidos y acariciados como lo merecían.

Hecha la elección de los capitanes y generales, enviaron los Oidores provisiones a todas las demás ciudades del Imperio avisándoles del levantamiento de Francisco Hernández Girón, y previniéndoles se aprestasen para el servicio de Su Majestad. Enviaron nombrados los capitanes que en cada pueblo habían de ser, así de caballos como de infantes. Mandaron pregonar un perdón general para todos los que hubiesen sido culpados en las guerras pasadas de Gonzalo Pizarro y en las de Don Sebastián de Castilla, con que viniesen a servir a Su Majestad; porque supieron que de los unos y de los otros habían muchos escondidos entre los indios que no osaban vivir en el pueblo de españoles. Entre estas provisiones y prevenciones, la primera fue poner recaudo en la mar y señorearse de ella, para lo cual nombraron a Lope Martín, que con cuarenta soldados se metiese en un buen galeón que había en el puerto de aquella ciudad y mirase por los demás navíos que en él había. Lope Martín lo hizo así, más duró pocos días en el oficio, que no fueron ocho, porque su condición era más colérica que flemática. Sucedióle en el cargo Jerónimo de Silva, el cual lo administró como caballero y soldado de mar y tierra, y Lope Martín se volvió a su conducta de infantería, donde los dejaremos por decir de Francisco Hernández Girón.

El cual viéndose poderoso de gente, que le habían acudido de diversas partes, más de cuatrocientos hombres, sin los que envió a Huamanca y Arequepa, determinó ir a la Ciudad de los Reyes a buscar el ejército de los Oidores, que él nunca le llamó de otra manera sino ejército de los Oidores, por decir que si fuera de Su Majestad no fuera contra él. Sacó más de cuatrocientos hombres consigo, bien armados y encabalgados, con mucha munición y bastimento y todo recaudo de armas, aunque por otra parte iba con pena, dolor y angustia de ver que no le acudían las ciudades, pueblos y lugares de aquel Imperio como lo había imaginado, siendo su demanda, como él decía, en favor y honra de todos ellos. Antes que se determinasen de ir a Los Reyes, estuvo dudoso si iría primero contra el Mariscal, lo cual le fuera más acertado para su empresa, porque toda la gente que el Mariscal tenía estaba descontenta, así los leales servidores de Su Majestad como los no leales, por el rigor de la justicia pasada, porque muchos de los muertos eran parientes, amigos y de una misma patria de los leales, los cuales habían sentido muy mucho la pérdida de los más de ellos, que, como ellos decían, había sido más por sobra de castigo que por abundancia de delitos. Decían todos los más experimentados de la milicia que si Francisco Hernández acometiera primero al Mariscal, le fuera mejor, porque con gente descontenta ningún capitán puede hacer cosa buena. El Palentino, hablando en esto, capítulo sesenta, dice lo que se sigue: "Tuvo Francisco Hernández adversidad y revés en no elegir antes la ida de Potocsi que no de Lima, para señorearse de aquellas provincias, lo cual duda lo estuviera mejor; porque si fuera contra el Mariscal (que tan malquisto era en aquella sazón), ninguno de los que con él iban le dejaran, como lo hicieron viniendo a Lima. Ni aún tampoco los del Mariscal le resistieran, ni tuvieran aparejo para ello, por la

tardanza que hubo en aprestarse para la guerra y por los muchos enemigos que el Mariscal cabe si tenía", etc.

Hasta aquí es de aquel autor. No permitió Dios que Francisco Hernández acertase en este paso, porque los males y daños que sucedieran fueran irremediables. Siguió el viaje de Lima, como lo dirá la historia. El Licenciado Alvarado, su maese de campo, se quedó en la ciudad a sacar la demás gente que quedaba, porque no pudieron salir todos juntos. Francisco Hernández Girón, antes de salir del Cozco, usó de una generosidad, y fue dar licencia y permitir que todos los vecinos que quisiesen quedarse en sus casas y no ir con él, lo pudiesen hacer libremente. Hizo esto por parecerle que no les había agradado su empresa, porque no se le mostraron buenos amigos y no quería en su compañía gente sospechosa, principalmente si eran vecinos, porque era gente poderosa y habían de ser muchos soldados con ellos en cualquier ocasión que se ofreciese. Sólo a Diego de Silva rogó e importunó, que acompañase su ejército, para darle valor y autoridad con la de su persona. Diego de Silva obedeció, más de temor que de amor, y así en pudiendo se fue a los suyos, como adelante veremos. De manera que fueron seis los vecinos que salieron del Cozco con Francisco Hernández; los tres que con él se hallaron la noche de su rebelión, que fueron Tomás Vásquez y Juan de Piedrahita y Alonso Díaz, y los otros tres los adquirió después con caricias y oficios de capitanes: a Francisco Núñez con una compañía de caballos, y a Rodrigo de Pinedo con otra de infantería, y a Diego de Silva, como hemos dicho, con palabras de amistad que encubrían la amenaza.

Pasados ocho días de la ida de Francisco Hernández, salió de la ciudad su maese de campo con unos doscientos soldados. Entre ellos llevó a Francisco de Hinojosa, que pocos días antes había venido de Contisuyu con más de veinte soldados, que todos los que tenían este nombre de soldado deseaban favorecer y seguir el bando de Francisco Hernández Girón; y así le acudieron muchos, porque eran en favor de ellos contra las muchas provisiones que los Oidores pregonaban en perjuicio de soldados y vecinos. Sin Hinojosa, vino otro soldado de la parte de Arequepa, que se decía Juan de Vera de Mendoza, que había estado en los del bando del Rey; era mozo y muy caballero, y, como mozo, aunque no tenía grados de soldado, deseaba con grande ansia ser capitán; y como los del Rey no lo eligieron por tal, sino con un amigo suyo, que se decía Mateo Sánchez, al Cozco, donde estaba Francisco Hernández, y esto pasó pocos días antes de la salida de Francisco Hernández, por gozar de nombre de capitán, y su compañero de nombre alférez; trajeron un paño de manos puesto en una vara en lugar de bandera, con intención y deseo de que Francisco Hernández, como Capitán general, les confirmase los nombres al uno y al otro. Diremos en el capítulo que se sigue el suceso de aquellas jornadas.

CAPÍTULO VIII: Juan de Vera de Mendoza se huye de Francisco Hernández. Los del Cozco se van en busca del Mariscal. Sancho Dugarte hace gente y se nombra General de ella. El Mariscal le reprime. Francisco Hernández llega a Huamanca. Tópanse los corredores del un campo y del otro.

El maese de campo Alvarado alcanzó a su General ocho leguas de la ciudad del Cozco, porque le esperó allí hasta que llegase. Siguieron todos juntos su camino, y pasaron el río Apurímac, y pasaron dos leguas de él a hacer noche. Tardaron en pasar la puente cuatro días, por la mucha gente, cabalgadura, munición y bastimento que llevaban. Viendo Juan de Vera de Mendoza que había más de quince días que había entrado en el ejército de Francisco Hernández Girón y que no le promovían ni confirmaban el nombre de capitán que traía, le pareció dejar a Francisco Hernández y volverse a los del Rey, que parece más entremés de farsantes que hecho de soldados, y por tal lo contamos. Concertó Juan de Vera con otros cuatro soldados tan mozos como él, y con su compañero, que por todos fueron seis, de huirse aquella noche, y así lo pusieron por obra, y volvieron hacia la puente a toda diligencia y, habiéndola pasado la quemaron luego, para asegurarse de los que podían seguirles. Llegaron al Cozco la noche siguiente, y entraron dando arma, de manera que toda la ciudad se alborotó, temiendo que volvían los tiranos a hacer algún mal, y así no osó salir nadie a la plaza.

Luego que amaneció, sabiendo que era el capitán Juan de Vera de Mendoza, que todavía traía su bandera alzada, salieron los vecinos a él y acordaron entre todos de irse donde el Mariscal estaba, que bien sabían que tenía hecho un buen ejército. Eligieron por capitán que los gobernase a Juan de Saavedra, vecino de la ciudad. Juan de Vera de Mendoza determinó aderezarse con los suyos, por no ir debajo de otra bandera sino de la suya, y aunque llegó donde estaba el Mariscal, no le mejoraron la bandera ni le dieron nombre de capitán, así que sus diligencias no le aprovecharon más que de publicar sus deseos pueriles. Los del Cozco se juntaron, y entre todos se hallaron menos de cuarenta hombres: los quince eran vecinos que tenían indios, y los demás eran mercaderes y oficiales, que por inútil los habían dejado los tiranos. Todos caminaron hacia el Collao donde estaba el Mariscal Alonso de Alvarado. El cual, sabiendo que los vecinos del Cozco iban a buscarles, envió a mandarles que no saliesen de su jurisdicción, sino que lo esperasen en ella, que iba en busca de ellos.

Sancho Dugarte, que entonces era Corregidor de la Ciudad de la Paz, hizo gente para servir a Su Majestad; alzó bandera, fue hacia el Cozco con más de doscientos hombres en dos compañías, la una de infantes, y por capitán Martín de Olmos, y la otra de caballos, de los cuales se nombró capitán, con renombre de general. Llegó a la puente del Desaguadero, donde estuvo pocos días, y, sabiendo que Francisco Hernández había salido del Cozco y que iba a Los

Reyes, pasó adelante en su camino, con intención de llegar al Cozco e ir adelante en seguimiento de Francisco Hernández porque cada uno pretendía mandar y no ser mandado, y su intención era ir huyendo del Mariscal por no ser su soldado. Lo cual sabido por él, le envió un recaudo duplicado. El primero fue una carta pidiéndole por ella que se volviese a su jurisdicción y le esperase en ella, porque no convenía al servicio de Su Majestad que hubiese tantos ejércitos disminuidos. Con la carta dió al mensajero (como Capitán general) un mandamiento riguroso, y mandó al que lo llevaba que si Sancho Dugarte no hiciese lo que por la carta le pedía, le notificase el mandamiento; lo cual se hizo así, y Sancho Dugarte volvió muy obediente a entrarse en su jurisdicción, aunque antes de ver el mandamiento había tentado eximirse de la carta y seguir su pretensión.

Dejarlos hemos en este puesto, por decir de Francisco Hernández Girón, que lo dejamos en Apurímac. El cual siguió su camino, y en Antahuaylla supo que todos los vecinos y soldados de Huamanca se habían ido a servir al Rey, y que Juan Alonso de Badajoz, maese de campo que se había nombrado de aquella gente, iba con el capitán Francisco Núñez y con los pocos soldados que este capitán sacó del Cozco para venir a Huamanca. De lo cual Francisco Hernández se sintió malamente, y se quejó a los suyos de que las ciudades que a los principios habían aprobado su hecho ahora le negasen con tanta facilidad y sin causa alguna. Pasó en su viaje hasta el río Uillca, donde los suyos descubrieron corredores del ejército de Su Majestad, porque los Oidores, sabiendo que Francisco Hernández iba hacia ellos, proveyeron al capitán Lope Martín que fuese cuadrillero de treinta soldados y procurarse saber nuevas del enemigo y en qué paraje quedaba, y volviese con diligencia a dar aviso de todo. Así lo cumplió Lope Martín que, luego que vió los contrarios, se volvió retirando, y dió nuevas de dónde quedaban.

Francisco Hernández siguió su camino hasta la ciudad de Huamanca, donde paró por esperar a Tomás Vásquez, porque, cuando le envió a Arequepa, le dijo que no pasaría de aquella ciudad hasta que él volviese. Tomás Vásquez, habiendo hecho poco más que nada en Arequepa, se volvió por la costa hasta alcanzar a Francisco Hernández, que aunque aquella ciudad, al principio de este levantamiento, entendiendo que todos los vecinos del Cozco eran a una para elegir Procurador General que hablase y pidiese a Su Majestad y a la Audiencia Real lo que bien les estuviese, envió su embajador al Cozco como atrás se dijo, pero sabiendo después que era particular tiranía, se arrepintió de lo hecho, y todos sus vecinos se fueron a servir a Su Majestad. Y así Tomás Vásquez, no hallando con quién negociar, se volvió a su General en blanco, y, por no ir tan en blanco, mató en el camino a Martín de Lezcano, que era gran compañero suyo, porque tuvo sospecha de él que quería matarle y alzar bandera por Su Majestad. Ahorcó a otro soldado principal que se decía Alonso de Mur, porque imaginó que se quería huir, habiendo recibido de Francisco Hernández cabalgadura y socorro. Sabiendo Francisco Hernández que Tomás Vásquez iba

cerca de la ciudad, salió a recibirle con golpe de gente, sin orden de guerra ni concierto, y así entraron todos juntos. Hizo esto Francisco Hernández porque no se viese ni se supiese la poca gente que Tomás Vásquez traía consigo.

El capitán Francisco Núñez, que salió del Cozco con cuarenta soldados para tomar posesión de Huamanca y hacer los demás autos que le fue mandado, halló en ella lo mismo que Tomás Vásquez en Arequepa: que todos los vecinos, arrepentidos de su primera determinación, se huyeron a Los Reyes a servir a Su Majestad. Sólo quedó con él Juan Alonso de Badajoz y Sancho de Tudela, un viejo de ochenta y seis años que siguió a Francisco Hernández hasta que se acabó su tiranía, y después de ella le mataron por él.

Con estos dos, y con sus pocos soldados salió Francisco Núñez a recibir a su General, y le halló muy sentido de que le negasen los que al principio habían aprobado su empresa. Para alivio de esta congoja de Francisco Hernández, se fueron a él dos soldados famosos de Lope Martín, que el uno de ellos fue después alférez del maese de campo Licenciado Alvarado, de los cuales soldados se informó Francisco Hernández de todo lo que deseaba saber del campo de Su Majestad; y habiéndose informado salió de Huamanca con más de setecientos hombres de guerra. Llegó al valle de Sausa, envió dos cuadrilleros capitanes suyos que se fuesen a correr por diversas partes. El uno fue Juan de Piedrahita, que llevó sesenta soldados, y el otro Salvador de Lozana, que llevó otros cuarenta. Del campo de Su Majestad enviaron a Jerónimo Costilla, vecino del Cozco, con veinte y cinco soldados, que fuese a correr la tierra y saber dónde quedaba el enemigo. Acertó a ir por el camino que Juan de Piedrahita traía, y sabiendo que estaba cuatro leguas de allí y que eran sesenta soldados los del enemigo, se retiró, no pudiendo resistirle. Por otra parte, sabiendo Piedrahita por el aviso de los indios (que como hemos dicho hacen a dos manos) que Jerónimo Costilla estaba tan cerca de él, y la poca gente que traía, dió una trasnochada y al amanecer llegó donde estaban; y hallándolos desapercibidos, los desbarató y prendió tres de ellos, y se volvió con ellos a su ejército.

CAPÍTULO IX: Tres capitanes del Rey prenden a otro del tirano y a cuarenta soldados; remítenlos a uno de los Oidores. Francisco Hernández determina acometer al ejército real; huyénsele muchos de los suyos.

Como los sucesos de la guerra sean varios y mudables, sucedió que, yéndose retirando Jerónimo Costilla, topó con Jerónimo de Silva, que los Oidores habían enviado en pos de él; y retirándose ambos, porque sospechaban que Francisco Hernández con todo su ejército iba a seguimiento de ellos, acertaron a prender un indio de servicio del capitán Salvador de Lozana, y, apretándole en las preguntas que le hicieron, supieron que su señor Lozana estaba en tal puesto y el número de la gente que tenía. Con los cual avisaron a

los Oidores, y pidieron gente para ir sobre él y prenderle. Los Oidores proveyeron que Lope Martín fuese con sesenta hombres al socorro; los cuales, juntándose con Jerónimo Costilla y Jerónimo de Silva, se dieron tan buena maña que, aunque los contrarios eran famosos soldados, y todos llevaban arcabuces y estaban en un fuerte, los rindieron, prometiéndoles perdón de sus delitos si se pasaban al Rey; los cuales se desordenaron y salieron de su fuerte y se dejaron prender todos, que no escapó más de uno que llevó la nueva a Francisco Hernández Girón. El cual sintió aquella pérdida muy mucho, porque hacía mucha confianza de Lozana, y los soldados eran de los escogidos de su campo.

Llevaron los presos al ejército del Rey; los Oidores mandaron que los ahorcasen todos; lo cual sabido por los soldados de Su Majestad se querellaron del auto, diciendo que ellos no saldrían a correr la tierra ni hacer cosa alguna que contra los enemigos se les mandase, porque también los contrarios, como los Oidores, ahorcarían los que prendiesen aunque no hubiesen hecho por qué. Esta querella de los soldados favorecieron algunos capitanes por dar contento a sus soldados, y suplicaron a la Audiencia se moderase el mandato. Con lo cual, por quitarlos del ejército, enviaron a Lozana y a los suyos al Licenciado Altamirano, Oidor de Su Majestad, que estaba en la mar, que hiciese de ellos lo que bien visto le fuese. El cual mandó ahorcar a Lozana y a otros dos de los más culpados, y los demás desterró del Reino.

Francisco Hernández Girón, aunque lastimado de la pérdida del capitán Lozana y de sus soldados, pasó adelante con su ejército, confiado en las trazas y ardides de guerra que llevaba imaginadas. Llegó al valle de Pachacámac, cuatro leguas de la Ciudad de los Reyes, donde llamó a consulta para determinar lo que se hubiese de hacer. Entre otras cosas determinó con los de su consejo que una noche de aquellas primeras acometiesen al ejército real (que estaba fuera de la ciudad) llevando por delante las vacas que había en aquel valle, que eran muchas, con mechas encendidas atadas a las cuernas, y con muchos indios y negros y algunos soldados arcabuceros que fuesen con ellas aguijándolas para divertir el escuadrón del Rey y acometerle por donde mejor les estuviesen. Esto quedó determinado entre ellos para ejecutarlo de allí a cuatro noches.

Hallóse en esta consulta Diego de Silva, vecino del Cozco, a quien Francisco Hernández, como atrás dijimos, pidió que autorizase su campo con su compañía, y, por obligarle más, le llamaba a todas sus consultas. Los corredores del un ejército y del otro se vieron luego y avisaron de lo que había. Los Oidores y sus dos Generales se apercibieron para cualquier suceso que se ofreciese; los capitanes hicieron lo mismo, que tenían sus soldados bien ejercitados, que muchos días había escaramuzas entre ellos y otros días les mandaban tirar al terrero, señalando joyas y preseas para los mejores tiradores. Había en este campo más de mil y trescientos soldados, los trescientos de a caballo y cerca de seiscientos arcabuceros y otros cuatrocientos y cincuenta piqueros.

Es de saber que teniendo nueva los Oidores que Francisco Hernández Girón pasaba de Huamanca y que iba a buscarles, les pareció que sería bien

agradar a los suyos y aplacar toda la demás comunidad de vecinos y soldados de la tierra con suspender las provisiones que habían mandado pregonar acerca del servicio personal de los indios, y de que no los cargasen por los caminos, ni caminasen los españoles con indias ni indios, aunque fuesen criados suyos, y otras cosas de que todos los moradores de aquel Imperio estaban muy agraviados y descontentos. Por lo cual acordaron los Oidores suspenderlo todo, y consultaron con todos los vecinos que consigo tenían, y acordaron que para mayor satisfacción de ellos, eligiesen dos procuradores que en nombre de todo aquel Imperio viniesen a España a suplicar a Su Majestad y pedirle lo que bien estuviese. Eligieron a Don Pedro Luis de Cabrera, vecino del Cozco, que, como atrás hemos dicho, por su mucho vientre era impedido para andar en la guerra, y a Don Antonio de Ribera, vecino de Rímac, por tales procuradores; los cuales se aprestaron para venir a España. Don Antonio de Ribera llegó a ella, y Don Pedro Cabrera paró en el camino y no pasó adelante.

Dos días después que Francisco Hernández llegó a Pachacámac, salió parte de su gente a escaramuzar con los del Rey. Trabóse poco a poco la escaramuza y fue creciendo más y más porque de la una parte y de la otra había muy buenas ganas de probar las fuerzas del contrario. Salió a ella Diego de Silva, mostrándose mucho del bando de Francisco Hernández; mas viendo buena coyuntura, se pasó al campo de Su Majestad y llevó consigo otros cuatro soldados famosos, uno de ellos llamado fulano Gamboa; era alférez del capitán Nuño Mendiola. El alférez, con su huida, causó mucho mal a su capitán, como adelante diremos. Sin los de Diego de Silva se huyeron aquel día otros muchos soldados y se pasaron al Rey, con lo cual cesó la escaramuza.

Lo mismo hicieron el día siguiente y los demás que Francisco Hernández estuvo en Pachacámac, que de veinte en veinte y de treinta en treinta se pasaban al Rey, sin poderlo remediar los contrarios; lo cual visto por Francisco Hernández Girón, determinó retirarse y volverse al Cozco antes que todos los suyos le desamparasen, porque la traza de acometer con las vacas por delante le pareció que no sería de ningún provecho, porque ya Diego de Silva habría dado aviso de ella y los Oidores estarían prevenidos para resistirle y ofenderle.

Con esta determinación hizo una liberalidad, más por tentar y descubrir los ánimos de los suyos que por hacer magnificencia. Díjoles que los que no gustasen de seguirle se pasasen luego al campo de los Oidores, que él les daba toda libertad y licencia. Algunos la tomaron, pero de los muy inútiles; mas no por eso dejó el maese de campo, Licenciado Alvarado, de quitarles las cabalgaduras y las armas y los vestidos, si eran de algún provecho para los suyos. Así salió Francisco Hernández del valle de Pachacámac con el mejor concierto que pudo, que lo ordenó más de miedo de los suyos, que no se le huyesen, que de temor de los contrarios que le siguiesen, porque era notorio que, por haber tantos que mandaban en el campo de los Oidores, no se determinaba cosa alguna con tiempo y sazón como era menester, según veremos luego.

CAPÍTULO X: Francisco Hernández se retira con su ejército. En el de Su Majestad hay mucha confusión de pareceres. Un motín que hubo en la ciudad de Piura, y cómo se acabó.

Francisco Hernández salió de Pachacámac con determinación de retirarse, y así lo hizo. Dejaron en el alojamiento sus soldados cosas inútiles que no pudieron llevar, todo lo cual saquearon los del Rey, saliendo desmandados de su ejército. Los Oidores entraron en consulta con los que eran del consejo de guerra, que, demás de los capitanes, llamaban muchos vecinos del Reino, los cuales, como más experimentados eran más acertados; pero en tanta multitud de pareceres, cada uno pretendía y hacía fuerza para que el suyo saliese a plaza. Determinaron al fin de muchos pareceres que Pablo de Meneses, con seiscientos hombres, los mejores del campo, siguiese a Francisco Hernández a la ligera. Estando otro día la gente apercibida para salir, mandaron los dos Generales que no llevase más de cien hombres, diciendo que no era bien que el campo quedase tan desflorado de gente útil y lucida. Los Oidores y los consejeros, remediando esta variedad, volvieron a mandar que llevasen los seiscientos hombres que estaban elegidos, sobre lo cual sucedió lo mismo que el día antes, que los Generales desmandaron lo mandado y que no llevase más de cien hombres, para dar arma al enemigo y recoger los que quisiesen huirse de él. Así salió Pablo de Meneses, bien desabrido y descontento de tanta mudanza de provisiones y de tanto rigor de los Generales, que aún no consintieron que fuesen con él algunas personas particulares, amigos suyos, que deseaban acompañarle. Dejarlos hemos, por contar lo que en estos mismos días pasó en la ciudad de San Miguel de Piura.

En aquella ciudad vivía un soldado de buen nombre y de buena reputación, llamado Francisco de Silva. Los Oidores, como atrás se dijo, enviaron sus provisiones a todos los Corregidores de aquel Reino, avisándoles del levantamiento de Francisco Hernández Girón, mandándoles que se apercibiesen y llamasen gente para resistir y castigar al tirano. El Corregidor de Piura, llamado Juan Delgadillo, dió su comisión a Francisco de Silva, y le mandó que fuese a Túmpiz y por aquella costa recogiese los soldados que hallase y los trajese consigo. Francisco de Silva fue como se le mandó, y volvió a Piura con una cuadra de veinte y seis o veinte y siete soldados; los cuales, habiendo estado en aquella ciudad doce o trece días, viendo que no les daban posada ni de comer, y que ellos eran pobres, que no podían mantenerse, fueron al Corregidor, llevando por caudillo a Francisco de Silva, y le suplicaron les diese licencia para ir a la Ciudad de los Reyes a servir a Su Majestad en aquella ocasión. El Corregidor se la dio aunque forzado de ruegos e importunidades que toda la ciudad le hizo.

Estando los soldados otro día para caminar, el Corregidor, sin ocasión alguna, revocó la licencia, y les mandó en particular que se fuesen a sus posadas y no saliesen de ellas ni de la ciudad sin licencia suya. Francisco de Silva y sus

compañeros, viendo que no les aprovechaban ruegos ni protestaciones que al Corregidor hicieron, acordaron entre todos de matarle y saquear la ciudad e irse a servir a Francisco Hernández Girón, pues no les dejaban ir a servir a Su Majestad. Con este concierto, y bien apercibidos de sus armas, fueron doce o trece de ellos a casa del Corregidor y lo prendieron, y mataron a un Alcalde de los ordinarios. Robaron la casa del Corregidor, donde hallaron arcabuces, montantes, espadas y rodelas, lanzas y partesanas, y pólvora en cantidad. Sacaron el estandarte real; pregonaron que saliesen todos, so pena de la vida, a meterse debajo de la bandera. Descerrajaron la caja real, robaron lo que había dentro, hasta la hacienda de difuntos: lo mismo hicieron por todas las casas de la ciudad, que las saquearon sin dejar en ellas cosa que les fuese de provecho. Y con la venida de un soldado que en aquella coyuntura llegó a Piura, que iba desterrado de Rímac y se huyó en el camino, publicaron y echaron fama (concertándolo primero con el soldado) que dijese que Francisco Hernández Girón venía muy pujante a la Ciudad de los Reyes, y que todo el Reino era en su favor, hasta el Oidor Santillán, que se le había pasado con muchos amigos y deudos suyos. Sin esto dijo otras mentiras, tan grandes y mayores, si mayores podían ser; con lo cual quedaron los tiranillos más ufanos que si fuesen verdades y ellos señores del Perú. Y porque el soldado dijo que deseaba ir en busca de Francisco Hernández Girón para servirle, tomaron todos el mismo deseo, y lo pusieron por obra.

Llevaron al Corregidor preso, con una buena cadena de hierro, y otros ocho o nueve vecinos y hombres principales de aquella ciudad, en colleras y cadenas como los que llevan a galeras. Así caminaron más de cincuenta leguas con toda la desvergüenza posible, hasta que llegaron a Cassamarca, donde hallaron dos españoles que vivían de su trabajo y granjería, de los cuales supieron el estado de Francisco Hernández Girón y cómo iba huyendo, y los Oidores en pos de él, y que a aquella hora estaría ya el tirano muerto y consumido. Con las nuevas quedaron del todo perdidos Francisco de Silva y sus compañeros; lloraron su locura y desatino; acordaron volverse a la costa, para huirse en algún navío, si lo pudiesen haber. Soltaron al Corregidor y a los demás presos bien desacomodados, porque no pudiesen hacerles daño. Y los tiranos, que eran más de cincuenta, se dividieron en cuadrillas pequeñas, de tres, cuatro compañeros cada una, por no ser sentidos por doquiera que pasasen.

El Corregidor, viéndose libre, llamó gente con la voz del Rey; prendió algunos de ellos y los hizo cuartos. Los Oidores, sabiendo las desvergüenzas y atrevimientos de aquellos hombres, enviaron un juez llamado Bernardino Romaní, a que los castigase; el cual prendió y ahorcó casi todos ellos; algunos echó a galeras. Francisco de Silva y otros compañeros suyos se fueron a Trujillo, y entraron en el convento del Divino San Francisco y tomaron su hábito, y con él salieron de aquella ciudad y fueron a la mar, y se embarcaron en un navío que los sacó fuera de aquel Imperio, con que escaparon sus vidas.

En estos mismos días vino del Reino de Chile un vecino de la ciudad de Santiago, llamado Gaspar Orense, con las nuevas tristes y lamentables del levantamiento de los indios Araucos de aquel Reino y la muerte del Gobernador Pedro de Valdivia y de los suyos, de que dimos larga cuenta en el Libro séptimo de la primera parte de estos nuestros *Comentarios*. Las cuales nuevas sintieron muy mucho todos los del Perú, por la alteración de los indios, la cual se principió a los postreros días del año de mil y quinientos y cincuenta y tres, y hoy, que es casi el fin del año de mil y seiscientos once (cuando escribimos esto) no se ha acabado la guerra, antes están aquellos indios más soberbios y pertinaces que a los principios, por las muchas victorias que han habido y ciudades que han destruido. Dios Nuestro Señor lo remedie como más a su servicio convenga. Quizá en el libro siguiente diremos algo de aquellas hazañas de los Araucos.

CAPÍTULO XI: Sucesos desgraciados en el un ejército y en el otro. La muerte de Nuño Mendiola, capitán de Francisco Hernández, y la de Lope Martín, capitán de Su Majestad.

Volviendo a los sucesos del Perú, decimos que Francisco Hernández Girón, habiendo salido de Pachacámac, caminaba muy recatado con escuadrón formado y recogida su gente y bagaje, como hombre temeroso que sus contrarios no le siguiesen y persiguiesen hasta acabarle. Mas cuando vio que los primero tres y cuatro días no le seguían, y supo por sus espías la mucha variedad de opiniones que había en cada consulta que sus contrarios hacían, y que lo que los Oidores ordenaban y preveían, los Generales lo desmandaban y descomponían, y que en todo había confusión, bandos y diferencias, se alentó y caminó con más seguridad y menos sobresalto. Mas no por eso dejaron de sucederle enojos y pesadumbre con sus mayores amigos, que en llegando al valle llamado Huarcu, ahorcó dos soldados principales de los suyos no más de por sospecha que se querían huir, que ya entre ellos no era menester otro fiscal sino la sospecha para matar al más confiado.

Pasando Francisco Hernández más adelante en su jornada, llegó al valle llamado Chincha, abundante de comida y de todo regalo, donde el capitán Nuño Mendiola le dijo que sería bien que parasen allí tres o cuatro días para que la gente descansase y se proveyese de lo necesario para el camino. Francisco Hernández no quiso admitir el consejo, y mirando en quien se lo daba, le pareció que el Mendiola no había hecho buen semblante al repudio del consejo, a lo cual no faltaron otros buenos terceros que dijeron a Francisco Hernández que el Mendiola se quería pasar al Rey, lo cual creyó el tirano con mucha facilidad, trayendo a la memoria que su alférez Gamboa se había huido con Diego de Silva pocos días antes, y que debió de llevar recaudos a los Oidores para asegurar la ida de su capitán cuando se huyese. Sólo esta sospecha bastó para que Francisco

Hernández mandase a su maese de campo que le quitase las armas y caballo y le dejase ir donde quisiese. Mas el maese de campo cumplió el mandato, hasta quitarle la vida, y así acabó el pobre capitán Nuño Mendiola que tal paga le dieron con ser de los primeros confederados con el tirano. Demás de lo dicho, no dejaron de írsele algunos soldados a Francisco Hernández Girón, que fueron a parar con Pablo de Meneses y le dijeron que Francisco Hernández iba muy desbaratado, que se le había huido mucha gente, que casi no llevaba trescientos hombres, llevando más de quinientos.

Con estas nuevas se esforzó Pablo de Meneses y consultó con los suyos de dar una trasnochada en los enemigos y desbaratarlos; y teniéndolo así determinado, yendo ya marchando en su jornada, advirtieran en lo que fuera razón que miraran antes, que fue ver que no llevaban maíz para sus cabalgaduras ni sabían de dónde haberlo. Entonces se ofreció un soldado de los que se habían huido de Francisco Hernández, llamado Francisco de Cuevas, diciendo que él sabía donde había mucho maíz, y traería cuanto fuese menester. Pablo de Meneses lo envió con una docena de indios, que los trajese cargados de maíz. El soldado hizo su viaje y envió los indios con el maíz, y les dijo que en acabando de comer su caballo, iría en pos de ellos; y cuando se vio sólo, en lugar de irse a Pablo Meneses, se fue a Francisco Hernández, y le dió cuenta de los enemigos, cuántos eran y cómo iban determinados a dar sobre él la noche venidera. Pidióle perdón de habérsele huido; dijo que entendía que había sido permisión de Dios, para que le diese noticia de la venida de sus enemigos, porque no le tomasen de sobresalto. El volverse aquel soldado a Francisco Hernández fue porque uno de los de Pablo de Meneses, hablando en general de los tiranos, dijo que el mejor librado de ellos, acabada la guerra, aunque se hubiesen pasado al Rey, habían de ir azotados a galeras. Lo cual oído por aquel soldado, acordó volverse a su capitán, y para merecer perdón le dió cuenta de todo lo que sabía.

Francisco Hernández se apercibió luego, y estuvo toda aquella tarde y la noche siguiente puesto en escuadrón, esperando sus enemigos. Pablo de Meneses y Lope Martín y todos los suyos, viendo que Francisco de Cuevas no volvía, sospecharon lo que fue, que se había vuelto a Francisco Hernández y avisádole de cómo iban a buscarle, y que el enemigo sabiendo cuán pocos eran, vendría a buscarlos. Acordaron retirarse; mandaron que caminase luego la gente a un pueblo llamado Uillacori, que está cinco leguas de donde ellos estaban, que era en el río de Ica, y que treinta de a caballo de los mejores caballos, quedasen en retaguardia para dar aviso de lo que fuese menester. A esto se ofreció el capitán Lope Martín de quedar con otros tres compañeros para mirar por los enemigos y servir de centinela y corredores, para dar aviso de lo que fuese menester. Con esto se fue Pablo de Meneses, y todos los suyos le siguieron hasta Uillacori, y Lope Martín y sus compañeros se subieron a un cerro alto que está sobre el río de Ica, para descubrir mejor a los enemigos; pero salióles en contra, porque todo aquel valle tiene mucha arboleda, que no deja de ver lo que hay debajo de ella.

Estando así atentos acertó un indio cañari, de los de Francisco Hernández, a ver a Lope Martín y a sus tres compañeros, y dio aviso de ello a los suyos; los cuales salieron por la una banda y por la otra del cerro do estaba Lope Martín, para tomarle las espaldas, y así lo hicieron, que Lope Martín y los suyos, mirando a lo lejos, no vieron lo que tenían cerca de sí. Pudieron los enemigos hacer bien este lance, porque aquel río pasa por debajo del cerro (donde estaba Lope Martín) y se entra tan debajo de él que de lo alto no se descubre la gente que por el un lado y el otro del cerro pasa, hasta que están en lo alto de él. Yo y otros compañeros, caminando por aquel camino, subimos aquel cerro para ver cómo le sucedió a Lope Martín y a los suyos la desgracia que luego diremos, y vimos que, habiéndose puesto donde se pusieron, no pudieron ver los enemigos hasta que les tuvieron ganadas las espaldas.

Viéndose atajados Lope Martín y sus compañeros, dieron en huir por una parte y otra del camino, y aunque hicieron sus diligencias no pudieron escaparse los tres de ellos, que fueron presos, y entre ellos Lope Martín; y no conociéndole los enemigos, llegó un moro berberisco que había sido de Alonso de Toro, cuñado de Tomás Vásquez, que eran casados con dos hermanas, y dijo a Alonso González que mirase que era Lope Martín el que llevaban preso. Regocijáronse con la buena nueva del prisionero, y lleváronselo a Francisco Hernández Girón; mas él no lo quiso ver; antes acordándose de la muerte de su capitán Lozana, que el Oidor Altamirano mandó ahorcar, dijo que con toda brevedad lo matasen, y a otro soldado de los que con él prendieron, que se le había huido a Francisco Hernández. Todo se cumplió así. A Lope Martín cortaron la cabeza y la pusieron en la punta de una lanza, y la llevaron por trofeo y estandarte a la jornada de Uillacori, que luego diremos. Así acabó el buen Lope Martín, de los primeros conquistadores de aquel Imperio, que se halló en la prisión de Atahuallpa y fue vecino de la ciudad del Cozco.

CAPÍTULO XII: Los Oidores envían gente en socorro de Pablo de Meneses. Francisco Hernández revuelve sobre él y le da un bravo alcance. La desgraciada muerte de Miguel Cornejo. La lealtad de un caballo con su dueño.

Yendo Pablo de Meneses, como atrás se dijo, siguiendo a Francisco Hernández Girón, escribió a los Generales del ejército, que eran el Oidor Santillán y el Arzobispo de Los Reyes Don Jerónimo de Loayza, que, porque el enemigo llevaba mucha gente y él iba con falta de ella, le enviasen socorro con toda brevedad, porque pensaba de aquel viaje destruir al tirano. Los Generales cumplieron luego su demanda, que le enviaron más de cien hombres muy bien armados y apercibidos, y entre ellos fueron muchos vecinos de Los Reyes, del Cozco, Huamanca y Arequepa; y con la diligencia que en su camino hicieron, llegaron a Uillacori poco antes que Pablo de Meneses entrase en él, donde se

alentaron los unos y los otros con verse juntos. Supieron que el enemigo estaba cinco leguas de allí, y que Lope Martín y tres compañeros con él, quedaban por atalayas y corredores para avisar de lo que fuese menester. Con esta nueva se aquietaron todos, entendiendo que estaban seguros; pero en la guerra los capitanes, para hacer bien su oficio, no deben asegurarse aunque estén los enemigos lejos, cuanto más tan cerca, porque no les suceda lo que a los presentes.

Francisco Hernández, habiendo sabido de Lope Martín y de sus compañeros dónde y cómo estaba Pablo de Meneses, apercibió su gente para ir en pos de él a toda diligencia. A lo cual, para que saliese con la victoria, le ayudó su buena ventura, porque el soldado compañero de Lope Martín que escapó de los tiranos con el miedo que les cobró se metió en un algarrobal para esconderse y librarse de la muerte, y no pudo ir a dar aviso a Pablo de Meneses, que le fuera de mucha importancia. El cual estaba bien descuidado de pensar que viniesen los enemigos, porque teniendo a Lope Martín y a sus compañeros por atalayas, que los tenía por hombres diligentes y de todo buen recaudo, dormían descuidados y sin recelo alguno y sin centinelas.

Al amanecer, un soldado que había salido del real a buscar por aquellas hoyas un poco de maíz que les faltaba, sintió ruido de gente, y, mirando en ello, vió una cuadrilla de treinta caballos que Francisco Hernández envió delante para dar arma a Pablo de Meneses, y que los entretuviesen escaramuzando con los del Rey hasta que él y todos los suyos llegasen a pelear con ellos. El soldado tocó arma, y dio aviso de los que venían. Pablo de Meneses, entendiendo que no iba en pos de él más gente que la que el soldado decía, no quiso retirarse; antes mandó hacer alto para pelear con los que le seguían, y no quiso creer a los que se lo contradecían, que les fue de mucho daño, porque dieron lugar a que los enemigos se le acercasen. Estando en esto, vieron asomar por aquellos arenales más y más gente de los enemigos. Entonces mandó Pablo de Meneses que se retirasen a toda prisa, y él quedó en la retaguardia a detener los contrarios; los cuales escaramuzaron con los del Rey, donde hubo algunos heridos y muertos de una parte y de otra. Fueron así escaramuzando muy gran parte del día, que los enemigos no lo dejaban caminar. En esto llegó todo el escuadrón de Francisco Hernández Girón, donde hubo mucha revuelta y confusión de gente, así de la que huía como de la que seguía, que con el polvo y alboroto no se conocían unos a otros. Duró el alcance más de tres leguas; salió herido el capitán Luis de Ávalos, y otros cinco o seis con él, quedaron muertos catorce o quince, y entre ellos el buen Miguel Cornejo, vecino de Arequepa, de los primeros conquistadores, a quien Francisco de Carvajal, maese de campo de Gonzalo Pizarro, por las obligaciones que le tenía, le hizo la amistad que atrás contamos. El cual llevaba una celada borgoñona, calada la visera, y con el mucho polvo de los que huían o seguían, y con el mucho calor que en aquellos valles y su región perpetuamente hace, le faltó el aliento y no acertando a alzar la visera, por la prisa y temor de los enemigos, se ahogó dentro de una celada, que lastimó a los

que le conocían, porque era un hombre de mucha estima y de mucha bondad, como lo usó con Francisco de Carvajal con su mujer y familia, viéndolos desamparados en la plaza de Arequepa, sin posada ni quien se la diese.

Los enemigos llamaron a recoger, porque sintieron que aunque iban victoriosos iban perdiendo de su gente, porque vieron que mucha de ella, a vueltas de los que huían, se les iba al Rey, con lo cual cesaron de su alcance y a toda prisa volvieron atrás, antes que entre ellos hubiese algún motín. Entre los que se le huyeron a Francisco Hernández aquel día fue un vecino del Cozco llamado Juan Rodríguez de Villalobos, a quien Francisco Hernández, después de su levantamiento, por prendarle, casó en el Cozco con una cuñada suya hermana de su mujer; pero no le aprovechó al tirano el parentesco, que, con la revuelta de aquel día, se pasó al bando de Su Majestad. Francisco Hernández, cuando lo supo, en satisfacción de que le hubiese negado, dijo por desdén y menosprecio que votaba a tal, que le pesaba más por una espada que le llevaba que no por su ausencia; y engrandeciendo más su presunción, dijo que todos los que no quisiesen seguirle se fuesen libremente a los Oidores, que él les daba libertad, que no quería compañía de hombres forzados sino de amigos voluntarios. Pablo de Meneses, con la prisa que los enemigos le dieron, se apartó de los suyos con otros tres compañeros, y fueron a parar a Chincha, como lo dice el Palentino, capítulo treinta y ocho, por estas palabras:

"Viendo Pablo de Meneses perdida su gente, y que iban huyendo a rienda suelta, desvióse del camino y fue por médanos de arena al río de Pisco, con otros tres que le siguieron, y de allí se fue a Chincha", etc.

Hasta aquí es de aquel autor. Los enemigos, a la vuelta de su alcance, fueron recogiendo cuanto por el camino hallaron, que los leales, por aligerar sus caballos y mulas, habían echado de sí cuanto llevaban, hasta las capas y capotes y las armas, como hacen los navegantes cuando temen anegarse con la tormenta. Tal la llevaban estos capitanes y soldados reales, que en un punto se hallaban poderosos para destruir y anular al tirano y en aquel mismo punto iban huyendo de él, como acaeció en esta jornada.

Ofréceseme contar un caso que acaeció en ella, que, porque semejantes cosas se hallan pocas en el mundo, se me dará licencia que la diga, que fue la lealtad de un caballo que yo conocí. En el aquel trance de armas se halló un caballero de la parte de Su Majestad, vecino del Cozco, de los primeros conquistadores de aquel Imperio, que se decía Juan Julio de Hojeda. El cual, entre otros caballos suyos, tenía uno bayo, de cabos negros; hallóse en él aquel día del alcance de Uillacori. Yendo huyendo todos a rienda suelta (como lo ha dicho el Palentino), Juan Julio de Hojeda cayó de su caballo. El cual, viéndole caído, aunque iba corriendo entre más de otras trescientas cabalgaduras, paró, que no se meneó hasta que su dueño se levantó y subió en él, y escapó con la vida por la lealtad del caballo; lo cual se tuvo a mucho, por ser cosa tan rara. Otro paso, casi al propio, ví yo que este mismo caballo hizo en la ciudad del Cozco, y fue que, acabada esta guerra, ejercitándose los caballeros de aquella

ciudad en su jineta, que por lo menos había cada domingo carrera pública, un día de aquellos, yendo a correr un condiscípulo mío mestizo llamado Pedro Altamirano, hijo de Antonio Altamirano, conquistador de los primeros, vió a una ventana, a mano izquierda de como él iba, una moza hermosa que vivía en las casas de Alonso de Mesa; con cuya vista se olvidó de la carrera que iba a dar, y, aunque había pasado del derecho de la ventana, volvió dos y tres veces el rostro, a ver la hermosa. A la tercera vez que lo hizo, el caballo, viéndose ya en el puesto de donde partían a correr, sintiendo que el caballero se rodeaba, para apercibirle y llamarle a la carrera, resolvió con grandísima furia para correr su carrera. El caballero, que tenía más atención en mirar la hermosa que en correr su caballo, salió por el lado derecho de él, y cayó en el suelo. El caballo, viéndole caído, aunque había partido con la furia que hemos dicho y llevaba puesto su pretal de cascabeles, paró sin menearse a parte alguna. El galán se levantó en el suelo y subió su caballo y corrió su carrera con harto empacho de los presentes; todo lo cual ví yo desde el corredorcillo de las casas de Garcilaso de la Vega, mi señor, y con este segundo hecho del caballo, se certificó el primero, para que lo creyésemos los que entonces no lo vimos.

Y con esto volveremos al ejército de los Oidores, donde hubo mucha pasión y pesadumbre y novedades de cargos y oficios, como luego se verá.

CAPÍTULO XIII: Deponen los Oidores a los dos Generales. Francisco Hernández llega a Nanasca. Un espía doble le da aviso de muchas novedades. El tirano hace un ejército de negros.

En el campo de Su Majestad entre los dos Generales había mucha contradicción y división, tanto que públicamente lo murmuraban y blasfemaban los capitanes y soldados, de ver huir el uno del otro en todas ocasiones y provisiones. Sabida la murmuración por los Generales, comieron un día ambos juntos por intercesión de muchos hombres principales, que trajeron al Licenciado y Oidor Santillán de dos leguas de allí, que estaba en otro pueblo, retirado aparte. Y de que comiesen juntos y hubiese amistad entre ellos dice el Palentino, capítulo treinta y nueve, que "el campo recibió mucho contento", etc. Luego aquel mismo día, ya tarde, llegó la nueva al campo del desbarate y alcance de Villacori, de que se admiraron todos, porque entendían, según las nuevas que por horas tenían, que Pablo de Meneses hacía ventaja al enemigo. Los Oidores y capitanes y los demás consejeros se alteraron mucho de la pérdida de Pablo de Meneses, y vieron por experiencia que la división y contradicción de los Generales había causado aquella pérdida de la reputación del ejército imperial; que el daño no se debía estimar en nada, porque en la gente antes ganaron que perdieron con los que del tirano se le pasaron. Pero encarecían mucho, como es razón, el menoscabo de la reputación y autoridad del ejército

real. Por lo cual, juntándose todos, acordaron de deponer por provisión real a los dos Generales, y que Pablo de Meneses hiciese el oficio de Capitán general, y Don Pedro Portocarrero fuese maese de campo, lo cual también se murmuró y blasfemó en todo el campo, diciendo que a un ministro que había perdido una jornada como aquélla, en lugar de castigar y descomponer, le aumentasen en honra y provecho, subiéndole de maese de campo a General, en lugar de bajarle hasta el menor soldado del campo.

Notificáronse las provisiones del Audiencia a los Generales, en los cuales hubo alteración, y no poca; mas ellos se apaciguaron y pasaron por lo proveído. Mandóse que siguiesen al tirano a la ligera, con ochocientos hombres. Mas en esto también hubo diferencia como en lo pasado, de manera que no salieron de aquel puesto en aquellos tres días primeros. Y porque el Licenciado Santillán se volvía a Los Reyes, sus parientes y amigos, que eran muchos, le acompañaron en gran número, que eran cerca de ciento y cincuenta personas. No faltó entonces uno de sus amigos que le avisó que no les llevase consigo, porque causaría escándalo y dirían sus émulos y contrarios que caminaba como hombre temeroso de ellos, o que pretendía rebelarse, por lo cual el Licenciado Santillán despidió sus parientes y amigos y les rogó fuesen al ejército a servir a Su Majestad, que aquello era lo que convenía, y así se fue a la ciudad con no más compañía que la de sus criados.

En estos días estaba Francisco Hernández en Nanasca, sesenta leguas de Los Reyes, donde llegó sin pesadumbre alguna, porque con la confusión que en el campo de Su Majestad había le dejaron caminar en paz sin pesadumbre; y para su mayor contento, ordenó el enemigo que un sargento de los del Rey, que había sido soldado de los de la entrada de Diego de Rojas, se ofreció de suyo a ir en hábito de indio al campo de Francisco Hernández y saber lo que en él había y volver con la nueva de todo ello. Los Oidores fiaron del soldado y le dieron licencia para que hiciese su viaje; el cual lo hizo como espía doble porque se fue a Francisco Hernández y le dijo que había hecho aquel trato doble por venirse a su ejército, porque en el campo del Rey había tanta discordia entre los superiores y tanto descontento entre los soldados, y ninguna gana de pelear, que se entendía por cosa cierta que se habían de perder todos, y que él quería asegurar su persona y por tanto se venía a servirle.

Con esto le dijo que los Oidores estaban tristes y confusos, porque tenían nuevas que la ciudad de San Miguel de Piura se había rebelado contra Su Majestad en favor de Francisco Hernández Girón, y que del Nuevo Reino venía otro capitán, llamado Pedro de Orsúa, con mucha gente, a lo mismo, y que el Reino de Quitu estaba alzado por Francisco Hernández, y de todo lo cual él y toda su gente se holgaron muy mucho, y lo publicaron a pregones, como si fueran grandes verdades. Asimismo le dijo que los Oidores tenían nueva que el Mariscal venía de los Charcas con un ejército muy lucido y poderoso de más de mil y doscientos hombres, pero esto se calló, y mandó a la espía doble que dijese que no traía más de seiscientos hombres, porque los suyos no se acobardasen y

perdiesen el ánimo. Juntamente con esto se descubrió que un indio del campo de los Oidores traía cartas y recaudos para un soldado de Francisco Hernández. Prendieron al indio y al soldado, y los ahorcaron a ambos, aunque el soldado no confesó en dos tormentos que le dieron; pero después de muerto le hallaron al cuello una nómina, y dentro un perdón de los Oidores para Tomás Vásquez. El perdón publicó luego Francisco Hernández añadiendo grandes dádivas y mercedes de repartimientos de indios que en nombre de los Oidores prometía a quien lo matase a él y a otros personajes de su campo.

En este viaje antes del rompimiento de Villacori, hizo Francisco Hernández una compañía de negros de más de ciento y cincuenta de los esclavos y que prendieron y tomaron en los pueblos y posesiones y heredades que saquearon. Después adelante, siguiendo su tiranía, tuvo Francisco Hernández más de trescientos soldados etíopes, y, para más honrarlo y darles ánimo y atrevimiento, hizo de ellos ejército formado. Dióles un Capitán general que yo conocí, que se decía maese Juan; era lindísimo oficial de carpintería; fue esclavo de Antonio Altamirano, ya otras veces nombrado. El maese de campo se llamaba maese Antonio, a quien en Villacori rindió las armas un soldado de los muy principales del campo del Rey, que yo conocí, pero no es bien que digamos su nombre, aunque la fama del maese de campo que se las quitó llegó hasta España y obligó a un caballero que en Indias había conocido al soldado y había sido su amigo, a que le enviase una espada y una daga muy dorada, pero fue más por vituperar su cobardía que por la amistad pasada, de todo lo cual se hablaba muy largamente en el Perú después de aquella guerra de Francisco Hernández. Sin los oficiales mayores, les nombró capitanes, y les mandó que nombrasen alféreces y sargentos y cabos de escuadra, pífanos y atambores, y que hiciesen banderas, todo lo cual hicieron los negros muy cumplidamente; y de los del campo del Rey se huyeron muchos al tirano, viendo a sus parientes tan honrados como los traía Francisco Hernández, y fueron contra sus amos en toda la guerra. De estos soldados se sirvió el tirano muy largamente, que los enviaba con cabos de escuadra españoles a recoger bastimentos; y los indios, por no padecer las crueldades que con ellos hacían, se lo daban quitándoselo a sí propios y a sus mujeres e hijos, de que adelante se causó mucha necesidad y hambre entre ellos.

CAPÍTULO XIV: El Mariscal elige capitanes para su ejército. Llega al Cozco; sale en busca de Francisco Hernández. La desgraciada muerte del capitán Diego de Almendras.

Entretanto que en el Cozco y en Rímac y en Villacori sucedieron las cosas que se han referido, el Mariscal Alonso de Alvarado, que estaba en el Reino y provincia de los Charcas, no estaba ocioso; antes, como atrás se ha dicho, entendía en llamar gente al servicio de Su Majestad y prevenirse de picas y arcabuces y otras armas, munición de pólvora y bastimento y cabalgaduras para

proveer de ellas a los soldados. Nombró capitanes y oficiales que le ayudasen en las cosas dichas. Eligió por maese de campo a un caballero cuñado suyo que se decía Don Martín de Avendaño, y por alférez general a un valeroso soldado llamado Diego de Porras, y por sargento mayor a Diego de Villavicencio, que también lo fue del Presidente Gasca contra Gonzalo Pizarro. Nombró por capitanes de caballo dos vecinos de los Charcas, que son Pedro Hernández Paniagua y Juan Ortiz de Zárate, y otro caballero nobilísimo de sangre y condición, llamado Don Gabriel de Guzmán. Estos tres fueron capitanes de caballo. Al Licenciado Gómez Hernández nombró por auditor de su campo, y a Juan de Riba Martín, por alguacil mayor. Eligió seis capitanes de infantería; los tres fueron vecinos, que son el Licenciado Polo, Diego de Almendras y Martín de Alarcón. Los no vecinos fueron Hernando Álvarez de Toledo, Juan Ramos y Juan de Arreynaga. Los cuales todos entendieron en hacer sus oficios con mucha diligencia, de manera que en muy pocos días se halló el Mariscal con cerca de ochocientos hombres, de los cuales dice el Palentino lo que se sigue, capítulo cuarenta y uno.

"Halláronse setecientos y setenta y cinco hombres de la más buena y lucida gente, así de buenos soldados, armas y ricos vestidos y de mucho servicio, que jamás se vió en el Perú, que cierto mostraron bien bajar de la parte de aquel cerro que de otro más rico que él, en el mundo no se tiene noticia," etc. Hasta aquí es del Palentino, el cual lo dice muy bien, porque yo los ví pocos días después en el Cozco, e iban tan bravos y tan bien aderezados como aquel autor lo dice. El Mariscal, viéndose tan poderoso de gente y armas y de lo demás necesario para su ejército, caminó hacia el Cozco. Por el camino le salían al encuentro los soldados que se juntaban para servir a Su Majestad, de diez en diez y de veinte en veinte, como acertaban a hallarse. Y de Arequepa, con haber pasado aquella ciudad los trabajos referidos, vinieron cerca de cuarenta soldados. Sancho Dugarte y el capitán Martín de Olmos, que estaban en la ciudad de la Paz, salieron a recibir al Mariscal con más de doscientos buenos soldados que habían recogido, donde hubo mucha salva de arcabuces de una parte y otra, y mucho placer y regocijo que sintieron de verse juntos y tan lucidos.

El ejército pasó adelante hasta llegar a la jurisdicción de la gran ciudad del Cozco, donde halló al capitán Juan de Saavedra con su cuadrilla, que aunque pequeña en número, grande en valor y autoridad, que no pasaban de ochenta y cinco hombres, y entre ellos iban trece o catorce vecinos del Cozco, todos de los primeros y segundos conquistadores de aquel Imperio, los sesenta de a caballo y los demás infantes, con los cuales holgó el Mariscal muy mucho, y más cuando supo quiénes y cuántos eran los vecinos del Cozco que huyeron del tirano y se fueron a Los Reyes a servir a Su Majestad. Con lo cual se alentó mucho el Mariscal, considerando cuán desvalido andaría Francisco Hernández Girón, viéndose desamparado de los que él pensaba tener por suyos, y así caminó el Mariscal con más aliento, hasta entrar en la ciudad del Cozco con más de mil y

doscientos soldados, los trescientos de a caballo y otros trescientos y cincuenta arcabuceros, y los quinientos y cincuenta con picas y alabardas. Entró cada compañía en forma de escuadrón de cinco en hilera, y en la plaza se hizo un escuadrón grande de todos ellos, donde escaramuzaron infantes y caballeros, y de todo hubo mucha fiesta y regocijo, y los aposentaron en la ciudad. El Obispo del Cozco, Don Fray Juan Solano, con todo su Cabildo, salió a recibir al Mariscal y a su ejército, y les echó su bendición; pero escarmentado de las jornadas que con Diego Centeno anduvo, no quiso seguir la guerra, sino quedarse en su Iglesia rogando a Dios por todos.

De la ciudad del Cozco envió el Mariscal a mandar que se hiciesen las puentes del río Apurímac y Amáncay, con determinación de ir a buscar a Francisco Hernández, que no sabía dónde estaba, ni qué se había hecho de él. En esta coyuntura le llegó aviso del Audiencia con el mal suceso de Pablo de Meneses en Villacori, y cómo quedaba el tirano en el valle de Nanasca; con lo cual mudó propósito en su viaje, que determino volver para atrás a atajar a Francisco Hernández, porque no se le fuese por la costa adelante hasta Arequepa, y de allí a los Charcas, que fueron causa de mucho daño a toda la tierra y la guerra se alargara por largo tiempo. Y así salió del Cozco, habiendo mandado que las puentes hechas se quemasen, porque si el enemigo volviese al Cozco, no pasase por ellas; y fue hacia el Collao, y, habiendo caminado catorce o quince leguas por el camino real, echó a mano derecha de cómo iba, para ponerse a la mira de Francisco Hernández y ver por dónde salía de Nanasca, para salirle al encuentro. Y no teniendo nueva de él, caminó hacia Parihuanacocha, aunque para llegar allá había de pasar un despoblado muy áspero, de más de treinta leguas de travesía. En este camino se le huyeron cuatro soldados y se fueron a Francisco Hernández; llevaron hurtadas dos buenas mulas, la una de Gabriel de Pernia y la otra de Pedro Franco, dos soldados famosos. El Mariscal, habiendo sabido cúyas eran las mulas, mandó dar garrote a sus dueños, con sospecha de que ellos se la hubiesen dado, de lo cual se alteró el ejército y blasfemaban del Mariscal por ello, y fue juzgado por hecho y justicia cruel, como lo dice el Palentino capítulo cuarenta y uno.

Los cuatro soldados que se huyeron toparon con los corredores de Francisco Hernández Girón, y se fueron con ellos hasta Nanasca, y en secreto dieron cuenta de la pujanza con que el Mariscal iba a buscarle, y que iba camino de Parihuanacocha. Mas en público, por no los desanimar, dijeron que traía muy poca gente. Empero, Francisco Hernández desengañó a los suyos, como lo dice el Palentino por estas palabras:

“Señores, no os engañen, que yo os prometo que nos cumple apretar bien los puños, que mil hombres tenéis por el lado de abajo, y mil doscientos por el de arriba, y con la ayuda de Dios todos serán pocos, que yo espero en él, si cien amigos no me faltan, desbaratarlos a todos.” “Luego mandó aparejar su gente para la partida, y a ocho de mayo partió de la Nasca para los Lucanes por el

camino de la sierra, con intento de tomar a Parinacocha primero que el Mariscal," etc.

Hasta aquí es de Diego Hernández, capítulo cuarenta y uno. El Mariscal Alonso de Alvarado, siguiendo su camino, entró en el despoblado de Parihuanacocha, donde, por la aspereza de la tierra e inclemencias del cielo, se le murieron más de sesenta caballos de los mejores y más regalados del ejército, que yendo caminando, llevándolos de diestro, bien cubiertos con sus mantas, se caían muertos sin que los albéitares atinasen a saber qué era la causa. Decían que les falta el anhélito[45], de que todos iban admirados y los indios lo tomaron por mal agüero. Diego Fernández, en este paso, dice lo que se sigue, capítulo cuarenta y dos. "Llegado que fue el Mariscal a los Chumbivilcas, y hubo proveído su campo de lo necesario, tomó el despoblado de Parinacocha, que son treinta y dos leguas de sierras, ciénagas, nieves y caminos tan ásperos y malos, y de tantas quebradas, que muchos caballos perecieron de frío por ser en aquella tierra (por entonces) el riñón del invierno, y se padeció grande hambre," etc.

Hasta aquí es de aquel autor, sacado a la letra, como ha sido y será todo lo que alegaremos de los historiadores españoles. El Mariscal dejó enfermo de flujo de vientre en Parihuanacocha al capitán Sancho Dugarte, donde falleció en pocos días. Siguiendo su viaje el ejército, sus corredores prendieron un corredor de los de Francisco Hernández, y se lo llevaron al Mariscal, y, porque no lo mandase matar, le dijeron que se había venido a ellos por servir a Su Majestad; de este prisionero supo el Mariscal que Francisco Hernández estaba menos de veinte leguas de aquel puesto. El Mariscal mandó a los suyos que caminasen con todo recato, porque los enemigos no se atraviesen a darle alguna trasnochada.

Dos jornadas de Parihuanacocha, caminando el ejército real, dieron una arma bravísima, y fue que el capitán Diego de Almendras, caminando con el campo, solía apartarse de él a tirar por aquellos campos a los animales bravos que hay por aquellos desiertos. Topóse entre unas peñas con un negro del sargento mayor Villavicencio, que andaba huido; quísole atar las manos para llevárselo a su amo. El negro se estuvo quedo para descuidar a Diego de Almendras, y cuando lo vió cerca de sí, con la mecha en la mano, se abajó al suelo y le asió de ambas piernas por lo bajo de ellas, y con la cabeza le rempujó para adelante y le hizo caer de espaldas, y con su propia daga y espada le dió tantas heridas que lo dejó casi muerto, y el negro se huyó y se pasó a los parientes que andaban con Francisco Hernández, y les contó la hazaña que dejaba hecha, de que todos ellos se jactaban como si cada uno la hubiera hecho. Un mestizo mozuelo que iba con Diego de Almendras, viendo a su amo caído en el suelo y que el negro lo maltrataba, asió de él por las espaldas, con deseo de librar a su señor. El cual, viéndose ya herido de muerte, dijo al mozo que se huyese antes que el negro lo matase. Así lo hizo y los gritos que fue dando causaron el arma y alboroto que hemos dicho. Al capitán Diego de Almendras llevaron a Parihuanacocha, que no le sirvió más que de apresurarle la muerte,

[45]Anhélito: respiración.

donde en llegando falleció luego el pobre caballero por querer cazar un negro ajeno, cuya desgracia indios y españoles, tomaron por mal agüero para su jornada.

CAPÍTULO XV: El Mariscal tiene aviso del enemigo. Envía gente contra él. Ármase una escaramuza entre los dos bandos. El parecer de todos los del Rey es que no se le dé batalla al tirano.

Otro día siguiente a la desgracia del capitán Diego de Almendras, el Mariscal Alonso de Alvarado, sabiendo que estaban cerca los enemigos, caminó ocho leguas con su ejército en demanda de ellos, porque iba muy a la ligera, que a la partida mandó que nadie llevase más que sus armas y de comer para tres días. Caminaron, como lo dice el Palentino, por un "despoblado muy perverso de ciénagas y nieves. Aquella noche durmieron sin algún reparo de tiendas ni toldos. Otro día siguiente anduvo otras ocho leguas; llegó con grande trabajo a Guallaripa, donde tuvo nueva que Francisco Hernández había pasado tres días hacía, y que estaba en Chuquinga, cuatro leguas de allí, reformando su campo, que por causa del áspero camino y despoblado había asimismo traídole muy fatigado. Luego llegó al Mariscal el Comendador Romero, y García de Mello, con mil indios de guerra, cargados de comida y algunas picas, de la provincia de Andaguaylas. Y túvose larga relación de Francisco Hernández, y de cómo había dado garrote a Diego de Orihuela (natural de Salamanca) porque venía al campo del Mariscal a servir a Su Majestad."

Hasta aquí es del Palentino. El Mariscal, sabiendo que los enemigos estaban tan cerca, con el deseo que llevaban de verse con ellos, determinó de enviar dos capitanes, con ciento y cincuenta arcabuceros escogidos, que a la madrugada siguiente le diesen una arma y recogiesen los que se quisiesen pasar al servicio del Rey. Los capitanes y los vecinos que entraban en consulta, que sabían cuán fuerte era el sitio que Francisco Hernández tenía, se lo contradijeron, dándole razones muy bastantes que no se debía acometer al enemigo en el fuerte, porque estaba tan seguro que muy al descubierto iba perdido el que le acometiese, y que no era bien aventurar ciento y cincuenta arcabuceros los mejores del campo, que, perdidos aquellos, era perdido todo el ejército. El Mariscal replicó diciendo que él iría con todo el campo a las espaldas de ellos, dándoles calor, porque el enemigo no los ofendiese. Y así, resolutamente, pidió a los capitanes la copia de sus compañías para escoger los ciento y cincuenta arcabuceros, y mandó que el maese de campo y el capitán Juan Ramón fuesen con ellos, y llegasen lo más cerca que pudiesen del enemigo.

Los capitanes salieron con los ciento y cincuenta arcabuceros a las doce de la noche, y el Mariscal salió con todo el campo tres horas después, y todos caminaron en busca de Francisco Hernández. El cual, sabiendo que tenía tan

cerca un enemigo tan riguroso estaba con cuidado de que no le tomase desapercibido, y así estaba siempre en escuadrón guardados los pasos por donde podían entrarle, que no eran más de dos, que todo lo demás (según era el fuerte) estaba muy seguro.

Antes de amanecer llegaron los del Rey donde el enemigo estaba, y procuraron acercársele lo más que pudiesen sin que lo sintiesen los contrarios, que estaban en la otra parte del río Amáncay. Estando así quietos, los descubrió un indio de los de Francisco Hernández, que dió aviso a su amo que los enemigos estaban cerca. Francisco Hernández mandó tocar arma a toda prisa, y puso gente donde le convenía, para si le acometiesen. De la una parte y de la otra se saludaron con muchos arcabuzazos, sin ningún daño porque estaban lejos los unos de los otros. A las nueve del día asomó el Mariscal con su ejército a vista de Francisco Hernández, y, como los suyos le vieron, trabaron la escaramuza con los enemigos con más presunción y soberbia que buena malicia. Los enemigos, habiendo mirado despacio el sitio que tenían, habían visto dónde y cómo se habían de poner si sus contrarios los acometiesen. En aquel sitio, donde los unos y los otros estaban no hay llano alguno sino muchos riscos y mucha arboleda, peñas grandes y barrancas altas, por donde pasa el río Amáncay. Los de Francisco Hernández se pusieron derramados y cubiertos con los árboles. Los del Mariscal bajaron muy lozanos por una cuesta abajo, a trabar la escaramuza, y, llegados a tiro de arcabuz, por señalarse más, dijeron quiénes eran y cómo se llamaban.

El alférez de Juan Ramón, que se decía Gonzalo de Mata, dió grandes voces poniéndose cerca de los enemigos, y dijo: "¡Yo soy Mata, yo soy Mata!" Uno de ellos, que estaba encubierto, viéndole a buen tiro le dijo: "¡Yo te mato, yo te mato!", y le dió un arcabuzazo en los pechos y lo derribó muerto en tierra. Lo mismo les acaeció a otros, que, sin ver quién les ofendía, se hallaron muertos y heridos; y aunque el Mariscal envió gente y capitanes a reforzar la escaramuza, y ella duró hasta las tres de la tarde, no ganaron los suyos nada en la pelea, porque salieron entre muertos y heridos más de cuarenta personas de los más principales que escogieron para dar esta arma. Entre ellos fue un caballero mozo de diez y ocho años, que se decía Don Felipe Enríquez; hizo mucha lástima al un ejército y al otro. Salió herido el capitán Arreynaga. Con tanto daño como en la escaramuza recibieron los del Rey, perdieron parte de la bravata que traían consigo. Durante la pelea se huyeron dos soldados de los de Francisco Hernández —el uno se llamaba Sancho de Bayona—, y se pasaron al Mariscal; y de la parte del Mariscal se pasó a Francisco Hernández aquel soldado llamado fulano de Bilbao, de quien atrás hicimos mención que prometió de pasarse a Francisco Hernández donde quiera que le viese.

Retirada la gente de la escaramuza, sucedió lo que se sigue, como lo dice el Palentino, capítulo cuarenta y cuatro, por estas palabras: "El Mariscal platicó luego con Lorenzo de Aldana, Gómez de Alvarado, Diego Maldonado, Gómez de Solís y con otras personas principales de su campo lo que se debía hacer, y

mostró tener gran voluntad de acometer al tirano, porque Bayona (el soldado que pasó de Francisco Hernández) le había dicho que sin duda Francisco Hernández huiría. Lo cual referido por el Mariscal, Lorenzo de Aldana y Diego Maldonado le tomaron aparte y le persuadieron a que no diese batalla, rogándole mucho tuviese sufrimiento, pues tenía tan conocidas ventajas al tirano, así en la gente como en la opinión y sitio tan fuerte como el suyo. Y que allende de esto, a él le servían todos los indios y toda la tierra, y que los enemigos no tenían más de su fuerte, y que desasosegándolos con indios (que por todas partes les diesen su chaya) los traerían a términos que el hambre y necesidad los constreñiría a una de dos cosas: o a salir huyendo del fuerte (adonde fácilmente los desbaratase, y él mismo se desharía) o a que todos o la mayor parte de la gente se le pasase, sin aventurar un hombre solo de los leales que consigo traía. Y que esto lo podía bien hacer estándose quedo y holgando, solo con tener cuidado de guarda y de buena vela sobre el tirano, principalmente en lo alto de la quebrada o punta que salía hasta el río sobre los dos campos. Y que guardando aquel paso estaba muy más fuerte y seguro que no su contrario. Muy bien pareció a muchos de los principales tal parecer, aunque Martín de Robles (a quien ya el Mariscal había encomendado la compañía de Diego de Almendras), con otros algunos, insistían en que se diese batalla. Empero, Lorenzo de Aldana insistió tanto en esto, que el Mariscal le prometió y dió su palabra de no darles batalla. Y así, con este presupuesto, despachó luego para el campo que los Oidores habían hecho, pidiendo algunos tiros pequeños de artillería y arcabuceros, con intento de ojear de la punta de aquella quebrada los enemigos, para necesitarlos a salir de su fuerte y fatigarlos de tal manera que se rindiesen o les viniesen a las manos."

Hasta aquí es del Palentino, donde muestra muy bien la mucha gana que el Mariscal tenía de dar batalla al tirano, y la ninguna que los suyos tenían de que se la diese, y las buenas razones que para ello le alegaron; las cuales no se guardaron, y así se perdió todo, como luego veremos.

CAPÍTULO XVI: Juan de Piedrahita da un arma al campo del Mariscal. Rodrigo de Pineda se pasa al Rey, persuade a dar la batalla. Las contradicciones que sobre ello hubo. La determinación del Mariscal para darla.

Venida la noche, Juan de Piedrahita salió con tres docenas de arcabuceros a dar arma a los del Mariscal, y porque estaban divididos la dió en tres o cuatro partes, sin hacer otro efecto alguno de importancia; y los del Mariscal, aunque le respondieron con los arcabuces porque viese que no dormían, no hicieron caso de él, y así al amanecer se volvió Piedrahita a los suyos sin haber ganado cosa alguna, más que haber dado ocasión y lugar a que Rodrigo de Pineda, vecino del Cozco, capitán de caballos, que era de Francisco Hernández, se huyese al Mariscal con achaque de ir a reforzar las armas que Piedrahita andaba dando en

diversas partes. Rodrigo de Pineda, como lo dice el Palentino en el mismo capítulo alegado, habló lo que se sigue:

"Llegado que fue, dijo al Mariscal y le certificó que muchos y la mayor parte de los de Francisco Hernández se pasarían, si no fuese por la mucha guarda que tenían. Y asimismo que aquella noche huiría, y que el río se podía fácilmente vadear. Luego el Mariscal llamó a consulta los vecinos y capitanes; y venidos, el Mariscal propuso lo que Rodrigo de Pineda le había dicho. Por lo cual dijo que estaba determinado de acometer al enemigo, dando algunas razones para ello. Muchos de la consulta la repugnaron, dando causas bastantes que no convenía acometerle por ninguna manera en su fuerte. Viendo el Mariscal la contradicción de los principales, dijo a Rodrigo Pineda que propusiese allí ante todos lo que a él le había dicho, y lo que sentía de Francisco Hernández y de su campo, y lo que creía que Francisco Hernández quería hacer, y la gente que tenía. Rodrigo Pineda dijo que la gente que Francisco Hernández tenía sería hasta trescientos y ochenta hombres, entre ellos doscientos y veinte arcabuceros, y estos desproveídos, y algunos contra su voluntad y que tenía más de mil cabalgaduras. Y que lo que de Francisco Hernández entendía era que, si no se le daba batalla, huiría aquella noche por no tener comida y tener la gente atemorizada; y que si se huyesen y le quisiesen seguir haría mucho daño a los que le siguiesen, por la grande aspereza de la tierra y los grandes caminos, de que resultaría gran daño en el Reino. Y que la gente podía fácilmente vadear el río para pasar a darle la batalla. El Mariscal dijo luego que él quería aquel día acometerle, por evitar no se le huyese como a los Oidores, y por que no hiciese más daño de lo hecho, pues no le podía seguir después sin mucho daño. A lo cual le tornaron a replicar, diciendo que les parecía que estando Francisco Hernández en el fuerte en que estaba, era más acertado dejarle huir, porque huyendo se desbarataría a menos daño y sin aventurar un solo soldado. Empero, no satisfaciendo esto al Mariscal, dijo que no era cosa acertada ni cumplía con la obligación que él tenía, y que mucho menos convenía a la honra de tantos caballeros y buenos soldados como allí estaban que Francisco Hernández anduviese con la gente que tenía desasosegando e inquietando el Reino y robándole. Y que no obstante cualquier inconveniente, él estaba dispuesto y determinado darle batalla. Con esto se salieron descontentos muchos de los principales capitanes del campo del toldo del Mariscal, donde la consulta se hacía. Y al salir dijo Gómez de Alvarado muy desabrido: "Vamos, pues, ya, que bien sé que tengo de morir." Hasta aquí es del Palentino, sacado a la letra.

Salidos de aquella consulta, volvieron los vecinos del Cozco y de los Charcas, que por todos eran más de treinta, y entre ellos Lorenzo de Aldana, Juan de Saavedra, Diego Maldonado, Gómez de Alvarado, Pedro Hernández Paniagua, el Licenciado Polo, Juan Ortiz de Zárate, Alonso de Loayza, el factor Juan de Salas, Martín de Meneses, García de Melo, Juan de Berrio, Antón Ruiz de Guevara, Gonzalo de Soto, Diego de Trujillo, que todos eran de los ganadores del Perú; los cuales hablaron aparte al Mariscal Alonso de Alvarado,

y le suplicaron diciendo se reportase en la determinación de la batalla, mirase que el sitio del enemigo era fortísimo, y que el suyo no era menos para asegurarse del contrario. Que advirtiese que el mismo Rodrigo de Pineda decía, que Francisco Hernández carecía de bastimento, por lo cual la hambre los había de echar del fuerte, dentro de tres días, que esperase aquellos siquiera, que conforme a las ocasiones se podían aconsejar mejor; que al enemigo tenían delante, que, cuando huyese, no había de ir volando por los aires sino por tierra, como ellos siguiéndole, y que con mandar a los indios que les cortasen los caminos, pues eran tan dificultosos, los atajaban para que no se fuesen; y que acometer al enemigo en lugar tan fuerte (demás de aventurar a perder el juego, pues en las batallas no había cosa cierta ni segura) era enviar sus capitanes y soldados al matadero, para que el enemigo los degollase todos con sus arcabuces. Que mirase bien las ventajas que a su enemigo tenía, pues le sobraba lo que al contrario le faltaba de bastimento, de servicio de indios y de todo lo demás necesario para estar quedos; y que la victoria se debía alcanzar sin daño de los suyos, principalmente teniendo al contrario tan sujeto y rendido como estaba; que no era bien aventurar a perder lo que tenían tan ganado.

El Mariscal (no acordándose de lo que en aquel mismo río, como atrás se dijo, perdió otra batalla semejante a ésta) respondió con cólera, diciendo que él lo tenía bien mirado todo, y que su oficio le obligaba a ello; que no era razón ni decente a la reputación suya, y de todos ellos, que aquellos tiranillos anduviesen tan desvergonzados, dándoles arma cada noche, con que lo tenían muy enojado, y que él estaba determinado darles batalla aquel día, que a trueque de que le matasen trescientos hombres, los que quería tener hechos cuartos antes que el sol se pusiese. Que no le hablasen más de excusar y prohibir la batalla sino que se fuesen luego a aprestarse para ella; que se lo mandaba por su Capitán general, so pena de darlos por traidores.

Con esta resolución se acabó la consulta; y los vecinos salieron de ella bien enfadados, y algunos de ellos dijeron que, como los soldados no eran sus hijos, parientes ni amigos, ni le costaban nada, los quería poner al terrero para que el enemigo los matase; y que la desgracia y desdicha de ellos les había dado Capitán general tan apasionado y melancólico que la victoria que tenía en las manos (sin propósito alguno y sin necesidad que le forzase) se la quería dar al enemigo a costa de todos ellos. Sin esto dijeron otras muchas cosas, pronosticando su mal y daño, como sucedió dentro de seis horas.

Con la desesperación dicha, se apercibieron para la batalla los vecinos, capitanes y soldados más bien considerados. Otros hubo que les parecía que llevarían a los enemigos en las uñas; pues no llegaban a cuatrocientos hombres, ni a trescientos y cincuenta, y ellos pasaban de mil y doscientos; pero no miraban el sitio del enemigo, ni las dificultades que habían de pasar para acometerle y llegar a vencerle, que era un río caudaloso y tantos andenes y estrechuras y malos pasos como el enemigo tenía por delante en su defensa. Por las cuales dificultades los de a caballo de la parte del Mariscal eran inútiles,

porque no podían, ni había por dónde, acometer al enemigo, que los arcabuces eran los que habían de hacer el hecho, y los enemigos los traían muchos y muy buenos, y ellos eran grandes tiradores, que presumían matar pájaros con una pelota, y entre ellos había algunos mestizos, particularmente un fulano Granado, de tierra de México, que era maestro de todos ellos para enseñarles a tirar de mampuesto o sobre brazo, o como quiera que se hallasen. Sin esto, había sospecha y casi certidumbre que Francisco Hernández echaba alguna manera de tósigo en la pólvora que hacía, porque los cirujanos decían que las heridas de arcabuz (como no fuesen mortales) sanaban con más facilidad y en menos tiempo que las que hacían las otras armas, como lanza o espada, pica o partesana. Pero que las que los enemigos presentes hacían con arcabuces eran incurables por pequeñas que fuesen las heridas, y que aquello le causaba la maldad y tósigo de la pólvora. Con todas estas dificultades salieron a la batalla, que a muchos de ellos costó la vida.

CAPÍTULO XVII: El Mariscal ordena su gente para dar la batalla. Francisco Hernández hace lo mismo para defenderse. Los lances que hubo en la pelea. La muerte de muchos hombres principales.

Poco antes del mediodía era cuando el Mariscal mandó tocar arma. Y habiéndose recogido toda la gente a sus compañías, mandó al capitán Martín de Robles, que con la suya de arcabuceros, pasando el río se pusiese a la parte siniestra del enemigo para acometer por aquella banda; y a los capitanes Martín de Olmos y Juan Ramón les mandó, que asimismo pasando el río, se pusiesen a la mano derecha del contrario para acometerle juntamente con Martín de Robles; y a los unos y a los otros mandó que no acometiesen sino a la par; y que fuese cuando oyesen una trompeta que les daba por señal para la arremetida. Dióles esta orden porque el enemigo acometido por dos partes, se divirtiese a la una banda y a la otra para defenderse, y tuviese menos fuerza para ofenderles. Demás de esto, mandó que la demás infantería y los caballos todos bajasen por una senda muy estrecha, que no había otro camino para bajar al río; y que habiéndolo pasado armasen su escuadrón en un llano pequeño que estaba cerca de los enemigos, y de allí los acometiesen a toda furia. Con esta orden salieron todos a la batalla; Francisco Hernández Girón, que de su puesto miraba el orden que sus enemigos llevaban, que parecía le habían de acometer por tres partes, dijo a los suyos: “Ea, señores, que hoy nos conviese vencer o morir, porque los enemigos vienen ya a buscarnos con mucha furia.” Un soldado práctico y de mucha experiencia que Francisco Hernández y los suyos llamaban el coronel Villalva, por esforzar a su general y a los demás sus compañeros, que le pareció que estaban algo tibios, les dijo, como lo refiere el Palentino, que no tuviesen temor alguno, porque el Mariscal por ninguna vía podía traer orden; y que al

pasar el río forzosamente se había de desbaratar; y que por esto y por la aspereza de la tierra se había de quebrar su orden; cuanto más que ellos venían por diversas partes repartidos, y que el fuerte donde estaban era el real, que podían muy bien esperar, ofender y defender aunque fuesen diez mil hombres, y que todos se perderían si le acometiesen. Con esto que dijo Villalva, Francisco Hernández y toda su gente se regocijó, etc. Lo que el coronel Villalva dijo sucedió sin faltar puntos. Francisco Hernández puso parte de sus arcabuceros, y todos los piqueros en un andén en forma de escuadrón; y por capitanes a Juan de Piedrahita y a Sotelo para que tuviesen cuidado de acudir a la defensa, divididos, o ambos juntos, como viese la necesidad. Otra gran banda de más de cien arcabuceros puso derramados de cuatro en cuatro, y de seis en seis; por los andenes y peñascales, barrancas y arboledas que había a la orilla del río, porque no había sitio para formar su escuadrón, y los enemigos habían de venir sueltos de uno en uno, y les podían tirar de mampuesto sin ser ofendidos, como ello pasó. Martín de Robles con su compañía de arcabuceros pasó el río, e imaginándose vencedor según estimaba en poco el enemigo (porque no participase otro alguno de la honra de la victoria) le acometió con tanta prisa, que aún no aguardó a que todos sus soldados pasasen el río, sino que empezó la batalla con los que lo habían pasado; y el agua a lo que iban por ella les daba a la cintura y a los pechos, y a muchos que no se apercibieron, les mojó la pólvora en los frascos; los más diligentes la llevaban en las manos, alzándolas sobre la cabeza con los arcabuces juntamente. El capitán Piedrahita y sus compañeros viendo ir a Martín de Robles tan a prisa y tan sin orden, le salieron al encuentro con grande ánimo, y le dieron muy buena rociada de arcabuces, y le mataron muchos soldados; de manera que el capitán y los suyos huyeron hasta volver a pasar el río; y Piedrahita se volvió al primer puesto. A este punto llegaban cerca del fuerte de Piedrahita los capitanes Martín de Olmos, y Juan Ramón; los cuales viendo que Martín de Robles no había hecho nada con su arremetida, quisieron ellos ganar lo que el otro había perdido, y así arremetieron a los enemigos con mucha furia; más ellos que estaban victoriosos del lance pasado, lo recibieron con otra gran rociada de arcabuces, y aunque la pelea duró algún rato, al fin hubo la victoria el capitán Juan de Piedrahita, que los hizo retirar hasta el río con muerte y heridas de muchos de ellos; y algunos volvieron a pasar el río, viendo cuán mal los trataba el enemigo. El capitán Juan de Piedrahita, muy ufano de sus dos buenos lances, se volvió a su puesto para acudir de allí adonde le conviniese. Entretanto que el Mariscal le sucedieron estas dos desgracias por no querer Martín de Robles esperar el sonido de la trompeta, ni guardar el orden que se le había dado, los demás capitanes y soldados reales bajaron al río, y procuraron pasarlo aunque con mucho trabajo; porque estaba por allí el agua más honda que por las otras partes, y les mojaba a los infantes los arcabuces y la pólvora, y los piqueros perdían sus picas. Los arcabuces de Francisco Hernández, que como atrás dijimos estaban derramados por los andenes, barrancas y peñascales del río, viendo que sus enemigos lo

pasaban con tanto trabajo, les salieron al encuentro y los recibieron con sus arcabuces, y mataron muchos de ellos dentro en el mismo río, que no los dejaron pasar, porque les tiraban de mampuestos, y les daban con las pelotas donde querían; fueron muchos los muertos y heridos en aquel paso, y en el llano que iban a tomar para plantar su escuadrón, que no lo dejaron poner en efecto. Los hombres principales que allí murieron fueron Juan de Saavedra, y el sargento mayor Villavicencio, Gómez de Alvarado, el capitán Hernando Álvarez de Toledo, don Gabriel de Guzmán, Diego de Ulloa, Francisco de Barrientos, vecino del Cozco, y Simón Pinto, alférez; todos estos fueron muertos. Salieron heridos el capitán Martín de Robles, y capitán Martín de Alarcón, y Gonzalo Silvestre, de quien atrás hemos hecho larga mención, el cual perdió en aquel lance un caballo que le mataron, por el cual dos días antes le daba Martín de Robles (a quien el Presidente, como atrás dijimos, dió cuarenta mil pesos de renta) doce mil ducados, y él no lo quiso vender, por hallarse en la batalla en un buen caballo. Este paso referimos en el libro nueve, capítulo diez y seis de la primera parte de estos *Comentarios*, y no nombramos a los susodichos, y ahora se ofreció poner aquí sus nombres. Gonzalo Silvestre, con una pierna quebrada, que su caballo se la quebró al caer en el suelo, se escapó de la batalla, porque un indio suyo que traía otro caballo no tan bueno, le socorrió con él, y le ayudó a subir, y fue con él hasta Huamanca; y le sirvió en toda esta guerra hasta el fin de ella como propio hijo. Sin los principales que hemos nombrado que mataron y hirieron los enemigos, mataron más de otros sesenta soldados famosos que no llegaron a golpe de espada ni de pica. Estos lances fueron los más notables que en aquel rompimiento de la batalla sucedieron, que todo lo demás fue desorden y confusión; de manera que mucha parte de los soldados del Mariscal no quisieron pasar el río a pelear con los enemigos de miedo de sus arcabuces, porque en hecho de verdad desde la escaramuza que tuvieron el primer día que se vieron los dos ejércitos, quedaron amedrentados los del Mariscal de los arcabuces contrarios; y aquel miedo les duró siempre hasta que se perdieron. Un soldado que se decía fulano Perales, se pasó a los del Mariscal y les pidió un arcabuz cargado para tirar a Francisco Hernández, diciendo que le conocía bien y sabía de qué color andaba vestido; y habiéndosele dado, tiró y mató a Juan Alonso de Badajoz, creyendo que era Francisco Hernández, porque estaba vestido del mismo color, y le semejaba en la disposición de la persona. Loóse en público de haberlo muerto; y después cuando se reconoció la victoria por Francisco Hernández se volvió a él diciendo que le habían rendido; más no tardó mucho en pagar su traición, que pocos días después estando Perales en el Cozco con su maese de campo, el Licenciado Diego de Alvarado, Francisco Hernández, habiendo sabido que Perales se había loado de haberle muerto, escribió al Licenciado Alvarado que lo ahorcase; y así se hizo, que yo lo ví ahorcado en la picota de aquella ciudad. Volviendo a la batalla, decimos, que viendo el capitán Juan de Piedrahita el desorden, confusión y temor que en el campo del Mariscal andaba, mandó que los suyos le siguiesen a prisa, y con los arcabuceros que

pudieran seguirle, que fueron menos de cincuenta, salió corriendo de su fuerte cantando victoria, y disparando sus arcabuces, donde quiera que había junta de veinte o treinta hombres, y más o menos, y todos se le rendían hasta darle las armas, y la pólvora que era lo que los enemigos más habían menester; y de esta manera rindió más de trescientos hombres, y los volvió consigo, y los rendidos no osaban apartarse de él, porque otros de los enemigos no los maltratasen.

CAPÍTULO XVIII: Francisco Hernández alcanza victoria. El Mariscal y los suyos huyen de la batalla. Muchos de ellos matan los indios por los caminos.

El Mariscal don Alonso de Alvarado viendo que muchos de los suyos no acudían a la batalla ni querían pasar el río, lo volvió él a pasar con deseo de recogerlos y traerlos a la pelea. Empero, cuando él más lo procuraba con voces y gritos, tanto menos le obedecían, y tanto más huían del enemigo, que era el capitán Juan de Piedrahita, que iba en los alcances en pos de ellos. Algunos amigos del Mariscal le dijeron que no se fatigase por recogerlos que gente que empezaba a huir del enemigo, nunca jamás volvían a la batalla, si no se ofrecía nuevo accidente o nuevo socorro.

Con esto se alejó el Mariscal y le siguieron los que pudieron, y los demás huyeron por diversas partes, donde les parecía tener mejor guarida. Unos fueron a Arequepa y otros a los Charcas, otros al Pueblo Nuevo, otros a Huamanca, otros fueron por la costa a juntarse con el ejército de Su Majestad donde estaban los Oidores. Los menos fueron al Cozco, que no fueron más de siete soldados, de los cuales daremos cuenta adelante.

Por aquellos caminos, tantos y tan largos, mataron los indios muchos españoles de los que iban huyendo, que como iban sin armas ofensivas, pudieron matarlos sin que hiciesen defensa alguna. Mataron entre ellos a un hijo de don Pedro de Alvarado, aquel gran caballero que fue al Perú con ochocientos hombres de guerra, de quien dimos larga cuenta en su lugar. Llamábase el hijo don Diego de Alvarado que yo conocí, hijo digno de tal padre: cuya muerte tan desgraciada, causó mucha lástima a todos los que conocían a su padre. Atreviéronse los indios a hacer esta insolencia y maldad, porque los ministros del campo del Mariscal (no nombraremos a nadie en particular) teniendo la victoria por suya, deseando que no se escapase alguno de los tiranos, mandaron a los indios que matasen por los caminos todos los que huyesen; y así lo hicieron que fueron más de ochenta los muertos. Los que murieron en la batalla y en la escaramuza del primer día fueron más de ciento y veinte, de los que quedaron heridos, que (según el Palentino) fueron doscientos y ochenta, murieron otros cuarenta por mala cura y falta de cirujanos, medicinas y regalos, que en todo hubo mucha mala ventura.. De manera que fueron los muertos de la parte del Mariscal cerca de doscientos y cincuenta hombres, y de los tiranos no murieron

más que diez y siete. Robaron, como lo dice aquel autor, el campo más rico que jamás hubo en el Perú, a causa de que el Mariscal metió en la batalla cien vecinos de los ricos y principales de los de arriba, y muchos soldados que habían gastado seis y siete mil pesos, y otros a cuatro y a tres, y a dos mil.

Al principio de esta batalla mandó Francisco Hernández a su sargento mayor Antonio Carrillo, que con otros ocho o nueve de caballo guardasen un portillo por donde temía se huirían algunos de los suyos; porque estaba algo lejos de la batalla. Andando la furia de ella más encendida, llegó a ellos Alberto de Orduña, alférez general de Francisco Hernández con el estandarte arrastrando, y les dijo que huyesen que ya su general era muerto, y su campo destruido; con lo cual huyeron todos y caminaron aquella noche ocho o nueve leguas; otro día supieron de los indios que el Mariscal era el vencido, y Francisco Hernández vencedor. Con esta nueva volvieron a su real con harta vergüenza de su flaqueza, aunque dijeron que habían ido en alcance de muchos del Mariscal que huían por aquellas sierras. Empero bien se entendía que ellos eran los huidos; y Francisco Hernández por abonarlos, dijo que él los había mandado que rindiesen y volviesen a los que por aquella parte huyesen. Habida la victoria por Francisco Hernández, su maese de campo Alvarado, aunque en la batalla no se mostró en nada maese de campo, ni aun soldado con los menores, quiso con la victoria mostrarse bravo y hazañoso; que trayendo lo suyos preso un caballero de Zamora, que llamaban el comendador Romero, que cuatro días antes llegó al campo del Mariscal con mil indios cargados de bastimento, como atrás dijimos, sabiendo el maese de campo que lo traían, envió a su ministro Alonso Gonzáles (ministro de tales hazañas) con orden que antes que entrase en el real lo matase; que sabía que Francisco Hernández lo había de perdonar si intercediesen por él. El verdugo cruel lo hizo como se lo mandó. Luego trajeron otro prisionero ante Francisco Hernández, llamado Pero Hernández el leal, que por haberlo sido tanto en el servicio de Su Majestad mereció este renombre; porque sirvió con muchas veras en toda la guerra de Gonzalo Pizarro, y fue uno de los que fueron con el capitán Juan Vásquez Coronado, vecino de Méjico, a descubrir las siete ciudades, de la cual entrada dimos cuenta en nuestra *Historia de la Florida*; y en aquella jornada sirvió como muy buen soldado, y después como se ha dicho, en la de Gonzalo Pizarro, y en la presente contra Francisco Hernández Girón, en el ejército del Mariscal. También le dieron el apellido Leal, por diferenciarle de otros que se llamaban Pero Hernández, como Pero Hernández el de la Entrada, de quien poco ha hicimos mención, que le llamaron así por haber ido a la entrada de Musu con Diego de Rojas, de quien atrás se dió larga cuenta. De este Pero Hernández el leal, dice el Palentino que era sastre, y que Francisco Hernández después de haberle perdonado por intercesión de Cristóbal de Funes, vecino de Huamanca, le dió una mala reprensión llamándole bellaco, sastre vil y bajo; y que siendo tal, había alzado bandera como de taberna en el Cozco en nombre de Su Majestad. Todo lo cual fue relación falsa que dieron al autor; porque yo conocí a Pero Hernández el leal, que todo el tiempo

que estuvo en el Perú fue huésped de mi padre; posaba en su casa, y comía y cenaba a su mesa; porque antes de pasar a las Indias, fue criado muy familiar de la ilustrísima y excelentísima casa de Feria; de la cual por la misericordia divina, descendía mi padre, de hijo segundo de ella; y porque Pero Hernández había sido criado de ella, y vasallo de aquellos señores, natural de Oliva de Valencia, le hacía mi padre la honra y el trato que si fuera su propio hermano; y Pero Hernández se trataba como tal, noble y muy honrado, que siempre le conocí uno o dos caballos: y me acuerdo que uno de ellos se llamaba Pajarillo, por la ligereza de su correr; y con el caballo me acaeció después de la guerra de Francisco Hernández un caso extraño, en que nuestro Señor por su misericordia me libró de la muerte. De este hombre tal, dice el Palentino que era sastre; no puedo creer sino que el que le dió la relación debía conocer otro del mismo nombre con oficio de sastre; y añadió, que alzó bandera en el Cozco contra Francisco Hernández. No pasó tal, porque en todo aquel tiempo de esta guerra yo no salí de aquella ciudad, y Pero Hernández, como lo he dicho, posaba en casa de mi padre; y si algo hubiera de bandera o de otra cosa lo supiera yo como cualquier otro, y mejor que el autor, pero cierto que no hubo nada de aquello. El muchacho de quien dimos cuenta en el libro segundo, capítulo veinte y cinco de la primera parte de estos comentarios, a quien yo puse la yerba medicinal en el ojo que tenía enfermo para perderlo, era hijo de este buen soldado, y nació en casa de mi padre; y hoy que es año de mil seiscientos once, vive en Oliva de Valencia, tierra de su padre, y se llama Martín Leal; y el excelentísimo duque de Feria, y el ilustrísimo Marqués de Villanueva de Barca Rota, le ocupan en su servicio, que cuando han menester adiestrar caballos o comprarlos, le envían a buscarlos, porque salió muy buen hombre de a caballo de la jineta, que es la silla con que se ganó aquella nuestra tierra, etc.

Pero Hernández el leal, cuando supo el levantamiento de Francisco Hernández Girón en los Antis, donde trataba y contrataba en la yerba llamada Cuca, y administraba una gruesa hacienda de Su Majestad llamada Tunu, que en aquel distrito tiene de la dicha yerba, se fue desde allí al campo del Mariscal, donde anduvo como leal servidor del Rey, hasta que le prendieron en la batalla de Chuquinca, y lo presentaron a Francisco Hernández Girón por prisionero de calidad, por su lealtad y muchos servicios hechos a la Majestad Imperial, Francisco Hernández porque era enemigo de los leales, mandó que le matasen luego, y así lo llevaron al campo para matarle. El verdugo le mandó hincarse de rodillas y le puso la soga al pescuezo para darle garrote. A este tiempo habló un soldado al verdugo preguntándole cierta cosa: el verdugo para responderle volvió el rostro a él y se puso de espaldas a Pero Hernández el leal; el cual viéndole ocupado con el soldado, y que no le miraba, se atrevió a levantarse; y aunque era hombre mayor echó a correr con tanta ligereza, que no le alcanzara un caballo porque no iba en ello menos que la vida. Así llegó donde estaba Francisco Hernández y se echó a sus pies abrazándole las piernas, suplicándole hubiese misericordia de él. Lo mismo hicieron todos los que se hallaron

presentes, que uno de ellos fue Cristóbal de Funes, vecino de Huamanca. Y entre otras cosas le dijeron que ya el triste había tragado la muerte, pues traía la soga al pescuezo. Francisco Hernández por dar contento a todos le perdonó, aunque contra su voluntad. Esto pasó como hemos dicho; y en casa de mi padre (después en sana paz) se refirió vez y veces, unas en presencia de Pero Hernández el leal y otras en ausencia; y adelante diremos como se huyó del tirano, y se fue al Rey.

CAPÍTULO XIX: El escándalo que la pérdida del Mariscal causo en el campo de Su Majestad. Las provisiones que los Oidores hicieron para remedio del daño. La discordia que entre ellos hubo sobre ir o no ir con el ejército real. La huida de un capitán del tirano a los del Rey.

De la misma manera que sucedió el hecho de la batalla de Chuquinca, que Antonio Carrillo sargento mayor de Francisco Hernández, y Albertos de Orduña su alférez general, huyeron, porque se dijo a voces que Francisco Hernández era muerto en la batalla, y luego a poco rato salió por vencedor de ella; ni más ni menos llegó al campo de Su Majestad la nueva del suceso de aquel rompimiento, que algunos españoles que estaban en la comarca, teniendo nueva por los indios que Francisco Hernández era vencido y muerto, lo escribieron a los Oidores a toda diligencia, pidiendo albricias por la buena nueva que les enviaban; más porque no se diesen las albricias de balde, llegó muy aína la fama verdadera de la pérdida del Mariscal y de todos los suyos, la cual causó grandísimo alboroto y escándalo en el ejército de Su Majestad, tanto que (sin dar causa ni razón para ello) escribe el Palentino, capítulo cuarenta y seis, que consultaron entre los tres Oidores de matar al Licenciado y Oidor Santillán, o prenderlo y enviarlo a España, y que no se efectuó por la contradicción del doctor Saravia, como si el Licenciado Santillán hubiera causado la pérdida de aquella batalla. Y no hay que espantarnos de esto, porque la victoria de Francisco Hernández Girón fue tan en contra de la imaginación y esperanza de todos los hombres prácticos del Perú, que todos sospecharon y aún creyeron que los suyos habían vendido al Mariscal e imaginaban en lo que pudieran haberlo hecho; y en esta imaginación estuvieron tan firmes y certificados, como que hubiera sido revelación de algún ángel, hasta que vieron muchos de los sospechados que huyendo de la batalla fueron a parar al campo de Su Majestad; y los más de ellos iban heridos y muy maltratados. Con lo cual se acreditaron en su lealtad, y desengañaron a los sospechosos, que no había sido traición sino desventura, de todos ellos. Aplacado el alboroto, mandaron los Oidores que Antonio de Quiñones, vecino del Cozco, fuese con sesenta arcabuceros a la ciudad de Huamanca, a socorrer y ampararlos que por aquella vía viniesen huyendo de los perdidosos de la batalla; y también para que la ciudad tuviese

quien la defendiese si Francisco Hernández enviase gente a ella, que era cierto la había de enviar, para que le llevaran algunas cosas de las muchas que había menester para socorrer su gente. Y es así que poco después de la batalla, Francisco Hernández envió a su capitán Juan Cobo a la dicha ciudad para que le llevara algún socorro de medicinas para los heridos y enfermos; más Juan Cobo, sabiendo que Antonio de Quiñones iba sobre él, se retiró de Huamanca sin haber hecho cosa alguna en ella. En este tiempo llegaron dos cartas de diversas partes a manos de los Oidores casi en una misma hora; la una del Mariscal don Alonso de Alvarado, en que se quejaba de su mala fortuna y de su gente, que no le hubiese querido obedecer ni guardar el orden que les había dado para la batalla, como ella pasó en hecho de verdad. La otra carta era de Lorenzo de Aldana, en la cual escribe en muy pocas palabras todo el suceso de la batalla, y cómo se dió contra la opinión de todos los principales del campo, que según lo escribe el Palentino, capítulo cuarenta y siete, es la que se sigue sacado a la letra.

“El lunes pasado escribí a Vuesa Señoría y dije lo que sospechaba y temía. Y acabado de despachar entró Lucifer en el Mariscal, y luego se determinó de dar la batalla a Francisco Hernández en el fuerte en que estaba, contra el parecer y opinión de todos y más de la mía; y no obstante todo esto lo hizo de manera que Francisco Hernández de su fuerte nos desbarató y mató mucha gente, y harto principal en ella; la cantidad no sabré decir, porque como era en su mismo fuerte y se retiró el Mariscal, no se pudo entender. El salió herido, y no por pelear ni por animar su gente,” etc. Hasta aquí es del Palentino.

Con la certificación de la pérdida del Mariscal, ordenaron los Oidores que el campo marchase y siguiese a Francisco Hernández Girón, y que la audiencia fuese con el ejército, como lo dice el Palentino por estas palabras. “Así por darle mayor autoridad como porque la gente no murmurase de que ellos se quedaban holgando; y tratado esto en su acuerdo, hubo contradicción por el Licenciado Altamirano diciendo que la audiencia no podía salir fuera porque Su Majestad los mandaba residir en Lima. Y que sin expreso mandamiento no podían salir, ni tampoco valdría lo que el audiencia fuera de la ciudad mandase. E insistiendo el doctor Saravia sobre que la audiencia había de salir, dijo el Licenciado Altamirano que por alguna vía él no saldría, porque el Rey no le había mandado venir a pelear, sino a sentarse en los estrados y sentenciar los procesos y causas que hubiese. El doctor Saravia dijo que le suspendería del oficio si no iba con el campo, y mandaría a los oficiales reales no le pagasen salario alguno. Y así se le notificó, aunque después hubo cédula de Su Majestad para que se le pagase.”

Hasta aquí es de Diego Hernández Palentino. Con las dificultades dichas, determinaron que los tres Oidores, el doctor Saravia, el Licenciado Santillán y el Licenciado Mercado, fuesen con el ejército real, y que el Licenciado Altamirano, pues se daba por rendido a las armas y que no quería sino guerra civil, mandaron que quedase en la Ciudad de los Reyes por justicia mayor de ella; y a Diego de Mora, vecino de Trujillo, que vino como se ha dicho con una buena compañía de arcabuceros, dejaron por Corregidor de aquella ciudad; y su

compañía dieron a otro capitán llamado Pedro de Zárate. Ordenado todo esto y lo que convenía a la guarda de la mar, caminó el ejército real hasta Huamanca. En aquel viaje se les vino un soldado famoso, que se decía Juan Chacón, que habían preso los tiranos en la rota de Villacori, al cual por ser tan buen soldado, Francisco Hernández Girón, por obligarle a que fuese su amigo, le había dado una compañía de arcabuceros; pero Juan Chacón siendo leal servidor de Su Majestad, trataba en secreto con otros amigos suyos de matar al tirano; y como entonces no se usaba otra lealtad sino venderse unos a otros, dieron noticia de ello a Francisco Hernández, la cual supo Chacón, y antes que le prendiesen, se huyó a vista de Francisco Hernández y de todos los suyos; y en el camino corrió mucho peligro de su vida, porque como los indios tenían mandado de atrás que matasen todos los que se huyesen, tomándolos ellos sin distinción de leales a traidores, apretaron malamente a Juan Chacón y le mataran, sino fuera por un arcabuz que llevó, con que los ojeaba a lejos; pero con todo eso llegó herido al campo de Su Majestad, donde dió cuenta de todo lo que Francisco Hernández pensaba hacer, con que los Oidores y todo su ejército recibieron mucho contento, y así caminaron hasta Huamanca donde los dejaremos por decir lo que Francisco Hernández hizo en aquellos mismos días.

CAPÍTULO XX: Lo que Francisco Hernández hizo después de la batalla. Envía Ministros a diversas partes del Reino a saquear las ciudades; la plata que en el Cozco robaron a dos vecinos de ella.

Francisco Hernández Girón estuvo más de cuarenta días en el sitio donde venció aquella batalla por gozar de la gloria que sentía de verse en él, como por la necesidad de los muchos heridos que quedaron de los del Rey, a los cuales regalaba y acariciaba todo lo más que podía por hacerse amigos, y así ganó a muchos de ellos que le siguieron hasta el fin de su jornada. En aquel tiempo proveyó que su maese de campo Alvarado fuese al Cozco en alcance de lo que hubiesen huido hacia allá. Proveyó asimismo que su sargento mayor Antonio Carrillo (porque perdiese algo de la mucha melancolía que traía por haber huido de la batalla de Chuquínca) fuese a la ciudad de la Paz, a Chucuito, a Potocsi y a la ciudad de la Plata, y corriese todas aquellas provincias, recogiendo la gente, armas y caballos que hallase. Particularmente le envió a que recogiese la plata y oro, y mucho vino escondido, que un soldado de los del Mariscal, llamado Francisco Boloña, le dijo que sabía donde todo aquello estaba escondido. A lo cual fue Antonio Carrillo con veinte soldados, y llevó consigo a Francisco Boloña; y de los veinte soldados que fueron con él, no fueron más de dos de los prendados de Francisco Hernández, que todos los demás eran de los del Mariscal; por lo cual se sospechó en público y se murmuró en secreto, que Francisco Hernández enviaba su sargento mayor a que lo maltratasen, y no a

cosa de provecho suyo, como ello sucedió según veremos adelante. Asimismo proveyó Francisco Hernández que su capitán Juan de Piedrahita, fuese a la ciudad de Arequepa a recoger la gente, armas y caballos que hallase. Y para este viaje le nombró y dió título de maese de campo del ejército de la libertad, que así llamaba Francisco Hernández al suyo; y a su maese de campo Alvarado le dió nombre de Teniente general. Con estos títulos mejoró a éstos dos ministros suyos, para que con más soberbia y vanagloria hiciesen, lo que después hicieron.

El Teniente general, Licenciado Alvarado fue al Cozco, en alcance de los que huyeron de la batalla de Chuquinca, y un día antes que entrase en la ciudad llegaron siete soldados de los del Mariscal, y uno de ellos que iba por cabo se decía Juan de Cardona, los cuales dieron aviso de la pérdida del Mariscal, de que toda la ciudad se dolió mucho; porque nunca se imaginó que tal victoria pudiera alcanzar un hombre que venía tan roto y perdido como Francisco Hernández. Acordaron de huirse todos antes que el tirano los matase. Francisco Rodríguez de Villafuerte, que entonces era alcalde ordinario, recogió la gente que en la ciudad había, que con los siete soldados huidos apenas llegaban a número de cuarenta, y todos fueron camino del Collao. Unos pararon a hacer noche legua y media de la ciudad, y el alcalde fue uno de ellos: otros pasaron adelante tres y cuatro leguas y fueron los mejor librados, porque el bueno Juan de Cardona viendo que el alcalde paraba tan cerca de la ciudad, en pudiendo escabullirse huyó de ellos, y llegó al Cozco a media noche, y dió cuenta al Licenciado Alvarado, cómo Villafuerte y otros veinte con él quedaban legua y media de allí. El Licenciado mandó que luego a la hora saliese el verdugo general, Alonzo Gonzáles por capitán de otros veinte soldados y fuese a prender a Villafuerte en lo cual puso tan buena diligencia Alonso Gonzáles, que otro día a las ocho les tenía a todos en el Cozco entregados a su Teniente general. El cual hizo ademanes de matar a Francisco de Villafuerte y a alguno de los suyos, pero no hallando culpa los perdonó por intercesión de los suegros y amigos de Francisco Hernández Girón. Entre otras maldades que por orden y mandado de su Capitán General hizo el Licenciado Alvarado en la ciudad del Cozco, fue despojar y robar las campanas de la iglesia catedral y de los monasterios de aquella ciudad; que al convento de Nuestra Señora de las Mercedes, de dos campanas que tenía le quitó la una; y al convento del divino Santo Domingo hizo lo mismo, y fueron las mayores que tenían. Al convento del seráfico San Francisco no quitó ninguna, porque no tenía más de una, y esto fue a ruego de los religiosos que también la quería llevar. A la catedral de cinco campanas quitó las dos, y las llevara todas cinco sino acudiera el obispo con su clerecía a defenderlas con descomuniones y maldiciones. Y estas de la catedral estaban benditas de mano del obispo, y tenían óleo y crisma y eran muy grandes. De todas las cuatro campanas hizo seis tiros de artillería, y el uno de ellos reventó cuando los probaron, y al mayor de ellos pusieron en la fundición unas letras que decían *Libertas*, que este fue el apellido de aquella tiranía. Estos tiros como hechos de metal que fue dedicado y consagrado al servicio divino, no hicieron daño en

persona alguna según adelante veremos. Con esta maldad, hizo aquel Teniente general otros muchos sacos y robos de la hacienda de los vecinos que se huyeron, y de otros que murieron en la batalla de Chuquinca que tenían fama de ricos, porque no eran tan gastadores (como otros que había en aquella ciudad) y se sabía que tenían guardadas muchas barras de plata. Con su buena diligencia y amenazas, descubrió el Licenciado Alvarado, por vía de los indios, dos hoyos que Alonso de Mesa tenía en un hortezuelo de su casa, y de cada uno de ellos, sacó sesenta barras de plata, tan grandes que pasaba cada una de a trescientos ducados de valor. Yo las ví sacar, que como la casa de Alonso de Mesa estaba calle en medio de la de mi padre, me pasé a ella a las gritas que había con las barras de plata. Pocos días después trajeron con los indios del capitán Juan de Saavedra ciento y cincuenta carneros de aquella tierra, cargados con trescientas barras de plata, todas del mismo tamaño y precio que las primeras. Sospechóse entonces que no haber querido salir Juan de Saavedra de la ciudad del Cozco la noche del levantamiento de Francisco Hernández Girón, como se lo rogaron mi padre y sus compañeros, había sido por guardar y poner en cobro aquella cantidad de plata, y por mucho guardar no guardó nada, pues la perdió, y la vida por ella. Estas dos partidas según el precio común de las barras de aquel tiempo, montaron ciento y veinte y seis mil ducados castellanos de a trescientos y setenta y cinco maravedís; y aunque el Palentino dice que entró a la parte de la pérdida Diego Ortiz de Guzmán, vecino de aquella ciudad, yo no lo supe más que de los dos referidos.

CAPÍTULO XXI: El robo que Antonio Carrillo hizo y su muerte. Los sucesos de Piedrahita en Arequepa. La victoria que alcanzó por las discordias que en ella hubo.

No anduvo menos bravo (si le durara más la vida) el sargento mayor Antonio Carrillo que fue a saquear el Pueblo Nuevo y las demás ciudades del distrito Collasuyu, que en la ciudad de la Paz, en muy pocos días, sacó de los caciques de aquella jurisdicción de los tributos que debían a sus amos, y de otras cosas, una suma increíble, como lo dice el Palentino por estas palabras, capítulo cuarenta y nueve. “Prendió Antonio Carrillo los mayordomos de los vecinos y todos los caciques, y túvoles presos poniéndoles grandes temores, hasta que dieron todas las haciendas y tributos de sus amos. Y así de estos como de muchos hoyos de barras de plata, que sacó del monasterio del señor San Francisco, y de otras partes, así dentro de la ciudad como de fuera, en términos de cinco días que allí estuvo, había recogido y robado más de quinientos mil castellanos en oro y plata, vino y otras cosas,” etc.

Hasta aquí es de aquel autor. Todo lo cual se hizo por orden y aviso de Francisco Boloña, que sabían bien aquellos secretos; y pasara adelante el robo y saco, sino que el mismo denunciador, acusado de su conciencia, y por

persuasión de Juan Vásquez, Corregidor de Chuchito, lo restituyó a sus dueños: con que él y otros amigos suyos mataron al pobre Antonio Carrillo a estocadas y cuchilladas que le dieron dentro en su aposento, y redujeron aquella ciudad al servicio de Su Majestad, como antes estaba; así acabó el triste Antonio Carrillo. Al maese de campo de Francisco Hernández Girón, que dijimos que era Juan de Piedrahita, le fue mejor en la ciudad de Arequepa que a su sargento mayor Antonio Carrillo por la discordia que hubo entre el Corregidor de Arequepa y el capitán Gómez de Solís, a quien los Oidores enviaron a ella por general, para seguir por aquella parte la guerra contra Francisco Hernández Girón, de la cual se enfadó el Corregidor muy mucho, porque le hicieron superior sobre él, teniéndose por soldado más práctico para la guerra que Gómez de Solís, como lo refiere Diego Hernández, capítulo cincuenta y uno por estas palabras: "Partido que fue Gómez de Solís del campo de Su Majestad llevando sus provisiones, y por su alférez a Vicencio de Monte, antes que llegase a la ciudad se tuvo aviso de su venida, y apercibiéronse mucho para el salir a recibir. Empero el Corregidor Gonzalo de Torres lo estorbó, mostrando tener resabio de aquel proveimiento, diciendo que los Oidores jamás acertaban a proveer cosa alguna. Y asimismo publicaba que Gómez de Solís no era capaz para tal cargo como se le había dado; y que estando él por Corregidor en aquella ciudad no se debía proveer otra persona de todo el Reino; por lo cual mostrando en público su pasión, no quiso ni consintió que le saliesen a recibir," etc.

Hasta aquí de Diego Hernández. Estando en estas pasiones y bandos los de Arequepa tuvieron nueva de la ida de Juan de Piedrahita, y que llevaba más de ciento y cincuenta hombres, y que más de los ciento eran arcabuceros de los famosos de Francisco Hernández. Por lo cual se recogieron todos en la iglesia mayor, llevando sus mujeres e hijos y los muebles de sus casas y la cercaron toda en derredor de una pared alta, porque el enemigo no les entrase, y pusieron los pocos arcabuceros que tenían a la boca de dos calles por donde los enemigos podían entrar, para que los ofendiesen donde las puertas y ventanas sin que los viesen. Pero como en tierra donde hay pasión y bando no hay cosa segura, tuvo Piedrahita aviso de la emboscada que le tenían armada, y torciendo su camino entró por otra calle, hasta ponerse en la casa episcopal, cerca de la iglesia donde hubo alguna pelea, pero de poco momento. Entonces vino a ellos de parte de Piedrahita, un religioso dominico, y les dijo que Piedrahita no quería romper con ellos, sino que hubiese paz y amistad, y que los soldados de una parte y otra quedasen libres para irse a servir al Rey o a Francisco Hernández y que le diesen las armas que les sobrasen. Gómez de Solís no quiso aceptar este partido, por parecerle infamia entregar las armas al enemigo, aunque fuesen de las que le sobrasen; pero otro día aceptó el partido, y aún rogando, porque aquella noche le quemaron unas casas que allí tenía (aunque él era vecino de los Charcas) y otras principales de la ciudad: y aunque había treguas puestas por tres días, los tiranos la quebrantaron, porque tuvieron aviso que se habían huido algunos de los de Gómez de Solís, y que los que quedaban no querían pelear. Con esto se

desvergonzaron tanto que salieron a combatir el fuerte. Gómez de Solís y los vecinos que con él estaban, viendo que no había quien pelease, se huyeron como mejor pudieron y dejaron a Piedrahita toda la hacienda que habían recogido para guardarla, la cual tomaron los enemigos y se volvieron ricos y prósperos en busca de su Capitán General Francisco Hernández Girón; y aunque en el camino se le huyeron a Piedrahita más de veinte soldados, que de los del Mariscal llevaba consigo, o se le dió nada, por la buena presa de mucho oro, plata, joyas y preseas, armas y caballos, que en lugar de los huidos le quedaba, y no hizo caso de ellos porque eran de los rendidos.

Francisco Hernández Girón, que lo dejamos en el sitio de la batalla de Chuquinca, estuvo en el cercado mes y medio por los muchos heridos que de parte del Mariscal quedaron. Al cabo de este largo tiempo caminó con ellos como mejor pudo hasta el valle de Antahuaylla, con enojo que llevaba de los indios de la provincia de los Charcas, por la mucha pesadumbre que en la batalla de Chuquinca le dieron, que se atrevieron a pelear con los suyos, y les cargaron de mucha cantidad de piedras con las hondas, y descalabraron algunos de los de Francisco Hernández. Por lo cual, luego que llegó a aquellas provincias, mandó a sus soldados así negros como blancos, saqueasen los pueblos, y los quemasen, y talasen los campos, y hiciesen todo el mal y daño que pudiesen. De Antahuaylla envió por doña Mencia su mujer, y por la de Tomás Vásquez, a las cuales hicieron los soldados solemne recibimiento; y a la mujer de Francisco Hernández, llamaban muy desvergonzadamente, como lo dice el Palentino, reina del Perú. Estuvieron pocos días en la provincia de Antahuaylla: contentáronse con haberse satisfecho del enojo que contra aquellos indios tenían. Caminaron hasta el Cozco porque supieron que el ejército real caminaba en busca de ellos; pasaron los dos ríos, Amáncay y Apurímac. Viendo Francisco Hernández los pasos tan dificultosos que hay por aquel camino, tan dispuestos para defenderlos y resistir a los que con él fuesen, decía muchas veces, que sí no hubiera enviado a su maese de campo Juan de Piedrahita con la gente escogida que llevó, que esperara, y aún diera la batalla a los Oidores en algún paso fuerte de aquellos. Caminando Francisco Hernández un día de aquellos, se atrevieron seis soldados principales de los del Mariscal a huirse a vista de todos los contrarios: llevaban cabalgaduras escogidas, y sus arcabuces, y todos buen recaudo para ellos. Salieron con su pretensión porque Francisco Hernández, no quiso que fuesen en pos de ellos, porque no se huyesen todos; contentóse con que no fuesen más de seis los que le negaban; que al principio de la revuelta temió que la huida era de mucha gente, pues se hacía tan al descubierto y con tanto atrevimiento. Aquellos seis soldados llegaron al campo de Su Majestad y dieron aviso de cómo Francisco Hernández iba al Cozco, y que pretendía pasar adelante al Collao. Los Oidores con la nueva mandaron que el ejército caminase con diligencia y recato, y así caminaron aunque por las diferencias y pasiones que entre los superiores y ministros principales había, se cumplía mal y tarde lo que al servicio de Su Majestad convenía.

CAPÍTULO XXII: Francisco Hernández huye de entrar en el Cozco. Lleva su mujer consigo.

Francisco Hernández, con todo su ejército, pasó el río de Apurímac por la puente y dejó en guarda de ella un soldado llamado fulano de Valderrábano con otros veinte en su compañía. Dos días después, no fiando de Valderrábano, envió a Juan Gavilán y que Valderrábano se volviese donde Francisco Hernández estaba. Juan Gavilán quedó guardando la puente, y dos días después vió asomar corredores del ejército de Su Majestad; y sin aguardar a ver qué gente era, cuánta y cómo venía, quemó la puente y se retiró a toda prisa donde estaba su Capitán General. Al cual según lo dice el Palentino, le pesó mucho que la hubiese quemado, y que por ello trató ásperamente de palabra a Juan Gavilán, etc. No sé que razón tuviese para ello, porque no habiendo de volver a pasar la puente, pues se iba retirando, no había hecho mal Juan Gavilán el quemarla, antes había hecho bien en dar pesadumbre y trabajo a sus contrarios, para haberla de hacer y pasar por ella. Francisco Hernández pasó el valle de Yúcay, por gozar aunque pocos días de los deleites y regalos de aquel valle ameno. Su ejército caminó hasta una legua cerca del Cozco; de allí rodeó a mano izquierda de como iba por no entrar en aquella ciudad; porque de sus adivinos, hechiceros, astrólogos y pronosticadores (que dió mucho en tratar con ellos), estaba Francisco Hernández persuadido a que no entrase en ella, porque por sus hechicerías sabían que el postrero que de ella saliese a dar batalla había de ser vencido; para lo cual daban ejemplos de capitanes, así indios en sus tiempos, como españoles en los suyos que había sido vencido; pero no decían los que habían sido vencedores, como los pudiéramos decir si importara algo. En confirmación de lo cual escribe Diego Hernández (capítulo treinta y dos y cuarenta y cinco) que en ellos nombra cuatro españoles y una morisca que eran tenidos por hechiceros y nigrománticos, y que daban a entender que tenían un familiar que les descubría lo que pasaba en el campo de Su Majestad, y lo que se trataba y comunicaba en el campo de Francisco Hernández; con lo cual dice que no osaban los suyos tratar de huirse, ni de otra cosas en perjuicio del tirano, porque el diablo no se le revelase. Yo ví una carta suya que se la escribió a Juan de Piedrahita cuando había de ir a Arequepa, como atrás se ha dicho, y se la envió al Cozco, en que le decía: "Vuesa merced no saldrá de esa ciudad tal día de la semana, sino tal día; porque el nombre Juan no se ha de escribir con V, sino con O." Y a este tono decía otras cosas en la carta de que no me acuerdo para poderlas escribir; sólo puedo afirmar, que públicamente era notado de embaidor y embustero. Y este mismo trato y contrato (como paga cierta de los tales) le hizo perderse más aína, como adelante veremos.

Los mismos de Francisco Hernández Girón que sabían estos tratos y conciertos que con los hechiceros tenía, decían unos con otros que ¿por qué no

se valía de la hechicería y pronóstico de los indios de aquella tierra, pues tenían fama de grandes maestros en aquellas diabólicas artes? Respondían que su general no hacía caso de las hechicerías de los indios, porque las más de ellas eran niñerías, antes que tratos ni contratos con el demonio. Y en parte tenían razón, según dijimos de algunas de ellas en la primera parte de estos Comentarios, libro cuarto, capítulo diez y seis, sobre el mal agüero o bueno que tan de veras tomaban en el palpitar de los ojos, a cuya semejanza diremos otra adivinación que sacaban del zumbar de los oídos, que lo apuntamos en el dicho capítulo, y lo diremos ahora; y danos autoridad a ello el confesionario católico, que por mandado de un sínodo que en aquel Imperio hubo, se hizo.

El cual entre otras advertencias que da a los confesores, dice que aquellos indios tienen supersticiones en la vista y en los oídos. La que tenían en los oídos es la que se sigue, que yo la ví hacer a algunos de ellos; y era que zumbando el oído derecho, decían que algún pariente o amigo hablaba bien de él; y para saber quién era el tal amigo (tomándolo en la imaginación) abajaban con el anhélito la mano derecha, y tan presto como la apartaban de la boca la ponían sobre el oído; y no cesando el zumbido, tomaban en su imaginación otro amigo, y hacían lo mismo que con el primero, y así con otros y otros hasta que cesase el zumbido, y del postrer amigo con quien cesaba el zumbido, certificaban que aquel amigo era el que decía bien de él.

Lo mismo en contra tenían del zumbido del oído siniestro, que decían que algún enemigo hablaba mal de él; y para saber quién era, hacían en el dicho oído las mismas niñerías que en el pasado, hasta que cesase de zumbar; y al postrero con quien cesaba, tenían que había sido el maldiciente, y se confirmaba en su enemistad si habían tenido alguna pasión.

Por ser estas hechicerías y otras que aquellos indios tuvieron tan de reír, decían los amigos de Francisco Hernández, que no hizo caso de ellas para valerse de aquellos hechiceros.

El tirano, siguiendo su camino, alcanzó su ejército en un llano que está a las espaldas de la fortaleza del Cozco, donde dice el Palentino que le fue a visitar Francisco Rodríguez de Villafuerte, alcalde ordinario de aquella ciudad, a quien dijo Francisco Hernández grandes maldades de los vecinos del Cozco, y les hizo muchos fieros, que los había de matar y destruir porque no fueron con él en su tiranía, y todo fue mentir y querer hacer culpados a los que no quisieron seguirle. De allí siguió su camino con su ejército por cima de la ciudad del Cozco al Oriente de ella, como se lo mandaron sus hechiceros; llevó consigo su mujer, a pesar de sus suegros, que les dijo que no quería dejarla en poder de sus enemigos para que se vengasen en ella de lo que él pudiese haberles ofendido. Y así pasó hasta el valle de Orcos, cinco leguas de la ciudad, donde lo dejaremos por decir lo que un hijo de este caballero Francisco Rodríguez de Villafuerte, ha hecho conmigo en España, sin habernos visto, más de comunicarnos por nuestras cartas.

Es su hijo segundo: vino a España a estudiar, vive en Salamanca años ha, donde florece en todas ciencias: llámase don Feliciano Rodríguez de Villafuerte, nombre bien apropiado con su galano ingenio. Este año de seiscientos y once al principio de él, me hizo merced de un retablo pequeño tan ancho y largo como un medio pliego de papel lleno de reliquias santas, cada una con su título, y entre ellas un poco de *Lignum Cruzis*, todo cubierto con una vidriera y guarnecido de madera por todas las cuatro partes, muy bien labrado y dorado a las maravillas, que hay bien que mirar con él. Con el relicario me envió dos relojes hechos de su mano, uno de Sol como los ordinarios con su aguja del norte, y su sombra para ver por ella las sombras del día. El otro reloj es de la luna galamente obrado, en toda perfección de la astrología, en su movimiento circular repartido en veinte y nueve partes, que son los días de la luna. Tiene la figura de la misma luna con su creciente y menguante, conjunción y llena todo lo cual se ve muy claro en el movimiento que tiene hecho circular para que por él le muevan. Tiene su sombra para ver por ella las sombras de la noche poniéndolo conforme a la edad de la luna. Tiene otras cosas que por no saber de ellas a entender, las dejó de escribir. Todo lo cual es hecho por sus propias manos sin ayuda ajena, así lo que es material como lo que es de ciencia; y que ha dado bien que admirar a los hombres curiosos que han visto lo uno y lo otro, y yo me he llenado de vanagloria de ver que un hombre nacido en mi tierra y en mi ciudad, haga obras tan galanas y tan ingeniosas que admiren a muchos de los de acá; lo cual es prueba del galano ingenio y mucha habilidad, que los naturales del Perú, así mestizos como criollos, tienen para todas las ciencias y artes, como atrás lo dejamos apuntado con la autoridad de nuestro preceptor y maestro el Licenciado Juan de Cuéllar, canónigo que fue de la santa iglesia del Cozco, que leyó gramática en aquella ciudad, aunque breve tiempo. Sea Dios Nuestro Señor loado por todo. Amén. Y con tanto nos volveremos al Perú a decir lo que el ejército de Su Majestad hizo en su viaje, que lo dejamos en la ciudad de Huamanca.

CAPÍTULO XXIII: El ejército real pasa el río de Amáncay y el de Apurímac con facilidad, lo que no se esperaba. Sus corredores llegan a la ciudad del Cozco.

El ejército de Su Majestad salió de Huamanca en seguimiento de Francisco Hernández Girón, porque supo que iba camino del Cozco; caminaba con mucho recato con sus corredores delante. Pasó el río de Amáncay por el vado, y para la gente de a pie y la artillería hicieron la puente, que allí es fácil, porque en aquella parte es angosto el río; en el cual acaeció una desgracia que lastimó mucho a todos. Y fue que el capitán Antonio Luján, habiéndolo pasado, se puso a beber con las manos del agua del río, y al tiempo de levantarse se deslizaron ampos pies de la peña en que se había puesto, y cayó de espaldas y dió con el

colodrillo donde tenía los pies, y de allí en el río donde nunca más pareció, aunque hicieron toda la diligencia posible por sacarle. Una cota que llevaba puesta, llevaron los indios desde a dos años al Cozco, siendo Corregidor mi padre en aquella ciudad. La compañía del capitán Luján que era de arcabuceros dieron a Juan Ramón, aunque perdió la suya en Chuquinca.

Con esta desgracia llegó el ejército al río Apurímac, y supo que uno de los corredores llamado Francisco Menacho que se había Adelantado con otros cuarenta compañeros, como soldado bravo y temerario, sin haber habido antes de él quien se hubiese atrevido a pasar el río, se había arrojado a él por el sitio que ahora llaman el vado, y lo había pasado sin peligro alguno, y que así lo había hecho otras tres o cuatro veces, entre tanto que llegaba allí el campo de Su Majestad. Con esta nueva aunque temeroso, se atrevió a pasarlo todo el ejército por no estar detenido en tan mal puesto mientras hacían la puente, que se perdía mucho tiempo; y para más seguridad de los peones, indios de carga, y de los que llevaban el artillería, que la llevaban a cuestas pusieron la caballería por todo el río adelante en quien quebrase la furia de su corriente; y por las espaldas de la caballería pasó la infantería hasta los indios cargados, y la artillería que la llevaban en hombros, y todos pasaron tan sin peligro como lo dice el Palentino, capítulo cincuenta. Y es mucho de estimar la merced que Dios Nuestro Señor les hizo aquel día en facilitarles aquel paso tan peligroso, que aunque entonces lo pasó todo un ejército, después acá no se ha atrevido nadie a pasarlo. Luego caminaron por aquella cuesta tan áspera con mucho trabajo y dificultad por la aspereza del camino. Llegaron el segundo día a Rimactampu, siete leguas de la ciudad. De allí pasaron adelante la misma noche, que llegaron con mucha pesadumbre de los ministros del ejército, porque casi siempre en lo que convenía mandar y ordenar que hiciese el ejército, se mostraba la pasión y bando que entre ellos había: unos en mandar y otros en desmandar; y esto lo causó entonces que los corredores del ejército de Su Majestad y los de Francisco Hernández caminaban siempre a vista unos de otros; y el tirano tenía cuidado de remudar los suyos a menudo, porque no pareciese que iba huyendo sino que caminaba a su gusto y placer. Así llegó el ejército a Sacsahuana, cuatro leguas de la ciudad; de allí quisieron ser corredores del campo los vecinos del Cozco, por visitar sus casas, mujeres y hijos; llegaron a medio día, y aquella mañana había salido de ella el Teniente general Licenciado Alvarado. Los vecinos no quisieron dormir la noche siguiente en sus casas, porque el enemigo no revolviese sobre ellos y los hallase divididos; juntáronse todos con los pocos soldados que llevaron, en las casas que eran de Juan de Pancorvo, que son fuertes y no tienen por donde entrarle sino par la puerta principal de la calle. En ella hicieron un reparo con adobes que salía siete u ocho pasos fuera de la puerta. Hicieron sus troneras para tirar sobre ellas con sus arcabuces a los que les arremetiesen, por tres calles que van a dar a la puerta, la una por derecho y los dos por los lados. Allí estuvieron seguros toda la noche con sus centinelas

puestas por las calles que iban a dar a la casa. Y yo estuve con ellos y hice tres o cuatro recaudos a casas donde me enviaban sus dueños, y en esto gasté la noche.

Al día siguiente, estando yo en un corredor de la casa de mi padre a las tres de la tarde, ví entrar por la puerta de la calle a Pero Hernández el leal, en su caballo Pajarillo, y sin hablarle entré corriendo al aposento de Garcilaso, mi señor, a darle la buena nueva. El cual salió a prisa, y abrazó a Pero Hernández con grandísimo regocijo de ambos. El cual dijo que el día antes caminando el ejército del tirano poco más de una legua de la ciudad, se apartó de ellos fingiendo necesidad, y se entró por entre unas peñas que hay a mano izquierda del camino, y que encubriéndose con ellas subió por aquella sierra hasta alejarse de los enemigos, y que de esta manera escapó de ellos. Después fue con mi padre en el ejército de Su Majestad, y sirvió en aquella guerra hasta que se acabó, y volvió con Garcilaso, mi señor, al Cozco; de todo lo cual soy testigo de vista, y como tal lo digo.

CAPÍTULO XXIV: El campo de Su Majestad entra en el Cozco y para adelante. Dase cuenta de cómo llevaban los indios la artillería a cuestas. Llega parte de la munición al ejército real.

A tercero día de como entraron los vecinos en la ciudad, entró el campo de Su Majestad, cada compañía por su orden. Armaron su escuadrón de infantería en la plaza principal; los caballeros escaramuzaron con los infantes con muy buen orden militar, donde hubo mucha arcabucería muy bien ordenada; que los soldados estaban diestros con todo lo que convenía a su milicia; y aunque el Palentino, capítulo cincuenta, dice que al pasar por la plaza don Felipe de Mendoza, que era capitán de la artillería, jugó con toda ella, y que la gente dió vuelta en contorno de la plaza, salvando siempre galanamente los arcabuceros.

En este paso le engañaron sus relatores como en otros que hemos apuntado y apuntaremos adelante; porque la artillería no iba por usar de ella a cada paso ni a cada repique, porque no caminaba en sus carretones, sino que los indios, como lo hemos dicho, llevaban lo uno y lo otro a cuestas, que para solo llevar su artillería y carretones, iban señalados diez mil indios, que todos ellos eran menester para llevar once piezas de artillería gruesa. Y para que se sepa cómo la llevaban, lo diremos aquí, que aquel día que entraron en el Cozco, yo me hallé en la plaza y los vi entrar desde el primero hasta el postrero.

Cada pieza de artillería llevaba atada a una viga gruesa de más de cuarenta pies de largo. A la viga atravesaban otros palos gruesos como el brazo; iban atados espacios de dos pies unos de otros, y salían estos palos como media braza en largo a cada lado de la viga. Debajo de cada palo de estos entraban dos indios, uno a un lado y otro al otro, al modo de los palanquines de España. Recibían la carga sobre la cerviz, donde llevaban puesta su defensa para que los palos con el peso de la carga no les lastimasen tanto; y a cada doscientos pasos

se remudaban los indios, porque no podían sufrir la carga más trecho de camino. Ahora es de considerar con cuanto afán y trabajo caminarían los pobres indios con cargas tan grandes y tan pesadas, y por caminos tan ásperos y dificultosos como los hay en aquella mi tierra, que hay cuestas, de dos, tres leguas de subida y bajada; que muchos españoles vi yo caminando que por no fatigar tanto sus cabalgaduras se apeaban de ellas, principalmente al bajar de las cuestas, que muchas de ellas son tan derechas que les conviene a los caminantes hacer esto, porque las sillas se le van a los cuellos de las cabalgaduras, y no bastan las guruperas a defenderlas, que las más de ellas se quiebran por aquellos caminos. Esto es desde Quitu hasta el Cozco, donde hay quinientas leguas de camino, pero del Cozco a los Charcas es tierra llana y se camina con menos trabajo. Por lo cual se puede entender, que lo que el Palentino dice que al pasar de la plaza don Felipe de Mendoza jugó con toda la artillería, fue más por afeitar, componer y hermosear su historia, que no porque pasó así, sino como lo hemos dicho.

El ejército de Su Majestad pasó una legua de la ciudad, donde estuvo cinco días aprestando lo que era menester para pasar adelante, principalmente el bastimento, que lo proveían los indios de aquella comarca, y hacer el herraje, que llevaba mucha necesidad de él, y fue menester todo aquel tiempo para juntar lo uno y labrar lo otro; y no por lo que aquel autor dice, capítulo cincuenta, por estas palabras: "Estuvo el campo en las salinas cinco o seis días, esperando indios para aviar la gente, y al fin se partió el campo sin ellos, más antes huyeron algunos de los que antes llevaba la gente de aquellos que eran de repartimiento de los vecinos del Cozco y sospechóse y aún túvose por cierto que los mismos vecinos sus amos los hacían huir," etc.

Mucho me pesa de topar semejantes pasos en aquella historia que arguyen pasión del autor o del que le daba la relación, particularmente contra los vecinos del Cozco, que siempre los hace culpados en cosas que ellos no imaginaron, como en este paso y en otros semejantes. Que a los vecinos mejor les estaba dar prisa a que el ejército pasase adelante, que no estorbarle su camino con mandar que los indios se huyesen; porque era en daño y perjuicio de los mismos vecinos, que estando el ejército tan cerca de la ciudad, recibían molestias y agravios en sus casas y heredades. Y el mismo autor parece que se contradice, que habiendo dicho que esperaba el ejército indios de carga, y que de los traían se le huyeron algunos, dice, al fin se partió el campo sin ellos. Luego no los había menester, pues pudo caminar sin que viniesen los que esperaban. Lo que pasó fue lo que hemos dicho, y lo que el autor dice, que los mismos vecinos sus amos los hacían huir, fue que despidieron muchos indios de carga; porque de allí adelante por ser la tierra llana, sin cuestas ni barrancos, se caminaba con más facilidad y menos pesadumbre, y así no fueron menester tantos indios como hasta allí traían. El ejército, pasados los cinco días, salió de aquel sitio caminando siempre con buena orden, y apercibida la gente para sí fuesen menester pelear; porque iba con sospecha y recelo si el tirano esperaría para dar batalla en tres pasos estrechos que hay hasta llegar a Quequesana. Más el

enemigo no imaginaba tal, y así caminó sin pesadumbre alguna hasta llegar al pueblo que llaman Pucará, cuarenta leguas del Cozco, sirviéndose de sus soldados los negros, los cuales apartándose a una mano y a otra del camino real, le traían cuanto ganado y bastimento había por la comarca, y el ejército real caminaba con necesidad, porque le llevaban la comida de lejas tierras, por estar saqueados los pueblos que hallaban por delante. Por el camino no dejaban de encontrarse los corredores de un campo y del otro, aunque no llegaron a pelear. Pero los del Rey supieron que Francisco Hernández los esperaba en Pucará para darles allí la batalla. Por aquel camino no faltaron traidores de la una parte y de la otra, que de los del Rey se huyeron algunos soldados al tirano, y del tirano otros a los del Rey. Los Oidores enviaron del camino un personaje que volviese atrás por la munición de pólvora, mecha y plomo que habían dejado en Antahuaylla, porque los que allí habían quedado para llevarla, habían sido negligentes en caminar; pero con solicitud y diligencia que puso Pedro de Cianca, que fue el comisario a darle prisa, llegó al real parte de la munición un día antes de la batalla que se estimó en muy mucho, y dió gran contento a todo el ejército, porque estaba con falta de ella.

CAPÍTULO XXV: El campo de Su Majestad llega donde el enemigo está fortificado. Alójase en un llano y se fortifica. Hay escaramuzas y malos sucesos en los de la parte real.

En este camino supieron los Oidores la pérdida de Gómez de Solís en Arequepa, de que recibieron mucha pesadumbre; pero no pudiendo remediarla disimularon su enojo como mejor supieron y siguieron su camino hasta Pucará, donde el enemigo estaba alojado con mucha ventaja; porque el sitio era tan fuerte que no podían acometerle por parte alguna, que todo él estaba rodeado de una sierra áspera y dificultosa de andar por ella, que parecía muro fuerte hecho a mano; y la entrada del sitio era por un callejón estrecho que iba dando vueltas a una mano y a otra. El sitio allá dentro era muy grande, capaz de la gente y cabalgaduras que tenía, y de otra mucha más, donde tenían su bastimento y munición en gran abundancia, como gente que había alcanzado y gozado de una de las mayores victorias que en aquel Imperio ha habido, que fue la de Chuquinca. Y los soldados etíopes traían cada día cuanto hallaban por toda aquella comarca.

El campo de Su Majestad estaba en contra, en un campo raso de todas partes, sin fortaleza alguna que le amparase, con pocos bastimentos y menos munición como se ha dicho; más con todo eso por no estar tan descubierto, se fortificaron lo mejor que pudieron. Echaron unas cercas de tapias a todo el real que daba hasta los pechos, que como llevaban tantos indios con las cargas y con la artillería servían de gastadores cuando era menester. Hicieron en breve tiempo la cerca (aunque tan grande) que abrazaba todo el ejército. Francisco Hernández,

viendo alojado el ejército de Su Majestad, puso su artillería en lo alto del cerro que tenía delante de su campo para ofenderle con ella, y así lo hacía, que por inquietar a los Oidores y a todos los suyos no cesaba de día ni de noche de jugar y tirar con ella, y metía cuantas balas quería en el campo real; y muchas veces por bizarría y vanagloria tiraba por alto a tira más tira, y pasaban las pelotas de la otra parte del ejército en mucha distancia de tierra: pero ni las unas ni las otras hicieron daño, ni en la gente ni en las cabalgaduras, que parecían pelotas de viento, que iban dando saltos por todo el campo. Túvose a misterio divino que lo que estaba dedicado a su servicio, como eran las campanas de que se hicieron aquellos tiros, no permitiese que hiciesen daño a los que en aquel particular no le habían ofendido, y esto se notó por los hombres bien considerados que en el un campo y en el otro había. Alojados los dos ejércitos el uno a vista del otro, luego procuraron los capitanes y soldados famosos de ambos bandos mostrar cada cual su valentía. En las primeras escaramuzas murieron dos soldados principales de la parte del Rey, y otros cinco o seis no tales se pasaron a Francisco Hernández y le dieron cuenta de todo lo que en el ejército real había, y le dijeron que pocos días antes que llegasen al Pucará, había pretendido el General Pablo de Meneses dejar el oficio; porque por las diferencias y bandos que había entre los ministros de él, no obedecían lo que él mandaba; antes lo contradecían, y que no quería cargo, aunque tan honroso con carga tan pesada. Y que el doctor Saravia le había persuadido que no pretendiese tal cosa, que antes era perder honra que ganar reputación. De lo cual holgaron mucho Francisco Hernández y todos los suyos, esperando que la discordia ajena les había de ser muy favorable hasta darles la victoria.

En aquellas escaramuzas se dijeron algunos dichos graciosos entre los soldados de la una parte y de la otra, como lo escribe Diego Hernández, que por ser dichos de soldados me pareció poner aquí algunos de ellos, sacados a la letra del capítulo cincuenta y uno, declarando lo que el autor dejó confuso, para que se entienda mejor que es lo se sigue.

"Y como a estas escaramuzas salían algunos de la una parte que tenían amigos de la otra, siempre se platicaban y hablaban, asegurándose de no hacerse daño los unos a los otros. Scipio Ferrara, que era del Rey, habló a Pavía, que habían sido los dos criados del buen Visorrey don Antonio de Mendoza, y atrayendo Scipio a Pavía con palabras persuasorias al servicio del Rey, dijo Pavía, que de buena guerra le habían ganado, y que así de buena guerra le habían de volver a ganar," etc.

Dijo esto Pavía porque en la batalla de Chuquinca le rindieron los tiranos, y él se halló bien con ellos, y por no negarles dijo que de buena guerra le habían ganado, y que así de buena guerra le habían de volver a ganar. También dice. El capitán Rodrigo Niño habló con Juan de Piedrahita, y persuadiéndole para que viniese al servicio del Rey, ofreciéndole de parte de la audiencia mucha gratificación, le respondió: que ya él sabía las mercedes que los Oidores hacían,

y que si otra vez se había de volver a armar, que ahora la tenía bien entablada, etc.

Esto dijo Piedrahita, porque él y otros aficionados a Francisco Hernández. Girón estaban enhechizados con las mentiras que sus hechiceros les decían que habían de vencer a los del Rey; pero pocos días después mudó parecer como adelante se verá. Prosiguiendo el autor, dice: asimismo se hablaron Diego Méndez y Hernando Guillada, y el capitán Ruibarba, con Bernardino de Robles, su yerno. Y viendo los Oidores que de estas pláticas no resultaba fruto alguno, dióse bando que ninguno so pena de la vida hablase con los enemigos. Habíase concertado entre el capitán Ruibarba y Bernardino de Robles que para otro día se hablasen dándose contraseñas que fuesen conocidas, que fue llevar capas de grana, y así salieron. Y teniendo Bernardino de Robles prevenidos diez o doce capitanes y soldados, engañosamente lo prendió y llevó a Francisco Hernández, diciendo públicamente, que se había pasado de su voluntad.

Lo cual oyendo Ruibarba dijo, que cualquiera que dijese que él de su voluntad se venía, no decía verdad en ello, y que él se lo haría bueno a pie o a caballo, dándole por ello licencia Francisco Hernández; salvo que su yerno Robles le había prendido con engaño, Francisco Hernández se holgó mucho de su venida, y fuése con él a doña Mencia, y díjole: “Ved, señora, que buen prisionero os traigo, mirad bien por él, que a vos le doy en guarda.” Doña Mencia dijo que era bien contenta, y que así lo haría. Después de esto habiendo salido al campo Raudona, habló con Juan de Illanes, sargento mayor de Francisco Hernández; y creyendo el Raudona cogerle a carrera de caballo, arremetió para él. Y a causa de traer el caballo mal concertado, le tomaron preso. Y en el camino dijo a los que le llevaban que había prometido a los Oidores de no volver sin presa de uno de los principales, y que, por eso había arremetido con el sargento mayor. De que fue tanto el enojo que hubieron algunos de los más prendados, que decían que si no le mataban no habían de pelear; porque semejantes pretensores como aquel y tan desvergonzado no era bien dejarlos con la vida. Y así luego le pusieron en toldo del Licenciado Alvarado, y le mandaron confesar, guardando el toldo Alonso Gonzales para que, si Francisco Hernández o su embajada viniese, matarle primero que llegase. El Licenciado Toledo, alcalde mayor de Francisco Hernández, y el capitán Ruibarba rogaron a Francisco Hernández por la vida de Raudona; y él dió sus guantes para ello. Y como Alonso Gonzáles vió venir el recaudo, entró dentro del toldo, y dijo al clérigo: “acaba, padre, de absolverle, si no así se habrá de ir.” Por lo cual apresurando el clérigo la absolución, luego Alonso Gonzales le cortó la cabeza con un gran cuchillo que traía. Lo cual hecho saliose del toldo diciendo: “ya yo hice que el señor marquesote cumpla su palabra; porque él prometió llevar una cabeza, o dejar la suya, y así lo cumplió.” Y diciendo esto, le hizo sacar fuera del toldo, que cierto hizo lástima de muchos que allí estaban, y mucho más en el campo del Rey cuando supieron su muerte, etc.

Raudona, decimos que era un soldado que presumía más de valiente que de discreto. Tenía un buen caballo si le tratara como era menester; pero traíalo por mostrar su destreza tan acosado, que en todo el día no le dejaba holgar una hora con carreras y corvetas; y así cuando lo hubo menester, le faltó por mal concertado, como lo dice el Palentino. Y su buena discreción la mostró en decir a sus amigos que había prometido a los Oidores no volver sin presa: lo cual le causó la muerte por la mucha crueldad de Alonso Gonzales, el verdugo mayor. El autor pasa adelante diciendo: enviaron en esta sazón los Oidores algunos perdones para particulares, los cuales se enviaban con negros y con yanaconas, que a la contínua iban y venían del un campo al otro, y todos vinieron a poder de Francisco Hernández, que los hacía luego pregonar públicamente, diciendo: "tanto dan por los perdones." Y no contento con esto, hizo a los que le llevaron cortar las manos y narices; y ponérselas al cuello; y de esta suerte les tornaba a enviar al campo del Rey. Hasta aquí es de aquel autor con que acaba el capítulo alegado.

CAPÍTULO XXVI: Cautelas de malos soldados. Piedrahita da arma al ejército real. Francisco Hernández determina dar batalla a los Oidores, y la prevención de ellos.

Con estas desvergüenzas y desacatos a la majestad real, estuvo Francisco Hernández en Pucará los días que allí paró, que en las escaramuzas que en cada día y en cada hora se hacían, siempre ganaba gente y caballos, porque muchos soldados bulliciosos y revoltosos, jugando a dos manos, se hacían perdedizos, que en las escaramuzas (dando a entender que iban a pelear) arremetían con los enemigos, y viéndose entre ellos, decían: "yo me paso a vosotros, yo me rindo", y entregaban las armas, y se dejaban llevar presos con astucia y cautela, para si los del Rey venciesen decir que los tiranos lo habían rendido y preso, y así venciese el tirano, alegar que ellos le habían pasado y ayudado a ganar la victoria y la tierra. Sintiendo algo de esto los Oidores, mandaron cesar las escaramuzas, que no las hubieren, ni que los soldados de la una parte se hablasen con los de la otra, por parientes o amigos que fuesen; porque nunca se vió buen suceso de las tales pláticas. Viendo Francisco Hernández que las escaramuzas y las pláticas de los soldados cesaban, por irritar al enemigo envió una noche de aquellas a su maese de campo y capitán Juan de Piedrahita, que fuese a dar una arma al campo de Su Majestad con ochenta arcabuceros que llevase consigo, y que viese y notase con qué cuidado o descuido estaban los del Rey para darles otras muchas armas cada noche, y desvelarlos hasta cansarlos o destruirlos. Piedrahita fue con su gente y vió la arma como mejor pudo y supo; pero no hizo cosa de importancia, ni los del Rey le respondieron; porque vieron que todo era un poco de viento, y no manera de pelear. Piedrahita se volvió y contó a Francisco Hernández y a los suyos grandes bravatas que había hecho, y

halló los del campo real sin guarda ni centinela, tan descuidados y dormidos, que si llevara doscientos y cincuenta arcabuceros, que él desbaratara, y venciera, y trajera preso los Oidores y sus capitanes. Y con esto dijo otras muchas cosas al mismo tono, según la común costumbre de soldados parleros, que son más para charlatanes que para caudillos; y aunque Piedrahita fue capitán en aquella tiranía, y le sucedieron lances venturosos, aquella noche no hizo más de lo que se ha dicho, y parló mucho sobre ello.

Francisco Hernández Girón, con las nuevas demasiadas que su maese de campo Piedrahita le dió, teniéndolas por ciertas, y también por el aviso que ciertos soldados que de los del Rey se le pasaron le dieron, diciendo que el campo de Su Majestad estaba muy necesitado, que no tenía pólvora, ni mecha, se determinó a dar batalla al ejército real una noche de aquellas. Presumió dar batalla a sus enemigos, pues que no le acometían en su fuerte, lo cual le parecía flaqueza de ánimo y de fuerzas, y que los tenía ya rendidos, pues se mostraban tan cobardes y pusilánimes. Llamó a sus capitanes a consulta, y les propuso su pretensión, persuadiéndoles con mucha instancia que todos viniesen en ello; porque les prometía buen suceso, dándoles a entender que así lo certificaban sus pronósticos y agüeros; y por mejor decir sus hechicerías. Sus capitanes lo contradijeron diciendo que no tenía necesidad de dar batalla, sino de estarse quedo, pues estaban en un lugar fuerte y bien acomodado de todo lo necesario, bien en contra de sus enemigos que estaban con falta de bastimento y de munición, y que si quería traerlos a mayor necesidad, podía pasar adelante en su camino con la prosperidad que hasta allí había traído, y llegar a los Charcas, y recoger cuanta plata había por aquella tierra para pagar su gente, y revolver por la costa adelante hasta entrar en la Ciudad de los Reyes, pues estaba desamparada y sin gente de guerra. Que sus enemigos por venir faltos de cabalgaduras, y con falta de herraje para las que traían, no le podían seguir sino era escogiendo los pocos que tenían posibilidad para seguirle, y que a estos que les siguiesen los tenían vencidos cada vez que quisiese revolver sobre ellos. Y que pues hasta entonces le había ido bien, no trocase el juego para perderlo, que con mucha facilidad se solía perder en las batallas. Que se acordase de la de Chuquinca, cuán confiados le acometieron sus contrarios, y cuán fácilmente y en cuán breve tiempo se vieron perdidos. Francisco Hernández dijo que él estaba determinado de dar una encamisada con todo su ejército, porque no quería andar huyendo de los Oidores, y que las buenas viejas decían que allí había de ser. Que les pedía y rogaba que no le contradijesen, sino que se apercibiesen para la noche siguiente, que él estaba determinado a lo dicho.

Con esto se acabó la consulta, y sus capitanes quedaron muy descontentos viendo que contra la común opinión de todos ellos acometía una cosa tan peligrosa y dudosa. Salieron todos muy afligidos, porque vieron que los llevaba a perderse, y el General los vió y halló tan contrarios de su parecer y determinación, no se mudó, antes en contra de todos ellos quiso seguir el consejo pronóstico de sus hechicerías y encantamientos. Dieron orden entre

todos ellos, que había de salir después de media noche al ponerse de la luna encamisados de blanco, porque se conociese unos a otros. A puesta de Sol llamaron a recoger, y hallaron que faltaban dos soldados de los del Mariscal; sospecharon que se hubiesen ido a los del Rey. Pero los que pretendían agradar a Francisco Hernández trajeron nuevas falsas, diciendo que el uno de ellos, que era de más crédito y reputación, los indios afirmaban que le habían encontrado camino de los Charcas; y que del otro soldado de menos cuenta decían los noveleros que no harían caso los Oidores, ni le darían crédito a lo que dijese, porque no era hombre de talento. Francisco Hernández se satisfizo con estas novelas, y mandó que todos se apercibiesen para la hora señalada. Los dos soldados huidos ya bien tarde fueron a parar al campo de Su Majestad, y dieron aviso de la determinación del enemigo, y que vendrían aquella noche divididos en dos partes con ánimo y presunción de acometerle en su fuerte, pues que ellos no le habían acometido en el suyo, ni osado mirarles. Los Oidores y sus ministros, y consejeros que eran los vecinos más antiguos de todo aquel Imperio, que por la experiencia larga de tantas guerras como habían tenido, eran grandes soldados de mucha milicia, acordaron, que porque el fuerte que habían hecho donde estaban alojados estaba muy ocupado con tiendas y toldos, y lleno de cabalgaduras e indios, que antes les habían de estorbar en la pelea que ayudarles. Acordaron sacar la gente del fuerte y formar sus escuadrones de infantería y caballería en un llano, y así lo pusieron por obra, aunque entre los del consejo hubo contradicción, diciendo, que un cobarde y un pusilánime, mejor pelearía estando detrás de una pared, que estando al descubierto en un llano. Con esta razón dijeron otras al propósito, más al fin sacaron la gente; y fue permisión de Dios y misericordia suya que le sacasen, como adelante veremos. Formaron un hermoso escuadrón de infantería muy bien guarnecido de picas y alabardas, y su arcabucería puesta por mucha orden, con once tiros de artillería gruesa.

CAPÍTULO XXVII: Francisco Hernández sale a dar batalla. Vuélvese retirando por haber errado el tiro. Tomás Vásquez se pasa al Rey. Un pronóstico que el tirano dijo.

El tirano, llegada la hora de sus agüeros y pronósticos, salió de su fuerte con ochocientos infantes, según el Palentino, los seiscientos arcabuceros y los demás piqueros, y muy pocos de a caballo, que no llegaban a treinta. Por otra parte envió otro escuadrón de los soldados negros, que pasaban de doscientos y cincuenta. Con ellos fueron setenta arcabuceros españoles para guiarles y adiestrarles en lo que habían de hacer; pero no les enviaban más de para divertir al escuadrón real, que no entendiese cual de aquellos dos escuadrones era el de Francisco Hernández. Mandaron que los negros acometiesen el fuerte de los Oidores por delante, porque Francisco Hernández pensaba acometerle por las espaldas. Con esta orden caminaron hacia el campo de Su Majestad con todo el

silencio posible, y las mechas tapadas, porque no las viesen. Los del Rey estaban en sus escuadrones con todo silencio y alerta, y las mechas asimismo cubiertas para ser vistos. Los negros de Francisco Hernández llegaron al fuerte primero que Francisco Hernández porque tuvieron menos que andar; y no hallando quien les resistiese, se entraron por él, matando indios, caballos y mulas, y cuanto por delante topaban; y entre los indios mataron cinco o seis españoles, que de cobardes quedaron escondidos. Francisco Hernández llegó poco después al fuerte, y encaró a él toda su arcabucería, sin que los de Su Majestad respondiesen con arcabuz alguno, hasta que los tiranos hubieron disparado todos los suyos. Entonces dispararon los del Rey su arcabucería y artillería del puesto donde estaban, que los enemigos no imaginaban tal, sino que estaban en su fuerte; pero los unos y los otros hicieron en aquella batalla poco más que nada, porque era de noche muy obscura, y tiraban a tiento sin verse los unos a los otros. Que según la arcabucería que tenían, que de ambas partes pasaban de mil y trescientos arcabuceros, y llegando tan cerca los unos de los otros como llegaron, no fuera mucho si se vieran quedar todos asolados y tendidos en el campo. El tirano viendo que había errado el tiro, se dió por perdido, y así todo su intento fue retirarse a su fuerte con el mejor orden que él y sus ministros pudieron dar. Más no fue bastante su diligencia para que no se le quedasen en el camino más de doscientos soldados de los del Mariscal que soltaron las picas y alabardas que llevaban. Los soldados de Su Majestad quisieron arremeter y romper del todo a los que iban huyendo. Más los que gobernaban aquel ejército que sin el General y maese de campo eran otros muchos vecinos de aquel Imperio, como ya hemos dicho, no consintieron que saliesen de su orden, sino que se estuviesen quedos, y fue bien acordado: porque de una banda de caballos, que entendiendo que los enemigos no iban para pelear, ni resistir, salieron a molestarles, mataron un alférez, y hirieron tres vecinos del Cozco, que fueron Diego de Silva, Antonio Ruiz de Guevara, y Diego Maldonado el rico. Y la herida de Diego Maldonado fue tan extraña que se hizo incurable, que hasta que falleció, y que fueron once o doce años después de la batalla, la tuvo abierta por consejo de los médicos y cirujanos, que se decían que en cerrándola se había de morir. Con estos que hirieron, hicieron los tiranos que les dejasen pasar su camino, y así fue muy bien acordado prohibir que no salieran los del Rey a pelear con ellos; porque si salieran, hubiera mucha mortandad de ambas partes. Francisco Hernández entró en su fuerte bien desfallecido de su ánimo, soberbia y orgullo, por verse engañado de lo que tanto confiaba, que eran sus hechicerías; con las cuales se hacía vencedor de todos sus enemigos. Más por no desanimar los suyos mostró la cara alegre; pero no pudo disimular tanto que no se le viese al descubierto la pena que en el corazón tenía.

No hubo más pelea en aquella batalla de la que se ha dicho, que si hubiera la que el Palentino dice, capítulo cincuenta y cuatro, no quedara de todos ellos hombre a vida. Pruébase lo que decimos con lo que él mismo dice, que los muertos de parte de los Oidores fueron cinco o seis, y hasta treinta los heridos, y

del tirano diez muertos, y muchos heridos, y presos, etc. Los presos fueron los que se quedaron de los del Mariscal, que como dijimos, pasaron de doscientos, y de los de Francisco Hernández no pasaron de quince. Los muertos y los heridos que se hallaron en el escuadrón real fueron muertos y heridos por los suyos mismos, que los de la retaguardia por ser la noche tan obscura, no atinando bien donde estaban los enemigos, tiraban a tiento por asombrarlos. Y así mataron e hirieron los que se han dicho, y fueron de la compañía del capitán Juan Ramón, que estaban en una manga de las del escuadrón. Averiguóse lo dicho, porque todas las heridas de los muertos y heridos fueron dadas por detrás; y uno de los difuntos fue un caballero que se decía Suero de Quiñones, hermano de Antonio de Quiñones, vecino del Cozco, y un primo hermano suyo, que se decía Pedro de Quiñones, fue de los heridos. El día siguiente a la batalla no hubo cosa alguna de ninguna de las partes. A la noche se pusieron los del Rey en escuadrón como la noche pasada, porque tuvieron nuevas que el tirano volvía con otra encamisada, a enmendar el yerro en la noche pasada, a tentar si acertaban mejor: más fue novela de quien la quiso inventar, porque el desdichado de Francisco Hernández más estudiaba en como huirse y librarse de la muerte, que en dar batalla, que ya estaba desengañado de ella y de sus abusiones. El día tercero a la batalla, por no mostrar tanta flaqueza, mandó a sus capitanes y soldados que saliesen al campo y provocasen a los enemigos, que escaramuzasen con ellos porque no los tuviesen por rendidos. Y así se trabó una escaramuza de poco momento, pero de mucha importancia, porque el capitán Tomás Vásquez, y diez o doce amigos suyos que estaban apercibidos para el hecho, se pasaron a los de Su Majestad, y llevaron una prenda del maese de campo Juan de Piedrahita, que era una celada de plata, en señal de que haría otro tanto; y que no lo hacía luego por llevar más gente consigo. Todo esto dijo Tomás Vásquez a los Oidores, de que ellos y todo su ejército recibieron grandísimo contento por ver perdido al tirano, y acabada su desvergüenza, porque Tomás Vásquez era el pilar más principal que le sustentaba; y faltando él, no había que hacer caso de todo los demás. Los de la escaramuza se recogieron todos a, sus puestos, y Francisco Hernández animando los suyos porque no sintiesen tanto la pérdida de Tomás Vásquez, les hizo un parlamento breve y compendioso, como lo dice el Palentino, capítulo cincuenta y cinco, por estas palabras:

"Caballeros y señores, bien saben todas vuestras mercedes, como antes de ahora les tengo dicho la causa y razón de haber yo tomado esta empresa; y las cosas que pasaban en el Reino, por las cuales los hombres eran molestados y estaban sin remedio; y la vejación y, molestia que así a vecinos como a soldados se hacía; a los unos quitándoles sus haciendas, y a los otros las granjerías y servicio. Y los señores vecinos mis compañeros, que lo deseaban y querían hacer, me dejaron al mejor tiempo, y ahora lo ha hecho Tomás Vásquez. No tengan vuestras mercedes pena por su ausencia, y miren que un hombre era y no más. Y no se fíen en decir que tienen perdón que con él al cuello los ahorcarán otro día. Miren bien que si vuestras mercedes se reportan, tenemos hoy mejor

juego que nunca; porque les hago saber que a Tomás Vásquez y a todos los demás que se fueron, los ajusticiarán luego que yo falte, Y no me pesa por mí, que uno solo soy; y si con mi muerte librase a vuestras mercedes, yo me ofrezco luego al sacrificio de ella. Pero tengo bien entendido, que a bien librar, quien se escapare de la horca irá afrentado a galeras. Por tanto, consideren bien tal caso, y esforzándose, anímense unos a otros a pasar adelante con la empresa, pues somos quinientos, que dos mil no nos harán daño sin que mayor no sea el suyo. Y pues el negocio tenemos en tan buen punto, y tanto nos conviene, miremos bien lo que nos va, y lo que será de cada uno si yo faltare." Estas y otras cosas les dijo a este propósito; empero era cierto grande la tristeza que su gente sentía por la huida de Tomás Vásquez, etc.

Hasta aquí es del Palentino. Y lo que Francisco Hernández dijo, que con el perdón al cuello los ahorcaría, se cumplió mejor que los pronósticos que sus hechiceros le dieron a él, que aunque no ahorcaron a Tomás Vásquez ni a Piedrahita, los ahogaron en la cárcel con los perdones reales que la chancillería les había dado sellados con el sello imperial, que los tenían en sus manos, alegando que delitos perdonados no se debían ni podían castigar, no habiendo delinquido después de ellos. Más no les aprovechó nada, que como lo dijo Francisco Hernández, así se cumplió. Y esto quede aquí dicho anticipado de su lugar, porque no lo repitamos adelante.

CAPÍTULO XXVIII: Francisco Hernández se huye solo. Su maese de Campo con más de cien hombres va por otra vía. El General Pablo de Meneses los sigue y prende y hace justicia de ellos.

Francisco Hernández quedó tan perdido y desamparado con la huída de Tomás Vásquez, que determinó huirse de los suyos aquella misma noche; porque la sospecha se le entró en el corazón y en las entrañas, y se le apoderó de tal manera que causó en él los efectos que el divino Ariosto pinta de ella en el segundo de los cinco cantos añadidos; pues le hizo temer y creer que los más suyos le querían matar para librarse con su muerte de la pena que todos ellos merecían, por haberle seguido y servido contra la majestad real. Tuvo indicios para sospecharlo y creerlo, como lo dice el Palentino, capítulo cincuenta y cinco, por estas palabras:

"Finalmente Francisco Hernández determinó huir aquella noche, porque le descubrieron en gran puridad y secreto, que sus capitanes le trataban la muerte, etc. No imaginando ellos tal, sino seguirle y morir todos con él, como adelante lo mostraron, si él se fiara de ellos al presente. Y fue tan rigurosa la sospecha, que aún de su propia mujer con ser tan noble y virtuosa, no le consintió fiarse, ni de ninguno de los suyos, por muy amigo y privado que fuese. Y así venida la noche dando a entender a su mujer y a los que con él estaban, que iban a proveer ciertas cosas necesarias a su ejército, salió de entre ellos y pidió un caballo que

llamaban Almaraz, porque era de su cuñado fulano de Almaraz. Fué de los buenos caballos que allá hubo; subió en él, y con decir que volvía luego se partió de los suyos sin saber dónde iba. Y con el temor de creer que le querían matar no veía la hora de escaparse de sus propios amigos y valedores, ni imaginaba cosa más segura que la soledad, como lo dice el Palentino, capítulo alegado. Así se fue el pobre Francisco Hernández sin ninguna compañía. Dos o tres de los suyos le siguieron por el rastro; pero él sintiéndolos a pocos pasos que habían andado, se hurtó de ellos y se fue sólo por una quebrada honda. Y anduvo por ella tan a ciegas que al amanecer se halló cerca de su fuerte, y reconociéndole, huyó de él, y fue a meterse en unas sierras nevadas que por allí había, sin saber a cual parte podían salir; al fin por la bondad del caballo salió de ellas habiendo pasado mucho peligro de ahogarse en la nieve. No hubo más ruido del que se ha dicho en la salida que hizo de su ejército; y decir el Palentino que tuvo un largo coloquio con su mujer y muchas lágrimas entre ellos, fue relación de quien no lo sabía; que la sospecha y el temor de la muerte no le daban lugar a que dijese a nadie que se iba de entre ellos. Su Teniente general que había quedado en el real, quiso recoger la gente y seguir a Francisco Hernández. Salió con cien hombres que fueron con él, que algunos de ellos eran de los más prendados; pero otros, que también lo eran tanto como ellos, y aún más, que fue Piedrahita, Alonso Díaz y el capitán Diego de Gavilán, y su hermano Juan de Gavilán, el capitán Diego Méndez, el alférez Mateo del Sauz, y otros muchos con ellos de la misma calidad y prendas, sabiendo que Francisco Hernández era ido, se fueron al ejército real diciendo que se pasaban del tirano a servir a Su Majestad. Fueron bien recibidos, y a su tiempo les dieron a cada uno su provisión de perdón real de todo lo pasado, sellada con el sello real. Los Oidores y toda su gente estuvieron aquella noche puestos en escuadrón para esperar lo que sucediese.

El día siguiente, certificados los Oidores de la huida de Francisco Hernández Girón, y de todos los suyos, proveyeron que el General Pablo de Meneses con ciento y cincuenta hombres fuesen en alcance de los tiranos para prenderlos y castigarlos. El general por salir aprisa no pudo sacar más de ciento y treinta soldados: con ello siguió el rastro de los huidos y acertó seguir el de Diego de Alvarado, Teniente general de Francisco Hernández, que como llevaba cien españoles y más de veinte negros, se puso luego por donde iban. Y a ocho o nueve jornadas que fue en pos de ellos los alcanzó; y aunque llevaba menos gente que el enemigo, porque se le habían quedado muchos soldados, cuyas cabalgaduras no pudieron sufrir las jornadas largas, se le rindieron los contrarios sin hacer defensa alguna. El general los prendió, e hizo justicia de los más principales, que fueron Diego de Alvarado, Juan Cobo, Diego de Villalba, fulano de Lugones, Alberto de Orduña, Bernardino de Robles, Pedro de Sotelo, Francisco Rodríguez y Juan Enríquez de Orellana; que aunque tenía buen nombre se preciaba de ser verdugo, y su oficio era ser pregonero. Fué verdugo (como se ha dicho) de Francisco de Carvajal y del Licenciado Alvarado, que tenía presente. El general Pablo de Meneses, le dijo: "Juan Henríquez, pues

sabéis bien el oficio, dad garrote a esos caballeros vuestros amigos, que los señores Oidores os lo pagarán." El verdugo se llegó a un soldado que él conocía y en voz baja le dijo: "creo que la paga ha de ser mandarme ahogar después que yo haya muerto a estos mis compañeros." Como él lo dijo sucedió el hecho; porque habiendo dado garrote a los que hemos nombrado y cortándoles las cabezas, mandaron a dos negros que ahogasen al verdugo, como él lo había hecho a los demás, que sin los nombrados fueron otros once o doce soldados. Pablo de Meneses envió al Cozco presos, y a buen recaudo, muchos de los que prendió, y nueve cabezas de los que mandó matar. Yo las ví en las casas que fueron de Alonso de Hinojosa donde posaban Diego de Alvarado cuando hacía el oficio de maese de campo y Teniente general, y andaba siempre en una mula, y en ella corría a unas partes y a otras, y a otras haciendo su oficio, por semejar a Francisco de Carvajal, que nunca lo ví a caballo. De la desvergüenza de algunos soldados de los tiranos, se me ofrece un cuento particular, y fue que otro día después de la huida de Francisco Hernández, sentado Garcilaso, mi señor, a su mesa para comer con otros diez y ocho o veinte soldados que siempre comían con él, que todos los vecinos de aquel Imperio, cada cual conforme a su posibilidad cuando había guerra hacían lo mismo. Vió entre los soldados sentados uno de los de Francisco Hernández, que había sido con él desde los principios de su tiranía, y usado toda la desvergüenza y libertad que se puede imaginar; y con ella se fue a comer con aquellos caballeros, y era herrador, pero en la guerra andaban en estofa de más rico que todos los suyos. Viéndole mi padre sentado le dijo: "Diego de Madrid —que así se llamaba él—, ya que estáis sentado, comed en hora buena con estos caballeros, pero otro día no vengáis acá; porque quien ayer, si pudiera cortarme la cabeza, fuera con ello a pedir albricias a su general, no es razón que se venga hoy a comer con estos mis señores, que desean mi vida y mi salud y el servicio de Su Majestad." El Madrid dijo: "Señor, y aún ahora me levantaré si vuesa merced lo manda." Mi padre respondió: "No os digo que os levantéis; pero si vos lo queréis hacer, haced lo que os quisiéredes." El herrador se levantó y se fue en paz, dejando bien que mofar de su desvergüenza. Tan odiados como esto quedaron los de Francisco Hernández; porque fue aquella tiranía muy tirana contra Su Majestad, que pretendió quitarle aquel Imperio, y contra los vecinos de él, que desearon matarlos todos, por heredar sus haciendas y sus indios. La mujer de Francisco Hernández quedó en poder del capitán Ruibarba, y los Oidores mandaron a Juan Rodríguez de Villalobos, que se encargase de su cuñada hasta llevarla al Cozco, y entregarla a sus padres, y así se cumplió.

CAPÍTULO XXIX: El maese de Campo Don Pedro Portocarrero va en busca de Francisco Hernández. Otros dos capitanes van a lo mismo por otro camino, y prenden al tirano y lo llevan a Los Reyes; y entran en ella en manera de triunfo.

El general Pablo de Meneses, habiendo enviado al Cozco los presos, y las cabezas que hemos dicho, no hallando rastros de Francisco Hernández, determinó volverse a dar cuenta de su jornada a los Oidores. Los cuales habiendo desperdigado a los tiranos, caminaron a la ciudad imperial, de donde sabiendo que Francisco Hernández iba hacia Los Reyes, enviaron al maese de campo don Pedro Portocarrero, que con ochenta hombres fuese en pos del tirano por el camino de los llanos. Y a dos capitanes que habían venido de la ciudad de Huánucu con dos compañías a servir a Su Majestad en aquella guerra, mandaron que como se habían de volver a sus casas, fuesen con sus compañías por el camino de la sierra en seguimiento del tirano, porque no se escapase por una vía ni por la otra, y les dieron comisión para que hiciesen justicia de los que prendiesen. Los capitanes que eran Juan Tello, y Miguel de la Serna, hicieron lo que se les mandó, y llevaron ochenta hombres consigo. En la ciudad de Huamanca supieron que Francisco Hernández iba por los llanos a Rímac; fueron en busca de él, y a pocas jornadas tuvieron nuevas que estaba quince leguas de ellos, con trescientos hombres de guerra, los ciento y cincuenta arcabuceros. Los capitanes caminaron en seguimiento de ellos, que no les atemorizó la nueva de tanta gente. Otro día le dijeron los indios que no eran más de doscientos, y así lo fueron apocando de día en día, hasta decir que no eran más de cien hombres. Las nuevas tan varias y diversas que los indios a estos dos capitanes dieron del número de la gente que Francisco Hernández llevaba, no fueron sin fundamento. Porque es así, que luego que sus soldados supieron que se había huido, se desperdigaron por diversas partes, como gente sin caudillo, huyendo de veinte en veinte, y de treinta en treinta, y muchas cuadrillas de estas fueron a operar con él; de manera que se vió con más de doscientos soldados, y muchos de ellos fueron de los del Mariscal, que le habían tomado afición. Pero como iban huyendo, el temor de los contrarios y la necesidad que como gente huida y perdida llevaban de lo que habían menester, les forzó a que se quedasen por los caminos a esconderse y buscar su remedio. Y así cuando los del Rey llegaron cerca de ellos no iban más de ciento. Y los indios en la primera relación dijeron más de los que iban y en la segunda los que pocos días antes caminaban; y en la última los que entonces eran. De manera que si Francisco Hernández no huyera de los suyos, sino que saliera en público, le siguieran muchos y hubiera más dificultad en prenderlos y consumirlos. Las capitanes, hallándose tres leguas de los enemigos, por certificarse de cuántos eran, enviaron un español diligente muy ligero que con un indio que le guiase fuese a reconocerlos y supiesen cuántos eran. La espía, habiendo hecho sus diligencias, escribió que los enemigos serían hasta ochenta y no más. Los capitanes se dieron prisa a caminar

hasta que llegaron a vista los unos de los otros, y fueron a ellos con sus banderas tendidas, y con ochenta indios de guerra que los curacas habían juntado para servir a los españoles en lo que fuese menester. Los enemigos viendo que iban a combatirles, temiendo los caballos que los capitanes llevaban, que eran cerca de cuarenta, se subieron a un cerro a tomar unos paredones que en lo alto había para fortificarse en ellos. Los capitanes lo siguieron con determinación de pelear con ellos aunque los enemigos tenían ventaja en el sitio; pero iban confiados en que entonces llevaban ya doscientos indios de guerra, apercibidos con sus armas, que ellos mismos se habían convocado con deseo de acabar a los *Aucas*, que así llaman a los tiranos. Estando ya los capitanes a tiro de arcabuz de los enemigos, se les vinieron cuatro o cinco de ellos, y entre ellos un alférez de Francisco Hernández; el cual les pidió con mucha instancia que no pasasen adelante, que todos los de Francisco Hernández se les pasarían, que no aventurasen a que les matasen alguno de los suyos, pues los tenían ya rendidos. Estando en esto, se pasaron otros diez o doce soldados, aunque los indios de guerra los maltrataron a pedradas, hasta que los capitanes les mandaron que no lo hiciesen. Lo cuál visto por los de Francisco Hernández se pasaron todos; que no quedaron con él sino dos solos, el uno fue su cuñado fulano de Almaraz y el otro un caballero extremeño, llamado Gómez Suárez de Figueroa.

Francisco Hernández, viéndose desamparado de todos los suyos, salió del fuerte a que los del Rey le matasen o hiciesen de él lo que quisiesen. Lo cual visto por los capitanes, arremetieron con todos los suyos al fuerte a prender a Francisco Hernández, y los primeros que llegaron a él fueron tres hombres nobles, Esteban Silvestre, Gómez Arias de Ávila, y Hernando Pantoja. El cual asió de la celada a Francisco Hernández, y queriendo él defenderse con su espada, le asió de la guarnición Gómez Arias, diciendo que la soltase; y no queriendo Francisco Hernández soltarla, le puso Esteban Silvestre la lanza a los pechos, diciendo que le mataría si no obedecía a Gómez Arias.

Con esto le rindió la espada a Gómez Arias, y subió a las ancas del caballo del vencedor, y así lo llevaron preso; y llegados a la dormida, pidió Gómez Arias que le hiciesen alcaide del prisionero, que él lo guardaría y daría cuenta de él. Los capitanes lo concedieron, mandando que le echasen prisiones, y señalando soldados que lo guardasen; y así caminaron hasta salir al camino de la sierra para ir a la Ciudad de los Reyes. Los capitanes Miguel de la Serna y Juan Tello, quisieron conforme a su comisión, hacer justicia de muchos de los de Francisco Hernández que prendieron en aquel viaje. Pero viendo gente noble rendida y pobre, se apiadaron de ellos y los desterraron fuera del Reino a diversas partes. Y porque pareciese que entre tanta misericordia habían hecho algo de vigor de justicia mandaron matar a uno de ellos que se decía fulano Guadramiros, que fue de los de Don Sebastián; y fue el más desvergonzado de los que anduvieron con Francisco Hernández, y así pagó por todos sus compañeros. La fama divulgó la prisión de Francisco Hernández y sabiendo el maese de campo, don Pedro Portocarrero, y el capitán Baltasar Velásquez, que

pocos días antes por orden de los Oidores habían salido del Cozco con treinta soldados y dos banderas en busca de Francisco Hernández, se dieron prisa a caminar por gozar de la victoria ajena, e ir con el prisionero hasta la Ciudad de los Reyes, como que ellos con su trabajo y diligencia le hubiesen preso. Y así dándose toda la prisa que pudieron, alcanzaron los capitanes y al prisionero pocas leguas antes de la Ciudad de los Reyes. Entraron en ella en manera de triunfo, tendidas las cuatro banderas. Las de los dos capitanes (por haberse hallado en la prisión de Francisco Hernández) iban en medio de las del maese de campo, y del capitán Baltasar Velásquez; y el preso iba en medio de las cuatro banderas, y a sus lados, y adelante de él iban los tres soldados ya nombrados, que se hallaron en prenderle. Luego se seguía la infantería puesta por su orden, por sus hileras, y así mismo la caballería. A lo último de todos iba el maese de campo y los tres capitanes. Los arcabuceros iban haciendo salva con sus arcabuces, con mucha fiesta y regocijo de todos, de ver acabada aquella tiranía que tanto mal y daño causó en todo aquel Imperio, así en indios como españoles: que mirándolo por entero y cada cosa de por sí, no se ha escrito la décima parte del mal que hubo.

CAPÍTULO XXX: Los Oidores proveen corregimientos. Tienen una plática modesta con los soldados pretendientes. Hacen justicia de Francisco Hernández Girón. Ponen su cabeza en el rollo. Húrtala un caballero con la de Gonzalo Pizarro y Francisco de Carvajal. La muerte extraña de Baltasar Velásquez.

Los Oidores, viniendo de Pucará, donde fue la pérdida de Francisco Hernández Girón, pararon en la ciudad del Cozco algunos días para proveer cosa importante al gobierno de aquel Reino que tan sin él estuvo más de un año y tan sujeto a tiranos tan tiranos que no se puede bastantemente decir. Proveyeron que el capitán Juan Ramón fuese Corregidor de la ciudad de la Plata, donde tenía su repartimiento de indios; y que el capitán don Juan de Sandoval lo fuese de la ciudad de la Plata y sus provincias. Y que Garcilaso de la Vega fuese Corregidor y Gobernador de la ciudad del Cozco. Diéronle por Teniente un letrado, que se decía el Licenciado Monjaraz, en cuya provisión decían los Oidores que fuese Teniente de aquella ciudad durante el tiempo de la voluntad de ellos. El Corregidor, cuando vió la provisión, dijo que su Teniente había de estar a su voluntad y no a la ajena; porque cuando no hiciese bien su oficio, quería tener libertad para despedirle y nombrar otro en su lugar. Los Oidores pasaron por ello, mandaron enmendar la cláusula, y el Licenciado Monjaraz, mediante la buena condición y afabilidad de su Corregidor, gobernó tan bien, que pasado aquel trienio, le dieron otro corregimiento no menor; bien en contra de lo que sucedió a su sucesor como adelante diremos.

Estando los Oidores en aquella ciudad del Cozco, que fueron pocos días, trataron con ellos importunadamente los capitanes y soldados pretendientes de repartimientos de indios que les hiciesen mercedes de dárselos por los servicios que en aquella guerra y en las pasadas habían hecho a Su Majestad. Los Oidores se escusaron por entonces diciendo que aún la guerra no era acabada, pues el tirano aún no era preso, y que había mucha gente de su bando derramada por todo el Reino. Que cuando hubiese entera paz, ellos tendrían cuidado de hacerles mercedes en nombre de Su Majestad, y que no hiciesen juntas como las hacían, para tratar de eso ni de otra cosa que parecía mal, y que daban ocasión a que las malas lenguas dijesen de ellos lo que quisiesen. Con esto se libraron los Oidores de aquella molestia, y entretanto tuvieron la nueva de la prisión de Francisco Hernández Girón, y se dieron prisa a los despachos por irse a la Ciudad de los Reyes, y hallarse en el castigo del tirano. Y así salió el doctor Saravia seis o siete días antes que el Licenciado Santillán, ni el Licenciado Mercado, sus compañeros. Los capitanes que eran Juan Tello y Miguel de la Serna llevaron a Francisco Hernández, su prisionero, hasta la cárcel real de la chancillería, y se lo entregaron al alcalde, y pidieron testimonio de ello, y se les dió muy cumplido. Dos o tres días después entró el doctor Saravia, que también se dió prisa a caminar por hallarse a la sentencia y muerte del preso, la cual le dieron dentro de ocho días después de la venida del doctor, como lo dice el Palentino, capítulo cincuenta y ocho, por estas palabras.

"Fuéle tomada su confesión, y al fin de ella dijo y declaró haber sido de su opinión generalmente todos los hombres y mujeres, niños y viejos, frailes y clérigos y letrados del Reino. Sacáronle a justiciar a medio día, arrastrando metido en un serón, atado a la cola de un rocín, y con voz de pregonero que decía: 'Esta es la justicia que manda hacer Su Majestad y el magnífico caballero don Pedro Portocarrero, maestre de campo, a este hombre, por traidor a la corona real, y alborotador de este Reino, mandándole cortar la cabeza por ello, y fijarla en el rollo de esta ciudad, y que sus casas sean derribadas y sembradas de sal, y puesto en ellas un mármol con un rótulo que declare su delito.' Murió cristianamente, mostrando grande arrepentimiento de los muchos males y daños que había causado."

Hasta aquí es de aquel autor sacado a la letra, con que acaba el capítulo alegado. Francisco Hernández acabó como se ha dicho; su cabeza pusieron en el rollo de aquella ciudad en una jaula de hierro, a mano derecha de la de Gonzalo Pizarro y la de Francisco de Carvajal. Sus casas que estaban en el Cozco, de donde salió a su rebelión, no se derribaron, ni hubo más de lo que se ha referido. La rebelión de Francisco Hernández, desde el día en que se alzó hasta el fin de su muerte, duró trece meses y pocos más días.

Decíase que era caballero del hábito de San Juan. Su mujer se metió monja en un convento de la Ciudad de los Reyes, donde vivió religiosamente. Más de diez años después, un caballero que se decía Gómez de Chaves, natural de ciudad Rodrigo, aficionado de la bondad, honestidad y nobleza de la doña

Mencia de Almaraz, imaginando que le sería agradable ver quitada del rollo la cabeza de su marido (no teniendo certificación cual de aquellas tres era), él y un amigo suyo llevaron de noche una escala, y alcanzaron una de ellas pensando que era la de Francisco Hernández Girón, y acertó a ser la del maese de campo Francisco de Carvajal.. Luego alcanzaron otra, y fue la de Gonzalo Pizarro. Viendo esto aquel caballero dijo al compañero: Alcancemos la otra para que acertemos; y en verdad que, pues así lo permitido Dios Nuestro Señor, que no ha de volver ninguna de ellas donde estaban. Con esto se las llevaron todas tres, y las enterraron de secreto en un convento de aquellos. Y aunque la justicia hizo diligencia para saber quién las quitó, no se pudo averiguar; porque el hecho fue agradable a todos los de aquella tierra, porque quitaron entre ellas la cabeza de Gonzalo Pizarro, que les era muy penoso verla en aquel lugar. Esta relación me dió un caballero que gastó algunos años de su vida en los imperios de Méjico y Perú, en servicio de Su Majestad, con oficio real: ha por nombre don Luis de Cañaveral, y vive en esta ciudad de Córdova. Pero al principio del año de mil y seiscientos y doce vino un religioso de la orden del seráfico padre San Francisco, gran teólogo, nacido en el Perú, llamado fray Luis Jerónimo de Oré, y hablando de estas cabezas, me dijo que en el convento de San Francisco de la Ciudad de los Reyes estaban depositadas cinco cabezas, la de Gonzalo Pizarro, la de Francisco Carvajal y Francisco Hernández Girón, y otras dos que no supo decir cuyas eran. Y que aquella santa casa las tenían en depósito, no enterradas sino en guarda; y que él deseó muy mucho saber cuál de ellas era la de Francisco de Carvajal, por la gran fama que en aquel Imperio dejó. Yo le dije que por el letrero que tenía en la jaula de hierro, pudiera saber cual de ellas era. Dijo que no estaban en jaulas de hierro sino sueltas cada una de por sí, sin señal alguna por ser conocidas. La diferencia que hay de una relación a la otra, debió de ser que los religiosos no quisieron enterrar aquellas cabezas que les llevaron por no hacerse culpados de lo que no lo fueron; y que se quedasen en aquella santa casa, ni enterrados ni por enterrar. Y que aquellos caballeros que las quitaron del rollo, dijesen a sus amigos que las dejaron sepultadas; y así hube ambas relaciones como se han dicho. Este religioso, fray Luis Jerónimo de Oré, iba desde Madrid a Cádiz con orden de sus superiores y del Consejo Real de las Indias, para despachar dos docenas de religiosos, o ir él con ellos a los reinos de la Florida a la predicación de santo Evangelio a aquellos gentiles. No iba certificado si iría con los religiosos, o si volvería habiéndolos despachado. Mandóse que le diese algún libro de nuestra *Historia de la Florida*, que llevasen aquellos religiosos para saber y tener noticia de las provincias y costumbres de aquella gentilidad. Yo le serví con siete libros; los tres fueron de la Florida, y los cuatro de nuestros *Comentarios*, de que su paternidad se dió por muy servido. La divina majestad se sirva de ayudarles en esta demanda para que aquellos idólatras salgan del abismo de sus tinieblas.

Será bien digamos aquí la muerte del capitán Baltasar Velásquez, que fue extraña, y también porque no vaya sola y sin compañía la de Francisco

Hernández Girón. Es así, que algunos meses después de lo dicho, residiendo Baltasar Velásquez en la Ciudad de los Reyes, tratándose como capitán mozo y valiente, le nacieron dos postemas en las vedijas; y él por mostrarse más galán de lo que le convenía, no quiso curarse, de manera que llegasen a madurar y abrirse las postemas que es lo más seguro. Pidió que se las resolviesen adentro; sucedió que al quinto día le dió cáncer allá en lo interior, y fue de manera que se asaba vivo. Los médicos, no sabiendo qué hacerle, le echaban vinagre por refrescarle; pero el fuego se encendía más y más, de manera que nadie podía sufrir a tener la mano media vara alta del cuerpo, que ardía como fuego natural. Así acabó el pobre capitán, dejando bien que hablar a los que le conocían, de sus valentías presentes y pasadas, que se acabaron con muerte tan rigurosa.

Los capitanes y soldados pretendientes que quedaron en el Cozco, luego que supieron la prisión y muerte de Francisco Hernández Girón, fueron en pos de los Oidores a porfiar que les hiciesen mercedes por los servicios pasados. Y así luego que estuvieron de asiento en la Ciudad de los Reyes, volvieron con mucha instancia a su demanda, y muchos de ellos alegaban diciendo que por haber gastado sus haciendas en la guerra pasada, estaban tan pobres, que aún para el gasto ordinario no les había quedado nada. Y que era razón y justicia cumplirle la palabra que les habían dado, de que acabado el tirano se les haría gratificación; que ya él era muerto; que no restaba más de la paga, y que de ella (según ellos sentían) había poca o ninguna cuenta. Los Oidores respondieron que no era de los leales servidores de Su Majestad pretender sacar con fuerza y violencia la gratificación que se les debía. Que ellos y todo el mundo la conocían, que por horas y momentos esperaban nuevas de que Su Majestad hubiese proveído Visorrey, que no podía ser menos, porque no convenía que aquel Imperio estuviese sin él. El cual si hallase repartido lo que en la tierra había vaco, se indignaría contra los Oidores por no haberle esperado, y contra los pretendientes por haber hecho tanta instancia en la paga; y todos quedarían mal puestos con él. Que se sufriesen siquiera por tres o cuatro meses, que no era posible sino que en este tiempo tuviesen nuevas de la venida del Visorrey. Y que cuando no fuese así, ellos repartirían la tierra, y cumplirían su palabra, que bien sentían la falta que tenían de hacienda, y que les dolía muy mucho no poderles socorrer en aquella necesidad. Pero que por ser el plazo tan corto, o por no desagradar al Visorrey, se debía sufrir la necesidad con la esperanza de la abundancia. Que hacer otra cosa y querer violentar la paga, más era perder méritos que ganar la gratificación de ellos. Con estas razones y otras semejantes templaron los Oidores la furia de los pretendientes, y permitió Dios que pocos meses después, que no fueron más de seis, llegase la nueva de la ida del Visorrey. Con la cual se aplacaron todos, y se apercibieron para el recibimiento de su excelencia, que de los que fueron al Perú, fue el primero que se llamó así.

FIN DEL LIBRO SÉPTIMO

LIBRO OCTAVO

DE LA SEGUNDA PARTE

DE LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS

Dice como celebraban los indios y españoles la fiesta del Santísimo Sacramento en la ciudad del Cozco. Un caso admirable que acaeció en ella. La elección del Marqués de Cañete por Visorrey del Perú. La provisión de nuevos ministros. Las prevenciones que hizo para atajar motines. La muerte de los vecinos que siguieron a Francisco Hernández Girón, y la de Martín de Robles. El destierro de los pretendientes a España. La salida de las montañas por vía de paz del príncipe heredero de aquel Imperio, y su muerte breve. Los desterrados llegan a España. La mucha merced que Su Majestad les hizo. Restituye sus indios a los herederos de los que mataron por tiranos. La ida de Pedro de Orsúa a las Amazonas. La elección del Conde de Nieva por Visorrey del Perú. El fallecimiento de su antecesor, y la del mismo Conde. La elección del Licenciado Castro por Gobernador del Perú. Y la de don Francisco de Toledo por Visorrey. La prisión del príncipe Túpac Amaru, heredero de aquel Imperio. Y la muerte que le dieron. La venida del Visorrey a España y su fin y muerte. Contiene veinte y un capítulos.

CAPÍTULO I: Cómo celebran indios y españoles la fiesta del Santísimo Sacramento en el Cozco. Una pendencia particular que los indios tuvieron en una fiesta de aquéllas

Porque la historia pide que cada suceso se cuente en su tiempo y lugar, ponemos estos dos siguientes al principio de este libro octavo, porque sucedieron en el Cozco después de la guerra de Francisco Hernández Girón y antes de la llegada del Visorrey que los de aquel Reino esperaban. Guardando, pues, esta regla, decimos que la fiesta que los católicos llamamos Corpus Christi se celebraba solemnísimamente en la ciudad de Cozco después que se acabaron las guerras que el demonio inventó en aquel Imperio por estorbar la predicación de nuestro Santo Evangelio, que la postrera fue la de Francisco Hernández Girón, y plega a Dios que lo sea. La misma solemnidad habrá ahora, y mucho mayor, porque después de aquella guerra que se acabó al fin del año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, han sucedido cincuenta y siete años de paz hasta el presente, que es de mil y seiscientos y once, cuando se escribe este capítulo.

Mi intención no es sino escribir los sucesos de aquellos tiempos y dejar los presentes para los que quisieron tomar el trabajo de escribirlos. Entonces había en aquella ciudad cerca de ochenta vecinos, todos caballeros nobles, hijosdalgo, que por vecinos (como en otras partes lo hemos dicho) se entienden los señores de vasallos que tienen repartimientos de indios. Cada uno de ellos tenía cuidado de adornar las andas que sus vasallos habían de llevar en la procesión de la fiesta. Componíanlas con seda y oro, y muchas ricas joyas, con esmeralda y otras piedras preciosas. Y dentro en las andas ponían la imagen de Nuestro Señor o de Nuestra Señora, o de otro santo o santa de la devoción del español, o de los indios sus vasallos. Semejaban las andas a las que en España llevan las cofradías en las tales fiestas.

Los caciques de todo el distrito de aquella gran ciudad venían a ella a solemnizar la fiesta, acompañados de sus parientes y de toda la gente noble de sus provincias. Traían todas las galas, ornamentos e invenciones que en tiempo de sus Reyes Incas usaban en la celebración de sus mayores fiestas (de las cuales dimos cuenta en la primera parte de estos *Comentarios*); cada nación traía el blasón de su linaje de donde se preciaba descender.

Unos venían (como pintan a Hércules) vestidos con la piel de león, y sus cabezas encajadas en las del animal, porque se preciaban descender de un león. Otros traían las alas de un ave muy grande que llaman *Cúntur*, puestas a las espaldas, como las que pintan a los ángeles, porque se precian descender de aquella ave. Y así venían otros con otras divisas pintadas, como fuentes, ríos, lagos, sierras, montes, cuevas, porque decían que sus primeros padres salieron de aquellas cosas. Traían otras divisas extrañas con los vestidos chapados de oro y plata. Otros con guirnaldas de oro y plata; otros venían hechos monstruos, con

máscaras feísimas, y en las manos pellejinas de diversos animales, como que los hubiesen cazado, haciendo grandes ademanes, fingiéndose locos y tontos, para agradar a sus Reyes de todas maneras. Unos con grandezas y riquezas, y otros con locuras y miserias; y cada provincia con lo que le parecía que era mejor invención, de más solemnidad, de más fausto, de más gusto, de mayor disparate y locura; que bien entendían que la variedad de las cosas deleitaba la vista, y añadía gusto y contento a los ánimos. Con las cosas dichas, y otras muchas que se pueden imaginar, que yo no acierto a escribirlas, solemnizaban aquellos indios las fiestas de sus Reyes. Con las mismas (aumentándolas todo lo más que podían) celebraban en mis tiempos la fiesta del Santísimo Sacramento, Dios verdadero, Redentor y Señor nuestro. Y hacíanlo con grandísimo contento, como gente ya desengañada de las vanidades de su gentilidad pasada.

El Cabildo de la Iglesia y el de la ciudad, hacían por su parte lo que convenía a la solemnidad de la fiesta. Hacían un tablado en el hastial de la iglesia, de la parte de afuera que sale a la plaza, donde ponían el Santísimo Sacramento en una muy rica custodia de oro y plata. El cabildo de la Iglesia se ponía a la mano derecha, y el de la ciudad a la izquierda. Tenía consigo a los Incas que habían quedado de la sangre real, por honrarles y hacer alguna demostración de que aquel Imperio era de ellos.

Los indios de cada repartimiento pasaban con sus andas, con toda su parentela y acompañamiento, cantando cada provincia en su propia lengua particular materna, y no en la general de la corte, por diferenciarse las unas de las otras.

Llevaban sus atambores, flautas, caracoles, y otros instrumentos rústicos musicales. Muchas provincias llevaban sus mujeres en pos de los varones, que les ayudaban a tañer y cantar.

Los cantares que iban diciendo eran en loor de Dios Nuestro Señor, dándole gracias por la merced que les había hecho en traerlos a su verdadero conocimiento; también rendían gracias a los españoles sacerdotes y seculares, por haberles enseñado la doctrina cristiana. Otras provincias iban sin mujeres, solamente los varones; en fin, todo era a la usanza del tiempo de sus Reyes.

A lo alto del cementerio, que está a siete u ocho gradas más alto que la plaza, subían por una escalera a adorar el Santísimo Sacramento en sus cuadrillas, cada una dividida de la otra diez o doce pasos en medio, porque no se mezclasen unas con otras. Bajaban a la plaza por otra escalera que estaba a mano derecha del tablado. Entraba cada nación por su antigüedad (como fueron conquistadas por los Incas), que los más modernos eran los primeros, y así los segundos y terceros, hasta los últimos, que eran los Incas. Los cuales iban delante de los sacerdotes en cuadrilla de menos gente y más pobreza, porque habían perdido todo su Imperio, y sus casas y heredades particulares.

Yendo pasando las cuadrillas como hemos dicho, para ir en procesión, llegó la de los Cañaris, que aunque la provincia de ellos está fuera del distrito de aquella ciudad, van con sus andas en cuadrilla de por sí, porque hay muchos

indios de aquella nación que viven en ella, y el caudillo de ellos era entonces don Francisco Chillchi, Cañari, de quien hicimos mención en el cerco y mucho aprieto en que el príncipe Manco Inca tuvo a Hernando Pizarro y a los suyos cuando este cañari mató en la plaza de aquella ciudad al indio, capitán del Inca, que desafió a los españoles a batalla singular. Este don Francisco subió las gradas del cementerio muy disimulado, cubierto con su manta y las manos debajo de ella, con sus andas, sin ornamento de seda ni oro, más de que iban pintadas de diversos colores, y en los cuatro lienzos del chapitel llevaba pintadas cuatro batallas de indios y españoles.

Llegando a lo alto del cementerio, en derecho del cabildo de la ciudad, donde estaba Garcilaso de la Vega, mi señor, que era Corregidor entonces, y Teniente el Licenciado Monjaraz, que fue un letrado de mucha prudencia y consejo, desechó el indio cañari la manta que llevaba en lugar de capa, y uno de los suyos se la tomó de los hombros, y él quedó en cuerpo con otra manta ceñida (como hemos dicho que se la ciñen cuando quieren pelear o hacer cualquier otra cosa de importancia); llevaba en la mano derecha una cabeza de indio contrahecha asida por los cabellos. Apenas la hubieron visto los Incas, cuando cuatro o cinco de ellos arremetieron con el cañari y lo levantaron alto del suelo para dar con él de cabeza en tierra. También se alborotaron los demás indios que había de la una parte y de la otra del tablado donde estaba el Santísimo Sacramento; de manera que obligaron al Licenciado Monjaraz a ir a ellos para ponerlos en paz. Preguntó a los Incas que por qué se habían escandalizado. El más anciano respondió diciendo: "Este perro auca, en lugar de solemnizar la fiesta, viene con esta cabeza a recordar cosas pasadas que estaban muy bien olvidadas".

Entonces el Teniente preguntó al cañari que qué era aquello. Respondió diciendo: "Señor, yo corté esta cabeza a un indio que desafió a los españoles que estaban cercados en esta plaza con Hernando Pizarro, y Gonzalo Pizarro, y Juan Pizarro, mis señores, y mis amos, y otros doscientos españoles. Y ninguno de ellos quiso salir al desafío del indio, por parecerles antes infamia que honra pelear con un indio, uno a uno. Entonces yo les pedí licencia para salir al duelo, y me la dieron los cristianos, y así salí y combatí con el desafiador, y le vencí y corté la cabeza en esta plaza." Diciendo esto, señaló con el dedo el lugar donde había sido la batalla. Y volviendo a su respuesta, dijo: "Estas cuatro pinturas de mis andas son cuatro batallas de indios y españoles, en las cuales me hallé en servicio de ellos. Y no es mucho que tal día como hoy me honre yo con la hazaña que hice en servicio de los cristianos." El inca respondió: "Perro traidor, ¿hiciste tú esa hazaña con fuerzas tuyas, sino en virtud de este señor Pachacámac que aquí tenemos presente, y en la buena dicha de los españoles? ¿No sabes que tú y todo tu linaje érades nuestros esclavos, y que no hubiste esa victoria por tus fuerzas y valentía, sin por la que he dicho? Y si lo quieres experimentar ahora que todos somos cristianos, vuélvete a poner en esa plaza con tus armas y te enviaremos un criado, el menor de los nuestros, y te hará a ti

y a todos los tuyos. ¿No sabes que en esos mismos días, y en esta misma plaza, cortamos treinta cabezas de españoles, y que un Inca tuvo rendidas dos lanzas a dos hombres de a caballo y se las quitó de la mano, y a Gonzalo Pizarro se la hubiera de quitar si su esfuerzo y destreza no le ayudara? ¿No sabes que dejamos de hacer guerra a los españoles y desamparamos el cerco, y nuestro príncipe se desterró voluntariamente y dejó su Imperio a los cristianos, viendo tantas y tan grandes maravillas como el Pachacámac hizo en favor y amparo de ellos? ¿No sabes que matamos por esos caminos de Rímac al Cozco (durante el cerco de esta ciudad) cerca de ochocientos españoles? ¿Fuera bien hecho, que para honrarnos con ellas sacáramos en esta fiesta las cabezas de todos ellos, y la de Juan Pizarro que matamos allá arriba en aquella fortaleza? ¿No fuera bien que miraras todas estas cosas y otras muchas que pudiera yo decir, para que tú no hicieras un escándalo, disparate y locura como las que has hecho?" Diciendo esto volvió al Teniente, y le dijo: "Señor, hágase justicia como se debe hacer para que no seamos baldonados de los que fueron nuestros esclavos".

El Licenciado Monjaraz, habiendo entendido lo que el uno y el otro dijeron, quitó la cabeza que el cañari llevaba en la mano, y le mandó desceñir la manta que llevaba ceñida, y que no tratase más de aquellas cosas en público ni en secreto, so pena que lo castigaría rigurosamente. Con esto quedaron satisfechos los Incas y todos los indios de la fiesta, que se habían escandalizado de la libertad y desvergüenza del cañari, y todos en común, hombres y mujeres, le llamaron *auca*, *auca*, y salió la voz por toda la plaza. Con esto pasó la procesión adelante, y se acabó con la solemnidad acostumbrada. Dícenme que en estos tiempos alargan el viaje de ella dos tantos más que solía andar, porque llegan hasta San Francisco y vuelven a la iglesia por muy largo camino. Entonces no andaba más que el cerco de las dos plazas Cusipata y Haucaypata, que tantas veces hemos nombrado. Sea la Majestad Divina loada, que se digna de pasearlas alumbrando aquellos gentiles, y sacándoles de las tinieblas en que vivían.

CAPÍTULO II: De un caso admirable que acaeció en el Cozco

El segundo suceso es el que veremos bien extraño, que pasó en el Cozco en aquellos años, después de la guerra de Francisco Hernández Girón, que por habérmelo mandado algunas personas graves y religiosas que me habían oído contarlo, y por haberme dicho que será en servicio de la Santa Madre Iglesia Romana, Madre y Señora Nuestra, dejarlo escrito en el discurso de nuestra historia, me pareció que yo como hijo, aunque indigno de tal madre, estaba obligado a obedecerles y dar cuenta del caso, que es el que se sigue.

Ocho o nueve años antes de lo que se ha referido, se celebraba cada año en el Cozco la fiesta del divino San Marcos, como podían los moradores de aquella ciudad. Salía la procesión del convento del bienaventurado Santo Domingo, que,

como atrás dijimos, se fundó en la casa y templo que era del Sol en aquella gentilidad antes que el Evangelio llegara a aquella ciudad. Del convento iba la procesión a una ermita que está junto a las casas que fueron de don Cristóbal Paullu, Inca. Un clérigo, sacerdote antiguo en la tierra, que se decía el padre Porras, devoto del bienaventurado evangelista, queriendo solemnizar su fiesta, llevaba cada año un toro manso en la procesión, cargado de guirnaldas de muchas maneras de flores. Yendo ambos cabildos, eclesiástico y seglar, con toda la demás ciudad, el año de quinientos y cincuenta y seis, iba el toro en medio de toda la gente, tan manso como un cordero, y así fue y vino con la procesión. Cuando llegaron de vuelta al convento (porque no cabía toda la gente en la iglesia), hicieron calle los indios y la demás gente común en la plaza que está antes del templo. Los españoles entraron dentro, haciendo calle desde la puerta hasta la capilla mayor. El toro, que iba poco adelante de los sacerdotes, habiendo entrado tres o cuatro pasos del umbral de la iglesia tan manso como se ha dicho, bajó la cabeza, y con una de sus armas asió por la horcajadura a un español que se decía Fulano de Salazar, y levantándolo en alto lo echó por cima de sus espaldas y dio con él en una de las puertas de la iglesia, y de allí cayó fuera de ella, sin más daño de su persona. La gente se alborotó con la novedad del toro, huyendo a todas partes; mas él quedó tan manso como había ido y venido en toda la procesión, y así llegó hasta la capilla mayor. La ciudad se admiró del caso, e imaginando que no podía ser sin misterio, procuró con diligencia saber la causa. Halló que seis o siete meses antes, en cierto pleito o pendencia que el Salazar tuvo con un eclesiástico, había incurrido en descomunión, y que él, por parecerle que no era menester, no se había absuelto de la descomunión. Entonces se absolvió y quedó escarmentado para no caer en semejante yerro. Yo estaba entonces en aquella ciudad, y me hallé presente al hecho; vi la procesión y después oí el cuento a los que lo contaban mejor y más largamente referido que lo hemos relatado.

CAPÍTULO III: La elección del Marqués de Cañete por Visorrey del Perú. Su llegada a Tierra Firme. La reducción de los negros fugitivos. La quema de un galeón con ochocientas personas dentro.

La Majestad Imperial, luego que supo en Alemania la muerte del Visorrey don Antonio de Mendoza, proveyó por Visorrey del Perú al Conde de Palma. El cual se escusó con causas justas para no aceptar la plaza. Lo mismo hizo el Conde de Olivares, que asimismo fue proveído para Visorrey de aquel gran Reino. Sospecharon los indianos que por ser la carrera tan larga hasta llegar allá y alejarse tanto de España no querían aceptar el cargo; aunque un Visorrey de los que fueron después decía, que la mejor plaza que Su Majestad proveía era el visorreino del Perú, si no estuviera tan cerca Madrid donde reside la corte. Decía

esto, porque le parecía que en muy breve tiempo llegaban a la corte las nuevas de los agravios que él hacía. Últimamente proveyó Su Majestad a don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, guarda mayor de Cuenca. El cual aceptó la plaza y con las provisiones necesarias se partió para el Perú, y llegó al Nombre de Dios donde tomó residencia a los ministros de la justicia, y a los oficiales de la hacienda imperial. Hizo mercedes a ciertos conquistadores antiguos de aquellas islas de Barlovento y Tierra-Firme, como lo dice el Palentino, capítulo segundo, porque los halló muy pobres. Pero no fueron las mercedes de repartimientos de indios, porque ya en aquellos tiempos eran acabados los naturales de aquellas tierras. Fueron de ayudas de costa y de oficios de aprovechamiento. Proveyó a Pedro de Orsúa, que era un caballero noble, gran soldado y capitán que en el nuevo Reino había hecho grandes conquistas y poblado una ciudad, que llamaron Pamplona. Y por la aspereza de un juez que fue a gozar de lo que Orsúa había trabajado por alejarse de él, como lo escribe el beneficiado Juan de Castellanos, se fue a vivir al Nombre de Dios, donde le halló el Visorrey don Andrés Hurtado de Mendoza; y le dió comisión para que diese orden y traza para remediar y prohibir los daños que los negros fugitivos (que llaman cimarrones y viven en las montañas), hacían por los caminos, salteando los mercados y caminantes, robándoles cuanto llevaban, con muertes de muchos de ellos que era intolerable. Y no se podía caminar sino en escuadras de veinte de arriba. Y el número de los negros crecía cada día; porque teniendo tal guarida se huían con mucha facilidad, y sin recibir de sus amos agravio alguno. Para lo cual declarando aquel autor que no escribe nada de esto, decimos que Pedro de Orsúa hizo gente para conquistar los negros cimarrones (vocablo del lenguaje de las islas de Barlovento) a lo cual fueron muchos soldados de los de Francisco Hernández Girón, que estaban en aquella tierra, de ellos huidos y de ellos desterrados. Y el Visorrey los perdonó a todos los que se hallasen en esta jornada. Los negros viéndose apretados, salieron a pedir partidos. Y por bien de paz, porque así convenía, les concedieron que todos los que hasta tal tiempo se hubiesen huido de sus amos fuesen libres, pues ya les tenían perdidos. Y que los que de allí adelante se huyesen, fuesen obligados los cimarrones a volverlos a sus dueños, o pagasen lo que les pidiesen por ellos. Que cualquiera negro o negra que fuese maltratado de su amo, pagándole lo que le había costado, le diese libertad. Y que los negros poblasen donde viviesen recogidos como ciudadanos y naturales de la tierra, y no derramados por los montes. Que contratasen con los españoles todo lo que bien les estuviese. Todo lo cual se otorgó de la una parte y de la otra por vivir en paz; y los negros dieron sus rehenes bastantes, con que se aseguró todo lo capitulado.

Con los rehenes salió el Rey de ellos, que se decía Ballano, para entregarlas por su propia persona; más él quedó por rehenes perpetuos, porque no quisieron soltarle. Trajéronlo a España, donde falleció el pobre negro. Y porque poco antes de este viaje del Visorrey sucedió en el mar Océano un caso extraño, me pareció dar cuenta de él, aunque no es de nuestra historia. Y fue que Jerónimo

de Alderete, que había venido de Chile a España, a negocios del Gobernador Pedro de Valdivia, sabiendo su fin y muerte, pretendió la misma plaza, y Su Majestad le hizo merced de ella. El cuál llevó consigo una cuñada suya, mujer honesta y devota, de las que llaman beatas. Embarcóse en un galeón, donde iban ochocientas personas; el cual iba por capitán de otras seis naves. Salieron de España dos meses antes que el Visorrey. La beata, por mostrarse muy religiosa, pidió licencia al maestre del galeón para tener en su cámara lumbre de noche, para rezar sus devociones. El maestro se la dió porque era cuñada del Gobernador. Navegando con tiempo muy próspero, sucedió que un médico que iba en otro navío, fue al galeón a visitar a un amigo suyo, que por serlo tanto holgaron de verse aunque iban ambos en la armada. Ya sobre tarde queriendo volverse el médico a su navío, le dijo su amigo: "No os vayáis hermano, quedaos acá esta noche, y mañana os iréis, que el buen tiempo lo permite todo." El médico se quedó y la barquilla en que iba ataron al galeón para servirse otro día de ella. Sucedió que aquella noche la beata después de rezar, o a medio rezar, se durmió con la lumbre encendida, con tan poca advertencia de lo que podía suceder, que se vió, luego cuán mal hecho es quebrantar cualquiera regla y orden que la milicia de mar o tierra tenga dada por ley para su conservación. Que una de ellas es que jamás de noche haya otra lumbre en la nave sino la de la Lantia, so pena de la vida al maestre que la consintiera. Sucedió la desgracia que la lumbre de la beata iba cerca de la madera del galeón, de manera que el fuego se encendió y se descubrió por la parte de afuera. Lo cual visto por el maestre viendo que no tenía remedio de apagarse, mandó al marinero que gobernaba, que arrimase al galeón el barco que iba atado a él, en que el médico fue el día antes. Y el maestre fue al Gobernador Alderete, y sin hacer ruido le recordó y dijo lo que había en el galeón. Y tomando un muchacho hijo suyo, de los que llevaba consigo, se fue con el Gobernador al barco, y entraron dentro los cuatro que hemos dicho, y se alejaron del galeón sin dar voces ni hacer otro ruido, porque no recordase la gente y se embarazasen unos a otros, y se ahogasen todos. Quiso por aquella vía librarse de la muerte, y dejarle entregado un hijo, en pena de haber quebrantado la ley que tan inviolablemente debía guardar. El fuego, con el buen alimento que en los navíos tenía de brea y alquitrán, pasó adelante y despertó los que dormían. Las otras naves de la armada viendo el gran fuego que había en la capitana, se acercaron a ella para recoger la gente que se echase a la mar. Pero llegando el fuego a la artillería la disparó toda de manera los navíos huyeron a toda prisa de temor de las balas, que como nave capitana iba bien artillada y aprestada para lo que se ofreciese. Y así perecieron las ochocientas personas que iban dentro, de ellos quemados del fuego, y de ellos ahogados en el mar; que causó gran lástima la nueva de esta desgracia a todos los del Perú. Jerónimo de Alderete luego que amaneció entró en uno de sus navíos, y mandó poner estandarte para que viesen los demás que habían escapado del fuego y del agua. Y dando orden a los demás navíos que siguiesen su viaje al Nombre de Dios, él arribó a España, a pedir nuevas provisiones de su

gobernación, y lo demás necesario para su persona, porque todo lo consumió el fuego. Y así volvió a seguir su camino en compañía de la armada en que fue el Marqués de Cañete por Visorrey al Perú; como lo dice el Palentino, aunque no cuenta la desgracia del galeón.

CAPÍTULO IV: El Visorrey llega al Perú. Las provisiones que hace de nuevos Ministros. Las cartas que escribe a los Corregidores.

El Visorrey don Andrés Hurtado de Mendoza salió de Panamá, y con buen tiempo llegó a Paita, que es término del Perú, donde despachó provisiones de gobernación para el Reino de Quitu y otras parte de aquél paraje; y escribió a todos los corregidores de las ciudades de aquél Imperio. Envió un caballero deudo de su casa, con particular embajada a la cancillería real de los Reyes. El cual paró en la ciudad de San Miguel, y como mozo se detuvo en ella, con otros caballeros de su edad, en ejercicios poco o nada honestos. Lo cual sabido por el Visorrey, le envió a mandar que no pasase adelante; y cuando llegó a aquella ciudad mandó que le prendiesen y trajesen a España preso; porque no quería que sus embajadores y criados saliesen de la comisión y orden que les daba. Asimismo envió a España a don Pedro Luis de Cabrera, y a otros casados, que tenían sus mujeres en ella. Aunque es verdad que la culpa más era de las mujeres que no de sus maridos; porque algunos de ellos habían enviado por las suyas y con mucho dinero para el camino; y por no dejar a Sevilla que es encantadora de las que la conocen, no quisieron obedecer a sus maridos, antes procuraron ellas con la justicia, que se los enviasen a España. Que por no ir al Perú tres de ellas, cuyos maridos yo conocí, perdieron los repartimientos que con la muerte de sus maridos heredaban, que valían más de cien mil ducados de renta. Los cuales pudiéramos nombrar; pero es justo que guardemos la reputación y honor de todos. El Visorrey pasó adelante en su camino con la mayor blandura y halago que pudo mostrar, haciendo mercedes y regalos de palabra a todos los que le hablaban y pedían, gratificación de sus servicios. Todo lo cual hacía con buena maña e industria para que la nueva pasase adelante y quietase los ánimos de los que podían estar alterados por los delitos e indicios pasados. La fama entre otras cosas, publicó entonces, que el Visorrey quería hacer un particular consejo de cuatro personas principales y antiguas en el Reino, que fuesen libres de pasión y afición, y que como hombres que conocían a todos los de aquel Imperio, y sabían los méritos de cada uno, le avisasen y dijesen lo que debía hacer con los pretendientes, porque no le engañasen con relaciones fingidas. Publicó la fama de los que habían de ser del consejo. El uno de ellos era Francisco de Garay, vecino de Huánuco, y otro Lorenzo de Aldana, vecino de Arequepa, y Garcilaso de la Vega y Antonio de Quiñones, vecinos del Cozco. Y era notorio que cualquiera de todos cuatro pudiera muy largamente gobernar el Perú y más

adelante. Con esta novela se alentaron y regocijaron todos los moradores de aquel Imperio, así indios como españoles, seglares y eclesiásticos, y a todas voces decían que aquel príncipe venía del cielo, pues con tales consejeros quería gobernar el Reino.

El Visorrey siguió su camino hasta la Ciudad de los Reyes, publicando siempre que iba, a hacer mercedes, como lo dice el Palentino, capítulo segundo, por estas palabras: "Lo que más se extendía su fama era que hacía grandes mercedes, y que no tocaba en cosas pasadas. Por cuya causa acudió a Trujillo gran número de gente, y entre ellos muchos que no habían sido muy sanos en servicio del Rey. Y a estos por entonces el virrey les hacía buena cara, y daba a entender en sus pláticas que aquellos que de Francisco Hernández se habían pasado al Rey, le habían dado la tierra. Y de esta suerte los descuidaba tanto, que en el Cozco y otras partes, vecinos que vivían recatados por la pasada dolencia, que estaban en sus pueblos de indios, y cuando venían a la ciudad era con mucha compañía y gran recato. Con este rumor y fama se comenzaron a descuidar," etc.

Hasta aquí es de aquel autor. Y declarando lo que en esto hubo, decimos que todos los vecinos del Cozco estaban quietos, y sosegados, alegres y contentos con la venida del Visorrey, y con las buenas nuevas que la fama publicaba de su intención y deseos. Solo Tomás Vásquez y Piedrahita eran los que estaban en los pueblos de sus indios, y no residían en la ciudad. Y esto más era de vergüenza de haber seguido al tirano desde el principio de su levantamiento, que no de miedo de la justicia, porque estaban perdonados en nombre de Su Majestad por su cancillería real; porque habían hecho aquel gran servicio de negar al tirano en la coyuntura que le negaron, que fue toda su perdición y acabamiento; y no venían a la ciudad con mucha compañía ni gran recato, como lo dice aquel autor; sino que voluntariamente se estaban desterrados en sus repartimientos de indios. Que en más de tres años (que entonces fue Corregidor Garcilaso de la Vega, mi señor) yo no los ví en ella, sino fue sola una vez a Juan de Piedrahita, que vino de noche a algún negocio forzoso, y de noche visitó a mi padre, dió cuenta de su vida solitaria; pero nunca salió a plaza de día. Por lo cual me espanto que se escriban cosas tan ajenas de lo que pasó. Y Alonso Díaz que fue el otro vecino que acompañó a Francisco Hernández Girón, no quiso ausentarse de la ciudad, sino vivir en ella como solía. Y esto es lo que hubo entonces en aquel pueblo, y no tanto escándalo, como las palabras de aquel autor significan y causan a los oyentes.

El Visorrey llegó a la Ciudad de los Reyes por el mes de julio de mil quinientos cincuenta y siete años, donde fue recibido como convenía a la grandeza de su oficio real, y a la calidad de su persona y estado, que era señor de vasallos con título de Marqués; que aunque los visorreyes pasados tuvieron el mismo oficio, carecieron de título y de vasallos. Y habiendo tomado su silla y asiento, pasados ochos días, tomó la posesión de aquél Imperio por el Rey don Felipe Segundo, por renunciación que el Emperador Carlos Quinto hizo en Su

Majestad, de los reinos y señoríos que tenía. Lo cual hizo por falta de salud para poder gobernar imperios y reinos tan grandes, y tratar negocios tan importantes y dificultosos, como los que se ofrecen en semejantes gobiernos. La posesión se tomó con toda la solemnidad y ceremonias y acompañamientos que se requería; donde se halló el Visorrey, y la Audiencia Real; y los cabildos seglar y eclesiástico con el arzobispo de los Reyes don Jerónimo de Loayza, y los conventos de religiosos que entonces había en aquella ciudad, que eran cuatro: el de Nuestra Señora de las Mercedes, de San Francisco, Santo Domingo y San Agustín. Pasada la ceremonia en la plaza y por las calles, fueron a la iglesia catedral, donde el arzobispo dijo una misa pontificial con gran solemnidad. Lo mismo pasó en todas las demás ciudades de aquel Imperio; con lo cual mostró cada uno conforme su posibilidad, el contento y regocijo que recibieron de tal auto. Hubo muchas fiestas muy solemnes de toros, y juegos de cañas, y muchas libreas muy costosas; que era y es la fiesta ordinaria de aquella tierra.

El Visorrey don Andrés Hurtado de Mendoza, luego que se subieron tomado las posesiones, envió corregidores y ministros de justicia a todos los pueblos del Perú. Entre ellos fue al Cozco un letrado natural de Cuenca, que se decía Bautista Muñoz, que el Visorrey llevó consigo. El Licenciado Altamirano, Oidor de Su Majestad, que no quiso acompañar el estandarte real y su ejército en la guerra pasada, fue por Corregidor a la ciudad de la Plata; y otros fueron a las ciudades de Huamanca, Arequepa y de la Paz, donde pasaron cosas grandes: algunas de ellas contaremos en el capítulo siguiente, que decirlas todas es muy dificultoso.

CAPÍTULO V: Las prevenciones que el Visorrey hizo para atajar motines y levantamientos. La muerte de Tomás Vásquez, Piedrahita y Alonso Díaz, por haber seguido a francisco Hernández Girón.

El Visorrey, como lo dice el Palentino, capítulo segundo de su tercera parte, luego que entró en la Ciudad de los Reyes, mandó tomar todos los caminos que salían de ella para las demás ciudades de aquel Imperio. Puso en ellos personas de quien tenía confianza, mandándoles que con mucho cuidado y vigilancia mirasen y catasen así a españoles como a indios, si llevaban cartas de unas partes a otras. Lo cual mandó que se hiciese para entender si se trataba de alguna novedad de los unos a los otros. Palabras son de aquel autor, y todo lo que vamos diciendo es suyo, y yo ví mucha parte de ello. Asimismo, mandó el Visorrey que ningún español caminase sin licencia particular de la justicia del pueblo donde salía, habiendo dado causas bastantes para que se la diesen. Y en particular mandó que no viniesen los españoles a la Ciudad de los Reyes con achaque de ver las fiestas y regocijos que en ellas se hacían. Aunque en esto hubo poco afecto, porque antes que el Visorrey llegara a aquella ciudad estaba

toda llena de los pretendientes y de los demás negociantes que esperaban la venida del Visorrey; que luego que supieron su ida acudieron todos a hallarse a su recibimiento y festejarle su llegada. Mandó recoger en su casa la artillería gruesa que había en aquella ciudad y los arcabuces y otras armas que pudo haber. Todo lo cual se hizo, recelando no hubiese algún levantamiento, que según lo pasado, estaba aquella tierra mucho para temer semejantes rebeliones; pero los moradores estaban ya tan cansados de guerras y tan gastados, que no había que temerles. Y dejando al Visorrey, diremos de los corregidores que envió al Cozco y a los Charcas.

El Licenciado Muñoz llegó a la ciudad del Cozco con su provisión de Corregidor de aquella ciudad, la cual le salió a recibir, y luego que entró en ella, Garcilaso, mi señor, le entregó la vara de justicia, y con ella en la mano le preguntó el Corregidor nuevo cuánto valía el derecho de cada firma. Fuéle respondido que no lo sabía, porque no había cobrado tal derecho. A esto dijo el Licenciado que no era bien que los jueces perdieran sus derechos cualesquiera que fuesen. Los oyentes se admiraron de oír el coloquio, y dijeron que no era de espantar que quisiese saber lo que le podía valer el oficio fuera del salario principal; que de España a Indias no iban a otra cosa sino a ganar lo que buenamente pudiesen.

El Corregidor luego que tomó la vara y creó sus alguaciles, envió dos de ellos fuera de la ciudad; el uno a prender a Tomás Vásquez, y el otro a Juan de Piedrahita, y los trajeron presos dentro de cinco o seis días, y los pusieron en la cárcel pública. Los parientes del uno y del otro, procuraron buscar fiadores que les fiasen, que asistirían en la ciudad y no se irían de ella. Porque les pareció que la prisión era para que residiesen en la ciudad, y no en los pueblos de sus indios. A uno de los que hablaron para que fiase fue mi padre; respondió que la comisión que el Corregidor traía, debía de ser muy diferente de la que ellos pensaban; que para que residieran en la ciudad bastaba mandárselo con cualquiera pena por liviana que fuera, y no hacer tanta ostentación de enviar por ellos y traerlos presos; de lo cual sospechaba que era para cortarles las cabezas. El suceso fue como lo pronosticó Francisco Hernández Girón, como atrás se dijo; porque otro día amanecieron muertos, que en la cárcel le dieron garrote; no valiéndoles los perdones que en nombre de Su Majestad les había dado la cancillería real. Y les confiscaron los indios, y los de Tomás Vásquez, que era uno de los principales repartimientos de aquella ciudad, dió el Visorrey a otro vecino de ella, natural de Sevilla, que se decía Rodrigo de Esquivel por mejorarle, que aunque tenía repartimiento de indios, eran pobres y de poca valía. Lo mismo hicieron de los indios de Piedrahita, y de Alonso Díaz, que también le mataron, y confiscaron sus bienes como a los otros dos. No hubo más que esto en aquella ciudad, de la ejecución de la justicia contra los rebeldes en la guerra pasada. El Licenciado Muñoz siguió la residencia contra sus antecesores, puso cuatro cargos al Corregidor. El uno fue que jugaba caña, siendo justicia de aquella ciudad. Otro cargo fue que salía algunas veces de su casa a visitar

algunos vecinos suyos sin la vara en la mano, que era dar ocasión a que le perdiesen el respeto que al Corregidor se le debía. El tercero fue que consentía que en las Pascuas de Navidad jugasen en su casa los vecinos y otra gente principal de aquella ciudad, y que él siendo Corregidor jugaba con ellos. El último cargo fue que había recibido un escribano para que lo fuese de la ciudad, sin hacer otras diligencias que la ley mandaba en semejante caso. Fuéle respondido: que jugaba cañas, porque lo había hecho toda su vida, y que no le dejara de hacer aunque el oficio fuera de más calidad y alteza. Al segundo cargo se le respondió, que salía algunas veces de su casa sin la vara en la mano, por ser tan cerca de su posada la visita que iba a ser, que no se echaba de ver en la vara, y que sin ella y con ella le tenían y hacían el respeto que le debían, porque era muy conocido en todo aquel Imperio y fuera de él, y que no hacía delito contra la vara en no sacarla en la mano. Y a lo del jugar en su casa las Pascuas, dijo que era verdad que lo consentía, y él jugaba con los que iba a ella; porque jugando en su casa, se prohibían y escusaban las riñas, y pendencias que el juego podía causar no jugando en su presencia: como lo hacía el juego a cada paso, aun con los muy altos y presuntuosos. A lo del escribano dijo que como él no era letrado no miró en lo que la ley mandaba, sino en que la ciudad tenía necesidad de un oficial que administrase aquel oficio. Y que lo que él procuró fue que fuese hombre fiel y legal, cual convenía para tal ministerio y que así hallaría que lo era, y toda aquella ciudad lo diría. Al Licenciado Monjaraz que fue Teniente del Corregidor, le pusieron otros cargos semejantes y aún más livianos que la residencia, más fue por decir el nuevo juez que la había tomado, que no porque hubiese cargos que castigar ni deudas que satisfacer; y así los dió por libres de todo.

CAPÍTULO VI: La prisión y muerte de Martín de Robles, y la causa por qué lo mataron.

El Licenciado Altamirano, Oidor de la cancillería real de la Ciudad de los Reyes, fue (como atrás se dijo) por Corregidor de la ciudad de la Plata; y luego que llegó a su corregimiento, prendió a Martín de Robles, vecino de aquella ciudad, y sin hacerle cargo alguno, le ahorcó públicamente en la plaza de ella; que lastimó a toda aquella tierra porque era de los principales vecinos de aquel Imperio, y tan cargado de años y vejez que no podía traer la espada en la cinta, y se la traía un muchacho indio que andaba tras él. Lastimó mucho más su muerte cuando se supo la causa, que la cuenta el Palentino en el capítulo dos de su tercera parte, como se sigue:

"El Visorrey escribió al Licenciado Altamirano una carta misiva para que ajusticiase a Martín de Robles, y publicase que había sido la ocasión que habían certificado o dicho el Visorrey que estando Martín de Robles en conversación había dicho: 'Vamos a Lima a poner en crianza al virrey que viene descomedido

en el escribir' (propio dicho de Martín de Robles, aunque no hubiera causa ni color para decirlo) y mucho aún la común afirman que Martín de Robles nunca tal dijo. Algunos afirmaron que lo que incitó al virrey más que esta pequeña ocasión, fue haber sido Martín de Robles tan culpado, en la prisión y muerte de Vasco Núñez Vela, Visorrey del Perú," etc.

Hasta aquí es de aquel autor, y declarando este paso que está oscuro y confuso decimos: que Martín de Robles dijo aquellas palabras pero por otro término; y las causas para decirlas fueron las cartas que el Visorrey, como atrás dijimos, escribió desde Paita a todos los corregidores de aquel Imperio, haciéndoles saber su venida, que todos los sobre-escritos de las cartas decían: "Al noble señor el Corregidor de tal parte." Y dentro en la casa hablaba de vos con cualquiera que fuese. Esta manera de escribir causó admiración en todo el Perú, porque en aquellos tiempos y mucho después, hasta que salió la pragmática de las cortesías, los hombres nobles y ricos en aquella tierra escribían a sus criados con el título noble, y decían en el sobre-escrito al muy noble señor fulano; y dentro hablaban a uno de vos y a otros de él conforme a la calidad del oficio en que servían. Pues como las cartas del Visorrey iban tan de otra suerte, los maldicientes y hombres facinerosos, que deseaban alteraciones y revueltas, tomaron ocasión para murmurar, mofar y decir lo que se les antojaba. Porque los visorreyes y Gobernadores pasados escribían con respeto y miramiento de las calidades y méritos de cada uno. Y así no faltó quien dijese a mi padre (que era entonces Corregidor en la imperial ciudad del Cozco) qué cómo se podía llevar aquella manera de escribir. Mi padre, respondió que se podía llevar muy bien, porque el Visorrey no escribía a Garcilaso de la Vega, sino al Corregidor del Cozco que era su ministro: que mañana u otro día le escribiría a él, y verían cual diferente era la una carta de la otra. Y así fue que dentro de ocho días después que el Visorrey llegó a Rímac, escribió a mi padre con el sobre-escrito que decía: "al muy magnífico, señor Garcilaso de la Vega," etc. Y dentro hablaba como pudiera hablar con un hermano segundo: tanto que admiró a todos los que la vieron. Yo tuve ambas cartas en mis manos, que entonces yo servía a mi padre de escribiente en todas las cartas que escribía a diversas partes de aquel Imperio; y así respondió a estas dos por mi letra. Volviendo ahora al cuento de Martín Robles, es así que una de aquellas primeras cartas fue al Corregidor de los Charcas con la cual hablaron los mofadores muy largo, y entre otras cosas dijeron que aquel Visorrey iba muy descomedido, pues escribía de aquella manera a todos los corregidores, que muchos de ellos eran en calidad y cantidad tan buenos como él. Entonces dijo Martín de Robles: "déjenlo llegar que acá le enseñaremos a tener crianza." Díjolo por donaire, que en menores ocasiones, como lo ha dicho el Palentino, decía mayores libertades, no perdonando amigo alguno por muy amigo que fuese, ni aún a su propia mujer. Que pudiéramos contar en prueba de esto algunos cuentos y dichos suyos, si no fueran indecentes e indignos de quedar escritos. Baste decir que reprendiéndole sus amigos la libertad de sus dichos, porque los más de ellos eran perjudiciales y

ofensivos, y que se hacía malquisto con ellos, respondía que él tenía por menor pérdida la de un amigo que la de un dicho gracioso y agudo, dicho a su tiempo y coyuntura, y así perdió el triste la vida por ellos. Que la prisión del Visorrey Blasco Núñez Vela, que el Palentino dice que fue la causa, estaba ya olvidada, que habían pasado trece años en medio. Y en aquel tiempo Martín de Robles hizo muchos servicios a Su Majestad; y que en muy grande coyuntura con mucho riesgo suyo se huyó de Gonzalo Pizarro al Presidente Gasca, y sirvió en aquella guerra hasta el fin de ella, y así se lo pagó bien el Presidente Gasca como se ha dicho. Asimismo sirvió en la guerra de Don Sebastián y en la de Francisco Hernández Girón, en las cuales gastó gran suma de oro y plata de su hacienda; y todos sus delitos pasados estaban ya perdonados en nombre de Su Majestad, así por su Presidente Gasca, como por los Oidores de aquella cancillería real.

CAPÍTULO VII: Lo que el Visorrey hizo con los pretendientes de gratificación de sus servicios. Cómo por envidiosos y malos consejeros envío desterrados a España treinta y siete de ellos.

En otro paso de aquel capítulo segundo, hablando del Visorrey don Andrés Hurtado de Mendoza, dice el Palentino lo que se sigue: “So color de fiestas y regocijos, recogió en su casa toda la artillería y arcabuces y otras armas que había. Luego que todo esto hubo hecho y proveído, revocó los poderes y perdones que los Oidores habían dado, y dió tiempo a muchas personas así capitanes como soldados, acometiéndolos con alguna gratificación en remuneración de sus servicios. Y como entendió que tenía gran punto, y asimismo porque le dijeron que decían alguna palabras de mal sonido, mandó prender a muchos, y a un mismo tiempo en su propia casa (con buena maña que para ello se tuvo) de donde luego los mandó llevar con buena guarda, al puerto y Callao de Lima para enviarlos a España. Publicando enviar a los unos para Su Majestad que allá los gratificase de sus servicios, porque en el Perú no convenía. Y a otros para que con el destierro fuesen castigados. Y aconsejándole algunas personas y persuadiéndole que enviasen con ellos la información de sus culpas, así de las palabras que habían dicho como de las obras que habían hecho (si algunos eran culpados) no lo quiso hacer, diciendo que no quería ser su fiscal sino intercesor, para que de Su Majestad fuesen bien recibidos, aprovechados y honrados,” etc.

Hasta aquí es de aquel autor. Y porque son pasos de la historia que conviene declarar para que se entiendan como pasaron, porque aquel autor los dejó obscuros, diremos historialmente el suceso de cada cosa. Es así que el recoger de los arcabuces y otras armas que el autor dice que el Visorrey mandó recoger en su casa, los Oidores antes que el Visorrey fuera allá lo habían mandado a todos los corregidores de aquel Imperio. Mi padre como uno de

ellos, los mandó apregonar en su jurisdicción, y muchos caballeros y soldados principales muy servidores de Su Majestad, entregaron los arcabuces y las demás armas que tenían, pero de la gente común no tenían nadie; y si alguno acudía era con el desecho y con lo inútil que él y sus amigos tenían. Por lo cual escribió Garcilaso mi señor, a la cancillería real lo que pasaba, avisando que aquello más era perder que ganar; porque los amigos del servicio real quedaban desarmados, y los no tales se tenían sus armas. Por lo cual mandaron los Oidores que de secreto se las volviesen a sus dueños, y así se hizo. Y esto fue lo del recoger las armas que aquel autor dice. Y lo del revocar los poderes y perdones que los Oidores habían dado a los que siguieron a Francisco Hernández, fue para que los ajusticiasen, como se hizo y se ha contado. Y el tiempo que dice que el Visorrey dió a muchas personas así capitanes como soldados, acometiéndoles con alguna gratificación en remuneración de sus servicios. Es así que a muchos de los pretendientes, de los cuales atrás hemos hecho mención, les ofreció alguna gratificación pero muy tasada, no conforme a los méritos de ellos; que había de ser con condición que se habían de casar luego; pues habían muchas mujeres españolas en aquella tierra. Y que aquello le mandaban Su Majestad que hiciese y cumpliese para que todo aquel Reino se sosegase, y viviese en paz y quietud. Y a muchos de los pretensores les señalaron las mujeres con quien habían de casar; que como el Visorrey no las conocía, las tenía a todas por muy honradas y honestas: pero muchas de ellas no lo eran. Por lo cual se escandalizaron los que habían de recibir mujeres, rehusando la compañía de ellas, porque las conocían de muy atrás; y esto bastó para que los émulos y enemigos de los pretendientes, envidiosos de sus méritos y servicios, llevasen chismes y novelas al Visorrey, muy escandalosas y perjudiciales contra los soldados pretensores. Por lo cual dice aquel autor, que como el Visorrey entendió que tenían gran punto, y así mismo porque le dijeron que decían algunas palabras de mal sonido, mandó prender a muchos y llevar con buena guarda al puerto y Callao de Lima para enviarlos a España, publicando enviar a los unos para que Su Majestad allá los gratificase de sus servicios porque en el Perú no convenía; y a otros para que con el destierro fuesen castigados, etc.

Fueron treinta y siete los que prendieron y embarcaron, que eran los más calificados y los más notorios en el servicio de Su Majestad; y en prueba de esto decimos que uno de ellos fue Gonzalo Silvestre, de cuyos trabajos y servicios se hizo larga relación en nuestra *Historia de la Florida*, y en esta se ha hecho lo mismo. En la batalla de Chuquinca, como en su lugar se dijo, le mataron un caballo que pocos días antes le daba Martín de Robles por él doce mil ducados. De la misma calidad y de más antigüedad en aquel Reino eran muchos de ellos, que holgara tener la copia de todos. Y aunque el Palentino dice que enviaron a otros para que con el destierro fuesen castigados, no desterraron a ninguno de ellos por delitos, que todos eran beneméritos. También dice, que aconsejándole algunas personas y que persuadiéndole que enviase con ellos la información de sus culpas, así de las palabras que habían dicho como de las obras que habían

hecho, (si algunos eran culpados) no lo quiso hacer, diciendo que no quería ser fiscal sino intercesor, para que de Su Majestad fuesen bien recibidos, aprovechados y honrados, etc.

Verdad es que no faltó quien dijese al virrey esto y mucho más, de grandes alborotos y motín que aquellos soldados pretendían hacer por la corta y mala paga que por sus muchos grandes servicios se le ofrecía y prometía. Pero también hubo otros que le suplicaron no permitiese tal crueldad en lugar de gratificación. Que el destierro del Perú a España era castigo más riguroso que la muerte, cuando ellos la merecieran, porque iban pobres habiendo hecho tantos servicios a Su Majestad y gastado sus haciendas en ellos. Asimismo le dijeron, que a la persona u oficio del Visorrey no convenía que aquellos hombres fuesen a España como los enviaba, porque Su Majestad los había de oír y dar crédito a lo que le dijesen. Pues no podía el virrey enviar en contra de ellos cosa mal hecha que hubiesen hecho contra el servicio de Su Majestad, sino gastado en él sus vidas y haciendas. Y que muchos de ellos llevaban heridas que les habían dado en las batallas, en que habían peleado en servicio de su Rey, y que se las había de mostrar en prueba de sus trabajos y lealtad. A lo cual el virrey, alterado y escandalizado con las maldades y sospechas de motines y rebeliones que le habían dicho, respondió con enojo que no se le daba nada de enviarlos como iban, porque así convenía al servicio de su Rey, y a la quietud de aquel Imperio, y que no hacía caso de lo que podían decir ni llevar contra él cuando volviesen de España al Perú; y a lo último dicen los maldicientes que dijo: un año han de gastar en ir, y otro en negociar, y otro en volver; y cuando traigan en su favor las provisiones que quisieren, con besarlas y ponerlas sobre mi cabeza, y decir que las obedezco; y que el cumplimiento de ellos no ha lugar, les pagaré. Y cuando vuelvan por sobrecartas y las traigan, habrán gastado otros tres años y de aquí a seis, Dios sabe lo que habrá. Con esto despidió a los buenos consejeros y envió los pretendientes presos a España, tan pobres y rotos que el mejor librado de ellos no traía mil ducados para gastar. Y aún eso fue vendiendo el caballo y el vestido, y el poco de muebles y ajuar que tenían; que aunque algunos de ellos tenían posesiones y ganado de la tierra para sus granjerías y ayuda de costa, estaban lejos de donde lo tenían, y lo dejaron desamparado y lo perdieron todo. Que aunque quedaban en poder de amigos, la distancia de España al Perú da lugar y ocasiones para que se pierda lo que de esta manera se deja. Que lo digo como experimentado, que una heredad que yo dejé en mi tierra encomendada a un amigo, no faltó quien se la quitó y se la consumió.

Así les acaeció a estos pobres caballeros que dejaron sus haciendas, que alguno de ellos cuando vine a España me preguntaron por las personas a quien las dejaron, para saber si eran vivos y lo que pudieran haber hecho de sus haciendas. Yo supe darles poca cuenta de ellas, porque mi poca edad no daba lugar a saber de haciendas ajenas. Como se ha referido, salieron del Perú los pretendientes de mercedes reales por sus servicios: dejarlos hemos en su camino

hasta su tiempo, y diremos otras cosas que en aquella misma sazón sucedieron en aquel Imperio, con su natural señor.

CAPÍTULO VIII: El Visorrey pretende sacar de las montañas al Príncipe heredero de aquel Imperio y reducirlo al servicio de Su Majestad. Las diligencias que para ello se hicieron.

El Visorrey envió aquellos caballeros a España de la manera que se ha dicho por envidiosos y malos consejeros que para ello hubo, que le incitaron y atemorizaron para que así lo hiciese, diciéndole que los pretendientes eran los que alborotaban la tierra, y a ellos seguían los demás soldados de menos cuenta; y que echándolos del Reino cesaban los escándalos y alborotos que hasta entonces habían pasado. El virrey lo permitió, porque según las tiranías pasadas, tantas y tan crueles era de temer no hubiese otros escándalos; y quiso asegurarse de ellos; y entendió en otras cosas que asimismo tocaban a la quietud de aquel Imperio. Escribió al Licenciado Muñoz Corregidor del Cozco, y a doña Beatriz Coya[46], para que tratasen en dar orden y manera, como traer y reducir, que el príncipe Sayri Tupac que estaba en la montaña, saliese de paz y amistad para vivir entre los españoles, y que se le haría larga merced para el gasto de su casa y familia. Todo esto se trató con la Coya, la cual era hermana del padre de aquél príncipe, heredero legítimo de aquel Imperio, hijo de Manco Inca, a quien mataron los españoles que él había librado de poder de sus enemigos, como se refirió, en el capítulo séptimo del libro cuarto de esta segunda parte. La infanta doña Beatriz, por ver a su sobrino en aquella su ciudad (aunque no fuese para restituirle en su Imperio) recibió con mucha voluntad y amor el orden y mandato del Visorrey. Despachó un mensajero acompañado de indios de servicio a las montañas de Villca Pampa, donde el Inca estaba. El embajador era pariente de los de la sangre real, porque la embajada fuese con autoridad y fuese bien recibida. El cual, por hallar quebrados los caminos y los puentes, pasó mucho trabajo en su viaje: al fin llegó donde estaban las primeras guardas, y les dió aviso del recaudo que llevaba para el Inca. Entonces se juntaron los capitanes y Gobernadores, que como tutores gobernaban al príncipe que aún no había llegado a la edad suficiente para tomar la borla colorada, que como se ha dicho era señal de corona real. Los capitanes, habiendo oído al mensajero, temiendo no fuese falso, aunque era pariente, eligieron otro mensajero que fuese de parte del Inca y de sus Gobernadores al Cozco a certificarse de la embajada, porque temían engaño de parte de los españoles, acordándose de la muerte de Atahuallpa y de los demás sucesos pasados. Mandaron que el mensajero de la Coya doña Beatriz y los indios que con él fueron, se quedasen entre ellos como

[46]Beatriz Coya era hija de Huayna Cápac y por lo tanto hermana de Manco Inca y tía de Sayri Túpac. Había contraído matrimonio, primero con el conquistador Mancio Sierra de Leguízamo (de quien tuvo un hijo, Juan Sierra de Leguízamo), y luego con Diego Hernández de Talavera.

rehenes, hasta que volviese el que ellos enviaban. Al cual dieron comisión para que habiéndose certificado de la infanta doña Beatriz que no había engaños en estos tratos, hablase al Corregidor del Cozco y a cualquiera otra persona que fuese menester para certificarse de lo que le convenía saber, para perder el temor que tenían de que la embajada era falsa. Y que pidiese al Corregidor y a doña Beatriz que le enviasen a Juan Sierra de Leguízamo, su hijo, y de Mancio Sierra de Leguízamo, de los primeros conquistadores, para que le asegurasen del temor y sospecha que podían tener, y que no volviese sin él; porque de otra manera todo lo daban por falsedad y engaño. El Corregidor y la infanta holgaron mucho con el mensajero del Inca, y con él enviaron a Juan Sierra, para que como pariente tan cercano asegurase al Inca y a todos los suyos que no había engaño en lo que con él se trataba, y que todos los suyos holgarían de verle fuera de aquellas montañas. Entretanto que en el Cozco se trataba de lo que se ha dicho, el Visorrey, deseando ver acabada esta empresa, haciéndosele largo que se negociase por ajena inteligencia y cuidado, envió un fraile de la orden de Santo Domingo, que el Palentino llama fray Melchor de los Reyes, y con él fue un vecino del Cozco que se decía Juan de Betanzos, marido de doña Angelina, hija del Inca Atahuallpa, de la cual atrás hicimos mención. Juan de Betanzos presumía de gran lenguaraz en la lengua general de aquella tierra; y así por esto, como por el parentesco de su mujer con el príncipe Sayri Túpac, mandó el virrey que fuese en compañía del fraile, para que fuese intérprete y declarase las cartas y provisiones y cualquiera otro recaudo que llevasen. Estos dos embajadores por cumplir el mandato del virrey, se dieron prisa en su camino y procuraron entrar donde estaba el Inca por el término de la ciudad de Huamanca, porque por aquel puesto está la entrada de aquellas montañas, mas cerca que por otra parte alguna. Y por esto llamaron los españoles a aquella ciudad San Juan de la Frontera, porque era frontera del Inca, y porque los primeros españoles que entraron en ella (cuando la conquista de aquel Imperio) fue día de San Juan. Pero por mucho que lo procuraron no pudieron entrar, porque los indios capitanes y Gobernadores del Inca, temiendo a los españoles no procurasen tomarlos de sobresalto y prender a su príncipe, tenían cortadas los caminos de tal suerte que de ninguna manera podían entrar donde ellos estaban. Lo cual visto por el fraile y Juan de Betanzos, pasaron por el camino real otras veinte leguas adelante, a ver si hallaban paso por Antahuaylla; más tampoco les fue posible hallarlo. Todo lo cual supo el Corregidor del Cozco por aviso de los indios, y escribió a los embajadores que no trabajasen en vano, sino que fuesen al Cozco, donde se darían orden de lo que se hubiese de hacer. En el capítulo siguiente diremos, sacado a la letra, lo que en este paso escribe el Palentino, donde se verá el recato de los indios, su maña y astucia para descubrir si había en la embajada algún engaño o trato doble, con otras cosas que hay que notar de parte de los indios.

CAPÍTULO IX: La sospecha y temor que los Gobernadores del Príncipe tuvieron con la embajada de los cristianos. La maña y diligencia que hicieron para asegurarse de su recelo.

Dice aquel autor en el libro tercero, capítulo cuarto, de su historia, lo que sigue: “Venidos pues al Cozco, trataron el Licenciado Muñoz y doña Beatriz que fuesen delante los embajadores con su hijo Juan Sierra al Inga, y que quedasen siempre atrás (y en parte segura) el fraile y Betanzos. Y así siendo de este acuerdo partieron del Cozco tres días antes el fraile y Betanzos, diciendo aguardarían en el camino. Empero, queriendo ganar la honra de primeros embajadores, se adelantaron hasta do está la puente que llaman de Chuquichaca, donde comienza la jurisdicción del Inga. Y pasada la puente con harto trabajo, los indios de guerra que allí estaban por guarda del paso, los tomaron y detuvieron sin hacerles daño; salvo que no los consintieron pasar adelante, ni volver atrás. Y así estuvieron detenidos hasta otro día que llegó Juan Sierra con los embajadores y con otros diez indios que por mandado del Inga habían salido en busca de sus embajadores. Y mandó que Juan Sierra entrase con ellos seguramente, y no otra persona alguna. Finalmente que Betanzos y los frailes quedaron detenidos; y Juan Sierra y los embajadores pasaron adelante. Empero habían andado bien poco, cuando también fueron detenidos, hasta dar mandado al Inga de su venida. Sabiendo el Inga que Juan Sierra venía, y siendo informado que el fraile y Betanzos venían por embajadores del virrey, envió un capitán con doscientos indios de guerra armados, caribes (que son indios guerreros que se comen unos a otros en guerra) para que diese al capitán (que era su general) el mandado y embajada que traía. Llegado el General les dió la bienvenida, y no quiso oírlos hasta otro día, que venido el Juan Sierra se lo reprendió por venir acompañado de cristianos. Juan Sierra se disculpó diciendo que aquello había sido por consejo y mandado del Corregidor del Cuzco y de su tía doña Beatriz. Y diole la embajada que para el Inga traía, y le declaró y leyó las cartas de su madre y, del Corregidor, y la que el virrey había escrito a doña Beatriz. Habiendo dado Juan Sierra su embajada, hicieron venir en aquel lugar a Betanzos y a los frailes, y les pidieron la misma razón que a Juan Sierra, por ver si en algo diferían.

“Ellos mostraron la provisión del perdón y les dieron la embajada que traían, junto con un presente que el virrey enviaba al Inga de ciertas piezas de terciopelo y damasco, y dos copas de plata doradas y otras cosas. Hecho esto, el General y capitanes mandaron a dos indios, que a todo habían sido presentes, fuesen luego a dar relación al Inga; el cual, habiendo bien entendido, dió por respuesta que luego se volviesen de allí, sin hacerles algún daño, con sus cartas, provisión y presente, porque él no quería cosa alguna más de que el virrey hiciese su voluntad, porque él también haría la suya como hasta allí lo había hecho. Estando ya de partida Juan Sierra y los demás, llegaron otros dos indios con mandado que todos entrasen a dar al Inga, y a sus capitanes la embajada que

traían. Estando ya no más que cuatro leguas del Inga, llegó mandado que Juan Sierra fuese solo con los recados, y que a los demás avisasen de lo necesario para su partida.

"Otro día Juan Sierra se partió para el Inga, y estando a dos leguas de donde estaba, le vino mandado que se detuviese allí dos días; y por otra parte fueron mensajeros para que Betanzos y los frailes se volviesen. Pasados los dos días, el Inga envió por Juan Sierra, y venido ante él lo recibió con mucho amor y como a deudo principal suyo. Y Juan Sierra le dió y explicó lo mejor que pudo, su embajada y recaudos. El Inga mostró holgarse mucho con la embajada; empero dijo que él solo no era parte para efectuarlo, a causa que no era señor jurado ni tenía poder para ello por no haber recibido la borla, que es como la corona entre los Reyes, por no tener edad cumplida. Y que era necesario que explicase la embajada a sus capitanes; y habiéndolo hecho, se mandó por ellos que fray Melchor de los Reyes viniese a explicar la embajada del virrey. El cual fue gratamente oído, y bien recibido el presente que traía. Y dieron los capitanes por respuesta que el fraile y Juan Sierra aguardasen por la respuesta hasta que ellos entrasen en su consulta. Y después de haberlo entre sí consultado se resumieron, que ellos habían de mirar tal negocio despacio y consultar sus huacas para la resolución. Y que en el inter Juan Sierra y el fraile con dos capitanes suyos, fuesen a Lima y besasen las manos al virrey de parte del Inga, y tratasen le hiciese mercedes, pues los reinos naturalmente les pertenecían por herencia y sucesión. Y así partieron de aquel asiento y viniéronse por Andaguaylas a la Ciudad de los Reyes, y entraron en la ciudad por junio, día del Señor San Pedro. Los indios capitanes dieron su embajada al virrey, y fueron bien recibidos y hospedados. Estuvieron en Lima estos dos capitanes ocho días. Y en este tiempo se vieron muchas veces con el virrey sobre dar corte en las mercedes y cosas que al Inga se habían de dar para salir de paz y dar la obediencia al virrey. El virrey lo consultó con el arzobispo y Oidores: acordó de darle para sus gastos (y que como señor se pudiese sustentar) diez y siete mil castellanos de renta para él y sus hijos, con encomienda de los indios del repartimiento de Francisco Hernández, con el valle también de Yúcay, indios de repartimiento de don Francisco Pizarro, hijo del Marqués, y con más unas tierras encima de la fortaleza del Cozco para hacer su morada y casa de sus indios. Con este acuerdo y determinación se hizo y libró provisión en forma, y se la dió a Juan Sierra para que él solo fuese con los capitanes y con cierto presente al Inga. Y en la provisión se contenía que aquello le daba con tal que el Inga saliese de sus pueblos donde residía, dentro de seis meses, que se contaban de la data de la provisión, que fue a cinco de julio. Ya cuando llegó Juan Sierra había el Inga recibido la borla, y mostró holgarse en extremo con los despachos del virrey," etc.

Hasta aquí es de Diego Hernández, y yo holgué de sacarlo, como él lo dice, porque no pareciese que diciéndolo, yo encarecía el trato y recato de los indios más de lo que de suyo lo era. Ahora será bien declarar algunos pasos de los que

aquel autor ha dicho. El primero sea de los caribes que dice que se comían unos a otros en tiempo de guerra. Lo cual se usó en el Imperio de México en su gentilidad antigua; pero en el Perú no hubo tal, porque como se dijo en la primera parte, los Incas vedaron severísimamente el comer carne humana. Y así aquel autor lo dice conforme a la usanza de México, y no a la del Perú. La renta que dieron al Inca no llegó a los diez y siete mil pesos, porque el repartimiento de Francisco Hernández, como atrás dijimos, valía diez mil pesos de renta. Y lo que dice que le dieron en el valle de Yúcay, otro repartimiento que fue de su hijo del Marqués don Francisco Pizarro, fue casi nada; porque como aquel valle eran tan ameno, estaba todo él repartido entre los españoles vecinos del Cozco, para viñas y heredades como hoy las tienen. Y así no dieron al Inca más de nombre y título de señor de Yúcay, y lo hicieron porque aquel valle era el jardín más estimado que los Incas tuvieron en su Imperio, como atrás se dijo; y así lo tomó este príncipe por gran regalo. Y esto que el Palentino escribe está anticipado de su tiempo y lugar, porque la cédula de la merced de los indios se la dieron al mismo Inca cuando fue a la Ciudad de los Reyes a visitar al Visorrey, y darle la obediencia que le pedían. Que lo que Juan Sierra le llevó entonces no fue la cédula de mercedes, sino la provisión de perdón que al príncipe hacían (sin decir de qué delitos), y grandes promesas que se le había de dar para su gasto y sustento de su casa, y familia, sin decir qué repartimiento ni cuánta renta se le había de dar. En el capítulo siguiente pondremos sucesivamente como pasó el hecho, que esto que se adelantó no fue sino por mostrar de mano ajena el recato, la astucia, sospecha y temor que aquellos capitanes tuvieron para oír aquella embajada, y entregar a su príncipe en poder de los españoles.

CAPÍTULO X: Los Gobernadores del Príncipe toman y miran sus agüeros y pronósticos para su salida. Hay diversos pareceres sobre ella. El Inca se determina salir. Llega a Los Reyes. El Visorrey le recibe. La respuesta del Inca a la merced de sus alimentos.

Los capitanes y tutores del Inca consultaron entre ellos la salida y entrega de su príncipe a los españoles. Cataron sus agüeros en sus sacrificios de animales y en las aves de campo, diurnas y nocturnas, y en los celajes del aire miraban, si aquellos días se mostraba el Sol claro y alegre, o triste y oscuro, con nieblas y nublados, para tomarlo por agüero malo o bueno. No preguntaron nada al demonio, porque como atrás se ha dicho, perdió la habla en todo aquel Imperio luego que los Sacramentos de nuestra santa madre Iglesia Romana entraron en él; y aunque sus agüeros pronosticaban buenos sucesos, hubo diversos pareceres entre los capitanes; porque unos decían que era bien que el príncipe saliese a ver su Imperio, a gozar de él, y que todos los suyos viesen su persona, pues lo deseaban tanto. Otros decían que no había para qué pretender

novedades, que ya el Inca estaba desheredado de su Imperio, y que los españoles lo tenían repartido entre sí por pueblos y provincias, y que no se lo habían devolver. Y que sus vasallos antes habían de llorar de verlo desheredado y pobre: que aunque el virrey prometía de darle con qué se sustentase su casa y familia, mirasen que no era más que palabras; porque no decía qué provincias o qué parte de su Imperio le había de dar. Y que no habiendo de ser la dádiva conforme a su calidad, que mejor le estaba morir desterrado en aquellas montañas que salir a ver lástimas. Y que lo que más se debía temer era, que no hiciesen los españoles de su príncipe lo que los pasados hicieron de su padre, que en lugar de agradecerle los beneficios y regalos que les hacía, habiéndolos librado de sus enemigos y de la muerte que les pretendían dar, se la diesen ellos tan sin causa y sin razón como se la dieron, jugando el Inca con ellos a la bola por aliviarle de la melancolía y tristeza perpetua que aquellos españoles consigo tenían. Y que se acordasen de lo que habían hecho con Atahuallpa, que lo mataron ahogándolo atado a un palo; y que de tal gente ahora y siempre se debía temer, no hiciesen otro tanto con su príncipe.

Estos hechos y otros semejantes que los españoles habían hecho con caciques y con indios principales, que ellos bien sabían, y nosotros hemos dejado de escribir por no decirlo todo, trajeron a la memoria aquellos capitanes, y luego fueron a dar relación a su Inca de las dos opiniones que entre ellos había acerca de su salida.

Lo cual oído por el príncipe, recordado con la muerte de su padre y de su tío Atahuallpa, se arrimó al parecer segundo, de que no saliese de su guarida ni se entregase a los españoles. Y entonces dijo el príncipe lo que el Palentino ha dicho atrás: que habiendo bien entendido dió por respuesta, que luego que se volviesen de allí, sin hacerles algún daño, con sus cartas, provisión y presente; porque él no quería cosa alguna más de que el virrey hiciese su voluntad; porque él también haría la suya, como hasta allí lo había hecho, etc.

Pero como Dios Nuestro Señor por su infinita misericordia tenía determinado que aquel príncipe y su mujer, hijos y familia entrasen en el gremio de su Iglesia Católica Romana, Madre y Señora nuestra, le trocó la mala voluntad, que el parecer negativo, con el temor de su muerte y perdición le había puesto en la contraria; de tal manera, que en muy breve tiempo se aplacó de su cólera y enojo, y mudó el temor en esperanza y confianza que hizo de los españoles, para salir y entregarse a ellos como el mismo Palentino (prosiguiendo la razón que la contamos arriba) dice: que estando ya de partida Juan Sierra y los demás, llegaron otros dos indios con mandado que todos entrasen a dar al Inca y a sus capitanes la embajada que traían, etc.

Así pasó, como aquel autor lo dice, aunque antepuestos algunos pasos, y pospuestos otros. Yo lo escribo como una y muchas veces lo contaron a mis padres los indios parientes. que salieron con este príncipe, que le visitaban a menudo, Y porque no alarguemos tanto el cuento decimos, que habiéndose aplacado el príncipe de su cólera, dijo: “Yo quiero salir a ver y visitar al virrey,

siquiera por favorecer y amparar los de mi sangre real." Pero sus capitanes todavía le suplicaron e importunaron que mirase por su salud y vida, y no la pusiese en tanto riesgo. El Inca repitió que estaba determinado en lo que decía, porque el Pachacámac y su padre el Sol se lo mandaban. Los capitanes entonces miraron en sus agüeros como atrás dijimos; y no hallándolos contrarios como ellos quisieran, obedecieron a su príncipe, y salieron con él y fueron hasta la Ciudad de los Reyes. Por el camino salían los caciques e indios de las provincias por donde pasaba a recibirle y festejarle como mejor podían; pero eran más sus fiestas para llorarlas que para gozarlas, según la miseria de lo presente, a la grandeza de lo pasado. Caminaba el príncipe en unas andas, aunque no de oro como las traían sus antepasados. Llevábanlas sus indios, que sacó trescientos de los que tenía consigo para su servicio. No quisieron sus capitanes que llevasen las andas los indios que estaban ya repartidos entre los españoles porque eran ajenos; y por aviso y consejo de los mismos capitanes, se quitó el príncipe luego que salió de su término la borla colorada, que era la corona real; porque le dijeron que estando desposeído de su Imperio tomarían a mal los españoles que llevase la insignia de la posesión de él. Así caminó este príncipe hasta llegar a la Ciudad de los Reyes. Luego fue a visitar al virrey, que (como lo dice el Palentino por estas palabras) le estaba esperando en las casas de su morada. Recibióle el virrey amorosamente, levantándose a él, y sentándose a par de sí. Y en las pláticas con que se recibieron, y después pasaron hasta que se despidió, fue del virrey y de los Oidores juzgado el Inca por cuerdo, y de buen juicio; y que mostraba bien ser descendiente de aquellos señores Incas, que tan prudentes y valerosos fueron, etc. Hasta aquí es de aquel autor sacado a la letra.

Dos días después le convidó el arzobispo de aquella ciudad a comer en su casa, y fue orden de los magnates para que sobre mesa el arzobispo don Jerónimo de Loayza le diese de su mano la cédula de la merced que se le hacía, porque fuese más estimada y mejor recibida; aunque no faltaron maliciosos que dijeron que no había sido la traza sino para que pagase en oro y plata y esmeraldas las albricias del repartimiento de indios que le daban. Más él la pagó con una matemática demostración que hizo delante del arzobispo y de otros convidados que con él comieron. Y fue que alzados los manteles, trajo el maestresala en una gran fuente de plata dorada la cédula del Visorrey, de las mercedes que se hacían al Inca para el sustento de su persona y familia. Y habiéndolas oído el príncipe, y entendídolas bien, tomó la sobremesa que tenía delante, que era de terciopelo y estaba guarnecido con un fleco de seda, y arrancando una hebra de fleco, con ella en la mano, dijo al arzobispo: "Todo este paño y su guarnición era mío; y ahora me dan este pelito para mi sustento y de toda mi casa." Con esto se acabó el banquete, y el arzobispo y los que con él estaban quedaron admirados de ver la comparación tan al propio.

CAPÍTULO XI: El Príncipe Sayri Túpac se vuelve al Cozco, donde le festejaron los suyos. Bautízase él y la infanta su mujer. El nombre que tomó y las visitas que en la ciudad hizo.

Pasados algunos días que aquél príncipe estuvo en la Ciudad de los Reyes, pidió licencia al Visorrey para ir al Cozco: diéronsela con muchos ofrecimientos para lo de adelante. El Inca se fue, y por el camino; le hicieron los indios muchas fiestas semejantes a las pasadas. A la entrada de la ciudad de Huamanca los vecinos de ella salieron a recibirle, y le hicieron fiesta, dándole el parabién de la salida de las montañas y le acompañaron hasta la posada donde le tenían hecho el alojamiento.

Otro día fue a visitarle un vecino de aquella ciudad, qué se decía Miguel Astete, y le llevó la borla colorada que los Reyes Incas traían en señal de corona, y se la presentó diciéndole que se la había quitado al Rey Atahuallpa en Cassamarca cuando le prendieron los españoles; y que él se lo restituía como a heredero de aquel Imperio. El príncipe lo recibió con muestras, aunque fingidas de mucho contento y agradecimiento, y quedó fama que se la había pagado en joyas de oro y plata. Pero no es de creer, porque antes le fue la borla odiosa que agradable, según después en su secreto él y los suyos la abominaron por haber sido de Atahuallpa. Dijeron sus parientes al príncipe, que por haber hecho Atahuallpa la traición, guerra y tiranía al verdadero Rey que era Huáscar Inca, había causado la pérdida de su Imperio. Por tanto debía quemar la borla por haberla traído aquel Auca traidor que tanto mal y daño hizo a todos ellos. Esto y mucho más contaron los parientes a mi madre cuando vinieron al Cozco.

El príncipe salió de Huamanca, y por sus jornadas entró en su imperial ciudad, y se aposentó en las casas de su tía la infanta doña Beatriz, que estaban a las espaldas de las de mi padre, donde todos los de su sangre real, hombres y mujeres, acudieron a besarles las manos y darles la bienvenida a su imperial ciudad. Yo fuí en nombre de mi madre a pedirle licencia para que personalmente fuera a besárselas. Halléle jugando con otros parientes a uno de los juegos que entre los indios se usaban, de que dimos cuenta en la primera parte de estos *Comentarios*. Yo le besé las manos, y le di mi recaudo. Mandóme sentar y luego trajeron dos vasos de plata dorada, llenos de brebaje de su maíz, tan pequeños, que apenas cabía en cada uno cuatro onzas de licor. Tomólos ambos, y de su mano me dió el uno de ellos, él bebió el otro, y yo hice lo mismo; que como atrás se dijo es costumbre muy usada entre ellos y muy favorable hacerlo así. Pasada la salva me dijo: “¿Porqué no fuiste por mí a Villca Pampa?” Respondíle: “Inca, como soy muchacho no hicieron caso de mí los Gobernadores.” Dijo: “pues yo holgara más que fueras tú que no los padres que fueron (entendiendo por los frailes que como oyen decir el padre fulano y el padre zutano, los llaman comúnmente padres). Dile a mi tía que la beso las manos, y que no venga acá, que yo iré a su casa a besárselas y darle la norabuena de nuestra vista.”

Con esto me detuvo algún espacio preguntándome de mi vida y ejercicios: después me dió licencia para que me fuese, mandándome que le visitase muchas veces. A la despedida le hice mi adoración a la usanza de los indios sus parientes, de que él gustó muy mucho, y me dió un abrazo con mucho regocijo que mostró en su rostro. En el Cozco estaban juntos todos los caciques que hay de allí a los Charcas, que son doscientas leguas de largo, y más de ciento y veinte de ancho. En aquella ciudad hicieron los indios fiestas de más solemnidad y grandeza que la de los caminos: de ellas con mucho regocijo y de alegría de ver su príncipe en la ciudad; y de ellas con tristeza y llanto mirando su pobreza y necesidad, que todo cupo en aquel teatro. Durante aquellas fiestas pidió el príncipe el Sacramento del Bautismo. Había de ser el padrino Garcilaso, mi señor, que así estaba concertado de mucho atrás; pero por una enfermedad que le dió, dejó de hacer el oficio de padrino, y lo fue un caballero de los principales y antiguo vecino de aquella ciudad, que se decía Alfonso de Hinojosa, natural de Trujillo. Bautizóse juntamente con el Inca Sayri Túpac la infanta su mujer, llamada Cusi Huarcay. El Palentino dice que era hija de Huáscar Inca, habiendo de decir nieta, porque para ser hija, había de tener por lo menos treinta y dos años; porque Atahuallpa prendió a Huáscar año de mil y quinientos y veinte y ocho, y los españoles entraron en aquel Imperio año de treinta, y según otros, de treinta y uno; y el bautismo de aquella infanta y del Inca su marido, se celebró año de cincuenta y ocho, casi al fin de él. Y conforme a esta cuenta había de a tener la infanta más de treinta años; pero cuando se bautizó no tenía diez y siete cumplidos, y así fue yerro del molde decir hija por decir nieta; que lo fue del desdichado Huáscar Inca, de las legítimas en sangre. Era hermosísima mujer, y fuéralo mucho más, si el color trigueño no le quitara parte de la hermosura; como lo hace a las mujeres de aquella tierra, que por la mayor parte son de buenos rostros. Llamóse don Diego Sayri Túpac: quiso llamarse Diego porque de su padre y de sus capitanes supo las maravillas que el glorioso Apóstol Santiago hizo en aquella ciudad en favor de los españoles cuando el Inca su padre los tuvo cercados. Y de los cristianos supo que aquel santo se llamaba Diego; y por sus grandezas y hazañas quiso tomar su nombre.[47] Hicieron los vecinos de aquella ciudad el día de su bautismo mucha fiesta y regocijo de toros y cañas con libreas muy costosas; soy testigo de ellas porque fui uno de los que las tiraron. Pasadas las fiestas de indios y españoles, y la visita de los caciques, se estuvo el Inca algunos días holgando y descansando con los suyos, en los cuales visitó la fortaleza, aquella tan famosa que sus antepasados labraron. Admiróse de verla derribada por los que la debían sustentarla para mayor honra y gloria de ellos mismos; pues fueron para ganarla de tanto número de enemigos como la historia ha referido. Visitó asimismo la iglesia catedral, y el convento de Nuestra Señora de las Mercedes, y el de San Francisco, y el de Santo Domingo. En los cuales adoró con mucha devoción al Santísimo Sacramento, llamándole "Pachacámac, Pachacámac." Y a la imagen de Nuestra Señora,

[47]Y su esposa, la ñusta Cusi Huarcay, adoptó el nombre cristiano de María (otra versión dice Beatriz).

llamándola Madre de Dios. Aunque no faltaron maliciosos que dijeron cuando le vieron de rodillas delante del Santísimo Sacramento en la iglesia de Santo Domingo, que lo hacía por adorar al Sol su padre, y a sus antepasados, cuyos cuerpos estuvieron en aquel lugar. Visitó asimismo las casas de las vírgenes escogidas dedicadas al Sol. Pasó los sitios de las casas que fueron de los Reyes sus antepasados; que ya los edificios estaban todos derribados, y otros en su lugar, que los españoles habían labrado. Estos pasos no los anduvo todos en un día, ni en una semana, sino en muchas, tomándolo por ejercicio y entretenimiento para llevar la ociosidad que tenía. Gastó algunos meses en este oficio; después se fue al valle de Yúcay, más por gozar de la vista de aquel regalado jardín, que fue de sus antepasados, que por lo que a él le dieron. Allí estuvo eso poco que vivió hasta su fin y muerte, que no llegaron a tres años. Dejó una hija, la cual casó el tiempo adelante con un español que decía Martín García de Loyola, de quien diremos en su lugar lo que hizo y como feneció.[48]

CAPÍTULO XII: El Visorrey hace gente de guarnición de infantes y caballos para seguridad de aquel Imperio. La muerte natural de cuatro conquistadores.

El Visorrey, habiendo echado del Perú los pretendientes de repartimientos de indios, y mandado degollar a los que siguieron a Francisco Hernández Girón, y habiendo reducido al príncipe heredero de aquel Imperio al servicio de la católica majestad, que fueron cosas grandiosas. Hizo gente de guarnición de hombres de armas e infantes para guarda y seguridad de aquel Imperio y de la cancillería real de su persona. Llamó lanzas a la gente de a caballo y arcabuceros a los infantes; dió a cada lanza mil pesos de salario cada año, con cargo de mantener caballo y armas, y fueron sesenta lanzas las que eligió a doscientos arcabuceros con quinientos pesos de salario, cada uno con obligación de tener arcabuz, y las demás armas de infante. Los unos y los otros fueron elegidos por soldados de confianza que en todas ocasiones harían el deber en servicio de Su Majestad; aunque los maldicientes hablaban en contra. Decían que muchos de ellos pudiera el Visorrey, haciendo justicia, enviar a galeras por las rebeliones en que se hallaron con Francisco Hernández Girón y Don Sebastián de Castilla, y por las muertes, que en pendencias particulares que unos con otros habían tenido, se habían hecho; más todo se calló y cumplió como el Visorrey lo mandó. El cual viendo el Reino pacífico, y perdidos los temores y recelos que de nuevos motines y rebeliones había tenido, pues los que le habían dado por facinerosos, estaban fuera de la tierra: vivía con más quietud y descanso. Dió en ocuparse en oficios de la república y en el gobierno de ella, y las horas que de esto le vacaban, las gastaba en entretenerse honestamente en cosas de placer y contento, a que no ayudaban poco un indiezuelo de catorce o quince años que

[48] Dicha hija se llamó Beatriz Clara Coya.

dió en ser chocarrero y decía cosas muy graciosas. Tanto que se lo presentaron al Visorrey, y él holgó de recibirle en su servicio, y gustaba mucho de oírle a todas horas los disparates que decía, hablando parte de ellos, en el lenguaje indio, y parte en el español. Y entre otros disparates de que el Visorrey gustaba mucho era, que por decirle "vuesa excelencia", le decía "vuesa pestilencia", y el virrey lo reía mucho. Aunque los maldicientes, que le ayudaban a reír (en sus particulares conversaciones) decían, que este apellido le pertenecía más propiamente que el otro; porque las crueldades y pestilencia que causó en los que mandó matar y en sus hijos con la confiscación que les hizo de sus indios, y por la peste que echó sobre los desterrados a España, pobres y rotos, que fuera mejor mandarlos matar, y que el nombre excelencia era muy en contra de estas hazañas. Con estas razones y otras tan maliciosas, glosaban los hechos del Visorrey del Perú; que no quisieran que hubiera tanto rigor en el gobierno de aquel Imperio.

Entre estos sucesos tristes y alegres que en aquel Reino pasaban, falleció el Mariscal Alonso de Alvarado de una larga enfermedad, que tuvo después de la guerra de Francisco Hernández, que padeció mucha tristeza y melancolía de haber perdido la batalla de Chuquinca, que nunca más tuvo un día de placer y de contento; y así, se fue consumiendo poco a poco hasta que se acabó extrañamente. Que por ser cosa rara me pareció contarla, y fue que estando ya para expirar lo pasaron de su cama a un repostero que estaba en el suelo con la cruz de ceniza, como lo manda la religión militar del hábito de Santiago. Y en estando un espacio de tiempo sobre el repostero, parecía que mejoraba y volvía en sí; por lo cual lo volvieron a su cama. Y estando otro espacio en ella volvía a desmayar, como que se iba feneciendo, y obligaba a los suyos a que lo volviesen a poner en el repostero, donde volvía a mejorar y tomar aliento. De manera que lo volvían a la cama, donde volvía a empeorar hasta volverlo al repostero. De esta manera anduvieron con él casi cuarenta días, con mucho trabajo de los suyos y lástima del enfermo, hasta que acabó. Poco tiempo después falleció su hijo mayor, por cuya muerte vacó el repartimiento de indios que tenía de merced del Emperador. Su majestad, por los muchos servicios que su padre le había hecho, hizo merced de ellos al hijo segundo, que fue merced que se ha hecho a pocos en aquel Imperio.

Al fallecimiento del Mariscal don Alonso de Alvarado sucedió el de Juan Julio de Ojeda, hombre noble, de los principales vecinos del Cozco, y de los primeros conquistadores. Casó con doña Leonor de Tordoya, sobrina de Garcilaso de la Vega, hija de un primo hermano suyo: hubieron a don Gómez de Tordoya que heredó sus indios. Pocos meses después sucedió el del Garcilaso de la Vega, mi señor, que a causa de otra larga enfermedad, que duró dos años y medio con largas crecientes, y menguantes. Que parecía ya estar libre de toda pasión y subía a caballo, y andaba por la ciudad como hombre de entera salud; pero pasados tres o cuatro meses en la mayor confianza, volvía el mal de nuevo y lo derribaba, y lo tenía otros tantos meses encerrado en su casa, que no salía de

ella, y así duró la enfermedad aquel largo tiempo hasta que le acabó. Mandóse enterrar en el convento de San Francisco, y porque entonces se usaban en aquella ciudad entierros muy solemnes, que para tres paradas que hacían en la calle, hacían otros tres túmulos altos, donde mientras se cantaba el responso ponían el cuerpo del difunto, y otro túmulo más alto hacían en la iglesia, donde lo ponían mientras se celebraba el divino oficio. Por parecerle esto cosa prolija, mandó que a su entierro no se hiciese nada de aquello, sino que llevasen un repostero y lo tendiesen en el suelo y sobre él un paño negro y encima pusiesen el cuerpo, y lo mismo se hiciese en la iglesia, la cual se cumplió todo como lo dejó mandado. Y pareció tan bien a la ciudad, que de allí adelante cesó el trabajo que hasta entonces tenía en hacer sus túmulos. Venido yo a España, alcancé bula de su Santidad para que trajesen sus huesos, y así lo sacaron de aquel convento, y me los trajeron, y yo los puse en la iglesia de San Isidro, collación de Sevilla, donde quedaron sepultados a gloria y honra de Dios Nuestro Señor, que se apiade de todos nosotros. Amén.

Un año después sucedió en Arequepa la muerte de Lorenzo de Aldana; falleció de otra larga y grave enfermedad; no fue casado ni tuvo hijos naturales. En su testamento dejó por su heredero, al repartimiento de indios que tuvo, para que con la herencia pagasen parte de los tributos venideros. Este caballero fue hombre noble, y de los segundos conquistadores que entraron en el Perú con don Pedro de Alvarado. Poco tiempo después de la guerra de Gonzalo Pizarro pasaron a aquella tierra dos caballeros mozos parientes suyos, aunque no cercanos: recibiólos en su casa, y tratólos como a hijos. Al cabo de más de tres años que los tuvo consigo, pareciéndole que sería bien que se encaminasen a tener algún caudal de suyo, les envió a decir con su mayordomo: que en aquella tierra se usaba granjear los hombres por nobles que fuesen, mientras no había guerra ni nuevos descubrimientos, que si gustaban de ello, que él les ofrecía luego diez mil pesos, que son doce mil ducados, para que entrasen en su granjería, porque entendiesen en algo y no anduviesen tan ociosos, sino que ganasen algún caudal para adelante. Envióles a decir esto con intención de hacerles gracia de aquella cantidad. Ellos recibieron muy mal el recaudo y la ofrenda, y dijeron que eran caballeros y que no se habían de hacer mercaderes, comprando y vendiendo cosa alguna, que era infamia de ellos. Y aunque el mayordomo les dijo que aquel trato y contrato se usaba entre los españoles por nobles que fuesen, porque no era medir varas de paños ni sedas en las tiendas, sino manejar y llevar ropa de indios, y la yerba cuca y bastimentos de maíz y trigo a las minas de Plata de Potocsi, donde se ganaba mucho dinero; y que no habían de hacer ellos por sus personas, sino sus criados los indios yanaconas que eran de toda su confianza y bondad. A esto respondieron que de ninguna manera lo habían ellos de hacer, porque eran caballeros, y que preciaban más su caballería que cuanto oro y plata había en el Perú; y así lo debían hacer todos los caballeros como ellos; porque todo eso otra era menosprecio y afrenta. Con esta respuesta volvió el mayordomo a su señor, y le dijo, que preciaban tanto los

parientes su caballería, que de muy mala gana le habían oído la embajada. Entonces con mucha mesura dijo Lorenzo de Aldana: “¿Si tan caballeros, para qué tan pobres; si tan pobres, para qué tan caballeros?” Con esto se acabó la pretensión de Lorenzo de Aldana en sus parientes, y ellos vivieron con necesidad como yo los ví; aunque el comer y vestir no les faltaba, porque si venían de Arequepa al Cozco, posaban en casa de Garcilaso mi señor, donde les daba lo necesario, y si iban a otras ciudades, iban a parar a casas de caballeros extremeños, que entonces bastaba ser cualquiera de la patria, para ser recibidos y tratados como hijos propios.

Estos cuatro caballeros que hemos referido, fueron de los conquistadores y ganadores del Perú, y murieron todos cuatro de su muerte natural. No sé si se hallarán por la historia que hayan fallecido otros cuatro conquistadores a semejanza de estos, sino que los más acabaron con muertes violentas, como se podrá notar en el discurso de lo que se ha escrito. El fallecimiento de estos varones dió pena y sentimiento en todo aquel Imperio, porque fueron ganadores y pobladores de él y por sí cada uno de ellos de mucha calidad, virtud y bondad, como lo fueron todos ellos.

Aunque no hubiera ley de Dios que manda honrar a los padres, la ley natural lo enseña, aún a la gente más bárbara del mundo, y la inclina a que no pierda ocasión en que pueda acrecentar su honra; por lo cual me veo yo en este paso obligado por derecho divino, humano y de las gentes, a servir a mi padre, diciendo algo de las muchas virtudes que tuvo, honrándolo en muerte, ya que en vida no lo hice como debiera. Y para que la alabanza sea mejor y menos sospechosa, pondré aquí una oración sobre un elogio que después de muerto hizo de su vida un religioso varón, que la sabía muy bien, para consuelo de sus hijos, parientes, y amigos, y ejemplo de caballeros. Y no pongo aquí su nombre por haberme mandado cuando me lo escribió que no lo publicase en su nombre, y habérselo yo prometido; aunque me estuviera mejor nombrarle, porque con su autoridad quedara la de mi padre más calificada. No pondré el exordio de la oración, ni las digresiones oratorias que la hacían mayor, antes las cortaré todas por atar el hilo de la narración historial, y ser breve en esta tan piadosa digresión.

ORACION FÚNEBRE DE UN RELIGIOSO A LA MUERTE DE GARCILASO, MI SEÑOR.

En Badajoz, ciudad bien conocida en España por su antigüedad y nobleza, fundada de los romanos en tiempo de Julio César en la frontera de Portugal, de la parte de Extremadura; nació entre otros caballeros que le ayudaron ganar en Nuevo Mundo, Garcilaso de la Vega, de padres nobilísimos, descendientes por línea recta de varón del esforzado caballero Garci-Pérez de Vargas, de cuyas gloriosas hazañas y de sus legítimos sucesores, y de las del valeroso caballero

Gómez Suárez de Figueroa, primer Conde de Feria, su bisabuelo, y de Iñigo López de Mendoza (de quien descienden los duques del Infantado) hermano de su bisabuela materna, y de Alonso de Vargas, señor de Sierra Brava, su abuelo, y de Alonso de Hinostrosa de Vargas, señor de Valde Sevilla, su padre, y ascendientes, se pudiera muy bien honrar y preciar si le faltaran virtudes, y hazañas propias con que poderse ilustrar, a sí y a su linaje, o fuera uno de los nobles, que restribando en la honra y fama que sus mayores les ganaron con esfuerzo, valor, industria, virtud y hechos más que humanos, viven de manera que comparada su vida con la de ellos, ninguna otra cosa les queda de nobleza que la jactancia de ella y la afrenta de haber degenerado de los que si fueran como ellos son, estuvieran sepultados en el olvido. Por lo cual, dejando los ilustres hechos de sus progenitores, que no le sirvieran de más, que de un estímulo ardiente que le incitó a no degenerar de quién era, trataré de los propios suyos de que tanto se deben honrar y preciar sus hijos, pues son tales, que si a sus ascendientes les faltara nobleza, él se la pudiera dar muy grande e ilustrar su casa, por desconocida que fuese. No es mi intento contar por menudo las buenas partes naturales de que Dios le dotó desde niño, el buen agrado de su condición, la hermosura de su rostro, la gallardía de su persona, la agudeza de su ingenio, y la facilidad en aprender lo que sus ayos y maestros le enseñaban. Ni tampoco las flores bellas que brotó siendo aún tierna rama de tan generoso tronco, del valor, prudencia, equidad y moderación que después había de tener. Con cuya verdad y suave olor recreaba, entretenía y aficionaba a sus iguales. Y aún era admiración a sus mayores (como lo testifican en este Nuevo Mundo) los que en el viejo, siendo mozos muy de cerca le comunicaron, cuando sin haberle apuntado el bozo, estaba cubierto de canas su maduro juicio. Solo diré con brevedad algo de lo que se notó en él desde que pasó al Perú con el Adelantado don Pedro de Alvarado, y otros muchos caballeros de su patria, el año de treinta y uno, y hasta el de cincuenta y nueve en que murió.

Era Garcilaso de la Vega mancebo de veinticinco años, lindo jinete de ambas sillas, bien ejercitado en las armas, diestro en jugar de ellas por haberse impuesto en la paz sin ver al enemigo, en lo que después había de hacer al tiempo de la guerra, a que de su voluntad se ofreció en las nuevas conquistas del Perú, para las cuales fue desde España señalado por capitán de infantería, y el primero que con este título pasó a estas partes por las muchas que él tenía para dar buena cuenta de sí en semejantes cargos. Y dióla tan buena, que si a mí no me ciega la pasión, y no me deslumbra el gran resplandor de sus hazañas, ellas fueron tales que no sé quien deba honrarse de quién, o él de sus antepasados o sus antepasados de él; porque las cosas insignes que a cada uno de ellos dieron fama inmortal, todas estas se hallaron juntas en Garcilaso de la Vega, muy en su punto. Porque, ¿qué cosa, se pudiera decir en alabanza de ellos, que no lo diga yo con más justo título, en la de este invencible capitán? Alaba España, en Garci-Pérez de Vargas la fortaleza en sufrir trabajos incomparables por su ley y por su Rey; la grandeza de ánimo en los peligros, la industria en comprenderlos,

la presteza en acabarlos, la ciencia y el uso del arte militar con que mereció que el Santo Rey don Fernando le honrase tanto, que le diese las armas de Castilla para orla y ornato de las suyas, y que le atribuyese a él la toma de Sevilla, y esta noble ciudad le pusiese aquel tan celebrado elogio sobre una de sus puertas, grabado en duro mármol, que el tiempo largo ha gastado o por envidia ha desaparecido. *Hércules me edificó, Julio César me cercó de muros, y cercas largas, el Rey santo me ganó con Garcí-Pérez de Vargas*. Honra es por cierto bien debida al valor de su persona. Más la que da el Perú a Garcilaso de la Vega es muy superior; porqué, ¿qué lengua podrá contar los trabajos que padeció, los peligros a que se puso, la hambre, sed, cansancio, frío y desnudez que padeció, las tierras nunca vistas que anduvo y las inmensas dificultades que venció? Testigo de esto la navegación que hizo desde Nicaragua a Puerto Viejo, por debajo de la Tórrida Zona, abrasándose de calor y secándose de ser, después de haber atravesado el inmenso mar Océano hasta allí desde Sevilla. Testigos son los inciertos llanos y enriscados montes de Quito, caminando ya por desiertos inhabitables, pereciera él y sus compañeros por falta de agua, si en las yupas o cañaverales no se la tuviera guardada aquel que la hace salir huyendo de las peñas, con que se refrescó su campo, y por habérseles acabado el bastimento, sustentándose de yerbas, después de haberse comido sus caballos, que valían entonces a cuatro y a cinco mil ducados cada uno; ya subiendo por sierras nevadas, donde se helaron sesenta compañeros; ya hendiendo por selvas y bosques tan cerrados, que era menester abrir a mano, lo que el pie había de pisar; ya caminando a la vista de horribles volcanes, cuyas cenizas los cubrían, cuyos truenos los atronaban, cuyos fuego y abrasadoras piedras les impedían el paso, y cuyos humos los cegaban. Mas nada le detenía para que no pase adelante con su esforzada compañía, ayudado de Dios que lo alentaba y favorecía para mayores cosas. Testigo es de su valor y fortaleza la conquista que hizo a la tierra que llamaron los suyos la Buenaventura, que por tal la tenían ellos en ir Garcilaso de la Vega por su descubridor y capitán de doscientos y cincuenta soldados españoles, los mejores del Perú, que en sabiendo que él estaba señalado por capitán de este descubrimiento, cada cual pretendía ir con él, anteponiendo el trabajo al descanso, la guerra a la paz, lo dudoso a lo cierto, los indios montaraces a los rendidos y tributarios, y la tierra desconocida a la que ya les era como propia y sabida; tanta era la opinión y buen concepto que todos de este esforzado capitán tenían. Más ¿quién podrá referir lo que en esta jornada padeció por aumentar la fe de Jesucristo, por entender el patrimonio real y monárquico de España y por ilustrar más el nombre de su persona y descendencia? Bien los relataran si hablar pudieran los encumbrados cerros y pantanosos llanos que quedaron ufanos con sus huellas. Las fieras salvajinas que huyendo de sus lucientes armas en ninguna parte se tenían por seguras. Los espesos bosques que siendo más difíciles de romper que fuerte murallas, se vieron aportillados de sus robustos brazos. Los caudalosos ríos que vadeados de gente extranjera, murmurando de su atrevimiento, tal vez se llevaba consigo a lo

menos animosos o más desgraciados, el furioso caudal de sus corrientes. Los caimanes carniceros de a veinte y cinco y de a treinta pies de largo, que de temor se escondían debajo de las aguas y hurtaban el cuerpo a los que le temían, no le sacasen el alma. Más, pues, ellos no pueden contar lo que yo sé muy bien sentir, diré de paso lo que pasó el capitán y su noble compañía; porque si por menudo se hubiera de contar todo, sería hacer un grande libro, y yo lo dejo para los que escriben su historia. Esta tierra inhabitable, llena de montañas, de increíble espesura, poblada de árboles silvestres tan grandes como grandes torres; porque hay muchos de ellos cuyos troncos tienen de diámetro más de cinco varas, y de circunferencia diez y seis, pues no lo pueden abarcar ocho hombres. De unos a otros hay tanta maleza que imposibilitan a los hombres y animales de poner el pie en el suelo, ni dar un paso adelante sin muy grande trabajo; porque su dureza resiste el fuerte acero, y su humedad fría engendra culebras espantosas, monstruosos sapos, lagartos fieros, ponzoñosos mosquitos y otras sabandijas asquerosas. Los ríos caudalosos inundan la tierra con las crecientes y avenidas que causan los perpetuos aguaceros, y dejan toda la tierra empantanada y llena de un mal olor y gruesos vapores que ni aún pájaros pueden pasar por allí volando. Por esta tierra adentro más de cien leguas anduvo Garcilaso con los suyos mas de un año, a los principios con la esperanza de la buenaventura que buscaban, a los medios con varios efectos de la mala que hallaban, y a los fines con necesidad extrema de volverse; porque de entre pocos días que emprendió esta jornada la faltaron los mantenimientos que llevaban indios de servicio y se vieron todos forzados a comer yerbas y raíces, sapos y culebras que le sabían al capitán mejor que gazapos. Dentro de pocos meses se hallaron desnudos en carnes, porque como se echaban en el suelo húmedo, con los vestidos mojados, ya de lluvias del cielo, ya de los ríos de la tierra, se les pudrieron en los cuerpos y se rasgaron por el continuo ludir con los ganchos, con las ramas, con los riscos, con las zarzas y espinas y con los árboles, a cuyas cimas subían trepando con mucho trabajo por descubrir alguna población, y a veces hallaban en lo alto al Sol cual que una gruesa culebra enroscada que les hacía bajar más que de paso, dejándose con la prisa no sólo parte del vestido, más de la carne. Crecían con el tiempo los trabajos, disminuíanse las fuerzas, faltaba la salud a los más fuertes, y el buen capitán no desmayaba un punto, ni faltaba a sus obligaciones; porque siendo en todo mayor, era en el trabajo igual, en el amor hermano, y en la solicitud padre, acariciaba a los unos, socorría a los otros; a estos alababa, a aquellos entretenía, y a todos era ejemplo de valor, de paciencia, de caridad, siendo el primero en los trabajos, el postrero en el descanso, y hecho en todo al gusto de todos. Quebrábale el corazón no poder socorrer a muchos de sus soldados que perecían de hambre; veíalos flacos, descoloridos, sin jugo, sin sangre, las sienes hundidas, los ojos desencajados, las mejillas caídas, el estómago seco, los huesos de la piel sola cubiertos, hechos unos esqueletos, sin poder dar un solo paso ni aún echar la voz. ¿Qué haría el buen capitán viendo un espectáculo tan triste, que sentiría, qué diría? La misma muerte le fuera menos

grave por ver padecer tales trabajos a los que le hacían compañía en los suyos. Levantaba el corazón a Dios (que las manos apenas podía de pura flaqueza), pedíale misericordia para sí y para los suyos, y juntamente mandó degollar los caballos que llevaba, no reservando sino cual y cual de los mejores. Y con la carne de ellos les dió un refresco y pasó adelante, porque temía menos el morir que el volver atrás, sin haber hecho cosa digna de memoria. No tenía ya soldados, sino una imagen, o sombra de hombres muertos, como vemos, de hombres helados de frío, cubiertos de llagas, llenos los pies de grietas, sin fuerzas, sin vestidos, sin armas, que parecían la hez del mundo; y con estos infantes y su ánimo le parecía que sería fácil conquistar nuevas provincias. Más viendo poco después que se le iban muriendo, no solo los indios, sino también los españoles, y que se le quedaban a docenas, los soldados, tan desflaquecidos y macilentos, que no parecían sino un vivo retrato de la muerte; y requerido de los oficiales del Rey se resolvió de dar la vuelta; más para saber por dónde o cómo, subíase a un árbol de los mayores y más descollados, como solía para descubrir tierra, cuando al amanecer tendida en ella la gente descansaba; extendiendo la vista cuando pudo o no pudo, descubrir sino montañas y más montañas como las presentes y las pasadas; y alzando los ojos al cielo donde les había de venir el remedio, lo pedía al padre de las misericordias, por Jesucristo su hijo y nuestro bien. Y no fue vana su oración, porque luego oyó recios graznidos de papagayos, y mirando, vió una gran banda de ellos que después de haber volado grande rato se abatieron todos de golpe al suelo; juzgó el prudente capitán que allí había población, o por lo menos maíz, de que estas aves son muy golosas; y marchando hacia aquel paraje anduvieron ocho leguas en treinta días, por entre la maleza de aquellos cerrados bosques, abriéndolo a fuerza de brazos; y al fin de ellos salieron a puerto de claridad y encontraron gente: la cual se aficionó grandemente al capitán, porque con ir en carnes, llenos de garranchos y rasguños, seco y flaco, parecía en su talle, semblante, autoridad y gentil disposición, hombre principal. Rogábale el cacique que se quedase con él o lo llevase consigo. Dábale cuanto tenía, regálabalo, servíalo; y en treinta días que allí se detuvo ganó de suerte a todos aquellos bárbaros que acudieron a sus soldados y a él, obedeciéndoles como a señores y acomodándolos como a hermanos, de todo lo mejor que pudieron. Y a la partida se fue con el capitán, el cacique, y otros muchos indios, así para mostrarles el camino como para regalarlos en él hasta los primeros valles de Puerto Viejo, donde con muchas lágrimas se despidieron del capitán, que llegó al puerto con poco más de ciento y sesenta soldados, habiéndosele muerto de hambre y mal pasar, más de ochenta españoles, sin los indios; lo cual en muchos años no acababan de contar los compañeros de sus trabajos, los testigos de su fortaleza, los pregoneros de sus virtudes. He referido en pocas palabras y con menos diré lo que resta, siendo todo lo dicho nada comparado con lo que después padeció, hizo y mereció. Porque en sabiendo que el Marqués don Francisco Pizarro le tenían los indios cercado en Lima, su atrevido valor y grandeza de ánimo le hizo olvidar de sí, de

su comodidad, de su sustento ,y de su vida, y partir luego como un rayo a socorrerle. De Lima, fue al Cozco con Alonso de Alvarado a apaciguar la sierra, quietar los indios rebelados, y favorecer a los hermanos del Marqués. Tuvo varias batallas en el camino con los indios en Pachacámac, en la puente Rumichaca, y a cada paso en cualquier lugar áspero, porque en los llanos temían a Garcilaso y más a los caballos que por ir siempre en los delanteros y hacer gran risa en ellos, ya le conocían. Y el refrigerio que le estaba esperando en el Cozco después de tantas peleas y heridas que recibió, fue una larga prisión en que le tuvo Diego de Almagro: porque seguía las partes de la justicia, de la razón del Marqués. En la cual, padeciendo, no mostró menos valor que en el campo peleando. Libre ya de estos trabajos, se ofreció a otros mayores y tales como los de Buenaventura, porque fue con Gonzalo Pizarro a la conquista y descubrimiento del Collao y de los Charcas que están doscientas leguas del Cozco hacia el mediodía. Era esta gente muy belicosa y tan atrevida, que siete indios en carnes, cada cual con su solo arco y aljaba, acometieron a Gonzalo Pizarro y a Garcilaso, y a otros dos compañeros que iban a caballo y muy bien armados, con tanto denuedo y valor que les dieron bien en que entender; y si bien quedaron cuatro de ellos muertos, tres de los nuestros salieron mal heridos y el caballo del cuarto. Tal era la gente de esta provincia, y tales las refriegas que tenían con los españoles; y al fin los vinieron a poner en tal aprieto, que faltándoles socorro del Marqués perecieran todos a manos de aquellos bárbaros, sino sintieran el favor del cielo peleando el glorioso Santiago por ellos: visiblemente, armado en su caballo, y acaudillando el pequeño escuadrón cristiano, con cuyo socorro se animaron, y Garcilaso más particularmente, habiendo gran matanza en los enemigos, por lo cual le dieron el repartimiento de indios que tuvo primero en Chuquisaca llamado Tápac-ri, que vino a valer más de cuarenta mil pesos ensayados de renta en cada un año, que hacen más de cuarenta y ocho mil ducados. Con el cual dejó las armas que había siete años manejado, con tanta gloria de Dios, y aumento de nuestra santa fe; y de un esforzado Pompeyo, se trocó en repúblico Catón. Ya se imaginaba libre de rebatos, seguro de enemigos, lejos de batallas, apartado de peligros y en tiempo de coger el fruto de sus trabajos. Más ¡oh esperanzas engañosas! ¡Oh instable rueda de la inconstante fortuna! Apenas descansado había dos años, cuando por la desgraciada y violenta muerte del Marqués don Francisco Pizarro y el levantamiento de don Diego de Almagro el Mozo, fue forzado a tomar las armas que apenas había dejado, y a refrescar las heridas mejor curadas. Suenan los pífanos y cajas, júntase en el Cozco la gente, convócase de varias partes los fieles vasallos de Su Majestad, señálase general, maese de campo, capitanes y los demás ministros; sale por capitán de caballos Garcilaso, hace una muy lucida compañía; y él y Gómez de Tordoya su primo hermano, caballero del hábito de Santiago y maese de campo del ejército imperial van a dar la obediencia en nombre del Cozco al Licenciado Vaca de Castro su Gobernador, como los dos caballeros más calificados y cuerdos de aquella ciudad. Confírmalos en sus

oficios, aprueba todo lo hecho, y mándales ir en busca de don Diego de Almagro. En esta empresa se mostró este capitán muy gran servidor de Su Majestad, aficionando las voluntades de todos a su servicio; muy gran caballero, haciendo grandes gastos de su hacienda en sustentar, vestir y armar a muchos hombres nobles. Gran soldado, peleando valerosamente en la batalla de Chupas, de donde salió muy mal herido; más dióle el Gobernador en nombre de Su Majestad un buen repartimiento de indios; y tras de esto, Dios Nuestro Señor entera salud para que mejor se echase de ver cuán leal vasallo era del Emperador; porque viniendo poco después el virrey Blasco Núñez Vela, y haciendo Gonzalo Pizarro gente contra él, al parecer (con justo título) Garcilaso incitó a muchos vecinos del Cozco, para que se fuesen a servir al virrey, y así lo hicieron con muchos trabajos y peligros de la vida, desamparando sus mujeres, sus hijos, sus casas y sus haciendas; y cuando llegaron a Lima ya estaba preso el virrey y la audiencia, de parte de Pizarro. ¡Santo Dios, qué grande golpe de fortuna fue este para Garcilaso! Saqueáronle sus casas sin dejar estaca en pared. Acometieron a quemarlas, cañonearonselas con piezas de batir; echaron de ellas los indios e indias de servicio, mandándoles so pena de la vida que no entrasen más en ellas. La mujer y los hijos corrieron grande riesgo de ser degollados, y perecieran de hambre si los Incas y Pallas no les acudieran de secreto; y si un cacique vasallo suyo llamado don García Pauqui, no les diera cincuenta fanegas de maíz con que se sustentaron ocho meses que les duró la persecución. Quejábanse de Garcilaso sus amigos; hacíanle autor de su total ruina y perdición; veíanse en desgracia de Pizarro, ausentes de sus casas, confiscados sus bienes, a riesgos sus indios, sus personas, sus vidas, sus honras, y él muy contento de haber hecho lo que debía. Porque es muy propio de la fortaleza la magnanimidad que consiste en hacer cosas grandes llenas de semejantes peligros, y alegrarse de verse en ellos aún con pérdida de todas las cosas temporales, si bien no dejó de congojarse y afligirse cuando vió a todos sus compañeros presos y a algunos ahorcados por el caso, y asimismo privado de sus indios y tan perseguido y buscado de Carvajal para quitarle la vida, que le obligó a estar escondido más de cuatro meses en el hueco de una sepultura del convento de Santo Domingo, hasta que Gonzalo Pizarro le perdonó; si bien le quitó cuanto poseía, y le trajo consigo como a un principal prisionero tres años, sin dejarle apartar de sí ni en la mesa, ni en la casa, ni en la tienda, ni en parte alguna, temeroso de perder tan gran soldado y consejero; y este recato aún fue mayor cuándo le aconsejó Garcilaso que se rindiese al Presidente Gasca, como se lo había prometido a él y al Licenciado Cepeda en algunas ocasiones. Y no queriendo cumplirle la palabra, él buscaba ocasiones de huirse; más no tuvo ocasión de hacerlo hasta la batalla de Sacsahuana, que fue el primero que se pasó al ejército imperial y el que abrió el camino e incitó a los demás que hiciesen lo mismo, desamparando a Gonzalo Pizarro y obligándole a que él hiciese lo que los suyos, y se rindiese. Dándole con este hecho al Rey de España todo el Perú, que sin duda lo perdiera, si Gonzalo Pizarro ganara la victoria. Por

lo cual le hizo merced el Presidente Gasca de un buen repartimiento de indios, que tuvo mientras vivió, y le valía treinta mil ducados de renta. Dejo otros muchos sucesos en que mostró su fortaleza; callo lo que hizo en la rebelión de Don Sebastián de Castilla; no cuento lo que pasó en el levantamiento de Francisco Hernández Girón; aunque en entrambos sirvió a Su Majestad con cargo de capitán de caballos sin quitarse las armas, hasta dejar toda la tierra quieta, y a los traidores rendidos y muertos; porque en todos sus esforzados hechos fue siempre muy semejante a sí mismo, y digno descendiente e imitador de Garci-Pérez de Vargas. Porque si aquel insigne caballero sirvió a su Rey en la conquista de una provincia, este ilustre capitán sirvió al suyo en las conquistas de un mundo entero. Si aquel puso a riesgo su vida dentro de su tierra por echar a los moros de Andalucía; éste dejó su patria, pasó mares, rompió montes, descubrió tierras, domó naciones en fiereza bárbaras y en muchedumbre, innumerables, por sujetarlas a Dios y a su Rey, y desterrar los demonios y su adoración de tantas provincias. Si aquel ayudó a ganar a la más rica ciudad de España, que es Sevilla, éste ayudó a conquistar y a poblar, no solo el más rico Imperio del mundo, sino al que ha enriquecido a todo el universo. Si aquel ilustró sus armas con las de Castilla, éste matizó las suyas con su sangre, y las acrecentó con las de los Incas. Si aquel emparentó con la casa real de España, éste se dignó de emparentar con la imperial del Cozco. Y finalmente si aquel fue ayudado de Dios para salir victorioso de los moros, éste lo fue también del mismo Dios y de su Apóstol Santiago para alcanzar tantas victorias de los indios, para entablar el Evangelio, para reducir los bárbaros y apaciguar los españoles, mostrándose en todas las ocasiones fuerte, magnánimo y diligente, sin declinar a la mano derecha de la temeridad, pertinacia, crueldad, arrogancia, ira o ambición; ni a la izquierda del temor, facilidad, y flojería, o pusilanimidad. Nunca la avaricia le inclinó a despojar los rendidos ni a saquear los rebeldes; nunca la sensualidad le trajo de la melena a sus vicios y torpes deleites; nunca la comodidad y regalo le acortó los pasos de sus intentos y jornadas; ni el mismo trabajo pudo acabar con él, que tomase algún descanso, que no fuese común a todos; por lo cual y por los muchos servicios hechos a su Rey, le nombraron los Oidores por Corregidor del Cozco, acabada la rebelión de Francisco Hernández Girón; pareciéndoles que nadie mejor que Garcilaso haría aquél oficio en tiempos tan revueltos y calamitosos. Habíanse gastado los propios en la guerra. La juventud estaba estropeada, las mieses alzadas, el ganado perdido, las cacerías quemadas, los cortijos desiertos, las casas y templos saqueados, tantos viejos sin hijos, tantos niños sin padre, tantas matronas viudas, tantas doncellas desamparadas, las leyes oprimidas, la religión olvidada, todo puesto en grande confusión, llanto, lágrimas y desconsuelo con solo este medio les parecía a los Oidores que ponían remedio a tantos males. Y no se engañaron, porque en tomando la vara Garcilaso, se convirtió en vara misteriosa de virtud, de justicia, de religión. Pidió a Nuestro Señor, el nuevo juez le diese luz para acertar, y su Majestad le ilustró la prudencia natural y adquirida, con la sobrenatural práctica;

de manera que pudiera ser ejemplo de Gobernadores cristianos. Armóse con el temor santo de Dios, a quien había de dar estrecha residencia: dióse a leer las leyes comunes, propias y municipales. Escogió Teniente docto, cuerdo, experimentado y temeroso de Dios. Con el cual, y con otros grandes letrados, siempre se aconsejaba. Entró en el gobierno de su república, cual sabio médico en hospital general, donde hay enfermos de todas enfermedades, aplicándoles las medicinas que eran menester para sanar el gusto estragado y las llagas y dolencias viejas. Sangraba a unos con livianas penas y jaropaba a otros con saludables avisos, purgaba a estos volviendo por ellos, y untaba aquellos hablándoles con apacibilidad y buen término, entrándoseles por sus puertas, y mostrándoseles más padre que juez. Con lo cual hacía estar a raya de los ciudadanos y soldados que por no darle un enojo disimulaban ellos muchos suyos. Vez hubo, que cierto soldado principal dejó de matarse con otro que le había dado ocasión, y metió mano contra él; y la razón que dió para no hacerlo, fue no dar pesadumbre y enojo a tan buen Corregidor, que sentía mucho castigar desórdenes semejantes; y tenía por mejor prevenir los delitos, que castigarlos después de hechos. Hacíase amar antes que temer; no se airaba ni se aceleraba en los negocios; teniendo a la ira por enemiga del consejo, y a la aceleración por madre del engaño. Era en sus palabras blando y comedido; en sus reprensiones reportado y tan medido, que nunca se le oyó palabra injuriosa ni mal criada. Quitaba a sus súbditos las cargas, los tropiezos, las ocasiones de atropellar las leyes, de agraviar a sus prójimos, de dar mal ejemplo a la ciudad; y para esto buscaba como buen padre medios suaves y fáciles. Uno de los cuales fue acomodando en el Cozco la sagrada religión de San Francisco, a cuyos santos hijos amparó él y los demás vecinos con sus limosnas; de suerte que en dos días con sus noches, les dieron más de veinte y dos mil ducados, con que compraron el sitio y lo que con él estaban labrado. Y el Corregidor les dió la posesión, y ellos a él por sus dineros la capilla mayor para su entierro, donde pusieron sus armas en memoria de este beneficio. Y no fue menor el que hizo a los indios labrándoles el hospital que hoy tienen en esta imperial ciudad, para cuya obra salió Garcilaso a pedir limosna, y la primera tarde que la pidió en compañía del padre Fray Antonio de San Miguel, guardián de San Francisco, juntó entre solos sus amigos principales (que tenían indios) treinta y cuatro mil y doscientos ducados. Cosa que admiró mucho y manifestó más, cuán bien quisto estaba este caballero entre sus ciudadanos. Más que maravilla, si nunca dejó de hacer lo que debía, ni por temor de los más poderosos que no había menester, ni por codicia de los cohechos, que nunca recibió, ni por amor particular, que a todos les tenía; ni por odio: no se le conoció. Antes siendo uno se hacía muchos, cual cada uno lo había menester. Con lo cual tenía ganados a los altos y a los bajos, a los ricos y a los pobres, a los sabios y a los ignorantes; y en fin, a los buenos y a los malos, de quienes hacía por bien lo que quería, y quería lo que les estaba bien a todos. ¿Quién pacificó la ciudad y entabló en ella las leyes, justas ordenanzas? Garcilaso. ¿Quién deshizo los bandos y parcialidades de hombres

inquietos que intentaron varias veces perturbar la paz? Garcilaso. ¿Quién reprimió los insolentes motines de soldados temerarios? Garcilaso. ¿Quién sosegó turbulentas hondas y repentinas avenidas de enemistades no pensadas? Garcilaso. Muchos ejemplos pudiera traer; más sirva uno para todos. Andaba en el Cozco un caballero principal y mozo de los quejosos sin razón del Presidente Gasca, llamado Francisco de Añasco, hombre animoso, valiente, atrevido, sagaz y astuto, deseoso de novedades, y resuelto de arriesgar su vida y la de sus amigos (que tenía muchos) a trueque de desagraviarle o hacerle señor de la tierra, como Francisco Hernández Girón lo había intentado. Ya se preparaba de armas, ya alistaba su gente, ya nombraba capitanes, ya les prometía montes de oro, que los de plata le parecían poco. Ya se rugía entre muchos la rebelión, cuando lo vino a saber el Corregidor, y de secreto se enteró del caso, más no se dió por entendido de él, antes trató con más facilidad al caballero. Envióle a llamar, convidóle, con su casa, trajóle a ella, aderezóle un cuarto, sentóle a su mesa, entreteníase con él. Y a ocho de los caballeros, amigos y deudos que honraban su posada (siendo sus ordinarios huéspedes) ordenó, que al disimulo, remudándose, nunca se apartasen dos de ellos del lado del dicho caballero, cuando él no le tuviese consigo. Y haciéndose así, el astuto Gobernador obligaba con beneficios a que declarasen y redujesen las demás cabezas de la conjuración, si bien les andaba muy a las inmediatas sin perder punto que fuese de provecho con los secretos avisos que de ordinario tenía de lo que se pensaba, cuanto y más de lo que se hacía. Los que no conocían la prudente sagacidad y sagaz prudencia del Corregidor; y temían alguna novedad por lo que oían, murmuraban de él, porque ya les parecía que veían salir con mano armada y temerario furor a los amotinados, que saqueaban las casas, que mataban sus dueños, que deshonraban sus hijas y mujeres, que abrasaban la ciudad. Acudían al Corregidor y suplicábanle que no permitiese ver muertos ante sus ojos por su remisión, a los que había perdonado el furor de tantas guerras civiles; requiriéndole que conservase la vida de los ciudadanos, que mirase por la honra de las mujeres y volviese por la de Dios, que defendiese la hacienda real, la pública, la particular, y que conservase la ciudad que se le había encomendado. Él agradecía los avisos con palabras comedidas, y les rogaba que se quietasen que presto verían las esperanzas de los inquietos frustradas, y todo quieto como lo vieron; porque dentro de muy pocos días redujo a mejor parecer a los soldados honrados, y a los más inquietos los esparció por el Reino, y al caballero que desasosegaba la gente, después de haberle tenido cuarenta días en su casa regalado como a hijo, le afeó su mal intento, y amenazándole con castigo riguroso sino se enmendaba, le dió un caballo de los de su caballeriza y trescientos pesos de su hacienda, y lo envió como desterrado a Quito, quinientas leguas de allí, con que fue muy agradecido el Añasco viendo que en lugar de darle la muerte, le daba la vida y le acomodaba tan honradamente. De lo cual luego que tuvieron aviso el Presidente y Oidores, loaron el hecho y la gran prudencia del Corregidor, que como experimentado había prevenido el daño

que se podía seguir si hiciera ruido prendiendo al caudillo, haciendo pesquisas de los culpados y proceso contra ellos, fulminando sentencias rigurosas, y ejecutando castigos ejemplares, porque no sirviera de más, que de irritar y mover a otros a que prosiguiesen lo comenzado, y con blandura y secreto se atajaron los daños que tales desórdenes amenazaban. Este fue el fin de los temores y el principio de la quietud que en el tiempo de su gobierno hubo en aquella ciudad; la cual respetaba a su Corregidor como a un hombre venido del cielo, y con mucha razón por cierto; porque su religión era muy grande, su piedad muy notoria, el deseo del bien común extraordinario, su buen ánimo para con todos conocido de todos, su agudeza en interpretar las leyes justas, su solicitud en despachar los pleitos increíble, y su apacibilidad y buen agrado en satisfacer a los pleiteantes, muy de padre y amigo. Pues ya si hubiéramos de decir algo de su liberalidad, misericordia, rectitud, compasión, sería nunca acabar. ¿Cuándo se le pidió algo puesto en razón, que él no lo concediese? ¿Qué hombre noble vió necesitado que no le ofreciese su casa y le diese cuanto había menester? ¿Qué pobre le pidió limosna que se fuese las manos vacías? ¿Qué viuda, qué huérfano, qué persona desvalida le pidió justicia que de él no la alcanzase? ¿Quién se quiso valer de sus favores que no fuera de él favorecido? Bien saben esto y lo publican los caballeros que en su casa comían y cenaban, pues de ordinario estaba llena de huéspedes a quien no solo sustentaba, sino también vestía y daba caballos de su caballeriza en que ruasen. Bien lo lloran las viudas, religiosas y pobres vergonzantes a quien de secreto socorría con muy buenas limosnas, sin las que se repartían a su puerta que eran muchas. Bien lo sienten los huérfanos y menores de quien gustaba ser tutor por ampararlos, y porque no se desperdiciasen o consumiesen con pleitos y engaños las haciendas. Y vez hubo que después de haber alimentado cinco años a sus huérfanos, hijos de Pedro del Barco, vecino del Cozco, uno de los que ahorcó Carvajal porque se huyeron con Garcilaso; y descargándole la justicia de la tutela cinco mil y quinientos ducados por los alimentos, no los quiso recibir en cuenta sino pagarlos, dando por razón que eran hijos de su amigo, y que él no contaba nada por el comer a los que en su casa comían. Bien le echan menos los presos y pleiteantes, a quienes despachaba con toda suavidad y blandura posible, sin llevarles derechos por las firmas. Si eran las causas civiles, las mediaba y componía como juez árbitro y amigo; si las penas eran pecuniarias, perdonaba su parte; si los delitos eran criminales, moderaba las sentencias y hacía que su Teniente no llevara las cosas por todo rigor de justicia, para que no exasperase la gente, pues no estaban quietos los ánimos de muchos soldados descontentos, que pretendían escándalos y alborotos con cualquiera pequeña ocasión. Más, cuanto era de blando en las causas civiles y criminales, tanto era de riguroso en castigar cualquier desacato que a Dios se hiciese en su santo templo. Sirva de ejemplo lo que pasó a cierto vecino del Cozco (más noble que sufrido) que con un procurador hubo palabras entre los dos diciéndolas el vecino malas, y volviéndolas peores el procurador. Aquél metió mano a su espada, éste porque

no la tenía huyó, y entróse en la iglesia sin parar hasta el altar mayor: siguióle el vecino para matarle y hiriérale por lo menos, si no le detuvieran dentro de la misma capilla mayor los que acudieron al ruido. Entre los cuales se halló uno de los alcaldes ordinarios, y conociendo de la causa, le sentenció al vecino por desacato al Santísimo Sacramento, en cuatro arrobas de aceite, que valían entonces más de cien ducados, y en cuatro arrobas de cera, y en doscientos escudos para el servicio del altar. Apeló el vecino de la sentencia para el Corregidor, el cual sintió mucho no haber sido juez de aquella causa, y de que el alcalde hubiese andado tan corto, y así dijo: “Si yo le sentenciara no fuera la pena menos de doce mil ducados. Por qué ¿dónde se sufre que predicando nosotros a estos indios gentiles, que aquel Señor que está en la Iglesia, es el Dios verdadero, hacedor, y criador del universo y redentor nuestro: que tengamos tanto desacato, que entremos en su casa con la espada desnuda, y lleguemos hasta su aposento, que es la capilla mayor a matar un hombre? ¿Cómo nos creerán los indios lo que predicamos viendo nuestros hechos tan en contra pues tenían estos bárbaros tantos respeto a la casa del Sol, que ellos adoraban por Dios, que para entrar en ella se descalzaban doscientos pasos antes de llegar a ella?” Por lo cual le condenó en otro tanto más, de lo que decía la sentencia del alcalde, y la pagó el vecino con gusto, viendo que no se regía por pasión sino por razón y por eso mismo le lloran todos y sienten su pérdida. Pero más en particular los indios vasallos suyos la testifican bien, y con lágrimas copiosas y tiernos gemidos, manifiestan la falta que les hace su señor, en quien tenían padre, defensor y amparo. Porque si enfermaban algunos en el Cozco de los del servicio personal, los hacía curar en su casa como a hijos. De los tributos se contentaba en una de sus provincias con la quinta parte, porque debiéndole dar tantas cabezas de ganado de la tierra y de cerda, que cada cual se vendía en la plaza de la ciudad por quince pesos, se contentaba él con que le diesen tres pesos no más por cada cabeza. Los Huamanpallpas, que están cuarenta leguas del Cozco, tenían obligación de ponerle cada año en su casa una gran partida de trigo, el cual traían a cuestas, y por hacerles bien su señor, concertó con ellos que llevasen el trigo que él cogía en un cortijo suyo, diez y seis leguas de la ciudad, que estaba en el mismo camino por donde los indios venían dé su tierra; y por solamente el porte les descontaba otro tanto trigo, de lo que ellos estaban obligados a darle. Esos mismos indios y los Cotaneras, le habían de dar cada año tantos vestidos de indios poniendo ellos la lana, y se la daba su amo en tanta cantidad, que les sobraba de ella para sí. Y cada cuatro meses le debían traer cierto número de cestos llenos de la yerba cuca, y él por aliviarles del trabajo para que no le trajesen a cuestas, y porque no gastasen tanto en su sustento (sin tener obligación) les daba a cada uno media fanega de maíz y les prestaba sus carneros de carga en que ellos llevasen su comida y trajesen la cuca; cosas que no sé yo las haya hecho con sus indios, ninguno otro señor de vasallos. Y así los de este caballero se esmeraban tanto en servirle, con un amor extraordinario, que la ropa que hacían, y la cuca que beneficiaban era la mejor del Reino. Mucho he

oído y leído del amor de señores de vasallos para con sus súbditos, más nada tiene que ver con lo dicho. Mucho he sabido de su agradecimiento, por servicios recibidos, más ninguno mayor que el que ahora diré. Estimó en tanto Garcilaso el servicio que le hizo su vasallo don García Pauqui, dando cincuenta fanegas de maíz a su familia cuando se vió en el aprieto que dijimos, que hizo libre y franco al dicho cacique, y a los lugares de su señorío, de cualquier tributo que estuviesen obligados a pagarle; contentándose con que le diesen algunas frutas, como guayabas, limas y pimientos verdes para su comer en señal de vasallaje. ¿Y a este señor no habían de amar? ¿No habían de servir? ¿No habían de echar de menos y llorar después de muerto? Llórenle que razón tienen, pues también le lloran los esforzados varones que ven con su muerte quebrada una firme columna de la fortaleza; llórenle los prudentes repúblicos, pues perdieron en él un rico depósito de la prudencia civil; llórenle los Gobernadores y jueces, pues les ha faltado un vivo retrato de la justicia; llórenle finalmente todos los buenos, pues con su falta les falta un raro ejemplo de templanza, en la comida, en la bebida, en el sueño, y en el trato de su persona, siendo para los suyos muy liberal, y para los extraños muy cumplido; de continencia, con que tenía a raya sus deseos y pasiones; de clemencia con que moderaba el ánimo irritado a la venganza, y le inclinaba a hacer bien a todos; de modestia con que hacía querer y estimar, dando a cada cual más honra de la que se debía; de urbanidad y recato en el decir mal de nadie, pues ni aún consentía que esto en su presencia se hiciese, cortando luego la plática, escusando lo malo y alabando lo bueno; de moderación, aún en la muerte, mandado por su testamento que cuando le llevasen a enterrar, pusiesen el cuerpo en el suelo sobre un paño para decir los responsos, usándose entonces en el Cozco hacer tan grandes túmulos en tres partes diversas de las calles por donde pasaba el entierro de los hombres principales, donde subían la caja, parando todos al responso un grande espacio; y con el buen ejemplo de Garcilaso le imitaron todos de allí adelante y le imitan hasta hoy. Pues ya ¿qué diré de las virtudes propias del verdadero cristiano? Ya vimos que por la fe de Cristo y por su aumento se puso a tantos peligros y riesgos de la vida; defendiéndola con su sangre, la cual sustentó por toda su vida no solo poniendo sacerdotes virtuosos, doctos y celosos para la enseñanza y doctrina de sus indios, y procurando de su parte cuanto podía, que esta santa fe se dilatase hasta los fines de la tierra; sino también con el ejemplo, cumpliendo lo que ella nos manda, y creyendo firmísimamente lo que nos enseña, y acompañándolas con obras santas de religión y piedad. Oía de ordinario misa y mandaba decir muchas por las ánimas del purgatorio, y en solo una fiesta que les hacía cada año gastaba seiscientos ducados. ¿Quién podrá explicar la grandeza de su firme esperanza y encendida caridad? El Señor que se las dió solo lo sabe, de las cuales nos descubrió grandes señales todo el tiempo de su vida, y más en particular dos años y medio antes de su muerte, los cuales tomó Dios para labrarle para el cielo, por medio de una larga enfermedad que le duró todo este tiempo, sino derribado siempre en la cama, a lo menos la mayor parte de la

temporada, para que mejor se dispusiese y despacio se preparase, como lo hizo, confesándose a menudo con el padre guardián de San Francisco, fray Antonio de San Miguel, que a solo él confesaba en aquella ciudad, y solía decir que ojalá fuera él como el que estaba en aquella cama. En la cual ya que no podía echar mano a la espada, empuñar la lanza ni hacer heroicas hazañas en la guerra, echaba mano a la bolsa haciendo bien a todos, y empuñaba la cruz con Cristo crucificado, pidiéndole misericordia y perdón, hacía obras heroicas de caridad, de paciencia y humildad cristiana, en medio de una grande paz de su alma, causada de buena conciencia, y más de la confianza que tenía en los merecimientos de Cristo Nuestro Señor. Aquí se aumentaron las limosnas, aquí las oraciones, misas y devociones, aquí el sufrimiento y paciencia en los dolores, aquí la esperanza del perdón y la confianza de verse en la gloria, aquí los deseos afectuosos y encendidos de que se cumpliese en él la voluntad de Dios, y de dar la vida por su amor como la dió después de haber recibido todos los sacramentos a los cincuenta y nueve años de su edad, con sentimiento universal del Cozco y de todo el Perú, y con mucha razón; porque muriendo Garcilaso cayó un fuerte baluarte de la religión cristiana, murió el esfuerzo de la guerra, el ornamento de la paz, la honra de los nobles, el modelo de los jueces, el padre de la patria, el reparo de los pobres, el amigo de los buenos, el espanto de los malos, y finalmente el amparo de los naturales. Más mientras todos hacen el justo sentimiento de su muerte, él está gozando de la eterna vida, mientras que sus amigos se espantan y dicen ¿Es posible que aquel varón y esfuerzo de España es vencido? ¿Qué aquella luz y resplandor de la casa de Vargas está apagado? ¿Qué la apacibilidad y cortesanía del Perú se acabó? ¿Y que la firme columna de este Imperio se ha caído? El riéndose de todo lo del suelo, teniendo su esfuerzo por flaqueza, su luz y resplandor por tinieblas, su sabiduría y discreción, por ignorancia, y su firmeza por instabilidad, triunfa glorioso en el cielo con la inestimable corona de gloria, de que goza y gozará para siempre. Amén.

CAPÍTULO XIII: Que trata de los pretendientes que vinieron desterrados a España, y la mucha merced que Su Majestad les hizo. Don García de Mendoza va por Gobernador a Chile, y el lance que le sucedió con los indios.

Volviendo a los pretensores de repartimientos de indios que atrás dejamos, que venían desterrados a España, decimos que llegaron a ella bien fatigados de la pobreza y hambre que traían, presentáronse en la corte ante la majestad del Rey don Felipe Segundo: causáronle mucha lástima, así con la presencia, como con la relación que le hicieron de la causa porque venían desterrados y tan mal parados. Su majestad les consoló con hacerles mercedes en Indias a los que quisieron volver a ellas, dándoles allá la renta librada en su tesoro y caja real, porque no tuviesen que ver con el Visorrey de aquel Imperio. Y a los que

quisieran quedarse en España, les hizo mercedes conforme a sus servicios y calidad, dando a unos más, y a otros menos, como yo lo hallé cuando vine a España, que fue poco después de lo que se ha referido. Libróseles la renta en la Casa de la Contratación de Sevilla, al que le cupo menos, fueron cuatrocientos y ochenta ducados de renta, y de allí fueron subiendo las mercedes a seiscientos y ochocientos y a mil y a mil doscientos ducados a los mejorados por todos los días de su vida. Poco después sabiendo Su Majestad las pláticas que en la Ciudad de los Reyes habían pasado, acerca de los desterrados, por escusar algún motín que podía suceder por la aspereza del Gobernador, proveyó por Visorrey del Perú a don Diego de Acevedo, caballero muy principal de toda virtud y bondad, de quien descienden los condes de Fuentes. El cual solicitando su viaje, falleció de enfermedad, lo cual sabido en el Perú lastimó muy mucho a todos los de aquel Imperio, que a hombres graves y antiguos en la tierra les oí decir: "Porque no merecíamos tal Visorrey se lo llevó Dios temprano al cielo." Por no haber pasado este caballero al Perú no está en la lista de los visorreyes, que han ido a aquel Reino. Entretanto que en la corte de España pasaba lo que se ha dicho, el Visorrey del Perú proveyó por Gobernador y capitán del Reino de Chile a su hijo don García de Mendoza, porque con la muerte de Jerónimo de Alderete, estaba sin Gobernador. El cual falleció en el camino, poco antes de llegar a Chile, de congoja y tristeza, de ver que por causa de su cuñada, y suya, hubiesen perecido ochocientas personas que murieron en su galeón. Consideraba que si aquella mujer no fuese su cuñada, no le diera licencia el maestre para tener lumbre en su aposento, de donde se causó todo aquel mal y daño. La provisión de don García de Mendoza fue muy acepta a los del Perú; ofreciéronse muchos vecinos y soldados principales a hacer con él la jornada; porque entendían que ganaban méritos en el servicio de Su Majestad y del Visorrey por acompañar a su hijo. Proveyó que el Licenciado Santillán, Oidor de aquella cancillería, fuese por lugarteniente y Gobernador de su hijo, y a él se lo pidió le hiciese gracia de aceptarlo. Hízose para esta jornada grandísimo aparato en todo aquel Reino, de armas y caballos, vestidos y otros ornamentos, que costaron mucho dinero por la carestía de las cosas de España. Proveyó así mismo el Visorrey otras tres conquistas: envió por capitanes de ellas a tres caballeros principales, el uno llamado Gómez Arias, y el otro Juan de Salinas, el tercero Antón de Aznayo: cada uno de ellos hizo sus diligencias para cumplir bien con el oficio que llevaba.

Don García de Mendoza fue a su gobernación, y llevó mucha gente muy lucida y habiendo tomado la posesión, trató de ir con brevedad a la conquista y sujeción de los indios araucos, que estaban muy soberbios y altivos con las victorias que de los españoles habían ganado. La primera de Pedro de Valdivia y otras que hubieron después, según lo escriben en verso los poetas de aquellos tiempos, que fuera mejor escribirlas en prosa, porque fuera historia, y no poesía, y se les diera más crédito.

Entró el Gobernador en las provincias rebeladas con mucha y muy lucida gente, y grande, aparato de todo lo necesario para la guerra, particularmente de armas y munición y mucho bastimento, porque los enemigos tenían alzados los suyos. A pocas jornadas que hubo entrado, le armaron los indios una brava emboscada: echáronle por delante un escuadrón de cinco mil indios de guerra, con orden de que no aguardasen a pelear ni llegasen a las manos, sino que con la mejor orden y mayor diligencia que pudiesen poner, se fuesen retirando de día y de noche, porque los españoles no los alcanzasen y les obligasen a pelear. Los españoles teniendo nuevas por sus corredores, que aquel ejército de indios iba delante de ellos, y que no los esperaban, dieron orden en seguirlos, aunque con recato, sin desmandarse a parte alguna, porque el Gobernador, luego que entró en aquel Reino, tuvo aviso de los españoles de la tierra, de las mañas, trazas e ardides de guerra, que aquellos indios tenían y usaban con los españoles; unas veces acometiendo, y otras huyendo como mejor les estaba, y convenía. Pero no le aprovechó al Gobernador el aviso, porque se cebó en ir en pos de los enemigos con deseo de hacer una gran matanza en ellos, porque los demás sintiendo el ánimo belicoso que llevaba, se rindiesen y perdiesen la soberbia que habían cobrado. Con este ánimo siguió aquel escuadrón un día y una noche. Los enemigos que quedaron en la celada, viendo al Gobernador algo alejado de su real, donde había dejado todo lo que llevaba, salieron de la emboscada, y no hallando contradicción, robaron todo lo que hallaron, sin dejar cosa alguna, y se fueron con ello libremente. La nueva de la pérdida llegó al Gobernador, y le obligó a dejar los que seguía, y volver a buscar los que le habían saqueado: más no le aprovecharon sus diligencias, que los enemigos se habían puesto en cobro por no perder el despojo. La nueva de este mal suceso llegó al Perú, casi juntamente con la nueva de la llegada del Gobernador a su gobernación; tanto, que se admiró toda la tierra que en tan breve tiempo hubiera sucedido una cosa tan hazañosa para los indios y de tanta pérdida para los españoles, porque no les quedó de armas, ni ropa más de la que tenían vestida. El Visorrey proveyó el socorro con gran diligencia, porque llegase más aína. Gastóse mucha suma de oro y plata de la hacienda real, de que hubo murmuración, como lo dice el Palentino, libro tercero, capítulo segundo; aunque lo dice acerca del primer gasto que se hizo para que el Gobernador fuese a Chile, y no cuenta este segundo gasto, ni el hecho de los indios que lo causó, que también fue causa de la murmuración. Porque dijeron, que por socorrer el Visorrey a su hijo, había mandado hacer una y dos y más veces aquellas demasías de gastos en la hacienda real. De los sucesos de aquel Reino de Chile no diremos más que la muerte de Loyola, porque no son de nuestra historia: lo que se ha dicho fue, porque el Gobernador salió del Perú por orden de su padre el Visorrey. Los que quisieren escribir los sucesos de aquel Reino tienen bien que decir, según la guerra tan larga que en él ha habido, entre indios y españoles y cincuenta y ocho años a esta parte, que ha, que se rebelaron los indios araucos, que fue al fin del año de mil quinientos y cincuenta y tres, y ha corrido la mayor parte del año de

mil y seiscientos y once cuando escribimos esto. Podrán contar la muerte lastimera del Gobernador Francisco de Villagra, con la de doscientos españoles que iban con él, que pasó en la loma que llaman de su nombre, Villagra. Podrán decir así mismo la muerte del maese de campo don Juan Rodulfo, y la de otros doscientos hombres, que con él iban; y los mataron en la ciénaga de Puren, que holgara yo tener la relación entera de estos hechos, y de otros tan grandes y mayores que en aquel Reino belicoso han pasado, para ponerlos en mi historia. Pero donde ha habido tanta bravosidad de armas, no faltará la suavidad y belleza de las letras de sus propios hijos, para que en tiempos venideros florezcan en todo aquel famoso Reino como yo lo espero en la Divina Majestad.

CAPÍTULO XIV: Hacen restitución de sus indios a los herederos de los que mataron por haber seguido a Francisco Hernández Girón, la ida de Pedro de Orsúa a la conquista de las Amazonas y su fin y muerte, y la de otros muchos con la suya.

El Visorrey don Andrés Hurtado de Mendoza, viendo los pretendientes que él había desterrado del Perú, que volvían con grandes mercedes que Su Majestad les había hecho, libradas en el tesoro de su arca real, de las tres llaves, bien en contra de lo que él había imaginado, que pensó que ninguno de ellos volviera allá, se admiró del suceso; y mucho más cuando supo que también había proveído Su Majestad nuevo Visorrey que le sucediera: pesóle de lo pasado, y trocó el rigor que en el gobierno hasta allí había habido, con toda la suavidad y mansedumbre, que buenamente se puede decir. Y así procedió hasta su fin y muerte; de tal manera que los que lo notaban, decían públicamente, que si como acabara, empezara: que no hubiera habido tal Gobernador en el mundo. Viendo el Reino la mansedumbre del Visorrey, sosegada la tierra y trocada la furia y rigor de los jueces en afabilidad y quietud, se atrevieron los agraviados de la justicia pasada, a pedir satisfacción de los males y daños que habían recibido. Y así los hijos y herederos de los vecinos, que por haber seguido la tiranía de Francisco Hernández Girón ajusticiaron, pusieron sus demandas ante los Oidores, presentaron las provisiones de perdón que a sus padres se habían dado y siguieron su justicia hasta que en vista y revista alcanzaron sentencia en favor de ellos, en que les mandaban volver, y restituir los repartimientos de indios que les habían quitado, y cualquiera otra confiscación que les hubiesen hecho. Y así les volvieron los indios, aunque el Visorrey lo había repartido y dado a otros españoles, mejorando a unos con mejores repartimientos que los que tenían; y dando a otros nuevos repartimientos que no los tenían. De lo cual quedó el Visorrey en gran confusión, así porque le revocaban todo cuanto en este particular había hecho, quitando a unos y dando a otros, como por hallarse en grande afán y congoja para haber de satisfacer con nuevas mercedes a los desposeídos de las que él les había hecho. Todo esto que hemos dicho vi yo en

el Cozco, y lo mismo pasó en las demás ciudades donde se ejecutaron los rigores de la justicia pasada, como en Huamanca, Arequepa, los Charcas y el Pueblo Nuevo. Vista la sentencia de la restitución a los herederos de los muertos por justicia, y que se había revocado todo lo que en este particular por orden y mandato del Visorrey se había hecho, tomaron ocasión los españoles para decir que el castigo y rigor pasado, no había sido por orden de Su Majestad ni de su Real Consejo de las Indias, sino que el Visorrey lo había hecho de su voluntad y albedrío, por hacerse temer y asegurarse de algún motín, como los pasados, que él temiese.

Procediendo el Visorrey en su gobierno con la suavidad y blandura que hemos dicho, concedió la jornada y conquista de las Amazonas del río Marañón que atrás dijimos, que Francisco de Orellana, negando a Gonzalo Pizarro vino a España, y pidió a Su Majestad la dicha conquista, y acabó en el camino sin llegar donde pretendía. Dióla el Visorrey a un caballero llamado Pedro de Orsúa, que yo conocí en el Perú, hombre de toda bondad y virtud, gentil hombres de su persona y agradable a la vista de todos. Fué desde el Cozco hasta Quitu recogiendo los soldados que pretendían salir a nuevas conquistas, porque en el Perú ya no había en qué medrar, porque todo él estaba repartido entre los más antiguos y beneméritos que había en aquel Imperio. Recogió así mismo Pedro de Orsúa las armas y bastimento que pudo para su conquista; a todo lo cual los vecinos y los moradores de aquellas ciudades acudieron con mucha liberalidad y largueza, y todo buen ánimo, porque la bondad de Pedro de Orsúa lo merecía todo. Del Cozco salieron con él muchos soldados, y entre ellos un Fernando de Guzmán, que yo conocí, que era muy nuevo en la tierra, recién llegado de España, y otro soldado más antiguo que se decía Lope de Aguirre, de ruin talle, pequeño de cuerpo y de perversa condición y obras, como lo refiere en sus *Elegías de varones ilustres de Indias*, el Licenciado Juan de Castellanos, clérigo, presbítero, beneficiado de la ciudad de Tunja en el Nuevo Reino de Granada: en las cuales Elegías gastan seis cantos de su verdadera y galana historia, aunque escrita en verso. En ellas cuenta las jornadas de Pedro de Orsúa, que llevaba más de quinientos hombres bien armados y aderezados con muchos y buenos caballos. Escribe su muerte que se la dieron sus propios compañeros y los más allegados a él, por gozar de una dama hermosa, que Orsúa llevaba en su compañía. Pasión que ha destruido a muy grandes capitanes en el mundo, como al bravo Aníbal y a otros tales. Los principales autores de la muerte de Orsúa fueron don Fernando de Guzmán y Lope de Aguirre, y Salduendo, que era apasionado por la dama, sin otros muchos que aquel autor nombra. Y dice como aquellos traidores alzaron por Rey a su don Fernando, y él era tan discreto, que consintió en ello y holgó que le llamasen Rey, no habiendo Reino que poseer, sino mucha mala ventura, como a él le sucedió, que también lo mataron los mismos que le dieron el nombre de Rey. Aguirre se hizo caudillo de ellos, y mató en veces más de doscientos hombres, saqueó la isla Margarita, donde hizo grandísimas crueldades. Pasó a otras islas comarcanas, donde fue vencido por

los moradores de ellas; y antes que se rindiese, mató una hija suya que consigo llevaba, no por otra causa, más de que porque después de él muerto no la llamasen hija del traidor. Esta fue la suma de sus crueldades, que cierto fueron diabólicas; y este fin tuvo aquella jornada que se principió con tanto aparato como yo vi parte de él.

CAPÍTULO XV: El Conde de Nieva es elegido por Visorrey del Perú. Un mensaje que envió a su antecesor. El fallecimiento del Marqués de Cañete y del mismo Conde de Nieva. La venida de don García de Mendoza a España. La elección del Licenciado Castro por Gobernador del Perú.

Entre tanto que pasaban estos sucesos en el Perú, y la mortandad de los de Orsúa en el río grande de las Amazonas, la majestad real del Rey don Felipe Segundo no se olvidaba de proveer nuevo Gobernador para aquel su Imperio. Que luego que falleció el buen don Diego de Acevedo, proveyó a don Diego de Zúñiga y Velasco, Conde de Nieva por Visorrey del Perú. El cual despachándose a toda diligencia, salió de España por enero de quinientos y sesenta años, y entró en el Perú por abril del mismo año. Desde Paita que ya es dentro en su jurisdicción, envió un criado suyo con una carta breve y compendiosa para el Visorrey don Andrés Hurtado de Mendoza, que supiese su ida a aquel Imperio, y se desistiese del gobierno y de cualquiera otra cosa que a él perteneciese. El Visorrey don Andrés Hurtado de Mendoza, sabiendo la ida del mensajero, mandó se le proveyese todo lo necesario para los caminos, con mucha abundancia y mucho regalo. Y en la Ciudad de los Reyes le tuvo apercibida una muy honrada, y una muy buena dádiva de joyas de oro y plata, y otras preseas que valían de seis a siete mil pesos arriba. Todo lo cual perdió el mensajero, porque llevaba orden que no le llamase excelencia, sino señoría, y en la carta hablaba de la misma manera. Lo cual recibió a mal el Visorrey don Andrés Hurtado de Mendoza, de que el sucesor quisiese triunfar de él tan al descubierto y tan sin razón y justicia. De la cual melancolía se le causó un accidente de poca salud, y se la fue quitando de día en día, y la edad que era larga no pudiendo resistir al mal, feneció antes que el nuevo Visorrey llegara a la Ciudad de los Reyes. Al cual no le fue mejor, porque pasados algunos meses después de haber tomado la posesión de su silla con la solemnidad que de otros se ha dicho, se le siguió la muerte por un caso extraño, que él mismo lo procuró y apresuró para que más aína llegase su fin y muerte . El suceso de la cual, por ser odioso es razón que no se diga; y así pasaremos adelante dejando esto tan confuso como queda.[49]

[49]Hasta ahora no están bien dilucidadas las circunstancias de la muerte del virrey López de Zúñiga, sujeto frívolo y aficionado a las conquistas femeninas (había dejado a su mujer en España). Dícese que fue asesinado por los criados de don Rodrigo Manrique de Lara al descender a la calle por una escala

Don García de Mendoza que era Gobernador en Chile, sabiendo el fallecimiento del virrey su padre, se dió prisa a salir de aquel Reino y venir al Perú, y dar orden en su venida a España. Todo lo cual hizo con mucha diligencia, de manera que los murmuradores decían, que la salida del Reino de Chile con tanta prisa, más había sido por huir de los araucos que le habían asombrado, que no por acudir a la muerte de su padre ni a sus negocios; y que con la misma prisa había salido del Perú por no verse en jurisdicción ajena. El cual se vino a España, donde estuvo hasta que volvió a aquel Imperio a ser Gobernador de él, e impuso el tributo de las alcabalas, que hoy pagan los españoles y los indios. Estos de sus cosechas, y aquellos de sus tratos y contratos. Este paso se anticipó de su tiempo y lugar por ser particular, que mi intención no se extiende a escribir más de hasta la muerte del príncipe heredero de aquel Imperio, hermano segundo de Don Diego Sayri Túpac, de cuya salida de las montañas y de su bautismo, fin y muerte dijimos atrás. Y con este propósito vamos abreviando la historia, para ver ya el fin de ella.

La majestad del Rey don Felipe II, luego que supo la desgraciada muerte del Visorrey don Diego de Zúñiga, Conde de Nieva, proveyó al Licenciado Lope García de Castro, que era del Consejo Real y Supremo de las Indias, de quien atrás hicimos mención, cuando hablamos de mis pretensiones, por los servicios de mi padre, y la contradicción que entonces me hizo. Proveyóle por Presidente y Gobernador general de todo aquel Imperio, para que fuese a reformar y apaciguar los accidentes que las muertes tan breves de aquellos dos visorreyes hubiesen causado. Porque el Licenciado Lope García de Castro era hombre de gran prudencia, caudal y consejo para gobernar un Imperio tan grande como aquel. Y así fue a toda diligencia y gobernó aquellos reinos con mucha mansedumbre y blandura y se volvió a España dejándolos en toda paz y quietud; y volvió a sentarse en su silla, donde vivió con mucha honra y aumento, y falleció como buen cristiano.

Mis amigos viendo este gran personaje en su silla en el Consejo Supremo de las Indias, me aconsejaban que volviese a mis pretensiones acerca de los servicios de mi padre y de la restitución patrimonial de mi madre. Decían que ahora que el Licenciado Castro había visto el Perú, que fue lo que mi padre ayudó a ganar, y fue de mis abuelos maternos, me sería muy buen padrino para que me hicieran mercedes, ya que la otra vez me había sido contrario: para que me las negaran como atrás se refirió.

Pero yo que tenía enterradas las pretensiones y despedida la esperanza de ellas, me pareció más seguro y de mayor honra y ganancia no salir de mi rincón. Donde con el favor divino he gastado el tiempo en lo que después acá se ha escrito, aunque no sea de honra ni provecho: sea Dios loado por todo.

---

de mano, después de haber tenido un encuentro galante con la esposa de aquel caballero, de nombre doña Catalina. Lo único que se tiene en claro es que falleció en la madrugada del 19 de febrero de 1564, sin haber dejado testamento.

CAPÍTULO XVI: La elección de don Francisco de Toledo por Visorrey del Perú. Las causas que tuvo para seguir y perseguir al Príncipe Inca Túpac Amaru. Y la prisión del pobre Príncipe.

Al Licenciado Lope García de Castro, Presidente y Gobernador general del Imperio llamado Perú, sucedió don Francisco de Toledo, hijo segundo de la casa del Conde de Oropesa. Fué elegido por su mucha virtud y cristiandad, que era un caballero que recibía el Santísimo Sacramento cada ocho días. Fué al Perú con nombre y título de Visorrey: fue recibido en la Ciudad de los Reyes con la solemnidad acostumbrada. Gobernó aquellos reinos con suavidad y blandura: no tuvo rebeliones que aplacar, ni motines que castigar. Pasados dos años poco más o menos de su gobierno, determinó sacar de la montaña de Villcapampa al príncipe Túpac Amaru, legítimo heredero de aquel Imperio, hijo de Manco Inca, y hermano de don Diego Sayri Túpac, de quien hemos dado larga cuenta en este octavo libro. Pertenecíale la herencia, porque su hermano mayor no dejó hijo varón, sino una hija, de la cual diremos adelante. Deseó el Visorrey sacarle por bien y afabilidad (a imitación del Visorrey don Andrés Hurtado de Mendoza) por aumentar su reputación y fama, que hubiese hecho una cosa tan grande y heroica, como reducir al servicio de la católica majestad un príncipe tal, que andaba fugitivo metido en aquellas montañas. Para lo cual intentó seguir al Visorrey pasado, por algunos caminos de los que aquel llevó y anduvo. Y envió mensajeros al príncipe diciéndole y amonestándole que saliese a vivir entre los españoles, como uno de ellos, pues ya todos unos. Que Su Majestad le haría mercedes, como las hizo a su hermano para el sustento de su persona y casa. No le salieron al Visorrey las diligencias de provecho alguno, ni de esperanza, porque el príncipe no correspondió a ellas, porque al Visorrey le faltaron muchos de los ministros, así indios como españoles, que en aquel particular sirvieron y ayudaron a su antecesor. Y de parte del príncipe también hubo dificultades para no aceptar partido alguno, porque los parientes y vasallos que consigo tenía, escarmentados de la salida de su hermano, y de la poca merced que le hicieron, y de lo poco que vivió entre los españoles, haciendo de todo ello sentimiento y queja, como que los españoles la hubiesen causado, aconsejaron a su Inca, que en ninguna manera saliese de su destierro, que mejor le estaba vivir en él, que morir entre sus enemigos. Esta determinación de aquel príncipe supo el Visorrey de los indios que entraban y salían de aquellas montañas, así de los que él envió como de los indios domésticos que vivían con los españoles; que lo dijeron a sus amos más claro y descubierto, y todo fue a oídos del Visorrey. El cual pidió parecer y consejo a sus familiares, los cuales le aconsejaron, que pues aquel príncipe no había querido salir por bien, lo sacase por fuerza, haciéndole guerra hasta prenderle y aún matarle, que a la majestad católica se le haría mucho servicio, y para todo aquel Reino sería gran beneficio. Porque aquel Inca estaba cerca del camino real que va del Cozco a Huamanca y a Rímac: que sus indios y vasallos salían a saltear y robar a los mercaderes españoles que pasaban

por aquel camino, y hacían otras grandes insolencias como enemigos mortales. Demás de esto, dijeron los consejos que aseguraría aquel Imperio de levantamiento; que aquel mozo, como heredero, con el favor y ayuda de los indios Incas sus parientes, que vivían entre los españoles, y de los caciques sus vasallos y de los mestizos, hijos de españoles y de indias, podía hacer siempre que lo pretendiese: que todos holgarían de la novedad, así los indios vasallos, como los parientes, por ver los unos y los otros restituido a su Inca, y los mestizos por gozar de los despojos que con el levantamiento podían haber; porque todos (según se quejaban) andaban pobres y alcanzados de lo necesario para la vida humana.

Sin esto le dijeron que con la prisión de aquel Inca, se cobraría todo el tesoro de los Reyes pasados, que según la pública voz y fama, lo tenían escondido los indios; y una de las joyas era la cadena de oro que Huayna Cápac mandó hacer para la solemnidad y fiesta que se había de celebrar al poner nombre a su hijo primogénito Huáscar Inca, como atrás queda referido. Dijeron que aquella pieza y todo el demás tesoro era de la majestad católica, pues era suyo el Imperio y todo lo que fue de los Incas pasados, que lo ganaron los españoles sus vasallos, con sus armas y poder. Sin esto le dijeron otras muchas cosas para incitar al Visorrey a que le prendiese.

Volviendo a las acusaciones que al príncipe hacían, decimos que es verdad que muchos años antes en vida de su padre Manco Inca, hubo algo de robos en aquel camino, que sus vasallos hicieron, pero no a los mercaderes españoles, que no tenían necesidad de sus mercaderías, sino a los indios o castellanos que de una parte a otra llevaban a trocar y vender ganado natural de aquella tierra. Que da necesidad de no tener su Inca carne que comer, les forzaba a saltearla; porque en aquellas bravas montañas no se cría ganado alguno manso, sino tigres, leones y culebras de a veinte y cinco y treinta pies de largo, sin otras malas sabandijas que aquella región de tierra, y otras de su suerte (de las cuales hemos hecho larga mención en la historia) no dan otro fruto. Por lo cual su padre de este príncipe mandó hacer algunos robos en el ganado, diciendo que todo aquel Imperio y cuanto en él había era suyo, que quería gozar, como quiera que pudiese, de lo que tanta falta tenía para su comer; esto pasó mientras vivió aquel Inca. Que yo me acuerdo que en mis niñeces, oí hablar de tres o cuatro saltos y robos que sus vasallos habían hecho; pero muerto el Inca cesó todo aquel alboroto y escándalo.

El Visorrey, movido con estos consejos y avisos, determinó hacer guerra a aquel príncipe como quiera que pudiese hasta prenderle; porque le parecía que según los consejeros decían, que era gran inconveniente que aquel Inca viviese en frontera y enemistad de los españoles, alborotando la tierra, salteando los caminos y robando los mercaderes. Todo lo cual era de mucho desasosiego, y poca y ninguna seguridad para aquel Reino, y que los indios según decían los espías, andaban inquietos viendo su príncipe tan cerca de ellos, y que no pudiesen gozar de él ni servirle como quisieran. Convencido el Visorrey con

estas persuasiones, nombró por capitán de la jornada a un caballero que se decía Martín García Loyola, que años atrás en ocasiones grandes había hecho muchos servicios a Su Majestad. Mandóle hacer gente, echando fama que era para ir a socorrer al Reino de Chile, donde los araucos traían muy apretados a los españoles que en aquel Reino vivían. Juntáronse para la jornada más de doscientos y cincuenta hombres, y con toda brevedad fueron a Villcapampa, bien apercibidos de armas ofensivas y defensivas. Pudieron entrar en aquellas bravas montañas, porque desde que salió el príncipe don Diego Sayri Túpac, se habían allanado y facilitado todos los caminos que entraban y salían de aquel puesto, sin que hubiese contradicción alguna.

El príncipe Túpac Amaru, sabiendo la gente de guerra que entraba en su distrito, no asegurándose del hecho, se retiró más de veinte leguas por un río abajo. Los españoles, viendo su huída, hicieron aprisa muy grandes balsas y le siguieron. El príncipe, considerando que no podía defenderse porque no tenía gente, y también porque se hallaba sin culpa, sin imaginación de alboroto, ni otro delito que hubiese pensado hacer, se dejó prender. Quiso más fiarse de los que iban a prenderle, que perecer huyendo por aquellas montañas y ríos grandes que salen al río que llaman de la Plata. Entregóse al capitán Martín García Loyola y a sus compañeros, con imaginación que antes habrían lástima de él, de verlo desamparado, y le darían algo para sustentarse, como hicieron a su hermano don Diego Sayri Túpac; pero que no le querrían para matarle ni hacerle otro daño, porque no había hecho delito; y así se dió a los españoles. Los cuales se recogieron todos indios e indias que con él estaban, y a la infanta su mujer, y a dos hijos y una hija que tenían; con los cuales volvieron los españoles y su capitán, y entraron en el Cozco muy triunfantes con tales prisioneros, donde los esperaba el Visorrey, que sabiendo la prisión del pobre príncipe, se fue a ella para recibirlos allí.

CAPÍTULO XVII: El proceso contra el Príncipe y contra los Incas parientes de la sangre real, y contra los mestizos hijos de indias y de conquistadores de aquel Imperio.

Luego que vieron preso al príncipe, le criaron un fiscal que le acusase sus delitos; el cual le puso los capítulos que atrás apuntamos, que mandaba a sus vasallos y criados que saliesen de aquellas montañas a saltear y robar a los caminantes mercaderes, principalmente a los españoles, que los tenía a todos por enemigos; que tenía hecho trato y contrato con los Incas sus parientes, que vivían entre los españoles, que a tal tiempo y en tal día, concertándose con los caciques, señores de vasallos que habían sido de sus padres y abuelos, se alzasen y matasen cuantos españoles pudiesen. También entraron en la acusación los mestizos hijos de los conquistadores de aquel Imperio y de las indias naturales de él. Pusiéronles por capítulo, que se habían conjurado con el príncipe Túpac

Amaru, con los demás Incas para alzarse con el Reino; porque algunos de los mestizos eran parientes de los Incas por vía de sus madres, y estos en su conjuración se habían quejado al príncipe Inca diciendo, que siendo hijos de conquistadores de aquel Imperio, y de madres naturales de él, que algunas de ellas eran de la sangre real, y otras muchas eran mujeres nobles, hijas y sobrinas y nietas de los curacas, señores de vasallos. Y que ni por las haciendas de sus madres y abuelos, que no les había cabido nada, siendo hijos de los más beneméritos de aquel Imperio, porque los Gobernadores habían dado a sus parientes y amigos lo que sus padres ganaron, y había sido de sus abuelos maternos, y que a ellos los dejaron desamparados, necesitados a pedir limosna para poder comer, o forzados a saltear por los caminos para poder vivir, y morir ahorcados. Que Su Alteza el príncipe se doliese de ellos, pues que eran naturales de su Imperio, y los recibiese en su servicio, y admitiese en su milicia, que ellos harían como buenos soldados hasta morir todos en la demanda. Todo esto pusieron en la acusación de los mestizos, prendieron todos los que en el Cozco hallaron de veinte años arriba, que pudieran ya tomar armas. Condenaron algunos de ellos a cuestión de tormento, para sacar en limpio lo que se temía en confuso.

En aquella furia de prisión, acusación y delitos, fue una india a visitar su hijo que estaba en la cárcel: supo que era de los condenados a tormento. Entró como pudo donde estaba el hijo y en alta voz le dijo: "Sabido he que estás condenado a tormento, súfrelo y pásalo como hombre de bien sin condenar a nadie, que Dios te ayudará y pagará lo que tu padre y sus compañeros trabajaron en ganar esta tierra para que fuese de cristianos, y los naturales de ella fuesen de su iglesia. Muy bien se os emplea, que todos los hijos de los conquistadores muráis ahorcados, en premio y paga de haber ganado vuestros padres este Imperio." Otras muchas cosas dijo a este propósito, dando grandísimas voces y gritos como una loca sin juicio alguno, llamando a Dios y a las gentes que oyesen las culpas y delios de aquellos hijos naturales de la tierra, y de los ganadores de ella. Y que pues los querían matar con tanta razón y justicia como se decían que temían para matarlos, que matasen también a sus madres, que la misma pena merecían por haberlos parido, y criado y ayudado a sus padres los españoles (negando a los suyos propios) a que ganasen aquel Imperio todo lo cual permitía el Pachacámac, por los pecados de las madres que fueron traidoras a su Inca y a sus caciques y señores por amor a los españoles. Y que pues ella se condenaba en nombre de todas las demás, pedía y requería a los españoles y al capitán de ellos, que con toda brevedad ejecutasen y pusiesen por obra su voluntad y justicia, y la sacasen de pena, que todo se lo pagaría Dios muy largamente en este mundo y en el otro. Diciendo estas cosas y otras semejantes a grandes voces y gritos, salió de la cárcel y fue por las calles con la misma vocería, de manera que alborotó a cuantos la oyeron. Y valió mucho a los mestizos este clamor que la buena madre hizo; porque viendo la razón que tenía, se apartó el Visorrey de su propósito para no causar más escándalo. Y así no

condenó ninguno de los mestizos a muerte, pero dióles otra muerte más larga y penosa que fue desterrarlos a diversas partes del Nuevo Mundo, fuera de todo lo que sus padres ganaron. Y así enviaron muchos al Reino de Chile, y entre ellos fue un hijo de Pedro del Barco, de quien se ha hecho larga mención en la Historia, que fue mi condiscípulo en la escuela, y fue pupilo de mi padre, que fue su tutor. Otros enviaron al Nuevo Reino de Granada, y a diversas islas de Barlovento, y a Panamá y a Nicaragua, y algunos aportaron a España, y uno de ellos fue Juan Arias Maldonado, hijo de Diego Maldonado el Rico. Estuvo desterrado en España más de diez años, y yo le ví y hospedé dos veces en mi posada en uno de los pueblos de este obispado de Córdoba donde yo vivía entonces; y me contó mucho de lo que hemos dicho, aunque no se dice todo. Al cabo de largo tiempo de su destierro, le dió licencia el supremo Consejo Real de las Indias por tres años, para que volviese al Perú a recoger su hacienda, y volviese a España a acabar con ella la vida. A su partida, pasando con su mujer por donde yo estaba (que se había casado en Madrid) me pidió que le ayudase con algo de ajuar y ornamento de casa, que iba a su tierra muy pobre y falto de todo. Yo me despojé de toda la ropa blanca que tenía, y de unos tafetanes que había hecho a la soldadesca que eran como banderas de infantería de muchos colores; y un año antes le había enviado a la corte un caballo muy bueno que me pidió, que todo ello llegaría a valer quinientos ducados. Y acerca de ellos me dijo: “Hermano, fialdos de mí en que llegando a nuestra tierra os enviaré dos mil pesos por el caballo y por este regalo que me habéis hecho.” Yo creo que él lo hiciera así; pero mi buena fortuna lo estorbó, que llegando a Paita, que es término del Perú, de puro contento y regocijo de verse en su tierra expiró dentro de tres días. Perdóneseme la digresión que por ser cosa de mis condiscípulos me atreví a tomar licencia para contarlas. Todos los que fueron así desterrados perecieron en el destierro, que ninguno de ellos volvió a su casa.

CAPÍTULO XVIII: El destierro que se dio a los indios de la sangre real y a los mestizos. La muerte y fin que todos ellos tuvieron. La sentencia que dieron contra el Príncipe, y su respuesta, y cómo recibió el santo bautismo.

A los indios de la sangre real, que fueron treinta y seis varones, los más notorios y propincuos del linaje de los Reyes de aquella tierra, desterraron a la Ciudad de los Reyes, mandándoles que no saliesen de ella sin licencia de los superiores. Con ellos enviaron los dos niños hijos del pobre príncipe, y la hija, todos tres tan de poca edad, que el mayor de ellos no pasaba de los diez años. Llegados los Incas a Rímac, el arzobispo de ella don Jerónimo de Loayza apiadándose de ellos llevó la niña a su casa para criarla. Los demás desterrados viéndose fuera de su ciudad, de sus casas y naturaleza, se afligieron de tal manera, que un poco más de dos años murieron treinta y cinco y entre ellos los

dos niños. Demás de la aflicción, les ayudó a perecer tan presto la región de aquella ciudad, que está en tierra caliente y costa de mar que llaman los llanos, que es temple muy diferente de lo que llaman sierra. Y los naturales de la sierra como lo dijimos en la primera parte de esta historia, enferman muy presto en entrando en los llanos, como si entrasen en tierra apestada, y así acabaron brevemente aquellos pobres Incas. A los tres que quedaron, que uno de ellos fue don Carlos, mi condiscípulo, hijo de don Cristóbal Paullu, de quien muchas veces hemos hecho mención, mandó la cancillería (de lástima que les tuvo) que se volviesen a sus casas; más ellos iban tan gastados de su mala ventura, que dentro de año y medio se murieron todos tres. Pero no por esto quedó entonces consumida la sangre real de aquella tierra, porque quedó un hijo de don Carlos susodicho, de quien dimos cuenta en el último capítulo de la primera parte de estos *Comentarios* que vino a España a recibir grandes mercedes como en el Perú se las prometieron. El cual falleció al fin del año de mil y seiscientos y diez en Alcalá de Henares, de cierta pesadumbre que tuvo de verse recluso en un convento, por cierta pasión que tuvo con otro de su mismo hábito de Santiago. Falleció en muy breve tiempo de melancolía, de que habiendo estado ocho meses recluso por la misma causa en otro convento, lo encarcelaran ahora de nuevo. Dejó un hijo, niño de tres o cuatro meses, legitimado para que heredara la merced que Su Majestad le había hecho en la Contratación de Sevilla; el cual murió dentro del año, y así se perdió toda la renta con la muerte del niño para que en todo se cumpliesen los pronósticos que el gran Huayna Cápac echó sobre los de su sangre real, y sobre su Imperio.

En el Reino de Méjico que tan poderosos fueron aquellos Reyes en su gentilidad (como lo escribe Francisco López de Gomara en su *Historia general de las Indias*) no ha habido, escándalo alguno en la sucesión del Reino, porque no era por herencia de padre a hijo, sino por elección de los vasallos; que muerto el poseedor, elegían los grandes del Reino al que les parecía más digno y capaz para ser Rey. Y así después que lo ganaron los españoles, no ha habido pretensor ni alteración que apaciguar en este particular; porque muerto el Rey no había quien aspirase la sucesión del Reino; sino a la gracia y elección de los electores. Pero en mi tierra ha habido escándalos causados más por la sospecha que de los legítimos herederos se ha tenido, que por la culpa de ellos, como lo fue el de este príncipe, que tenemos presente, que le sentenciaron a muerte, cortada la cabeza con voz de pregonero, que fuese publicando sus tiranías y las traiciones que con los suyos, indios y mestizos, tenía concertadas de hacer en el levantamiento de aquel Imperio, contra la corona y servicio de Su Majestad católica del Rey don Felipe Segundo, Rey de España y Emperador del Nuevo Mundo. Notificáronle la sentencia brevemente, que no le dijeron más de que le mandaban cortar la cabeza; pero no le dijeron las causas por qué. Respondió el pobre Inca, que él no había hecho delito alguno para merecer la muerte, que se contentase el Visorrey de enviarlo preso y a buen recaudo a España, y que holgaría muy mucho de besar la mano a su señor el Rey don Felipe, y que con esto se aseguraba el

Visorrey y todos los suyos de cualquier temor y sospecha que hubiesen tenido o pudiesen tener, de que se quería alzar y levantar con aquel Reino. Cosa tan ajena de todo buen entendimiento, como lo mostraba la imposibilidad del hecho. Que pues su padre no había podido con doscientos mil hombres de guerra sujetar a doscientos españoles, que tuvo cercados en aquella misma ciudad, que no era de imaginar que él pretendiese rebelarse contra ellos, habiendo tanto número de moradores en cada pueblo de cristianos sin los que había derramados por todo aquel Imperio. Que si él hubiera hecho o imaginado hacer algún delito contra los españoles, que no se dejara prender, que huyera a más lejos donde no le alcanzaran, pero que viéndose inocente y sin culpa, esperó a los que iban a prenderle y vino con ellos de buena gana, entendiendo que le llamaban y sacaban de las montañas donde estaba, para hacerle alguna merced como se la hicieron a su hermano don Diego Sayri Túpac. Que él apelaba de la sentencia para el Rey de Castilla, su señor, y para el Pachacámac; pues no se contentaba el Visorrey de gozar de su Imperio, y ser señor de él, pues le bastaba, sino que ahora le quisiese quitar la vida tan sin culpa como él se hallaba. Con lo cual dijo que recibiría la muerte contento y consolado, pues se la daban en lugar de la restitución que de su Imperio le debían. Con esto dijo otras cosas de mucha lástima, con que indios y españoles lloraron tiernamente de oír palabras tan lastimeras.

Los religiosos de aquella ciudad del Cozco acudieron al príncipe a enseñarle la doctrina cristiana, y a persuadirle que se bautizara a ejemplo de su hermano Don Diego Sayri Túpac, y de su tío Atahuallpa. A lo cual dijo el príncipe, que holgaba muy mucho de bautizarse por gozar de la ley de los cristianos, de la cual su abuelo Huayna Cápac les dejó dicho, que era mejor ley que la que ellos tenían. Por tanto quería ser cristiano, y llamarse don Felipe, siquiera por gozar del nombre de su Inca, y de su Rey don Felipe, ya que no quería el Visorrey que gozase de su vista y presencia, pues no quería enviarlo a España. Con esto se bautizó con tanta tristeza y llanto, de los circunstantes como hubo de fiesta y regocijo en el bautismo de su hermano don Diego Sayri Túpac, como atrás se dijo.

Los españoles que estaban en aquella imperial ciudad, así religiosos como seculares, aunque oyeron la sentencia y vieron todo lo que se ha dicho, y mucho más que no lo acertamos a decir por escusar prolijidad, no imaginaron que se ejecutara la sentencia por parecerles un hecho ajeno de la humanidad y clemencia, que con un príncipe desheredado de un Imperio tal y tan grande se debía tener y usar, y que a la majestad del Rey don Felipe no le sería agradable, antes grave y enojoso el no dejarle ir a España. Más el Visorrey estaba de diferente parecer, como luego se verá.

CAPÍTULO XIX: La ejecución de la sentencia contra el Príncipe. Las consultas que se hacían para prohibirla. El Visorrey no quiso oírlas. El buen ánimo con que el Inca recibió la muerte.

Determinado el Visorrey de ejecutar su sentencia, mandó hacer un tablado muy solemne en la plaza mayor de aquella ciudad, y que se ejecutase la muerte de aquel príncipe, porque así convenía a la seguridad y quietud de aquel Imperio. Admiró la nueva de esto a toda la ciudad, y así procuraron los caballeros y religiosos graves de juntarse todos, y pedir al Visorrey no se hiciese cosa tan fuera de la piedad, que le abominaría todo el mundo donde quiera que se supiese; y que su mismo Rey se enfadaría de ello. Que se contentase con enviarlo a España en perpetuo destierro, que era más largo tormento y más penoso que matarlo brevemente. Estas cosas y otras platicaban los de aquella ciudad, determinados de hablar al Visorrey con todo el encarecimiento posible, hasta hacerle requerimiento y protestaciones para que no ejecutase la sentencia. Más él, que tenía espías puestas por la ciudad para que le avisasen como tomaban la sentencia los moradores de ella, y qué era lo que platicaban y trataban acerca de ella, sabiendo la junta que estaba hecha para hablarle y requerirle, mandó cerrar las puertas de su casa, y que su guardia se pusiese a la puerta y no dejase entrar a nadie so pena de la vida. Mandó así mismo que sacasen al Inca y le cortasen la cabeza con toda brevedad, porque se quitase aquel alboroto, que temió no se le quitasen de las manos.

Al pobre príncipe sacaron en una mula con una soga al cuello, y las manos atadas, y un pregonero delante que iba pregonando su muerte y la causa de ella, que era tirano, traidor contra la corona de la majestad católica. El príncipe, oyendo el pregón, no entendiendo el lenguaje español, preguntó a los religiosos que con él iban: ¿qué era lo que aquel hombre iba diciendo? Declaráronle que le mataban por que era Auca contra el Rey, su señor. Entonces mandó que le llamasen a aquel hombre y cuando le tuvo cerca, le dijo: “No digas eso que vas pregonando pues sabes que es mentira, que yo no he hecho traición, ni he pensado hacerla como todo el mundo lo sabe. Di que me matan porque el Visorrey lo quiere, y no por mis delitos, que no he hecho ninguno, contra él ni contra el Rey de Castilla; yo llamo al Pachacámac, que sabe que es verdad lo que digo”; con esto pasaron adelante los ministros de la justicia. A la entrada de la plaza salieron una gran banda de mujeres de todas edades, algunas de ellas de su sangre real, y las demás mujeres hijas de los caciques de la comarca de aquella ciudad: y con grandes voces y alaridos, con muchas lágrimas (que también las causaron en los religiosos y seculares españoles) le dijeron: “Inca ¿por qué te llevan a cortar la cabeza, qué traición, qué delito has hecho para merecer tal muerte? Pide a quien te la da que mande matarnos a todas, pues somos tuyas por sangre y naturaleza, que más que contentas y dichosas iremos en tu compañía, que quedar por siervas y esclavas de los que te matan.” Entonces temieron que hubiera algún alboroto en la ciudad según el ruido, grita

y vocería que levantaron los que miraban la ejecución de aquella sentencia, tan no pensada ni imaginada por ellos. Pasaban de trescientas mil ánimas las que estaban en aquellas dos plazas, calles, ventanas y tejados, para poderla ver. Los ministros se dieron prisa hasta llegar al tablado donde el príncipe subió y los religiosos que le acompañaban y el verdugo en pos de ellos con su alfanje en la mano. Los indios viendo su Inca tan cercano a la muerte, de lástima y dolor que sintieron levantaron murmullo, vocería, gritos y alaridos; de manera que no se podían oír. Los sacerdotes que hablaban con el príncipe le pidieron que mandase callar aquellos indios. El Inca alzó el brazo derecho con la mano abierta, y la puso en derecho del oído, y de allí la bajó poco a poco hasta ponerla sobre el muslo derecho. Con lo cual sintiendo los indios que les mandaba callar, cesaron de su grita y vocería, y quedaron con tanto silencio que parecía no haber ánima nacida en toda aquella ciudad. De lo cual se admiraron mucho los españoles, y el Visorrey entre ellos, el cual estaba a una ventana mirando la ejecución de su sentencia. Notaron con espanto la obediencia que los indios tenían a su príncipe, que aún en aquel paso la mostrasen, como todos lo vieron. Luego cortaron la cabeza al Inca; el cual recibió aquella pena y tormento con el valor y grandeza de ánimo que los Incas y todos los indios nobles suelen recibir cualquier inhumanidad y crueldad que les hagan; como se habrán visto algunas en nuestra *Historia de la Florida*, y en esta y otras que en la guerra que en Chile han tenido y tienen los indios araucos con los españoles, según lo han escrito en verso los autores de aquellos hechos, sin otros muchos que se hicieron en Méjico y en el Perú, por españoles muy calificados, que yo conocí algunos de ellos; pero dejámoslos de decir por no hacer odiosa nuestra Historia.

Demás del buen ánimo con que recibió la muerte aquel pobre príncipe (antes rico y dichoso, pues murió cristiano) dejó lastimados los religiosos que le ayudaron a llevar su tormento, que fueron los de San Francisco, Nuestra Señora de las Mercedes, de Santo Domingo, y San Agustín; sin otros muchos sacerdotes clérigos; los cuales todos de lástima, de tal muerte en un príncipe, tal y tan grande, lloraron tiernamente y dijeron muchas misas por su ánima. Y se consolaron con la magnanimidad que en aquel paso mostró, y tuvieron que contar de su paciencia y actos, que hacía de buen cristiano, adorando las imágenes de Cristo nuestro Señor, y de la Virgen su madre, que los sacerdotes le llevaban delante. Así acabó este Inca, legítimo heredero de aquel Imperio, por línea recta de varón, desde el primer Inca Manco Cápac hasta él; que como lo dice el padre Blas Valera, fueron más de quinientos años, y cerca de seiscientos. Este fue el general sentimiento de aquella tierra, y la relación nacida de la compasión y lástima de los naturales, y españoles. Puede ser que el Visorrey haya tenido más razones para justificar su hecho.

Ejecutada la sentencia en el buen príncipe, ejecutaron el destierro de sus hijos, y parientes, a la Ciudad de los Reyes, y el de los mestizos a diversas partes del Nuevo Mundo y Viejo, como atrás se dijo. Que lo antepusimos de su lugar, por contar a lo último de nuestra obra y trabajo, lo más lastimero de todo lo que

en nuestra tierra ha pasado y hemos escrito; porque en todo sea tragedia, como lo muestran los finales de los libros de esta segunda parte de nuestros *Comentarios*. Sea Dios loado por todo.

CAPÍTULO XX: La venida de don Francisco de Toledo a España. La reprensión que la Majestad Católica le dio, y su fin y muerte, y la del Gobernador Martín García de Loyola.

Porque no vaya sola y desacompañada la muerte del Inca don Felipe Túpac Amaru, será razón demos cuenta brevemente de la que tuvo el Visorrey don Francisco de Toledo. El cual cumplido el término de su visorreynado que fue muy largo (que según dicen pasó de los diez y seis años), se vino a España con mucha prosperidad y riqueza, que fue pública voz y fama que trajo más de quinientos mil pesos en oro y plata. Con esta riqueza y la buena fama de ella, entró en la corte, donde pensó ser uno de los grandes ministros de España, por los muchos servicios que imaginaba haber hecho a la majestad católica, en haber extirpado y apagado la real sucesión de los Incas Reyes del Perú, para que nadie pretendiese ni imaginase que le pertenecía la herencia y sucesión de aquel Imperio. Y que la corona de España la poseyese y gozase sin recelo ni cuidado, de que hubiese quien pretendiese pertenecerle por vía alguna. También imaginaba que se le habían de gratificar las muchas leyes y ordenanzas que dejaba hechas en aquellos reinos, así para el aumento de la hacienda real en el beneficio de las minas de plata y del azogue (donde mandó que por su vez acudiesen tantos indios de cada provincia a trabajar en las dichas minas) pagándoseles a cada uno su jornal, como por las que mandó en servicio y regalo de los españoles moradores de aquellos reinos, que los indios habían de hacer y guardar pagándoseles el valor de aquellas cosas, que habían de criar y guardar para tal servicio y regalo. Que por ser cosas largas y prolijas, las dejamos de escribir.

Con estas imaginaciones de tan grandes méritos, entró a besar la mano al Rey don Felipe Segundo. La católica majestad que tenía larga y general relación y noticias de todo lo sucedido en aquel Imperio, y en particular de la muerte que dieron al príncipe Túpac Amaru, y del destierro en que condenaron a sus parientes más cercanos, donde perecieron todos. Recibió al Visorrey no con el aplauso que él esperaba, sino muy en contra, y en breves palabras le dijo: Que se fuese a su casa, que Su Majestad no le había enviado al Perú para que matase Reyes, sino que sirviese a Reyes. Con esto se salió de la presencia real, y se fue a su posada bien desconsolado del disfavor que no imaginaba. Al cual se añadió otro no menor, y fue que no faltaron émulos que avisaron al Consejo de la Hacienda Real, que sus criados y ministros habían cobrado su salario, pesos por ducados, que como eran cuarenta mil ducados, tomaban cada año cuarenta mil pesos, y que por el largo tiempo que el Visorrey había asistido en el gobierno de

aquel Imperio, pasaban de ciento y veinte mil ducados, los que se habían hecho de daño y agravio a la hacienda real. Por lo cual los del Consejo de ella mandaron embargar todo el oro y plata que don Francisco de Toledo traía del Perú, hasta que se averiguase y sacase en claro lo que pertenecía a la Real Hacienda. Don Francisco de Toledo viendo el segundo disfavor que igualaba con el primero, cayó en tanta tristeza y melancolía, que murió en pocos días.

Resta decir el fin que tuvo el capitán Martín García Loyola, que le sucedió como se sigue. Al cual en remuneración de haber preso al Inca y de otros muchos servicios que a la corona de España había hecho, le casaron con la infanta sobrina de este mismo príncipe, hija de su hermano Sayri Túpac, para que gozase del repartimiento de indios que esta infanta heredó de su padre el Inca.[50] Y para mayor honra y satisfacción suya y servicio de la majestad católica, le eligieron por Gobernador y Capitán General del Reino de Chile, donde fue con muy buena compañía de caballeros y soldados españoles. Y gobernó aquel Reino algunos meses y años con mucha prudencia y discreción suya y gusto de sus compañeros, aunque con mucho trabajo y pesadumbre de todos ellos por la guerra continua que los indios enemigos sustentaban; y hoy (que ya es entrado el año de mil y seiscientos y trece) sustentan, habiéndose rebelado y alzado el año de mil y quinientos y cincuenta y tres, sin haber dejado las armas en todo este largo tiempo, como en otras partes lo hemos apuntado. Sirviendo el Gobernador Loyola en este ejercicio militar, fue un día de aquellos (como otras muchas veces lo habían hecho) a visitar los presidios que estaban en frontera de los rebelados. Los cuales presidios servían de reprimir a los enemigos que no saliesen a hacer daño en los indios domésticos que estaban en servicio de los españoles. Y habiendo proveído todos los presidios de armas, munición y bastimento, se volvía al gobierno de las ciudades pacíficas que en aquel Reino había. Y pareciéndole (como era así) que estaba ya fuera de los términos de los enemigos, despidió doscientos soldados que en su guarda traían, y les mandó que se volviesen a sus plazas y fortalezas. Y él se quedó con otros treinta caballeros entre ellos capitanes viejos u soldados aventajados de muchos años de servicio. Hicieron su alojamiento en un llano muy hermoso, donde armaron sus tiendas para descansar y regalarse aquella noche y las venideras; y vengarse de las malas noches, que en la visita de la frontera y presidios habían sufrido y pasado; porque los indios de guerra andaban tan vigilantes y solícitos, que no les permitían hora de descanso para dormir ni comer.

Los indios araucos y los de otras provincias comarcanas a ellos, de los que están rebelados (que fueron vasallos de los Incas), venida la noche, fueron algunos de ellos como espías a ver lo que hacían los españoles, si dormían con centinelas o sin ellos, y hallándolos con todo el descuido y olvido de sí propios,

[50]La dicha infanta o ñusta se llamaba doña **Beatriz Clara Coya**, hija del ya mencionado Diego Sayri Túpac y de doña María Cusi Huarcay (y por consiguiente, nieta de Manco Inca y sobrina de Túpac Amaru I). Dicho casamiento fue un premio para el Capitán Martín García de Loyola por capturar a Túpac Amaru I en su refugio de Vilcabamba, como bien lo dice el inca historiador.

que sus enemigos podían desear, hicieron señas llamándose unos a otros con graznidos de aves y ladridos de animales nocturnos, para no ser sentidos. Las cuales señas ellos de continuo traen por señas y contraseñas, para lo que se les ofreciere en semejantes pasos. Oyendo las señas, en un punto se juntó una gran banda de indios, y con todo el silencio posible entraron en el alojamiento de los españoles, y hallándolos dormidos, desnudos en camisa, los degollaron todos. Y los indios con la victoria se llevaron los caballos y las armas, y todo el demás despojo que los españoles traían.

este fin tuvo el Gobernador Martín García Loyola, que dió harta lástima en el Reino de Chile, y ocasión en todo el Perú a que indios y españoles hablasen de su fallecimiento, y dijesen, que la fortuna había encaminado y ordenado sus hechos y negocios, de manera que los vasallos del príncipe que él prendió, lo matasen en venganza de la muerte que a su Inca dieron. Pues teniendo a las espaldas y tan cerca enemigos tan crueles deseosos de la destrucción y muerte de los españoles, se durmiesen de manera que se dejasen matar todos sin hacer resistencia alguna, siendo como eran capitanes y soldados tan prácticos y veteranos en aquella tierra.

El Gobernador Martín García Loyola dejó una hija habida en su mujer la infanta, hija del príncipe don Diego Sayri Túpac.[51] La cual hija trajeron a España, y la casaron con un caballero muy principal, llamado don Juan Enríquez de Borja.[52] La católica majestad, demás del repartimiento de indios que la infanta heredó de su padre, le ha hecho merced (según me lo han escrito de la corte) del título de marquesa de Oropesa, que es un pueblo que el Visorrey don Francisco de Toledo fundó en el Perú, y le llamó Oropesa porque quedase memoria en aquella tierra de la casa y estado de sus padres y abuelos. Sin esta merced y títulos me dicen que entre los ilustrísimos señores presidentes del Consejo Real de Castilla y de Indias y el confesor de Su Majestad y otros dos Oidores del mismo consejo de Indias, se trata y consulta de hacerle grandes mercedes en gratificación de los muchos y señalados servicios que su padre el Gobernador hizo a Su Majestad, y en restitución de su herencia patrimonial. A lo cual me dicen, que no sirven poco nuestros *Comentarios* de la primera parte por la relación sucesiva que han dado de aquellos Reyes Incas. Con esta nueva me doy por gratificado y remunerado del trabajo y solicitud de haberlos escrito, sin esperanza (como en otra parte lo hemos dicho) de galardón alguno.

---

[51]Dicha hija se llamaba Ana María Lorenza García Sayri Túpac de Loyola.

[52]Don Juan Enríquez de Borja era hijo de don Juan Enríquez de Almanza, marqués de Alcañices (San Francisco de Borja) y de doña Juana de Aragón, hija del duque de Gandía. De su unión con Ana María Lorenza de Loyola, marquesa de Oropesa, nacieron tres hijos, entre ellos: don Juan Enríquez de Borja Inca Loyola, marqués de Alcañices, conde de Almanza y marqués de Oropesa, grande de España, comendador mayor de Calatrava y pariente mayor de los caballeros incas del Perú… Con este matrimonio emparentaron entre sí, y con la real casa de los reyes incas del Perú, las dos casas de Loyola y Borja.

CAPÍTULO XXI: El fin del libro octavo, último de la historia.

Habiendo dado principio a esta nuestra Historia con el principio y origen de los Incas, Reyes que fueron del Perú, y habiendo dado larga noticia de sus conquistas y generosidades, de sus vidas y gobiernos en paz y en guerra, de la idolatría que en su gentilidad tuvieron, como largamente con el favor divino lo hicimos en la primera parte de estos *Comentarios*, con que se cumplió la obligación que a la patria y a los parientes maternos se les debía. Y en esta segunda, como se ha visto, se ha hecho larga relación de las hazañas y valentías que los bravos y valerosos españoles hicieron en ganar aquel riquísimo Imperio; con que asimismo he cumplido (aunque no por entero) con la obligación paterna que a mi padre y a sus ilustres y generosos compañeros debo, me pareció dar término y fin a esta obra y trabajo, como lo hago con el término y fin de la sucesión de los mismos Reyes Incas, que hasta el desdichado Huáscar Inca fueron trece, los que desde su principio poseyeron aquel Imperio hasta la ida de los españoles. Y otros cinco que después sucedieron, que fueron Manco Inca y sus dos hijos, don Diego y don Felipe y sus dos nietos, los cuales no poseyeron nada de aquel Reino más de tener derecho a él. De manera que por todos fueron diez y ocho los sucesores por línea recta de varón del primer Inca Manco Cápac, hasta el último de los niños, que no supe como se llamaron. Al Inca Atahuallpa no le cuentan los indios entre sus Reyes, porque dicen que fue, Auca.

De los hijos transversales de estos Reyes, aunque en el último capítulo de la primera parte de estos *Comentarios*, dimos cuenta cuantos descendientes había de cada Rey de los pasados, que ellos mismos me enviaron (como allí lo dije) la memoria y copia de todos ellos, con poder cumplido a don Melchior Carlos y a don Alonso de Mesa y a mí, para que cualquiera de nosotros la presentara ante la católica majestad y ante el supremo Real Consejo de las Indias, para que se les hiciera merced (siquiera porque eran descendientes de Reyes) de libertarles de las vejaciones que padecían. Y yo envié a la corte los papeles y la memoria (que vinieron a mí dirigidos) a los dichos don Melchior Carlos y don Alonso de Mesa. Más el don Melchior, teniendo sus pretensiones por la misma vía, razón y derecho que aquellos Incas, no quiso presentar los papeles por no confesar que había tantos de aquella sangre real. Por parecerle que si lo hacía le quitarían mucha parte de las mercedes que pretendía y esperaba recibir. Y así no quiso hablar en favor de sus parientes, y él acabó como se ha dicho sin provecho suyo ni ajeno. Pareciéndome dar cuenta de este hecho para mi descargo; porque los parientes allá donde están sepan lo que pasa; y no se me atribuya a descuido o malicia no haber hecho lo que ellos me mandaron y pidieron. Que yo holgara haber empleado la vida en servicio de los que también lo merecen; pero no me ha sido más posible, por estar ocupado en escribir esta *Historia*, que espero no haber servido menos en ella a los españoles que ganaron aquel Imperio, que a los Incas que lo poseyeron.

La Divina Majestad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, sea loada por todos los siglos de los siglos, que tanta merced me ha hecho en querer que llegase a este punto. Sea para gloria y honra de su nombre divino, cuya infinita misericordia, mediante la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y la intercesión de la siempre virgen María su madre, y de toda su corte celestial, sea en mi favor y amparo, ahora y en la hora de mi muerte, Amén Jesús, cien mil veces Jesús.

DEO GRATIAS.

SUMARIO

LIBRO PRIMERO de la SEGUNDA PARTE.

LIBRO SEGUNDO de la SEGUNDA PARTE.

LIBRO TERCERO de la SEGUNDA PARTE.

LIBRO CUARTO de la SEGUNDA PARTE.

LIBRO QUINTO de la SEGUNDA PARTE.

LIBRO SEXTO de la SEGUNDA PARTE.

LIBRO SEPTIMO de la SEGUNDA PARTE.

LIBRO OCTAVO de la SEGUNDA PARTE.

LAUS DEO

SCG
2009